Victor Klemperer

Quiero dar testimonio hasta el final

Diarios 1942-1945

Durante largos años Victor Klemperer, alemán, distinguido romanista y judío, se dio a la tarea de anotar con una regularidad abrumadora las vejaciones del terror nazi: «Desde hace unas semanas, depresión por este régimen reaccionario. Yo no escribo aquí historia contemporánea. Pero sí quiero dejar constancia de mi amargura, más fuerte de lo que nunca había imaginado poder sentir».

Son las palabras iniciales de las más de mil quinientas páginas que completan unos diarios llevados en riguroso secreto durante los años de la dictadura nazi, salvados milagrosamente de la guerra y del exterminio judío.

Estos diarios permanecieron ocultos durante décadas hasta que un antiguo discípulo de Klemperer los descubrió y editó hace unos años en Alemania. Traducidos a más de diecisiete idiomas y publicados por las más prestigiosas editoriales del mundo, se han convertido hoy en el documento histórico de mayor valor sobre el período de la Alemania nazi.

Este segundo tomo de la edición española recoge las entradas del diario correspondientes al período 1942-1945, aquél en que la furia antisemita de los nazis se exacerbó con las derrotas militares alemanas en todos los frentes de batalla y se llevó a cabo la «solución final».



Victor Klemperer

Quiero dar testimonio hasta el final

Diarios 1942-1945

ePub r1.1

Bacha15 11.12.13

Título original: *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten - Tagebücher 1933 - 1945*
Victor Klemperer, 1995
Traducción: Carmen Gauger

Editor digital: Bacha15
ePub base r1.0



Nota de los editores

Los *Diarios* de Victor Klemperer deben considerarse uno de los documentos de mayor valor histórico publicados en las últimas décadas, y uno de los testimonios más significativos –junto al *Diario de Ana Frank*– de los oscuros años del nacionalsocialismo alemán. El principal requisito que exige este género literario a quienes deciden practicarlo es asumir la progresión implacable del calendario. Ateniéndose a ello, el autor escribió estos diarios con una regularidad abrumadora, superando la desazón y el miedo crecientes. Fue ante todo una labor abordada como un imperativo moral, según queda reflejado en la anotación del autor del 11 de junio de 1942:

> Ayer, y hoy todo el día, he estado muy hundido; peligro de muerte cada vez más angustioso, estrangulamiento cada vez mayor, atroz inseguridad: todo me pesaba como una losa. Ahora, avanzada la tarde, estoy más tranquilo. Hay que continuar, también en estas circunstancias. Ya encontraré alguna lectura enriquecedora, y continuaré con esta osadía del diario. Quiero dar testimonio hasta el final.

Victor Klemperer nació en Landsberg an der Warthe (actualmente Polonia) en 1881, como noveno hijo del rabino Wilhelm Klemperer. A pesar de la oposición familiar, dejó el bachillerato y trabajó como aprendiz de comercio durante tres años. Posteriormente concluyó sus estudios secundarios e inició las carreras de filología románica y germánica, que más tarde interrumpió para dedicarse al periodismo y a ofrecer numerosas conferencias. En 1906 contrajo matrimonio con la pianista Eva Schlemmer. Seis años después retornó a la universidad para doctorarse en filología germánica. Durante la primera guerra mundial Klemperer se alistó voluntariamente en el ejército alemán. A partir de los años veinte ejerció como profesor de lenguas románicas en la Escuela Superior Técnica de Dresde. Entre 1933 y 1945 sufrió la persecución nazi: fue despedido de la universidad, obligado a abandonar su propia casa y confinado a vivir en una *Judenhaus* («casa judía»), y forzado a trabajar como obrero en varias fábricas. Lo salvó de la deportación el hecho de estar casado con Eva, una mujer no judía, según la situación especial de los denominados «matrimonios mixtos» (*Mischehen*) bajo

el régimen nacionalsocialista.

Además de escribir numerosos textos de corte filológico, Victor Klemperer dedicó, desde su juventud, buena parte de su tiempo a los diarios, y lo siguió haciendo profusamente después de la guerra. Sin embargo, las anotaciones realizadas entre 1933 y 1945 alcanzan un nivel extraordinario, revelando un conocimiento inestimable sobre el nacionalsocialismo, que deja atrás todo lo que hasta este momento se ha leído acerca del Tercer Reich. Por una parte, dan cuenta minuciosa de la aniquiladora intensificación del odio institucionalizado contra los judíos, desde la expropiación material de sus bienes y el despojo de los más elementales derechos civiles hasta la deportación y el exterminio. Por otra, ofrecen observaciones casi microscópicas sobre la vida diaria bajo el terror nazi, que fue mucho más contradictoria de lo que nos habríamos podido imaginar hasta la fecha. Y también, no menos impresionante, contienen las anotaciones y reflexiones originales sobre la lengua del Tercer Reich, que posteriormente dieron origen al todavía inigualado estudio *Lingua tertii imperii* (1947).

La excepcionalidad de estos diarios hace difícil imaginar que hayan podido permanecer inéditos durante medio siglo, desde el fin de la segunda guerra mundial. Puestos a salvo por Eva Schlemmer, quien se encargó de ocultarlos en la casa de una amiga durante los años de la dictadura nazi, fueron depositados tras la muerte de su autor en 1960 en los archivos de la Landesbibliothek de Dresde. Allí permanecieron, silenciosos, hasta que treinta y cinco años después un antiguo discípulo de Klemperer, Walter Nowojski, pudo sacarlos a la luz en la editorial Aufbau Verlag. Una parte importante del trabajo la asumió Hadwig Klemperer –segunda mujer del autor– al transcribir con gran paciencia los manuscritos difícilmente legibles de su marido[*].

El lector español puede apreciar ahora la relevancia de este documento gracias en buena medida a la filóloga, teóloga y reconocida traductora Carmen Gauger, quien asumió la ingente tarea de traducir esta obra. Los editores consideran por ello necesario hacer constar su reconocimiento y gratitud a Carmen Gauger. Sin su incansable tesón y su maestría lingüística no habría sido posible esta notable edición.

Cabe agregar que la presente edición española se atiene literalmente a la alemana de Aufbau Verlag, que sigue los escritos originales fechados desde el 14

de enero de 1933 hasta el 10 de junio de 1945, entre ellos cuadernos manuscritos, hojas mecanografiadas y papeles sueltos. Debido a la enorme extensión de los textos de Klemperer, el editor alemán suprimió pasajes repetitivos, algunas extensas notas dedicadas a lecturas y extractos de la prensa de la época. Estas supresiones aparecen debidamente indicadas por puntos suspensivos entre corchetes. Asimismo, en el texto aparecen referencias a cartas personales y otros documentos que Klemperer adjuntó a sus *Diarios,* y que, por razones obvias, no se incluyen en esta edición. El aparato de notas, en su mayor parte adoptado de la edición alemana, ha sido revisado y completado por Carmen Gauger para el lector español.

Por los motivos expuestos, la presentación de la monumental edición de los *Diarios* de Victor Klemperer a la comunidad lectora hispánica constituye un importante acontecimiento editorial. Los lectores constatarán que en estos escritos convergen felizmente la maestría verbal del romanista, su certera capacidad de observación, su lucidez anticipatoria y sobre todo su grandeza humana, que se manifiesta en su ansia por hacer de este testimonio una obra que lo acogiera todo, que lo describiera todo, sobre la larga noche que supuso el nacionalsocialismo alemán para la humanidad.

Los editores
Mayo de 2003

Nota de la traductora

El 27 de septiembre de 1944 Victor Klemperer anota en su diario que Eva, su mujer, irá ese día a Pirna, un pueblecito vecino, a entregar las hojas manuscritas a la amiga que las esconderá en su casa, como viene haciendo desde hace años. Una vez más, se hace reproches por poner en peligro no sólo a su mujer y a la amiga sino a tanta gente «que he consignado, que he tenido que consignar con nombres y apellidos si quería que estos apuntes tuvieran un valor documental».

La empresa era, en efecto, sumamente arriesgada. Reich-Ranicki, el gran crítico literario alemán –que estuvo en el gueto de Varsovia y sabe lo que dice–, ha afirmado, al comentar esta obra que él califica de «grandiosa», que «si la Gestapo hubiera encontrado aquellos manuscritos [su autor], habría enviado al campo de concentración a cientos de personas».

Pero enseguida Klemperer sigue reflexionando: «¿Tengo derecho, incluso obligación de hacerlo o es vanidad criminal? Desde hace doce años no he publicado nada…, sólo almacenar y almacenar. ¿Tiene algún sentido, terminaré algo de todo esto?». Reflexiones de este género, frecuentes en el diario, me han hecho reflexionar a mi vez, al hilo de la traducción: ¿no se daba cuenta Klemperer de que aquellos apuntes eran de una claridad, de una precisión tal que ellos de por sí, sin retoques ni embellecimientos, constituían el mejor testimonio? El «principio exactitud», para Martin Walser signo distintivo de toda la obra autobiográfica de Klemperer, es plenamente válido en los diarios, pero no sólo en cuanto al contenido sino también y sobre todo desde el punto de vista de la forma. A lo largo de 1.500 páginas son escasísimos los pasajes oscuros y menos frecuentes aún las expresiones incorrectas, torpes o repetitivas. Klemperer, uno de esos raros profesores alemanes que saben escribir, combina la precisión filológica, el amor al detalle, con una claridad y una fluidez en la que no faltan los pasajes brillantes. Es un maestro de la pincelada breve, expresiva y, en muchos casos, irónica (véanse, por ejemplo, las semblanzas de sus compañeros de fábrica, 22 de mayo de 1943).

Con todo, de un modo general puede observarse una diferencia formal entre

los apuntes rápidos de cada día, más «estilo telegrama», y los resúmenes de varios días o semanas, más reposados, más meditados. Es significativo a este respecto que Klemperer necesitara casi tres semanas para reponerse del shock de su detención a raíz de la «noche de los cristales rotos» y para decidirse a describir morosamente aquella escena kafkiana. Otro pasaje insuperable es la descripción del bombardeo de Dresde –singular, en su calidad de testimonio de primera mano–, el más cruel y contundente sufrido jamás por una ciudad alemana, que a él sin embargo le salvó la vida, al permitirle arrancarse del abrigo la estrella judía y desaparecer en el caos.

Y una diferencia más puede observarse: a medida que aumenta la opresión, aumenta el volumen de los apuntes, el contenido se vuelve más denso, el lenguaje es aún más concreto: ante la inmensidad de la catástrofe, sólo queda la descripción detallada, microscópica de lo que le produce ese «horror» que «está siempre dentro de mí, adormecido durante algunas horas… y luego revive en forma de náusea que me impide respirar». El año 1942, el de los feroces registros domiciliarios y constantes deportaciones, ocupa el doble de páginas que los años anteriores.

Klemperer se ha propuesto ser un cronista falto de sentimentalismo, no sólo por estar educado en la escuela de Voltaire y del racionalismo, sino como método de supervivencia: «Contra el horror que me produce este asunto… sólo tengo una defensa…: aferrarme a la observación, al material literario, hacer que yo mismo crea en mi propia valentía». Pero no son pocas las ocasiones en que el cronista deja ver que ya no escribe *sine ira et studio* sino embargado por la emoción: la frase descontrolada del 7 de septiembre de 1942: «Así habré visto seguramente por última vez seguramente a Marckwald» (el amigo a quien deportan al día siguiente); el seco comentario del 7 de septiembre de 1944, cuando se entera de que unos amigos, antinazis acérrimos, acaban de perder en el frente a su hijo de diecisiete años: «En cuanto esta muerte masiva llega a nuestro entorno, mi “no puedo tener compasión” se tambalea»; o la extraordinaria delicadeza con que hace el retrato postumo de la señora Pick, su anciana convecina que acaba de suicidarse, la noche antes de su deportación (20 de agosto de 1942).

Lo habitual es, sin embargo, la distancia irónica, el mecanismo que le ayuda a distanciarse del horror y que en ocasiones adquiere rasgos cómicos,

esperpénticos. Son insuperables las escenas de los tres viejos que, con la esperanza de escapar así a la deportación, se apuntan como voluntarios para cuidar tumbas en el cementerio judío. Allí pasan el día, trabajando en el jardín, jugando a las cartas, criando clandestinamente tomates y hortalizas y cultivando tabaco «sobre la tumba de un comerciante de tabacos» (29 de octubre de 1944). Allí no hay peligro de que vayan a detenerlos; la Gestapo tiene miedo de los muertos: «¡de *sus* muertos!» (12 de septiembre de 1942). Esa ironía, visible en la descripción de las escenas más duras, llega hasta el sarcasmo. Tras el suicidio de su anciana convecina, escribe: «Para cada convoy, ya hay designados sustitutos: la Gestapo da por descontado que habrá algunos suicidios. Organización alemana». En otra ocasión comenta lo poco variada que es la gama de insultos de la Gestapo durante los brutales registros domiciliarios: «Cualquier español la supera con creces».

Si el lenguaje y el estilo de los diarios de Klemperer no presentan grandes problemas de traducción, sí ha constituido una dificultad considerable el vocabulario específico del nacionalsocialismo. El totalitarismo del Tercer Reich abarcaba también el ámbito lingüístico: la administración, el ejército, las formaciones militares y paramilitares, las instituciones culturales, caritativas, deportivas, la organización del tiempo libre: todo estaba perfectamente estructurado, jerarquizado, y todo recibió su nombre. Esa terminología, a menudo sin correspondencia en castellano, se ha dejado en muchos casos sin traducir, y se ha añadido, en ocasiones, una nota explicativa.

Y un capítulo aparte lo constituye, finalmente, el abundantísimo material sobre la lengua del Tercer Reich que Klemperer va reuniendo casi exclusivamente a base de leer periódicos o libros prestados por los amigos y en medida creciente según avanzan los años de opresión, ya que, al no tener acceso a ninguna biblioteca, se ve obligado a dejar de trabajar en su especialidad propiamente dicha, las literaturas románicas. Ese material sería la base del estudio crítico que desde su publicación en 1947 ha tenido numerosas reediciones y sigue siendo hasta hoy el mejor trabajo sobre la lengua del Tercer Reich: *Lingua tertii imperii. Apuntes de un filólogo*.[1]

Siendo, pues, material exclusivamente lingüístico, ha sido también necesario mantener en la mayoría de los casos el término alemán, añadiendo entre corchetes el término o los términos castellanos equivalentes (la correspondencia

casi nunca es perfecta).

El aparato de notas presenta tres diferencias frente al aparato de Walter Nowojski, el editor alemán. Por un lado, esas notas han sido revisadas y en muchos casos completadas o reducidas (teniendo muchas veces en cuenta las expectativas del lector español). Esas notas, salvo raras excepciones, no llevan indicación específica. Por otro, ha sido añadida otra serie de notas, señaladas con la sigla *N. de la T.* Muy pocas notas, finalmente, han sido suprimidas.

Me queda dar aquí públicamente las gracias (en privado ya lo he hecho muchas veces) a mi marido, Hans-Martin Gauger, que en su doble condición de «nativo» y de excelente filólogo ha sido para mí una ayuda inapreciable.

Carmen Gauger

1942

ENERO

1 de enero, jueves

LTI[1]. «Han *gegreuelt*[2]» [‘han propagado la atrocidad de’] que habrá prohibición permanente de salir a la calle sábados y domingos. ¿Es esto *NS-Judendeutsch* [‘alemán hablado por los judíos en el Estado nacionalsocialista’]? ¿Lo mismo que *verreist sein* [‘estar de viaje’] por «estar en la cárcel» y *Konzertlager* [‘campo de conciertos’] por *Konzentrationslager* [‘campo de concentración’]?

Se dice que los niños aún tienen conciencia de los milagros y que después pierden la sensibilidad para ellos. – Tonterías. El niño ve todo como normal, la mayoría de la gente se queda en ese estadio; sólo un hombre *viejo* que *piensa* toma conciencia de lo milagroso.

4 de enero, domingo

LTI. Ayer dijo la señora Neumann[3]: «*… er hat so viel angegeben* [‘se daba muchísima importancia’]». Para mí, ese verbo pertenece al alemán específico de los judíos y significa prepotencia y sobreexcitación, excitación nerviosa, exagerar mucho lo que se sufre, etc. Ayer se me ocurrió que lo que ahí subyace es el fingimiento, el estar *supuestamente [angeblich*] enfermo o excitado o preocupado. Y he aquí que hace unos meses leo en el *Reich*[4] (seguramente lo anoté aquí) un artículo de Goebbels titulado: «Angabe». El le daba a toda esa clase de palabras *–angeben*, *Angeber*, *Angabe*- el único significado de exagerar, exageración embustera, propaganda sin escrúpulos. De modo que, sin saberlo, tomó una palabra del lenguaje judío y la empleó exclusivamente en el sentido que le resulta natural a él, a Goebbels.

La situación es poco clara. Los Neumann tampoco sabían dónde está ahora el frente oriental. – Las mentiras se superponen y se contradicen. Primero decían: cuarteles de invierno, estamos reduciendo nuestra línea; los rusos pueden apuntárselo como un éxito, pero somos nosotros los dueños de la situación

(somos quienes «marcamos el paso»). Después, Ribbentrop declaró: Los rusos chocan contra nuestra retaguardia. Ahora, Hitler hace dos llamamientos de Año Nuevo. Uno al pueblo: Si es necesario, sabremos hacer los mayores sacrificios. Otro a los soldados («Soldados *míos», LTI)*, en el que habla claramente de la ofensiva rusa, que «tiene que fracasar y que fracasará».

Neumann-Kötzschenbroda[5]: los rusos recurren a trineos de caballos y a la caballería, los tanques están congelados. Los alemanes pierden en la retirada una inmensa cantidad de material. – Hitler no sólo ha destituido a Brauchitsch[6] sino también a unos treinta generales, o «Brauchitsch y otros treinta se han marchado por propia iniciativa» o «han sido fusilados». Motivo: ya en el otoño, en Smolensko, Brauchitsch consideró necesarios los cuarteles de invierno, mientras que Hitler ordenó seguir avanzando. – Concentración de tropas alemanas en la frontera española. ¿Contra Gibraltar? ¿Para proteger la costa portuguesa? ¿Seguirá guardando España la neutralidad? ¿A qué bando se unirá? ¿Dónde está el frente oriental? A todas estas preguntas, incluso en Kötzschenbroda, sólo interrogantes.

Ayer escribió Trude Scherk algo muy curioso. Heinz Machol[7] no tiene que llevar estrella judía y está exento de contribuciones sociales (15% de impuesto sobre el valor añadido) por tener hijos de un primer matrimonio[8] con una aria. Pero esa primera mujer era una comunista austriaca, furiosamente activa, y él pidió el divorcio.

Terminado de leer *Yo, Claudio*[9] […]

12 de enero, lunes

(Último «apartado de correos»[10]: el sobre con la lírica de Victor Hugo.)

Ha sido tal shock que hasta hoy no he estado en condiciones de consignarlo en el diario y he tratado de recobrar la serenidad escribiendo en el *Curriculum*[11].

El jueves 8 de enero, a las cuatro de la tarde, viajo en la plataforma del 16, de regreso de la compra en la Chemnitzer Platz. En el *Landgericht*, como siempre, gente que se agolpa para subir. Poco antes de la estación, un joven se vuelve hacia mí, facciones correctas y marcadas, fríos ojos grises, y dice en voz baja: «Bájese en la próxima parada». Yo, mecánicamente, ya que allí hacía transbordo:

«Sí». Hasta que bajé no me llamó la atención algo raro. Estoy esperando el 14 y allí estaba, a mi lado: «¿De dónde viene usted? ¿Adonde quiere ir? Ahora se viene conmigo». Ni siquiera le pedí que me enseñara un documento. Por el camino dijo: «Gestapo. ¿Quiere ver mi legitimación?». – «Aquí no.» Frente a la estación, en la Hohe Strasse, donde yo solía aparcar, entre los hoteles, un gran inmueble de oficinas. Ésa era, pues, la casa de la Gestapo, de la que cuentan tantas historias horribles. Mi perrero a un compañero que le sale al encuentro: «Este va por ahí en tranvía en horas punta; quiero espulgarle». A mí, pero sin levantar la voz: «Usted espera aquí, detrás de la escalera». Me quedé de pie unos minutos. Respirando apenas. Siempre con la sensación: «¿Cuándo te dejarán libre?». Uno que pasó a mi lado me gritó: «¡Media vuelta!». (De ese «¡De cara a la pared!» ya había oído hablar.) Al cabo de algún tiempo apareció otra vez mi perrero y me indicó con un gesto que subiera. Arriba, una oficina muy grande, desde la que se ve otra habitación, especie de cuarto de estar con mesa puesta para comer. «¿Qué hace usted?» – «Escribo un libro.» – «No podrá publicarlo nunca… Mañana empieza usted a trabajar. Fábrica Goehle[12] (Zeiss-Ikon)… ¿Padece del corazón?» – Yo estaba seguramente muy pálido y me costaba trabajo hablar y respirar. Hasta ese momento me habían tratado casi correctamente. Entonces apareció otro policía, tal vez de una graduación más alta, ni alto ni bajo, de ojos pardos y burlones. Ése me tutea: «Quita esos trastos (cartera y sombrero) de la mesa. Ponte el sombrero. Eso es lo propio vuestro. Donde tú estás, pisas suelo sagrado». – «Soy protestante.» – «¿Qué eres? ¿Estás bautizado? Eso es camuflaje. Siendo profesor como eres, tienes que conocer el libro de… de un cierto Levysohn, en él se puede leer todo eso. ¿Estás circuncidado? No es verdad que sea un precepto higiénico. Todo está en ese libro… ¿Qué edad?… ¿Cómo, sesenta nada más? Ya tienes que haber maltratado tu salud… ¿Qué movimiento es el que has hecho con las zarpas? Acabas de birlar algo, ¿no? Abre la cartera.» – Tuve que volver a abrir todo. Un pan, una botella con medio litro de leche. «¡Qué leche tan buena!» – «No, no, leche desnatada.» – «¡Qué leche tan buena!» – «¡Pero si es leche desnatada!» – Tres trocitos de bizcocho. – «¡Qué buen aspecto!» – Cuarto de kilo de hojas de zarzamora. (¡Para fumar!) – «¿Para qué tanto de una vez? Eso lo puedes comprar a diario… ¿Quién va a ganar la guerra? ¿Nosotros o vosotros? – «¿Qué quiere decir usted?» – «Bueno, vosotros rezáis cada día por nuestra derrota: a Yahvé,

así creo que se llama. Ésta es la guerra judía[13]. Lo ha dicho Adolf Hitler (gritando patéticamente) y lo que dice Adolf Hitler es cierto. ¿Por qué compras en la Chemnitzer Platz?» – «Antes vivíamos allí.» – «Compras allí porque te dan más. Eso va a acabarse. Mañana llevas tus cupones a la tienda más cercana. Que no se te ocurra aparecer otra vez por aquí en tranvía. Tú puedes ir a pie. Y si volvemos a verte por aquí, sales disparado. Ya sabes adonde. ¿Entendido?» Yo dije sólo: «Sí». El tuteador se marchó. El perrero estaba callado y malhumorado en un rincón. «¿Puedo marcharme?» Vino hasta casi la escalera y dijo como frase final: «Si no fuese usted tan viejo y tan enclenque, lo poníamos a trabajar». Ya en la calle noté por primera vez cuánto me dolía el pecho y el brazo izquierdo. De todos modos, estaba libre (lo que aquí se llama libre, también habría podido desaparecer por mucho tiempo –Ernst Kreidl[14] está en prisión desde hace siete semanas y media–, o para siempre con ayuda de una inyección). Me fui muy despacio a casa. Todavía no me he recuperado del todo. He hecho consignar mis cupones-de-la-J en la Wasaplatz, desde entonces sólo he salido a dar una pequeña vuelta al aire libre, no he dejado esta zona ni volveré a dejarla. Este asunto, con su tiranía de fábula, con su brutalidad y su sarcástica humillación, me ha calado muy hondo. Desde entonces no he dejado de pensar en la muerte.

Por lo que oigo contar a los Kreidl[15] y a Kätchen-Sara[16], suceden de vez en cuando cosas similares. Parece que la finalidad de todo eso es echar el guante a la gente para meterla en el servicio del trabajo. Pero eso también podría ser a través de la Comunidad. Yo pienso que quieren intimidarnos y que no salgamos a la calle, quizá también averiguar qué comerciantes tratan bien a los judíos. – Unico consuelo: ya no pueden ocultar el empeoramiento de la situación en Rusia. Paul Kreidl ha leído un artículo muy serio del *Reich:* de pronto, esos mismos rusos que hace muy poco ya estaban aniquilados son enemigos terribles, y aún les falta mucho para estar acabados. Kätchen-Sara cuenta que esta mañana un conductor de tranvía le habló con toda franqueza: que no perdiera los ánimos, que a esos perros sanguinarios pronto les llegaría la hora, él conocía la moral de los soldados, puesto que en su plataforma viajaban muchísimos que estaban de permiso y los soldados estaban hartos…

Pero quién puede calcular hasta qué punto ha aumentado la tensión interior, la derrota exterior. *Yo* no puedo esperar mucho tiempo más. Y ésta es

seguramente la actitud de fondo de todos los que llevamos la estrella.

Hace ya mucho frío, y nuestra calefacción otra vez no puede hacer frente a las heladas, como el invierno pasado, y estamos peor alimentados y con los nervios más destrozados que en el invierno pasado.

13 de enero, martes

Paul Kreidl cuenta –rumor, pero lo sabe por diversas personas bien informadas– que en Riga judíos evacuados[17] han sido *fusilados* en serie, según iban saliendo del tren. Él tiembla por una hermana casada que vive en Praga y que está en la lista de los que van a deportar. *D'altra parte*, es optimista: la ofensiva rusa[18] va avanzando por el centro en dirección a Polonia. Yo no acabo de creerlo; hoy, el comunicado del ejército habla otra vez de combates junto a Leningrado y al este de Charkow, así que el centro no puede haber retrocedido tanto.

Le están dando un bombo enorme al éxito de la colecta de rieles. A los judíos les han quitado las prendas de piel y de lana, los arios han tenido que darlas «voluntariamente», han entregado unos 50 millones de piezas. Eso, en la versión oficial, equivale a «un referéndum» y es prueba de la íntima y firme unión entre el pueblo y el ejército, entre el pueblo y el Führer, etc., etc.

Ya no hay hojas de calendarios, de las que venían como suplemento en los periódicos en años anteriores. A falta de ellas, la señora Voss ha comprado un almanaque popular, el *Nürnberger Kalendermann 1942*. He encontrado en él –al cabo de veintitrés años y justamente ahora que acabo de terminar esa parte del *Curriculum*– el nombre de Maximilian Müller-Jabusch[19]. ¡Dios mío, qué bajo ha caído! Una colección de material sobre el «saludo götziano»[20], que en su opinión florece «en tiempos viriles». Eso también es actividad de escritor. Para llenar las páginas se recurre a todo lo que tiene que ver con el trasero y sus funciones.

17 de enero, sábado

Desde anteayer al mediodía (jueves, 15 de enero), enorme nerviosismo o, en el fondo, embotamiento, mezclado con «Hurra, estoy vivo», que a su vez alterna con c*ras tibi*[21] y con preguntarse a sí mismo quién elige la mejor parte. Aquí, evacuación de judíos el miércoles próximo, quedando exceptuados quienes sean

mayores de sesenta y cinco años, quienes posean la Cruz de Hierro de primera clase, quienes vivan en matrimonio mixto aunque no tengan hijos. El punto 3 es mi tabla de salvación: ¿por cuánto tiempo? (en Dresde, la Cruz de Hierro la poseen tres o cuatro). Una compañera de trabajo de la fábrica Goehle fue quien le trajo a Kätchen la noticia. Desde entonces, un nerviosismo terrible en esta casa, abajo Paul Kreidl, aquí, Kätchen. En ésta, una mezcla de infantilismo, histeria, padecimiento serio del corazón, auténtico pavor. Esta mañana he visto y oído a través de la puerta de cristal cómo se retorcía en su habitación en un ataque de llanto. Me acerqué a ella, se agarró a mí, me cogió las manos, puso la cabeza en mi hombro, tuve que acariciarla, que consolarla. «No tendré cama – la última noche tenéis que estar todos conmigo, mi madre también y Ludwig (el cuñado y heredero, al que ha telegrafiado para que venga), si no, me mataré – soy como Jesús en la cruz – por qué he de sufrir tanto…»

Media hora más tarde, más serena durante el desayuno. Creo que ella no es de las que corren más peligro. No tratarán demasiado mal a la mano de obra que necesitan, Kätchen seguirá con gente alrededor. – Pero desde luego las temperaturas gélidas lo hacen todo más duro, y ella sale con poquísima ropa. – En la Comunidad y en la fábrica, donde hay tantos judíos trabajando, las escenas de desesperación son horribles, por lo visto. A los matrimonios los dejan juntos, pero separan brutalmente a padres e hijos. Por ejemplo, la hija de quince años de un farmacéutico se queda aquí, sola. Parece que reina gran confusión en todo este asunto. La orden de evacuación salió por lo visto de una oficina del Reich y después cayó de golpe sobre Sajonia. La fábrica Zeiss-Ikon (alias fábrica Goehle, alias Ernemann[22]) lucha por conservar su sección judía que ya está bien entrenada y trabaja bien. Allí tienen que trabajar unas 400 personas. Al principio, iban a marcharse todos. Después de una primera reclamación, consiguieron ayer que se quedara el 50%. –Kätchen *no* está entre los que se marchan. Al parecer, la fábrica se puso después en contacto con una comisión militar, y es posible que hoy permitan que se quede más gente. – Paul Kreidl está en otro *Arbeitseinsatz*[23] (*LTI*), en trabajos pesados, construyendo el tendido del ferrocarril. Hace poco dijo que tenía la sospecha de que en esos transportes fusilaban a los judíos nada más llegar al lugar de destino. Pero es evidente que hay una falta enorme de mano de obra, y un judío muerto ¿en qué puede trabajar? – ¿Qué resulta de esto para nosotros dos? 1) ¿Cuánto tiempo me

quedaré en Dresde? 2.) ¿Cuánto tiempo nos quedaremos en esta casa? (¿Y cómo sobrevivirá Muschel a otra mudanza? 3) ¿Qué harán con los judíos que quedan en Dresde? Se tiene la impresión de que quieren incrementar el antisemitismo, en parte por la situación tan crítica en el exterior, en parte por el poco eco que ha tenido la estrella judía. Cf. mi detención del otro día, aunque oficialmente esté permitido viajar en tranvía. Después, me han hablado varias veces de casos parecidos.

El frío intenso (unos -15°C), que ya dura varios días, lo dificulta y ensombrece todo. – Apenas salgo de casa. (Miedo continuo a los perreros.) Todas las idas y venidas son para Eva. Pero creo que en este piso tan difícil de calentar apenas se pasa menos frío que en la calle. Mi dosis de trabajo casero aumenta más y más. Además de fregar y de restregar ollas, ahora hay que *cepillar* gran cantidad de patatas. Lo que no sé es pelarlas, pero bien cepilladas se pueden comer con piel. Nos han correspondido tres quintales y, en sustancia, de eso vivo. La patata, fría o caliente, es sucedáneo del pan, tan escaso, y en las comidas consumo todas las que puedo. La comida es cada vez peor y los dos tenemos un aspecto bastante deplorable.

El *Curriculum* avanza despacísimo. Pero firmemente decidido a seguir con él. Y también me gustaría mucho ser el cronista de la catástrofe que estamos viviendo. Observar hasta el último detalle, tomar notas sin preguntarme si conseguiré alguna vez sacar provecho de estos apuntes.

Tengo la impresión de que la situación del Tercer Reich es de una tensión explosiva, dentro y fuera. Pero tal vez me equivoque, y todo continúe dos años más.

18 de enero, domingo mañana

Ayer, giro súbito en el asunto de la evacuación. Por la tarde se filtró la primera noticia en la *Judenhaus.* Ha habido un pulso feroz entre el Partido, por un lado, la fábrica y la Wehrmacht, por otro; negociaciones horas y más horas, amenaza de cerrar la fábrica, de apelar a Göring caso de que toquen la sección judía: finalmente, victoria total de la empresa; no sólo conservará toda la plantilla sino que probablemente se quedará con todos los judíos de Dresde que trabajan en fábricas, de forma que no habrá deportación. Así, también estaría salvado Paul Kreidl. Parece que en la fábrica ha habido escenas de lo más patéticas. – Así, en

esta casa la velada habitual de los sábados fue muy animada. Los Kreidl llenos de alegría y esperanza, Kätchen embelesada. Como es natural, todos tendían a considerar favorable la situación general. En el frente las cosas parecían ir muy mal, y en el interior parecía que iba a estallar la revolución. *Forse che si, forse che no…*[24] (En el periódico, justamente ayer, sarcasmos contra los periódicos londinenses que «inventaban» y publicaban un plano de Berlín con nidos de ametralladoras de las SS.) Fuerte debate entre Paul Kreidl y yo: él era partidario de una amplia reconciliación *después* del cambio, de renunciar cristianamente a la venganza, yo, en cambio, del ojo por ojo, diente por diente. – En el almanaque y en el artículo de fondo se mencionaba ayer o anteayer el aniversario de las elecciones de 1933 al Landtag[25] de Lippe. Aquel súbito auge del Partido en el más pequeño Landtag alemán, síntoma y preludio de la *toma de poder.* Tal vez sea la lucha por los judíos de Goehle un último síntoma. Por otra parte: yo *no* fui al frente[26] desde Landsberg am Lech, pero *acabé* marchándome al frente cuatro semanas después.

19 de enero, lunes

Prueba de fuerza: de los trabajadores reclamados por la fábrica Goehle, la Gestapo ha tachado veinte y ha impedido que vayan a Zeiss-Ikon trabajadores de otras empresas: en total, el miércoles se marcharán de aquí 250 personas. Entre ellos Paul Kreidl, golpe durísimo para la madre. Entre ellos hay por lo visto una mujer con tres hijos, el menor un niño de pecho, dos meses. Ayer también salió de Berlín un convoy. Sufrimiento indecible, acrecentado por las heladas permanentes (temperaturas entre -15 y -20°C). Arbitrariedad e inseguridad infinitas. Kätchen-Sara creyó durante un momento que estaba entre los veinte y casi se desmayó. Por lo que a mí respecta, tampoco me encuentro ya seguro.

Desde hace varios días está parado el *Curriculum.* A la excitación por el convoy se añade un resfriado de Eva. Muchas tareas caseras, leer en voz alta. Estoy leyendo a Shmarja Levin, *Infancia en el exilio (Childhood in Exile*), 1935. Una gran obra de arte. El contenido, interesantísimo, muy importante para el último libro del *Curriculum.* El protagonista, nacido en Rusia al final de los años sesenta, en Swislowitz, a orillas del Beresina, se cría en un gueto y se convierte en campeón del sionismo. Por primera vez caigo en la cuenta de que *el sionismo*

es humanismo. El libro me lo han prestado los Seliksohn; Seliksohn, cuarenta y pocos años, judío ruso de nacimiento, llegó de niño a Alemania; en 1914, a los diecisiete años, voluntario de guerra, frente oriental, allí intérprete, después socialista y sionista, maltratado en un campo de concentración, desde entonces diabetes, su mujer en Zeiss-Ikon; los dos estaban al principio en la lista de deportados y quedaron libres. Los conocemos a través de Kätchen. He discutido ya varias veces con él; ayer tarde estuvieron mucho tiempo en casa. Tengo que tomar más apuntes sobre Levin.

20 de enero, noche

Ayer, hasta la medianoche, abajo con los Kreidl. Eva ayudó a coser cinturones con los que Paul pueda llevar a la espalda la maleta. Luego, han hecho un saco con una funda de edredón y lo han rellenado, luego ese saco se factura (y no siempre vuelve a aparecer). Hoy lo ha llevado Paul en una carretilla al transportista que le han asignado.

21 de enero, miércoles mañana

Antes de que se marche el deportado, la Gestapo precinta todo lo que no se lleva. Todo pasa al Estado. Paul Kreidl me trajo anoche unos zapatos exactamente de mi número y que dado el estado terrible de los míos son de lo más oportunos. Y un poco de tabaco que Eva mezcla con hojas de zarzamora y así lía sus cigarrillos. Yo, desde hace muchos días, sólo fumo hojas de zarzamora. Esta mañana especie de visita de pésame a la madre. El convoy consta ahora de 240 personas, parece que entre ellos hay gente vieja, débil y enferma, de forma que apenas pueden llegar vivos. (Continúan las heladas.)

Eva tiene una tos muy fuerte, está muy débil. Ayer, su intento de levantarse fracasó por su debilidad. – Hoy *tiene que* salir; estamos sin nada que comer, y *yo* no puedo decidirme a ir a la ciudad.

27 de enero, lunes noche

Desde el viernes, ahora hace cuatro días, Eva está en cama con ataques fortísimos de tos, sólo se levanta para dirigir una cena elemental. De todo lo demás me encargo yo. La compra, limitada a la Wasaplatz y a la tarjeta judía; la

comida, más pobre aún de lo habitual. Todo más difícil debido a las permanentes heladas (por la noche -20°C) y a la imposibilidad de calentar las habitaciones y a mi propio resfriado. Lo que me deja libre el trabajo casero, lo empleo en leer en voz alta. Levin, volumen II, terminado en poquísimo tiempo; tengo que tomar, sin falta, apuntes detallados sobre ese libro. Como Eva no fue a la biblioteca de Paulig[27], ayer pasé revista a la pequeña estantería de la señora Ida Kreidl y lo primero que le cogí fue *Ben Hur*[28] […]

La guerra se prolonga indefinidamente. A diario, en el frente oriental, «duros combates». En África, la ofensiva inglesa ha sido frenada en Adjdabia. Si no avanza, no se llegará a un desenlace, e Italia podrá seguir haciendo su poquito de guerra.

29 de enero

Hoy, después de varias semanas de fuertes heladas, estamos pasando a la nieve y al deshielo. Hemos sufrido y seguimos sufriendo mucho. Eva, con una tos bronca y constante, ha pasado mucho tiempo en la cama. Yo estoy muy griposo, el intenso frío me ha destrozado las manos. – En el *Curriculum* no he podido ni pensar. – Mucho *Ben Hur.* – La comida, peor aún que de costumbre.

Richard Katz[29], el pobre lancero, murió ayer de un cáncer que le ha hecho sufrir mucho. Sesenta y dos años.

La necesidad más urgente: nadie quiere lavarnos la ropa. La lavandería de Dipoldiswald ha rechazado hace más de un mes a los clientes que llevaban poco tiempo con ellos, otras lavanderías han cerrado el cupo de clientes. En tales circunstancias, no son los judíos los *únicos* que sufren, pero sí los que sufren primero y de modo más radical. La razón: no sólo falta de material, sino sobre todo escasez de personal. Todos al ejército, el frente oriental lo devora todo. – Nadie quiere reparar nuestra aspiradora. «No se hacen reparaciones»: un letrero que cuelga en montones de escaparates. Vale también para relojes, paraguas, etc.

Carta de Martin[30]. Hace unas semanas tuve que devolver una de sus cartas indicando que me «niego a recibirla». Él había metido dentro unos sellos. La carta estaba depositada en la aduana de aquí; para poder recogerla tenía que haber hecho una solicitud en una oficina de Berlín. Esa solicitud se la hubieran rechazado a un judío. Además, las colecciones de sellos forman parte de los

bienes judíos confiscados. – Ahora escribe Martin, el Martin correcto: Remite: Arne Erik Johannsson, Estocolmo 1, firmado: Tuyo, «Arne», y me dice que use esa dirección. ¿Qué hay detrás de eso? Supongo –imposible preguntarlo– que cuenta con la invasión de Suecia por los alemanes. Con lo que podría sucederle como a los judíos que emigraron de Alemania a Francia y a Holanda. –¿Y si fuera otro el motivo? ¿Y si la Gestapo se hubiera metido de por medio? Entonces me puede pasar como a Ernst Kreidl, que lleva más de diez semanas en prisión. Nadie sabe ni por qué ni por cuánto tiempo.

[…]

31 de enero, sábado

Desde ayer otra dificultad sumamente opresiva: la casa de Dölzschen parece, o lo está ya, definitivamente perdida. Hace mucho tiempo que hay una rescisión de la hipoteca para el 1 de julio, pero tal vez hubiera sido posible anularla.

O también: falta mucho para el 1 de julio y quién sabe todo lo que puede pasar hasta entonces. Ahora sin embargo: ayer me citaron, «para prestar declaración», en la comisaría de policía de aquí, donde por cierto son muy amables y están en evidente oposición a la Gestapo, a las SS, al Partido, etc. Una larga carta del ayuntamiento de Dölzschen al jefe de distrito de Dresde, que, como primera providencia, pide información a la comisaría sobre «la nacionalidad del judío Klemperer». («Si fuese usted francés, *Herr Professor*, su situación sería mejor», dice el inspector.) Dijo que el inmueble estaba en un estado de completo deterioro, que la reparación de los desperfectos costaría unos 2.000 marcos; que como no se podía hacer todo enseguida, había que designar un administrador que se encargara de la «arianización» de la casa. De modo que no sólo van a quitarme la casa sino que del precio mínimo fijado deducirán 2.000 marcos para futuras reparaciones. Nos convertimos en mendigos. Lo que más me afecta de este asunto es la amargura de Eva. (Ahora la oigo decir a diario: «Me aburro mortalmente». Comprar, limpiar, guisar: ésa es su odiosa jornada diaria. La mía no es muy diferente.)

Ese mismo día 30, en África, los alemanes recuperaron Benghasi. Eso supone una inyección de alcanfor para Italia, otra prolongación de la guerra.

Robert Bruck[31]. Eso no viene ahora en el periódico, evidentemente. La noticia me llega de la Comunidad Judía, vía Zeiss-Ikon. Habrá llegado a los

setenta y tantos años. Su mujer, que dormía tan apaciblemente en mis conferencias, un poco mayor que él, murió cumplidos los setenta hace unos diez años, algún tiempo *antes* del hitlerismo. Él no era un *aquila*. Pero una persona bondadosa y jovial. Muy buen matrimonio. Ambos ocultaban su judaísmo, eran alemanes hasta la médula. El cenit de su vida fue cuando lo eligieron rector, a finales de los años veinte. Invirtió dinero en el cargo. Recuerdo una invitación, muy agradable y opulenta, con mucha gente en su casa de la Schnorrstrasse (donde ha muerto ahora: curiosamente dejaron que siguiera en su piso). Ella decía radiante: «Por qué no vamos a gastar en esto parte de nuestros ahorros, es *nuestro* año». (¡Objetivos ambiciosos! Como historiador del arte no ha aportado nada, pero ha sido rector una vez.) Cuando murió la mujer, se quedó muy solo. Yo lo vi un par de veces por la calle, él no reparó en mí. Feder[32], que lo «asesoraba» en su calidad de «cristiano no ario», me aconsejó: «No vaya a verlo, está bastante ausente». Al final, seguramente habrá tenido que llevar también la estrella.

FEBRERO

5 de febrero, jueves noche

Carta de Caroli Stern[33], en respuesta a nuestra última misiva a Lissy Meyerhof[34]. Lissy fue evacuada el 25 de enero, en los días del frío más intenso. Por otra parte, requerida por la administración sanitaria, se fue en calidad de enfermera profesional, y así puede que la deportación le haya parecido una suerte. En cualquier caso, desposeída de todo y expulsada en el espacio de cuarenta y ocho horas.

La señora Katz le escribió a Ida Kreidl que su marido murió el 27 de enero, que no podrán enterrarlo en Weissensee hasta el 9 de febrero, porque allí hay mucho que hacer debido a los numerosos suicidios.

Kätchen-Sara, cuando regresa de la fábrica, habla a diario de registros domiciliarios en los que dan brutales *palizas* y roban lo que les viene en gana.

Un decreto prohíbe a los judíos utilizar los «coches-lucio» –tranvías en los

que la plataforma delantera no está separada del interior– y los domingos, todos los tranvías. Personalmente, no he ido en tranvía desde que me detuvieron, no he pisado el centro.

Después de casi dos años, seguramente por indicación de Trude Scherk, una tarjeta de Grete[35]. *D'outre-tombe*[36]. Primero me sorprendió la letra tan sosegada y las frases tan bien formuladas, que decían, por otra parte: «Desearía estar muerta». Luego vi la fecha, o más bien fue Eva la que se dio cuenta: 5 de mayo, de 1941. Venían después unas líneas del 31 de enero de 1942. Una letra temblorosa, dos conatos de frases, sólo palabras sueltas que no casaban unas con otras. Derrumbamiento total.

[…]

En África, Rommel[37] recupera la península Cirenaica, en el frente oriental, los rusos no avanzan; la guerra puede durar todavía años.

A diario, visitas de Ida Kreidl, llorando a lágrima viva. Ernst Kreidl desde hace once semanas en prisión, no se sabe nada de él, nadie puede escribirle, él no puede escribir.

Heladas, ya no tan intensas, pero continuas, muy molestas, que se notan muy bien al pisar. (Siempre alrededor de los -6°C.)

[…]

El *Curriculum* avanza trabajosamente. Yo tendría que hojear alguna obra de consulta para ver los datos de la República de los Consejos[38]de Múnich. Hay tantas cosas no resueltas en mis apuntes. ¿Quién formaba parte del Consejo Central? ¿Quién gobernó Baviera entre la muerte de Eisner[39] y la proclamación de la República de los Consejos? Etc., etc. Me siento inseguro. Además, con un cansancio constante. Pero quiero terminar a toda costa el segundo tomo.

6 de febrero, viernes noche

En la nueva edición de hoy de la tarjeta del jabón (cada cuatro meses), por primera vez han suprimido para los judíos el jabón de afeitar. ¿Es tan grande la escasez? ¿Quieren introducir por la fuerza la barba medieval de los judíos? Yo tengo todavía una pequeña reserva. Espero que no la descubran en algún registro. Espero que no se haga uno sospechoso por ir afeitado.

¿He anotado que Lissy Meyerhof, en su última carta desde Berlín, me

escribió que en los hospitales de los guetos faltan vacunas contra el tifus?

8 de febrero, domingo

Siempre estos altibajos. Miedo de que lo que escribo pueda llevarme a un campo de concentración. Sentimiento del deber de escribir, es mi trabajo, mi oficio. Sensación de *vanitas vanitatum*, del poco valor de lo que escribo. Y sin embargo, al final continúo escribiendo, en el diario, en el *Curriculum*.

Desde ayer muy deprimido. Eva, extenuada por las caminatas mañaneras en medio de este frío intenso, de la nieve y el hielo; así que me fui solo a ver a los Neumann. Todo el tiempo hablaron del registro inconcebible que han hecho en su casa (y en las de otros). «Escuadras móviles» de ocho hombres. «Ahí, sentaos sobre el Arca de la Alianza» (un baúl), los más infames insultos, empellones, golpes, a la señora Neumann le dieron cinco bofetadas. Lo revolvieron todo, robaron a lo loco: jabón, un calentador eléctrico, una maleta, libros, un cuarto de kilo de margarina (comprada legalmente, con cupones), papel de escribir, todo género de tabaco, paraguas, las condecoraciones militares («Ya no las necesitas»). «¿Dónde lavas la ropa?» – «En casa.» – «¡Que no se te ocurra mandar lavar tu ropa fuera de casa! – ¿Por qué llegáis todos tan a viejos? – Ahorcaos, abrid la espita del gas.» También se llevaron, desgraciadamente, cartas, direcciones, escritos. – Al final se firma que se ha entregado todo voluntariamente a la Cruz Roja alemana. – Para ser detenido basta que comprueben que se está en contacto con algún ario. –Una señora septuagenaria, detenida.

No se divisa un rayo de luz por ninguna parte. Los ingleses vuelven a perder toda la Cirenaica. Rommel parece que ha recibido de Túnez material de refuerzo, enviado por el gobierno de Pétain-Darlan[40]. Progresos de los japoneses, los rusos no avanzan. Pese a todo, la guerra la perderá seguro Alemania, pero ¿cuándo? ¿Y quién vivirá para contarlo? Siempre me pasa por la cabeza la frase que, en las memorias de Levin, le dice a Dios un sionista ruso durante la época de los pogromos: «*Tú* puedes esperar, para *ti* mil años son como un día: pero *nosotros* no podemos esperar».

9 de febrero, lunes

Continuamente noticias sobre registros domiciliarios, sobre robos de todo tipo, malos tratos… No dejo de pensar en mis manuscritos. De *todos* no puedo desembarazarme. Ayer Kätchen, de vuelta de casa de unos parientes, trajo la siguiente noticia: un tal Stern, de unos sesenta años, detenido hace unas semanas porque en un registro encontraron una *carta pastoral*. PPD, después campo de concentración y ahora ha llegado la urna. – Me resulta difícil reunir el material para el *Curriculum.* Desde luego, la mayor parte del tiempo se la lleva el trabajo de cocina. También, últimamente, la lectura en voz alta por la mañana temprano. No me gusta que Eva esté en la cama despierta, entregada a sus pensamientos.

Kätchen me ha dado a leer los papeles que envían a quienes van a ser deportados. Quedan confiscados los bienes, y deben hacer una lista de ellos en unos impresos. Esos impresos tienen en cuenta hasta el detalle más mísero: «Corbatas… camisas… pijamas… blusas…».

10 de febrero

Ante la inminencia de un registro domiciliario, Eva viaja hoy a Pirna[41]. – El manuscrito del *Curriculum* ya no está aquí. –Probablemente, interrupción total.

12 de febrero, jueves

Hoy hace treinta años que murió papá[42]. Todo el día estoy viendo su muerte y a todos los que ya se han marchado y que estuvieron presentes entonces.

Tenso y resignado. Trabajando en el *Curriculum:* la gente de principios de mayo de 1919; mis artículos para el *Leipziger NN*[43].

«El presidente del distrito administrativo de Dresde-Bautzen» ha designado un administrador ario para mi inmueble, el abogado Heise.

Los japoneses han tomado Singapur, nuevos éxitos de los alemanes en el frente oriental[44].

[…]

Todo el día sin salir de casa. Me entierro cada vez más.

13 de febrero, viernes noche

A las seis vino un mensajero de la Comunidad Judía para decir que mañana por

la mañana, a las ocho, debía presentarme en Räcknitz para *quitar nieve.* Es justamente *el* trabajo con el que mi corazón se rebela a los cinco minutos. Durará «hasta las primeras horas de la tarde». Tampoco tengo botas con una buena suela. Para hacer cualquier tipo de objeción o para tratar de conseguir botas era demasiado tarde. Tengo que aceptarlo. Lo más que puede pasarme es que reviente.

15 de febrero, domingo mañana

Ayer, 14 de febrero, primer día de quitar nieve, de ocho a dos, pero la semana que viene será de ocho o de ocho y media a cinco, más una hora de ida y otra de vuelta. Ayer a las siete de la madrugada, casi en plena noche, me puse en marcha con el doctor Friedheim[45]. Las calles nevadas, irreconocibles. Dirección Zschertnitz, pasando por la antigua fábrica de ladrillos, después todo recto por la Moreaustrasse hasta el Elysium, un gran restaurante justo al principio de la Langemarckstrasse, *già* Bergstrasse en Räcknitz. El doctor Friedheim se cayó dos veces por el camino, una caída fué grave, me enseñó después un certificado médico de Rostoski[46]: vesícula, hígado, hernia, azúcar…: volvió a casa. En la entrada del edificio se iba reuniendo un grupo de pena. Una hernia sin vendaje, un cojo, un jorobado… Debían haber llegado diecisiete hombres «mayores»; dos no se presentaron, a tres les mandaron que se fueran, de los doce que quedaron, *varios* septuagenarios; yo, con sesenta años, literalmente el más joven. Consideré si debía dirigirme enseguida al médico inspector. Un hombre uniformado (de la limpieza municipal) llegó en coche con los utensilios de trabajo, hizo una especie de control con una lista. Muy correcto. A mí me dio este consejo: «Inténtelo primero, de lo contrario podría tener problemas». Cargamos con pico y pala y marchamos primero a la Casa del Recaudador. Allí, a la entrada de la Südhöhe, se debatía una camioneta de reparto. La liberamos, dejamos más ancha la carretera. Allí, mientras manejaba la pala, noté el corazón. Caminamos después por la Innsbrucker Strasse hasta la finca de Nöthnitz, cerca de Bannewitz (la granja con el cenador en forma de champiñón en el muro del parque), frente a ella una cabaña donde hicimos un descanso para desayunar, a unos 200 metros en dirección Dresde, justo encima de Kaitz, el sitio donde trabajamos ayer. Cuántas veces he ido allí conduciendo mi propio coche.

Ahora… Ampliación de la carretera, donde, por el lado opuesto al que da a Kaitz, ya se levantaba una elevada pared de nieve. Hubo que echarla más atrás e hicimos un apartadero. Cuando había que arrojar la nieve a mucha altura, y eso me fatigaba muchísimo, llevaba la pala llena al lado libre de la carretera y tiraba el contenido por el terraplén. Soplaba un viento terrible, de vez en cuando había tormenta de nieve. Los dolores cesaron muy pronto, aguanté asombrosamente bien. Se trabajaba a un ritmo muy moderado, se hacían muchos descansos, hablábamos unos con otros: y sin embargo uno se cansaba muchísimo. Y dudo mucho que pueda aguantar mañana hasta las cinco. No cabe duda que ir de un lado a otro sin hacer nada es parte integrante de todos estos trabajos colectivos de carácter militar; ir de acá para allá, embrutecerse, aburrirse y el lento avanzar de las horas. Allí arriba, dirigía el trabajo un capataz de cabellos grises, un hombre agradable. Me trataba de *Herr* (¡!): «No tiene que esforzarse demasiado, eso no lo pide el Estado». Yo busqué la compañía de un médico, el doctor Magnus[47], traumatólogo y cirujano, sesenta y siete años, pero mucho más fuerte y más joven que yo. Deportista, equitación, bien equipado. De lo que le sobraba me dio unas manoplas muy resistentes. Me preguntó por mis dolores. «En el pecho, a la izquierda, bajando hasta la muñeca.» – «Típicos síntomas anginosos.» – Fue un golpe oír de forma tan cruda lo que sabía hacía tiempo sin querer saberlo. «Angina de pecho» suena de otra manera que «corazón nervioso». Pero el médico inspector, el doctor Katz[48], era un «cagón», dijo. Por otra parte, el corazón no se sabía nunca cómo reaccionaba, continuó. Tal vez hasta me viniera bien todo ese aire fresco. Sólo tenía que descansar de vez en cuando. Al final: «Tiene usted un aspecto bastante bueno». Con los otros del grupo no tuve mucho trato. Comerciantes, pequeños mercaderes, uno totalmente proletario. – Lugar del desayuno: una caseta de herramientas, en la que había una diminuta pieza separada, con una estufa de hierro, un banco y una mesa, todo calculado para tres obreros. Nosotros estuvimos en grupos de seis, para el almuerzo van a hacer tres turnos. – Muy parecido al servicio de trabajo de los militares. Pero ahora tengo sesenta años. – Interrupción del trabajo: «¡Cuidado!», y todos nos apelotonamos contra la pared de nieve. Siempre me desazona ver pasar a mi lado, a unos centímetros de distancia, esos pesados camiones con sus cadenas en torno a las gigantescas ruedas; es tan fácil que patinen un poco hacia los lados. Uno llevaba delante un triángulo de metal,

como una especie de arado para quitar nieve. –Luego una auténtica máquina quitanieves tirada por caballos: detrás, dirigiendo, un hombre tumbado sobre la lanza. Varios sólidos trineos de campesinos, tirados por caballos, barriles de forraje encima. De vez en cuando una furgoneta o un vehículo del ejército. Casi nunca coches particulares, de los que antes había muchísimos por aquí. Un coche de caballos, puestas las ruedas posteriores sobre patines. – Continuamente me digo a mí mismo: mil veces mejor que estar en la cárcel –il faut s'abêtir[49]–, el tiempo pasa; pero sin embargo no deja de ser una pérdida de tiempo mortalmente aburrida. ¿Y cuánto tiempo le queda a uno que tiene «síntomas anginosos»?

Ha pasado el domingo. ¿Qué he hecho? Me he lavado, he *kartoffelt* [‘patateado’] (verbo de nueva creación que significa‘cepillar patatas’), estos apuntes en el diario, he leído en voz alta unas líneas de *Ben Hur*, cuya parte final decepciona mucho y no acabamos de terminarla, un hasta ahora inútil intento de tomar notas sobre Levin. Y me esperan cinco despiadados días de quitar nieve. Siguen las nevadas.

El *Curriculum* completamente abandonado.

Hoy teníamos que haber ido a casa de los Seliksohn, al té. Visita cancelada, el padre de ella (Kornblum), muerto en el campo de concentración, han recibido las cenizas. Se lo dijeron de golpe y porrazo en Zeiss-Ikon. Cuenta Kätchen: gritos y desmayos y ataques de nervios generalizados. Ahora, los desmayos, ataques de llanto, etc., son habituales allí. Un médico (judío) del equipo no para de trabajar. Hace algún tiempo detuvieron a tres personas por haber encontrado en su casa una carta pastoral hostil al régimen; el padre, Kornblum, era una de ellas. Otro murió hace unos días en un campo de concentración, un tercero (director de una gran empresa constructora, Matthias[50]) se ahorcó ya al principio en la prisión. Parece que primero se está algún tiempo en la PPD, antes del traslado al campo de concentración. Dicen que allí hay que hacer un trabajo durísimo (arrastrar piedras), y a quien no puede más lo maltratan brutalmente.

«Viernes 13»: ¿seré supersticioso? No sólo me llegó la orden de limpiar nieve, sino que por el shock olvidé oscurecer mi habitación. Casi exactamente un año después de que me ocurriera la primera vez. A las nueve de la noche, de pronto, me acordé. Apagamos al instante la luz y oscurecimos. Como no ha venido nadie, aún hemos tenido suerte. El asunto me habría acarreado como mínimo muchas semanas de prisión, y quién sabe si también el campo de

concentración. Así pues, el día 13 al final ha sido misericordioso conmigo.

En la tienda de los bizcochos, un letrero: no se pueden vender bizcochos a judíos ni a polacos. En Berlín parece que la prohibición de vender bizcochos a los judíos es ya general.

Hoy todavía quiero tomar unos apuntes sobre la autobiografía de Shmarja Levin; no me va a dar para más este domingo.

Ayer vino a casa, con la señora Ida Kreidl, la nueva inquilina, la señora Pick, una verdadera señora, setenta y seis años, en otro tiempo multimillonaria (no sé qué fábrica enorme de malta), ahora en la miseria, la familia en el extranjero. Una persona saludable y enormemente vital (muy austriaca), y al mismo tiempo digna y cordial. A mí me acarició: «Usted podría ser mi hijo, en mi época las chicas se casaban a los dieciséis años».

16 de febrero, lunes noche

Quitar nieve, n.° 2. Desde las siete y media de la mañana hasta las cinco y media en plena calle. Dolores en el camino de ida, a través de Mockritz y Kaitz, en dirección a Nöthnitz. Me resultó fácil trabajar con la pala, estar de pie fue soportable, pero ahora, muy cansado y con las manos temblorosas. Un hombre de pelo canoso y barbita en punta, con uniforme, jefe de peones, no sólo muy humano sino deseoso de expresar la compasión y el descontento que sentía. Así lo hizo, por ejemplo, con el doctor Magnus y conmigo. (Allí cada persona conserva su título). Después (sin que estuviera con él el obrero viejo), habló también bastante abiertamente con otros tres portadores de estrella. Antiguo socialdemócrata: que ya vendrán otros tiempos. Se llama Herrgott. Su capataz se llama Sonntag. A las cuatro y media bajamos al Elysium, donde entregamos las palas y donde mañana tenemos que «presentarnos» a las ocho. Continúa nevando. – Eva subió en el autobús de Possendorf y charló un rato conmigo y con Magnus. (Así venía también a verme cuando yo aprendía el oficio de artillero[51] en el Oberwiesenfeld.) Caminé hasta Zschertnitz junto con el hombre más tosco y proletario de mi cuadrilla, Eisner, comerciante de Löbau. En medio de la conversación empezó a llorar. «¡Mi hijo! Es retrasado mental, sin nadie a su lado está desvalido, ¡y se lo han llevado, y yo estoy aquí!» Amargo amor por el idiota de treinta y dos años, hondísimos sentimientos. Le consolé. Charlé mucho con un viejo viajante de una gran empresa de carbones. Se encuentra uno

vinculado a todo el grupo, se trabaja poco, la jornada va pasando. Las pausas para comer, en la pequeña barraca. Me regalaron medio purito (partido por la mitad), heredé una rebanada de pan, incluso con paté de hígado. – Todo, soportable; ¿pero cómo estarán las cosas mañana?

La verdad es que me angustia bastante que Magnus hable así, tranquilamente, de mi angina de pecho. Su conversación favorita: la equitación.

El viajante, Steinitz, parlanchín pero buena persona, escribe «en inglés» (para practicar) la historia de su empresa de carbones (Weinmann o algo así; después de Petschek, la más importante de Moravia), más desde un punto de vista «anecdótico» que histórico-económico. De modo que otro *curriculum vitae.*

17 de febrero

Miedo otra vez, después de haber oído más historias sobre registros domiciliarios en los que han roto papeles.

18 de febrero, miércoles noche

Ayer y hoy «presentado» en el Elysium, abierto un camino para peatones, Langemarckstrasse hasta la Casa del Recaudador, después por la gran carretera dirección Kaitz. Descansos para comer: barracas de obras públicas (coches, herramientas, barracas con estufa para los obreros, baño María para las bebidas y armarios en la Raetzkystrasse, en las pérgolas del Zellescher Weg, cerca de la nueva TH). – Otro jefe de grupo, otro capataz, muy humanos y antinazis otra vez los dos. «No digan que nos portamos bien con ustedes, ni siquiera en la Comunidad, al contrario, hablen mal de nosotros, si no tendremos problemas.» – «No se esfuercen demasiado.» – «Yo no puedo decirles: "Trabajen más despacio", eso tienen que saberlo ustedes», etc., etc. El inspector, un hombre bastante joven, sólo aparece un rato por las mañanas. El jefe de grupo siempre con nosotros. Cincuenta y cinco años, hasta 1930 soplador de vidrio, luego un año en paro, después empleado municipal. Socialdemócrata, sindicalista, en 1933 registro domiciliario en su casa. Totalmente de nuestra parte. Sólo que tiene miedo. Nos deja marcharnos a las cuatro y media, da todas las facilidades posibles. Yo estoy asombrado de lo bien que aguanto el trabajo. «Síntomas

anginosos» sólo por la mañana en el camino de ida, después en buena forma hasta las dos, a partir de esa hora mucho cansancio, pero sin sentir el corazón a pesar de manejar tanto la pala. – Romanticismo de la caminata matinal: pasar junto a la torre del agua[52] y al monumento a Moreau[53]. Paisaje nevado, crepúsculo y lento amanecer. La ciudad, a la derecha. Una cuerda de prisioneros rusos camino del trabajo. Yo también prisionero. Ayer, una señora joven, quedándose parada: «Este trabajo es demasiado pesado para ustedes (refiriéndose a todos). – Son ustedes muy mayores, y se ve que tienen otros oficios. – (Impetuosamente:) ¡*A lo que* hemos llegado en Alemania!».

El capataz cuenta: «La nieve ha llegado muy tarde, el hielo está más de un metro incrustado en la tierra, en perjuicio de las patatas. En Magdeburgo, por Navidad, he tenido que arrancar patatas, estaban estropeadas». – Estos son los consuelos actuales. – Ayer, abatido todo el día por las malas noticias sobre nuevos registros en los que destruyeron papeles. En vista de lo cual, Eva se ha marchado hoy a Pirna, toda cargada. Yo meteré esta hoja en un libro, en la bibliografía de Lanson[54], en Voltaire.

Hoy la esposa del doctor Magnus le ha traído el almuerzo a su marido. El ejemplo de Eva ha cundido. En la caseta, saludó al médico un hombre uniformado que había sido paciente suyo. Asimismo uno que pasaba por la calle, durante el trabajo.

19 de febrero, jueves

El trabajo (dirección Kaitzer Weg) y el sitio del almuerzo, como ayer. Los descansos, debido al frío más intenso (-8°C aproximadamente), prolongados un cuarto de hora cada uno, hemos acabado a las cuatro, sin embargo más cansado y más aterido que los días pasados. Un «colaborador», Müller, sin estrella, «matrimonio privilegiado»[55], con una pequeña fábrica, que en tiempos fue grande, a nombre de su mujer; han pasado de setenta a cuatro obreros, falta material, para todo hacen falta vales, vales de hierro para cada botón, cada percha, cuero auténtico no hay, sólo imitación. Contó lo siguiente: en 1898, en Offenbach, Löwenstein & Hecht[56] muy buenos clientes, Löwenstein *júnior* compraba en nuestra fábrica. – Sobre la última feria de otoño de Leipzig (las ferias de primavera han sido canceladas en su totalidad. Decisión súbita, porque

hace pocos días vi un matasellos de correos que decía: «Visitad la feria de primavera de Leipzig, 1942»): «Aceptaban encargos de las muestras expuestas y después decían que no podían suministrarlas o sólo para la exportación (lo que tampoco era cierto)». Pregunta: «¿Por qué exponéis?». – «órdenes», «nos obligan», «tenemos que hacerlo.» – El jefe de grupo, Blum: dos hijos en el frente oriental. Inmensas pérdidas. Imposible vencer. Y Norteamérica vendrá. ¡Y esto, un hombre del pueblo! Dice además que el bolchevismo no podrán extirparlo, que eso es imposible. –Por él y por Steinitz he sabido de los gigantescos hornos de las fábricas de vidrios que se tragan de golpe vagones completos de carbón y que fabrican en pocas horas miles y miles de botellas. – Pero así y todo, las horas avanzan lentamente, y se pierde el tiempo de un modo absurdo, y ¿cuánto tiempo me queda con mis «síntomas anginosos»? Pronto hará una semana que limpio nieve. Una ignominia.

Por primera vez, comentarios antisemitas de un joven transeúnte: «¡Dejadlos que trabajen! ¡Muy bien, que trabajen ellos también alguna vez!». – Muchas veces hay obreros a los que ha operado Magnus y que, al pasar, lo saludan.

22 de febrero, domingo mañana

El viernes, a la hora del desayuno, ya habíamos quitado nieve hasta las primeras casas de Kaitz. Luego, al Zellescher Weg, al almacén de obras públicas; el interminable resto del día, abajo, en el barrio de la universidad (Hempelstrasse, Zeunerstrasse, etc.: nombres de antiguos colegas[57]). ¡Quitar nieve delante de la (nueva) universidad! Por desgracia se veía también *undique* el reloj de la torre de la Lukaskirche. Lento avanzar de los minutos. Ayer, sábado, por la mañana -14°C, otra vez en el Zellescher Weg. Junto a nuestra barraca un montón de escoria. Remover, partir con el pico la capa superior congelada, romper los trozos grandes con el mazo. En un grupo de cuatro. Los otros van con una carretilla esparciendo sal. Por el frío, descanso de desayuno más largo, y terminamos a las dos y cuarto en lugar de a las tres menos cuarto. Entrega de salarios. Nombres sin «Israel». (El capataz: «Tengo demasiado tacto para eso».) Mucho esperar sin hacer nada, pero también mucho esfuerzo, frío, hambre. Yo había esperado con ilusión esa mitad de sábado y el domingo. El cansancio hace que se derrumben los planes y los ánimos. En el sobre, 30 marcos de salario bruto, sin deducir impuestos. He tenido que comunicarlo por carta a la oficina de

divisas y al departamento de clases pasivas, tengo que *ingresar* esa cantidad en mi cuenta de seguridad. – Las manos completamente escoriadas, los pies y las piernas llenos de escoceduras hasta por encima de los tobillos.

Escribo a Sussmann: «Aunque a veces se tiene mucha gana / de escribir palabras con arte suma, / mano que lleva pala en la semana[58] / no brillará el domingo con la pluma; / la cabeza y los huesos del anciano / ya lo notan y le tiembla la mano».

El grupo: el *doctor Magnus-Alsleben*, sesenta y siete años, muy juvenil, traumatólogo y cirujano, sobre todo jinete, hijo de un tratante de caballos, en tiempos algo vividor. Se casó a los cincuenta y cinco años, la mujer (le trae la comida) veinte años más joven, sencilla y simpática en el trato, aria; por todas las muestras, matrimonio con la enfermera. Unico universitario fuera de mí. Cultura y círculo de intereses, reducidos.

Steinitz: *el* viajante. Se jacta de conocer todos los chistes, *dont* el 99% son verdes. (Estos viejos, en su totalidad, cuentan y escuchan de preferencia chistes verdes.) Está escribiendo «en inglés» los recuerdos de sus cuarenta años como viajante para la empresa de carbones Weinmann, cita continuamente a Shaw en inglés. Operado de cataratas en un ojo, ciego del otro. Rostro de mujer gorda y vieja. Bonachón y vanidoso.

Müller. El fabricante sin estrella de artículos de piel, negocio a nombre de su mujer. Persona callada, un señor. Sesenta y tantos largos. Tiene siempre frascos de aguardiente, me da algún traguito. (Y Steinitz, una pipa de tabaco o un suplemento para mis hojas de zarzamora.)

Aufrichtig. Apuesto, muy alto, cabellos blancos. Trabaja (como Müller) sólo media jornada. Setenta y dos años. Agricultor jubilado. Ha sido arrendatario de grandes fincas en Silesia. Desde la jubilación, en el Weisser Hirsch. Su hija, médico, derrumbamiento, enferma psíquica: liquidada. El padre recibió la noticia de su muerte.

Eisner. El ruidoso y proletario judío rural, como un viejo tratante de caballos. Pero tenía una tienda de modas en Löbau. Un hijo, débil mental, deportado.

Los otros: comerciantes, en general dueños de tiendas. Muy desagradable un tal *Schein*, tienda de tejidos en barrio obrero («en los buenos tiempos, 600.000 marcos de facturación anual»). Lo critica todo, sin captar la situación. Un peligro para el grupo. El capataz, Blum (personaje un poco teatral, que con lo que cuenta

sobre su fábrica de vidrio iría bien en *Pippa*[59], bajito, resistente, ágil, gesto picaro y burlón, melena rubia oscura): *«Nosotros* estamos ya bajo la ley marcial y *tenemos que* trabajar, y todo se considera sabotaje: ¡y ahora *vosotros*!». Yo a él: «Nosotros estamos muy contentos con usted, no le haga caso a *uno* solo que pone en peligro a todo el grupo. *Nosotros* estamos siempre con un pie en el campo de concentración, con el otro en Polonia».

Un hombrecillo viejísimo, gris-blanco, *Böhm*, muy senil, de pequeños ojos azules y sin vida, se ocupa cansinamente en esto y aquello.

Con el tiempo puede que los otros también se me vayan convirtiendo en individuos.

Junto a las barracas van y vienen los obreros municipales. Todos muy amables con los que llevamos la estrella. Junto al montón de escoria vino a nosotros, sonriendo amablemente, un hombre mayor: «Eso lo hacéis al revés, lo tenéis que hacer así, y entonces es más fácil». Yo: «Eso hay que haberlo aprendido. Además, a uno le falta el ejercicio físico. En la guerra yo arrastraba munición. Desde entonces, he estado enseñando ahí –y le señalé la TH–, en mi cátedra…, y ahora quito nieve aquí».

¿Me quedará tiempo para escribir mis libros? Cada mañana me despierto con los dedos entumecidos. La sangre ya no circula bien. La primera vez que noté que a Grete le fallaba la cabeza fue cuando en 1938, en Dölzschen, me repitió varías veces con una sonrisa radiante y maliciosa: «También tienes las uñas grises, es señal de que el corazón funciona mal». Desde entonces, los síntomas se han vuelto más apremiantes.

El cambio de fortuna nos inculca las verdades filosóficas más triviales, en resumen, la *vanitas vanitatum.*

Para el niño todo es milagroso; para el viejo, más aún. ¿Qué significa «natural»? El milagro al que estamos acostumbrados. ¿Qué significa *explicar* un fenómeno? Reducirlo a lo inexplicable.

LTI. Magnus habla de la *JMA*[60] = *Jüdische Märchen-Agentur.*

Ayer al mediodía, distribución de la *paga.* A mí me entregaron provisionalmente 30 marcos brutos, por trabajar del sábado 14 de febrero al sábado 21 de febrero. Lo comuniqué, en calidad de ingresos extraordinarios por «retirada de nieve», a la oficina de clases pasivas y escribí al departamento de divisas que ingresaría esa suma en mi cuenta de seguridad, porque la oficina de

obras públicas de la ciudad de Dresde me la había entregado aunque yo había indicado que no me estaba permitido recibirla personalmente. – Todo sería una comedia si no fuese una ignominia y no me quitara tanto del poquísimo tiempo de que dispongo.

Siempre que tengo un momento agradable, me persigue la frase de Eli, de *Jettchen*[61]: «Por lo menos habré comido otra vez bizcochos de pasta flora».

[…]

Estreicher[62], ese hombre tan odiado, no ha podido librarse de su destino. Enviado a un campo de concentración, lo que equivale a sentencia de muerte. Se había enriquecido con los judíos indefensos. Para la Gestapo, debía de saber demasiado.

24 de febrero, martes noche

Mientras que el domingo me quedaba en casa, fuera bramaba la tormenta: pero sin nieve. Sólo las masas de nieve que traía el huracán por el campo raso habían hecho desaparecer otra vez al día siguiente todo el tramo junto a la Casa del Recaudador y, en dirección Kaitz, todo el camino hondo que habíamos abierto. La nieve formaba bloques transversales muy compactos de metro o metro y medio de altura y varios metros de anchura, por en medio había trozos libres, formando como cajones. Ayer trabajamos el día entero limpiándolo todo otra vez. Lo mismo hoy, hasta el desayuno. Después hubo que dejar libre la Nöthnitzer Strasse, mañana seguiremos otra vez arriba. Por la tarde se trabaja poco, y ya de noche regreso a casa hecho polvo. Entonces vienen las tareas caseras.

Cada día aumenta la impresión de que se acerca una crisis.

25 de febrero, miércoles, antes de las seis de la mañana

Me he levantado en plena noche, una hora más temprano de lo normal, antes de las cinco. Si me acuesto otra vez, se me pasa la hora y tengo que marcharme sin lavarme y sin desayunar, como el otro día. Otras veces que me pasa lo de levantarme muy pronto le leo a Eva, pero hoy ella aún tenía sueño. Así gano tiempo para el diario. (Por la tarde hay siempre muchísimo que hacer en la casa, y la cena lleva mucho tiempo hasta que se sacia el hambre.)

Me hace bien estar con toda esa gente mayor que yo. La mayor parte de ellos es más torpe, más débil, más enferma que yo, todos están más cerca de la muerte, y todos viven con naturalidad una vida *a-intelectual*. Todos le sacan menos partido al día que yo, se acuestan a las nueve. Por otra parte: ¿quién de ellos tiene todavía tareas que quisiera llevar a cabo hasta el final? – En el fondo, no hay diferencia entre viejos y jóvenes. Si los viejos están solos y no necesitan dar pruebas de dignidad, el 90% de la conversación son chistes verdes. El resto, comer y beber, tanto ahora como en la guerra anterior. La conversación seria gira siempre, como es natural, en torno al «¿cuánto tiempo aún?». Ayer, Aufrichtig venía henchido como un pavo. «Mi hermano de Berlín… está muy relacionado con oficiales y con soldados arios… El ejército, en gran parte desmoralizado. – Además, una escasez creciente de alimentos. En abril será la catástrofe… La mitad de la cosecha de patatas está echada a perder.»

26 de febrero, jueves noche

Ayer todo el día muy lejos de aquí. Despejamos la carretera de Kaitz, a lo largo del arroyo de Kaitz, desde Mockritz a Cunnersdorf. Montañas de nieve. Nos cruzamos con una cuadrilla regular de trabajadores. Almorzamos en una barraca rudimentaria. Hacia el mediodía, el buen Blum se despidió de pronto de nosotros. Sin previo aviso, citado para examen médico, quizá con intención de mandarlo a trabajar al frente oriental. Un obrero mayor se ha encargado provisionalmente de dirigir el grupo. Uno tiembla ante cualquier cambio. Yo he sido muy imprudente. Pasaron dos prisioneros franceses, no vi que iba delante un jefe alemán, y charlé un poco con ellos. Puede costarme ir a un campo de concentración si lo pasan a la superioridad. Les pregunté cómo se sentían. – Ellos: les gustaría volver a Francia; que si yo era prisionero también. – Les dije que no exactamente, pero que no se podía hablar. – Que ya lo comprendían, dijeron. *«Il faut que l'Allemagne perde la guerre. – Faut pas parler!»*[63]– Uno de ellos, al marcharse, dirigiéndose a mí: *«Bon courage!»*. (Cuando me preguntó por qué sabía francés, yo le había dicho que era *professeur titulaire.)*

Hoy he tenido *libre*, para ir a buscar cosas al ropero y hablar con el abogado Heise, nuestro administrador ario, con quien hasta ahora sólo había tratado Estreicher. Luego toda la tarde tareas domésticas, ahora cansadísimo y mañana otra vez a quitar nieve. El abogado no es malo del todo, por lo visto vive de

administrar casas de judíos, pero parece que actúa correctamente, parece que no quiere quitarme nada. Le dije que quería hacer todo lo posible por conservar la casa, que yo estaba enfermo y que mi mujer era aria. – En el ropero me prestaron un par de botas demasiado grandes y con gruesas suelas de goma, y compré un pantalón de trabajo usado por 3 marcos y dos pares de gruesos calcetines por 4 marcos. – Parece que no hay posibilidad ninguna de librarme del trabajo de la nieve. Por lo visto, eso depende por completo del «cuidador de enfermos» (médico) judío, el doctor Katz (de malísima fama), que por miedo no le certifica a nadie que no está en condiciones de trabajar.

Ayer, un artículo que relativizaba mucho la agricultura en el frente oriental. Decía que pasaría mucho tiempo hasta que aquello pudiera proporcionar una cantidad importante de alimentos, que se sobrestimaba la producción de Ucrania y se subestimaban las dificultades de los alemanes. – Al mismo tiempo una arenga de Hitler a los de la vieja guardia, con quienes antaño festejaba en Múnich el día de la puesta en marcha del programa. Dijo que no podía dejar el frente porque en Crimea ya había empezado el deshielo, y él estaba preparando la ofensiva. Que haría la guerra hasta la completa exterminación de los judíos, que a su vez habían querido destruir a los pueblos arios.

LTI: «Los acadios habían adaptado a la propia lengua la escritura *artfremd* [‘ajena a su raza’]». En *El aventurero de Dios* (página 41), Karl August Meissinger emplea la expresión *artfremd* y habla sin embargo de la maravillosa lengua y literatura de los hebreos, es un entusiasta investigador de la Biblia y de Babel, sigue los caminos del Antiguo Testamento, como escritor y *poeta philologus.* Habla un alemán magnífico y sin embargo ya ha caído en las redes de la *LTI.* La novela apareció en 1935. Tendré que tomar muchas notas. ¿Pero cuándo? – Meissinger también emplea *Westmark*[64] [‘Marca Occidental’] y *Brauchtum* [‘costumbres, tradiciones, usanzas’] […]

MARZO

1 de marzo, domingo

Enorme cansancio, calambres en las pantorrillas, llagas en los pies, la mano incapaz de sostener la pluma. Imposibilitado para trabajar con la cabeza. Y sin embargo el trabajo de la nieve es muy moderado. Pero estamos a la intemperie y haciendo un esfuerzo físico desde las siete y media hasta las cinco y media… Y durmiendo poco. Si el domingo me enjabono y me lavo bien, si oigo tocar un poco a Eva, si escribo unas notas mínimas en el diario y leo en voz alta unas pocas páginas (Meissinger), ya es muchísimo. Estoy siempre luchando con el sueño.

El viernes por la mañana tuve la alegría de encontrar a Blum en el Elysium. El grupo había recibido permiso para tomar el autobús E, Blum estaba esperándome. Había quedado exento por el estado de su dentadura, si no, habría tenido que ir inmediatamente al frente oriental para construir carreteras. Por el camino hablamos de la guerra, él pensaba como yo. Trabajamos otra vez en la carretera paralela al arroyo de Katz. Grande, ancho, hermoso paisaje de invierno, sembrados de altura, la nieve brillando a la luz del sol, abajo, en una honda entalladura, el arroyo con los árboles sin hojas. Cuatro caballos, robustas bestias de carga, arrastran su carro de carbón desde la carretera hasta los campos: gran efecto visual. Almuerzo en la barraca, construida, para mejor abrigo, en una hondonada del terreno. El sábado, de nuevo al Zellescher Weg, luego, liberar de nieve hasta el final la Langemarckstrasse y su prolongación hasta Keitz. (Habíamos empezado ese trabajo a principios de semana, después de la tormenta del domingo pasado, y luego quedó interrumpido. En cuanto a las órdenes, hay una gran confusión.) A las dos y media, final de sábado. En casa: faenas domésticas. Por la noche, Ida Kreidl y la señora Pick en casa. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

Hace unos quince días corrió la voz de que a Müller, el fabricante de cigarrillos, setenta y dos años, lo habían metido con Estreicher en un campo de concentración. Hace tres días: la Comunidad ha recibido la noticia de su muerte. Tal y como están ahora las cosas, parece evidente que campo de concentración equivale a sentencia de muerte. La muerte de los deportados la comunican a los pocos días. – El profesor Wollf, Julius Ferdinand, del *Dresdner* NN, amigo mío, se ha suicidado junto con su mujer, después de varios registros domiciliarios. Por otra parte, parece que estaba casi ciego.

La oficina de divisas me pide información «con el fin de volver a fijar su

franquicia mensual». Parece que se trata de reducciones mensuales muy fuertes. Miedo constante a que nos hagan un registro. Por lo visto la Gestapo hace barbaridades en las casas.

En el este, un día tras otro, ataques de los rusos.

3 de marzo, martes noche

Ayer, con fuerte deshielo, desayuno y almuerzo en una vieja cabaña de Altzschertnitz, desde allí despejamos la Münzmeisterstrasse en dirección a Südhöhe. Luego una gran caminata a Mockritz, a Gostritz, donde trabajamos en la carretera de Nöthnitz-Bannewitz, que pasa por encima de una entalladura por la que corre un riachuelo. El capataz nos dirigió un brevísimo discurso: que estaba contento con nosotros, que esperaba que siguiéramos teniendo suerte, él nos había recomendado a un compañero, aunque desde luego allí había uno con esto (movimiento circular en la solapa para indicar la insignia del Partido). Por otra parte –añadió–, para nuestro grupo sólo se trataba de tres días más de trabajo, el 5 de marzo nos licenciaban. Apenas puedo creerlo, sería demasiado hermoso. La despedida del buen Blum fue breve y seca. Estuvimos todos juntos, muy cansados, el último cuarto de hora. A él siempre le había parecido algo normal. Pero esta vez había junto a nosotros un grupo de trabajadores regulares, con uniforme. «¡Qué miradas de reojo nos dirigían!» Siempre ese recelo ante los compañeros de trabajo, o ante cualquier otra persona: *non si sa mai!*[65] Y cuando nos disponíamos a marcharnos, apareció también un inspector, uno que llevaba incluso el águila de funcionario del Partido. «¡Si ése os hubiera visto!»

Así pues, hoy he tenido que estar a las ocho menos cuarto delante del restaurante Wölfnitz. El camino de ida, una tortura. Salida de casa antes de las siete. Hielo, oscuridad. En la Wasaplatz, tan abarrotado el 9 que sólo conseguí meterme después de repetirles en tono suplicante que iba a trabajar, y luego tuve que agarrarme al borde de la plataforma. En la Opernplatz, transbordo al 7.

6 de marzo, viernes

Ayer, tras veinte días de servicio (para mí, uno menos), han licenciado al grupo. La liquidación final, en el «sobre» de la tercera paga: 121 horas de trabajo a 70 pfennigs = 84,70, menos 12,07 de impuesto sobre la renta; quedan 72,63; pero

creo que de eso hay que deducir todavía 15% de «compensación social» de los judíos. El departamento de divisas ya me ha preguntado cuánto gano «mensualmente» en la movilización laboral. Cada vez he tenido que depositar la paga en mi cuenta de seguridad, sin que me estuviera permitido añadirlo a la franquicia.

Los últimos tres días han sido, pues, atravesar la ciudad en tranvía en dirección a Wölfnitz. Desde allí, marcha a pie a Altgorbitz. La habitual caseta de peones camineros en un pueblecito, Lesskestrasse. Desde allí marcha cuesta arriba hasta las primeras casas de Pesterwitz. Despejar una calle llena de hielo y nieve en Gorbitz. Trabajo habitual, panorama habitual del paisaje nevado, muy semejante al de la carretera de Kips. Pero ahora con la conciencia de que estoy cerquísima de Dölzschen y de mi casa. Esto también es una repetición de sentimientos anteriores: por aquí pasaba yo conduciendo mi coche. *Regnavi: sum sine regno*[66]. Y todo lo demás, salvo escasas variantes, también es repetición. La mañana pasa más deprisa, la tarde se hace pesada, pero no terminamos a las cinco sino una hora antes, más o menos. Largo viaje de vuelta, a pie y todos juntos, después largo viaje a casa en transporte público. El primer día pusieron la pausa del desayuno al principio, antes de subir al lugar del trabajo. La tarde fue entonces interminable y muy cansada. El martes y el miércoles ya parecían anunciar la primavera: mucho deshielo, en las ramas se adivinaba el verdor. En el campo nevado jugaban tres liebres. Por desgracia, en Gorbitz jugaba la sección infantil de las HJ y nos persiguieron con gritos de burla. Ayer por la mañana nevó otra vez, era muy bonito ver en el crepúsculo la nieve posada en todos los árboles del Grösser Garten delineando exactamente los contornos. Durante el trabajo, aumento del frío y un viento helado fuerte y continuo. Eso se notó más cuando, acabado el desayuno, cambiamos de lugar de trabajo. De la Kesselsdorfer Strasse sale un camino vecinal que lleva a Nausslitz. Allí, el viento soplaba de un modo terrible. Los guantes y los mangos de las palas se cubrían de hielo, la empuñadura se escapaba de la mano entumecida, la nieve helada se quedaba pegada en la pala, el rostro ardía, la nariz goteaba, los ojos dolían, se estaba como enfermo. Incluso el capataz consideraba insoportable la situación. Pero había que esperar y seguir trabajando hasta que apareciera el jefe de peones con el salario. Observábamos anhelosamente todos los autobuses. Llegó a las cuatro y cuarto. – La gente nueva: el ambiente no era tan agradable

como en la zona de Kaitz, pero sí fueron otra vez muy humanos y considerados en el trato. El jefe de peones, un hombre viejo, algo más indiferente, sin el calor y la simpatía del maestro. El capataz, un hombre algo contrahecho, de aspecto gruñón, pero que nos tuteaba como a compañeros y procuraba ahuyentar a los chiquillos hitlerianos que el último día esquiaban en torno a nuestra barraca; sin gran amor al trabajo él tampoco, nos trataba con indulgencia, clavando él mismo la pica en lo congelado, y tendía a terminar pronto («¡pero que no os vean todavía!»). Filosemita evidente: en Baviera ha ido de casa en casa vendiendo para una empresa textil de Chemnitz, Sommerfeld, llevaba el género en el coche, y le tiene un gran cariño a esa empresa judía. Parece que muchísima gente de la limpieza municipal –se me cae la pluma de la mano, he tenido que echarme un poco en el sofá, estoy en pie desde las cinco de la mañana– han estado antes de 1929, 1930, en otros oficios y luego, después del desempleo, se han refugiado en el trabajo del municipio: Blum era soplador de vidrio, el nuevo jefe de grupo se dedicaba al comercio ambulante, su compañero era techador. Ese techador es el hombre más interesante de estas tres semanas. El miembro del Partido contra el que nos habían prevenido. Cincuenta años, facciones muy pronunciadas que recordaban un poco esos tipos del gusto del NSDAP, trabajador entusiasta, abría el camino arrancando enormes cubos de hielo con el pico. Pronto tomó confianza con todos nosotros, charlaba, ayudaba, no atosigaba a nadie. Habló negativamente sobre Magnus, en parte también sobre mí. Miembro convencido del Partido, ya antes de 1933, y como a tal lo trataron mal sus compañeros de trabajo socialdemócratas. Dijo que con nosotros el comportamiento era excesivamente duro, que había cosas que se hacían bastante mal, pero que el Führer no sabía nada de eso, y que el nacionalsocialismo, en su conjunto, era lo único aceptable. Convencido de la victoria de Alemania y del hundimiento de Inglaterra, convencido de todo lo que dicen los periódicos: fuera de eso, ni tonto ni cruel. Hablaba de las prácticas de defensa antiaérea. Yo dije que Dresde no les valía la pena a los ingleses. El: «A ésos les da igual que sean o no objetivos militares». «Ya ve usted: ¡París!» (El ataque de ayer contra las fábricas de armamento alemanas de allí.) «600 muertos, 1.000 heridos: y todos franceses: *¡ni un solo alemán!*» Pero yo creo que por *un* creyente de ese tipo hay ya unos cincuenta no creyentes. Exactamente igual es la relación entre los que se divierten viéndonos trabajar o llenándonos de insultos y los que nos muestran su

simpatía. Después de despedirme me marché solo, rápidamente, al tranvía, por un atajo, la Hofwiesenstrasse. Un hombre de edad, seguramente un maestro artesano, se cruzó conmigo. «Usted trabajará seguramente aquí en esta zona.» –«Sí, quitando nieve.» – «Pero usted también es ya mayor.» –«Sesenta años.» – Él siguió su camino hablando indignado consigo mismo: «Esos canallas, esos infames, malditos sean». Esto me consoló de los niños hitlerianos. – En los últimos días, el charlatán de Steinitz, el viajante jubilado, se sinceró conmigo y se quejó de su mujer (aria, veinte años más joven que él), que tenía ataques de furia contra él, lo insultaba, decía que era su desgracia, pero que no quería divorciarse porque quedaría muy mal económicamente; por otra parte –añadió– lo cuidaba con mucho cariño, pero era una histérica. El de la tienda de tejidos, Schein, nos atacaba los nervios porque sólo refunfuñaba y no daba golpe. Han contado muchos chismes sobre los Seliksohn: en la *Judenhaus* de la Strehlener Strasse están demasiado apelotonados. Volví agotado, con las manos y los pies llenos de llagas, hoy siento un cansancio enorme.

Por lo que ha sabido Kätchen a través de la Zeiss-Ikon, donde siempre se sabe todo, y a veces aciertan, el grupo será «movilizado» otra vez la semana próxima. Pero si me conceden un descanso suficiente, me gustaría elaborar estos apuntes y escribir un ensayo aparte sobre las tres semanas de quitanieves, como hice con los días de prisión.

Lo peor de estos últimos tiempos es estar siempre a la espera de registros domiciliarios. Cada vez cuentan más cosas horribles sobre esas escuadras móviles.

Hoy ha llegado la prohibición de utilizar el tranvía «debido a la reiterada falta de disciplina de los judíos en el tranvía». En los meses pasados esto ha ido precedido de lo siguiente: obligación de viajar en la plataforma delantera, prohibición de viajar en los coches-lucio, prohibición de viajar en autobús. Cuando se oye lo que cuenta Kätchen-Sara sobre lo que comentan los conductores, parece que el motivo de la prohibición es el deseo de aislarnos, el miedo. Pero están permitidos los viajes de ida al trabajo y de vuelta a casa. Ayer, circular «para su estricta observación»: prohibición de «correspondencia innecesaria», limitación al máximo de la «compra y almacenamiento de medicinas», y asimismo de la «utilización de aparatos eléctricos», prohibición de «comprar o abonarse a revistas y semanarios». Prohibición de utilizar cupones

de racionamiento sin la J.

En el periódico: los dentistas se niegan a hacer «tratamientos cosméticos» porque faltan dentistas en el frente. En los hospitales de sangre, me contó Annemarie, hay escasez de camas y de médicos. Pero Isakowitz[67] está en Londres, y Magnus, traumatólogo y cirujano, se dedica a limpiar nieve.

Nuestros relojes de bolsillo se paran en algún momento del día; ya no los hay a la venta. Hace unos meses compramos, uno después de otro, tres relojes de mesa, a 3 y 4 marcos con un año de garantía. El primero se estropeó a los pocos días, se lo devolvimos a Renner para que lo arreglara, debería estar arreglado dentro de tres meses (el 8 de marzo). Los otros dos suelen pararse en algún momento del día o de la noche. Hasta ahora hemos tenido suerte: *uno* de los tres relojes en marcha solía funcionar. Pero puede que un día la cosa cambie… y si sucede cuando tengo que ir a trabajar…

Hoy hace otra vez más frío, también en Rusia, según el parte. El «general Invierno», del que se ha burlado Hitler. Un alma creyente podría…

7 de marzo, sábado noche

LTI: derecho *volksnah* [‘cercano al pueblo’]. Sobre esto la siguiente definición: «Derecho es lo que aprovecha a mi pueblo». Además, esta pretensión: el Partido representa al pueblo. Así, «cercano al pueblo» transforma el concepto de derecho, en tanto que equilibrio entre los derechos de cada individuo, en su contrario.

Los registros han llegado hasta la Wasastrasse. Allí le dijeron a Steinberg, el farmacéutico: «¿Por qué no os ahorcáis?», y *le enseñaron* cómo se hace un nudo corredizo. Ida Kreidl lo contó esta mañana y dijo: «Si vienen ustedes esta noche a nuestra casa, no pondré mantel, así, en caso de emergencia, puedo hacer desaparecer rápidamente las tazas del té». Esta odiosa sensación de espera. Eva dice: «A mí me resultó interesante aquel segundo en que tembló la tierra en Nápoles[68], y aquel segundo en que nuestro coche rodó sobre el sembrado[69]; esto también me resulta interesante».

8 de marzo, domingo mañana

Esta rigidez en las articulaciones de los dedos, las manos dormidas cuando estoy

echado… angina de pecho; tengo que ir al médico. ¿A quién, con mi estrella? Katz, el judío, parece que es inservible; un ario puede rechazarme o aceptarme por lástima. Alaban mucho a Fetscher[70], que era un joven docente en la época de mi decanato. Tengo que tratar de evitar que me llamen otra vez a quitar nieve. Por cierto, fuerte deshielo, las habitaciones frías, falta carbón.

Conversación en el desayuno: ¿teníamos en 1918 más escasez de carbón que ahora? ¿Cómo se puede comparar? ¿Con qué *sentimiento vital* se enfrenta la generación actual a esta escasez? ¿La siente con más fuerza o con menos? – No hay ni una ciencia de la historia (a lo sumo se sabe *qué* sucedió, no *cómo* llegó a suceder) ni una ciencia de la estética. – ¿Qué es el «espíritu de la tropa?», cada compañía tiene *su* espíritu. ¿Qué es el *esprit général*? Sólo se puede *interpretar* subjetivamente, pero no saber objetivamente. Ayer me causó enorme impresión en el libro de Meissinger la conquista de Sardes (el soldado que tenía que ir a «cierto sitio» y entonces rodó muralla abajo un casco, él descubrió el sitio por donde estaban escalando el muro, y eso decidió el curso de la historia del mundo. ¡Yahvé!) *Que sais-je?*[71] Y ¿qué sé *yo*? ¿Yo, en tanto que judío, sobre el estado actual de los alemanes arios?… En medio de todo esto, Ida Kreidl contó ayer: «En casa de mi cuñado estuvieron el domingo por la mañana, a las diez y media. Tenía un peluquero en casa y por eso lo abofetearon». – Hochgemuth le dio ayer a Eva a escondidas diez puritos para mí. «¿Cuántas bofetadas si me pillan fumando?» Eva riendo: «Qué agradablemente joven debe de sentirse una si le largan un guantazo». – He encontrado en el escritorio siete lápices no estrenados. ¿Cuántas bofetadas? – Ahora continúo otra vez con los apuntes sobre Levin y meto en el diccionario esto que estoy escribiendo.

Noche

Todo el día en casa bastante feliz. He leído mucho en voz alta el libro de Meissinger, he tomado apuntes sobre Levin. *Esos* no han venido. Esperar agota. Eva ha desmontado un calentador eléctrico, yo he repartido un puñado de lápices por varios cajones. No hay nada seguro.

LTI. Cuando metí esta hoja por la mañana en el Ziegler[72] –siempre quiero leer sus *Tendencias sociales*, que heredé de la biblioteca de Gerstle[73] cuando se marchó, nunca encuentro el momento–, me tropecé casualmente (página 414) con la palabra *liberalista* (ya en 1863… Bismarck se había elevado por encima

de «la concepción liberalista-manchesteriana» de la cuestión obrera). En la edición popular de 1916. Empleada por un demócrata. Yo siempre creí que ese peyorativo lo habían inventado los nacionalsocialistas. Pero sólo lo han generalizado, sustituyendo el término básico y correcto *liberal*. *Ricordati*[74] al joven Kleinstück: «Somos todos liberalistas». Ya no conocía «liberal»; «liberalista» se había convertido para él en el término básico correcto. Un bachiller de la rama humanística, hacia 1936.

La oficina de divisas nos ha concedido desde abril para los dos una franquicia de 190 marcos, 84 de los cuales son para pagar el alquiler y el guardamuebles[75]. O sea, para alimentación, gas, lavado de ropa, arreglos, 53 marcos mensuales cada uno. Estrangulamiento. Con la reserva que tiene Annemarie podríamos aguantar hasta principios de junio. ¿Por qué pensar en más adelante? El porvenir está oscuro, el final, *pase lo que pase*, se aproxima.

9 de marzo, lunes noche

Al mediodía, terminadas las anotaciones sobre Levin, volumen 11. Por la tarde mucho tiempo con Steinitz, que ha traído varios libros interesantes. Cuando quería marcharse, un mensajero de la Comunidad trajo la orden de que me presentara mañana otra vez (del 10 al 14 de marzo) a «retirar nieve». No he ido al médico, lo aceptaré todo con fatalismo.

15 de marzo, domingo

Ayer, recibida la paga por el trabajo del martes al jueves, 10 a 14 de marzo, y hoy completamente rendido. En muchos aspectos ha sido una exacta repetición del primer período de limpieza de nieve. Las mismas carreteras que el viento ha vuelto a llenar de nieve; martes, miércoles, jueves, en la Casa del Recaudador y el camino a Cunnersdorf, sobre el arroyo de Kaitz; viernes y sábado, desde Mockritz a) el camino que va de Kaitz a Nöthnitz, b) la carretera Altgostritz-Nöthnitz. Para los descansos, las mismas barracas metidas en hondonadas, muchas veces muy lejos del sitio donde se trabaja, los mismos jefes: jefe de grupo, Blum y algunas personas que ya conocía, como jefe de peones el mismo apuesto jinete de la guardia del otro día. La misma enorme pérdida de tiempo, porque se trabaja de modo intermitente, el mismo enorme cansancio ya por el

solo hecho de caminar tanto y de estar tanto tiempo a la intemperie. Terribles sobre todo los dos últimos días: completamente desprotegidos, a merced del viento huracanado del este que azotaba los campos, furiosamente y sin pausa. Las manos, la nariz, los pies. En la noche del 12 al 13 (viernes) hubo en la ciudad -11°C; arriba y a cielo descubierto, -16°C. Al mediodía, el sol trajo deshielo, pero sólo humedad, no calor.

16 de marzo, lunes

Algo repuesto. Propiamente, lo único nuevo han sido los compañeros de trabajo. Del grupo anterior sólo Müller, el del negocio de pieles. Se presentaron diecisiete, hasta el viernes estuve en un grupo especial de siete, luego me uní al grupo completo. Muchos fueron masa hasta el final (judíos de condición sencilla). Se destacaron algunos: Johann Neumann, el ya antiguo conocido, al que me uní. Estaba de muy buen humor y lleno de optimismo, sobre todo una vez llegó rebosando satisfacción. Había sabido, de «fuentes perfectísimamente informadas», que la situación era catastrófica en el frente oriental: «Esperemos que los ingleses se adelanten a los rusos, para que estemos bajo tropas de ocupación inglesas y no rusas». Se había hecho cargo de uno muy enfermo y con más de setenta años, el señor Perl, y le exhortaba a que no hiciera nada. A ese Perl lo había enviado allí la Comunidad, con la mejor intención: mientras trabajase, no necesitaba «presentarse» a la Gestapo. Esas presentaciones son ahora una tortura favorita. El hombre *(vel femina)*[76] es citado a las siete y media. Tiene que esperar, lo echan fuera, le dicen que vuelva, así lo hostigan de un lado para otro toda la mañana. De vez en cuando, golpes, patadas, hasta escupitajos. Amenaza de prisión, que a veces se cumple a los ocho o diez días. «Motivo»: en casa de Perl encontraron durante el registro un paquete de tabaco. En el caso de una cierta señora Neumann, mintieron diciendo que había caminado *a través* del Grosser Garten, cuando en realidad había utilizado la calle que lo bordea y que está permitida. (Pero el chófer de uno de las escuadras móviles la había visto «salir».) A Perl le preguntan: «¿Con quién se junta tu hijo en Inglaterra?».

Con Neumann, algunas conversaciones sobre cosas judías a raíz del libro de Levin sobre el que acabo de tomar notas. – Hay un agente, Schleimer, un personaje algo fanfarrón, casi siempre de buen carácter, de vez en cuando con

arrebatos de cólera. Lo interesante de él era cómo gozaba con sus recuerdos de guerra. Desempeñaba el papel del héroe cuyos méritos permanecen ocultos. Con Neumann también he hablado mucho de la guerra. En general, el tema favorito de conversación entre judíos es, después de la Gestapo y de la situación actual, su participación en la guerra mundial de 1914-1918.

En el grupo grande: el doctor Fried, personaje trágico. Cerca de setenta años, médico militar en el sur de Alemania, comandante médico, después consejero médico en la oficina de previsión (certificados de invalidez). Completamente solo. Los hijos en ultramar, la mujer enferma mental por arterioesclerosis, él la llevó hace unas semanas a una casa de salud judía cerca de Coblenza. «A veces tenía delirios furiosos», «se lo hacía encima, orina y excrementos, teníamos poquísima ropa y había que lavar en casa cada prenda, a la enfermera la evacuaron, yo no pude seguir haciéndolo todo solo. En el camino estaba mansa como un cordero, tenía un aspecto encantador con el pelo como en las películas, cuando le desenredaron las trenzas, yo no sabía que tenía una forma de cabeza tan bonita. Un SS dijo: "¡Quédate de pie, judío!". Yo le enseñé mi carnet de comandante médico y de ex combatiente. "¡Es igual! ¡Tú, de pie!" Más tarde, un verde (uniforme de la policía) me dijo: "Ocupe mi asiento, señor, siéntese usted"». El hombre guisa, cose, lleva la casa él solo. No da impresión de estar desesperado.

El abogado, doctor Glaser[77]: pelo largo y color ceniza, sesenta años largos, antiguo amigo del difunto Breit[78]. Charlatán: semisenil, semigenial. Es judío «privilegiado» (matrimonio mixto con hijos cristianos), lleva cintas de condecoraciones. Es disidente y monista. Ha sido rico. Colecciones de arte («arte degenerado») (LTI: *arte degenerado*), toca el violín. Quiere invitarnos a su casa.

De la masa: un judío húngaro, rubio, de aspecto europeo, con el alemán chapurreado de los húngaros. Naturalizado, su mujer; aria, tiene en la Prager Strasse una tienda de ropa para bebés y lo reclama ahora como empleado suyo. Cuenta que en Hungría las leyes antijudías sólo se han cumplido *en una pequeña parte*. *No hay estrella*, aún hay médicos que ejercen. Seliksohn, de quien todo el mundo murmura. Neumann me ha prevenido abiertamente contra él, lo conoce porque trabajaron juntos en el carbón. Yo le pregunté: «¿Pero hay algo concreto contra él?». – «No sé nada, pero es impertinente y me cae antipático.» Ya el primer día por la mañana, Seliksohn nos invitó a su casa. Eva era partidaria de

aceptar. Nos resulta interesante. El no oculta que es comunista […]

En el último camino de vuelta: Gimpel[79]; aparentemente, un hombre alegre e inofensivo, rubio, entre cincuenta y sesenta años, estrella judía, gafas, el cristal izquierdo negro. Cuenta: pintor, presidente de la Asociación de dibujantes de Dresde, destacó como dibujante publicitario. – Casi ciego, el ojo izquierdo completamente sin visión, cataratas, el ojo derecho en muy mal estado. El catedrático de Berlín no se atreve a operar. Al ojo que todavía tiene visión parcial, en caso de tensión alta hay que preservarlo de todo esfuerzo. El oculista de aquí, ario, dice: «El trabajo con la nieve es veneno para usted, quiero decírselo al médico inspector judío»; el médico inspector, doctor Katz, se niega en este caso, como en todos, a hacer un certificado: Gimpel está quitando nieve. Circunstancia atenuante: hace como si la quitara, Blum y el jefe de peones han sido aún más encantadores que la otra vez. Blum contó en el desayuno chistes de Hitler, el jefe de peones se me sinceró en una conversación a solas: que los nazis lo habían hostigado por ser del SPD, que la guerra estaba perdida… Una vez, una cuadrilla de obreros trabajaba muy cerca de nosotros, eran en parte de Austria y Bohemia, en parte de Freital. Su actitud, antinazi, en general. Uno que yo no conocía en absoluto, al pasar: «Hola, *Herr Professor*, ¿cómo van las cosas?». (Blum le cuenta a todo el mundo lo de mi título.) – «Gracias, vamos tirando.» – «¡Esto ya no durará mucho tiempo!»

Cohn[80] ha ido por no sé qué motivo a ver a la señora Voss. Le dijo a Eva, «sin testigos», que le había contado al doctor Fetscher, el médico que lo trata, que yo estaba preocupado por mis manuscritos. En vista de ello me dice lo siguiente, de parte de Fetscher: que puedo llevarle mis papeles a él, a Fetscher. El primero y único gesto decente de un colega de la TH.

La señorita Ludwig[81] ha enviado una cabeza de pescado para Muschel; como aria que era, se la habían dado unos amigos. El pescado es un artículo rarísimo y totalmente prohibido en los hogares judíos. Consejo: que hierva al momento la cabeza y queme las espinas. El miedo a la Gestapo. El 90% de todas las conversaciones entre judíos giran en torno a los registros domiciliarios. Todos saben de nuevas crueldades y nuevos saqueos. – Friedmann, que fue detenido hace poco –parece que encontraron en su casa una cantidad bastante grande de vino y de conservas de fruta–, está ahora en un campo de concentración.

El viernes es un día importante. Ese día, los familiares llevan a la PPD ropa para los presos. Mientras acepten la ropa y la cambien por otra sucia, mientras sigan haciendo eso, la persona sigue al menos allí. Si rechazan la ropa es que lo han trasladado a un campo de concentración. Elsa Kreidl vuelve a casa casi consolada: «Sigue allí». (Desde hace cuatro meses; nadie sabe por qué.) Estos días he oído hablar de Auschwitz[82] (o algo parecido) como del más horrible de todos los campos, cerca de Königshütte, en la Alta Silesia. Trabajo de minas, muerte a los pocos días. Allí murió Kornblum, el padre de la señora Seliksohn, asimismo –desconocidos para mí– Stern y Müller, en cuyas casas encontraron la carta pastoral prohibida. – No forzosamente mortal, ni tan rápidamente, pero «peor que trabajos forzados» dicen que es Buchenwald, junto a Weimar. Allí llevaron a Estreicher. «Doce horas de trabajo a las órdenes de las SS», dice Seliksohn.

Un consuelo general judío son las *Esquelas de defunción con la cruz gamada*. Todos cuentan cuántas son. Todos cuentan cuántos siguen cayendo «por el Führer».

Así que ayer tarde, en la *Judenhaus* de la Strehlener Strasse. En cada puerta, un papel: «Aquí vivía el judío Weiler…». – «Aquí vivía la judía…» Son los evacuados, cuyo mobiliario está incautado y va siendo recogido poco a poco. Primero estuvimos en casa de los tan desacreditados Seliksohn. Amabilísima acogida, con té auténtico y bizcochos hechos en casa. Ella tiene un aspecto enfermizo, pálida y abotargada. *Una* habitación. Dos camas, un buen lavabo, una librería. De la conversación no salió nada nuevo. Sólo que él echaba chispas contra Karl May[83], «ese delincuente», además era el autor preferido del Führer, claro. Nosotros: que de eso no tenía la culpa Karl May. – Después, en la puerta de enfrente, en el mismo pasillo, un ratito en casa del agricultor Aufrichtig, donde viven como realquilados los Reichenbach[84]. La mujer de Aufrichtig, esposa de inspector, personaje casi de teatro, encorvada por los años, aria *a più non posso*[85]. Agricultura (cría de cerdos, según Eva) y, como de costumbre, sopesar las probabilidades y el cuándo. Durante los días de quitar nieve, Aufrichtig se había jactado de sus buenas relaciones y me había prometido patatas; ésa era la razón básica de nuestra visita. Ahora, también se habían agotado allí las patatas. En cambio, el diabético Seliksohn (los diabéticos arios reciben un suplemento de legumbres, los judíos, *no)* quiere darnos una bolsa de

patatas a cambio de un paquete de legumbres secas.

La escasez de comida es cada vez más angustiosa. Yo pruebo un poquito de las cosas de Kätchen-Sara (ella come menos y su madre le da mucho), siempre que veo algo abierto y empezado. Una cucharada de miel, una cucharada de mermelada, un terroncito de azúcar o un poco de pan. Ayer había sobre la mesa una gruesa salchicha ya empezada. Yo corté una rodaja diminuta. Poco después oí que Eva echaba de la cocina a Muschel: él también había querido robar la salchicha.

Hace pocos días, en el periódico: los 7.000 viveros y establecimientos de horticultura de Dresde dedican la mitad de su superficie al cultivo de hortalizas: ¡entregadles macetas para plantar y comprad menos flores! Ahora ha salido una *prohibición para los judíos de comprar flores*. No pasa un día sin una nueva disposición antijudía.

Estamos en situación de absoluta emergencia en cuanto a pan, patatas y carbón.

17 de marzo, martes

Eva ha vuelto de la laboriosa tarea de la compra con un pie que no le reacciona y ha tenido que echarse varias horas.

¿Qué va a pasar si aumentan las molestias del pie? Yo estoy aquí atado y tengo miedo de la calle. Una de las dos mujeres a la que traen martirizada desde hace días citándola en la Gestapo, bajo la falsa acusación de haber estado en el Grosser Garten, ahora, según la expresión ya habitual, ha sido «retenida», es decir, está en la cárcel.

Esta mañana he intercambiado en casa de Seliksohn una caja de legumbres secas por una cartera llena de patatas. El matrimonio estaba guisando en la cocina. Ambiente de lo más sombrío.

He tomado apuntes de *Ben Hur*. He terminado de leer en voz alta *Aventurero de Dios* y mañana quiero tomar notas. El mismo tema: ¿Mesías de este mundo o del otro? Estoy empezando a leer *Orígenes de la República alemana* de Arthur Rosenberg[86]. Todo esto me será útil para el último volumen del *Curriculum*. No me queda más remedio que seguir trabajando como si estuviera perfectamente seguro del mañana y del pasado mañana. Y sin embargo cuento cada día con cualquier catástrofe. Detención, desaparición en un campo de concentración, etc.

– Me han quitado toda posibilidad de seguir escribiendo, el manuscrito ya no está en casa, no tengo máquina. De modo que leeré a fondo lo que vaya encontrando. Me interesan dos cosas: la evolución del nacionalsocialismo y la historia del sionismo. (La *LTI* no hace falta que la mencione. Siempre está presente.)

19 de marzo, jueves

LTI. Cf. 20 de marzo *LTI.* «Aliado con ese griego se podrá *aufziehen* [‘montar’] seguramente una gran empresa internacional de armamento» (página 71). *El hombre en la sombra* (sir Basil Zaharoff)[87] de Richard Levinsohn (Morus), editorial S. Fischer (Carta de introducción de Skuladis: 7 de mayo de 1928). «Montar» es aquí peyorativo, con carga irónica, es aplicable a una personalidad y a un asunto dudosos.

En el mismo libro, la palabra *Wirtschaftsführer* [‘dirigente industrial’]. Existía antes del *Führer* (término político o neutro). Pero *Führer* es probablemente un calco de *Duce*, mientras que *Wirtschaftsführer* es de creación propia; mucho más extravagante suena *Industriekapitän.* Esto hay que ponerlo en relación, a su vez, con *chevalier d’industrie* [‘caballero de industria, estafador’].

Que sais-je? Del pasado no sé nada porque no estuve; y del presente no sé nada, porque estoy. – Eso me pasa por la cabeza cuando leo *Los orígenes de la República alemana 1871-1918,* de Arthur Rosenberg, Rowohlt, 1928.

El pie de Eva está otra vez muy mal. Esas continuas idas y venidas por el suelo empedrado, y cargada con la compra. Siempre que tiene unas horas, se queda en la cama; entonces, yo le leo mucho. Hoy, por ejemplo, *El hombre en la sombra. La vida de sir Basil Zaharoff, el misterioso europeo.* Probablemente podré terminar todo el librito. En el fondo es exactamente la concepción de la historia que tiene Hitler y en la que tanto se insiste: la guerra mundial la hace la industria del armamento para enriquecerse con ella. Pero Hitler dice: Detrás de esos industriales está *el* judío, y todo eso es un negocio de las «democracias», no un negocio alemán. Mientras que para Morus, Krupp es también uno de ellos y marcha junto con Patiloff.

20 de marzo, viernes noche

Hoy en el periódico, reducción de las raciones de pan, carne y grasas (250 gramos de pan[88], 100 gramos de carne por semana, 250 gramos de grasa cada cuatro semanas). ¡Esto en el momento de mayor escasez de legumbres y patatas! También empieza ahora a nevar otra vez, después de unos días con temperaturas más suaves. No sabemos si alegrarnos o desesperarnos. La necesidad es extrema: los próximos diez días estaremos sin pan, las patatas sólo bastan para unas cuatro comidas, carbón para una semana escasa. – Pero la impresión que causa esto en el pueblo tiene que ser desastrosa. – Eva, con los nervios y la falta de movilidad del pie, ya no puede más.

Poco a poco, me voy metiendo en *Orígenes de la República*, de Rosenberg. Enormemente interesante, sin embargo muchas veces se me cierran los ojos, de cansancio y de desnutrición. Ya sucede muy pocas veces que me levante de la mesa habiendo saciado el hambre.

Ya no tengo sosiego para leer. Me gustaría tanto seguir con el *Curriculum*. Pero he tenido que desprenderme de todos los documentos. Y para continuar necesito una cierta base sólida. Además, cuento cada día con nueva «movilización laboral».

LTI. ¿Cómo es que en 1928 al demócrata Rosenberg la palabra *Machtübernahme* [‘toma del poder’l le resulta completamente habitual y la emplea cuatro o cinco veces? – En la página 174 escribe Rosenberg sobre la revuelta de marineros del año 1917: «La afirmación de que determinados partidos políticos han "montado" *[aufgezogen]* la organización de los marineros es falsa» (1930). Aquí está claro el sentido peyorativo en su tonalidad mecanicista. Según esa afirmación, los marineros fueron como marionetas, no las personas que actúan por sí mismas como opina Rosenberg. Morus, en cambio, emplea *aufziehen* de modo pura y simplemente sarcástico, cf. 19 de marzo.

22 de marzo, domingo

He tomado notas de *Aventurero de Dios*. Importante para el *Curriculum* por el antisionismo y el sentido de la historia de Judea. – Eva dijo: «Biblia y Babel +

Karl May».

LTI. ¿He anotado ya entre los términos mecanicistas *ankurbeln*[89] [‘dar impulso’] ?

¿Qué lleva Eva consigo en el bolso por miedo a un registro domiciliario? Cebión[90], jabón de afeitar, tabaco, edulcorante.

En nuestra extrema necesidad, Eva fue ayer a Pirna a mendigar. Volvió a casa cargadísima: una cesta de patatas, aproximadamente un kilo de pan *in natura*, una lata de judías verdes. También le dará cupones para pan; si no lo hace, el martes estaremos literalmente sin nada que llevarnos a la boca.

Ahora quiero tomar apuntes de Rosenberg. La hoja tendrá este título: «Desde el punto de vista de los paralelismos y de las variantes, de las faltas evitadas y de las faltas nuevas». Rosenberg también será importante para el *Curriculum*, *sub specie: Que sais-je?*

Anoche en casa de Ida Kreidl y de la señora Pick. Nos ofrecieron bizcochos hechos en casa. Pero siempre hay que consolar a Ida Kreidl, que se derrumba totalmente, y esta mañana ya estaba llorando aquí arriba otra vez: dice que no puede más. La señora Pick, con sus setenta y siete años, es mucho más animosa. – Kätchen-Sara nos habla, *via* Zeiss-Ikon, de más registros y más suicidios.

24 de marzo, martes

Hasta ahora, Annemarie nos ha dejado colgados en cuanto a cupones de pan; Eva ha cambiado cupones de margarina por un pan de dos kilos, pero no puedo imaginar cómo vamos a superar la semana y media que falta hasta la próxima distribución de cupones. Además, esta penuria absoluta de patatas. Hoy Eva me ha enseñado a preparar nabos. Me sale bastante bien. Lo más difícil para mí es la mañana. Lo habitual es pasar frío (en el cuarto sin calefacción), pasar hambre y dormirme de cansancio sentado ante el escritorio. Luego trato de robarle en la cocina a Kätchen-Sara una cucharada de mermelada o un trozo de pan, pero eso sólo es posible cuando hay tanto que es seguro que ella no notará nada. Y siempre estoy con la preocupación de que llegue a sospechar algo. Guardo mi mezquino secreto incluso frente a Eva. Que suele volver de la compra hacia las dos, con el pie dolorido, muy cargada y, pese a todo, sin resultados positivos.

El domingo en casa de los Glaser. Él algo senil. La mujer, a primera vista con

un aspecto relativamente joven, después, bastante estropeada. Una hija de unos treinta años, cuenta ella, se ha puesto enferma de los nervios, un hijo está en el extranjero. Matrimonio «privilegiado». Él tocó junto con Eva sonatas para violín de Mozart y Beethoven. Es decir, creía que tocaba. En realidad, su violín sólo conseguía soltar un suave graznido, no un tono verdadero. Estuvieron con nosotros los Neumann. Me llevé prestados: *Historia de los judíos de Alemania*, de Ismar Elbogen[91] (el marido de la prima Regina Klemperer, cuñado del músico Otto Klemperer), y ya he leído tres cuartas partes, después (para leer en voz alta) una versión alemana del *Tancred* de Disraeli[92].

El lunes por la tarde estuvo Steinitz en casa. Feliz, cuando Eva tocó el piano. Hace poco me prestó unos libros. De ellos, ya he leído a fondo *República alemana* de Rosenberg, pero no doy abasto con las anotaciones y quiero quedarme con ese libro cambiándoselo por otro. – Después de asesorarse con el «consultor jurídico» judío, el doctor Neumark[93], Steinitz había solicitado un aumento de su franquicia, alegando que su mujer es aria y está enferma. Y eso ha servido, en efecto. Visto lo cual me he anunciado en la oficina de Neumark para el jueves por la tarde, con el fin de intentar algo análogo.

El intento de quitarme la casa ha entrado ahora en un serio estadio. Berger[94], que era tan cordial y tan antinazi, me ha engañado. Probablemente cayó posteriormente en la tentación. Ahora, como he sabido por el abogado Heise, mi «administrador ario», Berger se ha convertido en «dirigente político», hace poco intentó quedarse con la casa por 12.000 marcos (los otros 4.400 marcos se necesitarían para arreglos), ahora ha desenterrado un parágrafo según el cual se puede expropiar la casa de un judío, si «se utiliza con fines comerciales». Su solicitud ha recibido el apoyo del ayuntamiento de Dölzschen. («Ese hombre posee la única tienda de comestibles de Dölzschen», dice Eva, «¡cómo no va a estar en buenas relaciones con los gerifaltes locales!») Heise me escribe que la situación legal me causará muchos «quebraderos de cabeza», ya que mi casa fue utilizada profesionalmente con posterioridad, sólo cuando llegó el inquilino actual. Al mismo tiempo, la oficina de hacienda reclama un impuesto suplementario de la propiedad durante el tiempo que no he habitado la casa. Contra esto, Heise ha elevado una protesta. Pero al mismo tiempo ha exigido que le pague por anticipado 200 marcos. ¿Cuánto tiempo aguantaré esta lucha? Me queda una reserva de 643 marcos. Cuando se haya agotado, tendré

que pagar de la jubilación todos los impuestos. Pero tenemos demasiadas preocupaciones para preocuparnos aún más. Viviremos al día mientras nos dejen vivir. En el transcurso de los próximos meses *tiene que* ocurrir una de dos: o cae Hitler o caemos nosotros. En cualquier caso, el final está cerca. Queremos esperarlo con serenidad. Un ejemplo angustioso es Ida Kreidl, que viene a vernos dos o tres veces al día o que necesita que la consuelen en plena calle. Continuamente explica que sufre de depresión, que quiere morir, que no puede seguir; continuamente hay que infundirle ánimos.

La señora Neumann contó en casa de los Glaser que pasa muchísimo tiempo, mañana y tarde, sacando cosas importantes del escondrijo y volviendo a llevarlas al escondrijo. Y que a veces hay cosas que no puede encontrar otra vez. Por ejemplo, una cartera de su marido. – Los registros domiciliarios son la pesadilla de todos los judíos. Cada vez casos nuevos de palizas, rociadas de insultos, pillaje de todo tipo (últimamente hasta dinero), detenciones, citas en la Gestapo (de lo que más miedo se tiene). Cada día cuento con que nos toque a nosotros.

Lamento muchísimo no poder seguir escribiendo el *Curriculum* (porque todos los papeles que necesito están en casa de Annemarie). Leo todo lo que puedo, y tomo apuntes; pero es una cierta pérdida de tiempo, y trabajo sin sistema, obligado por las circunstancias, siempre dependiendo de lo que me puedan prestar. Todo le será de provecho al último libro del *Curriculum* y de la *LTI*, pero queda por escribir el período entre 1919 y 1933, y pocas hojas antes de terminar el segundo tomo tuve que soltar la pluma. Cuando me despierto por la mañana con las manos doloridas y los pies dormidos, cuando al andar me duele la garganta y los dolores del brazo izquierdo bajan hasta la mano, pienso entonces muchas veces que ni el *Dix-huitiéme*[95] ni el *Curriculum* quedarán terminados. Luego, por la mañana suelo estar mal; por la tarde, hago un esfuerzo.

[…]

25 de marzo, miércoles

A Kreidl lo han trasladado a un campo de concentración. Las mujeres de aquí, de la casa, no lo dicen, la central de los chismes, Zeiss-Ikon, lo sabe.

Ayer, un edificante discurso de Goebbels. El invierno anormalmente frío había sido en conjunto favorable a las potencias del Eje. Los rusos no estaban en

el «corazón de Europa», ni los ingleses en Túnez. Indudablemente, después de dos años y medio de guerra, también era más dura nuestra situación. Habían sido reducidas las raciones de víveres, llegado el caso, habría que «tomar medidas rigurosas». (Amenazas en lugar de pan.) Por otro lado, se procuraba relajar la situación, así por ejemplo, entre el júbilo general, se había «aligerado» el programa de radio. (Música en lugar de pan.) Muchas cosas mejorarían si cada cual, pese a su estado de excesiva irritabilidad, tratara al otro con amabilidad.

La señora Voss habla casi a diario de los comentarios furiosamente comunistas de los conductores de tranvía. Esa gente parece que constituye un núcleo especial de descontento.

LTI. 1) ¿Por qué es *liberalistisch* [‘liberalista’] peyorativo, pero *sozialistisch* [‘socialista’] neutro? El hecho es que, en ambos casos, el sufijo *-istisch* reduce el significado y le da un cierto carácter ficticio, un «como si». *Liberal* significa‘generoso’. Así pues, *liberal* es, también en el sentido del partido político, quien actúa en todos los sentidos con generosidad o tolerancia. En cambio, *liberalistisch* es quien sólo hace como si fuera liberal. De modo análogo: *social* significa que le gusta el trato, la comunicación con los hombres, en el sentido de la sociedad humana: *Beneficium daré socialis res est*[96] (Séneca). *Sozialistisch* limita lo social a un partido o a la situación política, lo reduce dogmáticamente. Compárese «pacífico» (en «océano Pacífico») = tranquilo, apacible; pacifista: reducción a lo político. – Algo parecido sucede con *logizistich* y *kritizistisch.* Aquí hay que retroceder, eruditamente, a los adjetivos propiamente dichos λογικός y κριτικός (con capacidad de juicio), mientras que los adjetivos no peyorativos *logisch* y *kritisch* están formados simplemente con las raíces sustantivas κριτῄς (‘juez’) y λόγος (‘razón’).

2) *Extensión de la LTI al campo enemigo.* Ismar Elbogen en *Historia de los judíos de Alemania* (Berlín, Jüdische Buchvereinigung, 1935): «…su retirada dio lugar *schlagartig* [‘de un golpe’] a una disminución de actividad en el campo de las artes industriales» (página 127). – Visitaron la feria de Leipzig (1675-1764) 81. 937 *Volljuden* [‘judíos plenos’] (página 142). – Objetivo mendelssohniano[97]: la instrucción, la educación, la *Berufsumschichtung* [‘reestructuración profesional’] (página 180). – *Auflockerung* [‘aligeramiento’] de lo existente (página 250). – Repetidas veces: «El hombre judío», por ejemplo, el programa de reformas de Abraham Geiger[98] reclamaba «una transformación

radical del hombre judío en su totalidad» (página 247). – De los lugares comunes de la época de Weimar sólo se ha conservado: en 1846 «quedó anclada constitucionalmente su igualdad ante la ley» (página 244). De los tiempos anteriores al nacionalsocialismo: la juventud judía aspiraba al *körperliche Ertüchtigung* [‘fortalecimiento físico’] (página 309).

Para Rosenberg, en la *República alemana*, la palabra *Machtübernahme* [‘toma de poder’] es completamente normal. La emplea varias veces.

27 de marzo, viernes al anochecer

Con gran esfuerzo, he terminado unos escuetos apuntes sobre la *República alemana* de Rosenberg. Mi estado es deplorable. Sufro muchísimo con esta habitación tan fría, con los sabañones de las manos y el sueño continuo. – Hace poco, Seliksohn dijo con seria convicción: «No puedo comer carne de cerdo ni morcilla de sangre. Es una tradición de cinco mil años que llevo en la sangre». Su mujer le interrumpió: «Pero jamón sí comes». – ¿Hasta qué punto influye la tradición? En el libro de Elbogen, *Historia de los judíos de Alemania*, que he leído a fondo y sobre el que quiero tomar apuntes, me impresiona qué delgada es la capa de terreno sobre la que reposa mi germanidad. Hasta 1848 no hubo igualdad de derechos para los judíos, en los años cincuenta otra vez fueron recortados. Después, en los años setenta, nuevo antisemitismo, en el fondo, con toda la teoría de Hitler ya desarrollada. Yo sabía poco de todo eso; realmente, a fondo, no sabía –o tal vez no quise saber– absolutamente nada. Y sin embargo: mi *pensamiento* es alemán, *soy* alemán; no me lo he dado yo y no puedo arrancármelo. ¿Qué es tradición? Todo empieza *conmigo.* No, con los padres. Si papá hubiese aceptado cuando era joven el rabinato norteamericano…

Partiendo de mis lecturas propias actuales reflexiono sobre un suplemento al segundo volumen del *Curriculum: Que sais-je.* De las cosas que he vivido, ¿qué he vivido realmente y cómo? Sería interesante psicológicamente y aportaría con posterioridad algunos datos de importancia general.

Ayer, en el despacho del doctor Neumark, el «consultor» (es decir, el abogado autorizado para los judíos) de apariencia eminentemente oriental. Por consejo de Steinitz, me atrevo a cursar una solicitud sobre la «franquicia». Operé como Steinitz con la esposa aria y enferma. El factor más importante resultó ser que yo no vivo de mi patrimonio sino de una pensión del Estado. Neumark opinó

que entonces seguramente aumentarían los 190 marcos autorizados. – La oficina de Neumark, en la Kreuzkirche. Tuve que ir y volver a pie. Neumark, un hombre de cincuenta y pocos años, habló de la amargura y la rabia extraordinarias de los austriacos, él contaba también con un cercano final.

La última restricción: «Se advierte que los judíos no pueden almacenar víveres, sino sólo comprar lo que necesitan para el consumo inmediato». Le pregunté a Neumark cuánto se podía tener en casa, según eso (¿la completa ración de azúcar, por ejemplo, de un período de cuatro semanas?). Respondió que en los registros domiciliarios eso dependía cada vez de la Gestapo. El horror a ese registro me persigue día tras día. La hora crítica parece ser las ocho de la noche.

Me está gustando mucho la lectura de *Tancred* de Disraeli. Me he tropezado ya en varias ocasiones con la *Jüdische Buchvereinigung* [‘Asociación judía del libro’]. En ella he encontrado a Levin, a Elbogen y ahora a Disraeli. Esas publicaciones están influidas por el nacionalsocialismo, probablemente ha surgido toda esa asociación editorial bajo la presión del Tercer Reich. Tengo que procurarme un catálogo, ahí olfateo también materia para la *LTI*.

LTI. Anuncios de defunciones bajo la cruz gamada: *sonntig* [‘solar, radiante’], que floreció en los dos primeros años, también aparece ahora, pero con menos frecuencia. «Lleno de alegría de vivir», se lee en por lo menos cuatro anuncios de cada cinco, y con la misma frecuencia es «inconcebible» la noticia que se recibe hondamente conmovido. Las tres expresiones son afirmaciones de la vida y, en ese contexto, sumamente no cristianas. Las fórmulas religiosas («Dios lo ha querido» y expresiones semejantes) son *rarísimas*, pero también constituye una excepción el signo de la runa (ᛉᛦ). Poco frecuente, no, sólo menos frecuente que antes, pero no excepcional: «Por el Führer y por la patria» y «Con tristeza teñida de orgullo».

31 de marzo, martes

LTI. La lengua saca la verdad a la luz. A veces alguien quiere ocultar la verdad hablando. Pero la lengua no miente. A veces alguien quiere expresar la verdad, pero la lengua es más verdadera que él. Contra la verdad de la lengua no hay defensa. Los investigadores de la ciencia médica pueden combatir una enfermedad en cuanto han reconocido su esencia. Los filólogos y los escritores

reconocen la esencia de la lengua; pero no pueden impedir a la lengua que diga la verdad.

Terminados los apuntes sobre *Historia de los judíos de Alemania*, de Elbogen.

Estamos cambiando margarina por pan, nos defendemos mendigando aquí y allá. En casa de Ida Kreidl hemos conocido a una portadora de estrella, la señora Fleischer, cabellos grises, madrina de Paul. Por lo visto, ella ha traspasado su casa de la Bernhardstrasse a su yerno ario, me ha prometido su ayuda. Eva volvió de su casa cargada como una mula y fallándole el pie. Por lo menos 10 kilos de patatas, un bote de judías verdes y cupones para 2 kilos de pan. A Eva le falla el pie a diario. Y yo no puedo evitarle las caminatas y el ir tan cargada.

Parece que todos conocen un artículo que ha escrito Goebbels en el *Reich*. «Hemos tenido que reducir las raciones; por inoportuno que sea el momento, *hemos tenido que hacerlo*. Castigaremos con penas graves, con *pena de muerte*, el comercio clandestino.» – En estos mismos días: Castigaremos con *campos de concentración* a quienes sólo viajen por placer. Ahora, en todos los aspectos, ese amenazar con penas absurdamente graves. Qué aberración la de esas penas tan exorbitantes.

ABRIL

2 de abril, jueves noche

Neumark me había dado esperanzas en cuanto al aumento de la franquicia. La oficina de divisas lo ha rechazado. 190 marcos, es decir, 106 marcos para *todo,* excepto el alquiler. Esa misma cantidad de 100 marcos (fuera del alquiler) es la que se concede a *todos* los «hogares judíos», independientemente de que se trate de una sola persona, de un matrimonio o de un matrimonio con hijo. En un caso ha sido incluso una familia de cinco personas. Yo tengo en casa de Annemarie reservas utilizables, que darán de sí ocho o diez semanas.

Prohibición a los judíos de entrar en la estación; prohibición de emplear mano de obra aria «para necesidades personales». (Al zapatero que trabajaba en el ropero judío parece que lo han evacuado. ¿Adonde acudir con este calzado hecho trizas? Hay más interrogantes de este género. Nuestra ropa sucia se acumula aquí desde diciembre. Nuestra aspiradora está rota.)

He terminado de leer el *Tancred* de Disraeli […] Una frase me ha impresionado. En el curso de una conversación alguien dice en algún momento que ahora que hay barcos de vapor «Inglaterra ya no es una isla». Lo mismo que dijo Hitler al principio de la guerra: «Tenemos la flota aérea: Inglaterra ya no es una isla».

LTI. Richard Benz[99], *Espíritu y reino,* menciona entre comillas sarcásticas al «hombre "liberalista"» («que hoy está tan en baja») y al «hombre "nacionalista"» (página 149). (Ambos, según él, se los debe Alemania a la Revolución francesa.) A mí me ha parecido evidente que el peyorativo «liberalista» fue creado en clara analogía con «nacionalista». ¿Pero por quién? ¿Y quién introdujo el más antiguo «nacionalista»?

Benz me ha puesto literalmente enfermo durante dos días: el tiempo que llevo hojeándolo. Me dormí, el libro cayó al suelo. Me deprime no entender nada, hoja tras hoja. ¿Soy tan tonto? ¿Es tan tonto el autor? De todos los engolamientos, el que me resulta más repugnante y oscuro es el del moralista y

predicador esteticista… En cualquier caso, algo he sacado en limpio para mi proyecto de toda esa mística pegajosa. Mañana haré una hoja de apuntes al respecto. Hoy, por primera vez, la duda de si la *LTI* dará materia suficiente para un libro. En realidad sólo se trata de un puñado de expresiones y giros. Pero ¿qué puedo hacer ahora con el tiempo de que dispongo? Primero me quitaron el *Siglo XVIII*, después el *Curriculum*; así que ahora estoy reuniendo lecturas que encajen en el tema de la *LTI*. El libro de Benz me lo ha prestado Steinitz. Hoy he cogido en casa de Elsa Kreidl *Sobre el judaísmo* de Steinthal[100], y Eva me ha traído de casa de Paulig el primer tomo de Houston Stewart Chamberlain[101]. Tengo además aquí (de Steinitz) una obra francesa de propaganda nacionalsocialista: *La troisième Europe* de Hans Keller. Quiero también, por fin, leer a fondo *Las tendencias sociales* de Th. Ziegler, el polo opuesto a R. M. Meyer, *Literatura del siglo XX*, que heredé de Gerstle. Así que tengo reservas para varias semanas. Para leer en voz alta tengo, de Elsa Kreidl, *Ssanin* y también *Friedemann Bach*[102].

En medio de todo esto, el problema fundamental del día es: ¿cómo sacio el hambre? Mi mayor deseo: volver a comer una vez, como lo más normal del mundo, todo el pan que necesite.

La situación general, sin cambios. Podemos seguir así durante años.

5 de abril, domingo de Pascua, noche

Por primera vez, tiempo de primavera. – Por la tarde en casa de los Neumann; también estaba allí Glaser, con su violín sin sonido (la señora Glaser no pudo ir, la hija enferma de los nervios necesitaba sus cuidados). «Cuando viene visita, es *Frau Professor* (¡la aria!) quien trae el bizcocho.» Balance de los días de fiesta: hasta este momento cuatro suicidios de judíos. Un matrimonio, citado ante la Gestapo tras el registro, tomó Veronal. Un sastre y un comerciante se ahorcaron en la prisión antes de su traslado al campo de concentración. –Han salido de Berlín y de otras ciudades nuevos convoyes de evacuación. – Frente a eso: a partir del 15 de abril, los funcionarios del Partido llevarán revólver. Síntoma de cómo está el ambiente. La tensión y, por consiguiente, la crueldad *in judaeos* aumentan cada día. Ultima disposición: hay que poner una estrella judía en las puertas de las casas de judíos.

He terminado de tomar apuntes sobre Benz. Ha dado más de sí de lo que suponía. He leído bastante a H. S. Chamberlain. He leído un poco en voz alta *Friedemann Bach.* – Dificilísimo saciar el hambre.

Hace unas semanas, Ida Kreidl me trajo una gran cantidad de papel de escribir que había encontrado entre lo que dejó Paul. Lo escondimos en el sótano. Ahora estoy utilizando una pequeña parte; el resto ha vuelto a la oscuridad protectora. Nada, realmente nada está seguro. Todo pueden robarlo, todo da pie a los atropellos más desconsiderados. – Desde hace semanas estamos sin pasta de dientes. No se encuentra por ninguna parte. Lo mismo pasa con el papel higiénico. Hasta ahora hemos conseguido comprar mínimas cantidades de servilletas de papel. La ropa no hemos podido darla a lavar desde diciembre. Me estoy acercando a la última camisa y al último pañuelo. – Eva me ha cortado el pelo. – Los peluqueros no lo hacen (o sólo en casos excepcionales, después de mucho mendigar). – Las noticias relativas a los judíos se propagan al momento. Cuando llegamos a casa, Kätchen-Sara ya «lo» sabía. Por Ida Kreidl, en cuya casa había estado una de su familia.

7 de abril, martes mañana

Ayer, lunes de Pascua, me quedé en casa; el resto del balance de Pascuas lo hemos sabido *via* Kätchen: otros *dos* suicidios (el quinto y el sexto en esa pensión) en el «Turmeck», donde acababan de hacer un registro; horrendo registro en el «bastión judío», el gran bloque de viviendas para judíos de la Strehlener Strasse, adonde ya hemos ido a ver a los Reichenbach, a los Seliksohn, a los Aufrichtig. Allí se presentó la Gestapo, quince hombres en total, el jueves o el sábado, en cualquier caso en vísperas de fiesta, a las cinco, es decir, a una hora en la que todo el mundo había hecho la compra. Las provisiones *(¡compradas con cupones!)* que encontraron: grasas, carne, legumbres, se las llevaron todas. Y tampoco han faltado las palizas.

He leído mucho a Chamberlain y me he dormido continuamente al leerlo, en parte por agotamiento general y, *literalmente*, por sensación de hambre, en parte por mi incapacidad para comprender la filosofía. Es asombroso con qué limitada capacidad intelectual he hecho carrera en la universidad. (Igualmente asombroso: ¡con qué pocos conocimientos de la especialidad!)

La única impresión alegre de estos tiempos cada día más angustiosos: que ya

vaya amaneciendo tan pronto. Uno sigue pasando frío pero por lo menos se acaba la lucha con la oscuridad.

11 de abril, sábado mañana

Cada día trae otro empeoramiento de la situación general judía y de la nuestra en particular, y cada día noto más que me falla el corazón. Tengo que pararme en plena calle, de tanto como me duele la garganta. Ante cualquier excitación, tiemblo y siento como un desfallecimiento. La casa, ahora está claro que la perdemos y que no nos pagarán ni un pfennig. En su penúltimo estadio, las cosas estaban así: Berger quería quedarse con la casa pagando la hipoteca; la suma restante (por lo menos 4.600 marcos) se la tragarían las reformas necesarías. Heise, imparcial a su manera, se negó porque faltaba mi consentimiento. Berger y el ayuntamiento de Dölzschen explicaron: la casa estaba destinada ahora a «fines comerciales», por tanto podía ser expropiada inmediatamente. Heise objetó que cuando se alquiló era domicilio particular, que el caso no estaba claro y que faltaba mi consentimiento. (También faltaba cuando me aumentaron la contribución por la casa sin que yo pudiera subir el alquiler. Ficción del aumento: ahora se ha convertido de casa propia en casa de alquiler.) Ayer Kätchen trajo de la *JMA* la historia de que Köhler[103], a quien llaman el «papa de los judíos», representante del Partido en la Comunidad Judía, «echa sapos y culebras contra ese filosemita de Heise». – Esta mañana, carta certificada del «jefe de distrito Bautzen»: Heise ya no es administrador, le sucederá una sociedad inmobiliaria. Lo que significa que ahora me quitarán la casa. Todos los esfuerzos, toda la excitación, todo lo que hemos invertido en esa casa, en vano.

Tampoco saldrá adelante lo del aumento de la franquicia. Las disposiciones cambian según el día, según el lugar, según el humor. «La pensión está exonerada, es renta del trabajo»: en eso se basó Neumark al principio, así sacó adelante la solicitud de Steinitz. Ahora dicen: la pensión es dinero ahorrado, cuenta como patrimonio, no está exonerada. Entonces, Neumark quiso que yo sacara por lo menos 5 marcos al mes, porque mi mujer aria tiene una enfermedad de los pies y cuando va a comprar a la ciudad tiene que almorzar allí. Para eso exigen un certificado médico, que yo no puedo aportar.

Con motivo de estas gestiones he entablado una relación más estrecha con los Glaser. Él me escribió que sabía de una posibilidad, fui a verlo, en lugar de él

estaba su mujer y (un instante) la hija; al día siguiente, vino a vernos el matrimonio. La idea de Glaser no sirvió de nada: que Eva se dirigiera ella misma, en su calidad de aria, a la oficina de divisas. Pero allí sólo le conceden, siempre para un caso concreto, lo que ella demuestra que necesita para sí misma (un vestido, un viaje). Glaser es una mezcla curiosa de senilidad y de genialidad. Es músico y no nota que no saca un tono del violín. Es coleccionista de arte (grabados, etc.), había leído el capítulo sobre Zola de mi *Historia de la literatura francesa*[104] y me atacó machaconamente porque explico allí que el determinismo de Zola y su optimista esperanza en la educación son contradictorios; él ha escrito comentarios de derecho fiscal. De su familia no parece ocuparse excesivamente. Ha vivido dos años en Berlín, aquí da vueltas por las calles sumido en sus pensamientos. (En su calidad de «privilegiado» no lleva estrella.) Las preocupaciones parece que se las ha dejado a su simpática esposa, una mujer de unos cincuenta años. Ella me lo insinuó el otro día, quejándose. La hija, una rubia de treinta años, no mal parecida, está enferma de los nervios, tiene miedo de la gente, de la propia familia, padece complejos de inferioridad. Sanatorio, psicoanálisis, nada ha servido, el peligro de suicidio es constante. Es modista, dirigía un próspero taller, que ahora se mantiene de modo precario. Ella afirma que «ya no sabe cortar un vestido». La madre la ayuda. Tienen también un hijo, que trabaja no sé dónde, en el campo. El ambiente no puede ser más descorazonador. «Mi marido casi no se entera…»

En cuanto al despido del doctor Heise, el «filosemita», lo que hemos sabido en el Turmeck va en la misma dirección. La policía judicial se presentó en el inmueble para indagar sobre uno de los siete suicidios y fue expulsada de allí por los agentes de la Gestapo.

Nuevas disposiciones *in judaeos.* 1) A partir del 15 de abril, todas las casas estarán marcadas por fuera con una estrella judía. 2) Incluso para ir al trabajo, los judíos sólo podrán utilizar el tranvía cuando la distancia entre su casa y el lugar del trabajo sobrepase en Dresde 5 kilómetros, en Berlín 7.

Nos vemos confrontados con el hambre en estado puro. Hoy, hasta los nabos eran sólo para «clientes en lista de espera». Nuestras patatas se han acabado, nuestras tarjetas para el pan alcanzarán para dos semanas, no para cuatro.

12 de abril, domingo

¿De qué hablamos los sábados *desde hace meses* con Ida Kreidl y la señora Pick? (Ayer por cierto otra vez abajo, no en nuestra casa: allí encienden la estufa y siguen teniendo algún bizcocho: somos los pedigüeños de la casa, y Kätchen está trabajando.) De los últimos registros y suicidios. ¿Cuándo y cómo será el registro en nuestro inmueble? De los deportados. ¿Seguirán vivos? Sin noticias desde hace meses. ¿Tendremos que dejar esta casa? ¿Cuánto tiempo seguiremos aquí? ¿Nos matarán antes? – Ayer una novedad. *Tarjeta de Ernst Kreidl, desde Buchenwald.* La alegría que causó fue conmovedora. Está vivo, no lo han llevado a Auschwitz, le permiten escribir y recibir correo cada dos semanas, le permiten tener 15 marcos mensuales.

Sintomático y consolador lo que Kätchen cuenta hoy sobre un compañero de trabajo de la fábrica. Estuvo preso tres semanas en la PPD porque había firmado una carta sin «Israel». Lo trataron bien. Trabajo en común con arios, *buenos carceleros*, comida aceptable. El carcelero le daba ánimos diciéndole que esto ya no iba a durar mucho. Al despedirse: Si te maltratan demasiado, o si tienes demasiado poco que comer, «entonces firmas otra vez sin Israel». Aquí, con nosotros, estarás bien.

18 de abril, sábado al anochecer

Sin tocar el diario en toda la semana; tomando apuntes sobre Chamberlain para devolver hoy las primeras 500 páginas (que forman volumen propio) a Paulig. Después, el pie de Eva, que va de mal en peor, le dolía tanto que no pude pedirle que subiera la escalera de caracol de aquella casa. Ir a comprar al centro le resulta cada vez menos productivo y más trabajoso (efecto recíproco). Se añaden los viajes para mendigar patatas (a Pirna y a casa de la señora Fleischer, que vive en la Bernhardstrasse, bastante lejos).

Esta mañana, tarjeta de la señora Neumann: que yo había consolado muy bien a su marido en una ocasión, que él estaba muy deprimido, y que si no podía hacerle una visita, sin decirle que la idea era de ella. He ido a verlo. Muy cerca de nuestra casa, un hombre joven, rubio y con aires de matón, me gritó desde su coche: «¡Eh, granuja! ¿Por qué sigues vivo?». Quizá un tipo de la Gestapo. A Neumann lo encontré solo en casa, estaba delgado y pálido. Para empezar le pregunté si sabía dónde se puede encontrar patatas. Los Neumann habían dicho al principio del invierno que ellos tenían buenos proveedores y que no andaban

escasos de patatas. Además me regalaron una cartera llena. Neumann contó que el miércoles habían estado en su casa nueve hombres de la Gestapo. No registraron, sólo inspeccionaron el piso con vistas a quedarse con él. Los hombres le dieron una paliza sin ningún motivo, golpes en la cara, escupitajos, rompieron un candelabro de la Januká[105], desde entonces no salía de aquel estado de abatimiento. Yo le animé; hizo efecto. Llegó su mujer: encantada, dijo que ya tenía mejor aspecto y que a mí se me notaba la herencia paterna. Es una pena que el rabí no surta efecto en sí mismo y en su propia casa.

19 de abril, domingo

De la semana pasada: Glaser me escribió que veía una posibilidad en nuestro asunto de la franquicia. Fui a verlo y lo encontré solo, con su acordeón. Al pedírselo yo, se lo colgó y tocó un poco. Dijo: «El violín lo toco de modo relativamente aceptable; el acordeón, no sé tocarlo». ¡Autocrítica! Tal vez me pase a mí, con lo de «escribir de modo relativamente aceptable», lo mismo que a Glaser con su violín, que sólo suelta una especie de graznido. Sobre el asunto en sí, Glaser no sabía nada. Pero otro abogado judío de aquí había asesorado al doctor Simón, y me dijo que le pidiera consejo. Pero el doctor Simón es dentista judío, con consulta, de modo que tiene rentas de trabajo, por lo que su caso es muy distinto del mío. Con Glaser, a pesar de su agilidad mental, siempre tengo una clara impresión de senilidad.

Han estado aquí tres hombres, yo ya creía que era la Gestapo con su registro. Pero era sólo el «servicio de investigación aduanera». Contra Kätchen-Sara (que no estaba en ese momento); un asunto pendiente hacía tiempo. Ha gastado mi parte de alquiler, sobrepasando la franquicia, un encubrimiento estúpido porque más pronto o más tarde acabaría sabiéndose; sin duda tendrá que pagar una multa elevada, tal vez le darán pena de prisión, y entonces tendrá «antecedentes penales». Pero resulta que yo estoy implicado en el asunto: debería haber sabido que no podía dar dinero en metálico a una «judía obligada a tener cuenta de seguridad». Yo me defendí: estaba convencido de que ella ingresaba enseguida el dinero en la cuenta bloqueada del dueño de la casa y que sólo declaraba la mitad como su propio alquiler. – Tuve que ir a las oficinas del servicio de control de aduanas, un piso de una casa de alquiler en la Moczinskystrasse, esquina Lindengasse. El inspector jefe, Otto, que me tomó declaración y dictó después el

acta a una secretaria, fue amabilísimo e hizo todo lo posible para que quedara bien clara ante la oficina de divisas, que era la que decidía, mi completa inocencia. Como ejemplo de mi buen comportamiento indicó que hacía poco me había informado inmediatamente sobre lo relativo a la paga de obras públicas. – Lo interesante de aquel hombre fue para mí su *absoluta ignorancia* de la miseria judía. «El camino hasta aquí no es largo, *Herr Professor*, tome el tranvía de la Wasaplatz a la Georgplatz… Ah, ¿que no le *permiten ir en tranvía?*» – En el interrogatorio: «¿Nombre de pila?». – «Victor-Israel.» – «¿Cuál es el nombre usual, por favor?» – «Victor.» – «Señorita, subraye "Victor".» Con esta ignorancia de los funcionarios casaba muy bien lo que Neumark contó uno de estos días a los Neumann. (Tiene en casa de éstos una habitación amueblada, en la Winckelmannstrasse, y la policía le da siempre permiso para ir el fin de semana a ver a su familia. Su mujer (aria) vive en la Werderstrasse, con un hijo del primer matrimonio (ario). Allí, el hijastro ha puesto a su nombre el piso de los padres.) A ese Neumark, pues, le dijo un ario ni nazi ni antisemita: «La entrada de Norteamérica en la guerra tiene que haber dado alas a los judíos, ahora veo por la calle muchos más judíos que antes, se atreven de nuevo a salir de casa». Neumark respondió que se veía a más judíos por la calle porque les habían prohibido viajar en tranvía. Aquel hombre no tenía la menor idea de tal cosa.

El viernes por la tarde en casa de los Steinitz. Alguna vez tenía que ir, para quedar bien; lo hice a contrapelo porque siempre habla de su mujer, que está enferma y le hace la vida imposible. Es aria y piensa que él le ha acarreado la desgracia, pero no quiere divorciarse, seguramente por motivos pecuniarios. El piso –todavía completo– en la Reichenbachstrasse: con vistas directas a la Lukaskirche. En la puerta de entrada, la estrella judía encima del timbre y el apellido «Steinitz», en el centro de la puerta, la tarjeta de visita de la esposa aria. (Situación parecida, pero peor, en el piso de encima de nosotros: Ernst Kreidl, que está en Buchenwald, con estrella judía; en medio de la puerta, una cartulina muy grande: «Frau Elsa Kreidl, aria».) Steinitz, a quien no se le notan los sesenta y seis años ni las cataratas de un ojo, me enseñó orgulloso muchos libros y cuadros de su colección. También el manuscrito de su, como él dice, historia anecdótica, redactada «en inglés», de la empresa de carbones de Aussig[106] para la que ha trabajado como viajante cuarenta años. Quiere enviar esa historia a su

jefe, a Estados Unidos, y espera que la impriman y le paguen, quiere aprender con ese trabajo el suficiente inglés para poder ejercer después como intérprete y profesor de inglés. De sus libros, me he llevado esta vez: *Historia judía* de Joachim Prinz y *Corta historia del mundo* de H. G. Wells[107]. – Llegó su mujer, unos quince años más joven, se portó bastante bien, pero tiene algo como desagradable en las facciones. – Eva se tropezó en la parada del tranvía con el carpintero Lange (en uniforme de alférez). Se fue con él a un café y él empezó a contarle cosas ante un vaso de cerveza. Había estado en Rusia varios meses de invierno (hasta Navidad), como chófer del cuerpo militar de la policía. En Kiev, atroces asesinatos en masa de judíos. Niños pequeños, con la cabeza estrellada contra la pared, hombres, mujeres, adolescentes, amontonados y ametrallados a millares, una colina dinamitada y la masa de cadáveres enterrada bajo la tierra que se levantó con la explosión. – Terrible tifus exantemático – automóviles volados al tomar a toda prisa la retirada. –También había pasado por Holanda: hostilidad de la población, puertas cerradas, no dan ni un vaso de agua.

Kätchen-Sara quería consultar al profesor Fetscher (a mi antiguo colega, que se ofreció a través de Cohn para guardarme manuscritos y que pasa por ser muy amigo de los judíos). La hermana, que se puso al teléfono, al principio rechazó a Kätchen, diciendo que en Dresde ya no había tantos judíos y que con el doctor Katz, el «cuidador de enfermos», había suficiente. Kätchen invocó a su difunto marido, director de la OVA, a quien conocía Fetscher y entonces le dijeron que el *Herr Professor* la recibiría por la tarde. Cuando se presentó allí, la enfermera la saludó enormemente deprimida: el *Herr Professor* acababa de recibir una elevada multa por filosemitismo y pedía a la señora Voss que lo disculpara, porque ahora ya no podía arriesgarse a tratarla.

Acaba de estar aquí arriba un señor mayor, con acento muy austriaco, Steininger, diciendo que deseaba hablar con *Frau Doktor* Klemperer. Vinculación: es un amigo ario de la señora Pick. Si la Gestapo aparece y lo sorprende en su casa, él quiere subir y hacerse pasar por amigo de mi mujer aria. De lo contrario, él y la señora Pick irían a la cárcel.

Anteayer, Eva recibió una enigmática carta, firmada «suya, Bertel». El nivel y la ortografía nos llevó a la conclusión de que podría ser una antigua muchacha de servicio, pero los nombres y las circunstancias no cuadraban. – La carta era para la señora Voss y provenía de la señora Paul, tan rica en maridos y que yo

hubiera creído más culta. – El miedo de los arios a tratar con judíos está más que justificado. La Gestapo combate con saña cualquier relación.

Una enfermera de Annemarie necesitaba un imperdible para sujetar su cofia. Peso, aproximadamente un gramo. Para comprarlo tuvo que agenciarse un *vale para comprar hierro.*

La alfombra del comedor, una pieza heredada que siempre he detestado, rebosa suciedad; desde hace semanas está averiada la pesada aspiradora. Antes de Pascua se la llevé a Eva a un sitio de la Wasaplatz donde la arreglaban, pero tuve que volver con ella porque el taller estaba abarrotado de gente. «Quizá después de Pascuas.» Entretanto llegó la prohibición de servirse de operarios «para uso personal». Hablé del caso con los Steinitz. Analogía: ellos acaban de dar a arreglar una lámpara eléctrica. Explicaciones que hay que dar llegado el caso: 1) El hogar es judío, pero ese utensilio pertenece a la esposa aria, 2) El judío está obligado a tratar «cuidadosamente» sus muebles (que no puede vender), y para ello, en nuestro caso, es absolutamente indispensable una aspiradora.

Todo mi calzado está más o menos hecho trizas. El zapatero judío del ropero ha sido evacuado. Hay otro zapatero judío en la Holbeinstrasse; tengo que hacer una excursión en los próximos días para ir a verlo. – Nuestra ropa está sin lavar desde diciembre. Algunas prendas necesarias las lava Eva en el cuarto de baño.

Cada día (ahora no sólo de noche), bombarderos ingleses sobre Alemania. Pero a Dresde la han dejado en paz todo el invierno. Berlín también está en calma. Estos días me ha dado mucha pena por Lübeck, tan bella. (¡Nuestro gran viaje en coche con Grete!) Parece que se ha tratado de un acto de venganza de los ingleses: pura destrucción de obras de arte. Ayer me enteré por los Neumann de que en Lübeck hay una gran fábrica de altos hornos para aprovechar el hierro sueco. Lange le contó a Eva que sabía por un camarada que sigue habiendo centenares, si no millares de personas bajo los escombros, que había en Lübeck unas 40.000 personas sin techo. De todo eso puede que la mayor parte no sea verdad, pero *algo* será verdad, y se (un número infinito de «ses») presta mucho más crédito al rumor o a las noticias transmitidas de boca en boca que a los periódicos que callan o mienten. – Cada pocos días, lista de condenas a muerte o a trabajos forzados para estraperlistas y traficantes de víveres.

23 de abril, jueves

Números. Enviados desde Berlín, manifiestamente a *todos* los periódicos. Nuestros submarinos han hundido hasta ahora 2 millones de toneladas en barcos norteamericanos. La capacidad total del tonelaje de Estados Unidos asciende a 8 o 10 millones de toneladas, *ergo* ha sido hundida una cuarta parte, *ergo* es imposible una ofensiva norteamericana en Europa. – A este respecto: 1) ¿Cómo han sido calculados esos 2 millones? 2) En el anuario *Knaur* de 1925 ya se consignan 14,5 millones de tonelaje para Estados Unidos. Si a ello se suma: a) el crecimiento en diecisiete años normales, b) el crecimiento extraordinario, puesto que Estados Unidos interviene en la guerra, por lo menos en la guerra económica, desde 1939, c) todo lo que los Estados sudamericanos ponen a disposición de Estados Unidos, d) los enormes gastos de Norteamérica desde que entró en la guerra, ¿no se puede calcular el cuádruple o el quíntuple de esos «809 millones»?

En los registros domiciliarios, los judíos salen especialmente mal librados si se encuentra tabaco en sus casas. Eva suele comer ahora en un pequeño restaurante, cerca del mercado y de correos, Steuer (nosotros lo llamamos *Huttig*, una palabra sajona que significa pueblo miserable, proletariado ínfimo, la hemos aprendido de Kätchen). Eva se sienta muchas veces a la mesa con repartidoras de correos. Dos de ellas charlaban sobre el robo cometido por otra (robo castigado con la pena de muerte o trabajos forzados). «Es que le encanta fumar, sólo ha birlado unos paquetes de cigarrillos. – ¿Pero cómo sabía lo que tenían dentro? – ¡Si ahora está todo malísimamente empaquetado, medio abierto! Hace poco, en el Henriettenstift, en la *Judenhaus*, entregué una cajetilla vacía, y los cigarrillos correspondientes los fui sacando de uno en uno de mi bolsillo…» Si oye esa conversación un nazi radical o uno de la Gestapo, hay un feroz registro con palizas y penas de prisión para todo el *Stift*, una residencia que está superpoblada.

Ayer tarde, los Seliksohn en casa. El es diabético e intercambiamos legumbres secas por patatas. Ayer llegaron con unos 5 kilos, uno de estos días nos traerán unos 25. (Nuestro alimento principal, sobre todo el mío, por la mañana, al mediodía, por la noche, frías y calientes, con piel, estoy completamente hinchado de tanta patata.) Seliksohn, sumamente pesimista: que

pueden pasar años antes de que caiga el régimen; pero que si cayera mañana, tampoco nos serviría de nada, nos asesinarían en el último momento; dice que sólo un milagro puede salvarnos de la muerte segura, que nuestras probabilidades de sobrevivir son de un 1%, a lo sumo. Tras varios meses de paz, las patatas han sido la causa de una fuerte pelea con Kätchen, que tiene en el sótano una gran artesa llena. A esas patatas ya les salen gérmenes por todas partes, están completamente echadas a perder. Y no quiere darnos nada a nosotros, que estamos pasando tal necesidad. Hace comentarios impertinentes y faltos de tacto, ésa es su especialidad. – Yo pensaba que ya había aprendido a guardar la calma frente a ella, el último choque desagradable había sido hacía muchos meses. Ayer perdí otra vez la paciencia. Después siempre me siento mal y me hago reproches.

26 de abril, domingo tarde

Descanso dominical de Eva: «Dar un paseo hasta el centro, sin llevar ninguna carga, sólo para almorzar». Es muy importante que ella encuentre allí algo que comer; así me queda a mí más pan aquí. – Hoy ha traído esta noticia: a las tres, «Reichstag, para escuchar una declaración gubernamental[108]». Antes de mañana no nos enteraremos de nada: ¿han ocupado Suecia, o Turquía, o España? Con seguridad se trata de algún acto de violencia, de «habernos adelantado unas horas a los ingleses». – Ayer, abajo, en casa de Ida Kreidl, la señora Pick contó un *bon mot* «ario»: «Los optimistas dicen que esto durará seis semanas, los pesimistas, que seis meses». Muchas veces tengo miedo de que sean años.

La penuria, desde luego, sigue aumentando. ¿Pero para los arios en la misma medida que para nosotros? Nosotros pasamos hambre verdadera. En los últimos días, Eva ha mendigado mucho. Cupones de pan a la señora Fischer; patatas, a cambio de un poquito de legumbres secas, a Seliksohn. Una tira bloqueada de nuestra tarjeta de patatas nos la han desbloqueado otra vez parcialmente; me fui con una carretilla de mano a Jentzsch, que instala su carro en la Wasaplatz, cargué con 20 kilos para nosotros, 15 para la señora Kreidl, y ésta nos regaló 5 kilos por el transporte. Eva llegó del proveedor que tiene Seliksohn en la ciudad con dos pesadas bolsas, yo la esperé en la parada del tranvía y cargué con las bolsas hasta casa. Eva ha traído del mercado cubierto el único nabo que pudo encontrar, 2 kilos y cuarto. Cuando partí aquello, estaba completamente podrido

y olía a perros. Estoy constantemente hinchado y lleno de gases, me meto en el cuerpo dos o tres veces al día una fuente de patatas; el pan, siempre escaso, seco, es un manjar exquisito y sustentador; no hay grasas, no hay carne. Una gran parte de nuestra ración doble, ahora 600 gramos por semana para los dos, va para el gato. Los dos pasamos mucho frío, yo estoy siempre con sueño, Eva *(mucho* más delgada que yo) con la dolencia del pie, hondamente deprimida. – Y siempre el miedo al registro. Ayer, en la Altenzeller Strasse, dieron una paliza a una tía de Kätchen, octogenaria. Con la declaración que presté en las oficinas del servicio de control de aduanas no está concluido el asunto. El jueves estoy citado en la oficina de divisas; siendo completamente inocente, me pondrán una multa.

Última disposición: los judíos no pueden hacer cola. – Los judíos tienen que entregar: «maquinillas de cortar el pelo, tijeras de peluquería, peines en buen uso». Se recuerda a los judíos, bajo pena de *sanción severa*, que han de llevar la estrella cosida a la ropa, porque las estrellas sujetas con alfileres o con automáticos pueden ser retiradas provisionalmente. Los peines son un consuelo, revelan extrema escasez. Esta gente no retrocede ante ninguna mezquindad.

Igual de consoladora ha sido mi visita al nuevo administrador de la casa, la empresa Schrapel, propietario Richter, en la Viktoriastrasse. Yo estaba preparado para encontrarme con un perro de caza, pues en calidad de tal me lo han colocado; en lugar de eso he dado con un aliado secreto: ¡*así* puede fiarse hoy el Partido de las personas que elige! Es un consuelo, aunque no sea una ayuda. Richter, unos treinta años, me dio la mano, cerró prudentemente la puerta contigua al despacho de la secretaria, dijo que Heise había tenido que dejar el puesto por su actitud favorable a los judíos, y que si él, Richter, no hacía un poco lo que quería esa gente, dentro de ocho semanas yo tendría el tercer administrador, lo que no me resolvería nada; pero que él quería ayudarme, conocía nuestra cruel situación. (Yo me desahogué cuando supe cómo pensaba.) El me informó: le habían ofrecido ya otra hipoteca para nuestra casa, pero para convertir la deuda se necesitaba el permiso del Partido *(cioè* de la dirección del distrito, *cioè* de Köhler, el brutal «papa de los judíos»), que no se conseguiría porque el jefe de sección de Dölzschen estaba en connivencia con mi inquilino y aspirante a comprador. (Me desahogué otra vez.) Pero él, Richter, tenía otro plan y una esperanza. La tesorería municipal de Dölzschen disponía de dinero líquido, él le ofrecería la hipoteca. A un judío le puede pedir un tanto por ciento

más elevado que a un ario. En cuanto a Köhler, si el municipio se encargaba de la hipoteca, creería que ya medio me habían quitado la casa. Lo cual sin embargo no iba a ser el caso, de hecho. Yo dije que me importaba muchísimo conservar la casa, otra vez alegué mi dolencia cardíaca y los intereses de mi viuda aria, pero dije al marcharme: «Esto no puede seguir eternamente». Nos prometimos mutuamente máxima discreción, prescindiremos de todo contacto por escrito. – No creo que pueda salvar la casa, pero la actitud de ese hombre me ha reconfortado.

LTI. He tomado notas sobre la *Historia judía* de Prinz, fijándome especialmente en el uso nazi del idioma. Entonces comprendí: célula – *célula de empresa.* De Darwin a lo técnico, ciencia de la naturaleza + tecnificación.

Durante semanas hemos estado esforzándonos por leer *Friedemann Bach*; al final, he leído yo solo las últimas cien páginas. Un libro espantosamente malo […]

28 de abril, martes

Discurso de Hitler en el Reichstag, el domingo, 26 de abril. A juzgar por ese discurso, no falta poco, falta poquísimo. Habla de la situación casi catastrófica del invierno pasado. Dice que para el próximo está mejor preparado. ¿Cuándo será entonces el final? Dice que la partida se decidirá en el *frente oriental.* Pero ¿qué pasa con Inglaterra? ¿Y con Estados Unidos? Mucho más importante: dice que sólo ha tenido que proceder con «dureza» en raras ocasiones, cuando ha fallado la obediencia. (¡O sea, que ha fallado!) Lo más importante: reclama el derecho a poner fuera de juego, sin procedimiento judicial, a oficiales, funcionarios, *magistrados.* En este contexto son importantes las expresiones: «condenar a casación[109] corriente» o «privar de cargo y función» «sin tomar en consideración "derechos legítimamente adquiridos"» (tres veces, después lo ha vuelto a emplear Göring). Casación >oficiales, «derechos legítimamente adquiridos», terminología muy antigua y sólidamente acuñada en la legislación del funcionariado. – Es demencial, es tiranía que se supera a sí misma, es signo de extrema inseguridad que quien está investido desde hace mucho tiempo de todo el poder dictatorial reclame otra vez lo que ya posee, que un sultán declare expresamente que intervendrá en la administración de justicia de sus magistrados, que éstos sólo ejerzan un «derecho formal». Divertida, por otra

parte, vista por el lado lingüístico, la relación con los números. «Napoleón tuvo que luchar con -25°C , yo, con -45°C, y en una ocasión con -52°C. ¡Hasta mis inviernos son doblemente grandiosos que los inviernos de otras personas! Y sin embargo, venceré.» Otro detalle más relacionado con los números: el peor invierno desde hace ciento cuarenta años. – El odio concentrado: no es Inglaterra, ni Estados Unidos ni Rusia: *solamente*, en todo, única y exclusivamente, *el judío.* – A notar la mezcla de juego del escondite y de amenaza declarada. Sí, falta poquísimo, pero ¿viviremos *nosotros* ese poquísimo tiempo que queda? Poco a poco, ya es norma fija: al día siguiente de un registro domiciliario, suicidios. Junto con el discurso de Hitler supimos del último caso. Al matrimonio Feuerstein, de la Altenzeller Strasse, los habían desvalijado, después fueron citados en la Gestapo, y allí apaleados y pisoteados; por la noche, encontraron a la pareja muerta en la cocina donde seguía escapándose el gas. – Estoy a la espera, día tras día, del registro en nuestra casa. La ansiedad llega a su punto máximo por la noche, entre las siete y las nueve. Seguramente no está justificada, porque esos grupos parece que se presentan a cualquier hora del día. Por lo visto, roban de *todo:* incluso la comida comprada con cupones, papel de escribir, sellos de correos, carteras de piel. Al parecer se beben la leche, etc.

Estoy leyendo *Del gueto a Europa* de Arthur Eloesser[110]. Esto es un capítulo especial, la influencia de la *LTI* en los judíos. ¿Pero hasta qué punto será mi historia de la lengua solamente historia «camuflada» de las ideas? No, tengo que mantener siempre mi posición: *in lingua veritas.* La *veritas* pertenece a la historia de las ideas; la *lingua* ofrece una confirmación general del hecho que interesa.

Hitler le pide al Reichstag ese nuevo derecho «porque entre millones de personas decentes sólo se trata de muy pocas excepciones». Así, la exigencia general se convierte en algo determinado. En cierto sentido, ése es el estilo enciclopédico[111] de la violencia. Una amenaza clara y al mismo tiempo encubierta. Hay que pensarlo bien desde el punto de vista de la lengua. – Paroxismo, tiranía por debilidad. – ¿Qué efecto producirá en el extranjero? ¿En los aliados?

A la caída de la tarde

¿Seguirán surtiendo efecto los discursos de Hitler? Un obrero ya mayor (muy

probablemente *mayor* y *obrero)* me gritó desde su bicicleta: «¡Eh, *carroña judía*!». Esas cosas me hacen dudar de que esto esté a punto de derrumbarse.

Un judío alemán, independientemente de su oficio, no puede escribir hoy nada sin poner en el centro de su pensamiento la tensión alemán-judío. Pero ¿ha de capitular por eso ante la opinión de los nacionalsocialistas y ha de adoptar su lenguaje? Arthur Eloesser, *già* imparcial crítico teatral alemán del *Vossische Zeitung*, hace ambas cosas sin reservas.

29 de abril, miércoles mañana

Nuevo registro, nuevo suicidio. Un médico, el doctor Korn, católico-judío, esposa aria. Pillnitzer Strasse. La esposa aria fue apaleada, el marido tenía que presentarse al día siguiente a la Gestapo. Suicidio aquella noche. Lo usual. Kätchen nos trae la noticia de la fábrica. Además, la frase de la escuadra móvil: «Nos encargaremos de que ninguno de vosotros salga con vida». El periódico volvía a traer; como resultado de la sesión del Reichstag, que a partir de ahora el Führer tiene el derecho, confirmado por el pueblo, de intervenir en todo directamente sin respetar ni los parágrafos ni los procedimientos previstos por la ley. De aquí y de la eterna cantilena sobre los judíos salen los métodos de la Gestapo.

MAYO

3 de mayo, domingo tarde

Poco a poco, este continuo acarrear, cepillar y comer patatas me va atacando los nervios. Y tengo que estar contento de que hayamos recuperado algunos cupones, de que gente amiga nos dé su parte; porque si no, pasaríamos hambre. Pero nada-más-que-patatas a la larga es horrible. Eva no está en tan mala situación como yo porque al mediodía encuentra por ahí algún «plato único», por malo que sea, y porque la cantidad que necesita es menor.

El jueves pasado, a las nueve de la mañana, me tomaron declaración en la oficina de divisas, Amalienstrasse. Bastante más desagradables que el otro día en

el control de aduanas. «Usted tiene complicidad secundaria. Ya ha admitido que sabía de la existencia de una cuenta bloqueada.» Pasó mucho tiempo hasta que pude explicar lo que ya había explicado la primera vez. No me servirá de mucho: no he comprobado personalmente si era verdad que la Voss entregaba ese dinero al momento. Tengo otra cita para el miércoles. –De la oficina de divisas me fui a ver a mi nuevo administrador, Schrapel-Richter. Dijo que había «80% de probabilidades de que el municipio de Dölzschen se hiciese cargo de la hipoteca de mi casa. Pero ¿será eso una ayuda para mí? En su calidad de acreedor principal, el municipio tendrá aún más interés en perseguirme. Todo depende del tiempo que se mantenga este gobierno. «La organización es muy sólida», dijo Richter.

Hemos estado una tarde en casa de los Seliksohn, tan mal considerados y tan interesantes, y nos dieron 25 kilos de patatas a cambio de un poco de legumbres secas. Seliksohn se mete continuamente con la «comedia» de mi bautismo, tratando de reconquistarme para el judaísmo nacional. Me ha prestado *Viaje por la Palestina judía*, de Holitscher[112]. Acabo de terminarlo, y he tomado apuntes muy minuciosos. Sigo sin el menor síntoma de conversión. ¡Los bolcheviques sionistas son nacionalsocialistas de la más pura especie! Pero la lectura ha sido sumamente interesante. Mis estudios actuales son bien raros. Casualidad: los libros que voy encontrando en casa de la gente que conozco. Casualidad dirigida: echo mano de todo lo que encaja en mi proyecto. O servirá para la *LTI* o para el *Curriculum* o para ambas cosas. Tengo que investigar sobre todo eso. Pero siempre tengo el mismo pensamiento: probablemente *nada* llegará a realizarse, ni *LTI*, ni *Curriculum* ni *Dix-huitième.* Caeré víctima de la angina de pecho o de la Gestapo. No me abandona el miedo al registro domiciliario, no me abandona este inmenso cansancio: me quedo dormido mientras leo o escribo, al andar me duele el corazón. El optimismo que predico a otros, diciendo que ya falta poquísimo, me falta a mí por completo.

En Zeiss-Ikon hay un «jardín de infancia» en la sección judía. Tareas que deben realizar ojos muy jóvenes con una lupa. En esa sección trabajan jovencitas de quince y dieciséis años. La protección de menores ha sido levantada expresamente para los judíos. La semana pasada hicieron trabajar a esas niñas a tal ritmo en turnos diurnos y nocturnos, que por cada cuarenta y ocho horas salían veinticuatro horas de trabajo; les pagan 27 pfennigs la hora.

7 de mayo, jueves al mediodía

Por fin un tiempo algo más suave y primaveral; pero sigue el frío en las manos, el hormigueo del frío en las puntas insensibles de los dedos.

Ayer por la mañana, otra vez en la oficina de divisas. 150 marcos de multa por complicidad premeditada. Yo protesté contra ese «premeditada». «No puedo discutir con usted; si no se somete, paso el asunto a la fiscalía del Estado. – Sale usted muy bien librado, habría podido cobrarle todas las sumas que le ha pagado a la señora Voss, 1.175 marcos.» Firmé. En lo económico no he salido perjudicado. Kätchen me ha rebajado el alquiler, ha deducido posteriormente los 5 marcos que pagué de más durante trece meses, además contribuye a la multa con 100 marcos sacados de su calcetín. Pero lo que queda es suficientemente agobiante: tengo «antecedentes penales» (el arresto por no obturar la ventana era castigo disciplinario, este asunto, en cambio, queda en mi «registro penal»), además, las autoridades son libres de no darse por satisfechas con mi «sometimiento» y poner de nuevo sobre el tapete todo el asunto. Sólo hace falta que la Gestapo se interese por él… Tengo la impresión de estar mucho más próximo a un registro, a una evacuación, etc., que antes de este asunto. – Kätchen está más suave que un guante y llena de arrepentimiento; pero ¿de qué me sirve?

De la oficina de divisas me fui al único zapatero judío, en la Sporergasse. Ese hombre tiene que trabajar para *todos* los portadores de estrella y está agobiado. No aceptó más que un par, que, por pura compasión, habrá terminado dentro de cuatro semanas; por lo general, dice, exige ocho semanas de plazo, y uno de estos días tiene que cerrar el cupo. En el *Viaje a Palestina* de Holitscher hay un verso de una canción popular en yiddish: *«Ich bin a armer Chaluz,* / *a Chaluzl aus Poilen; / ich lauf auf Stiefelach, /Stiefelach ohn' Soilen»* ['Soy un pobre pionero, / un pionero de Poilen; / camino con botas, / con botas sin suelas']. Yo lo recito ahora continuamente.

Se ha convertido en costumbre fija que Steinitz venga los lunes por la tarde a casa. Trae algo de tabaco, a veces (pocas) le damos una taza de té. Descansa de su mujer, muy aria y muy histérica, cuenta lo que llega a sus oídos por la *vox populi*, Eva toca el piano. Hablaba con cierta alegría de la *vox populi* aria. Pero ¿cuánto falta para la explosión? ¿La viviremos?

Ayer tarde, los Seliksohn en casa. Conversaciones similares, estado de ánimo similar.

Terminé de leer: *Destino y participación*, de Heinrich Spiero[113]. Spiero, quizá media docena de años mayor que yo, es un literato cuyo trabajo ha sido paralelo al mío. Con ocasión del octogésimo aniversario de Heyse[114] se publicaron pequeñas monografías suyas y mías, la suya poniéndolo por las nubes. Su autobiografía es, en la primera mitad, al mismo tiempo seca y exclusivamente anecdótica, sin profundidad, desagradable para mí por el clasicismo weimariano[115] en el pensar y en el sentir; en la segunda mitad (guerra mundial), realmente importante. Mi interés fundamental por la obra reside en la germanidad perfectamente natural del libro. Spiero es, qué duda cabe, de ascendencia judía, está emparentado con Eduard Simson[116], y al mismo tiempo subraya con la mayor libertad de espíritu su germanidad y su protestantismo. Tengo que hacerme una hoja de apuntes, tengo que compararlo con el libro de Eloesser. Literatos judíos *antes* y *después* de la «toma del poder», 1929 y 1936.

8 de mayo, viernes al mediodía

«¡Cerda judía! ¡Sólo pares crías para que se conviertan en agitadores!» Palabras de la Gestapo a la señora Kronheim, una septuagenaria a la que habían «citado», según nos contó ayer su hija. («Citar»: enviar a pasear durante horas, presentarse una y otra vez para recibir más injurias y más malos tratos; es la nueva tortura que aplican a raíz del registro domiciliario.)

Pero ayer también esto. En la Wasaplatz dos señoras de pelo canoso, podrían ser dos profesoras sexagenarias de instituto, como las que he visto tantas veces en mis lecciones y conferencias universitarias. Se paran, una de ella se acerca a mí con la mano extendida, yo pienso: una antigua oyente, y me quito el sombrero. Pero no la conozco, y ella tampoco se presenta. Sólo me da la mano sonriendo, dice: «Ya sabe usted por qué», y se marcha antes de que yo pueda reaccionar ni decir nada. Tales demostraciones (¡peligrosas para ambas partes!) parece que ocurren con relativa frecuencia. La contrapartida del otro día: «¿Por qué sigues vivo, granuja?». Y ambas cosas en Alemania y en pleno siglo XX.

Yo volvía precisamente de casa de los Marckwald; la señora Pick me había

dicho que fuera a verlos, que sería una obra de caridad. Villa en la Wiener Strasse, junto a la estación de Strehlen. Repartida entre varios judíos; escalera interior, a través de una pieza común se pasa a los diferentes habitáculos. Marckwald, a quien yo no conocía, un señor paralítico de setenta años, mentalmente intacto, pero, por una misteriosa dolencia, con las piernas totalmente paralizadas; desde hace años vive sentado en una butaca, lo cuida su mujer, sexagenaria; junto a su butaca, unas muletas de gran tamaño. Totalmente aislado del mundo. Era agricultor, consejero de la Cámara de Agricultura, en la guerra mundial parece que tuvo puestos semejantes a los de Spiero. Tanto él como su mujer, personas simpáticas, cultas. El estaba feliz de oír hablar por una vez de otra cosa que de registros domiciliarios, por uno de los cuales ya ha pasado él, en su peor modalidad (paliza a la mujer). Los dos están bautizados desde hace decenios; sus amistades arias ya no pueden ir a verlos, los hijos están en el extranjero. El marido, expulsado por supuesto de su propia casa, está sentado a la mesa, tiene delante naipes para hacer solitarios y lee. («Mis autores preferidos, a los que siempre recurro: Reuter[117] y Fontane.») Los Marckwald eran amigos de Kutzbach[118] que acaba de morir. Para mí, un nombre del pasado: Kutzbach, católico practicante y una persona afable, era profesor (asignatura técnica) de la TH; creo que estuvimos juntos en el Senado.

La casa donde vive el zapatero judío pertenece a la Comunidad Israelita. Ésta quiere poner también allí un peluquero judío; a ese fin, la circular pedía la última vez tijeras de cortar el pelo y peines en buen estado.

Desde hace meses, una modalidad muy frecuente de esquela mortuoria de víctimas de la guerra es la siguiente: «Hondamente conmovidos recibimos la dolorosa noticia, inconcebible aún…». «Su más ardiente deseo, volver a ver a los suyos, no se cumplió.» Y he aquí que anteayer apareció la carta de un oficial, «que estaba luchando en primera línea»: con ese «más ardiente deseo» se desfigura y se rebaja el sacrificio del soldado que, allá en el frente, piensa sobre todo en su heroico deber. Que la patria –concluye– dé también pruebas de heroicidad. – Esa carta es sin duda alguna un trabajo de encargo, aparecerá sin duda alguna en todos los periódicos alemanes y sin duda alguna hará su efecto. Desde ahora predominará la versión «Por el Führer y por la patria» – «con tristeza teñida de orgullo».

Lucho constantemente con el cansancio; sobre todo por la mañana (como

hoy) me duermo sistemáticamente sobre el escritorio.

¿Qué deseos me pasan por la cabeza? ¡No tener miedo de cada timbrazo! Una máquina de escribir. Tener en casa mis manuscritos y diarios. Utilizar la biblioteca. ¡Comer! Cine. Coche.

La guerra anterior fue una cosa tan decente…

11 de mayo, lunes

El 10 de mayo vino un artículo conmemorativo en el periódico: el 10 de mayo de 1940 comenzó la ofensiva en el frente occidental. Para mí, el tiempo se distribuye así. En aquella época, en la primavera de 1940, nos trasladamos a la *Judenhaus*. Yo estaba hondamente deprimido: expulsado de mi casa, y Hitler, según todas las apariencias, definitivamente victorioso. Después, el verano fue un poco mejor de lo que había pensado: Inglaterra resistió, y el pie de Eva mejoró. El verano de 1940 es la época de nuestras hermosas excursiones a pie. También había comida en abundancia, el pan se podía conseguir fácilmente sin cupones, pescado había cantidad. –El verano de 1941 ya nos privó de las excursiones prolongadas. Si no llegábamos antes de las seis al restaurante, las comidas aceptables se habían terminado. Pero después de la cena, viajábamos a la Casa del Recaudador, tomábamos nuestro zumo de manzana, volvíamos a casa dando un paseo, y allí nos esperaba té y pan en cantidad. Muchas veces también teníamos en casa todo el pescado que queríamos. Ahora son los primeros días hermosos de primavera, el inicio del verano de 1942. No puedo pisar un restaurante desde el 19 de octubre de 1941, a la calle sólo salgo cuando es absolutamente necesario, y cuando venga el calor, reduciré más aún las salidas, porque no quiero llevar esa estrella infame cosida en la chaqueta, donde la tendría continuamente a la vista, y por eso me veo obligado a salir siempre con abrigo. Y la comida: hambre sin paliativos. Ahora, desde hace unos días, el pan también ha empeorado de calidad y se ha aproximado al de la guerra anterior: tiene un sabor amargo, un color turbio, al parecer contiene nabos (esos nabos que no están a la venta). Puede que en todo ello haya un consuelo: la perspectiva de que el final llegue antes del próximo invierno. Pero tal vez sea una perspectiva engañosa. Ahora hay quien opina, aquí y allá, que los norteamericanos van a atacar desde Murmansk.

La tiranía aumenta con cada día que pasa: seguramente un consuelo, como es

un consuelo el pan tan malo. Registro en la residencia de ancianos de la Güntzerstrasse. Mujeres entre setenta y ochenta y cinco años llenas de escupitajos, puestas de cara a la pared y rociadas con agua fría por detrás, robada la ración semanal de víveres que habían comprado con sus cupones, los insultos más obscenos. – Eva quería comprar hilo de seda negro. Sólo se vende para ropa de luto, si se demuestra la muerte con un certificado. – En el periódico un artículo, «Exito de la redada contra los judíos del distrito de Magdeburg-Anhalt». Los pobres compatriotas que carecen de todo –continúa el periódico– se ponen rojos de indignación: en casas de judíos se han descubierto cajones enteros llenos de víveres, y esos canallas encima fueron insolentes con la policía. ¿Por qué mienten con ese descaro? Ya hay muchísimos arios que saben la crueldad con que se trata a los judíos. ¿Quieren justificarse? ¿Quieren preparar el terreno para nuevas «medidas de castigo»? – La señora Pick tiene un amigo ario, un señor de cabellos grises, austriaco temperamental. Ese Steininger sube a nuestro piso a presentarse, diciendo que si la Gestapo aparece por sorpresa, él ha venido a ver a Eva; ésta tiene ahora su tarjeta de visita en la puerta de entrada, separada de la estrella judía y sin «Sara» (pero no como la señora Kreidl de arriba, cuyo esposo está en un campo de concentración, y que pone debajo, entre signos de admiración: «¡Aria!»). Steininger me trajo ayer como presente dominical un purito y cupones para 2 kilos de pan: trabaja como contable en una pequeña fábrica de pan, que por cierto está a punto de cerrar por falta de carburante para repartir los pedidos.

No podremos pasar de nuestra franquicia de 190 marcos, alquiler incluido. Eva tenía que presentar un certificado médico sobre su dolencia del pie. Sólo habría sido posible a través de Hugo Krüger, que la trató en 1927 e hizo una radiografía de su tendinitis. Ella fue a verlo, había dejado de ejercer, era un viejo que ya no daba pie con bola, y en su clínica, que había transferido a otro, las actas de aquel año habían sido destruidas. Si Eva quisiera ir ahora a otro médico, harían falta largas exploraciones y observaciones; y todo con un resultado inseguro, porque los médicos están atemorizados y son muy reacios a certificar nada, y mucho menos en casos relacionados directa o indirectamente con judíos, y porque además Eva tiene el pie bien durante días enteros y sólo se hincha y le falla cuando se fatiga en exceso. Lo más embarazoso de este asunto es tener que decírselo a Neumark. ¿El dinero? Para dos o tres meses basta el calcetín de

Pirna, que ahora ha mejorado gracias a Kätchen-Sara; ¿y qué pasará dentro de dos o tres meses? ¿Qué sentido tiene pensar a tan largo plazo?

Leo fatigosamente, con sueño constante y sin entender nada de lo filosófico, pero no sin provecho, *Tendencias espirituales y sociales del siglo XIX*, de Ziegler. Quizá no esté mal del todo que me vea obligado a hacer algo para fomentar mi cultura general. ¿General? En el fondo siempre sigo pensando en el *Curriculum* y en la *LTI*. Que estos dos libros se distingan en su día claramente el uno del otro, que lleguen a existir los dos o sólo uno de ellos: es igual; yo leo y tomo apuntes como si estuviese seguro de que voy a escribirlos, y también de que viviré los próximos diez años. Así supero el día de un modo relativamente decoroso. (En la medida en que no está ocupado por tareas de cocina.)

Leo con enorme interés lo que me ha prestado John Neumann, *Tohuwabohu*[119], de Sammy Gronemann. Ahora estoy librando el más duro combate por mi germanidad. Tengo que perseverar en esto: yo soy alemán, los otros no son alemanes; tengo que perseverar en esto: el espíritu es lo determinante, no la sangre. Tengo que perseverar en esto: en mi caso, la comedia sería el sionismo; el bautismo *no* fue comedia.

El doctor Friedheim nos ha dado un ramo del almendro del jardín. El año pasado hizo lo mismo Ernst Kreidl, que está ahora en un campo de concentración. Un asunto entre penoso y cómico es que, para Elsa Kreidl, Friedheim se haya convertido en una especie de suplente y de amigo íntimo.

Pasa con ella todas las veladas, le cuida el jardín, etc. Los dos viven aislados, por así decir. Las señoras de abajo lo detestan por sus cambios de humor, y Elsa Kreidl (aria) tampoco se entiende bien con su cuñada. Nosotros dos estamos entre los dos bandos, Elsa Kreidl me presta libros, pero sólo tenemos verdadera amistad con el «Kreideleo» de la planta baja.

14 de mayo, jueves (Ascensión, no festivo)

Dos niños, unos doce y seis años, no proletarios, se cruzan conmigo en una acera estrecha. Al pasar a mi lado, el mayor lanza de un empujón al otro contra mí y grita: «¡Judío!». –Es cada vez más difícil soportar esta ignominia. Y siempre el miedo de la Gestapo, esconder y sacar fuera los manuscritos y el papel no escrito, romper rápidamente toda la correspondencia… Cada día disminuye la capacidad de resistencia, cada día aumentan los trastornos cardíacos.

Como a partir de ahora pago 5 *marcos* menos de alquiler, mi franquicia ha experimentado una reducción de *10 marcos*.

Lo peor es la imposibilidad de trabajar con regularidad. Sólo «lectura cultural». Y además, esta fatiga. Todas las mañanas me quedo dormido. Continúo con Ziegler, despacio y con escaso rendimiento. Además un poco de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*[120], que me resulta muy ajeno.

Sorprendentemente bueno e interesante, *Tohuwabohu* de Sammy Gronemann.

15 de mayo, al anochecer

Ayer por la tarde en casa de Neumark, el abogado y «consultor jurídico» de los judíos, detrás de la Kreuzkirche. En la Georgplatz trabajaban cargadores de Thamm. Uno de ellos se acercó enseguida a mí con la mano extendida. «Bueno, es muy amable por su parte que me dé la mano» (es más que amable, es un modo peligroso de manifestarse). – «¿Cómo le va?» – «Mal, muy mal.» – «Una vez tiene usted que contarme más sobre eso.» Volvió a su vehículo. – Neumark me aconsejó que consultáramos el caso de Eva con el doctor Magnus, que tal vez se pudiera hacer así un certificado médico. – Me encontré allí a Friedheim, que no quiere darse por vencido en el asunto de Voss. Neumark lamentó que yo me hubiera sometido. Estaba muy preocupado por lo que pueda acarrearme el hecho de tener antecedentes penales. La evacuación es ahora más inminente que antes. – Al final, Neumark me previno contra el nuevo administrador de mi casa, Richter; dijo que era un «sajón falso» y que si la cosa se ponía seria me dejaría en la estacada. – El día de ayer, y naturalmente el de hoy también, estuvieron bajo el signo y el agobio de la victoria alemana en Kertsch[121]. La guerra, ésa ha sido también la opinión de Neumark, puede durar aún mucho tiempo; el bando alemán está perdido, sin duda alguna, pero, también sin duda alguna, preparado para resistir mucho tiempo. Y nosotros, entretanto…: todas las vejaciones de ayer me parecen sin importancia desde hace unas horas y están muy lejos. La señora Ida Kreidl, a la que he visto al ir a la compra, nos informó de la última medida y nos la dio después a leer en el periódico de la Comunidad Judía: queda prohibido, con efecto inmediato, que los judíos con estrella y todos los que vivan con ellos tengan animales domésticos (perros, gatos, pájaros), no estando

tampoco permitido entregarlos a otras personas para su cuidado. Es la pena de muerte para Muschel, que está con nosotros desde hace más de once años y que significa tanto para Eva. Hay que llevarlo mañana al veterinario, para evitarle el miedo que pasaría si se lo llevan y le hacen morir con muchos otros. Qué crueldad mezquina y ruin con los pocos judíos que somos. Tengo una gran amargura, por Eva. Nos hemos dicho muchas veces: la cola enhiesta del gato es nuestra bandera, no la arriaremos, mantendremos la frente alta, sacaremos adelante al animalito, y para la fiesta de la victoria Muschel tendrá de comida «filetes de Kamm» (el carnicero más fino de aquí, con la mejor carne de ternera). Casi me vuelvo supersticioso al tener que arriar ahora la bandera. El gato, con sus once y pico años, ha estado justamente en los últimos tiempos muy vivo y juvenil. Para Eva ha sido siempre un sostén y un consuelo. Desde ahora, su capacidad de resistencia será menor.

18 de mayo, lunes mañana

La muerte inminente de Muschel es un peso enorme, quisiera que ya hubiera pasado […] Y eso es sólo un shock especialmente horrible entre el cúmulo creciente de calamidades.

Por la tarde

El sábado estuvieron en casa los Neumann; nosotros fuimos el domingo a ver a Seliksohn; estando allí llegó a pasar visita el médico inspector, Katz; por los tres conductos nos enteramos de cosas horribles; es evidente que lo que pretenden es desmoralizarnos, inducir al suicidio a los más posibles. El doctor Magnus, el traumatólogo con el que estuve quitando nieve, fue citado en la Stübelplatz. Un hombre saltó de un coche de la Gestapo: «Sinvergüenza, ¿por qué paseas en lugar de trabajar? Es ya la segunda vez que te vemos por aquí». Y le escupió en la cara. Magnus trabaja ahora en el cementerio judío, no sé si como enterrador. – Un hombre de ochenta y cinco años iba andando por la calle paralela al Grosser Garten. Una calle adyacente, principal, pero por la acera contigua al parque; ayer aprendí que la acera del lado del parque está prohibida para los judíos. Citado en la Gestapo y apaleado de tal manera que tuvieron que llevarlo a casa y meterlo en la cama. A la mañana siguiente tenía que ir de nuevo

a la Gestapo. El doctor Katz constató que no estaba en situación de ir. «¿Para qué nos come el pan uno como ése?», dice la Gestapo. Visitando a otro enfermo, el doctor Katz fue a encontrarse ese mismo domingo con otro registro. A él no lo dejaron pasar de la habitación contigua; y oía los golpes que daban en el otro cuarto. En ese grupo hay por lo visto uno que tiene por así decir la función oficial de pegar palizas. Puñetazos en el rostro, patadas con las botas, también a mujeres. Sobre todo hay empeño en inducir a los viejos al suicidio. En estos días están buscando con auténtica codicia medicamentos y recetas renovables. Y se lo llevan todo, con paliza y con «cita-en-la-Gestapo». – El doctor Katz, a quien a veces lo llaman *Herr Doktor*, a veces «Katz», y que ayer fue tuteado por primera vez, sólo puede hacer una visita cuando hay peligro de muerte. – Es evidente que Katz tiene una posición difícil, entre la Gestapo que lo vigila y los judíos. «Esa gente me ve ante todo como judío, y luego, sólo al final, como médico.» Tiene muy mala prensa entre los que dependen de él. «Es un cagón», me había dicho ya Magnus, «no da de baja a nadie por enfermedad, por miedo a la Gestapo.» – «En su sala de espera hay en la pared una fotografía suya, de uniforme, a caballo, con la Cruz de Hierro de primera clase, y con monóculo», dijo Seliksohn. A nosotros dos, aunque yo, como he dicho, comprendo su difícil posición, nos ha causado mala impresión. «Preciosista», dijo Eva *summo iure* refiriéndose a su forma de hablar y de expresarse. En esos ojos azul pálido, en ese rostro alargado y escurrido, hay algo falso y solapado. Por lo demás, esbelto, elegante, sin edad definida. – El ambiente en casa de Seliksohn, muy triste. *El* insiste siempre en que no saldremos de ésta con vida. – El doctor Katz nos aconsejó que siempre fuéramos por la calle de manera que la estrella estuviese en el lado contrario a la calzada, porque siempre se está a merced de los coches de control de la Gestapo. – Le llevamos a Seliksohn, del que esperábamos conseguir patatas –esta vez en vano, por desgracia–, espárragos, 175 gramos. Los llevaba Eva, porque es una verdura exclusivamente aria y a un judío que los llevara consigo lo entregarían a la Gestapo y lo meterían en prisión. – Ahora hay alcachofas pequeñas italianas, que se pueden comprar sin cupones, pero la gente las compra poco, primero porque nadie las conoce y segundo porque son pura golosina. Eva y Kätchen-Sara las comen con devoción; *yo* sólo tendría aún más hambre después de comerlas. – Desde hace algún tiempo, Eva está en posesión de una tarjeta de pescado exclusivamente para ella; pero aunque los judíos creen

que los arios sacian el hambre a base de pescado, sólo se trata de raciones mínimas y muy de vez en cuando. A Eva le han correspondido 200 gramos de bacalao fresco,

3 diminutos rollitos de arenques escabechados y 125 gramos de *Häckerle*[122], que antes se compraba sin cupones, y eso parece ser toda la ración semanal. La impresión de conjunto es que se aproxima un hambre generalizada.

También se tiene la impresión de que Kertsch es sólo un éxito parcial de los alemanes y que la verdadera ofensiva sigue en manos de los rusos. Pero desde que se ha abatido sobre nosotros la desgracia del gato, ha disminuido mucho la resistencia de Eva y con la de ella, la mía.

La mañana del domingo, Eva la pasó en la cama, muy hundida, y yo leí en voz alta, en una sola sesión, las últimas 100 páginas de *Tohuwabohu.* Tengo que tomar apuntes. Un libro sorprendentemente bueno. Pero no para convertirme. No puedo salir de la germanidad. Pero del nacionalismo sí que estoy curado. Y que los alemanes sean un pueblo elegido, eso también he dejado de creerlo.

Esta mañana –tormento del calor, y por la estrella llevo puesto el abrigo– en la Comunidad por un asunto de impuestos (por equivocación, me han asignado impuestos sobre el patrimonio). Un señor mayor charló conmigo. «Creo que somos más o menos de la misma edad: yo tengo setenta y cuatro años.» Algo parecido me pasó este otoño en la Gestapo: ¡qué viejo y mísero debo parecer! Pero ayer, en casa de Seliksohn había una báscula. Hicimos uso de ella y pesábamos exactamente igual de poco o de mucho que el 18 de septiembre de 1941, la última tarde que pude entrar sin estrella en un restaurante: Eva 55 kilos, yo 66. – Me fui después al inmueble contiguo donde está la cocina de la Comunidad Judía y donde hay también una residencia de ancianos. Steinitz me había escrito que allí vivía el señor Hammer, que administraba la biblioteca de la Comunidad y que seguramente tendría libros de Herzl[123]. En lo tocante a los libros, la visita no dio resultado. En lo demás, deprimente. Una habitación como la celda de una cárcel; en el recibidor, equipaje. Hammer, un hombre mayor, bajito, estaba en la cama vestido, se levantó cortésmente cuando entré después de llamar a la puerta, pegó cuatro gritos estentóreos a unos que querían hablar con él al terminar yo, y, halagado y vanidoso, empezó enseguida a hablar de las clases de Walzel[124], a las que había asistido como oyente, de su interés por el teatro y la literatura, y también criticó a Walzel (que «se interesaba demasiado

por las mujeres» y entendía demasiado poco de Shakespeare, y no era un investigador sino un charlatán). Respiré aliviado cuando pude marcharme. Pero en realidad no me he librado de él. «Voy a tratar de procurarle libros: ¿me permite que se los lleve personalmente?» Claro, qué iba a poder hacer sino permitírselo.

¡Ojalá hubiese terminado ya el asunto del gato! Otra persona puede que considere esto ridículo o hasta inmoral, cuando tanta gente sufre por sus familiares. Pero veo a Eva hundida por este asunto. Está mimando a Muschel, le ha dado de cena de despedida carne de ternera, como antaño, en tiempos de paz; ¿soy cruel si apunto en secreto: 450 gramos, cuando la ración semanal para *dos* personas es de 600 gramos? ¿Soy cruel si estoy deseando que hayan pasado los días del *moriturus*? Eva ha dicho hoy: «El animalito está jugueteando, se divierte y no sabe que morirá mañana». – ¿Habrá alguien que quizá sepa, refiriéndose a nosotros: mañana van a morir? Tengo que repetirme contantemente: caos emocional en cuanto al gato. Compasión: *primo loco* de Eva, *secundo loco*, de mí, *tertio loco*, de Muschel. A veces, *primo loco*, de mí. Pero lo que dice Eva: «*Tú* sigues teniendo tu trabajo, tu producción; a mí me han quitado todo», tiene su justificación. ¿Y estaría yo mejor si tuviera una mujer sumisa que vive feliz con su cocina y su bridge? ¿Y tengo derecho a estar celoso porque quiera tanto a un animal? ¿Y me resulta agradable *a mí* la idea de llevar a un animal sano y vital a que lo envenenen?

19 de mayo, martes al anochecer

Muschel † Eva ya había hecho gestiones la semana pasada. En la Grunaer Strasse, alguien se ha hecho cargo de la consulta del buen doctor Gross, que castraba a nuestros gatos y dio muerte a Nickelchen y que el año pasado murió del corazón, a los cincuenta años como máximo. Hemos vacilado varios días. Hoy nos enteramos de que estaba en camino una carta de la Comunidad ordenándonos la entrega del animal, y una vez recibida, ya no podríamos disponer de él. Estuvimos vacilando hasta las cuatro: a las cinco terminaba la consulta del veterinario. Si el régimen no se derrumbaba justamente entre hoy y mañana, tendríamos que exponer al gato a una muerte más cruel, o yo me pondría en peligro inmediato. (Ya es un poco peligroso para mí que lo hayamos matado nosotros.) Le dije a Eva que decidiera ella. Se llevó entonces al animal

en la ya tradicional caja de cartón, estuvo después presente cuando lo mataron, con un narcótico de rápido efecto; el animal no ha sufrido. Pero *ella* sufre.

He venido, con fuertes dolores de garganta, cargado con 15 kilos de patatas desde la Wasaplatz, donde está nuestro vendedor ambulante. Cuando el hombre tenía ya en la mano mi tarjeta, vino por detrás una mujerona joven, con el pelo teñido y un rostro peligrosamente obtuso, podría ser la mujer de algún tendero: «Yo estaba antes: que espere el judío». Jentzsch la sirvió obedientemente y el judío esperó. Ahora son las siete, y durante las próximas dos horas el judío esperará otra vez el registro domiciliario (que suele ser a última hora de la tarde).

Estoy intentando familiarizarme con el segundo volumen de Chamberlain. En el fondo, *semper idem.*

22 de mayo, viernes mañana

La conturbación de Eva por Muschel no disminuye, y también a mí me persigue el pobre animal. Leo mucho en voz alta para ayudar a Eva, por la noche, de madrugada, a cualquier hora. Un novelón muy bueno: F. van Wyck-Mason, *Tres puertos.* Hace una hora, cuando estaba leyéndole a Eva, interrupción: encima o debajo de nosotros, ataque de llanto y gritos convulsivos. Inmediata sospecha: Elsa Kreidl habrá recibido la noticia de la muerte de su marido en el campo de concentración. Que sea eso o que no lo sea: el hecho de que tanto Kätchen como nosotros hayamos pensado inmediatamente en eso y que lo demos prácticamente por seguro es lo característico de nuestra situación.

Ha llegado una carta de «Arne Erik Johansson». En estilo enciclopédico escribe que se ha «propuesto firmemente venir el año próximo a Leipzig a la feria de primavera o de otoño

(porque este año, ni siquiera a los suecos nos resultará factible hacer un viaje a Alemania)». No sé si resistiremos, si nos dejarán resistir hasta el final, caso de que esto continúe así todavía un año entero (y por tanto con aumento diario de la tortura).

Mediodía

Lo que sospechábamos es cierto: telegrama de un *Obersturmbannführer* a Elsa Kreidl: «Ernst Kreidl ha muerto hoy, 22 de mayo, por la mañana, sigue

carta». – Probablemente no se sabrá nunca por qué y cómo ha muerto el pobre hombre. Hace seis meses lo citaron en la Gestapo y no volvió. Estuvo cinco meses preso en la PPD. Su mujer no pudo tener contacto con él. Al abogado Neumark le dijeron que se trataba de un asunto de poca monta, que pronto estaría en libertad. Lo esperaban aquí primero por Navidad, después para Año Nuevo. Después yo sospeché que tal vez estaba implicado en el asunto de Checoslovaquia. Su mujer lo negó vehementemente. Hace un mes dejaron de aceptar la ropa limpia que ella le llevaba cada semana. Dos semanas después, recibió una postal de Ernst Kreidl, enviada desde Buchenwald. Decía que estaba relativamente bien, que podía escribir y recibir correo cada quince días, y recibir también 15 marcos mensuales. Después, nada más y hoy, el telegrama. – Un destino semejante se cierne sobre mí hora tras hora. Cada uno piensa en sí mismo. Eva dijo: «Muschel ha muerto con tres días de adelanto; hoy podría pertenecer oficialmente a la viuda aria Elsa Kreidl». Yo pensaba en mi propio peligro, y el rumbo de los pensamientos de Eva me ha molestado. Elsa Kreidl, tras el primer shock, se consolará con su amigo del alma Friedheim y más aún con la sensación de que ahora, en su calidad de viuda aria, ha dejado atrás toda esta vida de miseria. Ida Kreidl llora por su hijo Paul, deportado y en paradero desconocido. Y un poco también por sus dos canarios, condenados a muerte. Uno de ellos, el mayor, de doce años, se ha adelantado y ayer murió de viejo por sí solo.

Ayer tarde fui otra vez a casa del paralítico Marckwald. La Wiener Strasse, allá donde vive, en pleno esplendor primaveral: violetas, rododendros, azaleas, frutales en flor, toda la maravilla habitual de Dresde. Terrible, cómo se movía ese hombre con sus muletas desde la butaca hasta una cómoda a dos metros escasos de distancia, cómo se levantó, cómo se dejó caer al final otra vez. Me enseñó fotos de familia, me dio una historia de su familia escrita a máquina (500 *años de historia familiar de Ludwig Herz*[125], sobre la que tengo que volver por ser sintomática del Tercer Reich. Marckwald[126] es pariente político lejano del pintor Max Liebermann. Vi una fotografía: consejero de comercio Joseph Liebermann (*c*. 1840), abuelo de Max Liebermann y de Emil Rathenau[127]. – Marckwald contó que desde el comienzo de las evacuaciones en el pasado otoño, en *Berlín* había habido *dos mil suicidios de judíos.* Los Marckwald también tienen que entregar un pájaro. Les pareció atrevidísimo que hayamos dado

muerte nosotros a nuestro animal. «¡Si lo supiera la Gestapo!»

23 de mayo, sábado tarde

Ayer por la mañana la noticia de la muerte de Ernst Kreidl, por la tarde el registro tanto tiempo esperado. En sustancia, yo he sido otra vez el *innocente.* A las cinco menos cuarto me fui otra vez (sin ninguna gana) a casa de Steinitz; las conversaciones habituales: al parecer, en Torgau[128], los soldados de tropa y los oficiales allí detenidos por rebelión son fusilados a diario tras juicio sumarísimo; la temible esposa se portó de modo relativamente aceptable; a las siete y media regresé a casa; la escuadra móvil se había presentado a las cinco y se marchó poco antes de mi regreso. Lo que vi primero a través de la puerta abierta fue el caos de la planta baja. Friedheim me enseñó la parte del cuello y de la barbilla amoratadas por los golpes, se quejaba de una patada en el vientre contra la cicatriz de una hernia. También golpearon a la señora Kreidl y a la señora Pick. En casa encontré a Eva muy serena: todo había sucedido como estaba programado. «¿Eres aria? –Puta de judío, ¿por qué te casaste con el judío? El Talmud dice: "Toda mujer no judía es para nosotros una ramera"…» La mandaron bajar. Allí abajo le dieron unas bofetadas: «más bofetadas de teatro que verdaderas», dijo ella, mientras que Ida Kreidl, por su parte, se quejaba de zumbidos en los oídos. Pero a Eva le dieron varias bofetadas en la cara y le escupieron en la cabeza. En nuestra casa, y asimismo en la de la señora Voss que llegó, como yo, *post festum*, encontré exactamente ese caos y esa brutal devastación causada por unos bestias crueles y borrachos, tal como me lo habían descrito tantas veces pero que en la realidad resulta monstruoso. Ahora seguimos sentados en medio de este caos apenas despejado. El contenido de los armarios, cómodas, librerías, escritorio, en el suelo. Naipes hechos trizas, polvos, terrones de azúcar, medicinas, el contenido del costurero, todo por el suelo y pisoteado: agujas, botones, trozos de vidrio de la decoración navideña, pastillas, comprimidos, tubitos para hacer cigarrillos, vestidos de Eva, ropa limpia, sombreros, papeles rotos: inextricable. En el dormitorio, el pasillo que hay entre las camas y los armarios, las propias camas, todo cubierto de cosas. No se puede saber bien lo que han robado, destruido, escondido arbitrariamente, lo que no han descubierto. De las medicinas y productos químicos, el Piramidón está completo, el edulcorante ha desaparecido casi todo, el Tanalbin marrón y unas

pastillas de color rosa están repartidos por todas partes. De los víveres se han llevado todo lo comprado con cupones, mantequilla, tocino, azúcar (en la medida en que no rechina cuando pisamos, porque está bien incrustado en la alfombra; ah sí, también están por el suelo mis hojas de zarzamora) – además, nuestras escasas reservas de polvos para salsas – en cambio, han quedado unos huevos que no han tocado – en cambio se han llevado las hojas fermentadas de zarzamora. Mi papel de escribir, en parte lo han dejado aquí, en parte no lo han encontrado; *d'altra parte* han desaparecido todos los sobres, todas mis tarjetas de visita, de las que aún tenía un centenar – sin título, *Privatdozent*, *Professor*, *Professor* y esposa. Las tarjetas de visita de Eva estaban por el suelo del dormitorio. Allí ha sido otro el que ha buscado y ése las ha desparramado por el suelo. La botella de vino espumoso, que nos regaló en 1934 la señora Schaps[129] con ocasión del estreno de la casa y que guardábamos para el día de la liberación, se la han llevado. Falta mi Cruz del Mérito, unas monedas extranjeras (un florín, por ejemplo). De mis libros parece que no falta ninguno, aunque dicen que les gustan los diccionarios. Mis manuscritos apenas habían salido de sus envolturas, sólo estaban revueltas las cartas del frente. Algunos libros los habían sacado de la estantería y estaban sobre la mesa. Pero el diccionario de griego con las últimas hojas de este diario no lo habían tocado, el musiquero de Eva con algunos manuscritos míos y con un gran rimero de papel, intacto. El manuscrito del diario me habría costado la vida, sin duda alguna. Sobre el musiquero de Eva, abierto, una partitura de Mendelssohn, cuya portada está rajada de arriba abajo. – Además de las hojas de zarzamora, del azúcar, de los tubitos para cigarrillos, hay sobre la alfombra una inmensa cantidad de trocitos de papel de sellos; yo reunía esas tiras de papel de pegar en una caja de puros y las utilizaba para añadir notas y correcciones en el manuscrito para la imprenta. Qué suerte que nuestra aspiradora esté arreglada y funcionando. – Así que, en conjunto, hemos salido esta vez relativamente bien librados y nos hemos jurado otra vez mutuamente no perder los nervios. Pero qué inconcebible ignominia para Alemania.

Para mí, la parte más grave del asunto ha venido hoy. Ida Kreidl se presentó ayer noche después de las nueve, trastornada, diciendo que le habían dado orden de presentar el botín en la Gestapo, en la Bismarckplatz, esta mañana a las ocho. Primero le dieron la orden a Friedheim, que se disculpó con su hernia, luego a

ella. Abajo había cinco maletas, cuatro bolsas de viaje medianas y una muy grande y pesada. Hasta ahora no sabe nadie lo que hay dentro. Las pérdidas las iremos descubriendo poco a poco, puesto que nadie puede estar presente durante el saqueo. Así que para esas maletas había que encontrar un carro de mano, y los que llevamos la estrella no podemos salir después de las nueve. De modo que Eva se fue a la tienda de la Wasaplatz. Sin éxito. Friedheim dijo que el jardinero de enfrente abría a las seis y que sin duda alguna nos dejaría su carro. Él y yo queríamos ir a verlos a las seis y media, junto con la señora Kreidl. Yo no me acosté hasta la una, tuve que saltar por encima del caos amontonado sobre un pliego de papel de estraza y una manta, luego leí un poco en voz alta *Tres puertos* (para calmarnos), y a las seis me sacó de la cama el timbrazo de la señora Kreidl. Bajé sin haberme lavado. En la jardinería, todo cerrado. Friedheim, sin capacidad de movimiento. (Pero después mejoró sensiblemente.) En el pequeño carro de mano de Kätchen-Sara sólo cabía la mitad de las maletas. Así que la señora Kreidl y yo –sobre todo yo– tuvimos que ir a la estación dos veces. La primera vez llevé yo la maleta más pesada desde la estación hasta la puerta de la Gestapo, que está casi enfrente. La segunda vez, a instancias de Eva, llevé el carro, esta vez más ligero, sólo hasta la estación y allí se lo entregué a Ida Kreidl. No quería meterme otra vez en la boca del lobo. Tenía fuertes molestias cardíacas, estaba muy agotado y sin fuerzas. Un transeúnte me vociferó en la Strehlener Strasse: «¿Qué hacéis los judíos con esas maletas?». Unos oficiales de la Gestapo (realmente oficiales) me gritaron en la puerta del inmueble: «¡Eh, carroña mosaica!». El segundo transporte no llegó allí hasta las nueve, el primero desde luego a las siete y media. En cualquier caso: yo me temía que pasara algo malo por haber llegado con retraso. En tal caso no habría podido ayudar a Ida Kreidl. Uno está acostumbrado a lo peor: temía que retuvieran allí a la señora Kreidl y que tomaran represalias contra los demás judíos de la casa. Pero fueron benignos: sólo le soltaron a la señora Kreidl los insultos de rigor, la obligaron a subir los tres tramos de escalera cargada con las maletas y luego la dejaron marcharse. – En el piso de abajo, entre otras cosas, los hombres encontraron una fuente de espinacas; el contenido lo restregaron en el rostro y en el vestido de las dos mujeres, y también en la puerta del cuarto de baño. En nuestra casa todo olía a ajo: unas cabezas que había en el balcón las habían desmenuzado y repartido por todas las habitaciones, y no pudimos dar

con ellas enseguida. –La señora Voss echa de menos, además de todo lo de comer y de un par de botas, dos rollos de papel higiénico y una almohada eléctrica. Al parecer, somos a los que menos nos han robado.

Hoy nuevas disposiciones: *Prohibición de ir a peluquerías arias.* (Algunos seguían teniendo «buenas relaciones».) «Los judíos tienen la obligación de encargarse ellos mismos de cuidar y mantener limpio el cabello.» Si se necesitan cristales de gafas o si hay que arreglar aparatos domésticos, es necesario solicitarlo antes a través de la Comunidad Judía, y de todos modos «quedan prohibidas las reparaciones de carácter puramente estético». (El otro día prohibieron ir en bicicleta los domingos para hacer visitas.)

24 de mayo, domingo mañana, Pentecostés

El comedor, ordenado en nueve décimas partes, el dormitorio todavía no, el estado de ánimo, sombrío. ¡Pentecostés! Ayer –por primera vez desde hace un año hemos dejado de ir a tomar el té de la tarde con los Kreidl– estuve unos minutos abajo. Los han tratado con mucha mayor brutalidad de lo que sabe Eva, que al cabo de algún tiempo pudo regresar a nuestro piso. La víctima mayor es Friedheim, en quien seguramente han descargado su odio al judío acaudalado, al banquero y capitalista. Friedheim está completamente cambiado; si normalmente era una persona arrogante y reservada, ahora busca el contacto, charla sin parar. Me llevó aparte, separándome de Ida Kreidl, me arrastró hasta su dormitorio, se desabrochó el pantalón, me enseñó la hernia estrangulada, me enseñó por duodécima vez la mitad amoratada de la cara, contaba continuamente cómo le habían dado de patadas. Y la señora Pick contó que los hombres le habían puesto un sombrero de copa, estando vestido con un batín azul de casa, que le pusieron en la mano un orinal y que así lo mandaron al sótano. A la señora Pick la abofetearon: «¿Tienes hijos? –Y aparte de haber traído al mundo a esos hijos de puta, ¿no has trabajado nunca?». Y la llenaron de escupitajos y la ensuciaron. Repartieron un tubo de dentífrico por las sábanas y sucedáneo de miel por la alfombrilla a los pies de la cama.

Esta mañana se oyeron otra vez los gritos convulsivos. Seguramente habrá llegado la carta con los detalles de la muerte. Por otra parte, el duelo que le sobreviene a golpes no impide a Elsa Kreidl mantener la más intensa amistad con Friedheim. Ambos son inseparables.

Noche

Ernst Kreidl ha sido «abatido en una tentativa de evasión», a las 14:55 horas, o sea en pleno día. Eva ha visto arriba, en casa de Elsa Kreidl, el impreso que había sido rellenado a máquina. «Incineración en el crematorio de Weimar-Buchenwald», la urna está a la libre disposición. No se puede mentir con más descaro. Es seguro que el pobre hombre no pensó ni un instante en una evasión absolutamente imposible: sesenta y tres años, extenuado, ropa de presidiario, sin dinero… Y en pleno día… Asesinato sin paliativos. Uno entre muchos miles.

25 de mayo, lunes de Pentecostés, tarde

Eva está trabajando desde ayer por la mañana en despejar el caos. Por mi parte, esta mañana he recogido aquí las fichas del juego de damas, en el dormitorio he sacado de la alfombra, áspera y con profundas estrías, montones de púas y de alfileres, un trabajo de horas. El dormitorio sigue con un aspecto terrible. Cuando estaba a medio arreglar, dijo Eva ayer noche: «Ahora está casi como hace dos años». Caí en la cuenta de que el 24 de mayo de 1940 nos trasladamos a la *Judenhaus*. Este largo cautiverio es un peso enorme para Eva.

Le leo muchísimo a Eva, para ayudarla a salir de la depresión. Como esta mañana, entre las cuatro y las cinco y media. Una auténtica suerte que esté tan encantada con los *Tres puertos* de la Van Wyck-Mason (creo que es una mujer).

Faltan el documento acreditativo de mi condecoración y algunos papeles de la universidad. Los más importantes están en casa de Annemarie. – Los de abajo, que han sufrido mayores desperfectos que nosotros, ayer aún seguían excitadísimos. La señora Kreidl tuvo que subir las pesadas maletas, una por una, los tres pisos. Mientras lo hacía, la hostigaban: «¡Más deprisa, cerda!». Después tuvo que ir otra vez a la Gestapo: «Sobre el escritorio quedan unos sobres». En casa de Friedheim habían encontrado un armario ropero. Vaciaron dos maletas y volvieron a enviarlas a la casa, y la señorita Ludwig, la empleada («¡Puta de judíos!»), tuvo que llenarlas de ropa y llevárselas otra vez.

26 de mayo, martes mañana

Los días de Pentecostés no he salido de casa. Sólo me pongo a merced de la calle

cuando es absolutamente necesario. –Hacia el mediodía vino el doctor Glaser un rato a casa. Por la tarde, Steinitz, que el sábado pasado, junto con su mujer, se vio de pronto involucrado en un registro en casa de unos amigos: puñetazos en la nuca.

He oído nombrar con cierta frecuencia a un farmacéutico judío, Magen. Ha estado varias veces en prisión. Su hijo, de diecisiete años, huyó cuando iban a evacuarlo, y al parecer pudo salvarse. Eso fue en enero. Acto seguido volvieron a detener al padre, un hombre de cincuenta años; lo metieron en la consabida prisión celular PPD. – Ayer contó Kätchen: «Magen ha muerto». – «¡Otro crimen!» – Kätchen casi con indignación: «¡No, en absoluto! En la PPD no hacen eso, allí son correctos. Lo que pasa es que tenía una grave afección cardíaca y no se la habrán tratado». O sea, un caso así se considera ya como muerte normal y no como un crimen.

Apéndice a «nuestro» registro. Uno de los hombres, a Eva: «¿Quién vive arriba?». – «Una aria, su marido judío murió ayer.» – «¡Estupendo! Uno menos.»

27 de mayo, miércoles mediodía

Eva anda muy mal de los nervios. Repercusión en mí: leo en voz alta a unas horas inconcebibles de la noche y de la madrugada y durante el día estoy aún más derrengado que de costumbre. La segunda parte del Chamberlain la he hojeado así, en un estado desastroso de semisueño. Sin embargo, incluso completamente despejado, tal vez lo habría leído también medio dormido. La filosofía me adormece. Haré pocas anotaciones al respecto. – La culpa del agotamiento (de Eva y mío) la tienen no sólo la muerte del gato y la pesadilla del registro de la casa, sino también, pura y simplemente, el hambre. Pan y patatas: nada más, y las patatas van agotándose. – Steininger acaba de estar arriba y me ha regalado otra vez cupones para 3 kilos de pan.

Esta tarde, Eva irá a Pirna a por algo de dinero. Yo le doy las hojas del diario de las últimas semanas (A-K). Después del registro encontré algunos libros que habían sacado del estante y puesto sobre la mesa: si el diccionario de griego hubiera estado entre ellos, si se hubieran salido las hojas manuscritas que hay dentro y hubieran sospechado algo, eso habría supuesto mi muerte, no cabe duda. Matan a la gente por delitos de mucha menor cuantía. – Un papel con apuntes que estaba sobre el escritorio contenía las iniciales KDF[130]. No *Kraft*

durch Freude sino *Kunst der Fingerfertigkeit*[131]. En ese volumen de partituras hay más hojas del diario. – Así que todos esos apuntes salen hoy de aquí. Pero seguiré escribiendo. Ésa es *mi* heroicidad. ¡Quiero dar testimonio, y testimonio exacto!

28 de mayo, jueves mañana

LTI. La semana pasada, Marckwald me dejó un manuscrito mecanografiado, un volumen precioso, con varias reproducciones de vistas de casas, una tarjeta de visita, etc.: *500 años de historia familiar, 1430-1930, presentada por Ludwig Herz*. Es una recopilación, breve y poco relevante, de fechas familiares; si se descuentan las láminas, unas 50 páginas mecanografiadas, casi siempre muy secas y faltas de vida, con muy pocos detalles vivos […] – En ese cuaderno elaborado como una tesis doctoral, con gran lujo de genealogías y de fuentes, que ha costado mucho tiempo y seguramente también mucho dinero y que en el fondo tiene tan poco contenido, ¿qué es importante? Al final de la «Nota preliminar», se lee: «La historia de nuestra familia… comienza en una época que incluso a los descendientes que han conservado la fe judía les es completamente ajena en cuanto a forma de pensar, vida anímica y estilo de vida. Termina con la generación que, al participar de la *emancipación* espiritual y legal, se integró en la vida europea y en la cultura alemana». Para hablar de los descendientes –continúa el autor– le falta la necesaria distancia. Esa tarea les corresponderá a los más jóvenes. «Ellos tienen que examinar lo que es expiación, lo que es destino, y buscar espiritualmente para sí mismos la nueva vía. Pero como el Tercer Reich lanza sobre los "no arios" el anatema del Antiguo Testamento «que se borre su memoria para siempre» y quiere aniquilar todo lo que ellos han creado, grande y pequeño, como si nunca hubiese existido, aquí recordaremos a los antepasados. Por ellos mismos, pero también por esos enemigos» (Berlín, verano de 1934). Al principio de esa nota preliminar se habla de quienes añaden a su nombre un «ha Levy», vinculándose así a aquellos 74 «que fueron liberados de la cautividad babilónica por Esdras, el inventor del nacionalismo étnico, a quien los dogmáticos racistas del Tercer Reich invocan como principal testigo…». –Ese libro nace, pues, bajo la influencia del Tercer Reich y fue escrito con la conciencia de que el nacionalsocialismo había aprendido de los judíos. (Cf. Chamberlain.) Ha sido escrito por uno que se ha desviado del camino, por un

asimilado que no tiene nada en común con el sionismo. (El otro día le pregunté a Marckwald si tenía en su biblioteca algo de Herzl. *Ni él ni su mujer habían oído jamás el nombre de Herzl.* Yo me quedé tan sorprendido que volví a preguntar: «¿Herzl?». –«No. Del sionismo sí hemos hablado, pero ese nombre no lo conocemos.») Del mismo modo que los arios se confeccionan un «libro de la estirpe»[132], ahora lo hace también *el* judío, incluso el judío asimilado. Mientras que el doctor Herz aún tiene ciertas ínfulas y ambiciones literarias, Marckwald se contenta con la simple presentación de su árbol genealógico.

– Lingüísticamente en el sentido más estricto: Herz habla, refiriéndose a Esdras y a su concepto de nacionalidad, de «*exigencia autoritaria de totalidad* en el sentir, pensar y forma de vida…». Ahí, la exigencia autoritaria de totalidad es todavía una especie de cita, es decir, el concepto es aplicable intencionadamente a lo estatal, conforme al estilo nacionalsocialista. Pero en el único episodio con colorido que he mencionado, la lucha del presidente de la Comunidad, Joachim Marcus Marckwald, con el rabino ortodoxo Akiba Eger, que maldice la casa de Marckwald, el reformador Marckwald se subleva contra la «exigencia de totalidad del rabinato». –Uno de los Marckwald es cofundador de la Comunidad Reformada Judía de Berlín; esa Comunidad «aún existe, pero debido al indiferentismo religioso de los judíos no "fieles a la ley" no le ha sido deparado un gran éxito». *¡Problema de las cosas a medias!*

29 de mayo, viernes mañana

Me resulta difícil redactar estos apuntes guardando el orden cronológico.

Ayer al mediodía, con un calor agobiante (y llevando puesto el abrigo con la estrella), me fui a la Victoriastrasse a ver al administrador de la casa, Richter, que me había pedido que fuera. Dijo que la nueva hipoteca de la casa de Dölzschen era casi segura («en un 95%»), pero que no la daba la administración del municipio sino una persona particular de Dölzschen. Dijo también que había que impugnar las desmesuradas facturas que nos había presentado el anterior administrador, Heise. Que el todopoderoso papa de los judíos, Köhler, a mí no me tenía ningún afecto, pero que a Heise lo detestaba porque no se sometía a su voluntad; además, Köhler era vanidoso; de modo que si yo iba a verlo y le pedía que me defendiera contra Heise, él procedería en contra suya y me ayudaría a recobrar el dinero que había pagado de más. Le respondí que yo no iría a ver a

Köhler. – «¿Por qué no?»

– «Si me da usted su palabra de honor de no decir nada, se lo contaré todo; pero si después lo suelta, es la muerte segura para mí.» Me dio su palabra de honor, añadió que de todos modos no le estaba permitido escuchar lo que yo le contara. Le di mi confianza aunque Neumark me había explicado que era un «sajón falso». Lo que a mí me predispone en su favor es que declara abiertamente su situación: «La caridad bien entendida empieza por uno mismo, yo tengo que arreglármelas con esa gente y quiero ayudarle a usted en la medida de lo posible…». Entonces me desahogué, le conté todos los detalles del registro, dije que Köhler participa en él, mirando tranquilamente lo que hacen los hombres y fumando un cigarro, le conté la muerte de Ernst Kreidl, cómo nos han quitado los animales domésticos… Richter estaba horrorizado. Repetía: «Qué bestialidad», «qué sadismo», repetía que reinaba el descontento por todas partes y que el pueblo apenas sabía de las crueldades *in judaeos*. Quiso regalarme sobres, porque le conté que me los habían robado; yo le acepté *uno*, «para mostrarle que me conmueve su buena voluntad». Le había contado qué duro era para mí ir a su casa atravesando la ciudad, los peligros que eso implicaba. Desde ahora quiere notificarme todo por escrito. («¡Pero tengo que escribirle en un tono adusto!»)

Después del té de la tarde, estaba «patateando» cuando vi delante de la casa un automóvil muy grande y muy elegante. Miedo instantáneo. Cosa de una hora después, timbrazos violentos. Abrí y al punto recibí una sonora bofetada por haber abierto tarde. Dos hombres jóvenes. Era, exactamente como dijo Eva el otro día, una bofetada teatral, y la patada en el trasero poco después, en la escalera, fue asimismo esquemática, pero el corazón dejó de latir, tuve un ahogo y fuertes dolores, otra vez la sensación de estar muy cerca de la muerte. Vi cómo uno de los dos matones le escupía a Eva en el comedor, y cómo ella permanecía muy tranquila. «Necesitamos una maleta pequeña.» – «En el sótano; bajo con ustedes.» Eva dijo que iría ella. Yo quise evitarle aquel trance, pero ya abajo recordé que ella había guardado cosas en *una* de nuestras maletas y yo no sabía en cuál. Así que tuve que llamarla para que bajara. Al cabo de un rato volvió con una pequeña maleta de mimbre y diciendo que abajo el hombre ya no la había molestado. Las bestias se marcharon, a nosotros sólo nos habían rozado al pasar. Aparte de la maleta, esta vez sólo robaron –¡pero por segunda vez en pocos

días!– la mantequilla ya empezada que estaba en un plato. (Hasta el lunes no tendremos ni un gramo de grasas.) Al cabo de un rato subieron a casa Elsa e Ida Kreidl y la señorita Ludwig. Esta vez, el ataque iba dirigido contra Friedheim. A Ida Kreidl y a la señora Pick las maltrataron menos (con todo, la señora Pick tuvo que permanecer de pie dos horas y le dio un desmayo, con todo a Ida Kreidl le robaron varios marcos del monedero, se llevaron toda la mantequilla y todo el pan –¡pan!– que había en la casa y vertieron la leche por el suelo). Los hombres, otra vez asistidos por Köhler, se habían encerrado dos horas con Friedheim en su habitación, nadie sabe lo que pasó allí dentro. Después se lo llevaron preso, confiscaron sus papeles, precintaron las habitaciones. – Todos los de esta casa estamos convencidos de que Friedheim es hombre muerto. Sigue teniendo una gran fortuna, de modo que en pocas semanas morirá en un campo de concentración. – Mi preocupación personal: entre sus papeles encontrarán el asunto de las divisas Voss-Klemperer-Friedheim.

A partir del lunes, que comienza la próxima distribución de tarjetas, los judíos ya no podrán comprar leche. – El pan está tan húmedo y agrio (¿nabos?, ¿patatas?) que apenas puedo tragarlo. Pero en Charkow hemos aniquilado tres ejércitos rusos y [hecho] «hasta ahora» 165.000 prisioneros.

En casa todo está lleno de ropa sucia. No hay posibilidad de acceder a una lavandería, no tenemos utensilios para lavarla nosotros, si traemos algo del guardamuebles tenemos miedo de que lo embargue la Gestapo. Eva ha tratado de despertar el interés de Annemarie por esta situación de emergencia; le costó mucho trabajo tener que mendigar de forma tan directa por algo así. Volvió a casa sin haber conseguido nada, las insinuaciones no dieron resultado; simplemente, los otros no pueden ponerse en nuestra situación, no tienen idea de lo que nos quitan, nos prohíben, nos exigen.

La señora Kreidl tiene que llevar hoy su canario a una tienda de animales, lejos, lejísimos, en la Bautzener Strassse, a pie. Qué bien que nuestro Muschel descanse en paz.

Por la noche hice un esfuerzo y terminé los apuntes sobre el manuscrito de Herz-Marckwald, a continuación y también esta mañana a las cinco le seguí leyendo a Eva los estupendos *Tres puertos.* Y ahora quiero intentar elaborar unos apuntes finales sobre el segundo volumen de Chamberlain, que he leído muy por encima. Quiero, a toda costa, vivir y *trabajar* hasta el último instante como si

estuviera perfectamente seguro de mi supervivencia. *Je n'en ai qu'un très faible espoir*[133].

30 de mayo, sábado mañana

Eva ha ido a devolver el segundo volumen de Chamberlain, que sólo he leído en parte. Pero creo que he sacado todo lo fundamental y acabo de terminar los muy detallados apuntes que he hecho sobre él. Son realmente los *Fundamentos* pero no del siglo XIX sino del Tercer Reich. Es curioso cómo informaba ayer el periódico sobre los funerales de Eva Chamberlain-Wagner[134]. Tenían razón indudablemente en celebrar a ese hombre como «profeta del Tercer Reich». ¿Podré utilizar alguna vez estos apuntes míos sobre la perfidia de su estilo? ¿En la *LTI*? ¿En el *Curriculum*? Dudo que mi corazón resista; el último shock ha sido demasiado fuerte.

Hoy hemos hablado durante el desayuno de la increíble capacidad de resistencia y de adaptación que tiene el ser humano. Esta fantástica monstruosidad de nuestra existencia: miedo cada vez que llaman al timbre, malos tratos, ignominia, peligro mortal, hambre (hambre verdadera), prohibiciones cada vez más numerosas, una esclavitud cada vez más atroz, el peligro de muerte cada día más cercano, cada día nuevas víctimas en torno a nosotros, absoluta indefensión… y sin embargo sigue habiendo momentos de bienestar, al leer en voz alta, al trabajar, cuando tomamos esa comida más que escasa, y se sigue vegetando, se sigue esperando.

Ayer tarde en casa de Marckwald. Atroz situación del enfermo de parálisis. Mientras hablábamos, recibió una inyección de morfina. Contó que su padre, agricultor, se había bautizado en 1873, «el oficio lo exigía», que a él también lo bautizaron al nacer, y que al estallar la guerra era teniente de la reserva (pero ya enfermo y no apto para el frente). Le pregunté por los *Paseos* berlineses de su primo[135]. Dijo que ya no los tenía, que era un «libro folletinesco e impertinente». Que aquel hombre tenía ya setenta y tantos años. *Mutatis mutandis*, el problema de Arthur Eloesser, y también el mío. El giro en redondo de la generación asimilada: ¿giro hacia dónde? No puede uno volverse atrás, a Sión no se puede ir. Tal vez lo nuestro no sea *ir sino esperar: yo* soy alemán y espero que vuelvan los alemanes: éstos han desaparecido en algún sitio.

Mucha lectura en voz alta por la mañana temprano, demasiado temprano. *Tres puertos*, de Van Wyck-Mason.

Es terrible el sino de Friedheim: tiene ante él la muerte segura; cada vez que abran la celda esperará el traslado a un campo de concentración, y allí esperará a cada momento el final. Pero ¿tengo compasión de *él*? Siempre pienso: ¿cuándo me tocará *a mí*? Ahora tengo «antecedentes penales». Y aunque conmigo no se apropien de una fortuna, sí se ahorran una jubilación. ¿Y qué más pienso en relación con el caso Friedheim? Que tal vez nos dé su empleada algunas patatas. Friedheim es o era autárquico, se abastecía con terrenos de su propiedad.

31 de mayo, domingo mañana

Durante el día, hago un esfuerzo, reprimo y olvido el miedo. Por las mañanas siento pavor. Ahora es literalmente miedo a morir. Lo que más miedo me causa: que la Gestapo pueda desempolvar otra vez el asunto de las divisas. – Me digo a mí mismo a menudo que en 1915 también peligró mi vida. Pero ahora la muerte que se cierne sobre mí es mucho más atroz. ¿Cómo se sentirá ahora el doctor Friedheim?

JUNIO

2 de junio, martes al anochecer

Hace dos horas, en el *Dresdner NN*, telegrama impreso en negrita: Alemania acaba de dar a Turquía 100 millones de reis para comprar armas en Alemania. Eso significa, en efecto, que Turquía va con Alemania, o al menos que deja pasar a Alemania (y que tiene *más* confianza en la victoria de ésta que en la de sus enemigos), eso significa una ofensiva contra Siria, Palestina, Egipto, significa la prolongación de la guerra hasta el infinito. Muy, muy abatido, y como el corazón se me rebela cada vez más y como nuestra situación es cada vez más precaria, mi esperanza de vivir el final de esta miseria es cada vez menor.

El domingo, a última hora de la tarde, después de haber estado metido en casa cuarenta y ocho horas, pequeño paseo, Südhöhe, Casa del Recaudador.

Todo en flor. La última vez que subí allí fue a quitar nieve, debatiéndome contra el frío y el viento cortante. *Entonces* todavía teníamos bastante comida, *entonces* todavía no habíamos sido apaleados y escupidos por la Gestapo. Y ya entonces creíamos que estábamos muy mal. Quizá digamos dentro de tres meses: en junio vivíamos casi confortablemente. En el brazo de Eva se ha formado hace poco, por la brutalidad con que la trataron, un gran cardenal. «Yo pensaba que sólo te habían dado "bofetadas de teatro".» – «Aquí sólo me agarró uno y me empujó hacia un lado.» Eva sigue poniendo orden. Y aprovecha la reciente experiencia. Las cosas con las que pueden «hacer tonterías» las pone a salvo: los clavos, los alfileres, la decoración de Navidad han pasado al sótano, muchas cosas las ha metido debajo de los armarios («son demasiado zánganos para agacharse»); la mantequilla también ha ido a parar a un lugar más disimulado. Los naipes que se han salvado (han ido apareciendo al cabo de los días) los lleva Eva en su bolso de mano.

Ayer a última hora de la tarde, media hora en casa de Steinitz. Me había escrito que ya no podía venir a casa los lunes. La interrupción de esa molesta regularidad es al menos una consecuencia agradable del terror de la Gestapo. Cuando Steinitz cayó de manos a boca el otro día, en casa de unos amigos, en pleno registro domiciliario, y le pegaron puñetazos en el cuello, le preguntaron enseguida: «¿Dónde trabajas?». Los que «trabajan» parece que reciben un trato algo más suave. Por ese motivo, Steinitz se presentó en la Comunidad Judía y ahora, lo mismo que el doctor Magnus, trabaja de «voluntario», sin retribución, en el cementerio judío. Después de ese primer día de trabajo, lo encontré en mangas de camisa y descalzo. Su mujer, que es bien poco amable con él, le llevó la comida y le riñó porque, con su ceguera, había manchado el pantalón. Contó que había varios viejos a las órdenes de un jardinero. A cada uno le asignan una tumba para limpiarla. Así matan las horas y tienen una respuesta a la pregunta «¿Dónde trabajas?», y puede incluso que les sea útil en la próxima evacuación. En las fábricas, de momento no dan trabajo a las personas mayores de sesenta años. – Por mi parte, mientras pueda, me mantendré alejado de ese trabajo estúpido. Peligro se corre en todas partes, con o sin «trabajo». Mis jornadas caseras tampoco son muy productivas –¡esta perpetua somnolencia!–, pero no estériles del todo. Ahora estoy entrando lentamente en *El mito del siglo XX*[136]. También leo mucho en voz alta, por lo general de madrugada, a las cuatro o las

cinco, y un rato después del té de la tarde. Sigo con *Los tres puertos.* – Nueva medida *in judaeos.* El garrote va cerrándose cada vez más, la desmoralización avanza a base de nuevas humillaciones y hostigamientos. ¡Qué no habrá venido, grande y pequeño, en estos últimos años! Y el pequeño pinchazo a veces es más doloroso que el garrotazo. Hago aquí una lista de las disposiciones: 1) Estar en casa después de las ocho o las nueve de la noche. ¡Control! 2) Expulsado de la casa de mi propiedad. 3) Radio, teléfono, prohibidos. 4) Teatro, cine, conciertos, museos, prohibidos. 5) Prohibición de comprar o suscribirse a revistas. 6) Prohibición de viajar en un vehículo; tres fases: a) prohibidos los autobuses, sólo permitida la plataforma delantera del tranvía, b) prohibición de todos los vehículos, excepto para ir al trabajo, c) al trabajo también a pie, si la distancia no es mayor de 7 kilómetros y no se está enfermo (pero hay que luchar lo indecible para conseguir certificado médico). Prohibido también, por supuesto, tomar un taxi. 7) Prohibición de comprar «artículos escasos». 8) Prohibición de comprar puros o cualquier género de tabaco. 9) Prohibición de comprar flores. 10) Supresión de la *tarjeta de la leche.* 11) Prohibición de ir a la peluquería. 12) Sólo se puede hacer venir a un operario solicitándolo en la Comunidad. 13) Entrega obligatoria de las máquinas de escribir, 14) de las pieles y las mantas de lana, 15) de las bicicletas (se pueden usar para ir al trabajo, pero no para hacer una excursión o una visita dominical), 16) de hamacas, 17) de perros, gatos, pájaros. 18) Prohibición de abandonar el término municipal de Dresde, 19) de entrar en la estación, 20) de pisar la orilla del río donde están los ministerios, los parques, 21) de pasar por los jardines municipales y por las calles que bordean el Grosser Garten (Parkstrasse y Lennéstrasse, Karcherallee). Esta última vuelta de tuerca, desde ayer. Prohibido también desde anteayer la entrada en el mercado cubierto. 22) Desde el 19 de septiembre, la *estrella judía.* 23) Prohibición de tener en casa reservas de comida. (La Gestapo se lleva incluso lo comprado con cupones.) 24) Prohibición de usar las bibliotecas circulantes. 25) Con la estrella, quedamos excluidos de todos los restaurantes. Y en los restaurantes se sigue consiguiendo algo de comer, cualquier «plato único» cuando ya no se tiene nada en casa. Eva dice que los restaurantes están abarrotados. 26) No tenemos tarjeta para ropa. 27) Ni para pescado. 28) No se reciben asignaciones extraordinarias como café, chocolate, fruta, leche condensada. 29) Impuestos extraordinarios. 30) La franquicia cada vez más reducida. La mía primero de 600 marcos, luego de 320,

ahora de 185. 31) El tiempo para hacer la compra, limitado a *una* hora (de tres a cuatro, sábados de doce a una). Creo que estos 31 puntos son todo. Pero todos juntos no son nada frente al constante peligro de registros domiciliarios, malos tratos, prisión, campo de concentración y muerte violenta.

Ahora vivimos, literalmente, de limosnas. Ayer nos regaló Ida Kreidl 1 kilo de patatas, hoy me ha traído un plato de patatas cocidas y una bolsa de patatas regaladas por la señorita Ludwig. Eva regresa de sus salidas a la compra con las manos bastante o totalmente vacías. Que sólo hay espinacas –y en cantidades minúsculas–, y *ella* no puede comerlas, y para prepararlas nos falta un buen cuchillo de picar. (Y yo de todos modos me como a disgusto lo que viene a la mesa *sólo* para mí.) Del pan y las patatas, aquí en casa, me como por lo menos cinco sextas partes; el plato de verduras que Eva toma en algún restaurante cuando va a sus compras es poco contrapeso. Además ha adelgazado en proporción más que yo.

4 de junio, jueves mediodía

Ayer por la tarde estuvieron los Seliksohn en casa. Profesionalmente, Seliksohn fue primero comerciante, durante un tiempo trabajó en la librería Vorwärts [‘Adelante’]; tiene un pasado no muy transparente, pero indudablemente es de índole intelectual y posee alguna cultura; muy joven, voluntario de guerra, al final era vicesargento primero y, por sus conocimientos del ruso –judío oriental de la región de Charkow–, actuó de mensajero en el sur de Rusia; ahora, judío y sionista declarado. – Seliksohn está aprendiendo ahora el oficio de peluquero, sobre todo de señoras. Le da lecciones una peluquera judía, le pondrán los instrumentos y una sala asignada por la Comunidad. A algunos clientes privilegiados los atenderá en las casas o también podrán ir ellos a su domicilio particular. *Nosotros estamos entre* esos privilegiados. Mis experiencias con peluqueros: el peluquero loco del frente; el epiléptico, del que Vossler[137] se rió tanto en 1919 (¡utilizarlo en el *Curriculum* –al hacer la semblanza– para el infantilismo de Vossler!); ahora, Seliksohn es muy importante para nuestra situación en este verano de 1942. Seliksohn ha contado también que muchísimos arios, soldados y civiles, están siendo fusilados «en serie», en Torgau, en el Palacio de Justicia de la Münchner Platz, en el campo de tiro de las landas. Según cuenta, parece que la sangre fluye hasta las cloacas.

LTI. Cuando leo el *Mito*, me viene la idea de si la teoría de la sangre –el «mito de la sangre», etc., es algo distinto de las antiguas expresiones «consanguíneo», «príncipe de la sangre», «sangre azul», etc.– no tendrá su origen en la auténtica *borrachera de sangre* que se cogió esa gente en la guerra mundial: porque de una manera u otra, todos están borrachos, desequilibrados, posesos, peligrosamente delirantes. –Observar en el *Mito* (página 87): «una *Art* [‘género, especie’] vinculada a la raza = un *género* de pensamiento subconsciente»: el sustantivo *Art* está presente en *Denkungsart* [‘género de pensamiento’], asimismo en *Tierart* [‘especie animal’], pero es nuevo en su excesiva relevancia, como en este libro. Se insiste tanto en su significado de «raza» que el autor no nota la repetición de la misma palabra. También hay que reflexionar aquí sobre *cuándo* una palabra adquiere un nuevo significado.

5 de junio, viernes mañana

La tarde de ayer y esta noche pasada, completamente trastornado porque *la casa parecía que estaba perdida definitivamente.* Eva siente pasión por esa casa, además siempre ha opinado que *yo* tendría que haberla puesto a salvo cuando aún era posible (transfiriéndosela a ella), que he obrado con negligencia, que siempre he llevado a regañadientes todo esto de la casa. (En eso tiene razón, yo nunca he dominado este asunto.) Estos días pasados han sido además muy duros, dos veces la Gestapo, la muerte del gato, ahora la casa. Ha sido muy amargo. –La señora Ida Kreidl me llamó a su casa: su cuñado Arndt había estado allí y le contó que él y varios judíos más habían sido convocados en la Gestapo, que allí tuvieron que «firmar» que les habían sido *confiscados* la casa y los bienes. Por eso, que no me asustara demasiado si me llegaba una orden de comparecer ante la Gestapo. Los otros no habían sido maltratados ni tampoco detenidos. Lo único fue que en ese momento estaban descargando carbón, y ellos tuvieron que colaborar: sin palas, sólo con las manos. – Hasta esta mañana dábamos nuestra casa por definitivamente perdida. Hoy nos preguntamos si no se tratará de medidas aisladas contra determinadas personas ricas y si la información de la señora Kreidl no habrá sido algo confusa y errónea. Porque hasta ahora han seguido ateniéndose a lo que han repetido innumerables veces: que los inmuebles judíos no serán expropiados hasta *después* de la guerra, para que los que combaten en ella puedan participar en las subastas. ¿Y por qué va a hacer

falta que firmemos en la Gestapo para que nos expropien? – Son tantas las penalidades que nos agobian, y cada día alguna nueva, que no hay que anticipar ninguna.

He terminado de leer los *Tres puertos* de F. van Wyck-Mason. (Creo que es una mujer.) No satisface el conjunto, pese a todo […]

Trabajo: *El mito del siglo XX*.

LTI. Hace quince días, Marckwald, cuando le hablé de las fuentes de Hitler, me dio *La legislación de Licurgo y de Solón*[138], de Schiller. Como yo suponía, lo que ahí se cuenta sobre Licurgo coincide en alto grado con Rousseau[139]. Sólo que con mucho más detalle. La moralidad sólo desde el punto de vista: ¿qué es provechoso para Esparta? Fuera de eso, la inmoralidad está permitida. Atroz opresión de los ilotas. Autarquía de lo cultural, exclusión de todo lo extranjero, supresión de la familia. El coro de ancianos, hombres y niños, como en Rousseau. Schiller opina: «Una obra maestra», pero: «Está permitido sacrificarlo *todo* al Estado, pero no aquello a cuyo servicio se encuentra el propio Estado en calidad de instrumento». El Estado está al servicio «del destino de la humanidad… y ese destino no es otro que la configuración de todas las fuerzas del hombre, el progreso». Citar el capítulo «amor a la patria, un "instinto ficticio"» y siguientes.

6 de junio, sábado al anochecer

Ayer heredamos de Ida Kreidl una tarjeta para patatas. Eva viajó a la ciudad y trajo en dos bolsas 20 kilos; yo la esperé en la Wasaplatz y cargué con las bolsas desde el tranvía hasta aquí. Ahora tenemos otra vez comida para varios días. «Tenemos», es decir, tengo yo. Eva come cuantitativamente mucho menos, y para almorzar encuentra algo fuera de casa. Últimamente echo mucho de menos el edulcorante; las 500 píldoras que nos quedaban desaparecieron en el último registro. – Ayer, al atardecer, una hora en casa de Marckwald. Tristísimo, aquello. Él me contó con mucho detalle la historia de una familia emparentada con la suya que –grandes propietarios– disponían de 6,5 millones de marcos y ahora, sumidos en la pobreza, están repartidos por los cinco continentes.

Cada vez nuevas atrocidades de la Gestapo. Sobre todo contra los viejos. Ahora han convocado a un grupo de personas, vestidas con *abrigos de invierno*

(estamos a 26°*C*). Tienen que caminar así durante horas por la ciudad y de vez en cuando presentarse en la Bismarckplatz donde les dan golpes. – Pero ahora tampoco pasa apenas un día sin que me cuenten por algún lado que «este ario y este otro me han dicho: "No desespere – la cosa está que arde, dentro y fuera – antes del invierno todo habrá terminado"». – Abajo, las señoras Ida Kreidl y Julia Pick están completamente trastornadas por el miedo; la señora Pick lo lleva mejor, pero se desahoga con nosotros cada día; Ida Kreidl muchas veces está derrumbada. – De los cinco hombres de esta casa: Ernst Kreidl, Paul Kreidl, el doctor Friedheim, Richard Katz y yo, soy el único que queda: Katz murió de cáncer, a Ernst Kreidl le pegaron un tiro, a Paul Kreidl lo deportaron, Friedheim está en prisión y sin esperanzas de salir vivo.

Esta hambre abominable: cuántas veces le robo a Kätchen una rebanada de la caja donde guarda el pan, unas patatas del cubo, una cucharada de miel o de mermelada. Lo hago sin remordimientos, porque ella necesita poco, deja que se estropee mucho, recibe mucho de su madre – pero siento tal humillación…

Mañana por la tarde estamos invitados por los Neumann a su casa, que tienen que abandonar. Quiero devolverles *Tohuwabohu* de Gronemann […]

7 de junio, domingo a mediodía

Ayer, abajo, una velada de domingo de lo más deprimente. No hubo té, ni nada sólido que tomar por miedo a que *ellos* vinieran. La habitación, con las ventanas cerradas herméticamente antes de la hora por miedo a que *ellos* se metieran sin más por la puerta de la veranda. (La cancela del jardín no se puede cerrar con llave; la puerta de entrada a la casa ahora la tenemos siempre cerrada a cal y canto.) Aparte de nosotros estuvieron Elsa Kreidl y la señorita Ludwig. Es increíble cómo han adelgazado esas dos mujeres desde los días de las catástrofes. Los rostros, diminutos, pálidos, afilados. En Elsa Kreidl, el adelgazamiento acentuado además por la ropa negra. La conversación giraba siempre en torno a «ellos» y a nuestro desvalimiento. La más asustada es la señorita Ludwig. Su fe católica parece que no le da mucha fortaleza.

El cuarto de baño de aquí es alimentado por un calentador de gas. (Lo ponemos a escondidas, para que no proteste Kätchen.) Se enciende una llama minúscula. Cuando entra después el agua, en un momento determinado se enciende a manera de explosión («de golpe») toda una serie de llamas que

calientan muy deprisa el agua que circula. – Hoy llevo todo el día dándole vueltas a esa imagen. Como llamita aislada, existe *toda* idea casi en cada momento. La idea de la raza, el antisemitismo, la idea comunista, la nacionalsocialista, la fe, el ateísmo: cualquier idea. ¿Cómo es que de pronto *una* de esas ideas se apodera de toda una generación y acaba imponiéndose? – Si yo hubiese leído el *Mito* de Rosenberg cuando apareció en 1930, sin duda alguna lo habría calificado de llamita, de producto demencial de un grupo aislado, un grupo pequeño y desequilibrado. Nunca hubiese pensado que la llamita provocaría un incendio: ¡un incendio en Alemania!

8 de junio, lunes mañana

Ayer tarde en casa de los Neumann. Contó como *absolutamente auténtico*, confirmado por varias fuentes (también fuentes «oficiales»), que convienen todas en lo mismo: en Berlín hubo hace una semana un leve incendio en la exposición «Paraíso soviético»[140]. Lo declararon «incendio criminal judío», detuvieron a 500 hombres. De ellos, dejaron a 30 en libertad, metieron a 220 en un campo de concentración, *fusilaron* a 250 y «evacuaron» a todas las familias de los 470 eliminados. Contó como igualmente auténtico: en Praga, después del atentado contra Heydrich[141] (muerto hace pocos días) hicieron registros domiciliarios entre los checos. Donde encontraron armas, aniquilaron a toda la familia, marido, mujer e hijos. – El *Mito del siglo XX*: delirio de sangre. *D'altra parte* también oímos en casa de Neumann la cantilena habitual: «Los arios dicen: "¡Tened paciencia! ¡Esto se acaba!"». Todos estábamos de acuerdo en que nuestra existencia equivale ahora a una carrera contra la muerte. Yo suelo decir siempre que es como con las biografías de la gente que vivió la Revolución francesa, en las que se lee siempre, alternativamente: «Murió un día antes de la caída de Robespierre» y «Un día antes de su proceso, sinónimo de guillotina, cayó Robespierre». – Los Neumann deben dejar su piso que ocupaban desde hace doce años, aunque compartido con varios judíos. (Una de las habitaciones la tenía Neumark.) Desde hace unos meses está prohibido *alquilar guardamuebles*, ningún matrimonio recibe más de *una* habitación, todos los muebles y objetos sobrantes van a parar a la NSV[142] a cambio de una indemnización, fijada arbitrariamente y totalmente ficticia, en un dinero sin valor

que es transferido a una cuenta bloqueada. (Del mismo modo que yo recibí 40 marcos por la máquina de escribir.) Dadas estas circunstancias, Neumann me ha dado varios volúmenes de su pequeña biblioteca. Dijo que si vivía el cambio se iría enseguida a Estados Unidos y podría llevarse muy poco. Yo acepté las cosas «en depósito». 1) Una traducción alemana comentada de *Salmos escogidos*, de Spanier, 3.ª edición, 1938, 2) un pequeño volumen colectivo, *Ética social en el judaísmo*, 1913, editado por la Unión de los judíos alemanes, 2.ª edición, Francfort, 1914, 3) una edición popular, en tres volúmenes, de Grätz[143], *Historia de los judíos* (los 11 volúmenes con tapas amarillas de cartón jaspeado, los estoy viendo todavía en la librería de papá, yo dormía allí debajo; a su muerte, los vendí sin más, por ser «literatura judía: sin interés para mí»), 4) las *Geflügelte Worte*[144] de Büchmann, en una edición conmemorativa de 1907, dedicada a Guillermo II.

Eva le cortó ayer el pelo a la señora Neumann. Ahora va a bajar con nuestra aspiradora a casa de la señora Pick y de Ida Kreidl para pasarla por sus habitaciones. (Mujeres de la limpieza, prohibidas; mayores como son, ninguna de las dos sabe manejar nuestro aparato, la señora Pick no puede agacharse.) A cambio mendigamos patatas y cupones de pan, la señora Pick cambia, en una relación de 2 por 1, cupones de pan blanco por cupones de pan de centeno, además unos parientes políticos le dan a veces cigarrillos, que ella le pasa a Eva. – En casa de Elsa Kreidl todavía hay reservas de tabaco; Eva quiere cambiarlo por telas para vestidos (como ya hizo una vez con Vogel, en la Chemnitzer Platz). Eva tiene aún más adicción a la nicotina que yo y la tarjeta femenina de fumador es cada vez más reducida. Personalmente, me resigné hace meses a no fumar sino hojas de zarzamora. Eva rellena con una mezcla los tubitos, que ahora son un artículo cada vez más escaso en el mercado.

Tengo la intención de terminar hoy con la lectura del *Mito;* los apuntes me llevarán varios días. A continuación me tomaré un descanso leyendo las memorias de Dubnow[145].

9 de junio, martes mañana

Eva estaba pasando la aspiradora en casa de Ida Kreidl, a eso de las diez. De pronto subió precipitadamente con la aspiradora y toda sofocada: «Están otra vez

aquí, que por lo menos no roben la aspiradora». Al cabo de un rato, timbrazo, abrí yo, cuatro hombres. Esta vez salí bien librado, no hubo bofetada. Uno hasta me habló de usted. Querían ver el piso, un montón de preguntas, tendremos que marcharnos. En medio de todo, una vez más, tiránica inquisición. «¿Qué especie de hierbas se han fumado aquí?» – «Hojas de zarzamora, yo; mi mujer, un cigarrillo.» – «¿Es tuyo el libro, lo has comprado?» (*Mito del siglo XX.)* – «Biblioteca circulante, tomado en préstamo por mi mujer.» – «¿Qué biblioteca sigue prestando esto?» – «¿Qué edad? ¿Por qué no trabaja en Zeiss-Ikon?» – «Zeiss-Ikon no emplea ahora a nadie.» –Todo salió medianamente bien, se marcharon sin robos, palizas ni insultos. Pero ¡qué hundidos estábamos después, qué amargados! Lo estábamos todos, porque acabamos reuniéndonos todos en esta habitación: Ida y Elsa Kreidl, la señorita Ludwig, que lloraba de desesperación, Kätchen, que hablaba como una tarabilla. Y la amenaza sigue, es cada vez más agobiante. Nos embutirán en una habitación a los dos, nos prohibirán sacar libros de la biblioteca, yo tendré que hacer otra vez cualquier trabajo estúpido.

Por la mañana, carta quejumbrosa de Trude sobre el estado de Grete. Dice que habrá que llevarla a un asilo de inválidos. Porque: 1) ensucia la ropa y quién va a lavar todo eso, 2) la dueña de la casa no tiene la menor sensibilidad para tratarla a ella y a dos chicas jóvenes débiles mentales, que también viven allí, y 3) en Berlín están evacuando gente otra vez y posiblemente le toque ahora a la dueña de la casa. Parece que Grete nota que «está loca» y que llora mucho cuando se habla en su presencia de cosas que no entiende; por lo visto tomó a mal los saludos que le enviamos, dice que «la habíamos irritado». – De todo eso ¿qué es verdadera desdicha subjetiva de Grete? ¿Qué es infantilismo de Trude? Nuestro último encuentro con Grete (cuando cumplió setenta años) transcurrió con toda cordialidad, con Eva se entendió siempre *muy* bien. Trude Scherk escribió también que Änny Klemperer[146] va muy raras veces a ver a Grete, que evita la *Judenhaus.* Que yo sepa, Änny se ha ocupado siempre muy fielmente de Grete, pero ésta siempre le resultó antipática, y de su enfermedad no entiende nada. En una de sus últimas cartas me decía que había que tomar medidas «severas» para que Grete no ensuciara así la ropa. Consideraba que la enfermedad de Grete era medio fingida, y también la consideraba hasta cierto punto de índole moral, contraída por egoísmo. Yo dejé de escribirme con Änny

hace muchos meses, cuando exultaba de júbilo porque la cultura alemana había quedado a salvo de los rusos. En su calidad de viuda, habrá caído bajo la influencia de su familia aria, con gente que lleva uniforme, sus hijos[147] no sufren demasiado. Se me ha ocurrido hacer un capítulo especial sobre la mujer aria, sobre el matrimonio mixto: antes me habría mortificado no ser un poeta, ahora pienso continuamente en el *Curriculum*, en «dar testimonio». Tipos y casos observados: Änny Klemperer, la señora Feder, Elsa Kreidl, la señora Steinitz, que, por así decir, hace responsable a su marido. *D'altra parte:* la señora Glaser: él vive tranquilamente en las nubes, ella se ocupa de todo. Ampliación del tema: Kätchen-Sara Voss con la cruz colgada del cuello, su insistencia en el marido ario, que murió, en el cuñado católico, que vive.

El periódico publica regularmente una «máxima semanal del NSDAP», algún aserto del Führer y un pequeño sermón sobre ese texto. Ayer, y eso ha sido lo más consolador de estos días, una frase de Hitler: que un pueblo se acrisola no tanto en la victoria como en su capacidad de resistencia cuando aparentemente todo va mal. El sermón decía: así, nosotros hemos aguantado este horrible invierno, en la patria y en el frente, y así, estamos otra vez consiguiendo victorias. El sermón, naturalmente, suavizaba lo ominoso del texto, pero de todos modos el texto ofrece una visión en profundidad.

Eva Kreidl nos ha dado su tarjeta de patatas, que ella usa poco, y ayer fuimos a la verdulería de Kaden. Eva compró, yo esperé y cargué después con 15 kilos. Esa espera delante de las tiendas, que me toca muchas veces, es de lo más atroz. Hay cochecitos infantiles, hay perros y niños jugando, mujeres que entran y salen charlando (hay muchas tiendas muy cerca unas de otras, carnicería, verdulería, panadería, lechería, etc., etc.), y todo el mundo pasa revista a mi estrella. Tortura: puedo proponerme cien veces no hacer caso de eso, y sin embargo es una tortura. Tampoco sé si entre los que pasan a pie o motorizados no hay alguno que pertenece a la Gestapo y va a insultarme, escupirme, detenerme.

Ahora tengo que empezar con los apuntes del *Mito.* Mucho no he entendido y ese poco es siempre lo mismo. Si el *opus* que tengo en la mente se quedara en mero *LTI*, su contenido apenas pasaría de dos docenas de palabras y giros. Tengo que ampliar: ¿pero en qué dirección? Tal vez confluya todo, la lengua, lo leído, lo vivido, en el cuarto y *único* volumen de mi *Curriculum.* Y quizá deje a un

lado la parte central, 1920-1933, hasta que tenga completamente terminado «el Tercer Reich». De momento no puedo hacer otra cosa que leer y extractar lo que me llega a las manos, y llevar el diario con la mayor exactitud. Lo que, por cierto, es un acto de valentía y me hace sentir miedo muchas veces.

La señora Pick, hablando con Eva, resolvió en una fórmula muy buena el dificilísimo carácter y estado de espíritu de Kätchen-Sara: «Infantil, de buen corazón, con un fuerte deseo de notoriedad». Está bien pero no basta. De una limitación pequeño-burguesa en todo lo que opina. Fuertemente materialista. Curiosísimo estado mental. Como si, en una masa cerebral desintegrada, aparecieran de pronto trozos sólidos. De vez en cuando una palabra adecuada sobre una persona, sobre un libro, de vez en cuando un rasgo de astucia campesina, pero luego muchas, muchas veces, absoluta estupidez, charlatanería inagotable, la misma frase, repetida mil veces, la misma expresión, el mismo pensamiento fraccionario. Una vez leimos sobre no sé qué negros, que en una sola noche, cantando, repiten hasta cuarenta mil veces determinados tonos y determinadas palabras. Eso mismo le pasa a Kätchen. Lo más característico, su imposibilidad de comprender una broma. Todo lo toma en serio. – «Tengo miedo por mi cuñado, el último ataque a Colonia…» – «No le pasará nada, está muy a bien con Dios, tiene una condecoración papal.» – «¿Cómo puede usted decir eso? Mi cuñada es abadesa y sin embargo le han hecho muchas cosas malas.» *Un* ejemplo entre mil y no el más llamativo. Y si ella emplea alguna expresión chistosa, añade enseguida: «Sólo es una broma» y explica el chiste, por muy evidente que sea. Tengo que fijarme en ejemplos más exagerados y anotarlos enseguida.

10 de junio, miércoles mañana

Ayer estuve un rato en casa de Steinitz. Primero sólo estaba su mujer, con quien no se entiende, a quien tiene miedo, pero que conmigo se porta medianamente bien. *El* regresó hacia las siete del cementerio. Teme que haya registros y por eso vuelve tarde a propósito, Magnus hace lo mismo. Ha estado muchos años destinado en Bohemia, los dos Steinitz habían hablado con un checo que estuvo en Praga justo después del atentado. Por lo visto Heydrich siempre hacía un trayecto, que todos conocían, entre el Burg y su residencia, delante de su coche iba otro con policías. Estos últimos fueron atacados con ametralladora, el coche

del «Protector» con una bomba. Después, en los periódicos vinieron los nombres de las muchísimas personas pasadas por las armas junto con sus familias, casi todos intelectuales, muchísimos profesores de la Escuela Politécnica y muchos médicos. – Esta vez no tuve más remedio que invitar a la señora Steinitz a que acompañara a su marido cuando él viniera a casa. Probablemente, fue en tiempos su criada o su último «affaire»; me contó que sólo llevaban casados once años, y él tiene sesenta y tantos.

Eva ha negociado con la viuda de Ernst Kreidl el cambio de la herencia de tabaco por un corte de vestido de antes de la guerra. (El invierno pasado hizo un trato parecido con Vogel, el comerciante.)

11 de junio, jueves tarde

Después de un día que ha sido el apogeo del horror, empeoramiento continuo de la situación. Ayer al mediodía, hacia la una y media –yo tenía las patatas en la lumbre–, otra vez la Gestapo, la cuarta vez en dos semanas. Primero parecía que aquí arriba todas las iras se descargaban en Kätchen, que estaba en el cuarto de baño y que apareció en negligé, como Monna Vanna[148]. Aquella mañana había recibido una larga carta de su cuñado Voss, en la que éste le describía el bombardeo de Colonia[149] y los inmensos daños que había causado. En sí, nada punible, ya que ese ataque venía en los periódicos y Ludwig Voss escribe con gran patriotismo. ¡Pero a una judía! «¡A vosotros, eso os alegra! ¡Vosotros hacéis agitación con eso!» En la mesa de Kätchen estaba el sobre, junto con una postal de su madre, que le prometía aceite de su propia tarjeta (eso es también delito). Encontraron la carta del cuñado toda arrugada en una butaca («escondida»). Revolvieron todo, Kätchen tuvo que enrollar la alfombra mientras le daban patadas, se quejó, la amenazaron, tuvo que escribir la dirección del cuñado. En su habitación se formó el mismo caos que cuando el primer asalto por sorpresa. La serie de insultos y expresiones groseras era limitada, en el fondo. Una y otra vez «cerda», «cerda judía», «puta judía», «puerca», «hija de puta»: la imaginación no les da para más. A mí me habían obligado a sentarme en una silla del recibidor, tuve que verlo y oírlo todo, temblando incesantemente por mi diario. Tuve que ayudar a descolgar los pesados cuadros. Hasta ahora a mí no me había ido demasiado mal. «¿Por qué tiene tu vieja tanta lana y tanta tela por la

habitación? ¿Es que no sabe que hay colecta de tejidos?» – «Sí, justamente está reuniendo cosas para entregarlas.» Yo creía que ya estaba fuera de peligro cuando *El mito del siglo XX* y la hoja de apuntes que estaba al lado desencadenaron la catástrofe. La vez anterior, con un funcionario por lo visto algo más importante, el libro y las notas apenas fueron fuente de conflicto. Esta vez, me contabilizaron *esa* lectura como un delito terrible. Me golpearon la cabeza con el libro, me abofetearon, me calaron un ridículo sombrero de paja de Kätchen: «¡Qué guapo estás!». Cuando indiqué, respondiendo a sus preguntas, que había tenido la cátedra hasta 1935, dos tipos que ya conocía[150] me escupieron en el entrecejo. Entonces, apareció Eva con la compra. Al punto le quitaron la bolsa, la insultaron también por lo del libro. Yo quise ir en su ayuda, me dieron de bofetadas y me metieron a patadas en la cocina. (Las bofetadas y las patadas fueron soportables también esta vez, ¡pero mi pobre corazón y el miedo a lo que podría venir después!) Eva se defendió con mucha calma. «Ese libro lo he tomado en préstamo *yo*, a mí me interesa el método de ustedes, y le escribo sobre eso a mi primo, el alcalde mayor de Potsdam, Arno Rauscher.» – Uno de los individuos vociferó: «¡Usted quiere amenazarnos con eso y lo pagará caro!». (El «tú» se había convertido en «usted», y esta vez no le dieron golpes y «sólo una vez un escupitajo pequeño».) Ella dijo muy tranquila que no se trataba en modo alguno de amenazar, que no sabía si su primo aún seguía en el cargo, pero que hacía algún tiempo ella tuvo que ponerse en contacto con él con motivo del «pasaporte genealógico» y que ahora lo había nombrado para motivar el interés que ella sentía por un libro del Tercer Reich. – «¡Oiga usted, descastada[151], si yo tuviera en la familia a una mujer que se compromete con un judío, sentiría el más hondo desprecio por ella!» Así continuó un rato la cosa, pero no le tocaron un pelo a Eva. Solamente, con las más violentas amenazas, nos conminaron a que devolviéramos el libro y a que no osáramos seguir utilizando una biblioteca circulante. (Yo le dije después a Eva que su defensa había sido un paso atrevido y que podía tener malas consecuencias. Ella respondió: «Esos bestias son unos cobardes». – Hace unos años, encontró en el *Illustrierte Beobachter* el nombre y la foto de ese primo del que fue muy amiga en su juventud. Hoy ha comprobado en el anuario de Potsdam que ya está jubilado pero que vive en Potsdam, palacio de Sanssouci. Quizá, en efecto, una última tabla de salvación.) El balance, para nosotros, de este registro

domiciliario: falta todo el pan, uno de 1 kilo sin empezar, un paquete de cerillas, todo el jabón del cuarto de baño, casi todo el azúcar, un billete de 5 marcos, sacado del monedero. ¡Qué desastre! *Pero el daño realmente irreparable consiste en la pérdida de la biblioteca circulante.* Ahora, mis posibilidades de estudio están más limitadas aún de lo que ya estaban. Suplicaré y mendigaré en todas las familias judías y a Annemarie; pero no cabe duda de que me han puesto aún más fuera de juego que antes. Se suma a eso el miedo, cada vez mayor, de tener manuscritos en casa. *Siglo XVIII*, *Curriculum*, *LTI:* todo queda en suspenso. Ya no puedo trabajar, sólo tener ocupaciones. Y esta inseguridad que aumenta otra vez. – Pero la verdadera catástrofe no tuvo lugar conmigo y con Kätchen. – (He olvidado que el suelo tenía un aspecto parecido pero no tan horrible como cuando ordenamos la primera vez. En cualquier caso, la hoja de apuntes sobre el *Mito*, un trabajo de dos días, estaba hecha trizas, y los tubitos de cigarrillos de Eva estaban pisoteados y desparramados, lo mismo que sus naipes para hacer solitarios.) – Así pues, la catástrofe se descargó sobre la señora Pick, con sus setenta y siete años. Otra vez la han apaleado y maltratado terriblemente. «¿Tu marido tenía una fábrica de malta? ¡Esa sanguijuela! Y el bicho que trajiste al mundo está en el extranjero agitando contra nosotros, pero te tenemos a ti y no te nos escaparás. – Mañana a las siete estás en la Gestapo –te vas sola–, quien te acompañe, va directamente al campo de concentración.» La señora Pick nos contó esto cuando estuvimos después en su casa. Y añadió algo extraño. Tres individuos estuvieron atormentándola; el cuarto, a solas con ella un instante, le susurró con un tono de lo más amable: «Acepte usted un buen consejo y no aparezca mañana por allí». (Hace poco supimos por Kätchen de un caso parecido: una compañera del trabajo llegó a casa, el chófer de un coche de la Gestapo que estaba delante de su casa le gritó: «¡Señorita, váyase un rato de paseo: están arriba!». De modo que incluso entre esa gente hay «traidores».) La señora Pick dijo que era físicamente incapaz de hacer ese largo camino a pie para que siguieran maltratándola, que ella había tenido una vida agradable y que había llegado el momento de terminar. Al contrario de Ida Kreidl, la señora Pick no es sentimental ni blanda, antes siempre había insistido en sus ganas y su voluntad de vivir. Estábamos seriamente preocupados por ella. A las nueve subió a casa, trajo 55 marcos, algunas joyas y cosas pequeñas, para que dispusiéramos de ello si la detenían al día siguiente. Poco antes de las diez bajé otra vez a su

casa, estaba sentada en la butaca muy tranquila, cubierta con una manta, tranquila pero muy pálida, y el entrecejo se le contraía en un movimiento convulsivo. Yo le dije: «Vamos a hablar sin rodeos: usted tiene la intención de suicidarse. Piense en sus hijos, piense que mientras hay vida hay esperanza, que para la causa de los nazis no hay esperanza, siga siendo valiente…», etc., etc. Traté por todos los medios de animarla, de darle fortaleza. Dije: «Déme su palabra de que no va a atentar contra su vida». – «No puedo prometerlo, voy a pensármelo otra vez.» – «Déme, por favor, su Veronal.» (¿De dónde saca la gente tanto Veronal?) – «Eso no serviría de nada, querido *Herr Professor*, tengo más medicinas. ¡Estoy ahora tan cansada y tan mareada!» – Subí a casa, todos estábamos convencidos de que se suicidaría. – A las seis, estábamos aún en la cama, Kätchen –que se marchaba corriendo a la fábrica– abrió la puerta de nuestro dormitorio, detrás de ella estaba, toda trastornada, la señora Ida Kreidl. Dijo que la señora Pick dormía muy profundamente y tenía una respiración muy débil, que fuéramos a verla. Parecía en efecto tener un sueño muy tranquilo, pero la respiración era muy silenciosa, superficial y rápida, y no se movía aunque hablábamos junto a su cama y abríamos y cerrábamos la puerta. Estuvimos dudando hasta las ocho, entonces llamé desde la jardinería de enfrente –gente muy amable, muy compasiva, antinazi– al doctor Katz. Le dije que yo no era médico pero que tenía la sensación de que se trataba de una intoxicación con Veronal. Él dijo que tenía poca libertad de movimientos –sólo le permitían usar el automóvil *por la noche* y en casos de extrema gravedad–, que enviaría *enseguida* a una enfermera y que él vendría en el transcurso de la mañana. Cuando llegó la enfermera, una mujer tranquila, madura, la señora Pick seguía inconsciente, pero respiraba mejor y hacía algún movimiento. No parecía que fuese una intoxicación grave. Habíamos contado con que viniera la Gestapo a las ocho, pero el doctor Katz les había informado de lo ocurrido. Estuvimos varias veces abajo, con la señora Pick; charlamos, aguzando el oído angustiados cuando pasaba algún coche. (Lo peor es el miedo y la inseguridad crecientes.) Katz llegó hacia el mediodía y se quedó relativamente horrorizado de encontrarse con un caso leve. Una vez examinadas sus medicinas y según lo que dijo ella después, la señora Pick *sólo* había tomado Adalin, la Gestapo –dijo el doctor Katz– consideraba eso como «camuflaje» y «sabotaje» para no obedecer la orden de comparecer ante ellos. Él, Katz, presentaría el caso como más serio,

aunque sólo fuera para protegerse a sí mismo y también a mí. Pero la señora Pick estaría restablecida a los dos días, y tres o cuatro días después recibiría una nueva orden de presentarse en la Gestapo donde la maltratarían con más saña aún. – De modo que veo venir más desgracias. La tentativa de suicidio se repetirá, la Gestapo fijará su atención en nuestra casa. (Ayer revolvieron y desvalijaron de nuevo la habitación precintada de Friedheim y luego la precintaron otra vez.) Yo vi y oí algo de la gradual vuelta a la vida de la señora Pick. Una tristeza. Es una anciana distinguida, de hermosa presencia, delgada, una verdadera señora. Desvalida, medio inconsciente la sentaron en un orinal, los muslos desnudos eran huesos amarillos con poco alrededor, el orinal, por algún torpe movimiento, se rompió… Después, cuando empezó a decir alguna palabra: normalmente, una voz viva y animada, ahora una cantilena llorosa e ininteligible. Y yo sentía menos compasión que horror. – Ayer, y hoy todo el día, he estado muy hundido; peligro de muerte cada vez más angustioso, estrangulamiento cada vez mayor, atroz inseguridad: todo me pesaba como una losa. Ahora, avanzada la tarde, estoy más tranquilo. Hay que continuar, también en estas circunstancias. Ya encontraré alguna lectura enriquecedora, y continuaré con esta osadía del diario. Quiero dar testimonio hasta el final[152]. – Un incidente tragicómico. En el puesto de Hähne, en la Wasaplatz, se dirigió a mí una portadora de estrella con dos niños pequeños muy graciosos. «*Herr Professor* Klemperer, ¿no es cierto?» Que cómo estaba la señora Pick. En cuanto a ella: era la señora Hirschel, su marido, presidente de la Comunidad, ya se había enterado. Yo le conté, ella me acompañó, los niños se adelantaron y llamaron al timbre antes de que les pudiese indicar lo acordado en nuestro inmueble (tres timbrazos cortos), por desgracia se quedó encajado el botón del timbre, y habían apretado el de en medio, el de nuestra casa. Eva, por supuesto, creyó que era la Gestapo. Estaba ocupada precisamente en pintar dos cartas para sustituir las de la baraja de solitarios que le habían roto ayer, tenía a su lado toda la baraja y una cajetilla de tabaco y tubitos para cigarrillos. Es decir, cosas que corrían especial peligro. Lo metió todo apresuradamente debajo del hornillo de la cocina antes de precipitarse a la ventana. En cierto modo siempre hay un elemento cómico en todo esto –la señora Ida llora por su orinal–, y también resulta todo interesante: pero eso no ayuda a conllevar mejor lo inconcebiblemente atroz de la situación, y cada día nos sentimos más acosados y más cerca de la muerte. Anteayer

creíamos que la situación no podía ser peor, desde ayer lo es cien veces más. Mañana será peor que hoy.

12 de junio, viernes mañana

Tengo la fuertísima sensación de que, con la prohibición de sacar libros en préstamo, me han enviado al siguiente círculo infernal. Sin metáfora: anteayer, 10 de junio de 1942, comenzó otra fase, una fase peor. Todavía no me deja notarlo mucho el desasosiego, el preocuparme-por-las-de-abajo, lo mucho que hay que fregar; el día se pasa pronto. Pero cuando se normalice la vida cotidiana: ¿con qué llenar el vacío? –De momento estamos en continua tensión. Todo lo escondemos lo antes posible después de usarlo; realmente todo: naipes, plumas, sobres, hasta la última partícula comestible; muchas veces buscan y rebuscan laboriosamente. Antes de llenar la pipa, miro por la ventana, por si hay algo sospechoso… No hay animal tan acosado, tan amedrentado.

LTI. El suicidio *getarnt* [‘camuflado’], el judaísmo *getarnt*, etc., etc. Originariamente pertenecía, no cabe duda, al vocabulario bélico: batería *getarnt.* Pero también interviene el gusto por los términos empleados en los cuentos: *Tarnkappe* [‘capa mágica’]. Uso excesivo de *tarnen.*

Cuando era estudiante me reí de una monografía sobre Shakespeare (creo que fue la de Sieper[153]) que comprobaba estadísticamente con cuánta frecuencia tocaban el tambor, la trompeta y la flauta en Shakespeare. Cuando la Gestapo entró a saco en mi trabajo, yo había preparado un pliego aparte para comprobar cuántas veces y en cuántas combinaciones, como sustantivos, adjetivos, verbos, había empleado Rosenberg las palabras *sangre*, *estirpe*, *raza.*

13 de junio, sábado mañana

LTI. Esa pobreza de insultos, ese pequeño registro, cualquier español lo supera con creces. Unas cuantas frases estereotipadas: «En el Talmud pone que la mujer no judía es una ramera para ti». La pregunta: «¿Tenéis hijos?». Si la respuesta es afirmativa: «Claro, esos engendros están agitando contra nosotros en el extranjero». Si es negativa: «Claro, porque abortáis, cerdas». La señora Pick tiene una sobrina que conocí la tarde de la catástrofe y que pidió que le dijese por teléfono cómo había transcurrido la mañana siguiente. Casada con un ario, el

profesor Gaehde, que yo no conocía. Los de la Gestapo me preguntaron: «¿Conoces al profesor Gaehde? Está casado con una cerda judía. Tienes que conocerlo». Contesté negativamente, conforme a la verdad. Supe después que había sido profesor de secundaria hasta 1920, en la Anneschule, y que después había formado parte de la directiva de la fábrica de malta de los Pick. De modo que cambió de profesión y vivió de la riqueza de la familia Pick. Después de la tentativa de suicidio, de la que había sido informada, la sobrina no apareció por esta casa durante día y medio. Ayer por la tarde llegó a la cancela del jardín, llamó al timbre del segundo piso, de forma que apareciera Elsa Kreidl, la *aria*, y dijo que su marido le había prohibido que pusiera el pie en la casa (él estaba esperando a unos pasos de distancia), y que pedía que se ocuparan de la tía los vecinos de la casa. Luego salió a escape con su marido. – Se me tiene que quedar bien grabada esa gente. Quién sabe si un día volveré a tener crédito e influencia.

La señora Pick está claramente mejor, casi demasiado bien, y ahora aumenta continuamente su miedo a lo que la espera. Los cuidados que necesita y toda esa agitación es demasiado para Ida Kreidl; Elsa, la cuñada, escurre el bulto en la medida de lo posible, la señorita Ludwig se ha quitado de en medio. Ayer por la mañana, Eva fregó allí la cocina, yo retiré del jardín el tendedero, vacié el agua que quedaba en una caldera-lavadero… La enfermera ha venido unas horas y quiere volver hoy. Una mujer trabajadora, tranquila, diligente, que también ayuda en las faenas de la casa. Esa señora Lampen cuenta que esta mañana se han dirigido a ella en dos calles diferentes dos señores diferentes, ambos con condecoraciones prendidas en la ropa, y casi con las mismas palabras: «Ánimo – pronto va a mejorar el tiempo» y «¡Paciencia! Va a salir el sol». (Como el tiempo de hecho tendía a cambiar de lluvioso a soleado, la frase se explicaba fácilmente.) La señora Lampen estuvo hace algún tiempo cuatro meses en prisión preventiva y luego la absolvieron porque la testigo de cargo perdió seguridad. Una mañana de invierno, la señora Lampen tuvo escalofríos en el cuarto de baño y dijo «¡brrr!», mientras que la acusadora decía al mismo tiempo «Heil Hitler». Esa mujer la denunció alegando que aquella judía se había retorcido de risa, juergueándose en voz alta y con desprecio cuando escuchó el saludo alemán. Esa historia ocurrió hace dos o tres años; en el invierno pasado la señora Lampen ya no habría sido absuelta.

Ya avanzada la tarde estuvimos los dos (Eva por primera vez) en casa de los

Marckwald. La señora Marckwald estuvo poco antes en nuestro inmueble, hizo una visita a la señora Pick, nos regaló 1 kilo de pan en cupones. – Eva y Marckwald conversaron sobre asuntos del campo. El habló de experimentos con la cría de cerdos en la Universidad de Leipzig durante la última guerra. Cuatro cerdos recibían la cantidad de alimento científicamente necesaria, otros cuatro lo mismo, pero con un aditamento de papel de periódico cocido. Estos últimos prosperaron, los otros no engordaron. Para el trabajo de la digestión, el estómago necesita masa. Yo dije que me sentía afín a los cerdos, también necesito una cierta cantidad. La pocilga de Eva en Niederlehme fue rechazada: porque las pocilgas de hormigón armado no eran adecuadas, la madera era lo único bueno […]

Hace poco, la Gestapo criticó que Eva tuviera prendas de lana dispersas por la habitación. «¿No sabe tu vieja que hay colecta de tejidos?» Yo dije que precisamente estaba buscando prendas adecuadas para entregarlas. Hoy llegó la orden de la Comunidad Judía: los portadores de estrella y sus cónyuges tenían que entregar obligatoriamente ropa blanca, vestidos, etc. Eva acaba de ir a la oficina aria recaudatoria cargada con grandes paquetes de su ropa. «Voluntariamente.» En cuanto a mí, tengo poco que entregar a la Comunidad. Quizá pueda salvarse algo de lo de Eva llevándolo a Pirna. Si va allí esta tarde, que se lleve también hojas manuscritas. Pero desde la disputa de Eva con la Gestapo, estoy casi más preocupado por ella que por mí mismo. – Hoy no he tenido ni un cuarto de hora de sosiego. Una y otra vez a la ventana, por si llega un coche. Una y otra vez escondiendo hojas y metiendo en los bolsillos naipes, tabaco, pipa. – Cuando una vez llamé abajo al timbre, la señora Ida Kreidl, que estaba en el cuarto de baño, no percibió la pacífica señal convenida y salió desaladamente, con el pecho descubierto y las manos mojadas. Un estado indescriptiblemente atroz.

LTI. El otro día me rompieron las hojas con apuntes sobre el *Mito.* Voy a intentar ahora resumir en pocas palabras lo que recuerdo como esencial. De estudiante, me burlaba de la monografía sobre Shakespeare (¿Sieper?), que contaba los toques de tambor, de trompeta, de flauta; ahora yo me había preparado un pliego para consignar el uso de *sangre* en todas sus combinaciones como sustantivo, adjetivo y verbo, y lo mismo con *estirpe* y *raza*. *Erdverbunden* [‘vinculado a la tierra’] habría que examinarlo desde el punto de vista de la

alabanza y el reproche. Entre los fenicios, etruscos, etc., es un reproche = materialista. – Habría que contabilizar los entrecomillados sarcásticos (el «pueblo» de los judíos). Empleo de cultismos, para darse un *air* científico; orgullo de germanizar algunos cultismos, que luego se repiten sistemáticamente como tales entre paréntesis. Así una docena de veces, por lo menos: *«wuchshaft (organisch)»* [‘orgánico’]. Los otros ejemplos, empleados de modo parecido, los he olvidado. De vez en cuando, la delatora insistencia en una fuente «rigurosamente científica». Ningún científico dice «rigurosamente científico», no se subraya lo que es obvio.

Tres volúmenes: I. *El fundamento conceptual e histórico.* II. *El arte del hombre nórdico,* III. *Programa del Estado nacionalsocialista.* (La obra apareció por primera vez en 1930, estaba casi terminada en 1925 e incubada desde 1917; mi edición era la del año 1934. O sea, cuando el programa ya empezaba a realizarse.) Mucho de lo que postula Rosenberg es hoy, desde hace tiempo, completamente normal. En algunas cosas él es más aristocrático que la tendencia actual (pero nunca menos feroz), en política exterior distribuye las fichas de manera diferente a como están puestas hoy. (Aún tiene esperanza en Inglaterra y no es amigo de la raza amarilla.) Rosenberg se repite mucho, porque sólo conoce esta *única* frase: la raza nórdica, la sangre nórdica son portadoras de toda la cultura, de todo lo bueno; cualquier mezcla de sangre crea inferioridad. – Intima afinidad con Chamberlain, a quien parafrasea a menudo y por el que siente veneración. Pero va mucho más lejos que él. La investigación racial ahora está más matizada y más segura de sí misma. Y todo incomparablemente más politizado, actualizado y fanatizado que en Chamberlain. – Amplio tratado sobre el matriarcado («vinculado a la tierra», fenicio, etc.) y el patriarcado, el pensamiento nórdico, dedicado al culto al sol (cf. *sonnig* [‘solar’]). Alusiones a Bachofen[154]. – Baeumler[155]. – Polémica :/:[156] crisis de la cultura de Spengler[157]. – Los judíos incomparablemente más menospreciados que en Chamberlain: no son un pueblo sino –la palabra es una cita, ¿de quién?– una «antirraza» parasitaria, que hay que extirpar o, en cualquier caso, expulsar de Europa. Pero la obra arremete sobre todo contra la Iglesia católica, contra el papa y los jesuítas. «Jesuítas», «Humanidad», «Papa»: para Rosenberg, nada más abominable. Venera la figura del Jesús nórdico (¡no un mozalbete judío de piel oscura, un narizotas de pies planos! Creo que cito al pie de la letra), todo lo

paulino y judío queda prohibido. Ni el protestantismo ni Lutero salen tampoco bien librados. La religión ha de apoyarse en el maestro Eckhart[158] (visto por Kant) y no tener ningún dogma *(Zwangsglaubensatz* [‘artículo de fe obligatorio’]). Debe remontarse hasta Odín[159] y avanzar hasta Federico II. Su naturaleza íntima, su «valor supremo»: el *honor.* Al contrario que la caridad cristiana. La caridad no «forma tipos». La caridad es muchas veces debilidad, en la política de la Iglesia es, lo mismo que la «humanidad», *universalitas:* hipocresía. La religión ha de ser libre, también la religión cristiana; *pero* el «así llamado Antiguo Testamento» (siempre el «así llamado») queda prohibido, la doctrina paulina (o sea, *judía*) sufre una reelaboración, destacando un Cristo nórdico, rubio y de ojos azules (*rubio* es palabra favorita, en una ocasión *la sangre rubia*). Queda prohibido el juramento que hacen los obispos católicos de luchar contra la herejía. – Frente a la familia, *dos* posiciones: 1) el *pater familias* triunfa sobre la sexualidad del matriarcado. 2) La familia no forma el Estado, sólo la *confederación masculina* (Antigüedad clásica, militares, SA). Sólo el hombre nórdico tiene verdadera religión, verdadero arte genial, verdadera observación de la naturaleza y verdadera ciencia. Libertad interior de espíritu. (Los judíos no tienen religión; materialistas: voluntad arbitraria de Jehová; magia.)

Apuntado a toda prisa antes de la salida de Eva para Pirna. – 13 de junio por la tarde.

14 de junio, domingo, al anochecer

«Patatear» por la mañana, al mediodía, por la noche, «patatear», un verbo inventado por mí para cepillar patatas, que luego me como con la piel, frías y calientes. Ayer tarde, por primera vez –mientras Eva se marchaba al centro de recogida de ropa y a otros sitios (cargadísima)– he quitado los gérmenes a un barreño entero de patatas que nos ha dado Elsa Kreidl de lo que le sobra. – Este mediodía en casa de los Glaser, donde se me unió Eva a la vuelta de su almuerzo en restaurante. Nos retuvieron allí y nos quedamos para el café de la tarde. Discos de música clásica, hojeé un libro, *Directores de orquesta del siglo XX*[160], que contenía fotografías y ensayos. Otto Klemperer, el «poseso», tiene en ese libro un importante papel. Quizá perviva sólo él, de todos los Klemperer.

Vanitatum vanitas. Hondamente afectados, contamos nuestras experiencias de los últimos días. – Regresamos hacia las cuatro, calados por un chubasco tormentoso, tomamos té, y ya estaba aquí Steinitz. Los mismos temas. Opina que debo apuntarme como «voluntario» para trabajar, una gran fábrica de papel en Niederselitz sigue dando empleo a judíos. Así estaría más seguro, opina. Dado el enorme desasosiego de estos días y la cada vez más escasa posibilidad de trabajar seriamente en mis cosas, casi estoy tentado de hacerlo. Pero me parecería una deserción. Un poquitín sigo trabajando (ahora las *Memorias* de Dubnow); tampoco me gusta dejar a Eva sola y completamente desprotegida. Quiero seguir siendo fatalista, esperar, dejar venir las cosas y sacar el mayor provecho intelectual posible de estos días. En la fábrica, de las nueve o diez horas de trabajo se pasan nueve o diez en un estado de aletargamiento, en casa hay siempre oasis para el espíritu. De momento estoy bien provisto de libros de estudio. Si la cosa se pone muy mal, ahí está esperando el *Wilhelm Meister.* – Después de la cena tenemos que bajar unos minutos a casa de Pick-Kreidl.

16 de junio, martes tarde

Ayer por la tarde fui a pedir hora al dentista Simón. Su primera pregunta: «¿Ha muerto de verdad Friedheim?». – Al atardecer, el presidente de la Comunidad, Hirschel, estuvo abajo, con las señoras Pick y Kreidl. El viernes por la noche, a las diez y media le habían llamado por teléfono de la PPD para que recogieran inmediatamente el cadáver del doctor Friedheim. El certificado de defunción, donde se puede ver la causa de la muerte, todavía no lo ha recibido. Todos hemos sentido un fuerte escalofrío, todos tenemos la muerte muy cerca. (Estuvimos presentes la señora Pick, Ida Kreidl, Elsa Kreidl y yo.) El ambiente se volvió aún más sombrío por lo que contó Hirschel. Ya han pasado por aquí tres convoyes procedentes de Berlín, en un estado desolador, y se les ha ofrecido café. Van a Theresienstadt[161], el punto de concentración desde donde los reparten a los campos de Polonia. Se trata sobre todo de las viudas y los hijos de los hombres fusilados hace poco en Berlín o llevados a un campo de concentración. Hirschel contó al final un caso de Dresde. Una cierta familia Jadlowski (o algo así), un matrimonio mayor, la mujer sesenta y ocho años, 220 de tensión arterial. Hace unas semanas, registro domiciliario. «¡Abre la nevera!» No tienen la llave a mano, el funcionario se da por satisfecho. Después, la mujer

dice llena de júbilo: «¡Qué suerte! Tenía dentro un cuarto de kilo de pescado, que la vendedora me había dado por caridad…». Alguien lo oye, lo denuncia, nueva indagación de la Gestapo, que interroga al matrimonio por separado. El confiesa, ella lo niega. A él lo dejan en libertad, después de una paliza, ella va a parar a la PPD y desde allí, a los pocos días, a un campo de concentración. Del que, con toda seguridad, no saldrá viva. Por un cuarto de kilo de pescado.

Esta mañana, tratamiento en la consulta del doctor Simón. Es médico y odontólogo, cuarenta y tantos años largos, un poco el temperamento y el estilo del doctor Isakowitz, pero más jactancioso y locuaz que él, aunque no desprovisto de ingenio. Sigue teniendo un bonito piso de antes de la guerra en la primera planta de la Reichsstrasse 15, un gran inmueble junto a la iglesia ortodoxa, pero ya sin servicio de ningún género. Él abre la puerta, está solo durante el tratamiento, en casos más complicados le asiste su mujer. Ella es aria y no *puede* acompañarlo cuando lo llaman para que vaya a ver a un enfermo judío. Todo se propaga ahora entre los judíos a una velocidad fabulosa: que si yo quería hablar con la señora Gaehde, que me esperaría después del tratamiento. (¿Quién le había contado a ella que yo iba a ir a la consulta de Simón?) Vacilé al principio, le dije qué furioso estaba por el comportamiento de ese matrimonio. El doctor Simón dijo: «Bien, en ese caso usted me ha dicho aquí que no quiere verla hoy», pero luego añadió que no había que condenar a nadie tan apresuradamente, que esa mujer estaba en un dilema terrible, que se ponía en peligro a sí misma y a los suyos si ayudaba a su tía, a la señora Pick. Entonces, acepté la entrevista. Encontré después a la señora Gaehde en la sala de espera, parecía muy abatida. Quería saber cómo reaccionaba su tía. Le respondí: «Si apela usted a mi sinceridad: yo no soy quién para juzgarla, pero no he podido decidirme a hablar de usted con su tía, porque no puedo comprender que usted no vaya a verla, y no puedo comprender cómo le han podido pedir que dé su palabra de honor y cómo usted, señora, pudo dar tal palabra de honor». Ella respondió que sabía que en nuestra casa condenábamos su comportamiento, que ella sufría muchísimo con esta situación y estaba en continua desazón, pero que la habían amenazado con detenerla si iba a nuestra casa, y eso acarrearía al momento un peligro inminente para su marido y su hijo. Que ella había tenido que elegir entre las dos opciones. Ella quería mucho a su tía, dijo, y sufría mucho y me pedía «que fuera su abogado». Al final, acabé prometiéndoselo y nos

separamos con un apretón de manos. Después iré a ver a la señora Pick. – Simón, que sin dejar de trabajar con destreza hablaba ininterrumpidamente de su habilidad en cirugía, de sus grandes hazañas, de su «consulta internacional» de antaño, de la incapacidad de sus colegas alemanes, del alto nivel de la odontología norteamericana, de la situación política, nos contó, de fuentes arias bien informadas, lo siguiente: 1) En Berlín no sólo han pasado por las armas a esos cientos de judíos sino a 1.500 arios, 2) en Leipzig, hace poco han desertado 40 aspirantes a oficiales, que después fueron detenidos y fusilados, 3) en general, hay muchísima deserción y mucho fusilamiento, 4) el ambiente entre la juventud recién reclutada, sobre todo entre los intelectuales, es perfectamente revolucionario. – Pero añadió que él no esperaba que llegara el final antes de que a) desembarcaran los norteamericanos y b) desertaran los italianos. Llegamos a la conclusión de que hoy no sólo *«el* judío» sino todo el mundo está por lo menos con un pie en la tumba.

Nueva circular: los judíos han de entregar todos los aparatos eléctricos, aspiradoras, gramófonos y discos. Después de las disposiciones especiales para los judíos que enumeré hace poco, empiezo aquí otro recuento de las nuevas medidas: 1) Entrega de tejidos, 2) entrega de aparatos eléctricos. Parece sin embargo que la esposa aria no queda afectada por este número 2. Después quiero ir a casa de Hirschel (Wiener Strasse 85) y preguntarle lo que opina al respecto. Es un hombre bajo, de aspecto lo menos judío imaginable: ojos azul claro, cabello rubio. (Su mujer, gorda y con gafas, con dos niños pequeños, habló conmigo el otro día en el puesto de Hähne. Los pocos judíos que aún siguen aquí tienen entre ellos una relación cada vez más estrecha.) Hirschel parece que ha sido el director, muy trabajador y en muy buena posición económica, de la sección de pieles de una gran empresa de aquí, Hirsch, y que ahora vive de sus ahorros y que ese angustioso, estremecedor y peligroso cargo es completamente honorífico, que lo ejerce sin la menor retribución. Un heroísmo desconsolador.

Los últimos capítulos de la autobiografía de Dubnow me estremecen. A menudo es como si fuera mi propio diario. San Petersburgo 1917-1918; en Dresde, en 1942, yo escribo algo muy, muy parecido. El miedo por el diario. Puede costar la vida. ¿Dónde esconderlo? Pero si no lo escribo, soy infiel a mi misión. El deseo ardiente de hundirse en trabajo histórico, en recuerdos, en actividad intelectual. La cercanía de la muerte, doble cercanía, porque se

envejece –él tenía entonces cincuenta y ocho años, no hay diferencia con mis sesenta años– y se corre enorme peligro, el deseo ardiente de salvar la vida y el trabajo, de llevar a cabo la misión. Creo que puedo compararme porque al fin y al cabo yo también he tenido algún pequeño logro como historiador. – Curiosa vitalidad y extraña fuerza de la costumbre: hay instantes, sobre todo por la mañana, en que corro continuamente a la ventana a ver si ha llegado un coche, instantes en que soy incapaz de hacer nada de puro horror, de puro miedo; y luego, el carro se pone otra vez en marcha, me encanta leer y leerle a Eva, me sabe bien la comida, el día avanza ni siquiera tan desprovisto de alegrías, al final hasta me atrevo a escribir una página de diario que puede costarme la vida. A menudo me pasa por la cabeza esta frase de *Jettchen Gebert:* «Y si me sientan mal: por lo menos habré comido otra vez bizcochos de pasta flora».

17 de junio, miércoles mañana

Circular de la Comunidad: «Durante las tres semanas pasadas han sido vistas un día dos mujeres mayores, judías con estrella, sentadas en un banco de la Herkules-Allee, en el Grosser Garten». Ambas mujeres tienen que «darse a conocer inmediatamente, en interés de todos y para evitar otras medidas». – El año pasado también «montaron» en cierta ocasión una historia semejante. Entonces se trataba de que una mujer, escondiendo la estrella, había ido a una gran zapatería donde le hicieron la pedicura. Hubo muchas pesquisas, todas las portadoras de estrella fueron llamadas a declarar, y después de muchas vejaciones se dejó de hablar del asunto. ¿Qué curso tomarán las cosas esta vez? ¿Qué represalias hay que esperar? Es, además, totalmente imposible que dos mujeres se hayan atrevido a hacer tal cosa. Saben que eso comporta por lo menos palizas y semanas de prisión, pero más probablemente, campo de concentración. Posible sí sería que dos imprudentes hubieran atravesado las calles limítrofes, pero ¿sentarse en medio del Grosser Garten? Eso no merece jugarse la vida. O bien esa historia es pura invención o alguien ha tomado un pañuelo amarillo o una flor amarilla en la solapa por una estrella judía (como ya nos ha pasado a nosotros), al cabo de semanas ha hablado de ello con mala intención o con toda inocencia, casualmente lo escucha uno de la Gestapo… y así se ha puesto en marcha este nuevo asunto.

[…]

19 de junio, viernes mañana

El miércoles, hacia las siete de la tarde, timbrazo ininterrumpido (el botón se quedó encajado). Coche de la Gestapo. Abrí yo y al mismo tiempo la señora Kreidl. Dos de nuestros perseguidores, y además un oficial, gris de campaña con Cruz de Hierro de primera clase. «¿Cómo se llama *usted*? – ¿Dónde vive *usted*? ¿*Usted* vive en matrimonio mixto?» Me permitieron marcharme, a la señora Ida Kreidl también la trataron de usted y no la molestaron, sólo revolvieron algún tiempo en las habitaciones de Friedheim, que abrieron y volvieron a cerrar a cal y canto. Después, le dije a la señora Kreidl que sólo los subalternos son odiosos, que cuando está presente un oficial, se goza de cierta protección. Ella me replicó muy firmemente: «¡No!». Después de esa gente llegó un momento Hirschel y trajo la información de que el funeral de Friedheim se celebraría al día siguiente, jueves por la tarde, a las cinco. Dijo que el oficial era el comandante Schindhelm[162], jefe de la Gestapo de aquí, familiarizado con todos sus métodos y, de acuerdo con ellos, incluso presente a veces durante las palizas.

Después de la cena ahora nos sentamos siempre un rato en la habitación de la señora Pick, todavía muy débil (y que se entiende mal con Ida Kreidl; ambas se quejan la una de la otra cuando están con nosotros). Se trataba de saber quién iba a ir al funeral de Friedheim; una excursión, ya que no podemos tomar el tranvía ni atravesar el Grosser Garten, y el cementerio está al final de la Fürstenstrasse. Además, la señora Pick tenía miedo de quedarse sola. («Si vienen…») Le prometimos ayuda, así que ayer por la mañana, después de discusiones interminables durante el desayuno con la señora Pick, con Ida Kreidl y con Kätchen-Sara, me marché a ver a Hirschel. Wiener Strasse 85, muy cerca de los Marckwald. Un inmueble muy elegante; propietaria, la señora Hirschel, de soltera Glauber, un salón muy confortable con dos librerías muy completas. Me recibió la esposa, treinta y pico años, dos niños pequeños; curiosamente resultó que teníamos ciertos vínculos. Ha sido ayudante de cátedra de Walzel, con quien sigue manteniendo correspondencia, con Gertrud Rüdiger[163] y Edith Aulhorn[164] ha pasado por las mismas experiencias que yo. Julius Wahle, con quien edité el homenaje a Walzel, era tío suyo y murió en esa casa hace un año, muy viejo. La señora Pick vivió en casa de los Hirschel antes de trasladarse a

nuestra *Judenhaus*. Posición de la señora Hirschel: alemana, marcadamente antisionista, marcadamente estética, alemana-de-Goethe –¡*nosotros* salvaremos a Goethe!–, pero también, probablemente bajo la presión de estos tiempos, marcadamente creyente, judía ortodoxa. Frente a mí, amablemente reservada. Le pedí libros. Dijo que antes no sabía de préstamos «activos ni pasivos» de libros, pero que ahora estaba encantada si de esa manera había vida en su biblioteca. Me dio un volumen de *Escritos sionistas* de Herzl y puso a mi disposición tres tomos de *Historia judía* de Dubnow. – Organizó un servicio de socorro para la señora Pick, para esa tarde. Primero iría ella misma, después la relevaría una inquilina. – Sobre la causa de la muerte de Friedheim, habló de modo inequívoco: era en efecto posible que hubiera muerto de insuficiencia cardíaca, pero… Yo dije: «¿De qué otra cosa en la PPD?». – Ella dijo que ya había precedentes… Añadió que había habido un asunto pendiente contra Friedheim, algo que venía de antiguo y que ahora probablemente habían desenterrado otra vez. (Era propietario del Banco Bassenge…; sabe Dios lo que habrá intentado salvar.)

Por la tarde con Ida Kreidl, que no dejaba de lamentarse, hasta el cementerio judío. Hora y media: iglesia de Strehlen, Reicker Strasse, Rayskistrasse, Grunaer Weg, Grüne Wiese (el barrio de Gusti Wieghardt)[165] Haenel-Klaus-Strasse, Borsbergstrasse. Dresde es maravilloso: la oscura cadena de montes, la profusión de jardines, el esplendor de flores y de perfumes, un trozo de campo raso y, plantada en medio, la fábrica de gas. Pero Ida Kreidl se quejaba todo el tiempo del larguísimo trayecto y del acoso a que estábamos sometidos y de que teníamos que evitar el Grosser Garten… Y en el camino de regreso (yo solo y, por consejo de Eva, algo abreviado a través de la Geisingstrasse: exactamente hora y cuarto) también yo estaba cansadísimo, de forma que ayer no conseguí escribir nada en el diario. – Conocí hace dos años la fría sala del cementerio. Esta vez todo me pareció más *lúgubre*. Una docena de viejas, una docena de hombres, en parte con sombreros de copa, Reichenbach parecía un ave desplumada, el sombrero se le hundía hasta los ojos. Aquella tarde habían llegado siete cadáveres. Fui a caer en una ceremonia judía-ortodoxa, el hombre que llevaba ropajes litúrgicos leyó una larga oración en hebreo, después, cuando ya se llevaron el ataúd, pronunció sin leer y haciendo unas reverencias curiosamente católicas frente a la pared del altar otra oración en hebreo.

Entonces salí un rato al exterior, llegó Eva, y volvimos a entrar los dos. El oficiante se acercó a mí: era un catedrático de instituto al que yo había conocido en casa de los Breit cuando éstos lo tenían como inquilino. Con la caja negra recubierta delante de él, pronunció dos salmos en alemán por Sally Friedheim. Sobre la caducidad del hombre, y el deseo de que el Eterno nos proteja. Todo fue desolador y nada solemne. Dos personas lloraban: la señorita Ludwig y Elsa Kreidl (que pensaba en su marido abatido a tiros). Familiares del difunto, no había ninguno. Su hermana había muerto en esos días en Hildesheim, su hermano fue deportado y no se ha vuelto a saber de él.

El jueves al mediodía la Gestapo me causó un sobresalto, pero muy pequeño: un hombre que exhibió su tarjeta «de la Policía Secreta del Estado», que por lo demás dijo «buenos días» y me trató de usted y que sólo quería entrar en las habitaciones de Friedheim. Su cara me resultaba conocida, y después le preguntó por mí a Ida Kreidl: formaba parte del grupo que rebuscó entre mis libros en Dölzschen y se llevó algunos; en la habitación de Friedheim también ha buscado libros.

En *Santa Juana* de Shaw, hay un feroz cazador de herejes que se derrumba desesperado cuando ve arder a Juana. «¡Yo no sabía…!» No había podido imaginarse el horror. *Así de literalmente inimaginable* me ha resultado hasta ahora nuestra situación: siempre me han contado cómo golpean y cómo escupen, cómo se tiembla cuando se oye un coche, cuando llaman al timbre, me han contado que la gente desaparece y no vuelve…: yo no lo sabía. Ahora lo sé, ahora el horror está siempre dentro de mí, adormecido durante algunas horas o convertido en hábito o paralizado por el «hasta ahora todo ha salido bien», y luego revive otra vez en forma de náusea que me impide respirar. Es un motivo de discusión entre Eva y yo. *Ella* dice que no le resulta nuevo ni sorprendente, que todo lo ha oído contar cientos de veces. Yo: Pero hasta ahora no lo había vivido, mi imaginación o mi altruismo no tenían la suficiente intensidad como para que yo lo viviera con los otros. – Comparo este horror a la muerte con el que sentía en el frente. Este es mil veces más atroz. Allí, en el peor de los casos, era el «campo del honor», allí, si me herían, podía contar con la ayuda de todos. Ahora…, estas horrendas desapariciones. ¿Qué pasó con Friedheim? ¿Qué fue de él cuando se lo llevaron de aquí? ¿Qué ocurrió en la prisión? ¿Cómo fue su muerte? Extinguido; después de sufrir atrozmente, ahogado en la inmundicia. Es

mil veces, mil veces más horrendo que todos los miedos de 1915. – Y siempre atemorizado, siempre este correr-a-la-ventana, por si algún coche… El resto de mi programa matinal: primero tomar un rato apuntes sobre Dubnow, después quitar los gérmenes en el sótano a nuestra escasa provisión de patatas. La escasez de comida es cada vez mayor. Eva depende por completo del «plato único», para el que no necesita cupones; sólo nos quedan cupones para un pan, y hasta la semana que viene no nos darán más. Tengo remordimientos por comer demasiado.

21 de junio, domingo mañana

Ahora dicen que Friedheim se suicidó ahorcándose. Nadie lo sabrá con exactitud. La señorita Ludwig pidió ver el cadáver.

Denegado. Ahora, la señorita Ludwig tiene que buscar trabajo. Al punto la han enviado al departamento político del Partido; como ha estado colocada en casa de un judío, sigue siendo sospechosa.

Ayer de nuevo en el dentista Simon. Ha perdido toda su fascinación: trabaja dos minutos muy a la ligera y charla cincuenta y ocho minutos, dándose incienso y denigrando a todos los colegas, arios y no arios.

Por primera vez, en punto a comida no sólo escasez, sino hambre y necesidad auténticas. El pan casi se ha terminado, las patatas son viejísimas y, sobre todo, frías, con un sabor repugnante.

Sobre la situación y la LTI. Parece que ponen todo su empeño en apoderarse de Sebastopol antes de mañana: el 22 de junio de 1941 empezó la guerra contra Rusia. Ayer se alcanzaron «éxitos decisivos». Un eslogan que todavía el verano pasado estaba en plena vigencia y que ahora ha desaparecido por completo: *Blitzkrieg* [‘guerra relámpago’]. – El *Frankfurter Zeitung* –periódico al que estaba suscrito el difunto Friedheim y que seguirá llegando hasta fin de mes– publica un artículo, que pretende tranquilizar e intranquiliza, sobre la escasez de medicamentos. (No hay laxantes, la insulina sólo se compra con tarjeta, se compran demasiados somníferos inocuos, etc.) Dice allí que hay casos «en que efectivamente hay que aguantar durante algún tiempo en esa especie de "impasse" tan traído y llevado». (¿Quién empleó por primera vez «impasse»? Las comillas son prueba de lo trillado que está. Trillado, indudablemente, de momento sólo para el *Frankfurter Zeitung.* Ese diario es de tendencia tan

nacionalsocialista como los demás, pero conserva un cierto nivel en el estilo, y también es un poquito más prudente en lo de pintar todo de color de rosa. Hay que comparar el *Frankfurter Zeitung* con el resto de los periódicos para ver *hasta qué punto ha caído bajo la prensa*. Dicen que el *Frankfurter* tiene en cuenta a la diplomacia extranjera, que es periódico de representación.)

[…]

A intervalos, gozo de vivir. Por la noche, después de las diez. «Ahora, *ellos* ya no vienen.» Unos minutos de lectura en alta voz en la cama; Eva se duerme, a mí se me trastocan las frases, a la mañana siguiente no sé literalmente nada del contenido de las últimas páginas leídas (o más bien tartamudeadas). Pero acostarse y dormirse es también placer y seguridad. Luego solemos estar despiertos ya a las cinco, y entonces muchas veces –como hoy– leo en voz alta. Es una hora agradable, estimulante. Después, cuando me lavo, cuando friego los cacharros y preparo el desayuno, me invade de golpe la angustia: la inseguridad, la náusea. Y entonces, oigo a Eva suspirar desesperada en el cuarto de baño.

[…]

Siento pena cuando veo el banco vacío delante de mi ventana, en el jardín. En él se sentaron y conversaron cien veces durante todo el verano pasado Ernst Kreidl y el doctor Friedheim. ¿Y ahora? A Kreidl lo han matado a tiros y Friedheim ha «muerto» en prisión.

Hace frío, pero dicen que eso es bueno para la cosecha. Los judíos dicen: «*desgraciadamente*, es bueno». Pero después de los daños sufridos en invierno, apenas será posible que haya una *buena* cosecha, y si es sólo medio buena, servirá de poco. Además, ahora la pregunta es: ¿cómo llegar a la próxima cosecha?

22 de junio, lunes, antes de las seis de la mañana

Lectura en voz alta desde las cinco menos cuarto, y ahora Kätchen tiene que ir al cuarto de baño a una hora fuera de lo normal.

La señora Gaehde, en su malestar de conciencia, se ha dirigido también a Eva, se han citado las dos y le ha dicho lo mismo que a mí. Eso fue hace ya unos días, pero la confidencia se convierte en abuso y peligro: hoy es el último día de la entrega de tejidos, y el traje de chaqueta y los calzones de lana de la señora Pick: por algo así tiene que arriesgar la vida Eva, literalmente, porque el sacar-

cosas-de-casa se castiga con la prisión, con el campo de concentración, con la muerte. Sus propias cosas, diez vestidos, cinco chaquetas, tres blusas, seis kilos y medio de «otras cosas» (ropa interior en buen estado), tres kilos de tela vieja, Eva las ha entregado en un centro de recogida ario. Por mi parte, después de tres años de administrar mis existencias que siempre fueron escasas, no me queda mucho para dar a la Comunidad: un traje hecho trizas, un pantalón aún más hecho trizas, dos calzoncillos llenos de agujeros, once corbatas antediluvianas. *Povera e nuda vai…*[166]

Siempre me persigue esto: ¿saldrá algo de mi lectura actual, y qué? ¿*LTI*? ¿*Curriculum*? ¿Otra cosa? En cualquier caso, «comer pasta flora».

[…]

23 de junio, martes mañana

Ayer, Tobruk[167] conquistada por Rommel, Sebastopol a punto de caer. Muy fuerte impresión. Eso no tiene apariencias de debilidad alemana, de final de la guerra antes del invierno. Y continúa esta situación de emergencia, el miedo, la penuria. Por la tarde, un momento en casa de Steinitz. De puro miedo, no regresa del cementerio hasta las siete; su mujer reniega de él incluso en mi presencia; además no pierde ocasión de mostrar su desprecio a los ingleses y su convencimiento de la victoria final de Hitler. Unos minutos muy poco agradables.

Leído el *Estado judío*, de Herzl, con sentimientos contradictorios.

Lo que ya no creo es que la naturaleza del nacionalsocialismo sea completamente ajena a Alemania; es un tumor que ha surgido en Alemania, un carcinoma de carne *alemana*, una modalidad del cáncer, lo mismo que hay una *gripe española*.

Hacia el mediodía

Cuando se va Eva, la despedida es siempre muy cariñosa; no sabe nunca si volverá a encontrarme a la vuelta. Miedo a cada hora que pasa; siempre ese correr-a-la-ventana cuando se acerca un coche. Apenas exagero: el miedo y el hambre llenan el día. El hambre alterna con las ganas de vomitar: cuando esas patatas viejas y malas están frías, las como con asco, y no le sientan bien ni al

estómago ni al intestino. Pero más que eso hace sufrir el miedo. Los cupones están tan agotados que Eva ha de almorzar siempre fuera, el «plato único», que no está racionado. Mañana tiene que ir una vez más a Pirna. Se llevará entonces algunas hojas.

Por la tarde

De ayer: Steinitz tenía algo que hacer en el ropero de la Comunidad y fue a encontrarse con un coche de la Gestapo. Un hombre «uniformado, con dos estrellas»: «¿Qué andas tú haciendo por aquí? ¿Cómo te llamas? ¿Te he partido la cara alguna vez? ¿No? Bueno, pronto te haré una visita».

Novedades de hoy: pronto hará seis semanas que le di mis zapatos al único zapatero judío, a un, como suele decir Eva, «oso ruso», en la Sporergasse; el inmueble pertenece a la Comunidad y está habitado por proletarios judíos. Espero desesperado esos zapatos y, como el hombre rebosa de trabajo, hasta que no los recoja no podré encargarle otra reparación, y mis botas, remendadas infinitas veces, casi no tienen tacón. Eva, que ya ha preguntado varias veces, tenía que recoger mañana esos zapatos. Ahora han hecho un registro en la Sporergasse 3, y han detenido al zapatero (al parecer porque han descubierto cigarrillos en su casa). Así que seguiré caminando sin tacones. «Camino con botas, con botas sin suelas.»[168]

Ultima disposición: desde el 30 de junio quedan cerradas las escuelas judías, tampoco se puede dar clase particular a los niños. Condena a muerte intelectual, analfabetismo obligatorio. No lo conseguirán. Ha pasado por delante un camión, cargado hasta los topes con maletas y bultos. Recogida general de los tejidos requisados. (Los arios dan voluntariamente algunas cosas; a los judíos se los obliga a dar *todo*. Sólo pueden quedarse con lo que es necesario «para vivir modestamente». ¿Cómo interpretará eso la Gestapo?) Los matrimonios enteramente judíos también entregan todos los aparatos eléctricos y los gramófonos. De eso estamos nosotros –de momento– exentos.

Estudio de los escritos sionistas de Herzl. La más asombrosa afinidad con el hitlerismo. Solamente, Herzl evita dar una definición de la sangre. Para él, la nación es «un grupo histórico, reconocible por su coherencia y con un enemigo común». (Una definición bien inconsistente.)

La prohibición de la enseñanza es la tercera de una segunda serie de medidas

antijudías.

24 de junio, miércoles mañana

Hemos hablado del empeoramiento de nuestra situación. Qué moderados eran los registros domiciliarios en Dölzschen. Y ahora… Eva dijo: *«Esto* ya no son registros. Son *pogromos*». Tiene toda la razón.

Desde que la señora Pick intentó suicidarse, todas las tardes, entre la cena y el té, pasamos un rato abajo. Para consolar a la señora Kreidl –ya no se me ocurre otro consuelo–, constato una y otra vez: «Otro día más que hemos superado, una posibilidad más de sobrevivir».

La noticia oficial del periódico decía que los asesinos de Heydrich habían sido fusilados en una iglesia de Praga; que habían saltado en paracaídas de aviones ingleses, en diciembre de 1941, y aterrizado en una aldea cerca de Pilsen. Checos de Beneš[169], cuyos nombres y fechas de nacimiento se indican con toda exactitud. – Hasta aquí el informe oficial. *Lo que cuentan*: la aldea en la que estuvo esa gente ya no existe[170]. Los hombres, fusilados, las familias, en un campo de concentración, las casas, destruidas: sólo tierras de labor, por las que pasa el arado.

Carta de Sussmann (Arne Erik Johansson), cariñosa y sin idea de nada. Pregunta por mi *Curriculum*. ¿Le digo que no puedo tener en casa ningún manuscrito? Quiere enviarme dinero de Georg[171]; dice que «está permitido oficialmente». Pero no conoce mi franquicia. Pregunta por mi salud. ¿Le describo las angustias y los sustos, el hambre? Tiene puesta la esperanza en la feria de primavera, o al menos en la de otoño del año que viene, «porque el negocio va prosperando». ¿Le digo que nosotros ya no podemos esperar *tanto* tiempo? – Está, como el año pasado, en una casa de verano, roturando una parcela de bosque de su yerno. ¡Cuántas cosas por las que uno puede sentir envidia de la gente, cosas que pueden considerarse como libertad! Y sin embargo: no sé si querría cambiarme por él.

Así que estas hojas van esta tarde para Pirna. Mi miedo más reciente es que allí tampoco estén absolutamente a salvo. Annemarie tiene mala fama. Si las descubren allí, estos manuscritos (y lo demás) serían la perdición de Annemarie, de Eva y mía. Es como si los espíritus de Ernst Kreidl y del doctor Friedheim

estuvieran siempre en torno a mí. Pero el peligro es tan grande y tan omnipresente que me convierte en una persona fatalista. Este manuscrito es mi deber y mi última satisfacción.

Arne Erik todavía pregunta si «seguimos tan asiduos a los paseos». Pero Eva recorre exhausta los puestos del mercado y yo llevo la estrella.

Después de comer

Ese charlatán de Simón –he estado allí, por tercera y penúltima vez, embutido con estos primeros calores en el abrigo de la estrella– ha hecho un buen comentario. Entierro oficial para Heydrich, para Hühnlein[172] (jefe del pelotón motorizado, muerto a los sesenta años «de una grave enfermedad»), etc.: «Cuando a uno le conceden entierro oficial, siempre lo han matado ellos». Esto lo anoto aún rápidamente antes de poner a salvo (¿?) las hojas.

25 de junio, jueves mañana

La mañana es terrible. De pronto se me viene encima todo. ¿Me apalearán y escupirán hoy? ¿Me «citarán»? ¿Me detendrán? Detener, ahora equivale a muerte segura. Además: ¿qué comer? La penuria es enorme: nos quedan dos cupones para patatas, pero nadie puede suministrarlas (en Chemnitz, *al parecer*, ha habido disturbios entre los obreros de la industria del armamento, y a continuación han enviado allí las legumbres destinadas a Dresde; en Berlín y Turingia, *al parecer*, la penuria es total; pero en 1916 apunté en el diario cosas parecidas), no tenemos ya nada de pan, y las nuevas tarjetas aún no han llegado. Annemarie dice que ella también anda en apuros, que el personal nuevo, muy reducido, la roba. Steininger, el amigo de la señora Pick que me ayuda a veces, por lo visto ya no se atreve a entrar en esta casa. – Pirna ha sido también un desengaño en otro aspecto: Eva se llevó un pequeño paquete de ropa y lo volvió a traer. Tampoco hay allí posibilidad de que la laven. Desde Navidad tenemos debajo de la mesa del dormitorio un fardo cada vez más abultado. Para lavar en casa nos faltan los utensilios. A la escasez inmediata de ropa –ahora ya no hace frío– se añade el miedo al registro. Esa gente ve en todo un motivo de represalias. Eva me ha traído de Pirna un puro. Lo fumé al momento, porque guardarlo significa literalmente ponerse en peligro de muerte. Lo

desacostumbrado y apresurado de aquel solaz, la angustia y la amargura de los pensamientos vinculados a él, la pésima calidad del tabaco, todo hizo que me pusiera malísimo. Sudor, manos ardientes, ahogo. El asado de perro de los *Tejedores*[173], sólo que fue peor por ser más peligroso.

Los *Escritos sionistas* de Herzl. Son los mismos razonamientos, a veces casi con las mismas palabras, es el fanatismo de Hitler. En el artículo «Mauschel», era mi constante impresión: Lydia Rabinowitsch[174] (Múnich, 1919) rediviva. –¡Qué esfuerzos hace Herzl para evitar la teoría de la raza! ¡Cómo ha previsto el porvenir! (Y al mismo tiempo no lo ha previsto, porque considera imposible la revocación de la emancipación, la recaída de Europa en la Edad Media.) Y sin embargo, para millones de personas, no tiene razón. Yo *sólo* soy alemán. Todo lo demás para mí sería comedia.

La señora Pick dijo: «Yo a su mujer ya sólo la llamo Eva Brandström[175]». Tiene razón, y en estas semanas admiro y venero a Eva aún más que antes.

Aquí fuera, en la iglesia de Strehlen, hay por cierto una Elsa Brandström-Strasse. Probablemente por error, porque esa pacifista se negó a aceptar una invitación de Hitler, que había depuesto de su cargo a su marido. Yo estoy viendo aún a la Brandström, junto con Ulich, en una de mis conferencias en la Sociedad de filología.

El alivio de saber fuera de casa los manuscritos dura siempre exactamente doce horas. Luego el deber interior (o la vanidad o la sensación de vacío) triunfa sobre el miedo a la muerte. (Escondite actual: Delteil[176] – apuntes sobre *Juana de Arco*, una carpeta de manuscritos de los años veinte.)

Herzl me produce aversión pero me resulta interesante. El *Hassidim* de Buber[177], su introducción a la mística judía, me pone literalmente enfermo. Ampulosidades completamente difusas.

[…]

Mi respuesta a Sussmann me causa quebraderos de cabeza. *Yo* no puedo responder a ninguna de sus preguntas, y *él* no puede comprender por qué dejo sin respuesta lo que en apariencia no puede ser más inocente. Está muy orgulloso porque se ha hecho un cuadro sinóptico de su correspondencia –muy detallado, con casillas rojas y verdes, carta, respuesta, fecha, cada persona tiene su propio espacio–, ¡y yo, aquí, escondiendo, borrando, destruyendo todo rastro de correspondencia!

26 de junio, viernes mañana

Hasta ahora, los judíos que van a trabajar podían conservar sus bicicletas. Última disposición (4): las bicicletas sólo pueden conservarse si el trabajador tiene que recorrer un trayecto de más de 7 kilómetros. Al mismo tiempo: quien sigue teniendo permiso para utilizar el tranvía (obreros más allá del límite de 7 kilómetros) ya no puede sacar tarjetas de 12 trayectos o carnets de correspondencia, sino sólo los billetes sueltos, más caros. Como Elsa Kreidl, en su calidad de viuda, ha quedado desvinculada del mundo judío, soy yo ahora el encargado de mantener el contacto de esta casa con la Comunidad (sobre todo recoger las tarjetas de racionamiento, cada cuatro jueves), y Eva es la que se encarga en mi lugar, pues puede tomar el tranvía. De ello resulta una conexión más activa con la Comunidad.

Ayer junto con Eva en casa de los Marckwald. Una frase de él me estremeció. Dijo, medio sin pensar en nada medio nostálgicamente, como quien recuerda los buenos tiempos: «Cuando todavía me podían sacar, me gustaba ir al mercado cubierto. Mi mujer empujaba el sillón de ruedas y me dejaba en un rincón mientras ella efectuaba las compras».

Escritos sionistas de Herzl. Me ha impresionado enormemente la honda afinidad con el hitlerismo. El mismo triple tono: exagerada importancia de la tradición – exagerada importancia del americanismo – exagerada importancia de la compenetración con los pobres. A cambio, desmesuradas injurias a los ricos, a los clérigos de orientación diferente. Imagen de un porvenir glorioso. Protestas de paz y amenazas.

[…]

Hacia el anochecer

Crónica del día, conforme a lo que he sabido por Simón, luego por Seliksohn (¡mi arsenal de patatas!) y finalmente por Kätchen. El zapatero se ha suicidado en la PPD. Yo lo dudo, no parecía ser de los que pierden los nervios tan pronto; otros habrán contribuido a ello. – La residencia de ancianos que hay en la casa de la Comunidad, donde hace poco fui a ver al señor Hammer, el que hablaba de sus relaciones con Walzel, va a ser evacuada. Con ellos irá otra serie de viejos, designados con nombres y apellidos por la Gestapo. Entre ellos Perl, aquel

hombre viejo y achacoso con quien quité nieve en invierno y que en ese trabajo disfrutó de una especie de protección pasajera, así no necesitaba ir a la Gestapo, que le ordenaba que se presentara a diario para recibir palizas y hacer marchas por la ciudad. En total, el convoy constará de unos 50 ancianos. Como en Berlín siguen evacuando constantemente, aquí también habrá que contar con que prosigan la operación. No se sabe bien qué criterios determinan la selección. ¿La edad, los bienes de fortuna, el grado de impopularidad personal? En estos momentos, quienes corren más peligro son los viejos. He oído hablar aquí a menudo de un tal Zottmayr, cantor de cámara ario casado con una judía. Murió hace unos meses de cáncer. La esposa, que hasta entonces no había sido molestada (setenta y pocos años, posición desahogada), tuvo que llevar inmediatamente la estrella. Ahora está entre los evacuados.

Hoy ha faltado un pelín para que Kätchen me sorprendiera cuando le robaba pan y trataba de robarle azúcar. ¿Qué habría ocurrido? Es realmente esta hambre feroz lo que me impulsa a cometer esos hurtos. (Con los que verdaderamente no le causo a Kätchen ningún perjuicio. Ella come poco, está bien abastecida por su madre, deja que se estropee mucho.) Cometer esos hurtos es para mí una humillación terrible.

27 de junio, sábado mañana

Las dos primeras impresiones dominantes del día: 1) Me arrastro trabajosamente por el suelo para llegar a la estantería que hay detrás del piano de cola; allí debajo está escondido el pan. 2) Paso frío ante la ventana abierta –el calor es hasta hoy rarísima excepción, un solo día ha sido casi veraniego– y mientras paso frío pienso al mismo tiempo: «Bien, porque dificulta la cosecha, bien, porque puedo salir con el abrigo y así no tengo que poner estrella en el traje».

[…]

Esta mañana, al despertarme, se me ocurrió lo siguiente: Tengo que dejar muy claramente escrito un estudio: *Pro Germania*, *contra Sión*, desde el punto de vista actual del judío alemán. Me pondré a ello cuando haya terminado los *Escritos sionistas* de Herzl, o sea, mañana. En la medida en que mañana todavía esté en circunstancias de hacerlo: siempre ese miedo al siguiente cuarto de hora.

28 de junio, domingo noche

Por la mañana, apuntes sobre Herzl. Por la tarde en casa de Seliksohn. Discusión llevada con apasionamiento por su parte, por la mía con inseguridad. «Usted tendría que ser judío, tendría que dar clase a judíos, en Jerusalén lo acogerían, allí está su lugar.» – Yo expliqué que era sólo alemán, que no podía evitarlo; que los nacionalsocialistas no eran el pueblo alemán, que el pueblo alemán actual no era la totalidad de Alemania. – El: que él siempre había odiado a toda Alemania, todo lo alemán, por ser cruel y bárbaro, que él prefería vivir fuera de Alemania en la más honda miseria que aquí en una situación soportable, etc., etc. – «Y aunque yo odiara a Alemania, por eso no dejaba de ser alemán, yo no puedo arrancarme lo alemán. Y quisiera quedarme aquí y ayudar a la reconstrucción. – Además: en Jerusalén yo no sería más que el que sigue la corriente, el oportunista, el traidor.» Añadí que él mismo me había dicho antes en una ocasión: «Si le ofrecieran a usted una cátedra en Jerusalén y yo pudiera dar mi opinión, votaría en contra». Él: «Sólo si no ha tirado usted antes la partida de bautismo. Pero nadie le pide que sea religioso, que vaya a la sinagoga». Eva y yo hablamos de eso en el camino de regreso. Ninguno de nosotros dos estábamos totalmente en contra de Jerusalén ni totalmente en pro de Alemania. Yo cité la frase de Jules Sebba[178]: «Si no tengo más remedio que decidirme por un nacionalismo, entonces elijo el judío, que no me persigue». – Pero también en el debate de hoy ha dicho Seliksohn: «Ahora llega la invasión de judíos alemanes». En otro contexto contó Seliksohn como una impresión suya infantil, qué emocionantes ceremonias fúnebres se celebraron en las comunidades judías de Rusia, en 1904, en honor de Theodor Herzl. Allí, en efecto, tuvo que ser considerado realmente como el Salvador (él escribe *gestor*, en alemán, *Führer*).

Aquí en esta casa hay una constante discusión sobre si el abastecimiento de la población es mejor o peor que en 1918. Las Kreidl aseguran que mejor; nosotros, que peor. – Ayer dijo Steinitz: «La avena plantada junto a la Escuela Normal está creciendo bien». Y Eva: «¡No sea usted tan aguafiestas!».

29 de junio, lunes mañana

Hace un año pasé en prisión, en la PPD, el día de nuestro aniversario[179]. Muy

desesperado y amargado. ¡Pero cuánto mejor estábamos entonces que hoy! Los hombres de la Caspar-David estaban aún todos aquí, yo, todavía sin estrella, aún podía salir con Eva, viajar en transporte público, entrar en restaurantes, en casa aún no estábamos escasos de comida, la Gestapo aún no organizaba pogromos, yo aún tenía en casa máquina de escribir y mis manuscritos, posibilidad de producir, no sospechaba el grado de esclavitud y miseria a que llegaríamos después. – Pero también puedo hacer una cuenta inversa: Hitler aún no había sido frenado ni estaba tan cerca de la segura ruina como hoy. – No podemos hacer ningún tipo de celebración. Eva intentará traer hasta aquí, desde la ciudad, 10 kilos de patatas, que la señora Kreidl nos da en forma de cupones pasados de fecha. Es el regalo que Eva me hace. Yo no tengo nada que regalarle.

El miércoles la residencia de ancianos es enviada en un camión a Theresienstadt. El doctor Katz acompaña al convoy. Cuentan su frase característica: «Confío en poder volver».

Para los catorce días que van del 29 de junio al 12 de julio se dispone de 5 kilos de patatas por cabeza. De ellas, una de cada cuatro está podrida. Faltan legumbres, nabos. El pan es escaso y malo. ¿Cuánto tiempo se puede suplir con miedo el entusiasmo y la buena voluntad?

Los masivos ataques aéreos de los ingleses a Colonia y Bremen parece que son el inicio de una ofensiva aérea: «¡Con 1.000 aviones sobre el norte y el centro de Alemania!». Entre las ciudades previstas parece que se encuentra Dresde. Aquí están reforzando las posiciones antiaéreas (en Zeiss-Ikon y en el ayuntamiento).

JULIO

1 de julio, miércoles mañana

Ya ayer por la mañana, cuando iba a recoger el correo, me dijo la señora Ida Kreidl: «Ahora he perdido todo. También van a evacuar a mis hijos, los de Praga». Tiene allí una hija casada, y a su nieto de diez años. La familia irá a Theresienstadt, desde allí a lo desconocido. Paul, el hijo, está ausente desde enero. Yo la consolé: en Praga hay tal avalancha de fusilamientos que cualquier otro lugar es más seguro. Ida Kreidl estaba, por otra parte, sorprendentemente resignada o insensibilizada o aturdida. – Por la tarde, cuando estábamos sentados apáticamente en la habitación de la señora Pick, apareció Elsa Kreidl: habían llegado para ser enterradas la urna de su marido y otras nueve urnas; las exequias de Friedheim y Ernst Kreidl serán el domingo a las nueve y media. Esto es grotesco y atroz. Eva y yo tuvimos la misma idea: tal como se sentaban los dos juntos en el banco del jardín, así estarán ahora sus urnas una junto a la otra. Kreidl fue al encuentro de la muerte seis meses antes, Friedheim le ha dado alcance después. (La amortajadora judía le contó a la señora Voss que Friedheim se había ahorcado. – Pero esa información no indica hasta qué punto es verídico el «se», y aunque lo fuera, no expresa un acto voluntario. He oído decir que les ponen a los presos una soga en la celda.) El miedo a la muerte ya no se aparta de mí. Es peor que en 1915. Pueden venir a buscarlo a uno en cualquier momento.

Eva está cada vez más ajetreada, con más idas y venidas. Por la señora Pick se juega literalmente la cabeza, no, nuestras cabezas. («Por tus manuscritos también», me replica cuando se lo reprocho.) Hoy he hecho –horas de trabajo– seis transferencias. Enorme impuesto sobre la renta del año pasado, por el dinero de Georg, segundo plazo de la multa por las divisas, impuesto judío, etc. En total, 466 marcos. Nuestras reservas han disminuido a 500 marcos. Pero el dinero me deja ahora indiferente. Con tal que no me vengan a «buscar», con tal que calme a medias el hambre. Este «a medias» va tomando cada vez peor cariz. Steininger, el amigo de la señora Pick que me regalaba cupones de pan, ya no se atreve a venir a la *Judenhaus*. Las últimas seis patatas las he cocido para el

desayuno de hoy; la más grande estaba completamente podrida, incomible incluso para mí. Ahora Eva está otra vez en la ciudad a la caza de patatas. Desde hace días cuenta que la mayor parte de los puestos del mercado están cerrados a cal y canto. Con un letrero: «Hoy no han llegado mercancías». Colas delante de las tiendas. Unas puntitas de nabos, una o dos, se venden con tarjeta. El judío y el hogar judío no tienen esa tarjeta.

Apuntes sobre los *Escritos sionistas* de Herzl. Hoy quiero añadir también la tabla comparativa Herzl-Hitler. – Empezadas las *Memorias* de Glückel von Hameln[180] […]

2 de julio, jueves mañana

Si llegase a sobrevivir, pronto dejaría de sentir el embotamiento, el desconsuelo de esta situación. El hambre, agudizada por lo siguiente (Eva lo niega, pero seguramente es cierto): la mesa de los otros está mejor, así que ellos pueden esperar. (Están mejor: menos tarjetas de racionamiento, pero mayor libertad para comprar, moverse, intercambiar y estraperlear, además cantina y restaurante y nada –o casi nada– de registros domiciliarios.) El hambre, que en estos últimos días ha perdido todo su carácter metafórico. (Ni una patata en la casa, sin perspectivas de suplementos de pan, ni un poquitín de legumbres.) El miedo ante cada timbrazo, ante cada coche que pasa. El terror, que concierne a todos, pero cien veces más a los judíos. La paciencia, cargada de miedo (¿o realmente satisfacción y confianza en la victoria?), del pueblo. Las victorias en África y Rusia, que en cualquier caso prolongan la guerra, el absoluto aislamiento. Como se lee en Chénier[181]: «Cuando la puerta de la prisión se cierra tras de ti…». Especialmente desoladoras las veladas, sentados en el piso de abajo con las tres mujeres. Una de ellas: ahora han evacuado a sus dos hijos; la otra: el marido muerto a tiros; la tercera, bajo la amenaza constante de la Gestapo. Conversación: evacuaciones, tropelías, miedo al timbrazo y al coche que se acerca, informes de Eva sobre el mundo exterior (contactos, en el mayor secreto, con el mercado negro).

Mañana

Kätchen-Sara vuelve tarde por la noche (a pie) de la fábrica, se levanta tarde y

nos cuenta entonces las últimas noticias: anoche, por la radio: ha caído Sebastopol[182].

El transporte de la residencia de ancianos a Theresienstadt, brutal. Camión con bancos, hacinamiento, sólo podían llevar un bulto mínimo, empellones y golpes.

Kätchen tiene alternativamente turno de mañana y de tarde. No le han dado autorización para usar transportes públicos, el camino le lleva casi dos horas. Constantes dolores en los pies, con frecuencia, incapacitada para trabajar.

3 de julio, viernes mañana

Eva ayuda mucho abajo, pasando la aspiradora y fregando. De ello siempre resultan algunas patatas para nosotros. Así, ayer salieron a relucir algunas «dejadas aquí por la señorita Ludwig». La situación de hecho es que Eva hace de fregona a cambio de una fuente de patatas para mí. Se le puede dar otra etiqueta al asunto, pero ese nexo causal está ahí. Las patatas las devoro yo en un 99%. Ayer me lancé sobre la fuente con un hambre canina. A veces pienso que lo compenso dejándole a Eva la mantequilla, el azúcar y la mayor parte de la ración de carne (esto y el pan): pero ella adelgaza incomparablemente más que yo.

Ayer acompañé a Eva (como hago ahora a menudo) hasta la Wasaplatz. Allí le cojo las bolsas de la compra (después de una penosa espera con mi estrella) y ella se va *in città*. En esa salida encontramos ayer a la repartidora del periódico, que venía a cobrar las facturas del mes. Eva se acercó a ella: «Le pago enseguida lo de Kreidl del piso de abajo». Ambos tuvimos inmediatamente la misma idea: «¡Que no llame al timbre, si no, el susto es monstruoso!».

Una disposición oficial publicada en el periódico reduce al máximo todo el personal doméstico femenino, incluso para los arios. Hay que demostrar que en la familia no hay nadie que pueda llevar a cabo las tareas domésticas. Esto y la creciente penuria de víveres es indicio de que no se podrá seguir resistiendo todo el invierno próximo. No obstante, en el este ha empezado la gran ofensiva[183], y en Egipto parece que los ingleses han perdido Alejandría[184].

Ayer, habitual visita a casa de Marckwald. Es horrible ver con qué inmenso esfuerzo se traslada con sus muletas del balcón a la sala de estar, cómo recibe regularmente, durante la conversación, su inyección de morfina, cómo tiembla

de frío constantemente. (Ayer, durante el día hizo por fin calor; ahora estoy embutido otra vez en la chaqueta de lana, y tengo frío en las manos.) En cuanto hace un poquitín de calor, hay tormenta y nuevo descenso de temperatura.

A la caída de la tarde

Cuando la Gestapo encuentra en casas de judíos cupones sin la J, hace trizas los cupones, y el judío, en el caso más favorable, es apaleado y escupido, en el menos favorable, «citado», y también seguramente «retenido». Pero el caso es que cuando se compran panecillos con cupones grandes con la J, muchas veces devuelven cupones pequeños sin la J. La señora Ida Kreidl, cuando le pasó eso, abrió el forro de su bolso de mano y metió allí en la parte interior los cupones prohibidos hasta que los pudo cambiar con Eva.

En el periódico, las informaciones sobre los progresos en Rusia y Egipto un poco neutralizados por artículos desde Berlín sobre castigos ejemplares: en una fábrica de armamento del sur de Alemania habían propagado noticias difamatorias. El principal culpable había escuchado emisoras extranjeras, media docena de obreros habían difundido las «mentiras». El principal culpable ha sido condenado a muerte por alta traición y ya lo han ejecutado, los otros han recibido entre diez años y año y medio de reclusión mayor. Las noticias sobre delitos relacionados con la radio eran frecuentes en una fase anterior de la guerra. De cuando en cuando publicaban una selección de sentencias, siempre elevadas penas de reclusión. Luego, durante mucho tiempo no se habló del asunto. La novedad del caso de hoy consiste a) en que hay muerte, b) en que se trata expresamente de una fábrica de armamento. De modo que ya no se sienten seguros de los obreros, atacan a una determinada clase social, a la clase social más significativa, acuden al último recurso, a la pena de muerte.

Hoy voy a terminar con la lectura, bastante fastidiosa, de Glückel von Hameln y mañana tomaré notas. Mi material de trabajo es cada vez más escaso. Pasa como con las patatas: no sé lo que me traerá el próximo día y ni siquiera si me traerá algo. En caso de emergencia, siempre puedo echar mano de *Wilhelm Meister*, creo que *nunca* he leído los *Años de aprendizaje.*

Trude Scherk escribe que Grete, después de un «pequeño derrame cerebral», está ingresada en un hospital judío. En cuanto a ella, cuenta con ser evacuada a Theresienstadt. Piensa que como tiene casi setenta años, la dejarán en

Theresienstadt (aquí también se dice que los viejos se quedan allí de modo permanente y que sólo envían a otros sitios a los más jóvenes) y que aquello parece que no es tan horrible. De nuestros padecimientos aquí en Dresde no parecen saber nada en Berlín. Por otro lado, allí al parecer ha habido fusilamientos en masa, mientras que aquí se contentan con matar a personas aisladas y a la masa sólo la maltratan.

4 de julio, sábado mañana

Estreicher † en el campo de concentración. – Las muertes de judíos en los campos de concentración y en la prisión se ponen en conocimiento de la Comunidad Judía, se envían los cadáveres y las urnas al cementerio judío (otras veces, caso Friedheim, después de la ceremonia fúnebre se llevan el cadáver para incinerarlo y más tarde entierran la urna). En todos esos casos, las noticias siempre se propagan rápidamente; entre los seiscientos o setecientos judíos que todavía quedan aquí hay un sinnúmero de vinculaciones. Así que ayer llegó la noticia de la muerte del tan odiado, del sumamente corrupto Estreicher. Aguantó largas semanas en la prisión, después cosa de un año entero en el campo de concentración. Como causa de la muerte, indican «inflamación del colon», y por lo que dice su mujer, podría ser cierto, porque ya la tuvo una vez. De modo semejante, hace poco dijeron sobre otro muerto en un campo que la causa era «tumor en una pierna». ¿Mueren esas personas de una muerte más «natural» que los fusilados? Apenas. Viven bajo una inmensa y casi insoportable presión, caen enfermos, apenas los cuidarán, pues faltan médicos, medicinas, puede que también completen la obra de la enfermedad con una inyección. Estreicher me da poca lástima, pero siento escalofríos de horror, como en todos los otros casos. A uno lo liquidan a los tres días, a otro al cabo de un año, pero volver, no vuelve nadie, literalmente nadie. Estreicher era dos o tres años mayor que yo, tenía un aspecto magnífico, como cincuenta años o poco más, no llevaba estrella, era «privilegiado», era compañero de la Gestapo y se beneficiaba del régimen. Hasta que por lo visto se embolsó algo por cuenta propia. Lo ha pagado de un modo atroz. Pero lo que a mí me trastorna es, pura y simplemente, el miedo. *Cras mihi*[185]: nadie regresa. Dadas las circunstancias, ¿es al menos un acto de valentía escribir este diario? Me falta claridad al respecto, y asimismo en cuanto a mi justificación interior para poner también a Eva en peligro.

5 de julio, domingo hacia el anochecer

La tarde del domingo es el único período de tiempo que se considera «libre de Gestapo». En cualquier caso, hasta ahora no ha habido registros el domingo por la tarde (por la mañana, sí), de modo que no se está tan nervioso, se pueden sacar de los escondrijos las cosas de comer: una expresión casi eufemística. El hambre me atormenta lo indecible.

La mañana entera ocupada por el cementerio. Hace mucho calor y, con el abrigo, la caminata (entre ida y vuelta tres horas) ha sido aún más fatigosa que el otro día. Pero el panorama estival del Grunaer Weg (jardines llenos de flores, campos de cereales, la cadena de colinas al fondo) otra vez de gran belleza. En el cementerio todo más deprimente que el otro día. Unas veinte mujeres, unos treinta hombres. Todos con aspecto triste y famélico. Especialmente horrible es ver cómo a los hombres les resbala la chistera sobre el rostro enflaquecido, cómo el sombrero pone más de relieve el traje pobre y desgastado. En dos personas me ha llamado sobre todo la atención ese grado de enflaquecimiento: al doctor Magnus se le ha puesto una cara afilada y hundida, la señora Kronheim se ha convertido literalmente en un esqueleto, asusta ver la pequeñez de la barbilla puntiaguda y sólo recubierta de piel.

Delante del atril del orador, justo donde normalmente está el ataúd, había un pequeño bulto de tela negra. Después, al levantarlo y sacarlo fuera, se descubre la pequeña urna. En el caso de Friedheim, cuyas exequias se celebraron hace poco, dijeron deprisa: «Vamos a enterrarlo». Fuera, entre las tumbas cubiertas de hierba, había una serie de pequeños agujeros, en cada uno de ellos una estaca con letrero: Ernst Kreidl † el…, Feldmann (el zapatero), Doctor Friedheim… Todos entre sesenta y setenta años (incluido el zapatero gigante). Pronunciaron una oración, desfilamos delante y echamos tres veces tierra en la urna metida en la tumba en miniatura. Ante la urna de Ernst Kreidl leyeron en la sala el mismo salmo que hace poco ante el ataúd de Friedheim. El texto me pareció muy poco, doblemente poco adecuado: «Mil mueren a mi izquierda y mil a mi derecha: pero a mí me has protegido». ¿Cómo puede decirse eso ante un ataúd? – «No temo a la peste, Tú me has preservado.» ¿Cómo puede decirse eso cuando yace en el ataúd uno que ha muerto de la peste? Y sin embargo, los once cadáveres que había que despachar esta mañana han sido asesinados, asesinados en el

sentido más propio de la palabra, por la peste que hace estragos en estos momentos.

Una vez más he sido pueril, cobarde y egoísta: pensaba en el zapatero, un hombre enorme, y veía la urna, tan pequeña. La idea de la aniquilación me vino entonces con mayor fuerza y me sacudió con más fuerza aún que a la vista de un ataúd. – Por la tarde, después de haber dormido largo tiempo, leí mucho del libro de Grätz. En los datos sobre la vida de las personas me llamó continuamente la atención qué poca gente sobrepasa los sesenta y pico años, y continuamente sentí escalofríos ante la idea de la aniquilación. Incluso si sobrevivo a Hitler: ¿cuánto tiempo me queda? Es algo estúpido: sólo el no ser, no temo otra cosa.

Ayer tarde, nada más llegar Steinitz a casa, llamó al timbre el doctor Katz. Quería visitar a la señora Pick y no abría nadie. Yo le pedí que descansara en casa un minuto, él aceptó, se fue animando con la conversación y se quedó dos horas. Ese hombre no goza de simpatías en ningún sitio, a nosotros dos también nos resultaba hasta ahora bastante desagradable; ayer lo conocimos mejor y nos conquistó a medias (no del todo). Afinidad con el «tierno» (su tocayo Richard Katz †). También para él, la experiencia central es el ejército. Cuenta con orgullo que en 1905, aunque era judío, fue nombrado oficial de la reserva, que en la guerra lo hirieron siendo oficial médico, cuenta también –y ahí difieren nuestras opiniones– que en 1939 se esforzó inútilmente por ingresar en el servicio de sanidad. (Lleva la Cruz de Hierro de primera clase; sus pacientes le toman a mal que esté en la pared de la sala de espera, vestido de uniforme y a caballo.) Habla con mucha melancolía de su fracasada visión de la vida; la asimilación, sin la que él no puede existir, la considera definitivamente imposible. Le atribuye mucha culpa –y en eso coincidimos– al sionismo; mucha culpa también a la libre entrada de los judíos orientales, con su exclusivo afán de lucro. (Yo dije que pondría un examen previo de cultura a los inmigrantes.) Contó que había conocido personalmente a Theodor Herzl, aseguró que se había convertido en fundador del sionismo político sólo por ambición personal, porque una vez lo insultaron y no recibió satisfacción. – A pesar de su germanidad y de una evidente falta de fe, considera traición el bautismo. – Pareció alegrarse mucho de haber tenido una discusión intelectual. Considero posible que quiera intensificar su relación con nosotros.

No sé exactamente qué tomar como lectura de trabajo. «Adquirir cultura» es

muy bonito, pero a mí me gustaría ser productivo otra vez, y todo son impedimentos. Y siempre la pequeña urna *ante oculos.* – En los próximos días quiero conocer un poco más de cerca la edición popular de Grätz y después pedirle el Dubnow a la señora Hirschel.

El lema de mi *Curriculum* ahora quisiera formularlo así: no sabemos nada del pasado lejano, porque no estuvimos, no sabemos nada del presente porque estamos en él. Sólo del pasado vivido por nosotros mismos podemos, recordándolo después, sacar un poco de saber, un saber muy poco seguro.

6 de julio, mañana

El doctor Katz dijo el otro día que *el* judío no sabía ni obedecer ni mandar. Que era demasiado individualista. Yo estaba de acuerdo –pero lo de no saber mandar lo atribuí al escepticismo innato y a la inseguridad adquirida. Eva nos contradijo: los judíos guardaban la más estricta disciplina en cosas religiosas. Parece evidente que tanto Eva como el doctor Katz y yo tenemos razón en lo que decimos. ¿Qué es, pues, eso *del* judío, *del* alemán, etc.? Y sin embargo existen caracteres de grupo.

7 de julio, martes mañana

Ayer, once de la noche. Eva está acostada, yo leo en voz alta Oldenburg-Januschau[186]. Kätchen, que ha vuelto por la tarde con los pies sangrantes (por el vendaje empapado en sangre le han permitido usar los transportes públicos *una vez),* está durmiendo. Timbrazos. Kätchen sale dando tumbos y espantada de su habitación, yo abro de golpe, palpitándome el corazón, los postigos de la cocina. «¿Quién es?» Una voz de mujer, lejos: «En el buzón». Resultado: la señora Paul ha echado en el buzón un papel citándose con Kätchen; de día no se atreve a acercarse a la casa –su eterno pleito de divorcio, en el que el marido la acusa de tener amistad con judíos–, su señal, cuatro timbrazos cortos, se convirtió con el nerviosismo en un larguísimo timbrazo. Ella tampoco podrá imaginarse el horror que nos causa una llamada así.

Ayer, todo el día leyendo a Grätz […] – Hoy me ha dado Elsa Kreidl el *Diario francés 1939-1940,* de Alfred Fabre-Luce[187]. Dejo de lado a los judíos para estudiar a fondo ese volumen prestado. Sin nada de qué echar mano, leo lo

que encuentro al azar. – Ayer tormenta, hoy bochorno. Ayer durmiéndome constantemente de agotamiento, hoy también. Ayer, hambre y robo de pan (y de patatas sueltas y de una cucharada de azúcar), hoy también.

Noche

Cuenta Kätchen: La residencia Henriettenstift, cincuenta viejos, va a ser evacuada. Su madre, la vital y enérgica octogenaria, tiene que marcharse con ese grupo a Theresienstadt; el hermano de Kätchen ha sido detenido y es, por tanto, hombre muerto. El tal Joachimsthal es un mal bicho; ha tenido muchas peleas con ella y la ha chantajeado; pero ¿por qué tienen que asesinarlo? Por lo visto «ha tapado la estrella» o ha estado en la calle después de las nueve. Por eso, la muerte. – Es tal horror el que tengo, siempre veo ante mí los pequeños orificios de la urna. *Cras mihi*.

8 de julio, miércoles mañana

El doctor Katz dijo el otro día que en el asunto de las evacuaciones «han dado un golpe de timón». Primero la gente de menos de sesenta y cinco años, ahora los que sobrepasan esa edad (en la medida en que no trabajan). Nada de organización, de superorganización. Hay cambios, se dan órdenes contradictorias, el viento cambia súbitamente, como cuando hay tormenta, varias tormentas van y vienen, se entremezclan, se neutralizan unas a otras. En las *Memorias* de Oldenburg veo que ya fue así en 1914-1918, pero esta vez parece que es en un grado extremo.

Nueva disposición *in judaeos* (¿II, 4?): entregar *juegos de ping-pong*. Seguramente para hospitales de sangre. Todo lo que se pide a los arios se les quita por la fuerza a los judíos bajo amenaza de castigo («medida política gubernamental»). El castigo es ahora la muerte sin remisión. Nadie regresa.

Lo que más hace sufrir a Eva es la escasez cada vez mayor de tabaco. Es peor que en la guerra anterior, aunque tengamos la totalidad de los Balcanes a nuestra disposición. Eva supone que el tabaco es un medio de pago de Alemania a Escandinavia, etc.

He leído informaciones que en la guerra anterior acepté con toda ingenuidad. Ayer un resumen de la concluida campaña de Crimea. La pomposidad de las

cifras del botín y de las pérdidas enemigas y la insignificancia de las propias pérdidas es algo ya tan sabido que no causa el menor efecto, como la palabra «batalla de aniquilación». Pero al final dicen: así es la gran victoria alemana, que la falacia de la propaganda enemiga presenta como derrota alemana. De eso se deduce con seguridad –para ello no hace falta incurrir en delito radiofónico– que los enemigos escriben: Alemania ha sufrido en Sebastopol pérdidas irreparables de tiempo y de hombres. Ahora bien, no cabe duda que los datos enemigos sobre las pérdidas alemanas son exagerados (calculo que Inglaterra y Rusia exageran en un 100%, Goebbels y consortes en un 200%): pero sin embargo tienen razón, en el fondo. Ayer leí en Fabre-Luce: si Francia y Alemania perdieran cada una un millón de hombres, Alemania sería la vencedora. Exactamente lo mismo puede decirse ahora de Alemania y Rusia. De momento me interesa menos el frente ruso que el egipcio. En Rusia Hitler está «venciendo a morir»; en Egipto podría vencer de verdad. Pero desde anteayer, parece que Rommel ha sido frenado en Alejandría[188]. – ¡Si yo no tuviera, cada día con más fuerza, esta siniestra sensación de que ya no puedo esperar más tiempo! En verdad, la *mors* espera agazapada, no hay una sola hora segura.

[…]

¿Qué ocurre con nuestra casa? Desde el 1 de julio debe estar decidido si aceptan la nueva hipoteca o si han ordenado la subasta forzosa, y el «administrador ario» no da señales de vida. En el fondo, es igual lo que me diga: en el momento de la evacuación, todo retorna al Estado. Si «me suicidan», heredará Eva, por ser aria. Pero ¿podrá y querrá conservar entonces la casa? No tiene sentido pensar más allá del próximo minuto y de la próxima patata […]

9 de julio, jueves mañana

Bochorno y tormentas súbitas. El calor me mantiene encadenado a la casa: cuestión de vestimenta, la estrella.

¿Cuándo oí por primera vez el nombre de Theresienstadt? (Yo ignoraba por completo la existencia de ese lugar, que al parecer está cerca de Leimeritz y que fue una pequeña fortaleza en tiempos pasados, una localidad pequeñísima.) Tiene que haber sido este invierno, cuando los Kreidl hablaron de evacuaciones de Praga y Viena a Theresienstadt. No puede hacer ni dos meses que se comentó que también iban allí convoyes alemanes. Ahora, Trude Scherk (hace unos ocho

días) emplea esa palabra como un nombre conocidísimo, como una institución pangermánica que no necesita ser explicada: simplemente, se va a Theresienstadt, y si uno tiene más de setenta años, se queda allí. Y Kätchen emplea números con cinco ceros: para todos esos judíos se ha creado espacio en Theresienstadt.

Examinar para la *LTI:* ¿cuándo y dónde aparece la expresión *aufspalten* [‘hendir’]? Me huele a época expresionista.

Estos días he leído en el periódico una pequeña página literaria: Krieck, sesenta años. «El pedagogo, meritísimo del nacionalsocialismo» o algo parecido. Krieck[189]es uno de mis grandes desengaños y entrará en el *Curriculum.* No sé si todavía poseo sus cartas de agradecimiento o si las he destruido.

[…]

10 de julio, viernes mañana

[…]

Los Marckwald me recitaron ayer unos versos que ya deben de tener un año de antigüedad. Se propagan, como la poesía popular, de boca en boca y por eso seguramente admiten variantes. Yo también escribí sólo las rimas en un papel y ahora relleno los huecos con exactitud aproximativa.

La historia de los diez pequeños maldicientes[190]

Diez pequeños maldicientes estaban hablando fuerte;
hubo uno que habló de Goebbels, ya sólo quedaron nueve.
Nueve pequeños maldicientes estaban pensando un poco;
a uno se le notaba, ya sólo quedaron ocho.
Ocho pequeños maldicientes escribían en papeles;
uno escribía una carta, ya sólo quedaron siete.
Siete pequeños maldicientes preguntaron: ¿qué coméis?;
uno dijo: «Pues bazofia», ya sólo quedaron seis.
Seis pequeños maldicientes vieron a un nazi, era un niño;
uno dijo: «¡Eh, piojoso!», ya sólo quedaron cinco.
Cinco pequeños maldicientes estaban tocando el piano;
hubo uno que tocó a Mendelssohn, ya sólo quedaron cuatro.

Cuatro pequeños maldicientes hablaban un día de Ley[191]*;*
uno echó en falta una «v», ya sólo quedaron tres.
Tres pequeños maldicientes: del Partido, cómo no;
uno dijo: «Qué harto estoy», ya sólo quedaron dos.
Dos pequeños maldicientes, ambos oían la radio;
uno la oyó demasiado: se lo llevó la Gestapo.
El último que quedaba quiso ir al extranjero;
va a parar a Oranienburg[192]*, y allí están los diez de nuevo.*

Eva dijo: En el verso final se reconoce la antigüedad del asunto, porque hoy ninguno de los pequeños maldicientes estaría vivo.

Los Marckwald indican como dato auténtico y nada exagerado que en Berlín, desde el comienzo de las deportaciones, se han suicidado 2.000 (dos mil) judíos. Ayer, además del convoy de viejos a Theresienstadt, ha sido anunciada una nueva remesa de gente capacitada para el trabajo: diecisiete personas de cuarenta y tantos y cincuenta y tantos años –entre ellas la enfermera Lampen, que venía a ver a la señora Pick y cuyo padre fue enviado hace poco a Theresienstadt– son despachadas el lunes por la noche en dirección a Polonia. Literalmente cada día trae una mala noticia. – El miedo es cada vez mayor. El cuñado de Kätchen ha enviado cartas para ella a la señora Paul. Eva trajo esas cartas en el zapato; las metió allí porque, al volver, nuestra escalera le pareció que tenía una «animación sospechosa».

Ayer fue nuestro primer día perfectamente catastrófico en punto a comida. Eva fue de un sitio a otro, mañana y tarde, por la ciudad; estuvo en tiendas, en casas de amigos, en el mercado. Todo en vano: no había patatas, ni legumbres, nada. Y en casa no quedaba nada. Ella comió mínimamente en un restaurante; yo tomé por la mañana, al mediodía y por la noche sucedáneo de café con pan, casi siempre seco, muy pocas rebanadas con una pizca de manteca. El pan está también casi agotado: quince días antes de que expire la tarjeta, pero quizá pueda conseguir más a cambio de cupones de margarina. – Ahora Eva está otra vez por ahí. Yo tengo ataques de desesperación.

Kätchen, que tiene desolladuras en los pies, está en tratamiento desde hace algún tiempo con un dermatólogo. Dermatosis. La dermatosis de los pies, le dijo, está enormemente extendida en este momento. Infección y desnutrición.

Variación de la última guerra: dermatosis en la barba.

Kätchen sabe, por nuestro común administrador de la casa, que mi asunto de la hipoteca está arreglado; se ha cancelado la hipoteca de la Wengler[193] y se ha abierto otra. Personalmente, no me he enterado de nada de eso: en mi condición de judio, soy algo totalmente secundario en esto, todo se hace sin contar conmigo. Pero en cualquier caso, parece que por el momento todavía me puedo considerar propietario de la casa. Creo que para Eva esto es un consuelo, una esperanza.

Esta mañana he leído en voz alta las últimas páginas de Oldenburg y las primeras de las *Memorias* de Werner von Siemens[194]. (Prestados por Marckwald.)

Bochorno y ambiente de tormenta. Fuerte conjuntivitis.

11 de julio, sábado mediodía

Ahora, Eva pasa por etapas en que tiene los nervios deshechos. Ayer sobre todo. La búsqueda desesperada e infructuosa de comestibles puede con ella. Se añade, desde hace unos días, el hambre pura y dura. Los restaurantes sólo sirven de manera muy restringida, hay fricciones entre «gente que trabaja y soldados de permiso» por un lado –tienen preferencia por disposición gubernamental, entre las doce y la una, y entre las seis y las siete el «plato único» sólo se les sirve a ellos–, y familias o clientes aislados sin méritos especiales. También le faltan ahora a Eva cupones para grasas, ya que no puede cambiar los cupones que llevan la J. Y en casa, yo vivo casi exclusivamente de pan. – Desde hace unos días, las jardinerías pueden vender parte de sus hortalizas al público, sin tarjeta de racionamiento. Eva hace cola casi una hora y le toca un poquitín o nada de nada. – Si anoche Elsa Kreidl no nos hubiera regalado en el último instante unas patatas viejísimas, hubiéramos estado aún peor de lo que ya estamos. Una sopa con los últimos remanentes de arroz, sémola y maíz. Ahora Eva ya está otra vez hace rato en la calle.

En su búsqueda de patatas estuvo ayer (en vano) en casa de Seliksohn. Esa mujer con tan mala prensa ha perdido al padre y ahora a su primer marido en el campo de concentración. Su madrastra saldrá para Polonia con el primer convoy. La señora Seliksohn está peleada con ella. Todavía tienen mucho capital –esa

gente (Kornblum) era dueña de la gran fábrica de confección Bach–, que ahora va a parar, en su totalidad, al Estado. Algo se habría podido salvar transfiriéndolo a Lilly Seliksohn. Pero la madrastra odia hasta tal punto a la hijastra que prefirió dejárselo al Estado. Tras lo cual, la señora Seliksohn le dijo literalmente a Eva: «Yo le dije: "¡Que te caigas muerta en la calle de tifus exantemático, y que te cubran después con papel de periódico, para que los pájaros no picoteen tu cadáver!"». Nota n° 1: Eso sí que son maldiciones, ya podían aprender los de la Gestapo. Nota n° 2: ¿Dónde ha aprendido ella semejantes cosas? Del tifus exantemático en los guetos polacos ya he oído hablar varias veces, ¿pero los periódicos y los pájaros?

12 de julio, domingo mañana

Eva, sesenta años. Ni siquiera durante la última guerra hemos pasado ninguno de sus cumpleaños en una situación tan terrible. Con las manos completamente vacías, hambrientos y en constante peligro de muerte. Ni siquiera puedo decir: Ya lo celebraremos en su momento; porque ¿qué probabilidad tenemos de estar vivos cuando llegue ese momento?

Kätchen, para quien los cumpleaños son algo ritual e imprescindible, trajo una macetita de prímulas –acto heroico, que puede acarrearle un campo de concentración, es decir, que puede costarle la vida. Típico heroísmo pequeño-burgués. Trajo también, herencia de su madre, un bolsito de mano. Hacia mediodía queremos ir a ver a su madre al Henriettenstift. Tengo curiosidad por conocer esa residencia de ancianos veinticuatro horas antes de la evacuación. Curiosidad y una especie de sentimiento del deber del cronista, más que compasión.

Carácter pequeño-burgués de Kätchen. Le ha regalado también una jarrita a Eva. Al verla pensé en la gran jarra de barro tosco con la estrella de Sión azul. Hace unas semanas la señorita Ludwig y Elsa Kreidl, al poner orden en el sótano, la quisieron eliminar como incordiante legado de la señora Salomonski, madre de la señora Katz, muerta en la primavera de 1940. A mí me gustó esa pieza rudimentaria y me quedé con ella. Se la subí a Eva, que también le vio enseguida un encanto. Pero Kätchen hizo un gesto de desagrado, tanto por el barro gris, tosco y vulgar, como por la estrella.

Quiero que esa jarra desempeñe un papel cuando describa la *Judenhaus*. Ésta

se acaba. Los hombres ya no están y empieza ahora el éxodo de las mujeres: a Elsa Kreidl le ha comunicado el Partido que la planta baja ha sido alquilada para el 1 de septiembre a un inspector de montes y que las inquilinas judías recibirán las correspondientes instrucciones de la Comunidad Israelita. (Entonces, también dejarán sin judíos la primera planta, la nuestra.)

La señora Pick, rebuscando en sus recuerdos, habló ayer de Ludwig Pietsch, con quien (o con cuya hija u otra mujer de su familia) tuvo una relación de amistad. Me enseñó una fotografía de aquel hombre apuesto, de los años sesenta o setenta: abundante melena de artista, barba muy espesa partida en dos, moreno, fuerte, viril e imponente; medio Heyse, medio Spielhagen[195]. En mis recuerdos tempranos, Pietsch es el periodista charlatán de *Tante Voss*[196], que informaba sobre bailes de la corte y actos semejantes. Frases interminables para describir los atuendos de las señoras, uno a uno y centímetro a centímetro. La señora Pick me dio también un artículo necrológico que Oskar Blumenthal[197], en un periódico vienés, dedicó en 1911 al cadáver de ochenta y siete años: pintor, dibujante, periodista lleno de vida y del arte de describir, crítico de arte de la antigua escuela, pero vital y, sobre todo, uno que entendía el arte de saber vivir. Para mí seguirá siendo el viejo charlatán de los bailes de la corte, con sus frases abolladas y encastradas. – Tan lejano en el tiempo como me resulta a mí Ludwig Pietsch les pareceré yo a los jóvenes de hoy.

Programa de la mañana: de la residencia de ancianos a casa de los Glaser, porque Eva tiene allí perspectivas de un «buen» cigarrillo, es decir, sin mezcla. En este momento, más que tabaco le faltan tubitos para hacer cigarrillos. Esos tubitos son «artículo escaso» y están desapareciendo. (En las visitas de la Gestapo, los rompen uno por uno y los desparraman por el suelo.)

13 de julio, lunes mañana

Si este cumpleaños ha sido el más triste, también ha sido el más extraño. A eso de las once, Kätchen y yo nos marchamos al Henriettenstift a pie, Eva en transporte público. Por el camino creimos durante unos minutos que un joven (¿Gestapo?) nos seguía; nos había adelantado y mirado de un modo sospechoso, se quedó parado delante de un escaparate; hasta que no torció por una bocacalle no nos quedamos tranquilos. En la Bürgerwiese, prohibida, Kätchen hizo de

guía. A los portadores de estrella sólo se les permite tomar el pasaje entre Lüttichaustrasse y Zinzendorfstrasse. El Henriettenstift está en la Eliasstrasse, ahora Güntzstrasse, junto a la Johanneskirche; yo nunca he estado allí. Una hermosa zona de Dresde; vistosas plazas, jardines, el mismo Stift, un edificio imponente, tiene un gran jardín. En la escalera, bastante sombría, todo revuelto, estrechez, caos: colchones enrollados y atados, maletas, equipaje de evacuación, que ya conocíamos por Paul Kreidl, amontonado por doquier, en medio de todo ello auxiliares con estrella yendo y viniendo, media Comunidad parecía ayudar a las ancianas. Yo hubiera querido ir un poco por la casa, pero la señora Joachimsthal, aún más bajita y menuda que otras veces, estaba en el pasillo y tenía allí enseguida, a la izquierda, su habitación. Un cuarto diminuto y estrecho, casi la celda de una prisión; en una de las paredes longitudinales, un hornillo y una cama, en la otra una mesa y pocas sillas. Aquel estadio intermedio de mudanza a medio acabar le daba a la pieza un aire más desolador. Apenas habíamos cambiado unas palabras –Kätchen alternativamente cariñosa y áspera en el trato con la madre–, volvió Kätchen espantada de algo que había ido a hacer al pasillo: «Está fuera la comisión de la Gestapo, con Köhler, con el "escupidor", váyanse inmediatamente, están subiendo con Hirschel al primer piso». La que más peligraba era Eva (los arios no pueden entrar allí), así que a los dos minutos nos marchamos. Kätchen nos acompañó: «Están junto a la ventana, arrímense a la tapia del jardín». De modo que salimos con mucho sigilo y completamente a cubierto. Eva encontró enseguida un tranvía. (Por la noche nos contó Kätchen que había sido falsa alarma, que el presunto «escupidor» llevaba una estrella judía, y que «tampoco había sido» Köhler, el papa de los judíos. Fue sólo un amable funcionario, que recorrió las habitaciones junto con Hirschel.) Yo me fui entonces casi una hora completa a ver a Glaser; otra vez por el peligroso pasadizo de la Bürgerwiese, muy abatido, evitando con un rodeo por la Werderstrasse la zona de la estación y del cuartel general de la Gestapo, como un animal acosado. Los Glaser viven en una casa de un estilo muy curioso, un poco colonial, en la Bergstrasse 23, junto a la Schnorrstrasse. Llegué a la una, la señora Glaser me recibió muy cordialmente. Dijo que *él* estaría de regreso antes de media hora, pero llegó a las tres. Ella me explicó con resignada admiración que estaba acostumbrada desde hacía décadas a que él viviera completamente a su aire. Eva apareció poco después que yo, había encontrado donde almorzar en

la ciudad. Las cinco o seis horas siguientes las pasamos en casa de los Glaser. Era evidente que estaban encantados de nuestra visita, no cesaban de agasajarnos. Nos ofrecieron café y pastas, un pastel de crema a falta de nata batida, cigarrillos y puros, así, en plural, dos. Cuando quisimos irnos hacia las cinco, Eva dijo que al final había celebrado su cumpleaños. Entonces tuvimos que quedarnos con tanto más motivo. Apareció una botella de fuerte vino tinto, Glaser tocó con su bonito acordeón «dos veces *Casi treinta años*», para celebrar los sesenta, tocó otras cosas, y puso además en el gramófono una serie de discos recién comprados, una larga pintura tonal de Hindemith[198], que sólo capté a trechos, pero que no rechacé en ningún momento, una mezcla de declamación de *Egmont*[199] (vociferado sin ninguna sensibilidad por Paul Hartmann[200]) y de maravillosa música de *Egmont* de Beethoven, *Lieder* cantados por la Lehmann[201] *(Öffne mir, öffne mir die Tür!* [‘¡Ábreme, ábreme la puerta!’], una voz femenina algo homosexual), etc. Cuando nos marchamos muy animados hacia las siete, nos llevábamos para casa una bolsa con patatas de regalo, un nabo, varios pimientos, unos tomates, y de la biblioteca de Glaser yo había tomado prestado: la *Historia de Estados Unidos*[202] de Firmin Roz y *Muere una época*[203] de Georg Hermann. – Pero lo esencial y sintomático de estos tiempos, en la agradable tarde parasitaria de ayer; consistió en dos revelaciones que me explicaron al mismo tiempo la genialidad y el miedo de ese viejo (porque parece muy viejo aunque sólo tenga sesenta y pico años). Los Glaser habían ido varias veces, por recomendación de Eva, al Huttig, como ella llama al restaurante Steuer, junto al mercado cubierto, y una vez se encontraron allí con ella. «Ya no queremos comer fuera», dijo ayer la señora Glaser, «mi marido tiene miedo.» Un rato después –él aún no había regresado– pregunté en otro contexto si él siempre había sido especialista en impuestos. (Tiene publicaciones sobre ese tema.) Me respondió que no, que también había llevado pleitos de divorcio, y sobre todo había sido defensor de los comunistas en todos los procesos de Dresde. Por lo cual fue el primero que salió disparado en 1933. Y añadió que hacía poco el dueño del Huttig lo había saludado amablemente: «Gottlöber, el que fue acusado de haber arrojado al Elba al ministro Neurath[204] (eso ocurrió en medio de un tumulto), no pudieron probárselo. Ahora, Gottlöber está muy bien, dice que gana mucho». – Eva dice que es un hombre bajito e insignificante. ¿Quién seguirá comiendo en el Huttig? ¿Sus antiguos compañeros de partido? ¿Gestapo?

¿Ambos grupos? ¿Y cuál será la relación de Gottlöber con la Gestapo? – Después hablaron de los líos que tuvo Glaser la semana pasada. Es el propietario de esa casa y de otra más, ha tenido que dar una parte de su piso a una familia con estrella, pero sigue viviendo en casa propia. Ha colocado su capital en una colección de arte, que tiene escondida en su casa. Todo está prohibido, es arte expresionista, «arte degenerado». No está muy claro hasta qué punto, siendo judío, le está permitido vender, en cualquier caso no hay comerciante en objetos de arte que pueda propagar arte *degenerado*. Pero él había encontrado bajo cuerda un aficionado que pagaba bien, y con el dinero que esperaba recibir (y cuyo origen podría camuflar), Glaser quería amortizar una hipoteca. De la conversación resultó una verdadera escena de película. En un cuartito contiguo bastante vacío había unas cortinas, detrás de las que se espera encontrar unas baldas para útiles de cocina o algo semejante. La señora Glaser descorrió las cortinas, y en el suelo había varias esculturas de madera, que me revolvieron el estómago nada más verlas, tan horrendas me parecieron, y hoy, al recordarlas, me siguen pareciendo […] –De momento hay otras cosas que considero más importantes, a saber: 1) La característica personalidad de Glaser, el abogado judío con gran interés por el arte (música, artes plásticas), con inclinación por la modernidad extrema, por el comunismo (compatible con bienes propios y buenos ingresos), disidente y librepensador convencido –organizado en no sé qué liga– tanto en música como en las artes plásticas. – «Mi marido se interesó ya muy pronto por Hindemith.» El hijo, al que no conozco, es médico, pero especialista en técnicas respiratorias: es decir, también un poquito extrema izquierda. A ello se añade ese genial flotar-por-encima-de-lo-cotidiano-y-de-las-obligaciones-domésticas. 2) La ocultación tragicómica de los tesoros artísticos «degenerados». 3) El miedo que ahora comprendo, el pesimismo, que ahora me resulta claro, de Glaser. Cree en la victoria duradera de Hitler; ha vivido de muy cerca el derrumbamiento de la izquierda: «Ya no tienen ningún género de organización», repite una y otra vez y tiembla ante la omnipotencia de la tiranía.

14 de julio, martes al anochecer

Kätchen había recogido una autorización de la policía para pasar la última noche con su madre. Los ancianos fueron trasladados ayer tarde del Henriettenstift a la casa de la Comunidad Judía (Zeughausstrasse), que está cerca, y pasaron la

noche allí tumbados en hamacas. A las cinco de la mañana los metieron en un camión (con bancos y un techo de lona), un remolque transportaba el equipaje. Cuenta Kätchen que había varias personas mirando, arios, y que exteriorizaron claramente su repulsa. «¡Así tratan *ésos* a los judíos! ¡Los transportan como ganado!» Dijo que otra vez los acompañaba el doctor Katz. Y que a éste nadie le tenía simpatía. En cambio, todos hablaban con enorme cariño y admiración de Hirschel, el presidente de la Comunidad (cargo no retribuido). Por lo visto trabaja a destajo. Esta noche, a las tres, había despedido al convoy que salía para Polonia, después se fue con las ancianas, y nada más marcharse éstas, se trasladó a su propia oficina. Dice la gente que todo el sufrimiento y todo el trabajo recae sobre él.

El día entero, tomando notas sobre Fabre-Luce.

16 de julio, jueves mañana

[…] El hambre y el peligro aumentan día tras día. Ahora parece que tendremos que mudarnos dentro de pocas semanas: a más estrechez y a peor. (Aquí hay espacio verde y un cuarto de baño y un pequeño número de personas. ¿Cómo será en el próximo habitáculo?)

Carta de Sussmann. No comprende por qué rechazo una ayuda económica, por qué no respondo a preguntas tan «inocentes» como la que me hace sobre el *Curriculum*; no comprende absolutamente nada de mi situación, está «nervioso y deprimido», seguramente también algo ofendido, me insiste en que *por favor* le permita enviarme dinero: «Aquí los comestibles han subido un 100%, seguro que ahí os pasa lo mismo, de modo que necesitarás dinero»; que aquí no hay subida de precios sino que no hay comestibles, eso no lo sabe. ¿Qué puedo responderle? La censura suprime o pasa a la Gestapo cualquier explicación.

Ayer tarde, Seliksohn en casa. Parece que ahora vive sobre todo del oficio de peluquero y pone en él mucho empeño. Ha peinado a todo el Henriettenstift antes de la evacuación, el próximo lunes por la tarde quiere ofrecer sus servicios a todo el personal de esta casa.

[…] Ahora, el horrendo folleto de Schoeps[205], *Nosotros, los judíos alemanes*. A poco que pueda se lo devuelvo hoy mismo a Marckwald. El *Seegurke*[206] del nacionalsocialismo, diez mil veces peor que el sionismo.

17 de julio, viernes mañana

Estamos con el último pan y hasta el jueves no vienen cupones nuevos; se terminan las patatas y para los cupones correspondientes no ha llegado suministro. No sé cómo vamos a seguir. Los Marckwald me dieron ayer una bolsa de patatas viejas, pero ellos mismos pensaban que aquello ya era incomible. Y en efecto, huelen tan mal y están tan húmedas y putrefactas que no vale la pena hervirlas. ¿Pero entonces qué?

Anuncio de una transferencia bancaria de Suecia. Yo le escribí ayer a Sussmann que con eso me hacía flaco servicio; hoy he declinado aceptar el donativo.

Los Marckwald dijeron en la conversación que el doctor Glaser «no era un hombre simpático». Yo les contradije y pregunté: «¿Por qué?». – «Ha sido un comunistón.» Ahora comprendo también por qué Kätchen acostumbra hablar de él con cara de asco.

Anoche, invitados a casa de Ida Kreidl para celebrar a posteriori el cumpleaños de Eva. Fue una auténtica invitación, como los casi todavía pacíficos sábados anteriores a la irrupción de la Gestapo: té y bizcochos con semillas de amapola, hechos en casa. Pero todas las conversaciones giran siempre en torno a lo desesperado de la situación. Ida Kreidl y la señora Pick cuentan firmemente con ir a Theresienstadt, los Marckwald también. Marckwald dice que para él, eso equivale a la pena de muerte. Cobra, como yo, una pensión estatal, cree que en Theresienstadt no se la pagarán. Necesita 80 marcos mensuales para morfina y otros medicamentos.

18 de julio, sábado al anochecer

Eva tuvo ayer una especie de ataque gripal con algo de fiebre. Por la tarde se acostó y hoy, durante el desayuno, se ha quedado en la cama. Después ha tenido que ir a la ciudad, aquí no había nada de comer para ella. En lugar de sentir compasión, ayer sólo me obsesionaba una cosa: si hoy estaría en condiciones de levantarse. Esta mañana ya no tenía fiebre, sólo estaba molida: la caminata no le ha sentado mal, y esto es lo único bueno que puedo consignar sobre el día de hoy. La escasez de comida ha llegado a un punto álgido, no sabemos a quién mendigar, no sabemos cómo remontar la semana que viene. Eva también está en

muy mala situación, no tiene cupones de grasas ni de pan, y, entre las doce y la una, el «plato único» está reservado para «los que trabajan». Los dos estamos pasando un hambre terrible.

Una tarjeta de Trude Scherk: el estado de Grete ha empeorado, no saldrá ya del hospital; eso es, en cualquier caso, lo que le ha dicho a ella Änny Klemperer (que a mí ya no me escribe), puesto que ella, Trude, ya no logra recorrer el camino hasta el hospital: ¡dos horas y media a pie! No puedo desear a Grete nada mejor que una pronta salida de este mundo. Los Marckwald me dieron el jueves pasado una bolsa de patatas, diciendo que seguramente ya no eran comestibles. Efectivamente, olían muy mal y estaban repugnantemente húmedas. Pese a ello hoy he cepillado y hervido como la mitad de las que traje, las que todavía estaban un poco enteras. Y de algunas, en efecto, se han podido comer algunos trozos. Repugnante. – Hoy todo el día en faenas domésticas, también, para aliviar un poco a Eva, he fregado la escalera.

Por la mañana he leído las *Memorias* de Siemens.

Por la tarde, Steinitz aquí. De pronto muy envejecido, muy deprimido. Me previno otra vez contra Seliksohn; dice que todos tienen el mismo juicio negativo sobre él. (Pero nadie dice qué fechorías ha cometido o piensan que ha cometido.)

19 de julio, domingo noche

El primer día de hambre verdaderamente feroz. Un diminuto resto de patatas, tan negras y apestosas que revuelven el estómago, un diminuto resto de pan. Tampoco ha encontrado Eva nada para ella, porque le faltan cupones. Mañana *tendrá que* mendigarle a la señora Fleischer. – Por la tarde, los Kronheim, que ahora viven en la Altenzeller Strasse y que vimos el otro día al cabo de mucho tiempo en el sepelio de Friedheim y nos pidieron insistentemente que les hiciéramos una visita. Ella se ha quedado en nada y, tras haber sufrido las peores tropelías y ahora además con la amenaza de Theresienstadt, le da vueltas a la idea del Veronal (yo dije que el Veronal es ahora el «caramelo judío»). La hija, histérica grave y obrera en Zeiss-Ikon, quiere casar a su anciana madre con un compañero de trabajo, también viejo. (Cuando uno de los cónyuges trabaja en una fábrica de armamento, parece que no hay evacuación.) Ambiente sombrío. Pero nos dieron unos bollitos pequeños para acompañar el sucedáneo de café con

azúcar, y eso fue una ayuda que duró varias horas. La casa de la Altenzeller Strasse está casi enfrente de la pensión Blancke en la que vivíamos hace veintidós años. La placa de la pensión existe todavía (con otros dueños), la antigua Bendemannstrasse se llama ahora Rugestrasse. Por razones desconocidas, en la casa en que viven los Kronheim se presenta continuamente la Gestapo, que ya ha hecho allí los más feroces registros media docena de veces. Una villa, suntuosa en tiempos, rodeada de verdor. Techos elevados, pinturas en lo alto de las puertas; pero parece que todo está en estado ruinoso. – Los Kronheim contaron lo que al parecer venía en un periódico de Praga pero que suena a inverosímil: entre los muertos en un accidente ocurrido en el puerto de Riga (explosión de una mina) se encontraba el obrero portuario Paul Kreidl. Que a Paul Kreidl lo empleen en trabajos técnicos duros, eso parece probable, también trabajó aquí en el tendido del ferrocarril; pero es poco digno de crédito que den el nombre de un judío evacuado; pues de los muchísimos judíos que evacuaron de Dresde en enero y que, supuestamente –¡sólo supuestamente!–, fueron transportados a Riga, no ha llegado hasta ahora la menor noticia. – El último chiste que contaron: *KDF (Kraft durch Freude* [‘Fuerza a través de la alegría’]) significa ahora *Kann dauernd fressen* [‘Puedo comer a voluntad’]; *BDM*[207] *(Bund deutscher Mädel* [‘Asociación de jóvenes alemanas’]) es ahora *Bin dauernd müde* [‘Tengo un cansancio constante’].

Ultima limitación para judíos (¿II, 5?): está prohibido comprar o suscribirse a periódicos; la esposa aria, caso de que el marido lleve la estrella, tampoco puede comprar ni suscribirse a ninguna publicación periódica.

20 de julio, lunes después de comer

Eva tuvo ayer una crisis de nervios; me echó a mí la culpa, pero la culpa la tiene sólo esta situación y esta hambre terrible. La primera explosión fue cuando al mediodía le aconsejé que tomara una puntita de pan con su sopa. Por la tarde se tranquilizó, estuvimos en casa de los Kronheim. Le recomendé entonces, porque se había hecho tarde, que buscara algo comestible en la ciudad, que si tomaba el tranvía apenas llegaría más tarde que yo a casa. No regresó hasta las ocho y media, había estado en ocho restaurantes sin conseguir nada, en el noveno le dieron un plato de sopa y llegó completamente hecha polvo. Yo había preparado un resto de patatas negras, Eva hizo un poquitín de salsa para acompañarlas y

entonces le dio un ataque de hipo y de tos, que todavía le dura hoy, a pesar de la codeína. Ella pensaba que yo la había obligado a lanzarse a la calle.

Hoy seguimos sin posibilidad de comprar nada y con esta hambre terrible. Para la cena, Elsa Kreidl quiere darnos una fuente de patatas viejas. El pan se ha acabado; ayer, Elsa Kreidl nos regaló un trocito. Nunca he vivido una situación parecida, ni siquiera en la guerra anterior. Por primera vez, el hambre me causa literalmente dolores. Le robo a Kätchen del cajón terroncitos sueltos de azúcar. Eva ha traído unos caramelos, ella había podido comer algo en un restaurante.

[…]

21 de julio, martes mediodía

Después de pasar un hambre realmente torturante, ayer tarde hubo una mejoría momentánea: Elsa Kreidl nos regaló una cestita de patatas viejas; en el puesto de Jentzsch (larga espera junto al carro abierto en medio del aguacero) encontré 5 kilos de patatas nuevas, y Kätchen nos prestó un cupón para un pan de 500 gramos. Por la noche comimos patatas chafadas hasta saciar el hambre. Pero esta mañana ya se había acabado la comida abundante: las patatas han de durar muchísimo, los cupones de pan se nos han acabado hace mucho tiempo, y no hay en ninguna parte ni legumbres ni nada que comprar. (Eva toma azúcar, yo le robo a Kätchen un poquito de azúcar, ayer me las arreglé con un cartucho de caramelos que daban con la tarjeta de Eva; la primera cosa dulce desde Navidad.) – Lo peor no es el hambre, que sólo produce un malestar sordo. Mucho peor es la poca comida. Después del primer bocado noto lo hambriento que estoy y el placer que procura hasta la más repugnante bazofia; y justo después de ese bocado tengo que terminar.

Ayer estuvo aquí Seliksohn en calidad de peluquero y prestó sus servicios a toda la casa. A Eva y a mí nos cortó el pelo, a Kätchen le hizo un artístico ondulado, a Ida Kreidl le lavó la cabeza. Seliksohn se marchó después satisfecho, en total había ganado entre 4,50 y 4,75 marcos.

Esta mañana, para dar un paseo, fui a ver a Simón, el dentista; a través de Steinitz me había pedido que fuera. Sólo quería contarme que había conocido a un profesor de Königsberg, Hahnenkamm, catedrático de filología germánica, de unos cincuenta años, para mí completamente desconocido. Lo habían destituido y se había trasladado a Múnich-Solln. Antinazi, la mujer semijudía, docente de

filología inglesa en la Universidad de Königsberg, había recibido un puesto en Cambridge y estaba allí con los hijos. Al parecer, Hahnenkamm también era «optimista». Le pregunté a Simon si podía prestarme lectura para alguna de mis áreas de trabajo. No tenía nada, pero quiere dar a conocer mi petición entre sus pacientes.

Hacia el anochecer

La dueña de la casa, Elsa Kreidl, me ha enseñado la carta del NSDAP, en la que le comunican que para el 1 de septiembre también van a disponer de nuestra planta, «el piso de la judía Voss». A Eva esta nueva mudanza la deja completamente fría: desde que se consumó el destino del gatito, le da bastante igual adonde nos vamos. A mí me agobia sobre todo lo siguiente: cuando entramos aquí en mayo de 1940, nos dijimos que era provisional. Y ahora, al cabo de dos años y tres meses, empezamos otro «estado provisional» y en condiciones mucho peores. Los veranos, sin ir más lejos: en el verano de 1940, aquellas largas excursiones, en el verano de 1941 todavía dilatados paseos y comida suficiente, en el verano de 1942 Eva se ve forzada a hacer la compra en el centro, yo vivo como un prisionero, y los dos pasamos hambre. Y cada día me pregunto si seguiré vivo en el verano de 1943. Los otros hombres de la casa judía han muerto todos, si es verdad la noticia de ayer, también Paul Kreidl […]

24 de julio, viernes mañana

Aguaceros, tormentas, viento huracanado, otra vez lluvia, frío –hemos puesto los edredones más gruesos–, todos los judíos dicen: «Con que el tiempo continuara *así* unas semanas más…».

Anteayer, carta de Trude Scherk: Grete parece estar moribunda y completamente sola; Trude no puede hacer las dos horas y media de camino hasta el hospital, Änny Klemperer «necesitaba urgentemente descanso» y está en el lago de Constanza. En cuanto a ella misma, Trude cree que saldrá para Theresienstadt en el curso de la semana próxima. Ya le han puesto la vacuna del tifus y del cólera, se ha declarado dispuesta a trabajar, «para comprar medicinas con el dinero ganado». Se tiene la impresión de que los judíos ya no temen la evacuación como antes y que incluso consideran Theresienstadt como un lugar

relativamente humano. Todos se dicen que aquí la situación es *tan* horrible que en otro sitio será a lo sumo igual de horrible, pero tal vez hasta un poco mejor. Yo observo ese estado de ánimo todas las tardes en Ida Kreidl, que ahora está más serena y es más valiente que en los meses pasados. (Del rumor que circula sobre la muerte de su hijo Paul es obvio que no le hemos dicho nada.) Cuando Eva (encargada de repartir en la casa las tarjetas de racionamiento, toda vez que Elsa Kreidl pertenece por completo al bando ario) estuvo ayer en la Comunidad, se enteró de que hoy darán los nombres de otras cincuenta personas que van a ser evacuadas. Todo el que tiene más de sesenta y cinco años cree que estará entre esos cincuenta.

Me parece especialmente escandaloso que en la distribución de tarjetas esta vez les hayan quitado a los judíos la tarjeta de huevos (y la de legumbres). Eso no redunda en beneficio de la población aria: entre 600.000 arios, viven aquí a lo sumo 900 judíos, probablemente sólo de 600 a 800. Pero lo que quieren es hundirnos en el hambre y en la desesperación.

Estos días Eva ha estado en casa de los Glaser y les ha llevado una maceta plantada. (Muy difícil de encontrar; a los portadores de estrella les está prohibido comprar flores.) La tarde de aquel mismo día apareció aquí la señora Glaser trayendo, en contrapartida, tres colinabos, medio kilo de patatas y un poquitín de grosellas. ¡Pero qué miedo a entrar en nuestra casa! «¿No vendrá la Gestapo?» Sólo cuando le dije que era mucho más peligroso entregar un paquete delante de la cancela, *coram publico*, pasó unos minutos.

[…]

Por la tarde

Son las tres y Eva aún no ha regresado. Después viene sin haber comido –en los restaurantes no hay casi nada, sobre todo cuando no se tienen cupones al final del período de cuatro semanas–, cansadísima, malhumorada, con las manos vacías. Así es ahora, así más o menos, día tras día. Y el hambre se ha instalado en nuestra casa, contamos cada rebanada de pan, cada patata. – He estado en casa de la señora Hirschel, en la Wiener Strasse 85, le devolví los *Escritos sionistas* de Herzl, saqué cosas nuevas de su buena biblioteca: *Los judíos y la vida económica*, de Sombart[208]; *Michael Bakunin y la anarquía*, de Ricarda Huch[209]; *La historia judía, un ensayo de filosofía de la historia*, de Dubnow.

Así que, si saco tiempo suficiente, tengo material de estudio para una semana. Hace poco tuve una prueba definitiva del daño inmenso que nos había causado Herzl. Una conocida de Kätchen trajo un ejemplar del *Deutsche Ukrainezeitung*, aproximadamente del 11 de julio. En él había un artículo, curiosamente carente de estridencias y redactado en un tono, por así decir, apacible, sobre el «pueblo judío». El autor citaba un memorándum encontrado entre los papeles postumos de Herzl y dirigido por éste a lord Lansdowne[210]. (No creo que se trate de una falsificación, porque el tono y el contenido coincidían perfectamente con parecidos productos de la literatura sionística.) No puedo citar textualmente, pero lo esencial en su conjunto, dicho de modo semejante, era lo siguiente: si Inglaterra defiende la formación de un Estado sionista, encontrará en muchos miles de judíos de todos los países admiradores, partidarios, propagandistas y agentes. La Alemania nacionalsocialista infiere de ello, evidentemente, que el pueblo judío, en su totalidad, es enemigo suyo y que ahora está siendo traicionada por la parte alemana de ese pueblo. Y justamente en eso basa Alemania su derecho a tratarnos, en el caso más favorable, como prisioneros de guerra, o mejor aún como reos de alta traición. Cuanto mayor es la situación de emergencia, tanto mayor es el terror sobre la población en general, y muy especialmente sobre los judíos. Kätchen contó hace unos días que un ajustador judío (una especie de capataz técnico) de la fábrica Goehle fue a toparse, cuando volvía a casa, con una escuadra móvil, que empezó a gritar en plena calle y a pedir socorro, que lo liquidaron pisoteándole la cara, y luego lo metieron en el coche que estaba esperando. Hoy la señora Hirschel ha dado su nombre como el del muerto más reciente. Probablemente «se ahorcó en la prisión» como de costumbre. Yo: «Le he dicho a mi mujer que si le anuncian mi "suicidio", me han asesinado». – Ella: «Lo mismo me ha dicho mi marido. Con su cargo, corre mucho más peligro que usted». La señora Hirschel también se quejaba del hambre, sobre todo porque no podía calmar la de sus hijos. A ella también le parece sumamente escandalosa la supresión de los huevos. Esta tarde publicarán en la Comunidad los nombres de los cincuenta que serán evacuados en los próximos días. Pero cada uno de los afectados ya ha recibido la noticia esta mañana con el primer correo. Así pues, Ida Kreidl y Julia Pick *esta vez* aún no están entre ellos.

[…]

25 de julio, sábado al anochecer

Ayer –para impedir que nos hiciera su larguísima visita de los sábados–, unos minutos en casa de Steinitz. (Me costó mucho trabajo llegar hasta allí y mucho más hacer el camino de vuelta: ataque de gripe, dolores de estómago, por la noche 38,4°C de fiebre, hoy agotado, me quedo dormido muchas veces, pero estoy mejor.) Tomé como pretexto para cancelar su visita el convoy de evacuación recién anunciado; le dije que quería reservarme la tarde para hacer algunas visitas de consolación. Ya está claro que los Marckwald y la señora Kronheim no están en la lista. Esta vez, cosa extraña, son sobre todo obreros de Zeiss-Ikon, a quienes se creía seguros, y más exactamente, mutilados de guerra. Es perfectamente imposible saber por qué principios se guían, probablemente todo sucede del modo más desorganizado, caótico y personalista. En casa de Steinitz reina la desesperación; también los echan de su piso para el 1 de septiembre, cosa que ha causado efecto sobre todo en la histérica de la mujer. Él, además, estaba bajo la impresión del asesinato del ajustador Goldmann. Trabajando en el cementerio oyó lo que contaban quienes habían trasladado al muerto desde la PPD al cementerio: el cadáver yacía desnudo en un charco de sangre.

Y ya hay otro asesinato. Hace media hora llamaron al timbre, abrí abajo a una mujer para mí desconocida que quería ir a ver a «la señora Voss» y que se lanzó escaleras arriba. Luego oímos lloros y lamentos, muy fuertes y a dos voces, en la habitación de Kätchen. Su cuñada le había traído la noticia de la muerte de Joachimsthal, detenido hace cosa de quince días. – Ser detenido, no importa por qué insignificancia –el hermano, Joachimsthal, según una versión «tapó la estrella», según otra se quedó hasta más tarde de la hora permitida en el restaurante donde trabaja su mujer–, ser detenido equivale ahora a ser asesinado aquí mismo, sobre el terreno, ya no hace falta recurrir al campo de concentración.

[…]

26 de julio, domingo mañana

Como hace unas semanas, Katz vino a ver a la señora Pick, no encontró a nadie en su piso y se quedó una hora charlando con nosotros. Mucho ha sido variación

de la primera visita. Aumentó la sensación de afinidad de los dos tocayos. También para el médico la guerra mundial es la experiencia central que reaparece continuamente, el amor al ejército alemán es indestructible, y esa actitud es herencia y producto de la educación: el padre del doctor Katz fue húsar de la guardia y a los dieciséis años falsificó la firma de su padre y se fue de voluntario a la guerra del setenta. (En 1933-1934, los dos Katz habrían sido seguramente adeptos al «movimiento Schoeps»: «¡Esperar con entusiasmo hasta que el nacionalsocialismo alemán nos necesite!».) Pero el doctor Katz es más marcadamente judío que el difunto Katz (que sin embargo tampoco se convirtió). – Pero de las cosas que hablamos ayer hubo algunas que fueron para mí nuevas y valiosas. Katz dijo que había calculado que hoy un judío salía a 1.500 calorías diarias, un ario, a 1.800. La cantidad necesaria para un obrero medio eran 2.800 calorías. Los «plutócratas», con el mercado negro que otra vez está infiltrándose poco a poco, conseguirán algunas calorías suplementarias. Él, Katz, contaba con la «enfermedad del bloqueo propiamente dicho» («enfermedad-del-bloqueo» es una palabra creada por él, dice) para Navidad, aproximadamente. Le pregunté si no había hambre ya, hambre seria. – «Sí, pero por lo pronto sólo hay síntomas de cansancio. Primero, el cuerpo consume las grasas, después quedan afectados los músculos, incluido el músculo cardíaco. Viene entonces insomnio grave, edemas del hambre, incapacidad de trabajo. Eso afectará al rendimiento de la industria del armamento.»

Sobre la LTI. Ahora se dice *Bestallung* [‘nombramiento’] en lugar de *Approbation* [‘permiso de ejercer’]. Tendencia a la pureza del idioma. Yo dije: Sí, pero también neologismos cultos, misteriosamente evocadores, como el latín de la Iglesia. Katz quería atribuir los cultismos de Hitler a la vanidad del autodidacta. Afirma (y yo lo he oído contar también a otras personas) que Hitler decía realmente en sus discursos de los primeros tiempos *diskrimieren*[211] *(sic*). Algo totalmente nuevo, un capítulo entero de la *LTZ*, empezó para mí con este dato, convincente de entrada (y basado probablemente en pasajes de *Mi lucha)*: Hitler tuvo como punto de partida una política específicamente austriaca: Schönerer[212] y Lueger[213]. – Yo mencioné el artículo sobre Herzl-Lansdowne en el *Deutsche Ukrainezeitung.* Katz contó que Herzl había sido una personalidad realmente fascinante. Él, Katz, fue durante año y medio ayudante de no sé qué pez gordo (Eiselberg[214] probablemente) en Viena, y en su calidad

de alemán del Reich, *pese a* su judaísmo, estuvo bien considerado por los colegas cristianos y por eso en una posición de observador, neutral. Habla de Schnitzler, cuyo hermano, Julius Schnitzler, era un prestigioso cirujano. En Havelock, Arthur Schnitzler[215] entra como una tromba en la sala de operaciones durante una operación de apéndice, exclama agitando un periódico: «¡Tienes que leer la recensión, Julius!», y quiere ponérselo en la mano. «Después, Arthur, estamos operando, ya lo ves», y nada más marcharse el hermano: «Vamos a esterilizarnos otra vez».

Lloros violentos de nuevo, ha llegado la cuñada de Kätchen. Kätchen sale corriendo del cuarto, con una camisa; entre ríos de lágrimas: «Eternamente tiene que guardarla mi cuñada, tal como está; ¡tiene usted que escribirlo!». En el revés del puño, una cartulina, encima grandes letras recortadas del periódico, palabras enteras tomadas tal cual, pegadas limpiamente con sabe Dios qué masa: «Hasta la última hora, eternamente gracias por tu amor y fidelidad, también a mis padres». Como sacado de un folletín. (¿Habrá que concluir de eso que ha sido suicidio o enfermedad o ejecución anunciada? El estaba enfermo de malaria y en los próximos días debía ir a un hospital, por otro lado trabajaba en Zeiss-Ikon y era una persona fuerte. Por cierto, en su pasaporte militar hay consignados diecisiete combates.) – Todo, como sacado de un folletín. Anoche –estábamos solos abajo–, Elsa Kreidl habló en un tono semisosegado de sus nuevos inquilinos; el inspector de montes, un hombre muy amable, irá al primer piso, el oficial de investigación criminal de la Gestapo, a la planta baja porque tiene hijos y además quiere trabajar en el jardín… Suena como si la señora Kreidl se sintiera ahora más segura. Entonces, en medio de esa tranquila conversación, Eva arremete contra ella: «¡Han asesinado a su marido, han asesinado a su amigo Friedheim, a usted la han llamado "puta", y ahora va a vivir apaciblemente con ellos y estará con ellos en el jardín, y aquí puede detenerse el coche en el que han yacido los cadáveres de los asesinados!». Elsa Kreidl responde algo apocada, probablemente con cierta conciencia de culpa: «¡Pero yo no puedo elegir a mis inquilinos!». («¿Y por qué no se marcha ella de la casa?», me dice Eva después.)

Frente a todos esos sucesos, todas esas escenas, yo, desde el punto de vista del altruismo, permanezco frío como el hielo, indecorosamente frío. Lo único que procuro siempre es superar el escalofrío del miedo a la muerte. Ese

escalofrío me sacude una y otra vez: también vendrán a buscarme a mí. Ya no se trata de tener bienes: a todos nos amenaza el peligro de morir asesinados. Ese Joachimsthal vivía en matrimonio mixto, no tenía bienes, era ex combatiente, obrero de una fábrica de armamento, estaba en la lista del último (saldrá el lunes) convoy (¿por qué?) y ahora lo han asesinado. (¿Por qué?) Si me matan a mí, se ahorran una pensión de funcionario. Siempre que miro el correo, pienso que una postal podría convocarme ante la Gestapo. Anoche, al despedirnos en la puerta del pasillo, la señora Ida Kreidl murmura para sí como recapitulando: «A Ernst, al profesor, al hermano de la señora Voss… A todos los asesinan». – Al «profesor». Quiso decir al «doctor» (Friedheim), ella hablaba, refiriéndose a nosotros, del «doctor» y del «profesor», sólo ha confundido los títulos. Una cosa bien natural y sin embargo me hizo sentir un escalofrío de horror. – Me gustaría tantísimo poder vivir unos años más, me aterra tanto precisamente esa muerte, ese esperar tal vez días enteros con la seguridad de que se va a morir, sufrir tal vez tortura, extinguirme en absoluta soledad. Siempre busco refugio en lo que ahora es mi trabajo, en estos apuntes, en mi lectura. No sólo me quedo impasible frente a todas estas atrocidades, sino que siempre siento un cierto placer, el placer de la curiosidad y de la satisfacción:

«¡Así que también podrás dar testimonio personal de esto, también estás viviendo esto, algo que enriquecerá otra vez el *Curriculum* o la *LTI*!». Y entonces me considero valiente por atreverme a tomar nota de todo. En lo más hondo, naturalmente, se esconde, agazapada, esta sensación: He salido bien librado ya tantas veces, ¿por qué no también esta vez? Pero los largos momentos de miedo atroz son cada vez más frecuentes.

En la tragedia de este último asesinato subyace una comicidad abominable. Hace unos meses Kätchen me hizo una escena porque, estando ella ausente, dejé que su hermano la esperara en su habitación. A ese canalla que quería extorsionarla no se le podía permitir que hurgara en sus cosas. Todavía era peor lo que decía sobre la cuñada. Ahora las dos mujeres están tiernamente unidas, y lloran por el hermano como por el miembro más querido de la familia. Eva dice que en el dolor de Kätchen hay mucho convencionalismo: *se* llora por un hermano. Por otra parte, llora de verdad: las lágrimas son auténticas, lo es el color del rostro, lo es la emoción. Y además padece realmente del corazón, un médico acaba de darla de baja otra vez por angina de pecho y dilatación

cardíaca. Sin embargo: su espíritu me parece siempre una especie de pizarra: nada de lo que se escribe se queda fijo, un segundo después pasa por encima la esponja de una nueva impresión. Sin embargo: en los minutos en que aparecen esos letreros horribles, ella sufre de verdad.

27 de julio, lunes mañana

Ayer tarde en casa de Seliksohn. Acogida realmente conmovedora: una tarta, les habían regalado ruibarbo; me obligaron a aceptar un puro: «Me lo ha regalado un septuagenario a quien tuve que tintar el pelo de oscuro». La connotación es siempre la misma: ¡Tómalo, por favor, quién sabe si todavía será mío dentro de una hora! Seliksohn tiene siempre muy mal aspecto y una extrema delgadez, pero ayer estaba demacrado y chupado como nunca. Lo dice él mismo: es el miedo. El caso Goldmann, el caso Joachimsthal, ahora otra vez se aproxima un caso parecido: detención de un tal Juliusburger, que trabaja en Zeiss-Ikon, por «haber tapado la estrella»; el crimen va ganando terreno, no perdona a nadie, cada vez va más rápido. ¿Y cómo muere la gente? Nadie está presente, y hay huellas de tortura. La conversación de Seliksohn gira en torno a dos núcleos centrales: «¡Quién pudiera ser evacuado!» y «¡Quién tuviera Veronal!». Repite cien veces que nos matarán a todos. Y creo que tiene razón. En cuanto a él: ya ha estado en un campo de concentración, en tiempos trabajó para los socialdemócratas (la librería Vorwärts[216]. En cuanto a mí: una vez que me hayan liquidado, se ahorran una pensión. Para Theresienstadt soy muy joven (menos de sesenta y cinco años), para trabajar en Polonia, seguramente muy viejo. Ultimamente parece que quieren acabar con los matrimonios mixtos asesinando a la parte judía (Ernst Kreidl, Joachimsthal… Mencionaron otro caso parecido).

En casa nos recibió de nuevo el llanto incontenible y los lamentos de una Kätchen completamente trastornada: «¡Yo lo he visto! ¡No me preguntéis! ¡Lo he visto!». Había estado con la cuñada y los padres de ésta en Tolkewitz y había tenido ante ella el cadáver. Esta mañana (desayuno en común) la cosa continuó. Contra el horror y el estremecimiento que me produce este asunto –cuántas veces no habré tenido en mis años jóvenes la pesadilla de que me van a ajusticiar, y he aquí que la pesadilla se ha convertido en algo muy probable, veo ante mí una habitación con patíbulo y silla– sólo tengo una defensa:

concentrarme en la horrenda comicidad de este caso Joachimsthal, aferrarme a la observación, al material literario, hacer que yo mismo crea en mi propia valentía. Pero con eso sólo puedo extender una delgadísima capa de hielo por encima de este torrente de miedo en el que me ahogo por momentos. Kätchen, la pizarra, Kätchen, la niña. En medio de los lamentos, animadísima en la ventana: «La repartidora del correo ya está de vuelta, a las 8:20 ya ha terminado con toda la calle, qué poco correo hoy… ¡pobrecito mío, pobrecito!». Ese divagar-una-y-otra-vez, y que el pobrecito hermano y la pobrecita cuñada todavía ayer le parecieran unos seres abominables, unos sinvergüenzas, todo eso es sólo una pequeñísima parte de esa comicidad. Los personajes principales, que ahora han avanzado al primer plano, son los suegros, sobre todo el suegro del muerto –ella sigue sin decir nada sobre el modo como ha muerto–. Entre él y ellos hubo siempre una relación especialmente cariñosa, nunca enturbiada. «Mi cuñada», dijo hoy en un intervalo del dolor, y eso ya fue un momentáneo retorno a la normalidad, «Elly, es una pequeña diablesa, pero ¡una bondad como la del suegro…!» Éste trabajaba en una fábrica de conservas de pepinillos, sus dos cuñados son funcionarios de la policía («con uniforme»). «En esos quince años nunca tuvieron una discusión, únicamente en una ocasión, hace poco, le pegó el suegro cuatro gritos. Kurt pasó a su lado sin dirigirle la palabra. "Pensé que te resultaba embarazoso, porque estabas con otro y yo llevaba la estrella." "¿Me tomas por un canalla? ¿Es que no sabes cómo pienso, hijo mío?" Él era socialdemócrata, afiliado al Partido, era asiií… (el puño en alto). Y cómo ha llorado, y cómo ha jurado venganza… y se la va a tomar, ya ha averiguado todo, la celda, y… no, no me pregunten, y tendrían que haberle oído echar pestes: "Aquí no se arreglarán las cosas hasta que vengan los rusos… Esos canallas, esos asesinos…", y en Tolkewitz nos han dejado entrar enseguida. "¡Cómo! ¿Que *yo* no voy a poder ver a mi hijo?… Pues aunque tenga que presentarme aquí con mis dos cuñados en uniforme: desde luego entro." Y en efecto nos dejaron entrar enseguida, yo me colgué del brazo de la madre, así seguramente no me vieron la estrella. Y al suegro se le caían las lágrimas todo el tiempo, y llevaba una cinta de luto en el sombrero y en el brazo: es sólo algo exterior, pero entrañable por su parte, y yo voy a agradecérselo dejándole lo que no pueda llevarme en caso de evacuación… porque nos sacarán de aquí a todos… esos canallas… pobre muchacho, pero en Tolkewitz son gente correcta, el ataúd

estaba al lado de otros treinta, no separado del resto, y habían escrito con tiza "Joachimsthal", nada más, y el suegro dijo enseguida: "Así no está solo nuestro hijo"»… (Junto a la pizarra y el infantilismo, en Kätchen siempre hay que tener en cuenta lo pequeño-burgués. ¡Ese orgullo por los cuñados en uniforme, por haber entrado en la cárcel, esa satisfacción por la cinta de luto del suegro, la satisfacción porque el ataúd pudo estar con otros veintinueve!)

En algún sitio tienen que andar metidos los partidarios del régimen, en algún sitio tiene que hacer efecto la propaganda nacionalsocialista. Anoche, un obrero de barba gris me vociferó desde su bicicleta: «¡Cerdo judío!». En la pelea Goldmann :/: Gestapo, hubo por lo visto espectadores que defendían a la Gestapo.

La religión o la confianza en Dios es una cosa mezquina. Toda oración de acción de gracias significa simplemente: «¡Hurra, estoy vivo!». La puerilidad de Kätchen se evidencia últimamente en ese «¿Pero dónde está Dios?», que repite muchísimo y con toda seriedad. Sin embargo, esa puerilidad la comparte con millones de personas. Hasta que no les va mal (y porque les va mal) a ellos, no dudan del Dios de bondad.

Hacia el anochecer

Un día puedo trabajar, al día siguiente otra vez me duermo continuamente de agotamiento, sentado ante el escritorio o tumbado en el sofá. Hoy es un «día siguiente». Quisiera escribir unas notas sobre la *Historia de América* de Roz/Recht, que acabo de terminar, y no puedo.

Seliksohn habló ayer con gratitud de gente aria, de personas modestas que le ayudan. La empleada de una lavandería le regaló el ruibarbo de la tarta, no sé quién más le dio los cigarrillos, etc. Acto seguido exigió lleno de furia que fuera aniquilado todo el pueblo alemán. Yo dije que él mismo veía que no todo el mundo era partidario de esas atrocidades. Él respondió que no se podía permitir que siguiera existiendo la totalidad maligna sólo porque hubiera algunos buenos.

Una nueva ley, que ha llegado a nuestro conocimiento este mediodía: prohibición absoluta de que asistan a centros de secundaria mestizos de 50%. (Los de 25% pueden ir, siempre que haya plazas: pero no las hay.) Mi primera sensación fue bien fea, pero no pude ni puedo reprimirla y tampoco la considero completamente injusta: atañe al segundo hijo de Berthold[217] y de mi cuñada

Änny. El año pasado, Änny me expresó su alegría porque la cultura alemana se hubiera salvado del peligro bolchevique; ella descansa (¿de qué?) ahora en el lago de Constanza, mientras que nosotros… etc. Quizá se le abran ahora los ojos en cuanto a esa cultura alemana salvada.

LTI. Entre los anuncios de natalicios del *Dresdner Anzeiger*, hoy, 27 de julio de 1942, viene el siguiente: «ᛉ Volker, 21 de julio de 1942. En la época suprema de Alemania, a nuestro hijo Thorsten le ha nacido un hermanito. Con orgullo y alegría: Else Hohmann… Hans Georg Hohmann, SS-*Untersturmführer* de la reserva, Dresde A 20, General-Wewer-Strasse…».

Al principio de la semana, los periódicos traen sistemáticamente una «máxima semanal del NSDAP», bajo un título especial. Antepuesta, viene una cita, casi siempre una frase de Hitler, que se comenta y se predica brevemente. El título de hoy es «Duros y despiadados», la cita de Hitler: «Del mismo modo que hemos sido duros y despiadados en la lucha por el poder, seremos también duros y despiadados en la lucha por la conservación de nuestro pueblo». En la prédica, que gira en torno al «duros», se dice: «Como nuestros enemigos internos y externos han sido tan inexorables y duros, nosotros también tuvimos y tenemos que ser aún más duros, siempre, hoy y en el futuro. El menor gesto de compasión nos lo tomarían como signo de debilidad…». No sé si Seliksohn está tan equivocado.

Cuando esperaba hoy a Eva en la Wasaplatz –ella hace la compra, yo llevo las cosas a casa, ella se va otra vez al centro; a mí sólo me *permiten* comprar de tres a cuatro, y no me está permitido tomar ningún vehículo– me llamó la atención, como tantas otras veces, la cantidad de mujeres embarazadas y más aún lo pronunciadamente que sacan para delante el vientre abombado. Antes se escondía el embarazo, ahora se exhibe. He leído que no sé qué negros de Australia, cuando juegan a ser elegantes, llevan coquetamente el pene cogido entre dos dedos. De modo parecido coquetean hoy las mujeres con sus embarazos. Exhiben el vientre como una insignia del Partido. Esto, igual que la runa y el signo ϟϟ en línea quebrada, también forma parte de la *LTI.* Alemania se ha convertido toda ella en una fábrica de carne y en una carnicería.

29 de julio, miércoles tarde

Hacia las dos salí al encuentro de Eva, en la Wasaplatz, sabía que estaba

comprando patatas en el carro de Jentzsch y quería aliviarla del peso de la malla. Ella había llegado allí antes de la una, y tuve que esperar más de una hora antes de irme cargado a casa con los preciosos 5 kilos de patatas y varios repollos. Cansadísimo y malhumorado. Que uno se irrite por estas pequeñas miserias es un signo de que el horror inmenso está como apaciguado. Pero de cuando en cuando resurge este gran horror al patíbulo de la prisión. – Lo que no puedo es sentir compasión de Kätchen por mucho tiempo. Demasiada pizarra. Anegada en llanto y diciendo frases absurdas: «¡Pobrecito mártir! ¡Como Jesús por su fe! Eva, ¿qué ha costado la ensalada de patata? ¿Es buena? Yo la hago yo misma. ¡Pobre, pobre mártir…!».

Yo observo por todas partes; así que ayer, en casa de Steinitz –me pidió que fuera a verlo, quería que le diera algo de papel de escribir (herencia de Paul Kreidl), tenía un libro para dejarme– no estaban demasiado horrorizados por el caso Joachimsthal, porque 1) había sido un estraperlista de la peor especie y 2) «había hecho realmente algo», a saber, estar en un restaurante después de las nueve y con la estrella tapada: la Gestapo no hace nada si no tiene un motivo para hacerlo. Así pues, se olvida que la ley sobre la estrella es en sí misma una tiranía, se olvida que, «en justicia», la transgresión de la medida tiránica habría que castigarla a lo sumo como contravención, con una multa, sólo de modo sumamente tiránico con varios días de cárcel. Se está tan humillado, tan embotado, que se considera la pena de muerte -*nisi*[218] el asesinato incontrolado en la celda de la prisión– como una pena casi adecuada… En casos semejantes, ese «algo ha hecho realmente» ya se lo había oído decir a Kätchen, que repite lo que dicen otros.

El lunes por la noche –estábamos abajo, en casa de Ida Kreidl– vino el control mensual de la policía. Abrí la puerta del inmueble; un hombre alto, de uniforme, se quedó parado en el pasillo. «¿Su nombre, tiene usted la bondad?» (¿*Usted* y *bondad,* cuando la Gestapo tutea, escupe, vapulea?) «¿Quién vive aún en esta casa, por favor? ¿Están todos aquí? ¿Sí? ¡Gracias, buenas noches!» La policía es siempre correcta, siempre marca claramente las diferencias con la Gestapo, pero un control tan caballeroso, casi ignorante del deber, no lo habíamos tenido jamás. Casi podría creer que ese hombre sabía lo espantoso del terror actual y se oponía conscientemente a él.

En la farmacia dijeron que ahorraría casi la mitad del precio si compraba

Uromed, mi «sobrealimentación», en paquetes de 500 en lugar de 60. Eso me convenció tanto más cuanto que así podía hacer transferencia bancaria, ya que las facturas de las farmacias están «fuera de franquicia». Pero ahora tengo aquí el gran frasco con los 500 botoncitos, y no sé dónde esconderlo de la Gestapo. Hasta ahora se consideraba seguro «debajo de los armarios»: ahora parece que pasan unos palos por debajo. (El hambre les aguza el ingenio.)

Steinitz, que sólo pesa 48 kilos de forma que ahora casi se le notan sus sesenta y ocho años, sigue escribiendo la historia de su empresa bohemia de carbones, en la que estuvo empleado cuarenta años, una «historia anecdótica», dice él, en lengua inglesa. Quiere enviar el manuscrito al jefe a América, y espera recibir una remuneración por él. Al mismo tiempo, el asunto es para él práctica del idioma. Pero si hace buen tiempo, se pasa el día trabajando como voluntario en el cementerio. Allá fuera se encuentra más protegido. Exactamente igual que el doctor Magnus […]

Con la aparición en el mercado libre de más cantidades de col blanca parece superado un momento terrible de hambre. A mí sin embargo no me alegra tanto: dos días con el estómago lleno hacen olvidar al pueblo la penuria anterior y la penuria por venir. – La guerra, sin grandes cambios. Éxitos alemanes, pero no decisivos […]

31 de julio, viernes hacia el anochecer

El viejo agricultor Aufrichtig y su mujercita pueblerina –en los días que quité nieve escribí sobre ellos–; nuestra visita (¡ya entonces debido a las patatas!) no fue correspondida, y los perdimos de vista. Hace poco aparecieron sus nombres entre los que iban en el último convoy a Theresienstadt. Esta mañana, la viuda de Joachimsthal (gran amistad con Kätchen) trajo la noticia de que ambos se habían envenenado con gas, la mujer salvada, el marido, muerto. Para ese convoy, ellos sólo habían sido la reserva que luego no se necesitó: siempre tiene que haber unas cuantas personas con todo preparado para el caso de que falle alguien; si no se las necesita, les tocará la vez siguiente y de momento son reenviadas a sus ya precintadas habitaciones. El contexto habitual: registro domiciliario, el marido citado para la mañana siguiente en la Gestapo (la mujer había dicho a las cinco que él estaba comprando, pero sólo está permitido comprar hasta las cuatro; parece que también habían encontrado unos restos de

telas, pese a la orden de entregarlas todas); miedo y sus consecuencias, como en el caso de la señora Pick el otro día. Posteriormente, Eva vino de la ciudad contando –había invitado a los Neumann para el domingo– que los dos Aufrichtig seguían con vida. Suicidio, suicidio frustrado: lo más frecuente. Mañana, este caso pasa a segundo plano debido a otro caso. También en mi memoria. Pero quiero ver si puedo hacerles una visita antes de su partida.

El hombre más odiado de Dresde es, sin duda alguna, el gobernador Mutschmann, incluso entre los arios, incluso entre los nazis. (Ese tipo tan frecuente de personas que afirman que el Führer no sabe las cosas horribles que están pasando, que la culpa de todos los males la tienen otros.) Ahora corre la voz de que han tenido que proteger su villa por todas partes y que él ha desaparecido por una temporada. Dicen que había mandado matar animales clandestinamente y en grandes cantidades para su consumo particular y que, cuando eso salió a la luz, el carnicero en cuestión tuvo que suicidarse pero que, una vez más, a él no le pasó nada porque le protege el Führer. (Versión 1: Mutschmann ayudó a Hitler en los primeros tiempos, versión 2: Mutschmann «sabe demasiado».)

Pregunta en relación con la LTI: ¿Es *Kraft durch Freude* la traducción de *Dopo lavoro*[219]? Si así fuera, eso sería una prueba de que la lengua alemana actúa más bombásticamente (con más patetismo) que la italiana. Aunque ya me he tropezado con la «configuración del "tiempo libre"». – Investigar cómo es eso de la *Hauptschule*[220]. Uno de estos días decía el periódico que ese tipo de escuela, copiado de Austria y desconocido en el *Altreich*[221], se estaba extendiendo tanto que también estaba afectando a los centros de bachillerato. Tengo la impresión de que se trata de una *Bürgerschule*[222] y de que quieren cercenar los centros de bachillerato, mal vistos por su carácter intelectual. Es, evidentemente, una selección desde el punto de vista del «carácter» lo que decide quién pasa de la escuela elemental a la *Hauptschule*; existen fichas (fichas de espionaje) sobre cada alumno, a lo largo de toda la época escolar. – […]

Trayectorias vitales corrientes en estos tiempos: los Marckwald me enseñaron ayer fotos de su hijo Wilhelm. Empezó en el comercio, fue después músico (en cafés), después actor, o más exactamente director de teatro, encontró empleos en Alemania, tuvo que emigrar en 1933 o 1934, se hizo director de cine

en Barcelona, se casó con una actriz, huyó de las tropas de Franco, voló a Estocolmo, fue reenviado por la fuerza, por ser comunista, a Francia, vive ahora con su mujer en Inglaterra o en Irlanda, ella criada de servicio, él obrero del campo; los padres no conocen a la nuera. – Un *curriculum* como ese *(y en a tant)* [223] ahora me parece tan normal como un suicidio o suicidio frustrado. Habituación, embotamiento. Me he acostumbrado asimismo al cuadro lastimoso que ofrecen los Marckwald. Él, cada vez más demacrado, más inmóvil sentado a la mesa, la parte inferior del cuerpo envuelta en una manta y siempre con frío. Al cabo de un cuarto de hora: «Dame una inyección», y mientras la mujer le prepara la inyección de morfina, se sigue charlando.

Mañana, primero de agosto, comienzo de la guerra de 1914. Tenemos ahora sesenta años, y de esos sesenta hemos vivido siete en guerra, más del 10%. ¡Europa en el siglo XX! Pero qué decorosa fue la guerra anterior, qué poco horror contenía para mí en comparación con ésta. Detrás de todo lo que hago y pienso está siempre la imagen del patíbulo en la celda de una prisión.

AGOSTO

2 de agosto, domingo noche

A las cuatro y media llegaron los Neumann -*él* es un puro esqueleto, en comparación yo estoy gordo y reluciente, e incluso Eva parece menos delgada. Abatimiento en los dos Neumann. Cuentan con Theresienstadt.

[…] Les he dicho a los Neumann: Trabajo para no pensar en el asesinato en la celda. Dirijo mis estudios como un globo aéreo. Éste no es pilotable pero un poquito sí se lo puede manejar. Así, ahora empiezo con el folleto de Dubnow *La historia judía, un ensayo de filosofía de la historia.*

El viernes recibimos el periódico por última vez. A partir de ahora podremos echar una ojeada diaria al periódico de Elsa Kreidl, que es aria. Hasta el 31 de agosto.

Dos noticias me llamaron la atención en el *Anzeiger* del 31 de julio. 1) Seguramente por equivocación: los bomberos aplicaron con éxito oxígeno a un

matrimonio de la Altenzellerstrasse, él setenta y tres años, ella sesenta y uno. Se trata de los Aufrichtig. El cuerpo de bomberos habrá recibido una reprimenda de la Gestapo. 2) Grandes unidades de las Waffen-SS han sido trasladadas del frente oriental al occidental y el 29 de julio desfilaron por París, lo que produjo honda impresión en los habitantes. Por otra parte hemos oído decir que en Francia el ambiente está «muy revuelto». Las Waffen-SS son la policía y las fuerzas antidisturbios propiamente dichas.

En la policía parece que hay ahora un nuevo título: *Polizeimeister.* Sería un calco perfecto de la Rusia zarista. *LTI.*

4 de agosto, martes tarde

Eva ha llevado ropa a Bühlau, habla casi animada de la pequeña excursión, y yo soy más consciente que nunca de mi cautiverio.

Trude Scherk escribe que el 10 de agosto la evacuarán a Theresienstadt.

Grete, en el hospital judío de Berlín, parece adormecerse poco a poco. No reconoce a las visitas, está demasiado débil para incorporarse, duerme, come, ensucia la cama. Eso es lo que le ha contado a Trude una hermana de Änny Klemperer que ha ido a ver a Grete. Subjetivamente, por tanto, parece que Grete ya ha franqueado la línea. Objetivamente: horrible. – No podremos ver a Trude cuando pase por aquí, a Eva también le será imposible. Le hemos escrito que en Theresienstadt tome contacto con los de Dresde. A través de ellos se enterará de lo que nos suceda a nosotros. Tal vez surja así una posibilidad de seguir en contacto; al menos Steinitz asegura que existe una conexión Theresienstadt-Praga-Dresde.

He leído y anotado en dos días de trabajo concentrado el folleto de Dubnow *Historia judía.* En la hoja he puesto también mis objeciones […]

6 de agosto, jueves mañana

Tengo frío en las manos. Este verano se caracteriza por el frío y la lluvia. La cosecha no *puede* ser buena, no ha tenido posibilidad de salir adelante, de recuperarse del largo invierno. ¿Pero pasan los muchos arios tanta hambre como los pocos judíos? *J'en doute*[224]. Desde hace quince días hay col en abundancia: ¿quién piensa ya en las anteriores semanas de hambre? Y entretanto, la ofensiva

alemana se acerca cada vez más al Cáucaso, y los ingleses y americanos son espectadores pasivos. Yo ya no creo que acabe pronto la guerra. Ni siquiera descarto por completo la victoria final de Alemania –tal vez en forma de un compromiso favorable–. Por supuesto: mil años no durará el hitlerismo, pero ya mil días equivalen para mí a la eternidad.

Habituación: desde el asesinato de Joachimsthal han pasado unas semanas, desde los registros en nuestra casa, unos meses. Y ya vivo con una cierta apatía e indiferencia. Habituación: el martes sale de aquí otro convoy rumbo a Theresienstadt; y ya me parece a mí, ya le parece a los judíos, una cosa normal.

Desde hace unas semanas, Kätchen está «dada de baja por enfermedad» y no va a Zeiss-Ikon. Su entusiasmo se ha enfriado doblemente desde que le han prohibido ir en transporte público y desde que ha resultado que Zeiss-Ikon tampoco es una salvaguarda contra la deportación. Pero mantiene un contacto permanente con su gente de allí y se entera de lo que pasa. Han empleado a un gran grupo de rusas muy jóvenes, casi niñas, y las mantienen alejadas de las obreras judías. Pero han olvidado que hay muchos judíos que hablan ruso, y así existe una línea de conexión. Las jóvenes han sido forzadas a trabajar y se sienten como prisioneras deportadas. Pasan hambre en las barracas donde viven hacinadas, de desayuno y de cena un cuenco de café con *una* rebanada de pan, de almuerzo sólo una sopa aguada. Pasan tal hambre que las compañeras judías las ayudan. Eso está prohibido; pero se deja caer una rebanada debajo de la mesa, al cabo de un rato la rusa se agacha y se va con el pan al retrete. (Los judíos reciben en la cantina una comida normal.) – Por lo visto, Zeiss-Ikon emplea a una «mezcolanza de pueblos»; obreras polacas, francesas, danesas, etc.

7 de agosto, viernes mañana

El martes y el miércoles, después de estar sentado completamente inmóvil durante el día, salí al atardecer y llegué hasta la Südhöhe. Vista de Borsberg y de la Suiza sajona, vista de las torres de la ciudad, árboles cargados de fruta, en uno de ellos un espantapájaros en forma de gigantesca ave de rapiña, campos de cultivo…, fue como una pequeña excursión, fue algo extraordinario y completamente excepcional. Eva dijo casi con envidia: «*Tú* puedes ir de paseo»; yo dije casi con envidia: «*Tú* puedes *viajar* al centro y comer en restaurantes».

Kätchen-Sara cuenta muy indignada que han registrado la casa de unos que

serán evacuados el martes; incluso a ésos les han quitado todos los comestibles que tenían (¡reservas compradas con *cupones*!).

Mi visita de ayer a los Marckwald –él tiene un rostro cada vez más gris y más chupado, dice que la evacuación inminente equivale para él a una muerte segura y atroz– fue interesantísima en muchos aspectos, 1) Al principio del hitlerismo me pidieron que entrara en una «Asociación de cristianos no arios»[225]. Yo me negué, porque en tal acto habría visto una aceptación del principio nacionalsocialista. Ayer, conversando –no sé cómo salió el tema–, dijo la señora Marckwald que esa petición me la había enviado *ella* hace nueve años; era secretaria, su marido, jefe de la sección local de la organización fundada en Berlín (por el pastor Grüber[226]) y que ya muy pronto dejó de existir, prohibida por el gobierno. La señora Marckwald quiere buscar algunos folletos de aquel movimiento o contarme más sobre él. – Él, Marckwald, me explicó que en aquel entonces pasaba por una «crisis moral» extrema y que buscaba a quién unirse. Antes de saber nada de esa fundación de Berlín, había tomado contacto con Duesterberg[227](presidente del *Stahlhelm* y candidato a la presidencia en 1933). Duesterberg era no ario en un 25 o 50%, nieto de un rabino, al mismo tiempo oficial en activo antes de 1914 y, al final de la guerra, teniente coronel. 2) Marckwald me enseñó su correspondencia con Duesterberg (tres cartas); voy a intentar que me la dé, quiero publicarla un día. («Escríbelo todo, Karlchen» o con más seriedad: «Viktorchen», me dice ahora Kätchen-Sara cada día.) En una larguísima carta del 29 de junio de 1933 –borrador a máquina– F.R. Marckwald escribe al «distinguido señor teniente coronel», a quien no conoce personalmente, «en un asunto de extraordinaria importancia». Da sus señas personales: los padres, judíos, se convirtieron al protestantismo después de casarse. El padre era agricultor, dueño de la gran propiedad rural Erdeborn, junto a Eisleben, que administró hasta su muerte en 1900. Él nació allí en 1871, se educó allí «como cualquier joven alemán», y se crió «en el entusiasmo por Sedan[228] y por la nueva Alemania». Miembro de una corporación estudiantil («he devuelto mi banda hace poco voluntariamente, con el corazón sangrante»), agricultor, administrador de Erdeborn hasta 1914, teniente de artillería. Ya enfermo al comenzar la guerra mundial vendió la finca, no volvió al frente, funcionario de la Cámara de Agricultura de Dresde; en 1930, jubilado, por parálisis progresiva, en calidad de consejero superior de agricultura con medalla

de méritos y de agradecimiento. Estaba en la situación –continúa diciendo en la carta– de «otros miles de alemanes jóvenes y viejos». ¿Cuál era su lugar? Para los judíos era un apóstata, para los alemanes no era alemán. ¿Qué iba a ser de sus hijos? Podrían emigrar, si a él le *permitían* darles los medios para iniciar una vida nueva. Habría que emigrar en grupo, crear una colonia. Ese plan ya había surgido y fracasado. Había que trazarlo otra vez, *había que hacer algo. Usted* sería la persona adecuada para fundar una asociación; *su* puesto, *su* apellido, *sus* contactos. Y además: «Supongo que usted, por propia experiencia (si estoy equivocado, le ruego encarecidamente que me perdone), podrá comprender la terrible crisis moral en que se encuentran hoy muchos miles de buenos alemanes…». (Nótese la mera insinuación y el ruego de que le perdone.) – Duesterberg responde de su puño y letra, brevemente, pero con íntima amargura, como si escribiera a un buen amigo y compañero de infortunios, fechado «de viaje, 1 de septiembre de 1933». Le ruega a Marckwald que le perdone por el retraso en responder, él, Duesterberg, «debía respuesta a cientos, a miles de cartas», no tenía secretaria, por orden del médico se había retirado «a la soledad del Harz[229]». «Cuarenta hombres me han sacado por la fuerza de mi oficina, como a un delincuente, me han proscrito, anatematizado, reducido al silencio, puesto bajo vigilancia, enterrado vivo, sólo porque, por razones de defensa nacional, he luchado para que siga existiendo un *Stahlhelm* independiente y con igualdad de derechos. Camaradas propios, compañeros de largos años, se han dejado persuadir para cometer tal desafuero. Éste es el *agradecimiento (sic)* del *Stahlhelm* por casi quince años de trabajo, ésta es la *lealtad (sic)* que tantas veces me ha jurado el *Stahlhelm.* Treinta años de servicio como oficial tengo a mis espaldas, y, habiendo sido herido varias veces, se ve uno proscrito por hombres que todavía no han derramado una gota de sangre por Alemania.» – Añade que a partir del 20 de septiembre estará otra vez en Berlín y que entonces volvería sobre la propuesta de Marckwald. – Marckwald respondió el 4 de septiembre de 1933 que ya se había enterado por personas que le conocían de qué trato le habían dado y de que «usted, a consecuencia de ello, se había retirado de todo». Tanto mayor, por eso, era la alegría y la sorpresa que le había causado su carta, por la que le daba las más expresivas gracias. Entretanto, había llegado a realizarse, por otro conducto, la «idea de la asociación y la auto-ayuda», y él ya se había comprometido a ser miembro y colaborador de una

organización fundada en Berlín. «Quizá tenga usted interés en conocer las primeras señales de vida de esta Unión del Reich, que me permito adjuntarle por si tiene a bien leerla. Esperando con interés sus próximas noticias, quedo de usted agradecido y afectísimo seguro servidor, Marckwald.» Tengo que preguntar a Marckwald en qué terminó todo aquello. *Nota bene:* Duesterberg *no* recoge la alusión de Marckwald a su condición de no ario, sólo da como motivo de su expulsión el haber insistido en la independencia del *Stahlhelm.* Preguntar si después no se confesó abiertamente nieto de su abuelo el rabino. – 3) Marckwald dijo que lo de la herencia era algo muy curioso. Que él no era antisemita pero tampoco amigo de los judíos. Que sus hijos le habían tenido enorme cariño, pero que sólo uno, un varón, había compartido su punto de vista *in semiticis.* El otro, el director de teatro, y la hija eran marcadamente judíos. Yo le hablé de Richard Kroner[230](*Nosotros, los protestantes)* y de su hija, que se casó con un rabino ortodoxo. 4) Lo que a uno le resulta fácil, lo que a uno le resulta difícil. Le hablé de Sombart. Dije que hasta ahora sólo había tenido ciertas dificultades en entender detalles de la banca, por ejemplo, la diferencia entre acción y obligación; si me guiaba por la definición de Sombart yo no veía diferencia alguna, una obligación también era participación accionaria en una empresa. Al punto, asombrado de que yo no lo entendiera, me dijo Marckwald: «Pero una obligación es de rédito fijo», y la señora Marckwald añadió con toda naturalidad: «Y un accionista recibe dividendos». En cambio, la señora Marckwald me dio después una colección de ensayos de Paul Rohrbach[231], *Weltwandern in der Weltenwende*, diciendo que podía quedarme con el libro, que ella era «demasiado tonta para la política».

8 de agosto, sábado mediodía

Esto seguramente es también un poquito de la *LTI:* los judíos dicen: «Vive en el 32, en el 41» *(sc.* Altenzeller Strasse), o «en el 85, en el 95» *(sc.* Wiener Strasse). Son casas de judíos, minúsculos gueto-bastiones, esas villas que fueron elegantes en tiempos. En la Wienerstrasse, esa elegancia sigue medianamente intacta, las distintas viviendas parecen tener aún cierta elegancia: conozco las habitaciones de los Marckwald y de los Hirschel y los accesos a ellas (escaleras, vestíbulos). En la Altenzellerstrasse (el otro día en casa de los Kronheim, ayer en casa de los

Kronheim, 41, y de los Aufrichtig, 31, pura miseria). – Todo en desorden, habitaciones revueltas, congestionadas y con paquetes sin deshacer, provisionalmente o dejados así al marcharse. – Estuve en casa de Aufrichtig: el invierno pasado un hombre fornido, saludable, emprendedor, ahora apático en su butaca, hundido, con el rostro demacrado. La mujer, ya plenamente recuperada del intento de suicidio, de piel rosada, ágil como antes, me susurró que la memoria de él había quedado afectada, que no sabía nada de que había querido suicidarse, que estaba débil, no se interesaba por nada, se echaba continuamente en la cama y dormía. Pero luego participó en la conversación, mostró interés y hasta parecía de buen humor. Yo le di ánimos diciendo que dentro de pocas semanas estaría restablecido del todo, que Theresienstadt significaba trato de favor, etc. A ella le transmití saludos de Trude Scherk. En el caso de Aufrichtig, el adelgazamiento podía atribuirlo de todos modos a la intoxicación por gas. Pero, trasplantado asimismo a aquel bastión judío, llegó a la habitación Eisner, el robusto proletario que durante la limpieza de nieve me tomó tanto afecto. También era un viejecito arrugado, piel apergaminada sobre huesos. Luego un hombre más joven que yo no conocía –siempre ese ir y venir–: el mismo enflaquecimiento. –Desde allí me fui «al 41», donde habíamos estado pocas semanas atrás para hacer una visita a los Kronheim. Un vestíbulo, como un escenario, en gran desorden: el recibidor común. Me abrió un viejo, resultó que la señora Kronheim no estaba. Por la puerta abierta pude ver la habitación de ese hombre. Una pieza enorme, dos camas, una mujer de cabellos blancos, acostada. El hombre me dio conversación, tuve que sentarme en el recibidor, en medio del ir y venir de personas decrépitas. El se llama Rosengart, tuvo un cargo importante, jefe de sección en una sociedad de seguros, cuenta y no para de contar. Su mujer está en la cama con un ataque de apoplejía, consecuencia de la paliza de la Gestapo. «Ayer cumplió setenta y cuatro años. Está recuperándose. Y si nos llevan a Theresienstadt –¡ojalá sea ya en el próximo convoy!– entonces sanará del todo. Allí verá a gente de su familia, la cuidarán, y yo, yo conozco al director (¡De cuándo! ¡Sobre Theresienstadt sólo corren rumores, no se sabe nada cierto!); se llama Stahl, trabajó como yo en una empresa de seguros, y voy a publicar con él un libro con la lista de los evacuados que viven allí…»

Cuando llegué a casa, Kätchen-Sara nos contó lo que le había pasado a una amiga suya que también conocemos nosotros, Aronade. Anteayer por la tarde, a

la hora en que está permitido comprar, fue a una tienda a comprar una correa de reloj, una correa barata de 1 marco. He aquí que detrás de ella aparecen dos de los conocidos tipos de la Gestapo, uno de ellos el escupidor, la tutean, la insultan. «Dentro de veinticinco minutos estás en la Gestapo.» En la Bismarckplatz, la maltratan, la golpean; que no podía comprar nada fuera de lo que se adquiere con cupones. «Para tu reloj, te basta un trozo de soga: ¡comprar las cosas que necesitamos nosotros!» Y más palos. La mujer estuvo enferma dos días. – A Aufrichtig empezaron a tratarlo con brutalidad cuando le preguntaron por su profesión y él dijo: «Labrador». «¡Cerdo! ¡Atentando contra nuestro suelo!» Cuando me escupieron a mí, fue por algo semejante: «¡¿Tú has dado clase a nuestros hijos?!».

Leyendo a Sombart, me vinieron las siguientes ideas, relacionadas con la cuestión de las razas: la pequeña bailarina Bonheim[232], de soltera Jetty Jüdelsohn, de Riga, tenía rasgos perfectamente mongólicos, japoneses; Seliksohn también tiene un corte de cara marcadamente asiático. Casi está descartado que esas dos personas tengan en las venas sangre que no sea puramente judía. ¿Influirá el entorno en la raza? ¡Sefardíes y askenazíes![233]– ¿Qué significa «volver a la naturaleza»? Si la naturaleza <*nasci*[234] se interpreta como *physis*, es propio de la naturaleza humana alejarse de la naturaleza, poner la *physis* al servicio de lo espiritual, debilitar la *physis.* Hombre y mujer ya no son la fuerte contradicción de los tiempos primitivos, las razas pierden su relevancia. – Sombart no es un antisemita abyecto. Pero es antisemita, y en él pueden encontrar los más abyectos su justificación. Su antisemitismo se pone al descubierto en algunos pasajes, con una claridad transparente. Es probable que termine el lunes esta lectura tan interesante, y después, al hacer las anotaciones, expondré lo que considero censurable. De un modo muy general, le reprocho: ¿por qué el «intelectualismo» es «superficial», «de raíces poco profundas»? El entusiasmo devoto es más fácil. –También quiero poner a la vista con detalle las contradicciones internas de Sombart.

10 de agosto, lunes mañana

El sábado un señor de edad, que me pareció conocido, vino a ver el piso. No fue incorrecto, saludó con «buenos días». Elsa Kreidl dijo que era un tal Fritzsche,

inspector de montes, y Eva, que cambió dos palabras con él, lo reconoció, era el hermano del consejero ministerial Fritsche, con quien hace unos catorce años cambiamos la casa de la Holbeinstrasse por la de la Hohe Strasse. Consideré a ese inspector de montes nuestro enemigo. Eva lo defendió, dijo que podía estar jubilado, ser ajeno al «Movimiento», que podían haberle asignado este piso sin la menor culpa de su parte. Por la noche, Elsa Kreidl, muy entusiasmada con el nuevo inquilino que había venido a ocupar el lugar del funcionario de la Gestapo, contó que el señor inspector de montes le había explicado que al ascenderle lo habían destinado a Dresde, que en ese cargo debía colaborar muy directamente con el gobernador Mutschmann, una tarea no fácil del todo; sin embargo –siguió diciéndole– el gobernador escondía «bajo una superficie áspera un corazón sumamente bondadoso». Ahora bien, es totalmente imposible que hoy ascienda a un cargo superior alguien que el Partido no considere de absoluta confianza, y todavía es más imposible que en Sajonia haya alguien que no sepa hasta qué punto está manchada de sangre (¡Hohnstein!)[235] la mano que pertenece a ese bondadoso corazón. – El inspector de montes no quiere ver lo que sería embarazoso para él, en eso consiste su complicidad, y en ello es el típico representante de una enorme capa de la sociedad (en la que incluyo por ejemplo a Dressel[236], el colega de Annemarie). Esa capa de la población se ha hecho culpable y tendrá que rendir cuentas. De lo contrario, para expresarlo patéticamente, el alma de Alemania estará perdida ahora y por toda la eternidad.

Una vez más he tenido ocasión de contemplar la infinita desdicha causada conscientemente por los gobernantes. Ayer, por tercera vez en el cementerio judío: funeral de Joachimsthal. Había bastantes asistentes al acto: por doquier esa consunción atroz, esa dificultad de reconocer a una persona a la que no veo desde hace unos meses. Falkenstein, el pariente de Kätchen, se ha convertido, de hombre robusto que era, en una personita arrugada, de rostro afilado; Cohn, alto y de anchas espaldas, que solía venir a pedirnos para la «pequeña ayuda invernal», es un esqueleto ambulante, etc., etc. – El decaimiento moral de Magnus es mayor que el físico. (¿Pensará él lo mismo de mí?) Yo le había prometido al doctor Magnus charlar un poco con él después del acto, y mientras que lo esperaba, di con Eva una vuelta por el cementerio, que no es muy grande. Las ceremonias religiosas tienen lugar junto a los orificios donde se meten las urnas de los asesinados. En los muros descubrimos tumbas bastante recientes.

Varias tumbas dobles, matrimonios muertos el mismo día. Son los suicidas de los últimos tiempos. ¿No van ésos por cuenta del hombre de corazón bondadoso? (Se afirma que en Berlín no se conocen los pogromos en forma de registros domiciliarios *more Dresdensi*[237].) – Esta vez, la ceremonia religiosa fue algo más fastuosa que en otras ocasiones. Armonio y violín, tocados por dos hermanos muy jóvenes de los que he oído decir a menudo (Meyer)[238] que son extraordinariamente dotados para la música; una flor sobre la urna, dos coronas con grandes lazos junto a la diminuta tumba. (No puedo liberarme de este estúpido escalofrío que me sobreviene en presencia de la tumba en miniatura, de la completa destrucción de la persona.) Por tercera vez oí a Pinkowitz, un profesor de matemáticas jubilado de un instituto de Berlín que actúa en taled y kipá, lee salmos, reza en hebreo, pero no predica; leyó un salmo que no me puede parecer más fuera de lugar: tengo que informarme de si tiene una importancia litúrgica especial. Ese salmo me parece inmoral en sí mismo, por su radical egoísmo, por su actitud de «hurra-estoy-vivo». «Tú, Señor, me proteges, mil caen a mi derecha, diez mil a mi izquierda, tú me salvas de la peste», etc., etc. ¿Eso junto a un ataúd? ¡Pero si el muerto está entre esos mil y esos diez mil! ¿Y para colmo, *esos* muertos salvados de la peste? No entiendo absolutamente nada. Kätchen ha puesto una vez más de manifiesto su completo infantilismo: todo había sido tan hermoso, tan consolador; el salmo había sido perfectamente adecuado al pobre chico. (Por tanto, no puede haber entendido otra cosa que unos acordes vocales enternecedores. Cf. el latín de la Iglesia, las fórmulas mágicas, etc.) Y además, el pobre Kurt yacía de un modo tan hermoso «entre los mártires». Todo el día y también esta mañana puso otra vez al descubierto esa mezcla increíble de auténtica tristeza, de dejarse consolar como una niña, de interés cambiante por esto o aquello, de una serie desorganizada de pensamientos o impresiones. «Impresión» es una palabra que no puedo aplicarle a ella. *Nada* queda impreso en ella, todo resbala de modo ligero y superficial por la pizarra. – Enorme rodeo para evitar el Grosser Garten, que nos está vedado. Tuve casi tres horas de camino, a la vuelta me cogió el bochorno del mediodía, llegué a casa hecho trizas, hasta la caída de la tarde no tuve fuerzas para leer a Sombart. – Esta mañana, unas líneas de agradecimiento de la señora Kronheim, a la que no encontré en casa el otro día. Esa mujer, el cadáver más sutil, hecho de finísimos huesecillos, el más exangüe de todos los cadáveres ambulantes de

aquí, una mujer a la que sólo conocemos muy de pasada, escribe en el tono exaltado de una moribunda que se despide de sus deudos más próximos. Cuenta (a justo título) con ir a Theresienstadt cualquier día de éstos, tiembla ante la idea de separarse de su hija. «No nos olviden… caso de que la desgracia se abata pronto sobre mí, les encomiendo a mi Grete…», parece insinuar que quiere suicidarse, envía «los más cariñosos» saludos «en leal amistad». Esta carta es también un *j'accuse*[239].

Eva me dice: *«Tú* pareces tener ahora alrededor de los sesenta y cinco años, yo más de setenta, *comme une vieille édentée*[240]>» (es verdad que la mella de la mandíbula inferior la envejece mucho; pero desde hace meses no hay dentaduras postizas, todas las reservas van para el ejército).

Así y todo, la vida cotidiana continúa: yo leo a Sombart, le robo a Kätchen, etc.

Tarde

[…] Esta tarde, cuando termine la lectura de Sombart, quiero hacer una visita fuera de turno a los Marckwald, para echar una ojeada a la biblioteca (antes de que se las precinten a los evacuados), hablar con él sobre Duesterberg, etc., etc.

11 de agosto, martes tarde

El doctor Katz puede que sea un buen médico en lo que toca al oficio, pero desde luego es un mal médico. Lo encontré ayer por la tarde en casa de Marckwald, que tiembla de miedo ante la evacuación. Katz estaba bajo la impresión del convoy que acaban de preparar; habló horrorizado del «sadismo cínico» del comisario, del hacinamiento de enfermos y ancianos, amontonados en hamacas en la Comunidad, dijo que las medicinas eran «artículo escaso» y que sólo se podían llevar en una cantidad muy limitada, que Marckwald tenía pocas perspectivas de llevar con él su silla de ruedas y menos aún su bacín, que sin duda alguna le permitirían sólo *un* medicamento básico… Cuando se marchó Katz, me dijo Marckwald que cómo le gustaría suicidarse. Yo le consolé y le di ánimos con todo el descaro del mundo. Después le dije a la señora Marckwald, que se quejaba de Katz: «El médico debe saber mentir». – No recogí más información sobre Duesterberg, que ya no volvió a escribirle a Marckwald;

tampoco pude saber nada más sobre el *Paulusbund* (Liga de cristianos no arios). Y en la biblioteca de Marckwald encontré toda clase de novelas y ediciones de clásicos, pero nada que fuera útil para mi trabajo. En cambio me ofrecieron 7 kilos de patatas; he ido a buscarlas hoy, con un calor terrible, a la tienda de la Lockwitzer Strasse, es decir, esperé allí a la señora Marckwald. ¡Qué encorvada, flaca y baqueteada está la pobre mujer! Quizá más digna de compasión que el esposo paralítico.

Durante el día, me he dedicado con aplicación a los apuntes sobre Sombart.

14 de agosto, viernes mañana

Un tal Juliusburger, quincuagenario, de Zeiss-Ikon, fue detenido hace algún tiempo por «tapar la estrella» y era tenido por hombre muerto. Ahora, al cabo de tres semanas, ha sido puesto en libertad y, por lo visto, en la PPD la policía –sin que él haya tenido más contacto con la Gestapo– lo ha tratado humanamente, más o menos como a mí hace un año, lo único, claro, tres semanas de arresto en régimen de aislamiento y sin lectura. Es casi consolador que por fin regrese alguien con vida. Yo me digo a mí mismo que entonces una detención no tiene que equivaler a muerte segura. Lo que sería un alivio, llegado el caso. – Kätchen, que ha traído esa noticia, ha empezado a dudar a continuación de si a su hermano lo ahorcaron o sólo lo obligaron a ahorcarse *(¡sólo!*).

Steinitz me pidió que fuera a verle anteayer, que podía cambiar tabaco por azúcar y que le era imposible venir a casa el sábado por lo inminente de la mudanza. La peligrosa carta fue destruida inmediatamente. Esa noche fui yo a su casa. Lo horrible es esa mujer que no cesa de renegar contra el marido, que no cesa de pintar con las tintas más negras el nuevo (todavía desconocido) alojamiento. «Tú te vas por la mañana de casa, vuelves por la noche, y yo tengo que hacerlo todo, que cargar con todo, y lo que más te gustaría sería mudarte a una habitación ya completamente amueblada…», y así, hasta el infinito. Pero tampoco le gustaba que hubiera cancelado la visita del sábado; lo que ella quería era que su marido dejara otros días el cementerio y la ayudara. Así que vendrá el sábado. A él, por su parte, no le gustaba cambiar tabaco por azúcar, quería tabaco picado por tabaco de hebra. «¡Eres un codicioso!», le riñó ella… De lo más desagradable.

Desde abril estamos tratando en vano de averiguar la dirección perdida de

Caroli Stern-Hirschberg –rompemos todas las cartas al momento–, pensábamos que la habían evacuado hacía tiempo. Ayer escribió desde Berlín, todavía indemne y no demasiado preocupada. De Lissy no ha vuelto a saber nada desde que salió su convoy. Ayer, con Eva en casa de los Marckwald. Conocimos allí a un hombre flaco, de unos cincuenta años, comerciante de cereales, al final de la guerra mundial soldado sanitario, ahora enfermero de la Comunidad Judía: Bernstein. Ese hombre le hablaba a Marckwald del último convoy aún con más desesperación que Katz el otro día. Enfermos completamente paralíticos, hacinados en los bancos del camión como sardinas en lata, la conducción sin miramientos, dando tumbos el camión incluso mientras se ponían inyecciones, falta de medicinas, prohibición de que una ambulancia fuera a recoger a los enfermos a las casas, descartado llevar las sillas de ruedas, etc. Salimos los dos juntos, y yo le pregunté por qué lo había descrito todo con esa crueldad. Respuesta: si estuviera solo con Marckwald, le aconsejaría inmediatamente que se suicidara, así se evitaría sufrimientos inútiles. Él, Bernstein, estaba convencido de que en Theresienstadt suprimirían con inyecciones a los enfermos incapacitados para el trabajo, había escasez de morfina, de insulina, etc. – Yo le pregunté: «¿Por qué no aquí?». – Porque allí lo hacían más en secreto, respondió, Theresienstadt estaba completamente aislada; ni siquiera Katz, en su calidad de médico acompañante, pasaba nunca más allá de Leimeritz. Bernstein calificó de indescriptible la brutalidad del transporte. Allí no tenían en cuenta ni la edad, ni la parálisis, por absoluta que fuera, ni los dolores. – Lo que yo considero mucho más horrible que las cosas parecidas que hacen los rusos es que no hay nada espontáneo, todo ha sido organizado y ordenado con método, es crueldad «civilizada», y sucede hipócritamente, en nombre de la cultura y con alevosía. Nosotros no asesinamos.

[…]

La situación exterior es más opaca que nunca. En el sur de Rusia vencemos incesantemente. Desde mayo tenemos «más de un millón de prisioneros» (los civiles, habitantes de las ciudades, se incluyen en este recuento), pero desde hace semanas los rusos atacan más al norte (naturalmente, siempre sin éxito). Y corre el rumor de que Alemania ha enviado tropas a la Francia no ocupada, en parte por los desórdenes, en parte por el «segundo frente». El «segundo frente» es la expresión de moda este verano. Lo tratan como un *bluff* del enemigo; pero al

mismo tiempo no dejan de asegurar que estamos dispuestos a recibirlo en todas partes. *En todas partes:* eso es monstruoso. Y al principio insistían en lo ventajosamente reducida que era esta vez (en comparación con la guerra mundial) la longitud de nuestro frente.

[…]

Noche

Carta de Berlín en el correo de la tarde. La señora Maria Schott, «en representación de su hermana Änny Klemperer, que está de viaje», me comunica, tal como se lo ha prometido a Trude Scherk, que Grete murió el 11 de agosto por la tarde. Dice que ya llevaba algún tiempo sin lucidez de conciencia, que no había sufrido, y que así se había librado de la evacuación. Yo estoy completamente embotado, apático. Escribí una carta de contestación dando las gracias y diciendo que no podría ir al entierro puesto que no me está permitido salir del término municipal de Dresde. Así pues: Grete *6-X-1868, † II-VIII-1942. Pero para mí –y seguramente así era en la realidad– estos dos últimos años ya estaba muerta. Ahora sólo quedamos Georg, Marta[241] y yo.

Han estado aquí los Seliksohn, una tarde monótona y lenta.

16 de agosto, domingo tarde

Hace unos veinte años, cuando Walter Jelski[242] vivía con nosotros, Eva vio actuar a un joven bailarín que le interesaba a Walter: Harald Kreutzberg[243]. Ahora, está anunciado aquí otra vez, para esta tarde, en el «Theater des Volkes» *(già* Alberttheater, en el que vimos a los Englisch Players). Eva habló de eso, yo la animé a ir, y ahora justamente está fuera, en su «salida aria», como la ha llamado ella. Un verdadero acontecimiento que me agobia, que nos agobia a los dos. He tenido que insistirle mucho. Pronto hará cuatro años que estamos completamente excluidos de todos los espectáculos públicos, del cine, del teatro, etc. ¡Esta pobreza infinita de nuestra situación! Eva tiene que mantener en secreto su salida, de lo contrario la envidia que produce es demasiado grande. ¿Tengo *yo* envidia? Seguro que no. Habría estado muy triste si ella no hubiera ido. *Eppure*[244]… Me viene a la mente todo aquello de lo que carezco y que seguramente no volveré a tener jamás. *La abstinencia ensucia:* ya se refiera al

azúcar o al cine, al tabaco o a las mujeres, al pan o al coche. Siempre se está obsesionado, en sucia avidez, por lo que no se tiene.

La señora Schott nos comunica hoy que Grete será enterrada el miércoles en Weissensee[245]. Ya le escribí el viernes a la señora Schott que me está prohibido abandonar el término municipal de Dresde. Y con seguridad, Eva tampoco recibiría permiso de viajar. – Cuando Grete estuvo aquí la última vez, en 1938 creo, me dijo un día con una alegría que se traslucía en la mirada y la voz: «Tú también tienes otro color en las uñas: ¿sabes que eso es síntoma de enfermedad cardíaca?». Noté claramente que bajo esa frase estaba la alegría de no ser ella la única que tenía miedo, la única que se sabía a merced de la muerte, y me dije por primera vez que ya no estaba muy bien de la cabeza. Durante esa visita vimos otros síntomas de lo mismo: a veces era verdaderamente infantil. Pero el derrumbamiento propiamente dicho llegó en la primavera de 1940. Desde entonces vivió una vida de débil mental y de demente… ¡Pensar que yo también podría terminar así! – Desde muy joven he sentido una gran amargura ante la frase de la «naturaleza benigna».

Habían ordenado que nos marcháramos de esta casa el 1 de septiembre. Seguimos sin saber adonde: lo único seguro es el progresivo hacinamiento y la miseria creciente de los habitáculos judíos. Hoy Hirschel, el presidente, le ha comunicado por teléfono a Kätchen que no tenemos que marcharnos hasta el 1 de octubre. No es mala noticia. Ahora luce el sol, y Eva podrá usar el balcón, aquí al menos vivimos rodeados de verde, nos hemos acostumbrado a Kätchen-Sara, y ahora además le van a permitir usar los transportes municipales, lo que la llevará de nuevo a Zeiss-Ikon y a nosotros nos garantizará vivir aquí solos más de la mitad de la jornada. Y todo un mes de demora…, quién sabe cuánto significa eso.

El otro día en el cementerio, el bueno de Cohn, también muy enflaquecido, nos dijo que quería pasar a vernos el domingo (hoy) con su esposa (aria). En lugar de la visita llegó ayer una tarjeta en la que decía que estaba en cama, con ciática. Me sentí entonces obligado a ir a verle. Zinzendorfstrasse 9. Tuve que atravesar el peligroso pasaje permitido de la Bürgerwiese. Un inmueble inmenso y antiguo; primero estuve en la parte de delante, en la buhardilla, pero en vano: allí todos son pisos de judíos, pero ningún Cohn. Dijeron que vivía en el edificio posterior. De nuevo tres pisos, esta vez con una horrenda escalera de caracol,

pero con vistas a una zona verde ajardinada. De nuevo en vano, no abrió nadie. Entonces cuando me marchaba indeciso, encontré abajo al pasar a una señora. «¿A quién busca?» Era la señora Cohn, una simpática mujer en la cincuentena. Por tercera vez los tres pisos. La vivienda, más amplia de lo que esperaba. Cohn estaba acostado, con fuertes dolores, estuvimos sentados junto a su cama. La conversación, obviamente, sobre el horror de la situación. Había habido un nuevo suicidio: una mujer mayor; de sus dos hijas, a una la habían evacuado hacía poco, la otra había sido detenida estos días. A la evacuada la conocimos hace dos o tres años en casa de Feder, era húngara, la señorita Taussig. – Los Feder, por cierto, tienen que marcharse ahora de su casa y les han asignado una habitación en la casa de la Comunidad. Todavía estoy oyendo con qué repugnancia antisemita decía esa señora Feder, con su mente estrecha, que ella no quería bajo ningún concepto ir a una *Judenhaus*, vivir rodeada de judíos.

[…]

Sumamente divertida ha sido la emocionada alegría con que Kätchen nos ha comunicado la continuación de nuestra convivencia. A mí me dio la mano, a Eva un beso. Cuando pienso en las escenas que ha habido entre nosotros. Y con qué desvergüenza le robo comida en los últimos tiempos. Y hasta qué punto nos lleva a la desesperación a los dos. Pero, en conjunto, es nuestra «vieja pesadilla»[246], y muchas veces nuestra relación es relativamente apacible.

17 de agosto, lunes noche

He fregado el pasillo; esta mañana, con un calor de bochorno (¡con abrigo!) he estado en casa de la señora Hirschel y por la tarde he ido a la Wasaplatz a comprar 4 pfennigs de leche; así que la pluma no obedece a la mano.

[…] – La señora Hirschel (hasta 1920, ayudante de cátedra de Walzel) dijo que ella, igual que su marido, era judía liberal y *fanáticamente* alemana. Yo le abrí los ojos sobre la palabra *fanatisch.* «Fanáticamente alemana», una *contradictio in adjecto*, *fanatisch*, palabra favorita de Hitler. Elia: «Quiero decir "apasionadamente", la palabra *fanatisch* no volveré a utilizarla ». Me dio un libro traducido del inglés: *Perfil del judaísmo liberal*, de Claude G. Montefiore. Ese era su propio punto de vista, dijo. – Yo hablé de mi odio al romanticismo, *seu*[247]romanticismo teutón. Cada vez veo más claro que el nacionalsocialismo

es, en esencia, un producto alemán, por muchas cosas ajenas que haya asimilado. La originalidad absoluta probablemente no existe. Todo pensamiento ya ha sido pensado alguna vez, es pensado al mismo tiempo en las más diversas cabezas, regiones y épocas. Toda originalidad comprobable consiste en adaptar. El nacionalsocialismo adapta el fascismo, el bolchevismo, el americanismo, todo reelaborado en romanticismo teutón. *«Les extrêmes se touchent.»* Pueblo de soñadores y perfeccionistas, de exaltados hiperconsecuentes, de nebulosidad y de la más exacta organización. En Alemania se organiza hasta la crueldad y el asesinato. El antisemitismo espontáneo se convierte aquí en el *Instituto para el problema judío.* Al mismo tiempo *(les extrêmes)* se rechaza todo intelectualismo como judío y superficial. El alemán siente y tiene profundidad.

La señora Fleischer, una amiga íntima de Ida Kreidl, toda arrugada y de su misma edad, le dejó a tiempo su casa (villa en la Daheimstrasse) a su yerno ario con la condición de poder vivir con él. Vive allí y hasta ahora se entienden bien y no tienen problemas. La conocimos en invierno, se ofreció a ayudarnos con patatas, etc., Eva estuvo varias veces allí y volvió siempre cargada de dádivas. Hoy ha estado la señora Fleischer aquí, en casa de Ida Kreidl, ha traído un bote de mermelada y unos cubitos de sopa y ha contado muchas cosas de las que se entera en ambientes arios. El yerno es dueño de una especie de fábrica de papel y tenía parientes y amigos en el frente, etc. – En Berlín, el ambiente tiene que ser catastrófico, la cosecha ha sido flojísima. Pérdidas inmensas en Rusia, envío continuo de tropas a Francia. Reclutan a los jóvenes de diecisiete años, en las fábricas de armamento, descenso del rendimiento por desnutrición de los obreros.

18 de agosto, martes mañana

Hoy, día crítico de primer orden: saldrá una nueva lista con los que van a evacuar. De nuestro círculo más íntimo están amenazados: Ida Kreidl, la señora Pick, la señora Kronheim, los Marckwald, los Neumann. Una cierta señora Schlesinger, que vivía en la habitación vecina a la de Trude Scherk en Wilmersdorf, me envía, según lo convenido, la postal de un amigo de los Scherk que vive en Estocolmo: dice que se ha informado en la Cruz Roja y que hay esperanza de que la Cruz Roja de Ginebra pueda contactar «en un tiempo no lejano» con los que viven en Theresienstadt. (No lo creo, tienen demasiado que

esconder allí.) Quiero intentar hacer llegar esa noticia por vía oral a Trude Scherk.

Ahora todo tiene que hacerse a escondidas, por lo menos de la Gestapo. La postal de Estocolmo ha pasado la censura alemana, pero que Dios me tenga de su mano si la Gestapo encuentra en mi casa esas líneas. – Kätchen me trae una hoja del *Dresdner Anzeiger* de ayer: «¡Pero rómpala al momento!». No podemos estar suscritos a ningún periódico, y cada noche echamos una ojeada a los telegramas del *Dresdner Neuesten Nachrichten*, al que está suscrita la aria Elsa Kreidl. Así pues, el *Anzeiger* trae un artículo sobre la cosecha que, bajo los más hermosos eufemismos, deja entrever una clara situación de emergencia. «Las previsiones más pesimistas», dice el periódico, *no* se han confirmado, pero indudablemente hay que hacer grandes economías. En la medida de lo posible, también hay que fomentar la cría de cerdos, muy reducida. Etc., etc. Yo, de ser censor, no hubiera dejado pasar el artículo (título de mal agüero: «El pan de cada día»).

La situación, indudablemente, es mala para todos; pero ni siquiera quienes tienen contacto y simpatizan con los judíos saben qué mala es para nosotros. Eva necesita dinero de Pirna; Annemarie responde a su aviso: que esta semana está ocupada y la siguiente estará casi seguro de vacaciones: «Si necesitas algo, escribe lo que tengo que enviarte». No sospecha qué inmenso peligro comportaría ese envío para ella misma y para nosotros dos.

En Zeiss-Ikon ha habido un caso extraño: una portadora de estrella ha resultado que era aria en un 75%. (Como antes se descubría de vez en cuando que una mujer era hombre.) Acto seguido, dejó de llevar la estrella y, ya libre, fue puesta en un grupo de trabajo ario. Kätchen preguntó a la chica cómo está ahora, qué hace. Respuesta: el grupo de trabajo recibe un trato más duro que la sala judía. *Pero* enseguida se fue a un restaurante y al cine, y ahora lo hace a diario. Esa joven del 75% tiene un hermano, también de 75%, que ha sido deportado a un gueto polaco. ¿Qué pasa con él? A Alemania no le dejan volver, eso es seguro: podría darle por contar cosas. Probablemente (opinión de Eva a la que me adhiero), irá en el extranjero a un depósito de reclutas y de allí al frente. (¿He anotado que últimamente otra vez envían allá a los mestizos? ¿Que el hijo de Erich Meyerhof[248] está luchando con Rommel?)

19 de agosto, miércoles mañana

Les faits nouveaux[249]: en el nuevo convoy que sale para Theresienstadt están Ida Kreidl, la señora Pick, la señora Kronheim. – Por nuestra parte, tenemos que dejar el piso para el 1 de septiembre, la demora hasta el 1 de octubre ha sido anulada. – Eva ha reanudado el contacto con Natcheff[250], interrumpido hace unos años. – Tras un sinnúmero de exámenes médicos y de instancias, Kätchen-Sara ha recibido por fin permiso para ir a la fábrica en transporte público. Lleva semanas de baja en la fábrica y, aquí metida todo el tiempo y sin parar de charlar, nos ha sumido en la desesperación. Pero ahora la convivencia seguramente se terminará, y por eso su permiso de viajar ya no es importante para nosotros.

Ayer al mediodía vi cómo Ida Kreidl llegaba cansada a casa. Había estado en la Comunidad: nadie sabía nada. Una hora después, uno de los hijos de Hirschel trajo la (ya habitual) carta mecanografiada, conminando a presentarse «sin falta» en la Comunidad a las cuatro menos cuarto, en copia especial dirigida a Ida Kreidl y Julia Pick. La señora Pick se excusó con la dolencia del pie, por eso no se atrevió tampoco a hacer la habitual visita de los martes a Marckwald. En eso tuve que suplirla yo. Allí ya sabían todo: el segundo director de la Comunidad vive en la misma casa. Los Marckwald se habían librado esta vez, así que estarán a salvo durante dos o tres semanas. El tenía mucho miedo por la morfina, yo, secundado por su mujer, le infundí aliento, sin creer yo mismo lo que estaba diciendo. La señora Marckwald me apoyó y me dijo después, ya fuera: «Por supuesto que *no* se la darán». – En el camino de vuelta me encontré con los Hirschel (su villa: Wiener Strasse 85; habitáculo de los Marckwald: Wiener Strasse 95). El se unió a mí, quería ir a ver a la señora Pick, su antigua inquilina. Se quejaba de la inconcebible brutalidad de la Gestapo. En especial, los dos con quienes también nosotros hemos tenido que ver, el «escupidor» y el «boxeador», eran demonios. No son, como yo creía, funcionarios muy subalternos. El escupidor, el de los ojos oscuros de loco, es comisario, el otro (ojos azul pálido, pequeños y duros, nariz respingona, sombrerito en la cabeza rubia) es *Sturmbannführer* con grado de capitán; se llaman Weser y Clemens. Hirschel y Kahlenberg (el sucesor, poco simpático y de juvenil aspecto, de Pionkowski) habían sido citados en la Gestapo, para recibir la lista del nuevo convoy. «¿Qué

estáis haciendo por aquí, vagabundos? ¿Qué os traéis entre manos? Siempre os traéis algo entre manos.» (Hirschel añadió que ya lo habían apaleado allí; que en presencia de las dos bestias principales, los que normalmente eran más comedidos se sentían obligados a ser crueles.) Esta vez estaban presentes el escupidor y el boxeador cuando se hizo pública la lista en la Comunidad, delante de los ancianos. Entre medias soltaban insultos y amenazas (¡ay de vosotros, cerdos judíos, si las maletas son demasiado grandes!), mandaron quitar de las paredes las fotografías de los antiguos rabinos y presidentes de la Comunidad. Por lo visto, entre los afectados hay también esta vez muchos enfermos y paralíticos. No es el médico sino la Gestapo quien decide si se está en condiciones de salir en el convoy. – Hoy ha llegado una tarjeta garabateada por la señora Kronheim: que está mal, con un ataque de vesícula, y tiene que ir «al médico». Eso habíamos acordado.

Desde que me dieron el librazo en la cabeza con el Rosenberg, ya no nos atrevíamos a sacar nada de la biblioteca circulante. Pero ahora me falta material. Así que Eva ha probado otra vez con Natcheff. Le dijo que ahora estaba mejor del pie y que por eso podía ir otra vez a la ciudad. Me trajo *Mussolini*, de Görlitz[251]y un francés moderno sin traducir. Al punto dejé a un lado el latazo, mortalmente aburrido (y sin embargo interesante a su manera) de Montefiore y me enfrasqué en el muy sólido libro sobre Italia. ¡Estudiar como si estuviera seguro del mañana! Es la única posibilidad de mantener la cabeza sobre los hombros.

20 de agosto, jueves mediodía

La señora Pick se ha suicidado por segunda vez, y esta vez con éxito. Veronal. Miedo a los malos tratos de la Gestapo en el transporte, quizá miedo también de la desconocida Theresienstadt. Los últimos días estuvo mucho más animada de lo normal, en las reuniones de por la noche casi llevaba ella sola la conversación, decía a menudo que «no había que pensar en ello», que «había que hablar de otra cosa». Como iba a ser evacuada, no llamó la atención que regalara recuerdos: a su sobrina, la señora Gaehde, los gemelos de piedra especular del frac de su marido, una chaquetita negra para Eva (que ésta llevó en el funeral de Joachimsthal y que ahora llevará para el de la señora Pick). – Ida Kreidl subió a casa una vez más. Eva fue la primera que bajó, a las siete, y me dijo después que

esta vez era más serio, que tenía estertores muy fuertes. Un cuarto de hora después, yo estaba abajo, ya no se oía nada, la boca abierta, un ojo abierto, sin duda alguna la muerte. Otra vez llamé por teléfono desde la casa del jardinero Mickley, a quien conté la desgracia ocurrida. Le dije a Katz que la señora Pick, según todas las apariencias, había muerto; él: que vendría hacia las once. Después tuve cargo de conciencia: *yo* no podía constatar con seguridad la muerte, tal vez aún había salvación… ¿afortunadamente para la señora Pick? Así que volví al teléfono; Katz contestó que si la naturaleza no aportaba ayuda, *él* tampoco podía ayudar, para hacer un lavado de estómago era, con toda seguridad, demasiado tarde. Cuando llegó después, ya había rigidez cadavérica. – Una vez más, compruebo mi total embotamiento y frialdad de corazón. Mi primer pensamiento: heredaremos patatas. Ni siquiera es original, cf. Fontenelle[252] y los espárragos. – Conocíamos a la señora Pick desde febrero. Era, en el buen sentido de la palabra, una gran señora *(mutatis mutandis*, la duquesa en las cárceles de la Revolución francesa), una persona de enorme sensibilidad y con un carácter estoico. Era extraordinariamente vital. No se le notaban los setenta y ocho años ni psíquica ni físicamente. – Para cada convoy ya hay designados sustitutos: la Gestapo da por descontado que habrá algunos suicidios. Organización alemana.

Estos últimos meses he aprendido en diversas ocasiones que desde Esdras existe la religión judía propiamente dicha, la «ley», los cientos y cientos de preceptos que vinculan al judío, durante todas las horas del día, en cada acto por pequeño que sea, con su religión y le hacen pensar en Dios. La Gestapo es como Esdras. Me gustaría fijar una vez el horario de la jornada diaria (sin nada extraordinario como un asesinato o un suicidio o un registro). Al despertarse: ¿vendrán «ellos» hoy? (Hay días peligrosos y no peligrosos; el viernes, por ejemplo, es muy peligroso, ese día «ellos» suponen que ya se ha hecho la compra para el domingo.) Al lavarse, ducharse, afeitarse: ¿dónde ponemos el jabón, si «ellos» llegan ahora? Luego el desayuno: sacar todo de los escondrijos, volverlo a llevar a los escondrijos. Luego, carencia de puro; el miedo al fumar la pipa con las hojas de zarzamora, cosa que no lleva a la cárcel pero que sí comporta palizas. Carencia de periódico. Luego, la llamada de la repartidora del correo. ¿Es ella o son «ellos»? ¿Y qué trae esa mujer? Luego las horas de trabajo. Con el diario peligra la vida; el libro de la biblioteca circulante acarrea

palos, los manuscritos los hacen trizas. Cada pocos minutos pasa algún coche. ¿Son «ellos»? Cada vez a la ventana, la ventana de la cocina da a la parte de delante, el despacho a la de atrás. Siempre hay alguien que llama al timbre, al menos una persona por la mañana y una por la tarde. ¿Son «ellos»? Luego la compra. En cada coche, en cada bicicleta, en cada peatón se los ve a «ellos». (No han sido pocos los insultos que he recibido.) Caigo en la cuenta de que he llevado ahora la cartera bajo el brazo izquierdo: quizá estaba tapada la estrella, quizá me ha denunciado alguien. Pero cuando hago la compra, en mi calidad de cónyuge mixto no tengo tanto que temer como los demás. Cuando la señora Kreidl recibe de vuelta de un gran cupón judío algunos cupones pequeños sin J (cosa inevitable), mete los «arios» bajo el forro de su bolso porque está prohibido llevar cupones arios. Y la señora Kreidl siempre lleva además algún artículo escaso que le han dado en las tiendas. Así pues, en esos aspectos yo estoy más protegido. Después hay que hacer alguna visita. Pregunta en el camino de ida: ¿iré a toparme allí con un registro domiciliario? Pregunta en el camino de regreso: ¿han estado «ellos» en casa o están todavía allí? El sufrimiento cuando un coche se detiene cerca. ¿Son «ellos»? Luego otra vez el asunto del escondrijo, como en el desayuno y el almuerzo. (Evidentemente, en la visita se ha hablado única y exclusivamente de las desgracias más recientes.) Hacia las nueve de la noche, más tranquilidad. Ahora, a lo sumo, sólo vendrá el policía del control. Ése es correcto, ése no es Gestapo. Al acostarse, último pensamiento: yo duermo casi siempre sin sueños, así que seguramente descansaré hasta mañana por la mañana. Pero hace poco soñé que iban a ahorcarme en la celda de una prisión. Cuando era muy joven soñaba muchas veces que me ajusticiaban. Desde entonces, nunca más. Entonces era seguramente la pubertad; ahora es la Gestapo.

La señora Pick tuvo que haber estado perfectamente serena cuando se suicidó. La carta de despedida que había sobre la mesa está escrita con rasgos muy firmes –no como mi tembleque– y limada estilísticamente: «Les doy las gracias a todos, *a todos* los que, con su finura de corazón, han embellecido mis dos años y medio en Strehlen[253]» (se refiere a la casa de Hirschel, a los de esta casa y a los Marckwald). Finura de corazón: ¡qué equilibrado!

Noche

Todo se desarrolló con rapidez. Katz constató hacia las doce rigidez

cadavérica, *exitus* unas cinco horas antes, y ordenó todo lo demás: media hora después estaba la policía aquí, otra media hora después, el coche fúnebre con los hombres, a los que yo conocía ya por el cementerio, y con el ataúd para el transporte y el funeral, que también conocía y que debe de ser el único ejemplar que poseen. Sabe Dios dónde meten los cadáveres que no incineran y que no caben en una urnita. Ya avanzada la tarde les llevé la noticia a los Marckwald, que se quedaron aterrados.

21 de agosto, viernes mañana

Ayer por la mañana, Eva solucionó en lo esencial el asunto de nuestro alojamiento y, a propuesta de Reichenbach (sucesor de Estreicher †), se decidió por dos habitaciones en Blasewitz[254], Lothringer Weg, que al parecer tienen toda clase de ventajas y de inconvenientes. Después de cenar, Eva fue a casa de Gaehde, la sobrina de la señora Pick. Nosotros teníamos una ligera prevención contra ella, y una prevención muy fuerte contra el marido ario. Eva dice que ha recibido una impresión favorable de la señora Gaehde, y tampoco muy desfavorable del pusilánime ario. Los dos estaban hondamente afligidos, abatidos, exasperados. Por lo visto, el contacto con judíos podía acarrearles gravísimas consecuencias, «el destino de siete personas depende de mí», afirmaba con insistencia la señora Gaehde. Y sin embargo: valentía alemana, moralidad alemana. El marido le debe su riqueza, su existencia libre de cuidados, al difunto judío Pick.

Moralidad alemana: a aquella brutal escena en que pasaron lista en la casa de la Comunidad, me refiero a la lectura de los nombres de los que evacuaban a Theresienstadt, asistieron varios chicos de las HJ, seguramente para que aprendieran el oficio y les tomaran el relevo a escupidores y apaleadores.

LTI. Dos nuevas «disposiciones» *in judaeos* son interesantes por su estilo. Hasta ahora se «prohibía» y se amenazaba con «medidas de la policía del Estado». Esta vez *no se desea* a) que en la correspondencia oficial los judíos consignen su título o su antigua profesión (por ejemplo «Hilde-Sara Heim, catedrática de instituto jubilada»), b) que los judíos sigan teniendo «empleadas domésticas de sangre alemana», que les están permitidas (mayores de cuarenta y cinco años) según las leyes de Nuremberg de 1935. En ambos casos *hay que contar con consecuencias desagradables si no se observa lo dispuesto.* ¿Por qué

esa forma suave de expresarse, a la que no corresponde ciertamente un trato suave? Veamos. Caso 1º: la oficina estatal de clases pasivas paga mi pensión al «catedrático titular jubilado», y la Gestapo me quita de en medio si me llamo a mí mismo «catedrático titular jubilado» (del mismo modo que hace poco me apalearon y escupieron porque tuve la cátedra hasta 1935). Y caso 2º: las leyes de Nuremberg pasan por ser el fundamento, la piedra angular del edificio nacionalsocialista, y la Gestapo me quita de en medio si actúo dentro del marco de esa ley fundamental. Eso es una discordancia demasiado evidente, así que se la mantiene oculta, se la camufla. *No se desea* y *consecuencias desagradables* son palabras maravillosamente elásticas.

En un cuarto de hoja de periódico hallada en «cierto sitio», he encontrado este título de la sección cultural: *«¡Humanidad, ordena!»*. Curioso, que lo hayan permitido; «ideológicamente» es una burla de la fórmula *«¡Führer, ordena!»*. Se me hizo evidente al mismo tiempo la posición central que tiene esa fórmula en la totalidad del pensamiento nacionalsocialista y comprendí que en ella se pone al descubierto una de las raíces, tal vez la más fuerte, del nacionalsocialismo y del fascismo. (Del comunismo, menos.) Cansancio de una generación. Quiere liberarse de constricciones y tener vida propia […]

22 de agosto, sábado mañana

Hemos tenido –absoluta excepción de este verano– dos o tres días de un calor angustioso, después hubo ayer tormenta y bajaron las temperaturas. Al anochecer me pilló la lluvia y quedé empapado. Antes había estado unos minutos en casa de los Kronheim, en la Altenzeller Strasse 41. Esta vez los encontré a los dos, estaban haciendo el equipaje. La madre, que sale el martes para Theresienstadt, aún más decrépita, pálida, diminuta, encorvada que las últimas veces, un pequeño esqueleto combado hecho de palitroques; la hija aún más histérica, llorosa, desesperada que la última vez. Estaba ayudándolas la señora Aronade, la de la habitación vecina. La conocíamos por ser la compañera de bridge de Kätchen, una mujer gruesa, corpulenta, de ancho rostro. También ella está completamente descarnada, perfectamente escuálida. Sin embargo, animosa y optimista. Habían creído que seríamos nosotros los inquilinos de la gran habitación de la señora Kronheim, sobre todo porque Kätchen se muda a esa casa, y estaban algo desengañados de nuestra elección. (Ahora, cuando los

judíos valoran entre ellos una casa, la primera pregunta es cuántas veces han estado «ellos» allí.) La Altenzeller Strasse tiene malísima fama, aunque lo peor es el «32». Esa casa tiene por lo visto el récord de la Gestapo, con diecinueve registros. Cuando Reichenbach le ofreció a Eva, en la Comunidad, la Altenzeller Strasse, ella le respondió: «Me gustaría sacar a mi marido de esto con vida». Pero no era sólo el miedo a la Gestapo; también veía inconvenientes en continuar conviviendo con Kätchen, y en que los Steinitz se mudaran asimismo al 41. En Blasewitz estaremos más aislados. Kätchen dice, por otra parte, que en el Lothringer Weg ya han estado «ellos» nueve veces y que en la Altenzeller Strasse en el fondo sólo les interesa el 32. – Les anuncié nuestra visita de despedida para el domingo a las tres y me fui después a casa de los Glaser, que viven muy cerca y que me recibieron con verdadera alegría. A la señora Glaser me la encontré abajo; estaba fregando (con su pantalón verde) el último peldaño de la escalera. Acordamos que iríamos a verlos el domingo, no muy avanzada la tarde. Esa será nuestra distracción dominical. Me pidieron que les leyera el capítulo sobre Nápoles del *Curriculum*; pero probablemente les diré que en Blasewitz se corre menos peligro que aquí, que allí podrán ir a vernos y que allí les haré la lectura. Eso tendría la ventaja de que Eva no tiene que oír por enésima vez la misma cantilena.

Lectura en voz alta: Georg Hermann. ¡Me resulta tan familiar! No cabe duda que pertenecer a una misma generación es un vínculo más fuerte que pertenecer a un mismo pueblo, o a una misma profesión.

Lectura de trabajo: *Mussolini.* ¡Si yo supiera leer textos italianos (en lengua italiana)!

Esta tarde, el diario tiene que salir por fin otra vez de casa. Hasta que regresa Eva, no me quedo tranquilo.

23 de agosto, domingo mañana

El libro de Walter Görlitz sobre Mussolini es como un bizcocho mal cocido, en el que alternan capas esponjosas y semicrudas […]

Estamos metidos los dos en el torbellino de la evacuación y de nuestra mudanza. Eva lleva a cabo *prouesses*[255]. Ayer acordó con y a través de Thamm que nos traslademos el 3 de septiembre al Lothringer Weg, trabaja para Ida Kreidl en la máquina de coser, la ayuda en montones de cosas, estuvo ayer en

Pirna. – Yo he empezado la jornada de hoy transportando muebles de la casa de Ida Kreidl a la de Elsa Kreidl, de la planta baja al segundo piso. Ahora van a hacer bajar a Eva en cualquier momento; la Comunidad ha enviado a un embalador que tiene muy pocos recursos. El problema: cada infeliz judío sólo tiene derecho a llevar un maletín y un bolso de mano; todo lo demás, muebles, ropa, queda confiscado en la habitación precintada. Por supuesto, también queda confiscado todo el patrimonio. (Pero todos se consuelan con la promesa de Roosevelt-Churchill de que serán indemnizados cuando se firme la paz.) Y en cuanto a vestidos, ropa interior, medias, todos se ponen una prenda sobre otra, lo que admite el cuerpo.

Annemarie era amiga del hermano médico de los Feder, que está ahora en Inglaterra, y sigue teniendo amistad con la mujer, que se quedó aquí. Por esa vía hemos sabido que en el convoy de mañana se encuentra también la octogenaria madre de los dos hermanos. «Nuestros» Feder han tenido que trasladarse entretanto de su piso al inmueble de la Comunidad. Con qué repugnancia me dijo una vez la señora Feder, esa aria cerril: «¡No, a una *Judenhaus* no quiero ir en modo alguno!». No puedo reprimir la alegría rastrera que siento.

Annemarie me ha enviado tres puros, los he fumado a toda prisa, por lo prohibidísimos que están. Cuando empecé a sentir una ligera náusea: el asado de perro de los *Tejedores*.

En Woolworth se puede comprar un cepillo de dientes si se da a cambio uno usado. – Papel higiénico, papel de seda, servilletas de papel, no se encuentran por ninguna parte. Anteayer nuestro tendero de la Wasaplatz vendía rollos sueltos, pero sólo con tarjetas de hogar, que no poseemos. De las patatas nuevas (de las *nuevas*), que ahora suministran en mayor cantidad (3,5 kilos por cabeza y por semana, pronto serán 5 kilos) tenemos que tirar una gran parte, porque están completamente podridas. Las patatas viejas, aun con la mejor voluntad, son ya incomestibles. Un pequeño legado de nuevas, dejadas por Ida Kreidl, nos sacará de apuros durante algún tiempo.

El fracasado intento de desembarco de los ingleses en Dieppe[256] (2.000 prisioneros; desde luego no ha sido una gran operación) lo pregonan los alemanes a bombo y platillo. Inexpugnabilidad de la costa europea, nuevo Dunkerque[257] etc., etc. Ayer estuvo aquí un pariente de Ida Kreidl. Dijo que eso era sólo maniobra de distracción, engaño. «¿Por qué destruyen Hamburgo? Los

norteamericanos son atrevidos, desembarcarán junto a Hamburgo.» Eso era más o menos como cuando el tendero Vogel decía en el verano de 1940: «Atacaremos Inglaterra con doce mil aviones y aterrizaremos allí». Ilusiones…

Yo sueño rarísimas veces. Y esta mañana me desperté angustiado. Hacía mucho calor, había doblado en el suelo el abrigo (el abrigo *con* la estrella), junto a una parada de tranvía, y estaba en chaqueta sin estrella. Dos señores se dirigieron a mí: «Lo hemos visto a usted muchas veces con la estrella judía. ¿Por qué…?». Al punto me desperté con una horrible sensación de angustia. El otro día, ahorcado en sueños, hoy sin estrella; viene a ser lo mismo.

24 de agosto, lunes tarde

Ayer, visita de despedida en casa de Kronheim, angustiosa. La hija, sollozando histéricamente, peor que la madre, que al final me abrazó y me besó. Por la habitación, bultos y prendas de vestir; cosieron un paquetito clandestino de sacarina en un corsé rosa, de vez en cuando la madre y la hija se vociferaban la una a la otra, nerviosísimas. – Glaser, que conoce a la familia desde hace tiempo, llegó también; fue un alivio cuando pudimos marcharnos los dos con él. Luego, unas horas de solaz en casa de los Glaser; puso en su bonito gramófono eléctrico un gran concierto de violín de Bruch[258]. Una lástima que, en punto a la guerra, estuviese convencido de su todavía larga duración y de la victoria final de Alemania. Me contó que, por encargarse de la defensa en los procesos contra los comunistas, lo echaron de su puesto ya en 1933, pero que siempre se negó a afiliarse al PCA por lo que el Partido acabó dando preferencia al joven abogado Helm, miembro del Partido. Con el tal Helm hablé yo una vez: vino a verme a Dölzschen, como vendedor de una empresa de lubrificantes para coches. En aquel entonces, me pareció que era una especie de mártir. Por la noche, en casa, nos sumergimos de nuevo en ambiente de evacuación. Pero Ida Kreidl estaba muy serena, casi excitadamente alegre: en Theresienstadt se encontrará con una hermana de Praga, y el viaje lo hará con una cuñada. Su buen estado de ánimo (naturalmente con un alto grado de excitación) se mantenía esta mañana. Desde muy temprano subió repetidas veces a casa. Hemos «heredado» muchas cosas: patatas, harina, herramientas de trabajo, etc. A las once apareció un comisario de la Gestapo; yo le abrí, él me trató de «usted», o sea, ya casi un rasgo de humanidad. Pero después sí que vi lágrimas en los ojos de la señora Kriedl.

«Ahora soy como un perro callejero», dijo. Sobre el ojo de la cerradura del piso de la planta baja hay pegados cuatro precintos rojos de la Gestapo: todo lo que queda dentro pertenece ahora al Estado, la propietaria es pobre de solemnidad. (Esto es, tiene cinco vestidos uno encima de otro, y según dijo ella misma, seis pantalones y seis pares de medias. Y también es dueña de lo que ha cabido en un maletín y un bolso de mano. Cuando llamó el comisario –timbrazos en todos los pisos–, interrumpiéndola en lo que estaba haciendo, ella tenía puesta una media marrón en la pierna derecha, y una gris en la izquierda.) Después estuvo una hora arriba con su cuñada. Cuando se despidió de nosotros se mantuvo muy serena: también a mí me besó y me abrazó. Las cincuenta personas tienen que estar a las dos en la Comunidad. La noche en hamacas, la salida del convoy mañana por la mañana; el próximo grupo, dentro de quince días. Anoche ya tarde vino un rato a casa el presidente, Hirschel, después de haber estado en casa de Ida Kreidl, y nos invitó a tomar el té en su casa el sábado.

Nuevas disposiciones (¿qué número hacen?): a) «Se prohíbe a los judíos comprar helados». (En general sólo veo grupitos de niños lamiendo helados en la pastelería de Kramer. Pero hace poco me dijo la señora Marckwald, en medio de su ajetreo, que iba a ir después a comprarse un helado en la confitería de Kramer. Ahora ya no podrá.) b) Hay que entregar inmediatamente todas las llaves superfluas, «en especial llaves de maletas».

LTI. Por todas partes dicen y escriben (en el libro sobre Mussolini a cada dos por tres) *unter Beweis stellen* [‘poner bajo prueba’] en lugar de *beweisen* [‘probar’]. Empleo completamente equivocado, pero da importancia y aires de erudición.

25 de agosto, martes tarde

La planta baja sellada, la casa solitaria –con Elsa Kreidl nunca hemos llegado a intimar–, la velada diaria en el piso de abajo, que ya no tendrá lugar: *la maison juive morte*[259]. (Kätchen-Sara trabaja ahora otra vez media jornada. Cuando ella está en la fábrica, vivimos en perfecta soledad; cuando está aquí, nos molesta porque no para de hablar, casi siempre sin ningún tacto.) Una semana más con esta agonía y luego vendrá la segunda *Judenhaus.*

Cerca de nosotros vive un médico, el doctor Strüver, cuya setter cobriza era la gran amiga de Katz, «el tierno», y de toda nuestra *Judenhaus;* él está ahora en

el frente, y a Nora, la perra, ya no se la ve. Esta mañana apareció una señora joven, rubia, de aspecto simpático. Quería ver a Ida Kreidl, había oído decir que…, se quedó horrorizada al ver la puerta precintada. La esposa del doctor Strüver: ella había cambiado de vez en cuando unas palabras con Ida Kreidl. Invité a subir a casa a la señora Strüver, le contamos las condiciones de vida, los sucesos de los últimos meses. Ella: Esto ya no puede seguir así mucho tiempo. «Todo es como una caldera de vapor demasiado caliente.» Nos ofreció su ayuda, en la medida en que ella podía sernos de alguna utilidad (había querido ofrecer una maleta a la señora Kreidl); me pidió después excusas, si me veía por la calle y no me saludaba. Yo le dije, y era más que una frase huera, que siempre me sentía feliz cuando tropezaba con alemanes que me permitían conservar mis sentimientos hacia Alemania.

[…]

LTI. Durante años he opinado que el nacionalsocialismo carece por completo de originalidad, que todo lo ha tomado de Italia, Rusia, Estados Unidos. Ahora he cambiado de parecer. ¿Qué significa original? La originalidad absoluta no existe. Por un doble motivo. 1) Se ha dicho que hay poquísimos temas trágicos. También hay poquísimos pensamientos básicos que tuvo que haber por doquier muy al principio, cuando de los instintos, sentimientos, miedos, deseos generales y primarios, se fueron desglosando los pensamientos, es decir, en el momento en que el hombre se separa del animal como lo sólido de lo líquido. Todo lo demás es desarrollo, y por tanto no nuevo del todo. Desde Ícaro[260] hasta el bombardero, con más razón aún desde Platón hasta Bergson, etc. 2) El misterio de la determinación del tiempo, del «tiempo cumplido», del estar-en-el-aire. Se hacen descubrimientos simultáneos, surgen aquí y allá, simultáneamente, teorías filosóficas: «era su momento», «había llegado la hora»… La originalidad está en la forma de la adaptación, en la fusión de lo tradicional o de lo simultáneo con la propia personalidad, con el rasgo sobresaliente de cada pueblo […]

29 de agosto, sábado mañana

[…]

Desde hará pronto una semana tenemos días de mucho calor, la primera vez este verano; eso me hace sufrir muchísimo, dada mi falta de vestimenta, y me quita libertad de movimientos. Así, el jueves fui a ver a los Marckwald y dije

que yo era como Monna Vanna, no podía quitarme el abrigo, sólo tenía debajo la camisa y el pantalón. Tuve entonces que probarme una chaqueta clara de hilo del marido y heredarla; *él* no se la ponía, dijo, y cuando los evacuaran, ¿por qué iba a quedar en poder de *ellos*? La prenda, de tan buena como es, pesa más que mi chaqueta negra, pero es clara y amplia y me liberará del abrigo. Eva está arreglándola, tal vez pueda ponérmela esta tarde. ¡Qué tiempos! La señora Marckwald me insistió en que la aceptara: ella también se ponía «un montón de prendas heredadas», dijo. – Pregunta: ¿dónde hay una verdadera frontera entre civilización y cultura? No existe, como tampoco existe entre cuerpo y espíritu. Si acepto que me regalen la ropa desechada por otro, si uso papel de periódico en lugar de papel higiénico, polvos dentífricos en lugar de pasta, que es tanto más cómoda, si no puedo utilizar el tranvía: ¿no me convierte eso, también en lo espiritual, en un ser sórdido y *falto de libertad*?

Desde que se han acabado las veladas en casa de Ida Kreidl, leo el periódico raras veces, de modo irregular y a escondidas. Lo echo de menos. Lo que viene contando Kätchen son fragmentos no fiables, y Eva sólo consigue oír un poco la radio de vez en cuando.

El antiguo ministro de Justicia de Sajonia, Thierack[261] –conocido por su sed de sangre–, ha sido nombrado el 20 de agosto ministro de Justicia del Reich. Dice el decreto que su misión es «establecer una administración de justicia nacionalsocialista»: *«A este respecto puede diferir del derecho vigente»*. He leído esto un día después de que Steinitz me informara de un rumor procedente de *source aryenne*[262] y que él mismo calificó de «habladurías absurdas». Según eso, los cónyuges de matrimonios mixtos serán obligados a divorciarse. Eva y yo lo consideramos *muy* posible; la voluntad de exterminio aumenta constantemente. En la misma medida en que van disminuyendo las posibilidades de ganar la guerra.

Había aquí, yo la conocía sólo por lo que contaba Kätchen, una cierta familia Magen, el marido farmacéutico. Padre, madre, hijo, hija, todos trabajaban en la fábrica Goehle. El chico, diecisiete años, rubio, fornido, huyó cuando en enero se lo iban a llevar a Riga. Al padre lo metieron en la cárcel, al joven lo capturaron y lo llevaron a un campo de concentración. El padre murió hace unos meses en prisión. El chico, en estos días pasados, en el campo de concentración. Causa de la muerte, «gastroenteritis». ¿Desde cuándo muere de eso un hombre

joven y fuerte? O tifus o falta de médico o inyección.

En el Lothringer Weg, habremos de compartir la cocina con la enfermera de la Comunidad, Ziegler. Estuvo ayer aquí y parece simpática. Dice que el miedo a la Gestapo se ha convertido en una psicosis general judía. La dueña de la casa, que tiene más de ochenta años, pasa la tarde entera pegada a la ventana, «esperando que "ellos" lleguen». Por lo demás, esa anciana señora seguramente será deportada con el próximo convoy a Theresienstadt, y no se puede prever en manos de quién caerá la casa y si no tendremos que salir otra vez pronto de ella. Pero ¿*qué* se puede prever hoy en día? Otro caso de psicosis: el doctor Magnus, obligado también a mudarse de casa, había elegido las dos habitaciones más proletarias y angostas en la casa más proletaria del centro de la ciudad, Schulgutstrasse: piensa que ahí está quizá más seguro que en una zona buena. Tras lo cual, también los Steinitz han empezado a dudar y tal vez se vayan también a la Schulgutstrasse en lugar de a la Altenzeller. El administrador de nuestra casa, dijo la señora Ziegler, había sido citado en la Gestapo por filosemitismo. Cuando declaró que eran gente decente le contestaron que no había judíos decentes y que «toda esa raza será exterminada».

En la noche del miércoles al jueves, 27 de agosto, a la una, tuvimos la primera alarma aérea desde hacía casi un año. Hubo violentos disparos pero no cayó una sola bomba y, al cabo de tres cuartos de hora, cesó la alarma. Cuando un casco de granada pasó silbando desagradablemente cerca, nos levantamos durante unos instantes.

En el calendario de taco encontré uno de estos días: «Combatir el dispendio». Había que cuidar mucho de que los niños no dejasen que el bocadillo del colegio se quedara seco y sin comer, había que enseñarles a tener respeto al terruño y al pan sacrosanto. A eso hay que decir dos cosas: 1) ¡Qué rápidamente pierde actualidad un calendario de ese género! Me gustaría ver al niño o a la persona mayor que hoy deja que se estropee una rebanada de pan. Todos pasan hambre, 2) *LTI.* Carácter sagrado del pan, hacer un paralelismo entre la fiesta de la cosecha y la «fiesta del bosque» italiana, la *ruralizzazione.* Una vez más, el tema de la originalidad relativa.

Cada mañana lo observo en mi persona: la cara chupada, pero el vientre es un tambor tenso (lleno de gases). Eva dice que ve esa figura por todas partes, en el restaurante, en la calle. Sobre todo en las mujeres. Las faldas son más largas

por los lados, por el adelgazamiento de las caderas. Pero el vientre, el típico «vientre de hambre», siempre sobresale todo hinchado, en contraste con el rostro consumido.

30 de agosto, domingo al anochecer

Por la noche, hacia la una, nueva alarma aérea (nº 2,). No hubo detonaciones y nos dormimos.

Ayer por la tarde, con mi chaqueta heredada. Eva había acortado las mangas y cosido la estrella sobre el bolsillo del pecho; primero, té con los Hirschel, después un rato con los Marckwald. Los Hirschel viven en su villa propia, aunque en parte está alquilada: habitaciones muy elegantes, una hermosa veranda, una cierta *largesse*[263] en su hospitalidad (té auténtico, bizcochos de la casa: ¿de dónde?), gente muy acomodada. El marido, que fue apoderado de una gran casa de modas de aquí, tiene ahora, como presidente de la Comunidad, verdadera fama de mártir, de persona que cumple abnegadamente su deber. – Estuvo allí con nosotros el matrimonio Pinkowitz, sus inquilinos. Catedrático de un instituto de Berlín, exactamente de mi edad, mucho más demacrado, sin jubilación: la ciudad de Berlín no paga. El fue antes inquilino de la señora Breit[264], ahora es el que se encarga, como suplente, de la ceremonia religiosa en los entierros. Le pregunté por el salmo del «¡Hurra, estoy vivo!». Ése, precisamente, era prescripción ritual, me contestó: para infundir aliento a la familia del difunto. (Se puede comprender, a lo sumo, que uno se vaya con música alegre del entierro a la taberna: pero ese salmo es el toque de corneta, en presencia del cuerpo insepulto por decirlo así, que inicia la marcha a la taberna.) – La tarde anterior había habido registro en la Wiener Strasse. Los Hirschel, relativamente bien librados (el escupidor y el apaleador no estaban, no hubo golpes, sólo robaron libros), en casa de Marckwald, algunos bofetones, en especial a las dos viejas, pero tampoco con la brutalidad consumada que acostumbran. Una suerte modesta. En casa de Marckwald, abatimiento, porque habían dicho que le permitían llevar su butaca para el transporte. Es decir, que han rechazado la solicitud del médico de que se lo declarara no apto para el transporte y seguramente estará en la lista de este martes. Nosotros lo sabíamos ya por Hirschel, y a Marckwald se lo había confirmado el doctor Katz. Para

Marckwald, eso no significa otra cosa que la pena de muerte, porque ¿quién le va a procurar allí la cantidad necesaria de morfina? En casa de los Hirschel discutimos mucho tiempo el viejo tema de si en tal caso la mujer podía, o tal vez debía, inyectarle al marido una dosis suficiente y definitiva. Como es natural, no se llegó a ningún resultado. Lo peculiar de nuestra conversación era la naturalidad del tema, la insensibilización general. El estado de ánimo general es el siguiente: hemos llegado a la catástrofe final. Todos tienen la posibilidad de caer y la posibilidad de sobrevivir. En cualquier caso: el final es ya previsible. Hirschel contó que la radio inglesa anuncia la victoria rusa en el frente central, que la radio alemana apenas lo niega. (Rshew tomada por los rusos, 45.000 alemanes prisioneros.) – En casa de los Marckwald, lo encontramos a él *muy* sereno, a ella, relativamente; pero puede que estén disimulando. Yo le prediqué *a ella* una vez más que no se anticipara a los hechos, que nunca puede saberse lo que traerá el día siguiente, que no se sabe qué posibilidades ofrece Theresienstadt. Pero le predicaba sin gran convencimiento. – En casa de Hirschel, la conversación giró otra vez en torno al suicidio. La señora Hirschel sostenía lo siguiente: «*Nosotros*, en nuestra situación, *no tenemos derecho*, sería deserción». Desaprobaba a la señora Pick. ¡Conversaciones a la hora del té!

Ocho y media. – Eva acaba de regresar del Lothringer Weg –yo no he estado allí aún, demasiado lejos para un judío–, ha hablado, preparado, ordenado un montón de cosas. Se habían llevado los muebles confiscados. Eva dijo sobre lo que quedaba: *«Tenía aspecto de Gestapo»*. En cuanto a creación lingüística, eso pertenece a la *LTI*.

[…]

SEPTIEMBRE

1 de septiembre, martes noche

Hoy ha sido otra vez *día de Polifemo*[265], tiene que haber salido la nueva lista de evacuados. No sabemos todavía a quién le ha tocado.

El ajetreo y las fatigas de la mudanza –¡el jueves a las siete de la mañana!–

ya han empezado. El peso del trabajo es exclusivamente para Eva, y sus nervios, infraalimentados, se resienten de ello. Duerme mal, y yo le leo en plena noche o muy de madrugada. Ayer, para evitarle una salida más, fui a la Comunidad; hay que presentar una instancia y recibir una autorización escrita para que vaya un operario (electricista que quite y ponga las lámparas) a una casa judía. Aproveché la salida y pasé a ver a los Seliksohn, que tienen un alojamiento muy precario –una habitación con hornillo para guisar y una cama doble– en la casa de la Comunidad, en el edificio contiguo. Es la casa en la que vivía antes el abogado Fleischhauer y en la que celebramos una vez una matanza –pero ahora, el señor Fleischhauer está muy lejos de sus amigos ajenos a la raza–, y la casa que sirvió después de residencia de ancianos. Seliksohn me entregó, con dedicatoria de su dueño, los dos volúmenes de Shmarja Levin, que leí hace meses. Pertenecían a Eisner, aquel hombre rústico con quien estuve quitando nieve, que se arrimó a mí y a quien volví a ver hace poco en casa de Aufrichtig. Si hubiera sabido que Eisner estaba en el convoy último, seguro que le hubiera hecho una visita. Parece que lloraba mucho cuando se marchó […]

Hoy, a primera hora de la madrugada, he acabado de leer en voz alta *Muere una época*, y durante el día di por terminados *Les enfants gâtés*[266]. Hermann, *muy* importante y a tratar aquí desde el punto de vista *LTI*; Hériat me produce auténtico rechazo.

2 de septiembre, miércoles a las once y media de la noche. Ante el escritorio vacío

Caos de la mudanza. El 99% del trabajo ha descansado sobre las espaldas de Eva, la agitación tuve que compartirla. No obstante, hoy he tomado notas sobre *Les enfants gâtés*, que me han decepcionado y, a ratos, asqueado. – Al atardecer un rato en casa de los Marckwald, que están, en efecto, entre los cincuenta siguientes. Parecen resignados. El espera encontrar en Theresienstadt a su hermana, pero tiembla pensando en la morfina.

En lo que esté de mi parte, la *Judenhaus* de la Caspar-David-Friedrich-Strasse 15 b, con sus muchas víctimas, pasará a la posteridad.

La segunda «Judenhaus»: Dresde-Blasewitz, Lothringer Weg, 2. 3 de

septiembre de 1942

4 de septiembre, viernes al anochecer

Doble contraste con la casa de Strehlen: allí, una colonia de claro corte moderno y pequeño-burgués, precaria elegancia de quiero y no puedo, al mismo tiempo instalación y arquitectura modernas. Aquí, estilo y gusto por doquier, *Baugesinnung*[267] de la época de Spielhagen (entre los años sesenta y ochenta): ¿hasta qué punto es *Baugesinnung LTI*? Ahora es una palabra marcadamente *ética*, fue acuñada en una época en que se buscaba profundizar en lo espiritual, pero en la que se separaba al mismo tiempo de modo radical lo estético y las tendencias. Severa y sólida elegancia de los *grands bourgeois*, elegancia que decae con nuestra decadencia. Un caserón inmenso de formas poco claras, inquietas: no hay una línea apacible, ninguna parte sin algún adorno especial, nada es sencillo. Mitad gris, mitad en ladrillo rojo, cornisas de adorno que recuerdan el Marienburg, el gótico de la costa, curvas barrocas, una torre con cúpula, a su lado, puesta sobre el tejado, una casita separada con tejado de dos aguas, por doquier decorativos remates de metal (bolas y agujas) que recuerdan pagodas, gérmenes de adornos chinescos como salidos de Pillnitz, miradores, una enorme veranda, un balcón diminuto, todo ello entremezclado, y los árboles del gran jardín de la villa, que medio lo tapan todo, hacen aún menos sereno el conjunto. El interior, también exuberante y desapacible. Un inmenso hall central rectangular de dos pisos, que llega hasta el tejado. El piso bajo altísimo, el segundo más bajo, que lo parece *aún* más por el pesado techo de madera oscura, con vigas acanaladas muy sobresalientes. Una amplia galería, con pesada baranda de madera de ornamentación tallada, se extiende a lo largo de todo el primer piso. De arriba abajo, en cada espacio libre de pared, numerosos cuadros con pesados marcos, casi todos copias de obras célebres del Renacimiento. Abajo, sobre pesadas alfombras, pesadas butacas en torno a pesada mesa; siempre que un estante lo permite, hay allí pequeñas obras de arte. Sólo una parte de las habitaciones de la casa da directamente al hall. El juego del escondite de la segunda pared; aquí y allá, la pared interior del hall está interrumpida por unos peldaños que llevan a un pasillo y sólo en ese pasillo se abren las habitaciones interiores. Nosotros estamos en dos de esas habitaciones

interiores aisladas por el pasillo. Son un poco lóbregas, el oscuro techo de vigas es pesado, el revestimiento de madera de las paredes llega hasta muy arriba, sólo queda libre una estrecha banda de pared blanca. Las ventanas también son un poco bajas y achatadas, y la puerta que da al diminuto balcón (como un corte en un vientre inmenso, dice Eva) con toda clase de engastes de plomo y una pequeña pintura en vidrio, lansquenete y escudo de armas, impide, evidentemente, que pase de pleno la luz. Pero se ven árboles altos y el verde de la otra orilla del Elba y los castillos del príncipe Alberto[268]. Los sótanos son una ciudad subterránea, altos y amplios, para almacenamiento, para el lavado de ropa, un cuarto para la máquina de prensar la ropa, otro para dos gigantescas calderas de calefacción, la vivienda del portero, una cocina de reserva o para la servidumbre. El nombre del propietario lo pronuncian reverentemente: la villa de Jacoby. Ese hombre era joyero de la corte, la casa Elimaier, en el Neumarkt, riquísimo, mandó hacerlo todo a su gusto y conforme a sus deseos. La enfermera Ziegler vive abajo, en el antiguo salón de fumar; allí –¡en el fumadero!–, el techo está cuajado de retratos, todos copias de clásicos, en cada compartimiento del techo una cabeza famosa. La viuda Jacoby, octogenaria, con bastón, encorvada pero con la mente muy despejada, forma parte de los que van a evacuar el lunes que viene. Su maleta, con un gran letrero «Jenny-Sara Jacoby», está ya en el recibidor. Eso es todo lo que le queda de la suntuosa villa. Al lado hay un maletín: «Rosa-Sara Eger». Es la anciana madre del matrimonio mixto Eger, propietarios de la gran tienda de confección. A media altura entre el primer piso y la planta baja hay en la pared un gran cortinaje. Nosotros pensábamos que detrás había una ventana y preguntamos por qué no dejaban pasar la luz. Por lo visto hay detrás una puerta de la que la Gestapo no tiene que saber nada. Allí vive no sé qué antigua empleada; como es aria no puede tener contacto con judíos. Asimismo a la mujer del portero no le está permitido entrar en la *Judenhaus* porque tiene menos de cuarenta y cinco años. Y a mí y a los demás inquilinos judíos se nos recomienda insistentemente que salgamos a la gran terraza lo menos posible. Se la ve desde una casa vecina donde vive un conspicuo miembro del Partido, creo que es incluso un SS. –Una cierta semejanza, pero aún más a la antigua y más exuberante, con la villa de Breit, en la Prellerstrasse. Cuando fuimos a ver a la señora Breit, antes de su emigración a Estados Unidos –¿1940?, ¿1941?–, estuvimos por última vez en esa zona de la

ciudad. – Un gran inconveniente para nosotros es que la cocina esté en el sótano; en realidad, originariamente no era una cocina auténtica, pues hay que ir a buscar el agua al lavadero. A Eva le gustan tanto las enormes dimensiones de todos esos sótanos que la desventaja le parece baladí. Claro que hasta ahora no ha tenido que guisar ahí abajo, hoy está fuera desde las once y no creo que regrese antes de las nueve.

Por mi parte, los dos últimos días me han parecido una verdadera desdicha; nunca hemos hecho una mudanza más deprimente. Todo ha funcionado mal.

5 de septiembre, sábado

Los hombres de Thamm (sólo *una* cara conocida entre ellos), por lo general amables y agradables, estuvieron desde el principio malhumorados y agresivos; pero no contra nosotros. Eran cuatro y, por el piano de cola, deberían haber sido seis; no coordinaban los movimientos, discutían y se insultaban a cada manipulación. Todos los muebles les resultaban pesadísimos. «Pero el armario estaba igual de lleno la última vez.» – «¡Sí, entonces! Pero ahora, ¡de dónde vamos a sacar fuerzas, no tenemos nada en el estómago!» Siempre repetían lo mismo: «No tenemos bastante comida… Suplemento de trabajo duro, pero no de trabajo durísimo… pero trabajar, sin pausa… *Ésos* se preocupan del trabajador igual de poco que los *de antes*…» […]

6 de septiembre, domingo mediodía

El caos sin apenas cambios, la misma desesperación. Los bultos sin abrir, nosotros sin lavarnos, sin posibilidad de guisar, de fregar la vajilla… Eva todo el día ajetreada en la calle: comprar, limpiar el piso anterior, ir al banco… y yo estoy aquí sin saber qué hacer, no puedo ordenar, friego precariamente en el lavadero de abajo las tazas y los platos, siempre los pocos que tenemos, hiervo en el hornillo de gas una olla de patatas, veo que Eva viene cada vez más consumida y más desesperada, veo que come cada vez menos, la oigo decir que para el restaurante una vez no ha tenido tiempo, otra vez no ha tenido cupones, trato de superar con lectura las horas vacías, la depresión y la desesperanza. (Eva ha traído de Natcheff otro libro francés.)

A nuestra desgracia se une la desgracia general y de más envergadura.

Mañana otro convoy a Theresienstadt. Esta mañana irrumpió aquí una brigada de jóvenes con estrella. Durante la semana trabajan en la fábrica, los domingos tienen que prestar servicios auxiliares en la Comunidad. Esta casa, además del fastuoso hall, tiene dieciséis habitaciones, de las que la anciana propietaria todavía posee las más bonitas. Había que vaciar el hall y esas habitaciones y reunir el contenido para la confiscación estatal. Hasta el mediodía todo era arrastrar, sacar, desmontar. Ahora, a la una y media, reina el silencio. Las paredes del hall están vacías, con los nichos desiertos, todas las pinturas –Eva dice que muchas eran originales– y las pequeñas obras de arte han desaparecido, abajo ha quedado despejado el enorme parquet; la mesa central, las pesadas sillas, la alfombra han desaparecido. A la señora Jacoby le queda uno de los tres sacos llenos, hechos con fundas de edredones, y un maletín. – Salen de la casa *tres* ancianas; además de la propietaria y de la señora Eger, una agradable septuagenaria, la señora Imbach, muy bien conservada, sólo con una fuerte cojera. Su hija, de aspecto más enfermizo que judío, nos contó esta mañana en la cocina durante el desayuno que para ella era durísimo quedarse sola (obrera en Zeiss-Ikon); su única hermana fue detenida en primavera porque salió a la calle y fue a darse de manos a boca con la Gestapo, y de la prisión había sido trasladada al campo de mujeres, a Ravensburg[269], en Mecklenburg. – Nuestra vecina de la habitación contigua, una tal señora Fränkel, me dijo antes: «No se asuste mañana por la mañana, a las nueve vendrá la Gestapo a precintar… La última vez llegó una cuadrilla enorme y devastaron todo, también las otras habitaciones… Sólo quiero que estén preparados». Le pregunté si tenía miedo. – «A mí ya me da todo igual. A mi hijo lo han deportado a Polonia, no sé nada de él.» – Yo tal vez tendría que decirme a mí mismo que ante tanta desgracia general tendría que tomar menos trágicamente las propias incomodidades. Pero ¿es que sé yo si no estaré mañana entre los perdidos sin remedio? En cualquier caso, mañana correremos otra vez peligro inminente.

Espero que Eva esté de regreso a las dos. Nada más tomar el té tenemos que ir a despedirnos de los Marckwald. Para mí una excursión a través de un calor sofocante. – Este hall desvalijado…, ayer quedaba en él un residuo de vida, ahora está muerto. La enfermera Ziegler dice: «La señora Jacoby está sentada en la veranda llorando».

7 de septiembre, lunes mañana

Así habré visto seguramente por última vez seguramente a Marckwald[270]: con el rostro aún más descarnado y más gris que antes, sentado en el vano de la puerta del dormitorio con la mitad de la cama matrimonial abierta, la gran mesa central del cuarto de estar cubierta de porcelana; varias personas, entre las que se encuentra el presidente, Hirschel, van y vienen llevando muebles de gran tamaño, un grupo cambiante de gente está de pie junto a la butaca de Marckwald hablando con él, pero también charlando entre ellos, dos o tres buscan «recuerdos» junto a la librería abierta. – «Coja lo que quiera, ¿por qué se lo van a llevar *ellos*?» Ya al subir la escalera me tropecé con el matrimonio Hirschel. «Marckwald se encuentra muy mal; ¿cómo van a transportarlo? Allí seguramente será transportado enseguida al hospital y ya no durará mucho tiempo.» Pero Marckwald estaba en su butaca, muy sereno, los últimos días los había pasado en la cama, y todos hablaban con él como si se marchara por poco tiempo. En conjunto, cada uno de los circunstantes estaría, en parte ya insensibilizado, en parte preocupado por su propio sino. (Los viejos: «Dentro de dos semanas, en el próximo convoy», los jóvenes: «¿Y adonde vamos nosotros?». O también: «¿Nos matarán aquí?».) Los Hirschel estaban indignados por algo que les concernía solamente a ellos. La Gestapo los conmina, cortésmente y de «usted», pero con amenazas veladas y cinismo manifiesto –«¡si acabarán yendo a Polonia y no podrán llevarse nada!»– a entregar «voluntariamente» *su* biblioteca completa junto con las librerías. («Pero ¿por qué?» – «Por lo visto un comisario quiere ganarse la estima de un gerifalte que necesita una biblioteca representativa para un despacho.») […] «Hasta ahora nos hemos negado. ¿Cree usted que tenemos que ceder?» – «Ahora está en juego la vida, yo no provocaría a esa gente.» – Ella: «¿Puede usted garantizarme que *después* de entregar los libros estaremos *seguros*? Yo antes decía siempre que para mí hay tres cosas importantes: mi marido, mis hijos y mis libros». –«Se trata del orden de factores.» – «¡Llévese algo!» Cogí las poesías de Fontane. La señora Hirschel me entregó un libro: «Esto va a ser algo para usted». *Diario de un poeta*, de Paul Ernst[271] […] Llegó Eva: «No puedes estar metido todo el tiempo en la librería». Me acerqué otra vez a Marckwald; ¿de qué hablar con él?

El: «Me ha deparado usted muchas horas buenas; muchas gracias». Yo: «Nada de despedidas emotivas. Antes de Navidad todos estamos aquí otra vez tan contentos». La señora Marckwald: «Hágame un favor: escriba usted –anónimo– a los Kutzbach (sus amigos, mi compañero católico del Senado, hace siglos): "La madre de Wilhelm envía saludos antes de partir"». (Wilhelm es el hijo artista, el director de cine.) Después encontré en el libro de Paul Ernst un «epílogo del editor Karl August Kutzbach» y una carta de ese Karl August a Wilhelm Marckwald. La generación anterior a mí y ya la penúltima generación de hoy. – Sentí alivio cuando superé esa despedida […]

Sobre los Marckwald aún tengo que anotar: *Él* dijo mirando la porcelana que tenía delante: cada pieza lleva unido un recuerdo. Hirschel contó que uno al que iban a evacuar le abrió la puerta con un hacha en la mano. «¿Quiere usted matarme a hachazos?» – «No, es que acabo de hacer trizas un armario que no quiero que disfruten *ellos*.»

Hacia el anochecer

Han precintado sin molestarnos.

Eva ha hecho al mediodía una visita de despedida a la señora Fleischer. Es la amiga de Ida Kreidl, la que vive al final de la Bernhardstrasse, en casa de su yerno ario –ella le había traspasado a tiempo su casa–, la que nos ha ayudado tan amablemente y que hasta hace pocas semanas se sentía segura por las relaciones de su yerno. Eva dice que le ha causado una impresión enorme encontrar un hogar que funciona con normalidad, que no conoce el miedo a la Gestapo ni tenía idea de sus crueldades. Pero dijo también que para la señora Fleischer, que no había sentido nunca ese miedo que sienten los judíos, va a ser ahora dificilísimo soportar el exilio, y que para ella será opresión lo que para nuestra gente ya es liberación. Yo sólo pensaba en esto: si todavía hay hogares que siguen funcionando con normalidad, ¿cuánto tiempo seguirán durando la guerra y el régimen? […]

8 de septiembre, martes mañana

En la casa encantada siguen apareciendo nuevos personajes, nuevos inquilinos. Con todos, una relación cordial, con nadie un contacto más íntimo hasta ahora,

ni siquiera con la señora Ziegler, que está poco en casa, por cierto siempre dispuesta a ayudar, nada importuna ni molesta.

Ayer, conversación en el hall con los Eisenmann, un matrimonio de mediana edad. Ella aria, pero de sus hijos, dos son judíos y el pequeño (unos cuatro o cinco años) sin religión: o sea, matrimonio *no* privilegiado. El muy pálido, delgado, encorvado, inteligentes ojos oscuros de judío, de natural muy apacible. Del Protectorado; era comerciante, probablemente del ramo técnico, luchó dos años en el bando austriaco (Protectorado) en la guerra mundial, ahora es «ajustador» en Zeiss-Ikon. Su opinión era: *Esto* se mantiene un año más, *esto* se derrumbará después por dentro: no los comunistas, sino dictadura militar. Y entonces se mantendrá el frente hasta que Alemania consiga una paz relativamente aceptable. No será vencida, y otro Versalles o incluso una desmembración no significarían otra cosa que una tercera guerra mundial, tras una pausa de veinte años. – Yo le pregunté en qué basaba esa opinión sobre una tal fuerza de resistencia. Hacia fuera, en la ineptitud militar de los aliados, hacia dentro en la enorme capacidad de organización. Le pregunté si era realmente tan estupenda, si en muchísimos casos no había un exceso de organización que no llevaba a ninguna parte. El: Hace un año, en Zeiss-Ikon todavía trabajaban 7.000 obreros alemanes; ahora sólo había 500 alemanes, el resto, esos 6.500, habían sido sustituidos por extranjeros, rusos, polacos, franceses, holandeses, etc., y sin embargo todo funciona a las mil maravillas. – «Los nuevos han aprendido el trabajo al cabo de dos días.» Pero trabajan a disgusto. «No les queda otro remedio, los obliga el hambre, y todo (era su estribillo) funciona a las mil maravillas, debido a la organización y a la violencia organizada.» Yo: 6.500 forzados, extranjeros, enemigos, por 500 alemanes, eso es una situación absolutamente morbosa y un símbolo del estado actual de Alemania. El país, dije, es como un enfermo cardíaco grave. Lleva a cabo todos los trabajos, va y viene «rebosante de salud» y de pronto cae muerto. Él: «Pero aún no se ha llegado a eso». – Me ha dejado muy deprimido.

Esta mañana llegó la señora Ziegler, que había pasado la noche en la Comunidad, al cuidado del rebaño que iban a transportar. Dijo que lo peor había sido el momento en que dejaron caer la lona por los cuatro costados sobre la gente hacinada en el camión y luego la cerraron. «Como el ganado en la oscuridad.» Contó que a una anciana le acababan de entregar una carta cuando

llegó un comisario de la Gestapo. La carta era inocua. De una hija. Pero la foto que había dentro de una nieta, la rompió: «No está permitido llevar fotos». Y una frase decía: «Quizá, mamaíta, volveremos a vernos un día, también suceden milagros». El comisario, que leía en voz alta, comentó: «Para vosotros no hay milagros, no os hagáis ilusiones».

En la presidencia de la Comunidad hay un abogado, el doctor Winskowitz, al que conocí de pasada en casa de Simón. De mi edad, preservado de Polonia por ser portador de la Cruz de Hierro de primera clase. Ayer le comunicaron que irá con el próximo (y último) convoy de viejos a Theresienstadt, «como trato de favor», debido a la Cruz de Hierro, igual que los mutilados de guerra. – ¿Qué será de *nosotros*?

Ese hall desnudo ahí fuera siempre me intriga. Las columnas de la galería, la enorme ventana de suaves colores y engastada en plomo, la inmensa araña, largo sarmiento con una corona de velas, todo inmerso en un follaje de bronce… Privado de las pinturas que lo decoraban, el efecto es aún más impactante que antes.

En nuestras habitaciones, el caos, en la cocina y en los lavaderos de abajo, la dificultad, en mi *corpus*, la falta de lavado no ha cambiado hoy apenas respecto al jueves. Me afeito, pero duermo sin camisón, *tout nu*[272]. Eva está a punto de derrumbarse de puro ajetreo, apenas tiene tiempo de deshacer bultos, de ordenar. Yo no encuentro tiempo para leer, para escribir, el día se va entre fregar, lavarme un poco, hacer algún recado. Cuando leo por la noche, nos dormimos al cabo de veinte líneas.

9 de septiembre, miércoles mañana

Desde anteayer, de pronto, otoño; frío húmedo que penetra en los huesos. – Proximidad del Elba. Apenas se nota que hemos despejado un poco el caos, Eva muy cansada, yo desesperanzado. – Ayer fatigosa y larga caminata a la ciudad (Emser Allee, Pfotenhauerstrasse con las clínicas, comienzo del casco antiguo; poco a poco aprendo la geografía de la casa nueva, poco a poco, al cabo de veintidós años, estoy conociendo Dresde), al banco y a ver a los Neumann, que viven ahora en casa del abogado Neumark y que probablemente tendrán que salir para Theresienstadt dentro de quince días. No he podido consolarlos como otras veces, estaba más deprimido que ellos. He dejado de creer que esté próxima la

derrota.

Tarde

Estábamos desayunando en la cocina del sótano cuando apareció un grupo bastante numeroso de gente de la Gestapo para inspeccionar la casa. Con el sombrero puesto, entraron. «¡En pie!» Yo me puse obedientemente junto a mi silla. (Llevaba la estrella en la chaqueta blanca.) Eva se quedó sentada, sin levantar la mirada del plato. La horda siguió su camino. Oí cómo discutían en el jardín, después de una larga inspección de la casa. En nuestro cuarto sólo encontramos cambiado de sitio un grueso volumen de revistas que nos había prestado ayer la señora Ziegler. *Arte moderno.* Seguramente olfateaban, detrás de ese título, el prohibido «arte degenerado». Pero se trataba de un año inocuo, seguramente anterior a 1911. – Es muy posible que tengamos que cambiar otra vez de casa dentro de pocos días, hay numerosos precedentes de ese género. Todos los habitantes de la casa cuentan con que los echen de aquí. En cualquier caso, no vamos a apresurarnos a deshacer bultos.

Eva se encuentra tan mal (agotamiento y trastorno gástrico) que por la mañana ha estado tumbada en el sofá y ahora ya se ha acostado. Yo le estoy leyendo (prestado por Kätchen-Sara) *Heinrich Schön jun.* de Georg Hermann.

11 de septiembre, viernes mañana

[…]

Nueva medida antijudía: prohibición de utilizar lavanderías arias. – El lavadero de abajo es una habitación enorme, a Eva no la asusta, no da sensación de angustia. – Quizá podamos hacer ahí la colada los dos. Como el matrimonio Milke. Es jefe de célula, no puede conversar con nosotros, pero nos saludamos cortésmente, no nos molestamos. Yo voy continuamente de nuestra cocina sin agua hasta allí, para fregar. Y está también la «señorita Hulda», durante muchos años ama de llaves de la señora Jacoby, y antes empleada en casa de Ralph von Klemperer[273] -*souvenirs lointains*[274]: ¡Walter Jelski 1920 o 1921!–, muy afecta a los judíos, siguió cuidando de la señora Jacoby cuando hacía tiempo que se lo habían prohibido, ahora tal vez nos preste algunos útiles para lavar. – ¡Cosas raras del castillo encantado! – La escalera que lleva de los enormes

sótanos a las profundidades de un segundo sótano, la he bautizado con el nombre de *piazza di Spagna*. Sobre los peldaños hay colocado un acopio de hortalizas, una coliflor, tomates, cestas de patatas, también carne y embutidos. Porque 1) el ambiente es más fresco y menos húmedo que en las habitaciones donde se lava y se guisa, y 2) la Gestapo aún no ha descubierto ese sótano (y los tomates y la coliflor son artículos raros que están prohibidos. – La señora Ziegler tuvo ayer un shock cardíaco cuando llevaba en el bolso de mano «media coliflor» que le habían regalado, y de pronto se presentó en la Comunidad el «escupidor». Ella estaba vigilando en ese momento a unos niños, dejó plantados a los niños y huyó).

Mi cansadísima excursión de ayer al centro: 1) Quería recoger un par de guantes en el ropero de la Comunidad: pero no habrá guantes nuevos hasta dentro de dos semanas. Auerbach, el director de blanca barba de ese departamento, estaba casi irreconocible comparado con la última vez, tan hundidas tenía las mejillas, tan débil y cascada la voz. Le pregunté cómo se sentía. – «Lo único es este enorme cansancio.» Tiene cincuenta y nueve años, fue un mezquino consuelo para mí que aparentara mucha más edad que yo. 2) La oficina de Hacienda de la Sidonienstrasse. Exactamente ayer había que pagar 149 marcos de impuesto sobre la renta. Mostré el talón extendido para el Deutsche Bank. No sirvió de nada. «Si no puede traerlo usted en efectivo…» – «Eso no me está permitido hacerlo.» – «Lo sentimos, pero entonces el dinero nos llega con un día de retraso: 2,80 marcos de suplemento por demora en el pago.» Me fui al banco y di orden de transferir enseguida los 2,80 marcos. Al menos no pusieron pegas para enviarlos «fuera de franquicia». Si hubieran sido muy puntillosos, yo habría tenido que pedir a hacienda una orden escrita, con lo que el suplemento habría aumentado. Y «dentro de franquicia» ya no disponía yo ni de un pfennig. 3) El administrador ario de mi casa, Richter. No me había escrito en todo ese tiempo, yo sabía sólo por Kätchen-Sara que el asunto de la hipoteca estaba arreglado. Ayer me explicó que me escribía a propósito lo menos posible, y que para el 1 de octubre me enviaría la liquidación. De la hipoteca se ha hecho cargo un maestro de obras, Linke, encantado del 6% que sólo puede conseguirlo del judío, los costes y los ingresos por alquiler se equilibran más o menos mutuamente; si no viene otra ley, nos quedamos con la casa. Lo único es que se está deteriorando, Berger la estropea mucho con la tienda y no la cuida como

debe ser. – Por otra parte, de momento no se pueden hacer reformas, falta mano de obra y material. Pero más importante que esa información fue para mí lo que dijo Richter sobre la situación general. «El 90% de los alemanes sabe que la victoria es imposible, que con este gobierno nadie hace la paz… ¿Quién está contento aún? Ni siquiera los pequeños gerifaltes, los encargados de bloque… El pueblo, empujado por el hambre, acabará con este gobierno… ¿Pero cuándo? Las Waffen-SS han sido muy reforzadas recientemente, las Waffen-SS son la tropa propiamente dicha para la guerra civil.» Se quedó espantado –«¡Esos bandidos! ¡Esos canallas!»– cuando le hablé de nosotros, de lo que nos estaba sucediendo, quería a toda costa –yo lo rechacé– regalarme un trozo de jabón de afeitar… «¡Y encima tengo que distanciarme estrictamente de ustedes!» – «Sin duda, señor Richter, usted tiene mujer e hijo, usted es completamente inocente.» – «Inocente no es nadie en Alemania. ¿Por qué se ha tolerado tanto tiempo este régimen?» Le dije que yo estaba tan seguro como él de que el derrumbe no estaba muy lejos; pero que temía un pogromo general antes de la debacle. No me contradijo y se despidió de mí con una especie de emocionada solemnidad; como si me marchara al frente ruso. (Me acuerdo ahora de otra cosa: contó que en Rusia ya no se hacían muchos prisioneros. Hace poco, una orden divisionaria había «reclamado prisioneros».)

[…]

12 de septiembre, sábado tarde

Ayer tarde, con Eva en el cementerio, media hora escasa desde aquí, para hacer una visita a Steinitz y Magnus, que hacen allí de jardineros. Estaban a punto de marcharse; habían acabado antes por ser el Año Nuevo judío, comienzo de las grandes festividades judías. Nos habíamos enterado una hora antes por la señora Ziegler, y, al mismo tiempo, de que en Berlín y en todas las ciudades estaba prohibido todo acto de culto. (Eso ya supera a la Edad Media.) Junto con Steinitz y Magnus nos encontramos al administrador del cementerio, Jacobi. Los tres en el mismo estado de ánimo: convencidos de que el régimen está a punto de derrumbarse, casi igualmente convencidos de que nosotros sucumbiremos antes, víctimas de un pogromo y un acto de venganza. – Magnus y Steinitz llevan meses trabajando juntos, y desde hace una semana viven también en habitaciones contiguas y comparten la misma cocina en esa lamentable

Schulgutstrasse. Se entienden mal, y sus mujeres no se entienden de ninguna manera. Magnus me ha dicho con gran naturalidad: «Mi mujer me ha explicado que está dispuesta en todo momento al suicidio, en cuanto yo quiera. Pero yo espero aún y no acabo de perder la esperanza» […]

Steinitz nos enseñó orgulloso la tumba de su bisabuela, una cierta señora Abrahamsohn, que murió en 1900 a los ciento cuatro años y que a los cien años todavía iba a la ópera. El ha limpiado la tumba y le ha puesto plantas nuevas. El cementerio es como un refugio para Magnus y Steinitz; siempre me piden que vaya allí con un libro. El administrador del cementerio tiene allá su domicilio de servicio; dice que no teme que le hagan registros; la Gestapo tiene miedo de los muertos (¡de *sus* muertos!).

13 de septiembre, domingo mediodía

La familia Kreidl estaba emparentada con una cierta familia Arndt (joyeros). Al viejo, de unos setenta años, lo conocí el invierno pasado quitando nieve; al hijo (treinta y tantos años; su mujer está en Inglaterra, a él lo sorprendió la guerra) lo he visto, y alguna vez he hablado con él, en casa de Ida y de Elsa Kreidl. El padre estaba de reserva para el último convoy a Theresienstadt y es, por tanto, candidato seguro para el próximo (y último). Al hijo lo han detenido uno de estos días pasados. La Gestapo había encontrado una carta en la que pedía a su novia, empleada en Reka[275], que le procurase vajilla para comer. Incluso si no se diera el caso de profanación de la raza, esa relación y ese propósito son causa suficiente para campo de concentración o muerte prematura. Para la aria eso también será su ruina. – Antes nos enterábamos de esas noticias por Kätchen-Sara (que ya ha sufrido un registro en su nuevo domicilio; cosa que casi me hace sonreír, porque Kätchen aseguraba que el Lothringer Weg era «más peligroso» que la Altenzeller 41; éstas son nuestras disputas jerárquicas); ahora quien nos informa es la señora Ziegler, en la que descubrimos no pocas buenas cualidades: le gusta ayudar, es amable, discreta, y no es vocinglera, cotilla ni veleidosa… Eva ha estado hoy en casa de Seliksohn (patatas a cambio de legumbres heredadas de Ida). Sus *nouvelles:* una vez deportados todos los viejos, en octubre será evacuada la sección judía de Zeiss-Ikon. – Me acaba de interrumpir la visita de Steinitz. Pero al menos he terminado hoy la lectura de los *Javanais*[276] que

me ha horrorizado por mis fallos lingüísticos, y quiero al menos empezar a hacer anotaciones. – Seliksohn ha encontrado para mí los diarios de Theodor Herzl, lástima que sólo sea el primer tomo, de tres en total.

Hemos enseñado a Steinitz la línea Maginot[277] del doble sótano. La casa tiene un cierto romanticismo de película, sobre todo ahora –el hall desnudo, la estrella judía en las puertas, los destinos humanos, el miedo que todo lo recubre– y además la exuberancia del jardín, la amplia panorámica de las cercanas colinas del Elba y de los castillos del príncipe Alberto…

[…]

15 de septiembre, martes mediodía

[…]

La señora Ziegler ha hablado un poco de los habitantes de esta casa. La señora Jacoby, la que acaban de evacuar, tenía aquí dos hijos de cincuenta y tantos años, y en Berlín una hija médico, sexagenaria. Ambos varones vivían de las rentas, uno había estado al frente de la tienda, el otro era pintor. Ambos solteros. El pintor guisaba y cuidaba la casa. Ésta ya tenía muchos inquilinos judíos. En el curso del año pasado, murió de pulmonía uno de los hijos, al otro lo deportaron a Polonia. La hija vino de Berlín al entierro del hermano, fue maltratada aquí por la Gestapo e inmediatamente después enviada como médico a un gueto polaco. Para cuidar a la anciana, muy encorvada (pero muy despejada de cabeza), quedó la «señorita Hulda», que vive detrás de la puerta oculta, en el entresuelo: fidelísima empleada aria, a la que han prohibido hace mucho tiempo ayudar aquí, obligándola a trabajar en Zeiss-Ikon –tiene cincuenta y tantos años largos– y que ahora sigue apoyando a los inquilinos judíos del mismo modo que cuidó a la señora Jacoby hasta el último instante. La señorita Hulda nos contó enseguida que años antes había estado empleada en casa de Ralph von Klemperer. – El romanticismo de este castillo encantado con sus estrellas judías en todas las puertas, con tantas trayectorias humanas, muchas veces me procura un cierto consuelo.

Hoy cumple años Marta, sesenta y siete o sesenta y ocho. ¿Vivirá todavía? En el fondo, Hitler le ha traído suerte: ha sacado su vida del estancamiento y la ha llevado al exotismo.

– Cómo le parecen a uno normales las cosas de fábula: mi hermana en

Sudamérica, mi hermano en Estados Unidos, todos los demás hermanos, muertos, con estos dos sin el menor contacto. Mi cuñado en Estocolmo y escribiéndome con un nombre ajeno. En su última postal lleva otro nombre falso. ¿Por qué? Es una postal por avión y anuncia una carta que está en camino. Tal vez contenga ésta la explicación.

16 de septiembre, miércoles al anochecer

En la lista de los últimos veinticinco «viejos» que van a Theresienstadt se encuentran los Neumann. Además el matrimonio Pinkowitz, él catedrático de instituto y enterrador. Sólo tiene mi edad, pero con trato «de favor» por ser mutilado de guerra. A los otros les esperan trabajos forzados en Polonia. ¿A mí también?

Cuando me cortaba ayer el pelo, Seliksohn me insistió en que solicitara dos trajes de herencia en el ropero. Como se trata de prendas usadas, sólo tiene que dar su aprobación Hirschel, y no el delegado del Partido también; y como yo tendría que pagarlo dentro de la franquicia y no me sería posible, me regalarían las cosas. Servicio de beneficencia de la Unión de los judíos del Reich[278]. Dijo que yo tendría que hacerlo, tranquilamente y sin escrúpulos, porque de lo contrario las cosas acababan en manos de la Gestapo y consortes. Tengo una gran escasez de ropa, pero *eso* me produce un inmenso rechazo.

[…]

Escasez de patatas y Eva a la caza, sin éxito, de comestibles. Pero el periódico anuncia triunfante «aumento de la ración de pan y de carne» para octubre. ¿Será un *bluff*? ¿Una medida de desesperados? En cualquier caso: aunque sea así, eso calmará el hambre por una temporada, la guerra seguirá, y habrán ganado el tiempo que necesitan para nuestro exterminio.

18 de septiembre, viernes mañana

Ayer por la mañana, excursión al ropero, encontré un traje bastante bien conservado que era casi exactamente de mi talla. Cuesta 35 marcos; imposible pagarlo dentro de la franquicia. Consignaré esa cantidad como Ayuda Invernal o como cualquier otra obra de caridad: así cae fuera de franquicia. Quería liquidarlo enseguida, en la misma Comunidad; había un coche delante, *ergo*

Gestapo, *ergo* huida. (Todo esto lo escribe uno como quien no quiere la cosa, como lo más trivial del mundo; a estudiantes futuros uno les comentaría esta bagatela y no acabaría de contar: ¡cuánta esclavitud y humillación y pobreza significa todo ello, cuánta penalidad! Caminata de once a una, cuando el tranvía, en pocos minutos…) Concerté el pago del traje con Hirschel esa misma tarde, en el cementerio, después del entierro de la urna de Julia Pick en la sepultura de la familia. Pinkowitz desempeñó sus funciones habituales por última vez: fue el acto más triste en que hemos participado hasta ahora. Exactamente doce personas, incluidos nosotros. Los hombres, a excepción de mí mismo, estaban por obligación o por casualidad. El administrador del cementerio y portador de la urna, Jacobi, el jardinero del cementerio, Steinitz y Magnus, que pasan el día allí como «operarios», el presidente Hirschel. Entre las mujeres, Elsa Kreidl; una verdadera hazaña, porque no le está permitido, la pone en peligro y no tenía obligación; eso contrastaba con el comportamiento del profesor Gaehde, a quien, en su calidad de deudo, *no* le estaba prohibido, para quien era una obligación (les debe a los Pick su existencia desahogada y libre de cuidados) y que no estuvo presente por cobardía, lo mismo que, por cobardía, había dejado sola y desamparada a la señora Pick en vida, y había impedido el contacto entre ella y su mujer. En mi *Curriculum* quiero ponerlo en la picota. – La señora Gaehde, en actitud rígida y con rostro rígido, desfigurado por una sonrisa al saludar y recibir el pésame. Parecía sufrir por la ausencia del marido, sabe lo que pensamos de él. Las otras tres mujeres, desconocidas para mí; una, la única que lloraba como una Magdalena, parece que era una antigua empleada de aquella familia antaño opulenta. – El pequeño orificio para la urna había sido abierto en una sepultura de familia. Hablé luego con Hirschel sobre el asunto del traje y también me quedé un ratito con Steinitz y Magnus en el invernadero de la jardinería, que ocupa la parte posterior del cementerio judío. Steinitz se llenó los bolsillos de tomates cosechados allí. Es, por así decir, el salario por su trabajo. El resto de las hortalizas cosechadas en ese huerto va para la «cocina de las clases medias» de la Comunidad, y asimismo la cosecha de tomates. Los tomates sólo se adquieren con tarjeta, por tanto, están prohibidos para nosotros. Si la Gestapo los encuentra en nuestra casa, lo menos es apalearnos.

[…]

19 de septiembre, sábado tarde

Hoy hace un año que me puse la estrella judía. ¡Cuánta desdicha nos ha traído este año! En comparación, todo lo anterior parece leve. – Y Stalingrado está a punto de caer[279], y en octubre habrá más pan: por tanto, el gobierno se mantendrá más allá del invierno; por tanto, tendrá tiempo de exterminar por completo a los judíos. Estoy hondamente deprimido. – Se añade el cansancio constante. Ahora, larga excursión a la Wiener Strasse. Visita de despedida a Pinkowitz, gorroneo de patatas en casa de Hirschel. – Diario de Herzl.

[…]

21 de septiembre, lunes al anochecer

Hoy es Yom Kippur[280], y justamente hoy están los últimos veintiséis «viejos» en la casa de la Comunidad, de donde saldrá el convoy mañana por la mañana. Así pues, el sábado por la tarde fuimos a despedirnos de los Pinkowitz, que vivían en dos habitaciones de la villa de Hirschel. Escena, ya familiar, de la partida. Ellos muy serenos y optimistas. Pequeño consuelo: resulta que Pinkowitz, que parece un escuálido septuagenario, es nueve meses más joven que yo. – Estaba allí el doctor Katz. Muy abatido. El matrimonio mixto no nos servirá. No creía probable que Marckwald estuviera todavía vivo. Piensa que habrá muerto por falta de morfina. – Ayer continuamos la ronda de visitas. Eva había estado ya por la mañana en casa de los Neumann. (La esposa se lo había pedido en una postal.) Se trataba de las *Sicherstellungen*[281] [‘incautaciones’]: una palabra de la *LTI*, dicho sea de paso. Yo heredé una chaqueta con chaleco. Algunas cosas van a parar a la casa donde vivían antes los Neumann, a las manos de una buena amiga aria. Por la tarde estuvimos los dos allí. La amiga aria, la señora Ahrens, también estaba allí, había traído bizcochos, tomamos té auténtico. «Banquete fúnebre», dije yo. Los Neumann, obstinados y de placentero humor, replicaron: «Sí y no». Porque por una parte, los muertos estaban allí. Por otra parte, ellos viajaban realmente a un más allá del que hasta entonces nadie había enviado noticias auténticas. Porque ninguna de las cosas que se contaban pasaban de ser pura elucubración. Él me regaló un libro de rezos con el texto en hebreo *y en alemán.* Yo pregunté cómo se podía perdonar a los

enemigos en ese Día de la Reconciliación. Él: «La religión judía no exige eso. La oración correspondiente dice: Reconciliación para todos los israelitas y "para el extranjero que está en medio de nosotros", o sea, sólo para el forastero que vive en paz entre nosotros». El judaísmo no exige en ningún momento que se ame a los enemigos, concluyó. Yo: «Desde un punto de vista ético, amar a los enemigos es reblandecimiento del cerebro». De la casa de los Neumann (junto a la Kreuzkirche, al lado del abogado Neumark) tuve que continuar la marcha a pie hasta la Altenzeller Strasse 42, a casa de Kätchen-Sara, que nos había invitado. Vive ahora en dos suntuosas piezas, enormes y de elevado techo, junto con la señora Aronade, en la misma casa que Grete Kronheim, la hija histérica, que se quedó aquí, de nuestra vieja amiga. Los Leipziger –el fanfarrón consejero de sanidad y la simpática esposa aria, mucho más joven– también viven ahora allí. Los vimos allí a todos. Kätchen estuvo cariñosísima, le impuso a Eva por la fuerza el tuteo, nos ofreció dinero para el momento en que lo necesitásemos. Así, tratándola esporádicamente, es muy soportable. El ambiente entre los judíos es allí el mismo que en todas partes: la catástrofe final está a punto de producirse. *Ellos* no lo contarán, pero quizá, probablemente, les quedará tiempo para exterminarnos antes. Frente a las evacuaciones, hay apatía general. (La vida aquí en Dresde es demasiado horrible.) Pero a uno le gustaría sobrevivir.

Hoy, carta de Sussmann. Siempre hace preguntas, y yo no puedo responder […]

24 de septiembre, jueves tarde

[…]

La señora Ziegler me ha contado que Arnold Zweig[282] es pariente suyo. La familia, oriunda de Kattowitz. El padre, guarnicionero y comerciante de cueros. El abuelo hizo aprender un oficio a los hijos, éstos prosperaron. Otro hijo, fontanero, llegó a ser dueño de una fábrica. La hermana de Zweig es cantante, su prima, pediatra. ¡Ascenso de la familia judía! Después –¡evolución natural!–, Arnold Zweig llegó a ser sionista convencido. En 1918, en Kovno o en Wilna, no lo era aún. La señora Ziegler no sabía dónde estaba ahora, si seguía vivo.

De los Hirschel contó: a) Tenían nuevos inquilinos, un matrimonio mixto. Las hermanas de la esposa aria estaban allí de visita, charlando con la judía Kalter, en la habitación de ésta, cuando apareció inopinadamente la Gestapo, el

escupidor y el boxeador. Las jóvenes arias fueron puestas en la calle, habiéndoseles prohibido antes severísimamente volver a aparecer por allí, la señora Kalter recibió una paliza «de padre y muy señor mío», b) Uno de estos últimos días la Gestapo llamó al timbre en la Comunidad muy de mañana y no había nadie. Tras lo cual, Hirschel fue castigado a estar presente cada día a las siete de la mañana.

Esta mañana, cuando estábamos desayunando, llegaron unos operarios para controlar el estado general de la casa. (Si la arreglan y la Gestapo se hace cargo de ella, tenemos que marcharnos.) Llamaron con los nudillos, *no* se dejaron el sombrero puesto, pidieron disculpas y «no querían molestar», y todo eso aunque la puerta de nuestra cocina-comedor-cuarto de plancha lleva la estrella judía. ¡Qué insólito, qué demostrativo, qué literalmente peligroso acto de cortesía para sus autores!

25 de septiembre, viernes al anochecer

Anoche, hacia las nueve, apareció aquí en la cocina una joven rubia. Habló en voz baja. Hija de la señora Ahrens, la amiga y vecina de los Neumann en la Winckelmannstrasse, que llegó el sábado pasado armada de bizcochos a despedirse de los Neumann y tomó en depósito varias cosas y a la que Eva, como habían acordado, le llevaría hoy algunas cosas más. – La chica dijo que su madre pedía, rogaba encarecidamente que Eva no apareciera por su casa durante unas semanas. Que la estaban observando. Que se habían fijado en ella. La había prevenido una amiga a la que estuvieron preguntando qué relación tenía la señora Ahrens con los Neumann. «Contamos con un registro, hemos estado escondiendo cosas toda la noche, todo lo peligroso ha salido esta noche de casa.» La visita nocturna que nos hizo la hija fue ya una peligrosa expedición.

[…]

28 de septiembre, lunes mañana

En conjunto, nuestra nueva morada, que en lo esencial ya está habitable, es preferible a la anterior. Incomodidad de subir y bajar la escalera y de la gimnasia matinal[283], *soit*, pero esta tranquilidad, sin Kätchen-Sara. Es casi inquietante el silencio de esta casa inmensa, aunque tiene nada menos que veinte habitantes,

entre ellos varios niños. Una gran parte está siempre en turno de trabajo. Nuestro trato con ellos, cordial, pero rarísimas veces hay contactos. A menudo, casi siempre, no hablamos durante días ni una palabra fuera del saludo. Sólo con la señora Ziegler nos vemos a diario y muchas veces tenemos largas conversaciones. Pero también ella está ausente tres cuartas partes del día. Y la cocina compartida es tan grande que no nos estorbamos mutuamente. Y la señora Ziegler no es Kätchen. Y además otra cosa: en esta casa, nadie se extraña ni hace burlas si yo colaboro en las tareas domésticas. Aquí es sino general, algo ya obvio, que todo el mundo haga toda clase de trabajos. Cada día respiro con alivio, mientras friego la vajilla, por haberme librado del acompañamiento de los *spropositi*[284] de la Voss. – Aunque, por otra parte, en la *Judenhaus* número 2 nunca habría tenido un conocimiento tan detallado de la trayectoria vital de tantos judíos.

OCTUBRE

2 de octubre, viernes tarde

Cansadísimo por haber fregado la cocina y por estar hundido en la depresión. – Discurso de Hitler en la inauguración de la Ayuda Invernal. Sus antiguas cantilenas, exageradas hasta la desmesura: los extraordinarios éxitos alemanes, la moral alemana, la seguridad alemana en la victoria; nos va cada vez mejor, podemos aguantar muchos años más… Desmesurado aumento, igualmente, de las injurias contra los enemigos: los ministros son «zoquetes», «nulidades que no se pueden distinguir unos de otros», en la Casa Blanca gobierna un enfermo mental, en Londres un delincuente. Desmesuradas las amenazas contra Inglaterra, contra los judíos de todo el mundo, que querían exterminar a los pueblos arios de Europa y que él extermina… Lo monstruoso no es que un loco tenga arrebatos de furia cada vez más delirantes, sino que Alemania lleve soportando eso ya nueve años, y de ellos, cuatro de guerra, y siga permitiendo que continúe el desangramiento. Y por ninguna parte se divisa el final. Las fuerzas de la Entente no bastan para el impulso definitivo…, y en el interior todo sigue en calma. Otro invierno más y después otro verano… Dentro de ocho días cumpliré sesenta y un años: ¿qué me queda en el mejor de los casos? […]

4 de octubre, domingo mañana

[…]

Entre la una y las dos, con cálido tiempo de otoño, un pequeño paseo con Eva, proyectado hace tiempo, el primero desde hace semanas […] A continuación, después del café, llegaron Steinitz y los Cohn. Éste trajo dos noticias muy deprimentes. Una cierta familia Bein, que vivía en la casa de la Comunidad, la esposa aria, el marido de unos cincuenta y tantos años, judío, el hijo de dieciocho años, mestizo educado en la religión judía. El padre y el hijo detenidos hace unas semanas, presuntamente por no haber entregado suficiente material cuando la colecta de tejidos, transportados hace unos días a un campo

de concentración, a Mauthausen, en la frontera austriaca, ayer ambos, padre e hijo, «abatidos durante un intento de evasión». – Ésa es la seguridad del matrimonio mixto. El miedo, un miedo elemental a la muerte, me produjo escalofríos. Más: la fábrica de cartones Enterlein, en Niedersedlitz, donde trabaja Cohn, emplea más trabajadores judíos. Eso puede costarme lo que me queda de libertad. Eso también me horroriza. – Pero no hay nada que hacer: ¡aprovechar cada minuto!

5 de octubre, lunes tarde

[…]

El otro día en la Emser Allee me adelantan dos chicos mayores de las HJ que venían detrás de mí en bicicleta; bromean entre ellos, se ríen a carcajadas, gritan algo; no creo que fuera por mí, la estrella no pueden haberla visto hasta que volvieron la cabeza. Acto seguido, en sentido contrario, un obrero en bicicleta, de unos veinte años; se inclina hacia mí con una amable sonrisa: «¡No les haga caso!». Yo le hice un gesto con la cabeza.

7 de octubre, miércoles al anochecer

La señora Ziegler, que ahora *mutatis mutandis* ha tomado la función de mensajera que tenía Kätchen-Sara, contó anteayer: 1) En el terreno de la sinagoga quemada[285] hay barracones para prisioneros rusos. Éstos rebuscan en los contenedores de basura de la Comunidad, entresacan residuos de comida y los comen ansiosamente; tan hambrientos están. 2) El sastre Philippsohn, muy bien situado, elegante clientela, estaba en servicio de trabajo en Tempo, una lavandería que lava ahora para el ejército, y lo detuvieron. Supuestamente porque «había tapado la estrella» y hablado con el chófer checo de la empresa. Transportado a un campo y, como los Bein padre e hijo, «abatido durante un intento de evasión». Para continuar con la crónica de los crímenes: Neumark *(vide infra)* cuenta hoy: un primo, de su misma edad y muy cercano a él; en matrimonio privilegiado; «por razones económicas», porque la mujer dirige una empresa, vive separado de ésta y de un hijo «mestizo» de dieciocho años, educado como ario. Escribe desde una pensión de Berlín a su hijo, «con cierta imprudencia, probablemente». La carta, no se sabe cómo, cae en manos de la

Gestapo. El padre detenido, «ya a los tres días, notificación de su muerte».

Hoy, con hermoso y suave tiempo de otoño, he ido por segunda vez a casa de Neumark, a recoger el sombrero legado por Neumann, esta vez con éxito. Lo encontré en su casa a la una, y charlamos una hora entera. En el recibidor estaba colgado el bonito objeto heredado, en una habitación lateral habían pegado el consabido precinto, más exactamente, dos cartulinas precintadas selladas que sujetan una tira de papel marrón extendida por la puerta y el marco, y el consabido: «Aquí vivían el judío… y la judía…». Cuando llegué, Neumark había terminado de dictar sus cartas y parece que quería hacer una pausa. Nos contó, aparte de ese crimen, que ya había sido redactada una ley sobre la separación de los matrimonios mixtos pero que la habían retirado. Que de momento lo del matrimonio mixto tenía un cariz «un poquito más favorable». Pero que no se sabía por cuánto tiempo. – Un ario de Múnich le había contado que los aviones ingleses han dejado a Múnich en un estado lamentable. Que de eso no han puesto nada los periódicos; pero yo ya me había enterado por otro lado. – Le hablé de mi *LTI*, y Neumark me dio un ejemplar de *Deutsches Recht*, el órgano central de la Liga de jurisconsultos nacionalsocialistas. Quería darme varios, pero uno solo puede esconderse mejor.

8 de octubre, jueves mañana y después

El electricista y vecino de la habitación contigua, Fränkel, pasó a mi lado como un trabajador, con mochila encima de una cazadora y sin sombrero, yo no me di cuenta de quién era hasta después y le pedí disculpas por no haberlo saludado. El: «No hay que saludar, a lo sumo un gesto con los ojos. ¡Sobre todo, no llamar la atención! También es mejor que no vaya usted junto con su mujer. Que no vean juntos a los arios con los no arios…».

[…]

Conversando ayer conmigo, Neumark me dijo que él no podía escribir, que tenía que dictar, que lo necesitaba incluso para el documento más inocuo, a fin de «tomar impulso» –«sería demasiado hablar de una especie de embriaguez, pero es algo de esa índole». Sensación de producir, sentimiento vital exaltado: en último término, seguramente el mismo estado en un gran poeta, en mí, en Neumark, en un buen zapatero.

9 de octubre, viernes al anochecer

Cumpleaños deprimente, más deprimente que el pasado. Entonces yo no sabía aún de registros domiciliarios, tampoco me acechaba tanto y por todas partes la muerte. La esperanza de sobrevivir es ya muy leve. Lo físico también desempeña su papel: el puro, la sacarina no habían desaparecido del todo el año pasado, la patata no reinaba de un modo tan exclusivo. – Y Eva no había enflaquecido hasta quedarse en los huesos. – Por la mañana fregué la cocina. Por la tarde fui al cementerio judío –camino cargado de presagios–, para decirle a Steinitz que viniera a casa el sábado, no el domingo. Entre ambas cosas, trabajo con Pourrat[286]. *Si* sobrevivo, saldrán varias sesiones de seminario o una página de la mejor prosa francesa. Y si no sobrevivo, he superado este tiempo decorosamente y, a mi manera, con valentía. Carta de cumpleaños de Sussmann. «Arne Egebring.»[287] No sé qué signos de la censura encima, líneas oblicuas azules por toda la hoja. Tengo miedo. Con sus cambios de nombre, con sus ingenuas preguntas, me puede costar esta cabeza tan mal afianzada sobre los hombros. Escribe que en mi última carta había siete líneas tachadas con tinta negra, ilegibles. Yo sospecho que era la frase sobre nuestro peso: «La delgadez está de moda, yo todavía peso sesenta kilos, Eva sólo cincuenta (¡con ropa, bien entendido!)». – Escribe que podría hacerse una idea de mi estado de ánimo si le respondo muy brevemente, a ser posible con una sola palabra, a una pregunta que ya ha planteado a varias personas: ¿Qué considero el *summum bonum* común a todos los hombres? Voy a contestar adhiriéndome a la «especie de embriaguez» de Neumark (cf. ayer).

1) Sentimiento vital exaltado = felicidad. O *esperanza* = la exaltación más intensa y duradera (el presente decepciona, el pasado tiene un regusto amargo). 2) Con eso no está dicho nada, es demasiado general, porque su contenido es distinto según la persona y según el momento. Ahora, una buena comida; y ahora, el más allá. 3) Cualquier otra respuesta será también o demasiado general o demasiado específica. ¿Libertad? Sí, si incluyo en ella la salud (¡eso me escribió Sussmann en una ocasión, hace unos dos o tres años!). ¿Paz? Sí, si ésta comprende también la paz interior, tanto en lo político como en lo anímico-personal. Llegó también, conmovedora, una felicitación de Caroli Stern, a la que hemos tenido olvidada tanto tiempo. Escribe que le había llegado la noticia, sin haber conseguido pormenores al respecto, de la muerte súbita de Erich

Meyerhof. Estaba en un campo australiano, y parece que le iba bien allí. A raíz de la visita de Lissy escribí unas notas sobre él, su mujer, sus hijos. Los mestizos fueron retirados del ejército durante algún tiempo. Ahora, el mayor está en el frente con Rommel. – Erich Meyerhof era unos tres años más joven que yo, siempre me resultó un poco ajeno con su fuerte sed de aventuras y su vitalidad erótica. Fue el *primero* que me habló de Eva, está estrechamente vinculado a mis recuerdos de 1904. Nunca habría pensado que le sobreviviría. Con mi insensibilidad de corazón, no surge en mí ningún sentimiento. Sólo lo mismo siempre: «Tantos que caen en torno a mí y yo vivo aún. Quizá me sea dado sobrevivir y dar testimonio».

Parece que Thomas Mann[288] ha lanzado un violento alegato en la radio norteamericana en defensa de los judíos alemanes.

Sobre los partes militares de las últimas semanas, «he acuñado» esta frase: «En Stalingrado hemos tomado, en duros combates cuerpo a cuerpo, otro piso de tres habitaciones con baño».

10 de octubre, sábado

Nuevas órdenes a todos los judíos que tienen obligación de llevar el distintivo: entrega de metales, de un modo mucho más riguroso que en la guerra pasada: también tumbaga, níquel, estaño, plomo, *todo tipo de lámparas*. En nuestro caso se trata de saber si esta medida también afecta a la esposa aria. Tiene que decidirlo la Comunidad.

Hace meses, Kätchen-Sara contó un caso de lo más trágico: el matrimonio Gellert, él médico, en prisión y campo de concentración por una nonada. Ambos †. Dos mellizas de dieciséis años[289], obreras en Zeiss-Ikon, quedan huérfanas, pobres y solas. Ayer habló la señora Ziegler de nuevos registros domiciliarios; en uno de ellos, les quitaron a las dos mellizas sus raciones de mantequilla y de margarina recién compradas. Siempre lo mismo y cada vez más repugnante.

Desde ayer, gran movimiento en el hall de abajo: obreros de hacienda están sacando de las habitaciones desprecintadas la enorme cantidad de muebles, libros, etc., confiscados.

Éstas han sido mis impresiones y mis novedades de cumpleaños.

[…]

14 de octubre, miércoles tarde

Ayer, día 13 (uno podría ser supersticioso – los dedos están rígidos de este frío de otoño), circuló la noticia, todavía no oficial, que hoy ha sido confirmada: se les retira a los judíos todos los cupones de carne y de pan blanco. Hace pocas semanas anunciaron el aumento de la ración de carne y de pan, porque el abastecimiento de Alemania estaba mejorando. Hace pocos días Göring declaró que el pueblo alemán *no* iba a pasar hambre, que el hambre la dejaba para los territorios ocupados. De modo que ahora los judíos pueden rebuscar en los contenedores de basura, como los prisioneros rusos. Estoy hondamente deprimido.

La orden de entrega de metal está redactada con tan poca claridad que después a la Gestapo le resultará muy fácil culparle a uno de sabotaje. Especialmente oscura la situación de los matrimonios mixtos. La propiedad de la esposa aria está exenta: pero ¿qué es propiedad «comprobable»? Yo recabé información del presidente Hirschel y escribí: «¿Cómo puede demostrarse documentalmente, después de cuarenta años de matrimonio, qué objetos de la casa son propiedad de la mujer?». Él contestó por escrito: «La propiedad de la esposa aria queda exenta en la medida en que se demuestre que es su propiedad». El de la habitación vecina, Fränkel, comprobó con un imán qué lámparas metálicas son de hierro (ésas no hay que entregarlas). Ahora sólo cabe esperar que la Gestapo admita tal comprobación. Al final, hemos entregado: un pequeño estuche de plomo para sellos, unas pinzas de níquel para cartas y un cenicero de latón.

Cuando nos mudamos aquí, evacuaron a la señora Jacoby, y sus pertenencias las metieron en varias de las habitaciones que luego precintaron. Ahora ya llevan aquí varios días dos empleados de hacienda y un perito, inventariando, evaluando y preparando el transporte. Las piezas son trasladadas al hall, también a este pasillo de arriba. Es increíble las cantidades de sillones de cuero, armarios, mesas, lámparas de petróleo, que van saliendo. Todo antiguo, trabajo de artesanía, de gran valor. (Las pinturas, o ya se las han llevado o vendrán después.) Y todo eso, lo roban.

La tarde del domingo, en casa de Seliksohn, fue deprimente. Él había tenido un choque con un ario, el encargado de la defensa antiaérea del inmueble, le había dado de golpes y había sido denunciado. Eso le habría costado la vida, sin

duda alguna. A instancias de su mujer, retiraron la denuncia. Pero Seliksohn está de un humor sombrío, y también hay tensiones entre los cónyuges. Seliksohn echaba pestes contra el pueblo alemán en su conjunto, se puso también grosero conmigo, porque yo «les tiro de la levita» a los alemanes; fue bien desagradable, y si no hubiera sido por el suplemento de patatas, habría tenido menos paciencia.

[…]

16 de octubre, viernes noche

Ayer a las seis […] fui a casa de Steinitz dando un paseo y le llevé papel de escribir. Cuando salía de casa vi parado abajo un coche de «Pol» y pensé: qué bien que me marche y que Eva esté *in città.* – A mi regreso, consternación. La señora Eger no estaba: la habían visto llegar a casa llorando, después de marcharse la policía también se había marchado ella. Sobre la balaustrada de la galería había un pan y cacerolas con comida, sus habitaciones estaban cerradas con llave. O sea, detenida, y se puede presumir que al llegar a casa ya sabía algo de lo que le pasaba a su marido. (Trabaja en Reick, construye un *«bunker* de patatas» para Zeiss-Ikon. NB: ¡examinar la ampliación del término *bunker*! *LTI.)*

Durante el día, nuestra *Judenhaus* está completamente silenciosa. Avanzada la tarde, vuelven del trabajo los de Zeiss-Ikon y la señora Ziegler, y traen las novedades. Por eso esperábamos una explicación de lo ocurrido. Pero nadie de la fábrica ni de la Comunidad tiene la menor idea de lo que pasa. Ambos están detenidos, todo lo demás es un enigma. –Conjetura: puede que la esposa aria haya puesto algo a salvo en casa de sus padres, y que hayan hecho allí un registro. Si es así, él es hombre muerto; a ella le queda tal vez la posibilidad de sobrevivir en un campo de concentración. – Lo horrible es la inseguridad, el crimen que siempre acecha. Nadie se entera de nada, todos están en constante peligro de muerte, cualquier bagatela basta como pretexto para eliminar a quien sea. Aún seguimos sin saber por qué mataron a Ernst Kreidl. Tampoco nos enteraremos de nada en cuanto a Eger. Y siempre la misma sensación: dentro de un momento, me puede tocar *a mí.* – Hacer caso omiso y seguir trabajando. No debo consagrarme totalmente a los autores franceses.

Dada mi profesión, me dedicaré a ellos más tarde, si sobrevivo. *Ahora* tengo que poner en primer plano todo lo relacionado, en el sentido más amplio, con el tema *LTI*, es decir, el presente y sus orígenes. Por eso me he enfrascado en la

lectura de *Zur Kritik der Zeit*[290]de Rathenau. Para ello me es útil la lectura de Sombart.

17 de octubre, sábado antes del anochecer

No hay manera de averiguar nada sobre los Eger. Simplemente, están detenidos, y en cualquier caso la vida *de él* no vale 50 pfennigs. La de ella también corre gran peligro. Hoy por primera vez, noticia de la muerte de dos mujeres en un campo. Hasta ahora, allí sólo morían hombres. De esas dos mujeres, una había tenido pescado prohibido en la nevera, la otra había tomado el tranvía para ir al médico, cuando sólo le estaba permitido tomarlo para ir al trabajo. Ambas fueron trasladadas del campo de mujeres de Mecklenburg[291] a Auschwitz, que parece ser un matadero que trabaja a destajo. Causa de la muerte: «Edad e insuficiencia cardíaca». Ambas tenían alrededor de sesenta años, una era especialmente robusta. Informe de la señora Ziegler.

23 de octubre, viernes noche

Tiempo muy húmedo y –al menos en las habitaciones que dan al norte y no tienen calefacción– frío. Sufrimos mucho. Yo estoy con abrigo y sigo (desde hace semanas) sin zapatillas.

[…] Para lectura en voz alta hemos encontrado *Einen Sotnmer lang* [‘Durante un verano’], primer volumen de la pentalogía de Georg Hermann, cuyo tomo quinto, *Muere una época*, leimos hace unas semanas. El nuevo volumen lo ha traído Eva de casa de Kätchen Voss.

De ella (Zeiss-Ikon), de la señora Ziegler (Comunidad), de Steinitz, a quien fui a ver ayer para cambiar tabaco por azúcar (pariente aria de la esposa), de la señora Reichenbach, a quien Eva ha ido a ver hoy (otra vez la Comunidad, transmisión oral, a falta de radio que está prohibida), proceden las siguientes noticias no confirmadas: 1) Ha sido destituido el jefe de estado mayor del frente meridional, mariscal de campo Bock[292]. (Porque había puesto todo su empeño en la toma de Stalingrado, mientras que Göring quería concentrarse en la ofensiva del Cáucaso.) 2) Parece que ha venido incluso en los periódicos alemanes, pero con toda seguridad ha informado de ello la radio extranjera: Estados Unidos «ya no considera como extranjeros hostiles» a los civiles

italianos internados en un campo y los ha puesto en libertad. Esto sería un signo seguro de la existencia de negociaciones bilaterales con Italia y de la ruptura del Eje. Demasiado hermoso para creerlo. 3) En esta última semana han «muerto» nada menos que ocho mujeres judías de Dresde que estaban internadas en un campo. Entre ellas, el caso más horrible que cuentan es el siguiente: una mujer es sorprendida por la Gestapo cuando va sin estrella al depósito de basura de su casa, es decir, sin salir a la calle. Apaleada hasta que se derrumba sangrando. Le dicen que firme que se ha herido al caer. Se niega, tras lo cual la llevan a un campo de concentración donde «muere». Esta información proviene de Kätchen-Sara, que me la envía para que la «escriba», y sólo de este caso, que por lo demás considero muy probable, digo que se trata de noticia no confirmada. Las ocho muertes son hechos ciertos. 4) Información procedente de parientes arios de la señora Steinitz: en Dresde, en parte en la PPD, en parte en la sede del Tribunal Regional en la Münchner Platz, son ejecutados día tras día sin procedimiento judicial veinticinco personas por tráfico de productos alimenticios. (Esa cifra probablemente es exagerada, pero una fracción será cierta, y lo importante es que la gente se crea toda esa cifra, que se considere al gobierno y al pueblo capaces de tal cosa.)

De esos cuatro puntos se puede inferir que no andan bien las cosas para la causa nacionalsocialista. Pero todas las conversaciones entre judíos llevan una y otra vez a la misma consideración: «Si les da tiempo, nos matan a todos antes». Uno le dijo ayer a la señora Ziegler que se ve a sí mismo como una res que está en el matadero viendo cómo matan a otras reses antes y esperando que le toque a ella. Ese hombre tiene razón.

[…]

Mañana Eva quiere ir una vez más a Pirna. Hay que buscar dinero (se está acabando), hay que poner algunas cosas a salvo –(hace poco, en la entrega del metal, ayudó también Elsa Kreidl)–, sobre todo, evidentemente, mis manuscritos. –¿Es justo que haga correr a Eva ese peligro? Llegado el caso, no cabe la menor duda de que eso le costaría a ella la vida exactamente igual que a mí. Hoy día la gente muere por motivos mucho más insignificantes. Me pregunto constantemente si obro bien. También me pregunto cada vez con más frecuencia si las cosas están realmente seguras en casa de Annemarie. Ella ya ha llamado la atención por antinazi varias veces. Un registro en su casa y morimos los tres. –

Pero a la postre, me digo siempre que hay que ser fatalista, que cumplo con mi deber. ¿Pero es verdaderamente mi deber, y puedo hacer correr a Eva tan gran peligro?

24 de octubre, sábado mañana

Cumpliendo una cita pendiente desde hacía tiempo, mañana por la tarde vendrán los Hirschel a casa. (Empresa complicada: sólo él puede hacer el largo trayecto en transporte público; la mujer y el niño pequeño, que quiere venir a ver a la niña pequeña de los Eisenmann, tienen que hacer el largo trayecto a pie.) Eva se tropezó ayer con Hirschel en la calle, cambiaron unas palabras. Después, él le mandó decir a través de la señora Ziegler que le pedía disculpas: se había sentido observado y creía que lo seguían. (Los portadores de estrella y los arios no pueden ser vistos juntos; contravenir a esta regla lleva, al menos al judío, al campo de concentración: si vive hasta entonces.) – Eva ha tomado hoy billete de correspondencia para ir con su paquete hasta la Finkenfangstrasse y cambiar allí al autobús de Pirna. La parada de la estación está demasiado cerca de la casa de la Gestapo. Yo no dejo de hacerme los más duros reproches por ponerla en tan gran peligro y sin embargo lo hago. Pongo las hojas del diario entre los manuscritos con los extractos y anotaciones. Si a Eva la registran, ella *no sabe nada* del manuscrito, este pasaje que escribo ahora lo atestigua. Ella piensa que sólo lleva los extractos, porque en una ocasión me rompieron cuatro páginas de anotaciones sobre Rosenberg. Tiene la intención de deponer las cosas en casa de Elsa Kreidl. – Ésta es la situación en que vivimos de la mañana a la noche, de la noche a la mañana.

Y sin embargo –el hecho de que se lleven lo recién escrito, podría ser lo último, invita a recapitular–, sin embargo, durante muchas horas del día puedo decir que soy feliz. Estudio, preparo producción; los próximos años no necesitaré nuevas ideas creativas, sólo la posibilidad de redactar lo que ahora he proyectado y esbozado.

Sí, cuando pienso en la época en que se habrá acabado el hitlerismo, estoy en la situación del judío de «mis *chaseirim*[293]». (Me lo contó en su día Blumenfeld[294]. Durante la feria, un acaudalado europeo tiene que compartir la habitación con un pobre judío de Galitzia. El judío oriental se lamentaba: «¡Mis

chaseirim!». – «Me gustaría dormir por fin: ¿qué pasa con sus *chaseirim*? » – «¿Lograré venderlos?» – «Bueno, se los compro yo, aquí tiene el cheque.» – Al cabo de una hora, otra vez: «¡Ay, mis *chaseirim*!». – «¿?» – «¿De dónde voy a sacar otros *chaseirim*?») Así que yo me pregunto muchas veces lo que haré cuando haya caído Hitler. ¿Por dónde empezaré? Tanto tiempo ya no me quedará, indudablemente. El *Dix-huitième* se me ha ido de las manos, además habría que depurarlo de todo lo que lo envejece. – ¿Ponerme a completar la *Prosa Moderna*? – ¿Continuar el *Curriculum*? –¿Anticipar el capítulo, no, el tomo sobre el Tercer Reich? –¿La *LTI*? – ¿O tendrá ésta unos límites demasiado estrechos? ¿La convierto en ensayos sobre historia de las ideas en el Tercer Reich? ¿O vuelvo al proyecto del *Dictionnaire philosophique*[295] *(du hitlérisme)*? ¿O hago todo lo posible por reintegrarme a la cátedra y desoxido mis conocimientos? ¿O intento ahora ir a Estados Unidos y me pongo a aprender inglés? ¿Y bastará mi salud, mi vigor, mi energía, para seguir con alguno de estos proyectos o vacilaré entre todo ello y dejaré que se me vaya lo que me queda de vida? – En resumen: ¿estoy limitándome desde hace unos años a jugar con soldados de papel? Tengo verdadero miedo del instante en que haya que ponerlos en orden de batalla.

Pero más a menudo, por supuesto, creo que no viviré ese instante.

[…]

27 de octubre, martes mañana

El sábado regresó Eva; el último cuarto de hora, hacia las siete y media, estaba ya bastante inquieto. Había querido apearse en la parada de la estación. El revisor le dijo: «¿Otra vez la Finkenfangstrasse, como a la ida?». Puesto que la había reconocido, ella prefirió volver a bajar y transbordar en ese mismo sitio. – En el último momento, yo había añadido a los manuscritos el recibo en el que hace cuatro años la dirección del distrito me confirmaba que yo había devuelto el permiso de conducir. *Non si sà mai.* Y todo el mundo tiene cada vez más miedo en todos los sentidos. Así, el otro día todos decían que no había que ir de ningún modo sin estrella al depósito de basuras. Y hoy, que no había que estar en casa sin estrella: la subasta próxima atraerá a los arios, y si la Gestapo quiere interpretarlo así, entonces uno se ha presentado sin estrella «en un lugar público». Así que Eva ha cosido una estrella en la chaqueta de casa.

Eva ha contado sobre Annemarie que cada vez está más apática (habiendo sido una persona tan viva), «como quien sabe que ya le queda poco tiempo y no le interesa lo que venga después». Parece muy enferma y tiene una tos horrenda. Ella nos explicó ya hace tiempo que esa tos es síntoma de padecimiento cardíaco. Es doce años más joven que nosotros y ha subrayado varias veces que no le ha sido deparada una larga vida. Yo me pregunto con frío egoísmo qué será de nuestras cosas si a ella le pasa algo. Pero «seguridad no hay en ninguna parte». Por lo demás, atribuyo el cambio de carácter de Annemarie sobre todo a su desengaño con Dressel[296]. – Annemarie ha vuelto a hablar de la desaparición de la gente de Sonnenstein[297]. Les mandan la urna a los familiares.

[…]

El domingo la señora Ziegler trajo de la Comunidad confusas noticias esperanzadoras. Parece que está habiendo negociaciones de paz entre Estados Unidos e Italia; que los rusos han pedido un armisticio… Sobre Italia ya habíamos oído antes que estaba harta de guerra y que Norteamérica trataba de ponerle como señuelo la liberación de los prisioneros italianos. – Por la tarde, estuvieron los Hirschel en casa, y también ellos sabían lo de Italia y estaban esperanzados por eso. Pero ya no se puede mantener la antigua distinción entre judíos optimistas y pesimistas. Todos, absolutamente todos, dicen lo mismo, casi siempre con las mismas palabras: «Ellos están perdidos, perdidos sin remedio, eso ya se ve venir, pero si no viene muy pronto –y no tiene pinta de eso– acabarán antes con nosotros». Es, en efecto, terrible cómo asesinan, más que nunca. *Ocho* mujeres en una semana, ocho mujeres judías de la pequeña comunidad de Dresde han «muerto» en esta última semana. Es Hirschel quien ha dado esa cifra. Casi peor que matar es el hambre de los niños. La señora Hirschel nos da números exactos sobre la reducción de las raciones para los niños judíos, reducciones horribles de carne, pan, azúcar, cacao, fruta… Dice que para ella lo peor son las quejas constantes de los dos niños por el hambre que pasan. «"Madre, mira, ese niño tiene una salchicha y la está mordiendo. – Madre, tengo tanta hambre. – Madre, ¿por qué nos dan sólo dos rebanadas de pan?…" Etc., etc., todo el día.»

Los Hirschel han tenido que entregar su biblioteca «voluntariamente» – «podríamos meterlos en la cárcel, ya lo saben…». Sólo pudieron quedarse con libros de autores y editores judíos. De esa manera han salvado algunas ediciones

de clásicos.

Ayer tarde en la Comunidad por una declaración de impuestos, después unos minutos con Seliksohn, que tiene el rostro entre verde y gris y las mejillas completamente hundidas. Para él, diabético, la nueva medida relativa a la alimentación apenas es otra cosa que una condena a muerte […]

Ayer me encontré en la Comunidad con el enfermero (Bernstein) que conocí en casa de Marckwald. Dijo que sabía de fuente bien informada que en Theresienstadt ya había muerto mucha gente. Estaba convencido de que Marckwald ya había muerto. (Pero ¿de dónde sabe eso?) – La señora Ziegler nos informa de nuevas y drásticas evacuaciones en Berlín. Los que pueden trabajar, a Polonia. No ha sido posible averiguar nada sobre la señora Lili Katz.

[…]

29 de octubre, jueves al anochecer

[…]

Fatigas de la jornada de ayer, que me tuvieron ocupado todo el día: acarrear 4 quintales de patatas. Hacia mediodía fui a ver si nuestro tendero, el que está junto a las cocheras de los tranvías, en la Emser Allee, tenía un surtido que ofreciera perspectivas. Sí: de modo que, poco después de las tres, allí. Le pedí que me reservara unos sacos, que iba a ver si conseguía una carretilla para antes de las cuatro; también era posible, les dije, que no pudiera volver hasta el día siguiente. – Me contestó que reservar, ni siquiera pagando antes, estaba estrictamente prohibido; que cuando los «trabajadores» querían comprar por la tarde, había que dejar para ellos todas las existencias disponibles. Que yo tratara de buscar una solución. Así que me fui deprisa –molestias cardíacas– al cementerio judío, a la Fiedlerstrasse. Estaba allí la carretilla de la Comunidad, no la necesitaban, me la dejaron, salí trotando con aquel cacharro chirriante a la tienda, la mujer me ayudó a cargar 2 quintales. Llegué aquí, jadeante y agotado, con el cargamento; me ayudaron Eva, el conserje y sobre todo ese judío tan alto, Eisenmann, que se echó al hombro el pesadísimo saco y lo bajó al segundo sótano. Luego salí otra vez con Eva, ella, en su calidad de aria, podía comprar después de las cuatro, y volví a transportar en la carretilla otros 2 quintales. Quedé agotadísimo de ese trabajo, que me hizo recordar melancólicamente mi edad y mi corazón. – Hoy ha sido la larga mañana la que me ha dejado

físicamente extenuado. Llevé la carretilla al cementerio. Después, la larga caminata hasta el ropero, en la Pirnaische Strasse. Mis zapatillas, que necesito con absoluta urgencia, aún no están preparadas. Después solicité por escrito en la Comunidad tres camisas, ya que las mías literalmente no dan más de sí, están hechas jirones. Fui a ver a Reichenbach a su oficina y a la señora Reichenbach a su habitación de enferma. Regresé por la Gerockstrasse y la Fiedlerstrasse, después por el cementerio para decirle a Steinitz que le reservamos la tarde del sábado. (Hemos quedado con los Reichenbach para el domingo siguiente a éste, con los Seliksohn para este domingo, con Kätchen-Sara y su compañera de piso, Aronade, para mañana.) Mis relaciones con el cementerio judío tienen algo de grotesco. Allí, en el cobertizo del jardinero, detrás de las hileras de tumbas, en íntima vecindad con los asesinados y los suicidas, Magnus, Steinitz y Schein (el menos simpático de los tres, cf. mis apuntes sobre los días de quitar nieve) tienen un refugio idílico. Fuman, gandulean, juegan al *skat*[298], son felices cuando llega alguien a verlos, en la medida en que la visita no los molesta en medio de una partida de *skat*. ¿Y no es realmente cómico que yo use la carretilla del cementerio para transportar mis patatas? Yo mismo ya no siento ninguna aprensión de las tumbas. Uno se acostumbra enseguida. Reichenbach me enseñó una carta que acababa de recibir de un pariente de Berlín: por lo que dice, otra vez están haciendo allí evacuaciones en masa a Polonia, hasta separan a los matrimonios. Lo que sucede hoy en Berlín, sucederá mañana aquí en Dresde. – La señora Reichenbach tiene una mujer de la limpieza que no lleva estrella, judía completa pero en matrimonio privilegiado. Esta asegura, dice la señora Reichenbach, añadiendo que es digna de confianza, que ha visto ella misma la libreta de un soldado que estaba de permiso y que allí ponía que «en caso de armisticio con Rusia», el soldado tenía que presentarse en su guarnición. Desde hace días corre el rumor entre los arios de que habrá armisticio. En el parte militar de ayer lo han desmentido: embuste habitual de la radio inglesa. – Según eso, casi aventuro la hipótesis de que han ofrecido a los rusos una paz por separado con buenas condiciones (por ejemplo: sólo Ucrania para Alemania, y un trozo de Polonia para Rusia), para tener mano libre contra Inglaterra y Estados Unidos. Opinión general entre los judíos: «ellos» están en muy mala situación, y por eso *nosotros* corremos un peligro más mortal que nunca.

Esta mañana temprano he tenido una conversación bastante larga con la

señora Eisenmann; ella hacía la colada en el lavadero, y yo fregaba nuestra vajilla. Esa mujer mide 1,72 metros de altura, ha pesado 75 kilos y ahora pesa 56. Católica de Bohemia, su hijo mayor (dieciocho años) podría ser por su porte exterior de las HJ, tiene también una niña de diez años y un chiquillo precioso de tres años, Schorschl[299]. Los dos hijos mayores han sido educados en el judaísmo, de Schorschl piensan que es una «artimaña», así que el matrimonio no es privilegiado. El marido era comerciante de carbones, muy bien considerado y con dinero, primero en Aussig, desde 1933 en Dresde. Ahora es «ajustador» en Zeiss-Ikon. La mujer hace sola todo el trabajo doméstico para su numerosa familia, se levanta a las cuatro de la mañana (el mayor también está ya en Zeiss-Ikon), y se mata a trabajar hasta la noche. Y está en permanente angustia por el marido y el hijo. Lo que les ha pasado a los Eger y a tantos otros se cierne constantemente sobre su familia. – Adondequiera que mire, que escuche, en todas partes es lo mismo. «Cuando vi a mi marido hace dos años por primera vez como un obrero, arrastrándose todo sucio por debajo de las máquinas, cargando pesos, lloré tanto…» – «Sueño siempre con los Eger…» – «Si fuéramos sólo nosotros dos…, pero estos pobrecitos hijos…» – La señora de la limpieza de los Reichenbach: «Ahora les van a quitar la carne a nuestros hijos. Nosotros imaginamos detalladamente cómo habría que cortarles "a ellos" cada miembro uno por uno; empezando por los dedos de la mano y continuando después muy despacio…». (Una joven rubia de apariencia perfectamente bondadosa, que aún no está muerta de hambre…) – A cada tres palabras, la señora Ziegler: «Antes de Navidad estaremos en Polonia, y entonces "ellos" nos dejarán morir de hambre y nos matarán a tiros. A eso sí les dará tiempo, seguro; moriremos antes que ellos».

30 de octubre, viernes mañana

Anoche, esperada pero estremecedora, como el rayo que cae justo a nuestro lado, la noticia de la muerte de Imbach. La señorita Imbach, morena, bajita, de unos cuarenta años, es la persona más solitaria de la casa. Cuando paso delante de la ventana corredera que da a la gran cocina –la verdadera cocina– de la planta baja, la veo moverse por la inmensa pieza; entonces me parece aún más pequeña y solitaria y triste. Hace poco evacuaron a su madre, una de sus hermanas estaba desde hace meses en el campo de mujeres de Ravensbrück, en Mecklenburg,

porque en un momento de distracción había cruzado la calle sin estrella y fue a darse de manos a boca con la Gestapo. (Kätchen ya nos había contado ese caso, los Imbach –hay también un hermano casado, que está aquí en esta ciudad–, los Imbach pertenecen al personal de Zeiss-Ikon.) De la hermana que estaba en el campo de concentración se decía que era resuelta y enérgica, le permitían escribir cada dos semanas y enviaba alentadoras noticias. La última carta que esperaban no llegó, y ahora han recibido la noticia de su muerte. De Auschwitz, causa de la muerte, «derrame cerebral». Es la novena judía de Dresde que han llevado de Ravensbrück a Auschwitz.

Con eso nos fuimos a dormir. Esta mañana –me encuentro siempre con la señora Ziegler en nuestra cocina, ella se va al trabajo antes de que baje Eva–, esta mañana me dice la señora Ziegler que tiene que ponerme al corriente porque somos amigos de esa familia, pero que por amor de Dios no se lo diga a nadie, oficialmente él estaba «enfermo»: o sea, ayer, el presidente Hirschel había sido convocado a la Gestapo junto con el joven Kahlenberg, sucesor de Pionkowski[300]y especialista en impuestos, y sólo había vuelto Kahlenberg. No se sabe el porqué de la detención. – Cuando los Hirschel estuvieron el domingo en casa, hablaron de la enigmática detención de Kronthal, uno que había trabajado en la Comunidad como profesor de inglés y que ahora daba clases particulares a Alfred, el hijo de ellos. Ese hombre vive en matrimonio privilegiado y carece de bienes: ¿por qué entonces? Tal vez fue «imprudente y dijo cualquier cosa». La señora Ziegler parece que ve cierta relación entre esa detención y la del superprudente y supercorrecto Hirschel. Pero siempre se está tanteando en la oscuridad. – El domingo los Hirschel hablaron de lo felices que habían sido antes y del peligro constante en que vivían ahora. – Es posible que Hirschel sea puesto en libertad muy pronto, pero según las previsiones humanas, creo que está perdido. Y aunque lleguen a ponerlo en libertad: qué suplicio vivirán él en la celda y su mujer en casa. Cada paso fuera de la celda pensará él que le trae la muerte, cada timbrazo pensará ella que le trae la noticia de la muerte. – Yo, en todo esto, sólo noto siempre una sensación, una tensión creciente y también, más fuerte, un ahogo, por el miedo a la muerte. Imaginarme algo que es bien probable, que mañana, que hoy, me detengan, y que Eva y yo estemos en la misma situación que los Hirschel: es de una atrocidad impensable, imposible de comparar con ningún recuerdo de Flandes, con ningún miedo a la

muerte vivido antes. Y sin embargo no puedo dejar de escribir estas notas. ¿Valentía? ¿Vanidad? ¿Fatalismo? ¿Razón o sinrazón? – Lo más curioso: todo esto me hace estremecer sólo unos minutos: después otra vez le encuentro gusto a la comida, a la lectura, al trabajo; todo sigue *comme si de rien n'était*[301]. Pero esta presión psíquica no desaparece […]

NOVIEMBRE

2 de noviembre, lunes mediodía

[…]

La familia Arndt. Al viejo lo conocí quitando nieve, volví a verlo hace unas semanas la víspera de su evacuación a Theresienstadt. Entonces acababan de detener a su hijo; a ese hijo lo conocí en casa de Elsa Kreidl. El viejo Arndt, joyero, es cuñado de Ida Kreidl, el joven Arndt se casó más o menos al mismo tiempo que su primo Paul Kreidl, las jóvenes esposas emigraron a Inglaterra, los jóvenes maridos se vieron sorprendidos por la guerra. Paul Kreidl vive –tal vez– en Polonia. La Gestapo encontró en casa del joven Arndt una carta en la que pedía a una vendedora de Reka vajilla para comer. La compra clandestina era delito, la relación con la vendedora aria podía interpretarse como profanación de la raza. Ahora, el joven Arndt ha sido internado en un campo de concentración. Eso siempre se sabe los viernes. Los viernes se lleva a la PPD la ropa para los familiares. Si la rechazan, es que se han llevado a la persona en cuestión. Y en los últimos tiempos, casi siempre es abatida a tiros, «al intentar huir», ya durante el transporte. De eso se entera la Comunidad un poquito después. Por tanto, los Arndt y los Kreidl forman una familia. Ernst Kreidl, Ida Kreidl, Paul Kreidl, Arndt padre e hijo: ¡exterminados! Y sólo *un* caso entre muchísimos. Y en mí siempre únicamente esta curiosidad del cronista y el miedo a lo que pueda pasarme a mí.

Gran amargura de la señora Ziegler. Hasta ahora ha sido enfermera oficial de la Comunidad. La han despedido –fuerza mayor, por disminución del número de personas–, «con efecto inmediato», dejándole sólo un puesto por *rachmone*[302].

Ahora cualquier día pueden enviarla a una fábrica de armamento, cualquier día pueden evacuarla. Pero lo que curiosamente más ofende a esta mujer es otra cosa. Ese súbito despido va contra su honor profesional, la Comunidad no le ha guardado suficiente respeto, el presidente Hirschel no se ha portado correctamente con ella. Éste es el tenor de sus quejas. Aunque también, indudablemente: que la llevarán a Polonia y que en Polonia fusilan a diario a cientos de judíos; dice que ella lo sabe de fuentes perfectamente informadas, que los soldados que vienen de permiso lo cuentan horrorizados.

4 de noviembre, miércoles mediodía

Desde hace tres meses no podemos ni estar suscritos a periódicos ni comprarlos. Eva tampoco: «hogar judío». En la Caspar-David-Friedrich-Strasse era Elsa Kreidl quien nos echaba una mano. Aquí hasta ahora la señorita Hulda, la empleada aria de la señora Jacoby. Estaban suscritos al periódico, pero a nombre de ella, Fränkel y la señora Ziegler, que me lo pasaba a mí. Siempre con prudencia, sitios secretos, miedo, demora. Ahora, a la Hulda le ha entrado el miedo, a la señora Ziegler también, Hulda se ha echado para atrás. Pero Fränkel quiere seguir recibiéndolo a través de la mujer del portero, yo he ofrecido colaborar; por otra parte parece que el portero no es fiable en cuanto a convicciones políticas. Por doquier inseguridad, peligro: un periódico que encuentren, y eso basta para Auschwitz. – No sé cómo va a seguir todo esto. Hasta ahora, siempre he podido echar una ojeada al parte de guerra […]

Horrible miseria, proletarización dondequiera que se mire. La familia Eisenmann. Un niñito de tres años, una chiquilla de ocho, un hijo mayor de diecisiete. Rubio, altísimo, atlético, podría ser de las HJ, pero «educado en la religión judía», portador de estrella y trabajando en Zeiss-Ikon. Las cinco personas, cuenta la señora Ziegler, duermen en *una* habitación, se hacinan en la cocina-comedor. El padre y el hijo se entienden mal. Yo charlé con el chico, ambos estábamos ocupados con las patatas. No me dio mala impresión, ni parecía falto de inteligencia. Cuenta la señora Ziegler: Herbert fue a un buen colegio, pero sólo hasta los quince años (es decir, ni siquiera pudo terminar el bachillerato elemental); después iba a aprender un oficio, seguramente fontanería; antes de terminar el aprendizaje, lo metieron en Zeiss-Ikon, en el «jardín de infancia». Allí se hacen trabajos mecánicos que sólo son posibles para

ojos muy jóvenes. Ese joven está, pues, condenado al analfabetismo. El padre, en otro tiempo comerciante en posición desahogada, ahora obrero de fábrica, aún tiene cierta cultura. El padre nervioso, el chico amargado y con la fuerza de un toro. Entre ambos, la madre, con un trabajo inmenso en la casa, con dos niños pequeños. Y todo en esta estrechez y con el miedo constante a cada timbrazo.

[…]

Desde el domingo no he traspasado la puerta. Tengo que animarme a salir.

6 de noviembre, viernes al anochecer

El viernes emprendí una larga marcha para hacer una visita a Glaser. Una hora y veinte minutos, y lo mismo a la vuelta. En el camino de ida, fuertes molestias cardíacas sobre todo cuando pasé por la estación y por el inmueble de la Gestapo; a la vuelta, dolores en el pie –por tercera vez me han salido sabañones en los dedos de las manos y en las plantas de los pies–, con el impedimento, además, de esta oscuridad total; pero en cualquier caso había hecho otra vez el esfuerzo de salir a la calle. Glaser, muy delgado después de un ataque de vesícula, estaba solo. Me dio infusión de menta, con azúcar, y bizcocho de levadura (fue a comprarlo a la panadería, él es privilegiado: también estaba sentado ante la máquina de escribir cuando llegué), así que tomé bizcocho con mermelada y me abandoné al goce de esas dulzuras que llevo tanto tiempo sin probar. Habló de un discurso que ha pronunciado en Viena no sé qué pez gordo del Ministerio de Justicia, Rothenberger[303] o algo así: en unos tiempos en que a diario caen en el frente tantos de los mejores, no podemos «conservar en las prisiones a los elementos asociales». O sea, pues: asesinemos a todo el que no nos cuadre, sobre todo a judíos, pero también a *force*[304] arios. – Me llevé de su biblioteca dos volúmenes de *Köpfe* [‘Cabezas’], de Maximilian Harden[305]. – Mis dificultades para conseguir libros van en aumento.

El miércoles por la noche regresó inopinadamente la señora Eger. La han tenido en la cárcel dieciocho o diecinueve días, le han tomado declaración una vez; dice que no sabe de qué se trata, pero que, al parecer, han echado mano de un antiguo proceso por un asunto de patrimonio. No tenía la menor idea de lo que iban a hacer con ella, no sabe nada de su marido. Durante el día estaba sola, sin lectura, calculaba los kilómetros de sus pasos. «Por la noche éramos dos,

tres, en una ocasión cinco. Pero ¿de qué hablar con esa gente? Una era del campo, tenía tres hijos ilegítimos de tres padres distintos. ¿Volveré a ver algún día a mi marido? ¿Resistirá él la prisión y la incertidumbre? Tiene menos resistencia que yo…» Para mí, es hombre muerto.

[…]

Hoy no he podido trabajar nada. Por la mañana fregar a fondo la cocina. Después a la Pirnaische Strasse, al ropero de la Comunidad. Allí me dieron tres camisas muy buenas, naturalmente usadas, que provienen de cualquier evacuado, a 1,50 marcos cada una. En cambio, al cabo de cinco –¡cinco!-semanas, el zapatero me devolvió mis zapatillas sin haberlas tocado, diciendo que no posee las herramientas necesarias para arreglarlas. No se trata de otra cosa que de ponerles un par de medias suelas de goma. Parece que hay otro zapatero, quizá pueda hacerlo. Me fui después a la Comunidad: les pedí que el dinero que les debo me lo pidieran como Ayuda Invernal y que luego lo trasladaran a otra cuenta. De esa manera puedo pagar fuera de franquicia. – En el camino vi el informe militar de ayer: continúan los ataques masivos de los ingleses en Egipto, repliegue regular a posiciones de segunda línea. Apasionada esperanza. Quizá haya aún salvación para nosotros. El camino de vuelta lo hice a través del cementerio, para decirle a Steinitz que viniera a casa mañana por la tarde. Otra vez estaban los tres con su grotesco juego de cartas en el cobertizo, detrás de las tumbas. Steinitz estaba lleno de esperanza, Magnus vacilaba entre la esperanza y el temor. Schein ya no quería creerse nada bueno; según él, los efectivos de las SS han aumentado de modo exorbitante, pueden resistir cualquier embate interior, nuestro destino es irreversible.

13 de noviembre, viernes hacia el anochecer

Ayer una carta de Caroli Stern-Hirschberg. El 16 de octubre, la designaron para la evacuación, y fue transferida con maletín y mochila a una sinagoga. Había de quedarse allí tres días junto con otros y ser deportada luego rumbo a lo desconocido, «a Polonia». Al cabo de tres noches y de dos días y medio, la soltaron de pronto inopinadamente, reclamada por su fábrica de armamento (¿tal vez como obrera especializada?). Está disfrutando de lo que ella llama, en verdad, el regalo de la libertad. (Todo es relativo.)

Por la tarde, Fränkel y la señora Ziegler trajeron a casa como noticia cierta lo

que ya se rumoreaba desde hacía algún tiempo: los obreros judíos de Zeiss-Ikon, unos trescientos de los seiscientos que todavía hay en Dresde, irán a vivir en barracones. Eso equivale a una evacuación de hecho, porque también les expropiarán todo excepto el equipaje de mano, y vivirán en régimen de prisión: campo colectivo, comidas colectivas, conducidos al trabajo en grupos; fuera de eso retenidos en el campo, sin libros, sin periódicos, sin comunicación con el mundo. – ¿Qué sucede ahora con el resto de los judíos, con los matrimonios mixtos, con *nosotros*? Como lo que se proponen es el radical aislamiento de los judíos, no nos dejarán en libertad. Dicen que quieren hacinar en la casa de la Comunidad y en el Henriettenstift a todos los matrimonios mixtos. – Eva estuvo ayer por la tarde con Kätchen-Sara, que también tiene que trasladarse a las barracas. Sonó el timbre y las dos se quedaron sentadas largo tiempo en la oscuridad con la puerta cerrada; habría podido ser la Gestapo, y están prohibidas las visitas de arios. Eva dice que Kätchen-Sara estaba completamente trastornada de miedo. Pero la barraca, cuya sola idea la había tenido aterrorizada tanto tiempo, ahora la dejaba casi fría. Uno se vuelve apático e indiferente, lo que se quiere es, pura y simplemente, salvar el pellejo.

[…]

15 de noviembre, domingo mañana

Ayer tarde, una hora especialmente horrible en casa de Steinitz. La mujer otra vez con desesperación histérica. Su abogado ario le había dicho muy seguro que la ley sobre los matrimonios mixtos saldría el 30 de enero de 1943. Según tal ley, la mujer aria puede optar entre el divorcio y ponerse la estrella y ser evacuada. Me marché muy deprimido. ¿Qué debemos decidir, qué decidiremos *nosotros*? Hay tantas cosas que hablan en pro y en contra, la sola voluntad de querer quedarnos juntos no basta, hay demasiadas cosas que están en juego, se haga lo que se haga.

Entretanto, Eva había oído en la radio el catastrófico parte militar: «Tobruk evacuado[306], avance del enemigo en todo el frente». Eso nos dio otra vez un soplo de esperanza.

Eva está haciendo lo imposible. Por Seliksohn –él tiene no sé qué fuente secreta– recibimos abundante suplemento de patatas. La cantidad de patatas, de coles, etc., que Eva transporta ahora en bolsas y mallas alcanza muchas veces un

peso total de 25 kilos. – Después, por la noche, nos dormimos temprano, agotados. – Despiertos en la cama, lectura en voz alta en plena noche y al amanecer. «Nada agradable.»

[…]

16 de noviembre, lunes mañana

En casa de Seliksohn, ayer tarde, estaba el ambiente muy caldeado –seguimos por cierto con un tiempo húmedo, desagradabilísimo, pero *por desgracia* todavía sin frío riguroso–, nos dieron té auténtico con azúcar, además bizcochos hechos en casa y lo que llevamos nosotros; pero pese a esos deleites tan poco frecuentes, fue espantoso. Por un lado la noticia de la muerte de Arndt hijo, de quien ya he informado varias veces: naturalmente «tentativa de evasión», como Kreidl, su tío. (La señora Ziegler contó que otro hijo de esa familia ya murió hace dos años en un campo de concentración.) Casi peor que esa noticia era el estado de ánimo del matrimonio. Él había pasado la mañana entera en las nuevas barracas rellenando colchones con virutas, junto con muchos judíos, y vigilados sarcásticamente por la Gestapo. («Fuman un puro con otro, hacen los comentarios más odiosos.») Las virutas para los colchones estaban húmedas, las camas casi pegadas unas a otras en los dormitorios… «Preparábamos nuestra propia tumba…, nos matarán a todos…, yo prefiero una muerte mejor…» Ella lo interrumpió llorando: «Quiere que nos matemos con gas, yo no voy tan lejos, quiero volver a ver a mi hijo (del primer matrimonio)». Etc., etc. Fue *todavía* peor que la víspera en casa de Steinitz. Eva y yo tratamos de infundirles ánimo. Le hablé enérgicamente, diciendo que él era un «hombre de recursos», que tenía la firmeza necesaria, que ya saldría adelante, y que él, precisamente él, con su conocimiento del mundo soviético, tenía que mantenerse en reserva para cuando llegara la hora. Eso le ayudaba siempre un ratito, luego volvía otra vez a la carga […]

17 de noviembre, martes al anochecer

LTI. 1) El *Dresdner Nachrichten* del 13 de noviembre trae una página entera impresa: «A dos escritores alemanes, en su octogésimo aniversario», por el doctor Félix Zimmermann[307]. El artículo ponía al mismo nivel a Gerhart

Hauptmann y a Adolf Bartels[308]. Hauptmann recibe alabanzas, aunque con muchas restricciones. Auténtica literatura alemana «cuando configura a sus personajes partiendo de la observación de la vida y de su conocimiento de los hombres». «Pero allí donde se dejaba influir por su propia decisión vital y por su entorno personal, recaía en posiciones equívocas respecto al genio alemán, se dejaba llevar por las tendencias imperantes, estaba sujeto a las circunstancias cosmopolitas y liberalistas de la época.» – Bartels, en cambio, es alabado *sin reservas* […] – 2) *Dresdner Nachrichten*, domingo, 15 de noviembre. Artículo informativo. «Toponímicos alemanes en el este.» En Mecklenburg se suprimió en 1938, en muchos nombres de lugar, el suplemento *wendisch*[309]. Por ejemplo, en lugar de Wendischhagen, ahora Seehagen. En Pomerania han sido cambiados 120 nombres eslavos, en la Marca de Brandeburgo, unos 175. Spreewald es puramente alemán. En lugar de Posemuckel: Posenbrück; en lugar de Kramzig: Krummensee. En Silesia, 2.700 cambios de nombres de localidades, de bosques y de campos: supresión de las terminaciones -*itz, –witz, -schutz.* En el distrito de Gumbinnen, de 1.851 municipios han cambiado de nombre 1.146. Rechazan los sufijos *–ower, –innen, –kuhmen, –kallen, –upönen/em>, –girren, -bailen.* Por ejemplo, *Berninglauken >Berningen.*

Quiero aferrarme a mis estudios. Si no lo ve el pez, lo verá el Señor[310]. El asunto de los barracones es terrible. La señora Ziegler habla de gente que quiere suicidarse. Eva ha estado hoy en casa de Reichenbach: ellos también tienen que ir allí.

A la señora Reichenbach, con ambos pies escayolados, la han declarado apta para el transporte. Pero para ir a los retretes de los barracones hay que hacer una excursión a través de un patio, en el mejor de los casos arenoso, pero muchas veces embarrado. – El hacinamiento de los matrimonios mixtos en el inmueble de la Comunidad parece que es inminente. – Ayer, un poco súbitamente (Eva había pedido hora), gran caminata por la tarde a la consulta de Simón, que me empastó una muela en pésimo estado. Allí me encontré con Steinitz, a quien le acababan de extraer cuatro incisivos; después volvió a casa, colgado de mi brazo. Simón sabía exactamente, a su manera habitual, que habían aterrizado en Túnez tropas transportadas por vía aérea[311] y que ya habían cruzado la frontera de Trípoli. – Pero hoy dice el parte leído por Eva que en Túnez han aterrizado tropas *alemanas.* ¿Dónde está la verdad? Los judíos dicen: «Para nosotros, *ellos*

tendrán tiempo suficiente, seguro. El campamento de barracones se puede liquidar con *una* sola bomba».

[…]

19 de noviembre, jueves mañana

Los de esta casa condenados a los barracones (los Fränkel, la enfermera Ziegler, la señorita Imbach) van y vienen, hacen el equipaje, están insomnes y fatigados. En medio de toda esta calamidad, esta mañana me dice la señora Fränkel con un gesto de esperanza en el rostro: «¡Esto está a punto de acabar!», – Yo: que de dónde le viene esa esperanza, porque nadie de esta casa es más escéptico y más pesimista que su marido. –Carta de Merano, Italia, de un amigo bien informado; en ella ha leído exactamente esas palabras. Y también «movilización general en España para guardar la neutralidad, pero al parecer allí se inclinan más por Inglaterra-América que por Alemania». – Yo dejé de fregar y me fui arriba a decírselo a Eva, que todavía estaba con los brazos desnudos. Nos abrazamos, con lágrimas en los ojos. Después lo vi con claridad: ¡qué grande, más allá de toda conciencia, tiene que ser nuestra latente desesperación para que un motivo tan ínfimo –porque lo que ha contado la señora Fränkel, ¿qué valor tiene?, ¿qué seguridad ofrece?– nos conmocione hasta ese punto!

¿Y cómo no va a ser así? La situación es demasiado terrible. Ayer Eva fue a buscar una maleta para los Reichenbach, a casa de unos amigos de éstos; cuando a las siete y media no había regresado, yo ya la veía detenida. Ayer y hoy, ella arrancó los nombres y los ex libris de todos los libros que los evacuados me habían regalado o dejado en depósito. De no hacerlo, el fascículo más exiguo sería robo «asocial», sabotaje, razón suficiente para una condena a muerte. – Por mi parte, fui a ver a los Reichenbach ayer por la tarde (estuve también un momento en las oficinas de la Comunidad, donde había muchísimo movimiento). Encontré a la señora Reichenbach fuera de la cama, cojeando con sus pies en escayola, ya estaban haciendo el equipaje. Estaba más optimista de lo que yo había temido. Al parecer, la administración de los barracones está a cargo de Zeiss-Ikon, así que aquello puede funcionar de un modo relativamente humano, y tampoco estará totalmente cortado el contacto con el mundo exterior. Dijo que no era exactamente igual que una evacuación: no hay confiscación de bienes, ni siquiera se pierden por completo los muebles, sólo los subastan y el

dinero va a parar a una cuenta bloqueada. Se puede recibir y enviar correo, la Comunidad pone una biblioteca y Zeiss-Ikon garantiza un régimen de comidas soportable; quedaba sólo, dijo, la estrechez, el primitivismo de esa vida en común, esas tres cuartas partes de cautividad. ¡Sólo! – Por cierto, los barracones habían sido construidos para 700 ocupantes, eso quería decir, evidentemente, para *todos* los judíos de Dresde, matrimonios mixtos y privilegiados *compris*[312].

Tarde

Al mediodía de nuevo en la Schlageterplatz, esta vez para que Seliksohn me cortara el pelo. Me recibieron con el mayor afecto. Esa gente busca apoyo en nosotros. Asimismo, ayer había moradores de nuestra casa que buscaban nuestra cercanía. Por la tarde subió la señorita Imbach: que se sentía tan sola; en la cena, y después, hasta las once, la señora Eger se quedó con nosotros tiritando de frío. Había que asegurarle una y otra vez que creíamos en el regreso de su marido. Y sin embargo estamos firmemente convencidos de que él también acabará en una «tentativa de evasión».

21 de noviembre, sábado tarde

La señora Ziegler me ha regalado un batín maravilloso, casi nuevo, de su difunto marido. El primer batín de mi vida. En principio, esa prenda decadente, senil, filistea, sólo me causa aversión. Pero cuando esta mañana leí en voz alta entre las cuatro y media y las seis –seguimos con la lectura de *El mono blanco*[313]–, me prestó un magnífico servicio y le tomé cariño, seguramente un cariño duradero. Aceptar esa clase de regalos es hoy completamente normal. Porque lo que no regalan los deportados, lo roba la Gestapo (aunque les transfieran quizá a la cuenta bloqueada su valor nominal, como yo recibí 40 marcos por mi máquina de escribir). Y llevar puesta ropa «heredada», usada, es hoy el sino de todos. ¡Cuántas cosas de herencia no llevaré ya puestas! Un sombrero de John Neumann (que guardo para cuando haga mejor tiempo), una chaqueta para casa de la misma procedencia, un par de zapatos de Paul Kreidl, calcetines de Ernst Kreidl y del difunto señor Ziegler, pantalones del ropero, de origen desconocido, tres camisas de la misma procedencia, una camisa del señor Haeselbarth, de

Dölzschen, caído en el frente. –Hoy ha venido Eva cargada con un lujoso volumen dado en depósito por la señora Aronade. *Napoleon 1812-1912*, texto de Ségur[314], unas cincuenta reproducciones artísticas. La biblioteca heredada y, tal vez, tomada sólo en depósito, es cada vez más copiosa y variada. Todos los evacuados procuran dejar algo. Pero el heredero de hoy es el evacuado o asesinado de mañana.

Hoy ha corrido otra vez la voz de que los matrimonios mixtos también irán a los barracones: en cualquier caso, una forma más suave de evacuación, a lo que parece. Dicen también que la radio suiza habla de 75.000 prisioneros italianos y alemanes en África. – Pasamos días sin ver un periódico y estamos aún peor informados sobre la verdadera situación que los arios. Desde que preparan el éxodo a los barracones, nuestros compañeros de penalidades han perdido todo interés por el acontecer político. – Están atareados con ellos mismos y pierden la esperanza. Ni siquiera en casa de Steinitz, a quien fui a ver ayer tarde, pude saber nada.

En medio de todas las atrocidades, la señora Eger contó el otro día algo cómico. «En la prisión teníamos sacarina en abundancia. Las otras mujeres de mi celda salían a trabajar durante el día. Una de ellas, a la cocina de la Gestapo, en la Bismarckplatz. Allí robó cinco cajas de sacarina.»

Hoy me he dicho a mí mismo: si no consigo, si creo que no tendré tiempo de redactar la *LTI* como obra independiente, entonces publicaré la totalidad (naturalmente, pulida y ordenada) de mis diarios desde 1933. O sea, el tomo IV anticipado del *Curriculum* (I está completamente terminado, II se puede terminar en pocas semanas, III, Cátedra de Dresde 1920-1933, tendría que esperar). Esta idea ya me ha venido repetidas veces; lo *nuevo* hoy ha sido que podría dar *summo iure* a ese cuarto volumen del *Curriculum* el título *La lengua del Tercer Reich*. Porque 1) contendría todo mi material filológico sobre la *LTI*, y 2) todos los hechos de que diera cuenta hablarían la lengua del Tercer Reich, por ejemplo la relación de prendas heredadas que acabo de hacer, y 3) todo el cambio radical o el escepticismo o la fragilidad de mis ideas fundamentales a partir de 1933 reflejaría la conmoción causada por el Tercer Reich.

[…]

Eva no para en casa, hoy ha salido otra vez mañana *y* tarde. A la compra se añaden los servicios que presta a la gente de los barracones. Les cose fundas de

edredón, les transporta (importación y exportación) esto y aquello. Y sin embargo ella está con gripe y cansadísima. Me pregunto muy egoístamente qué va a ser de nosotros si tiene que quedarse en la cama. Yo sólo puedo comprar durante una hora, no puedo ir en tranvía, y nuestra cocina está en el sótano. – Me pregunto cien veces al día quién de nosotros dos lleva una carga más pesada. Creo que las dos cargas se contrapesan. Si Eva, mediante el divorcio, tuviera la posibilidad de librarse de Polonia o de los barracones, tendría que optar sin ningún género de dudas por el divorcio, que posteriormente podría impugnar por haberle sido impuesto mediante chantaje. Porque 1) de ese modo podría seguramente conservar algunos valores patrimoniales, 2) cuando viniera el cambio ella podría venir inmediatamente en mi ayuda, mientras que si está también prisionera no le iba a ser posible, y 3) no soy partidario de la incineración de viudas. Si me matan en Polonia o durante una «tentativa de evasión», que ella se haga cargo de mis manuscritos y que siga viviendo para alegría de algunos gatos. Pero todavía no hemos llegado a ese punto.

24 de noviembre, martes mañana

(Primer día con heladas, nieve compacta en tejados y calles)

«Campo judío de Hellerberg.»[315] Eva dijo que lo escandaloso de esta nueva modalidad de evacuación es que todo suceda al descubierto. Lo nuevo, en cualquier caso, es que esta vez podemos contemplar el infierno y quedar en contacto con él. ¿Es un infierno moderado? Eso ya se verá. El joven Eisenmann, que ayudó a rellenar los colchones, etc., dijo: «¡Catastrófico!». De una inconcebible estrechez y un primitivismo salvaje, sobre todo los retretes (todos en hilera, sin tabiques, y pocos, poquísimos), pero también las camas estrechas, etc. Por lo visto, los carpinteros han dicho que ellos habían trabajado en la construcción de barracones para prisioneros rusos y polacos: ¡hoteles de lujo frente a este campo de judíos, lleno de arena y de barro! Por otra parte uno oye decir que también hay trato de preferencia: servicio postal, permiso de salir a Dresde, una biblioteca, permiso para que los niños tengan juguetes… Hay que esperar. El domingo y el lunes (excepto Appelius[316] y Galsworthy) completamente ocupados por lo de Hellerberg. El domingo por la tarde, fallándome el corazón, llevé una pesada carga para la señora Ziegler por la ribera

Hindenburg hasta la Comunidad. Fue allí donde nos despedimos por fin de los Seliksohn.

– Caos y desesperado abatimiento, sobre todo del marido; después, de los Reichenbach. Ella tenía muchos dolores en los pies y se quejaba de Katz, que por miedo a la Gestapo la había declarado apta para el convoy; estuvo también durante unos segundos con una excitación febril: «¿Cree usted *realmente, Herr Professor*, cree usted *realmente* que ya no puede durar esto mucho tiempo, o lo dice sólo para consolarme a mí?». – «Y a mí también», habría sido la verdadera respuesta, o la respuesta *à la Coué*[317]. Pero yo lo creía «realmente», como es natural, no era cuestión de fe, era fría certidumbre, Italia desertaría en las semanas próximas, y después todo se acabaría rápidamente. Fuera de esos momentos febriles, la señora Reichenbach estaba más bien optimista, y *él* lo estaba también todo el tiempo […] Reichenbach tiene que dormir en el campo, pero viaja a diario al trabajo, a la Comunidad. Así quedamos en contacto. Eva recibió como regalo de despedida un cojín primorosamente bordado. Tuvimos que esperar en la escalera hasta que Reichenbach apareció delante de la puerta de la casa: entonces dio un silbido. «Den la vuelta a la casa y después crucen la calzada.» – Nos sumergimos en la noche de luna.

[…]

26 de noviembre, jueves al anochecer

Poco a poco van llegando noticias del campo judío. Primero, el joven Eisenmann informó sobre la señora Ziegler, que estaba relativamente bien y tenía su propia habitación envidiada por todos. Después, ayer por la tarde hablé en la Comunidad con Reichenbach. Me llamó la atención que ese hombre, siempre poquita cosa, en los últimos tiempos está completamente deformado. No sólo va encorvado como yo, sino que debajo del hombro izquierdo le ha salido una auténtica chepa. Pero estaba de buen ánimo. «No está tan mal; si no nos acontece algo peor, podemos aguantarlo.» Pero pronto noté la miseria de ese darse por satisfecho. Se lo había imaginado aún más horrible, ya era feliz porque nadie lo apaleaba. La pieza común para nueve matrimonios: «se acostumbra uno». Los retretes: «abiertos por delante, pero separados por tabiques laterales, y con tapadera, no con travesaños; por supuesto, no son váteres». Los lavabos: «atravesando el patio y muy fríos, pero hay grandes palanganas». La comida:

«ayer todavía no funcionó bien, pero ya lo organizarán». ¡Deplorable! – Hoy, Eva ha hablado con la señora Ziegler en la consulta de Simón y le ha llevado allí algunas cosas. Simón parece que se está convirtiendo en la central de comunicaciones. La señora Ziegler, como ya he dicho, dispone de una pequeña habitación propia, estando así personalmente en mejor situación que todos los otros. Pese a ello hablaba *muy* deprimida […] Permiso de salir a la ciudad, *sólo* al médico, severísima prohibición de dirigirse a ningún otro sitio. Una de las internadas en el campo había querido ir de la consulta de Simón a casa de los Glaser (¡diez pasos!): no se atrevió a ello. (El almuerzo preparado para esa pobre mujer lo heredó después Eva.) En conjunto, pues, cautividad y vegetar tristemente. Cada día nos puede ocurrir a nosotros lo mismo.

Desde que se han marchado los de los barracones, aquí reina un silencio completo. Y nos llegan noticias de prensa aún más escasamente que antes. Así y todo, ayer leí un periódico en la Comunidad: Darlan[318], primero lo tomaron prisionero los norteamericanos, después falsificaron su firma al pie de decretos, ahora Darlan es el «almirante traidor» dependiente del África occidental francesa, y Pétain exhorta en la radio a oponerle resistencia, y en Francia la situación es «problemática». Y se señala que los rusos han «abierto brecha» en Rusia, al sur de Stalingrado[319]. Puede que se vaya acercando el final.

[…]

Los Seliksohn nos han enviado por correo algunas tarjetas de racionamiento para patatas. Hemos dejado que caduque la fecha, las hemos roto. Cualquier reclamación nos hubiera costado el cuello.

28 de noviembre, sábado mediodía

La señora Eger le dijo ayer a Eva que su marido llevaba ya seis semanas en la PPD –viernes, entrega de ropa, día crítico–, que si no caía pronto el régimen, no tenía salvación. Ella está ahora más con arios que con judíos, tiene un hermano en las SS: así que esas palabras casi me hacen concebir una ligerísima esperanza. Pero la esperanza ha quedado frustrada tantas veces. – Por otra parte: los rusos atacan por todas partes, y «en Túnez hay combates». – Desde que la mitad de los judíos se fue a los barracones estamos aún más aislados, vemos aún menos periódicos que antes. Me acuerdo del título de una novela: *Vida en las tinieblas.*

Se puede aplicar exactamente a nuestro momento actual, metafórica y literalmente.

Ayer por la tarde, en casa de Steinitz y después a casa –a trechos– a tientas. Steinitz me dio una hoja de afeitar (hace días que han desaparecido del mercado, desde hace tiempo sólo se las puede comprar sueltas). Y luego algo grotesco: una caja de cigarrillos llena de dientes. Los dientes son artículo escaso, Eichler hace tiempo que no tiene ninguno, por eso Eva va por ahí desde hace muchos meses con una gran mella en la boca; él quería escribirle a Eva tan pronto como tuviese material, y nunca ha escrito. Un técnico dentista que trabajaba con el jardinero del cementerio ha depositado allí la caja; para que Eichler escoja lo que le sirva y lo pague al precio del día. Pero no debe saber de dónde proviene la mercancía. Dientes clandestinos del cementerio judío, suena a cuento de miedo, pero también es bastante fantástico en la realidad, y qué fácilmente puede llevar a una catástrofe. *Causa sufficiens* para la cárcel y para una «tentativa de evasión» […]

29 de noviembre, domingo al anochecer

El 29 de noviembre, probablemente en 1863, se casaron mis padres. Hoy pienso mucho en ellos, y la idea del aniquilamiento no me resulta por eso más soportable. En alguna obra de Hauptmann, se lee: «Nuestros muertos son el lastre de nuestra nave de la vida», con lo que piensa seguramente en un lastre que no obstaculiza al barco sino que lo hace navegar más suavemente. El mío, desde luego, no navega más suavemente con esa carga.

[…]

Esta mañana vino a casa la señora Eger para que la ayudáramos. Coser una estrella judía en una chaqueta de su marido, que ella quiere llevarle por ser más abrigada. Dice que ha sabido (tiene un hermano en las SS) que lo van a trasladar mañana a un campo de concentración… Eso es lo último que puede hacer por él; le da también una gorra en cuyo forro ha cosido saludos de despedida. Pero ¿encontrará la carta? No tiene esperanza de volver a ver algún día a su marido. El transporte puede durar ocho días. Reúnen a la gente en distintas ciudades (Leipzig, Chemnitz, etc.), les hacen pasar la noche en las prisiones locales, y en los campos se presentan de golpe grupos grandes. Al final de ese viaje, a los judíos del convoy les espera la muerte. – Traté de confortar a la señora Eger: tal vez venga el cambio de la noche a la mañana, tal vez viva aún su marido cuando

eso suceda: pero no tengo ninguna fe en la salvación de ese hombre. La señora Eger estaba trastornada de miedo; desde hace seis semanas lo estaba esperando. Y desde hace seis semanas también lo ha esperado el marido, y desde hace seis semanas (probablemente en régimen de incomunicación) ha estado hora tras hora confrontado con la muerte. Es tan atroz que ya no siento compasión ninguna por ese hombre, sólo miedo, miedo continuo a compartir su destino. Y creo que también Eva *en est hantée*[320].

¡Trabajar, embriagarme de trabajo!

DICIEMBRE

1 de diciembre, martes mañana

Ayer, al cabo de días, otra vez lectura de periódico. Hay uno expuesto en la Comunidad, voy a ir ahora con más frecuencia, así me impongo también una meta, si no, me muevo demasiado poco. En la Comunidad siempre hay algo que liquidar, que preguntar. Ayer, fue el hornillo de gas y la cacerola esmaltada que nos va a prestar «el depósito de muebles» (dirigido por Reichenbach); hoy, quiero entregar allí unas cosas que pide la señora Ziegler. A través de la Comunidad (y de Simón) hay comunicación con los internados. La gente de la Comunidad parece haberse puesto de acuerdo, parece -*¡LTI!*- una *comunidad de conjurados* que quiere presentar la vida en las barracas como relativamente aceptable: que es soportable, que unos se acostumbran más deprisa, otros más despacio. Suena como si los descontentos fuesen criaturas mimadas y desagradecidas. Ese es el tono en que se expresan, aparte de Reichenbach, la secretaria Judenkersch, que por supuesto vive en la casa de la Comunidad y sólo se presenta en el campo de los barracones por razones de su oficio, y también la secretaria Rubin, que, aunque vive allí, al menos durante el día va a trabajar a la Comunidad. Pero el grueso de los ocupantes del campo está rigurosamente prisionero, apenas se les permite salir a la ciudad, están siempre juntos en un espacio mínimo, etc., etc. Lo deplorable es que esa cautividad se considere ya casi como una suerte. ¡No es Polonia, no es un campo de concentración! No se

come todo lo que se quisiera, pero no se muere uno de hambre. Todavía no han apaleado a nadie. Etc., etc. […]

3 de diciembre, jueves mañana

[…]

Eva sigue comunicándose con la gente de los barracones, prestándoles toda clase de servicios, no exentos de peligro, puesto que la Gestapo todo lo toma como pretexto. Por ejemplo: la señora Ziegler pide unos platos y unos utensilios de cocina: eso puede interpretarse como venta clandestina de bienes confiscados. O también: la Hulda envía al campamento –a través de Eva-Simon– dos panecillos viejos; ahí pueden decir: de dónde vienen esos panecillos arios, el judío no tiene cupones de pan blanco. Esas cuestiones insignificantes y esos peligros insignificantes (no, el *peligro* es, literalmente, mortal; tal vez a Eva, que es aria, le cayera sólo prisión por sus servicios de intermediaria, pero ¿cómo iba a soportarlo con lo débil que está, sin salir al aire libre, sin baño, sin cigarrilíos?). – […] Eva está ahora en casa de Simón, donde entregará algunas cosas para la señora Ziegler; ayer encontró en un banco a la señora Seliksohn. Esta al final no recibió «permiso» para ir al banco, como había esperado –se puede ir única y exclusivamente al médico– y se había plantado allí, «por cabezonería», desde Zeiss-Ikon, tapándose la estrella. Un riesgo absurdo, dado que la consecuencia segura, si la hubieran descubierto, habría sido el campo de concentración y la muerte –el caso Imbach, que acabó en muerte, era incomparablemente más inocuo–, y dado que la ciudad rebosa de gente de la Gestapo, que conocen hace tiempo a cada judío. ¿Y qué habría sido de Eva si la hubieran visto junto con la Seliksohn? – Hasta ahora, lo peor de este asunto del campo, según me han contado por varios lados, ha sido el despioje de las mujeres. Mientras recorrían desnudas las estaciones de su vía crucis en el interior del campo, fueron fotografiadas por la Gestapo; tuvieron que estar largo tiempo de pie en el patio con los cabellos húmedos, en el frío y la lluvia, y también su equipaje, abierto y revuelto, estaba sin protección ninguna expuesto a la lluvia. – Un peligro especial, dado el hacinamiento en que viven, parece ser la envidia. A quien le llega algún extra clandestinamente, ése tiene que precaverse de los demás.

Carta de Sussmann, cariñosa y enervante por su desconocimiento de la

situación. Escríbeme los detalles (sin importancia) de tu vida diaria, cómo «vas a hacer la compra, a pasear, etc.». Si se lo escribo ¿qué dice la censura y la Gestapo? Ir de paseo: ¡cuando siempre está el miedo de por medio, miedo a ser detenido, injuriado, al menos por los niños (cosa que sucede más a menudo en los últimos tiempos)! ¡Y todavía mejor, el tema de las «compras»! […]

7 de diciembre, lunes noche

[…]

El asunto Eger es siniestro. Esta tarde ha estado la señora Eger un rato con nosotros; últimamente viene poco por nuestra casa. La última vez, pronto hará quince días, estaba casi segura de que a su marido lo llevaban a un campo. Entonces se engañó. Hoy cuenta que parece que sigue aquí, aunque el viernes pasado no pudo hacer la prueba de llevar la ropa, puesto que, debido a aquella falsa alarma, había llevado cosas otros días. Nosotros hemos tenido que oír eso sin poder decirle que, entretanto, ya se lo han llevado y la Comunidad ya ha recibido la noticia.

[…]

11 de diciembre, viernes mañana

Desde ayer –por la mañana tarjeta postal de Richter, «asunto urgente sobre su inmueble», por la tarde mi viaje a la infinitamente lejana Victoriastrasse– trastornado por lo de la casa. Esta vez seguramente el robo definitivo y ya imposible de evitar. Un juego combinado, como me dice Richter. Insiste en que él no puede hacer nada, enseguida lo tachan de filosemita, y yo no dispongo de medios legales. El Partido ha obligado a quien prestó el dinero, un tal Linke, maestro de obras, a cancelar la hipoteca y a prevenir a quien esté dispuesto a seguir su ejemplo. Así resulta imposible otra hipoteca; la actual vence el 1 de abril, la subasta forzosa sería en mayo o junio. («Hasta entonces, puede llover mucho.» –«¿Tiene usted esperanzas?» – «Sí.» – «Las cosas no irán tan deprisa, hay siempre un espía detrás de cada persona, y el terror es enorme.») Más urgente y seguramente nocivo ya de entrada es el otro ataque, la estafa propiamente dicha. Que proviene del alcalde, que está aquí de permiso. Por lo visto en mi casa –ya lo afirmaron en otra ocasión, pero para el propio Richter eso

era invento en un 99%– hay que hacer obras por valor de 3.000 a 4.000 marcos, entre otras cosas «remociones de tierra» por 800 marcos, porque la tierra se desprende en dirección a la calzada. El alcalde ha solicitado una orden oficial de la inspección de obras para que se ponga a cubierto esa suma. Si no la puedo pagar, habrá inmediatamente subasta forzosa, de la que a mí no me quedará ni un pfennig. Como con esa subasta Berger no pierde su derecho de tanteo y como a él no iban a pedirle que hiciera esas obras, está dispuesto a quedarse con la casa por 16.500 marcos. En ese caso, al menos ingresarían en mi cuenta bloqueada un poquito de dinero. El, Richer, aconseja que lo aceptemos, como un mal menor. –Yo me he reservado la decisión.

Eva está completamente derrumbada. No necesito repetir qué apasionado, qué desesperado es su cariño por esa casa. –Esta noche y otra vez hacia el amanecer le he leído mucho. *Die Brüder* [‘Los hermanos’] de Frenssen[321] (desde que dejamos de leer los *Waldjuden*[322] [‘Los judíos del bosque’]).

La dura experiencia de ayer ha hecho pasar a segundo plano los pequeños sucesos de los días pasados. El 7 y el 9 hubo como un huracán en esta casa, y hoy lo volverá a haber: la subasta de las pertenencias de la familia Jacoby. Hay que cerrar con llave las puertas, porque esto es un hervidero de gente que recorre la casa viendo las cosas. El primer día subastaron en el hall; yo vi eso por primera vez (desde la galería). Eran pequeños enseres de la casa, y los que pujaban eran *menu peuple*[323]. Después, objetos más caros y el público algo mejor; pero ahora tiene lugar la acción propiamente dicha en una de las grandes salas de abajo. La casa está cada vez más vacía. Eisenmann cree que tendremos que marcharnos ya en enero.

Solamen miserum, miserrimum[324]: porque incluso en una sola habitación, incluso en la casa proletaria y llena de pulgas de la Sporergasse, en el centro de Dresde, seguiríamos estando mejor que los de los barracones. El 8 busqué a Seliksohn en la sala de diatermia, en la consulta de Katz, al mismo tiempo Eva habló con la señora Voss en la consulta de Simón. Todos coinciden en quejarse; Seliksohn tenía un aspecto sufriente y enfermizo, Kätchen-Sara también parece que ha enflaquecido mucho. Un día después estuve en la Comunidad, vi a la señora Ziegler –las mismas quejas–, quise hablar con Reichenbach, leer el periódico que estaba expuesto, insistir en lo urgente de nuestra petición de carbón para el lavado de ropa. (Desde septiembre no hemos podido lavar.) Y he

aquí que alguien me susurra al oído: «Márchese enseguida. El comisario Schmidt[325] acaba de llegar». Schmidt, a quien no conozco personalmente, ahora dicen que es uno de los peores del departamento de asuntos judíos de la Gestapo. Así que me escapé sigilosamente sin haber llevado a cabo nada de lo que quería. – El periódico lo vi después en casa de Richter. Según el parte militar, las «operaciones de gran envergadura» de los rusos han perdido contundencia y nuestra «contraofensiva» en la zona central avanza poderosamente. En África, el enemigo ha sido frenado, y hemos infligido graves pérdidas a sus transportes por mar. ¿Qué será verdad de todo eso? Richter dijo: En Stalingrado hay dos ejércitos alemanes cercados, en el Cáucaso hay contingentes alemanes de más envergadura que tan sólo esos dos ejércitos, y también ellos corren gran peligro. Italia está a punto de derrumbarse. – Pero a pesar de todo eso (y «aunque mucha gente se diga: "Más vale que perdamos la guerra"») esto aún puede durar años.

Una tarde, la señora Eger estuvo otra vez en casa, todavía sin saber qué había sido de su esposo. Me regaló cinco hojas de afeitar –¡un *trésor!*- y un poquito de edulcorante, que se nos terminó hace tiempo, un desengaño, porque parece provenir de la guerra anterior, tiene un olor y un sabor repugnantes, el mismo repugnante olor y sabor de entonces, mientras que el de ahora es un verdadero sucedáneo de azúcar (lo mismo que el sucedáneo de café es infinitamente mejor que el de 1914-1918). A propósito de esas hojas de afeitar, la señora Eger contó dos cosas: 1) En la Jefatura de Policía ya no afeitan a los prisioneros judíos (van con barba a la muerte). 2) En la tienda donde compró las hojas, un soldado que estaba de permiso y que llevaba el brazalete de «África» habló en voz alta y detalladamente de la retirada de El Alamein. Dijo que habían corrido para salvar el puro pellejo, que tiraron todo, absolutamente todo para poder correr: macutos, fusiles, abrigos, sólo salvaron la gorra y el uniforme, fuera de eso nada.

[…]

Al anochecer

La subasta de hoy ha sido abominable, un huracán que vació la casa, las piezas grandes se las han llevado. Yo crucé el patio con el cubo de la basura cuando había allí extendida, como un botín, una alfombra que iban a cepillar. Un tipo largo y desagradable que estaba atareado con ella me pegó un grito

sarcástico: «¡Métete dentro, judío!». Después vino a la cocina y me pidió en tono grosero y tuteándome hilo bramante y una escoba. Yo dije que no tenía nada. «¿Y estas cosas?» (Señaló el montón de cosas de la señora Ziegler.) «Todo esto no es propiedad mía y está confiscado.» Entonces se marchó. Todo este asunto me ha puesto un nudo en la garganta. – Eva también ha vuelto muy deprimida de sus intentos de compra. Con las manos vacías y muerta de hambre. –La señora Eger acaba de traer las nuevas tarjetas de racionamiento. Siete para Eva, cuatro para mí; pero las siete tarjetas arias tampoco valen gran cosa. La señora Eger ha contado como rumor que en Italia han proclamado la ley marcial, y, como noticia cierta, que hay muchos soldados alemanes camino de Italia.

[…]

18 de diciembre, viernes noche

En el cementerio contó el inspector Jacobi que había tenido que recoger en la PPD el cadáver de un judío que no era de Dresde y que había «fallecido» cuando lo transferían al campo de concentración. Dijo que su cargo le había endurecido la piel pero que al verlo casi se desmayó. – El cementerio parecía cambiado, pero por cierto positivamente: las tumbas estaban libres, casi accesibles, más en medio de la naturaleza, por doquier habían desmontado las rejas, que aún estaban por el suelo (escasez de metal).

Lo último que me ha contado Eva: ha tratado en vano de que Natcheff le preste otro libro. Ya sólo puede volver a tomar los prestados, todo lo demás se lo han prohibido. Es búlgaro, su mujer norteamericana, siempre ha tenido contactos con el extranjero, con la inteligencia judía de Dresde, por lo visto era sospechoso. Eva dice que parecía muy alterado y amargado… Tendremos que volver a Paulig, con lo que ganaremos más que perderemos: Natcheff siempre ha sido algo esnobista, se limitaba a lo más moderno. Eva se había retirado de Paulig cuando la Gestapo me dio un librazo en la cabeza con el Rosenberg. Ahora podemos decir con verdad que la Gestapo nos ha dejado en paz largo tiempo.

19 de diciembre, sábado mañana

Eva da clase ahora de vez en cuando a Herbert Eisenmann, que viene muchas

veces aquí arriba –como ahora precisamente– para practicar. Entonces se pone a contar. Su padre y él trabajan en Zeiss-Ikon. El padre tiene, como «ajustador», un salario fijo por horas, viene a sacar unos 150 marcos al mes. Herbert trabaja a destajo en el «jardín de infancia», el departamento de jóvenes (dieciséis a veinticuatro años). Trabajo de precisión en piezas diminutas que sólo se distinguen con lupa y que exigen una vista muy aguda. Piezas para aparatos de medida de la defensa antiaérea de la marina. Herbert Eisenmann, trabajando a destajo unas ocho horas, ha llegado a ganar 320 marcos. Ahora han puesto un límite superior al destajo de los judíos. Hacen trabajar a la gente al máximo –si no satisfacen las exigencias, Polonia se cierne en el horizonte– y les pagan peor que a los arios. «Ponen no sé qué factor de reducción. Me calculan un resultado de 320 marcos y luego pagan 220.» ¡Qué inmoralidad, por donde se mire, en toda nuestra situación! – A los del campo de barracones les han prohibido ahora comprar nada, por poco que sea. Así que han descendido un peldaño más en la escala del infierno y están más prisioneros y peor alimentados que antes.

[…]

20 de diciembre, domingo mañana

«Messina», dice Eva sobre nuestra lectura nocturna, que ya casi se ha convertido en norma fija. En nuestros grandes viajes marítimos pedíamos que nos despertaran cuando el barco atravesaba de noche algún lugar interesante. El estrecho entre Messina y Reggio de Calabria fue el más interesante. Pero desde luego hay una diferencia entre la interrupción del sueño de entonces y la de ahora. ¡Qué bien estábamos entonces, qué libres éramos, qué segura nuestra existencia, nuestra dignidad humana! – Messina como lugar de la catástrofe del terremoto: por eso, podría llamar «nuestro Messina» al hitlerismo, a la *prise de pouvoir*[326].

[…]

21 de diciembre, lunes mediodía

Hace un mes largo –no puedo comprobarlo en el diario–, Hirschel desapareció misteriosamente; la señora Ziegler contó que lo habían «detenido», oficialmente estaba «enfermo»; circulaban sus firmas, decían que pronto estaría en su oficina,

y al cabo de unos quince días reapareció, en efecto. Ayer nos contó su historia, voy a tratar de reproducirla exactamente. Por no sé qué palabras imprudentes, un profesor de idiomas, Kronthal, había sido detenido; entretanto lo han llevado a un campo y se espera el parte de defunción. Ese hombre tenía permiso para dar clases particulares de idiomas. Encontraron en su casa un horario de clases, del que resultaba que había enseñado *también* geografía y dibujo a los hijos de Hirschel. Hirschel, que goza de las simpatías del comisario Müller[327], fue convocado a la Bismarckstrasse. « *Usted* debería ser internado en un campo por no atenerse a la prohibición de enseñar; yo he intervenido en su favor, *sólo* será usted encarcelado y no por mucho tiempo; Kahlenberg, el secretario de impuestos, le traerá cada día los documentos para que firme; a su Comunidad se le explicará que está enfermo. » – Hirschel esperó entonces en otra habitación a que se lo llevaran a la cárcel. En ese cuarto encontró a Eger, detenido ese mismo día. Al cabo de un rato, se acercó a ellos el comisario Weser: la bestia humana que también nos pegó y nos escupió a nosotros. Al principio sólo hablaba irónicamente: «Parece que tú has dicho que yo soy el peor…, vaya, a tu Comunidad no vuelves a verla». En ese momento pasaba por la calle un largo convoy de ambulancias militares. «Weser tuvo de pronto un ataque de furia, nos golpeó a los dos. "La culpa de eso la tenéis vosotros… Yo, normalmente, soy incapaz de hacer mal a nadie, pero podría matar a todos los judíos, uno por uno. También quisiera matar a palos a tus dos hijos… Tú no regresas."» Ese ataque de demencia encaja con la experiencia que tuvo Eva con esa gente (su miedo al mal de ojo). Weser se llevó después a Hirschel a la PPD. Sarcástico: «Aquí traigo al alcalde mayor judío…».

Celda 47. *Comida polaca.* Fuera colgaron un letrero: «Comida polaca». La celda 47, contó Hirschel, es esa celda semioscura, tristemente célebre, «de los suicidas», en la que fueron suicidados Friedheim y varios más. Comida polaca significa la mitad de la ración normal de un preso. Hirschel estuvo veinticuatro horas sin saber si salía con vida. Entonces se presentó Müller, el comisario, se extrañó de lo que había ordenado Weser, le dio ánimos diciéndole que no le pasaría nada, que le darían una celda mejor y comida normal, que no se quedaría allí mucho tiempo y que cada día podría despachar sus asuntos con Kahlenberg. – Con todo, Hirschel siguió otras veinticuatro horas en la celda asesina; después le dieron mejor alojamiento, de vez en cuando hasta le pasaban un periódico:

pero la «comida polaca» siguió. Cuando lo pusieron en libertad a los diez días, sólo pesaba 44 kilos, antes, bajito y delgado como era, habían sido 49. En los días de prisión, Weser se encontró casualmente a la señora Hirschel en la calle y le dijo: «Tu marido acaba de morir». Ella conocía su estilo y le replicó: «No, está vivo». «Que sí», dijo él riéndose, «está muerto, sólo tienes que ir a casa y allí encontrarás la noticia…» ¿Es ese hombre *sólo* un enfermo mental o un criminal? Hablé de los robos que cometían Clemens y él (mantequilla, *dinero*, etc.). Entonces, Hirschel contó este incidente, con nombre y apellidos que yo he olvidado: Weser para a una señora judía que volvía de la compra. Le quita la gran bolsa en el pasillo de la casa, lo revuelve y lo saca todo (como también hizo con Eva) y le pega fuerte en la cara con la bolsa vacía. En el segundo mismo en que ella está cegada, le tira de la bolsa y saca algo de ella. La señora echó después de menos su monedero. – Ese hombre es funcionario del Reich, comisario, teniente de las SS. Tiene poder sobre la vida y la muerte; sus colegas, y ahora incluso los funcionarios de la policía, no pueden contradecirle.

[…] Ayer, la señora Hirschel me enseñó los todavía considerables restos de su biblioteca. Ha podido quedarse con las obras de autores judíos o editadas por judíos. Así ha podido salvar una edición completa *judía* de Goethe, mientras que su Schiller y su Kleist han pasado a mejor vida […]

22 de diciembre, martes noche

[…]

No ha sido tan fácil concentrarme esta tarde en mis apuntes. En el banco –gran pago de impuestos a los judíos–, Eva ha copiado el parte militar de ayer, 21 de diciembre. Por primera vez: los rusos traspasan la curva del Don. Las divisiones alemanas en marcha habían tomado «posiciones preparadas en la retaguardia». *Nunca* hasta ahora, ni siquiera en el invierno pasado, había habido un parte militar tan deplorable. Tienen que haberse visto obligados a hacerlo por las cosas terribles de que informa la radio extranjera. Esto puede suponer el principio de la catástrofe. *Puede* suponerlo, pero *no tiene que* suponerlo. ¿Por qué no van a mantenerse las nuevas posiciones? ¿Por qué no va a poder batirse Alemania todavía un año entero? Con todo: durante unas horas hemos concebido esperanzas. Ahora, claro, estoy otra vez deprimido. – […]

26 de diciembre, sábado mañana

Segundo día de Navidad[328], ligera helada, más bien algo por encima de cero grados.

En realidad, lo que yo más temía era la Navidad. Pero esta vez, pese a toda la desnudez y todo el abatimiento, está resultando relativamente tolerable. Eva compró un árbol pequeño y muy bonito, le puso una decoración preciosa y lo colocó sobre el piano de cola. Total ausencia de regalos, de buena comida, de alcohol, dulces, todo era aún más mísero que el año pasado: y cuánto horror no habremos vivido y contemplado desde entonces. Nuestros pensamientos giraban siempre en torno a dos cosas: «Será la última Navidad en el Tercer Reich». – «Pero eso también lo pensábamos el año pasado y nos hemos equivocado.» Y de nuevo: «Pero esta vez las cosas son distintas». – «Pero hemos subestimado ya tantas veces la capacidad de resistencia del nacionalsocialismo». Y así todo el tiempo. Cuando queríamos acostarnos a eso de las diez, subió Herbert Eisenmann, y charlamos un ratito sobre la guerra, sin llegar a una conclusión.

El 24 por la mañana estuve en la Comunidad. Llevé allí un mísero paquetito para la señora Ziegler, unos gramos de huevas de bacalao, un trozo de bizcocho; qué trabajo encontrar el trozo de papel para envolver el paquete, la escasez de papel es una tortura cada vez mayor, qué sería de mí sin un viejo listín de teléfonos que encontré aquí y que ahora se va acabando…, unas líneas para los Seliksohn, otras para Kätchen Voss […]

El correo matinal del 25 trajo una carta de Caroli Stern-Hirschberg, que cuenta a diario con su evacuación. En la carta anterior había comunicado la muerte de Erich Meyerhof, en ésta nos informa de la muerte de su hermana Hanna Cristiani. Sólo llegó a cumplir cincuenta y siete años, enferma desde octubre, hace unas semanas constatación de un tumor no operable en los bronquios (cáncer seguramente). Paro cardíaco el 4 de diciembre. Me ha impresionado mucho. Otra vez, evidentemente, en un sentido egoísta. En torno a mí, todos mueren. ¿Cómo es que yo sigo vivo? ¿Cuánto tiempo de vida reclamo aún a los sesenta y un años? Y sin embargo, ¡cuánto me gustaría seguir! La muerte de Hanna nos impresiona aún más a los dos porque sólo tratamos con ella cuando estaba en el vigor de la juventud. Después la vimos una tarde en Francfort, probablemente viniendo de París, en el año 1925. Entonces también tenía sólo cuarenta años […]

Esta tarde, Eva irá a un recital de tangos con baile, en el Centro de Artes y Oficios; durante ese tiempo seguramente me hará una visita el pequeño Lewinsky[329] (Siegfried), con quien me topé casualmente anteayer. Hemos tenido que pensarlo mucho, y yo he tenido que insistirle mucho a Eva para que se decidiera a ir. Porque sólo tenemos –¡la franquicia!-6 marcos en casa, y hasta el martes Eva no podrá ir a Quedlinburg a ver a nuestra amiga Brigitte[330]. (Ésta es la contribución de Kätchen al estilo enciclopédico, hacer comenzar los nombres propios con la letra siguiente del alfabeto.) Por cierto, en casa de Brigitte no queda ningún dinero propio: tiene que prestarnos algo. Mucho no hará falta, con unos 30 marcos ya nos basta. Pero aun así. – Todas las cuentas, toda la economía doméstica está ahora en manos de Eva; yo ya no llevo encima un solo pfennig, hace mucho tiempo (desde que perdí el último) que no tengo monedero.

[…]

28 de diciembre, lunes mañana

Los abominables días de reflexión e introspección anuales, prolongados esta vez por el domingo, casi han pasado. Sólo queda el Año Nuevo.

El sábado por la tarde vino Lewinsky, estuvo aquí de tres menos cuarto a seis y cuarto, y tuve que aguantarlo yo solo, porque Eva asistía al recital de tangos. (Mi regalo de Navidad: 3 marcos de los 6 que constituyen la totalidad de nuestro patrimonio fuera de franquicia hasta el 1 de enero, o quizá hasta mañana, cuando Annemarie tenga que ayudarnos: ella, y sólo ella, porque nuestras reservas están agotadas.) Con Lewinsky me aburrí bastante. Recitaba poesías, siempre con el mismo tono, con los mismos movimientos de tantear en la oscuridad con los ojos cerrados, muy poco expresivo […]

A última hora de la tarde hubo algo muy interesante, pero en su conjunto deprimente, una *vox populi* a la que atribuyo gran valor de testimonio. Sin dinero y sin embargo obligados a hacer un regalo, le dimos a la mujer del conserje una bufanda de Eva, al marido una corbata gris que yo había heredado de Ernst Kreidl. El vino a dar las gracias, se puso a hablar y durante una hora soltó cosas que, de oírlo un denunciante, hubieran dado con él en un campo de concentración. Tendrá unos cuarenta años, es herrero, soldador, empleado en una

fábrica de armamento, ex combatiente de la guerra de 1914, a todas luces antiguo socialdemócrata, próximo a los comunistas […] Dijo que iban muchísimas tropas hacia el oeste, «a España» (¡!), a África. Todo lo que era adecuado para el trópico lo enviaban allí –«estamos construyendo muchos aviones grandes de transporte, se está preparando una ofensiva, algo con paracaídas, será pronto». Pregunté si bastaba el carburante. – Sí, porque han adaptado los vehículos al gasógeno, y además, material de guerra no nos falta, porque durante mucho tiempo hemos operado con material capturado a los checos y a los franceses (¡cantidades ingentes!). Tampoco hay escasez de hombres, las pérdidas no son excesivas. En Rusia las cosas no van bien, los rusos abren brecha de vez en cuando, pero nuestros mandos son superiores y los frenan continuamente. – Pero eso sí: la guerra está durando demasiado, el «alemán de a pie» está harto. Del interior, desde luego, «no saldrá nada», pero el ejército, «el soldadito de a pie» no quiere seguir. Ha habido ya muchos fusilamientos. Y se preguntan: ¿para qué?; siempre para lo mismo, «para esa monserga del Partido». «Los oficiales jóvenes están todos a favor, dicen "Heil Hitler" y levantan el brazo; pero los mayores ponen dos dedos en la gorra y dicen "Buenos días"… Y está además la enemistad entre la tropa y las SS. Si no hubiera sido por "Adolf", ya habrían salido mal las cosas el año pasado. Pero de pronto apareció Adolf en un puesto avanzado de vigilancia, les preguntó por sus abrigos, por su comida, y Adolf en persona les quitó a los oficiales las pieles; eso sirvió. Pero ahora todos están hartos.» – «¿Y los obreros? ¿No temen que haya desempleo una vez perdida la guerra?» – «No, trabajo habrá, seguro, porque falta de todo, *no hay ni un solo puchero para guisar.* Pero tienen pequeños ahorros, porque no pueden gastar nada, y tienen miedo de perderlos. Mano de obra tampoco nos falta, los prisioneros rusos trabajan muy bien, los franceses también. No, del interior no vendrá nada (aunque sigue habiendo gente del PCA, pero ésos se ríen y dicen: "¡Estáis todavía demasiado bien, esperad un poquito más!"). Pero serán los soldados quienes se encarguen de hacerlo. Propaganda se hace por ambos bandos: cuando llegan los nuestros, los oficiales les enseñan cómo vivían los bolcheviques, y los rusos los exhortan cada noche con altavoces a pasar al otro bando… También fueron algunos a los puestos de guardia, les llevaron cigarrillos y aguardiente, y algunos de los nuestros se marcharon con ellos… Los ingleses y los norteamericanos echan octavillas en Hamburgo, pero

se piensa en 1918 y nadie cree lo que prometen…» El estribillo era siempre éste: «Del interior no saldrá nada… pero la guerra está durando demasiado, y todos están hasta las narices de esa monserga del Partido, y en el frente nadie quiere continuar». De todo lo que dijo, lo esencial que he sacado en claro es sólo esto: que se prepara una nueva ofensiva en África, que desde el punto de vista militar no se puede hablar aún en absoluto de verdadera derrota, que el gobierno sigue sólidamente asentado y que, personalmente, "Adolf" no carece de aureola. Indudablemente, en todo esto se adivina descontento y hastío de la guerra, también seguramente derrumbamiento, pero ése aún muy lejano. ¿Y podremos vivir *nosotros* lo que está tan lejos?

[…]

29 de diciembre, martes mañana

Ayer por la tarde la larguísima excursión a la consulta de Simón, que está tratando a Eva *clandestinamente.* No lo encontré, la consulta se había terminado antes, no abrió nadie. Anduve entonces los pocos pasos que me separaban de la casa de Glaser, para dejarme ver por allí y descansar. Una hermana de la mujer, más joven, aria y casada con ario, residente en Viena, estaba allí de visita. Contó que en Viena, Schirach[331] comete mayores brutalidades contra los judíos que las que comete aquí Mutschmann contra nosotros. En la ciudad no va a quedar ni un solo judío. (En Berlín también están haciendo evacuaciones en masa, replicó Glaser; y eso encaja con lo que decía Caroli en su última carta: que ella *todavía* estaba en Berlín.) Habló de atrocidades espantosas cometidas contra los judíos rumanos. (Tuvieron que cavarse ellos mismos la fosa común y desnudarse, y luego fueron fusilados. Lo mismo le contó Lange a Eva sobre Kiev.) Habló de su marido, médico, a quien han enviado como suboficial de sanidad a un hospital de Nápoles: Italia está abarrotada, rebosante de tropas alemanas. Dice que salta a la vista que Italia está dividida en dos bandos, también dentro del ejército: un bando en torno a Mussolini, que ya sólo es el esclavo de Hitler, el otro en torno al príncipe heredero Humberto[332], jefe del ejército en Lombardía. Dice que no se sabe en absoluto cómo va a evolucionar la situación. – Glaser, siempre pesimista, habló otra vez con mucho escepticismo sobre cuándo terminaría la guerra, y esta vez tuve que darle la razón. En Rusia otra vez anuncian un

progresivo contraataque alemán en la curva del Don: de modo que una vez más, los rusos no han abierto una brecha decisiva; en África no adelanta la ofensiva norteamericana en Túnez, de modo que los alemanes, por su parte, tendrán tiempo para preparar el ataque. – Glaser estaba muy deprimido y yo regresé a casa muy deprimido.

[…]

Ahora quiero preparar el paquete de manuscritos para Quedlinburg, para Brigitte. Le he pedido a Eva que procure que Brigitte le dé cupones de pan. – «¡Ese mendigar me horroriza, me los ha negado ya dos veces, parece que los necesita para sus hermanos!»

30 de diciembre, miércoles tarde

[…]

Cuando yo era pequeño hubo una vez un caso de peste en Berlín. Un guarda de laboratorio (de la Charité[333], creo) había puesto la colilla del cigarrillo en un cultivo de peste y después siguió fumando. En 1915, en el frente, me dejó asombrado que en la trinchera estuvieran depositados los cestos llenos de granadas en inmediata vecindad de las estufas de hierro incandescentes, pero unos días después ya no me fijé en ello. Analogía con los dos casos: Eva volvió de Quedlinburg con el paquete de manuscritos. Con el asunto del dinero –100 marcos para Kätchen en la funda de las gafas, y contra lo que suponíamos aparecieron otros 50 marcos que nos pertenecían– y con la charla olvidó el asunto de los manuscritos. Ese olvido corresponde al comportamiento del guarda de la peste: el peligro se nos ha vuelto perfectamente habitual. Y nuestra tranquilidad de espíritu después corresponde al ambiente de la trinchera: si tengo prudencia con nuestras granadas, tal vez me alcance una de los enemigos – de qué sirve la prudencia – entonces ¿para qué ser prudente? – Annemarie me ha enviado tres puros, que eliminé fumándolos a toda prisa, porque son más peligrosos que los manuscritos. Tras larga abstinencia, escaso disfrute y un poco de mareo. Annemarie, en tiempos bastante rolliza, pesa ahora 48 kilos. Dice que los médicos trabajan todos más de lo que pueden, pero que no reciben raciones suplementarias como los obreros; un médico tampoco puede recetarle a un colega enfermo ni tónicos ni leche entera.

[…]

31 de diciembre, jueves noche

Por la mañana un trayecto muy fatigoso al banco (alquiler), a la Comunidad (felicitaciones de Año Nuevo para los barracones, periódico perfectamente vacío de contenido), Steinitz. Poco antes, cuando volvía del dentista, lo había parado uno de la Gestapo: «Tú no pintas nada aquí; lárgate a las calles laterales». – Por la tarde, hecho polvo por dolores de vientre y de estómago. – Repollo y patatas, patatas y repollo. – Inmensa amargura. Todas las personas con quienes estuvimos el último día del año pasado han desaparecido: asesinato, suicidio y evacuación. De los diez años de nacionalsocialismo, éste de 1942 ha sido hasta ahora el peor: hemos sufrido a diario humillaciones, persecución, malos tratos, afrentas; constantemente nos ha salpicado el crimen, y cada día nos hemos sentido en peligro mortal. Y con todo, lo único que puedo decir es eso: el peor año hasta ahora, porque hay muchas probabilidades de que aumente el terror, y no se ve el final de la guerra ni de este régimen.

Durante todo este año me ha sido imposible producir nada: me lo han arrebatado todo. Sólo he tratado de seguir formándome un poquito, de modo muy general y con toda la lectura que llegaba a mis manos, en dirección *LTI* (con el capítulo especial judío); muy al final, también en dirección literatura francesa más reciente. Pero esto se acaba ya, porque han cerrado la biblioteca de Natcheff.

El 3 de septiembre nos trasladamos aquí, a la segunda *Judenhaus.*

De los amigos más jóvenes de mi época de juventud murieron Erich Meyerhof y Hanna Stern-Cristiani. De mis hermanos murió en agosto Grete.

1943

ENERO

1 de enero, viernes noche

La escasez de papel es tan grande que no he podido encontrar por ninguna parte un calendario de taco.

[…] Herbert Eisenmann ha hablado de una proclama de Hitler dirigida al frente y al pueblo: en este año de 1943, él conseguirá la «clara victoria final». Eisenmann, padre, expresó otra vez su convicción de que el régimen se derrumbaría en marzo. – La señora Eger, que se mantiene aparte y siempre lleva la máscara de la ecuanimidad sonriente, sin insinuar nunca con una sola palabra que sabe que el marido está en un campo de concentración, nos ha hecho una visita de Año Nuevo. Frente a ella y a Lewinsky yo opiné de modo tajante que el régimen estaba derrumbándose: de modo tan tajante que casi me convencí a mí mismo. Pero en lo más hondo de mi ser, he perdido la esperanza. No puedo imaginarme en absoluto que algún día pueda volver a vivir sin estrella, como hombre libre y en una situación económica relativamente aceptable.

[…]

3 de enero, domingo al anochecer

[…]

He pasado la mañana en el cementerio judío, en el entierro de la urna de Arndt, «abatido durante un intento de evasión». El administrador del cementerio, Jacobi, leyó un auténtico pequeño sermón, monótono y lleno de unción. Horrendo. «Gozaba de tantas simpatías.» – «Vivió dos años "un matrimonio extraordinariamente feliz", su esposa marchó a Inglaterra, a él ya no le fue posible seguirla.» (Pero todo el mundo sabe que se consolaba aquí con una buena amiga.) – «Porque mis caminos no son tus caminos»… Queremos confiar en Dios que es nuestro Padre… Jacobi pronunció después el *kaddish*[1]; fue violento para mí que me tuvieran que susurrar: «¡Dése la vuelta en dirección este!». El acto tuvo lugar en una habitación que daba una sensación de

intimidad; la Gestapo ha ordenado meter muebles en la sala grande. – Había nevado durante la noche y seguía nevando, me costó trabajo llegar hasta el cementerio, preocupado por si se repetía lo de quitar nieve. Eva, que tiene fuertes dolores en la mandíbula inferior –seguramente neurosis, el dentista no encuentra nada–, se quedó en casa.

[…]

Imposible decir hasta qué punto echo de menos el calendario. El tiempo se ha detenido.

6 de enero, miércoles mediodía

Eva se quedó ayer en cama, sólo se levantó por necesidad hacia las siete de la tarde para hacer la comida principal. Aunque hay nieve en las calles y ella aún no está completamente restablecida, se ha ido al dentista y al centro. Estoy preocupado porque no sé cómo le va a sentar, y me remuerde la conciencia, ya que para mí es un gran alivio que se levante y que salga (la primera salida desde el sábado al mediodía). Yo tengo enormes dificultades para hacer la compra. En una panadería, aunque la prohibición *sólo concierne* al pan blanco, se negaron a venderme pan –a todas luces por miedo e ignorancia, no por mala fe de la vendedora–, pero fue amargo para mí. Cerillas no he conseguido encontrar en ningún sitio; una vez, Reichenbach me regaló doce piezas sueltas, otra vez, la señora Eisenmann una caja entera. Yo correspondí con una cebolla. En cambio me emocionó mucho encontrar en una filial de Paschky[2], en la Blumenstrasse, a Krone –un personaje teatral, rostro juvenil, cabellos blancos muy lisos peinados a cepillo, delgado–, el vendedor amigo mío de Dölzschen, de la tienda de la estación de Plauen, y que me saludara con un apretón de manos (una hazaña, una toma de posición no exenta de peligro) y me diera al punto medio kilo de *Häckerle*, con auténticas colitas de pescado. Ya se verá si el viaje de hoy ha sido beneficioso para los nervios de Eva o si la hunde más. Siempre me hago reproches a mí mismo porque no le muestro lo bastante mi compasión. Los dos estamos muy mal; la gente de los barracones está mucho peor que nosotros, lo que por otra parte es un *solamen miserrimum*. – Tengo las manos, y también los pies, cubiertos de sabañones, muchos abiertos; la lasitud hace que me duerma invariablemente, mañana y tarde, entre diez y treinta minutos. Bien es verdad que leo en voz alta ya de madrugada; como contrapartida, me duermo pronto, a

las once a más tardar.

El lunes estuve en la Comunidad, para consultar sobre una carta de la «Unión del Reich» al joven asesor fiscal y favorito de la Gestapo, Kahlenberg, que se porta bien conmigo. Esa asociación me ha pedido en tono conminatorio una tributación voluntaria, «considerable y eficaz», sobre mis bienes, para fines filantrópicos urgentes y me echaba en cara que nunca les hubiera dado nada. Sólo por mi evidente desconocimiento de la situación –continuaba la carta– yo me había suscrito últimamente con 5 marcos. Así pues, les he respondido que su reclamación se basaba en un error múltiple: confusión de personas, puesto que yo no he hecho ninguna suscripción y tampoco me han pedido nunca nada; un error sobre mi «capital», que asciende a 4.600 marcos, y eso sólo como parte de un inmueble; un tercer error sobre mi pertenencia a la Comunidad (que cesó hace treinta años)… Escribir esa carta no ha sido un puro deleite, desde luego.

[…]

7 de enero, jueves tarde

Cuando hace bastantes semanas fui a ver a Seliksohn por primera vez a la consulta de Katz, éste, que salía al parecer de su sala de consulta, entró un momento en la sala de diatermia, visiblemente cansado y preocupado; nos dimos la mano, se marchó enseguida otra vez, apenas cambiamos dos palabras. Y he aquí que anoche Katz se presentó aquí; dijo que no había tenido un momento de paz desde que el otro día estuvo tan «glacial» conmigo, y que por eso, a pesar de su falta de tiempo, quería hacernos una visita privada. Nos conmovió hondamente. Nos tiene en gran estima, un poco es como si nos necesitara. Está en una posición angustiosa, en contacto continuo con la Gestapo, dependiente de ella como un esclavo, siempre en peligro, odiado por los judíos casi tanto como antes Estreicher, porque le convierten en único responsable de que se les nieguen las cosas que podrían facilitarles la vida (certificados médicos y similares). Dicen, por ejemplo, que él ha conseguido con sus manejos que la enfermera de su consulta no vaya a los barracones. (Pero fue el médico inspector ario el que lo consiguió, asegura él. – Y Seliksohn dice que la chica es amiga declarada del favorito de la Gestapo, Kahlenberg.) Katz, que ha envejecido mucho –por cierto ha cumplido en estos días sesenta años–, nos ha hablado de los problemas que surgen en las barracas. Una mujer espera un hijo. Qué luchas han sido necesarias

para que le permitan que la asista una comadrona. Qué luchas han precedido a la consecución de dos bañeras. Cómo se lucha todavía para que haya una mejora en las letrinas… La situación de los judíos, Katz la veía muy negra. Se quedó hasta las ocho. Entonces ya era tarde para poner el repollo en la lumbre, y «desayunamos» por tercera vez el mismo día.

8 de enero, viernes mañana

Los de hacienda trabajan otra vez en la casa, ahora se llevan muchos cajones grandes, probablemente las obras de arte. Cuando el otro día bajaba la escalera, dos tipos enormes me gritaron «¡Buenos días, *Herr Professor*!» y me dieron la mano. Antiguos embaladores de Thamm, viejos amigos (por lo menos antiguos miembros del SPD, probablemente antiguos miembros del PC A). Me hizo bien, pero fue igual de inútil que las noticias sobre la guerra. En la Comunidad, donde ayer, a última hora de la tarde, recogí las nuevas tarjetas de víveres y eché una ojeada al periódico, Hirschel me comunicó la muerte de Eger. En su quincuagésimo año de vida. Insuficiencia cardíaca. Campo de Auschwitz. No envían las cenizas. Hay que informar a la viuda. Hirschel me pidió que me encargara yo de esa tarea. Vacilé, sin declinar. «Yo no puedo decirle: "Dios la consolará", etc.» – «A mí también me resulta ya imposible. Le escribiré que venga a verme, en la oficina se mantendrá serena, y eso será una ayuda para ella y para mí.» Mientras dictaba la carta, le anunciaron que ella estaba allí. (Probablemente por las tarjetas de víveres.) Así que se enteró allí mismo, y a nosotros sólo nos queda el pésame. (Y el horror.)

De Dölzschen llega un nuevo ataque. Christmann, el alcalde, me convoca para mañana a las diez. El «pide» está tachado, en su lugar: «se le requiere». Pero necesito permiso de viaje. Le he escrito a Richter preguntando si puede intervenir en esto. Eva acaba de marcharse con la carta a casa de Richter. Ella quiere ir mañana a Dölzschen, en mi lugar, si Richter lo considera factible. Yo soy, en cambio, muy escéptico. ¿De qué sirven motivos razonables y objeciones legales contra el chantaje y la voluntad de matar? Además Eva está continuamente enferma, pasa mucho tiempo en la cama, se queja de dolores en cuanto se levanta. Además hay mucha nieve y hoy está nevando otra vez, y subir hasta el ayuntamiento de Dölzschen es una excursión de montaña y deporte de invierno. Este asunto nos pone aún más depresivos de lo que estamos. Pero

tengo ya una especie de embrutecimiento. Nuestra situación, en su conjunto, es demasiado desoladora.

[…]

9 de enero, sábado tarde

[…]

LTI. En el *Reich* del 27 de diciembre de 1942, un artículo de Goebbels: «Los que han llegado a la consumación». Muy amargo. Nuestros soldados caídos confirman la antigua frase: «A quien aman los dioses…»[3]. Ellos han sido fieles a su ideal, *nosotros* tenemos que apartarnos del ideal y optar por el mal menor. Ellos tienen la paz: *nosotros*, las «noches llenas de aflicción…». – «Si la larga duración de la guerra relativiza el valor de muchas cosas que nos eran tan queridas, sólo puede salvarnos de los trastornos espirituales de nuestro tiempo el valor absoluto de la patria y del pueblo con todos sus deberes, pero sin ningún derecho personal del individuo, en consideración a la muerte que tantos miles de personas sufren por la patria para proteger y conservar la vida de la nación… Es nuestra desgracia nacional que nunca hayamos tenido fuerzas para encontrar una coincidencia absolutamente exacta y congruente entre lo que llamamos conciencia nacional y lo que llamamos religiosidad. En la nación japonesa vemos lo que eso significaría en la práctica. Allí ser religioso significa al mismo tiempo ser japonés. De esa identidad entre pensamiento y sentimiento nacional y religioso nace una energía patriótica de inmenso dinamismo. Los mejores de los nuestros se esfuerzan por conseguir esa última síntesis. Nosotros, por desgracia, aún (¡!) no poseemos ese compromiso, que hay que llamar religioso, frente a los héroes caídos, un compromiso que agrandaría su heroísmo hasta convertirlo en un mito nacional…» […] «Los muertos merecen algo más que nuestras lágrimas. Merecen que todo nuestro pueblo, al que ellos preceden como pioneros, muestre celo y *fanatismo* en el trabajo y en la lucha…» Antes: «Quien da su sangre, con el fin de conseguir espacio vital para su pueblo y para su creciente número de hijos (¡conquista!), ése lleva a cabo en su pequeño círculo el gran milagro de la formación de un pueblo. Actúa, más allá de nuestra capacidad de entendimiento, como instrumento de la historia, y es irrelevante que tenga o no conciencia de ello. (¡!) Toma la guerra como hecho elemental y no filosofa sobre ella como idea o representación. Se doblega ante su dura e inevitable necesidad y *garantiza*

así el cumplimiento de nuestros principios, mereciendo la máxima veneración por parte de quienes quedamos aquí». Somos realistas, en nosotros se ha «agudizado el conocimiento de la vida en su acerba forma primigenia… Nosotros no sorteamos con frases hueras, como nuestros padres, los problemas de la vida, sino que profundizamos en ellos hasta lo más hondo». Renunciamos a «romanticismo barato». – «No es dulce, pero sí glorioso, morir por la patria.»[4] «Hemos pagado caros los pecados y las omisiones de nuestros padres y abuelos», que «se permitían el lujo de una vida personal y estatal, exagerada en lo individualista y particularista. »

«El sufrimiento y la *tristeza teñida de orgullo*» de la familia ha de buscar consuelo «en una ética superior de la guerra». Ya hay familias que han «sacrificado tres y más hijos por el Reich…, algunas han perdido toda la descendencia masculina». (¡¡¡Antes siempre decían: escasas pérdidas!!!) «Reagrupación social de nuestro pueblo, que corresponde a la más íntima esencia del nacionalsocialismo y que convierte la guerra, para quienes están en el frente, en una vivencia comunitaria histórica de un género muy especial.» […] «También es cierto que los obreros y los campesinos están mucho más cerca del auténtico soldado que los que poseen bienes de fortuna o que la llamada sociedad.»

[…]

13 de enero, miércoles mañana

Continúan las heladas (por la noche hasta -10ºC) y las calles siguen con nieve y placas de hielo. Eva aún bastante enferma. Me desplazo en su lugar, leo mucho por la mañana temprano; los días pasan rápidos y monótonos. Los pensamientos están ocupados en gran parte por la comida; escasez de patatas y hambre y fatiga. La guerra se estanca.

El *asunto de Dölzschen*, que sigue pendiente, me ha obligado a ir varias veces a la Comunidad y a hablar con Richter. La situación es la siguiente: la hipoteca *no* ha sido cancelada; por lo visto, el maestro de obras, Linke, no se ha dejado intimidar por las amenazas del Partido; tal vez esté presintiendo un cambio a mejor. La inspección de obras tampoco ha dado aún señales de vida. Cuando me citó el alcalde, quería sin duda presionarme él personalmente. Contra la citación del sábado pasado objeté que tenía que recibir permiso de la Gestapo

a través de la Comunidad. Acto seguido, aplazaron la cita (por intervención telefónica del administrador) y la fijaron para hoy, 13 de enero. Pero la Comunidad (asesoramiento de Reichenbach y de Hirschel) me ha ayudado a poner otra obstrucción: mi solicitud de viajar a Dölzschen sólo puede ser presentada a la Gestapo cuando haya pruebas de que este asunto no puede ser tratado ni a través del administrador ni por escrito. Ahora, Richter acaba de entregar esto en Dölzschen. Es realmente una amarga tragicomedia.

[…]

14 de enero, jueves tarde

Ayer estábamos tomando el café de por la tarde. Entonces apareció Steinitz, diciendo que le habían llamado de la Comunidad al cementerio, para que viniera a buscarme a causa del «viaje a Dölzschen». A partir de ese momento no he tenido un minuto de tranquilidad. A las cuatro en la Comunidad, al momento me enviaron a toda prisa a la Jefatura de Policía, allí encontré, tras una larga odisea, al funcionario correspondiente que se disponía a marcharse y que me dio refunfuñando un impreso que permitía «al judío Klemperer» abandonar una sola vez el distrito urbano para ir a Dölzschen, el 14 de enero entre las ocho y las dieciséis horas. El permiso de viajar debía recogerlo a la mañana siguiente (a pie, naturalmente) en la policía de tráfico, en la Sachsenplatz. Volví a la Comunidad, donde el joven Kahlenberg me puso al corriente de la situación. Christmann, el alcalde, se había dirigido directamente a la Gestapo, «que quiso impartirnos una lección». En Dölzschen, seguro que me exigirían un permiso por escrito para vender la casa. El, Kahlenberg, me aconsejaba, según su experiencia, que no me negara. Negarse podía acarrear campo de concentración y peligro de muerte. Yo: En ese caso, mi viuda aria heredaría la casa, como había sucedido en el caso de Ernst Kreidl. Él: Que eso no era tan seguro, pues también había habido casos de confiscación de bienes; por ejemplo cuando correspondía «al sano sentido común del pueblo» o al «interés del Estado» (con estas dos fórmulas se podía hacer todo) lograr que todo el pueblo de Dölzschen estuviera limpio de judíos, puesto que allí mi casa era la única propiedad judía. – En cambio, Eva opinó obstinadamente en casa que podían conseguir nuestro inmueble más cómodamente mientras yo viviera que después de mi muerte, que era más cómodo (más barato) asesinarme después de haber soltado yo la casa y

que no debía dejarme intimidar. Dijo también significativamente que Kahlenberg era el sucesor de Estreicher, que quería hacer soltar a Kätchen su casa, al menos para congraciarse con la Gestapo, quizá también para ganar algo en la operación. Tuvimos una discusión sumamente desagradable. («Con tu pensión de viuda no podrás mantener la casa.» – «Para hablar en *tu* estilo: ¿así que tendría yo la culpa si te internaran en un campo? Como si necesitaran un pretexto, y precisamente ése, para matar a nadie.» Etc., etc. Como es natural, de manera más velada o más directa, volvimos a poner sobre el tapete *a principiis* todo este desgraciado asunto de la casa.)

Esta mañana salí de casa muy poco después de las siete. A punto de empezar el deshielo, pero viento del sur muy fuerte, el suelo helado. – Molestias cardíacas. En la Sachsenplatz, donde pensaba que tendría que esperar largo tiempo, me dieron muy rápidamente el permiso de viaje. (Mientras que esperaba, oí una serie de llamadas telefónicas parecidas. «¿Nombre? – ¿Cuántas personas? – ¿Ochenta y cinco años? – Sí, usted puede ir también. Llame a la central de taxis dentro de diez minutos.» De modo que los arios que quieren tomar un taxi (para los judíos están totalmente prohibidos) han de pedirlos a través de la policía de tráfico indicando el motivo, y el policía consigna cada viaje en un cuaderno.) A las ocho y media ya estaba yo en la plataforma delantera de un 16, a las nueve estaba en la Planettastrasse y no tenía que presentarme en la oficina del ayuntamiento hasta las diez. Para dejar pasar el tiempo, subí muy despacio, paso a paso, por el camino que me era tan familiar. Lucha con el viento y con el suelo helado, amplio panorama. Después, entre las nueve y media y las diez y media, esperé en un banco de la sala de contaduría. Christmann, el alcalde, fue ya en una ocasión muy correcto conmigo y después –en cualquier caso, eso me había contado Estreicher, pero ¿de qué valen las palabras de éste?–, a espaldas mías, me había puesto verde. Ahora, el alcalde tiene el pelo plateado y me hizo una impresión aún más favorable que entonces (vestido de paisano, con cinta de condecoración). Me dijo en voz muy audible, delante de otras personas: «Buenos días», me ofreció una silla. Dijo que quería convencerme por las buenas. Que había que pagar unos 3.000 marcos de reformas y que Berger se ofrecía a encargarse de todas esas obras y a pagar el precio completo de venta, 16.000 marcos. Yo: yo estaba enfermo, mi mujer, aria, tenía que heredar la casa. El: «¿No se fía usted de nuestro dinero? Es bueno. Y su viuda tampoco podrá

meterse sin más en la casa: protección al inquilino. ¿Por qué quiere permitirse usted ese lujo?». Yo: «Valor afectivo. Me siento obligado. Si usted quiere presionarme, no puedo negarme. Yo dependo de la Gestapo, y la Gestapo no se anda con chiquitas. Pero si puedo hacerlo sin peligro, no quiero acceder a la propuesta de Berger. Lo más urgente, la remoción del terreno, que costará unos cientos de marcos, puedo pagarla enseguida, y después de la guerra mejorará mi situación económica, podré pedir prestado a parientes y amigos».

– El: Que no había peligro para mí. «Soy soldado y no tengo interés en este asunto, yo no voy a denunciarlo a la Gestapo. Quería que llegaran a un acuerdo amistoso, la oferta es muy buena para usted. Pero su posición se puede comprender hasta cierto punto, desde una perspectiva humana. Envíenos usted a través de su administrador –para que yo esté a cubierto y pueda probar que he intervenido en el asunto– su declaración de que no está dispuesto a vender el inmueble.» Con ello, terminó la entrevista y volví aquí después de las doce muy agotado y amargado. Si ese hombre me traiciona, la Gestapo tendrá un motivo para actuar contra mí («comportamiento asocial»). En el caso más favorable, continuará la tortura en forma de sacarme dinero. Mi declaración, que ya he enviado –a través de Richter, puesto que no puedo tener correspondencia personal con ninguna oficina estatal–, estaba redactada del modo siguiente: «… que de momento no puedo decidirme a aceptar la oferta de compra del señor Berger». O sea, mi negativa a vender no es general ni definitiva.

– Estoy destrozado por dentro. Lo humillante de todo ese «permiso de viaje», el asunto de la casa entre Eva y yo, el constante y horrendo miedo a Auschwitz. Esta noche he soñado con todo detalle que había ido sin estrella a un café y que estaba allí sentado con miedo a que me reconocieran.

[…]

17 de enero, domingo mediodía

[…]

En Zeiss-Ikon, despiden en masa a los judíos. Ya lo han hecho con la mitad del personal. Antes, la fábrica luchó contra la Gestapo, diciendo que la sección judía estaba muy familiarizada con el trabajo y había que conservarla. En enero pasado hubo un gran cambio súbito al hacer la evacuación: primero se impuso la Gestapo, después la fábrica recuperó a sus judíos, que ya estaban a punto de ser

evacuados. Ahora parece que hay una disposición gubernamental del Reich: en fábricas de armamento ya no pueden trabajar judíos. Kätchen Voss está en los ferrocarriles limpiando vagones. Pero Polonia se cierne en el horizonte.

Más o menos al mismo tiempo que Eger detuvieron a un profesor de idiomas, Kronthal. Sin patrimonio, pero parece que ha hecho comentarios imprudentes y que ha dado más clases particulares de lo permitido. (Por ejemplo a los hijos de Hirschel, que estuvo por eso en la cárcel.) Ahora, noticia de su muerte en Auschwitz; no envían la urna. Me lo contó ayer Jacobi, el administrador del cementerio […]

Cuando voy del cementerio a casa a través de la Fiedlerstrasse, paso por un gran colegio (o complejo de varios centros de enseñanza). Muchas veces salen oleadas de niños, y entonces tengo siempre la misma experiencia: los chicos mayores pasan correctamente a mi lado, los pequeños en cambio se ríen, me gritan «judío» y cosas así. De modo que a los pequeños se lo han inculcado, en los mayores ya no hace efecto. Eva dice que observa que los niños del colegio tienen un aspecto enfermizo, en cambio, los muy pequeños y los bebés parecen muy saludables. Alimentos nutritivos infantiles y sobre todo leche completa se distribuyen sólo hasta los seis años.

18 de enero, lunes tarde

El sábado, a las 20:30 –justo queríamos sentarnos a la mesa–, sirena de cese de alarma. Nos extrañamos cuando vino a continuación la señal de alarma. Habíamos estado tantos meses aquí sin alarma que por lo visto se equivocaron de botón. Una vez más, Dresde no resultó afectada. (Se dice hace ya tiempo que, en su calidad de «futura capital de Checoslovaquia», la mantienen fuera de tiro.) Un poco se oyó de lejos la artillería antiaérea y, después de hora y media en que no pasó nada, cesó la alarma. El domingo por la tarde, Herbert Eisenmann dijo que «habían estado en Berlín y allí causaron daños». Ayer, exactamente a la misma hora, otra vez alarma, otra vez hora y media de duración, otra vez no hubo ataque a Dresde. Acaba de estar aquí la señora Eger –nos pidió un cigarrillo, y le dimos el pésame– y ha contado que los aviones estuvieron otra vez en Berlín y que han causado enormes estragos.

El domingo por la tarde, como ya es costumbre, vino Lewinsky. Declamó *Das Bild zu Sais*[5] y *Des Sängers Fluch*[6] y otra vez la curiosa *Totentanz*[7] de

Goethe, recitó con agradable sobriedad el precioso relato, que yo no conocía, *Unverhofftes Wiedersehen*[8] (encuentro con el novio muerto cincuenta años antes y conservado intacto en el vitriolo de la mina de hierro) del *Schätzkästlein* de Hebel. (¿Conocía yo mejor los poemas de Uhland y Schiller? En el fondo, no. De todo eso hace mucho tiempo. Uno se dice a sí mismo al oír ciertos versos: «¡Ah, de ahí viene!».) Habló de Buchenwald, junto a Weimar, donde estuvo prisionero cuando el asunto de Grünspan. En aquel entonces, yo aún no era de los afectados directamente por todo este horror; el nombre de Buchenwald lo había oído por primera vez poco antes, en Berlín, en boca de Marta. Serán otros los que describan Buchenwald; *yo* me limitaré a lo vivido por mí.

Esta mañana con Richter, el administrador. Para una «breve conversación» sobre mi visita al alcalde Christmann y sobre cómo vigilar las obras de la casa. La «breve conversación» se convirtió en una entrevista de cinco cuartos de hora, y volví a casa con la moral realmente alta. Richter contó que había sido nazi entusiasta, con un buen puesto en la propaganda antes de la «toma del poder», pero que se había separado en abril de 1933, porque ya entonces había visto que aquello se hundía. Y que *ahora* había llegado el final: que ojalá llegara pronto. En las conferencias propagandísticas –siguió diciendo– sólo se hablaba de «resistir hasta el final», y no de la victoria, en la que ya no creía nadie. Las pérdidas eran gigantescas, la tiranía, *también* contra los arios, era insoportable. La cuestión de «qué va a ser de la nación» ya sólo era secundaria, lo que interesaba era saber si se saldría con vida. Tal vez viniera muy rápidamente el cambio. Las Waffen-SS habían duplicado el número de efectivos, pero forzando a entrar a «voluntarios». En los frentes, las cosas marchaban muy mal, gravísimas pérdidas por todas partes. Añadió que los rusos no sólo se dirigían por el sur a Ucrania, sino por el norte al Báltico, y que ya no estaban muy lejos de Riga. Contó que su hijo estaba en primero de bachillerato, en el Kreuzgymnasium, y que allí tenían un libro de lecturas, en la asignatura de historia, que iba de la actualidad hacia atrás y que descomponía la historia en relatos independientes. Títulos de las distintas lecturas por este orden («¡Se le revuelve a uno el estómago!»): Hitler, Göring, Horst Wessel, Herbert Norkus[9], Bismarck, Federico el Grande. Consideré a Richter tan *vox populi* como el otro día al conserje y herrero Rasch. Otra capa social pero igual de harta. La frase que ya he oído varias veces: «¡Ojalá acabe todo pronto! Sólo eso podría salvarnos».

Richter añadió: «"Ellos" tratarán de escapar pero no salvarán la vida. Sin embargo, ¿es el simple hecho de morir castigo bastante por los millones de personas a las que ellos han dado muerte?». Yo dije que él tenía más probabilidades de salvar la vida que nosotros, los de la estrella. Él: «En un pequeño porcentaje, tal vez»; pero que quizá sucediera todo con tanta rapidez que no les daría tiempo a matarnos. Opinó, lo mismo que Rasch el otro día, que el cambio tenía que venir «por el ejército».

[…]

24 de enero, domingo mediodía

[…]

Hirschel me contó hace poco que Clemens y Weser llegaron inopinadamente a verlo buscando piso para un *Standartenführer*[10]. Se comportaron como bestias, de repente se pusieron a darles de golpes a él y a la señora Hirschel, se llevaron unas cajas de cerillas y unas servilletas de papel porque eran artículos escasos y prohibidos. Clemens, alto y rubio, que también me pegó a mí, dijo: «Te tengo un odio feroz, puedes estar seguro de que un día te dejaré seco». Hirschel, que tiene muchas veces que tratar con él, replicó: «¿Y por qué me odia usted así?». Clemens: «Te lo puedo decir exactamente: porque eres judío. Puedes estar seguro de que te mataré». Hirschel también opinaba que sólo nos podría salvar un cambio súbito. – Según todas las apariencias, pronto vendrá el final. Los partes militares son catastróficos para Alemania. En África, en el Cáucaso, «nos distanciamos del enemigo», Stalingrado parece que está perdido.

Eva ha contado que el miércoles, en la subasta de los cuadros, un señor mayor llamó por equivocación a nuestra puerta; ella abrió y trabó conversación con él. Preguntó si queríamos marcharnos y por eso hacíamos la subasta. Eva le puso al corriente: propiedad confiscada de judíos evacuados. A lo que dijo el señor: «Entonces tendremos que pagarlo todo después. ¡Adonde nos están llevando *ésos*!». Así que algunas personas ya cuentan con que habrá que indemnizar.

Hemos tenido una larga conversación con Eisenmann, padre, que nos reparó un cable de lámpara que no funcionaba. El piensa que es inminente el derrumbamiento del régimen de Hitler, pone Pascua Florida como fecha, pero cree que Alemania seguirá luchando en régimen de dictadura militar. Considera

que una Alemania demasiado desmembrada, una repetición o acrecentamiento de Versalles, sería el error más craso que podrían cometer los enemigos, y una atomización de la guerra. – ¿Pero cómo van a volver a confiar los enemigos en una Alemania no desmembrada?

[…]

27 de enero, miércoles al anochecer

Ayer me encontré en la Comunidad con Feder, a quien no he visto desde hace cosa de un año. (Distanciamiento por el antisemitismo y la mente obtusa de su mujer.) «¿Sabe usted algo de Natcheff?» – «Sí, le han cerrado su biblioteca circulante.» – «Y desde el 5 de enero está en la cárcel. Parece que ha hecho algún comentario imprudente, lo han condenado a un año o a año y medio de prisión.» – Acabo de contarle eso a la señora Eger, que ha venido a oír tocar a Eva. Elia, con envidia: en la prisión, como es ario y búlgaro, no estará mal y saldrá con vida: y cuando venga el cambio, que será antes de un año, abrirán enseguida las prisiones. «¡Si mi marido hubiera tenido esa misma suerte!…» ¡De qué cosas se puede tener envidia! Antes yo también envidiaba a Natcheff por su libertad de movimientos. Ese hombre, por cierto, forma parte de la historia de la cultura de Dresde de estos años y, por tanto, entrará en mi *Curriculum.* Una persona delgada y menuda, de aspecto atildado, cabellos ligeramente canosos, grandes ojos grises, bajito y ágil y elegante. Ingeniero de la TH de Dresde, miembro de la presidencia de la Sociedad Búlgara de aquí, casi una personalidad oficial. En discursos solemnes, en discursos pronunciados en la Sociedad, transige con los nacionalsocialistas, en conversación privada claramente antifascista y anglofilo. Casado con una norteamericana. Por afición personal, cambió el oficio de ingeniero por la biblioteca circulante. La llamaba «Biblioteca de alquiler», era un poco snobista y así contaba con el público intelectual judío, público numeroso por tanto. En su biblioteca uno encontraba los últimos libros franceses e ingleses en versión original –él hablaba con soltura inglés y francés y daba información, basada en la crítica más moderna, sobre cada uno de ellos–, uno encontraba (era su punto débil y eso me llevó al conservador negocio familiar de Paulig) prácticamente sólo literatura ultramoderna. En cuanto un libro ya no era de mucha actualidad aquí, los pasaba a las creo que dos filiales que poseía en Checoslovaquia. El Tercer Reich le quitó sus mejores clientes, le

prohibió sus libros más solicitados: si él odiaba al régimen, no era por puro amor altruista a la libertad. Seguro que para el Partido era sospechoso desde hace tiempo; él ya no podía prestarme nada (o al menos ya no se atrevía) en una época en que Paulig seguía suministrándome libros sin el menor problema. (En la biblioteca de esta última también encontraba literatura moderna, pero además mucha no tan moderna, a menudo incluso antigua: sólo faltaban los extranjeros modernos… Hasta que los de la Gestapo me dieron el librazo en la cabeza con el Rosenberg. Pero ahora otra vez entraremos en relaciones con la señorita Paulig.)

En la Comunidad, la moral estaba muy alta: las noticias del frente son verdaderamente catastróficas. (Hoy también.) En Stalingrado ya han admitido que se ha perdido un ejército completo[11], el sexto, con ejércitos rumanos y croatas; estamos retrocediendo en todo el frente oriental, en África ya no queda una sola colonia italiana[12], sólo se mantiene Túnez y está cercada. La elevada moral judía está entreverada, indudablemente, de graves preocupaciones. Todos tememos un pogromo, y los que más amenazados se sienten son los de los barracones. «A nosotros nos tienen todos juntos, nos pueden liquidar con un par de granadas de mano.» Eso lo oigo decir continuamente.

En el camino de regreso, en la Schulgutstrasse, a ver a Steinitz y a Magnus. Para mí es fatal que vivan puerta con puerta. Gracias a mi influencia, ya están reconciliados y juegan al *skat*, pero la tensión y los celos continúan, como es natural, y yo tengo que entenderme con los dos. De Magnus he conseguido una limosna de varias patatas… Es bien característico que sin salir de nuestro reducido círculo de judíos de aquí haya encontrado tres veces el mismo tipo humano: para los tres, la primera guerra mundial equivale al más grande y más hermoso acontecimiento, que ellos evocan continuamente: como aventura y como comunidad absoluta con los alemanes; al mismo tiempo, los tres están orgullosos –como de un kantiano cumplimiento del deber– de haber seguido siendo judíos. Para Magnus, la vinculación al mundo alemán general consistió no sólo en la guerra y en el uniforme sino también de un modo muy intenso y continuo en la actividad social de la equitación. Está tan orgulloso de sus concursos hípicos y de sus relaciones con todo género de aristocráticas amazonas y de nobles jinetes como lo estaba el difunto Katz de su relación con los oficiales de la nobleza. Pero la vivencia de la guerra –¡tenía a su disposición «tantos caballos» en el hospital militar de Rusia!– sigue siendo para Magnus lo

más hermoso. Me enseñó un álbum con muchas fotografías militares y ecuestres. – En casa de Steinitz me agasajaron magníficamente. Llegué helado, con fuertes dolores «anginosos», y me ofrecieron una taza de té caliente con azúcar auténtico y con un auténtico panecillo con mantequilla: un placer que no conocía desde hacía mucho tiempo. (Dejar para Eva el azúcar y la mantequilla es para mí un pequeñísimo alivio de conciencia, dado mi inmoderado consumo de pan y de patatas. Dios sabe con qué vamos a llenar el estómago las semanas próximas, sobre todo porque el hambre nos atormenta a los dos cada día más…) Steinitz, que está tan imbuido de Shaw –le he regalado el librito *Back to Methuselah*[13], que me envió de Inglaterra, poco antes de estallar la guerra, mi profesora de inglés[14]–, dijo que en el heroísmo del sexto ejército, tan ensalzado en el parte militar –¡otro artículo necrológico!– él no puede encontrar nada heroico; que esos hombres no pudieron hacer otra cosa que lo que se veían obligados a hacer. El llamaría heroico a quien actuara contra Hitler o contra la guerra… Me dio la copia de la carta de un emigrante, de su círculo de amistades. Típica. Unos padres escriben desde Buenos Aires a su hijo que se encuentra aquí. Insinúan que están preocupados por una posible evacuación. «Sabemos lo que ha sucedido en casa.» Están tristes porque siguen recibiendo ayuda económica de los parientes. Pero «papá ha tenido suerte y lo envidian: ya está ganando bastante bien como vendedor de tartas en un restaurante. Mamá tiene menos suerte, aún sigue buscando trabajo…». Me ha impactado sobre todo una palabra. La hija, en Chile, fuera de tiro, es enfermera en ese país y se ha prometido con un médico, que ya se ha convertido de Wilhelm Frey en Guillermo Frey. Del futuro yerno les han llegado por muchas vías «sólo las mejores informaciones en el aspecto humano y *caracterial*». Así penetra una palabra archivenenosa de la *LTI* en cartas judías. Ya he experimentado lo mismo con un libro de novelas cortas judías. – Explicación de la palabra de la *LTI:* el carácter (*Gesinnung* [‘modo de pensar, convicciones’]) es tan fundamental, más fundamental que el intelecto y el saber, que se crea un nuevo adjetivo para valorar a las personas. En los exámenes y en los boletines de notas de los centros de enseñanza se evalúa sobre todo lo «caracterial», o sea, el cuño nacionalsocialista del alumno.

[…]

28 de enero, jueves mañana

Muy de madrugada, cuando me despierto, me vienen las ideas. No son muy originales, se basan en mi última lectura, pero lo cierto es que esos pensamientos matinales son lo mejor que sale de mi cabeza. Sin embargo, entre mi lectura y yo, a menudo hay una ignorancia mutua. El libro y yo no nos prestamos oído mutuamente con íntima comprensión. Todo lo que es místico y filosófico, no lo comprendo. Pero los razonamientos que no comprendo me animan a producir algo propio o propio a medias o en una cuarta parte. Así, ahora me tiene ocupado la funesta obra colectiva *Juden in der deutschen Literatur* ['Judíos en la literatura alemana'] (Weltverlag, 1922) y también Wegner[15]. Las series de ideas al respecto, utilizables para *Curriculum* IV o III o para la *LTI:* hasta ahora yo ponía a Taine[16] por encima de Gobineau[17], porque la determinación del hombre por la raza, por el entorno y por la época es más espiritual y confiere más libertad que la de la sangre sola; pero yo siempre he repetido mecánicamente las objeciones que se le hacían: 1) que no tiene en cuenta lo individual, lo *único*, 2) que aplica «raza» de un modo indeterminado. Retiro ambas objeciones. a) Lo decisivamente modificador, lo personal de un individuo, no se toma en consideración o es condición previa, lo mismo que para el *Arte poética* de Boileau[18] el ingenio nato es condición previa. Pertenece al pueblo quien es término medio, quien carece de personalidad, o cualquier individuo con las partes de su ser que sean medianas, sin sello personal. b) Raza es una relación, un concepto extensible, un concepto-goma, un concepto-cebolla. Raza: la humanidad entera frente al animal y a la planta; raza es el pueblo, la tribu, el sexo frente a cada grupo siguiente. E incluso del individuo –¡destrucción, yo insalvable!– se segregan partes como elementos de raza (también como elementos del tiempo, del medio). Como núcleo del yo, como personalidad propiamente dicha, queda la *faculté maîtresse*[19].

¿Cuál es la *faculté maîtresse* judía? Originariamente sería la orientación hacia lo puramente espiritual, hacia lo abstracto-espiritual. Esa orientación se pone de manifiesto en el pensamiento monoteísta y también en la exaltación mística, pero su línea principal tiene que llevar al pensamiento, porque en la exaltación entra en juego el sentimiento, la sensualidad, el paso a la esfera de los sentidos. El romántico Chamberlain considera a los judíos gente sin religión, porque les falta la imaginación para el politeísmo, para la deificación de la naturaleza; el romántico Buber hace hincapié en la mística judía, porque reina en

ella la exaltación, la representación sensible. – De esa tendencia a lo puramente espiritual resultan puntos fuertes y puntos débiles, fanatismos y tolerancias que los judíos comparten en mayor o menor grado con los pueblos civilizados, porque la civilización consiste en llegar al dominio espiritual de la materia, «a la razón». Así pues, en la modernidad o en Europa (a la que pertenece América), la *faculté maîtresse* no aporta absolutamente ningún elemento diferencial.

El único signo distintivo propiamente dicho y la perfecta *faculté maîtresse* del judío moderno es su inseguridad: los enemigos y los poetizantes dicen *Ahasver*[20]. La inseguridad lo empuja a aislarse en el gueto y en el Talmud, lo empuja a profesar un exagerado germanismo, francesismo, etc., lo empuja al internacionalismo y al sionismo político; lo empuja a elegir determinados oficios (el dinero, cf. Sombart y mil otros; literatos y actores de gran sensibilidad: estudios de Harden). En el momento en que le den seguridad, será otro. La notable observación de Wegner, cuando dijo que los colonos de Palestina ya no son los mismos hombres que habitaban en los guetos de Europa oriental, ha de ser ampliada. No se trata sólo de regeneración corporal. Los judíos, sin la presión del antisemitismo o –y sobre todo– sin el miedo a esa presión, serán otros hombres en todo su pensar y sentir; habrán dejado de ser judíos, formarán parte plenamente de las naciones en cuyo seno viven.

Para formar parte de la nación es menos determinante la sangre que la lengua. (Entre paréntesis: el *Estado* o el *Reich* puede constar de naciones, debería constar de naciones; gradación ideal: Suiza, Suiza austriaca, Europa, *Ligue des Nations*; y por todas partes consta, por decirlo así, de tribus, de pequeñas razas o subrazas.) La lengua pertenece a lo físico y a lo espiritual, pero el factor espiritual es el más poderoso (y más humano) en ella, la *physis* se acomoda a él. Lo que decide no es el haber-nacido-dentro-de sino el hundirse-en como *infans*, como «el que aún no habla». Dada la flexibilidad del organismo infantil, un niño negro o amarillo que se cría en un entorno puramente alemán hablará un alemán tan puro, o más bien tan puramente berlinés o muniqués como uno que sólo tiene antepasados berlineses o muniqueses. Pero en la corriente de la lengua flotan todos los elementos culturales que se asimilan consciente o inconscientemente. La música, la pintura, la arquitectura dan aspectos parciales: la lengua contiene la totalidad de lo espiritual. Y esa totalidad no se puede separar de la lengua. λόγος es la palabra, y λόγος es el pensar, y el pensar es acto

voluntario. En Dios, hablar, pensar, obrar es una unidad: «Al principio era la palabra» y: «Yo te llamo por tu nombre». El mago que cree poseer poder divino, conjura mediante la palabra. Si yo me he criado en una lengua, estoy en su poder para siempre, no puedo separarme por ningún procedimiento, por ningún acto de voluntad propia, del pueblo cuyo espíritu vive en ella, no puedo dejarme apartar de él por ninguna orden ajena. – En el sentido del *nutrimentum spiritus*, hay que invertir el refrán y decir: «De quien canto el cantar, de ése como el pan»[21]. Por eso se intenta introducir y propagar en Sión el hebreo moderno. Pero esa lengua sólo puede ser efectiva en una generación futura. Y es necesariamente hebreo moderno, es decir, una mezcla artificial de elementos modernos europeos y norteamericanos con otros de los antiguos judíos.

30 de enero, sábado al anochecer

[…]

Para mí, el día de hoy, aniversario de la «toma del poder», ha sido un completo día de la patata. Como no hiela, hay otra vez patatas por quintales, tenemos derecho a 3 quintales hasta finales de julio (¡hasta finales de julio!), he transportado a casa trabajosamente 2. Dos viajes con la carretilla desde la tiendecilla que hay al principio de la Emser Allee. El saco no estaba atado, a los pocos pasos se salieron las patatas. Las recogí y até la boca del saco con mi pañuelo. Otros dos pasos y otra vez rodaron las patatas. Me agaché desesperado, y entonces se me soltó el protege-cuellos. *Signum coeli!* Até el saco de patatas con el protege-cuellos. Para el segundo viaje, por la tarde, Eva me proveyó de un cordel. Así hice mejor el viaje de vuelta, pero con siniestras molestias cardíacas, lo peor de las cuales era el *memento*. Eva, por su parte, había vuelto muy deprimida de la ciudad: desde hace días no encuentra nada de comer, la alimentación es cada vez más problemática. Eva, además, sufre mucho con su «prótesis». Esa cosa temblequeante la llamamos alternativamente «el caballo-balancín» y «la espada de Bannockburn»[22] («… fragor y sacudidas en la escalera»).

El carrito me lo prestó el administrador del cementerio judío, Jacobi; éste me ha tomado mucho afecto desde que califiqué de «muy digna» su *oraison funèbre* por Arndt, el asesinado. Me regala algo de tabaco y empieza con conversaciones

cultas, cuando voy a su domicilio oficial. Contó que el miércoles próximo habrá siete entierros, seis de los cuales deben mantenerse en secreto. Cadáveres de judíos del Protectorado condenados a muerte. Los llevaron a Dresde para ajusticiarlos. En el Tribunal Regional, en la Münchner Platz, hay una guillotina que funciona con electricidad, cada dos minutos una cabeza, no sólo judías; la hora preferida para la matanza son las seis de la tarde, a menudo caen veinticinco cabezas una después de otra. Admito sin más que ese «a menudo» y esa cifra pueden ser exageraciones, pero con que sólo la mitad sea verdad… Jacobi asegura también que por la radio han proclamado una especie de estado de sitio y que todo desacato y todo sabotaje de la nueva ley laboral están castigados con muerte por fusilamiento. – Curioso y para mí inexplicable que en las medidas del gobierno siempre corran parejas el terror oficial intimidatorio y la crueldad mantenida en secreto. La campaña de odio al judío es desmesurada, pero las peores medidas contra ellos se mantienen ocultas a los arios. Incluso las personas muy próximas no conocen ni las vejaciones pequeñas ni los crímenes monstruosos. Annemarie no sabe que no podemos vender muebles, que todo está confiscado: ella quiso comprarnos una estantería para libros. El alcalde de Dölzschen no sabía que estoy constreñido a los límites de esta ciudad y que no tengo derecho a tomar vehículos. La señora Eger dijo el otro día: «Es lo más horrible para mí, que la gente diga: "¡Algo *tiene que* haber hecho su marido, no se mata a nadie sin motivo!"». (Yo sé algo aún más horrible, a saber, que en un caso así haya judíos que digan: «Algo habrá hecho, seguro, tapar la estrella o estar en la calle después de las ocho».) Es lo mismo que cuando en la carta de un emigrado pone: «*Caracterialmente* encaja con nosotros». El mismo sometimiento interior.

[…]

FEBRERO

5 de febrero, viernes tarde

Larga carta de Estocolmo, cordial, en tono de conversación y sin idea de nada. Pregunta una y otra vez por mi «vida cotidiana». Como si yo pudiera informar

sobre la vida cotidiana de un portador de estrella. La pregunta «¿Cuándo sales a pasear?» suena a sarcasmo. En los últimos tiempos paran en la calle a los judíos y revisan sus bolsas de la compra. – Lotte Sussmann se ha vuelto católica ferviente. ¡Con misa de alba!

Ayer, en el cementerio judío –donde me siento ya casi como en casa–, a recoger del «depósito de muebles» (competencia de Reichenbach, no hay que confundirlo con el «ropero» donde me dieron anteayer tres camisones usados) el doble hornillo de gas prestado por la Comunidad. Reichenbach me lo había enviado allí. Charla con los tres «obreros voluntarios», estaban llevando mantillo a los bancales de hortalizas, detrás de las hileras de tumbas. Constante rompecabezas: ¿cuánto tiempo aún? ¿Derrota o debacle? ¿Salvaremos la vida? Ultimamente, Jacobi, el administrador, me acoge muy cordialmente en su vivienda aneja al depósito de cadáveres. Siempre me ofrece un poco de tabaco o un cigarrillo. Ayer llegué por segunda vez cuando la familia estaba en pleno almuerzo. Jacobi me susurró al oído cuando me abrió la puerta: «Hoy, ni una palabra. Está aquí mi cuñada más joven. No tiene la culpa, el padre ha muerto, la madre es débil. Influencia del entorno, su propia madre tiene miedo de ella: es jefa de grupo en la BDM. – Una muchacha pálida y tímida, de unos quince o dieciséis años, desnutrida, altísima, ojos pálidos y tontorrones; me dio tímidamente la mano, comía con la cabeza baja, su nacionalsocialismo era compatible con el cementerio judío, el cuñado judío, la comida judía.

Anoche un pequeño altercado político con Herbert Eisenmann. El chico pensaba que la división de Alemania llevaría a más guerras y a la «liquidación de todos los judíos de Alemania». Yo le insistí en que Alemania tenía que partir otra vez de cero, desde muy abajo, con el abecé de la moral, sin posibilidad de hacer daño. Lo que pasara en ese caso con los judíos no era tan importantísimo. Refiriéndose a esa conversación, esta mañana observó la señora Eisenmann que su hijo seguramente estaba influido por su marido, que en su calidad de judío de Bohemia sentía como injusticia contra él mismo la injusticia cometida por los checos contra los alemanes de Bohemia. (¡Algo parecido entonces a la posición que tenía Sebi Sebba en Dantzig frente a los polacos!) ¡Qué demencia de los nacionalsocialistas ha sido y sigue siendo obligar a los judíos a renunciar a su patriotismo alemán! Sólo comparable a la expulsión de los judíos de España.

[…]

Noche

Eva viene de casa de Simón con buenas noticias. La debacle de Rusia parece que es real y decisiva, Inglaterra hace tanteos de paz, en casa de Simón hay esperanza de un pronto final. Sería una dicha indescriptible, diez mil veces mayor que en 1918, pero no puedo creerlo. Demasiadas cosas hablan en contra. ¿Cómo iba a estar configurada esa paz? ¿Con quién se firmaría ese armisticio? Con todo, la simple esperanza ya le hace revivir a uno. Y como Simón también jura que Eva se acostumbrará al balancín, de momento la moral está más alta. ¿Por cuánto tiempo? – […]

6 de febrero, sábado tarde

Al principio de la guerra me dijo Natcheff: «El cenit de Hitler y su verdadero triunfo fue Múnich[23]. *He walked on air,* dicen los ingleses». Yo me he despertado hoy con la tan popular comparación con Napoleón, pensé en el *Walk on air* y formulé estas preguntas: ¿Múnich es a Erfurt como Stalingrado es a Aspern o a Leipzig o a Waterloo?[24] –Estamos esperando a los Hirschel para el café (y a Lewinsky: laboriosa preparación y miserable invitación por esta escasez horrible de cupones), entonces quiero discutir con ellos ese problema.

7 de febrero, domingo noche

A lo sumo Leipzig, todavía en modo alguno Waterloo, ésa era la opinión de Hirschel, que veía muy en peligro nuestra vida bajo el signo de la estrella. (Asimismo, el viejo administrador de la casa, muy filosemita, que vino a cobrar la cuenta del gas y que quería consolarme –habíamos hablado de la probabilidad de un pogromo en el momento de la debacle–: «Sí, claro, usted puede que no lo viva, pero la venganza vendrá con toda seguridad». Tuve que reírme en mi fuero interno por ese consuelo, pero al mismo tiempo sentí un horrendo escalofrío.) En conjunto, ayer no se discutió mucho de política, aunque sólo sea porque Lewinsky es totalmente apolítico. Hablamos mucho sobre judaísmo. La señora Hirschel insistió en que ellos eran *liberales,* en que estaban igualmente en contra del judaísmo ortodoxo y del reformado, que ya no es judaísmo. Dijo que no veía oposición ninguna entre germanidad y judaísmo. Yo: que si se era judío creyente,

lo comprendía. Pero que si faltaban las relaciones con el judaísmo dogmático, con Yahvé, lo mismo que con el dogma cristiano, con el Jesús resucitado, en ese caso para mí lo indicado era la *libre* concepción protestante, el cristiano desdogmatizado de Lessing. (Del todo ya no me creía lo que estaba diciendo.)

[…]

11 de febrero, jueves mañana

LTI […] El informe sobre Stalingrado (*Frankfurter Zeitung*, edición del Reich del 5 de febrero de 1943): «Cuando el 9 de enero el enemigo intentó por enésima vez llegar a un acuerdo, de las líneas delanteras alemanas respondieron *a coro* que no querían negociar, que querían la victoria». Los coros hablados son el instrumento de propaganda interior en tiempos de guerra, son la más alta escenificación y caracterizan con la mayor fuerza el elemento NS en el lenguaje del ejército. –También entiendo como elemento NS las injurias al enemigo. Una y otra vez, *hordas* rusas. En un comentario local del *Freiheitskampf* hubo hace poco un desliz o una recaída; se hablaba de las «fanatizadas hordas rusas», con lo que el sacrosanto *fanatisch* volvió a recaer en lo impío y sacrilego […]

12 de febrero, viernes noche

[…]

Herbert Eisenmann ha contado lo siguiente: anteayer, un tal Heilbut, un hombre honrado a carta cabal, fue sacado del trabajo en Zeiss-Ikon y detenido. Motivo, desconocido, había sido redactor socialdemócrata antes de 1933: pero ni antes ni después de 1933 se le había podido echar nada en cara. Herbert Eisenmann dijo: «Parece que ahora ponen premio a la cabeza de cada judío».

14 de febrero, domingo mediodía

Tengo que destacar el día de ayer, sábado, 13 de febrero de 1943, como extraordinariamente importante. Me trajo la primera señal, y casi la certidumbre, de que la revolución que yo consideraba casi imposible está en marcha desde el interior. Estuve con Schrapel-Richter, nominalmente por la declaración de impuestos; de hecho, porque quería saber por Richter cómo era la moral y la situación «del lado ario», por decirlo así. Me abrió él mismo, charlamos más de

una hora (desde las doce aproximadamente hasta después de la una) en su despacho particular, fue aún más afectuoso, más expresivamente afectuoso que en las entrevistas anteriores. Que cómo podía ayudarme: sólo tenía que decírselo. Me obligó a aceptar hojas de afeitar –¡nuevas, inconcebiblemente finas, una maravilla!–, preguntó por teléfono a su mujer de cuántas patatas podía prescindir, acordamos una nueva cita para el próximo sábado, en que me daría dinero, patatas, cupones de pan, probablemente también «la bazofia de libro con el que se hizo millonario y que le permitieron escribir en la cárcel, yo he visto la "celda", una habitación tan grande y tan confortablemente amueblada como ésta y con un jardín para pasear, ¡y eso por alta traición! –era demasiado débil aquella democracia, ése fue su error, un error que no debe repetirse…»–, es decir, probablemente me dará también *Mi lucha*[25] de Hitler. Pero mucho más importante que todo esto fue otra cosa. Richter volvía continuamente sobre ello: «¿Adonde irá usted cuando vengan los disturbios? Tiene usted que *quitarse de en medio* (*sic*), irse al campo…, podría haber matanzas». Le dije que me resultaba imposible salir de Dresde. Entonces, dijo, tendría que pasar usted a la clandestinidad. El podría procurarme una habitación vacía, un escondrijo de urgencia. Yo le pregunté directamente qué era lo que esperaba. Contestó que en el curso de los próximos doce meses –con lo que no quería decir que había que esperar doce meses– habría con seguridad un cambio. «¿De la derecha?» – «No, de la izquierda.» – «¡Pero la burguesía teme al comunismo!» – «Vendrá de la antigua socialdemocracia», él lo sabía con exactitud. – Pero sólo con el ejército se podía conseguir algo. – Cierto, pero iba a venir, sólo que él no podía decir más. Y si no venía deprisa, entonces el peligro sería grande para los judíos, lógicamente; yo tendría que «quitarme de en medio», podría ir a su oficina, ya encontraría él algún espacio vacío para mí. Él no podía ayudar a todos, tenía obligaciones con su familia, llegado el caso tendría que hacer como si no me conociera –de vez en cuando hablaba por teléfono con alguien a quien llamó una docena de veces «camarada capitán» y a quien saludaba con «Heil Hitler»–, pero él me había conocido en estos meses y le gustaría mucho ayudarme… Yo dije que en mi aislamiento no me enteraría de nada, que en cualquier momento se abalanzarían sobre mí y me cortarían el pescuezo. «Ése puede ser naturalmente su destino, pero quizá se entere usted a tiempo de que se está preparando algo y entonces tiene que quitarse de en medio, y entonces yo encontraré un sitio para

usted…» Eso volvía una y otra vez, mientras la conversación versaba sobre la declaración de la renta, sobre nuestra precaria situación, sobre la guerra, etc., etc. – Antes de la guerra, en los primeros años del Tercer Reich, a veces oía decir al mantequero, al verdulero, a éste y aquél: «En la primavera próxima, el *Stahlhelm, o* los comunistas, o el ejército harán…». En aquel entonces, todo el mundo barajaba en su cabeza esos sueños de golpe de Estado. Siempre decían: «En la primavera próxima…». Y los nacionalsocialistas tuvieron una posición cada vez más sólida, eliminaron cada vez más a fondo a todos los grupos de oposición. Después, la idea de su invencibilidad se graba cada vez más profundamente, desde dentro. Sólo una dictadura militar, decían, podría poner remedio a la situación. Después, tampoco se hablaba ya de dictadura militar. El mando militar *tenía* que aguantar al Partido mientras durase la guerra. – Y ahora esa afirmación, tan terminante, de un hombre muy tranquilo, muy prudente, que está de pleno en la vida «aria» y fuertemente vinculado –por vía oficial– al Partido. (Curioso, se salió en Pascuas de 1933 y sin embargo lo nombran administrador de casas judías.) Todo el comportamiento de ayer de ese hombre me mostró de forma evidente que él estaba enterado de algo más que de simples rumores, que *tiene que* haber algo entre los obreros moderados, la burguesía y el ejército. – A él, por su parte, le convenció bastante lo que yo dije sobre el futuro papel del centro. (Brüning[26] en Londres y el destituido conde Ciano[27], embajador en el Vaticano.) – Sobre la situación militar: él creía, por un lado, que en verano tendría lugar una ofensiva alemana (el *Dresdner NN* trajo el 11 o el 12 un funesto editorial en el que se recordaba el invierno de 1917, en que también «se redujo el frente» y después, en 1918, llegó una poderosa ofensiva alemana); por otra parte contó que Riga ya había sido abandonado por la población civil. – Dije que en los últimos tiempos me hostigaban mucho los niños por la calle. El: su hijo mayor, once años, estaba ahora en la sección infantil de las HJ; que cuando desfilaban, de pronto les decían: «Mirada a la derecha». Y después: «Acabáis de ver a un judío; ¿sabéis cómo son los judíos?». Y entonces venía la correspondiente indoctrinación… Yo mencioné a los seis judíos del Protectorado que habían sido ejecutados, cuyos cadáveres fueron entregados hace unos días al cementerio judío. Él: a un conocido suyo lo habían trasladado ahora a la sede del Tribunal de la Münchner Platz, donde estaba encargado de requisar los objetos de valor de los condenados a muerte; por esa persona, que lógicamente estaba

perfectamente enterada, sabía él, Richter, en qué proporciones trabajaba allí la guillotina: hace poco cayeron en *un* día 21 (veintiuna) cabezas, y no sólo judías.

[…]

Eva tiene que llevar pronto el diario a casa de Annemarie. La guillotina de la Münchner Platz trabaja por motivos más leves.

[…]

18 de febrero, jueves al anochecer

Horas enteras abajo: preparando el café, despejando la mesa, ayudando en la colada grande. Eva se ha ido ahora, rendida, a la ciudad en un intento desesperado de compra. Yo –si el cansancio lo permite– podré hacer algo aquí arriba entre las seis y las siete. Después hay que picar la lombarda: la historia de la lombarda debo añadirla como suplemento. Vivimos casi exclusivamente de las reservas decrecientes de patatas; verdura que no sea «artículo escaso» apenas se encuentra. Ayer, pues, en una tienda de la Gerokstrasse, la dueña, una mujer de cuarenta y tantos años, que ya me ha llamado la atención por su amabilidad. En la tienda, algunas dientas, entre ellas una mujer del pueblo, de cabellos grises, podría ser la madre de un cobrador casado del tranvía. Es muy cariñosa con su perro dogo, grande y de color pardo, cuenta cómo busca amparo en la abuela cuando le van a dar de palos, lo acaricia, etc. Yo me gano seguramente su amistad cuando digo unas palabras amables sobre los dogos en general. La dueña, cuando me llega el turno: « *Choucroute*, lo siento, sólo con tarjeta de cliente; cerillas: no, sal: no». Como *captatio benevolentiae*[28] empecé con un nabo, que nadie quiere, el invierno de nabos de 1917 sigue haciéndose sentir. Por cierto, no se le hace justicia al nabo. La mujer, compasiva, insegura: una lombarda sí que podría darme, en cualquier caso. La pesa, la pone junto al nabo, saca un paquete de sal (¡gran favor!). «75 pfennigs.» Cuando saco el monedero, dice a mi lado la abuelita: «Deje, deje; yo pago por usted». A mí me ardieron realmente las mejillas. Le di las gracias y alargué el billete por encima del mostrador. Ella: «Pero déjeme pagar, por favor». Yo: «Es usted realmente muy amable, se lo agradezco infinito, pero no se trata del dinero, sino de la tarjeta». Ahora la dueña: «Vuelva usted al atardecer, le daré más. De día…, tengo clientes de las SA, he de ser prudente». – Yo: Sólo se me permite de tres a cuatro. – Ella: que ella no se fija en eso. Yo: «Usted no, pero si lo ve otro y me denuncia, me

cuesta la vida». La dueña: «Entonces venga a su hora, yo le haré una señal cuando esté el panorama despejado». Me marché casi conmovido. Después sentí miedo, porque en presencia de las dientas yo había dicho que me costaba la vida, que yo…, etc. ¡«Propaganda de atrocidades»! Suficiente para campo de concentración y para tentativa de evasión.

[…]

20 de febrero, sábado tarde

[…]

Eva estuvo ayer invitada en casa de la señora Ahrens, tomó bizcochos hasta hartarse, además trajo a casa bizcochos y una bolsa pesadísima de patatas; también, por desgracia, la opinión de esa señora, a saber, que habrá con toda seguridad una ofensiva alemana de verano y que el derrumbamiento no vendrá hasta el otoño. – Sólo recuperé los ánimos con Richter, a quien fui a ver esta mañana, como habíamos acordado. Mucho esfuerzo, sobre todo por lo que tuve que transportar en el camino de vuelta. Resultado: 15 kilos de patatas, de los que me llevé esta vez la mitad, 2 kilos de pan en cupones, un paquetito de tabaco, normalización de mi escasez de dinero: yo le transfiero en plazos de 50 marcos los 360 marcos que él tiene derecho a cobrarme por haberme conseguido la hipoteca de 12.000 marcos, y que puedo transferirle fuera de franquicia, y que él reclama para sí sólo nominalmente. Pero sobre todo, Richter habló otra vez de los desórdenes que se esperaban y esta vez ya con más detalle. Con toda seguridad, se esperaba que todo empezara en Berlín y en la costa. No se podía decir si sería enseguida o más tarde. Si yo recibía una postal suya: «Llámeme por el asunto de su inmueble», entonces que me pusiera inmediatamente en contacto con él. Estaba trazando un plan, ya bastante elaborado, para salvarnos. Yo le llamé la atención sobre las detenciones de gentes de izquierdas. A él también le había llegado a los oídos. Pero el comienzo de la ofensiva no había quien lo detuviera. Le dije que *sin* el ejército no se conseguía nada. Él: Indudablemente, pero no faltarán militares. Y otra vez me repitió esa dirección. – Tengo la impresión de estar en una película delirante de aventuras y de revoluciones. Pero si pienso en el discurso que pronunció Goebbels el 18 de febrero en el Palacio de los Deportes entonces tomo completamente en serio la opinión y las advertencias de Richter. El texto original –quiero despiojarlo para

la *LTI*– me lo dio Richter en el *Dresdner Anzeiger* del 19 de febrero. Ayer ya estaban muy deprimidos en el cementerio por ese discurso, porque amenaza proceder con los «métodos más draconianos y radicales» contra los judíos, culpables de todo, si el extranjero no deja de amenazar al gobierno de Hitler a causa de los judíos. El gobierno amenaza y violenta, por cierto, también a los «compatriotas». «La guerra total – la guerra más breve» era lo que decía «el único letrero puesto en la pared frontal de la sala», y quien se oponga a la necesidad de la «guerra *total*», ése lo pagará con su vida, explicó Goebbels. (Cierre de tiendas de lujo y de locales nocturnos, prohibición de practicar la equitación en el Tiergarten[29], servicio general del trabajo, aumento de trabajo para los funcionarios, supresión de las vacaciones.) […]

24 de febrero, miércoles mañana

Esta tarde Eva quiere ir a Pirna, a poner a salvo los manuscritos, los que olvidó la última vez y los que se han ido añadiendo desde entonces: lo que me gustaría es que ya estuviera de vuelta. – No necesita pedir dinero prestado: hoy he transferido a Richter «360 marcos de comisión por conversión de hipoteca». «Fuera de franquicia.» ¿Por qué no me pidió ese hombre el dinero ya entonces? ¿Simpatía desde el comienzo? – Ahora todos están recelosos de todos. Richter tiene una amable secretaria joven. Cuando hace poco me pidió que me preparara la bolsa de patatas en una pieza contigua: «Salga después directamente por el pasillo; la joven del despacho es de confianza…, pero no tiene por qué saberlo todo». – La guillotina de la Münchner Platz; a veces soy supersticioso: el sueño más frecuente de mis años muy jóvenes, seguramente de la pubertad, fue que me ejecutaban: ¿habrá sido un presagio? La guillotina me amenaza, amenaza también a Richter. ¿Serán ciertas sus insinuaciones? Yo hice un comentario jocoso al estilo de Wippchen[30]: «Las ratas hacen crujir las vigas». Pero quizá es sólo una ilusión, porque queremos oírlas. En los últimos días han vuelto a estar más silenciosas: el frente oriental retrocede, pero no se desmorona, en Italia todo está en calma, y en Túnez hasta se consignan éxitos. Y ayer hizo un agotador calor primaveral, y en el parte militar se ha hablado una vez en estos días de deshielo. Si viene el deshielo, la ofensiva rusa se acaba, y el ejército alemán encuentra tiempo para lamerse las heridas y preparar una ofensiva de verano. –

Por otra parte: ¿cómo van a continuar si ya no hay esperanza en el cereal de Ucrania? Tal vez no sea ilusorio ese «crujir». – Eva se esfuerza, hasta ahora sin éxito, por encontrar la dirección exacta de Pótzscha-Wehlen. Una casa unifamiliar junto a la estación, dijo Richter, podría ir a pie hasta allí. (A unos 20 kilómetros de aquí.) Una excursión con peligro de muerte: pero quedarme aquí comportaría aún más ese riesgo. Dijo que cuando me escribiera una postal: «Llámeme para el asunto de su inmueble», habría llegado el momento. Fabricante de sombreros, demócrata, ha perdido a su hijo de diecisiete años en el frente, conoce personalmente al comisario Clemens. Según me han indicado, ésa es la razón de su altruismo… Me persigue la idea de la guillotina.

Acaba de estar aquí unos minutos Lewinsky, muy cansado y deprimido; me trajo el *Frankfurter Zeitung.* «En nuestra fábrica dicen: "Dentro de seis semanas se ha terminado la guerra". Pero eso lo dicen desde hace ya *tanto* tiempo, y dentro de un año seguiremos teniendo guerra…» Yo procuré levantarle los ánimos y también infundirme a mí mismo más confianza.

[…]

27 de febrero, sábado tarde

[…]

Tenía un triple motivo de fuerte pesimismo. 1) La proclama que hace dos o tres días ordenó leer Hitler en Múnich (a través de Esser[31]), en alguna de las conmemoraciones del Partido. Supe eso anteanoche, cuando fui a ver a Steinitz y me encontré allí con Katz. Nadie la había leído directamente, pero al parecer amenaza con la muerte de todos los judíos más abiertamente que incluso el último discurso de Goebbels. Al día siguiente me dijo Eva, que la había leído durante el almuerzo, que era horrible, pero en el fondo no mucho más horrible que lo que Hitler ya había dicho docenas de veces sobre el tema «judío». 2) El shock fue más fuerte esta mañana: hace una semana, Caroli Stern-Hirschberg nos escribió una carta inofensiva y apacible –en su día anoté que hace unos meses la empresa donde trabajaba la había reclamado con éxito en el último instante, sacándola de su grupo de evacuación–, el 25 le contesté, y hoy me han devuelto esa postal. Un sello azul y encima «devolver al remitente», una nota a lápiz: *abgewandert* [‘ausente sin dejar señas’]. *Nota bene* para la *LTI: abgewandert* en lugar de *abgewandert worden* [‘obligada a ausentarse’]. Palabra

inocua que indica‘violar’,‘expulsar’,‘enviar a la muerte’. Justamente ahora ya no hay que suponer que haya judíos que retornen vivos de Polonia. Los matarán antes de la retirada de los alemanes. Por lo demás, hace mucho tiempo que cuentan que muchos evacuados ni siquiera llegan vivos a Polonia. Dicen que durante el viaje los gasean en los vagones de ganado y que el vagón se detiene en las fosas comunes ya preparadas. Soy malísimo, tengo menos compasión de Caroli que miedo a compartir su destino. Eva también estaba muy impresionada. 3) El golpe más fuerte lo recibí, sin embargo, yendo a casa de Richter. Extraño, que eso no influyera en mi mente embotada, sólo lo sentía como molestia en el corazón y como una carga sorda. Había tenido la intención de pasar por la Comunidad en el camino de ida o de vuelta, como la semana pasada. Durante el camino de ida, se me hizo tarde. Cuando pasaba por allí hacia las once, vino corriendo Lewinsky hacia mí, pálido y excitadísimo. «Nos convocan a todos y nos retendrán a todos allí, incluidos los privilegiados, yo sólo tengo permiso para decírselo a mi mujer, hay muchos mensajeros de la Comunidad en camino a todas las casas, seguro que también a la suya; no entre usted: ya no lo dejarán salir…» Yo: que de qué se trataba. – Que eso no se sabía, tal vez evacuaban a Polonia a todos los de los barracones y a *nosotros* nos transportarían ahora allí… Yo dije: «Usted no me ha visto, yo no sé nada, ahora tengo un asunto que liquidar, y si al mediodía encuentro en casa la orden, aún tendré tiempo de presentarme». Yo pensaba todo el tiempo: quizá esté exagerando, pero si no son los barracones ni Theresienstadt, será «servicio de trabajo» y con ello el final de mis posibilidades de estudio. – Hablé con Richter de las temidas nuevas medidas coercitivas. Él: que creía que los matrimonios mixtos aún estaban seguros. Clemens (su inquilino) había estado uno de estos días pasados agitando los ánimos contra los judíos al hablar con él y le había dicho: «¡Si pudiéramos echar el guante a los matrimonios mixtos!». Yo: «Ellos tampoco saben nada. Reciben órdenes de Berlín». Volví a la una, enormemente preocupado. Me encontré en el jardín con Eisenmann *pére*, que desde que lo despidieron de Zeiss-Ikon sigue sin empleo; dijo que no había llegado ningún mensajero y que Lewinsky siempre estaba sobreexcitado. Probablemente, casi seguro, se trataba de una orden de trabajo (de los que piden muchas veces los sábados por la tarde y los domingos, por ejemplo, descargar mercancías), y la Comunidad había llamado a los que estaban más a tiro y retenido enseguida a los que tenía más cerca. – Ahora son

las siete de la tarde, parece que me han dejado en paz (siempre soy extraordinariamente amable con el joven Kahlenberg, *distributori laborum*[32]; he hecho progresos al respecto: si hubiera cuidado con tanto afecto al difunto Estreicher, hoy todavía sería dueño de mi máquina de escribir.

Anteayer, la señora Eger, la viuda, se marchó de aquí a casa de sus padres. En esta enorme casa, judíos sólo vivimos en el piso de arriba nosotros y en el de abajo los Eisenmann. Hemos visto cómo la casa iba vomitando poco a poco su gente, sus cuadros, sus muebles. ¿Cuánto tiempo nos dejarán en paz aquí? Porque aquí hay en efecto una cierta paz. El 3 de marzo hará seis meses que estamos aquí. En todo ese tiempo no ha habido registros, ni siquiera control de la policía. Sólo el miedo de cada día.

LTI. Cf. en relación con *abwandern* [‘trasladarse’]: *pelzen* [‘desollar’] (aplicado a los zorros plateados,‘matar’), cf. el sustantivo *Wanderung* [‘migración’] empleado en sentido sionista.

28 de febrero, domingo mañana

Carta a lápiz de Lewinsky (cf. ayer: alarma). Que no me preocupe, que la operación de ayer no afectaba a los matrimonios mixtos. Que habían traído judíos de otros sitios al campo de aquí y que el campo había quedado totalmente incomunicado: que era inminente la evacuación[33]. He ido a ver a los Eisenmann, el padre estaba aún en la cama, era a eso de las once. Allí he sabido por Herbert Eisenmann que el campo de barracones está incomunicado desde ayer por la mañana. Todos los que no viven en matrimonio mixto y que hasta ahora no vivían en el campo (como la señora Judenkersch y un secretario, Eisner, que estaban instalados ambos en la casa de la Comunidad donde también trabajaban), todos, literalmente todos, están desde ayer en los barracones. Sólo han quedado libres Hirschel y Kahlenberg, para que lleven a cabo los trámites. Todos los demás serán evacuados. – No volveremos a ver a ninguno de ellos. La señora Voss, los Seliksohn, los Reichenbach, la señora Ziegler: los incluyo a todos entre los muertos. ¿Cuánto tiempo nos dejarán vivir aquí? ¿Y cómo viviremos? – Eva se ha marchado a la consulta de Simón. Allí se suele saber algo, a través de su mujer y de Kötzschenbroda[34], y una fracción de ello podría ser verdad. En cualquier caso, se entera uno allí de cómo está el ambiente. – En

cuanto a mí, quiero obligarme a trabajar hasta el último instante. Eva oyó el otro día contar a una mujer en el restaurante que su hijo había enviado una postal del frente oriental, en la que sólo ponía: «¡Aún estoy vivo, aún estoy vivo, aún estoy vivo!». A eso se reduce también mi actitud actual; según el estado de ánimo, que cambia de hora en hora, el acento recae sobre «vivo» o sobre «aún» (alternativamente).

[…]

MARZO

2 de marzo, martes tarde

[…] Por la noche y, durante más tiempo y con más receptividad, en la madrugada, leo en voz alta; a Némirovsky[35] le sigue ahora Johannes Schlaf[36], y ambos, por su parte, también están vinculados al complejo de mi trabajo. Y sin embargo siempre estamos bajo la presión de la atrocidad que ha sucedido y del terrible peligro personal. Mañana por la mañana sale el convoy: los judíos de los barracones junto con los que han llegado de Halle y de Erfurt. No es probable que volvamos a ver jamás a ninguno de los viajeros. Los que quedan son únicamente los protegidos por matrimonio mixto. ¿Protegidos por cuánto tiempo? Ulises en la cueva de Polifemo. «A ti te devoro el último.» Lo malo es que ninguno de nosotros sabe hacer el papel de Ulises. La ayuda tiene que venir de fuera. Se aferra uno a cualquier esperanza. La ofensiva rusa de todas maneras va más despacio, el invierno, que no ha sido duro, parece que se acaba definitivamente, el barro y la nieve deshecha le trae al ejército una pausa en los combates. – Ribbentrop ha estado con el Duce. Nueva esperanza: tal vez sea cierto que Italia esté dispuesta a separarse. – Eva va mucho a la ciudad, a hacer recados, a enterarse de lo que pasa. Por Simón supo que en el ejército había mucho descontento. Esa sería la única salvación. Pero todas esas esperanzas sólo duran minutos. – Eva ha traído también noticias de la Comunidad. Allí trabaja Hirschel casi completamente solo. De momento lo dejan aquí, y ese «de momento» parece fortalecerle en el alborozo del «¡Hurra, estoy vivo!».

Lewinsky, al principio contento con su papel de obrero auxiliar de la Comunidad, ha solicitado volver a trabajar en la fábrica. Dice que era demasiado horrible. Tuvo que ayudar a descargar el convoy de judíos de Erfurt. Un octogenario ciego fue llevado al camión que estaba esperando delante del edificio de la Gestapo. Varias viejas se agarraban al compartimiento y hubo que sacarlas por la fuerza. Uno de la Gestapo increpó a Lewinsky porque no llevaba la estrella. – «Soy privilegiado.» –El tipo le escupió en la cara. – Eva recogió por fin un par de zapatos de goma, que había llevado a arreglar por encargo de la señora Voss –el arreglo duró meses, cf. el arreglo de nuestro reloj del escritorio– y quiso llevárselos todavía a Kätchen-Sara. En este intervalo de tiempo ha salido una nueva disposición: quien entregue cualquier cosa a los judíos destinados a la evacuación es «abatido por la policía». Eso nos lo contó desesperada la señora Glaser, que tenía preparado algo para su amiga Reichenbach. Eva vio ayer a los Glaser cuando salió para ir a la Comunidad y a casa de Simón. Por todas partes el mismo ambiente: desesperación y amargura, temor por la propia vida, un soplo de esperanza y –sobre todo– «¡aún estoy vivo, aún estoy vivo, aún estoy vivo!» (con acento cambiante). – […]

4 de marzo, jueves noche

Necesidad de hablar con gente sobre esta desesperada situación. Ayer en el cementerio. Los tres: Magnus, Steinitz, Schein, en su habitual y tragicómico juego de cartas detrás de las tumbas, en la caseta del jardinero. Muy abatidos; suponen que es inminente la separación de los matrimonios mixtos. O sea, alternativa: la esposa se divorcia o es declarada judía y evacuada también. Los tres tienen la misma opinión que nosotros: las mujeres se quedan aquí y salvan lo que se pueda salvar. (Otro argumento a favor de esto: allá fuera nos separan de todos modos.) – Dudábamos que los que fueron evacuados anteanoche siguieran vivos hoy; más probable es que hayan sido gaseados en sus vagones de ganado – dos cubos para hacer las necesidades en cada vagón. Pregunté por Jacobi. Tenía ya desde hace tiempo una infección supurante del oído medio, en el hospital de aquí no había plaza para judíos, iba a viajar a Berlín uno de estos días para ser operado allí en el hospital judío. Ayer me enteré: la Gestapo había denegado en el último instante la autorización para viajar, lo habían operado en el hospital de Friedrichstädter y llevado a casa en una ambulancia inmediatamente después de

la operación. Parece que está bien. Yo le envié saludos y pasaré a verle el sábado por la mañana. – Hoy, en la Comunidad, a recoger tarjetas de víveres y a hablar con Hirschel. Está allí casi en absoluta soledad. Él y Kahlenberg (y su madre) son los únicos no-protegidos-por-matrimonio-mixto que han dejado aquí. Cifras exactas: han sido evacuados 290 judíos, aquí en Dresde sólo quedan en total algo más de 300, de los cuales 130 llevan la estrella. Hirschel también estaba de un humor sombrío. La Gestapo acababa de decirle que había «comprado» su casa, y que tenía que salir de ella en un plazo máximo de diez días. Le dan habitaciones en la casa de la Comunidad. Sólo una pequeña parte de sus muebles tiene cabida en ellas, no se le permite alquilar un guardamuebles. Quiere intentar meter todo lo posible en los sótanos de la casa de la Comunidad. – Los próximos peligros que nos amenazan a nosotros dos son: a) el hacinamiento de los matrimonios mixtos en la casa proletaria (probablemente infestada de chinches) de la Sporergasse, en el centro de Dresde, adonde hace meses fui a ver al zapatero judío que entretanto ha sido suicidado; b) el servicio de trabajo para mí, diez horas de embrutecimiento diario, con una actividad absolutamente mecánica. Otra preocupación, cada vez más urgente, es la manutención. Dependemos cada vez más exclusivamente de las patatas y, con todas las limosnas y con todo lo que hemos transportado hasta aquí, no pasaremos del 1 de abril. ¡Pero quién sabe lo que habrá sido de nosotros el 1 de abril! Lo bueno de este exceso de preocupaciones es que uno se insensibiliza de un modo asombroso frente a ellas, o cuando menos, frente a las que no son de urgencia inmediata.

Ad vocem manutención hace tiempo que quiero contar algo. Richter, ese hombre modesto, casi de la pequeña burguesía, en cualquier caso no rico, padre de tres hijos, me dijo el otro día: «¿Sabe usted lo que cuesta el medio kilo de café de estraperlo? 200 marcos. Yo no puedo prescindir del café, trabajo de noche; hoy he comprado un kilo». De lo que se deduce que la actitud de los arios frente al dinero es la misma que en la guerra anterior: no creen en el valor que pueda tener en la postguerra, de momento tienen bastante, lo convierten en comestibles y pagan todo lo que les pidan en el mercado negro. Traficar, se trafica con todo: a pesar de la guillotina.

[…]

6 de marzo, sábado mañana

Continúa esta inmensa depresión entre los judíos (incluido yo). Ayer, cuando fregaba la cocina, de pronto estaba Glaser delante de mí. Que si a Reichenbach le habían llegado sus gafas, vía Glaser-Eva. Sí, a través de Hirschel. Por desgracia también me había enterado de que habían golpeado ferozmente a Reichenbach cuando lo embutían en el vagón de ganado… Glaser, muy *down*, me preguntó si yo creía que se moría mejor junto con otros compañeros de infortunio. Yo, en cambio, era muy escéptico. – Por la noche en casa de Steinitz-Magnus, adonde fui a por libros para la lectura en voz alta, el mismo abatimiento. – Acabo de dormirme otra vez (se ve en la frase anterior). Ahora quiero hacer una visita de enfermo a Jacobi; puede que por la tarde me encuentre más despejado. También es verdad que esta mañana ya estaba enjabonándome a fondo a las seis y que anoche no me acosté hasta después de las doce. Eva se durmió a las primeras líneas, aunque yo había traído algo realmente interesante, y después seguí una hora con el Schlaf, que a pesar de sus méritos evidentes no es apropiado para una lectura completa.

Tarde

[…] Me he quedado pocos minutos en casa de Jacobi; está en la cama, todavía muy débil y todo vendado. Parece que ha sido la energía de su mujer lo que le ha salvado la vida. *Había que* operarle, era urgentísimo. La Gestapo no le dio permiso para viajar a Berlín. Aquí decían: En el hospital no hay ninguna habitación individual libre, en una sala general no puede estar hospitalizado un judío: de modo que no es posible operarle. Entonces la señora Jacobi, aria, se abrió camino hasta el jefe de servicio del Hospital de Friedrichstadt[37] y le dijo furiosa: «Así que usted deja morir a mi marido porque es judío». Eso tiene que haberle producido malestar de conciencia al médico, que hasta discutió por teléfono con la Gestapo. Resultado: se permitió la operación, pero Jacobi tuvo que ser trasladado a su casa inmediatamente después en una ambulancia. Los médicos y las enfermeras fueron muy amables, antes de operarle dijeron: difícil y en el último, en el ultimísimo momento. Inmediatamente después de trepanarle el cráneo lo metieron en la ambulancia, un cascajo que sólo daba tumbos y en el que la camilla no tenía suspensión: ya fue una gracia especial que le permitieran el transporte sobre cuatro ruedas. Ahora Jacobi está fuera de peligro, durante el período postoperatorio lo ha tratado el doctor Katz. «Hoy en día no se puede

estar enfermo, si se es judío», me dijo él. Yo no he tenido la impresión de que su relato –la señora Jacobi ha contado lo sucedido en términos semejantes– desfigure la verdad y ponga atrocidades de su cosecha. De los médicos y de las enfermeras, como he dicho, hablaba con enorme gratitud. Pero así es, todos están bajo la presión de la omnipotente Gestapo.

[…]

10 de marzo, miércoles mañana

Pese a las variaciones, enervante estancamiento y repetición de lo mismo. Continuamente combates en el frente oriental, retiradas por un lado, exitosas contraofensivas por otro, continuamente calma en el frente occidental, continuamente rumores de agravamiento en el interior, continuamente calma y terror: calma en la población, terror a cargo del gobierno. Continuamente, en los judíos, actitud extremadamente optimista y extremadamente pesimista. Estoy mucho con las pocas personas con quienes todavía tenemos trato –el domingo por la tarde estuvieron en casa nuestro Lewinsky y Steinitz, por la noche se sentó con nosotros en la cocina Eisenmann padre–, cada cuarenta y ocho horas, aproximadamente, hago un esfuerzo y voy al cementerio o a casa de Steinitz o a la Comunidad y por el camino intento –casi siempre sin éxito– comprar carbón.

Eisenmann padre es optimista, piensa que el derrumbamiento vendrá ya en Pascuas; el hijo está sumido en la más honda melancolía desde que vio cómo se los llevaban a todos. Entre los evacuados, cuenta su padre, estaba una chica que fue su primer amor […]

14 de marzo, domingo mañana

[…]

Mis habituales correrías, que cada vez me agotan más. En una ocasión llegué incluso a hacer una visita a Neumark, junto a la Kreuzkirche. Hoy, en busca de libros de economía política: Oppenheimer[38], Gumplowicz[39]. Vano empeño. Después en la Comunidad. Hablaban de los golpes que le habían propinado a Reichenbach cuando salía el convoy. Él es muy miope, y a través de Glaser, de Eva, de Hirschel, le habían entregado en el último instante sus gafas recién arregladas. Después, se atrajo las iras de uno de la Gestapo, probablemente

porque andaba muy despacio arrastrando su maleta. Hirschel: «Aquí están las gafas, yo las recogí después, cayeron al suelo con los golpes y después las pisotearon». Faltaba una patilla, un cristal estaba hecho trizas. – En el cementerio, Steinitz me señaló a una mujer: venía a diario, adornaba constantemente la tumba de la urna con flores frescas y con cintas impresas. Una cierta señora Bein, aria. Detuvieron por razones desconocidas a su esposo judío y a su hijo, declarado «mestizo judío», y unas semanas después fueron abatidos «durante una tentativa de evasión». – […]

15 de marzo, lunes noche

Viene la primavera –siguen las heladas nocturnas–, con campanillas blancas y los primeros brotes de hojas, y a la puesta del sol caminé Elba arriba teniendo enfrente los tres castillos. ¿Cuándo podré volver a dar largos paseos con Eva? Hace mucho tiempo que no me atrevo a ir por la calle con ella.

Las líneas alemanas parecen consolidarse otra vez en Rusia, Charcow ha sido recuperado; así pues, esto puede continuar otro verano. Entretanto, mis fuerzas van remitiendo cada vez más; hoy he vuelto a dormir varias horas sentado ante el escritorio. Sin duda, la lectura de Buber me resulta especialmente tediosa.

Una carta muy larga de Arne Egebring con las rayas marrones y azules de la censura. Consejos médicos. En una carta anterior decía que mis dolores no parecían síntoma de angina de pecho; ahora opina que yo le describo exactamente los síntomas habituales de la angina, y me aconseja esto y aquello para evitar que empeore. Me ha causado cierta conmoción, porque eso equivale a muerte segura dentro de un plazo muy previsible. En años anteriores siempre tuve la esperanza de que «más tarde» tendría una actitud más filosófica frente a la muerte; y he aquí que tengo sesenta y un años y estoy tan inquieto y abatido como siempre. No dejo de pensar en la frase de papá, consignada en el *Curriculum*, cuando afirmó que por fin había aceptado la muerte. No la había aceptado y tenía setenta años. Me resulta difícil seguir trabajando como si me quedara tiempo suficiente para llevar algo a término. Pero trabajar es la mejor forma de olvidar. Lo único es que me duermo continuamente de agotamiento. Y que fallo por completo al enfrentarme con tantos campos y tantos estilos. – Sussmann escribe a continuación, detalladamente y sin embargo con poca claridad, sobre sí mismo. Al parecer, hay alguna disensión con su yerno, parece

que Sussmann vive por su cuenta con los escasísimos residuos de su fortuna; ni siquiera sé si está en casa de la hija. Dice que tiene que ahorrar mucho, que se administra a sí mismo, guisa (infiernillo de alcohol), friega los platos, zurce, remienda, cose. Por lo demás, «viene varias horas el nieto, Bertil, a quien él le hace juguetes y luego saca a pasear». El niño tiene tres o cuatro años, por eso no podrá cruzar la calle solo. ¿Tendrá Sussmann una habitación en la misma casa? La situación nos resulta poco clara. En la última carta, Sussmann aún escribía acerca de una gran fiesta navideña, con un gran banquete. Y ahora: «Desde hace más de un año», él se hace su comida…

17 de marzo, miércoles noche

Hoy he concluido provisionalmente, con la honda sensación de no haberlo entendido, los apuntes sobre Buber. – Muy deprimido desde la reconquista de Charkow y la certidumbre de que tengo angina de pecho. Los «soldados de papel» están al comienzo y al final de mi vida. El *Siglo XVIII*, el *Curriculum*:, la *LTI:* siempre seguirán siendo *soldados de papel* y desaparecerán exactamente igual que los verdaderos soldados de papel de mi infancia.

[…]

20 de marzo, sábado tarde

El estado de Eva es poco satisfactorio: el pie le vuelve a fallar y reaparece la neuritis del brazo; mi estado no es bueno: fatiga en casa y dolores en el pecho al andar; la contraofensiva alemana en el sur de Rusia sigue adelante, también parece que la debacle del invierno está superada, y todas las esperanzas de que el hundimiento viniera en primavera –la primavera que comienza mañana– han quedado frustradas. Así busco refugio para los dos en *Los Buddenbrook*[40] y leo mucho en voz alta durante el día. ¡Que yo no haya saboreado del todo hasta ahora la genialidad de esa obra! ¡Que no la haya conocido inmediatamente después de su publicación, sino después de la guerra mundial, en la época en que mi horizonte se iba reduciendo con la especialización! Qué raro.

LTI. El lenguaje del boxeo es imprescindible para Goebbels. En el *Reich* del 14 de marzo (que sigue defendiendo a Inglaterra contra Rusia) ya hay tonos más optimistas, Goebbels hasta se defiende diciendo que los números anteriores no

habían cultivado un «pesimismo intencionado» (el pesimismo que en otro tiempo se echaba en cara a los enemigos), sino que nos había ido realmente muy mal, y que ahora hacía falta el máximo esfuerzo si se quería evitar una recaída. En este contexto está la frase del boxeo: «En el *asalto* decisivo todavía hay que disponer de tantas fuerzas que se reciba cómodamente cada golpe del enemigo y se pueda responder con un golpe aún más fuerte». – Viejos eslóganes que otra vez salen a la luz: la guerra total exige algo más que sólo «la ejecución de medidas de organización para agotar exhaustivamente el potencial interior».

23 de marzo, martes al anochecer

[…]

Aunque Eva se quedó en la cama, el domingo tuvimos muchas visitas, que se sentaban junto a su cama. Primero se presentó Glaser, al que no esperábamos; después de comer, implacable, Lewinsky, al que sí esperábamos, y finalmente, tras la cena, el matrimonio Eisenmann. Lewinsky afirma que Goebbels, en uno de sus últimos artículos –pero no recuerdo exactamente en cuál–, para indicar el analfabetismo geográfico de los norteamericanos dice que no tienen «sentido del espacio». Sobre «espacio» he escrito ya algo hace pocos días.

Glaser me trajo un artículo, que todavía tengo que evaluar, del *Frankfurter Zeitung*, sección de economía; él reúne palabras para mí, pero mecánicamente, exteriormente, sin fijarse en el significado interior. Lewinsky también volvió a darme varios ejemplares del *Frankfurter.*

El domingo (21) habló Hitler –al parecer, la letanía habitual sobre aniquilación y victoria– y después hizo no sé qué visita a algún sitio. Por tanto, se le ha oído e incluso se le ha visto, con lo que quedan desmentidas las habladurías sobre su enfermedad y hasta sobre su muerte. Por otra parte, el optimismo opina: su discurso en el «Aniversario de los héroes» había sido trasladado del 14 al 21 de marzo y sólo duró veinte minutos en lugar de las dos horas de rigor; así que seguro que estaba enfermo y todavía no debe de estar bien. Según dicen, fue él quien dio el motivo del aplazamiento: dijo que quería esperar hasta que el frente se estabilizara.

29 de marzo, lunes mediodía

[…]

Estoy continuamente rendido –dolores cardíacos, cansancio constante– y muy deprimido. La depresión la comparto con todos los judíos. También con Richter, con quien estuve el sábado para recoger dinero y cupones de pan. Sobre la situación dijo lo siguiente: que la veía más nebulosa que la última vez. Que si Alemania capitulaba ese mismo día sin condiciones, salvaría un 90% de su sustancia. Pero en lugar de eso seguía desangrándose, y cada día que pasaba traía consigo peores condiciones de paz. Porque la derrota era absolutamente segura. Pero igual de seguro era que todavía vendría una ofensiva de verano en el frente oriental, probablemente con victorias que levantarían la moral y que permitirían superar el próximo invierno. A él, a Richter, le horrorizaba la paciencia apática y la necedad del pueblo: había aceptado sin la menor queja las increíbles salvajadas de la «movilización total», aceptaba las monstruosas bajas en el frente, el trabajo constante de la «gulyotina» –Richter no es un inculto, pero francés ya no estudia nadie–, lo aceptaba todo y se dejaba llevar al matadero. Gente descontenta había cantidad, y organizaciones a nivel local, pero él no sabía si existía alguna «organización matriz» […]

¡De qué cosas se puede tener envidia! La señora Eisenmann, que se mata a trabajar, me dijo: «La señora Eger tiene suerte. Le han concedido una estancia de varias semanas en un sanatorio». A la señora Eger le han matado al marido, la han tenido tres semanas en la cárcel, y resulta que ahora «tiene suerte».

Correspondencia de hoy. Gertrud Schmidt escribe a Eva que vaya a verla con la bolsa de la compra para que Gertrud pueda copiar la hechura. Eso significa: la señora Ahrens dice que tiene patatas para nosotros.

[…]

ABRIL

5 de abril, lunes mañana

[…] Ayer, «Día de la Wehrmacht». Desde el cercano campo de tiro se oían continuamente los disparos. «Asalto de una aldea rusa», pagando entrada, hasta

las 2:50 horas. ¿No es eso indigno, mientras fuera se asalta y se muere de verdad? Eva dice que en la ciudad alternaban los carteles de esa aldea rusa con las fotos de doma de animales del circo Sarrasani, que está aquí estos días. Otras unidades hacían reclamo ofreciendo embutidos no racionados. Esas cosas de la Wehrmacht también forman parte de la *LTI*.

[…]

El sábado estuvo Lewinsky en casa y leyó muy bien, sin excesiva afectación, el *Hexenlied* [‘Canción de la bruja’] de Wildenbruch[41], que yo no conocía, y trajo también el *Frankfurter Zeitung* y un librito de Johst[42]. El domingo *di nuovo* Lewinsky y Steinitz.

Soy tan prudente que escondo cada hoja cuando hago una interrupción aunque sólo sea de unos minutos. Estoy atento a todos los ruidos que vienen del exterior. Sin embargo, antes me han sorprendido escribiendo. Llaman a la puerta, y ya hay fuera unos hombres con uniforme de la Gestapo, que quieren ver la casa. No han entrado, eran inofensivos: menos mal. No cabe duda que esto de escribir este manuscrito en la casa pone en constante peligro nuestras vidas: también la de algunas personas que menciono en ellos. Y sin embargo no puedo dejar de escribir. Y a pesar de la depresión y de todo el simbolismo de los «soldados de papel», no puedo perder la esperanza.

8 de abril, jueves al anochecer

[…]

El año pasado, cuando quitaba nieve, escribí mucho sobre el «privilegiado» Johannes Müller, cuya esposa seguía encargada de su fábrica de piel. Ese hombre cabal me ayudó a veces dándome cupones de pan, de vez en cuando me regalaba un caramelo; yo le tenía cierta envidia porque le concedían algunas facilidades. Después no supe más de él. Ahora: fue detenido la semana pasada; motivo, desconocido; dicen, pero no se sabe a ciencia cierta, que una nueva disposición obliga a esos privilegiados cuyos hijos arios están en el extranjero a llevar la estrella y que él no se había enterado a tiempo, dos días después se ahorcó (o lo estrangularon) en la Jefatura de Policía. El cadáver se lo entregaron, desnudo, a Jacobi; fuera de las señales en el cuello no había heridas. Ese caso me ha producido otra vez escalofríos.

13 de abril, martes mañana

En el fondo, todo sigue igual. Eva pasa mucho tiempo en la cama, yo estoy muy sujeto por las tareas domésticas y la lectura en voz alta […] Engullir patatas tres veces al día, pelar patatas, ir a la caza de patatas y acarrear patatas. Los Hirschel nos pasan 1 quintal, Gertrud Schmidt 2 quintales, la señora Steinitz, lo que puede.

Y sin embargo no sigue todo exactamente igual, sino que la tensión crece. Derrota progresiva en Túnez, aumento de la represión y el terror. La semana pasada hubo aquí cuatro detenciones de maridos de matrimonios mixtos, entre ellos por lo visto el consejero médico Leipziger. Hirschel me ha dado esta última estadística (en números redondos) de la Unión del Reich: el 1 de marzo quedaban en toda Alemania 43.000 judíos, el 1 de abril, sólo 31.000. De los 12.000 deportados de este último mes, 8.500 han sido evacuados de Berlín. Hirschel veía nuestro futuro muy negro. Su mujer fue convocada el otro día a la Gestapo –la citación ya es una tortura por sí sola, porque no se sabe si se va a volver–, allí la maltrataron pero la dejaron libre. En el último registro habían encontrado sobre su escritorio un papel en el que ella había consignado los comestibles que, en comparación con los arios, *no* nos suministraban a nosotros. El comisario le dijo después de interrogarla de modo vejatorio: «Por desgracia no hemos conseguido probar que usted utilizaba ese papel con fines propagandísticos». – El doctor Katz llama a la señora Hirschel, algo exquisita y sapiente, «la señora consejera secreta»[43], y no es completamente inexacto, pero conmigo es muy amable y me ayuda de verdad. Su biblioteca y su saber me hacen extraordinarios servicios, porque está al corriente de todo lo relacionado con los judíos y de la literatura alemana moderna. Hace poco me dio, además de las patatas, lectura: Buber y el Movimiento de la Juventud, que necesito en relación con Dwinger[44].

[…]

15 de abril, jueves tarde

[…]

Ha llegado de Berlín una carta firmada por «Emmy Nasaroff», que también tengo que evaluar *sub specie LTI*. Después de elucubrar un poco, entendimos

que la remitente era una Meyerhof (nombre de soltera) de Hildesheim que nos vio una vez de niña, cuando nosotros íbamos allí desde Brunswick; ahora vivía en Berlín, en matrimonio mixto, había conservado hasta ahora el legado escrito de Carola Stern-Hirschberg y estaba ordenando y destruyendo esas cartas, porque en Berlín ahora la habían emprendido contra el cónyuge judío de los matrimonios mixtos. La señora Nasaroff escribe en una mezcla de estilos «enciclopédico» y berlinés. Lo berlinés se ve en que pone el acento, un acento excesivo (convirtiendo así lo divertido y afectado en su contrario) en la actitud antiheroica, antisentimental, impasible en todos los aspectos. La señora Nasaroff nos dice «que *no hay reservas* de Caro[45] desde el 17 de febrero»; que ella tiene que destruir lo que había guardado hasta ahora, «porque entretanto *también han reclamado mi tipo y todo*» (ambas frases al mismo tiempo berlinesas y enciclopédicas). «Además los malvados ingleses han elegido justo mi barrio para poner sus huevos.» (Tampoco estilo berlinés únicamente. La señora Nasaroff dice lo que en el fondo no puede decir, y con el cómico «malvados» insinúa su estado de ánimo, por no decir su actitud aprobatoria frente al comportamiento de los ingleses.) Una postdata dice: «¿Sigue existiendo de alguna forma el viejo profesor Pöppelmann[46]? (Su hija vivió en tiempos en mi casa; era una chica muy maja.)». Eva interpreta lo siguiente: «¿Sigue en pie el Zwinger? ¿Ha tenido Dresde ya serios ataques aéreos?». Aunque esa interpretación no fuera exacta –pero lo es seguramente–, es característico que al momento se busque y se encuentre tal interpretación. No contamos ya con un sentido literal, sin segundas intenciones, de lo que dice una carta. Esta carta de Emmy Nasaroff es, por tanto, un documento extraordinariamente valioso para la *LTI*.

16 de abril, viernes mediodía y después

Fuera, bellísima primavera con los abedules ya poblados de hojas y los frutales en flor. Tanto más amarga me resulta esta cautividad. Mi libertad de movimientos se ha ido reduciendo más y más. Mis sueños siempre acaban en el coche. Me gustó tantísimo, había vinculado a él tantos planes de viaje. Hoy ni siquiera puedo utilizar el tranvía, no puedo salir del radio de la ciudad, no puedo dejarme ver al lado de Eva, desde las últimas detenciones lo mejor es que ni siquiera salga solo a la calle. (Al menos evito el centro elegante, como todos los

portadores de estrella.) – He pasado la mañana entera fregando la cocina y tengo que bajar enseguida otra vez a hacer té y a fregar la vajilla, así que lógicamente estoy muy deprimido. Con todo: *aún* no me han detenido, aún no ha venido el inminente desalojo del piso ni el inminente enrolamiento en el servicio de trabajo. Todavía puedo leer en voz alta durante horas y sentarme ante el escritorio. Y en Túnez, al Eje le van muy mal las cosas.

Dos pequeños consuelos *voce populi*, lo único es que no son de duración, nos han defraudado demasiadas veces. La primera: ayer, como ya ha sucedido aquí a menudo, han vaciado habitaciones. Es decir, según las necesidades, se hace cargo del mobiliario de los evacuados la *NSV*[47] o algún hospital. Un encargado de la vigilancia, bastantes obreros. Así que ayer, entre otras cosas, las pertenencias de la señora Ziegler que aún quedaban por aquí, parte de ellas estaban en nuestra cocina común. Cuando bajé hacia el mediodía, había desaparecido, junto con las cosas de Ziegler, un hornillo de gas que me había prestado el depósito de muebles de la Comunidad hace cosa de dos meses, todavía en tiempos de Reichenbach. Con dos fuegos, en lugar de los dos hornillos de un solo fuego que había aquí, uno de los cuales siempre fallaba traicioneramente. Esa pieza prestada tampoco valía gran cosa, Eisenmann padre se había esforzado inútilmente en regularla, estaba allí sin ser utilizada. Y sin embargo: yo era responsable de ella ante la Comunidad. A través de la honrada mujer del conserje le pedí al de la cruz gamada que me devolviera el hornillo que se había llevado por equivocación. Respuesta: no era error, la Gestapo reclamaba ese objeto, y yo sólo tenía que decírselo a la Comunidad. – Bueno, vale, ya se alegraría el nuevo propietario cuando comprobara la inutilidad del tal aparato. Pero una hora después, eché de menos la olla de las patatas, y ése es nuestro utensilio más importante y hoy por hoy perfectamente insustituible: no se pueden comprar cacharros de cocina. Tuvimos que utilizar una olla pequeñísima y estábamos furiosos. La señora Rasch se dirigió a los obreros: el que vigilaba parece que ya no estaba. Respuesta: tenían que trabajar aquí un día más y devolverían la olla. Contra lo que esperábamos, vinieron ayer, en efecto, dos hombres de cuarenta y tantos años. Les di encarecidamente las gracias. «No tiene que agradecerme nada: ¿por qué no dijo enseguida que era suyo?» (¡«Usted» y llamar antes a la puerta de la cocina! Increíble.) – «Con el hornillo de gas no me sirvió de nada decirlo: ¿por qué iba a molestarme otra vez?»

Guardaron silencio y se marcharon. Poco después, uno de ellos mete la cabeza por la puerta entreabierta y dice en voz baja: «¡Animo!». Yo le miro asombrado. Él, entonces: «Esos cerdos, esos malditos – lo que hacen con la gente – en Polonia – yo también estoy frenético con ellos. Ánimo, esto no es para siempre…, no aguantarán en Rusia otro invierno – ánimo, las cosas van a cambiar…». Llegó entonces su compañero, él se calló y se marchó. El camarada seguro que tampoco era amigo de los nazis, de lo contrario yo no habría vuelto a ver la olla estando él delante – pero ¿quién se fía hoy de su compañero? En la Münchner Strasse hay una guillotina. – El segundo consuelo, otra historia de patatas, claro. íbamos a recibir 2 quintales de «Gertrud Schmidt». Como eso debe permanecer en secreto, y como nadie puede trabajar para un judío, y como yo no puedo presentarme en casa de Gertrud Schmidt, había que contar con que Eva acarreara esos 2 quintales *peu à peu*, lo mismo que yo recojo 1 quintal poco a poco de casa de los Hirschel. (Por lo menos, Eva puede utilizar el tranvía, en contrapartida tiene más que comprar y la neuritis.) Así que ayer, «Gertrud» le dijo que cerca de ella vive un mozo de cuerda amigo suyo, abrumado de trabajo, pero muy filosemita. «Diga que va de mi parte y que es para un judío». (La señora Ahrens es aria del todo, pero apasionada partidaria de nuestro bando.) Eva fue a ver al hombre, sonrió enseguida con gesto de quien está al corriente antes de que ella explicara nada, y traerá, por tanto –lo que no deja de ser peligroso para él– los 2 quintales. – He tomado esos dos episodios como síntomas y me han levantado la moral. Pero enseguida volví a decir para mis adentros: ¿De qué sirve un millón y más aún de tales obreros y mozos de cuerda? De nada frente a la ingente organización y falta de escrúpulos y prepotencia del gobierno.

[…]

18 de abril, domingo mañana

Ayer, con el correo de la mañana, la orden de presentarme al servicio de trabajo el lunes 19 de abril. Tuve que ir a la Comunidad y allí me enteré: la empresa Willy Schlüter, Wormser Strasse 30 c. Horario, todos los días de las catorce a las veintidós horas, se trata de un trabajo muy fácil, pesar y empaquetar té. Para mí no se trata de fácil o difícil, sino de la pérdida irreparable de tiempo y de la mortal monotonía de esas ocho horas. Cuando me mandaron quitar nieve, me

quedaba la esperanza de recobrar mi libertad en primavera; ahora me roban irremediablemente mis días por todo el tiempo que dure la guerra. No será posible continuar haciendo en serio lo que quiera que sea. Este nuevo golpe, por mucho que estuviese esperándolo, me ha dejado muy deprimido. Mi vida es cada vez más pobre. Y éste no es necesariamente el último golpe. – Acabo de regresar del entierro de Johannes Müller. (¿Cuándo enterrarán así *mi* urna?) Ha sido perfectamente horrible. La viuda, una mujer mayor, gruesa y alta, envuelta en velos, estaba sacudida por los sollozos, gemía inconteniblemente. Cuando le dábamos la mano junto a la tumba en miniatura, repetía: «¡Pobrecito mío, pobrecito mío!». Jacobi, que me dijo una vez que «no creía en todo ese bla-bla», volvió a soltar una absurda colección de rezos y fórmulas homiléticas. No se aludió, naturalmente, al destino propiamente dicho y al final que había tenido aquel hombre. Esta vez hubo flores y comitiva aria, además algunos judíos que llenaban la pequeña salita auxiliar. – Los judíos, impasibles e indiferentes. También en eso totalmente habituados a la esclavitud. La muerte de ese hombre les parecía ya casi una cosa justa: él debería haber sabido que los privilegiados cuyos hijos viven en el extranjero últimamente tienen que llevar estrella. ¡Así que fue culpa suya! Opiniones así, las oigo ahora muchas veces.

[…]

25 de abril, domingo de Pascua, mañana

De alguna célebre novela (¿cuál?) francesa se me quedó grabada esta frase católica: *«Le leurre éternel du printemps»*[48]. Me la he repetido muchas veces, pero nunca me ha perseguido tanto como ahora. Tenemos una primavera tan hermosa, tan temprana, tan plena como en 1920, cuando entramos en Dresde el 16 de abril a través de los frutales en flor. Y frente a esa exuberante belleza – cuando voy a la fábrica, flores en todos los jardines; en una parcela de la Wormser Strasse situada bajo el nivel de la calle, copas florecientes de árboles frutales a la altura de los ojos; aquí, en el Lothringer Weg, al borde del parque, un delicado arbusto rojo brillante de cedonias–, la inminencia de la muerte cada vez más cercana y angustiosa: Juliusburger, algo prepotente (Lewinsky dice *Oberchochem*[49]), pero lleno de vitalidad y buena persona, colaborador mío dos días en la fábrica de Schlüter, el miércoles detenido, el viernes muerto;

Meinhard, al que sólo vi fugazmente, detenido y muerto; y anoche la noticia de la detención de Conradi. Con ello cae el último muro que yo, en mi ilusión, pensaba que seguía existiendo entre la muerte y yo. También Conradi, catedrático, funcionario del Estado en situación de retiro, veterano de guerra (como oficial médico), en política más de derechas que de izquierdas, matrimonio mixto, científico reputado, prudente y apacible: lo conocí el lunes, tenía prevención contra él porque sólo me habían contado cosas malas suyas, y sin embargo me gustó mucho su manera de ser. – En cualquier momento me puede tocar a mí. Y después estar sentado en la celda esperando minuto tras minuto que venga el verdugo, tal vez un día, tal vez semanas, tal vez no me estrangule nadie aquí («no me ahorque yo mismo»), sino que para morir haya que esperar hasta el viaje al campo de concentración («abatido durante un intento de evasión») o en el propio Auschwitz, de «insuficiencia cardíaca». Es tan espantoso imaginarlo con todos los detalles aplicado a mi persona, aplicado a Eva. Yo lo reprimo continuamente, quiero aprovechar cada día que pasa, cada hora. Quizá sobreviva, a pesar de todo.

[…]

La firma Willy Schlüter fabrica, según dice el letrero de la casa, hierbas para baños medicinales y tisanas. En una casa al fondo de un jardín, una cosa intermedia entre domicilio particular, oficina y fábrica. En la planta baja, en sustancia dos largas salas contiguas, con piso de baldosas. En una de ellas, mesas perpendiculares a las ventanas; en el interior de la sala, de la puerta exterior a la interior, un ancho camino longitudinal; en la pared longitudinal y en la pequeña habitación trasera contigua, cajas de cartón con la mercancía. En el pasillo longitudinal, sobre cajones vacíos y abiertos, cajas de té llenas, cuyo contenido se echa con una pequeña pala metálica en bolsitas de 100 gramos. Sobre las mesas, balanzas; en ellas se colocan las bolsitas para pesarlas. En el sitio siguiente, se las cierra. En otros sitios, se las mete en cajones de 6 kilos. En esta primera semana también se pegaban en la misma sala unas tiras en torno a las bolsitas. Pero sólo eran «paquetes urgentes de guerra», de carácter provisional. Habían comprado bolsitas de café Türmer, a las que se les ponía encima una tira de «Té Schlüter». En el intervalo han llegado –yo mismo he ayudado a descargarlas– 200.000 bolsas de celofán propiedad de la empresa. La mayor parte del tiempo, he estado allí de pie llenando las bolsitas, un poco también he

pegado y pesado. A intervalos trabajo en cadena, metiendo y sacando cajas de cartón. (De poner tiras y cerrar las cajas de 6 kilos ya listas del todo se encarga una sección de mujeres del piso superior, que no conozco.) El esfuerzo, lo mortalmente cansino de ese trabajo, consiste para mí, naturalmente, en su siniestra monotonía e insipidez, un niño de diez años lo haría más rápido y mejor. Por lo demás, el tiempo pasa más deprisa de lo que yo temía; en mí sólo queda una sorda melancolía, por el tiempo perdido para siempre; soy incapaz de pensar algo coherente, caigo en una especie de letargo. Los compañeros de trabajo no lo ven como algo tan malo. «¿Voy a quedarme en casa papando moscas?», me dice un septuagenario bien conservado, un tal Witkowsky, *già* comerciante. Emplea el tiempo, nunca ha tenido un trabajo más intelectual, gana un poquito de dinero. Salario, 60 pfennigs por hora. Quien es «privilegiado» y por consiguiente está libre de «cargas sociales» y de los impuestos más fuertes, recibe unos 50 pfennigs limpios; en mi caso serán entre 35 y 40. A las cuatro hay cinco minutos de descanso; nos dan una taza de sucedáneo de café, muy aguado. El café lo ponen los empleados, y allí lo preparan. De cinco y media a seis es el descanso de la cena. Yo llevo una lata de aluminio con patatas frías, un bote de cristal con *choucroute.* Vuelven a darnos café y podemos pedir que nos calienten la comida. Por lo demás, está previsto que «también» los judíos cenen en la cantina –vinculación a un centro de distribución de comidas de la *NSV*–, pero hasta ahora sólo está solicitado y «previsto». A las ocho, otros cinco minutos de descanso, esta vez con té de menta, que suministra la firma. A las nueve y media se empieza a limpiar, a las diez en punto nos vamos. En la sala longitudinal, junto a nuestra sala de empaquetamiento, hay una habitación como de fábrica. Las distintas hierbas que hay que mezclar están en grandes artesas unas junto a otras, frente a ellos el tambor giratorio para hacer la mezcla, apenas diferente de los que revuelven el cemento. De día, trabaja allí una plantilla casi sólo de mujeres arias a las órdenes de un montador ario (son probablemente las mismas mujeres que nos preparan las cosas en la cocina y en una habitación contigua), por la noche, un grupo judío. Un tema inagotable de discusión es si uno tendría que apuntarse o no para el turno de noche. Unos dicen: habría que intentarlo de todas todas: descansos más largos, 80 pfennigs la hora, y ya está solicitado el suplemento para trabajo prolongado (pan y carne), «previsto» «también» para judíos. Y otros dicen: de ninguna manera: un polvo horrible, un esfuerzo

horrible. Yo lo he solicitado, para conocerlo y porque me parece un poco más romántico y por eso quizá transcurra más deprisa que el turno de día, y porque quizá me deje algo más de tiempo libre que el turno de día. – Como por la mañana, de seis a dos, trabajan arias en «nuestra sala» y como la sala de mezclas también tiene personal ario (y se comportan humanitariamente con nosotros), ponen la radio, a veces toda la tarde, a veces sólo por la noche, a veces muy baja y ahogada por el estruendo del trabajo, a veces imperceptible, como ruido perpetuo, a veces rechazada por la mitad de la plantilla y apagada por el vigilante[50]; pero en conjunto ayudando a que pase el tiempo. Mucha música de Viena, de Berlín, de aquí y de allá. Me gustó oír algunas canciones italianas, una pieza de *El murciélago*[51], otra de *Cavalleria*[52]. El parte; el discurso de Goebbels el día del cumpleaños del Führer (muy desanimado, pero siempre con confianza en el Führer, confianza que garantiza la victoria final), unos retazos de un discurso del «jefe de la organización sanitaria del Reich»[53] (voluntad de resistencia, nación, etc.; ahí apagaron, en parte porque era aburrido, en parte porque se tiene miedo de oír discursos nacionalsocialistas: la Gestapo puede entrar en cualquier momento). Con la radio, por muy rápidamente que uno se harte y ya no oiga lo que dice, en conjunto el tiempo pasa un poco más rápido que cuando hay silencio, y a retazos incluso suple un poco al periódico. – La gente: deben de ser unos veinte judíos, el número cambia, de pronto vuelve uno que estaba dado de baja por enfermedad, otro ha sido detenido, un tercero se presenta sólo a veces –a saber por qué ley– alguna hora suelta en mi turno, el siguiente aparece de visita en los minutos de descanso o en el cambio de turno. Entre esas fugaces visitas estaba un joven fornido, Meinhard. Contaron de él que había tenido una violenta discusión con un obrero ario, que era muy colérico a consecuencia de una herida en la cabeza de la guerra anterior (lámina de plata en el cráneo). Es el que está en la última lista de suicidas. Otro de los visitantes pasajeros tiene, en la actitud, en las formas del cuerpo, en el rostro, un parecido tan impresionante con Goebbels, que podría pasar perfectamente por su doble. Empaquetando con nosotros alguna hora al final de la tarde, presente siempre en el turno de noche: Feder, como casi todos, con bata de trabajo, con pañuelo al cuello y gorro. Pero su gorro –en los otros es como un gorro blanco, como llevan los panaderos, o *Lumichs*, gorras de ciclista, con visera–, el suyo es originariamente, inconfundible y muy poco deformado, un birrete negro de juez.

El, el profesor Conradi, el pintor semi-ciego Gimpel, a quien conocí quitando nieve y que ahora me agarra del brazo en el camino de regreso –vive en la Deutsche Kaiserallee–, por último un farmacéutico, Bergmann, corcovado y gruñón, son los profesionales de carrera. Los otros tenían tiendas o estaban empleados en alguna empresa. –Cuando me presenté el lunes, me llevaron a las oficinas del primer piso, y el jefe, un señor de cuarenta y tantos años, vio mis papeles. «¡Qué lástima que no tengamos tiempo, qué estupendas conferencias podrían darnos, ya están representadas aquí todas las facultades!» Lo decía como en buen tono; y en ningún momento me he visto confrontado con el menor signo de antisemitismo en esa fábrica. Pero ¿quién nos protege? Cuando el montador ario se enteró de que faltaba Juliusburger, sólo dijo: «¡Santo Dios!». Estaba al corriente. Los temas de conversación, por lo general, totalmente apolíticos. La gente habla de sus antiguos negocios, comparan el trabajo en casa de Schlüter con el de Zeiss-Ikon, no están descontentos, en la medida en que no los ha sobresaltado y atemorizado algún schock nuevo. Cuando yo empecé, ya casi se habían recuperado de la ola de detenciones de los últimos días. Entonces llegó el nuevo golpe. Los dos hombres más interesantes para mí han sido Conradi y Jacubowski. Cuando me incorporé a la cátedra se hablaba mucho en la universidad de que a Conradi se le había abierto un expediente disciplinario. Luego no supe nada de él durante muchos años. Después, Kätchen-Sara me habló de su «primo» Conradi, que trabajaba en Zeiss-Ikon: un hombre famoso, pero muy anglòfobo, muy antisemita, casi un nazi. Y después, Steinitz nos habló del carácter desleal de Conradi. Tanto mayor fue mi sorpresa al comprobar que Conradi era una persona servicial, tratable y sencilla, con la que encontré no pocos puntos de contacto. Un hombre de sesenta y seis años, tranquilo, viejo de aspecto. En la TH tenía un cargo secundario, fundamentalmente era funcionario de la oficina regional de sanidad; pertenecía al departamento de química, por eso nunca me encontré con él. El mismo había solicitado que se le abriera expediente y salió vencedor en toda la línea. Dice: envidia de Kuhn[54], que veía en él un competidor. La base era un informe de Conradi, por el que el ayuntamiento le había pagado 20 marcos. –Conradi habló también de la conversión de Kowalewski[55] al nacionalsocialismo; que se había divorciado de su esposa judía, había sido rector, cayó en desgracia ante el gobernador y fue destituido, muriendo después; contó también que Süpfle, sucesor de Kuhn, había muerto en

el frente… Yo esperaba poderle sacar más jugo a las charlas con Conradi; estaba sentado lejos de mí, sólo nos veíamos en los descansos. El jueves contó que le habían gritado cuando salía de una tienda: «¡No tapes la estrella, sabes adonde vas a parar si no!».

Dice que protestó al momento, que él no la tapaba; seguramente, añade, fue sólo una advertencia e intimidación, el hombre, un funcionario de la Gestapo a quien él ya conocía, no escribió su nombre. – La señora Hirschel siguió contando: la Comunidad había recibido una llamada de la Gestapo, ordenando que localizaran al hombre que ese mismo día había comprado rabanitos en la Antonplatz y que después tuvo un altercado. Los rabanitos, dijo Eva, son artículo escaso y por tanto están prohibidos para los judíos. Así que por eso iba a morir seguramente Conradi. La doctrina de la razón suficiente. – Con Jacubowski he hablado, y espero seguir hablando, con más frecuencia. Es un hombre de sesenta y dos años, nacido en Kalisch[56], en Dresde desde 1912, apátrida, antes ruso, tres años en Tomsk como sospechoso político. «¡Mis mejores años!» Me explica expresiones rusas que cita Dwinger, habla sin odio de Rusia antes de la primera guerra mundial (de las universidades populares, del sentido común innato del pueblo, de la vida perfectamente soportable, no la vida de los delincuentes políticos y de otra índole, sino la de los enviados temporalmente a Siberia como sospechosos).

[…]

26 de abril, lunes de Pascua, mañana

El jueves le dije a Conradi, y él se rió: «Estamos como en un lazareto de enfermos de cólera, y sin vacunar». El miedo ya no me abandona, sólo consigo aturdirlo. – Ayer, en casa de los Hirschel, ambiente parecido. Había allí un quinto personaje, la señora Eva Büttner[57] (de la que a veces había hablado la Bruck como de su sobrina). Una señora alta, gruesa, cabellos grises, una apariencia nada judía, ojos grandes tras los cristales de las gafas, nariz grande, fuerte, recta, el pelo gris muy pegado, al estilo antiguo. Antes, diputada socialdemócrata en el parlamento regional, de origen judío, su marido ario, compositor de renombre. De pronto, en medio del té, empieza a discutir sobre Dios. Que si, viviendo la catástrofe que se está viviendo, se le podía considerar

como existente, como infinitamente bueno. Los Hirschel: el piadoso discurso habitual sobre los puntos de vista extrahumanos de la divinidad, sobre nuestros deberes, sobre nuestro no-tener-derecho-a-la-felicidad, etc. La señora Büttner, exaltada y confusa: el mundo del Malo es apariencia, la voluntad, la «magia», lleva a la realidad divina, al reino del amor… Los *hassidim* tienen, según ella, la visión exacta del mundo. Yo, mi usual *tout est possible, même Dieu*[58]. Estaba conforme con la señora Büttner en que no se podía admitir un Dios lleno de bondad y sabiduría si se toma el mal y el dolor como realidad, pero me oponía a ella: no se puede eliminar el mal ni el sufrimiento mediante la voluntad, la magia y el amor: «Piense por ejemplo en el cáncer; ¿cómo quiere declararlo no existente?». En una novela no habría podido decir eso, nadie creería en una novela que este ejemplo había sido puesto con toda inocencia, de modo casual. Porque la señora Büttner me respondió lo siguiente: que ella tenía que aferrarse a la idea de que el sufrimiento de su marido pertenecía al reino de la irrealidad. Resultó que él, un hombre de setenta y tres años, padecía desde hacía meses cáncer de lengua –los médicos se lo habían dicho *a ella*, a él no– y estaba muriendo lenta y dolorosamente. Ella debería acelerarle la muerte. No sé si lo haría si tuviese los medios a su alcance. No sé si vacilaría entonces sólo por escrúpulos de conciencia. Porque en el momento en que él muriese, ella tendría que ponerse la estrella y quedaría a merced del mismo infierno que nosotros. Ya se han dado esos casos de perder súbitamente la protección. En fases anteriores de mi vida habría intentado hacer una novela corta a base de cáncer ario y estrella judía; ahora quiero tener muy presente el caso al menos para el *Curriculum*, es atrozmente grotesco e ilustrativo de nuestra época. – La señora Büttner seguro que ha sabido de los *hassidim* a través de Buber.

El matrimonio Hirschel nos ha gustado otra vez muchísimo, ambos de gran altura moral e intelectual, él, que fue encargado y jefe adjunto de una gran casa de modas (¡jefe de la señora Steinitz!), tiene un estilo más natural, algo más que ella, con su minuciosidad y su carácter de *femme savante*[59]. Esa escrupulosa exactitud le acarreó a la señora Hirschel una cruel tortura. Al final del invierno, la Gestapo encontró sobre su escritorio un papel con una lista de todos los alimentos que sólo reciben los arios o los niños arios. Golpes, insultos, le quitaron la hoja. Semanas después fue convocada en la Gestapo, en la Bismarckplatz; ella no sabía ya qué pecado había cometido. Esas llamadas

significan en el 99% de los casos el paso a la prisión y la muerte (no es, bien sabe Dios, exageración). La señora Hirschel fue puesta en libertad –«porque desgraciadamente no hemos podido comprobar de modo irrecusable que había utilizado usted el papel con fines propagandísticos»–, pero sí ha pasado por la tortura de «ser convocada».

[…]

Mediodía

[…]

Creo que, precisamente en el Protectorado, ha salido para el cumpleaños de Hitler un sello especial, y algunas estafetas de correos le han puesto un matasellos especial: «Protegemos a Europa del bolchevismo». (No sé si cito con exactitud. Lo vi en el periódico hace ya cosa de una semana.) Impera el tema *antibolchevismo,* con terrible hipocresía. Uno de los últimos números del *Reich* está completamente dedicado a eso. Intentaré volver sobre este tema. Ya no me atrevo a guardar periódicos aquí arriba. Hoy he llevado una pila de ellos al sótano. Le pediré a Lewinsky que ya *no* me traiga el *Frankfurter.* Mi tiempo es ahora tan infinitamente escaso que sólo puedo leer y utilizar una mínima parte. Pero he conseguido aprovechar bien estos días de Pascua. He leído en voz alta una buena parte de Dwinger y escrito todos estos apuntes. Ahora hay que preparar la visita de Steinitz; mañana por la mañana tengo que salir a hacer varias gestiones, y mañana por la noche empieza el trabajo nocturno, del que tengo un poco de miedo. Hay que probar cómo resulta.

Noche

Steinitz trajo la noticia de que Conradi ya había muerto; Jacobi había sido llamado a la PPD para que se hiciera cargo del cadáver. Puede tocarme a mí en cualquier momento, el horror ya no se aparta de mí.

27 de abril, martes mañana antes de las siete

Desde las cuatro y media en pie, leído una hora *Zwischen Weiss und Rot*[60] [‘Entre el blanco y el rojo’]; después Eva se durmió y yo he estado en el baño hasta ahora. Contra mi costumbre, a las cuatro y media ya llevaba bastante

tiempo despierto en la cama, antes había soñado: es excesivo el horror. Marchaba por Berlín, por la Courbiérestrasse, y pasé por la primera casa de Wally en Berlín. (Enlace del sueño con la realidad: seguramente el asunto del cáncer del domingo.) Pensaba: en aquel entonces, ella era joven y feliz. Llegué a una reunión amistosa entre colegas, estábamos sentados en una larga mesa, continuamente entraban más colegas. No me acuerdo de ninguno en especial. A mí me intrigaba mi estrella judía; primero estaba medio descosida, luego constaba de dos capas, como una cruz de cotillón, y la capa superior del *Mogen David*[61] se había desprendido, entonces mi vecino de mesa me la quiso sujetar con un imperdible y no encontraba el sitio adecuado, entonces a mí me vino la idea: «No hay que sujetarla, hay que coserla», luego oí ruido en la habitación contigua, y alguien dijo: «Una detención», después me desperté, sin un susto demasiado fuerte, en el mismo estado de ayer noche: el horror estaba (y está) dentro de mí como una sorda y repugnante certidumbre, todo lo que pienso, todo lo que hago está impregnado de él.

En este contexto, desde anoche hay algo que me atemoriza más que nada: si la censura pone reparos a mi postal a Martin y se la pasa a la Gestapo, si ésta no cree lo de las «molestias anginosas» y las interpreta como «propaganda de atrocidades»… Me digo una y otra vez que la estrangulación no es otra cosa que morir y en cualquier caso una muerte más agradable que la muerte de cáncer. Pero el horror sigue. Por suerte, no me impide aprovechar intensamente el tiempo.

Por lo que toca al trabajo nocturno, poco a poco voy teniendo miedo del propio coraje. ¿Cómo lo aguantaré, cómo, cuándo y cuánto tiempo dormiré de día? Y sobre todo: ¿podré ayudar a Eva en la casa? ¿No seré para ella una carga, pesada y molesta, en medio de su jornada? Hay que hacer la experiencia; en el peor de los casos me volveré atrás al final de la semana: en el supuesto de que siga vivo.

La señora Steinitz contó ayer que uno de su familia –arios de la pequeña burguesía–, su cuñado, creo, prestaba servicio del trabajo en el ferrocarril. Que estos últimos días habían llegado en un vagón 80 soldados maniatados, «insumisos». Dijo que las cárceles estaban abarrotadas de soldados, que había muchos fusilamientos. Mencionó Torgau, como prisión especial para el ejército.

[…]

29 de abril, jueves tarde, cinco y media

Una larga sala con suelo de cemento. En la pared longitudinal provista de ventanas, filas de artesas con las diferentes hierbas, enfrente un tambor grande y otro pequeño para mezclar, al lado algunas artesas más. Sobre una tarima hay un hombre que llena el tambor, a través de un embudo rectilíneo, con las hierbas que va echando con un recipiente de cartón. Ajedrea de jardín, blanca y ligera como las virutas, erica oscura, pesada como turbera, algunos componentes a base de heno, como tabaco fino para cigarrillos, flores de erica, multicolores y granulosas como las semillas de amapola con que se espolvorean las pastas de chocolate, todo tipo de hojas pardas, verdiamarillas, desecadas, trituradas, crujientes: de avellanos, de menta, etc., etc. Siete recipientes de cartón en el tambor pequeño, nueve en el grande (de una fábrica de maquinaria de Zerbst para «máquinas de panadería»). El obrero encargado de llenarlos quita el embudo, cierra los tornillos del tambor propiamente dicho, la tapadera de metal del revestimiento exterior, pone en marcha el motor, el cilindro gira. El mismo obrero se encarga de vaciar el cajón del polvo que está debajo de la máquina, de acercar y alejar los cajones en que va cayendo al salir el té recién mezclado. Mientras se mueve un tambor, se vacía y se vuelve a llenar el otro. Al vaciar, el obrero sólo tiene que abrir arriba y barrer los restos (de nuevo la imposibilidad para mí de describir exactamente la forma poligonal del tambor interior con sus maderas diagonales que activan el proceso de la mezcla); pero en ese «sólo» el hombre traga, lo mismo que al meter las hierbas, una cantidad indescriptible de polvo, que al momento se le queda pegado en los ojos, le obstruye la nariz y la garganta. Ese polvo también está repartido por toda la sala, pero el ventilador que hay junto a la ventana lo elimina hasta cierto punto; en cambio, el que llena las máquinas inhala la masa de polvo inmediatamente y sin remedio. Yo soy llenador; a los pocos minutos estoy tan ronco que no puedo hacerme oír por encima del zumbido de las correas de transmisión y de los ventiladores; al sonarme con el pañuelo, sale una masa negra; la garganta, la nariz, el cuello, los ojos pican y escuecen, la cabeza, cuando me quito la protectora gorra de ciclista, está tan llena de polvo gris como las manos que meten las hierbas. Aparte de los dos hombres que manejan la máquina trabajan allí otros dos; uno de ellos pasa las hierbas, con una pala, de las artesas a los recipientes de cartón; el otro, el

«transportista», trae con una pesada carretilla de hierro los sacos llenos, que vacía después en las artesas, y pasa el producto ya listo de los cajones abiertos a grandes sacos de papel –artística construcción a base de cinco diferentes capas de papel, unidas unas con otras–, en los que caben 30 kilos. Al del transporte le ayudan los otros tres cada vez que hay que colocar un cajón sobre una tarima alta, para verter desde allí arriba el té en el nuevo saco, o cuando hay que volcar el contenido de un pesado saco de hierbas en otra artesa. Los sacos llenos se los lleva, haciéndolos rodar, a través de la cocina hasta un almacén donde los pesan.

Se trabaja de diez a doce, luego un descanso para tomar café, unos diez minutos; de doce a dos. Luego el descanso largo para comer, los otros se han calentado en la cocina de gas una cena frugal, otra vez hay café. Yo, después de haber cenado en casa, sólo tomo un piscolabis. Nos sentamos en la gran sala lateral de mi turno de día. Luego, de las dos y media hasta las cuatro, y otro pequeño descanso en la cocina, esta vez con té de menta. En la última cuarta parte de la noche, el trabajo propiamente dicho cesa a las cinco, y comienza el laborioso y en cierto sentido ilusorio barrido. Hacia las seis aparece la gente nueva, un capataz ario, algunas mujeres, el joven Aris[62], portador de estrella, que con abrigo, pañuelo al cuello y gorra parece un apache de París. – Hacia las cuatro de la mañana casi me vence el sueño, pero pasa pronto; en cuanto a la molestia del polvo, la segunda noche ya estaba más insensibilizado que la primera. Y ambas veces se me pasó el tiempo más deprisa que en el turno de día. A saber por qué –puesto que el trabajo apenas es menos monótono e insípido que de día–, pero el tiempo pasó realmente más deprisa. Sin embargo voy a dejar este turno de noche, el experimento –dije enseguida que quería probar con este horario de trabajo– no deja otra alternativa: el sueño diurno es demasiado escaso, molesto demasiado a Eva en su jornada diaria, no consigo un solo minuto más de trabajo propio que si hiciera el turno de día […]

Los compañeros de trabajo del turno de noche: junto a la máquina, Joachimsthal, cincuenta y tantos años, primo de Kätchen-Sara, de cultura media, ha sido periodista y librero, psicópata grave, desconfiado, sobreexcitado, suspirando constantemente y protestando de todo, siempre se siente atacado y postergado. En mí tiene confianza –hasta ahora–, con los otros discute, su descontrol llega hasta el punto de llamar al capataz ario como instancia superior. (Preguntas: hasta dónde tiene que barrer él, hasta dónde los otros. Si hay que

abandonar el edificio a las seis de la mañana o a las seis y cuarto. Etc., etc.) Bergmann, el que llena los recipientes de cartón, el farmacéutico jorobado, sordo, gruñón, muy proletarizado. Me entiendo con él, más o menos. El transportador, Stern, enjuto de carnes, algo patético-afectado pero muy agradable, sesenta y tres años, comerciante del ramo textil, estuvo mucho tiempo en Sudáfrica, intérprete de inglés en la primera guerra mundial (pero dice «patalógico»: ¿qué es cultura?), especialista del turno de noche, está en él desde hace tres semanas ininterrumpidas.

Sobre la música de ayer, a primera hora de la tarde, añado: Glaser tocó con Eva una suite de danzas antiguas para piano y violín que ella escribió hace veinte años. – La señora Kreisler[63] contó que uno de estos días encontró en la calle un paquete de correos con dirección, y de él salió algo rojo: ¡carne! Tras un combate interior con su conciencia entregó el paquete. Un hombre de clase modesta, al que se le había caído de la bicicleta, pasó de la desesperación al éxtasis. Contenido, un enorme conejo. La señora Kreisler recibió, como gratificación por haberlo devuelto, una pata y un trozo de hígado. Ella le dijo al hombre: «Soy no aria: ya ve, también un no ario puede ser honrado». Él: «¿Y eso qué es, "no ario"?». (¡Al cabo de diez años de propaganda nazi!) Tras la explicación: «¡A mí eso me da completamente igual!».

MAYO

1 de mayo, sábado mañana

El experimento del turno de noche ha terminado, espero que para siempre, en cualquier caso para bastante tiempo; me estropea los ojos y me parte el día. La tercera noche fue, en lo esencial, igual que las otras dos. El ambiente algo más agradable, porque todos guardaban duelo, esta vez de verdad, por otro muerto, sin decir nada malo de él y sin miedo inmediato por la propia persona. Gimpel, el pintor, les caía simpático a todos, y él no es exclusivamente una víctima de la Gestapo; estaba a punto de quedarse ciego, seguramente ya no tenía muchas ganas de vivir, y cuando se vio obligado a mudarse de su casa y bajo el peso de

los asesinatos de gente próxima a él –en la fábrica de Schlüter, Conradi se sentaba a su lado y charlaban todo el día– abrió la llave del gas, estando ausente su esposa aria. Yo conocí a Gimpel muy superficialmente el año pasado, quitando nieve, y lo volví a encontrar ahora en Schlüter. Me pidió que le diera el brazo en la oscuridad del camino de vuelta a casa (vivía en la Deutsche Kaiserallee). Por eso fuimos juntos dos veces. Me invitó a mí y a Eva a ver sus cuadros. Dijo que, más que paisajista, era pintor de decoración. Después me enteré de que hacía vidrieras de iglesias, que había decorado la pared del crematorio de Rostock, que había dirigido la Asociación de pintores y dibujantes (¿de Alemania o de Sajonia?). Él me contó que, hasta que se prohibió la educación escolar a los niños judíos, había sido su profesor de dibujo. Yo no noté en él nada de depresión ni, menos aún, de desesperación. Puede que la noticia de la muerte de Conradi le haya dado «de golpe» el resto. No había cumplido aún sesenta años.

[…]

Como mi tiempo es tan escaso y salir a la ciudad es tan peligroso para mí, esta vez Eva ha ido a ver a Richter en mi lugar. Estuvo bastante optimista. Túnez se acababa, los ingleses estaban a sólo 35 kilómetros de la capital. Rommel, caído en desgracia hacía tiempo, había sido sustituido por el general Arnim[64]. Dijo que había sabido de dos fuentes seguras y muy bien informadas que ya se contaba para mediados de mayo con un golpe militar, que la guerra no podía durar más que lo que faltaba de año. Había enorme escasez de medios de transporte (vagones). Parece que en Berlín había habido un proceso por conspiración[65]: una docena de condenas a muerte, muchos trabajos forzados, incluso para repartidores de octavillas que eran medio adolescentes… Quizá me escondería el hombre de Wehlen[66] si me citaban a la Gestapo (*cioè*, al «suicidio»): Eva recibirá (junto con cupones de pan) información al respecto. –Durante un instante, eso me levantó la moral. Pero sólo un instante.

Para la *LTI:* […] En el *Reich* del 4 de abril de 1943, un artículo acompañado de fotografías: «Los soviets. Destinos personales en el este, por Willy Beer». El autor quiere probar con ejemplos que el bolchevismo destruye al hombre intelectual, castra al individuo, reduce al científico y al filósofo a mero obrero mecánico, especializado y con una finalidad precisa, quiere mostrar que cada individuo «hace tiempo que está teñido…, no sólo en la ropa y la vivienda sino

en la cabeza y la actitud…, del color gris de la masificación». El director de un distrito agrario es «empleado de un dogma». «Se había convertido en especialista en agricultura: lo que era un campesino, eso no lo sabía.»

«La profesora de filosofía» revela en su modo de ser «el desprecio infinito a la voluntad personal que ha traído consigo la dictadura soviética.» Su padre fue condenado por los bolcheviques a veinte años de trabajos forzados, y ella es afecta a esos mismos bolcheviques. Su filosofía va «directamente de Aristóteles a Hegel, a Marx y a Lenin y significa automatización del espíritu». Es la filosofía que pone «el dogma del terror de las masas por encima de los valores de las personalidades»… «El propio espíritu se ha convertido aquí en máquina. No funciona por sí mismo, sino porque lo quiere el régimen.» ¡Grado máximo de «esclavitud»! – «No se exige sabiduría, profesionalidad, diligencia, genio, fuera de lo que sirve para hacer triunfar la dictadura soviética en el interior y en el exterior. El hombre soviético es, en verdad, la eliminación de lo que constituye derecho humano y dignidad humana…» Exactamente eso es lo que hay que decir del nacionalsocialista. Este *finge* un individualismo que los bolcheviques, por principio, rechazan honradamente […]

3 de mayo, lunes mañana

Ahora quiero poner todo mi orgullo en aprovechar el tiempo y seguir estudiando –con los soldados de papel–, a pesar de los pesares. Así que hoy empieza la semana regular de seis días. Tengo que intentar por todos los medios evitar definitivamente el turno de noche, porque mi inflamación de ojos, que es su consecuencia, ha alcanzado ahora el punto álgido. – Con el resultado de los dos días festivos estoy relativamente contento; la pérdida de tiempo y el aburrimiento que significó la visita de Lewinsky ayer por la tarde se vio fuertemente compensada por su lectura en voz alta de Perez[67]. Leyó aquí ese librito de la editorial Insel, yo seguí leyendo un poco, y mi entusiasmo aumentó. Olfateo en ese libro un extraordinario enriquecimiento de mi…, supongo que se llamará *LTI. Apuntes de un filólogo*; en él podré resumir todas las reflexiones salidas de mis estudios.

Hablamos de Juliusburger, que fue enterrado ayer con una cierta opulencia: media docena de coronas, casi todas cuajadas de violetas, un público de dos docenas de personas, gran lujo de citas y de oraciones por parte de Jacobi (todo

en fuerte contraste con la pobreza de la ceremonia de Meinhard, que tuvo lugar a continuación). Yo le conocí pocos días; un gesto suyo se me ha quedado grabado como signo de su prepotencia y absoluta seguridad en sí mismo. Trabajaba con su mono azul a mi lado y fumaba al mismo tiempo un cigarrillo. «¿Se atreve usted aquí? Si lo sorprenden ¿le vale la pena poner la vida en peligro?» – *«Usted* es mejor que no lo intente, *yo* tengo práctica.» En ese momento se abrió la puerta y entró un montador ario. En el mismo instante, el cigarrillo de Juliusburger había desaparecido. Después me preguntó triunfante: «¿Ha visto usted dónde lo he metido? En esto soy un Rastelli[68]». Sobre la ceremonia religiosa, Lewinsky me contó algo extrañamente conmovedor que a mí –yo estaba lejos, apoyado en la pared– se me había escapado. La viuda, envuelta en velos y sollozando sin interrupción, acariciaba una y otra vez la urna. (También en esto había una diferencia con la ceremonia de Meinhard: la viuda, una mujer joven y rubia, estaba sentada, totalmente rígida y sin derramar una lágrima, sin velo, en lugar de sombrero una ancha cinta negra (como una tenista) colocada sobre la frente y el pelo.)

[…]

4 de mayo, martes mañana

Ha comenzado la primera semana completa, sin días festivos, del turno de día. Cada turno tiene seiscientos minutos. La sala está más vacía –dos personas muertas, otra enviada a otro sitio–, en lugar de las *bolsitas* de Türmer hay ahora *cajitas* de Schlüter, aparte de eso, todo como en la semana anterior a la del turno de noche. Aunque no igual del todo. No ponen la radio: están a la espera de que la Gestapo visite la empresa, y la radio en la sala judía sería pecado mortal. Hasta las nueve de la noche no la pone en marcha el maestro ario. Él puede hacerlo. Abatimiento general. Kornblum, un viejo inválido y pensionista, fue parado en la Tittmannstrasse por uno de la Gestapo. «¿Qué haces tú paseando por aquí? ¿En qué tranvía has venido?…» Fuera de eso no le pasó nada. Pero así ha empezado también con otros. Quién sabe lo que aún puede ocurrir. – «Si me convocan…, simplemente no voy…» Y aunque esta vez no pase nada: nos acechan por todas partes. – A veces –raras veces–, en esas ocho horas de conversaciones, yo escucho. Todos los que han quedado son comerciantes, la mayor parte de ellos tenían tiendas, de confección, de ropa de casa, etc. Saben

entre ellos dónde compraba cada uno, quién «hizo dinero». En cuanto al porvenir, nadie tiene esperanza. «En Alemania, nunca volveremos a prosperar; siempre existió el antisemitismo y ahora ha calado demasiado hondo.» Uno dice: «Meinhard era obrero, siempre me alegro cuando le oigo decir a un judío que ha sido obrero». Otro: «A mí eso no me impresiona. Obrero sin calificación, ni siquiera guarnicionero o cerrajero». – «A mí me hubiera gustado», dice el decrépito y encorvado Lewin a mi lado, comerciante de muebles de Baden-Baden, al final empleado aquí, después de la quiebra debido al antisemitismo, «a mí me hubiera gustado que mis padres me hubieran hecho aprender un oficio manual.» –Violenta protesta general. «En Polonia, los judíos tienen esos oficios, y les ha ido malísimamente.» – «Con un oficio no se gana nada. Salario máximo, 80 pfennigs la hora.» – «Y a ningún judío le daban la maestría.» – *«Antes de* 1933 yo quise poner de aprendiz con un maestro carnicero amigo mío al hijo de un amigo, los padres ofrecían 100 marcos mensuales por el aprendizaje. El maestro dijo: "Yo tomaría al chico aun sin dinero, pero los oficiales matarían a golpes al judío".»

Por lo general se trabaja con tenacidad y en silencio. Las mujeres que están arriba rinden el doble; ¿qué va a ser de nosotros si nos tachan de saboteadores? –Un consuelo, las horas de casa. Pero por la noche nos quedamos mucho tiempo levantados, tomando café, esta mañana leí un poco en voz alta (Dwinger). Así que ahora me he quedado dormido sobre estos apuntes, y ya es otra vez la una menos veinte y tengo que salir a la una y media.

5 de mayo, miércoles mañana

Las horas de servidumbre de ayer pasaron un poco más deprisa, pero la sensación de estar muerto, de la pérdida irrecuperable de vida, siempre pesa sobre mí. A las cuatro, cuando estábamos ante nuestro tazón de café, apareció el maestro de taller: «Es mejor que retiren el café: ¡inspección!». Luego un comisario en uniforme, otro de paisano. El que iba de paisano (Müller), dirigiéndose a mí: «¿Cómo te llamas?». Yo dije mi nombre. Ambos recorrieron la sala. El uniformado (Schmidt o Schmitz)[69]: «Aquí no da golpe nadie: esto tiene que ir más rápido». Con eso se marcharon. Cuando aquello quedó superado –aquello, con su terrible peligro de muerte–, alivio general, pusieron la radio, que el día anterior había estado silenciosa. Fuera de la música y del parte –en

Túnez, los alemanes están retrocediendo, con lo que aumenta de nuevo la esperanza–, sólo agitación contra los judíos, verdaderamente desmesurada, repetida siempre y a cada momento. Una conferencia con la tesis de que a los judíos siempre les estuvo permitido asesinar, es más, que asesinar era un mandato para ellos, lo de *No matarás* sólo tenía validez entre los propios judíos; esa conferencia fue causa de una discusión; querían quitarla, yo estaba a favor de oírla y quedé en minoría. Después otra conferencia: tanto los bolcheviques como los plutócratas actuaban movidos por la voluntad de exterminio de los judíos. Porque: los rusos han fusilado a 10.000 oficiales polacos –fosas comunes descubiertas en Katyn[70]– «por orden de Judea». Etc. Hora tras hora. En la fábrica dicen: Comoquiera que sea el final de la guerra, los judíos nunca volverán a vivir en paz aquí, el antisemitismo ha calado demasiado hondo. Yo: El antisemitismo se ha excedido, se ha desenmascarado, habrá perdido su vigencia.

Los judíos podrán recibir ahora, a cambio de pocos cupones y 50 pfennigs, la comida que suministra la *NSV.* ¡Qué ayuda sería para mí! Pero hacen falta 50 gramos de carne en cupones, cupones *judíos* a mi nombre. Yo no tengo ninguno, así que los no privilegiados se quedarán sin ella. ¿Cómo está de arraigado el antisemitismo en el pueblo? Estoy llevando con el vigilante Konrad un pesado cajón. Un obrero ario, dirigiéndose a mí: «¡Eso no es trabajo para usted, déjeme a mí!». – «¡Deje, deje, todavía no estoy tan enclenque.» –«Venga, déjeme a mí, a usted no le dan tanta carne.»

6 de mayo, jueves mañana antes de las siete

Resultado del control de anteayer de la Gestapo: brazaletes amarillos, para que también estén marcados los que no llevan estrella; los portadores de estrella también lo llevan, por cierto, en todas las empresas. Advertencia especial: llevarlo en toda su anchura; hacerlo más estrecho sería un delito igual que el de cubrir la estrella. – En la radio, sin interrupción, campaña antijudía. Del modo más absurdo, más indigno. Ayer, el despecho era grande porque los norteamericanos quieren ocupar (¿o han ocupado?) la isla de Martinica. Conversación conspirativa de dos judíos sobre los negocios que harán aquí y allá y acullá, por todo el mundo, a costa de los *goyim*[71]. Y continuamente, en cada

noticia, en cada conferencia, en todos los contextos, la palabra «judío»: bolchevismo judío, plutocracia judía, crimen judío (por ejemplo, crimen político en Sofía, el asesino escapó sin ser reconocido, ha de ser buscado en círculos judíos) – influencia judía en la Casa Blanca, etc., etc., etc. Yo sólo oigo siempre fragmentos. El maestro de taller ario pone el aparato, el vigilante, Konrad, lo desconecta cuando hay conferencias, por miedo a la Gestapo. Lo que queda es el servicio de noticias con el parte de las ocho, y música por la tarde y por la noche […]

El vigilante, Konrad, me dio unos datos sobre la firma Schlüter, que por lo visto era una pequeña empresa («Willy Schlüter, laboratorio químico-farmacéutico») y en la guerra ha prosperado muchísimo: cada día se fabrican 100 quintales de té de hierbas, la facturación anual ha aumentado a cuatro millones de marcos. La cantidad suministrada al ejército se envía en sacos de 30 kilos, la destinada al público civil en cajas que contienen cada una 5 kilos, o sea, 50 cajitas de 100 gramos. Cada día van para el correo centenares de esas cajas (a menudo formo parte de la cadena para cargarlas), el rendimiento diario del departamento judío son unos setenta paquetes […]

9 de mayo, domingo mediodía

En el cementerio nuevas noticias funestas: a) tres detenciones en la empresa Enterlein, entre los detenidos dos privilegiados. La Comunidad recibió la orden de llamar a esas personas para «servicio de domingo», esta mañana a las siete y media, en la Zeughausstrasse. Allí estaban esperándolos funcionarios de la Gestapo. Así pues, la desaparición sucede con el mayor sigilo, b) Nuestro húsar Kornblum, enfermo de la médula espinal, ha sido «citado» para esta mañana. Eso tiene unos antecedentes. Hace cosa de una semana, uno de la Gestapo lo paró en la Tittmannstrasse, muy cerca de Schlüter. «¿Qué haces tú paseando por aquí?» El lo explicó y pudo marcharse sin más vejaciones. Llegó trastornado a la fábrica. Nosotros procuramos tranquilizarlo, diciendo que eso no quería decir nada. Todavía anoche, cuando se marchaba con su cojera a las siete, como siempre, le dije: «Ya ve, se ha intranquilizado por nada». – «Por nada hasta ahora», replicó él. – Hirschel cuenta que había ido a casa de Kornblum, para llevarle la citación. Kornblum estaba decidido a suicidarse. Hirschel se esforzó por quitárselo de la cabeza con dos argumentos: 1) «En los últimos meses, de

todos los convocados por la Gestapo, han regresado tres sin haber sido detenidos, una de esas personas era la señora Hirschel, ¿por qué no va a ser usted, Kornblum, la cuarta?». 2) «Si usted se suicida hoy, mañana habrá veinte nuevas detenciones para conseguir otros seis suicidios.» Mañana se sabrá si Kornblum sigue vivo, si ha ido, si ha vuelto. Todo este asunto es indescriptiblemente atroz. ¿Para quién será el próximo agujero de urna?

Los dos entierros sucedieron del modo habitual. En ambos muchas flores, en ambos tantos asistentes que había que estar en el vestíbulo, en ambos la usual y absurda ristra de citas bíblicas, de manidos versos alemanes, de fórmulas –ambos, Conradi con sus sesenta y seis años, Gimpel, con cincuenta y ocho, habían «muerto prematuramente»–, falso patetismo […] Eisenmann *senior* acaba de llegar y está reparando un enchufe del dormitorio. Nos está conminando a que yo no salga el domingo, a que no haga ni reciba visitas de ningún género: que la Gestapo lo observa todo, todo es pretexto para tender una trampa. Hasta ahora, conscientemente, no hemos hecho caso de esas advertencias; nos decíamos que los bacilos de la peste flotan invisibles por doquier, que el miedo tampoco ayuda. Pero ahora estamos dudando. Sobre todo porque Eisenmann ha dicho que ya se habla de la imprudencia de Steinitz. «Se»: eso es el chismorreo de los grupos judíos. ¿Qué va a declarar el próximo detenido?

10 de mayo, lunes mañana antes de las siete

Ayer me quedé en casa tomando notas sobre Dwinger. Los Steinitz se tomaron la cancelación de mi visita con más calma de lo que yo temía. Por lo visto, a él también lo habían prevenido. En los próximos tiempos, el contacto se mantendrá a través de Eva, y eso también con prudencia. Asimismo dejaremos lo de Lewinsky. Tal vez no sea esto sino las medidas de prudencia contra el cólera, antes de haber detectado la enfermedad, los paños empapados en vinagre delante de la boca, y los sahumerios […]

Problema Elsa Kreidl. En vida de su marido la considerábamos fría, antisemita, nazi. Después, tras la muerte de Kreidl, nos resultó más simpática, se portó bien con Ida Kreidl, con nosotros, surgió casi una amistad, y nos hizo toda clase de favores. A venir aquí no se atrevió (cosa que no se le puede tomar a mal), pero Eva estuvo varias veces en su casa a tomar el té, las dos suelen encontrarse el sábado a mediodía en la ciudad, para almorzar, Elsa Kreidl nos

presta libros, nos regala cupones de patatas y de café, la relación es buena. Ahora –no se habían visto desde hacía tres semanas– cuenta Eva: a Elsa Kreidl se le llena la boca contando las excelencias de su inquilino, un oficial de la brigada de investigación criminal de la Gestapo. Dice que es muy buena persona, pero que ahora estaba encargado de los casos judíos y que no permitía que sus subalternos cometieran ningún exceso. – ¿Es que la señora Kreidl no sabe que un cargo como ése sólo se le da a quien ya ha demostrado que es apto para él? ¿No sabe qué atrocidades están sucediendo? ¿No sabe que está pactando directamente con los asesinos de su marido? Eva cuenta que vive confortablemente su viudedad, que por lo visto no necesita ahorrar excesivamente. ¿Lo ha olvidado todo esa mujer, en su mísero pequeño bienestar? ¿Es irreflexiva, tonta, mala? Eva dice que es tan agradable y tan servicial como antes, y que ella, Eva, ha aprendido a ser muy poco exigente en punto a «seres humanos» y que ya no sabe lo que es extrañarse de algo. Y yo opino, completamente endurecido: si esa relación nos aporta patatas y café… Pero el asunto es vergonzoso. Y problemático.

11 de mayo, martes mañana

Ayer una jornada laboral completa sin radio, con escasísima conversación. Miedo paralizador. Las nuevas detenciones han empezado, al parecer, en la fábrica Enterlein con un obrero profesional, Michaelis, un hombre que hablaba en voz muy alta y con imprudencia. Por eso se atribuyen estas detenciones a «conversaciones políticamente sospechosas» que comoquiera que sea han sido oídas, denunciadas, tal vez traicionadas involuntariamente. Un interrogado arrastra a los otros tras de sí: por debilidad, por necedad, sin intención.

¿Qué es una conversación políticamente sospechosa? Todo lo que se les ocurra. *Ergo:* la radio, *nosotros* no la ponemos, si lo hace Rössler, el maestro ario, *tant mieux*. Pero Rössler no ha aparecido por allí en todo el día […]

Kornblum no fue ayer a la Gestapo; tuvo un derrumbamiento nervioso, que Katz comunicó a la Bismarckplatz. ¿Cómo va a continuar todo ahora para ese infeliz? El año pasado fui testigo de una tortura parecida con la señora Pick, que la llevó al suicidio.

El miedo tiene un efecto paralizante en otros aspectos. En los últimos tiempos, los Hirschel enviaban aquí a sus hijos, para que jugaran con los niños

de Eisenmann, para que tomaran el aire. (Los niños estaban acostumbrados al jardín de su villa y ahora viven encerrados en las cuatro paredes de la casa de la Comunidad.) Los hijos de los porteros, ingenuos y de muy buen carácter, se unían con toda naturalidad a esos juegos ruidosos. A veces, otros niños que pasaban miraban a través de la reja. Ahora el miedo: ¡niños con estrella y niños arios juntos! Puede costarles la cabeza a los padres judíos. La señora Eisenmann ha visto (o cree haber visto) que un hombre observaba largo tiempo el jardín de los Jacoby: «Así que nos están vigilando». Los niños de Hirschel han sido enviados a su casa. Ahora, para jugar sólo les queda el cementerio judío, el huerto detrás de las tumbas.

[…]

En la fábrica introdujeron ayer unos «suplementos de trabajo prolongado» para los obreros nocturnos. Eso significa que se reciben 200 gramos de carne por *una* semana y por consiguiente los cupones necesarios para participar *cuatro* semanas en la comida de la cantina. ¡Qué dilema para mí! ¿Sacrificaré las noches? Es una triste alternativa. Pero qué importa todo esto comparado con la eterna sensación de miedo frente al crimen insidioso y furtivo. *Esa* sensación, el puro miedo a morir, a ser estrangulado en la oscuridad, *eso* tengo que dejarlo fijado en el *Curriculum*; esto es también lo característico de este último año: no se cuenta con la prisión o con una paliza, sino pura y simplemente, en todo y para todo, con la muerte.

Eva quiere llevar hoy las hojas a Pirna. Desde que Richter nos pasa dinero, va menos por allí. Cada vez un miedo extraordinario y un extraordinario cargo de conciencia para mí. ¿Para qué pongo a Eva en peligro? *Vanitas!*

[…]

12 de mayo, miércoles de madrugada

Eva dice que Annemarie es amable e indiferente, hasta cierto punto no existente, como en los últimos meses […]

En la fábrica Enterlein, más detenciones: tres hermanos, mestizos del Protectorado, obligados a llevar a posteriori la estrella, después de una nueva interpretación. Se supone que las conversaciones sobre política van a seguir haciendo víctimas y se tiene aún más miedo. Uno previene al otro; a cada palabra un poco más alta, aun con el contenido más inocente, se dice: en el patio

se oye todo por las ventanas abiertas. La radio es tabú. Pero después de las ocho llegó una obrera, con el cigarrillo encendido en la mano, y manejó el aparato hasta que Strelzyn, el grabador, la ayudó a sintonizar. Entonces tuvimos música el resto del tiempo. Me pareció una escena de los tiempos modernos: la obrera de fábrica con el cigarrillo encendido y manejando adecuadamente la radio. Junto a ella, los pobres judíos, a quienes tanto la radio como el cigarrillo encendido podrían acarrear la muerte, literalmente la muerte. – La radio transmitía algo clásico que yo no conocía. El hombre con una cuarta parte de visión y con medio pulmón y con un cuarto de capacidad auditiva y con un susurro de voz, esa ruina de Freymann susurra a mi lado: «Beethoven sigue siendo lo más hermoso». Yo le di la razón. A los pocos minutos vino un tema de la sinfonía conocido por mí, y fue verdaderamente un disfrute […]

14 de mayo, viernes mañana

[…] Ayer llegó la noticia de que había sido revocada la citación de Kornblum, el del derrumbamiento nervioso, pero que habían detenido a otro hombre de la fábrica Enterlein, Kahane. Cada vez son más enigmáticos los criterios por los que se rige la Gestapo. La muerte se cierne a cada instante sobre todos […]

Por la noche, en casa, Eva contó lo que entretanto había sabido por Eisenmann *senior*. En Enterlein trabajaban antes ocho en una mesa. De ellos sólo quedaba él, Eisenmann. Kahane era el sexto al que detuvieron; el séptimo: Imbach, a cuya familia, a lo que quedaba de ella, conocimos nosotros por vivir en la misma casa –la madre marchó a Theresienstadt, una hija vivía aquí sola hasta que fue deportada a Polonia, otra hija murió en nuestra época en el campo de Auschwitz, al hermano casado lo vimos alguna vez, vivía en la Emser Allee–, ese marido de matrimonio mixto era, pues, el séptimo del grupo de Enterlein, fue convocado ayer a la Gestapo, *no* se presentó y ha desaparecido. Tal vez suicidio, tal vez escondido. Eva ha contado algunas palabras características. Eisenmann dijo: «Si no ha ido, desde ahora la Gestapo no "citará" sino que "irá a buscar" directamente». Instó a Eva a que no contara nada de momento a su mujer, que tenía un miedo terrible. Por su parte, la señora Eisenmann dijo después que tuvo muchísimo miedo cuando su Herbert volvió con retraso a casa. Literalmente, a Eva: «Cuando mejor me siento es por la noche, que los oigo respirar a todos a mi alrededor» […]

20 de mayo, jueves mañana

Vox populi: «La señorita Hulda», la bondadosa y enjuta «cohabitante» de la casa, *già* báculo de la vejez de la señora Jacoby, ahora fregando botellas en una fábrica, dijo: «La guerra ya no puede durar mucho tiempo, no nos queda nada: hemos perdido África[72], y han reducido la ración de carne en 100 gramos semanales». Esto es una asociación característica, en la que además los 100 gramos tienen más peso que África […]

En la noche del 15 al 16, alarma aérea muy breve, la segunda en estos días. En Dresde, a la que siempre han respetado las bombas, la despreocupación es absoluta.

Lewin, el afable alemán meridional, cuenta que un «señor bien», perfectamente vestido, le había escupido esa mañana a los pies y luego había dado un ostentoso rodeo para evitarle. A mí me gritan muchas veces los niños. En la fábrica, discusión continua sobre hasta qué punto el pueblo es antisemita. Lazarus y Jacobowicz *(sic)* postulan el absoluto antisemitismo *de todas* las clases sociales de Alemania, el antisemitismo innato, general, indestructible; yo lo niego, más resueltamente de lo que creo yo mismo, y encuentro apoyo aquí y allá. Konrad: «Si el pueblo fuera realmente antisemita, entonces, con esta campaña, hace tiempo que ninguno de nosotros estaría vivo». Frank: los obreros no, sólo la gente de estudios.

De los detenidos de nuestra fábrica, el consejero de sanidad, Leipziger, y una tal señorita Schweiger, mestiza con dos hijos naturales arios –tiene que ser una persona trabajadora y simpática, todos hablan bien de ella, y todos sin alusiones ofensivas–, están ya en un campo de concentración, por consiguiente candidatos a la muerte, perdidos sin remedio. De los «eclipsados» sólo continúa desaparecido Imbach; el cuerpo de un tal Schwarzbaum ha aparecido cerca de Meissen, arrastrado hasta allí por el río. Lazarus dijo que en Berlín habían podido permanecer escondidos muchos judíos porque la Gestapo se dejaba sobornar. Que la corrupción había llegado a tales extremos que hace poco toda la Gestapo de Berlín fue reemplazada por la de Viena, mucho más estricta.

21 de mayo, viernes mañana

El vigilante Konrad se ha informado «oficialmente» en la Comunidad: a los judíos *sólo* se les prohíbe poseer una radio, pero no oírla. Así, el aparato de Schlüter está otra vez en pleno funcionamiento, a menudo sólo un ruido de fondo, pero en conjunto una ayuda. Durante las noticias de las diecisiete horas, todos guardan silencio.

En los últimos días, imperaba el asunto de los diques. Primero: los ingleses han bombardeado «criminalmente» dos diques[73] (no se indica dónde), muchas víctimas entre la población. Después: está comprobado, comprobado por una noticia de periódicos ingleses, que ese plan criminal había sido ideado por un judío, y pertenece, por tanto, a la serie de «crímenes» judíos que, al igual que los otros delitos judíos, será castigado. Eso también vino en los periódicos, y desde entonces la soga está un poco más apretada en torno a los cuellos judíos. El asunto de los diques –que ha venido a sustituir a los 10.000 cadáveres polacos de Katyn– se ve apoyado por los infanticidios cometidos por los norteamericanos en Italia: allí, los norteamericanos han arrojado juguetes rellenos de explosivos (y bolsos de señora preparados del mismo modo). Un «periódico serbio» escribe que ese infanticidio es un invento judío. No hay ningún diario hablado sin tales noticias […]

Anteayer, 19 de mayo, hizo ya un mes completo que empecé mi fase de empaquetador. Me he acostumbrado un poquito, la radio ayuda un poquito. Pero las ocho horas siguen siendo infinitamente largas y me matan el día, y jamás me abandona la sensación de estar desperdiciando la vida. ¿Son los compañeros más modestos que yo o sólo están más embotados? ¿O son sinónimos la modestia y el embotamiento? En cierto sentido me viene bien estar entre gente de la misma edad, o mayor y más enferma que yo. Muchas veces me digo a mí mismo: Si todos estos aceptan la vida, sin ver obsesivamente la muerte que los espera y la juventud que han dejado atrás, ¿por qué no voy a conseguir yo lo mismo?

Por la sala corretea una niñita rubia, les da a todos familiarmente la mano, todo el mundo la conoce: la hija natural de cinco años de una señorita que trabaja arriba, en la oficina. ¿Dónde está esa instintiva enemistad de las razas? Nadie, hombre o mujer, de los que trabajan en esta empresa, tanto en la oficina como en la fábrica, da muestras de antisemitismo.

La jornada matinal ha pasado. Mañana quiero describir, con una frase para cada uno, a mis compañeros de trabajo y anotar por separado algunos puntos

importantes sobre Dwinger […]

22 de mayo, sábado mañana

[…]

Personas de la empresa Schlüter.

1) *Konrad,* el vigilante. Nadie le ve sus sesenta y tres años. A lo sumo, cincuenta. Semblante saludable y de buen color, pequeña calva como una tonsura, aspecto vigoroso, gran fortaleza y agilidad física. Mantiene su autoridad con gracia y humor. («¡Cámara lenta, la manera como están llenando las bolsitas el profesor y el señor Stern mientras conversan!») Tenía un gran matadero de cerdos, es decir, su propia empresa comercial, con un maestro y dos oficiales. Compraba en la granja porcina y vendía a los carniceros. «Cuando, por ejemplo, la cervecería Bärenschenke necesitaba codillo con *choucroute* para dos compañías de SA…» En su calidad de judío fue eliminado de la granja y del matadero e hizo de intermediario para las panaderías. «Cuando necesitaban por ejemplo conservas de fruta.» Luego estuvo en Zeiss-Ikon. Sin hijos, una de las 60 *o* 70 personas que aún llevan la estrella en Dresde.

2) *Lazarus.* Sesenta y pocos años, alto, fuerte. Orgulloso de su hijo médico, que no puede practicar por ser mestizo, pero que ha encontrado empleo en una fábrica de productos químicos. Tenía algo así como una fábrica de carteles. Está orgulloso de sus conocimientos de pintura y de historia del arte. Fuerte tendencia al sionismo. Es defensor de la idea del antisemitismo absoluto de los alemanes. Pese a la mujer aria, al hijo, al ambiente claramente filosemita en Schlüter.

3) *Witkowsky,* el vigoroso septuagenario. («¿Voy a quedarme en casa papando moscas?») Gran riqueza de expresiones hebreas, disfruta con sus recuerdos del yiddish, de la provincia de Posen, donde nació, es muy afecto a su judaísmo, pero sin hostilidad hacia Alemania, apenas se interesa por la política. Lleva la estrella. Pero, por supuesto –como *todos* los que están allí–, vive en matrimonio mixto. Tenía una lencería; seguramente ha sido también viajante mucho tiempo.

4) *Lewin.* De mi misma edad. Con un hombro torcido, parece bastante más viejo que yo. Tuvo un derrame cerebral hace cinco años. Del sur de Alemania, afable, bonachón. Tenía una tienda de muebles en Badén, el negocio quebró a consecuencia del boicot nacionalsocialista; aquí, en Dresde, fue unos años

gerente no sé dónde, tiene una pequeña renta de inválido. Habla con gran ternura de su mujer, que trabaja en la oficina de una empresa de vinagres, por un salario de 55 pfennigs la hora, para no tener que recurrir a la ayuda de la Comunidad. Tiene una manía, se entusiasma cuando toca ese tema. «¿Por qué no me dejaron mis padres aprender un oficio manual? ¿Por qué en Europa occidental el judío no es campesino, ni obrero, *sólo* «negociante»? No dice «comerciante», dice despreciativamente «negociante». Exactamente el estilo y el esquema mental de H. S. Chamberlain y de Sombart: a quienes da la razón «en este punto». Enfrentamientos con los otros. Discusiones conmigo. (Sobre actividad «productiva», *vide infra.)*

5) *Bergmann*, bajito, contrahecho, duro de oído, gruñón. Cincuenta y tantos largos. Tan proletarizado que nadie lo consideraría judío ni universitario. Es farmacéutico, fue el predecesor de Scherner[74] en la farmacia de la Bolsa, en Leipzig. Es protestante, sin ninguna relación con el judaísmo. Amargado por la impotencia del grupo Grüber-Loeben[75], amargado por Alemania, país que, después de la liberación, quiere abandonar a todo trance. Carácter infantil, mínima cultura general.

6) Frank, sexagenario, el químico con el tiro en la cabeza, con la esposa jefa de enfermeras, el hijo que quiere volver al ejército, el habla tartajosa, el carácter directo, ruidoso, no exento de humor, los paternales golpecitos en la espalda y consejos para que me mantenga derecho.

7) *Jacobowicz*, sesenta y pocos años, el sastre de Kalisch que habla con entusiasmo de Siberia, de sus hijos ya adultos de los que está orgulloso, que lleva la casa, que tiene una forma de ser directa, ruidosa, divertida, y que me traduce expresiones rusas y hebreas.

8) *Berghausen*, el obrero no especializado, ayuda en el mercado.

Hasta aquí los que por ahora están de modo permanente en mi grupo cambiante.

9) *Kornblum*, el húsar y semiparalítico, probablemente de baja permanente por enfermedad, desde que fue «convocado». Antes, gerente en la casa de artículos de confección Bach, sexagenario.

10) *Juliusburger*, ya enterrado. Permanece vivo en el grupo, siempre cuentan de su inagotable repertorio de chistes judíos; siempre oigo decir: «No puedo imaginarme que Juliusburger haya muerto». Era del ramo de la confección,

dueño de una tienda. Cincuenta y pico años.

11) *Profesor Conradi.* He hablado repetidas veces de él. También él sigue vivo. Le toman a mal su antisemitismo. «No le interesaban los chistes judíos: no quería entenderlos.»

12) *Freymann*, esa ruina de hombre, lleno de sensibilidad y con interés por la ciencia, antes director en Chemnitz de una filial de Messow & Waldschmidt, en la cincuentena y muriendo una triste muerte, dado definitivamente de baja por incapacidad para el servicio.

13) *Feder.* Se adapta sorprendentemente bien a la vida laboral. Pensé y *quiero* pensar que su tocado es un birrete de magistrado; pero es el sombrero de verano de esa esposa que no puedo perdonarle.

14) *Stern*, el Don Quijote a quien todos toman el pelo por su forma ceremoniosa de saludar, que lleva seis semanas y más trabajando de noche, pero que siempre hace una hora suplementaria con el turno anterior. Unos sesenta y tres años, muy vigoroso, muy delgado.

15) *Neufels* aparece muchas veces por nuestro grupo, pero su ocupación habitual está en el sótano, en trabajos pesados. Cuarenta y dos años, parece mucho más joven, tiene una fuerza asombrosa. El doble de Goebbels. Flaco y bajito, pero muy fuerte y ágil. Con el mandil de tela de saco que siempre lleva puesto parece un obrero, pero en su cuidada dentadura brillan varios empastes de oro. Tenía alguna actividad mercantil en la industria del cine, pero dispone de conocimientos y habilidades técnicas. Tiene una esposa rubísima y germánica, un hijo rubio, un terrier negro, que van a buscarle a menudo.

16) *Aris*, que con el sobretodo, el pañuelo rojo del cuello y el gorro parece un apache y que el otro día me infundió respeto con sus conocimientos de literatura hebrea. Treinta y tantos años: él y Neufels representan la juventud entre nosotros. Era comerciante del ramo del metal. Fue ajustador en Zeiss-Ikon (como Frank), dice que allí se perfeccionó en su especialidad. Desde nuestra conversación del otro día me da muestras de respetuosa amistad. Lewinsky dice que Aris trataba con desconsideración al grupo del que estaba encargado (el «jardín de infancia», adolescentes con muy buena vista), que es una persona irritable y colérica.

17) *Edelmann*, a quien sólo he visto un momento sin poder hablar aún con él, pues trabaja en el sótano, como obrero de trabajos pesados. Un gigante rubio, lo

menos judío que pueda imaginarse. Unos cincuenta años, algo canoso, guapísimo, con los ojos claros. Trabajaba en una fábrica de tabaco.

18) *Levy* […] vigoroso quincuagenario, antes escaparatista, ojillos azul celeste miopes y bobalicones que parpadean detrás de las gafas, la parte posterior de la cabeza en declive, en realidad sólo nuca, voz infantil, alta, sin matices. Embromado por todos. En los últimos tiempos le he oído hablar un par de veces de modo muy sensato. Yo me mantengo alejado de él y de las bromas que le gastan. Es un hombre que en parte me da pena, en parte me causa inquietud.

19) *Joachimsthal*, el eterno descontento, cf. los primeros apuntes de esta fase; desde hace unas semanas trasladado a la sección de la Mackensenstrasse.

20) El pintor Gimpel †

Una vez más: *todas* estas personas, el núcleo de comerciantes, el ala universitaria y proletaria, están separados por matrimonio mixto del judaísmo ortodoxo. En algunos predomina, expresándose de modos diversos, la inclinación a la germanidad (Feder, Frank, Lazarus), en otros el judaísmo ha conservado su fuerza o la ha vuelto a ganar (Lazarus, Witkowsky).

29 de mayo, sábado mañana

[…] Konrad trajo la […] conferencia o artículo del *Freiheitskampf*, «La culpa la tiene el judío», del profesor Johann von Leers[76], en forma de recorte de periódico (la tira lleva la señal nº 143, página 2). Argumentación: los judíos prepararon la primera guerra mundial, como socialistas se propusieron, desde el comienzo del siglo, dejar indefensa a Alemania, aniquilarla. Un recuento de todos los nombres judíos y sólo de los nombres judíos que había en el Partido Socialista, entre los pacifistas, etc. […] Constatación: «Si no se le hubiera dado al judío la nacionalidad, sino que se lo hubiera dejado en el gueto, no habrían podido *tramar* la *revuelta* (peyorativo para "revolución") de 1918 ni causar nuestra perdición». Así que la culpa de todo la tiene *sólo* el judío, tenemos que *exterminarlo* y hacerlo desaparecer de Europa. Puede que esto sea horrible, pero es represalia y defensa «contra sus ansias asesinas». «Si triunfan los judíos, todo nuestro pueblo será masacrado como los oficiales polacos en el bosque de Katyn… La cuestión judía se ha convertido en la cuestión esencial, central, de

nuestro pueblo desde que dejó sueltos a los judíos.» – Tal vez la frase más demencial, sobre el derrotismo de la primera guerra mundial: «Hubo también criminales no judíos, qué duda cabe (ficción de objetividad), el peor fue seguramente Matthias Erzberger[77], no judío, pero natural de Buttenhausen, ese antiguo emporio de tratantes de ganado judíos» (¡así que estaba contaminado!). Estilísticamente, es fundamental cada frase, cada giro de esa conferencia. Falsa objetividad, obsesión, demagogia, subsumir todo bajo la misma etiqueta, insistencia en que *la cuestión judía es el alfa y la omega*. Es importantísima esta frase: «Hoy hay muchas personas que se quejan de que eliminemos de Europa a los judíos: que se quejen primero de la indecible desgracia que…». Eso significa, pues: 1) Empezaron *ellos*. 2) Y sobre todo: nuestro exterminio de los judíos no es popular en Alemania. Tengo que poner muy de relieve a este Leers, como voz salida de la masa nazi que sigue a los que marcan la pauta, a los Goebbels, a los Rosenberg, etc. Feder me ha dicho que al parecer es profesor de historia de secundaria; ha publicado algunas cosas en *Reclam*. ¡Indagar!

[…]

JUNIO

1 de junio, martes mañana

Lewinsky trajo el domingo una noticia, oficiosa pero muy difundida y de muy buena fuente (¡soldados!): en Varsovia ha habido un baño de sangre[78], levantamiento de polacos y de judíos. Tanques alemanes habían sido destruidos por minas a la entrada de la ciudad judía, tras lo cual los alemanes han destruido a cañonazos todo el gueto; incendios que han durado varios días y millares y millares de muertos. Ayer pregunté en Schlüter a varias personas por ese asunto. Respuesta en voz bajísima: Sí, también ellos lo habían oído contar así y de modo semejante, pero no se habían atrevido a decírselo a otros. Eva, a la vuelta del dentista, cuenta que Simon, al explicar lo sucedido, tiene la certidumbre de que en esa rebelión han participado también 3.000 desertores alemanes y que ha habido largos combates, durante semanas (¡!), antes de que los alemanes se

hicieran dueños de la situación. La credibilidad de Simón es escasa. Con todo: que circulen tales rumores, eso es lo característico. Por lo visto, Simón añadió que también reinaba el desasosiego en los otros países ocupados.

Eva contó en otro momento que en la ciudad se ve en los últimos tiempos un cartel –dos personas que se dicen algo al oído– con la siguiente leyenda: «Quien cuchichea, miente». Y hasta ahora no he caído en la cuenta de que ya se viene escribiendo hace tiempo, hace mucho tiempo, contra la *propaganda del cuchicheo* y que «propaganda del cuchicheo» es una expresión característica de la *LTI* que, indudablemente, tiende a fomentar la mala conciencia y trae a la memoria las penas de reclusión mayor para «quienes escuchan radio extranjera»; me resulta claro que la propaganda y el miedo a la propaganda –pro y contra de la «radio del pueblo» (*Volkshörer*)– constituyen también un enorme capítulo desde una perspectiva lingüística y espiritual en su sentido más estricto y plantean en parte las mismas cuestiones que el lenguaje militar […]

Rössler, el maestro ario, *già* confitero autónomo: «¿Quiere usted volver al turno de noche?». – «Sí, por los cupones.» – «Sí, eso es algo. Hace poco cambiamos 12, "palitos" por medio pan (1 kilo). En casa no guisamos. Mi mujer trabaja con la Wehrmacht, en el casino militar. Es estupendo. Y todo tan abundante. Porque siempre hay oficiales que comen en el hotel. Ella trae siempre a casa comida para los dos. En el casino sólo comen un día por semana sin carne. ¡En lo que trae mi mujer muchas veces hay 100 gramos de carne!» – Bergmann, el farmacéutico, había estado escuchando. Después me dijo: «A ése le va bien. Y a los obreros también. Tienen mucha comida y más dinero que nunca. Esos no hacen una revolución, ésos no tienen interés en que acabe la guerra». – ¿Dónde está la verdad, en esto o en el rumor sobre Varsovia? Y si ambas cosas son ciertas: ¿cuál tiene más peso?

[…]

4 de junio, viernes mañana

[…]

Continuamente observo el compañerismo, la naturalidad, a menudo hasta la cordialidad de los obreros y las obreras con los judíos; entre ellos habrá siempre, de un modo u otro, algún espía o traidor. Pero eso no es obstáculo para que, en su conjunto, no odien en absoluto a los judíos. Y sin embargo algunos de

nosotros aseguran siempre que *todos* los alemanes, incluidos los obreros, son, sin ningún género de duda, antisemitas. Una tesis tanto más absurda cuanto que sus defensores viven en matrimonio mixto. Ayer, entre las mujeres (casi todas de cierta edad) de la sala contigua y nuestros obreros había bastante jolgorio. Qué habría sucedido si en el momento de las bromas, de la algazara, de la riña divertida, que también habría podido interpretarse como caricias, hubiera abierto la puerta la Gestapo o algún soplón. La Tonerti, una obrera, da un golpe contra un montón de cajas de cartón. «Están todas vacías. ¡*Bluff*, señores, *bluff*!» La otra obrera: «¿Qué no es *bluff* hoy en día? Hay un vestido en el escaparate. Entre usted en la tienda y pida un vestido. ¡O lo que sea! ¡No hay nada, *bluff*, todo es *bluff*!». Un judío, alegre: «¡Prohibido criticar!». Obrera número uno: «¿Dónde hay aquí una cabra? No veo ninguna»[79]. Obrera número dos: «¿Y si usted es la cabra vieja?»[80]. Amistosa pelea de las dos mujeres. Frank, el químico, esgrime su pequeña pala del té como un puñal y se lanza contra las dos luchadoras… Qué poca imaginación se necesita para prolongar la escena hasta la catástrofe.

[…]

5 de junio, sábado mañana

Por la radio, el viernes por la noche, el editorial de Goebbels del *Reich.* Sobre la disolución del Komintern[81]. La *raza* judía, maestra del camuflaje, desde siempre. Aceptan cualquier posición política en la medida en que ellos salen favorecidos. Según el país y las circunstancias. Bolchevismo, plutocracia: detrás de Roosevelt, detrás de Stalin hay judíos; su meta, la meta de esta guerra, la hegemonía mundial. En los países enemigos también van haciendo efecto poco a poco nuestras enseñanzas. La victoria de nuestras ideas es segura… Apenas leída la mitad del artículo, la mayor parte de nuestro grupo exige que quiten la radio. «Estupideces.» – «Basura.» – «Ya lo sabemos.» – «Quitad esa porquería», etc., etc. Sólo Frank, Konrad y yo queremos seguir escuchando. Apagan el aparato […] Pero se plantea esta pregunta general: ¿Hasta qué punto influye la radio? ¿No estarán los arios en general tan irritados o tan indiferentes como nosotros?… Y ellos, que tienen el aparato en casa, ¿no preferirán sintonizar Inglaterra o Moscú o Suiza? – ¿Intimidación con las condenas a reclusión mayor a quienes escuchan emisoras extranjeras? También se llega a una indiferencia

frente al miedo: lo veo en nosotros, qué rápidamente se llega a eso. Desde hace unos quince días no ha habido más detenciones ni muertes –también parece que Leipziger ha sido internado en el campo de trabajo de Auschwitz, no en el campo de concentración de Auschwitz– y ya se han olvidado los grandes miedos. «¿Porque Eisenmann sufra alucinaciones no voy a poder ir a verle a usted?», me dijo hace poco Steinitz en el cementerio, y ayer acordamos a través de Eva que vendrá aquí el domingo (mañana) y que nosotros les haremos una visita el segundo día festivo de Pentecostés […]

7 de junio, lunes mañana

[…]

Situaciones difíciles de los tiempos que corren. Hasta hace unos meses, los dos niños Hirschel jugaban en el jardín de su villa. Entonces, los padres tuvieron que trasladarse a la casa de la Comunidad. Los niños venían a jugar aquí, como amigos de los niños Eisenmann. Vino entonces el miedo de Eisenmann padre, en este caso un miedo muy justificado, porque los niños alborotan mucho al jugar; los niños de los porteros se unen ingenuamente a los niños portadores de estrella, y en la calle hay espectadores arios. La notificación a la Gestapo de tal promiscuidad podría tener consecuencias mortales. Así, los niños Hirschel fueron enviados a jugar al cementerio judío. Allí, gritaron y alborotaron de modo improcedente entre las tumbas, además se entendían mal con la hija pequeña, muy maleducada, del administrador, Jacobi. Eso trajo consigo un aumento del alboroto, y ahora también les estará vedado el cementerio. Así que la señora Hirschel le ha pedido a Eva que haga de mediadora: para que los niños Hirschel vuelvan a jugar aquí con los niños Eisenmann, y durante ese tiempo los niños de los porteros arios se queden en otra parte del jardín. Pero eso es proponerles algo inaceptable. En tiempos normales, los niños Rasch tendrían los mismos derechos que los niños Eisenmann y, por supuesto, que los Hirschel, que se han añadido a ellos, y ya en tiempos normales sería casi imposible y, en cualquier caso, muy violento y falto de delicadeza mantener aparte a los niños de los porteros. Pero hoy, que los Eisenmann dependen de la buena voluntad de los porteros y que en los porteros es un acto de valentía dejar jugar a sus hijos con otros que llevan estrella… Además, Schorschi Eisenmann va detrás de la señora Rasch como un polluelo detrás de la gallina, y ella, que tiene muy buen corazón, lo cuida en

verdad como una madre.

[…]

9 de junio, miércoles a las 18:30 horas

[…] – Hacia las seis, para el primer turno de mañana, se presentó Rössler, el maestro de taller ario. Un hombre de indudable inteligencia, filosemita, en modo alguno nacionalsocialista, antes confitero autónomo, de cuarenta y tantos años largos. «Dos terceras partes de la guerra ya han pasado», dijo en una conversación sobre cigarros, «yo calculo dos años más.» – Yo: «Tanto tiempo, no». (Me arrepentí al momento y tuve miedo.) Él: «Serán dos años si no ocurre un milagro. Si no terminamos con Rusia ya ahora… América nos puede hacer poco daño, los ingleses no pueden desembarcar, lo mismo que tampoco podemos desembarcar nosotros; pero, que con Rusia ahora ya…». Le miré sonriendo y ya no dije más. Pero me quedé deprimido todo el día. Si *ésa* es la verdadera *vox populi*, la opinión común del pueblo, esa confianza en que Alemania todavía va a vencer, ese estar de acuerdo con otros dos años de duración de la guerra: entonces la guerra durará en efecto dos años más. – Una noche demoledora iba seguida de un día echado a perder. Dormí desde las diez y cuarto hasta las dos y media, llegué medio dormido al café de la tarde, leí a Dwinger una hora escasa, dormí apenas media hora sobre el sofá, me desperté tiritando y lo único que he conseguido es estos pocos apuntes antes de empezar con los preparativos de la jornada nocturna. Estoy horriblemente deprimido y asqueado.

De los números del *Reich* que leí ayer. Tres artículos de Goebbels en tono apagado y resignado. El 18 de abril de 1943: «La ley eterna». ¡Un pueblo, al igual que una madre, tiene que exponer su vida para que nazca nueva vida! Una visión de conjunto muestra que «seguimos estando, a pesar de todo, en el bando vencedor». Después: «No sólo no podemos volvernos atrás: la situación ni siquiera nos permite sustraernos a la lucha». Y también: «¿Quién se atrevería hoy a comparar la Rusia de los zares con la de los bolcheviques? ¿Quién tiene valor para pronosticar con absoluta seguridad las posibilidades de la guerra aérea o las de la guerra de submarinos?». Pero lo más grotesco, desvergonzado y angustioso de ese artículo es lo siguiente: «Un pueblo políticamente inmaduro obviamente es mucho más fácil de dirigir en la guerra que el que posee una educación y una formación política. Por eso lo tienen tan fácil los gobiernos del

bando enemigo. Ellos pueden permitirse lanzar de un extremo a otro a la opinión política porque ésta ya ha olvidado mañana lo que ayer creía tan fervorosamente. En el pueblo alemán eso está totalmente descartado: a quien ha dicho al principio de la guerra algo inadecuado o desmentido por el desarrollo de los acontecimientos, hoy se le sigue echando en cara eso mismo, sin tomar en consideración que junto a esa frase hay cien otras que mantienen su validez hasta el momento presente, y como si el que dijo esa frase fuera el único que no tiene derecho a equivocarse». Grotesco: porque nadie como el alemán es tan inmaduro en política y considerado como tal por su gobierno. Desvergonzado: porque precisamente el gobierno nacionalsocialista ha predicado otra cosa día tras día: «No es la nuestra una política de noticias, ajustada sólo a las necesidades del día», dicen antes. ¿Y la actitud frente a Rusia? ¿Y la Inglaterra agonizante? Etc., etc. – Angustioso: reclama el derecho a equivocarse. Probablemente se refiere a la «frase» de Göring[82] en la que afirmaba que él se llamaba Meyer si un avión enemigo… ¡Pero las vigas en el ojo de Goebbels! – El 2 de mayo: «¿En qué situación estamos?». «En las dos terceras partes iniciales de la guerra» hemos tenido tantos éxitos que ahora podemos vivir de ellos. Los éxitos del enemigo son «modestos» y «de carácter relativo». «En la periferia de nuestras operaciones militares somos aquí y allá algo vulnerables.» (¡Stalingrado, África!) «… Una larga serie de éxitos nos vuelve exigentes y más susceptibles psicológicamente frente a ciertos reveses que en la perspectiva total de la guerra sólo tienen importancia secundaria.» Así está lanzado «vulnerable».

10 de junio, jueves tarde

Continuación de las anotaciones sobre el *Reich.* El artículo del 2 de mayo predica voluntad de resistencia y paciencia. «Estamos donde hace tres años no habríamos esperado estar.» Lo importante ahora es no permitir que nos desoriente la propaganda enemiga, así vendrá con seguridad el momento de una nueva ofensiva y de la victoria final. El miedo a esa desorientación psíquica es el verdadero tema del artículo […] – Artículo del 30 de mayo de 1943: «Sobre la esencia de la crisis». Schlieffen[83] enseña que «una batalla sin crisis no es una batalla sino una escaramuza». – «Una crisis supone un peligro mortal pero, una vez superada, sus efectos no comportan una *disminución* sino un *aumento* de

energías.» […] Tres veces muy seguidas, la palabra *histórico:* Tenemos que hacer la guerra «desde una perspectiva histórica»… Partiendo de esta «visión histórica» hemos de hacer frente a las crisis con un «sentimiento nunca engañoso para los *valores históricos*» […]

Me ha sido difícil terminar de hacer en paz estos extractos. A las siete regresó Eva de la ciudad, donde había querido recoger patatas en casa de los Hirschel. La Comunidad está cerrada con precintos. En el domicilio particular de Hirschel no responde nadie. – ¿Han evacuado a los últimos matrimonios no mixtos? ¿Qué va a ser de nosotros? Si voy hoy a mi turno de noche, ¿volveré?

[…]

12 de junio, sábado tarde

Lo especial de esta cuarta noche, del jueves al viernes: hemos estado todos deprimidos por la noticia sobre los Hirschel. El trabajo funcionaba de modo intermitente, y lo curioso es que hasta las máquinas dejaban a ratos de funcionar. Una vez, el tambor de las mezclas hacía tal ruido que tuvimos que sacar una carga, limpiar el embudo y luego volver a llenar, lo que supuso una gran pérdida de tiempo; muy poco después se calentó la correa de transmisión del tambor grande hasta quemar por completo un trozo de la correa, lo que significó una nueva demora. Así que nos quedamos muy por debajo del rendimiento asignado […]

El jueves por la tarde, Eva trajo las primeras noticias. Por la noche se sabía en Schlüter que Strelzyn, el orfebre que vive en casa de Kahlenberg, había recibido permiso para ayudar a hacer el equipaje, porque Kahlenberg y los Hirschel iban a ser evacuados «mañana»[84]. El viernes por la mañana, Eva recibió una carta muy amable de la señora Hirschel en la que además nos transfería patatas. Después de esa carta, Eva se atrevió a ir a casa de los Hirschel y se enteró de lo siguiente: Hirschel y los Kahlenberg, madre e hijo, se encuentran ya desde el jueves en la PPD. A la señora Hirschel y a los niños los han dejado en su casa. En cuanto pase Pentecostés, estos últimos judíos que viven en matrimonio *no* mixto serán deportados a Theresienstadt. Theresienstadt pasa por trato de favor y lo es seguramente en comparación con Polonia, por más que esa deportación comporte la pérdida total de los bienes y la esclavitud. Lo que ocurre realmente en Theresienstadt, si allí la gente pasa hambre o muere o

lleva una vida medianamente humana, eso nadie lo sabe: las escasas noticias que salen al exterior, quién puede escribir a quién, y cuánta realidad contienen las noticias que llegan aquí y allá, eso es también muy poco claro. En cualquier caso, los Hirschel parece que habían esperado algo *peor aún*. Eva dice que la señora Hirschel estaba muy serena y que esa actitud no era sólo fingida. Yo le he dicho a través de Eva –porque sé lo que a ella le procura contento– que le estoy muy agradecido por sus muchos impulsos y sugerencias y que si volviese a publicar algún día, su nombre ocuparía un lugar en mi obra[85] […] –El viernes, me enteré también en Schlüter de que la Unión de los judíos de Alemania ha sido disuelta[86]. No se sabe nada aún sobre la importancia y las consecuencias de tal medida. Lewin opina que lo que quieren es documentar que ya no quedan judíos en Alemania. Pero sin embargo quedan algunos, y entre ellos algunos que llaman la atención por la estrella judía. En Dresde, de 600.000 habitantes hay 60 que llevan la estrella. ¿Qué va a ser de los privilegiados? ¿Qué va a ser sobre todo de nosotros, los de la estrella? Siempre esos dos rumores contradictorios entre sí: nos quitarán la estrella –nuestros matrimonios serán separados por la fuerza. Probablemente, esto corresponde a dos tendencias opuestas dentro del Partido. En mí, alternan sucesivamente, a cada hora que pasa, el miedo, la esperanza, la indiferencia.

[…]

14 de junio, lunes de Pentecostés, mediodía

[…]

Mientras que yo hablaba en el jardín con Herbert Eisenmann –Eva vino después– hacían gimnasia en la barra la pequeña Lisel Eisenmann (nueve años) y el hijo y la hija de los porteros, y «Schorschi», el pequeño de tres años de Eisenmann, correteaba entre los otros niños mayores. Es increíble, y en cierto sentido una imagen de nuestro tiempo y de la generación femenina, con qué habilidad y musculosidad, con qué naturalidad asexuada para desnudarse hace gimnasia la pequeña Lisel, balanceándose colgada de las corvas y ejecutando toda clase de molinetes. Siempre se los ve jugando juntos a los niños Rasch y Eisenmann, siempre está Schorschi (el «tongo», el niño que, después de los otros dos que llevan estrella y son judíos de religión, fue educado *ad hoc* en el

cristianismo aportándole así al padre la exención del 15% de la tasa social, pero no el quedar libre de la estrella –por cierto, se es «privilegiado» si el hijo vive, y el privilegio se extingue cuando el hijo muere o marcha al extranjero; hace poco hice una anotación errónea al respecto), así que siempre está Schorschi detrás de la señora Rasch como el polluelo detrás de la gallina, y ayer tarde, los Rasch se lo llevaron a dar un largo paseo al campo y por la noche lo traían dormido a la espalda. Pero el sábado, cuando charlábamos junto a la barra, me dijo Herbert Eisenmann que los padres y el niño mayor son buena gente, muy de fiar (y que Milke, el encargado del bloque[87], un hombre algo gruñón que vive en el piso de arriba y que vemos muchas veces con el uniforme de las SA, lo es también, «por dentro es muy diferente»), pero que la niña Rasch, una rubia de once años […] viene a las primeras de cambio con la frase: «¡Eso se lo digo a la Gestapo!». Por la noche, la señora Eisenmann nos confirmó todos esos datos. *Que faire?* Añadió que los otros Rasch eran encantadores, que Lisel no tiene otros compañeros de juego, y que la amistad de los Rasch había que conservarla.

En todo este asunto no somos sólo espectadores ajenos. Los Rasch también nos hacen pequeños servicios; así, estamos ahora conectados a la fuente de donde traen la leche y de ese modo conseguimos mucha más de la que Eva podía traer antes de la ciudad (y cuando su ración llegaba aquí, solía estar ya estropeada, *su* ración, porque *yo* no tengo tarjeta de leche). Y ahora Eva, por deseo de los Rasch, ha prometido darle a la niña alguna clase de piano. Yo se lo advertí: esa niña aria no puede entrar en nuestras habitaciones; si ella, por fanfarronería o por malignidad, cuenta que…, puede costarme la vida. Pero la niña le ha dicho a Eva: «No se preocupe de que yo vaya a su habitación; mamá nos previene si llega la *Geheime* [‘la secreta’] *(sic)*». Todo este asunto debe ir al *Curriculum*, es enormemente característico del Tercer Reich.

[…]

17 de junio, jueves al anochecer

[…] Mientras yo leía un poco en voz alta a Dwinger, apareció para una breve visita la señora Gaehde, que le ha tomado gran cariño a Eva. Ahora ella también tiene que hacer servicio de trabajo: las mujeres judías, aunque estén casadas con arios, están obligadas a prestar servicio hasta los sesenta años (las arias hasta los cuarenta y cinco), y ella está en la cincuentena.

Tengo que añadir que hace poco nos obligaron a devolver los carnets de trabajo extendidos por la empresa y en los que estaba indicada la hora especial para comprar nosotros. Tacharon la hora especial, la compra habrán de hacerla las esposas arias, y los maridos judíos quedarán aún más aislados que antes. Para hacer el cambio de carnets, los vigilantes de las distintas empresas fueron convocados a la Comunidad, que ha vuelto a abrir, pero con el personal reducido a la mínima expresión. Allí Köhler, el «papa de los judíos», es decir, el apoderado del NSDAP para asuntos judíos, les soltó el siguiente discurso: que había prohibición estricta de hablar de política, estando obligados los vigilantes a denunciar inmediatamente a los que transgredían esa orden. Que si se llegaba a saber que habían omitido hacer tal denuncia, ellos serían castigados igual que el culpable; y si la Gestapo se enteraba de que se había hablado de política y no se averiguaba quién había sido el culpable, se metería en prisión al grupo entero.

[…]

21 de junio, lunes a mediodía

[…]

Toda esta semana nocturna, Stern ha estado mimándome: siempre me obligaba a aceptar algo de su comida, en todo momento tenía un purito, siempre detalles afectuosos conmigo. Había hablado de cuánto echaba de menos la música, así que le dije que viniera a casa ayer por la mañana. Vino y trajo con él a su hijo, un chico de dieciocho años, guapo y bien educado, que acaba de terminar el bachillerato y ahora está aprendiendo el oficio de mecánico de coches con la esperanza puesta en una posterior carrera de ingeniero. Eisenmann *senior*, que conoce a Stern de Zeiss-Ikon y le tiene mucho afecto, subió también, y Eva tocó a Schubert y a Chopin.

22 de junio, martes mañana

Desesperante monotonía del turno de día, ni siquiera suavizada por la radio. Ha venido otro más: Jacobi, el administrador del cementerio.

[…] – Aris ha contado que él da clase a sus propios hijos, el mayor nueve años, para que «después» puedan ingresar enseguida en un centro de secundaria. Asimismo, Eisenmann *senior* me ha dicho que él da clase a Lisel, de nueve años.

La prohibición de ir al colegio es una ignominia que no tiene nombre. Para que los judíos se hundan en el analfabetismo. Pero eso los nazis no lo conseguirán. –Yo estaba con Herbert Eisenmann delante de la puerta de la casa, junto a la barra en la que hacían gimnasia los niños de los porteros y los pequeños Eisenmann. –Lisel como una campeona olímpica. Hablamos de la situación y de la imposibilidad de hacer cálculos anticipados. Yo mencioné a Tolstoi y su piadosa filosofía de la historia. Herbert Eisenmann dijo con honda convicción que eso era exactamente lo que él creía. Le preguntamos por qué no venía ya a casa a tocar. Dijo que ya no podía, desde la última evacuación. (Al parecer, entre los deportados estaba su primer amor.) Yo solté una prédica diciéndole que la ascesis no ayuda al otro y a nosotros nos quita la libertad […]

Nadie puede aprender de la historia porque nada se repite realmente y por completo y sin variantes. Tal vez sea hasta perjudicial el conocimiento de la historia: porque inhibe. Tal vez ocurra con el conocimiento de la historia como con la ascesis: ambas cosas quitan la libertad.

[…]

En la fábrica Schlüter, los nuestros son poco prudentes en el trato con las amables obreras, por lo general mujeres de cierta edad. Ríen, se tutean, hasta se pasan el brazo por la cintura. Con perfecta candidez. – Pero si se entera la Gestapo…

En casa de Steinitz vi el otro día un librito escolar en inglés de la editorial Schocken: pasajes de libros y de discursos ingleses sobre la cuestión judía y el sionismo.

Los Hirschel y los Kahlenberg fueron enviados ayer a Theresienstadt. Los Kahlenberg, madre e hijo, y el señor Hirschel han pasado unas dos semanas en la prisión de aquí. –Strelzyn, el orfebre, aseguró plenamente convencido que en las próximas semanas nos libraríamos de la estrella.

23 de junio, miércoles a mediodía

[…] Eva ha empezado a dar clase de piano a Lisel Eisenmann y a Hildegard Rasch, la hija de los porteros (cf. 14 de junio). Si la niña aria presume de ello, si esta historia sale a la luz, a Eva y a los porteros les acarrea la prisión, a mí, a través del campo de concentración, la muerte. Y eso, si no hablan de alcahuetería y de seducción de menores: en tal caso, Eva acaba en el campo y yo bajo la

guillotina. No son fantasías novelescas sino posibilidades bien reales. «En la excursión he hecho todo el tiempo ejercicios de pulsación sobre el brazo», contó la niña. Yo previne a la madre. «Ella no dirá palabra, seguro, no paro de inculcárselo», dice la señora Rasch.

Otro peligro: Eva se ha quedado con la tarjeta de patatas de la señora Hirschel, la proveedora está al corriente y tiene buena voluntad. Se trata de 70 kilos.

Ayer tarde, en la Wormser Strasse, un obrero ya mayor –en la medida en que pude distinguirlo a la luz del crepúsculo– va en bicicleta detrás de mí, pasa muy pegado a mí y dice con voz bondadosa, paternal: «Ya cambiarán las cosas, ¿verdad, camarada?… Ojalá que sea muy pronto»: acto continuo, retrocede haciendo una curva con la bici y se mete en una calle lateral… Anteayer, en cambio, se cruza conmigo al mediodía una familia, padre, madre, niño pequeño, a todas luces «gente bien». El padre dice en plan didáctico (en voz alta) al pequeño, probablemente respondiendo a su pregunta: «Para que sepas qué aspecto tiene un judío». ¿Cuál es la verdadera *vox populi*? En la fábrica Schlüter siempre quiero suponer que es la amigable. Anteayer, una obrera, flaca y de pobrísimo aspecto, echó mano de un cajón que yo quería levantar. «Deje, señor, yo lo hago mejor, sé cómo hay que agarrarlo.»

[…]

24 de junio, jueves mediodía

Vox populi: un grupo de chicos en bicicleta, entre catorce y quince años, a las diez de la noche en la Wormser Strasse. Me adelantan, gritan volviendo la cabeza, esperan, me dejan pasar. «Ése recibe un tiro en la nuca… yo disparo… A ése lo cuelgan de la horca – especulador de bolsa…», y decían algo imitando el acento judío. Me ha causado una amargura y una inseguridad más hondas y de más duración que la alegría que me produjeron las palabras del viejo obrero la tarde anterior.

[…]

27 de junio, domingo tarde

El viernes, después de anunciarse por escrito, Eva quería, como ya es habitual,

recoger en casa de Richter 50 marcos y los cupones prometidos por valor de 2 kilos de pan, además de su opinión sobre el estado de cosas. La secretaria explicó que Richter llevaba ya cuatro semanas en prisión, que no se sabía por qué y por denuncia de quién. Que estaba en la Münchner Platz, porque las celdas de la Gestapo en la PPD estaban llenas a rebosar. Dijo que dentro de unas tres semanas empezaría el juicio oral, que podía tener un abogado. –En un primer momento casi sentí una ligera satisfacción y me hizo un poco de gracia que mi protector y guardián estuviera en peor situación que yo, que también los arios sintieran en su propia carne la tiranía, que esa tiranía, signo de debilidad, aumentara cada vez más. Pero después me atormentó la cuestión de lo que esa detención podría significar para nosotros. Pérdidas de cupones de pan, pérdidas de suplementos económicos (tengo todavía en casa de Richter 200 marcos de reserva, que habrían sido una ayuda repartidos en cuatro meses), gran peligro para la casa, porque ¿quién será el nuevo administrador? Además, un miedo que va más lejos: ¡si detuvieran a Annemarie y registraran su casa! – No necesito escribir que a todo esto se une la compasión por Richter y que esa compasión es repugnantemente apática. Y eso que está en juego sin duda alguna la vida de Richter. Si está implicado en un asunto de alta traición, le espera, como él mismo sabe, la guillotina en un patio de la Münchner Platz. Si sólo han oído al vuelo algún comentario que denote un espíritu de rebeldía, le darán en cualquier caso una elevada pena de prisión, que arruinará su economía y, siendo como es un hombre enfermo, su salud.

[…]

29 de junio, martes tarde

[…] El rumor de que van a suprimir la estrella es cada vez más fuerte: Kahlenberg, el favorito de la Gestapo que siempre estaba bien orientado, parece que lo dijo antes de que lo evacuaran; Petri, un comisario de la Gestapo, parece que lo ha insinuado. Yo soy muy escéptico […]

Ayer, todo el día lectura, de la que, para mi inmensa depresión, no he comprendido el 99%. El libro, escrito para todo el mundo: *Vida alemana de hoy*, Unión popular de los amigos del libro, Editorial Wegweiser, Berlín, 1922. (Creo que Ullstein.) En el momento de máxima emergencia, se quiere apreciar el estado espiritual de Alemania, las fuerzas que «prometen un rejuvenecimiento y

una profundización, una renovación de Alemania». (Prólogo del editor, el profesor Philipp Witkops, que añade un estudio sobre «Literatura alemana actual», que yo había hojeado ya antes; el libro es de Steinitz y lo tengo aquí hace ya tiempo. Voy a leer más detalladamente ese estudio.) […]

JULIO

4 de julio, domingo mediodía

La semana del turno de noche transcurrió del modo habitual: las noches pasaron deprisa, los días, pese a, o justamente a causa de la falta de sueño –máximo de cuatro horas– fueron un desastre. Lo que pude sacar para mi trabajo no ha sido más que el precedente conjunto de apuntes: *Vida alemana de hoy* y un poquito de lectura en voz alta de Dwinger, de cuya trilogía vamos recorriendo desde hace semanas en dosis homeopáticas el último volumen […]

He estado muy abatido por el estancamiento de la guerra, por lo que Goebbels ha llamado uno de estos días «guerra a media luz». Desde hace dos o tres días, renovada propaganda antisemita. Había disminuido durante algún tiempo, y los judíos acariciaban la esperanza de que desapareciera la estrella. Ahora están publicando documentos que atribuyen la culpa de la guerra a los judíos, y la esperanza de los judíos se convierte bruscamente en miedo a la deportación y a cosas peores. En este sentido, ayer Feder; en este sentido, hoy, Eisenmann.

5 de julio, lunes mañana

[…]

Voces populi: el sábado, conversación con Rasch delante de la jaula para conejos que se han hecho los porteros y que hasta ahora está ocupada por un único animal, muy vivo, con inmensas orejas blanquirrosas. «Producimos muchísimo… Desde 1935 estoy en la fabricación de armamento… Cada vez más construcciones, fabricación en serie, mejoras… En España han hecho todas las pruebas… (¡Qué bien encaja esto con lo de Göring: Nosotros hemos madrugado más, nuestros graneros y nuestros barriles están *llenos a rebosar*! ¡Y qué mal con la recién proclamada culpa y maquinación judía de la guerra!) Ahora estamos haciendo series completas de *Tiger*; y todo eso, las armas y los hombres, parte masivamente hacia el frente oriental, un tren cada cuarto de hora. En el este

vendrá seguro en las próximas semanas nuestra ofensiva… ¿El ambiente? Pues sí, muchos cantan: "Todo pasa, todo se ha ido: primero se marcha el Führer y luego se va el Partido". Pero Colonia, *a la que están despedazando (sic*), los vuelve otra vez más conciliantes.» (Ha caído una bomba en una nave lateral. Pero la catedral está directamente junto al gran puente sobre el Rin; ¡un milagro que todavía siga en pie!) – […]

8 de julio, jueves mañana

[…]

Eva oyó en un restaurante la conversación de dos señoras. La mayor de ellas hablaba de una carta de su hija, que había huido de Düsseldorf. El horror de la destrucción. De una calle que tenía 91 casas, han quedado tres en pie. Tres mil muertos. «De la catedral de Colonia, de las piedras muertas, no paran de hablar: las personas muertas les traen sin cuidado… Que paren de una vez… Todos están exasperados… ¡Y luego ese robo en los precios de los víveres! En la guerra anterior *dicen que* eran los judíos los que robaban… Ahora ya no quedan judíos.» Un consuelo, oír algo así; por lo visto hay gente muy distinta en Düsseldorf. Pero ya no creo en esas *voces populi.* Con ellas se pueden encontrar pruebas para *todos* los estados de la opinión pública. Sólo después se sabe cuál fue la voz predominante […]

11 de julio, domingo al anochecer

El viernes, la moral hundida: Alemania anunció grandes éxitos en Kursk; el sábado, en alza otra vez: ataque de la Entente a Sicilia[88]. Nuevo hundimiento esta mañana: Eisenmann padre dijo: «Con toda seguridad, se convertirá en otro Dieppe[89]». Nivelación por la tarde: Stern contó que en Sicilia las cosas deben ir mal, porque el periódico es parco en palabras, y en Rusia se sigue luchando encarnizadamente sin llegar a un resultado definitivo.

[…]

El jueves por la tarde –Eva estaba en la ciudad– apareció una señora desconocida para mí, rostro fino y mongoloide, muy delgada, de luto, cincuenta años escasos. La mujer del profesor Winde[90], Eva la conoció en casa de la señora Kreisler. Su marido, escultor en madera, era profesor de la Academia,

perdió su puesto «por un viaje de estudios a través de Rusia», aparte de eso no le molestan, tiene encargos oficiales. La señora Winde se enteró de lo necesitados que estábamos y nos trajo una caja de verduras. (Eisenmann y Rasch también le dan ahora a Eva –en lugar de los honorarios por el piano que ella no acepta– verduras. *D'altra parte* empieza la escasez de patatas. Patatas *nuevas* sólo se entregan a arios; los judíos de estrella han recibido para los próximos quince días una asignación de dos -*¡dos!*- kilos. Nosotros hemos de recibir todavía 70 kilos que la señora Hirschel dejó para nosotros en su proveedor, *hemos de* recibirlos, pero es dudoso que el comerciante encuentre todavía 70 kilos de patatas *viejas*.) La señora Winde, muy antinazi; su hijo mayor cayó a los veinte años en el frente oriental, otro hijo está en Smolensko, un tercero, de diecisiete años, acaba de ser inscrito como recluta de la reserva, la señora Winde dijo que esto ya no podía durar mucho más tiempo, que estaban enrolando a gente demasiado joven. Dijo también que la Entente no repetiría los errores de 1918, que machacará a Alemania pero no la dejará pasar hambre. «Nos parcelarán en pequeños estados, eso no me importa. Al contrario, siempre he tenido envidia de Suiza, tan pequeña que no necesita hacer guerras.» Eso también es una *vox populi*, el exceso de política-de-gran-potencia no queda sin consecuencias. –[…]

El sábado por la tarde fui al cementerio judío, y Eva también fue. Era una cita: Steinitz trabajaba solo, sus compañeros y enemigos libraban. Estuvimos con el matrimonio Steinitz, con Jacobi y con Bär, el jardinero, en la casita de cristal (y del juego de naipes) que hay detrás de las tumbas y charlamos largo y tendido y con animado optimismo sobre la situación de la guerra. Dijeron que el cementerio, tan cargado de flores, era ahora el «gran parque» y el «lugar de veraneo» y el «campo de juegos infantil» de los judíos que quedaban. Steinitz me puso al corriente sobre dos leyes nuevas que acababan de promulgarse: 1) Los bienes judíos de los maridos que viven en matrimonio mixto quedan confiscados a la muerte del marido; la esposa aria «puede» recibir una «compensación». 2.) La ley alemana no se aplica a judíos: sus delitos los castiga la Gestapo. (De hecho hace tiempo que es así, ¡pero que lo digan expresamente como una ley nueva!) –Glaser, el privilegiado, que siempre lleva puesta la cinta de su condecoración, además, en la cartera, el decreto que permite expresamente a los privilegiados, contrariamente a los que llevan estrella, llevar condecoraciones, fue parado en la calle por uno de la Gestapo. «¡Ven acá,

Glaser! Llevas una condecoración; ¡quítatela!» El alegó la ley. – «¡Quítatela ahora mismo!» Glaser se la quitó. «¡Y ahora, lárgate!»

[…]

La señora Steinitz me dio el *Reich* del 4 de julio. El editorial de Goebbels: «El monumento de la solidaridad nacional». La heroica actitud de la población en el territorio occidental destruido por las bombas. Que él, cuando viaja para ayudar y animar, sólo encuentra coraje y silencioso patriotismo y hostilidad («escupir») frente a Inglaterra. (Y sin embargo, de fuentes muy diversas vienen informes diametralmente opuestos: que Goebbels viaja con escolta, que en Essen le han arrojado piedras, que en el oeste, los «gruñones» han sido fusilados, etc. – *Ad vocem* «fusilado»: Jacobi contó el sábado *sub sigillo:* «Mañana enterramos en secreto el cuerpo de un prisionero de guerra serbio guillotinado en la Münchner Platz, que era judío y aspirante a oficial… Ahora hay muchas ejecuciones con la guillotina en la Münchner Platz, porque últimamente los soldados alemanes amotinados ya no mueren fusilados –el piquete de ejecución parece que no guardaba el secreto–, sino guillotinados. La guillotina del Tribunal Regional trabaja no sólo para Dresde sino también para Chemnitz y Checoslovaquia».) La actitud heroica (¡acompañada además del *humor* de los renanos!) de los afectados se les pone por delante, como un reproche, a quienes se quejan de sus «alifafes», a «esos coetáneos que piensan que sus intereses están por encima de los intereses de la guerra y que se desenvuelven con arreglo a ello». *A destacar* desde el punto de vista de la *lengua*: 1) Lenguaje vulgar empleado intencionadamente: *alifafes*, *desenvolverse.* Los renanos explican que «para nosotros es una necesidad *escupir* cuando alguien sigue hablando del inglés como del *gentleman*». 2) *Die ausgebombten Menschen* [‘la gente que ha perdido su hogar en los bombardeos’]; *die Ausgebombten*, usado como normal, sin comillas, ya no tiene una carga cómica sino que debe mover a compasión. 3) Nuevo: los *Terrorflieger* [‘los aviones del terror’]. 4) «Cada vez que volvemos a Berlín, después de un viaje a los territorios afectados por los ataques aéreos, nos sentimos *con las pilas recargadas.* Hacemos el viaje con la intención de dar fuerzas y al final acabamos comprobando que hemos recibido nosotros mucha más fuerza.» […]

12 de julio, lunes mediodía

Cumpleaños de Eva. No tengo ningún regalo para ella. Pero esta mañana he fregado tan bien la cocina que ahora me tiemblan las manos, y le doy los 200 gramos de cupones de carne que me aporta el turno de noche, 150 en cupones, el resto *in natura*.

[…]

13 de julio, martes tarde

La situación de la guerra me ataca los nervios de un modo horrible, sobre todo cuando los nervios están muy baqueteados por el trabajo nocturno. «Contraataque sistemático – el enemigo no ha podido ampliar ayer la franja ocupada.» Parte alemán de ayer. ¿Será un segundo Dieppe o lo consigue esta vez la Entente? ¿Y cuándo?… «El sábado», dice Feder, que tenía turno de día y oyó por tanto la radio con el grupo de judíos de Schlüter, *«todos estaban transfigurados (sic*, literalmente), y creíamos que había llegado el momento, ahora otra vez nos preguntamos…» Uno se hace preguntas tanto más amargas, cuanto más opresiva es la esclavitud del trabajo de fábrica […]

Más tarde

Eva ha traído de la ciudad noticias favorables sobre Sicilia, no desfavorables sobre Rusia. – Ha estado, entre otros sitios, en casa de Schrapel-Richter. Allí sigue la administración de nuestra casa; la secretaria, que está al corriente, dijo que había salido el acta de acusación *política* contra Richter. Fecha aún sin fijar. Tenemos la impresión de que está en juego su vida. Entretanto, su mujer se encuentra en la Südklinik, esperando de un día a otro su cuarto hijo. Muy conmovedor que la secretaria le entregara a Eva los 50 marcos. ¡Que ese hombre, en su angustiosa situación, haya pensado en nosotros! […]

17 de julio, sábado tarde

[…] Me resulta imposible trabajar para mí. Todo lo que he conseguido esta semana ha sido leer en voz alta un buen puñado de páginas de Dwinger. Y si además he logrado llevar a cabo mi pequeña aportación a las tareas domésticas, ya ha sido mucho. Además, siempre cansado y deprimido. También sentía como un peso esa falta de transparencia, esa sangrienta paralización de la guerra. La

idea de tener que vivir aún mucho tiempo, tal vez años, en esta esclavitud, me lleva a la desesperación. Podría recuperarme un poco si dejara el servicio de noche. Pero los pocos gramos de esos cupones suplementarios que en tal caso dejaría de recibir, son ahora totalmente imprescindibles, desde que ha empezado la nueva penuria de patatas y desde que se terminó el suplemento de pan con la detención de Richter. De modo que, literalmente, estoy arruinando mi salud física y psíquica por esa tarjeta que me aporta 1.200 gramos de pan al mes, cinco comidas de cantina en dos semanas y un minúsculo suplemento de carne para Eva […]

19 de julio, lunes mañana

El trabajo del sábado transcurrió apaciblemente: la perspectiva del domingo y el sábado sólo seis horas, además un parte de guerra tan enrevesado que se veía entre líneas lo crítico de la situación: todo ello influyó en el propio estado de ánimo. – El domingo por la mañana en el cementerio; allí, la señora Jacobi, que hace de secretaria de la Comunidad, me entregó bonos para 2 kilos de patatas *viejas*: pero la mayoría de los comerciantes dan *nuevas* […]

Cuando el domingo por la tarde regresé del cementerio, un señor mayor –perilla blanca, unos setenta años, alto funcionario jubilado– cruzó en diagonal el camino del parque de la Lothringer Strasse para dirigirse a mí, me dio la mano, dijo con cierta solemnidad: «He visto su estrella y le saludo, yo condeno esa proscripción de una raza y no soy el único que piensa así». Yo: «Muy amable; pero no puede hablar conmigo, eso puede costarme la vida y llevarle a usted a la cárcel». – Me dijo que sí, pero que había querido, que había tenido que decirme eso. – El órgano de las voces del pueblo. ¿Qué voz domina y decide el curso de los acontecimientos? […]

21 de julio, miércoles mediodía

[…]

El parte de guerra –ahora oigo de nuevo la radio– parece muy negativo para Alemania, y ya aumenta otra vez el acoso a los judíos. Feder llegó al trabajo muy *down:* en la Wiener Strasse hay otro cartel: un judío como los del *Stürmer*, con estrella, y un letrero: «¿Quién tiene la culpa de la guerra? – ¡Éste!». De

camino a Schlüter, lo habían insultado dos veces. Sobre el «ataque terrorista a Roma», la radio dijo que el bombardeo había sido ordenado por los judíos, que eso significaba la guerra del judaísmo contra la cristiandad. – La señora Winde, esta mañana en casa, cargada con buenísimos regalos de comida […] me conminó literalmente a no tener ningún manuscrito en casa, a no fijar nada por escrito. –Mientras estábamos desayunando, la pequeña Lisel Eisenmann llegó a la ventana del sótano: «¡No se asuste, *Frau Professor*! Un niño que está en casa de los Rasch está llamando a la puerta del jardín, sólo por juego». – Todo el mundo cuenta con que van a acabar con todos los judíos.

Signos de penuria: no hay cuchillas de afeitar en el mercado, las tiendas del ramo afilan por 50 pfennigs diez cuchillas usadas. – Tenemos que rellenar un cuestionario para el registro de la nueva administración de los judíos. Ayer, en la fábrica, por todas partes: que no había sobres para enviarlo al correo. (A nosotros nos quedan algunos.) Varias personas decidieron enviar sus impresos en *un* sobre común. – En las sombrererías: se compran sombreros viejos; por dos sombreros viejos se regala uno nuevo. – También hay que consignar como «signo de penuria» el miedo de Schlüter a la comisión de control del campesinado, que se espera que llegue entre hoy y el viernes. A los judíos de palabra y a los trabajadores arios mediante el tablón de anuncios nos han informado y suplicado literalmente que en esos días prestemos servicio con la máxima diligencia, que no nos quitemos la ropa de trabajo hasta que no haya llegado el turno de relevo, que mantengamos limpia la sala, etc. Porque, si hay reclamaciones, cierran la fábrica. Parece que la comisión tiende a cerrar fábricas para conseguir gente que trabaje en el campo.

[…]

23 de julio, viernes mediodía

La temida comisión llegó ayer, como se esperaba, durante el cambio de turno, para ver al mayor número de gente posible. Así pues, los judíos estábamos sentados en el angosto vestuario en torno a la mesa y esperábamos a que terminara el turno de mujeres arias. Sobre la mesa había flores, y, apoyadas en ellas, postales ilustradas para una trabajadora aria que cumplía años. (Para los judíos, las flores están prohibidas.) Se abrió la puerta, un joven de civil, treinta y tantos años, moreno, no rubio pero con aire muy marcial, a lo SS, entró con el

brazo en alto y gritando «Heil Hitler!». Luego vio las estrellas, seguramente le fastidió haber saludado así y dijo sarcásticamente: «Ah, aquí tenemos *la* cooperativa. ¿Qué hacen éstos aquí? ¿Es que ha empezado ya su sabbat judío? ¡Y flores! ¿Cómo es que hay flores aquí?». Nosotros nos habíamos levantado humildemente, Schlüter, el jefe, detrás del hombre de la comisión, dio las necesarias explicaciones, el chulo aquél dijo no sé qué de «sabbat», miró una tarjeta postal y se fue. – Yo estaba furioso; el sastre, Jacobowicz, dijo consolándome: «Me gustaría verle esa cara dentro de un año». Después nos enteramos de que la obrera había sido sometida a un auténtico interrogatorio: si cumplía realmente años ese día, si las flores eran un regalo para ella… Es decir, desconfianza hacia el jefe. La cuestión candente ahora es si cierran o no la fábrica. *Nosotros* sólo podríamos empeorar.

[…]

24 de julio, sábado mediodía

Desde hace semanas, Eva se queja de dolores en la zona del diafragma, y en los últimos tiempos, esos dolores, que pensábamos que eran nerviosos, la atormentan cada vez más. Hacemos conjeturas y estamos preocupados. Eva piensa en una hernia, yo en algo peor, aunque *no* tenga ningún género de esas otras molestias que seguramente deberían presentarse. Y ahora, desde hace días, la pesadilla del inútil intento de buscar médico. Con lo que la miseria privada desemboca en la miseria pública. Katz no *puede* tratar a Eva, pero entre los médicos arios querríamos encontrar alguno no nazi, porque Eva tiene que dar mi apellido. Y la escasez de médicos es inmensa, ahora además agudizada por ser época de vacaciones. Fetscher, mi antiguo colega, gran filosemita, a quien le han prohibido tratar a judíos, está de viaje hasta principios de agosto. Al doctor Von Weymarn, que vino una vez a ver a Eva a la Hohe Strasse, en el libro de direcciones no se le encuentra en el sitio indicado, además, siendo alemán del Báltico, es de ideología dudosa. El profesor Grote, del Hospital de Johannstadt, «no admite nuevos pacientes desde mediados de agosto». Nuestra primera idea fue, naturalmente, Annemarie. Pero contra ella hablaban dos cosas: 1) Por experiencia sabemos que no se atreve a hacernos a nosotros un auténtico examen o tratamiento. Y 2) No ha felicitado a Eva por su cumpleaños y no ha respondido a nuestra felicitación a su propio cumpleaños, el día 20 de julio. ¿Estará

enferma? ¿O de viaje? ¿O detenida? Eva dice que en este último caso, también lo estaríamos ya nosotros. Pero ¿por qué iban a hacer un registro en su casa? Podría estar en la cárcel por haber dicho algo. 3) La relación con el doctor Dressel, blando como una ciruela, al menos políticamente, nos resulta penosa. A pesar de todo, Eva quiere ir esta tarde a Pirna a ver lo que pasa, si Annemarie la quiere examinar ella misma o si puede recomendar a alguien; tal vez se dirija también sin más al doctor Dressel, que como médico es fiable y nosotros no hemos tenido roces de ningún género con él. – Una gran preocupación, además de tantas otras.

[…]

Hacia el anochecer

Alegre final de un día opresivo. Eva ha encontrado a Annemarie. – Si no escribe, es por exceso de trabajo; la ha examinado a fondo. Diagnóstico: sólo puede ser trastorno gástrico nervioso. Eva trajo también el parte militar, del que yo había sabido ya a través de Eisenmann: ha caído Palermo –el parte italiano, categórico, el alemán tan velado que se pueden sacar conclusiones respecto a la fiabilidad de las noticias alemanas sobre el frente oriental–, en el este sigue la ofensiva rusa.

Llevo otra vez una semana entera dependiendo de lo que me cuentan, puesto que no consigo leer ningún periódico. ¿Pero me ha aportado mucho la radio en los últimos días fuera de los partes militares? Es siempre una desmesurada propaganda antijudía. Tan desmesurada, tan primitiva, repitiéndose tan interminablemente y de un modo tan insípido que casi es imposible que siga haciendo efecto. La basílica de San Lorenzo de Roma, alcanzada por las bombas: aviadores judíos, declaración de guerra de los judíos a la cristiandad. La propuesta de un periódico de Chicago, de que Inglaterra pase a formar parte de Estados Unidos: plan judío para conseguir definitivamente la hegemonía mundial, los dueños del mundo serán los judíos de la Casa Blanca. *And so on.* – Ayer, la lectura habitual del último artículo de Goebbels: «Condiciones previas para la victoria». Vencemos si nos mantenemos firmes moralmente; porque en nuestro poder siguen las grandes garantías, y el adversario sólo tiene éxitos insignificantes.

[…]

Hoy le he dado apresuradamente a Eva hojas del diario para que las lleve a Pirna; me falta toda vinculación entre mis apuntes, de modo que también por esa razón no se puede hablar de verdadero trabajo.

Sussmann ha acompañado su última carta de una serie de recortes de las secciones culturales de los periódicos. No tengo tiempo en absoluto de leerlas todas.

26 de julio, lunes tarde

Hacia las diez se presentó Stern; que tenía que decírnoslo enseguida: por la radio alemana llegó esta mañana la noticia de la dimisión de Mussolini[91] y la orden a los soldados que regresaban a Italia después del permiso de que se presentaran inmediatamente en su cuartel. Extraño qué enormemente frío me dejó, a los pocos instantes, esa noticia sensacional y probablemente decisiva; pero, en estos años de sufrimiento, cuántas noticias, empezando por Rohm, hemos considerado como decisivas, como el principio del fin, y cada vez hemos sufrido un desengaño. ¿Y ahora? ¿Por qué no se va a mantener Alemania otro año más, incluso sin Italia? ¿Y si ahora empieza un pogromo? Y si…, ¡hay tantas posibilidades de sufrir desengaños y yo he llegado a tal apatía! Durante mucho rato estuvimos considerándolo todo con Stern, y cuando se marchó, llegó Herbert Eisenmann con la misma noticia, y otra vez les dimos vueltas y más vueltas a las mismas ideas, y no hubo manera de que sintiéramos verdadera alegría y optimismo.

Después, a pesar del bochorno, tuve que ir a la ciudad, a encargar unos polvos estomacales que le han recetado a Eva y a llevar al correo la carta por avión para Sussmann. Con los polvos estomacales tuve dificultades en la farmacia de la Stephanienstrasse, aunque son muy amables con los judíos. ¿200 gramos? ¡Imposible! Me dijeron que tratarían de tener preparada por la tarde una parte de esa cantidad, que era un artículo muy escaso. Que tampoco podían darme una caja, sólo una bolsita. Yo les agradecí mucho el gran servicio que me hacían –porque ¿a qué tiene derecho un portador de estrella?– y ahora sólo me queda ir otra vez allí. En el camino de vuelta pasé un momento por el cementerio judío. Allí también sabían ya lo que yo sabía, pero no más, allí también querían estar contentos y no se atrevían a estarlo, porque a todos los agobiaba la posibilidad de otro desengaño y de un pogromo final. Aparte de eso, reinaba allí

el habitual ambiente de discordia entre Steinitz por una parte y Magnus y Schein por otra […]

27 de julio, martes al anochecer

Por la noche, los cuatro estábamos excitados y alegres: ahora el final era previsible: ¡unas seis u ocho semanas más! Apostábamos por una dictadura militar. – En la prensa (y seguramente también en la radio) hay desconcierto y torpeza. Por un lado desfiguran y ocultan con verdadera desvergüenza. De paso, impreso de manera poco llamativa, comunican que el «primer ministro Benito Mussolini, se supone que por razones de salud», había pedido la dimisión al rey, que se la había concedido, y que le había sucedido el mariscal Badoglio[92], como si se tratara de uno de los habituales y poco importantes «cambios de gobierno» –así reza el título, que no forma parte de los grandes titulares– de un Estado parlamentario; por otra parte, publican los decretos de Badoglio, de los que sólo puede inferirse revolución, dictadura militar, vuelco político; las proclamas del rey y del mariscal, en las que faltan por completo las palabras «victoria final», «aliados», «eje», «Alemania» y que dan una impresión de absoluto derrotismo (la del rey, como un discurso fúnebre), las imprimen incluso en letra seminegra, y no hay una sola palabra de despedida para el Duce. – Opacidad absoluta de la situación. Se insiste en que el gobierno se ha trasladado al Quirinal[93], en que el rey «en un acto solemne» –¿por qué solemne ?– toma el ejército bajo su mando. Palabras de Badoglio: «La guerra continúa». Pero nada de victoria, de comunión con Alemania. Sólo: «Seguimos fieles a nuestra palabra». ¿A cuál? ¿Quién lucha contra quién hoy en Italia? Allí también hay ejército y SS («camisas negras»). ¿Dónde está el pueblo? ¿Dónde la casa real? ¿Dónde están el Duce y su partido? ¿Por qué se marchó el Duce? No hay nada claro. Y así no es posible sacar conclusiones respecto a la nueva situación de Alemania. – La noche ha sido calurosa y pesada, el día sólo ha traído un mínimo de sueño y molestias cardíacas. He leído en voz alta a Dinter[94], hasta terminarlo, y unas páginas de Dwinger.

29 de julio, jueves tarde

Desinformación total. En la prensa ya no se habla del Duce –y eso que hoy

cumple sesenta años, lo sé por un anuncio en el *Reich* o en el *Frankfurter Zeitung*, que hace poco elogiaba una monografía sobre Mussolini […] Naturalmente, abundan los rumores y los «hechos» confidenciales: que en una gran librería de aquí han sido retiradas las fotografías no sólo del Duce sino también de Göring. Que «Hermann»[95] ha sido fusilado en Suecia, en Suiza; que Emmy[96] está en Suecia, en Suiza, que ha disparado contra Hitler, matado al chófer de éste…

Ayer tarde, mientras yo dormía, hubo aquí por primera vez alarma aérea diurna. Sólo por breve tiempo y sin consecuencias.

[…]

30 de julio, viernes, 20:30 horas

Acaba de llegar Stern: hoy y mañana no hay turno de noche por falta de existencias. Mañana por la mañana «servicio de trabajo» («entalegar hierbas») en el puerto König Albert: de eso estoy dispensado porque tendría un camino de más de 7 kilómetros y no puedo recibir tan rápidamente una autorización para viajar en transporte público.

AGOSTO

1 de agosto, domingo al anochecer

Desde el sábado por la tarde, mirando a la muerte de frente. Tarjeta de la Gestapo: «Orden de presentarse el lunes, 2 de agosto de 1943, a las 7:30 horas, en la Bismarckstrasse 16, piso 3º, habitación nº 68. Asunto: interrogatorio. Relativo a bienes almacenados. *Transport– und Lagerhaus-AG*». Hablé ayer con Jacobi y con Steinitz: el hecho de que indiquen el motivo del «interrogatorio», así como la habitación 68, parece que es signo de escaso peligro. Pero no se puede decir nada exacto, y pocos «interrogados» han vuelto a su casa. Tal vez quieran sólo mis muebles, tal vez mi vida. Hasta ahora me he esforzado con éxito por mantenerme sereno. He trabajado para intentar superar este miedo cerval. Ya he tomado apuntes sobre *El pecado contra el Espíritu*[97]. Además,

hemos tenido visita por la mañana y por la tarde, primero Glaser, después Lewinsky. No les he dicho nada de lo que me espera.

Quizá sea éste mi último apunte, quizá se pierda todo lo que he trabajado en estos años.

De Eva no quiero despedirme patéticamente. Sabemos lo que sentimos el uno por el otro. Espero guardar la presencia de espíritu hasta el final. Ante Eva, ante la Gestapo, ante el patíbulo. Qué lástima que me falte la fe en el más allá; me resulta tan difícil separarme de Eva. Ella es estoica, una vez más, pero sé que también su vida corre peligro.

2 de agosto, lunes mañana, 11 horas

Ha sido de lo más inocente: «¿Tienes muebles en Thamm?». – «¿Cuáles?» – «Bienes aportados por mi esposa aria al matrimonio, un órgano de mi mujer, biblioteca de mi especialidad.» – «¿No puedes guardar las cosas en otro sitio? Tenemos que vaciar lo más posible los almacenes.» – «Si usted lo ordena, lo intentaré, como es natural; pero ¿dónde? En la casa del Lothringer Weg habría sitio, pero no sé cuánto tiempo voy a quedarme allí.» – «Bueno, asunto concluido. ¿Conoces en Pirna a una tal señora Huberti?» – «No.» – «¿Conoces…?» Otros dos nombres, uno de ellos lo había leído entre las tumbas de los suicidas. – «No, yo nunca he pertenecido a la Comunidad Judía, no conozco a nadie.» – «Concluido.» – «¿Puedo marcharme?» – «Sí.» El interrogatorio había durado cinco minutos, la espera un cuarto de hora largo: a las 7:40 vi otra vez el reloj de la estación y la vida, de la que me había sentido ya bastante lejos desde el sábado. (¡Qué lejos de mí habían estado ya las noticias sobre la guerra y las citas de Eva esta semana! ¡Cuánto me había irritado Glaser, que le hizo tocar a Eva sonatas de Beethoven que le habían ofrecido en venta para su colección de discos!) Ahora la vida entera era mía también, el interés había vuelto, casi me alegraba pensando en la tarde que iba a pasar en la fábrica de Schlüter, con la radio y la comida.

Y esta vez me he mantenido muy entero, no cabe duda, puede que sólo haya sido insensibilidad. Esta vez ni siquiera he tenido palpitaciones serias, ni estado de ansiedad propiamente dicho. Al mismo tiempo sentía horror de la celda, del encarcelamiento semanas y semanas, de la muerte. Todo eso estaba extraordinariamente cerca.

En la Bismarckstrasse me trataron de modo parecido a hace dos años. El portero, del todo indiferente: «Espere allí detrás de la escalera». Un tipo de la Gestapo, al lado de la ventanilla: «¡Lárgate allí al fondo, cerdo!». Arriba, en la «suave» habitación 68, un larguirucho, funcionario subalterno, sentado ante el escritorio, bastante impasible, nada agresivo, en la puerta un tipo bajito, sarcástico y grosero. – «No has estado nunca aquí, ¿verdad?, se han olvidado de ti. Tienes que decir en voz clara y alta: "Soy el judío Victor-Israel Klemperer". Ahora sales y lo dices…» Así lo hago. – «¿Qué has sido antes?» – «¿Profesor de universidad? ¿Has estudiado veinte semestres? No me mires con esa cara de estúpido, si no te largo tal bofetada que no distingues entre Pascua y Pentecostés.» – «¿Estuviste en la guerra?» – «¿Como voluntario? ¿Condecorado?» – «Medalla del Mérito de Baviera con espadas.» – «¿Ni siquiera la Cruz de Hierro siendo voluntario?» – Estoy justo delante de la puerta, él quiere salir, me da un golpe en el costado con su agenda, de forma que caigo un poco contra el pestillo, me pone, de un empujón en la espalda, ante la mesa del interrogador. Pero esos empellones son más bien del género bromista, así gasta bromas la Gestapo. Cuando a eso de las nueve se lo cuento sucintamente a Jacobi, tal como se lo había prometido, dice: «Era Müller, el secretario jefe, quien se ha burlado de usted. Un buen síntoma de lo inocente de su interrogatorio. Cuando va en serio, están más serios que un ajo. – No cuente nada, sobre todo no diga el nombre de la mujer de Pirna. Probablemente lo han citado por ella. Si se enteran de que usted lo ha contado, lo convocan otra vez y entonces no le irá tan bien».

[…]

Ad vocem Gestapo: Yo había acordado exactamente con Eva lo que diría en detalle sobre lo que tenemos en el depósito de muebles. Temíamos que ellos supieran de una factura por el transporte de las cosas que Eva le envió a Annemarie en 1940. No mencionaron nada de eso.

Ad vocem bromas de la Gestapo: estuvieron al principio de la semana en el cementerio judío, se incautaron de los cultivos de hortalizas de la franja de reserva, encontraron un poco de repollo sacado de allí en la cartera de Schein. Uno cogió el revólver: «Podría matarte de un tiro, y tendrías a mano la tumba. – ¡Sois todos unos maleantes!».

Cuando volví a casa, dijo Eva: «¡De vuelta de la trinchera, *proprio*!». Yo:

«¡Y de una de lo más repugnante!».

[…]

5 de agosto, jueves mañana después de las seis (y más tarde)

[…] Estos días, pese a todas las fatigas, me he sentido muy animado, primero porque no podía dejar de pensar en lo que habría pasado si la Gestapo no me hubiese dejado volver, y por la continua esperanza en el cercano final –parece realmente que está muy próximo, porque nos siguen dejando a oscuras sobre el asunto italiano (no hay la menor tentativa de apaciguamiento ni de explicar nada, parece cortada cualquier relación entre el nuevo gobierno italiano y el gobierno alemán, en el último *Reich* por lo visto *no* viene *ningún* artículo de Goebbels), y en el este continúa la ofensiva rusa.

[…]

8 de agosto, domingo mañana

Desde hace muchas semanas tengo en casa un folleto (comprado no sé dónde por Lewinsky): «Poesías escogidas, publicado en edición privada para sus amigos por Julius Bab[98], con ocasión de su quincuagésimo aniversario». (Prefacio del 11 de diciembre de 1930.) En ese prefacio de Bab me llega muy hondo una confesión que podría ser la mía. El sabe –escribe– que sus poesías son mejores que algunas que se han publicado como es debido, sabe también que sus versos son honrados. Pero como crítico –«porque considero que poseo dotes críticas»– sabe también que sus «versos no poseen la fuerza singular de la melodía completamente nueva», y que «en lo más hondo y secreto sólo viven de la música de los grandes modelos». Los modelos de esas aproximadamente cuarenta poesías son seguramente, en lo esencial, George[99] y Hofmannsthal[100], para mí, por tanto, demasiado artificiales y preciosistas, y a veces también, pura y simplemente, algún romántico alemán, como Mörike[101], con esa beatitud romántica ante la naturaleza, a mi parecer, pues, demasiadas bambalinas para un crítico judío. Sólo quiero anotar aquí lo relacionado con el tema judeo-alemán […] Bab titula un poema *Alemania 1914*, el siguiente *¡Alemania! (De nuevo, cinco años después)*, aquí, al final, la fecha «Weimar, 1919». Ambas poesías, llenas de un amor apasionado, desesperado, por

Alemania, empiezan con la misma estrofa: «¿Y amas a Alemania? ¡Qué pregunta sin sentido! / ¿Puedo amar mi cabello, mi sangre, amarme a mí mismo? / ¿No es también el amor riesgo y ganancia? / Mucho más hondamente, sin opción, estoy entregado a mí mismo / y a este país que soy yo, yo mismo». Sigue explicando que él está hecho totalmente de lo alemán: «¡Qué sería yo si ya no pudiera ser Alemania!». En la segunda poesía: «¡Sólo puedo hablar con Dios una lengua! / ¡No puedo arrodillarme ante ningún otro Dios!». Como he dicho: la melodía del modelo no me gusta, pero en el sentimiento coincido emocionadamente con él. Y lo mismo vale para el distanciamiento de la poesía doble *El judío.* Parte primera: «Habla un joven». Ese joven querría ser el hombre superior y dominador, altanero y sin escrúpulos; no puede forzarse a conseguir esa actitud. «El tímido gesto de siervo de cien ancestros / me empuja pesadamente los hombros hacia la tierra.» Segunda parte: «Habla un viejo». «¿Sigue atrayéndote el gesto ajeno del caballero?… Son tan jóvenes, observa sonriente sus juegos… Aún son jóvenes – no seguirán siéndolo… Tú sabes – ¡tú sabes! – y tus manos rebuscan / en un tesoro que ha formado el sentir / de todos los hombres en millones de horas. » – Alemán, pues, y sin embargo no alemán, no infantil-ingenuo, no «hombre valeroso», no entusiasta de *una* causa, sino alguien que conoce la causa del contrario y el derecho del contrario.

[…]

12 de agosto, jueves al anochecer

Semana irregular, con el primer turno de siete a dieciséis, con dos medias horas de descanso a las nueve y a las doce y media, un día con una hora extraordinaria hasta las diecisiete horas. El martes, en la sala de empaquetar del primer piso, he llenado bolsitas de bicarbonato, cada una de 180 gramos, de modo similar a como llenaba antes té, sólo que esta materia (componente de una mezcla para baños curativos) produce mucha irritación en todas las mucosas. El miércoles empezó igual de apacible. Durante el primer descanso apareció Schlüter y habló muy excitado; que una comisión de Berlín decidiría el lunes si su fábrica seguiría existiendo, que para entonces habría que encalar las salas, negras de humo y en muy mal estado; que no encontraba operarios: ¡si le ayudábamos, nos sería fiel!

14 de agosto, sábado tarde

Escribiendo los apuntes anteriores me quedé dormido de puro cansancio; esta semana, el agotamiento no me ha permitido leer nada, tampoco en voz alta. Todos los días hasta las cuatro, una vez hasta las cinco, sólo hoy, sábado, hasta las doce y media, gran esfuerzo físico. Todo para la aldea de Potemkin[102] que Schlüter le quiere presentar el lunes a la comisión de Berlín. El Partido de aquí le ha cerrado la fábrica para el 31 de agosto por razones sanitarias; él ha llamado al Ministerio de Economía, instancia superior, y ahora, en el intervalo, Neufels, ese hombre universal, el doble de Goebbels, junto con algunos más, le está encalando todas las habitaciones –¡qué más da si el martes empiezan a salir otra vez las manchas!–, y nosotros, los del grupo judío, removemos cosas en los sótanos repletos, con el fin de crear un orden que también tiene que estar listo para el lunes y que debe durar hasta el martes. Es un interminable recolocar y apilar sacos, interrumpido por la carga y descarga de nuevas mercancías y de existencias constantemente en movimiento. Todos colaboran: el jefe en mangas de camisa, también Schnauder, el encargado, una vez en una cadena el hijo de Schlüter, joven de unos dieciocho años. El trato general de unos con otros, cordial, casi de camaradería: completamente a-antisemita. Una vez, en los días de mucho calor –ahora la tormenta ha refrescado el ambiente– llegó Schlüter cargado de botellas de Seltz para nuestro grupo, diciendo que era imposible encontrar cerveza. Casi sería divertido si no se fatigara tanto el corazón y no me quedara sin tiempo libre por exceso de cansancio. El éxito de la operación es incierto. Probablemente, las pegas por razones de higiene [*Hygienemeckern*] han sido sólo un pretexto para los de aquí. (*LTI*: ¿desde cuándo *meckern* [‘refunfuñar’]?) En su calidad de antiguo *Stahlhelm*[103], Schlüter es persona no grata, Hirschel me dijo una vez que ya había estado en la cárcel. Y ahora quizá haya algún envidioso en el Partido. – Schlüter ha recorrido hoy las habitaciones a medio terminar y le ha dicho seria y solícitamente a Schnauder: «Antes de que lo olvide, necesitamos aún media docena de fotografías de Hitler, no están colocadas *en todas partes*». (En nuestra sala de empaquetar té estaban Hitler y Mussolini; el Duce desaparecerá ahora, seguramente.) […] Una fábrica de guerra donde reina el desorden, primitiva y antihigiénica a más no poder, rebosante de suciedad: pero con un jefe extraordinariamente humano, igualmente humano con arios y no arios, y generosísimo en pagar salarios, conceder permisos, etc. «El

primer jamón que yo pueda comprar será para Schlüter», dice Konrad, que comerciaba con productos cárnicos.

15 de agosto, domingo noche

[…] Eva ha ido hoy a ver a la señora Richter (empresa Schrapel), con unas camisitas que ha hecho para el recién nacido. Estaba optimista. El marido, en prisión preventiva desde hace tres meses: alguna denuncia política, recogida por la Gestapo, más no había logrado saber. Ella puede hablar con él cada quince días en presencia de un funcionario. La vista de la causa será a mediados o finales de septiembre. Hasta entonces, dice la señora Richter, que le ha causado buenísima impresión a Eva, el régimen se derrumbará, eso lo daba por seguro.

[…]

17 de agosto, martes al anochecer

Eva ha tenido hoy unos dolores fuertísimos y continuos. Yo no me fiaba de Annemarie y la hice ir a la consulta de Fetscher, que el otro día estaba de viaje. (Mi colega, mucho más joven que yo, de la TH; posteriormente sería conocido como amigo de los judíos, una vez me ofreció, a través de Kätchen Voss, que guardara en su casa manuscritos, después le prohibió la Gestapo que tratara a judíos. Yo no alcanzo a acordarme de su persona.) Ha examinado a Eva, parece que se trata de una gastroptosis, causada por el adelgazamiento; hay que hacer una radiografía, ahora ella ha ido al de los rayos X. Yo estaba bastante intranquilo, ahora me siento aliviado. Fetscher le puso enseguida a Eva la mano sobre el hombro y dijo: «Esto se está acabando». Le habló después del almacén de pertenencias judías –muebles, té auténtico, dinero– que ha tenido él en depósito y en comisión. Sobre el radiólogo al que ha enviado a Eva, le dijo que era «una persona decente». Me ofreció una vez más poner a salvo mis manuscritos en su casa.

La jornada de ayer, lunes, fue similar a la de la semana pasada: trabajo hasta las once, después a ver a Simón, después a comer con los Glaser. Después del regreso de muchos que estaban de vacaciones, estuvimos por el sótano, no había nada que hacer, se fingía que se trabajaba, como en el ejército. Nuestro estado de ánimo, cambiante. Estábamos contentos porque la radio inglesa (¿Jacobowicz?)

anunciaba que se luchaba en Charkow, de Berlín había cartas y noticias de que había cundido el pánico cuando aparecieron aviones ingleses, que por lo visto sólo eran de reconocimiento; contaban también que por el pánico se habían producido algunas manifestaciones hostiles al gobierno. No estábamos contentos porque a pesar de la aldea de Potemkin se temía el cierre de la fábrica. De eso sabré más esta noche; Simón confirmó y aumentó desmesuradamente la noticia de Jacobowicz. Según *su* emisora inglesa, los rusos ya estaban en las calles de Charkow, totalmente cercada, y la huida de los alemanes por la única calle todavía libre adoptaba ya «formas grotescas». Glaser no quería convencerse de nada de eso y sigue creyendo que los alemanes son invencibles […]

En el camino de vuelta a casa, me deprimieron las injurias de un niño de unos once o doce años, bien vestido y de aspecto inteligente. «¡Que te maten, viejo judío, viejo judío!» El niño debe de tener padres que apoyan lo que le enseñan en el colegio o en las HJ.

[…]

También aquí en Dresde cunde el miedo ante los ataques de los ingleses. Hamburgo, de donde vienen muchos a refugiarse aquí –mujeres en camisón, con sólo un abrigo por encima–, tiene sobre todos un efecto demoledor. Yo lo veo en nuestro portero. Los judíos decían: «¡Ahora también saben los arios cómo nos sentimos cuando nos sacan fuera así, desnudos!». –Frank me ha dado una docena de bolsitas de arena, de las que hay muchísimas en Schlüter, pero ninguna en las tiendas. Parece que se puede encontrar arena aquí, en el jardín.

23 de agosto, lunes mañana

[…]

El jueves encontré a todo el mundo excitadísimo: un delegado de la oficina del trabajo había licenciado, con efecto inmediato, a dieciocho mujeres, transfiriéndolas a una fábrica de sacos; dijo que volvería el lunes (hoy), para buscar a otras veinte, porque iban a liquidar esta fábrica, y «todos» serían repartidos por otros sitios. Tras de lo cual el abatimiento fue grande sobre todo entre los judíos, porque nosotros *sólo* podemos *empeorar*, y la fábrica de cartonajes que probablemente tenemos en perspectiva goza de especial mala fama. El viernes aumentó un poquitín la esperanza. Llegó Schlüter y le contó a Konrad en presencia mía que la comisión de Berlín que no vino el otro día

llegaría el 23 (o sea, hoy) y traería la decisión definitiva, o tal vez un aplazamiento. Añadió: «Yo duermo a veces peor *aún* que ustedes, señores». Curioso, que nos convierta a *nosotros* en sus confidentes. Curioso, que en él sean tan compatibles un humanitarismo extraordinario y la carencia de escrúpulos para hacer negocios con la guerra. (Aunque tenga que pagar muchos impuestos de esas ganancias: pero no será poco lo que le quede.) […]

Tarde, hacia las seis

Concluidas las visitas a Simón y a Glaser, con abrigo y bajo la lluvia: un gran esfuerzo. Simón terminó el tratamiento (raigones), charló como siempre, sin saber nada nuevo. En casa de los Glaser, apacible almuerzo y el cigarro que estoy fumando ahora, después de dormir un poco, igual que los otros lunes […]

Le dije a Konrad, que, en su calidad de vigilante, a veces las pasa moradas: «Usted tiene pocos recursos, porque su autoridad carece de sanciones adecuadas. Si usted quisiera censurar alguna contravención, dar parte de una insubordinación, para todas y cada una de esas cosas sólo existe la pena de muerte, porque cualquier bagatela lleva a las garras de la Gestapo y, así, a una muerte segura». (A la prisión y desde allí al «suicidio» o a los disparos en el «intento de fuga» o a Auschwitz con diferentes causas de muerte.) – Se afirma, por otra parte –yo no lo creo, al menos no lo noté el otro día en la Gestapo– que las autoridades –¡incluida la Gestapo!– son ahora algo más benignas con los judíos: porque los subalternos empiezan a temer la *vengeance en marche.* Dicen también que en el pueblo se nota ya claramente un cambio de actitud en este sentido: que era sintomático el comportamiento de un tal Leuschner, un comerciante muy antisemita que vive en la casa de la Comunidad, que hasta ahora se ha portado de la manera más brutal y que tiene en su haber, literalmente, la muerte de varios judíos; parece que últimamente se hace el filosemita, ha dicho «que para él los judíos también son seres humanos», etc. Eisenmann padre, por lo general muy pesimista, me lo contó anoche en el jardín, además del chiste sobre Churchill-Helena y algunas experiencias por el estilo en el tranvía. (Le da un pisotón sin querer a un señor y pide disculpas, a lo que el señor reacciona dándole unos golpecitos en la espalda sin decir palabra. Una revisora dice: «Venga usted a este rincón, hay menos corriente»… Un obrero: «¿Tenéis que seguir llevando ese trapo *(se. stellam)*?». Otro: «¡Venga, amigo,

ánimo! Uno de los dos canallas (se. el Duce) ya está fuera de juego!». Yo: «Pero por la calle, los niños me hostigan más que antes».)

Se considera también un alivio que en estos días las mujeres arias que viven en matrimonio mixto no privilegiado hayan recibido una tarjeta normal de hogar, y con ella el derecho a «artículos escasos», al menos para su persona. Celebramos como un primer resultado una lata de sardinas. Por lo demás, la penuria de comida va en aumento. La cosecha de patatas parece que va a ser mala y que nos espera un racionamiento más estricto.

[…]

25 de agosto, miércoles tarde

[…] Ayer me enteré de novedades favorables en el asunto de Schlüter. El pez gordo de Berlín ha decidido que la liquidación de la fábrica se aplace de momento dos meses, pero reduciendo el personal. Durante ese tiempo, los judíos –¿y quién va a hacer planes para después de ese plazo? Si uno duerme bien, dos meses parece que bastan (¡dicho en lenguaje enciclopédico!)–, los judíos se quedarán casi todos, a lo sumo retirarán a los física o psíquicamente «indeseados» *(LTI* de los primeros tiempos: «¡Judíos indeseados» o sea a Levy, Joachimsthal, Witkowsky, tal vez a Berghausen. Los demás sólo nos dedicaremos a mezclar y a cortar, es decir, por ese «trabajo *pesado»* recibiremos todo el tiempo la «tarjeta de trabajos prolongados». Desde luego, la mayor parte de nosotros seremos trasladados a la Mackensenstrasse, menos estimada, pero es muy posible que yo me quede en la Wormser Strasse, que tiene mejor situación para mí y está menos vigilada. (En la Mackensenstrasse impera el temido maestro de taller y semijefe Hanschmann.) […]

26 de agosto, jueves tarde

[…]

Ayer, la noticia de que Himmler[104] ha recibido el Ministerio del Interior. ¡Así que el más radical, el perro sanguinario más feroz del Partido, el jefe de la policía, el enemigo de Göring, el exponente de la tendencia sanguinaria propiamente dicha! ¡Cómo tiene que estar Alemania para que conviertan en ministro del Interior al verdugo κατ΄ ἐςοήν![105][…] Fetscher opinaba que sí, que

era un presagio seguro, pero que el final no vendría tan pronto. Contó el último chiste: «Quien consigue diez nuevos afiliados al Partido, puede salirse del Partido; quien le aporta veinte nuevos afiliados, recibe un certificado de que nunca ha pertenecido a él».

31 de agosto, martes mañana

[…]

¿Está llegando el final? Ayer la noticia cierta –radio alemana– de la caída de Taganrog: ¿es un retroceso importante? La confusa noticia, procedente en parte de periódicos alemanes, en parte de Radebeul, sobre la crisis escandinava. Personalmente, no he podido leer nada ni oír la radio. Dicen *su per giù*[106]: levantamiento en Dinamarca[107], el rey prisionero; barcas pesqueras suecas hundidas por los alemanes. ¿Qué se deduce de todo esto? ¿Cómo hay que interpretarlo? En la fábrica se burlan de mi «optimismo». *D'altra parte:* la señora Winde me envía en estos días una bicicleta para que, si hay jaleo, pueda abandonar Dresde a toda prisa, y Eva opina que lo acordado con Richter sigue en pie.

[…]

SEPTIEMBRE

2 de septiembre, jueves mediodía

Ayer, el día más aburrido desde hace tiempo en Schlüter. Un despiadadamente monótono e ininterrumpido rellenar bolsitas de té, 100 gramos y 100 gramos, *in infinitum.* A mi lado, Feder junto a la balanza. El reloj que no avanza. La radio: interferencias, silencio, música ratonera. Repetición, media docena de veces, de los mismos partes de guerra, llenos de falsedades y faltos de información, *dictados* una vez con mortífera prolijidad para el frente. El ataque a Berlín de la noche anterior, trivializado, en el este dan el número de los tanques soviéticos destruidos por la artillería, los informes sobre Italia, *comme si de rien n'était.* Uno podría desesperarse y creer en un completo quinto año de guerra.

[…]

4 de septiembre, sábado

[…]

Antes de marcharme, escuché ayer el parte por la radio: desembarco de tropas inglesas en el suroeste de Calabria; en el combate, tropas alemanas *e italianas*. No pude alegrarme demasiado; todo marcha con demasiada lentitud. Si el factor determinante es sólo la guerra, ésta aún puede durar años. Toda vez que la ofensiva rusa tiene que hacer pronto la pausa de otoño. Nos lo recuerda este tiempo tan desagradable, frío y lluvioso.

[…]

9 de septiembre, jueves tarde

Por la mañana, cuando me afeitaba, me derrumbé, durmiendo de pie; caí con las manos sobre la olla eléctrica, derramé agua caliente sobre la cubierta de fieltro, se filtró y estropeó el barniz del piano. Por la noche, mientras mezclábamos las hierbas, habíamos estado haciendo conjeturas sobre Italia, yo dije que esto *tenía que* acabarse muy pronto. Cuando preparaba el desayuno, llegó la señora Rasch: «¿Ya sabe usted, *Herr Professor*, que el italiano ha capitulado?[108] *(sic!)* Parece que ya firmó el 3 de septiembre, está en el *Freiheitskampf*, el señor Milke se lo ha llevado para arriba» […] Subí rápidamente, le transmití la noticia a Eva, que estaba en el cuarto de baño. En el jardín, atrapé de nuevo a la señora Rasch: «¿No sabe usted detalles? Es tan importantísimo, la noticia más importante desde el 3 de septiembre de 1939 (declaración de guerra de Inglaterra y Francia, para el Tercer Reich *el* comienzo de la guerra, porque el 1 de septiembre de 1939 Alemania sólo "respondió al ataque" de Polonia). ¿Realmente el 3 de septiembre de 1943? El parte de ayer sólo informa de los combates de tropas alemanas e *italianas* en Calabria». «Yo no sé decir más, *Herr Professor*, el señor Milke se ha llevado el periódico para arriba. Por lo visto, firmaron ya el 3 de septiembre.» La señora Eisenmann bajó al sótano, se lo conté; con lágrimas en los ojos, me plantó las manos en los hombros, dijo: «¿Quizá Dios…?». Yo mentí: «Casi parece que sí». Mientras me metía en la cama, Eva viajó a la ciudad a recoger noticias. Resultado: la noticia –Eva hojeó muchos periódicos en el Deutsche

Bank– sólo está «en una parte» del *Freiheitskampf*, bajo el titular: «Cobarde traición del mariscal Badoglio y del rey Víctor Manuel». El armisticio firmado el día 3 había sido mantenido en secreto por exigencia de los angloamericanos. Más no es posible saber de momento. Todavía no puedo alegrarme, porque es perfectamente inseguro si vendrá algo más enseguida, y si ese algo más no será de momento un pogromo […]

13 de septiembre, lunes mañana

[…]

Este jueves por la noche mi optimismo se ha tambaleado un poco. Nunca hubiera creído que Alemania seguiría tan fuerte y que se impondría tan hasta el sur, por lo menos hasta Roma inclusive. ¿Es que otra vez han llegado tarde los otros? El viernes por la noche supe del discurso de Hitler (pronunciado el 10 de septiembre, viernes), y lo leí el sábado; Eva compró el periódico, cosa a la que no nos atrevemos normalmente. (Eva: «Llevaba requesón húmedo en el bolso. Si alguien me hubiera pedido explicaciones, yo necesitaba el papel de periódico para salvar el requesón».) Al repensar después toda la situación, mi esperanza aumentó otra vez: el aliado se ha convertido en el más feroz enemigo; es evidente que no ha sido desarmado *todo* el ejército, una parte puede estar luchando junto con los ingleses. Los soldados desarmados tienen que ser sustituidos por tropas alemanas. El Vaticano (¡Pacelli!)[109] se considerará prisionero. Además, el efecto sobre la situación interior alemana. (¡Himmler!) La situación alemana es, sin duda alguna, desesperada. Pero ¿cuánto tiempo se mantendrá aún el régimen? Hitler asegura incesantemente que nosotros no tendremos un 25 de julio ni un 3 de septiembre –o sea, caída del Duce y capitulación. Pero ese «no tendremos» no significa nada, a la postre, y con el verdugo y duque de Alba del Movimiento como ministro del Interior, tampoco se gobierna a largo plazo. En el mismo periódico que trae el discurso viene la noticia de dos ejecuciones por derrotismo (*sic!)* y traición al pueblo. ¿Cuántas ejecuciones ha habido? ¿Cuánto tiempo durará la intimidación? […]

14 de septiembre, martes mañana

[…]

Nuestras conversaciones en Schlüter, sobre todo de noche. Por un lado, muchas veces nos metemos en honduras. El otro día tuve una discusión con Feder que faltó muy poco para que ya no fuese amistosa. Como otras veces, le taché con razón de antisemita, diciendo que generalizaba las malas experiencias que tuvo en Chemnitz con los judíos orientales. Pero fui más lejos: «¿Qué habría sido de Alemania sin los judíos?». El lo denominó típica soberbia judía. Los dos admitimos a tiempo nuestra irritabilidad y nuestros extremismos. La noche siguiente, en el descanso largo de la comida, solté una especie de lección magistral. ¿Existe *el* alemán? ¿Existe *el* judío? Dije que él, Feder, discípulo de Lamprecht[110], defendía mis libros, mi obra, contra mí mismo […]

La señora Winde ha traído, en efecto, la bicicleta de su hijo y me ha dado una llave. Dice que la bici está aquí más segura que en su casa (cerca de la estación), caso de que haya un ataque aéreo; y en caso de pogromo, me servirá para huir.

[…]

15 de septiembre, miércoles mañana

LTI. Dos personas, dos otra vez, ejecutadas por *Wehrkraftzersetzung* [‘desmoralización de las fuerzas armadas’].

[…]

La aguja de mi reloj de la esperanza se movió ayer del 1 de octubre de 1943 al 1 de abril de 1944. Hasta tal punto la propaganda militar ha desfigurado y convertido la catástrofe italiana en victoria alemana. Visto así, los ingleses y norteamericanos han conseguido menos que nada, han «desperdiciado vergonzosamente un enorme despliegue», porque en Italia no avanzan y han perdido un tiempo que ganamos *nosotros*, ya que ahora necesitarán un largo intervalo para reponerse antes de estar en condiciones de atacar en otro lugar algún «punto débil» del cerco alemán a Europa. Este fue ayer el tenor de una reflexión del teniente general Fulano de Tal en el *Zeitspiegel*; resumió lo que estuvo diciendo la radio todo el día y lo que la prensa presentó en todos sus pormenores. Por cierto que en Sicilia, donde los italianos se pasaron al enemigo, sólo combatía *una* división de tropas alemanas. Y ahora justamente vencemos en Salerno a dos ejércitos angloamericanos, y la liberación del Duce[111] es una victoria inmensa, «una batalla perdida» por el enemigo. – En todo eso hay una

infinita dosis de embuste mezclada con un granito de verdad, pero todo eso fortalece la resistencia interior, el «seísmo» no ha tenido lugar (eslogan de la prensa). Por la noche, Jacobowicz, el sastre, trajo la noticia del avance constante de los rusos, pero eso fue un flaco consuelo.

[…]

16 de septiembre, jueves mañana

En los últimos quince días, más o menos, la oficina del trabajo retiró a Schlüter de la fábrica, tres veces y sin más explicaciones, bastante mano de obra. Mujeres de menos de cincuenta años. Hombres menores de sesenta años. Van a parar a fábricas más importantes para la guerra. De modo arbitrario, o bien «contratados» o bien «obligados». El segundo modo se aplica cuando se trata de fábricas de guerra propiamente dichas; las condiciones de empleo son más estrictas, pero tiene ventajas económicas para el trabajador, porque si antes recibía 70 pfennigs por hora y en el puesto nuevo sólo gana 60, el Estado le paga la diferencia en calidad de «indemnización». En cambio, para los «contratados» no hay indemnización; una serie de mujeres de Schlüter cambió a una situación salarial mucho menos favorable. Todo dependía de la casualidad, según se necesitara a cada grupo. – Las objeciones no se tienen en cuenta. Para el resto de la plantilla de Schlüter, en especial *pro judaeis*, hay convocado para hoy, a las catorce horas, un recuento general en la Mackensenstrasse, para «una redistribución del trabajo». (De lo que ya se hablaba hacía tiempo, con rumores cambiantes. Yo estoy a la expectativa con más esperanza que temor.) – Konrad, siempre bien informado, contó que Schlüter entregaba a hacienda el 85% de sus ganancias, pero que con todo y con eso conseguía una ganancia limpia de por lo menos 30.000 marcos.

[…]

A tener muy en cuenta la *Wehrkraftzersetzung*, anotada ayer como causa de una condena a muerte. *Kraft* [‘fuerza’], no *Macht [Wehrmacht*,‘ejército’], es decir, no una agitación activa en el ejército, sino algo muy general. La más leve afirmación «derrotista» ya basta […]

17 de septiembre, viernes mañana

Lugubre[112]. El estado de ánimo ayer y hoy, el tiempo otoñal, la situación de la guerra, la reordenación de mi trabajo de fábrica: todo, deprimente y sombrío a más no poder. He estado casi cinco meses exactos (comienzo: 19 de abril) en la Wormser Strasse, y ésta se había convertido en mi redil habitual. – Ayer, en el «recuento» que hicieron en la Mackensenstrasse, separaron a todo el mundo, y así nos han enajenado mutuamente tan deprisa como suele pasar, en circunstancias similares, en cuarteles y colegios. Schlüter, el jefe, estaba sentado ante una mesita, en la sala de trabajo de la Mackensenstrasse, las libretas de servicio delante de él, los judíos a su izquierda, los arios a su derecha, y «distribuía». De los judíos, los más tullidos iban al «servicio de patio» (limpiar, barrer), los más débiles a mezclar, los fuertes al temido servicio de corte, rodeado de aureola y de polvo. Allí he ido yo también. Rostros extraños, en parte antipáticos, en parte inquietantes. Hacia las cuatro estábamos nosotros, los antiguos «nosotros», otra vez en la Wormser Strasse, teníamos que meter hierbas para *baños* medicinales en grandes bolsas de 375 gramos, pudimos llenar unas dos docenas de ellas, estuvimos dando vueltas sin hacer nada como en un cuartel, empezamos a resultarnos extraños, claramente y de modo creciente, nos aburrimos hasta pasadas las nueve, pusimos la radio por última vez. – No tomaría esto por lo trágico –las ventajas e inconvenientes de lo nuevo están equilibradas, la sensación de rebaño viene otra vez rápidamente–, si no fuera porque una vez más han quedado destruidas mis esperanzas de que esto se acabe. Parece que en Salerno arrojan a los ingleses al mar: ¡qué triunfo para Alemania, qué fortalecimiento del régimen, qué prolongación de la guerra!

Hoy, a las dos, por primera vez servicio de corte. Ahora, vuelvo a los apuntes sobre Goebbels.

21 de septiembre, martes tarde

El despertador prestado por Strelzyn, el orfebre, suena a las tres y media: hoy no habría hecho falta, porque poco después empezó una alarma de media hora, otra vez sin consecuencias, probablemente causada por aviones que regresaban de Berlín. A las tres y cuarto, en la oscuridad que ya iba transformándose en crepúsculo, *luna calante*[113] en lo alto del cielo, a la Mackensenstrasse. Hoy había grupitos negros de personas en las paradas de tranvías: después de la

alarma se había paralizado también la circulación de tranvías. En Schlüter, cambio de ropa en un sótano inhóspito, angosto como un vestuario y con un sitio para lavarse poco apetitoso, un canal largo y común con una serie de grifos de agua y delante una tarima. Yo no me lavo allí, pero me cambio de camisa. El trabajo no es apenas más duro ni más sucio que en el turno de mezclas de la Wormser Strasse. Sólo que todo tiene más aire de fábrica. El golpeteo de las máquinas de cortar (que recuerda a un tren rápido), el silbar estrepitoso de los grandes motores de aspiración, que parecen gigantescas lámparas acampanadas, el chirrido de las máquinas que remueven y criban; todo ello suena al mismo tiempo e inunda el espacio; hay que gritar para entenderse. Todo está polvoriento, el polvo forma nubes, mi protector de ojos se empaña, veo las figuras y las lámparas eléctricas como a través de un velo. Un cierto romanticismo, más fuerte que en el turno de noche de la Wormser Strasse, una cierta mascarada de trabajo de fábrica, mascarada para mi persona, tiene un efecto consolador y acelera el trabajo; más exactamente: *tenía* ese efecto, porque ya va cesando el encanto y queda el aburrimiento. Yo estoy en la máquina removedora. La máquina cortadora que está al lado marca el ritmo del trabajo. Si funciona a pleno rendimiento, y la maneja uno de los capataces arios, entonces apenas puedo seguir el ritmo y me pongo a sudar: pero entonces es cuando también se soporta mejor la existencia y pasa el tiempo más rápidamente. *Las buenas en la olla*, *las malas en el buche*[114]: lo que escupe la máquina de cortar, Strelzyn, que está enfrente de mí, me lo mete con una pala en un embudo; removido a través de tres filtros, uno encima de otro, baila y escurre hasta mí en tres chorros separados; dos recipientes recogen los residuos gruesos y los muy gruesos, el tercero todo lo fino. Yo coloco un saco en un bastidor de madera, lo lleno, lo etiqueto, lo cierro, me lo llevo; a intervalos recojo los restos con la pala y los echo sobre la mesa de madera, junto a la máquina cortadora, para que sean cortados de nuevo. Allí, un hombre está constantemente dedicado a echar las hierbas sobre la mesa, con una pala o con una horquilla para carbón; los rusos que yo conocía del patio, en la semana de verano, vienen cargados con los enormes fardos desde el patio o desde el almacén de enfrente. El que corta mete las hierbas en el canal, apretando mucho con una mano, hasta los cuchillos rotatorios, con la otra mano coge la hierba de la mesa y la estira y ahueca. Eso supone fuerza, habilidad y atención constante, porque la mano que se mete en la

máquina está en peligro. Como he dicho, cuando la máquina trabaja al máximo, pierdo el aliento. Pero a ese ritmo máximo sólo funciona unos minutos. Siempre hay algo que produce una interrupción. En cuanto la manejan los que acaban de aprenderlo, Stern y Aris, se queda parada, y cuando la maneja el maestro muchas veces también hay algo que se atasca. Las cuchillas son superdelicadas, un poquito de polvo, un fardo de hierba que no esté bastante suelto, o uno que lo esté demasiado: nada de eso lo aceptan y entonces hay que regularlas otra vez. O también: se ha terminado un fardo, anuncian otro tipo de hierbas. De esa manera, sólo hay minutos de mucho trabajo. Entre medias hay descansos en que se puede terminar con lo que había quedado retrasado, también hay que barrer constantemente, aparte de la limpieza a fondo que da comienzo una hora antes de acabar el trabajo. Descanso verdadero, en una habitación decente junto a la cocina, contrariamente a la Wormser Strasse, sólo hay *uno*, que dura exactamente treinta minutos; pero en el primer turno de la mañana (de seis a dos; descanso de nueve a nueve y media), uno puede quitarse de en medio unos minutos, solo o en grupos pequeños, para almorzar. El suministro de la comida, para la mayoría, corre a cargo de «particulares», como se dice, de una «cocina de Bohemia»; cada mañana, una secretaria toma los encargos. Yo me he apuntado a largo plazo a la «comida rusa», que se va a buscar en cubos al «auxilio social». Es un «plato básico» casi sin grasas, pero abundante, y sólo cuesta 30 pfennigs –si es «de particulares» cuesta 50 pfennigs y más, y encima cupones–, quiero tomarlo sistemáticamente en los tres turnos, porque en casa estamos escasos de patatas. Se acabó esa mayor comodidad, pero también ese mayor aburrimiento de la Wormser Strasse. Con el ruido de las máquinas es imposible conversar, además hay constantemente en la sala uno o dos capataces arios: Noack, todavía joven; un hombre aún más joven, con cierta rudeza en el rostro y en el trato, pero no antipático, y el curiosamente exaltado Kretzschmar, una mezcla de altruismo, inclinación al martirio y vanidad. Cincuenta y dos años, exaltados ojos azules hundidos en el rostro enjuto. Obrero cualificado: mecánico de precisión, relojero, fundidor de campanas. *(Esa* es también su apariencia.) Por la tarde toca cerca de Wachendorf, en el Weisser Hirsch. «¿Qué toca usted?» – «Violoncelo, violín, violoncelo, piano…» – «¿Dónde lo ha aprendido?» – «En el Conservatorio de Dresde.» Lleva un tatuaje en el antebrazo, ha servido en la Marina y ha estado en Brasil. Estuvo casado, un hijo es boxeador profesional,

«ya ha salido en los periódicos». ¿Ha muerto la mujer? «No, le gustaban mucho los hombres; mientras los hijos eran pequeños pensé que tenía que conservarles la madre; pero ahora…

A vosotros quiero ayudaros. Yo ya he estado en la cárcel, sé en qué situación estáis…» Etc., etc., ya el primer día. ¿Qué será verdad de todo eso? En cualquier caso, el hombre es un personaje de teatro y, como capataz, enormemente comprensivo. – Junto a la máquina cortadora está Stern, que tiene alguna idea de máquinas por la fábrica de su padre y por la escuela textil, en la cribadora trabajamos Strelzyn y yo; al otro lado, en la cortadora pequeña –sólo corta hierbas blandas que no tienen que ser cribadas previamente sino que se echan enseguida en sacos– Aris y Bergmann, el farmacéutico, y Witkowsky; en la habitación contigua, mezclan en tambores mayores que los de la Wormser Strasse Frank, Feder, Lazarus, Lewin, Jacobowicz: de modo que estoy, o mejor dicho, estaba entre gente conocida. *Estaba*, porque este mediodía hicieron un cambio súbito, nos enviaron a Aris, a Strelzyn y a mí a otro turno, un turno de malísima fama. «La escoria de los judíos», dice Bergmann, que ha trabajado allí; «un maestro maligno, que no tiene en cuenta que sois gente de edad y que no sois del oficio», dice Kretzschmar. *On verra:* en cualquier caso, la situación cambia otra vez para mí, y eso es una cierta interrupción de la monotonía. Y el hombre más molesto del otro turno, al que sólo he visto una vez, pero oído nombrar muchas, cambia y se viene a mi turno de ahora. Con ello, todo sería distinto para mí allí. Porque el tal Müller, un rubio de ojos azul celeste y mirada falsa, es judío, judío de estrella, pero antes de que se comprobara su judaísmo, fue de las SS, y sigue siendo amigo de sus camaradas de entonces, pasa por delator, al menos por hombre peligroso, al parecer tiene permiso de la Gestapo para tapar la estrella por la calle.

[…]

Neumark, como delegado de la Unión de los judíos del Reich en Alemania –que ha vuelto a renacer, después de confiscados los bienes de la primera Unión–, da a conocer esta «orden de los servicios de inspección»: todo judío ha de nombrar una persona de confianza que comunique inmediatamente su muerte a Neumark. Eso es necesario porque «a la muerte de los judíos, sus bienes pasan a ser propiedad del Estado». (Ya no se habla de una «indemnización» que «puede» concederse a la esposa aria.) Yo nombré a Eva como la «persona de confianza de

mi entorno», los otros de mi grupo también indicaron a sus mujeres.

En el *Curriculum vitae*, en una ocasión ataco la glorificación del compañerismo entre colegiales y entre soldados. Digo que se trata de intereses de grupo y que casi siempre desaparece cuando desaparece esa comunidad de intereses. La misma observación he hecho y hago en estos días con el personal judío de Schlüter.

24 de septiembre, viernes mañana

El trabajo nuevo me fatiga muchísimo más que el de la Wormser Strasse. Trabajar con la pala, la pala, la pala, con espátula y horquilla a la mesa de cortar, o poner lo molido en los sacos. Knoch, el capataz, no sólo lleva un ritmo infernal, sino que a menudo nos acosa, y entonces el corazón se resiente. Además, la falta de descanso entre las dos y las seis. Eso va a cambiar ahora: en lugar de hacer un descanso de seis a siete aproximadamente, se harán dos de media hora. El capataz no es mala persona, pero tiene maneras de sargento. En la máquina, muy complicada de limpiar, me enseña una válvula, de cuya existencia era imposible que yo supiera nada. Palabras de acompañamiento: «Un poquito de inteligencia sí que tengo que exigir a la gente». Casi más que el ritmo de trabajo me oprime la falta de contacto con los judíos de este turno. En el descanso están sentados cada uno por su cuenta, silenciosos, o juegan a las cartas. Y sin embargo, Garnmann, un hombre bajito de sesenta y cuatro años, *già* comerciante, el tercero en nuestra máquina, es extraordinariamente amable y bondadoso conmigo. Y Aris, al que aún no le sale bien lo de cortar, se lamenta conmigo recordando los *tempi passati*. Además, ayer trabé cierta amistad con Steinberg, el que habla en voz baja porque el campo de concentración le ha dejado paralizadas las cuerdas vocales. Caminamos a casa los dos en completa oscuridad (por la Gerokstrasse). Y sin embargo: el conjunto –no encuentro otra expresión– es *lugubre*. A menudo estoy hondamente deprimido, como ayer por la mañana. Pero después, una nueva noticia bélica me reanimó de golpe. El parte de guerra es catastrófico; la raída envoltura con que se pretende encubrir los hechos es peor que la confesión pura y sin tapujos. «Movimiento de repliegue» hace un efecto tragicómico, si se piensa que es una retirada creciente y continua (están muy cerca de Kiev). Eva me llama la atención sobre la «ley de la acción», en la que, por supuesto, seguimos llevando la iniciativa y que ahora, por

supuesto, está en pleno auge en artículos y reportajes. También hacen un efecto penoso los repliegues continuos en Italia (de Messina, de Cerdeña, de Calabria), victoriosos y sin pérdidas. Asimismo el obstinado empeño en presentar la situación como si en Italia estuviésemos venciendo y poniendo orden. Mientras que reina el caos y la guerra civil. – Síntoma seguro de una situación de emergencia: los titulares del *Dresdner Zeitung* rezan: «Sigue aumentando la fuerza combativa de Japón». Eso dice todavía más que las noticias sobre tonelajes. Título del parte de guerra: «El movimiento de repliegue transcurre como estaba previsto». «Como estaba previsto» es una expresión muy en boga últimamente.

[…]

27 de septiembre, lunes al anochecer

El viernes dijeron que yo volvería a la Wormser Strasse. Pero el sábado seguí en mi turno de corte. Ese día el trabajo fue fácil, hoy tampoco ha sido excesivo, *anzi*, yo sólo sostenía sacos que otros rellenaban de hierbas, y además al aire libre, en el patio. Sin embargo, continúa este enorme agotamiento. Se resiente el corazón y, en general, el estado de ánimo. Ahora ya conozco los ruidos nuevos: golpeteo de la máquina, tengo que manejar la pala cada vez más deprisa para que la mesa esté llena, el corazón me tortura, tendré que dejarlo. Luego la máquina funciona con un tono más suave, ha cesado el golpeteo: sé que el cortador ha movido bruscamente la palanca del volante, éste ya no impulsa la rueda dentada del cilindro; un retraso de segundos me ayuda, el hombre tiene que volver a colocar la cinta en el canal. El ruido cesa del todo: avería. El motor está parado, hay que sacar el cilindro haciéndolo girar trabajosamente, hay que limpiar y volver a colocar la cuchilla: mi descanso va a ser de varios minutos, ahora puedo por fin tomar aliento y echar tranquilamente una gran cantidad de hierbas sobre la mesa. Pero sigue el agotamiento. – Y esta sensación de monotonía, de pérdida de tiempo, aumenta cada día. Apenas puedo ni pensar en trabajar para mí […]

28 de septiembre, martes al anochecer

El despertador sonó por error la primera vez a las tres, girando un poco la llave volví a ponerlo por si acaso a las tres y media y seguí dormitando media hora.

Por la mañana me dijo Noack, el segundo jefe de taller: «Usted tiene que ir hoy al turno de noche, falta un hombre, aquí podrá terminar un poco antes». Trabajé hasta las doce menos cuarto, me cambié, engullí mi comida rusa en la cocina, mientras que en la habitación contigua cenaban los rusos, llegué a casa a la una, me puse a fregar los platos y a preparar la comida del té. Eva, agotada y amargada por sus salidas a la ciudad mendigando cosas por todas partes, llegó cargada con 7,5 kilos de patatas de la señora Winde. Traía además la noticia de que el puestecillo filosemita de la Schillerplatz hoy tenía 1 quintal de patatas para nosotros. Fui nada más comer (¡mi hora de compra de tres a cuatro!) con el cochecito infantil, de ruedas muy altas, de los Rasch. Me colocaron muy torpemente el pesado saco en el tambaleante vehículo y escondieron debajo todo lo que me habían dado como suplemento: manzanas y tomates. Era muy difícil mantener el equilibrio del coche, en la Prellerstrasse se me volcó hacia delante, rodaron manzanas y tomates, y el saco cayó al suelo. Hice un gran esfuerzo pero no conseguí levantarlo. No se veía hombre alguno. He aquí que se acerca una señora, de cabellos ya grises, con un niño pequeño de la mano. «Voy a ayudarle.» Tuvo que ver mi estrella: fue un gesto demostrativo. Los dos juntos, en efecto, levantamos el saco; le di las gracias, conmovido. Pero después sentí fuertes dolores anginosos, sólo unos minutos, pero fue un *memento* de lo más deprimente. En casa hubo que traspasar las patatas a varios recipientes –¡el quintal de patatas, 4,90 marcos, el saco, 5 marcos de fianza!–, después, a fregar otra vez. Estoy agotado y con la perspectiva del trabajo nocturno. Tengo la penosa sensación de estar acortando lo que me queda de vida.

[…] Lewinsky se ha suscrito al *DAZ*[115] *[Deutsche Allgemeine Zeitung*], en lugar de al *Frankfurter*[116] que ya no se publica, y me ha traído unos ejemplares. Contiene exactamente los mismos comentarios sobre la situación que el *Dresdner Zeitung*, un poquito más extensos, un poquito más adaptados a su público habitual –o sea, *Tägliche Rundschau*[117] potenciado: aristocracia, altos funcionarios, altos cargos de la Iglesia protestante–, pero en todos los argumentos y eslóganes y frases programáticas, coinciden literalmente. Es evidente que hay una oficina central encargada de editar cada día la reseña oficial que han de imprimir o parafrasear *todos* los periodistas. Exactamente lo que Goebbels exclamó embelesado en una ocasión viendo desfilar a las HJ: es siempre el mismo rostro. Esto forma parte de la ya varias veces subrayada

pobreza de la LTI.

29 de septiembre, miércoles mediodía

¡Como en el ejército! Anoche me presenté en la fábrica; nadie sabía que iba a ir, nadie me necesitaba, habida cuenta además de que el motor de la cortadora pequeña se había estropeado. Yo les daba pena, ya había hecho el primer turno de mañana: «¡Y a sus años!». (Es curioso que Knoch y Kretzschmar mezclen al hablar conmigo el tú, el usted y el vosotros; tomé primero el «vosotros» como colectivo, pero lo usan en efecto, como el francés *vous*, para el singular, me parece uso costero y marinero… Los judíos también tutean muchas veces al trabajador ario.) Al final dijeron: «Váyase a casa y duerma todo lo que le haga falta. *Yo* me encargo de todo. ¡Si alguien le pregunta, usted ha estado aquí, y los demás no decís ni pío, él *ha* estado aquí!». Eso fue el bueno de Kretzschmar, que ahora tendrá que hacer el cambalache de ponerme en la lista de salarios, 8,80 marcos por la noche ahorrada. – Regresé en medio de la noche estrellada, que ya era más suave, y cuando llegué, Eva aún no se había acostado. Nos encantó estar juntos. Así he ganado un día y un poquito de sueño.

[…]

¿He consignado que Schlüter cierra definitivamente el 31 de octubre? Una gran amenaza para los trabajadores judíos. Los meterán en la tristemente célebre fábrica de cartonajes de Schwarze. Camino interminable (Leipziger Strasse), trato muy malo, no hay tarjeta de trabajo prolongado, jornada de *diez* horas. Lo sé por Lewinsky, que trabaja allí, y también es *communis opinio* […]

Ahora quiero por fin meterme en *Mi lucha* de Hitler, que tengo aquí desde hace semanas. Las primeras páginas las leí hace bastante tiempo en el balcón de Glaser.

30 de septiembre, jueves tarde, hacia las siete

Después del turno de noche, cuatro horas de sueño diurno, antes fregar, después fregar y limpiar colinabos, dos comidas: ¿qué queda para el diario y para Hitler? Seguramente soy inmodesto; veo en la fábrica que, para millones de personas, el trabajo y el contenido de la jornada consiste en manejar la pala, cargar, barrer, incluso el obrero calificado se limita cien veces a hacer unas cuantas

manipulaciones, y a los judíos que han tenido profesiones más selectas esa vida de proletario les resulta ya hace tiempo (por lo menos hace tres o cuatro años) lo más normal del mundo. Pasan el día durmiendo tranquilamente cuando han estado en la fábrica por la noche, han renunciado a todas, a todas las inquietudes intelectuales.

[…] Kretzschmar, el impresionante fundidor de campanas, como jefe de turno. La noche es fría, la caldera de la calefacción no funciona: nosotros empezamos más tarde. Antes de empezar, solemos quedarnos de diez a diez y cuarto en el comedor, junto a la cocina. Nosotros (el doctor Lang, el SA Müller, el boticario Bergmann, Jacobi, administrador del cementerio, el viejo Witkowsky y yo) estuvimos juntos charlando hasta las once y media. Luego, hasta la una, estuvimos cortando en la máquina grande cáscaras de judías – mercancía búlgara en la que siempre se encuentra cantidad de judías; uno estaba siempre agachado en el suelo y buscaba, Jacobi tenía llena ya una lata de las de té; después, hasta las tres, pausa para el café (yo encontré mi comida del «auxilio social» y la compartí con Bergmann). A mí, como era nuevo, me lo inculcaron claramente: hemos empezado a las diez y cuarto y sólo hemos descansado de doce y media a una. Kretzschmar es buena persona; si se enteran de su comportamiento, estaremos todos en un buen lío. Comportamiento de Kretzschmar; él cuenta lo siguiente: «He estado seis años en el campo de Dachau (comunista, servicio en la Marina, Noack también ha estado cuatro años en un campo de concentración, por ser marinero y comunista, pero Noack es disciplinado, más normal, una persona estupenda), mire aquí, una cicatriz en el nacimiento del cuello: es un bayonetazo; aquí, en la cara: es un culatazo; aquí, la piel arrugada del antebrazo: es una quemadura de ácidos. No hay alambrada en torno al campo, sólo una raya blanca; delante de ella, por el lado interior, hay cada diez metros un SS con una ametralladora, si alguien cruza la raya, lo barre la ametralladora. El centinela pega un bofetón que hace rodar por el suelo la gorra. "¡Recoge la gorra!" Y ya está funcionando la ametralladora, y el hombre ha sido abatido "cuando intentaba huir". – Los judíos y los arios están juntos. Prohibido hablar en el dormitorio, sólo durante el trabajo se puede decir algo en voz muy baja. Es tan fácil allí hablar de "motín". Un gran grupo tiene que cavar una zanja, se pone delante de ella, y la ametralladora los barre… El trabajo: cultivar el suelo pantanoso de Dachau: con hachas, espátulas, sierras, un trozo diario de terreno,

10 metros por 2,50 metros, y 1,20 de profundidad. Quien no lleva a cabo el programa –la edad no cuenta–: ejercicios de castigo con saco de arena y envuelto en pesados paños. ¡Y la comida! Unas "patatas de anillos" contadas; sólo está pelado un anillo; quien no se traga la piel restante: castigo. Ya podéis estar contentos de seguir con vuestra libertad (todo es relativo: ¡nuestra libertad!), aceptad cualquier trabajo por pesado que sea, medid vuestras palabras. Guardaos de Knoch: si ése quiere echar la culpa de algo a alguien… entonces apaga y vámonos… Mira, ésta es mi carta de libertad, del presidio de Hameln. (¿Antes o después del campo de concentración? No lo comprendí bien.) Yo le había soltado un directo a uno, y no se levantó. Yo pesaba 102 kilos, mi hijo es boxeador… (Con todo, la persona más bondadosa y pacífica.) Sé en qué situación estáis, quiero ayudaros, pero no tenéis que decir palabra. *A éste* (señalando hacia mí) le he puesto ayer en su haber (en la lista de salarios) la noche entera; el sábado creo que os podréis marchar a las diez, y si no viene ningún control –que no vendrá– pondré las doce. ¡Pero a callar!». – Después de superar muchos fallos, cortó a buen ritmo después del descanso del café. Y pese a todo: una cantidad correspondiente a ocho horas de trabajo con *dos* máquinas no pudo alcanzarse, como es lógico. Por doquier había sacos llenos, procedentes de otros turnos. Noack pegó en varios de ellos nuevas etiquetas con la letra de Jacobi y los arrastró a donde estaban *sus* sacos; de esa manera, la noche tuvo un resultado decente. Después abrieron también la máquina pequeña de manera que pareciese que también había estado funcionando. Tuve la impresión de que todo aquello, así o de modo parecido, era normal en el turno de Kretzschmar…

Aparte de él, para mí el hombre más interesante ha sido Stephan Müller, el SA. Tendría que estar yo muy equivocado si fuese realmente delator y espía. No oculta en absoluto su modo de pensar. A los diecisiete años escasos, voluntario de aviación en la primera guerra mundial, después en las SA y en el cuerpo de voluntarios de los Sudetes alemanes, hasta hoy alemán entusiasta, bautizado hace tiempo, enemigo encarnizado de la teoría de la raza judía. Nadie puede arrebatarle su germanidad, y quiere quedarse en Alemania. «¡Dentro de un año tendrá usted otra vez su casita, *Herr Professor*!» – «Eso forma parte de las conversaciones políticas prohibidas, señor Müller.» – «No habrá entre nosotros ningún perro asqueroso que denuncie nada.» Los otros hablan tranquilamente con él de la guerra y de política. Todas las conversaciones están muy

entreveradas de hebraísmos, de yiddish y de procacidades. *A mí* me trata todo el mundo con gran amabilidad y un poquitín de respeto. – Todos están obsesionados por el miedo a la fábrica de cartonajes. – El vigilante, el doctor Lang, médico, nacido en 1894, está muy proletarizado.

OCTUBRE

1 de octubre, viernes

[…]

Esta mañana la mala noticia del «traslado», que esperábamos hace tiempo y que sin embargo fue una sorpresa. Nos van a meter, junto con los Eisenmann, en el antiguo piso de Hirschel, Zeughausstrasse 3. Una lata de sardinas, que no basta en absoluto para siete personas: tres habitaciones y media, y otras muchas desventajas. Eva quiere hablar mañana con Neumark, el «delegado» de los judíos que quedamos en Dresde. Escribiré entonces más sobre este agobio.

3 de octubre, domingo mediodía

Muy desagradable frío húmedo de otoño. Esto facilita la separación. El cambio de domicilio parece que no será tan horrible como se presentaba al principio. En cualquier caso, Eva se enfrenta a él con serenidad. Estuvo con Neumark, luego en la Zeughausstrasse. El plan de hacinarnos junto con los Eisenmann parece abandonado, se ha encontrado un sitio para nosotros relativamente aceptable. Todavía está poco claro todo esto […]

7 de octubre, jueves mañana

[…]

Es extraño que todo grupo, por pequeño que sea, desarrolle su carácter propio, de grupo y de lenguaje, y que lo conserve aunque se añadan nuevos miembros y se vayan otros antiguos. Stern me dijo el otro día que en Zeiss-Ikon no le había gustado nada la rudeza de Müller, el SA, que les gritaba a muchos

«¡Judío!». Ahora, en la Mackensenstrasse, *nuestro* equipo tiene su estilo particular, que se distingue perfectamente del de los otros grupos. Y sin embargo, sólo pertenecen originariamente al grupo el doctor Lang, médico y vigilante, y Müller, el SA; Jacobi, Bergmann, Witkowsky, yo, hemos venido después. En cuanto al lenguaje: a cada momento sueltan a gritos, bromeando y en plan de burla, *también* en presencia de arios, la palabra *judío*: «¡Viejo judío!». – «¡Judío Bergmann!» – «¡Judío de lavabo!» (esto se refiere a la utilización o no utilización de los lavabos del sótano, incómodos y bastante repugnantes: varios otros y yo no los utilizamos), etc., etc. El hablar a gritos se debe al ruido de las máquinas; pero el grupo formado por Berger, Rieger, Steinberg, etc., no grita sino que guarda silencio. En el descanso de la cena, a las seis, en que el grupo de Berger sigue silencioso y juega a las cartas, en nuestro grupo se discute apasionadamente y sobre algo muy distinto de lo que se hablaba en la Wormser Strasse. No se habla de comida, y también muy poco sobre la marcha de la guerra; antes bien, siempre, por principio, del tema germanismo y judaísmo. Müller es furiosamente alemán, sin ser por eso antisemita, con aversión, eso sí, hacia los judíos orientales; niega la existencia de la *raza* judía, niega el antisemitismo general del pueblo alemán, niega que Hitler y su régimen armonicen plenamente con el carácter del pueblo alemán. El doctor Lang está enormemente amargado; para él, el antisemitismo está indeleblemente unido a la idiosincrasia alemana, el hitlerismo corresponde de pleno al carácter alemán. Jacobi, una mente confusa, no completamente normal, y el viejo Witkowsky adoptan posturas intermedias, yo coincido en gran parte con Müller. Contra los gritos de «¡Judío!» va haciéndose perceptible una oposición. «¿Cómo se llamaba aquella gente de Holanda que tomó el nombre de "mendigos" o algo semejante?», me preguntó hace poco Lang. «¿Se refiere usted a los *Geusen*[118]?» – «Exacto: eso lo aplico yo también a lo de "judío".» Yo propuse que se evitara esa palabra, al menos en presencia de arios.

Una posición curiosa adopta Edelmann, que ha venido a nuestro grupo hace unos días, un gigantesco peso pesado de Odessa, rubio y de ojos azules, maestro tabaquero de oficio («al final, tenía un sueldo de 1.200 marcos mensuales»). Maldice de todos los rabinos, que desde hace siglos mantienen el judaísmo como algo aparte. «¡Sin ellos nos habríamos fusionado hace tiempo con otros pueblos y no tendríamos que sufrir tan atrozmente, no tendríamos que sufrir estas

persecuciones sangrientas a lo largo de los siglos! ¡Bueno, si hubieran podido fundar un Estado propio! Pero eso no lo han logrado jamás.» – «Y no lo conseguirán jamás», dice sarcásticamente Müller; «quisiera yo ver el Estado que organicen ellos…» Aquí le contradigo: Disraeli, Stahl[119], el futuro Estado federal independiente dentro del *Empire*…

[…]

9 de octubre, sábado mañana

Desde el 9 de octubre de 1934 llevo diciendo en cada cumpleaños: «El año próximo seremos libres». Nunca ha sido verdad. Esta vez parece como si el final tuviese que estar cerca. Pero se han mantenido tantas veces, contra todo lo que se podía esperar, empezando con el caso de Rohm. ¿Por qué no van a poder seguir en pie de guerra y asesinando dos años más? Ya no tengo confianza: entretanto vamos a trasladarnos a la tercera *Judenhaus* y esta vez el lazo está ya bien apretado en torno a nuestro cuello. En la Zeughausstrasse liquidarán en pocos minutos, en cuanto le apetezca a la Gestapo, a los judíos que quedamos, apiñados allí como sardinas […]

Desde la última evacuación de judíos, el ropero pasó a ser propiedad del Estado y fue confiscado. Ahora, Neumark, el delegado, me dice: «El jefe de la oficina de hacienda de Dresde, que se ha hecho cargo de las existencias del ropero de aquí, se ha declarado dispuesto, una sola vez antes de su aprovechamiento, a brindar a los judíos que no posean tarjeta de ropa la oportunidad de adquirir lo que necesiten de urgencia…». Mi solicitud, adaptada a las condiciones de esa circular, reza así, literalmente: «En conformidad con la circular del 6 de octubre de 1943 solicito humildemente las siguientes prendas del ropero: 1) Un pantalón de trabajo (poseo uno completamente gastado y no susceptible de arreglo). 2) Un jersey (poseo una pieza totalmente destrozada llena de agujeros). 3) Cuatro pares de calcetines ligeros (poseo: tres pares muy zurcidos, imposibles de arreglar). 4) Unos tirantes (poseo: unos defectuosos, completados con cordones). Declaro que es verdad lo que indico y que no poseo tarjeta de ropa».

11 de octubre, lunes al anochecer

[…]

Hoy se ha presentado en nuestro grupo, y lo meterán con los empaquetadores de la Wormser Strasse, un hombre bastante joven, pálido, rubio y de aspecto simpático, Hirsch. Fue detenido hace seis meses, junto con Leipziger y otros, porque según decían había tapado la estrella. Los otros, en parte han muerto, en parte están en campos de concentración. Es el único al que han puesto en libertad. Dicen que se lo debe a su mujer, que se abrió paso hasta no sé qué altas esferas de Berlín. El dice que al hambre se acostumbró al cabo de algún tiempo, ¡pero la inseguridad y el tormento psíquico! Durante los seis meses completos no salió de la celda de la PPD, a los judíos no se les permite dar el paseo diario en el patio de la prisión. No tenía ninguna actividad y estuvo diez semanas en régimen de incomunicación hasta que le pusieron otras personas en su celda. Por lo demás, el trato no había sido indecoroso. Yo pensé en mis ocho días de incomunicación –¡cuánto tiempo hace!– y sentí un escalofrío.

[…]

En el *DAZ* del 20 de septiembre de 1943, una glosa filológica de Berlín: «Locuciones». Se comenta en ella el asombroso e inexplicable cambio semántico de la palabra *angeben.* Por comparación, se cita la palabra *blöde*: en la época de Goethe,‘miope’; más tarde,‘tímido’ –tretet näher, blöde Mädchen [‘acercaos, tímidas muchachas’] en las *Alegres comadres*[120]–*;* hoy:‘pueril’. La comparación sólo es exacta a medias. Porque *angeben* hoy puede significar *ambas cosas:* denunciar y darse importancia, exagerar, protestar ruidosamente. El nuevo *angeben* es de origen desconocido (según el artículo). Yo, por mi parte, puedo hacerlo retroceder un poco y explicarlo hasta cierto punto. Seguramente no viene de *angeben:* denunciar (que no ha cambiado su significado), sino de *angeben* en el sentido de hacer una afirmación aún no probada, dudosa –cf. el adverbio *angeblich* [‘al parecer’]. Según eso, el nuevo significado fundamental de *angeben* sería *fingieren* [‘fingir’]. Y en el significado de darse importancia, de aparentar, *angeben* era una palabra yiddish antes de que penetrara en el lenguaje berlinés. Mis recuerdos de infancia: *Der Alte gibt heute wieder mal an!* [‘El viejo está hoy otra vez dándose importancia’]. Cuando yo hablaba alemán correcto, tenía que evitar una expresión así, lo mismo que debía evitar palabras hebreas. Un recuerdo citado a menudo por Eva: Marta nos escribió, sería hacia 1920: *Walter hat viel angegeben* [‘Walter se ha dado mucha importancia’]. Eva

preguntó: *Was hat er angegeben?* [‘¿Qué ha indicado?’], creyendo que Marta, con su despiste habitual, había olvidado el objeto. En alemán correcto me tropecé con *angeben*, junto con los sustantivos *Angeber* [‘fanfarrón’] y *Angabe* [‘fanfarronada’], en un artículo de Goebbels. Entonces lo anoté aquí. Con todo y con eso, sigue siendo oscuro cuándo, dónde y cómo surgió el significado judío.

14 de octubre, jueves mañana y después

Desde el domingo, Eva está luchando con la enfermedad, ha pasado mucho tiempo en la cama […] Yo informé a la discreta mujer del portero –¡qué bien que Hildegard Rasch sea alumna de Eva!–, al punto ha sabido lo que hay que hacer. Yo no puedo buscarle a Eva ningún médico judío; un médico ario seguramente no me recibiría a mí, portador de estrella, y tal vez se negaría a tratar a Eva; todos los médicos están con exceso de trabajo, Fetscher vive lejísimos, yo, en la medida de lo posible, no querría que fuese un nazi… La señora Rasch fue a llamar por teléfono. Resultado: vendrá el doctor Poetzsch, que ya ha tratado al «señor Alexander» (Jacoby, un hijo ya fallecido del propietario de la casa). Llegó hacia las doce, un viejo sajón, burgués, amable, el típico médico de cabecera a la antigua […]

Así que el 30 de octubre nos trasladaremos a la Zeughausstrasse 1. Eva ha visto las habitaciones y llevado a cabo los trámites. Yo paso aquí un frío desmesurado, con una calefacción central que no funciona; cuando iba al trabajo esta madrugada he visto escarcha bajo una enorme luna llena plateada y bajo la niebla plateada. (Durante el camino de regreso, en la Emser Allee, donde siempre recojo algunas castañas para los niños de Eisenmann, he encontrado 26 castañas.) Nuestras habitaciones de la Zeughausstrasse por lo visto dan al sur y se calientan con estufas; aquí estamos metidos en estas madrigueras que dan al norte y con una calefacción central que no funciona. Pero me echa para atrás el cotilleo de los judíos, todos juntos y hacinados; en Schlüter ya he probado un poco lo que es eso. Todos desconfían de todos y ponen verde al otro cuando no está […]

16 de octubre, sábado por la noche a las diez

Hace cosa de cinco horas he dejado a Eva[121]; la ambulancia entraba en el

Hospital Municipal de la Fürstenstrasse, al que no tengo acceso. Estaba relativamente animada y con un humor lleno de entereza, pero no se me va de la cabeza la horrible idea de que quizá la haya visto por última vez. Eso lo llevo dentro, oprimiéndome; y por encima está el hambre, el aburrimiento, la visión egoísta de mi deportación si muere la esposa aria, la seguridad de ser demasiado cobarde para suicidarme, las reflexiones sobre lo que haría *después* –le he preguntado dónde guarda mis manuscritos (en la «Escuela de la agilidad de los dedos»)–, sensación de absoluto vacío, y siempre, debajo de todo eso, al comer, al leer, en cualquier actividad, esa presión puramente física. Sin Eva no soy nadie, y si la pierdo, por puro y absurdo miedo a la muerte seguiré arrastrando una vida sin sentido […]

Anoche dijo la señora Eisenmann que así no podía seguir, que tenía que volver a ponerme en contacto con el doctor Poetzsch. Esta mañana, otra vez 39,7 de fiebre, lo llamé a través de la señora Rasch, poco después la fiebre subió hasta 40,2. Llegó al mediodía […] «Mi consejo urgente es ingresarla en el hospital, les envío una ambulancia.» […]

La crueldad en el Tercer Reich: ayer, Eisenmann padre viajó a Berlín, al hospital judío, para una operación de intestino. Los nazis prefieren perjudicarse a sí mismos que renunciar a esa crueldad. A Eisenmann lo habrían podido operar muy bien aquí, en un montón de hospitales. Pero no: un judío tiene que ir al hospital judío de Berlín, tiene que ocupar sin necesidad el ferrocarril. Por supuesto, no tendrá asiento. Tendrá que estar de pie o sentarse sobre la maleta. Además, por lo general sólo puede viajar en tren correo. De eso, tras largos trámites (Neumark, Gestapo) ha sido dispensado. Cf. el caso Jacobi: lo operaron aquí, pero inmediatamente después fue enviado a casa en pésimo estado […]

18 de octubre, lunes al anochecer

He enviado a la señora Rasch al hospital, con las cosas que pedía Eva (jabón, polvo dentífrico). No ha podido hablar con Eva, pero la enfermera le ha dado buenas noticias. Pese a ello sigo inquieto […] Por la mañana fui a la Mackensenstrasse, a apuntarme para la noche y asegurarme la comida. Me reservarán cada día dos raciones de comida rusa: una comida la tomo allí, y otra la llevo en un cacharro a casa; así tengo esa necesidad cubierta, *the rest is coffee.* Luego, a la ciudad, a Schrapel. La secretaria, eso ya lo sabía por Eva, está de

nuestra parte, su marido ha caído prisionero en Stalingrado. Me recibió casi como a un amigo, me conmovió su interés por el estado de Eva. Quiere enviarme cupones de pan. Habla con desesperación de tiranía, de numerosas ejecuciones. Richter, declarado inocente por el tribunal, sigue «en manos de la Gestapo». Está encarcelado en la Jefatura de Policía –por lo menos, su mujer puede ir a verlo y llevarle comida–, por lo visto lo van a trasladar a un sanatorio. Desgraciadamente parece que le van a quitar la administración de nuestra casa. Recibí allí los últimos 60 marcos. A la una, muy cansado, de nuevo en casa; por el camino hizo un calor casi excesivo, pero en la casa, sobre todo en nuestras habitaciones, orientadas al norte, un frío insoportable […] El asunto de la mudanza, no resuelto aún, me trae de cabeza. ¿Voy a meter a Eva, en su estado de convalecencia, en esas habitaciones heladas? ¿Hago la mudanza sin Eva y organizo un caos? […] El miércoles hablaré con Neumark.

[…]

20 de octubre, miércoles tarde

Espero noticias a través de la señora Rasch. Hoy es hora de visita. Después hablaré con Neumark para ver de aplazar la mudanza; a las seis menos cuarto tiene, en calidad de «delegado», hora de consulta en la casa de la Comunidad. Las largas caminatas consumen todo mi tiempo libre, y está bien que sea así: «uno» se queda atontado e insensible, «uno» no podría concentrarse de todos modos en el trabajo o en la dedicación a Eva […]

Noche, 20:45 horas, cocina

Acaban de sonar las sirenas; antes de que cese la alarma no puedo salir de casa. Sólo hace una hora que veía el juego de luces de los reflectores que hacían prácticas y en medio de ellos, plateado, el avión. Estoy convencido de que una vez más no le pasará nada a Dresde.

Las noticias sobre Eva en conjunto muy buenas, casi curiosamente buenas. Me escribe un extracto de su hoja clínica. Desde ayer sin fiebre. Hambre, nada de comer aún […] Me fui después a la Comunidad, primero hablé con Neumark a solas, esperé después a que apareciera el apoderado de la Gestapo, Köhler. Un bestia, gordo y de aspecto feroz, de edad mediana, un pachá que sabe muy bien

que de él depende literalmente la vida de los que están allí. Todos se levantan y enmudecen cuando él entra sin saludar. Cuando se sienta ante el escritorio, Neumark le informa a media voz, devotamente. Mirada en dirección a mí: «¿Qué quiere *ése?*». Neumark lo explica. Indulgente decisión: a él, a Köhler, le daba igual; si nosotros no pensábamos que era mejor llevar a la mujer directamente del hospital a «una situación ya normalizada»… Neumark defiende mi causa. Me preguntan de qué vivo. Neumark me susurra que puedo marcharme, que la mudanza ha sido aplazada para diciembre… Volví cansadísimo, dormí, con la garantía del despertador, media hora en el sofá. – Abajo encontré 100 gramos de embutido, que «un señor» había entregado para mí. Probablemente, «dádiva de caridad» de Stern.

[…]

31 de octubre, domingo noche

El sábado, 24 de octubre, Eva «no curada, bajo su propia responsabilidad avalada por su propia firma» ha solicitado ser dada de alta y volver a casa en una ambulancia. Llegó aquí hacia las seis, yo estaba en la fábrica (horario de trabajo, de 18 a 24 horas), nuestro piso, cerrado. Eva se metió en la cama en casa de los Eisenmann, y el señor Rasch me fue a buscar a Schlüter cuando estábamos en el comedor antes de empezar el trabajo. Eva, a la que habían llevado escaleras arriba en una silla, estaba muy débil, muy suave, muy feliz de haber escapado del hospital […]

A lo largo de toda la semana, lucha de Schlüter, en el límite de la agonía; ayer, sábado, el fulminante discurso de despedida dirigido a los arios: «Los camaradas judíos –puedo llamarlos así, todos somos seres humanos– se quedarán aún entre uno y dos meses». Alegría y alivio. Este mediodía aparece por aquí Strelzyn: orden de la oficina del trabajo, a través de la Comunidad: que Schlüter quedará totalmente cerrado, que repartirán al grupo judío, yo mañana a Bauer, Neue Gasse. Así pues, he estado en Schlüter del 19 de abril al 30 de octubre de 1943. Muy deprimido.

[…]

NOVIEMBRE

14 de noviembre, domingo mediodía y después

Larga convalecencia de Eva. Puede levantarse durante media hora, pero todavía no baja a la cocina del sótano. No dispongo absolutamente de ningún tiempo; imposible escribir una página. Caos sobre el escritorio, en el cajón, todo «patas arriba». Para el diario, unos pocos apuntes en papeles sueltos, casi indescifrables. Por lo demás, vida muy monótona, repetición de hechos, de estados de ánimo, de pensamientos. La guerra, interminable; victorias rusas, pero no de las que traen un cambio fundamental; «a paso de tortuga», último eslogan, creo que lo emplea Hitler, paso de tortuga de los ingleses en Italia, ejecuciones y miedo en el interior y hambre incipiente (escasez de patatas). *Communis opinio*, aria y judía: esto puede durar todavía un año. Lo que me deprime tanto más cuanto que 1) el nuevo trabajo es para mí aún más mortífero que el de Schlüter, 2) desde el 1 de noviembre no me pagarán la pensión. (Primero me enteré de eso de modo extraoficial a través de Feder, el día 10, después tuve la información auténtica en el banco, el 11 de noviembre. Lo tomo con filosofía: nuestras reservas, como complemento del salario de la fábrica, darán de sí unos nueve meses: ¿quién va a pensar más lejos? Pero naturalmente, es un gran agobio.)

Desde el lunes, 1 de noviembre, empleado como «peón» en la empresa Adolf Bauer, Neue Gasse, cartonajes (cajas y bolsas para farmacias, cajitas de cartón impregnadas para grasas y pomadas), pero prestado por esa empresa *(vide infra)* a Thiemig & Möbius, Jagdweg 10, papelería.

Mi jornada diaria en este medio mes:

Tres y media, despertador. Lavarme, desayuno, casi siempre aprisa y corriendo; poco antes de las seis, llevar arriba la primera comida de Eva […] 6:15 horas, en la oscuridad, tomo el 18. Permiso de viajar, un «regalo de Dánaos»[122]. Por la mañana es sólo el frío que hace en la plataforma delantera, pero la oscuridad me protege. Al mediodía sin embargo, en la aglomeración de la hora punta, más desprotegido que un perro. Una vez, un oficial de las SS me tiró de la manga cuando estaba subiendo: «¡Vosotros a pie!». Tuve que quedarme en tierra. Eso fue horrible. Más insoportable aún hace poco, el 11, el *dies ater*[123] del cese de la pensión, al mediodía en la Marschallstrasse, la plataforma bastante

vacía. Un suboficial se sube, clava los ojos en mí. (Ese rostro rubicundo lo he visto ya alguna vez, seguro. Ahora caigo: el funcionario de la Gestapo que me insultó y me dio un golpe en el costado cuando estuve en la Bismarckplatz por lo de los muebles.) Al poco rato: «¡Abajo!». – «Tengo autorización para viajar.» –«¡Abajo!» Me apeé, y después de sacar otro billete, continué con el tranvía siguiente. Desde entonces, el viaje del mediodía es una tortura. A cada parada espero una nueva calamidad. – A las siete comienza el trabajo en el Jagdweg. Horario de 7 a 16:15. Estas tres primeras semanas, después de presentar un certificado médico sobre el estado de Eva, sólo trabajo hasta las 12. Al principio y en estos últimos días, trabajos accesorios (alisar papeles, contar sobres y meterlos en cajas), en el medio, el período más largo ha sido con una máquina de hacer sobres. Pausa de desayuno, quince minutos exactos, de 9 a 9:15, el almuerzo de 11:45 a I2:45.

La mañana transcurre bastante deprisa; el aburrimiento de las largas tardes es lo que todavía está por venir. Pesadilla constante: ¿y si esto dura todavía un año? Ahora estoy ya tan insensibilizado que veo pasar el tiempo medio adormecido y casi sin dolor.

Después de la comida, que nos suministran sin necesidad de cupones –excepto los sábados–, el atroz viaje de vuelta. En ese tiempo, la señora Rasch, que cuida de nosotros con una enorme fidelidad, le ha llevado a Eva una taza de café a las nueve y patatas cocidas y rehogadas, a las doce. Yo me pongo a leer un poco en voz alta, pero muy pronto mi cansancio extremo convierte la lectura en un balbuceo. Después vienen las tareas domésticas (fregar los cacharros, guisar, subir y bajar comida); de la compra se encarga la señora Rasch. Después llega siempre visita, mucha visita y alimenticia. Las mayores alabanzas son para la señora Winde que no para de ayudar y de traernos cosas. Una cazuela con comida hecha, una cazuela con ensalada de patata, tomates, verduras, patatas, pan, bizcochos… Ella prepara en el hornillo de nuestra cocina una mezcla para untar en el pan. La señora Steinitz trae bizcochos. La señora Gaehde, la señora Kreisler, han conseguido incluso una botella de vino cada una. (Un regalo totalmente fuera de serie. Yo le había hecho el encargo, sin éxito, a Kretzschmar. Me dijo que con dinero era imposible conseguirlo; sólo mediante un trueque, cambiándolo por un abrigo de señora o por un par de zapatos.) La señora Ahrens, Stern… No pasa día sin visitas ni regalos. Luego hay que preparar la

cena, después garabateo unas líneas. Si es posible, antes de las diez y media en la cama y a las tres y cuarto, el despertador.

[…]

21 de noviembre, domingo mediodía

[…]

Sobre la sala de cortar de Schlüter, me queda aún por mencionar aquel hombre, bajito y silencioso, que ya encontrábamos por la mañana al llegar y que se quedaba todo el día afilando cuchillos en su rincón, junto a la puerta; siempre salían de allí columnas de chispas eléctricas. El local de la fábrica de Schlüter de la Mackensenstrasse era pequeño, insuficiente y desordenado, en comparación con la sala de máquinas de la nueva firma. En «mi» planta hay, muy cerca unas de otras, docenas de máquinas de tamaños y tipos diferentes, pero afines entre sí y todas con un manejo similar: se mete un fajo de hojas cortadas, un aspirador va separando cada hoja, que pasa luego por un engomador, después una plancha la pone boca abajo y la dobla, otras planchas laterales vuelven a doblarla, y la hoja sale en forma de sobre o de bolsita. Quien maneja la máquina, casi siempre una mujer, se ocupa de meter la hoja y de sacar los sobres terminados, colocarlos en fajos de 50 y de 100, y de meterlos en cajas de cartón; tiene que intervenir cuando la máquina «se pone nerviosa» (cosa que sucede con frecuencia dada la mala calidad del papel), tiene que rellenar el engomador… Son siempre los mismos movimientos, que las obreras llevan a cabo con enorme facilidad y rapidez. A mí aún me resultan difíciles, y mis fajos y cajas no alcanzan nunca la lisura perfecta que consiguen las «profesionales».

[…]

DICIEMBRE

5 de diciembre, domingo mediodía

[…]

¿Qué es trabajo intelectual? ¿Dónde está su límite? Hablé con Feder sobre

esto, pienso mucho en ello. El trabajo con la máquina es completamente mecánico. Y sin embargo exige concentrada atención. Una obrera estaría indignada con razón si se dudara del componente mental de su trabajo. –Nosotros no apreciamos lo suficiente el rendimiento del trabajador. Infinita atención, precisión, visión de conjunto, habilidad. Cada trabajadora que prepara así un paquete de sobres –meter en la máquina, sacar, prensar, doblar, meter en la caja– es un poquito Rastelli. Y mientras está de pie junto a la mesa de empaquetar, atiende a la máquina. Ora falta goma –hay que rellenar dos recipientes distintos (otra vez, reflexión y habilidad)–, ora está vacío el sitio de meter. Yo estoy siempre como acosado delante de la máquina; el maestro vocifera: «¡La máquina no debe funcionar en vacío, por todos los demonios!», yo no doy abasto, las piezas que van saliendo se secan mal, se deforman. Bien es verdad que las obreras no saben impartir una clase universitaria. No quiero dejarme llevar al punto de minusvalorar el trabajo intelectual. –Como experiencia todo esto es muy bonito, pero para una semana, no para un tiempo interminable, no como esterilización de lo que me queda de vida.

Primero estuve «sacando» papel unas horas en la máquina de engomar, después cambié con Feder y trabajé en la máquina 49 de sobres, pequeño formato. Mi maestra, la buena de Frieda, jorobada, treinta años en la empresa –llegó un vigilante: «¡Prohibidas las conversaciones privadas!»–, me puso una pera y una manzana sobre la máquina: «¡Para su mujer!» (y también: «¿Cómo sigue la mami?»), después conté y empaqueté sobres en cuarto en la máquina de Gottfeld. Ahora, desde hace unas tres semanas, soy autónomo, trabajo en la máquina sencilla, 14. Hago sobres grandes para la Wehrmacht, oficina de suministro de Erfurt. He terminado 25.000 en papel mejor; de 45.000, en material más fino, he llegado a 20.000. Una vez me ayudó Feder a contar y empaquetar. Poco tiempo para charlar con él. El «papel de servicio», que contiene el pedido, la entrada del material, el trabajo en la imprenta y en la guillotina, los suministros…, la inscripción en el libro de máquinas, el control matinal del maestro, el asesoramiento con el obrero de la máquina de cartones, el tonel de la goma, las dos mezclas, según el grosor de las capas que haya que pegar, todo ello no deja de ser interesante: y sin embargo, repetido hasta el infinito, desolador.

¡Cuánto ingenio contiene un sobre con ventana, como los que usan los

bancos! La máquina que se necesita para ello es literalmente una ciudad de máquinas. ¡Y la larga máquina de engomar, con las amplias bandas para el secado!

La «sala del séquito»[124] en la que estamos metidos los judíos. «Judíos», en la puerta, «Judíos» en la puerta del retrete. Hace poco tuvimos que marcharnos un cuarto de hora antes; había en la sala una asamblea del «séquito». La tarima fue recubierta con un paño rojo con la cruz gamada, delante colgaron un estandarte con la cruz gamada. Seguro que volvieron a colocar el gran retrato de Hitler en la pared longitudinal donde estaba la primera mañana que llegamos. Y probablemente uno del Partido predicó: «La victoria será nuestra». Y odio contra los «bombarderos del terror». (Cf. lo que dijo la obrera sobre los ataques aéreos.) Pero, con toda seguridad, la mayoría de los obreros y obreras no es antisemita. *Anzi!*

11 de diciembre, sábado mañana

Hoy, el lunes y el martes, permiso para hacer la mudanza. Habría podido conseguir más días, pero el dinero y la comida de la cantina… Espero que me queden hoy un par de horas para el diario. Eva sale y entra y trabaja mucho, aunque todavía está débil. Me preocupa su resfriado, que *siempre* acaba en tos. *I can't help*, esta absoluta impotencia es mi consuelo.

Desde la última alarma (4 de diciembre), que le valió a Leipzig un fuerte ataque por sorpresa –dicen que los cazas nocturnos habían sido desviados hacia Berlín, que la ciudad estaba desprotegida y hubo gravísimas pérdidas humanas, que la Augustusplatz era un «campo de batalla», que la universidad quedó destruida…; «dicen», todo son rumores, ya no hay verdad en ninguna parte–, desde entonces el miedo ha aumentado aquí de modo indescriptible y ahora empieza a apoderarse también de nosotros. Desde hace tres días, el tranvía matinal, el 18, ya no toma su remolque en la cochera de la Pfotenhauerstrasse, sino en la Fürstenstrasse. El conductor le cuenta a un soldado: «La nave es de madera, allí, si cayera una bomba, se perdería todo el material rodante. Repartimos los vagones para la noche en la Fürstenstrasse, trabajamos hasta eso de las tres, los hospitales de allí se quejan…, pero ¿qué podemos hacer?». –Ayer, por varios lados, todos me contaron lo mismo: en los colegios entregan a los niños cartas para los padres, donde aconsejan que se los lleven de Dresde lo

antes posible. Parece que tienen noticia segura de que el ataque es inminente, que será dentro de muy poco… La obrera de la máquina de sobres con ventana: «Una quisiera ponerse su mejor ropa y coger una maleta con cosas cuando va a la fábrica por la mañana». – Los Steinitz nos invitan en una tarjeta a una tarde navideña *(«nota bene:* si todavía vivimos»). – La señora Ahrens nos ofrece una mochila dejada por los Neumann para el equipaje de emergencia en caso de ataque aéreo, y hemos aceptado.

[…]

El lunes, 1 de noviembre, empecé a trabajar en Bauer. Una casa vieja e insignificante de la Neue Gasse, pero con edificios anejos, a los lados y por detrás. Una elegante habitación para el jefe o para reuniones. Apareció el señor Bauer, un hombre de unos treinta y cinco años, acompañado de nuestro vigilante, el economista, doctor Werner Lang. Después oí decir que lo dos eran viejos amigos, que pertenecían al mismo club deportivo. Bauer dijo: «Ha costado trabajo traerle a usted aquí, porque tenemos bastantes hombres, y debemos emplear a mujeres. Hemos encontrado la solución de "prestarle" a la firma Möbius. El pago del salario es a través de nosotros, usted está empleado oficialmente aquí, hay orden de que no haya más firmas que empleen a no arios, fuera de las que ahora tienen ese permiso. Mi amigo Möbius pertenece también a las SS, pero por eso no tenga usted miedo, en estas cosas él tiene ideas aún más radicales que yo. Sólo le pido encarecidamente que no diga que se encuentra bien aquí. Al revés, tiene que quejarse de que lo tratan mal; de lo contrario, nosotros tendremos problemas y usted las desventajas correspondientes. Schlüter ha fracasado sobre todo porque se decía de él que era amigo de los judíos…». Fuimos al Jagdweg, al cabo de un rato llegó también Bauer; nos llevaron a nuestra sala del «séquito», al cabo de un rato aparecieron Möbius y el doctor Lang. Möbius está también en la treintena. Habló aún más amablemente que Bauer, nos dio la mano a cada uno, preguntó a todos por su profesión, a mí me dijo, con una pequeña inclinación de cabeza, que ya sabía… – Nos dan con mucho secreto la comida gratis, con mucho secreto las patatas que el propio Möbius ha ido a buscar al campo. Nos pagan 68 pfennigs la hora, aunque pueden y deben pagar los 50 de la tarifa femenina. (En esto Bauer me ha gustado aún más que Schlüter. Schlüter decía: «No quiero que mis obreros estén mal, les he pagado a ustedes muy bien». Bauer dijo más sinceramente: «Nos gustaría darles

aún más, quizá sea posible añadirles después una prima por rendimiento. Estamos imposibilitados por la limitación de los precios. Si no…: los salarios altos no nos perjudican. Al contrario, a los empresarios les va mejor con ellos, porque pueden desgravar todos los gastos». Me acordé de los honorarios que me pagó en 1916 Arthur Sussmann[125] por mis conferencias.)

Los médicos. El domingo, 24 de octubre, fui a ver a Katz. Habló mucho de sus dificultades. Insultado en el tranvía, no se dejó amedrentar: «¿Quiere usted ofender a un antiguo oficial del ejército?». El asunto llegó hasta la Gestapo. El comisario le dijo: «Tú sabes que aquí tienes un trato de favor; pero lo que no puedes es empezar a alborotar». Desde entonces sólo sale de día en casos de extrema urgencia. Otro tema de queja era el caso Eisenmann. El había ordenado el traslado de Eisenmann al hospital judío de Berlín, porque su vida corría peligro, con mucho esfuerzo lo había conseguido de la Gestapo, y ahora allí dudaban de si operar o no: ¿por falta de compañerismo? ¿O porque ya no tenían cirujano? Y él, Katz, y los judíos enfermos sufrirían las consecuencias; porque la Gestapo ya no permitiría más traslados a hospitales. Pero comprendió mi difícil situación y prometió «una visita amistosa». Rechazó ponerme a mí como paciente particular en lugar de a Eva. Llegó esa misma tarde con un maletín lleno (aparato de medir la tensión, medicinas, etc.), la examinó muy concienzudamente y durante mucho tiempo, encontró una lesión cardíaca, después albúmina, etc. En las visitas siguientes fue igual de meticuloso. El extremo contrario era el doctor Poetzsch. Katz nos aconsejó acudir oficialmente a éste, porque a través de él se podía conseguir comida de dieta. (Que después consistió en un cuarto de leche completa diaria durante seis semanas, y 1,5 kilos de copos de avena.) El buen doctor Poetzsch siguió examinando y diagnosticando tan rápida y superficialmente como al principio. Arrimar un poco el oído *e bene*. El corazón sano, los riñones sanos –«yo ya empezaría a habituarme a estar de pie y a salir al aire libre». Con todo y con eso: me entregó un papel para la fábrica donde certificaba que mi mujer aún no podía llevar la casa; con eso conseguí facilidades en Schlüter, y en Möbius tres semanas de media jornada, y también solicitó dieta de convaleciente para Eva. – ¿Ha obrado Katz por mero altruismo? En una ocasión dijo que le extrañaba que Poetzsch examinara con tanta prisa y tan superficialmente. «¡Eso no se hace, aunque sólo sea por motivos de prestigio, con la esposa de un catedrático!» En otra ocasión

hablamos de nuestras perspectivas en el Cuarto Reich. El sabe que yo he sido miembro del Senado. Le gustaría tanto ser médico de la universidad, médico de deportes, dice. – Contó que asistió en el parto a una judía, el padre del niño, ario. Ocho días después lo llamaron a ver al recién nacido. Preguntó a la Gestapo. Prohibición: que el niño era mestizo y que por tanto él no podía tratarlo. (En el *Curriculum* quizá debería citar, además de a Katz y a Poetzsch, a otros tipos de médico: Magnus, sin el menor rastro de intelectualidad, y Lang, el amargado y sarcástico, que se llama a sí mismo «abortador» y cita *Mi lucha* como si hablara de sí mismo.)

Durante toda la enfermedad y convalecencia de Eva, todas las semanas, sin excepción, hemos tenido visitas acompañadas de dádivas, en primer lugar la señora Winde, que sigue viniendo con mucha comida (pero cuando estemos en la Zeughausstrasse no se atreverá), después las señoras Kreisler, Ahrens, Gaehde, Steinitz. Ahora eso, en lo esencial, ha terminado, y nuestra escasez de comida es muy grande, sobre todo los días en que no me dan almuerzo en la fábrica. Una de las señoras, creo que la señora Winde, ha contado, de fuente fidedigna, estos dos casos de agentes provocadores, y ya el hecho de que se cuenten como auténticos, les da valor de documento: 1) En el vagón del tren, un oficial y una señora que está leyendo. Dos señoras suben y empiezan a criticar violentamente al gobierno. Como cada vez despotrican más, el oficial dice que ya basta, que se callen por fin. Las señoras le enseñan sus insignias de la Gestapo: «Inconcebible que usted, siendo oficial del ejército, haya escuchado tanto tiempo sin decir nada. Y esa señora no ha protestado en absoluto. Los dos recibirán una denuncia», 2) A un judío con estrella lo insultan en la calle, hay un pequeño alboroto, algunos defienden al judío. Al cabo de un rato, el judío enseña su insignia de la Gestapo, que lleva en el revés de la solapa, y anota los nombres de quienes han tomado partido por él.

Cartel: caricatura de rostro judío, asomando entre las banderas de los aliados: «¡Éste es el responsable de la guerra!». – Hace por lo menos dos meses que he solicitado prendas de vestir y unas botas, porque prometieron hacer un reparto único con los fondos del ropero judío confiscado. A mí me tacharon en mi solicitud dos pares de calcetines, fuera de eso no ha pasado nada. La piel de mis botines está totalmente gastada y agujereada. La señora Winde me ha regalado unos tirantes (los míos sólo aguantaban a base de cordones).

[…]

Frecuente tema de conversación y de discusión durante la comida de la fábrica: que los privilegiados se apartan medrosamente de los que llevan estrella. Yo no puedo tomárselo a mal.

¿He apuntado el caso Garnmann? Su esposa aria se derrumbó en plena calle y murió en el hospital. Le costó mucho trabajo recibir permiso para entrar en el cementerio durante el entierro. Ahora lo han evacuado a Theresienstadt. Jacobi ha contado como absolutamente confidencial que en estos días ha pasado por aquí un gran convoy colectivo de judíos rumbo a Theresienstadt. Una mujer de ochenta y seis años murió en el camino. El cadáver le fue entregado a Jacobi […]

12 de diciembre, domingo tarde

[…]

Caos de la mudanza. Eva trabaja mucho, demasiado. Yo hasta ahora he embalado los libros y fregado la cocina. Muy cansado y muy deprimido. De aquí habríamos tenido que marcharnos aunque no nos hubiera obligado el papa judío Köhler: el carbón para esta casa vacía se ha agotado, y pasamos un frío extraordinario. Pero a la Zeughausstrasse me traslado en un estado de ánimo desesperado. Ese inmueble, en el que estuvimos una vez celebrando la matanza de un cerdo en casa de los Fleischmann[126], ahora es parte de la casa de la Comunidad (Zeughausstrasse 3 y 1). Así que estamos por completo en manos de la Gestapo, completamente «enjudiados». Y además, cuando venga el inminente ataque aéreo, estaremos en el corazón de la ciudad, en la *city.* De modo que mañana empieza la tercera fase de nuestro vía crucis a través del Tercer Reich. La Zeughausstrasse 1 y 3 son, por decirlo así, casas de judíos potenciadas, quintaesencias de una *Judenhaus.*

13 de diciembre, lunes mañana, ocho horas

Caos de la mudanza. En pie desde las cuatro, Eva también, sobre la que recae el 99,5% del enorme trabajo. He limpiado los estantes del armarito donde guardaba mis propias publicaciones. Qué orgulloso estaba yo en los años 1905-1912, cuando se iba llenando. Creía que esos artículos eran la garantía de mi

perpetuidad. Papeluchos sin valor. Yo mismo lo he olvidado. ¿Ha sido distinto el destino de los libros que escribí después? En la tarjeta de impuestos, el «célebre» romanista es ahora obrero, no, «peón» de fábrica. – En mi ejemplar de *La Fontaine* de Vossler, se lee: «13 de diciembre de 1919. Día de mi nombramiento en Dresde». El 13 de diciembre de 1943, soy «trasladado» a la casa de la Comunidad Judía.

Tercera «Judenhaus», Zeughausstrasse, 1[III]

14 de diciembre, martes mediodía

[…]

Lo peor de aquí, la *promiscuidad.* Al recibidor dan las puertas de tres familias: los Cohn, los Stühler, nosotros. Cuarto de baño y retrete en común. La cocina compartida con los Stühler, separada sólo a medias -*un* grifo para los tres– de una pequeña cocina contigua para los Cohn. Entre los Cohn y los Stühler, fuertes tensiones, los Cohn me han prevenido contra la señora Stühler; según ellos, yo tengo que reclamar y que definir mis derechos inmediatamente y sin contemplaciones. Pero no parece tan grave la cosa, los Stühler se empeñan mucho en ser amables con nosotros, he tenido que estar un rato en su habitación. Son un matrimonio bávaro, todavía joven, un hijo de catorce años. Los Cohn se comportan como viejos amigos; *él* está de momento en la cama con gripe, *ella* ayuda en todo, nos ha hecho té, nos ha dado un encendedor de carbón, nos ha prestado un pan, nos ha prestado su hornillo hasta que esté instalado el nuestro.

Pese a todo: promiscuidad. Ya es una vida medio de barracón, tropezamos, nos embarullamos unos con otros. Y todos los judíos juntos; el 1 y el 3 de la Zeughausstrasse están, por supuesto, en mutua comunicación. Sommer, el carnicero forzudo que el otro día, después del viaje a Weissig con Bauer, me levantó en peso de la plataforma del camión, llegó a casa de los Stühler. Cuando fui al sótano a pedirle la llave al administrador, Waldmann, llegaron también el peluquero-zapatero Frischmann con su mujer, Strelzyn *junior*, que hace de capataz en Bauer, y *che so io.* – Lo público y promiscuo de esa vida me parece lo peor. – Nuestro dormitorio, frío como la tumba y aún no utilizable, está separado de la habitación delantera por el vestíbulo, la cocina y un pequeño trastero. Eso

también es fuente de complicaciones.

Luego, esos incidentes pequeños y tragicómicos. Necesito un fontanero para conectar el gas al contador del gas de Cohn. Para eso, Neumark tiene que dar su autorización. Necesito una pala de carbón para la estufa de cerámica. Para eso habría sido necesaria una solicitud a la oficina de economía, si Neumark, que ahora se ha mudado de la Kreuzkirche a la Zeughausstrasse 3, la casa de la Comunidad propiamente dicha, no me hubiese prestado una suya: prestado, porque no puede regalar ninguna de sus pertenencias.

Berger, con quien he trabajado en la sala de cortar de Schlüter, ha subido y me ha ofrecido su ayuda. Ayer nos puso un plafón, hoy colgará la segunda lámpara y ayudará a montar armarios, etc.

Y sin embargo, continuamente: ¡promiscuidad! Muchas de las personas con las que nos gustaba vivir en paz están enemistadas entre ellas, se calumnian. Cohn despotrica contra los Stühler: «¡Claro, son bávaros!», Konrad y Berger echan chispas uno contra otro.

[…]

17 de diciembre, viernes hacia el anochecer

Eva está con un fuerte catarro de bronquios y tose mucho, tiene también los nervios destrozados. – Thamm nos ha dejado en la estacada, el piano aún no ha llegado, tampoco ha venido nadie a montar armarios, etc. Ayer, cuando el mal humor y lo inhóspito de la situación habían alcanzado su punto álgido, llegaron Berger y Waldmann (que hace de portero) y colocaron la alfombra, el escritorio, el espejo, el armario ropero. Así que mañana podremos empezar a meter cosas. Yo, siguiendo el consejo de Lang, quería tomarme libre haciéndome el enfermo y prescindir así del permiso oficial del papa judío, Köhler. Hoy me encontraba realmente tan mal –trastorno gástrico– que no he necesitado mentir. Me di de baja ya a las dos, toda vez que mi maestro había rezongado otra vez porque trabajaba poco, y fui a ver a Simón. De allí a Bauer, en la Neue Gasse. Me gustaría mucho que me cogieran allí: el camino a Möbius por las mañanas me produce dolores en el pecho. Werner Lang desea que yo hable con Katz, así que iré a verlo mañana. – En sí, el camino por el casco antiguo (Grosse Brüdergasse) en la oscuridad y la niebla matinal es muy bonito. Pero muy largo, y siempre me duelen la garganta, el pecho y el brazo izquierdo. «*Pseudo*-angina de pecho»,

dice Simón, «si no, tendría que tener usted los labios amoratados.» Pero Felix[127] tampoco los tenía.

[…]

Nos vamos enterando de detalles horribles sobre Leipzig. En veintiséis minutos, quedó destruida una gran parte de la ciudad: universidad, museo, Neues Theater, rascacielos, las nuevas clínicas junto al monumento a la batalla de las Naciones: todo desaparecido. En algún sitio en medio de los escombros parece que hay clavados unos postes con tablones de anuncios y rótulos como: «El séquito de la fábrica Schulze se reúne en X».

[…]

En Möbius ha aparecido un hombre nuevo: Coën; su nombre artístico, Klaus. De mi edad, parece bastante más joven. Fue cantante de opereta, tenor de ópera bufa, bailarín. Hizo el papel del dueño de la casa de té en la *Geisha*[128]. Vienés, naturalmente. Allí, sus familiares son reconocidos como mestizos. El, aquí, no. Ha estado meses en la cárcel por haber omitido el nombre de «Israel». Entre otras, en la Münchner Platz, cerca de la guillotina. Oía caer la cuchilla y «cada vez, después, la campanilla tocando a muerto. Unas dieciséis veces por semana: en aquel entonces; hoy la cuchilla tiene más trabajo» […]

18 de diciembre, sábado mañana

De vuelta de ver a Katz. Una especie de condena a muerte con breve prórroga. «*Angina pectoris* auténtica.» Quiere verme por rayos el lunes. Tensión arterial, por debajo de lo normal (140): insuficiencia cardíaca. «Mucho calor, andar poco, no levantar pesos.» Todo cosas que no puedo cumplir. Mi agotamiento es total, me duermo constantemente en la silla, siempre tengo frío. Como Eva está en el mismo deplorable estado, las fricciones son inevitables. El caos y la promiscuidad lo empeoran todo. – Puedo dejar de ir a la fábrica también el lunes, pero me quedaré aquí con malestar de conciencia: ¡necesitamos el jornal!

[…]

20 de diciembre, lunes noche

[…]

Los Stühler, los bávaros de la habitación vecina, tienen un hijo muy

simpático de catorce años escasos. Nacido en 1930, el padre lo inscribió en la Comunidad Judía; así que ahora, pese a la madre aria y católica, tiene que llevar la estrella. En la escuela de la Comunidad Judía hizo los estudios primarios, y ni siquiera completos, sólo lo más elemental, porque cerraron la escuela. Después recibió clases particulares: iniciación al francés, inglés y español; su profesor fue deportado y murió en un campo de concentración. Ahora, para estar ocupado, trabaja diariamente de ocho a doce en Bauer, como «obrero», porque no le *permiten* ser aprendiz. Quiero darle a este chico sano y alegre alguna clase de francés.

Quiero seguir anotando cosas aunque ahora ya es muy improbable que algún día pueda sacarle provecho a estos apuntes.

22 de diciembre, miércoles hacia el anochecer

Por primera vez desde el 21 de julio, E. está en P. –¡codeína!-pero, por una tarjeta de Annemarie que ha llegado aquí con retraso, posiblemente no habrá encuentro.

[…]

Desde ayer otra vez en Möbius, parece que no llega el traslado a Bauer. Trabajo perfectamente estúpido y difícil (para mí dificilísimo) de pasar el papel por la máquina de engomar. Las hojas se abarquillan con el engomado; como sólo está engomada la parte de pegar del futuro sobre, para su tratamiento en la máquina siguiente hay que estirarlas y ponerlas cuidadosamente unas sobre otras. Yo soy torpe y ni remotamente puedo seguir el ritmo de la máquina que vomita papeles a velocidades de vértigo; situación mucho más penosa que antaño, en el patio del cuartel. – Mi compañero de trabajo, *homo novus* Klaus-Coën, tampoco puede seguir el paso. Este antiguo cantante de opereta está furioso porque algunos de nuestro grupo le suprimen su apellido oficial de artista e incluso la diéresis que lleva la parte judía del apellido y le llaman Cohn. También le han quitado disimuladamente del ojal la cinta de su condecoración: en eso se ve el odio y la envidia de los de la estrella a los privilegiados. El es católico de nacimiento y posee, como soldado austriaco en la guerra mundial, siete medallas al valor… ¡Confeccionar una lista de «caracteres judíos en el Tercer Reich», como capítulo especial al estilo de La Bruyère[129]!

Nuestro piano aún sigue en el Lothringerweg. Thamm dice que no puede

prometer nada, que es imposible comprometerse a nada.

Está circulando en estos momentos un papel de Neumark recomendando que las casas de judíos de la Zeughausstrasse preparen un depósito aparte de víveres, puesto que en caso de ataque aéreo los judíos estarán excluidos del avituallamiento de emergencia. Pero ¿de dónde vamos a sacar las reservas necesarias?

25 de diciembre, sábado mañana, Navidad

Ayer, 24 de diciembre, a las tres y media de la madrugada, dos minutos antes que mi despertador: alarma aérea. Al sótano. *Nuestro* equipaje de urgencia consiste una vez más en las partituras manuscritas de Eva. Yo añadí esta única hoja de apuntes que teníamos en casa. Por lo demás, habrá que creer en la fatalidad. La alarma duró casi dos horas, otra vez sin que pasara nada. Pero el miedo no deja de aumentar […]

Por la tarde llegó, conmovedor Papá Noel, la señora Winde. Comestibles, dos puritos, que le regalé con el corazón sangrante a Berger –tengo miedo de fumar, renuncio a hacerlo y considero absurda la renuncia–, un par de botas de esquiar de sus hijos que me van maravillosamente (el calzado que me dieron el otro día en la Comunidad tiene la piel tan fina y tan desgastada como el que tengo yo).

Stühler me dijo ayer casi literalmente: «La guerra durará todavía mucho. Las reservas militares de los nazis puede que estén agotadas, pero las propagandísticas no lo están en absoluto. Yo oí hablar a Hitler en Múnich ya en 1922, el efecto que causa es inmenso. Si aquí en Dresde, el 90 % de la gente estuviera contra él y él llegara hoy aquí y hablara aquí, mañana ese 90% le obedecería ciegamente».

[…]

27 de diciembre, lunes noche

Leyenda judía en torno a Leipzig, el equivalente a la leyenda católica que anoté hace años: «Que lo primero que vea mi hijo no sea ese muchacho judío». – «Su hijo no puede ver el cuadro del Salvador; ha venido ciego al mundo.» Jacobowicz cuenta *creyéndoselo:* «En 1938, los judíos de Leipzig fueron

sacados de la cama a las 4:15 horas y llevados al campo de concentración; a las 4:15 atacaron el otro día los ingleses, y todos los relojes eléctricos se quedaron parados en las 4:15». – Leipzig fue el tema dominante de ayer en la conversación con Stenitz. Una hermana de su mujer, casada allí. El matrimonio corrió al sótano al sonar la sirena, ya estaban explotando las bombas, y se derrumbó una gran parte de la casa. Se salvaron, pero sin ropa, sin vestidos, completamente desnudos. De momento han recibido 500 marcos. La señora Steinitz habló también de unos gigantescos frigoríficos que fueron alcanzados por las bombas. Salió de allí una riada de miles de huevos rotos y otra riada igual de mantequilla y margarina. Los prisioneros rusos que ayudaban a apagar el fuego se metían la grasa con ambas manos en la boca hasta que tuvieron náuseas. Soldados que apagaban el fuego se lanzaron al vino, rompieron los cuellos de las botellas contra la primera pared y bebieron hasta hartarse… Calles enteras convertidas en escombros. El número de muertos, que hace poco se fijaba, una vez en 18.000 y otra vez en 28.000, había quedado reducido a «sólo» 1.200. La señora Steinitz hablaba con miedo indescriptible de que es posible, incluso probable, que ataquen a Dresde.

[…]

31 de diciembre, viernes diecinueve horas

[…]

Anteayer, 29 de diciembre, breve alarma entre las 20 y las 20:45. Estábamos sentados, casi confortablemente, en el sótano, que ya está mejor preparado. Han colocado puntales de soporte, como en una mina, hay calefacción, han instalado en la pared un botiquín y unas parihuelas, han traído una mesa. Pero charlando me contó la señora Eisenmann que su marido está en el hospital de Berlín junto con un tal profesor Heinemann, de Leipzig, que me conoce. (Se me cae continuamente la pluma, estoy durmiéndome.) Ha sido herido en el bombardeo de Leipzig, en Berlín le han tenido que amputar su pierna judía. Y durante nuestra pacífica alarma, una vez más, fuerte bombardeo sobre Berlín. En Dresde, el miedo es indescriptible por todas partes. Seguramente no hay aquí hoy nadie que no se sienta con un pie en la tumba. Al mismo tiempo, cada vez resulta más enigmático que no hayan atacado Dresde. Ahora están dando prealarma. Por la mañana ya parece que ha habido prealarma 15 (15 minutos de distancia aérea).

Pero en el *Reich*, Goebbels explica (12 de diciembre) que el «terror aéreo» de los ingleses sólo consolida más aún la unidad alemana y el odio y la voluntad de guerra de los alemanes. – Acaba de llegar una circular de la defensa pasiva antiaérea: distribución de los ocupantes de los sótanos según las ventanas de salida, relación de los socorristas, etc. Todo está preparado para la «catástrofe». – Eva se ha apuntado como «socorrista auxiliar», Katz impartirá unas clases.

En la consulta de Katz hay una fotografía suya en la pared: uniforme de oficial médico y Cruz de Hierro de primera clase. La mayoría de las personas viven del recuerdo de *una* vivencia, de *una* fase de su vida (por ejemplo, Hans Meyerhof de la República de los Consejos, Stern de sus dos o tres años jóvenes en Sudáfrica, Willy Katz, el difunto Richard Katz, de la guerra mundial). Mi vida es infinitamente más rica. Pero ahora parece que se va terminando.

Resumen 1943: desde abril, trabajo de fábrica, cada vez más completa interrupción del trabajo propio; desde el 1 de noviembre –cambio de Schlüter a Möbius– cese de todos los estudios y lecturas. En octubre, enfermedad de Eva, el 13 de diciembre traslado a la Zeughausstrasse. Hace pocos días, sentenciado a muerte: Katz me confirmó «angina de pecho auténtica».

Estamos los dos completamente rendidos. La fábrica ha cerrado a las tres. Después aún he fregado aquí la cocina. Y Eva ha llegado agotada de la compra y de mendigar de puerta en puerta. Yo sólo prepararé unas patatas cocidas con piel. Acabamos de tomar café y queremos acostarnos lo antes posible. ¡Día de San Silvestre de 1943!

1944

ENERO

1 de enero, sábado mañana

Sentimiento de desolación. La historiografía futura alabará en los nacionalsocialistas dos elementos: su aguante para «encajar golpes» y su falta de escrúpulos para obnubilar al pueblo. En el periódico de la tarde afirman con la mayor desvergüenza lo contrario de lo que han asegurado en el de la mañana, y el pueblo se traga ambas cosas. Han superado el escollo de Rohm, de Hess, de Stalingrado y de la ruptura del Eje. El día de la noticia de la caída de Mussolini, alguien dijo en Schlüter[1]: «Ahora en el fondo ya no hace falta que vengamos mañana». (Se atribuye la frase a Lazarus.) Nuestra discusión habitual giraba en torno a si «él» aún se mantendría cuatro o seis semanas. Feder, prudente como es, opinó: «Hasta finales de octubre más o menos»… Hoy ni siquiera estoy seguro de si «lo» liquidarán este año; resistencia, tiranía, necedad: las tres cosas son ilimitadas.

[…]

4 de enero, martes mañana hacia las seis

[…]

Sobre el domingo por la noche, aún me queda por consignar una visita de bienvenida de Stephan Müller, que vive en nuestra casa. Müller trabaja ahora en una fábrica de caucho. Traía otra vez un montón de noticias del extranjero: los rusos se han abierto paso en Shitomir: o sea, nuestra contraofensiva de Kiev, definitivamente fracasada; Inglaterra, Estados Unidos, a punto de desembarcar en Francia y en la costa *alemana*; la amenaza con las «represalias» alemanas, un *bluff;* Turquía preparándose para atacar Alemania; dentro de poco tiempo, golpe militar contra Hitler… ¡Le he oído hablar así y de un modo similar tantas veces! Y sin embargo: durante un rato cobré ánimos.

En Möbius, estoy descansando de contar sobres, por un breve período al menos. A Klaus y a mí nos han enviado (como ya pasó una vez hace semanas) a

cortar cartón a una sala de la tercera planta. Una máquina de cortar pan, pero de grandes dimensiones, una *petite guillotine*. Uno corta, el otro sostiene el cartón que sale rodando al separarse del fardo; nos alternamos. Es muy aburrido pero no tan mortífero como ese contar permanente. En esta sala, cuyas mesas dan de sí para un mínimo de setenta mujeres, sólo trabajan pegando bolsitas *siete*. A las otras se las han llevado a trabajar a otro sitio.

Anoche di clase de francés por tercera vez a Bernhard Stühler. La cosa marcha así así. Recibo a cambio bizcochos –Bernhard cumplió el 1 de enero catorce años–, pan y cupones de pan. Bernhard dijo ayer: «Hable usted en voz baja, que no nos oigan los Cohn». (Una denuncia supondría para mí la muerte en el campo de concentración, para los Stühler por lo menos prisión.) – «A mí, los Cohn no me hacen nada.» «Pero a nosotros, sí.» Las dos familias están enemistadas, por lo visto casi mortalmente. Cohn es vigilante en la fábrica Enterlein, en Niedersedlitz, donde trabaja Stühler. En estos días ha habido allí una escena: Stühler declinó firmar una circular sin importancia, probablemente porque no tenía tiempo en ese momento. Cohn parece que salió disparado a hablar con el jefe de la fábrica: «¡Haga detener a Stühler, perturba la marcha del trabajo!». Ese asunto ha levantado bastante revuelo entre los judíos. Cohn tiene muy mala prensa, Klaus-Coën lo pone verde, dice que nadie de su grupo habla con él. *D'altra parte*, me dijo la señora Cohn que los Stühler y ellos se conocen desde hace veinte años, que están enemistados desde hace muchísimo tiempo y que ahora se ven obligados a vivir pared con pared. «Es posible que mi marido no haya empleado el tono adecuado –pasó cuatro años en el frente–, pero ¡son tan graves las ofensas que ha recibido y está tan enfermo del corazón! Han afirmado que él denunció a los que detuvieron en Enterlein.» (Una ola de detenciones que el año pasado les costó la vida a varios.) […]

5 de enero, miércoles mañana después de las seis

Intento dejar escritas unas líneas esta mañana; por la tarde estoy tan cansado que me duermo y muy ocupado con las tareas domésticas. – El día no avanza tan angustiosamente despacio en la fábrica; pero me pone enfermo ese embrutecimiento, ese último espacio de tiempo perdido para siempre, haber llegado a tal embotamiento. Que corte cartón o cuente pliegos de papel: *semper idem*. En la sección judía hay dos aristocracias: la de los privilegiados y la de los

que manejan las máquinas. Yo no soy ni lo uno ni lo otro, yo estoy pésimamente considerado por los maestros de taller, soy realmente «el último mono».

Hacia el anochecer

El año pasado no había calendarios de taco pero al menos calendarios de láminas de cartón. Este año parece que no hay ni siquiera eso. En los periódicos, que en tiempos de paz traían calendarios con bonitas ilustraciones, esta vez por lo visto sólo ha venido la pura lista de los días del año en papel fino de periódico, para recortarla y, si se quiere, pegarla sobre cartón. A las siete mujeres de la sala de la tercera planta les han entregado un periódico así, probablemente del DAF[2]. Yo les hablé de mi falta de calendarios, y ellas me recortaron un ejemplar y lo pegaron cuidadosamente sobre cartón. Me emocionó mucho y también me elevó un poquito la moral: lo tomé como una prueba más de lo poco extendido que está el antisemitismo en el pueblo. – Eso fue ayer.

Hoy, por desgracia, he tenido una explosión durante el almuerzo. Por desgracia, porque ese tipo de cosas me repercute en el corazón, y cinco minutos más tarde me parece vergonzoso e indigno. Yo soy el comensal más fácil de contentar del grupo. Los otros son, en su mayor parte, gruñones y exigentes; se dejan en el plato y tiran por el retrete sobre todo los nabos, pero también algunas otras cosas. Hoy había una sopa de cebolla nada mala, y un puñado de patatas cocidas con piel. Ya habían comentado muchas veces que a mí me gusta todo, lo que en esas bocas no supone una alabanza. (También les llama la atención que me coma el pan seco y las patatas con su piel, y que cuando todos se quejan yo siempre opine que tenemos que considerarnos dichosos y estar agradecidos a la empresa.) Hoy, mientras comía la segunda ración de la sopa despreciada por muchos, Rieger explicó que él no echaría a sus cerdos unas patatas tan mal cocidas y que le tiraría a su mujer la tapadera de la olla a la cabeza si le pusiera tal bazofia. Yo entonces: que si alguien volvía a decir algo semejante de cosas que yo estaba comiendo, «le partiría la boca de tal forma que iba a darle trabajo a Simón…». Después me dio pena y sentí haberlo dicho. Pero no tengo que tomarlo por lo trágico; explosiones e insultos los hay cada día, y el conflicto siguiente hace olvidar el anterior.

[…]

8 de enero, sábado mañana

LTI. Mensajes de Año Nuevo de los dirigentes. *Hitler:* «Dictadura universal de los judíos». – «Exterminio del judaísmo en Europa.» – «Con el odio sano y fanático de una raza que sabe que lucha por su existencia y que al menos en este caso acepta plenamente la vieja sentencia bíblica: "Ojo por ojo, diente por diente".» – «La traición al Duce, *realizada* abiertamente.» – «Con el máximo fanatismo y hasta las últimas consecuencias.» – Tres veces «excepcional». Nuevo en el contenido: a) la astucia campesina: los damnificados por los bombardeos tienen que resistir con nosotros porque no podremos indemnizarlos hasta después de la victoria, b) Karl se vuelve devoto[3]. El final está constituido por una larga cadena de oraciones. «Nuestra única oración al Señor no ha de ser que nos conceda la victoria, sino que nos juzgue equitativamente… Su equidad nos juzgará todo el tiempo necesario hasta que pueda pronunciar su fallo. Nuestro deber es procurar no aparecer ante sus ojos como demasiado ligeros, sino recibir sentencia indulgente, la sentencia que se llama victoria y que constituye la vida.» (La novedad está *en la aproximación al estilo religioso.)* – «Sólo se puede hablar de una economía bolchevique en el sentido de un trabajo organizado de esclavos para el directorio general judío de Moscú.» –

Goebbels: Junto con «pocos pero valientes aliados tenemos que… encargarnos de proteger un continente que, en su mayor parte, no merece esa protección». – «Las condiciones previas para conseguir la victoria son más que favorables.»

[…]

Hacia el anochecer

[…] Jacobowicz me ha recomendado un artículo del *Freiheitskampf* sobre la situación militar. Conseguí ese periódico por la noche, casualmente, lo tenían los Stühler. Reconocimiento, sin paliativos, de la grave derrota.

La alegría no duró mucho. Esta mañana, después de las ocho, unos hombres sospechosos con cartera atravesaron la sala de máquinas. A Klaus, que estaba a mi lado, a Steinberg y a Jacobowicz, en mi inmediata proximidad, se los «llevaron» casi silenciosamente. Bergmann, el maestro, se acercó después a mí:

«¿Sabe usted qué pueden haber hecho? Algo habrán dicho por esa boca. Pero tenían que saber que por eso se llevan a la gente al paredón». Algunos obreros hablaron de modo parecido. Ni con hostilidad ni hondamente afectados. Así es la vida: qué se le va a hacer. Luego nos enteramos de que está en marcha una determinada «acción» general: contra los privilegiados viudos (Jacobowicz, Klaus) o divorciados (Steinberg) cuyos hijos viven fuera o son mayores de edad. Este asunto me afecta profundamente. Hace nada que he estado en contacto continuo con esas tres personas, y ahora están enterradas. Y mañana puedo correr la misma suerte.

Cuando doy clase a Bernhard Stühler, me llama siempre la atención que le faltan los conocimientos más elementales. (Por ejemplo, nunca había oído la expresión «superlativo».) Es uno de los crímenes más abominables del NSDAP, haber excluido a los hijos de los judíos de *todo* género de enseñanza.

Tengo tal agotamiento que cada línea es una tortura. Ahora hay que cortar el nabo de la cena.

10 de enero, lunes mañana antes de las seis

El sábado por la tarde, Witkowsky llamó aquí y dijo radiante: «No tiene por qué intranquilizarse, hay una "acción" general contra los privilegiados, que…», etc. El domingo por la mañana –Frischmann, el zapatero y peluquero provisional, antes comerciante, cortaba aquí en el recibidor, como todos los domingos, los cabellos judíos (los arios de Eva los cortó el otro día en casa clandestinamente), yo también tuve que someterme a su poco hábil tijera–, así pues, en ese recibidor-peluquería tan concurrido pude observar el estado de ánimo de los que seguían indemnes: hablaban de las víctimas de la nueva «acción» (27, entre ellas la viuda de Wach, el abogado de Leipzig) con ecuanimidad, como de quien ha muerto hace tiempo, y había satisfacción general por no tener que tantear medrosamente el terreno en la oscuridad buscando la explicación de por qué se los habían llevado y por saber que esta vez no les tocaba a ellos. Pensé otra vez en los versos de Chénier: la puerta de la prisión se cierra detrás de ti, y eres como el ganado que está en el matadero, separado del resto del rebaño. – El domingo por la tarde, tras largo intervalo, estuvo en casa Lewinsky; seguía viviendo en su mundo literario, aún estaba convencido de que la guerra duraría varios años, se quedó espantado cuando se enteró de la nueva «acción», se

consoló tan rápidamente como todos nosotros cuando supo que no corría peligro.

[…]

12 de enero, miércoles mañana antes de las seis

Recibido permiso para viajar en transporte público, sin necesidad de más exámenes médicos. ¡Qué mortal tiene que haber sido el certificado de Katz! Sólo quiero viajar cuando haga muy mal tiempo […]

15 de enero, sábado tarde

[…]

Ayer tarde, a las siete y cuarto, estaba empezando a dar clase al pequeño Stühler, *alarma*. Y además sirena continua. Pero habían anunciado que en adelante indicarían la prealarma a base de sonidos breves y que la sirena continua sólo se utilizaría para peligro inmediato. Por primera vez tomamos, además de los manuscritos de partituras y de diarios, una mochila ya preparada con ropa y con una manta. El miedo general se nos va contagiando poco a poco. Estuvimos aburriéndonos juntos una hora: otra vez no pasó nada. Al parecer, la radio ha dicho hoy que se trataba de un ataque frustrado a Berlín y a Leipzig. – La prensa insiste ahora mucho en la fuerza creciente de la defensa antiaérea alemana. Anteayer dijeron: «139 aviones, la mayoría bombarderos, han sido abatidos sobre Alemania central; 2 cazas propios perdidos, 7 desaparecidos; el ataque no ha llegado al máximo despliegue». Eva escuchó a dos soldados que hablaban de eso: «¡…entonces tienen que haber venido con un mínimo de 1.500 aviones!». Una y otra vez la misma pregunta: ¿Cuál es la verdadera *communis opinio*, la verdadera *vox populi*, la verdadera, la decisiva actitud del pueblo y del ejército? Nadie lo sabe. La decisión viene de algún impulso, de algún grupo, de alguna actitud que se propaga, la decisión viene de algo que puede recibir el nombre de Dios, casualidad, destino, lo que sea: no de personas que dirigen de modo consciente.

El periódico ha informado dos días seguidos, «con montaje a lo grande», sobre el Tribunal de sangre[4] italiano. Ciano, De Bono[5] y algunos otros, fusilados; trece, entre ellos Grandi[6], Federzoni[7], condenados en rebeldía por traición al fascismo, al Duce, a Italia… Tengo para mí que el juicio ha sido una

farsa, el fusilamiento obra de los alemanes, que Mussolini apenas ha tenido que ver con todo eso –ahora es totalmente invisible, es la sombra de un monigote–, sobre todo, que con este asunto lo que se pretende fundamentalmente es intimidar a la oposición interior alemana (Paulus[8], Seydlitz[9]).

[…]

17 de enero, lunes mañana antes de las seis

Las prácticas de defensa pasiva antiaérea han sido breves. Salimos al exterior por las ventanas que nos habían sido asignadas. Ese «exterior» es el patio que hay delante de los barracones rusos, que llegado el caso arderán como una antorcha. También había una, *una* máscara de gas, de la que nadie sabía cómo había que ponérsela. Antes de salir al exterior, los más jóvenes habían ensayado durante pocos minutos cómo se formaba una cadena de cubos. A mí todo eso me parece un juego de niños que no sirve para nada, y si la cosa se pone seria mi actitud es totalmente fatalista. Pero la preocupación general se nos va contagiando poco a poco, se entera uno de demasiadas cosas horrendas que han pasado en Berlín y en Leipzig. Eva se ha hecho ahora una mochila especial de tela de cortina, de forma que ayer nos presentamos con dos mochilas.

Los Steinitz, como siempre muy acogedores y muy generosos.

La señora Steinitz tiene un miedo pavoroso al ataque aéreo (su hermana está entre los que han perdido todo en los bombardeos). Yo sólo temo a la Gestapo. Los Steinitz me han dado el *Reich* del 9 de enero. El editorial de Goebbels, «Problemas de la guerra aérea», varía, amplía minuciosamente, repite machaconamente lo que decía el llamamiento de Año Nuevo de Hitler: que los damnificados por los bombardeos tienen que seguir luchando y que vencer si quieren ser indemnizados. – Que las destrucciones sólo siembran odio y *fortalecen* la moral bélica en lugar de quebrantarla. (¿Será verdad? ¿Y hasta qué punto? Siempre la misma pregunta.) Que se trata de la típica crueldad y táctica militar de los ingleses: el alemán, con su buen corazón, no haría algo así. (¿Y los bombardeos de Londres? ¿Y los asesinatos de Kiev? ¿Y tanto, tanto más…?) […]

22 de enero, sábado antes de las seis de la mañana

De las tres y media a las diez o diez y media, horas completamente llenas y vacías: fábrica y tareas caseras: ni lectura, ni diario, y al mismo tiempo una inmensa fatiga. Lo más torturante de la fábrica, contar; empiezo el mismo paquete una docena de veces.

La última novedad: alarma pequeña. Tres breves sonidos de cese de alarma; significado: hay que estar preparado, pero *sin* bajar al sótano. La tuvimos el jueves a las ocho de la tarde: Katz quería hacernos una visita y procuró marcharse a casa lo antes posible. Cese de alarma al cabo de media hora […]

23 de enero, domingo mañana hacia las once

La tarde «libre» de ayer, destruida por el asunto del carbón […] En la tienda de «alquiler de carros» y venta de leña del Hasenberg, junto a las barracas de los rusos, alquilé una carretilla de mano. De allí me fui a Hesse, en la Salzgasse; de Hesse a casa no hay mucha distancia pero la carretilla era pesada, hay varias cuestas pequeñas y el corazón se rebelaba. No conseguí, con mis 3 quintales, subir el repecho anterior a la cancela. Entonces, un muchacho joven, del grupo de prisioneros rusos, vino riendo y gritando, abrió de un empujón la segunda hoja de la cancela, sin dejar de reír metió con facilidad la carretilla en el patio y se marchó. (¡Contacto prohibido! – ¿Carácter bondadoso de todos ellos o saben lo de la estrella judía? – Los rusos de ahí abajo siempre están de buen humor.) El comerciante había vaciado directamente en la carretilla los sacos de briquetas y el quintal de carbón no racionado (lignito). Así que bajé todo eso, en cubos, al último sótano. Apareció una chica de pechos llenos y muy joven, con estrella, no me permitió declinar su oferta y me ayudó a bajar cubos. Le pregunté por su nombre. Ilse Frischmann. (Mestiza. Procede del Protectorado. Desde el asesinato de Heydrich, con estrella.) También apareció Waldmann, me riñó por haber traído el carbón sin sacos. La próxima vez, dijo, me llevaría él los sacos al sótano. Así que no falta aquí gente amable dispuesta a ayudar; sin embargo estoy muy agotado, toda vez que después de bajar tantos cubos tuve que subir otros dos al piso.

La semana pasada comenzó con un acaloramiento estúpido y una discusión. Tema de conversación en el almuerzo: nuestras mujeres arias (todos las tenemos). Uno encomió su abnegación. Rieger, cuya rudeza ya me resultó

antipática en Schlüter, le contradijo con palabras muy fuertes. Que conocía muchísimos casos horribles, que esas mujeres no eran de fiar: «¡Que las parta un rayo a todas, maldita sea!». Yo le dije que no le consentía esas generalizaciones. El no se retractó. Yo tuve de pronto un ataque de furia. «Me gustaría partirle la cara, eso es lo que usted merece: con una persona así no quiero sentarme a la mesa.» Me marché y me fui a la sala de máquinas. Después del descanso, Lang, con quien yo descargaba cartón, me dijo: «No tiene usted que ponerse así, ninguno de nosotros hemos relacionado eso con *nuestras* mujeres, Rieger se refería a casos que él conoce». Al día siguiente me enviaron junto con Rieger a vaciar unas estanterías del desván. Trabajo prolongado y sucio. Por orden del control de defensa antiaérea había que sacar de allí papeles y libros viejos de la empresa […] Le dije a Rieger: «¿Por qué me ofendió ayer de ese modo?». Él: «No me refería a usted, sólo hablé de casos "antiguos" que conozco. Pensé sobre todo en la mujer de Steinberg». Después de eso nos dimos la mano. Pero simpático no es ese hombre […]

Por fin una carta de Sussmann. La primera desde octubre. Una se ha perdido. Su hija Käte se ha casado con un contable norteamericano. Georg vive aún. Todos sus hijos tienen hijos, los que están en Estados Unidos, de esposas norteamericanas. Inevitablemente, he pensado en la suerte que ha corrido nuestra familia, en el destino deparado a nuestra sangre. Papá procede del gueto de Praga. Sus hijos fueron personas relevantes en Alemania. Sus nietos están en Estados Unidos, en Inglaterra, Suecia. Sus bisnietos tienen sangre sueca y norteamericana y no sabrán nada de él.

No podré continuar escribiéndome con Sussmann. Desde el 15 de enero han salido nuevas disposiciones sobre el correo. Para tener correspondencia con el extranjero hace falta una tarjeta de control de la policía que no se da a judíos. Y poner a Eva en mi lugar me resulta demasiado peligroso.

Quiero escribir a Änny Klemperer. Pero ya no sé su dirección, tanto tiempo hace que nos distanciamos. ¿Y vivirá aún? ¿Seguirán en pie su casa, su calle (¡en las cercanías de la estación Anhalter!)? Eva quiere ver si encuentra un anuario de Berlín.

La intensificación de la censura tiene que ver por lo visto con una operación, a nivel de todo el Reich, contra el espionaje. Parece que ha habido redadas y muchas detenciones. (Dada la enorme cantidad de trabajadores extranjeros nunca

podrán acabar con el espionaje.) Desde hace una semana larga, en todos los escaparates, en las ventanas de los tranvías, en las esquinas de los periódicos, una silueta negra, la figura de un hombre macizo, con sombrero de ala ancha, visto por detrás. Está inclinado hacia la izquierda, le cuelga el brazo izquierdo con la mano semiabierta: anda sigilosamente o está al acecho. Debajo, un signo de interrogación en blanco. La figura irradia algo inquietante, demoníaco. Pregunta estética: ¿por qué? No puedo resolverla. Lo negro y lo compacto no producen por sí solos ese efecto. En Thiemig & Möbius, la figura es ya un cartel fijado en la pared. Y lleva el siguiente pie: «¡El enemigo escucha!». (Ya ha habido otros carteles con esa misma leyenda. Por ejemplo, un hombre en un café, escuchando, detrás del periódico abierto, a unos soldados que están de charla.) […]

Heroica Köpenickiada[10]. Entre las numerosas esquelas de caídos en el frente (la Cruz de Hierro lleva a un lado la cruz gamada), he aquí el *Dresdner Zeitung* del 19 de enero de 1944: «El destino ha querido que mi hijo único y bienamado, el cabo primero Horst-Siegfried Weigmann, estudiante de química, voluntario de guerra, condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase, ex combatiente de las campañas de Polonia y de Francia, haya muerto súbita e inesperadamente a la hermosa edad de veinticuatro años. Profundamente afligido, Bruno Weigmann, músico de cámara, Múnich». – Paul Lang, el médico, y el doctor Katz conocían personalmente al finado; su historia, que yo primero consideré leyenda, me ha sido confirmada por varias fuentes muy distintas y fiables. Su madre, divorciada del padre, era judía y fue detenida hace poco, durante la última *acción* (¡palabra de la *LTI*!). El hijo (soldado al principio, como los hijos de Erich Meyerhof) fue a la Jefatura de Policía diciendo que era comisario de la Gestapo, que quería hablar con la detenida y llevarla a no sé qué sitio. Y en efecto, salió con ella hasta la puerta de la Jefatura de Policía; una vez fuera, la habría puesto a salvo. (Parece que hay muchos judíos escondidos, sobre todo en Berlín; por lo visto, Eva Büttner también sigue viva.) Allí se dio de manos a boca con un funcionario de la Gestapo que lo conocía. La madre está ahora en Theresienstadt, el hijo se ha ahorcado en la celda. «Se ha ahorcado»: ¿hasta qué punto ha sido suicidio? ¡Y además, esa esquela con la cruz militar! Pero ése ha caído verdaderamente en el campo del honor y ha dado pruebas de más valentía que ningún soldado en la batalla. No cabe duda de que entrará en la

historia de la literatura, como héroe de dramas y novelas. Katz dijo: «Yo le conocía a él, y también su entorno vital, y en quince días podría escribir un guión con su historia».

Katz ha venido a casa dos veces seguidas en estos días. Tiene aquí un paciente, ese pobre diablo de Hirsch, que ha pasado muchísimo tiempo en la cárcel y al que conocí, como cadáver ambulante, en los últimos días de Schlüter. Ahora está en la cama con gripe (que por lo visto causa estragos) y muriéndose por insuficiencia cardíaca. Katz estaba más deprimido que nunca; cuenta con que separen a los matrimonios mixtos […]

24 de enero, lunes mañana antes de las seis

Eva está bastante enferma. A menudo gran extenuación. Por la noche, regularmente, molestias cardíacas. Tiene que ver otra vez a Fetscher. La mañana de ayer, deprimido por el estado de Eva, ocupado con el diario. Por la tarde vinieron los Steinitz. Varios granos auténticos en el café (de los 50 gramos navideños de Eva), además, la amistad de ese matrimonio tuvo un efecto estimulante en los dos […]

Mientras estábamos reunidos los cuatro, apareció Frischmann con una lista para recolectar dinero. Hirsch había muerto esa noche, al parecer su viuda carece de recursos. Todos los de esta casa habían firmado con 5 marcos, yo no podía negarme. Al fin y al cabo todavía tenemos para vivir unos meses.

[…]

27 de enero, jueves noche

En constante peligro de muerte por mi condición de judío, y ahora, además, a merced de la angina de pecho que me han diagnosticado y sin posibilidad de cuidarme, creía que estaba más allá de todas las vanidades. Así que me he asombrado de verdad de que esta mañana me afectara tan hondamente una noticia del *Dresdner Zeitung*. Neubert, la más perfecta nulidad entre los romanistas de mi generación, un maestro de escuela sin la menor idea propia, ha sido nombrado catedrático de literatura románica en Berlín. ¡Qué perfecta tiene que ser su ideología nazi, cuánto mejor y con cuánta más frecuencia la habrá puesto de manifiesto que sus logros como historiador de la literatura! Hay un

contraste casi medieval entre su ensalzamiento y mi humillación. Y esa humillación se me ha hecho hoy patente como pocas veces: el maestro, Hartwig, me ha increpado hoy con peores modos que los sargentos en el patio del cuartel hace treinta años. Que una colegiala trabaja mejor con la máquina que yo (en eso no le falta razón). No me estaba permitido contestarle nada. El vigilante, Lang, habría tenido que venir en mi ayuda y denunciar al jefe el insolente comportamiento del maestro. En lugar de eso me dijo pérfidamente que durmiera más tiempo por la mañana para no dormitar en la fábrica. Yo me aislé por completo. – Cuando tomé posesión de la cátedra de Dresde, Neubert no daba abasto elogiando mis méritos. Cuando se marchó a Breslau, se enfrió su amistad, y al final, en 1932 o 1933, leí en un periódico de Breslau una crítica suya, maligna y hostil, de mi *Historia de la literatura.* Ya se había identificado con su cátedra y seguramente también con *la* nueva «cosmovisión», garantía de futuro. Pobre facultad de Berlín: Baeumler su filósofo, Neubert su romanista.

Llegué a casa, destrozado física y psíquicamente, y fregué el suelo del recibidor. Ahora, completamente hecho polvo.

[…]

29 de enero, sábado, diecinueve horas

Ayer por la tarde, de hastío y de fatiga, me di de baja por enfermedad (uno puede «ponerse enfermo» dos días sin necesidad de certificado médico). El maestro Hartwig es una tortura. No le falta bondad, la tarde del día de la riña vino a mí, me apaciguó, se disculpó a medias, maniobró en mi máquina. Pero la paz no puede ser duradera, seguro que pronto llegará la explosión definitiva. Porque ese hombre me pide cosas que yo no puedo hacer; no puedo, como una obrera con experiencia, contar sobres y meterlos en cajas mientras funciona la máquina; no puedo dejar correr la máquina ininterrumpidamente; no puedo terminar cada día, sin ayuda, 10.000 «sobres para documentos». Hartwig me echa en cara cada día que no merezco el dinero que gano, no comprende que no soy un obrero cualificado. «¡Pero si es facilísimo!»… Y asimismo me atacan los nervios mis compañeros de trabajo. Ya no me llevo a casa ningún cacharro con comida, no quiero poner a la vista mi vida privada y que la gente la comente. Lang me respondió a eso con una frase bastante certera: «Los judíos ya no tienen vida privada». – De modo que me disculpé por hoy y no puse el despertador. Pero

justamente a la hora habitual del despertador, sonó la sirena. Alarma pequeña. Tuvimos que levantarnos. A las cuatro y media cesó la alarma, de manera que por lo menos nos libramos de la bajada al sótano. Dormí hasta las ocho. Nunca lo había hecho aquí, aquí no me había levantado jamás con las ventanas sin obturar: el panorama del Elba por la mañana me sorprendió. Un largo desayuno con Eva, fregar la escalera, visita a Stephan Müller que ha tenido la gripe; habitación del primer piso, donde viven los «solteros», es decir, los judíos cuyas esposas arias se han quedado en la casa propia, y donde Frischmann corta el pelo en el vestíbulo, después lectura de una novela francesa, floja de contenido y miserablemente traducida, que nos ha prestado Lewinsky y que quiero leer entera en estos dos días libres. *Los cautivos*[11] de Josef Kessel. Durante la lectura tengo que luchar continuamente con un cansancio infinito y un sueño mortal. ¡Acaba, Señor, acaba![12]

Stephan Müller dice (como la señora Winde) que esto ya no puede durar mucho: ni fuera, donde los rusos han conquistado en Leningrado la artillería pesada alemana, donde los ingleses y norteamericanos están preparando la invasión, ni dentro, donde la moral es baja y la organización de Seydlitz va adquiriendo proporciones cada vez mayores.

Para mañana, 30 de enero, día de la «toma del poder», hay anunciados mítines con el lema: «¡Hacia la victoria alemana!». Esto es, de verdad, demasiado fuerte. Pero ¿quién me dice que no se lo cree realmente el 70, el 80, tal vez el 90% de la población? ¿Quién me dice lo que piensa de verdad el pueblo? El mecánico Liebscher, un hombre de treinta años, buena persona, ni nazi ni estúpido, exento del servicio militar por una enfermedad del estómago, me dijo hace poco en la fábrica que la guerra seguro que acababa pronto; porque los otros estaban también hartos de ella, y ellos no lo tenían todo tan «superorganizado», tan bien dirigido como nosotros. – *D'altra parte*: la señora Stühler ha oído decir hoy por primera vez en voz alta, en una cola de mujeres, que se había tratado demasiado mal a los judíos, que al fin y al cabo «también eran seres humanos», y que los bombardeos de Berlín y la destrucción de Leipzig eran el castigo merecido…

30 de enero, domingo hacia el anochecer

Esta mañana han atravesado el puente de Carola, con tambores y música, muchos grupos de las HJ; un desfile como hasta ahora sólo lo había visto en el cine. Mi primer pensamiento: ¡Ojalá sea ésta la última vez que celebran el 30 de enero! Y: ¿cuánto tiempo llevará el alejar de esas mentes infantiles la basura nacionalsocialista?

[…]

FEBRERO

6 de febrero, domingo mañana

[…]

He conocido tres ambientes intelectuales distintos, 1) *El guillermínico.* Me he dado cuenta de que tenía una extraordinaria semejanza con la época de la Ilustración. Oficialmente seguía imperando la rigidez moral y absolutista, de vez en cuando había procesos por delitos de lesa majestad y por inmoralidad; pero la verdadera soberanía la ejercía el *Simplicissimus*[13]. Fulda[14] *no* recibió el Premio Schiller por su *Talismán* debido al veto del káiser, pero el teatro, la prensa, los periódicos humorísticos se permitían ataques cien veces más fuertes que aquel inocente *Talismán,* 2) El ambiente republicano. No era falta de patriotismo, pero se buscaba la germanidad en lo cultural y en la libre dedicación al mundo, la gente absorbía embelesada el mundo (con el doble embelesamiento de quien ha estado cuatro años separado de él). 3) *LTI.* – ¿Por qué es tan extraordinariamente difícil (y para mí sin ningún atractivo) escribir una historia lingüística de las dos primeras épocas? Porque en ellas los distintos individuos se mueven libremente en una lengua general que evoluciona serenamente. Existen las fases generales del naturalismo, neorromanticismo, neoclasicismo y dentro de ellas estilos lingüísticos perfectamente libres. Cada uno tiene su propia creatividad o se apoya según sus preferencias en un modelo literario: Goethe, George, Hofmannsthal, Rilke[15], etc.

– En cambio, en el nacionalsocialismo reina la uniformada pobreza de la esclavitud. Todos trabajan según las divisas y las «directivas» de Hitler y de

Goebbels. A quien quiere hablar otra lengua, lo mínimo es obligarle a guardar silencio. La misma jerga en todos los terrenos. Bernhard Stühler me ha prestado un libro de publicidad, muy bien ilustrado, *Múnich, la capital del Movimiento.* Predominan la *Feldherrnhalle,* fotos de las SA, etc., y en cuanto al estilo, el libro está cuajado de tópicos: «orientación», «excepcional», etc. Abro la novela de Ludwig Finckh[16]; está escrita en 1940, y ya en las primeras líneas su estilo se me hace sospechoso de nacionalsocialismo, aunque se trate de un lírico sin tacha, ya mayor.

– Me irrito porque los judíos repiten mecánicamente las palabras de la *LTI* y yo mismo incurro en esa falta: «Señor Stühler, para utilizar el baño, ¿tiene usted este domingo "servicio de trabajo"?».

[…]

7 de febrero, lunes tarde

Me han aconsejado repetidas veces (Stühler, Cohn, etc.): «¡Dése de baja algún tiempo por enfermedad, duerma todo lo que le haga falta!». Ayer tarde me encontré en el vestíbulo al doctor Magnus, que había hecho una visita a su amigo Cohn. Me dijo en voz muy baja: «Con su enfermedad es facilísimo. Nadie puede demostrarle que *no* ha tenido un ataque». El acoso del maestro Hartwig me ha puesto a punto, no tengo necesidad alguna de ganar dinero, así que… Hoy he ido a ver a Katz. Escena penosa. Se escurría como una anguila. No quería perder mi amistad […] A la postre, Katz me examinó de nuevo (esta vez 200 de tensión) y me certificó incapacidad laboral y al punto me envió *de rigueur* al médico inspector de la seguridad social. Medidas de comportamiento: que no describa con demasiada modestia mis síntomas. En la Sternplatz –¡impresionante instituto!– un mínimo de setenta y cinco a cien personas en la sala de espera delante de las salas de consulta del tercer piso. Después de hora y cuarto me llamaron. En la sala de consulta no hubo más reconocimientos. Un médico de edad mediana, muy afable. «Sesenta y dos años… Antes era usted catedrático… nueve horas con la máquina… es natural que el cuerpo no soporte ese cambio… Descanse de momento ocho días, después ya veremos, recibirá una cita por carta.» Con eso, me despidió. –Así pues, unos días de vacaciones por delante […]

Voces populi: De camino a la consulta de Katz, un hombre de edad, al pasar

a mi lado: «¡Judas!». En el corredor de la seguridad social. Soy el único portador de estrella y paseo de acá para allá delante de un banco ocupado. Oigo decir a un trabajador: «Habría que inyectarles veneno. ¡Así se acababan!». ¿Se refiere a mí? ¡A los que llevan estrella? Unos miñutos después, llaman a ese hombre. Yo me siento en su sitio. A mi lado, una mujer mayor me susurra: «¡Qué canalla! A lo mejor le hacen a él un día lo que le desea a usted. Nunca se sabe. ¡Dios lo castigará!».

¿He anotado ya sobre la *LTI:* a) el juego de palabras: llamado a las «milicias celestiales de Himmler»[17] (sobre los que han sido ejecutados), b) el deseo irrespetuoso de los berlineses (que me han contado varias personas): «¡Que quede usted sobrante!»?

En esta semana de vacaciones voy a intentar leer a fondo *Mi lucha.* Pero tengo mis dudas sobre si lo conseguiré. Primero el libro de Finckh. – Pero ante todo ahora, a las siete, clase a Bernhard Stühler.

10 de febrero, jueves noche

Del trabajo de la semana de vacaciones voy sacando algunos resultados, pero con mucho esfuerzo, en lucha contra el sueño y la desesperanza, y sin alegría. Dormitar junto a la máquina de hacer sobres, en el fondo, es más fácil. He leído realmente mucho de *Mi lucha* (las primeras 250 páginas de 800), es tan interesante como monstruoso y deprimente: ¡ese libro estaba publicado y a ese hombre lo han hecho Führer y le han dejado ser Führer durante once años, hasta ahora! Eso nunca se le podrá perdonar a las clases altas alemanas. Como una especie de antídoto –¡por lo menos en un alemán decente!– trato de meterme en *Emanuel Quint*[18] que Eva ha encontrado en la biblioteca de Paulig […]

12 de febrero, sábado hacia el anochecer

[…]

Ayer por la tarde estuvo en casa la señora Winde, optimista y confortándome con su optimismo un par de horas, pero traía en el bolso una botella de champán que había perdido su marido; él había apostado que el 10 de febrero de 1944 ya no habría «Partido», y sigue habiéndolo. – Pero diez divisiones cercadas en Dniepopetrovsk, unos 200.000 soldados, por lo visto no tienen salvación, y a los

finlandeses y a los húngaros Inglaterra les ha puesto un ultimátum para que abandonen las hostilidades, de lo contrario sus grandes ciudades serán tratadas como Berlín, Hamburgo, etc., etc.: noticias de la radio inglesa. Como he dicho: a mí me duró unas horas. También vino Steinitz y nos invitó al café del domingo; es bien deprimente que nos den de comer en todas partes sin que podamos corresponder.

Por la noche se presentó otra vez Katz, por pura amistad y para charlar; tuve que traducirle el parte de guerra alemán de un periódico (evidentemente hitleriano) francés; se interesa apasionadamente por todo lo francés. Contó que a su hijo, ahora de veintitrés años y casado en Inglaterra y trabajando Dios sabe en qué después de haber estudiado un semestre en la TH de aquí, lo hizo confirmar en la Comunidad Reformada de Berlín, viajó allí expresamente con él, para dejarlo sólidamente asentado en el judaísmo y en la germanidad. Con Katz, igual que una hora antes con Neumark, discutí sin resultado cómo podría pasar de la jornada de nueve horas a media jornada. El médico de la seguridad social probablemente lo apoyaría, pero la solicitud tendría que ir a través de la Comunidad, o sea vía Katz y Neumark, a la Gestapo y a la oficina de trabajo, que no admiten en modo alguno tales solicitudes de judíos. Yo pensaba que podría valerme simplemente del médico de la seguridad social, el cual, aunque sólo fuese en interés de su entidad, estaría a favor. Pero entonces yo tendría que hablarle de las dificultades especiales de los judíos, y eso a los dos, a Neumark y a Katz, les parece peligroso. (Por así decirlo, propaganda difamatoria.)

Este mediodía ha venido a verme Konrad, que ya lleva tiempo trabajando en Bauer y a quien echo mucho de menos en Möbius, una de las figuras más simpáticas entre los judíos de aquí. (Creo que lo he descrito varias veces en la época de Schlüter.) Me trajo un par de biscotes y un poquito de mermelada, ha sido un detalle muy bueno. Se marchó antes de que regresara Eva. «Mi mujer se angustia si llego tarde.» A ese hombre no se le nota que es un año mayor que yo, nadie le echaría más de cincuenta. – Por la tarde he ido al nº 3, a ver a los Eisenmann: al cabo de casi cuatro meses, lo han dado de alta en el hospital de Berlín, por haber mejorado, no por estar curado; ha adelgazado mortalmente de cara y de cuerpo, anda encorvado, habla con voz cascada y deprimida: la mala alimentación (tiene que seguir régimen); todo lo suplementario era a costa de sus hijos, pero en el hospital ya no podía soportar el hambre. Le pregunté por los

bombardeos. Dijo lacónicamente que Berlín era una ciudad tan gigantesca que un barrio no se enteraba del estado de emergencia del otro. Pero eso sí, la vecindad de la AEG había sido muy penosa para el hospital (Iranische Strasse, en el norte, allí murió Grete). Dice que les cayeron algunas bombas incendiarias, que cuando una vez «cepillaron» un edificio enfrente de ellos, se derrumbó una pared del hospital.

A pesar de todos estos impedimentos, este mediodía he terminado de leer el primer volumen de Hitler.

[…]

15 de febrero, martes mañana

Ayer no conseguí trabajar nada para mí. Por la tarde apareció primero Neumark, el abogado y «delegado». Mitad visita amistosa, proyectada desde hace tiempo, mitad el espinoso problema de la reducción de mi jornada laboral. Una solicitud de ese género tiene que ir a la Gestapo a través de Neumark, y la Gestapo la rechaza. Ahora he de recurrir al médico de la seguridad social, que tiene buena voluntad conmigo, pero de ninguna manera debo mencionar a la Gestapo, porque eso podría ser interpretado como propaganda difamatoria o como contar lo que no está permitido o como crítica y –como cualquier mínima bagatela– podría tener consecuencias mortales, en primer lugar para mí, en segundo para Neumark, para Katz, para todos los judíos que están en las garras de la Gestapo. El consejo es, pues, que sea «diplomático». *Ma come?*[19]– El puesto de Neumark desde luego no es envidiable […]

18 de febrero, viernes al anochecer

El martes por la mañana, Katz me encontró más normal; dijo que esperase el requerimiento del seguro, que él, por su parte, pensaba darme de alta laboralmente para el lunes próximo. La cita con el médico de Sanidad llegó el miércoles para el jueves, a las catorce horas, me pedían que llevara un informe del médico que me trataba. Así que de nuevo a ver a Katz, a través del hielo y la nieve. Me resultaba muy duro, y se lo dije a Katz y le pedí que me sacara como fuera unos días más. Tiene que haberlo hecho en su informe. Entregué la hoja en sobre cerrado a la una y media en la Sternplatz; ya conocía la espera y el

procedimiento de ir llamando a los pacientes, me había llevado el *Emanuel Quint* y seguí tratando de leer una docena de páginas. Hacia las tres menos cuarto me llegó el turno, esta vez desgraciadamente con otro médico, un señor de muy pocas palabras, con prisas (pero no con mala voluntad). «Quítese la ropa en la cabina.» – Breve auscultación. – «¿Se encuentra mejor?» – «Sí, sólo el aire frío…» – «Siga reponiéndose ocho días más.» Con eso me despidió, en el certificado había escrito: «Capacitado para el trabajo a partir del 24 de febrero». Puedo estar satisfecho: vacaciones del 7 al 24 de febrero, un poco más descansado, y para entonces tendré bien leído y anotado el libro de Hitler […]

En la sombría sala de espera de Katz hay en la pared, protegido por un cristal, un pequeño trabajo en entramado que nunca pude explicarme; el martes pasado lo iluminó y lo comentó. Es el perfil de una trinchera con auténtico camuflaje antiaéreo, como el que yo tenía que reunir días y días en Flandes. En el interior se ve una fotografía: el oficial médico Katz y el conde que estaba al mando del regimiento. En el tejado de esa construcción hay, pequeñita y disimulada, una bandera negra-roja-blanca. En otra esquina de la sala de espera, con la mayor luz posible en esa habitación sin ventana, está, en un marco oval dorado, la fotografía de Katz como oficial médico, con la Cruz de Hierro de primera clase y con la Medalla de Sufrimientos por la Patria; en la tercera esquina, la fotografía de un hermoso caballo blanco al que acaricia un oficial con casco de acero y guantes de piel: no sé si es el propio Katz. Cuando yo aún no lo conocía, ya había oído comentar con amargura a los judíos lo de esa fotografía con la Cruz de Hierro, debajo de la cual está, también en un marco, la entusiástica frase de Ernst Moritz Arndt[20] sobre la patria.

En la consulta de Katz había estado, justo antes que yo, Kornblum, el antiguo húsar medio paralítico con quien estuve trabajando en la primavera en Schlüter. Ver allí la historia de cómo se puso enfermo y dejó la fábrica. Por lo visto ahora volverá al trabajo. Han dado el soplo de que acarreaba carbón desde el sótano hasta su cuarto: de modo que también podría trabajar… Los judíos entre ellos.

19 de febrero, sábado noche

Las fases de esta época. Hoy me he acordado de que llevo mucho tiempo sin pensar en el «estilo enciclopédico», que al principio era tan importante. Ya no existe, ha sido superado en dos direcciones. Por un lado: ahogado por el miedo a

la guillotina, ya no se atreve a asomar ni por escrito ni, probablemente, casi nunca; y por otro lado: ese estilo ya no basta, la cólera y la desesperación hablan abiertamente. – […]

21 de febrero, lunes mañana

[…]

Por la tarde estuvo aquí Lewinsky, volvió a traer cantidad de lectura *(DAZ* y un librito de Tumier[21], para mí todavía un desconocido), se quejó de la tiranía y de la furia persecutoria de Schwarze. El tal Schwarze, jefe de una fábrica de cartonajes en la Leipzigerstrasse, es el más desacreditado y temido explotador laboral de judíos; Herbert Eisenmann, entre otros, trabaja con él.

[…]

En el *DAZ*, un artículo necrológico sobre Jean Giraudoux[22]. Yo tengo suyo, firmado por él, *Sigfrid et le Limousin*[23], pero nunca lo he leído. Después recorté del *Dresdner NN*, el 7 de marzo de 1926, un artículo sobre *Bella*[24], y ahora quiero añadir la necrológica. (El artículo se encuentra en la carpeta de manuscritos, que no fue al guardamuebles de Thamm, seguramente por equivocación, y en la que escondo ahora mis hojas de este diario antes de que vayan al *Arte de la agilidad de los dedos* y de allí a Pirna.) Cuando ayer hablaba yo de Giraudoux dijo Eva: «Curioso, hoy he pensado en él. *En el "Sigfrid" se asombra de la objetividad de los alemanes, que un francés no comprende*». Yo: «No sabes qué enormemente interesante es esto para mí. Hitler no para de echar pestes contra la "manía de objetividad" de los alemanes». – A Eva no le gusta nada que yo hable de Hitler, en cuanto a mí, lo estudio tan intensamente como estudia un cancerólogo el cáncer […]

Noche

Por la mañana, como en otras ocasiones, pero esta vez más claramente, oímos que pasaban cantando y desfilando soldados rusos. La canción militar era monótona y melodiosa, las voces suaves, unas notas, cantadas por un solista de voz potente, el resto por el coro, reminiscencias de música sagrada. Son ucranianos con uniforme alemán, gente de la «Vendée» rusa[25]. Guerra de «cosmovisiones», no sólo, tal vez ni siquiera en primer lugar, de Estados. ¿Pero

hasta qué punto no habrá surgido este aspecto de modo artificial, a base de la propaganda y la violencia nacionalsocialistas? ¿Hasta qué punto no son un «montaje» las legiones «europeas», la francesa, la flamenca, la española, etc.? Y –esto ya no es una pregunta sino una exclamación de quien está convencido de lo que dice– ¡cómo perdieron la libertad, seducidos y engañados, los Estados que consiguieron su libertad «étnica» luchando a las órdenes de Alemania!

LTI: Hace dos o tres días escribí que ya no había estilo enciclopédico. Lewinsky me enseñó ayer una postal de Theresienstadt. Un matrimonio amigo suyo, carniceros, a quienes él les había enviado un «paquetito» –allí piden desesperadamente comida, agradecen infinitamente cualquier paquete con pan–, de ese matrimonio, pues, el marido escribe unas líneas neutras, triviales, y firma «viudo Wisch». – No está permitido dar ninguna noticia personal, anunciar ningún fallecimiento, y esa firma, sin embargo, lo anuncia.

[…]

24 de febrero, jueves noche

Cuando hace dos semanas y media fui por última vez a Möbius, aún tanteaba en la oscuridad. Hoy, a las 6:20 horas era de día, y había una intensa y silenciosa helada (-11ºC, pero al mediodía enérgico deshielo), que me causó menos molestias cardíacas que el viento con temperaturas más altas.

En Möbius todo se ha desarrollado pacíficamente, he «bajado de nivel»: la obrera que me ayudaba el último sábado a empaquetar y a contar estaba ahora manejando la máquina –«la chica hace once mil», me dijo Hartwig en tono de reproche, con eso hace el triple que yo–, y yo me he convertido en su ayudante. Pero no tengo la menor ambición en ese terreno y estoy encantado de que el maestro deje de acosarme. Por lo demás, esa mujer estará sólo por algún tiempo en esta sección, como ayuda provisional. Por supuesto, ha sido horriblemente tedioso y extenuante contar sobres todo el día; pero curiosamente, el día, con su absoluto vacío, ha pasado deprisa. Así me he librado por lo menos de la sensación del tiempo que se va despacio, lo he matado, por decirlo así, en estado de anestesia.

[…]

28 de febrero, lunes por la mañana antes de las seis y después del desayuno

Me habían prevenido contra la obrera de mi máquina, que al principio sólo estaba malhumorada y silenciosa: *«Rischeskopp!»*[26]. Pronto resultó ser educada y hasta solícita conmigo. Empezó poco a poco. Que qué víveres tenía. ¿Tan pocos cupones, de verdad? ¿Y nada de carne?… Yo respondía cautelosamente. Que qué había pasado con «los otros» que habían estado antes allí… «Se marcharon a otro sitio.» – «¿Qué significa eso?» – «No se lo puedo decir, de verdad. No lo tome como desconfianza, pero está en juego mi vida y tengo mujer…» Etc. Una hora de silencio. Luego yo: «¿Tiene familia en el frente?». A los diez minutos: «Un hermano». Luego, apartándose: «Viene el vigilante: ¡tenga cuidado!». Al vigilante lo temen. Creo que he anotado muy al principio la escena con «Frieda», mi primera «tutora». – La señora Loewe, cuarenta y tantos años, vive en Nausslitz; conoce nuestra casa de madera. – No cabe duda de que tiene tanto miedo y es tan antinazi como yo. Pero muchas veces me asalta la sospecha de que pueda ser una soplona. O que por necedad cuente algo a alguien.

El farmacéutico Bergmann, el mezclador contrahecho de Schlüter a quien presté mi gramática española –hasta el día del juicio, como mi Giono[27] (heredado) que presté a Steinberg–, el privilegiado y muy antisemita Bergmann, está detenido desde hace varios días. Motivo, desconocido. Desde que lo sé, tengo aún más miedo en cuanto a Loewe.

En este inmueble vive un tal señor Heim, grande como un castillo y buena persona, con quien he cambiado algunas palabras en el sótano durante las alarmas aéreas. Del ramo de la hostelería. A su mujer no la he visto nunca, ya estaba enferma cuando llegamos nosotros. El tiene una grave dolencia cardíaca. Ayer por la tarde murió la mujer aria (cáncer). El ahora tiene que «hacer la maletita» *(ut aiunt)*[28] enseguida: es seguro que lo evacuarán muy pronto a Theresienstadt (repetición del caso Garnmann).

Ayer, ya muy recuperado, vino a vernos hacia el mediodía Eisenmann. Antes era un gran pesimista. Ahora estaba muy esperanzado, hacía planes para el futuro, decía que su antiguo jefe, ahora en Estados Unidos, le enviaría un poder por cable y él exigiría al momento la devolución de la confiscada empresa de carbones de Aussig y la pondría de nuevo a flote. Me resultó imposible

compartir su optimismo. De Berlín contó que allí no se veían estrellas judías por las calles. La llevaban tapada o no la llevaban. El había tomado el tranvía y el metro con la estrella tapada, dijo que en Berlín nadie podía impedirlo y que con aquellas masas humanas no era riesgo ninguno, que la Gestapo no conocía a cada individuo, como sucedía aquí, en «esta aldea de Dresde». (Yo casi creo más bien que la Gestapo de Berlín hace un poco la vista gorda para no llamar la atención de los transeúntes.)

[…]

MARZO

4 de marzo, sábado mañana hacia las seis

No tengo tiempo para leer, llevar el diario, reflexionar. Esclavitud en la fábrica y en el trabajo casero, falta de sueño, cansancio mortal. Libros y periódicos, empezados o sin empezar, sobre el escritorio.

Ayer, mi buena señora Loewe regresó a la imprenta, a su maestro ya recuperado de su enfermedad, y yo me convertí otra vez en maquinista autónomo. Con ella «conseguía» 14.000 sobres para documentos, ella sola conseguía 11.000, yo solo apenas llego a 4.000 (los sobres del último pedido –100.000: ¿cuánto tiempo necesitaré para llegar a esa cifra?– llevan impreso «carta-telegrama», etc., y han sido encargados por los ferrocarriles del Reich). Ya estoy oyendo los comentarios de mi maestro Hartwig cuando controle mi libreta de servicio. – […]

Las operaciones militares se estancan en sangre. Pero la destrucción de ciudades alemanes, día y noche, continúa, y Dresde aún sigue intacta. En los periódicos todo lo encubren o sólo lo mencionan con frases breves, generales y estereotipadas. Por ejemplo: «…en algunas localidades de Alemania central ha habido daños». Confidencialmente, sin embargo, se oyen cosas aterradoras. El padre de la señora Stühler, por ejemplo, escribe que Augsburgo ha sido destruido en un 80%. Augsburgo *cioè* Messerschmitt.

[…]

Hacia el anochecer

En Möbius, todo se ha desenvuelto sin incidentes. El maestro, al mirar mi libreta de control, dijo sarcásticamente: «Ahora estamos otra vez en 4.000», pero no añadió mucho más. Después apareció por unas horas la señora Loewe, y pude imprimir una pequeña reserva. No pude contenerme y le dije: «Si sobrevivo a esta guerra y recupero mi casa, ambas cosas desde luego muy improbables, usted vendrá una vez a tomar con nosotros el mejor café auténtico». Si la señora Loewe repite esta frase, aunque sea por alusiones, soy hombre muerto. Porque ¡cuántos pecados mortales *sub specie tertii imperii*[29] contiene! ¡Propaganda difamatoria, dudas en cuanto a la victoria, intento de seducción con profanación racial!

¿He anotado el gran letrero que cuelga sobre la fábrica de chocolate Tell, en la Freiberger Strasse? Debe de datar del primer año de guerra, ahora produce un efecto más que funesto: «¡En esta guerra vencerá finalmente la justicia, no la fortuna!».

Un hombre mayor, entre persona distinguida y ciudadano de a pie, se dirigió a mí en la Zeughausplatz: «Buenos días, *Herr Professor*, ¿cómo está?». «Perdone, ¿con quién tengo el gusto…?» Ya no estoy habituado a que alguien me hable por la calle. «Soy Dehne (o algo así), de la Landesbibliothek, nos acordamos mucho de usted.» Y luego un apretón de manos. «¿Nos entendemos, verdad?» Y al marcharse, levantó un poquito la mano, como evidentemente tiene que hacer en el trabajo. Creo que ese hombre entra en la categoría intermedia del funcionario que entrega libros, no bibliotecario de carrera, pero tampoco bedel.

LTI. En la Zeughausstrasse 3 es muy sustanciosa esta placa: Baruch Strelzyn – Horst-Israel Strelzyn. El padre, orfebre, tiene un nombre propio tan judío que no le han obligado a añadir «Israel»; el hijo, nacido hacia 1920, de madre aria, recibe un nombre archigermánico que por aquella época hacía furor: Horst. – Horst es después de la guerra, lo que en la generación precedente fue Siegfried.

[…]

10 de marzo, viernes hacia el anochecer

La nueva esperanza se llama Finlandia. Desde hace dos días la prensa alemana

confirma sin muchos rodeos lo que se sabe por la radio inglesa desde hace por lo menos una semana: que los finlandeses están negociando con Rusia. Pero eso no es aún, ni mucho menos, esperanza en un pronto final. Sin duda me elevó la moral que Fetscher saludara a Eva (a quien considera ya bastante recuperada) con las palabras «¡Esto se acaba!». Pero es que se acaba muy despacio. Primero tienen que separarse Rumania y Hungría, primero tiene que entrar en la guerra Turquía, primero tienen que haber llegado los rusos a Königsberg y a Lemberg, primero un ejército de invasión angloamericano tiene que marchar sobre Berlín desde su «cabeza de puente» (¿*LTI*?) junto a Hamburgo o Wilhelmshaven: todo antes de que llegue el final.

12 de marzo, domingo mañana

[…] En los últimos días ha habido para mí en la fábrica horas dramáticas. Mi máquina «se volvió loca» y fallaba continuamente, el maestro la arreglaba, la desmontaba, me obligaba a limpiarlo todo (eso es también un esfuerzo para el corazón, porque tengo que ir a buscar agua caliente a la sala de máquinas y subir dos pisos con el cubo). Pero, con todo y con eso, no ha habido ninguna escena violenta de patio de cuartel. El maestro Hartwig, un hombre de cerca de setenta años, muy demacrado, enfermo, se volvió muy tratable cuando le ayudé a etiquetar. (La misma ceremonia cada mañana. El maestro tiene que entregar en el departamento de envíos la producción de la víspera apilada sobre las mesas. Comprueba los distintos envíos con las hojas de pedidos, va a buscar las correspondientes etiquetas, les pasa un pincel con engrudo que saca de un recipiente y se las entrega casi siempre a una chica, que las va pegando en las cajas. Hay enorme escasez de mano de obra, yo rindo poco en la máquina, de modo que ahora estoy haciendo de muchacha de pegar. Por cierto que ni pasar el pincel ni pegar las etiquetas es demasiado fácil.) De modo que Hartwig me preguntó por mi oficio anterior. Entonces dijo: «Los judíos pueden tener la culpa de muchas cosas, pero *eso* no está bien… Para nosotros, los viejos, ya no vendrá nada bueno…». – «Maestro, yo no puedo decirle nada a eso, no puedo quejarme de nada, me cuesta la cabeza.» – «Lo sé… yo tampoco puedo hablar con usted; pero ¿qué nos va a traer todavía de bueno la guerra? Mi hijo menor está en Italia, primero estuvo en África, mi hijo mayor, en el norte más norte…» – «¿Estuvo usted en la primera guerra mundial, maestro?» – Entonces nos contamos

historias de piojos, de ratas, de trenes-ambulancia, etc. Desde entonces ha sido paternal, sólo suspiraba, gruñía, se desesperaba. Ahora, a partir del lunes y al menos por las mañanas, va a venir otra vez una mujer a la máquina. Entonces podré contar, enfajar y empaquetar con más calma y mayor provecho.

El viernes, como hace quince días, nos regalaron a cada uno, de parte de la empresa, un trozo de corazón o de hígado de caballo, o sea, una participación en las entregas especiales al «séquito» ario. Ese donativo lo dan en secreto porque está prohibido por la Gestapo. Nosotros estamos felices, pero se puede comparar un poco con la felicidad de los tejedores de Hauptmann ante el asado de perro.

Ya hace unos días que «vinieron a buscar» a Heim, el hotelero cuya mujer murió hace cosa de dos semanas. Theresienstadt. Anteanoche la mujer de Cohn, que está enferma, tuvo un ahogo. La primera idea: si se muere –entretanto, por cierto, se ha recuperado, no hubo manera de encontrar un médico, Fetscher asesoró por teléfono a Cohn–, si *ella* se muere, él tiene que marcharse y, no habiendo cumplido aún sesenta años, no sólo a Theresienstadt. Yo llamo a esto la quema nacionalsocialista de viudos. (¡Reanudación de la tradición indoárabe!)

[…]

Acaba de estar aquí la señora Winde: una bolsita de patatas –de las que hay gran escasez por todas partes–, un paquete de legumbres, una lata de tomates. Preguntó muy preocupada, como muchas otras veces, si sabía dónde podría esconderme en caso de emergencia. Su marido –«tiene muchísimos enemigos porque hemos vuelto a prosperar»– también quiere quitarse de en medio en los días críticos. Yo: que no conocía a nadie, que además no servía para eso de huir, que lo dejaba en manos del destino. Eva: que me marchara a Kipsdorf y me escondiera una o dos noches en el bosque, comiendo con cupones arios en restaurantes. La señora Winde: «No, eso no puede hacerlo. No debe ir a donde haya gente, llamaría enseguida la atención. Duele tanto siempre. Le he dicho a mi marido: "Después de tantos años de persecución, el *Herr Professor* parece un perro apaleado"». Lo repitió dos veces, y para mí fue atroz. Yo nunca he ido muy erguido, pero ahora camino encorvado, me tiemblan las manos, y la respiración me falla a poco que me excite. Ayer lo volví a notar.

[…]

15 de marzo, miércoles noche

Los días pasan tan monótonos en su vaciedad y su plenitud, en su futilidad y su fatiga, de las tres y media (lo más tarde, las cuatro) hasta las diez y media de la noche que hoy no sabía realmente si era martes o ya miércoles.

En la fábrica una joven, que al principio me enseñó cómo funcionaba la máquina, saca ahora cada mañana unos 8.000 sobres de documentos, que yo cuento y enfajo de 50 en 50. Por la tarde estoy solo, termino lo que aún queda por contar, por pegar, por empaquetar, y luego hago funcionar la máquina por mi cuenta un rato. El trabajo de máquina de la mañana lo interrumpe el etiquetar los pedidos, que el maestro Hartwig deja listos para el envío. Siempre los mismos sobres y bolsitas para drogas, cientos de miles, una y otra vez pequeñas cantidades especiales para una serie de farmacias. El maestro a veces es compasivo, paternal, casi respetuoso, a veces vocifera de un modo horrible. Hoy: «¡Cada día está usted más atontado; la etiqueta está torcida; a mí me daría vergüenza hacer esta porquería de trabajo!». Yo siempre procuro tener en cuenta lo cómico de la situación, pero la humillación me hace sufrir mucho. Y entretanto, Neubert es catedrático de Berlín. La señora Rudolph, mi compañera, es del todo inofensiva; su padre cayó en el frente, en 1914, antes de que ella naciera, su marido, forjador de cobre, ha sido reclamado por la fábrica de armamento. – Qué absurdo es esto: los portadores de estrella trabajamos por todas partes junto con los arios, y pese al miedo y pese a todas las prohibiciones siempre se entabla conversación. Y ahora –eso salió ayer– a los judíos nos van a «poner de servicio» en la defensa antiaérea, porque la escasez de gente es enorme; la empresa tiene que poner una puerta especial y un lavabo especial. Pero en caso de peligro, evidentemente, no habrá aislamiento. Todavía no se han fijado los detalles de este nuevo «servicio»; sólo se sabe que será una mañana de domingo cada quince días y una noche cada semana […]

19 de marzo, domingo mañana, nueve y media

Mucho tiempo sin alarma, sin embargo los ataques aéreos siguen siendo el asunto de más relevancia. Hoy a las diez y media, prácticas, «totalmente equipados». Ayer por la tarde mi primera guardia en la fábrica, a continuación, trabajo de sábado de las 13:30 a las 19 horas, de forma que estuve en la fábrica doce horas completas. Esa guardia por un lado es un juego de niños, por otro

lado muy agotadora. Después del trabajo habitual de la fábrica tenía la cabeza muy cargada, necesitaba salir al aire libre y relajarme y tuve que aguantar seis horas más. En condiciones deprimentes. En la planta baja del edificio frontal hay grandes salas de oficinas y de expedición. Allí han instalado la guardia aria, hombres y mujeres, una habitación de estar con calefacción y radio. Los portadores de estrella (Witkowsky y yo) estábamos en una oficina contigua que se iba enfriando poco a poco, la gente de al lado reía, charlaba, comía, oía música en la radio, y –se filtraban retazos de palabras– nosotros éramos los apestados. Como siempre, había algunos hombres y mujeres que nos trataban con gran amabilidad. Pero como siempre y en todas partes, hay algunos observadores, puntales del Partido, a quienes todos temen. Hace unos días se celebró una sesión del «séquito», en la que los «incondicionales» agitaron contra los judíos y, en especial, espolearon a la gente contra los que estábamos en la defensa antiaérea.

Yo superé bastante bien esas horas leyendo casi del todo –con aversión, pero no sin resultados para la *LTI*- el cuento de Franz Tumler *El primer día*, cambiando de vez en cuando unas palabras con Witkowsky, que está bastante enfermo, y pescando al vuelo alguna melodía de la radio, por ejemplo la misma cursilería de cabaret con la misma voz de castrado que oía el verano pasado en Schlüter. Desde entonces han muerto en el frente cientos de miles de personas, y eso sigue cantando «Una pequeña señorita me ha robado el corazón…». Después de trece horas de ausencia llegué a casa derrengado. Mañana tengo una guardia nocturna; entonces podré estar en casa a las cinco y luego tendré que marcharme a las seis y media, y no vuelvo hasta el martes a las cinco de la tarde. Nos han puesto unos jergones de paja para dormir, en la «sala del séquito» en que normalmente comemos. Haré la guardia nocturna junto con el médico Lang. Se puede dormir, pero no hay que desvestirse. Para la noche del sábado 25 al domingo 26 de marzo, estoy otra vez con Lang en la lista de guardia. Nadie nos ha dicho lo que tenemos que hacer, no nos han dado ningún género de instrucciones. Sólo tenemos que estar preparados para prestar ayuda en caso de peligro: separados estrictamente de los arios. Ahora, Hartwig, el maestro, me emplea una hora diaria en poner etiquetas en los encargos; él les pasa un pincel y yo las pego. En esa tarea se porta como un niño grande, a veces me da voces, a veces sonríe y me trata con familiaridad. Anteayer le dio por hablar. En Thiemig

& Möbius desde hace cuarenta y cuatro años, antes viajó a pie[30] por Alemania y Suiza, hasta Ginebra, como montador. Hablamos de Ginebra, a él le entusiasmaba. «El vino tirolés, tan estupendo, ellos lo mezclan con agua; yo les dije: ese agua también la puedo beber yo, pero después… ¡Y aquellas salidas de sol, por Sallewe (¡Salève!), y la isla de Rousseau!» La conversación le hizo darme a pegar etiquetas equivocadas para toda una pila y se lamentaba: «¡Esto pasa por tanto charlar!». Silencio durante un rato. Luego: «¿Conoce usted Hamburgo?». Aquel puerto… y ahora… Y entonces: «Los hombres son bestias feroces. Peores que animales de presa. ¿Y por qué todo eso? Sólo por el oro… ¿Qué les importa Europa a los norteamericanos? ¿Es que Europa quiere atacarlos? Sólo porque unos cuantos multimillonarios quieren sacar tajada…». Dejé morir la conversación. Detrás de esos cuantos multimillonarios yo oía «unos cuantos judíos» y notaba la propaganda nacionalsocialista, creída a pie juntillas. Ese hombre, que indudablemente no es un nazi, cree seguro que Alemania actúa en legítima defensa, que se ha visto forzada a hacer la guerra y que la razón está de su parte; con toda seguridad cree, al menos en su mayor parte, en la culpa del «judaísmo internacional», etc., etc. En la manera de hacer la guerra puede que se hayan equivocado los nacionalsocialistas, en la propaganda, en absoluto. Siempre tengo que acordarme de lo que dijo Hitler: que él no hablaba para profesores de universidad.

[…]

21 de marzo, martes noche

Superada la primera guardia nocturna. Lo peor, el camino de ida de ayer. Había llegado cansadísimo a casa a las cinco, tuve que salir otra vez a comprar pan, comí mucho y a toda prisa, me puse nervioso porque no encontré abajo enseguida un tranvía, y en el breve trayecto a la Grunaer Strasse tuve los peores dolores cardíacos que he tenido nunca. Cesaron en cuanto me paré, pero fue un tristísimo *memento.* A las siete en Möbius; me abrió la puerta, por estar de guardia, el vigilante Eysold, temido por su nacionalsocialismo militante, sin embargo fue amable y todo sonrisas. Lang y yo estuvimos en el mismo cuarto, tan aislados como Witkowsky y yo el otro día. Una vez vino una de las obreras y preguntó si queríamos cerveza. Pero el tabique de separación siguió rigurosamente levantado […]

25 de marzo, sábado tarde

Entre un servicio y otro: a la una menos cuarto terminó el trabajo de fábrica, a las siete comienza la guardia. Será una noche siniestra, porque el tiempo es hoy excepcionalmente desapacible e invernal. Miedo constante por todas partes. Lang me dijo completamente en serio: «No traiga trabajo de escribir. Sólo llama la atención y nos perjudica a todos. Porque el judío sólo escribe cosas corrosivas». Después de la alarma nocturna no pude meterme en la cama hasta la medianoche y me he levantado antes de las cuatro. Ahora me he dormido escribiendo.

[…]

ABRIL

2 de abril, domingo tarde

En la madrugada del viernes, a la una y cinco (o sea, la noche del jueves al viernes) alarma pequeña, y enseguida, la grande. La madrugada y el sótano le sentaron mal a Eva otra vez, y a mí me robaron una hora del sueño ya de por sí bien escaso. El viernes por la mañana otra vez alarma –sólo la pequeña–, el viernes al mediodía no hubo sirenas pero en los colegios mandaron a casa a los niños. Los norteamericanos tienen que haber causado estragos durante todo el día en Alemania central. A los periódicos sólo llega una mínima parte. En el frente ruso meridional, que ya está en Galitzia y Rumania, parece que la situación es catastrófica. – Mutschmann en un discurso, en el que una vez más los judíos tienen la culpa de todo: «Tenemos que vencer porque si no tenemos que morir».

Ayer, a continuación del trabajo de fin de semana, vigilancia de tarde hasta las siete. Yo había olvidado en casa el cacharro con la comida. Eva me lo trajo. Le enseñé en la sala de máquinas mi máquina nº 14. Estábamos solos, únicamente trajinaba un poco en la penumbra el temido maestro y jefe de defensa antiaérea Bergmann. Se acercó, le dio la mano a Eva, dijo unas palabras

amables: ¡lo que todavía se puede aprender a mis años! Pero cuando abajo, en la oficina, buscó algo en mi mesa solitaria, no dijo una palabra. Yo tomaba notas sobre Tumler y Ludwig Finckh. De vez en cuando aparecía uno o una de los charlatanes de la guardia aria vecina: «¿Se aburre usted mucho?». – «Estará muy aburrido, tan solo…» y se marchaba deprisa. Liebscher, el joven ajustador mecánico, explicaba, medio disculpándose, mientras obturaba las ventanas: «Tenemos estricta prohibición de hablar con judíos». – Cuando están juntos tienen miedo, y con razón: por doquier hay *un* delegado del Partido. Cuando están solos, pierden la inhibición. Hace poco, al etiquetar, el maestro Hartwig: «Qué habrá sido de la gente que ha venido a buscar la Gestapo… Tiene que ser horrible que a uno se le queden mirando por la calle a causa de la estrella». («Maestro, yo sólo voy a la fábrica, fuera de eso no salgo nunca a la calle: ¡porque lo de quedarse mirando no es todo!»)

El sábado de la semana anterior pusieron conmigo a una joven obrera cuya máquina no funcionaba. Enseguida tomó confianza, buscaba contacto. «Todavía no está dicha la última palabra.» Como no reaccioné, lo repitió varias veces. Después: que su marido había muerto en el frente, en Orel, que había sido un buen marido, albañil, y habían querido construirse una casa propia después, en Dölzschen; que ella ya había estado en la cárcel, por política, y que nuestro destino «le partía el corazón»… Y cuando iba al cine, evitaba el noticiario: «Cada muerto es mi marido». Al marcharse, me dio un apretón de manos, en la fábrica una cosa muy insólita entre los obreros, y, si es con nosotros, casi profanación de la raza. Desde entonces veo a la mujer sólo de vez en cuando en su lejano puesto de trabajo. Entonces nos hacemos furtivamente una seña con la cabeza. Con la señora Loewe, que trabaja en la imprenta en la primera planta, pasó también algo parecido. Si se los considera individualmente, no cabe la menor duda de que el 99% del personal masculino y femenino es, en mayor o menor medida, antinazi, filosemita, hostil a la guerra y está harto de la tiranía…, pero el miedo al 1% de adictos al régimen, el miedo a la prisión, a la guillotina y a la bala les ata las manos.

LTI. El verano pasado, unos adolescentes me gritaron una vez: «A ése lo colgamos». – «No, un tiro en la nuca…» Con ese tiro en la nuca me tropiezo ahora a menudo. En la *LTI* es el emblema del terror, el símbolo del régimen soviético, como el knut era el del zarismo […]

3 de abril, lunes noche

LTI. Durante la guardia antiaérea estoy sentado ante un escritorio bastante lejos del pasillo, que lleva, a través de esta habitación, a la sala de guardia aria. Oigo el «buenos días» o «buenas tardes» de los que llegan, no sé si va dirigido a sus compañeros o a mí, y estoy o parezco estar ensimismado en mi libro, para no equivocarme al responder o dejar de responder al saludo. El otro día oí de esa manera un «Heil Hitler», aquí completamente excepcional. Pensé: qué se le va a hacer, siempre meten por medio a algún soplón, a uno de los incondicionales. – Hoy viene a mi puesto de trabajo la buena de Frieda Dittrich, mi primera tutora, la que le envió manzanas a Eva. En tono de disculpa: «El sábado no lo reconocí, creí que quien estaba sentado allí era el jefe. Pensé, entonces tienes que decir "Heil Hitler"». – Cuando pienso en lo que a ese jefe le queda de ideología SS, la historia se vuelve aún más sintomática de lo que ya es de por sí. Möbius también piensa: allí tienes que decir «Heil Hitler» y por eso no aparece por su fábrica repleta de judíos. – […]

4 de abril, martes noche

[…] *LTI*. El *tiro en la nuca* está en auge. Hoy he visto al pasar los titulares: «Tiro en la nuca para los refugiados polacos en Londres». – La «ley de la acción» no hay forma de que desaparezca. En el artículo, desesperado y sincero, que nos leyó Stühler hace dos o tres días, ponía que no retiraríamos tropas del frente occidental, aunque siguiéramos efectuando nuestros «movimientos de repliegue», que nosotros no nos dejábamos imponer la «ley de la acción».

[…]

Propaganda: las novelas inglesas están prohibidas, como es natural; pero en todos los escaparates hay libros de Cronin[31]: él es escocés y pone al descubierto las deficiencias de las instituciones sociales inglesas. – La mayor parte de las bibliotecas circulantes (Eva lo intenta) ya no toman clientes nuevos: no pueden reponer los libros que están deteriorados de pasar por tantas manos.

7 de abril, viernes tarde

En Möbius, las mujeres tienen en la primera planta un dormitorio separado para

la guardia nocturna. Antes, nuestra escalera pasaba por allí, ahora nos la han cerrado y nos han asignado otra; cada vez es más estricta la separación. Pero he aquí que el otro día en ese dormitorio de mujeres apareció, salida de alguna parte, una chinche; han fumigado la sala y, mientras estuvo en marcha esa operación, colocaron cuatro camas para las mujeres en nuestra «sala del séquito». Con eso está relacionado sin duda alguna el hecho de que los judíos no hayamos tenido guardia toda la semana de Pascua. Así, la Providencia se ha servido de una chinche para dejarme descansar cuatro días completos.

[…]

La señora Rudolph, con la que he trabajado en las últimas semanas, ha recibido de la oficina de trabajo quince días de vacaciones, para hacer compañía a su madre: su hermano ha caído en el frente. La señora Scholz, con la que trabajo ahora, ha perdido un hijo en el frente oriental, la obrera que mencioné el otro día, a su marido. En *una* sala de máquinas, tres mujeres que han sufrido una pérdida, todas hostiles al régimen, y todas inclinan la cerviz cuando están en grupo. –La señora Stühler ha regresado hoy de Baviera; dice que allí dan rienda suelta a su furia en público.

[…]

8 de abril, sábado hacia el anochecer

[…]

Ayer tarde vino Stephan Müller, esta tarde la señora Winde y la señora Kreisler. Tienen bastante optimismo: los rumanos y húngaros parece que están pasándose al otro bando, el avance ruso ha sido detenido de momento por tropas alemanas, transferidas allí del frente occidental. – «¡No nos dejaremos imponer la ley de la acción, no retiraremos tropas del frente occidental!», decían hace pocos días; la invasión angloamericana, en varios puntos a la vez, es inminente.

[…] Conversación con Stühler padre: «Quiero dar testimonio». – «Todo lo que escribe usted lo sabemos, y las cosas grandes, Kiev, Minsk, etc., no las sabe usted.» – «Lo que importa no son las grandes cosas, sino la tiranía de cada día, que se olvida. Mil picaduras de mosquito son peores que un golpe en la cabeza. Yo observo, anoto las picaduras de mosquito…» Stühler, un rato después: «Una vez leí que el miedo ante una cosa siempre es peor que el hecho mismo. Qué horror tenía yo al registro domiciliario. Y cuando llegó la Gestapo, estuve

completamente frío y firme. ¡Y con qué gusto comimos después! Todas esas cosas buenas que teníamos escondidas y que no habían encontrado». – «¿Ve usted? Eso es lo que yo apunto.»

La señora Winde estaba muy abatida: mañana su hijo, que ha estado aquí de permiso, vuelve al frente.

[…]

12 de abril, miércoles mañana

[…]

Después del trabajo, hacia las cinco, en la óptica Hahn, Wilsdruffer Strasse, donde Eva me había pedido hora. Un hombre de edad, con insignia del Partido, la tienda llena de gente. Me examinó muy a fondo, casi afectuosamente, en la pieza vecina. Voy a tener *dos* gafas –«las más caras se las sacamos al seguro»–, estarán terminadas ya dentro de *una* semana. (Tres meses se considera normal.) «¿Ha sabido algo del joyero Arndt, que está en Theresienstadt?» Entablamos conversación. «¡Esos bandidos!… Pero esto ya no puede durar mucho tiempo.» ¡Miembro del Partido! Yo, al final: «Pero no cuente nada a nadie; si no, no necesita hacerme las gafas, porque me costaría la cabeza». Con todo ello, los ojos me hacen sufrir más que nunca. Continuamente trastornos de la vista. El óptico dijo: «En el izquierdo le quedan ocho décimas partes de visión, el derecho, normal».

[…]

13 de abril, jueves mañana antes de las seis

Quien me atendió tan amablemente el otro día en la óptica fue el dueño, Hahn. Su hijo ha muerto en el frente, según me ha dicho Witkowsky. *Hinc sympathia*[32]. Parece que no hay mejor publicidad contra Hitler que la muerte heroica de los hijos. Así fue también con el amigo del agente inmobiliario Richter, en cuya villa de Wehlen yo podría esconderme cuando todo empezara en agosto de 1943. No empezó nada, y Hitler gobierna, y Richter está entre rejas.

Witkowsky, el *moriturus* enfermo de cáncer, ha declinado la *Entpflichtung* [‘exención del servicio’] *(LTI)* y trabaja seis horas diarias. Porque se aferra a la vida y porque se aburre mortalmente en casa. Está en una silla, justo a mi lado, y

mientras yo voy metiendo en cajas nuestros grandes sobres para documentos, mientras me los llevo y se los pongo al maestro en la carretilla de mano, mientras traigo en la carretilla el papel para los sobres, Witkowsky cuenta todo el tiempo miles y miles de diminutas bolsitas de celofán para unos polvos para los nervios. Es un veneno mortal para los ojos, es mortalmente monótono: pero absorbe su atención, y está contento. Trabaja, sigue ganando dinero, en torno a él hay ruido de personas, de máquinas, está vivo […]

14 de abril, viernes noche

Por la mañana ha habido otra vez alarma pequeña, desde las once menos cuarto más o menos hasta las once y media; con el estruendo de las máquinas yo sólo he oído el cese de la alarma […] Mi buena señora Scholz me ha regalado hoy 1 kilo de pan en cupones, diciendo que puede prescindir de ellos, que ha comido durante los días festivos en casa de su nuera, en Pulsnitz. Individualmente, la gran mayoría de las obreras y de los obreros es *así*. Y por todas partes, el miedo. «¡No se lo diga a nadie, no se lo diga a nadie!» Por mi parte, lo mismo. La señora Scholz: «Lo mejor era cuando teníamos al káiser y al rey, entonces había paz y mucha comida». Yo: «Señora Scholz, yo no desconfío en absoluto de usted, pero si lo quiere el diablo, una conversación política con usted me cuesta la cabeza» […]

29 de abril, sábado mañana

[…] El miércoles, un hombre de barba blanca me dijo a voz en grito en la Frauengasse: «¡Perro judío!».

Noche

Lo mismo que Lang y que Rieger, evito ahora las calles de mucho tránsito y tomo el callejón de los burdeles, la Kanalgasse. Pero no sirve de nada. Cf. arriba, el «perro judío». Y ayer un soldado incluso se puso a alborotar, frente a Lang y a Rieger, diciendo que quería, que tenía que matarlos a tiros a los dos. El público se guardó mucho de intervenir. Una mujer que acompañaba al energúmeno lo tranquilizó. «¡Pero desde luego la próxima vez!» Durante la guardia del jueves, Rieger me leyó en el periódico que en Hungría habían sido expropiados e

internados 300.000 judíos[33]. Era, como siempre, horriblemente pesimista: que con toda seguridad nos fusilarían o nos gasearían a todos. (Nuestra relación ha mejorado un poquito.) Con todo y con eso y a pesar de mi terrible agotamiento y mi miserable estado físico, no estoy tan completamente desesperado como en los últimos tiempos. Los alemanes pensaban seguro, y así lo han escrito repetidas veces, que la ofensiva rusa por lo pronto había fracasado y que en el este se produciría una pausa de varias semanas en los combates. Y he aquí que la pausa no ha durado ni tres días y la ofensiva ya está otra vez en plena marcha. La primera que nos trajo la noticia fue la señora Winde; volvió a afirmar, seria e imperturbable, que la invasión angloamericana era inminente. La señora Winde llegó en el momento en que me disponía a dar clase a Bernhard Stühler. Apenas se había marchado, apareció con un pan bajo el brazo Paul Lang: me pedía un intercambio de guardias y que me hiciera cargo de la que él tenía en la noche del domingo 7 al lunes 8 de mayo: cumpleaños de su mujer. Lo acepté, con el resultado de que ayer también me pidió Rieger otro cambio: quiere estar libre el 1 de mayo: cumpleaños propio. Me vi moralmente obligado a aceptar: esta vez sin pan. En el plan de la fábrica yo estaba para el miércoles y el sábado, y ahora me he hecho cargo de los dos días festivos, para empezar a las seis.

[…]

Hoy, a las once y media, ha habido alarma pequeña, e inmediatamente después, la grande con disparos. Un altavoz anunció con voz sorda en el sótano: «La masa de los aviones enemigos se encuentra en el sur de Brandeburgo, algunos aparatos aislados han recibido disparos aquí». A las doce y cuarto, cese de la alarma pequeña, a las doce y media, de la grande. En ese tiempo Eva se encontraba en el sótano de la señora Winde. Yo pensaba continuamente en mis manuscritos, en las partituras y en el diario. Todo en manos del destino.

Uno de estos días pasados, los judíos con estrellas pudimos y tuvimos que marcharnos a casa ya a las cuatro; nuestros abrigos, etc., debían desaparecer totalmente de la «sala del séquito», en su lugar apareció en la pared una foto de Hitler decorada con la bandera de la cruz gamada, y el pequeño atril también quedó decorado con la bandera. Proximidad del 1 de mayo, asamblea de propaganda, habló un orador del Partido.

En el periódico, emergiendo casi fantasmagóricamente del Hades, un encuentro del Führer con el Duce, en torno al cual había reinado tanto tiempo el

más absoluto silencio. Las antiguas consignas del Eje y de la victoria final, como en los viejos tiempos. El Duce pasaba revista a «divisiones» recién formadas, que lucharían por la «república fascista», por el Eje y por Alemania. Al día siguiente amplios artículos explicativos: el plan de los enemigos había fracasado, la mayor parte de Italia era fascista y aliada de Alemania. Pero no deberían haber publicado al mismo tiempo fotos del Duce. Aquel hombre, antaño macizo, gordo, de prepotencia cesárea, ahora es un hombre quebrantado, de mejillas hundidas, un humilde esclavo, mal alimentado y enfermo, al servicio de los alemanes. El conjunto, como he dicho, es una fantasmagórica farsa publicitaria, que pasa de rosca incluso para los nacionalsocialistas.

LTI. En el *Dresdner Zeitung* del 26 de abril, ampulosa información sobre la «continuación del ciclo de conferencias de la Oficina lingüística de Sajonia». (¡Seguirle la pista a la Oficina lingüística y a sus publicaciones! Asimismo a la *Filosofía del lenguaje* de Günther Ipsen, que después de la guerra mundial veía «la lengua como algo integral, como la expresión de la totalidad vital del pueblo», en lugar de considerarla, a la manera del siglo XIX, un «utensilio» y, «partiendo de la gramática, privarla de vida y de sangre».) Frase decisiva: «En el Estado nacionalsocialista, ya no se tiene a la lengua por un mecanismo, sino que se la reconoce y se la valora como una figura de naturaleza propia, como expresión de la vida anímica de la comunidad biológico-espiritual hombre-pueblo». Si se prescinde de lo ampuloso del estilo, la nueva filosofía de la lengua no quiere otra cosa que lo que quiere la filología «idealista» y también gente como Vossler, Spitzer[34] y yo mismo. Sólo que *quiere* ser acientífica. Quiere estar al servicio de la política. (El artículo, o mejor dicho la conferencia, empieza con una cita de Arndt, que aspira a una «aurora política» en la palabra, en el lenguaje.) Los nacionalsocialistas reprimen, esclavizan conscientemente la ciencia.

Otra vez ha aparecido por el patio, recogiendo carbón, el soldado italiano, que ha estado algún tiempo trabajando en otra empresa. La señora Belka exclamó espontáneamente, por lo que se trata al parecer de un calificativo normal entre las obreras: «¡Ahí está de nuevo *Badoglio*!».

[…]

30 de abril, domingo mañana

Por la mañana canciones, tambores, desfiles, gritos: llegada, formación, recuento de los niños y adolescentes de las HJ y de la BDM en el puente de Carola. Alguna ceremonia oficial en el Stallhof. Le tengo horror a esa desindividuación y a esa masificación. Pero parece evidente que es *síntoma general* de estos tiempos. En la Roma fascista, en la Rusia soviética, antaño en el *Reichsbanner*[35], también en las democracias, en Estados Unidos, parcialmente en Gran Bretaña: en todas partes lo mismo. Ya hubo antes de la primera guerra mundial ese colectivismo: la escuela primaria, el servicio militar obligatorio, los clubes deportivos, las asociaciones estudiantiles; pero existía la posibilidad de contrarrestarlo en la vida privada, individual, familiar; y además los diversos grupos divergentes se equilibraban unos con otros, a lo Montesquieu…

MAYO

1 de mayo, lunes, una y media

A las cinco se acaba mi tiempo libre, porque a las seis empieza la guardia nocturna. Esta tortura de los trastornos de la vista me ha estropeado todo. En cuanto a trabajo, es decir, lectura, he leído el libro de Goebbels, pero todavía sin apuntes. Si no se me restablecen los ojos, tengo que dejarlo todo, y en tal caso puedo pedir literalmente que me entierren.

Ayer por la tarde Lewinsky en casa, una tarde vacía, aburrida. Esta mañana, mientras daba clase a Bernhard Stühler, llegó Steinitz y nos presentó a su sobrina carnal (semiaria), que había venido de Berlín en viaje de fin de semana. Una joven vigorosa, algo proletaria, muy rubia y germánica de aspecto, con los labios pintados, simpática en su espontaneidad. Me impresionó mucho lo que contó de Berlín, porque *confirmaba* lo que Goebbels subraya incesantemente: los berlineses están completamente habituados a los bombardeos (el sábado, mientras nosotros estábamos en el sótano de Möbius, tuvieron otra vez uno fuertísimo). En todas las calles grandes estragos, por todas partes pérdidas humanas, pero el ambiente es en conjunto bueno, la gente lo toma con humor, y está hecha a la idea de que va para largo y de que hay que aguantar. Las

asignaciones extraordinarias y el miedo contribuyen a ello, se protesta y se gruñe aquí y allá, pero en su conjunto, como he dicho, se aguanta de una manera muy berlinesa, bromeando, fanfarroneando y no tomándolo en serio. Con una derrota próxima no cuenta nadie, parece; unos dicen que la guerra durará dos años más, otros, que la «revancha» decisiva *alemana* es inminente. (De esa «revancha» se habló oficialmente durante meses, luego fue ridiculizada por el público, luego se dejó de hablar de ella. Y ahora resurge en lo que cuenta esta chica.) La muchacha trabaja en no sé qué empresa de Berlín, de modo que se entera de bastantes cosas. Así pues, el régimen no tiene que temer que haya un derrumbe o una sublevación en el interior. Y en este punto, Goebbels tiene razón, completamente: como método para rebajar la moral, la ofensiva aérea es un fracaso.

Los Stühler dicen a este respecto: hoy por hoy es imposible opinar sobre la actitud de la gente. Todos están hartos, y todos tiemblan y disimulan. Del interior no vendrá nada esta vez.

La sobrina de Steinitz contó también algo que Eisenmann nos vino a decir de un modo similar a su vuelta del hospital. En Berlín no se ven judíos con estrella. La Gestapo, al parecer, está de acuerdo y hace sistemáticamente la vista gorda. La estrella o no se lleva o se tapa (así ha viajado también Eisenmann por todo Berlín en tranvía, con la cartera apretada contra el pecho). Si la Gestapo se ve obligada a intervenir por alguna delación, entonces el denunciado recibe primero una amonestación, después una multa… Aquí, en cambio, la estrella tapada cuesta irremisiblemente la vida vía campo de concentración.

2 de mayo, martes noche, veinte horas

Cuando ayer salí de casa a las cinco y cuarto, estaba esperándome abajo la señorita Rieger, la hija de Rieger, enfermera en la consulta de Katz, y me traía de parte de sus padres un paquete de comida, como consuelo y en señal de agradecimiento: canapés y bizcochos. Fue un buen detalle, pero a la altura del Neumarkt me vino, más fuerte y persistente que nunca, el dolor del pecho. Una cápsula de nitroglicerina no trajo mejoría –el resto de la caja rodó por la calle sin que yo lamentara la pérdida–, y tuve que avanzar trabajosamente pasito a pasito y haciendo pausas. Hasta que no estuve ya en plena Freiberger Strasse no me sentí mejor y tan pronto llegué a la fábrica dejó de dolerme. Pero el *memento*

continuó. Mi reloj está terminando su recorrido, *ma vue baisse*[36], y la guerra se estanca. No obstante, el intervalo entre las seis y media y las diez lo utilicé (esta vez era yo el único judío que estaba de guardia y nadie me molestaba), fuera del rato de la comida, para trabajar intensamente. Releí el Goebbels con la pluma en la mano, hice la disposición, escribí las cifras fundamentales en el esquema. Ahora necesito unas horas para los apuntes propiamente dichos. ¿Cuándo encontraré el tiempo necesario? Después leí con asco e interés *Die Geschichte von den Leuten an der Aussenföhrde*, de Moritz Jahn[37]. Este estudio novelístico sobre la psicología prehistórica y nórdica de las relaciones de clan adquiere un carácter paradigmático por la manera como se publicó. Escrito en 1929, dedicado a un amigo caído en el frente en septiembre de 1914, edición especial en 1943 de *Kleine Bücherei* [‘Pequeña biblioteca’] de Albert Langen y Georg Müller, destinada evidentemente a ser regalada a los soldados (impresión de lujo, pastas duras, tirada de 55.000, precio, 80 pfennigs). Es decir, difundida por el NSDAP, ya que sólo lo que es de su agrado –hasta se podría decir que sólo lo que de algún modo sirve de propaganda– puede aparecer en grandes tiradas.

[…]

3 de mayo, miércoles noche

[…]

LTI. En los títulos de los artículos me llama la atención por nazi la frecuencia de la palabra *total* (cf. 4 de mayo). «Educación total.» – «Bloqueo total del enemigo.» – Efecto de la propaganda: la señora Belka me ha preguntado varias veces: «¿Su mujer es *alemana*?». – «¿La mujer de Jacobi es *alemana*?» Etc. A mí eso me afecta más que el término venido de fuera «ario». Muestra hasta qué punto han conseguido el «bloqueo total» de los judíos en la conciencia del pueblo.

La señora Rudolph, con la que antes trabajaba muy agradablemente, cuyo hermano ha muerto en el frente y que, debido a eso, estuvo de permiso dos semanas para consolar a la madre, ha vuelto otra vez. Le di el pésame. Dijo «sí» de un modo llamativamente frío, brusco y breve y se apartó enseguida de mí. ¿Miedo? ¿O cree de verdad que su hermano es una víctima de los judíos? Lo uno tan abominable como lo otro.

Eva estuvo ayer tomando café en casa de Elsa Kreidl. Cuenta que esa mujer está cada día más abatida, llorosa e inconsolable. La pérdida de su marido, el asesinato de su marido: con el tiempo, le viene a la conciencia en todo su horror. Al principio no parecía que estuviera firmemente del lado de los oprimidos. Kreidl murió hace ya dos años.

En la fábrica, el asunto Witkowsky-Lang es cada día más penoso. Witkowsky, mortalmente enfermo y según todas las apariencias ya no muy bien de la cabeza, toma como una ofensa cualquier palabra inocente, tiene ataques de furia, jura venganza, y podría arrastrar a la catástrofe a todo el grupo, del mismo modo que el difunto Leipziger arrastró con él a algunos judíos.

4 de mayo, jueves noche

LTI. Esta mañana, al pasar por un escaparate de la Amalienstrasse (lucha con el viento, palpitaciones), un juego semejante al de damas, anunciado como «El juego total» (cf. 3 de mayo).

6 de mayo, sábado mañana

Ayer una sentencia de muerte menos diferida y más cruel que el diagnóstico de angina de pecho. Un músculo del ojo, el *obliquus inferior* del ojo izquierdo, está paralizado. El ojo puede quedar eliminado poniendo en las gafas un cristal mate, arreglo no tiene. «En las gafas de leer puede poner usted papel de seda sobre el cristal izquierdo.» ¿Cuánto trabajo voy a poder llevar a cabo con *un* ojo? ¿Y cuánto tiempo me queda? Causa, probablemente azúcar: de ahí el tormento de la sed en los últimos tiempos. Cómo ha ocurrido: un ataque de apoplejía mínimo, pero un primer ataque. Yo había esperado morir dignamente de infarto. ¿En qué me dejará convertido el segundo ataque? ¿En un pobre idiota que se caga en la cama, como Grete, como papá? ¿Con Eva sufriendo como yo y sintiendo asco de mí? Pero yo no tengo Veronal, me falta el valor, y he de intentar sobrevivir al Tercer Reich, para dejar segura la pensión de viuda de Eva.

El trabajo de más de diez años ha sido en vano: el *Dix-huitième*, el *Curriculum*, la *LTI:* no quedará nada terminado, no se publicará nada. *Vanitatum vanitas*, pero sin embargo muy amargo. Puede que ya nada de eso tenga el menor valor: ¿qué puede producir, qué puede analizar un esclerótico?

Quiero sin embargo, para tener un asidero, seguir trabajando como hasta ahora. Tal vez suceda un milagro. Y si no sucede: de alguna manera tengo que superar el tiempo que me queda.

Un hombre afable, de barba gris, con acento suabo, el doctor Waldemar Lothar Meyer, *già* consejero superior de Sanidad, en la Weintraubenstrasse. La caminata hasta allí me produjo graves molestias cardíacas. Mucha clientela nazi, gente modesta (cruz gamada, Heil Hitler…). El médico y su enfermera hicieron caso omiso de mi estrella, pero fue horrible. Examen muy largo y muy a fondo.

8 de mayo, lunes hacia el anochecer

[…]

Hacia el mediodía, Konrad nos ha hecho una primera visita formal. Trajo una novela de gueto moderna que he comenzado a leer en voz alta. (¡Leer en voz alta! ¡Otra vez al cabo de meses!) Contó los dos últimos chistes de actualidad. (¿Qué es ser cobarde? Cuando uno se apunta al frente oriental para marcharse de Berlín. Y: El gobierno ha ordenado hacer una radiografía de todo el pueblo. Quiere ver quién tiene a Hitler en el corazón y quién lo tiene en el estómago.) […]

9 de mayo, martes hacia el anochecer

[…]

Neumark ha contado: 1) Jon Neumann † en Theresienstadt. Parece que no hay que ponerlo en la lista de asesinatos –insuficiencia cardíaca después de una operación de hernia–, pero muy triste. Me hubiera gustado tanto volver a verlo. El número de muertos es cada vez mayor. 2) El, Neumark, no cree que se produzca la invasión. Tal vez la desee el bando alemán como última posibilidad de victoria. Pero los otros pueden seguir esperando y ahorrar muertos. Dice que Alemania está acabada: para el abastecimiento se recurre a las últimas reservas (arroz y sacrificar animales), se llama a filas a los mutilados *(à la lettre*, lo han hecho con un manco). Opina que tal vez esto se prolongue hasta finales de año, pero no más. (Como complemento, Eva trajo del mercado el testimonio de una vendedora que simpatiza con los judíos, la señora Schibilschak: que la invasión no era necesaria, que esto se acababa, y pronto, «¡si yo me fuera de la lengua, las

cosas que podría contar!».) 3) Chistes nuevos: el Führer tuvo razón cuando dijo que dentro de diez años no íbamos a reconocer Berlín. – César, Federico el Grande y Napoleón conversando en el Olimpo; César: Si yo hubiera tenido tanques, habría conquistado toda la Germania. Federico: Si yo hubiera tenido aviones, habría conquistado toda Europa. Napoleón: Si yo hubiera tenido a Goebbels, hoy nadie sabría que perdí la batalla de Leipzig. 4) Quejas sobre la rebelde actitud de Stühler. Ha tenido un fuerte altercado con Katz y ha protestado por haberle sido asignado, en su opinión injustamente, trabajo de domingo. Este asunto ya había sido comentado con durísimas palabras, aquí por Stühler, y en la Borsbergstrasse por Katz. Katz y Neumark, responsables ante la Gestapo y esclavizados por ella, tienen una posición dificilísima, no quedan bien con nadie, y los judíos están todos exasperados y con la sensibilidad a flor de piel. Yo trato siempre de calmar los ánimos. En este caso, la pelea me resulta especialmente penosa, porque, tanto desde un punto de vista afectivo como por puro egoísmo, estoy con las dos partes. Stühler dice que Katz lo había declarado expresamente no apto para el trabajo y que sin embargo después, por mostrarse complaciente con la Gestapo, lo había puesto en el durísimo trabajo de acarrear carbón en domingo. Katz niega haber declarado a Stühler no apto para el trabajo y se queja de la brusquedad y la grosería del matrimonio Stühler. Casos como éste son aquí normales.

[…]

12 de mayo, viernes tarde

[…]

Katz ha controlado mis reflejos nerviosos, ha hecho también un test de Wassermann (curioso ver que la cánula se llena con la propia sangre). Ahora, a partir del lunes, tengo que trabajar otra vez en la fábrica, con una romántica venda en el ojo izquierdo, ya que las gafas que me han recetado no las consigo tan rápidamente; a continuación me daré otra vez de baja. Después hay que sacar a colación los intereses del seguro de enfermedad, insistir en mi buena voluntad y en la parálisis del ojo y solicitar mi baja del servicio. Entretanto se envía una humilde petición al señor Mutschmann para que me conceda una parte de mi jubilación, ya que tanto mi esposa *aria* como yo estamos incapacitados laboralmente. «Hemos de tener en cuenta la mentalidad primitiva de

Mutschmann», dijo Neumark. ¡Nada de exigencias, sólo pedir humildemente *una* parte! Hemos escrito sólo «Prof. de la Escuela Superior Técnica», nada de «departamento de Ciencias de la Cultura». Eso podría irritarle: ¡un judío y la cultura alemana! Estas son nuestras consideraciones. Neumark propuso: «… pagar *al menos* una parte de la jubilación». Yo: «Al menos» le puede molestar. Así que tachamos «al menos». Esto también forma parte probablemente de la *LTI*. […]

Ayer por la mañana vino Waldmann: él o algún otro *(nescio)*[38] había oído por radio, oído claramente: desembarco de tropas angloamericanas. Pero el «dónde» fue inaudible por interferencias. Este mediodía, en el cementerio, la señora Jacobi ya sabía por Waldmann que un centinela había contado que en Francia «habían puesto en marcha algo gordo». *Sic crescit fama*[39]. ¿Patrañas o una pizca de verdad?

[…]

Abajo, los barracones. Justo delante, quiero decir, detrás de nuestra casa, el ambiente es apacible y divertido. Un grupo de zapateros rusos, que trabajan en casa y tienen al parecer bastante libertad, aunque sean prisioneros de guerra. Llevan correctos uniformes verdes, juegan a la pelota en el patio, siempre están de buen humor; se sientan en grupos, uno toca la balalaica, canta, otro le corta el pelo a un camarada. Se entienden bien entre ellos y se divierten, con los vigilantes la relación es amistosa. Una vez uno de esos chicos vino a mi encuentro y me metió en el patio, riéndose y sin el menor esfuerzo, la carretilla llena de carbón. – En cambio, los barracones del patio de la Zeughausstrasse 1: todo cerrado a cal y canto, sólo muy en lo alto unas ventanas estrechísimas y obturadas, constantemente un centinela con ametralladora en el patio; a los hombres sólo se los ve cuando vuelven del trabajo en columna cerrada o cuando van a por comida o empujan una carretilla. Son prisioneros civiles, hay allí una *dépendance* eslava de la PPD.

[…]

19 de mayo, viernes tarde

Desde ayer otra vez «de baja por enfermedad». (También forma parte probablemente de la LTI. Todo el mundo tiene que ver con el seguro de

enfermedad y con el *médico inspector de sanidad.)*

[…] Había quedado con Katz en que trabajaría «diez o doce días», que luego me daría otra vez de baja, y que él pondría en marcha lo de mi «exención» […] Así que el jueves por la mañana fui a ver a Katz; estaba muy seguro de que su plan iba a dar resultado y me entregó una carta cerrada para el médico de sanidad. «No se preocupe en absoluto, déjelo en mis manos, esto funciona.» Como también «funcionaba» la ofensiva inglesa en Italia[40] y como el parte de guerra alemán hablaba de la inminente invasión por el oeste, yo creí –como he dicho– que el capítulo «trabajo de fábrica» estaba definitivamente concluido. En la Sternplatz –la espera habitual– fui a dar con un médico nuevo, un tipo rollizo que yo no conocía, parecía oculista especializado en recetas de gafas, en la puerta colgaba un cartel con números. Leyó la carta de Katz, sacudió la cabeza, hizo un movimiento desdeñoso con la mano y dijo, *uno tenore*[41]casi literalmente: «¡De ninguna de las maneras! ¡Exención! Estamos en guerra, usted sólo tiene sesenta y dos años, trabajan hasta los ciegos… ¿Exención?

En absoluto. Para el seguro del Reich, eso no es una enfermedad. Tendrá que acostumbrarse, hasta los ciegos trabajan. Descanse ocho días, le declaro apto para el trabajo a partir del próximo jueves. Heil Hitler!». Dijo de verdad, al final de su discurso, «Heil Hitler». En todo aquello no hubo examen clínico, ni sombra de examen clínico. – Esta mañana le he contado a Katz todo el asunto. Dijo que no había nada que hacer, que tendría que reanudar el trabajo el 25 de mayo, darme de baja otra vez al cabo de algún tiempo, y después intentarlo con el corazón, en lugar de con los ojos como ahora. – Así que no ha habido ningún cambio en mi situación, ni mejora alguna en la vista. (Eva me ha comprado un parche para el ojo, pero me molesta muchísimo.) La exención «funciona»; funciona tan bien como la ofensiva inglesa. Pero quiero aprovechar estos otros días de vacaciones.

Tarde, hacia las ocho

Eva acaba de volver de casa de la señora Kreisler-Weidlich, con la que hace veladas musicales. El señor Weidlich ha llegado con la noticia de que en la radio *alemana* habían hecho público a las cinco, de un modo embrollado pero claro, que habían tenido lugar «desembarcos» (plural) en la costa occidental. Nosotros, como los Stühler, estamos con los nervios en tensión. Y escépticos. Ha habido ya

demasiados desengaños.

El 16 de mayo lo pasamos con mucha melancolía, casi sin esperanza. Eva me regaló dos camisones que había confeccionado a base de cortinas viejas. Yo tenía para ella *un* purito que me regalaron hace poco los Glaser. Pero tuvo que ir a buscarlo allí, porque Glaser no se atrevió a dármelo a mí. Habrían podido encontrarlo y averiguar su origen. – Para mí, personalmente, el día fue doblemente sombrío: por el ojo y por la noticia de la muerte de Sussmann, recibida la víspera.

Martin Sussmann † 8 de mayo de 1944 en Estocolmo, de cáncer de estómago y de hígado. Yo esperaba la noticia, y sin embargo fue un golpe durísimo. Por egoísmo: Sussmann era mi último vínculo con el mundo exterior, y además me hubiera gustado muchísimo intercambiar experiencias con él después de la guerra. Pero le tenía también verdadero afecto.

Siempre me dio pruebas de amistad y de lealtad, y en la situación más apurada, cuando todavía nuestra unión era totalmente ilegítima, se ocupó mucho de Eva. – […]

20 de mayo, sábado mañana

[…]

Eva ha estado en la oficina del administrador de nuestra casa, Richter. Éste ya no está en la Jefatura de Policía. Pero no lo han llevado a ningún sanatorio sino al campo de Buchenwald. La secretaria, la señora Streller, sigue llevando la oficina, la esposa se ha trasladado con el hijo segundo a una casita pequeña, el hijo mayor va aquí al colegio.

Hace poco le pregunté a Steinitz por qué razón la hija de Jacobi lleva la estrella judía. La niña nació después de las leyes de Nuremberg, la madre es protestante, el padre procura sacar provecho de todo. Una hija «educada a la alemana» lo habría privilegiado. Steinitz me respondió sin rodeos que en aquel entonces Jacobi seguramente esperaba poder emigrar a Estados Unidos; los comités norteamericanos lo habrían protegido más decididamente, es probable incluso que lo habrían protegido *únicamente* si él subrayaba su judaísmo a través de la niña. – Los judíos son por supuesto desgraciados, y la razón está de su parte; ¿pero simpatizar con ellos por principio? No, gracias […]

21 de mayo, domingo mañana

Las noticias de los «desembarcos» en el oeste eran falsas otra vez. Hondísimo desengaño, aún más hondo debido al mal estado de salud de ambos. Los ojos me fallan continuamente.

[…]

23 de mayo, martes mañana

[…]

Envidio a Steinitz, que ahora viene mucho por casa. Después de operarse de cataratas está medio ciego, trabaja todo el día en el cementerio, se ocupa tan intensa como improductivamente en el inglés y así y todo está contentísimo, seguro, al parecer, de que aún tiene por delante veinte años llenos de trabajo interesante –está especialmente orgulloso de la tumba de su abuela, que cuida él, ella llegó a cumplir ciento cuatro años y a los cien todavía iba a la ópera–, pero por lo visto también perfectamente sereno ante la idea de la muerte, aunque este año cumplirá setenta.

También envidio a Lewinsky, que se engaña a sí mismo tan maravillosamente. «En la fábrica he de tener un libro conmigo, delante de mí, no tengo tiempo de leer, pero tengo que verlo, que acariciarlo…» – «Le he dicho al médico del seguro: "Doctor, yo finjo salud".» Finge también un constante flotar en regiones goetheanas […]

24 de mayo, miércoles mañana

El problema de los ojos es cada vez más grave. Pasar revista a los números del *Reich* que se han ido acumulando me molesta más aún que leer una sola página de libro o manuscrita. El parche del ojo y las gafas al mismo tiempo es una tortura. Eso unido al deslumbramiento que produce la luz difusa del cielo lluvioso. Los editoriales de Goebbels repiten, en constante *crescendo*, sus escasas ideas. «Somos el pueblo de élite de la tierra, lo admitan o no lo admitan los otros.» Y protegemos a Europa, de lo contrario Rusia será la única vencedora. «…Un boxeador, tras haber conseguido el título mundial, no suele ser más débil que antes, aunque su adversario le haya partido el hueso nasal.» – «Los pueblos de Europa tenían que darnos las gracias de rodillas…» («Nuestro

pueblo», 23 de abril de 1944). – «Nuestro socialismo», 30 de abril de 1944: Nosotros tenemos las mejores prestaciones sociales, sólo nosotros. Nosotros tenemos el verdadero socialismo, todo sucede para el pueblo. Tenemos las manos limpias. «¿Por qué han venido al Reich millones de trabajadores extranjeros» y se comportan aquí durante los ataques terroristas, etc., «como si defendieran lo que es de ellos? Porque están convencidos de nuestra equidad… Muchos de ellos viven en Alemania en guerra mejor que vivían en su patria en tiempos de paz.» *D'altra parte*: «El judaísmo es la encarnación del capitalismo. Lo cultiva, según la situación y las circunstancias, a la manera plutocrática o a la manera bolchevique. El efecto es en ambos casos el mismo…». Nosotros en cambio: «Los líderes del Partido están exclusivamente al servicio del bienestar del pueblo…». Qué enorme suma de mentiras en un poco, en un poquito de verdad. Fantástico: los trabajadores que han «venido». Los han traído como esclavos y como a tales se los trata. – «Una decisión a vida o muerte», 20 de febrero de 1944: Los soviets destruirán Europa. Ahora tratan de engañarnos: «En lugar de Komintern dicen ahora Imperio soviético. Suprimen la Internacional y la sustituyen por un himno nacional ruso. Tiran el ateísmo por la borda y entronizan en Moscú a un nuevo Metropolitano. El dictador manchado de sangre en nombre de la clase trabajadora se transforma en un limpio y aseado mariscal de la Unión Soviética… Al final de la gran estafa viene el tiro en la nuca…». «Los factores de inseguridad», 7 de mayo de 1944: Todavía oscila la fortuna de la guerra. Una invasión fracasada sería para el adversario la derrota definitiva. (¿¿¿Por qué???) ¡Y fracasará! «En el pueblo alemán se teme, no que venga la invasión, sino más bien que no venga…» Estamos preparados y somos superiores. «Si el enemigo tuviese efectivamente la intención de poner en marcha, con tan absoluta irreflexión, una operación de la que depende todo, entonces… ¡buenas noches!» Y después: con nosotros combaten soldados para defender el suelo patrio y una «cosmovisión»; en el otro bando: mercenarios, para defender la «plutocracia internacional».

Reich, 7 de mayo de 1944, «Mil palabras soviéticas»: Badoglio ha introducido el ruso como asignatura escolar: los italianos no aprenden ruso auténtico, no aprenden la lengua de Gogol, de Dostoievski, de Turgueniev, de Tolstoi. «Los bolcheviques han enterrado la lengua rusa bajo la riada de palabras malsonantes abreviadas y artificiales: los colegiales del sur de Italia aprenden un

slang.» Breve artículo, firmado «fr.».

Francia. El 30 de abril, artículo en el *Reich*: «Ejército del crimen. El terrorismo en occidente» por Georg Wilhelm Pfeiffer, SS y reportero de guerra. En tal artículo se explica el término *maquis* como «escondrijos espinosos, en el sur de Francia, para francotiradores». Palabras nuevas para mí: *armée secrete* es la denominación que da la «empedernida burguesía gaullista» al terrorismo en su conjunto. Se habla también de «ejército de liberación». Pero las milicias nacionales dicen *armée du crime.* Su punto de partida, el MOI[42] (Mouvement d'Ouvriers Immigrés), el «caballo de Troya» de los soviets. Se suman a ellos rojos españoles, comunistas alemanes, polacos y, sobre todo, judíos, judíos, judíos: los franceses están en ínfima minoría. Organizados en *détachements*[43], en *camps*, *comités interregionnaux*, *comité national.* Jefe supremo, De Gaulle[44], *via* De Gaulle: Moscú. Auténticos combates, redadas. Policía francesa, también tropas alemanas. Asesinatos, asaltos a mano armada, robos de bancos, de ganado. En los procesos, repetidas veces, *judíos, judíos.* – El 23 de abril, artículo sobre Marcel Déat[45], firmado «ar». Normalien[46], catedrático de instituto, ex combatiente, en 1926 *député* socialista. Escribió en *L'Œuvre* contra la entrada en la guerra. 1939: «*Mourir pour Dantzig?*». En 1933 fundó un partido neosocialista, fue después uno de los primeros *Munichois*[47]. Sus editoriales cotidianos en *L'Œuvre* previenen a los *vichyssois.* Ahora ministro del Trabajo en el gabinete de Laval[48]. Se ha separado de Léon Blum[49] como Darnand[50], que procede de la *Action française*[51], se separó de Maurras[52]. El tercero, antes en la extrema derecha, es Henriot[53]. Déat es un «buen francés, buen socialista, buen europeo», es también «el primer ministro francés que habla con soltura el alemán». (¿Cuándo oiré hablar alguna vez de la «otra Francia»?)

[…]

Noche

[…] Mi semana de vacaciones se ha acabado. Resultado intelectual: leído un Johst, dos Johst[54], el Stresemann[55] y hecho algunos extractos del *Reich.* ¡Mis pobres soldados de papel del Tercer Reich!

El parte militar alemán parece que consigna «importantes incursiones» en el frente de Nettuno. ¡Si pudiéramos entender qué sentido tienen esos esfuerzos de

los ingleses! *Ahí* no se decide nada.

26 de mayo, viernes mañana, seis horas

La máquina 49, exactamente como la dejé hace ocho días. Solamente los sobres tienen otro membrete. La vecina me ayuda a sacar el papel, así he llegado a 23.000 piezas, la jornada la superé más o menos, sólo que esa jornada es un vacío absoluto, apenas se diferencia de la muerte. Entretanto, Jacobi se ha ido a Bauer y trabaja acarreando material. Sólo quedamos cuatro, y Witkowsky sigue vociferando, desagradable y peligrosamente, contra Lang, y nada, absolutamente nada, ha cambiado en lo esencial, o sea, en la nada. Que hayan dejado de suministrarnos el almuerzo agrava las cosas, obviamente, y el ver todo doble y los frecuentes dolores de ojos y de cabeza las agravan aún más.

Anteanoche, la noticia de algunos éxitos ingleses en Italia elevó un poco la moral en la *Judenhaus* (aunque no por mucho tiempo, evidentemente). Waldmann subió las tarjetas de racionamiento para cada familia. Llamó a la puerta de los Stühler: «¿Se puede pasar?». – Stühler preguntó que desde cuándo era tan educado. «¡Me estoy preparando para tratar otra vez a mis clientes!» Era peletero en muy buena situación. Ahora acarrea carbón, como portero, transporta muebles para la oficina de hacienda y recibe a cambio propinas. «Ayer, un alto consejero gubernamental me dio 20 marcos. Me he comprado con ellos veinte cigarrillos.»

Noche

Hoy, después de una larga pausa, el maestro Hartwig me ha echado otra vez una bronca terrible. Es algo que me trastorna mucho. *El último*, pienso en la película con Jannings[56], que hace de gran conserje de hotel, degradado a trabajar en los retretes. Y en tales momentos de humillación pienso en que Neubert tiene una cátedra en Berlín. Después, ya conozco eso, Hartwig se arrepiente y trata de mostrarme con ternura paternal qué fácil era lo que me pedía. «¡Tan fácil!» Dos ligeros movimientos de manos, y los sobres están perfectamente colocados en la caja. «¡No concibo que no lo aprenda usted!» Pero mis dedos no lo consiguen. Los ojos son una tortura diaria y no tengo la menor esperanza de que mejoren.

29 de mayo, lunes de Pentecostés mañana y más tarde

El sábado, Eva estuvo por primera vez desde Navidad en Pirna y encontró allí todo igual. Annemarie sigue siendo para nosotros un enigma psicológico. Fiel e infiel, cariñosa y fría a la vez, apática frente a la vida y frente a la guerra. Por cierto que ni siquiera Stephan Müller, que vino a vernos el sábado, supo decirnos nada sobre el estado de la guerra. Sólo afirmó que en las próximas semanas habría seguro una invasión, que había preparados ocho millones de norteamericanos, de ingleses, etc. Pero dónde sería, y si la guerra duraría todavía meses o años, de eso no tenía la menor idea. Personalmente, mi espera es cada vez más desolada, a medida que me van doliendo más los ojos y me va repugnando más la fábrica. Esta semana que empieza es especialmente larga, con dos guardias nocturnas.

El sábado tuve guardia de tarde junto con Rieger. Leí, *tant bien que mal*[57], un poco de los *Fischmann*[58], que terminé ayer. –Ayer además, o sea el domingo de Pentecostés, a las dos y cuarto, justo cuando empezábamos a tomar el té, tuvimos alarma pequeña, y acto seguido la grande. Un privilegiado que tenía radio trajo la noticia: «Los aviones enemigos están llegando al extremo norte de Dresde» (es decir, a Klotzsche más o menos). Durante unos minutos se oyó el potente zumbido de las hélices y los fuertes disparos de la defensa antiaérea. Esta vez tuve un instante de angustia. Pero todo pasó, una vez más. Dresde sigue siendo enigmáticamente tabú. ¿Realmente se lo prometieron a Beneš?[59] El último chiste: que aquí está enterrada la abuela de Churchill; otra versión: que aquí vive la tía de Churchill. – Y sin embargo, el terrorismo se agudiza cada vez más. El público sólo se entera de que los ingleses y los norteamericanos arrojan bombas, en vuelo rasante, sobre peatones, trenes, obreros del campo. La radio inglesa acusa a los alemanes de haber fusilado a aviadores ingleses en represalia por los que se han evadido. Ahora Goebbels, en un artículo oficial muy difundido (del sábado, creo), asegura que cuando los pilotos ingleses salten a tierra, el gobierno ya no ofrecerá ayuda militar para protegerlos de la justa ira y de la venganza del público, mucho más «radical» que él, que este gobierno nuestro justo y clemente. Lo que viene a significar: dejamos a los aviadores capturados a merced de la furia popular. (En la Zeughausstrasse tenemos ocasión de recordar cada día en qué consiste eso de la «furia popular»: donde ahora están

los barracones de los rusos estuvo la sinagoga.) ¿Cuál será la respuesta inglesa a los asesinatos anunciados por Goebbels?

El domingo por la tarde en casa de Steinitz: el anhelado bizcocho y café edulcorado. También estaba invitada, como otras veces, la viuda del doctor Richter, baronesa Maydell, algo histérica y decididamente antinazi, perteneciente por su origen a la nobleza báltica. Dijo que había oído emitir un juicio muy desfavorable sobre Dwinger a uno que lo conocía («un canalla»).

Por la noche, con un tiempo estupendo, ya casi demasiado caluroso, una escena idílica: los prisioneros soviéticos tocando sus instrumentos (trompeta, guitarra, balalaica, mandolina) en el patio de sus barracones, cantando maravillosamente canciones rusas, con solista y coro. Al fondo el verde intenso de los jardines, un gigantesco castaño en flor. ¿Dónde está en esos jóvenes fuertes, alegres, bondadosos, el embrutecimiento animal, la depauperación soviética? Por otra parte, ese grupo de zapateros parece que está muy bien tratado.

Ahora llevo a diario una corbata heredada de Ernst Kreidl, el fusilado. La corbata, el emplazamiento de los barracones…, todas y cada una de las cosas son un recuerdo, una amenaza. Pero la verdadera desesperación me la producen los ojos […]

Noche

Hoy he dado clase a Bernhard Stühler de once a doce. Apenas habíamos terminado, hubo alarma pequeña y a continuación, la grande. Eva estaba almorzando y se encontraba en el sótano del restaurante Altdresden, en el Neumarkt. Yo, una hora entera en la Zeughausstrasse 3. No ocurrió absolutamente nada. Pero la radio informó: «Grandes formaciones desde las siete de la mañana sobre Brunswick, Magdeburgo, Brandeburgo, noroeste de Sajonia». Probablemente, por tanto, en Berlín y en Leipzig.

[…]

31 de mayo, miércoles mañana después de las seis

Desde ayer mucho calor. En pie desde las tres y cuarto, gimnasia para la circulación. Extenuado, molestias gástricas. En la fábrica, además de la

monotonía habitual, contrariedades. El maestro vuelve a vociferar, una muchachita de dieciséis años que maneja la máquina, a mi lado, me da órdenes sin ningún respeto (me ayuda, pero lo hace de un modo irritante). Se suma a eso el disgusto por los ojos. El estado de Eva también malo. Hoy me espera guardia nocturna.

Ayer a las once y cuarto, alarma grande ya de entrada, pero cesó a los veinte minutos. Por la radio: «Eje noroeste», *cioè* Leipzig. Desde el domingo de Pentecostés, así, día y noche, sobre Alemania. Pero en Italia, lentísimo avance, y en otro sitios no ocurre nada. Desesperanzado.

JUNIO

3 de junio, sábado tarde

El lunes por la mañana, acabada la guardia nocturna –así lo he acordado con Lang–, me doy de baja por enfermedad. Nuevo intento con vistas a la exención; si otra vez no da resultado, como es de suponer, al menos aporta unos días de alivio. La monotonía me agobia cada vez más. Desde el miércoles tengo poco que hacer, pero tanto más me atormenta ese lento morir de las nueve horas y cuarto […] Aún no he aprendido a empujar bien (término técnico) los papeles, es decir, a ordenarlos en capas lisas, y no lo aprenderé jamás. Pero ahora todo lo achaco a los ojos, y, después de las primeras voces que me soltó el maestro, la señora Hippe, la voluminosa maestra de máquinas, me tomó bajo su protección y en pocos minutos del descanso termina y recompone lo que yo no he hecho o sólo muy imperfectamente. Es muy conmovedor y muy deprimente y no me ayuda a acortar las horas […]

4 de junio, domingo mediodía

Los Winde han estado por Pentecostés en Swinemünde a ver a sus mellizos, los marinos. La señora Winde ha contado que «eso» vendrá de la Marina, como en 1918. Dice que a los oficiales caídos en desgracia los apalean, que a uno lo liquidaron durante un combate con aviones, y que la tripulación de un submarino

que acababa de regresar y que, nada más llegar, recibió órdenes de volver a salir, se había negado a obedecer, junto con el comandante, un titular de la Cruz de Caballero; ese oficial, degradado a soldado raso, está ahora como transportista en un cuerpo disciplinario, en Noruega… Ha seguido contando que la niebla artificial para camuflar las costas y los puertos durante los bombardeos causa la muerte de todos los árboles afectados… Que ahora están sacrificando animales a gran escala, que no está garantizado el abastecimiento durante el invierno, que el gobierno se está jugando el todo por el todo.

[…]

Asunto Frischmann. Frischmann es peluquero, zapatero, comerciante de cupones, el hombre para todo en esta casa. Su hija, veinte y pocos años, de pechos llenos, saludable, mestiza educada en el judaísmo y por tanto portadora de estrella, me ayudó una vez a llevar carbón. Hace dos días detuvieron a la madre y a la hija: habían descubierto que Ilse Frischmann se escribía con uno de los simpáticos prisioneros rusos. El ruso ha sido llevado enseguida a los barracones vecinos; las dos mujeres, por lo menos la hija, sin salvación. En el patio de los barracones todo está silencioso, ni trompetas ni rasgueo de guitarras, ni juego de pelota ni ejercicios gimnásticos.

Desconfianza de los judíos entre sí: nosotros dos nos hemos enterado del asunto mucho tiempo *post festum*, todo se había propagado confidencialmente, por comadreo y cuchicheo, no sólo se sabía en nuestra casa sino en el cementerio, desde hacía treinta y seis horas.

[…] En la fábrica muchas cosas se hacen para la galería, como en el ejército. La limpieza del sábado. Los rincones que no están a la vista pueden seguir llenos de porquería. Tienes que quedarte en tu puesto de trabajo hasta que suene el timbre, aunque no haya nada que hacer. Tienes que estar trabajando cuando te ve el maestro, aunque no haya nada que hacer. Mi buena señora Hippe, cien veces: «Póngase aquí, a mi lado, *allí* lo ve el maestro… Coja usted en la mano un fajo de papeles…». Ayer trajo del otro extremo de la mesa de las existencias varios rimeros enormes de hojas y los apiló delante de mí: «Aquí tiene usted una muralla, así no le ven».

5 de junio, lunes noche

[…]

Esta mañana […] después del desayuno, la ya habitual ronda Katz-Sternplatz. Esta vez ha funcionado: estoy de baja por enfermedad, sin límite de tiempo. Después, como estaba acordado con Katz, fui a ver a Neumark, y ahora está en marcha la solicitud de exención. Con qué resultado y si será para mi bien, eso sólo Dios lo sabe.

Hoy está anunciada la evacuación de Roma y al mismo tiempo se publica una proclama de Hitler afirmando que la invasión traerá la definitiva derrota de los enemigos.

6 de junio, martes mañana

Así pues, tal vez sea el sábado, 3 de junio de 1944, la absoluta fecha final de mi período de fábrica. Pero continuamente me torturan la dudas sobre si habré hecho bien pidiendo la exención, y hoy he estado varias veces a punto de ir a ver a Neumark para que no curse la solicitud.

Hacia el anochecer

Mientras le estaba dando clase a Bernhard Stühler, Eva trajo la noticia de que esta noche (del 5 al 6 de junio) había empezado la invasión junto a Cherburgo[60]. Eva estaba excitadísima, le temblaban las rodillas. Yo me he quedado impasible, ya soy incapaz, o todavía soy incapaz de tener esperanza.

8 de junio, jueves hacia el anochecer

Los ingleses mantienen su posición desde hace ya tres días y están cerca de Caen y Bayeux o ya allí; así pues, el desembarco propiamente dicho ha sido un éxito. ¿Pero seguirá adelante y a qué ritmo? Ya me es imposible tener esperanza en cualquier cosa, casi me resulta inconcebible vivir algún día el final de esta tortura, de estos años de esclavitud.

La fuerza de lo real. Hasta el martes se decía: probablemente no desembarcarán, tienen tiempo, no necesitan hacer tal sacrificio. O, si vienen, seguramente no será a través de la muralla atlántica. Mucho más probable en Dinamarca, en España, en el sur de Francia, en los Balcanes… Desde el martes se demuestra que *tenían que* venir y que tenían que venir precisamente por la muralla atlántica. Siempre se encuentran después las razones más concluyentes

para la realización de la posibilidad realizada. Pero si se hubiera realizado otra posibilidad, se habrían encontrado razones igual de concluyentes.

Ayer en la consulta de Katz. Me examinó oficialmente para la solicitud de exención y, en el momento inadecuado, me encontró el corazón algo mejor. Ahora quiere solicitar que me den, o bien un trabajo de escribir (y que se pueda llevar a cabo con *un* ojo) o la exención sin más. Disposición general: nadie puede ser declarado exento antes de los sesenta y cinco años, las enfermedades no se tienen en cuenta. Disposición especial: los judíos no pueden ser empleados en trabajos de oficina ni de escribir. ¿Qué excepción le resultará más fácil a la Gestapo, la contravención del punto 1 o la del punto 2? Mucho me temo que esta solicitud acabe mal para mí. – […]

El «consultor jurídico» Neumark me comunica entre comillas «que "el señor gobernador del Reich ha rechazado pagar una parte de la jubilación a Victor-Israel Klemperer"».

[…]

10 de junio, sábado mañana

[…]

Me temo que si rechazan la solicitud de exención paso de Herodes a Pilatos, de Möbius a Schwarze, una firma de cartonajes en la que se trabaja diez horas con pésimo salario y trato ignominioso. Estuve por eso, previsoramente, con Neumark. Me recibió algo enfadado. Que por qué había hablado con otras personas sobre mi exención; que todo lo administrativo era estrictamente confidencial… Los judíos que quedaban aquí, dijo, eran una mezcla, a partes iguales, de chismorreo y de *moire*[61].

La alegre vida de campamento de los zapateros rusos ha terminado, la música ha enmudecido. ¿Se debe al caso Frischmann o a la invasión? En cualquier caso, el trato es más estricto; la señora Cohn nos dijo ayer, horrorizada, que había visto y oído desde la ventana de la escalera cómo un centinela apaleaba brutalmente a un ruso.

La invasión parece que sigue adelante. Parte de ayer: avance en Normandía. Pero todavía no puedo tener esperanzas. Continuamente se ha hablado de «represalias», de «nueva arma». Goebbels escribió que, más que la invasión, temía que no se produjera la invasión. Hitler, un día antes del desembarco: en el

lugar decisivo se les infligirá la más aplastante derrota. Incluso para la *LTI* sería demasiado que todo eso fuera sólo un *bluff*. ¿Se trata de un juego astuto? ¿Quieren que el enemigo caiga de lleno en una trampa? ¿Gas, por ejemplo? Por otra parte: los ingleses son prudentes y están perfectamente informados, y es un hecho que la inexpugnable muralla atlántica ha sido atravesada. Estamos cavilando y no puedo tener esperanzas. Es decir: de la derrota alemana estoy completamente seguro, seguro desde el 1 de septiembre de 1939; ¿pero cuándo? El exterminio de los «invasores» tampoco conduciría a la victoria de Alemania. Sólo a la prolongación de la guerra. – […]

13 de junio, martes hada el anochecer

[…]

Anoche trajo la hija de Rieger, la enfermera del doctor Katz, el informe para el seguro. Como los ojos me fallan tanto, en el fondo me da ya bastante igual que me declaren exento o que me metan otra vez en la fábrica. Por lo demás, mañana seguramente aún no se decidirá nada. – La hija de Rieger, una muchacha inteligente que después de la guerra, o sea en el Cuarto Reich, quiere estudiar medicina (mestiza con estrella), estaba muy optimista por las noticias de la radio inglesa: Ruán está desde hace días en poder de los ingleses, Churchill, nada fanfarrón y muy ponderado, ha declarado que calcula que habrán terminado dentro de tres o cuatro meses. – El parte de hoy, que Eva ha oído por la radio, guarda silencio y no dice nada de particular.

Eva, últimamente mejor provista de tabaco, ha recibido de la señora Winde una bolsita de colillas recogidas por ella (probablemente para combatir los pulgones). Cada día me fumo una en la pipa. No más, porque Eva se lía con ellas cigarrillos de mezcla (tabaco y hojas de zarzamora). Es uno de mis primeros recuerdos de Berlín, la gente pobre que recogía por la calle, clavándoles la punta del bastón, las colillas que había en el suelo. Me pareció repugnante y mísero. Cuando Eva trajo hace unos meses del restaurante unas colillas, me quedé espantado. Y ahora yo mismo fumo eso con delectación y remordiéndome la conciencia por Eva.

[…]

16 de junio, viernes mañana

Fregar la escalera, que nos toca cada tres semanas (con el agravante de tener que limpiar también las ventanas de la escalera). No sólo un trabajo sucio, sino un doble martirio característico de estos tiempos. Porque 1) no me atrevo a cambiar la bayeta hecha un harapo por otra mejor, ya que desde hace meses no se encuentra recambio; y 2) está la pesadilla y el miedo de que lo observen a uno, lo difamen, lo denuncien.

No se está autorizado a trabajar si se está enfermo o exento del trabajo obligatorio. Mi miedo tiene razones concretísimas. Hace unos meses oí casualmente en la consulta de Katz cómo éste defendía contra la Gestapo al semiparalítico Kornblum –cf. primeros tiempos de Schlüter–; decía que había ido a buscar carbón al sótano porque estaba un poco bajo la férula de su mujer. La defensa no sirvió de nada; Kornblum, desde hacía tiempo exento, tuvo que volver a trabajar. Explicación: «Si puede subir carbón…». Le dieron trabajo «fácil», o sea, *diez* horas de esclavitud en Schwarze. Como no lo aguantaba, le concedieron reducción de trabajo, lo que significó y sigue significando para él: ocho horas y media en Schwarze.

[…]

17 de junio, sábado mediodía

Hasta ahora, tomando apuntes sobre Bab[62]; ayer todo el día en casa con ese trabajo. Aparte de la clase a Bernhard Stühler. – Muy inquieto por el parte militar de ayer, que Eva oyó por la radio: metida una cuña en las posiciones inglesas; bombardeada la costa inglesa con armas nuevas. Si fracasa la invasión, la guerra seguirá durando años. Quiero ir a la agencia de noticias «Cementerio judío»; al mismo tiempo, un paseo que me he impuesto. (Siempre tengo que obligarme a salir –con la estrella– a la calle. Hace tiempo que no me atrevo a pararme delante de un escaparate, y menos aún delante de un periódico mural.)

18 de junio, domingo mañana

Mi paseo de ayer fue corto; me encontré en la zona de la Sachsenplatz al

personal judío del cementerio que volvía a casa. Estaban en parte más preocupados, en parte menos, por la «nueva arma», no sabían nada concreto. Entretanto (radio oída por Eva) parece tratarse más bien de un calmante para Alemania y no de algo realmente decisivo para la marcha de la guerra. Misiles accionados a distancia contra Londres, como el «largo Max» lanzado sobre París en la primera guerra. Y la batalla de Normandía es con toda evidencia un hecho inamovible.

[…] Extenso artículo en el *Reich* del 14 de mayo de 1944: «La cuestión preliminar de Europa», de Hermann Raschhofer. La «cuestión preliminar» es proteger a Europa del destino que la aguarda de «convertirse en territorio turístico para norteamericanos, en la medida en que éstos posean un visado soviético de entrada». Sólo Alemania está capacitada para ello, los Estados pequeños tienen que adaptarse y someterse […]

El *Dresdner Zeitung* trae el 11 de junio, con ocasión del aniversario, un informativo artículo, «El derecho de soberanía en la escritura». Desde hace diez años existe la comisión examinadora oficial del Partido, tiene su propio órgano de prensa, la *Nationalsozialistische Bibliographie*; su presidente, que decide por propio poder, al mismo tiempo «jefe de la cancillería del Führer», es Philipp Bouhler[63], cuya obra principal *(¡leerla!)* es una monografía sobre Napoleón. Misión: mantener pura la doctrina nacionalsocialista, tal y como nació en los tiempos heroicos. Lo que va contra ella no se permite. Corresponde, por tanto, a la censura papal. Ese órgano parece ser un *Index*[64] al revés, positivo: esto, sólo *esto*, está permitido. Para ello, dice en el artículo sin firma, se tienen en cuenta «todos los puntos de vista objetivamente necesarios, desde lo técnico-profesional hasta lo estético». «Esto precisamente no se tiene presente en las democracias, de forma que con frecuencia un escritor sin suficiente formación, judío por lo general, cuando escribe en un órgano de amplia difusión, puede dárselas de preceptor de la vida intelectual nacional.» – Mientras que nosotros, por nuestra parte, tenemos la posibilidad de «oponernos a los daños incipientes mediante decisiones oficiales y de encaminar a los escritores por la senda del nacionalsocialismo». (A notar sobre todo *«judío por lo general».)*

19 de junio, lunes hacia el anochecer

[…]

La nueva arma aparece como «cuerpo explosivo de nuevo cuño y de pesadísimo calibre» en el parte militar del 16 de junio. Ese día y el siguiente, el periódico rebosa de misteriosas noticias, de propaganda del nuevo medio de lucha. «Shock y éxodo masivo en Londres», «Radical contragolpe», etc. Pero van ya mezclados otros tonos más moderados: que no hay que esperar demasiado, que los ingleses, para emplear el lenguaje deportivo de ellos (¡como si Goebbels no lo empleara constantemente!) saben «encajar bien los golpes», que nosotros seguiremos empleando más armas nuevas, ya que esto es sólo el comienzo de la sorpresa y de la revancha… ¿No estará todo esto, en lo esencial, «montado» para distraer y tranquilizar al público alemán, pero montado de modo más inseguro que como acostumbraban a hacerlo antes? ¿O lo estaré viendo demasiado de color de rosa? – La batalla de Normandía está indecisa, Inglaterra avanza rápidamente en Italia, en el sur de Rusia todo sigue en calma, en Finlandia los rusos ganan terreno: ¿qué conclusión hay que sacar? Yo, según el estado de ánimo, opino de modo diferente cada par de horas.

[…]

A primera hora de la tarde he estado unos minutos con Neumark. Para mi sorpresa me ha dicho que el asunto de mi exención tiene buenas perspectivas. Solamente no es seguro que todo esté terminado el jueves. Así que aún tendré que hacer seguramente unos días de trabajo de fábrica, pero con la esperanza de quedarme libre pronto […]

21 de junio, miércoles mediodía

La primera alarma desde Pentecostés, probablemente también la más larga. Empezó después de las nueve y media, tuvimos que bajar enseguida al sótano, no volvimos aquí hasta las once y media, y media hora después, otra vez alarma pequeña. Tienen que haber bombardeado seriamente las inmediaciones. Dresde ha quedado ileso otra vez, ahora estoy casi seguro de que han prometido algo a Beneš. En el sótano un grupito escaso de personas, pocos hombres. Cohn, Eisenmann padre y Neumark charlaban entre ellos. Naturalmente, de las propias experiencias de guerra, la de 1914-1918. En el fondo, una conversación grotesca, en el sótano de los judíos. Pero cada uno de nosotros, con la misma naturalidad y

el mismo apasionamiento, se identifica con el ejército alemán de la primera guerra mundial y con sus adversarios de esta segunda guerra mundial. Charlábamos con la mayor tranquilidad. Sólo de vez en cuando nos acordábamos de qué aspecto presentarían seguramente a esas alturas las ciudades vecinas.

Mañana empieza de nuevo el trabajo de fábrica. Miedo de ese horrendo matar el tiempo. No cabe duda que a veces me resulta duro estar todo el santo día en casa, puesto que no tengo ninguna distracción y retrocedo angustiado ante cualquier salida a la calle –ayer me obligué literalmente a dar un paseo hasta el cementerio judío, donde, en la barraca del jardinero, hubo las eternas charlas sobre los mismos temas–, también me quedo dormido muchas veces, pero con todo y con eso la jornada tiene un contenido intelectual, es una jornada vivida, le falta esa espantosa sensación de matar el tiempo que, realmente, ya no puedo permitirme.

Neumark me dijo el sábado: venga a verme el miércoles, para entonces habré llamado a la oficina de trabajo en relación con su asunto. Ayer me mandó recado de que pasara a verlo: había estado pensando, me dijo, que una llamada a la oficina de trabajo tal vez pudiera perjudicarme. «Porque si ese inspector, una persona muy elemental, se entera de que el seguro le ha certificado buena salud… Más vale que trabaje aún unos días, la solicitud (una vez que ha pasado por la Gestapo) será aceptada seguramente sin que le hagan otro examen clínico. La oficina de trabajo informará después directamente a su empresa de que ha quedado usted exento…» Al cabo de un rato: «La oficina de trabajo es a veces lenta… Si para el sábado no ha habido noticias, llamo yo por teléfono». Y después: «Pero no diga nada de esto a Katz. El quería que usted no se enterase de *nada*. Porque no podemos hablar sobre asuntos oficiales». Katz y Neumark: cada uno se escuda en el otro, le llama al otro *cunctator* y cobarde, le endosa al otro la responsabilidad y la decisión. En el fondo no se les puede tomar a mal a ninguno de los dos, porque ambos son impotentes y tiemblan ante la Gestapo, que los puede aniquilar en cualquier momento y con cualquier pretexto.

He vivido, pues, diecisiete días de un modo más humano, y he tenido la secreta esperanza de librarme por fin de la esclavitud de la fábrica. Sólo sé que mañana la fábrica me echará de nuevo la zarpa y no sé cuándo me soltará.

LTI. Dresdner Zeitung del lunes, 19 de junio de 1944, artículo «Mujeres en los reflectores». «…Son las "auxiliares de la artillería antiaérea" que hemos visto

aquí durante el servicio y en su tiempo libre. No son "miembros de la Wehrmacht", sino "miembros del séquito de la Wehrmacht"… Es orden del Führer y una cuestión de principio para él que las mujeres alemanas no sean instruidas en el manejo de las armas de fuego, como sucede por ejemplo desde hace ya tiempo en Inglaterra y en la Unión Soviética…» Qué jesuitismo. Los tribunales eclesiásticos de la Inquisición tampoco ajusticiaban a los condenados a muerte, lo mismo que estas mujeres no manejan directamente el «arma de fuego», la batería. Pero esas mujeres de los reflectores se hallan en plena línea de fuego, y en cada ciudad bombardeada están literalmente en el frente, porque no se les permite bajar a los refugios. Pero si mueren, entonces no han caído en el combate, sino que han sido asesinadas por «gángsteres del aire».

22 de junio, jueves noche

Como si no hubiera faltado ni un solo día. En estas dos semanas y media, la historia universal ha seguido avanzando, pero en Thiemig & Möbius y sus judíos no ha cambiado absolutamente nada. Paul Lang sigue quemándole la sangre a Witkowsky, y Witkowsky echando sapos y culebras a causa de la «difamación» de los judíos por parte de Paul Lang; las nueve horas siguen alargándose hasta el infinito y hundiéndome la moral, el asesinato del tiempo sigue atormentándome. – He contado y metido en cajas 14.000 sobres de documentos, ésa ha sido mi obra de hoy. Mañana, guardia nocturna. Sólo Dios sabe si vendrá, y cuándo, la exención. – La lectura, el estudio, todo eso se ha terminado otra vez, evidentemente.

24 de junio, sábado hacia el anochecer

Fecha histórica de mi vida: ayer, 23 de junio de 1944, quedé por fin, y verdaderamente, «exento del servicio». El servicio nocturno ya no tuve que prestarlo. Ahora, el trabajo de fábrica, que he tenido que llevar a cabo catorce meses y que me ha costado una parte de mi salud y tanto tiempo tirado por la ventana, se ha terminado por fin. Todavía estoy demasiado cansado para alegrarme de verdad. – La noticia me llegó ya al mediodía. Si el señor Möbius se hubiera interesado realmente por mis asuntos, yo habría podido marcharme ya por la mañana a casa. Pero no se ocupó de nada. Witkowsky vino a mí: «Möbius

me ha visto por la escalera y ha dicho: "Para usted, *Herr Professor*, tengo una buena noticia: ¡está exento del servicio!". Respondí que por desgracia yo no era el profesor». Esperé entonces hora tras hora a que Möbius me mandara llamar: *nada*. Al mediodía me dijo el señor Hartwig: «¿Quiere usted marcharse? Voy a enterarme de cuándo». Después: que él no lo sabía, que era la empresa Bauer la que tomaba las decisiones.

Lang, el vigilante que vale poco para vigilante, opinó que yo debía trabajar hasta el final de la semana. Por mi parte, dije que me pondría en contacto con Neumark. Fui a verlo a las cinco; estaba hablando por teléfono con Bauer: yo era libre.

En estos últimos dos días ha estado junto a la máquina de sobres para documentos, para la que yo contaba sobres y los metía en cajas, la señora Wittich, gruesa, resuelta, reservada, pero una mujer honrada y cabal, desde hace muchos años en la fábrica, donde también trabaja su padre. Cuando se enteró de que me iba, se volvió algo más sincera y comunicativa. «La guerra podría terminar de una vez.» El único hijo, de dieciocho años, marinero en un submarino; mucho trabajo en la fábrica y por la noche llega el marido también de la fábrica y le falta tiempo para pedir la cena… «¡*Usted* podrá recuperarse ahora y disfrutar un poco del verano!» Le dije que con la estrella más vale no dar paseos. A lo que ella, con toda inocencia y en perfecta ignorancia: *«¡Entonces yo me la quitaría para salir a la calle!»*. Se quedó asombrada y llena de incredulidad cuando le dije que quien hace eso se juega literalmente la vida.

Durante algún tiempo deseé mucho ir a trabajar a Bauer. Ahora puedo estar contento de que no se haya cumplido tal deseo, porque en Bauer todo ha sido durante las últimas semanas más desagradable que en Möbius. El doctor Werner Lang, vigilante y amigo personal de Bauer, parece –no está muy claro– que se había vuelto cada vez más despótico, incluso con los arios. Comoquiera que sea, ha sido destronado, ya no es vigilante, ya no es el lugarteniente del jefe, la persona que flota por encima de las aguas, sino un obrero raso. No se sabe si esa degradación ha sido la causa de las estrictas medidas contra el personal judío, o si ella misma es parte de las medidas desencadenadas en otro sitio. En cualquier caso, Bauer ha recordado que es miembro de las SS y que es peligroso favorecer a los judíos –dos detenciones que la Gestapo ha llevado a cabo en su fábrica (una mujer que no conozco y Neufels, el pequeño Goebbels) deben de haberlo

intimidado mucho– y en cualquier caso el personal de allí, desde hace varias semanas, recibe cada vez peor trato. Sin comida, aislados de los arios, muchísimos controles, prohibiciones, amenazas de castigos…, estoy contento de haber escapado de todo eso, puesto que sin duda repercutiría en Thiemig & Möbius. Pero sobre todo me he quitado de encima el enorme peso de las horrendas, de las interminables ocho horas y media. –¿Me tendrá Katz realmente por un condenado a muerte o sentirá por mí verdadera amistad y especial aprecio? – Indudablemente, si pudiera recobrar la salud de los ojos a cambio de seguir con ese trabajo de esclavo, aceptaría al momento el cambio.

[…]

28 de junio, miércoles mediodía

Sobre todo por la mañana me duermo continuamente, a veces en el sofá, a veces leyendo. Las dos gafas puestas unas sobre otras, el agotamiento, la desnutrición cada vez mayor, la esclerosis… *che so io?* Pese a todo, en el transcurso del día saco fuerzas de flaqueza y siempre consigo trabajar algo. ¿Qué clase de trabajo? Soldados de papel, daneses, rusos, indios, todo revuelto como lo quiere la casualidad. Y sin embargo puede que algún día salga algo en limpio de todo eso: siempre estoy obsesionado con tal idea y en todo encuentro una relación con ella. Los Cohn –nos proveen de periódicos, a veces de libros, a cambio de ello nos estafan a más y mejor en la común cuenta del gas–, los Cohn han traído un grueso libro del que he oído hablar muchas veces y que siempre –no sé por qué– he considerado una obra simplemente entretenida: *Das Wunschkind* [‘El niño deseado’], de Ina Seidel[65] […]

LTI. Los meteoros de dinamita se llaman ahora, desde el lunes, cuerpos explosivos V1; lo explican con todo lujo de detalles: *Vergeltung* [‘revancha’] número 1, el 1 significa que vendrá seguro un V2, etc. Con todo eso se pretende desviar la atención de la rápida caída de Cherburgo y de las derrotas en Rusia e Italia. ¿Pero cuándo se convertirán esas derrotas en auténtica debacle, en *la* catástrofe? Puede faltar mucho aún.

29 de junio, jueves hacia el anochecer

¡Cuarenta años! Inconcebible, el paso del tiempo. Y sin embargo no me resigno

a la idea de que se va acercando el final. – Sólo pensamientos banales el día entero, pero todos torturantes. Lo único nuevo de este aniversario de boda: de nueve y cuarto a diez y cuarto, alarma, desde el principio la grande, una hora metidos en el sótano. Una vez llegó la noticia –no sé qué soldado la había oído fuera, por la radio–, «Vuelo dirección Dresde, se esperan bombardeos a poca altura». Unos instantes de angustiosa tensión. Pero todo quedó perfectamente en calma. Dresde parece ser tabú.

Imposible festejar nuestro aniversario de la forma que sea. El día avanza lentamente. – *Niño deseado.*

JULIO

1 de julio, sábado mañana

Salir cada día un poco a tomar el aire –a pesar de la estrella– es lo más difícil. A veces por la alameda Ludendorff, paralela al río, hasta la Sachsenplatz, otra vez al cementerio, la agencia de noticias con su perpetua monotonía, otra vez a casa de Steinitz, con la esperanza, ora cumplida ora no cumplida, de una taza de café edulcorado, de un trozo de bizcocho… En casa lectura, dormirme, lectura, dormirme. Pero cuando llega la noche, el día nunca ha estado tan completamente vacío como en los tiempos de la fábrica […]

Hace cosa de un mes apunté lo siguiente: a Ilse Frischmann y a su madre «vinieron a buscarlas»[66] porque la joven, a pesar de las repetidas advertencias, tenía una relación amorosa con un prisionero ruso. Hace una semana regresó la madre de la prisión. Dijo que no le había ido mal, y que también había esperanza para la hija. El ruso, un ingeniero, quería casarse con ella, y ella, mestiza y medio checa, ciudadana del Protectorado, no era considerada como alemana sino como extranjera. – Anteayer, cambio súbito: ahora han detenido al matrimonio Frischmann y al mismo tiempo, de nuestra casa, a Ruth Spanier y a Edelmann. A la Spanier por ser amiga de la joven, a Edelmann –yo trabajé en Schlüter junto con él: maestro tabaquero, un hombre como un castillo, judío ruso, creo que de Odessa–, porque tenía trato con los Frischmann y porque conversaba con el ruso en lengua rusa. Así al menos lo cuentan y lo explican en el cementerio, y allí se sabe todo, siempre todo y antes que nadie y de manera enigmática. En cualquier caso, el asunto parece que ha tomado un cariz político, y con ello ya no hay límites para que sea cada vez de mayor envergadura y tenga un desenlace fatal.

[…]

2 de julio, domingo mediodía

Mientras daba clase a Bernhard Stühler, timbrazos apresurados, voces animadas, no hostiles. Un pequeño teniente, que parecía más ruso que alemán, con

uniforme caqui: «Por favor, abran los armarios, separen los vestidos… Gracias». (Eva después: «¿Ha quitado la manta de detrás del escritorio? ¡¡¿No?!! En el nicho de allí –por el que se pasa a las habitaciones de los Cohn– tendrían cabida tres rusos».) Dos de los zapateros rusos, los prisioneros de guerra, se han evadido. Unido al asunto Frischmann, puede ser catastrófico para todos los habitantes judíos de la casa. *Todos* tenemos que hacernos a la idea de que habrá interrogatorios y detenciones […]

A Frischmann lo echamos mucho de menos porque hoy es día de corte de pelo. También es imprescindible como zapatero y, para los que llevamos la estrella, verdaderamente «excepcional». Hablamos de ello con los Stühler, en el cementerio, y ayer en casa de Steinitz.

[…]

Tras una pausa de muchísimos meses, Eva se encontró ayer otra vez con el carpintero Lange, personaje dudoso, que en su calidad de obrero técnico va a muchos sitios. Dijo que esto se habrá acabado a finales de noviembre; tuvo una frase buena: que ahora no teníamos tres frentes sino cinco: Rusia, Francia, Italia, además el *frente de la patria* con los bombardeos y el *frente de los partisanos.*

5 de julio, miércoles tarde

LTI. «Boletín de la Wehrmacht» del 2 de julio: «En varias acciones depuradoras en terreno francés fueron *liquidados* 80 terroristas». Del 3 de julio: «En el sur de Francia, varios grupos terroristas fueron obligados a combatir y *aplastados*». A notar «terroristas»; normalmente se habla, refiriéndose a francotiradores, de «bandas». A notar los términos despreciativos; los verbos que rebajan las personas a cosas; que las ponen fuera-de-las-reglas-de-juego-militares. Sobre todo el extranjerismo *liquidieren.*

[…]

He pasado revista a los periódicos que se han acumulado en las últimas semanas, el *DAZ* y el *Reich.* Esa lectura me aburre, ya no encuentro nada nuevo, todo está trillado. Muy pocas ideas, muy pocos giros estilísticos. Siempre lo mismo hasta la náusea. Los norteamericanos y los ingleses se desangran, por orden judía, en provecho de Moscú; Alemania ha de hacer esfuerzos terribles y soportar mucho, pero tiene segura la «victoria final»: en provecho de Europa […]

7 de julio, viernes hacia el anochecer, con mucho calor

Ayer pasé la mayor parte del día terminando los apuntes de más arriba, di clase a las cinco a Bernhard Stühler y fui después un rato a casa de Steinitz. Ambos Steinitz con una moral elevadísima que me contagiaron: pero me conminaron con muchísimo miedo a no contar nada. ¡Por doquier este miedo mortal! Los Steinitz sabían «de buena tinta», por lo que les contaban gentes del ferrocarril, que siempre están bien informadas, que en Rusia van las cosas muy mal, catastróficamente mal. Los alemanes retrocedían a la desbandada, dejando el material; Wilna y Dünaburg caerían dentro de dos o tres días, dentro de dos semanas el enemigo estaría en Alemania; en septiembre, «punto final». Como el propio parte alemán suena muy sombrío, yo me lo creí todo –como he dicho– y estaba optimista. Eso duró hasta esta tarde. Leí el *Reich*, leí *Pojaz*[67]

Por la mañana, estaba fregando la cocina, hubo alarma; de nueve y cuarto a diez y cuarto la reunión habitual en el sótano, poco concurrido por la mañana. Ya estamos todos completamente convencidos de que a Dresde la dejarán intacta, y bajar al sótano nos parece una molestia penosa e innecesaria. Un juego que quita mucho tiempo. Como también juegan cada par de días delante de nuestras ventanas a apagar fuego. En los jardines de la Zeughausplatz han cavado una enorme cisterna y la han llenado de agua; con intervalos de pocos días, como he dicho, aparecen hombres uniformados con larguísimas mangueras y flamantes piezas de unión, y en medio de un estruendo de voces de mando van metiendo tubos en varias casas, ponen también probablemente un tubo que viene del Elba y al poco rato vuelven a recoger sus mangueras. – […]

8 de julio, sábado mañana

Circular de Neumark para los vigilantes de las fábricas: a partir de ahora el pelo lo cortará el jardinero del cementerio, Bär; el arreglo de zapatos estará a cargo de un tal Saslawski, a quien no conozco. Con ello el peluquero-zapatero en unión personal, Frischmann, que está en prisión, tiene sustituto y puede caer en el olvido. Cuántas veces me vienen a la memoria los versos de André Chénier sobre el ganado que va al matadero y que ya no pertenece al rebaño. ¡Cuántas circulares, prohibiciones y órdenes había antes! Ahora ya muy raras veces; está

todo prohibido, y apenas quedan judíos aquí. También la fase de los registros domiciliarios data ya de dos años y más. (Pero el peligro diario subsiste.) Todas y cada una de estas cosas me llevan a pensar una y otra vez en la interminable duración de nuestra esclavitud, en la lista interminable de los desaparecidos, de los muertos, que esperaban todos ellos sobrevivir. Y continuamente me digo que yo tampoco sobreviviré, en lo más hondo sólo tengo apatía y desesperanza, ya no puedo imaginarme que vuelva a convertirme en un hombre libre.

Tarde

Eva está en Pirna. *Propter pecuniam nigram*[68]. También tiene que mendigar cupones de pan, estamos en la mayor penuria. Ayer ya dijo que sólo vivimos de limosnas, hoy se quejaba: «¡Ojalá se acabe por fin este ir de puerta en puerta!». Eso me tiene deprimidísimo.

[…]

10 de julio, lunes tarde

LTI. En la edición dominical del *Dresdner Zeitung* viene un artículo ditiràmbico de un tal doctor Doering-Manteuffel: la glorificación, con ocasión de su quincuagésimo aniversario, de un «escritor y filósofo» para mí completamente desconocido, Werner Deubel. En cada frase (literalmente) aparecen los epítetos alemán, heroico y trágico. Me entero de que el así magnificado, en 1921-1931, en su calidad de «director de la sección cultural del *Frankfurter Nachrichten* tuvo, en circunstancias muy adversas, una actuación valerosa y combativa, con un espíritu rigurosamente nacional». Me entero de que ha escrito dramas (*Die letzte Festung* [‘El último bastión’], una obra sobre Gneisenau[69], 1942) y ensayos *(Der deutsche Weg zur Tragódie* [‘El camino alemán hacia la tragedia’] y otros). También novelas. Me entero de que ha descubierto la verdadera naturaleza de Goethe y de Schiller: alemana, anticristiana, antihumanista, antirrománica. De que nos sigue faltando la tragedia alemana propiamente dicha. «Para eso se necesita un nuevo sentimiento heroico-trágico del mundo y una cultura trágica que nazca de él y que se oponga a esa cultura románica que, formada en el humanismo, el cristianismo y el idealismo filosófico, es válida para Europa y aún sigue imprimiendo su sello a nuestra vida; esa nueva cultura

es la condición previa para un Reich alemán germánico liberado de todas las ataduras ajenas a su naturaleza. Deubel cree firmemente que de los crueles dolores de parto de nuestra nueva era nacerá ese sentimiento heroico-trágico del mundo.» Antes dice del romanticismo, al que pertenece Deubel: «Ese movimiento cultural, el más propio de nuestra especie, que volvió a descubrir las fuentes más profundas del carácter alemán, ha sido designado acertadamente en una ocasión con el nombre de *Germantik*[70]». Para él, Deubel es *Germantiker.* (¡Estilo! ¿De quién es la palabra *Germantik*? Línea Chamberlain-Rosenberg.)

[…]

11 de julio, martes hacia el anochecer

Esta noche, más exactamente esta madrugada, a la una y media, ha habido alarma, y muy pronto alarma grande. Fue la primera bajada nocturna al sótano desde hacía meses. Apenas estábamos allí un rato, cesó enseguida la alarma. Probablemente, la mayor parte de los aviones se dirigían a Berlín, y por aquí sólo pasó una partícula dispersa.

Editorial de Goebbels en el *Reich* del 2 de julio: «¿Estamos haciendo una guerra total?». Suena a desesperación. Cada individuo, dice, tiene que sentirse en peligro de muerte, ya que el enemigo quiere exterminar literalmente a los alemanes. Por eso cada individuo tiene que dar también todo, renunciar a todo, vivir de un modo tan «primitivo» como lo hacen los damnificados por los bombardeos. No nos está permitido en modo alguno «tener miramientos con nosotros mismos»… «¿Quién afirma que eso es propio de los bolcheviques? ¿Por qué iba a serlo?»… «Hay que adaptarse a los métodos de un robusto adversario»… «Hasta el señor más fino acabará quitándose la chaqueta y arremangándose la camisa si se ve asaltado en la calle por tres gamberros que no boxean conforme a las reglas de juego sino para ganar del modo que sea.» (¿Así que se trata de gas? ¿V 2 y 3, etc.?)… «Debido a la mejor *raza* de nuestro pueblo, les llevamos gran ventaja a nuestros enemigos.» Pero ellos son más fuertes en número y en material. «No podemos llegar al extremo de que nuestra superioridad racial no sea determinante frente a la superioridad numérica de nuestros enemigos.» *Ergo:* «Hay que *aprovechar*, más racionalmente aún que hasta ahora, nuestro potencial en hombres y en material». (Nótese cómo oscila aquí el concepto de raza. Nótese cómo el pensamiento se desliza hipócritamente.

¿En qué hemos de mostrarnos «primitivos»? ¿En nuestro nivel de vida? ¿¿En el «boxeo»??) – En el mismo número del *Reich*, una fotografía muy bonita: a la derecha y a la izquierda del Narva, el castillo alemán de Ordensburg y la fortaleza eslava de Ivangorod. El texto correspondiente insiste en lo racial: el gótico del edificio germánico, superior, dirigido hacia lo alto, y la obra arquitectónica eslava, pesando sobre la tierra, «sin el genio de la creatividad nórdica». «Las escuadras de protección (SS) germánicas», es decir, «voluntarios de las más diversas estirpes europeas», «conjurados en una comunidad de combate», defienden hoy «el occidente germánico» contra el «oriente eslavo», y «como en los tiempos en que era sede de los comendadores de la orden teutónica, hoy vuelven a oírse en torno al castillo los sonidos de las diferentes lenguas de los linajes germánico-europeos». (Aquí también se desliza el concepto de raza.)

Por la tarde fui a la consulta de Katz a buscar otra receta de yodo. Parece que él también cuenta con que el final sea bastante rápido. Wilna y Caen… Desde Wilna sólo hay 180 kilómetros hasta la frontera alemana. Katz midió la distancia con el compás. No acaba de creerse lo de los «accidentes» en que han muerto, en tan rápida sucesión, Dietl[71] y otros dos generales; también concede importancia a la dimisión del mariscal de campo Rundstedt[72]. – Pero, lo mismo que yo, carece de verdadera confianza.

12 de julio, miércoles noche

Cumpleaños de Eva. Mis manos otra vez completamente vacías, ni siquiera una flor […] Por la tarde, visitas (es decir, 360 gramos de cupones de pan blanco): Glaser, la señora Winde, la señora Kreisler. La señora Winde ha venido por fin, «pero sólo un rato, y ya muy pocas veces. Mi marido tiene miedo, recibe pensión y tiene esperanza de recuperar su empleo… y luego, los hijos […]».

La señora Winde ha contado lo siguiente: 1) *Das Reich* aparece regularmente los sábados con fecha del domingo; el editorial de Goebbels lo lee Fritzsche[73] por la radio los viernes (en Schlüter lo oí muchas veces). Y he aquí que, ya en dos ocasiones, la radio inglesa ha traído ese artículo el jueves anterior. Es decir, en el propio centro del nacionalsocialismo tiene que haber un traidor o un espía. 2) Muchas veces han reenviado a su casa a obreras polacas (trabajos forzados)

cuando estaban embarazadas. Muchas querían volver a casa y así, muchas quedaron embarazadas. Ahora han obligado a abortar a quinientas embarazadas: porque se las necesita como mano de obra y porque no se quiere aumento de población en Polonia. Supongo que sólo se tratará de cincuenta casos. Pero aunque sólo fuesen cinco: ¡qué inconcebible tiranía!

LTI. En el *Freiheitskampf* de hoy (traído asimismo por Winde), bajo el título «Frente contra la ampulosidad», extracto de un artículo sobre estilo y lengua que Börries von Münchhausen[74] «publica en *Wille und Macht* [‘Voluntad y poder’], el órgano directivo de las HJ». En él ironiza acertadamente y con gracia sobre la *«gran* manifestación», la *«gran* cantina», «la conversión de cualquier cosa en "acontecimiento"», el «"excepcional" campeonato de modelos de vuelos sin motor», los «garantes», etc. – ¿No sabe Münchhausen, y no lo sabe el *Freiheitskampf,* que así está ridiculizando la *LTI*, sus fundamentos, su ideología, no una moda cualquiera, sino precisamente el núcleo esencial de la *LTI*? En ese artículo se sigue leyendo (ya no sé bien si lo dice el propio Münchhausen o sólo el *Freiheitskampf):* «Nuestro Reich, evidentemente, también ha intervenido en ese terreno». Como prueba se aduce una sentencia del Tribunal Regional de Berlín, en la que se le prohibió a un taller de sastrería denominarse «Casa de modelos». El sastre habría podido remitirse a todas las dimensiones estilísticas del Tercer Reich.

¿Es senilidad en Münchhausen o no quiere saber cómo están las cosas? El sionista que da conferencias en asociaciones judías se deja encomiar por los nazis, escribe en el «órgano directivo de las HJ » y como buen nazi critica allí el estilo nazi.

[…]

17 de julio, lunes hacia el anochecer

Monotonía de la jornada; a la caída de la tarde –como ya es casi habitual– media hora del obligatorio paseíto, por el Elba arriba, unos pasos más allá del Sachsenplatz.

Lectura desesperada de Rosenzweig[75].

Si se lee el parte militar, la situación de Alemania es casi letal, en el este se sigue retrocediendo (hoy evacuación de Grodno, a 60 kilómetros de la frontera

alemana), en el oeste duros combates, «bomba aspirante» (Beumelburg)[76] angloamericana, en Italia sigue la retirada (Arezzo), por doquier «partisanos» y «terroristas»… Si se leen los artículos de la prensa –estoy hojeando toda una serie del *DAZ* que trajo ayer Lewinsky, estuvo en casa por la tarde, Steinitz por la mañana–, nos va muy bien: los enemigos se desangran en Normandía, sufren terriblemente bajo los V1 (que yo tengo en nueve décimas partes por B 1 = *Bluff* 1), ni en Italia ni en el este consiguen nada decisivo. Eva tiene siempre la moral muy alta después de escuchar cada día a las cinco el parte militar en la Pirnaer Platz; *yo*, por mi parte, ya no puedo tener verdadera esperanza, no considero suficientes los pequeños éxitos, estoy a la espera de la catástrofe. Vendrá seguro, pero sólo Dios sabe si será mañana o dentro de un año. Y en lo hondo siempre ese miedo: ¿Qué será de mí *después*? ¿Podré producir todavía? Etc.

19 de julio, miércoles mañana

De la masa de cosas incomprensibles de Rosenzweig pesco algunas veces algo importante y así no me libero. Ayer no encontré tiempo apenas para pescar: por la mañana, larga visita de Katz, sólo para charlar; por la tarde, unos dolores fuertísimos me obligaron a ir a la consulta de Simón: inflamación purulenta de raíces, largo tratamiento.

Esto me afecta económicamente: después de haberle explicado a Neumark, y a mí también, que *los judíos seguían teniendo* seguro de enfermedad, y después de haber rellenado el impreso con la solicitud, hoy ha llegado una postal con respuesta negativa, «por su condición de no ario».

Katz estaba ayer a la vez animado y atemorizado. *Sabía* que los rusos habían tomado Kovno –una hora después llegó Eva de una visita a «Gertrud Schmidt» con la noticia precisa de que Kovno estaba desde el domingo en poder de los rusos, y de que tropas rusas habían alcanzado la frontera de Europa oriental–, contaba con la debacle muy pronto, pero al mismo tiempo con la posibilidad, si no probabilidad, de que a nosotros nos liquidaran en masa durante las evacuaciones. Lo imaginaba como resultado de una deliberación entre militares y oficinas del Partido […]

Cuanto más grande es el desastre, tanto más desvergonzados son los superlativos del lenguaje nacionalsocialista. La «máxima semanal del NSDAP» y su comentario termina en el *Dresdner Zeitung* del 17 de julio de esta manera:

hoy «nuestra fe en la inquebrantable seguridad en la victoria se ha visto confirmada. Ahora ya no podrá arrebatárnosla ningún poder de este mundo, ningún diablo del infierno más profundo, porque nos hemos convertido en una generación de hierro». La máxima propiamente dicha, de Goebbels, reza así: «Sólo una generación de hierro podrá salir vencedora en la tempestad de nuestro tiempo. Habrá de tener entrañas de hierro y un corazón de acero». (Capítulo: Superlativo y maldición del superlativo.) En el parte militar, ni una palabra sobre Kovno.

Noche

Seguimos sin una sola palabra alemana sobre Kovno. ¿Infundio de los ingleses? Pero el parte alemán de hoy, pese a todos los retoques, es desde luego catastrófico. En los tres frentes, «ataques de gran magnitud» y en los tres frentes, pérdida de terreno en algún sitio.

LTI. Palabra de moda de las últimas semanas: *crisis*, por lo general, *crisis superada.* – Steinitz (por la tarde unos minutos con él) ha contado este chiste de la emisora inglesa: V1 no significa *Vergeltungswaffe* [‘arma de las represalias’] sino *Verzweiflungswaffe* [‘arma de la desesperación’].

20 de julio, jueves mañana

LTI. Editorial del *Dresdner Zeitung* del 18 de julio. «Judíos en Normandía.» Aún se estaba luchando –dice el articulista– y ya hicieron su aparición los «perpetuamente avariciosos», los «narigudos», para sacar tajada. Porque era «su» guerra, la guerra del «judaísmo internacional». Uno espera algún hecho concreto que justifique el artículo. Se trata simplemente del decreto de De Gaulle sobre la derogación de las leyes antijudías. Se añade a eso que en Roma ya está otra vez oficiando un gran rabino… En todo esto, *a mí* me parece importante lo siguiente: 1) El primer decreto de los aliados es, en todas partes, la derogación de las leyes antijudías. 2) La agitación antisemita, el englobar a todos los enemigos en *el* enemigo llamado «judío», se vuelve cada vez más grotesca por parte de los alemanes. 3) Mi conclusión de 1) y 2) y de todo esto: por mucho que yo me haya negado a verlo, *el judío* es en todos los aspectos el punto central de la *LTI*, de toda esta observación mía de la época. – A notar también en ese

artículo: «Las *hordas* de Eisenhower[77]».

Psicosis judía. Conversación entre Cohn y yo. «Tengo buenas noticias.» –«¡No quiero saber nada!» Medrosa mirada alrededor. «Podría haber alguien fuera, escuchar por la ranura del buzón… Podrían oírlo abajo, por la ventana abierta…» Su mujer se queja de que ahora él es siempre así; el miedo a la persecución no lo abandona un instante.

Noche

A las once hubo alarma pequeña. Eva quería ir en ese momento a casa de los Winde. Yo la animé a que fuera de todos modos; ella puede meterse en cualquier sótano, y las posibilidades son iguales en todas partes. Antes de que pudiera coger un tranvía, vino la alarma grande, así que nos quedamos los dos una hora en el sótano de los judíos, muy poco concurrido. Dos, tres veces se oyó el potente zumbido de los aviones enemigos, en una ocasión también los disparos de la defensa antiaérea. Sentí palpitaciones, a pesar de la filosofía y a pesar de la fe en la protección de Beneš a Dresde, porque acabábamos de oír cosas atroces sobre los últimos ataques masivos a Leipzig y Múnich. Pero una vez más, todo terminó apaciblemente.

[…]

21 de julio, viernes al anochecer

Estaba estructurando mis apuntes sobre Rosenzweig –trabajo pesadísimo, que aún no tengo ni remotamente terminado–, cuando hubo alarma a las once y media como la víspera, primero la pequeña, después la grande. La estancia en el sótano fue esta vez algo más breve, sin que ocurriera nada sensacional, es decir, estuvo ocupada totalmente por algo sensacional, el atentado contra Hitler[78]. Tal vez dentro de pocos años esto me parecerá tan lejano, será una cosa tan confusa como me resulta hoy lejano el asunto de la Bürgerbräu[79] de 1939. ¿Qué fue aquello? ¿Quién fue el autor? ¿Cuál fue su intención?, etc., etc. Ni Eva ni yo podemos acordarnos bien de aquello, porque el asunto no tuvo consecuencias y fue recubierto, reprimido, por lo que vino después. Puede que con este atentado pase lo mismo, pero puede que sea el punto de inflexión. El que lo vive no sabe nada. Retengo lo siguiente: en la escalera nos dijo la señora Witkowsky que

acababan de hacer público que, en el cuartel general, *oficiales citados con nombres y apellidos y ya fusilados* habían cometido un atentado contra el Führer. En el sótano me dirigí con esta noticia, como algo absolutamente nuevo, a Neumark. A lo que él respondió: que ya estaba en el *Freiheitskampf*, pues había sido ayer y el Führer había hablado esa noche por la radio. Nos dio el periódico. Allí venía el atentado, los nombres de los militares que estaban presentes y de los que resultaron heridos; pero nada sobre los autores, sólo la suposición de que podría deberse al *Secret Service*. Neumark añadió que se murmuraba que eran oficiales del ejército alemán (pero que los judíos tenían que ser especialmente cautelosos porque era seguro que estaban siendo vigilados); la señora Witkowsky dijo que habían salido «ediciones especiales» con los nombres de los fusilados. Hasta ahora, siete de la tarde, no he podido tener en la *Judenhaus* información más abundante ni más auténtica. Los Stühler también están haciendo conjeturas. El dijo: Tal vez sea todo mentira porque EL quiere que se le atribuya una invulnerabilidad sacrosanta. Yo: Sería suicidio hacer público que el ejército se ha levantado contra el Führer, eso no sucedió ni siquiera en noviembre de 1918. Stühler: Quizá sea falsa la noticia de que los autores son oficiales alemanes. ¿Cómo iban a serlo en pleno cuartel general? ¿Y cómo iba a admitir tal cosa la radio alemana? – Qué poco sabemos en la *Judenhaus* sobre lo que está pasando. –Eva está en casa de la señora Kreisler, quizá traiga noticias de allí. Y ojalá sean noticias que nos ayuden y nos consuelen del hambre extraordinaria de los últimos días. – Acabo de oír música de soldados desfilando; los Stühler cuentan que hay carteles con el anuncio de una gran manifestación de adhesión a Hitler.

Después de las ocho

Aquí –en el punto y coma de más arriba– llegó Katz, que tiene un paciente en esta casa y que, de paso, viene a vernos muchas veces, después Eva. Hasta ahora sabemos lo siguiente: Hitler ha dicho esta noche pasada (lo pone el periódico) que una «pequeña camarilla de oficiales estúpidos» ha querido liquidarle, pero que ya estaban en situación de no seguir haciendo daño; en cuanto a él, lo había preservado «la Providencia». Y después, en contradicción con ese «no seguir haciendo daño»: que conmina al ejército a no aceptar ningún tipo de órdenes de los *usurpadores*. La expresión «usurpadores», repetida. (Yo

busqué en el diccionario = *usu raperes.)* Dijo después que ponía en manos de Himmler el mando supremo del ejército en el interior. Hasta aquí, los hechos. Se añaden los rumores: que no sé dónde –lugar desconocido– había disturbios, y que se estaban empleando aviones para combatir a los rebeldes. Radio inglesa: en Alemania hay «guerra civil». Chiste del profesor Winde (¿fabricación propia?): toda Alemania llora junto al féretro vacío de Hitler. –Katz ha contado que Neumark, un hombre muy nervioso, y algunos otros judíos ya habían estado haciendo la maleta esta noche. A lo que yo dije, y Katz se adhirió a ello: ¿Para qué hacer maletas? Si vienen a buscarnos, no es para llevarnos a Theresienstadt, sino al paredón o al patíbulo. Katz dijo también que Kovno parece que realmente había caído en poder de los rusos y que las fronteras alemanas estaban bajo fuego de artillería.

Quiero seguir observando, anotando, estudiando hasta el último instante. El miedo no sirve de nada, y todo depende del destino. (Pero naturalmente, pese a todas las filosofías, el miedo me asalta de vez en cuando. Como ayer, en el sótano, cuando zumbaban los aviones norteamericanos.)

[…]

22 de julio, sábado tarde

Anoche, hacia las diez –Eva estaba ya durmiendo–, Cohn me trajo el periódico con el discurso de Hitler, las proclamas de Göring y del jefe de la flota, etc. Ahora tampoco se puede ver todavía si esto ha sido realmente el principio del fin –¡cuántos principios así hemos tenido ya, y todos se han quedado en principios! Lingüísticamente están presentes todas las características de la *LTI:* la importante palabra de origen latino «usurpadores», la indignada riada de insultos, el acudir a la Providencia, el atenerse estrictamente al vocabulario, al estilo, a la exposición de quienes dan la pauta. ¡Pobre *LTI*, tan fácil de cogerle las vueltas! Esa contradicción sólo puede explicarse por el aturdimiento del primer instante: una pequeña *camarilla* de militares, gente expulsada, ha sido ya *liquidada* o *aplastada* (nótense estos dos verbos de la jerga periodística que ahora aparecen en las descripciones de los maquis y que desde allí llegan al nuevo material de la prensa), y por otra parte se ordena no aceptar órdenes de ninguna instancia superior: *ergo*, los liquidados y expulsados tienen que haber usurpado alguna cosa. – En conjunto, una derrota peor que la pérdida de una

batalla *et même* de una provincia.

Miedo desmedido de los judíos. He estado en la consulta de Simon y después con Glaser. Glaser estaba muerto de miedo, lastimosamente falto de control: me pidió que no volviera a contarle ninguna noticia oída en una emisora extranjera, pues podrían obligarle a declarar torturándolo, *vestigia terrent*[80], él no quería saber nada prohibido… Le dije que estábamos de todos modos con un pie y medio en la tumba, que, viejos como somos, teníamos que dejar obrar al destino… –Todo en vano, sigue temblando como un azogado, un espectáculo poco agradable […]

El *Dresdner Zeitung* del 20 de julio publicaba un llamamiento de la Academia de Francfort: piden contribuciones para reedificar la casa natal de Goethe: pondrán en ella la primera piedra, que se ha conservado, la piedra que colocó el niño Goethe…, etc. Fetichismo de la peor especie, una enorme falta de delicadeza en estos tiempos sangrientos, mucho peor aún que el culto de la Iglesia a las reliquias.

En el *Reich* del 9 de julio un ya habitual artículo de Goebbels, pero con más lamentos que nunca: ¡Ingleses, unios a nosotros, porque Rusia *también* os subyugará *a vosotros*!. En él me resulta interesante desde el punto de vista de la lengua: a) la reaparición, de vez en cuando, de palabras de la *LTI* ya anticuadas, pasadas de moda, mudas: cuando empezaron las derrotas, poseíamos amplísimo espacio vital, éramos completamente invencibles, sólo «vulnerables» en la periferia: de eso ya no se volvió a hablar después. Ahora es lo siguiente: «después de tantos reveses y tantas retiradas» estamos más experimentados que en la época de nuestras grandes victorias; «en aquel entonces éramos más irritables y más *vulnerables* frente a las pequeñas adversidades». Habla también del porvenir de la «humanidad occidental» y del peligro de la «masificación». Como un vestido que ya no es moderno sino de guardarropía, b) Ni siquiera en el patetismo de la desesperación puede prescindir del lenguaje deportivo. Frase final, intimando a resistir: «Quien atraviese la cinta de llegada sólo una cabeza por delante de los demás, ése conseguirá la victoria». – Obviamente, no faltan los habituales *mots savants*[81]: *potencial bélico, pérdidas de sustancia.* – ¿Cuánto tiempo seguirá publicándose *Das Reich*?

Noche

El día entero (en medio del fragor de la historia universal) sin noticias. Sin parte militar, sin haber pescado nada sobre la situación interior, sin haber visto ningún periódico vespertino. Y creo que tampoco habrá ocurrido nada trascendental. Son duros de pelar, el 20 de julio también acabará siendo una fecha intermedia, muy anterior al verdadero comienzo de la catástrofe. Me dedico de nuevo a ordenar los apuntes sobre Rosenzweig. No *vaut* ni la *peine* ni el tiempo empleado.

23 de julio, domingo mañana

Sin noticias. Pero como en Dresde todo está en calma, es de suponer que el NSDAP también habrá quedado vencedor esta vez. Una vez más, pues, estamos un poquito más cerca del final, sólo un poquito más cerca del lejano final.

¡Hasta qué punto están convencidos todos, todos y cada uno, de la superioridad militar de Alemania! Ayer, conversando con Waldmann, dije que los rusos ahora parecían llevar la guerra mejor que antes; él: que sí, que el mando militar era seguramente alemán, porque se habían pasado al otro bando generales alemanes.

Simón ha contado que su mujer dice que Hitler no debe morir, que había que ganar dinero con él llevándolo por el mundo metido en una jaula. Entrada, un dólar, escupirle, dos, pegarle un bofetón, tres.

Ahora, el miedo de Glaser se me ha contagiado. He caído en la cuenta de que los Winde son poco prudentes con la radio. – Y el hermano de Annemarie está, por lo menos ideológicamente, vinculado a los conspiradores. Annemarie también es persona no grata en política. Eva va a casa de los Winde, en la de Annemarie están mis manuscritos. ¡Hay que ser fatalista!

[…]

Hacia el anochecer

[…] Esta mañana, Steinitz ha estado mucho tiempo en casa. El tampoco sabía nada. Sólo rumores. De prestar crédito a éstos, han sido detenidos y fusilados cinco mil oficiales, etc., también parece que en Berlín –y esto sería importantísimo– han detenido a numerosos *obreros*. – Cohn acaba de traer el periódico dominical: según éste, al cabo de «seis horas» había sido liquidado el

último conspirador, y ahora el pueblo exultante se siente doblemente fuerte y optimista: y por lo tanto, no sabremos nada más hasta la «victoria final» o hasta la próxima vez. (¿Cuándo, entonces?) Eva escuchó el parte militar en la Pirnascher Platz: pequeños progresos de los angloamericanos en Normandía, grandes, de los rusos en el este, calma en Italia, estilo invariable del parte alemán: «atajados»… «bloqueados», etc., *expendens apud collum*[82]. – Estoy muy deprimido. Sin duda no tiene que ser cierto del todo lo del peligro totalmente eliminado, y aunque lo sea, las metástasis habrán quedado seguramente en el cuerpo del ejército; y sin embargo: siguen teniendo la prensa y el poder *y todo,* han quedado otra vez indemnes contra toda ley natural –«¡Providencia!», «seis horas», pueblo que exulta *espontáneamente* (¡también ha resucitado!)–, han convertido la más fuerte derrota en estimulante propagandístico, en ambiente de victoria, en victoria; millones de personas creerán de nuevo en la victoria final. Y entretanto, algún *Gauleiter* o cualquier otro gerifalte habrá pronunciado donde sea un discurso afirmando que estamos a punto de renovar por completo el armamento del ejército y que con esa nueva arma ganaremos «el último asalto»; y Goebbels habrá escrito en el último *Reich* que siente horror cuando piensa en el destino que le aguarda a Londres; y así les han dado una nueva esperanza a millones de «compatriotas», y los norteamericanos ya pueden arrojar panfletos sobre Múnich, bombardeada seis veces: «¡Por V1!» y sobre las ruinas de Budapest: ¡Respuesta a la persecución de los judíos!; los alemanes lo soportan (en parte estimulados, en parte intimidados), y la cruz gamada sigue imperando […]

26 de julio, miércoles, hacia el anochecer

Ayer, Katz estuvo un rato con nosotros (tiene un paciente en la casa). Contó que había habido muchos fusilamientos, también en Dresde, que en el ejército ya sólo se puede hacer el saludo nazi (él había visto cómo se equivocó un oficial, que enseguida se corrigió y llevó la mano de la gorra a lo alto), que todo el ejército había vuelto a jurar (segunda vez, entonces) fidelidad al Führer. Esta segunda jura nos pareció a los tres un absoluto disparate. (¡Como la jura de la bandera! Exteriormente es innecesario, lo que obliga es la ley, la fuerza. De modo que sólo puede tener un sentido especial frente a la conciencia, y ésta no puede sentirse comprometida por un juramento que le ha sido sacado por la

fuerza.) Katz concluía de todo ello que este asunto no está superado, antes bien, que está en los comienzos. – […]

28 de julio, viernes hacia el anochecer

[…]

LTI. En el parte del 26 de julio, sobre los combates en Normandía: «Nuestras tropas que luchan fanáticamente…». Por primera vez aparece «fanático» en un boletín de la Wehrmacht. Después de introducido el saludo alemán, ahora esta palabra ha entrado a formar parte del lenguaje oficial del ejército. Hasta ahora en mítines del Partido o tal vez en *pronunciamientos*[83] aislados de generales nacionalsocialistas, pero nunca en los comunicados de la Wehrmacht. Como he dicho, esto lo pongo junto al saludo y junto a la segunda jura.

[…]

AGOSTO

2 de agosto, miércoles mañana

Desde ayer dominado por la sensación: ¡treinta años![84] A ello se une siempre, al principio, la conciencia de ser viejo, de haber llegado al final, de no tener derecho a pedir nada más. Pero me falta por completo esa madurez de la vejez que siempre me había imaginado; no estoy ni harto, ni cansado, ni sereno frente a la muerte. Sólo absolutamente escéptico. – Por lo que toca a la guerra, me parece una cruel ironía del destino que los rusos estén, en cuanto a Prusia oriental, exactamente donde estaban el 1 de agosto de 1914. ¿Quién les va a deparar hoy un Tannenberg[85]? Si se atiene uno a los partes de guerra de los últimos días: Normandía, Augustowo, Varsovia, desde ayer también Beskidenpass y Schwanken en Turquía, hay que decirse que la guerra sólo puede durar unas semanas más. Si se leen después los artículos de la prensa, los discursos, los decretos, todo está previsto para que esto siga durando años, la tiranía no está quebrantada y es inquebrantable, la «victoria final», pese a todas las «crisis» momentáneas –crisis es el eufemismo actual para «derrota»– es

absolutamente segura. Y como esa absoluta desvergüenza y ese repetir machaconamente me influye incluso a mí, ¿cómo no va a influir en la masa del pueblo? Me digo una y otra vez: si se han mantenido tanto tiempo contra toda lógica y contra toda previsión, ¿por qué no otro año más? […]

Noche

Hoy, estancamiento en todos los frentes, no demasiado, pero eso muestra que el ejército alemán opone resistencia, que aún no está desmoralizado y en disolución. Y alguna vez los rusos tendrán que hacer una pausa. Ya veo venir el sexto invierno de guerra. Y como entretanto la guerra y el arsenal bélico y el servicio del trabajo están aún más «totalizados», y como hoy ha llegado un cuestionario sobre el servicio del trabajo, cuento con que me harán otro examen médico y ya me estoy viendo otra vez en la fábrica. Y como desde hace días me viene torturando un trastorno gástrico e intestinal, de esos que hay tanto ahora, como Eva tiene otra vez muchas molestias cardíacas, todo es de lo más sombrío.

4 de agosto, viernes hacia el anochecer

La lasitud y el desaliento pueden conmigo. No se ve el fin. El estancamiento en el frente oriental se acentúa; parece que constantemente llegan tropas a Dresde, que son transportadas de Italia a Rusia. Y en Italia los ingleses van muy a su aire, *piano, piano:* hace por lo menos quince días que están junto a Florencia y no la toman. Por otra parte: la famosa «cabeza de puente» –¿no pertenece también al capítulo de los superlativos de la *LTI*?– se extiende ahora de Normandía a Bretaña y penetra en el interior en dirección a Rennes. Y lo mismo en otros lugares: Turquía ha roto las relaciones con Alemania[86]. ¿No significa eso nada y es sólo un síntoma (las ratas abandonan…), o será quizá, como cuarto frente, como entrada militar en los Balcanes, el final definitivo? Sobre la relevancia del factor Turquía, en este momento se puede decir igual de poco que sobre la relevancia del golpe militar. Ayer –y esto pertenece seguro a la *LTI*–, breve noticia en el periódico. El alcalde Goerdeler[87] (ha sido alcalde de Leipzig y comisario de los precios, jubilado hace poco tiempo), huido desde el 20 de julio, está implicado en el complot. *Un millón de recompensa.* Lo que pertenece a la *LTI* es la cifra. Maldición del superlativo, en este caso la forma fuerza el

contenido: quien todo lo expresa en cifras astronómicas tiene que poner también los ceros necesarios al precio de la cabeza. Pero así el daño es para ellos mismos, porque el público dirá: qué peligroso tiene que ser ese que están buscando si pagan un millón por él. Fantástico es también en todo esto con qué tranquilidad de espíritu sueltan las mentiras más burdas: ayer sólo se trataba de pocos militares, *sólo* militares, y todos estaban «liquidados», y hoy buscan a un alcalde.

[…]

7 de agosto, lunes mañana

El sábado por la tarde apareció inesperadamente Lewinsky, a quien no esperábamos hasta el día siguiente. Muy indignado: tenía que trabajar el domingo («servicio dominical»), ayudando a descargar mercancías en la estación. Es una consecuencia de la supertotalización: servicio de domingo con límite de edad más alto, de sesenta a sesenta y cinco años, diez horas de trabajo en todas las fábricas, así que también en Bauer y en Thiemig & Möbius. Por tanto, si deciden hacer otro examen médico, no me espera nada bueno. – El domingo por la mañana estuvo Steinitz en casa; más tarde, a las doce menos cuarto, la habitual alarma del domingo, pero fue «pequeña» y duró sólo treinta minutos. Por la tarde fui a ver a Eisenmann padre y cuando volví, Berger me esperaba en casa. Como es natural, con Steinitz, con Eisenmann y con Berger sólo se «deliberó» sobre la situación. Con Steinitz yo fui el activo, le infundí ánimos a él y a mí, haciendo una relación de todo lo que hablaba en pro del derrumbamiento. Sobre todo la nueva amenaza del frente turco y las proporciones cada vez mayores del asunto del complot. El nuevo boletín; la lista de los «oficiales expulsados». («¡El ejército se depura a sí mismo!» Por deseo del ejército, que Hitler cumple, se entregan al «Tribunal Popular»… sigue la lista. O sea, al Tribunal Popular, al que hace poco defendía el *Reich* diciendo que no *sólo* dictaba sentencias de muerte, que ya había habido casos de absolución, aunque desde luego sólo se encargaba de los delitos de alta traición, por tanto…) – En cambio, con Eisenmann y Berger fui yo quien recibí explicaciones. Eisenmann dijo que hasta ahora había creído que la decisión se producía en el este, pero que ahora tenía otra opinión y lo explicaba así: el ejército sabe que la guerra está perdida, que Alemania será vencida. Los soldados prefieren entonces

que vengan al país los angloamericanos y no los rusos, y por eso –¡la prueba, el rápido éxito del enemigo en Bretaña!– se retiran lo más rápidamente posible para que los angloamericanos entren en Alemania *antes* que los rusos. Lo dice en tono doctoral, muy serio y con honda convicción. Estaba convencido de que el total y definitivo derrumbamiento alemán se produciría ya en las próximas semanas […]

Voces populi. Eva oyó en un restaurante que un señor les leía a dos mujeres la lista de los «expulsados». Una de las mujeres: «¡¿Y ésos son oficiales alemanes?!»; la otra, funcionaria de correos: «¡A ver, habrán estado hasta las narices!» […]

LTI. 1) Eva me llama la atención sobre la palabra «acción». Creo que no la he anotado, aunque es uno de los eslóganes más antiguos. Desde el principio, toda operación contra el frente rojo, contra los judíos, contra los partidos, es acción. Cf. «HIB-Aktion»[88] de Goebbels.

2) Gran lujo de artículos de periódicos con motivo del 85 aniversario de Knut Hamsun[89]. Ha visitado un submarino alemán y expresado su esperanza de que Alemania triunfe sobre el bolchevismo y el judaísmo para el bien de Europa. Yo no he leído nunca nada de Hamsun; pero por las pocas anotaciones que encuentro en R.M. Meyer y en Stammler[90], y después de lo que me ha dicho Eva, no encuentro absolutamente ningún dato que pueda explicarme por qué ese naturalista y psicólogo se vuelve nacionalsocialista, se vuelve o sigue siendo nacionalsocialista *ahora*, cuando su país está sojuzgado, cuando son completamente evidentes los crímenes de los nacionalsocialistas. Ese enigma me interesa tanto más cuanto que Hamsun no sólo cosecha una benévola carta de Goebbels sino también un homenaje de Dwinger (Erich Dwinger, «A Knut Hamsun», *Dresdner Zeitung*, 4 de agosto de 1944), seguramente impreso en muchos periódicos. El artículo de Dwinger tiene una perspectiva autobiográfica. Tras su vuelta de Siberia había vivido como campesino en el Allgäu. Allí lee *Pan.* Enorme impresión. Escribe «su» *Pan*, el *Korsakoff.* Exito editorial, contra lo que suponía. Una crítica lo alaba como «el Hamsun alemán». Luego lee *Victoria* y *Frutos de la tierra.* Después del primer libro, compungido. El es imitador, jamás alcanzará a su modelo… Le da vueltas a la idea del suicidio. Entonces, *Frutos de la tierra* le da la serenidad, vive como campesino hasta que encuentra su propio arte… Al final da las gracias al «único» escritor que nos ha

seguido siendo fiel, que no nos odia, que sigue firme a nuestro lado «como un vikingo en la tormenta»… ¿Cómo es posible esto? Posible en Dwinger («un canalla»), posible en Hamsun (¿esclerosis senil?). Tengo que profundizar en esto.

[…]

8 de agosto, martes hacia el anochecer

Anoche, Eva ya se había acostado, vino Stephan Müller. Confirmó, por la radio suiza, lo que Berger había contado la víspera, que los norteamericanos habían girado hacia el este, desde Laval, y avanzaban hacia París. Contó que entre los fusilados del complot se encontraban Schacht y Neurath[91], un tal «director Nebe[92]», que según dice el periódico deambula por ahí mentalmente desequilibrado, y quien lo encuentre recibirá 50.000 marcos de recompensa. Ese Nebe es por lo visto el jefe de la policía judicial de Berlín. El complot parece que sigue existiendo, que el *Stahlhelm* lo apoya, que si de momento ha fracasado se debe a algunos «ambiciosos que se han ido de la lengua». *LTI.* La palabra *Ehrgeizlinge*[93] [‘ambiciosos’] la empleó Goebbels justo a raíz del 20 de julio, ahora ya pertenece al uso lingüístico normal.

[…]

9 de agosto, miércoles mañana

El parte militar sigue ocultando, escondiendo, silenciando. Pero en los informes, en los comentarios, etc., de la prensa, ahora se va hablando con más claridad. (Yo leo periódicos tarde y con irregularidad, a veces los trae Cohn, a veces los Stühler, además ellos tienen miedo el uno del otro; y en la radio de la Pirnasche Platz, que Eva escucha a las diecisiete horas, muchas veces hay interferencias y se oye mal; si ella trata de comprar un periódico, suele estar ya agotado; de vez en cuando, la señora Winde le da un ejemplar…) El *Dresdner Zeitung* del lunes, 7 de agosto, dice: 1) Recepción para los *Gauleiter* y para los directores del Reich en el cuartel general del Führer. Himmler habla de «guerra sagrada del pueblo». Hitler se considera a sí mismo «salvado por el destino», porque «la nación… necesita un hombre que no capitule bajo ningún concepto sino que mantenga constantemente izada la bandera de la fe y de la confianza, y porque creo que

nadie haría eso mejor que yo. ¡Cualesquiera que sean los golpes que el destino nos depare, siempre estaré en mi lugar como abanderado!». (Estilo: trillada retórica pequeño-burguesa. – Pero ¿a qué esfera pertenece «estaré en mi lugar»?) 2) Artículo: «Prusia oriental da ejemplo de máximo denuedo. (Excepcional esfuerzo en común para proteger la frontera. – Fanal de disponibilidad alemana.)». El paréntesis como subtítulo. «En la apasionada voluntad de impedir al mortal enemigo bolchevique la profanación del suelo alemán»… trabajan «cientos de miles de prusianos orientales» cavando trincheras (llega a nuestros oídos que también han sido enviados a Prusia oriental a remover tierra muchos jóvenes de las HJ). Así pues, la noticia de la entrada de las tropas rusas se convierte en material propagandístico. El artículo procede del servicio de prensa nacionalsocialista, por tanto no cabe duda de que estará en todos los periódicos.

[…]

10 de agosto, jueves hacia el anochecer

[…]

Eva vio ayer en la ciudad a Natcheff, se saludaron espontáneamente. Ha estado un año entero en la cárcel. Había sido denunciado por gente de la burguesía, dijo que era una excepción, que la mayor parte de los denunciantes eran de la clase modesta. Según Eva, exteriormente está como siempre, pero él dijo que sus nervios han quedado muy afectados. Según la sentencia, no podrá abrir ningún negocio durante cinco años; pero pensaba que «dentro de uno o dos meses» todo habría pasado; que Bulgaria estaba negociando.

[…]

13 de agosto, domingo mediodía

Han sido detenidos cuatro judíos de la fábrica Schwarze: una mujer, por haber «hablado demasiado», tres hombres por haber «escuchado». Eso basta. De esos cuatro yo sólo conozco a uno, y de pasada: el cantante y vigilante Kociolek, hablé una vez con él en la peluquería. Stühler me lo contó ayer, horrorizado y consternado. «Lo importante es mantener la boca bien cerrada: ahora, cinco minutos antes del final, uno no quiere perder la cabeza.» – Pero yo me acuerdo de que hace nada menos que diez años, Grete Blumenfeld me dijo: «A Walter lo

han desposeído de la cátedra; ¡qué duro es, ahora, cinco minutos antes del final!». Tengo momentos en que pienso que esos «cinco minutos» podrían prolongarse otra vez indefinidamente. En cualquier caso, el frente oriental está estancado.

Noche

Ningún movimiento en Rusia ni en Italia; tampoco llegará el final este año. Enormes medidas dentro de Alemania, nueva formación de tropas, nuevos llamamientos al servicio del trabajo, cierre de teatros, reparto del correo sólo seis días por semana y en esos seis días sólo un reparto diario, etc. […]

14 de agosto, lunes noche

LTI. Las nuevas disposiciones sobre el correo se publican bajo el epígrafe «Medidas de urgencia». Entre ellas se encuentra también la desaparición del «paquetito». Desde hace años se da el nombre de «paquetitos» a las «muestras sin valor». Los paquetitos tienen un importante papel en las relaciones con Theresienstadt. Parece que los judíos pasan allí mucha más hambre que nosotros aquí, y todo el que puede les envía paquetitos, casi siempre pan y biscotes. Eso ahora se ha terminado. Nunca se ha sabido con claridad *quién* de los que están en Theresienstadt puede mantener correspondencia con *quién.* De Trude Scherk no hemos sabido una palabra en todos estos años. De los Hirschel y de otros, a menudo han llegado noticias aquí y allá, nos hemos enterado de la muerte de Jon Neumann y de que la señora Ida Kreidl está bien. Ahora corre la voz de que se han llevado de Theresienstadt a muchos de los que estaban allí, tal vez a Auschwitz, tal vez a la muerte.

[…]

16 de agosto, miércoles mañana

Ayer dos humillaciones que me hicieron ver una vez más lo horrible de mi situación. – En la farmacia de la Amalienstrasse, siempre llena, despacha una muchacha de gruesas gafas y ojos saltones de la que yo sospechaba hace tiempo que era antisemita. Ya me ha hecho esperar muchas veces, ha despachado antes a los que habían llegado después o charlaba interminablemente con algún cliente

que iba antes que yo. Yo no me fiaba de mí mismo, pensaba que soy demasiado susceptible. Ayer, un señor mayor, me señaló amablemente: «Estaba antes que yo». – «Sí, *¿y* usted qué desea?» y le despacha antes. Es ridículo hasta qué punto le amarga a uno algo así. Y en lugar de acostumbrarme, cada vez me hace más mella. – Por la noche, hacia las diez, los Cohn y los Stühler se habían acostado ya, Eva también, control habitual de la policía y, como es habitual también, en el primer piso. Lo único inusual fue que Waldmann, en lugar de llamar una vez y de modo normal, lo hizo muchas veces y como si tocara a rebato. Yo pensé: ¡Gestapo! y tuve un pequeño shock cardíaco. – Pero entre esas dos humillaciones se deslizaba una nueva esperanza: desembarco angloamericano en el sur de Francia. En mí ha habido un brusco cambio psicológico: la razón espera, pero el corazón ya es incapaz de creer nada.

Mis frecuentes observaciones, en cuanto a la *LTI*, sobre anuncios de defunciones «radiantes» seguramente van a terminarse. Desde el lunes, el *Dresdner Zeitung* sólo trae, por así decirlo, fosas comunes o cuadros de honor. Es decir, enmarcadas en un recuadro de luto, recuadro grande y general, están las distintas notificaciones individuales, de un tamaño tan reducido como los anuncios por palabras, con un mínimo de datos, y además en abreviatura, de forma que todo lo ornamental y accesorio desaparece, no quedando mucho más que el dato estricto que contenían las antiguas listas de caídos.

17 de agosto, jueves hacia el anochecer

Hacia el mediodía estaba intranquilo, mitad preocupado –¿detenida?, ¿enferma?– mitad irritado de que Eva estuviera fuera tanto tiempo y en lugar de volver a las dos, como era de esperar, se presentara a las tres y media. Motivo: la gata de la señora Winde estaba en esos momentos pariendo las crías de las que llevamos hablando semanas: dos de ellas, después de quedarse con la madre tres meses, se vendrán con nosotros, *si* para entonces podemos acogerlas, es decir, *si* para el 17 de noviembre de 1944… ¿Será ése el caso? De lo que cuentan Simón, Winde, pero también del parte militar alemán, y no *sólo* entre líneas, inferimos que en Francia las cosas van pésimamente. ¿Pero supone eso una verdadera debacle, *la* debacle, *el* desenlace? Katz, que tiene pacientes en esta casa y que viene mucho por aquí –anoche, por ejemplo, y esta tarde–, dice más o menos que ya ha sucedido, que París tendrá que ser evacuado durante los próximos días,

que la «pequeña pinza» junto a Falaise corta el ala meridional del ejército alemán del Atlántico, que los norteamericanos, después de desembarcar en la franja de 160 kilómetros que va de Niza a Marsella, encuentran escasa resistencia y avanzan rapidísimamente Ródano arriba en dirección a Alemania. Brusco cambio atmosférico: la razón lo cree, y el corazón no lo cree.

Ayer por la mañana, desde las diez y media hasta eso de las doce, tuvimos casi todo el tiempo alarma grande; los norteamericanos estuvieron otra vez en varios sitios y dejaron Dresde intacta.

18 de agosto, viernes mañana

[…] Habíamos estado imaginando, en plan caricaturesco, lo que escribirían los periódicos sobre el cambio de situación en Francia, y eso, literalmente y totalmente en serio, es lo que viene hoy en el informe sobre el estado de la guerra: acosado por las V1 y llevado del miedo a las V2 y V3, etc., Eisenhower ha iniciado su gran ofensiva en Normandía y Bretaña, y desesperado por su falta de éxito en Normandía y ante el estancamiento en Italia, ha desembarcado en el sur de Francia, y hasta ahora, a pesar de las inmensas pérdidas de hombres y de material y aun habiendo ganado un poco de terreno, no han logrado en modo alguno el éxito propiamente dicho, el éxito que esperaban obtener con toda esa ofensiva en suelo francés… ¿Se cree eso de verdad la masa de los lectores y cuánto tiempo seguirá creyéndolo? ¿Pero no me creo yo mismo un poquitín de todo eso cuando me lo sueltan con tal cara dura y tal desvergüenza? – Así y todo: de pronto el enemigo está en la zona de Chartres-Dreux, donde hace poquísimo tiempo (según el parte *alemán* y contrariamente a otros partes) no tenía ni remotas perspectivas de llegar. – […]

19 de agosto, sábado tarde

[…]

LTI. En el *Dresdner Zeitung* del 17 de agosto: el dragaminas *Minenklau* [‘Robaminas’]. Al pie de la foto: «¿El Robacarbones en el mar? – ¡No! ¡El Robaminas!». El cartel más efectivo de todos; Eva oyó una vez hace poco que una madre amenazaba: «Si eres malo, el Robacarbones te mete en el saco» (en lugar de «el coco»). – Un ampuloso artículo sobre *guerre totalissime:* «Rechazo

de hábitos de tiempos de paz; el gran desfile de las reservas de energía de la nación». En él: a) Las ciudades muy afectadas por el *terror aéreo* han sido «denominadas a justo título *ciudades del frente*», b) Es «firme exigencia del momento actual», «pasar de la forma de vida predominantemente burguesa de ayer al estilo de vida revolucionario y militar de hoy». (Aquí, «revolucionario» es la impronta sagrada.)

En el mismo periódico, prohibición de regirse por costumbres domésticas antiguas, superadas por la guerra: las escaleras de las casas particulares sólo pueden fregarse, como en tiendas y fábricas, una vez por semana: hay que ahorrar bayetas.

Dos noticias no confirmadas relativas a los judíos: en Polonia ha habido asesinatos masivos durante las evacuaciones. En cambio, por acuerdos entre Hungría y Estados Unidos, han podido salir judíos de Hungría. El punto 1 nos parece muy probable. El punto 2 sólo puede ser cierto si Hungría se ha separado de Alemania. *Did it?* Tanteamos en la más completa oscuridad.

20 de agosto, domingo tarde

[…] Por razones de salud me había obligado a dar un paseo relativamente largo después de haber trabajado varias horas con los apuntes sobre Stresemann[94]. El sábado por la tarde sólo está en el cementerio la familia Jacobi, el *trifolium*[95] del trabajo tiene fin de semana. Yo estaba sentado con los Jacobi en el banco de delante de su casa cuando apareció Werner Lang, con quien hice después el camino de vuelta a casa. Hablamos, como es lógico, de la situación: en Francia parece que es catastrófica. Pero hace cuatro semanas, en Rusia era igual de catastrófica, y de pronto los rusos dejaron de avanzar. También me enteré de que hace algún tiempo habían sacado de Theresienstadt a muchos judíos mayores (¿trescientos?, ¿tres mil?), y que después la emisora inglesa dio la noticia de que ese convoy había ido a las cámaras de gas. ¿Es verdad? *Forse che si, forse che no.* – En el trayecto a casa Werner Lang contó que un soldado se había dirigido a él en la plataforma del tranvía: «Usted sigue aquí, ¿eso por qué?» (en tono no agresivo). – «Porque vivo en matrimonio mixto.» – «Eso está bien; ¡pero en Polonia yo he visto cosas tan atroces, tan atroces! ¡Eso no puede quedar sin consecuencias!» Y en voz muy alta, oyéndole otras personas. Aquel hombre se

estaba jugando la vida. – Y esta mañana Steinitz contó en casa que su mujer había vuelto de la ADCA[96]. Había pedido impresos para hacer solicitudes en la oficina de divisas. «Coja todos los que quiera (la empleada le puso delante un montón), pronto ya no vamos a necesitarlos. Recuerde lo que le digo: ¡dentro de quince días!» Tales habladurías y *voces populi* alimentan nuestras esperanzas durante unas horas, y la situación del frente durante algún tiempo más: pero tampoco mucho ni de una forma continuada. De las habladurías sólo me asombra una cosa: la valentía o la imprudencia de la gente, porque los periódicos están llenos de condenas a presidio y de sentencias de muerte por todo género de «derrotismo». – […]

21 de agosto, lunes mediodía

Días agotadores por el calor y el bochorno, realmente la primera vez en este verano. En lugar de dar mi paseo obligatorio, me quedé ayer por la tarde en el piso del sótano, en casa de los Waldmann. Estaba también Berger. Por supuesto: la situación. Además, el chismorreo sobre los distintos judíos y sobre la honda desconfianza entre ellos y su miedo espantoso a que los denuncien en el último instante. Todos están desmoralizados y enervados, todos previenen contra todos, aconsejan tener prudencia, no decir nada, y ellos mismos son imprudentes. Por mi parte, defiendo el punto de vista del fatalismo absoluto y libre de temor (pero *no* de angustia). Berger citó algo que ya debe de ser viejo pero que para mí era nuevo: «¡Si hemos atravesado el Mar Rojo, también atravesaremos la mierda parda!». A esta frase para la *LTI* añado lo que Steinitz contó el domingo. V1= *Versager 1* [‘fracaso 1’]. – Por lo demás, desde hace días los artículos de periódico sobre la guerra tratan continuamente de neutralizar las victorias de los aliados insistiendo en las V1.

[…]

Entre los judíos ya no existe la idea de la propiedad del libro. Son demasiados los que circulan por ahí sin dueño, demasiados los que han sido robados, abandonados, pasados de mano en mano; nada que pertenezca a los judíos está seguro. Hace dos meses le presté a Berger dos libros que yo mismo había encontrado en algún sitio o heredado de alguien. En las habitaciones aún sin despejar del Lothringer Weg encontré como legado, de eso estoy seguro, una colección de relatos policíacos; ya no sé de dónde proceden los *Singermann.*

Cuando le pedí a Berger que me devolviera los libros, se quedó perplejo, por lo visto hacía tiempo que los había prestado a su vez. Los libros, los libros de judíos, no tienen dueño. Una semana después vino diciendo que quería devolver lo prestado y me trajo la famosa *Natascha*. Vi enseguida que se había confundido pero hice como si no me diera cuenta.

Ahora estoy preocupado por mis diccionarios y enciclopedias. Ha habido un llamamiento en los periódicos: que se entreguen libros, sobre todo diccionarios propiedad de particulares, puesto que muchas bibliotecas públicas han quedado destruidas por el terror aéreo. Lo que se *pide* a los arios, se les suele quitar a los judíos. Por otra parte, Steinitz opina que después de habernos desvalijado tantas veces, supondrán que ya no nos queda nada, también nos dejaron en paz cuando hubo la última colecta de tejidos. Estoy dudando entre llevar los diccionarios a casa de Gertrud Schmidt o dejarlos aquí. Para Eva el acarreo sería pesadísimo y yo los echaría mucho en falta.

Me persigue el siguiente juego de palabras: *Hakenkreuzotter*[97]. ¡Oh, Polgar![98]

[…]

24 de agosto, jueves mañana

[…]

Ayer tarde, en el paso a nivel delante de nuestra casa, un obrero de aspecto huraño pasó justo a mi lado y dijo en voz alta: «¡Ánimo! A esos canallas les habrá llegado su hora!». –Stühler tuvo una experiencia parecida. Pero esas experiencias las tenemos todos desde hace años cada par de días, y asimismo tenemos desde hace años cada par de días experiencias perfectamente contrarias. De eso no puede inferirse nada, y tampoco de la marcha de la guerra, por desesperada que sea la situación para Alemania en el este y en el oeste.

25 de agosto, viernes mañana

Ayer tarde, la señora Stühler: unos clientes se han enterado por la radio alemana de la defección de Rumania[99]. Por la noche me dijo Stephan Müller (durante las prácticas de defensa antiaérea pasiva) que eso ya venía en el periódico. Cohn ha visto hoy un *Freiheitskampf* fijado en la pared; según lo que ha leído, hay una

analogía con el asunto Badoglio; y por supuesto –todo según el periódico– ya ha lanzado un llamamiento un partido nacionalista, y la guerra civil está en marcha. – Durante un instante cobré ánimos, pero también desde el primer instante fueron grandes mis reservas y mi escepticismo. En el fondo, Alemania tenía que derrumbarse ahora; pero «en el fondo» ya tenía que haberlo hecho en julio de 1943, cuando la defección de Italia. – Entre los judíos predominan el miedo y el escepticismo. Stühler recriminaba a su mujer por haberlo contado. «Yo tengo miedo, a mí no me gusta lo de "faltan cinco minutos para el final"… Si usted hubiera visto a la gente que hace unos días volvía de declarar en la Gestapo, también tendría miedo.» La sensación que predomina es el miedo, después la apatía. Nadie puede imaginarse ya que llegue el final. Y sin embargo parece que se está derrumbando por completo el frente de los Balcanes: Bulgaria, Turquía, Rumania, y de Rumania procede el 50 o 60% de nuestro petróleo. Pero «ellos» seguirán resistiendo en Berlín. Ayer, durante la alarma grande, cayeron algunas bombas en Freital; Eva, que estaba en el sótano del Albertheater y que después se fue a casa de Glaser, vio la humareda de los incendios. En el tranvía, unas personas se lo enseñaban a otras; pero *sólo* con la mirada, *nadie se atrevió a hablar* […] Anoche, en el patio entre siete y media y nueve y media, es decir, hasta muy de noche: prácticas de defensa antiaérea. Hubo que eliminar con arena ficticia y agua ficticia una bomba ficticia de fósforo (lata de conservas) y salpicaduras de fósforo dibujadas con tiza. Antes y después, las ya conocidas e interminables instrucciones, amonestaciones, amenazas. Esta vez resultó clarísimo lo que ya estaba suficientemente claro desde hace tiempo: los judíos ponen poco interés en todo eso, e incluso son algo pasivos y renuentes, porque se saben poco preparados y poco protegidos. Faltan máscaras de gas; faltan enfermeras, porque Katz no puede preparar a mujeres arias y porque las esposas arias de judíos no pueden asistir a ningún cursillo para todo el mundo. Uno, fue incluso Waldmann, que tiene en nuestra casa un papel relevante, hizo esta pregunta: «Si se derrumba nuestro sótano judío: ¿nos sacarán?». Kautzsch, una buena persona, respondió medio indignado medio inseguro: «¡Mientras *yo* sea jefe de grupo, desde luego!». Pero antes, cuando se hablaba de las inexistentes «enfermeras auxiliares», había dicho melancólicamente: «Me gustaría mucho ayudarles, pero ya lo saben ustedes, tengo las manos atadas». Es tragicómico y pertenece directamente a la *LTI* el modo como ese hombre trata de

incorporarnos, con bondad y amenazas, a la «movilización» general, y la manera como, al hacerlo, tiene que caer necesariamente en la fraseología que le han enseñado y que aplicada a nosotros sólo suena como un sarcasmo: ayer tuvimos que oír tres veces que teníamos que colaborar en la protección propia y de todos, que debíamos estar preparados en todo momento para intervenir como quien forma parte de un «grupo de conjurados». Es precioso oír eso cuando se lleva la estrella y se es «hostil al Estado» […]

26 de agosto, sábado tarde

Este calor agotador viene durando ya una semana. En nuestro cuarto de estar da casi todo el tiempo el sol.

Una vez más he tenido que llevar a arreglar mis míseros zapatos. He estado en el tercer zapatero judío. El primero, un judío ruso gigantesco que tenía el taller en la Sporergasse, se ahorcó en la prisión. El segundo, Frischmann, lleva semanas en la cárcel, ya he escrito unas notas sobre el caso. El tercero, Saslawski, ha puesto su taller junto a Waldmann; lo conocí ayer, lo observé y le escuché mientras trabajaba. Un hombre flaco y moreno, de cincuenta y un años, judío oriental, la lengua con un deje oriental; ésa sería la apariencia y el modo de hablar de un artesano de Galitzia. Antes era mecánico, en tiempos de paz ha sido de «todo», como dice, viajante de la industria del cine (¿?) y de comercio. Tiene a su madre en Theresienstadt, a un hijo internado en Australia (zapatero), a una hija, enfermera profesional, en Inglaterra. Me trató con delicadeza y respeto, yo era el «profesor al que han echado de su cátedra» (*sic*), no hubo manera de que aceptara dinero por su remiendo. Me preguntó qué sabía del idioma «judío». Le dije que por desgracia no poseía conocimientos de hebreo. – «Pero sí sabrá palabras como una *Broche*[100], una *Mitzwa*[101].» Aprobé con un «suficiente». Por lo demás, ese hombre es desde luego marido mixto. Y además: al hablar y al trabajar le tiemblan horriblemente la cabeza y la mitad del torso, como consecuencia de haber quedado sepultado durante la primera guerra mundial. Cf. 27 de agosto.

[…]

27 de agosto, domingo mediodía

Ayer por la tarde estuvo aquí Steinitz. Dijo que el zapatero Saslawski no había sido soldado alemán ni había quedado sepultado, que su temblor proviene de un campo de concentración del Tercer Reich.

El bombardeo de Freital-Dólzschen-Birkigt parece que ha causado más daños de lo que se supuso al principio; enterrados bajo un búnker hay, según rumores optimistas, sesenta y cuatro cadáveres, según otros más negativos, entre doscientos y cuatrocientos. Como nunca se publica nada exacto, cunden naturalmente rumores de la peor especie. Con este golpe he perdido un poco mi tranquilidad en cuanto a Dresde. También tengo miedo por nuestra casita. Uno de los objetivos de las bombas, si no *el* objetivo, era la línea de ferrocarril en la zona de Plauen.

Steinitz me trajo ayer, del *DAZ* del 25 de agosto, un artículo, con ocasión del jubileo, de un tal Erich Schneider.

«Herder hoy» (en su tricentenario)… «Él pone al descubierto las raíces del carácter *propio de la especie…» – «Todavía* eludió la cuestión de la raza, porque no le parecieron lo bastante convincentes los conocimientos de la época al respecto. Su vivencia fundamental son los pueblos…» – «A pesar de la tolerancia religiosa y humana, que corresponde perfectamente al espíritu de su época, Herder ve la cuestión judía como una cuestión política. Su pensamiento político relativo al pueblo lo lleva a opinar con claridad…» En las *Ideas*[102] dice: «¿Cuántos de ese pueblo extraño pueden llevar sus negocios sin detrimento de los nativos?… Porque desgraciadamente la historia nos proporciona tristes pruebas de que una cantidad imprecisa de ellos destruye un Estado europeo, sobre todo si ese Estado está mal organizado…». – «Para los pueblos eslavos del este, Herder es "un hombre del destino" según una expresión de Josef Nadler…[103]» A través de su «idea del pueblo, los pueblos orientales cobran una conciencia étnica propia y una sensación de unidad a través de la sangre… El conocimiento de la naturaleza propia en los pueblos eslavos crea la voluntad de configurar la existencia política… El pueblo alemán, políticamente impotente en tiempos de Herder, no podía dar una configuración política a los países del este, es la Alemania actual la primera que puede cumplir esa misión alemana…». Frase final: «Para el pueblo alemán, la idea de pueblo de Herder se ha convertido en realidad política a través del nacionalsocialismo».

[…]

28 de agosto, lunes noche

[…]

Esta mañana, Waldmann tenía que arreglarnos –el asunto ya lleva pendiente mucho tiempo– una persiana. (Resulta complicado conseguir el cordel necesario: se necesita un certificado del dueño de la casa.) En el último instante: imposible, tenía que ir a buscar un cadáver. (Eso forma parte de sus obligaciones, junto con Jacobi.) Al momento corría el rumor angustioso de que en la PPD había muerto alguien. Pero se trataba de la esposa judía de un ario de Niedersedlitz. El cadáver lo trajeron con una carretilla de mano: para los judíos no hay coche fúnebre.

En el periódico del sábado venía un suelto: «el entierro» (¡sólo eso!) tiene lugar en Freital a las diecisiete horas, delegaciones con banderas, etc. Por lo visto ha habido una «emigración en masa» hasta allí, pero nadie puede hablar de ello. Parece que todavía hay muchos muertos en un búnker destruido. De todo esto no se habla oficialmente, en el parte militar hace tiempo que no se interesan por tales bagatelas. En el parte pone, ya desde hace semanas: grandes unidades sobrevuelan Alemania central (por ejemplo), sobre todo…, y entonces vienen los nombres de dos ciudades que han tenido demasiadas pérdidas como para mantenerlas ocultas. ¿Cuántos Freitals como ése, con docenas de muertos, tal vez con doscientos, habrá diariamente en Alemania?

En el periódico ponderan, con gran lujo de detalles, el genio organizador del *Gauleiter* de Prusia oriental, que ha movilizado en veinticuatro horas a cientos de miles de personas para hacer remociones de tierras. Todo ese asunto es ya un triunfo nacionalsocialista, una derrota de los rusos, que no pueden ni podrán penetrar en Prusia oriental. Así, se le da a todo la vuelta hasta quedar transformado en victoria alemana. ¿Cuánto tiempo durará esto? La desfachatez y la insistencia con que se toman todas las medidas hacen pensar que la guerra aún durará años. Se insiste continuamente en que mediante las nuevas medidas –¡reducción de la cultura para salvar la cultura!– se reuniría otro ejército para el frente. (¿He anotado ya que a partir del 1 de septiembre no pueden imprimirse libros de «bellas letras» y «afines»? ¡Sólo ciencias de la naturaleza y técnica! ¿Que cierran las escuelas de comercio, etc.? – […]

30 de agosto, miércoles mañana

[…]

Dificultad creciente para encontrar libros. Las bibliotecas circulantes ya no toman clientes nuevos. En la Marschallstrasse he visto a menudo lleno de nostalgia, en una tienda, el *Napoleón* de Bouhler. Steinitz me dice que de allí saca sus lecturas su vecina de piso, la acartonada y reseca señora Lichtinger, esposa del valetudinario relojero judío Lichtinger, que les hace reparaciones a los funcionarios de la Gestapo a cambio de cigarros y de un trato deferente. Así que la señora Lichtinger me iba a procurar el libro. Ayer: que no se atreve, que ha tenido que firmar un recibo comprometiéndose a no prestar a otra persona los libros tomados en préstamo.

De números sueltos del *DAZ*, mediados de julio a mediados de agosto. (El *DAZ* es ahora *el* periódico de representación.) 15 de julio: «La autoafirmación del teatro bajo el terror aéreo». Informe del «dramaturgo del Reich»: agrupándose las compañías unas con otras y ayudándose mutuamente, es posible, «pese a tanta destrucción, seguir ofreciendo a la población el noble y relajante espectáculo teatral». Cuatro semanas después de ese discurso del «dramaturgo del Reich y director ministerial doctor Schlösser», Goebbels suprime *todos* los teatros a partir del 1 de septiembre. – Una nota sobre los próximos conciertos sinfónicos en Bucarest, el músico invitado será un alemán. Dos semanas después, Rumania nos declara la guerra. – […] Editorial del 16 de agosto: «El pueblo del este», himno al patriotismo de los habitantes de Alta Silesia, del que se deduce que allí están tan preocupados como en Prusia oriental y se atrincheran de modo parecido […]

SEPTIEMBRE

1 de septiembre, viernes mañana y después: ¡cinco años completos de guerra!

[…]

Creo que nunca he anotado lo siguiente: en cada puerta de este piso, clavada en posición oblicua y a la altura de la mano, hay una *mesusa*[104]. Lewinsky dice

que aquí vivía el rabino. Hace poco abrió uno de los pequeños rollos y nos enseñó la minúscula letra manuscrita, maravillosamente uniforme, de la frase bíblica que contiene. Contó que *sólo* se pueden escribir a mano y *sólo* con pluma de ganso; esos mismos textos, en las filacterias[105] de la frente, son aún más diminutos, las *mesusas* de los judíos ortodoxos orientales mucho más grandes. Habló con entusiasmo de la poesía de ese precepto: un judío piadoso no puede dormir en una habitación que no esté protegida por esa miniatura, esencia (la denominación es *mía)* de la Torá. Lewinsky, que nació en Kempten y se crió *en pleine* ortodoxia, tiene muchas veces emocionados recuerdos de ella, conoce muchos textos hebreos, pero casi nunca sabe explicar exactamente las palabras; si conoce más o menos el sentido de una frase, de una oración –a menudo ni siquiera eso–, ya está muy orgulloso. Y es que en todos los ámbitos de la religiosidad, de un modo totalmente interconfesional y general, lo importante es la magia, la fórmula de encantamiento, el efecto misterioso de un sonido o un ritmo, de un gesto y una ceremonia; cuanto menos de ello se entiende, tanto mayor es el efecto que hace. Yo, por mi parte, soy perfectamente insensible a todas esas influencias: *anzi*. Pero eso no se debe a mi extraordinaria lucidez mental, sino a la época en que me crié. Todavía estoy viendo y oyendo la indignación de Berthold en el puente de Potsdam, el puente de madera del siglo pasado, cuando me atreví a poner en duda la absoluta certeza de que la muerte sea el final absoluto del hombre. Se puso frenético, como si hubiera dicho una indecencia, algo totalmente vergonzoso, algo totalmente estúpido. *Yo* soy mucho más escéptico de lo que nunca lo fuera Berthold.

Desde los estragos que hubo en Freital no se me va de la cabeza la idea de que algún día pueda caer una bomba en la clínica de Annemarie. ¡Pirna, ciudad industrial, y en sus inmediaciones, Küttner, que fabrica paracaídas! Entonces todos mis manuscritos, que están metidos en la misma maleta, quedarían aniquilados de golpe. Pero temo a la Gestapo más que a los norteamericanos. Y todo es destino, y no hay seguridad en ninguna parte.

El 28 de agosto, aparte de largas informaciones sobre la rendición total de París –se veía que, con excepción de ciertas «bases», ya llevaba varios días en las manos de los otros–, el *Dresdner Zeitung* (y seguro que no sólo él) traía un artículo, «Secreto de la última fase de la guerra», del reportero de guerra de las SS, Achim Fernau. Es lo más increíble que se han permitido hasta el día de hoy.

Misterios para el pueblo. Sí, estamos perdiendo desde hace meses en todos los teatros de la guerra, una zona tras otra, una tropa tras otra. El espectador es como alguien que mira a través de una puerta acristalada cómo otros juegan al *skat*. Dos jugadores tienen todos los triunfos en la mano, el tercero parece que ha perdido. Y de pronto…, felicitan a ese tercero. El espectador «no sabía que no se jugaba grande». – O también: «Dos automóviles corren a porfía. Depende de quién ha repostado gasolina el último, de quién puede repostar el último». Los aliados quieren, tienen que llegar ahora a la meta: ¡porque después! El ministro inglés del Interior ha dicho: «¡Sé cosas terribles!». V1 es sólo el principio de esas cosas terribles. ¡Churchill lo sabe, de ahí esa inmensa tensión, esa forma desesperada de atacar! Churchill ha dicho en una entrevista: «Tenemos que haber terminado la guerra para el otoño a más tardar, de lo contrario…». (Ominosos puntos suspensivos.) Para abreviar: los enemigos vencen en estos momentos por miedo y desesperación. *Nosotros*, por nuestra parte, sólo tenemos que aguantar hasta el otoño. Y aguantaremos. «Por todos los medios y con todas nuestras fuerzas. La victoria está realmente muy próxima.» (Final del artículo.) – Estas cosas, y de forma creciente, se están escribiendo desde hace semanas. Alemania jugando al póquer. ¿Se marca un farol o le quedan realmente algunos triunfos en la mano? […] Comoquiera que sea: con el eslogan «tiempo contra terreno» y con las armas misteriosas, se mantiene esperanzado al pueblo.

[…]

3 de septiembre, domingo mediodía y después

[…]

Toda la mañana tambores, trompetas (mal tocadas, como todo lo que toca el Tercer Reich), HJ desfilando, cantando, en formación sobre el puente del Elba, agitando los banderines de las trompetas, en resumen: el eterno espectáculo. Motivo: según los nacionalsocialistas, hoy, 3 de septiembre, empezó la guerra de 1939 por la absurda declaración de guerra de Inglaterra y Francia. El 1 de septiembre de 1939, nosotros sólo «respondimos al fuego de los polacos».

Acabo de soltarle a Steinitz un discurso explicándole que dentro de cuatro semanas todo se habrá terminado. ¿Pero me lo creo yo mismo?

[…]

4 de septiembre, lunes mañana

Lewinsky no vino ayer. Pero Eva tocó estupendamente el piano; ahora paso a veces semanas sin oírla tocar, pero lo hace fuera de casa, con Glaser y con la señora Kreisler; allí hay mucho de comer, de fumar y también comida y tabaco para llevar a casa.

LTI. En todas las casas hay escrito, junto a un círculo y a una flecha marcados con tiza: LSR, *Luftschutzraum* [‘refugio antiaéreo’]. La nueva interpretación que hemos oído: *Lernt schnell Russisch* [‘aprended a toda prisa ruso’].

El sábado por la noche estuvo Katz un rato en casa. Aseguró que en la Gestapo se estaban volviendo un poco más correctos y comprensivos; que, en cualquier caso, no quieren hacerse aún más odiosos. (No lo creo, no va con ellos, y tampoco les sirve ya de nada.) Contó como noticia no confirmada que entre los ajusticiados por el asunto del atentado se encontraban también Schacht (eso ya lo habíamos oído decir) y Sauerbruch. Yo dije primero: «¡Sauerbruch, imposible!». Y conté lo que sabía de Sauerbruch, de Arco, de Ritter[106]. Después se me ocurrió que sí era posible, que Sauerbruch encajaba bastante bien en el grupo de esos aristócratas nacionalistas. – […]

5 de septiembre, martes mañana

Ayer Eva trajo la noticia, leída en el *Freiheitskampf*, de que Finlandia había capitulado[107] y de que en Bulgaria se había formado un «ministerio suicida»[108] (es decir, pasado al bando ruso). La señora Cohn vino diciendo que Waldmann le había dicho por lo bajo en la escalera que había caído Bruselas. Al atardecer, durante el paseo terapéutico por la orilla del Elba, un señor gordo que subía del río se me cruzó en el camino y dijo: «Esto se acaba pronto, ¡por fin!». Y como yo seguía mi camino sin reaccionar, vino detrás de mí: «¡Gracias a Dios!… ¡No me entienda usted mal!». – Con todo, esto sigue durando, sigue durando. En los últimos periódicos que he visto, se lee: En el oeste formamos el mismo frente *elástico* (*LTI:* desde Stalingrado, la línea del este es *elástica*, y el enemigo jamás consigue *abrir brecha)* – el mismo frente elástico que en el este, evitamos la batalla decisiva y sólo la daremos cuando las perspectivas sean favorables. ¿Se lo cree la gente? Goebbels ha frenado el entusiasmo por las

nuevas armas, diciendo que no hay que esperar de ellas milagros súbitos, y en el último parte militar, dice Eva, *faltaba* V1, faltaba por primera vez desde hace semanas. Así oscilo entre esperar y no poder creer, y en medio de todo eso, trabajo diligentemente recogiendo datos. De la necesidad de no poder quedarme en *un* tema, hago ahora una virtud: me digo que *todavía* tengo tiempo de recuperar un poco de la cultura general que he descuidado en las últimas décadas.

[…]

Sobre la *LTI.* El nacionalsocialismo es una consecuencia venenosísima, verdadera hiperconsecuencia del Romanticismo alemán; éste es tan culpable y tan inocente del surgimiento del nazismo como el cristianismo lo es del surgimiento de la Inquisición; lo convierte en un asunto específicamente alemán y lo separa del fascismo y del bolchevismo. Encuentra su expresión más característica en el problema de la raza, y éste a su vez se pone de manifiesto del modo más claro en la cuestión judía. Así, la cuestión judía constituye para el nacionalsocialismo el «centro mismo de su ser» y su quintaesencia. Y en ese mismo núcleo central se muestra la absoluta desespiritualización y mendacidad, la absoluta caída del Romanticismo a los infiernos en el Tercer Reich. El problema judío es la glándula venenosa de la *Hakenkreuzotter* [‘víbora con la cruz gamada’].

6 de septiembre, miércoles mediodía

[…]

Al atardecer cedí a la tentación, como ya alguna otra vez, y no fui a dar mi paseo terapéutico sino a casa de Waldmann, encargado de este edificio y de los cadáveres y transportador de muebles –para la oficina de hacienda, muebles de las subastas de bienes judíos confiscados; dijo que «ahora se dan prisa, seguramente tienen miedo»–, antes peletero, hombre robusto de cincuenta y pocos años, rubísimo, esposa mucho más joven, gran diplomático, me tiene mucho afecto; fui pues con el pretexto de recordarle que tenía que arreglar desde hacía tiempo la cinta rota de una persiana. Abajo, en el sótano, tiene un bonito cuarto de estar con cuatro cómodas butacas en torno a una elegante mesa oval; algunas veces lo he visto ahí junto con el matrimonio Berger, con el que se tutea. Los hombres primero no dicen nada, luego me advierten que tenga prudencia,

luego sueltan el informe de los aliados y su opinión al respecto. El que más cuenta es Berger, pero Waldmann no se queda corto cuando se trata de interpretar y hacer conjeturas.

El *Reich* del 20 de agosto; editorial de Goebbels: «En tiempos borrascosos». Evidentemente, a través del 20 de julio (el atentado) nos hemos hecho más fuertes en todos los sentidos. Los culpables –inconcebible «que haya hombres con apellido alemán y nacidos de madre alemana que levanten la mano para extinguir la vida del Führer»– son ultrarreaccionarios, y su carácter se explica «por proliferación de las fuerzas del instinto… por las de un intelecto diabólico» […] –Un artículo de Hans Schwarz von Berk: «La impaciencia del enemigo. En el cieno de su política». La vieja letanía: los adversarios no persiguen con esta guerra ningún fin positivo cultural; sus soldados están hartos de luchar y quieren regresar a sus hogares, así que hay que terminar. Nosotros, en cambio, nosotros defendemos nuestra civilización, *la* civilización, ésta es nuestra misión, y si no, sucumbiremos. Por eso «lucharemos por cada metro de terreno». Entre las visiones espectrales de la derrota se lee, entre otras cosas, lo siguíente: «En lugar de escuelas alemanas para nuestros hijos, instituciones extranjeras en las que serán "re-educados" y en las que tendrían que renegar de lo que sus padres pensaron e hicieron, centros en los que en la clase de historia se tacharían de criminales a hombres como Prien, Mölders[109], Dietl, mientras que Durero, Leibniz, Beethoven y Goethe serían considerados ciudadanos del mundo…».

(¡Difamación de «ciudadano del mundo»! ¡Equiparación de Prien y Leibniz!)

[…]

7 de septiembre, jueves mediodía

Sin duda alguna viene en *todos* los periódicos del martes, 5 de septiembre –Cohn no me trajo el *Dresdner Zeitung* hasta ayer noche, pero todos hablaban de eso ya antes–, este artículo: «¡Todo es estar preparados! En el ámbito de las fronteras alemanas: guerra del pueblo. Por el jefe suplente de la prensa del Reich, Helmut Sündermann». (Por tanto el artículo va oficialmente a todos los periódicos.) Tono de arenga. Se evita el término de «tirador emboscado» –ése es el nombre del francotirador en la *LTI*–; pero la cosa como tal se exige de la manera más sanguinaria y, aun teniendo en cuenta los hábitos nacionalsocialistas, con un fanatismo extremo. El enemigo, dice, se acerca a las fronteras alemanas; su plan:

«El Estado alemán será borrado del mapa, los alemanes serán repartidos por todo el globo para trabajar como esclavos». El enemigo quiere aniquilarnos totalmente, «impulsado por demenciales fantasías de odio judías» […] Por nuestra parte, «no queremos vencer para exterminar al pueblo británico o para conquistar Norteamérica, tenemos que vencer para seguir viviendo –como pueblo y como individuos– en libertad. Esa victoria la vamos a obtener por la fuerza, aunque haya que llamar a las armas a cada uno de los alemanes que ha tomado como suprema ley de vida la lucha por la libertad…». – «Una nación que ha hecho suya la frase "más vale muerto que esclavo" y que la ha convertido fanáticamente en la idea dominante de todo su combate, tal nación jamás se dejará esclavizar y vivirá eternamente.» Frase final: en el interior del país, todavía no estamos «amenazados directamente», pero «¡todo es estar preparados!».

A este respecto: en cuanto al contenido, *plus qu'un crime, une sottise*[110], ya que por primera vez habla la pura desesperación. ¿Y quién va a tener ganas de hacer una «guerra del pueblo» si no queda un lugar en Alemania que no esté a merced de los aviones enemigos? ¿Y no dirá todo el mundo para su coleto: ¿por qué no van a poder ser «invasores» los otros? ¿Por qué va a ser un crimen la invasión de ellos si nosotros hemos ocupado tantos países? En cuanto al estilo: una vez más, las conocidas y viejísimas perlas de la *LTI*, repartidas exquisitamente por todo el texto. Pero el tenor del conjunto me parece más desmesurado que todas las mamarrachadas anteriores. (Claro, sobre las crueldades de los polacos, checos, soviets, judíos, se han dicho también toda clase de superlativos.) No creo que esto siga teniendo ningún atractivo.

10 de septiembre, domingo mañana

[…]

¿Qué pasa con la guerra? Esta mañana cuenta la señora Cohn: «Han ido a buscar a cinco mujeres (arias, *scilicet)* de la fábrica de Sachsenwerk, porque habían dicho que los aliados ya estaban en Metz; las ha denunciado la mujer de un soldado». Por la tarde, Eva contó, tomado del parte militar: «Combates en Metz». Y Eva cuenta vía Winde y Simón que los ingleses han declarado que ya dejan sin oscurecer la mayor parte de la isla porque no es necesario. Pero también han declarado que de momento dejarán de avanzar, que primero tienen

que alistar más tropas.

Y Lewinsky, el pesimista por excelencia, ha sabido «de fuente fiabilísima» que Aquisgrán ya está en manos del enemigo, aunque Inglaterra no dice nada al respecto. Y en cuanto al frente oriental, nadie sabe lo que pasa allí, y en cuanto a los Balcanes –Bulgaria en guerra al lado de los aliados-¡declaración de guerra de Rusia! –¡y con Alemania!–, y en cuanto a Italia, en cuanto a Finlandia y a la misma Alemania, nadie sabe nada, y todo es un misterio.

Han salido nuevas disposiciones «totalitarias»: la universidad, en gran parte cerrada (las facultades de teología y de filología, en su totalidad), los alumnos de los dos últimos cursos de secundaria enviados a las fábricas, todas las revistas suprimidas, fuera de las que tienen «importancia bélica» (en medicina sólo se hace una excepción con las de medicina de guerra), el Ministerio de Hacienda prusiano, disuelto (integrado en el Reich). El artículo semanal sobre la situación militar, en colores sombríos. Por supuesto: *no obstante* lo conseguiremos, y «el tiempo trabaja a favor nuestro», pero eso es una ficción de lo más burda, y todo el contenido la desvirtúa.

Una característica especial de la *LTI* es la desvergüenza con que mienten. Continuamente, y sin sombra de escrúpulos, afirman lo contrario de lo que han afirmado la víspera. «No pueden desembarcar. – No atravesarán la muralla atlántica. – No abrirán brecha…» Y ahora: «Todo era previsible y, dada su superioridad de fuerzas, ha ocurrido sorprendentemente tarde. Pero no pueden obligarnos a presentar la batalla decisiva antes de que estemos en el lugar previsto para ella, nosotros nos vamos distanciando del enemigo con genial habilidad…». De V1 ya no se habla. En estos últimos días dijeron que la empleaban de modo «irregular» «por los acontecimientos en el norte de Francia», pero que habían recomenzado. Ahora ya no se habla de eso.

11 de septiembre, lunes mañana

Anoche poco después de las nueve, cuando Eva quería acostarse (yo suelo hacerlo una hora más tarde, en cambio amanezco ya a las cuatro y media), llegó Stephan Müller y se quedó hasta las once. Dijo que esto podía seguir como mucho, como muchísimo, hasta mediados de octubre. Habló de la Radio Libertad ruso-inglesa. Todo el mundo escucha esas emisiones, el gobierno no puede impedirlo. En esa emisora «Libertad» hablan oficiales y soldados del

ejército de Paulus-

Seydlitz: 300.000 soldados están preparados para luchar por Alemania, quieren crear un orden «democrático». Los ingleses también ponen a hablar a prisioneros alemanes, y a hacer propaganda. Dicen que el ejército alemán del frente occidental está desmoralizado y enormemente debilitado. El comandante en jefe, Kluge[111], se ha suicidado en el tren rápido en el que se dirigía a ver a Hitler. Sobre las tropas en marcha aparecen aviones que arrojan panfletos azules: «Si lleváis en la mano este papel y os quitáis los cascos, no os pasará nada, de lo contrario…». Un minuto después llegan los tanques, y los soldados se entregan. El número de prisioneros parece que va llegando al medio millón. – El derrumbe en el frente balcánico es absoluto, totalmente análogo a la debacle de 1918. V1 está eliminado por completo, asimismo V2 y V3, es decir, los torpedos de «un hombre» y no sé qué embarcaciones con mando eléctrico a distancia y con una inmensa carga de explosivos… (Acaba de llegar una tarjeta de Hilde Jonson-Sussmann del 28 de agosto, de Estocolmo; ella también insinúa dos veces con gran claridad que en Estocolmo se piensa que pronto llegará el final.) Así que no nos acostamos hasta las once; media hora más tarde –desde hace meses la primera alarma nocturna– sonaron las sirenas. Según nos dijo Müller, los aliados habían anunciado una intensificación de los bombardeos, porque ahora disponían de todas las fuerzas aéreas que antes luchaban contra los V1; se sumó a eso el recuerdo de los cuatrocientos muertos de Freital: en esos momentos no me sentí muy a gusto. Al cabo de unos veinte minutos llegó la alarma grande. Pero mientras me colocaba la mochila, cesó: por lo visto había sido un error […]

14 de septiembre, jueves mañana

[…]

Los últimos informes oficiales que ha traído a casa Eva, aunque ella no haya oído ni leído personalmente los partes, son los siguientes: en el parte *alemán:* ataque inglés a Aquisgrán; en el inglés: durante el ataque a Tréveris, se ha atravesado la frontera alemana en un ancho de 35 kilómetros. En el este también está en marcha una nueva ofensiva. – Causará una enorme impresión que el enemigo esté en Alemania. ¿Cómo reaccionará la *LTI*?– Neumark tenía un *DAZ* antiguo, encontrado por casualidad en el sótano, que contenía una sinopsis de los acontecimientos del año 1943. En febrero de 1943, la caída de Stalingrado; en la

primavera, conversaciones del Führer con el rey de Bulgaria y con Antonescu.

– El conde Ciano es nombrado embajador de Italia en El Vaticano… ¡Qué impresión nos ha causado todo eso! Ciano fusilado, defección de Bulgaria y de Rumania, Stalingrado muy lejos, con la lejanía de los relatos fabulosos… Pero más honda impresión nos ha producido otra cosa: la incapacidad de la memoria para fijar en el tiempo todo aquello, vivido tan dolorosamente. ¿Cuándo fue esto y aquello –en la medida en que todavía lo recordábamos–, cuándo fue? Muy pocos son los hechos que quedan grabados; fechas, ninguna. Estamos inundados de presente, no hay ninguna división del tiempo, todo fue hace un tiempo infinito, todo se hace esperar un tiempo infinito, no hay un ayer, un mañana, sólo una eternidad. Eso también es una razón de por qué no se sabe nada de la historia vivida: la sensación de tiempo ha desaparecido; se está a la vez demasiado embotado y demasiado excitado, se está cargado de presente. También se desplegó ante mis ojos la serie de desengaños; antes de ese periódico: desde Stalingrado, es decir desde comienzos de 1943, espero que llegue el final. Recuerdo que le pregunté entonces a Eva: ¿crees que es *una* derrota o lo consideras *la* derrota, la catástrofe? Eso fue en febrero de 1943. En aquel entonces yo todavía no había trabajado en ninguna fábrica. Después, he sido catorce meses esclavo de fábrica. Y ahora pronto hará tres meses que estoy exento, y cada vez me resulta más difícil sacar algo en limpio del llamado día libre.

Eva me llama la atención sobre algo que considera un rasgo de estos tiempos: los mapas en buen estado de los escenarios bélicos se convierten en reliquias familiares. Eisenmann está orgulloso de un gran mapa de Europa en el que le envolvieron una vez un paquete; los Winde tienen un «buen» mapa de Francia que les enviaron hace mucho tiempo, Gertrud Schmidt también es propietaria de uno. A la venta ya no hay nada, evidentemente.

[…]

Cohn, normalmente tan medroso y tan pesimista, estaba ayer animadísimo: en la fábrica, un obrero italiano le había dicho en su alemán chapurreado: «Dentro de unas semanas, se acabó… así» y señalando hacia arriba y por gestos le había dado a entender que el final vendría con la aviación. Y ese mismo día, un señor joven y bien vestido, con varias condecoraciones de guerra, había querido obligarle a aceptar dos cupones de carne, insistiendo en la estima que

siente por los judíos y asegurando que pronto todo habría pasado.

En el *Reich* del 27 de agosto, editorial de Goebbels: «Sobre los principios de la guerra». La expresión central es «poner a prueba», repetida una vez como «prueba de resistencia», otra vez en la variante *«prueba* de fuego». Hay que estar a la altura de la situación. Esa es la misión de los líderes políticos cuando los «caracteres débiles» sucumben ante las «cargas emocionales». A «la falsa prudencia de los cobardes e inconstantes y a su pedantería puramente intelectual, los jefes políticos tienen que oponer su propia misión que les ha sido encomendada por el destino». (O sea, iniciados «por la gracia de Dios» en los secretos de la Providencia, contrariamente al sabihondillo puramente intelectual.) El nacionalsocialismo es, naturalmente, «la mayor, pero también la única posibilidad de salvación del pueblo alemán». Solamente algunos «papis (tono festivo dentro de su afectación), residuos de un pasado que pasó hace muchísimo tiempo», son capaces hoy de poner esto en duda, «pero ¿qué tiene que ver esto con la masa de nuestro pueblo, con sus hombres que piensan y obran políticamente, los *hombres que indican el camino a seguir* en todos los terrenos de la vida pública?». – De los tópicos más antiguos, encuentro «vulnerable» y «retrogresión», ahora, por cierto en el ensamblaje frecuente «retrogresiones y derrotas». Estoy a la espera de ver aparecer en otros sitios a los «papis» y a los «hombres que indican el camino a seguir». Más adelante tendré que encontrar los matices y puntos de transición entre victoria y retrogresión, entre retrogresión *senz'altro* y «retrogresión y derrota». – En el mismo *Reich*, en el artículo «Tenaza contra Francia» del reportero de guerra Freiherr [‘barón’] von Imhoff: «El romanticismo de la Riviera se extingue bajo el efecto de las campanas que ya llevan casi tres meses tocando a fuego en la Normandía» (¡elaboración auditiva!).

15 de septiembre, viernes mañana

¡Embotamiento o letargo de la imaginación! Estoy tan acostumbrado a las noticias de ciudades destruidas por las bombas que ya no me hacen la menor mella. Ayer en casa de Steinitz –fui al relojero, que me prestó un despertador enorme para el tiempo que durase la reparación– me dejó impresionado una carta que le escribía un amigo de Königsberg: la ciudad natal de Eva está destruida en un 75%, según informes oficiales han muerto 5.000 personas y hay 20.000

heridos; el que escribía y su mujer no habían salvado nada más que lo puesto, tres familiares del marido, antiguo magistrado, han muerto. Eso me conmovió hondamente y cuando por la mañana –aurora de púrpura, oscura y candente–, al fregar la vajilla, contemplaba el puente de Carola y la fila de casas de la otra orilla, me imaginaba todo el tiempo que esa hilera se derrumbaba de pronto ante mis ojos, como puede suceder en efecto a cada momento y sucede realmente de un modo parecido todos los días en algún lugar de Alemania. Pero si no hay alarma inmediatamente después, esa imagen vuelve a desaparecer, evidentemente, y yo sigo con la esperanza puesta en la «tía de Churchill». Hasta ahora, Dresde sigue realmente intacta, los estampidos amenazadoramente agudos del otro día no venían de las bombas sino de nuestra propia defensa antiaérea.

Waldmann contó ayer que una emisora extranjera había dicho que cuando los rusos entraron en Laruscha (frente de Varsovia), encontraron SS ocupados con el fusilamiento de 1.000 judíos (hombres, mujeres y niños). Los rusos liberaron a los judíos y pusieron a los SS contra el paredón. Me creo perfectamente esa noticia, ninguno de nosotros la pone en duda. Y cada uno de nosotros se pregunta cuántos judíos quedarán con vida en Polonia. Cuando se lo conté a Cohn por la noche, sufrió una recaída en su miedo literalmente de tembleque: que no quería saber nada de emisoras extranjeras, que la Gestapo, etc., etc. El mismo terror que Glaser, que Stühler. No hay nada más espantoso que el miedo judío a la Gestapo.

Editorial del *Reich* del 3 de septiembre: Goebbels: «La firmeza de nuestra confianza». Es escandaloso y criminal y admirable –todo en la misma medida– cómo, a despecho de tantas cosas que lo desmienten, le repiten a todo el mundo machaconamente las mismas frases de la segura victoria final, del «tiempo que trabaja a nuestro favor», de las nuevas armas que vendrán pronto; cómo emplean una y otra vez el mismo vocabulario: se admiten los «movimientos de retroceso», pero nuestra «moral bélica» es superior, formamos una «comunidad de conjurados», «nunca nos cansaremos de hacerle comprender una y otra vez a nuestro pueblo que está totalmente en nuestra mano conseguir la victoria final. Hoy ya no es tan importante dónde luchamos, sino que luchemos y cómo luchamos… No nos faltará el aliento cuando nos lancemos al *sprint final*». Lo más increíble de esa retórica es seguramente esto: que da igual *dónde* luchemos. Saben que la guerra está perdida y dejan que destruyan una ciudad tras otra para

ganar ellos otras cuantas semanas o meses. A retener lingüísticamente: la limitación, la uniformidad y monotonía de la *LTI* hasta el final.

16 de septiembre, sábado mañana

Eva vino de casa de los Winde contando que en una «emisora no oficial» (*y en a plus?* Yo sólo he oído hablar de «emisoras libres», en una ocasión también de «Radio Atlántico», las «oficiales» son seguramente la inglesa, la rusa y la suiza (Beromunster)[112], todos lo saben, de diez personas, cinco las oyen y se lo cuentan a las otras cinco, no hay pena de muerte que valga), así que en una «no oficial» habían apostrofado a la chica (una auxiliar de la artillería antiaérea, decía el periódico) que había traicionado a Goerdeler: «Usted no disfrutará del dinero que ha recibido (casi un millón); ahora no puede hacer nada con él, y después no tendrá ningún valor; para usted ni siquiera tiene sentido que se compre una tumba, porque no sabe dónde quedará sepultada». – Entretanto, otro de los que andan buscando, que sólo valía quinientos mil marcos, un tal Lindemann[113], ha sido descubierto en Berlín «en casa de un semijudío». Consecuencia: creciente miedo judío […]

Noche

[…] Glaser le ha escrito hoy a Eva –a mí ya no me escribe– que ha sido enrolado en el servicio del trabajo, pese a sus sesenta y ocho años. Me pregunto muchas veces por qué me han dado la exención. Katz es enormemente medroso y concienzudo, hay trabajando arios y judíos con gravísimas afecciones cardíacas (por ejemplo Cohn, que tiene cada pocas semanas fuertísimos ataques): ¿por qué he quedado yo exento? ¿Me considera un condenado a muerte? ¿Soy un condenado a muerte? A veces lo creo, otras veces pienso que mi antigua cátedra y los libros que he escrito le infunden respeto y ha querido que yo siga viviendo para mi trabajo, devolverme a él. Le doy vueltas muchas veces a esa cuestión, aunque en el fondo es irrelevante. Durante el día lo dejo todo de lado y leo, estudio, recopilo todo lo que me viene a las manos, de vez en cuando me duermo y luego vuelvo a leer. Si algún día sale de eso un buen libro, entonces ha sido heroísmo. Si no: pasatiempo senil. Me obligo a reprimir, y a menudo lo consigo, la idea totalmente estéril de la muerte, el «para qué»

perfectamente inútil.

[…]

18 de septiembre, lunes mediodía

La señora Cohn (la mitad aria del matrimonio) me dijo a las cinco menos cuarto de la madrugada –yo fregaba los platos, ella hacía el desayuno para su marido como cada mañana–: «Hoy es su día festivo, hoy es Año Nuevo. Mi marido ha hecho los cálculos». De eso se hablaba a veces en Thiemig & Möbius, de que aquí nadie conocía las fechas de las fiestas judías: no se publican calendarios, hace tiempo que ya no hay servicio religioso, los judíos que quedan aquí viven en matrimonio mixto, o sea, están medio anatematizados. Incluso Lewinsky, que tiene bastantes reminiscencias ortodoxas, no sabía esa fecha, si no, seguro que ayer tarde habría hablado de eso. Me imagino con qué alegría se celebrará ese Año Nuevo judío en Italia, en Francia, en todos los países de los que han tenido que marcharse los alemanes. Es, verdaderamente, «la guerra judía»; una de las primeras medidas de los aliados, por todas partes, es la abolición de las leyes antijudías.

[…]

19 de septiembre, martes mañana

Anoche, en el primer sueño, a las veintitrés horas, alarma; inmediatamente después, la grande. Excursión al sótano. Eva con el corazón bastante mal; apenas un cuarto de hora abajo: cese de alarma. Nadie perdió la calma. Pero la tensión es muy fuerte últimamente. Los ingleses lo han advertido: ¡Salid al exterior, las nuevas bombas llegan hasta dentro de los refugios! Y en Königsberg, por lo visto, ratificaron tal advertencia.

En el periódico ponía, con muy breve intervalo entre ambas noticias: ataque aéreo a Auschwitz (campo); «ataque aéreo al campo de concentración de Buchenwald, junto a Weimar; entre los muertos, los detenidos Thälmann y Breitscheid[114]». ¿Qué es verdad de todo eso y qué es encubrimiento de los propios crímenes? Por lo visto ha habido efectivamente un ataque a Buchenwald. (Carta desde allí de Pauly, el marido, a su mujer.) ¿Pero seguían vivos entonces Thälmann y Breitscheid? ¿Y *quién* ha bombardeado Buchenwald? Y… hay

tantas posibilidades de mezclar mentiras en un átomo de verdad, de callar la verdad…

20 de septiembre, miércoles noche

La «máxima semanal del NSDAP» *(Dresdner Zeitung*, 18 de septiembre) dice así: «La inminente victoria será la victoria de todos nosotros. Hoy se trata de poner todo por ella en la balanza, fanática e incondicionalmente. Dr. Goebbels». (Siempre «Dr.», es el universitario de renombre; siempre el consabido «fanático».) El título de esa máxima, sobre la que versa también el comentario subsiguiente: «La profesión de fe de la comunidad del pueblo». Última palabra del comentario: «¡Ahora más que nunca!». – ¡Esto mientras se lucha en suelo alemán, mientras los ingleses están a 35 kilómetros de Colonia y, con sus tropas aerotransportadas, en Holanda, en la orilla derecha del delta del Rin! Me pregunto repetidas veces qué efecto produce, si la gente se indigna contra los aliados o contra los nazis, si es el colmo de la estupidez o el colmo de la sensatez. Sólo el éxito puede dar la respuesta. Stresemann alaba a Clemenceau[115], que declaró en la Cámara que todo iba bien, cuando los alemanes estaban llegando a París. Yo creo alternativamente (seis cambios al día) que Alemania tiene que derrumbarse en las semanas próximas y que Alemania resistirá. Y una y otra vez: la razón espera y cree, pero el corazón es incrédulo. – […]

21 de septiembre, jueves tarde

[…]

Sobre la *LTI*. Una señora que limpia a veces en casa de los Stühler citó este antiguo eslogan: «Queremos tratar bien a Dresde – queremos vivir en Dresde». En la Rampische Strasse he visto nuevos letreros (grandes tiras de papel impresas) en escaparates y puertas de tiendas: «Nuestra voluntad de vivir es más fuerte que la voluntad de aniquilar de los enemigos». Y (más o menos así): «La prueba más fuerte sólo la supera el corazón más fuerte». – En una relojería pone: «¡En caso de alarma / con reloj tienes más calma!». Tiene que ser muy viejo porque hace tiempo que no hay relojes a la venta, y ya ni siquiera se hacen arreglos.

En el *Dresdner Zeitung* (y obviamente en todos los otros periódicos alemanes) del 19 de septiembre, tres artículos de un golpe sobre los que me pregunto si constituyen el récord de la estupidez o de la sensatez. 1) Una reflexión moral de un tal teniente coronel Ellenbeck: «Examen de conciencia diario: ¿Cómo soy útil a mi pueblo?». Contenido: cada mañana un minuto de examen de conciencia. Después pensar cada palabra que se dice, no permitirse ninguna debilidad, estar convencido de la victoria. Elevar los ánimos de los débiles, denunciar a los derrotistas. Lo verdaderamente interesante de esa prédica es su estilo. Para la *LTI* sólo existe el modelo Goebbels-Hitler: el conjunto de lo que se escribe es pura copia […] «Con una voluntad indomable me conectaré a la corriente eléctrica de mi pueblo y aportaré a la central eléctrica alemana toda la energía que soy capaz de producir…» En plan de consuelo explica que la ofensiva del este ha sido frenada hace seis semanas. – 2) Artículo («Berlín. El alto mando de las tropas alemanas en Finlandia hace saber»): «Los alemanes siguen protegiendo la tierra finlandesa. (En letra pequeña debajo:) Sólo donde atacan los soviets es inevitable la mano dura». Se destaca todo lo que ha hecho Alemania para proteger Finlandia. Por eso es «perfectamente absurdo» echar en cara a las tropas alemanas que destruyan indiscriminadamente localidades finlandesas. Pero por supuesto: lo que sea útil al enemigo en su lucha contra el ejército alemán en retirada, eso hay que destruirlo. «Cuando hay destrucciones, éstas no van dirigidas contra el pueblo finlandés sino contra el enemigo mortal del pueblo finlandés, el bolchevismo.» (¡Con el que Finlandia está haciendo la paz!) 3) «Mentiras transparentes del enemigo sobre las Waffen-SS. En la lucha por la libertad, punta de acero de la liberación.» Aquí se hace una relación, como «mentira del enemigo», de todo lo que se cuenta desde hace años y por todas partes sobre las SS, y se ilustra con ejemplos. (No, *todo* no: faltan las crueldades, el disparar contra las propias tropas, las matanzas de judíos.) Las SS, dice el artículo, no están contra la familia, *anzi*, «cultivan la idea de la estirpe». Se ocupan de modo ejemplar de las mujeres, y también de los hijos ilegítimos. «En cuanto a los hogares del *Lebensborn*[116], el enemigo ha dado rienda suelta a su imaginación con un cinismo típicamente judío. Las monstruosas calumnias que corren por ahí sobre procreaciones seleccionadas, forzadas y en serie muestran con sobrada claridad de dónde provienen.» Las SS no se sienten altaneramente superiores a otros cuerpos del ejército. No son

enemigas de la religión, no tienen que firmar su separación oficial de la Iglesia, creen en la Providencia. Tampoco sufren mayores pérdidas que otras armas. (Eso se refiere probablemente a algo que sabe todo el mundo: que, al menos en el este, para las SS no hay perdón.) Al final subraya el artículo que «hoy los mejores entre los jóvenes europeos están haciendo la guerra voluntariamente bajo el signo de las runas victoriosas para dar una nueva configuración a su continente». – Este artículo me parece especialmente estúpido. Es prácticamente un compendio y una lista de todas las recriminaciones que se les hace desde hace años. Y la frase final es realmente penosa, pues se oye decir muchísimas veces que la gente entra en las SS por coacción. No cabe duda de que este artículo exculpatorio está relacionado con la marcha propagandística que vimos y oímos el pasado domingo por la mañana sin saber de qué se trataba: largas columnas de tropas con el uniforme gris de campaña y con el uniforme negro de las SS desfilaron, con dos bandas de música tocando a todo tocar, por el puente de Carola, sobre el que dan las ventanas de nuestra cocina. Al día siguiente leimos que había sido una marcha de propaganda por la ciudad.

23 de septiembre, sábado mañana (y después)

LTI. […] «En el nuevo período de trabajo de la *Volksbildungsstátte* [‘Centro de cultura para el pueblo’] («Universidad popular» tendría un regusto a época de Weimar) hay otra vez anunciado un cursillo sobre «Estudio de la estirpe a la luz de la política racista». – Un nuevo eslogan, después de haber sido clausurados los teatros: «Con la radio al teatro». El texto y las explicaciones correspondientes serán iguales en todos los periódicos: el director de la radio, director ministerial Hans Fritzsche (el mismo que lee los viernes por la noche el artículo de Goebbels para el *Reich* y que a mí me parece que imita a Goebbels en la forma de hablar, una voz profunda que sale de las profundidades severas y morales de su pecho de pastor protestante), Fritzsche ha dado las explicaciones correspondientes «en una conversación con el servicio de prensa nacionalsocialista». En emisiones de tres cuartos de hora tituladas «Teatro y radio», las emisoras traerán semanalmente extractos, resúmenes, escenas. Empiezan con *Minna von Barnhelm*[117].

En política interior hacen en todo como si su imperio aún estuviera destinado a durar «mil años». Pero militarmente también se mantienen, de una manera

perfectamente inconcebible. ¿De dónde sacan el carburante, de dónde los soldados y la resistencia moral de esos soldados? Tal vez sea la aniquilación en Arnheim de la «división aerotransportada» inglesa un episodio secundario, pronto olvidado; para mí sin embargo, hoy por hoy tiene una importancia extraordinaria y aplaza mi esperanza en el final, de septiembre de 1944 a la primavera de 1945, porque la considero una prueba de firme voluntad de resistencia […]

Noche, 21:30 horas

[…] Eva volvió tarde de casa de los Winde. Uno de sus mellizos parece que ha muerto. Los ingleses anunciaron ayer noche el hundimiento de una lancha rápida; dieron los nombres de nueve que se salvaron –la tripulación constaba de unos veinte–, el joven Winde no estaba entre ellos. Hoy va a venir información complementaria, hay una débil (débilísima) esperanza de que hayan podido sacar del agua al muchacho. Era su primera salida contra el enemigo. El otro mellizo ya ha estado en muchas ocasiones en contacto con el enemigo y en cada momento puede correr la misma suerte. Los padres enviaron a la Marina a los dos chicos, de diecisiete años, porque allí el período de instrucción dura más tiempo. No ha durado «más tiempo» o en cualquier caso no el tiempo suficiente. En cuanto esta muerte masiva llega a nuestro entorno, mi «no puedo tener compasión» se tambalea. Los Winde, que ahora han perdido al segundo de cuatro hijos varones (y los dos últimos siguen en peligro), son enemigos declarados de Hitler […]

25 de septiembre, hacia el anochecer

LTI. En cuanto al tema del odio visceral a los judíos: sobre el escritorio tengo desde hace tiempo un artículo del feroz antisemita, que sin duda alguna miente con premeditación, doctor Johann von Leers, catedrático de Jena (he visto muchas veces su nombre en los periódicos), «El culto a los héroes y los judíos». Encontré la hoja por casualidad al envolver un paquete y no se puede averiguar de qué periódico procede; debe de pertenecer a alguna revista especializada o a alguna asociación, como la *Frontsoldatenbund* [‘Unión de ex combatientes’] y será del año 1942. Leers reúne una serie de citas judías, que tienen en común su

desprecio al heroísmo alemán, al patriotismo alemán, a los ideales alemanes. Se pregunta cómo se le pudo ocurrir a nadie dar la nacionalidad alemana a tales personas. Afirma que *el* judío denigra intencionadamente el heroísmo alemán, «intencionadamente…, para privarnos a nosotros de nuestras raíces, para privarnos de la bendición de los muertos y de sus hazañas», mientras que por otra parte ellos exigen a todos los pueblos que veneren a *sus* héroes del pasado. – En realidad todos esos casos no son sino apasionadas manifestaciones de pacifismo y de internacionalismo humanitario, como había en todos los países por aquel entonces, recién terminada la primera guerra mundial y bajo su impacto, y no se trata en absoluto de un rasgo exclusivamente judío. Por supuesto no se menciona a los voluntarios de guerra judíos, a los que cayeron en el frente. Leers cita: 1) *Randbemerkungen* [‘Notas marginales’] de Georg Hermann, 1919. «Como judío que soy, pertenezco a una raza demasiado antigua para ser víctima de sugestiones de masas. Palabras como pueblo, guerra, Estado, carecen para mí de color y de sonido…» Cuestionabilidad de la gloria del general, del monarca. Son «talentos asesinos, que más le habría valido a la humanidad no conocer». Son «grandes matarifes». Leer dice que eso es observar la historia «desde la perspectiva de la lombriz de tierra». Menciona después 2) el drama *El mercader de Berlín* del judío Mehring[118], en el que «barrenderos apartan con la escoba el casco de acero de un combatiente» y lo llaman «basura». 3) Polgar, en el *Berliner Tageblatt*, 1922, sobre la «carne de matadero» de 1914. «Allí se los veía desfilar por las calles mugiendo alegremente y con la frente erguida, esa frente destinada a recibir el mazazo.» 4) Tucholsky[119], que con el seudónimo de Ignaz Wrobel defiende en la *Weltbühne*[120], en 1925 (nº 26) a Gumbel, el docente de Heidelberg –«el campo del deshonor»–, expulsado de la universidad, hace pública profesión de pacifismo, y el 30 de marzo de 1926, en esa misma *Weltbühne*, alaba el idealismo de los bolcheviques del «Ejército Rojo». Como algo puramente judío señala, 5) que la *Deutsche Friedensgesellschaft Berlin*[121] abogue por que no se construyan monumentos a los caídos; lo llama «glorificación de la guerra y despilfarro de dinero con el fin de instigar a la guerra». Asimismo un judío anglicanizado, Paul Gutmann, ha rechazado los cementerios militares de los caídos por ser una «postergación de los demás muertos»…

Así pues, todos los reproches que trae este artículo se pueden reducir a uno

solo, el pacifismo. Tengo que leer para la *LTI* las *Notas marginales* de Hermann y hojear la *Weltbühne*. Algo curioso de este artículo: el 9 de noviembre fue izada en la Puerta de Brandeburgo una bandera blanquiazul, no la de Baviera, «sino la bandera de la orden judía de *Bne Briss*[122], que se elevaba al mismo tiempo que Scheidemann[123] proclamaba la república».

[…]

27 de septiembre, miércoles mañana

Ayer tarde, a las siete menos cuarto, prácticas de defensa pasiva en el sótano y en el patio de la Zeughausstrasse 3. Unos círculos pintados con tiza en el suelo y en la pared indican los sitios del fósforo –«¡quien meta ahí el remo, queda eliminado! »–, una piedra, la bomba incendiaria de fósforo. El grupo de defensa rasca las paredes, echa arena en la piedra y en los círculos, bombea agua («¿cuándo es una lluvia fina?, ¿cuándo es un chorro denso?»). Segunda posibilidad: en una habitación hay dos bombas incendiarias; una de ellas sólo suelta unas llamitas, la otra ya tiene un pequeño incendio en tomo a ella. El grupo de defensa arroja con una pala al patio la nº 1 y se enfrenta con el hipotético incendio de la habitación. «¿Qué hace usted con las cortinas?… ¿Se dedica primero a las sillas y a las mesas o a los armarios?» El grupo trabaja en pantomima, los demás debemos criticarlo. «Ha rascado el fósforo en dirección a sí mismo, en lugar de apartarlo.» – «Ha pisado el núcleo del fuego.» – «Lo primero que había que hacer era arrancar las cortinas.» Kautzsch, el jefe, un hombre cabal, seguramente antiguo miembro del SPD, seguramente una persona que no odia a los judíos, antiguo sargento mayor (Medalla de Plata de Sufrimientos por la Patria, largo pasador de condecoración), sajón, pero esforzándose por hablar en correcto alemán, no muy firme en gramática, con explicaciones muy claras, por lo general en un tono bondadoso y amable, a veces con amenazas de carácter disciplinario, conjurándonos continuamente: «¡Se trata de *su* vida de ustedes, de que salgan *ustedes* sanos y salvos!». – Lo que Kautzsch grita sobre todo es: «¡Ninguno de los que combatían el fuego tenía máscara ni mascarilla ni gafas protectoras!». Hay algunas máscaras, pero la mayoría no dispone de ellas […] Estas prácticas son divertidas y no carecen de valor didáctico –ya sé mucho de cómo combatir incendios, de bombas, de la

organización de un refugio de defensa antiaérea–, pero duran demasiado, por culpa de los judíos más que de los arios, porque siempre que Kautzsch quiere terminar: «¿Alguien que todavía quiera preguntar algo?», hay algún judío que se da importancia y que, en efecto, quiere preguntar algo, con lo que todo comienza de nuevo. – Me viene continuamente la misma idea: todo es un juego divertido, pero muy cerca de aquí ya ha sido algo atrozmente serio; ¿seguirá siendo un juego para nosotros?

[…]

Esta tarde Eva quiere ir a Pirna. La última vez que estuvo allí fue el 8 de julio. En esos tres meses escasos ha tenido lugar el completo derrumbe del frente occidental, el atentado contra Hitler y la fiesta de los ahorcamientos, se han perdido los Balcanes y Finlandia. Para una mirada retrospectiva muchísimo en poquísimo tiempo. Y sin embargo, para los que lo estamos viviendo, el signo de cada día es: demasiado despacio, demasiado estancado. En el fondo, sacar de aquí mis páginas manuscritas es un poco del género tonto: en la industrial Pirna (en inmediata vecindad de Küttner, que fabrica paracaídas) las cosas están *por lo menos* tan mal protegidas de las bombas incendiarias como aquí. ¿Y están *mucho* más seguras de la Gestapo? Annemarie no tiene buena prensa, ha tenido ya varios conflictos. Sin duda se ha vuelto prudente poco a poco: llevo la estrella desde septiembre de 1941, el 9 de noviembre de 1941 estuvo por última vez en casa. ¡Y a pesar de todo! No quiero dejar de reconocer el gran peligro a que se expone por nosotros. No sólo sabe que está guardando mis manuscritos, sabe también que se trata de diarios. Desde hace meses sabe que lo que hace no sólo acarrea la prisión sino, de modo claro y rotundo, la pena de muerte.

¡Mis diarios y mis apuntes! Me digo una y otra vez: si los descubren, no sólo me costarán a mí la vida, sino también a Eva y a varias otras personas que he consignado, que he tenido que consignar con nombres y apellidos si quería que esos apuntes tuvieran un valor documental. ¿Tengo derecho, incluso obligación de hacerlo o es vanidad criminal? Y una y otra vez: desde hace doce años no he publicado nada, no he podido llevar nada a término, sólo almacenar y almacenar. ¿Tiene algún sentido, terminaré algo de todo eso? Los ingleses, la Gestapo, el corazón, los sesenta y tres años. Y si lo termino y si tiene éxito y si «continúo viviendo en mi obra»: ¿qué sentido tiene todo eso «en sí y para mí»? Tengo tan poco, tan ningún talento para la fe; de todas las posibilidades, la «nada», en lo

tocante a la personalidad, y sólo ella es importante, porque ¿qué me va a importar a mí el «universo» o el «pueblo» o cualquier cosa que no sea yo?, la nada me parece con mucho lo más probable. Y sólo de ella, no del «juez eterno» en la forma que sea, tengo miedo. Pero todo esto (que me pasa por la cabeza diariamente, *varias veces* al día) lo escribo porque no quiero que esta hoja se quede en blanco. E inmediatamente después me pongo a trabajar, es decir, a leer y a tomar notas. No porque tenga una energía especial, sino porque no sé en qué cosa puedo emplear mejor mi tiempo […]

Tarde

La conocida sensación de angustia hasta que vuelve Eva. Después iré a ver a Steinitz, eso me ayuda a soportar la espera. Eva solía tomar el autobús en la Caspar-David-Friedrich-Strasse, aquello estaba lejos del movimiento de la estación y de la sede de la Gestapo. Ya en julio habían suprimido esa línea de autobuses, y entonces y ahora, claro, también tuvo que ir a la estación. ¡Ojalá estuviera ya de vuelta!

Hace unos meses contó la señora Cohn que le había hablado a una conocida suya de nosotros, diciéndole que compartíamos piso con ella. «Una vez asistí en la universidad a una conferencia sobre Dante de un profesor que se llamaba Klemperer; ¿es el mismo?» Le dije a la señora Cohn que era el mismo, sólo que veintitrés años después. Así que hoy la señora Cohn ha traído una bolsita de manzanas. La amiga le había preguntado si el profesor andaba tan escaso de todo como los Cohn. ¿Que sí? En ese caso, dijo, que me entregara esas manzanas «de parte de una protectora desconocida». Después yo leí para mí unas páginas de mi *«fremder Dante»*[124] [‘Dante desconocido’]. Como si fuera el libro de un autor desconocido.

[…]

Diecinueve treinta

Eva no ha vuelto aún, y empiezo a notar cómo sube la angustia. Uno se dice a sí mismo: «Hasta ahora ha marchado siempre bien, siempre», pero uno se dice también que no tiene por qué marchar siempre bien. – La sensación de angustia agudizada por un siniestro, por un paralizante dolor de ojos; desde hace días lucho con inflamaciones y contra esta luz horriblemente difusa y deslumbradora.

Como no encontré a nadie en casa de Steinitz me he hundido aquí en la lectura y me he fatigado en exceso.

Entretanto, Eva acaba de regresar sana y salva. Annemarie me envía como regalo de cumpleaños 2 kilos de pan en cupones: dada la terrible penuria de comida una verdadera bendición y muy necesario. (La señora Stühler nos pone a veces sobre la mesa de la cocina una fuentecita de patatas o cualquier otra cosa que le haya sobrado, me da un pan que Bernhard ha vuelto a traer de la fábrica: yo acepto todo sin avergonzarme. ¡Honorarios por la clase de francés! Es una miseria degradante: los Stühler viven de maravilla por sus padres bávaros, los Cohn tienen aquí sus contactos: y nosotros sin tener dónde caernos muertos. Hoy no he tomado mucho más que sucedáneo de café sin leche y pan seco.) –Hoy, por cierto –lo ha contado Cohn–, ha sido Yom Kippur. En muchos países los judíos estarán felices. Aquí sin embargo… ¿Quién vive todavía? ¿Y quién sobrevivirá? – […]

29 de septiembre, viernes mañana

[…]

Por la tarde unos minutos en casa de Steinitz. Allí contaron que ya envían al frente a los nacidos en 1897, a los que tienen cuarenta y seis años: el cuñado de la señora Steinitz está entre ellos. En la primera guerra mundial no hicieron eso. La radio inglesa dice a este respecto que la relación de fuerzas Entente-Alemania es ahora en cuanto a tropa 10:1, en cuanto a aviones 40:1. Pero Goebbels escribe en el *Reich* del 17 de septiembre (¡por tanto todavía posible de encontrar!): «Dispuestos y decididos a todo» y sigue haciendo como si confiara en la victoria; y hace dos o tres días venían en el periódico tres sentencias de muerte ya cumplidas: por el crimen de alta traición de haber escuchado una emisora extranjera y haber discutido después con una actitud hostil al Estado… «¡Antes de que me cuelguen prefiero creer en la victoria!» […]

OCTUBRE

5 de octubre, jueves tarde

[…]

Esta mañana he acompañado a Eva y la he esperado en la carnicería Steglitz en la Marschallstrasse para cargar con tres jarras de caldo de carne, dos para nosotros, una para la señora Stühler, 6,5 litros en total. Continuamente llegaban hombres y mujeres con jarras y otros recipientes. Pero, éste es el progreso del Tercer Reich, en la calle ya no se ven «colas». Se hace cola en el patio. *Hic et ubique*[125].

[…]

En el *Reich* del 17 de septiembre, 44 artículos: «¡No existe el demasiado tarde!» de Hans Schwarz von Berk. En él, como punto central: «¿Hay que creer en los milagros? Es curioso que a los alemanes nos tomen por locos si creemos en los milagros, mientras que los franceses hablaban en 1914 del milagro del Marne, los polacos en 1920 del milagro del Vístula, los ingleses consideran milagrosa su salvación después de Dunquerque y los soviets llevaron a cabo sus milagros de Moscú, Leningrado y Stalingrado. En realidad no se trata en ningún caso de un milagro, sino de un acto de legítima defensa en grado extremo y de firme y rotunda resolución, de un máximo esfuerzo moral y de organización para detener una catástrofe inminente. ¿Y por qué no íbamos a conseguirlo siendo como somos el pueblo imprevisible de Europa?…». ¡Cómo tienen que ver la situación para que *esto* se publique en el *Reichl*

[…]

8 de octubre, domingo mañana

[…]

Anoto todo esto con una sensación de fondo que ha experimentado un cambio radical. Ayer, por primera vez, «lo hemos tenido cerca». Freital, el otro día, no era todavía Dresde. Esta vez nos ha tocado de verdad. A las 11:45 hubo alarma. Yo estaba tomando notas sobre Göring[126] y seguí escribiendo, Eva se encontraba en casa de la señora Winde (Bamberger Strasse, esquina con Chemnitzer Strasse). A las doce alarma grande. Me llevé el *Tonio Kröger*[127], un librito minúsculo (de Steinitz), al sótano, que estaba poco concurrido, y leí un

rato. Entonces se oyeron los disparos de la artillería antiaérea, luego detonaciones claras y fuertes, obviamente bombas, luego se fue la luz, luego algo retumbaba y zumbaba en el aire, con mucha fuerza y de modo creciente (las bombas al caer a escasa distancia). No pude evitar que el corazón me palpitara violentamente, pero me mantuve sereno. Llegó poco a poco la calma, desde la puerta del sótano se veían en el cielo espirales y anillos blancos («estelas»); en la zona de la estación de Wettin parece que había columnas de humo («probablemente depósitos de Shell»), se oía la sirena de los bomberos. Luego otra vez el ruido de una escuadrilla y nuevos estampidos. A una vieja le dio un ataque al corazón y la llevaron a su piso. La luz eléctrica titiló débilmente y luego se quedó encendida. De nuevo artillería antiaérea… Hasta la una y media no cesó la alarma. Nadie sabía lo que había ocurrido. Sólo decían: zona Wettiner Strasse, Postplatz. Entonces empecé a preocuparme por Eva. Podía haber estado muy bien en la Postplatz. (Resultó después que por un pelo no tuvo que meterse en el refugio de aquella plaza; le dio justo tiempo de tomar el 6, cuando sonó la alarma pequeña.) Los de las fábricas trajeron noticias: los tranvías habían dejado de circular, junto a la iglesia de Santa Ana habían quedado destruidas las vías, un gran cráter… Tuve que esperar a Eva hasta las diecisiete horas. Había llevado dos pesadas bolsas de la casa de los Winde hasta la de «Gertrud Schmidt», en la Winckelmannstrasse, y las había dejado allí y después se vino a pie. Había almorzado con la señora Winde en la escalera del sótano, había visto las columnas de humo desde el desván de la casa de los Winde. Una granada que no estalló había caído en el inmueble, bastante cercano al de los Winde, de la Drema[128] (cuya amplia entrada de garaje siempre había mirado con envidia en mis tiempos de conductor). Por el camino, Eva se encontró con la *fama*[129]: un obrero contaba a voz en grito que el teatro «ya no existía» y que el Zwinger había recibido daños. La señora Ahrens la recibió con la pregunta de si era cierto que la Chemnitzer Strasse había quedado destruida toda ella. En la Chemnitzer no ha caído la menor bomba, y la señora Ahrens es funcionaria de la defensa antiaérea. – Todavía no sabemos dónde han caído exactamente las bombas y si ha habido muertos. Pero de todos modos: por primera vez han caído bombas en Dresde. Y eso se puede repetir en cualquier momento. El verdadero ataque a la muralla occidental, dice el periódico, es inminente, por eso, como preparación para impedir que lleguen tropas de refuerzo, arrojan bombas sobre toda

Alemania; ayer y anteayer, *ellos* estuvieron otra vez por todas partes, en la costa, en Múnich, en Berlín. Así que al parecer no hay ni tía de Churchill ni promesa a Beneš. Eva ha recogido hoy en la Winckelmannstrasse sus bolsas de *choucroute* y de frutas que le habían regalado; se marchó ya a las diez, porque la alarma suele venir hacia el mediodía, y a esa hora debería estar por lo menos fuera de las inmediaciones de la estación. Ahora es la una menos cuarto, aún no ha vuelto; habrá escuchado la «situación aérea» por radio, y no habrá alarma. Comoquiera que sea: la relativa tranquilidad frente a los bombardeos se ha terminado para nosotros (y probablemente para todo Dresde). Así, ayer a las tres, Bernhard Stühler vino a nuestro cuarto preguntando si quizá él no habría oído la alarma. No, ¿por qué? – «La gente corre a meterse en el refugio de debajo del parque.» Después nos enteramos: la prealarma (dada por radio sin sirena), de la que normalmente nadie hace caso –hasta que no hay alarma pequeña con sirena nadie presta atención–, se había propagado de boca en boca, y la gente corría por las calles. Ayer tarde vino Katz a hacernos una visita; a él lo agobiaba otra cosa: si se hubiera que evacuar Dresde, a los maridos de matrimonios mixtos y a los mestizos les esperaba el campo de Buchenwald; así habían procedido con los judíos de otras ciudades evacuadas. Katz lo llamaba a eso el «desfiladero». Si se derrumba el frente alemán, los judíos tendríamos que pasar por el «desfiladero». –[…]

9 de octubre, lunes mañana después de las nueve

Muy curioso: mi primer cumpleaños en el frente (porque en la primera guerra yo estuve todos los 9 de octubre en casa, fuera de peligro). Anteayer recopilamos todo género de noticias y de rumores sobre el bombardeo. Traídas por los Stühler, los Cohn, por Eva que había estado con la señora Winde y vino a casa pasando por la Postplatz; ella ha visto un cráter en la Annenstrasse y casas que habían sufrido daños. Se habla de muchos muertos, que están de cuerpo presente en la Freiberger Platz (acordonada por la policía) […]

Felicitación de Annemarie. La débil esperanza de que la carta viniera acompañada de un cupón de pan no se ha cumplido.

10 de octubre, martes mañana (niebla y lluvia)

Ayer todo estuvo en calma; ¿pero seguirá en calma hoy? El sentimiento vital ha cambiado por completo. Hasta eso de la una, inquieta espera; a partir de esa hora, los norteamericanos no suelen aparecer por aquí. Luego, por la noche: ¿nos dejarán dormir los ingleses? Algo más tranquilo –sin ninguna justificación, por cierto– a primera hora de la tarde. Pienso: *on s'y fera*[130], también me he acostumbrado a la angina de pecho. Al parecer, las fábricas Seidel y Naumann están casi totalmente destruidas, y los daños en la Wettiner Strasse son más graves de lo que se suponía al principio, por lo visto el número de muertos –¡un barracón de rusos!– se eleva a varios centenares. Pero todo es «al parecer», «por lo visto»: los datos más precisos se contradicen, cada persona lo sabe exactamente y sin vuelta de hoja, uno añade ceros, el otro los quita. Lo único seguro es que ha habido en nuestra inmediata proximidad mucha destrucción y mucha masacre. Indignados con el periódico. El parte militar menciona varias ciudades bombardeadas, Dresde no figura entre ellas. Lo que nos ha ocurrido es por lo visto una bagatela, sucede a diario en cantidad de sitios que tampoco se nombran. Si no han desaparecido calles enteras, si no ha habido mil muertos o más, no se detiene uno en ello. (Inglaterra comunica que el sábado hubo cinco mil aviones sobre Alemania.) Los periódicos de aquí –nosotros vimos el *Freiheitskampf (vide infra*), los Stühler cuentan lo mismo del *Dresdner*- tampoco mencionan el bombardeo. Sólo se publicó un artículo didáctico, muy rudo, explicando cómo había que comportarse después de un ataque aéreo: si alguien se desmaya, no tienen que gritar veinte personas a la vez pidiendo gotas de valeriana. De los damnificados se encarga la *oficina de acogida*. Si no hay luz eléctrica, se recibirá un vale para buscar en la droguería, previo pago, una vela por vivienda. De las ventanas, una por habitación será sustituida con cristal, las otras con cartón. Pero ambas cosas, no inmediatamente. Y por lo demás y sobre todo, hay que conservar la calma. – Esto, por la rudeza cuartelaria del lenguaje, pertenece también a la *LTI*. – […]

Waldmann, con quien hablé anoche, sabía ayer «con toda seguridad» que los cónyuges de matrimonios mixtos irán, en caso de evacuación, a un campo de trabajo de la OT[131].

11 de octubre, miércoles mañana

Los Stühler dijeron: «Uno espera a diario los aviones como antes esperábamos a Clemens y a Weser (los perros sanguinarios de la Gestapo)». Yo: que prefería los bombarderos. –Y es realmente así. Pero la situación actual también altera los nervios de un modo feroz. Sobre las mutilaciones y las muertes del sábado, se oyen detalles horribles, sobre el número de muertos, datos muy divergentes. – […]

12 de octubre, jueves mañana después de las siete

Hacia las cuatro de la mañana hubo alarma y apenas cinco minutos después, la grande, pero hacia las cuatro y media otra vez estábamos aquí sin que hubiera ocurrido nada. Yo me quedé ya levantado, Eva sigue ahora durmiendo, y no creo que ocurra nada malo antes del mediodía. ¡Physis y psique! Ha sido la primera alarma después de la desfloración de Dresde […]

LTI. En el *Dresdner Zeitung* del 10 y del 11 de octubre, en el recuadro de los héroes muertos por la Gran Alemania, vienen veintiséis nombres, unos veinte de mujeres; en todos pone de modo estereotípico: «nos fueron arrebatados por un trágico destino», y después la fecha del entierro. Son, obviamente, las víctimas del bombardeo. En anuncios más antiguos, tanto en el *DAZ* como en el *Dresdner Zeitung*, he visto repetidas veces esta indicación: «en el ataque terrorista a Múnich» o algo parecido. Aquí y ahora, las bagatelas hay que silenciarlas. Si lo que ha pasado ni siquiera figura en el parte militar, esta ciudad no ha sufrido daños. – Hasta ahora, de todas las grandes ciudades alemanas, sólo quedaban intactas Dresde y Breslau. – A Breslau la mencionaban el otro día en el boletín y tiene que haber quedado horriblemente devastada.

Once y cuarto

Cuando fui a buscar el caldo de carne con Eva, le dijeron en la tienda que la situación aérea era «muy fea», que «ellos» estaban cerca (no puedo recordar las localidades). Eva se fue a la peluquería, yo llevé a casa las jarras para los Stühler y para nosotros, herví leche, y entonces llegó Waldmann, que había ido a buscarme 4 quintales de carbón. Fuimos al sótano. «¿Situación aérea?» – «Seguro que ustedes también han oído el zumbido (así era en efecto), un avión de reconocimiento ha vuelto a dibujar el cuadrilátero blanco que había sobre

nosotros el sábado…» Subí a casa, Eva ya había regresado de la Räcknitzstrasse, el peluquero quería cerrar enseguida, «van a llegar en cualquier momento». – Uno acaba insensibilizado: cuando haya terminado con estos apuntes, continuaré con *Guillermo*[132].

Tarde, diecinueve horas

No han llegado, a pesar del cuadrilátero que también observaron otras personas; estuvieron en Brunswick y en Hannover. A mí me parece que la psique de la ciudad es otra desde el sábado. La señora Waldmann, una mujer robusta, rubia, todavía joven, dice: «Estamos aquí inmóviles esperando la muerte». La señora Cohn tuvo con su peluquero la misma experiencia que Eva. – ¿Será verdad que *s'y fera*? En estos momentos es innegable que otra vez empieza uno a sentir el miedo a la noche. En realidad, sólo se está relativamente tranquilo entre las quince y las veintidós horas.

Witkowsky *moriturus* viaja mañana a Berlín a que lo operen (cáncer de intestino). Le dije con toda la cara que era una operación fácil y que después disfrutaría otra vez de la vida. Pareció creérselo de verdad […]

16 de octubre, lunes tarde

[…]

Por la tarde, a eso de las ocho, se presentó un chico de las HJ que con un tono bastante de ordeno y mando entregó a Cohn y a Stühler un aviso para que fueran el domingo a quitar escombros en las casas destruidas. La orden, que venía de la policía, iba dirigida también a una serie de judíos hace tiempo deportados y asesinados. Algo no funcionaba en aquella lista. Un poco después aparecieron, en relación con el mismo asunto, Lang y Neumark, los responsables del servicio dominical. Dijeron que los mayores de sesenta años (Konrad incluido) quedaban exentos… Hacia las veintitrés horas, ya dormíamos, nos despertaron unos golpazos en la puerta: Neumark y Werner Lang *di nuovo*, nueva orden: *todos*, todos los judíos sin excepción tenían que presentarse en la Wettiner Strasse 33, a las siete de la mañana. Me dieron un billete de tranvía (que luego no utilicé), y volví a acostarme. Stühler padre, según supe más tarde, tuvo un duro encontronazo con Neumark y Lang porque no quería dejar marchar

a su Bernhard, de catorce años. – El domingo por la mañana, yo me había levantado a las cuatro, nos pusimos en camino todos juntos, la mitad de la casa. La Wettiner Strasse estaba cerrada para los transeúntes. Varias casas, horriblemente devastadas […] Estábamos en el borde de la calle en dos filas, para el recuento; junto al gran grupo de judíos algunos arios, y también un grupito de mujeres. Una cuadrilla de prisioneros italianos provistos de palas pasó a nuestro lado. Mandos de las SS, entre ellos, gordo y brutal, el «papa de los judíos», Köhler –«tú» e insultos, estilo Gestapo–, hacían las listas, distribuían trabajos; los grupos así formados se marcharon. Quedaba una docena de personas, yo entre ellas. «¡Pueden irse a casa!» Hoy me ha contado Neumark que Köhler había decidido que aquella «cuadrilla de tullidos» no le servía de nada. En el grupo estaba, por cierto, el zapatero Saslawski, que a pesar de su temblor se encuentra entre los obreros de trabajos pesados; «yo trabajo para la hija de Köhler y no soy tan tonto que deje que me pague 1,50 marcos», me dijo radiante en su jerga. – A las ocho estaba yo de vuelta, había visto los estragos a los que nadie tenía acceso, y había salvado el día… Los movilizados regresaron hacia las seis de la tarde, después de un duro trabajo de desescombro. Habían recibido un almuerzo abundante de la NSV, gachas de mijo cocidas en leche. Y Konrad había traído un cacharro lleno para nosotros. Bajé enseguida a darle las gracias […]

Envidia y resentimiento por todas partes, no sólo entre los judíos. La señora Witkowsky, a su regreso de Berlín, cuenta que arios y judíos le habían dicho muchas veces casi con hostilidad: «¡Vosotros tenéis que sufrir alguna vez un bombardeo en serio, para que sepáis lo que es bueno!».

Eva acaba de llegar de oír la radio en la Pirnaer Platz: el parte es insípido, no dice nada de Hungría. Eva dijo: estaba claro que todo el mundo había escuchado la radio inglesa, una muchedumbre mucho mayor que otras veces esperaba con mucha más paciencia que otras veces a que pasaran todas las noticias de sucesos, «incluso noticias de Tokio». En vano.

17 de octubre, martes mañana

Me intranquiliza mucho el cambio que ha sufrido nuestra situación personal por la eliminación de Hungría. Ahora Dresde puede convertirse en nudo de comunicaciones en la retaguardia del frente más peligroso, y eso en poquísimo

tiempo. Entonces seremos objetos de duros ataques aéreos. *(Nota bene:* ayer hablé con la señora Witkowsky; pintó con colores vivísimos cómo la gente, llevada de la envidia, deseaba que Dresde viviera alguna vez un día entero en los sótanos, bajo las bombas.) Después se procederá a la evacuación y al hacerlo separarán a los matrimonios mixtos y gasearán, ¿quién sabe dónde?, al cónyuge judío; después mis manuscritos, el fruto de tantos años, arderán en Pirna… Esas son las «atrocidades» *(LTI)* que elabora desde ayer mi imaginación, sin acudir a cosas improbables. – […]

21 de octubre, sábado mañana

Ayer, a las 13:15 horas, alarma grande ya de entrada, pero sin consecuencias; sólo un cuarto de hora largo en el sótano. El gran pánico ya está cediendo (tras algunas alarmas inocuas), pero las sirenas todavía suponen un shock. Por cierto, terminología oficial: anuncio en la radio (lo que parece coincidir con la salida de los colegios) = «aviso aéreo», alarma pequeña = «pre-alarma», alarma grande = «alarma». Desde ahora lo abreviaré con las siglas correspondientes: AA, PA, A.

LTI. Volkssturm[133]. La arenga de Hitler, el discurso de Goebbels al «ejército popular prusiano-oriental» y la cobertura del conjunto por la prensa (todo del 18 y 19 de octubre) no aportan nada nuevo lingüísticamente, excepto la palabra *Volkssturm.* «Fanático», «indomable», el judío como la «encarnación del enemigo», «exterminación del pueblo alemán»: todo eso está ya más que sabido. Pero en su contenido es probablemente el no va más de la locura y de la desesperación. Es, esta vez a través del mando supremo (aparte de Hitler, el propio Himmler, el ODE = *Oberbefehlshaber des Ersatzheeres* [‘Comandante en jefe del ejército de reserva’]), un llamamiento a la guerra de guerrillas –si es necesario, incluso mujeres y niñas–, expresamente en la retaguardia del enemigo. A las de los rusos las llamábamos «escopeteras». En especial, Himmler tuvo que indicar también que entre los paracaidistas apresados en Arnheim no había un solo judío, que éstos sólo sirven para la función de comisarios sedientos de sangre, etc.

[…]

24 de octubre, martes mañana

[…]

El domingo por la noche, Konrad estuvo unos minutos en casa. Habló con terrible pesimismo –y sus hipótesis y sus cálculos tienen mucho de probable– de la suerte de los judíos caídos en manos de Hitler, polacos, húngaros, balcánicos, y de los judíos alemanes y occidentales deportados al este. Cree (por lo que cuentan los soldados) que todos han sido asesinados antes de la retirada, que no volveremos a ver a nadie, que han sido masacrados (más exactamente: fusilados y gaseados) seis o siete millones de judíos (de los quince que había). Las perspectivas de supervivencia para el pequeño resto de judíos que estamos aquí, en las garras de esas bestias desesperadas, también las considera escasas: digo «también», porque en eso opina lo mismo que la mayoría de los judíos de Dresde.

Ahora también escuchamos quejas de los arios sobre el hambre cada vez más intensa y el creciente peligro de muerte. Yo me digo siempre: a los judíos nos dan ambas cosas en ración doble y más: recibimos víveres en cantidades muy inferiores, y nuestra vida está amenazada no sólo por las bombas sino más aún por la Gestapo. Sigue corriendo el rumor, aún con más insistencia, de que van a separar a los matrimonios mixtos.

Ayer al mediodía, aproximadamente entre las 12:30 y las 13:30, PA, y poco después, A. Fuertes disparos durante unos minutos, dos o tres veces se oyó el sonido agudo que hacían al caer los cascos de los proyectiles de la defensa antiaérea, pero eso fue todo. La señora Jährig, secretaria de Neumark, contó que los angloamericanos, por su parte, habían empleado en el ataque a Wiesbaden «bombas volantes» (o sea, copias de V1, contra las que no previene ninguna alarma). Ella lo sabía por información privada. A la *LTI* pertenecen, de manera inmediata, las noticias de los últimos días sobre Japón. Las victorias japonesas siempre aparecen cuando a nosotros nos va mal, y las cifras de las victorias japonesas suelen ser tan elevadas como las de Goebbels. Así pues, en estos últimos días los japoneses, en un intento fallido de los americanos de desembarcar en Formosa, han conseguido la mayor de todas las victorias por mar y aire y destruido casi la totalidad de la flota norteamericana; el resto, que se había dado a la fuga, era perseguido y también parecía estar perdido. Después se ha sabido –informe alemán; por tanto, ¡hasta qué punto tiene que haberse sabido!– que la operación de Formosa era una maniobra de distracción de los

americanos y que éstos, entretanto, desembarcaban en Filipinas, con una flota inmensa y un ejército inmenso. Y, en cuanto al hundimiento de la flota americana en aguas de Formosa, «un reportero alemán» escribe (lo cita el *Dresdner Zeitung*, 22 de octubre) que posiblemente «la elevada cifra de barcos de guerra americanos hundidos tal vez quede algo reducida posteriormente, porque, dado lo rapidísimo y brusco de los combates aéreo-marítimos, en ciertos casos puede que una noticia haya sido transmitida dos veces».

[…]

El periódico del domingo trajo también la disolución «de las bandas de música del ejército en campaña»; los músicos se convierten en combatientes. Además, numerosos comentarios sobre el *Volkssturm*, que es comparado profusamente con el *Landsturm*[134] de 1813. El editorial –destinado manifiestamente a todo el mundo germánico– afirma que el mando militar alemán «rechaza para ellos los métodos de lucha subterráneos y alevosos que han utilizado nuestros enemigos en muchos escenarios de la guerra. El *Volkssturm* alemán no tiene nada, absolutamente nada en común con la lucha de partisanos». (Cuando todo, incluidas las «escopeteras», se ajusta exactamente a la guerra de guerrillas. ¡Qué necedad y qué desenmascaramiento por el lenguaje hay en ese «nada, absolutamente nada »!)

Nunca hasta ahora he encontrado tal consumo a gran escala, tal concentración masiva de «fanático» y «fanatismo» como en esa edición dominical. Esa palabra se repite en cada artículo, aparece en total por lo menos una docena de veces […]

27 de octubre, viernes mañana

Aferrarse a cualquier esperanza. He recordado que la señora Kreisler me contó hace poco que su marido –a quien vi una vez un momento delante de nuestra casa, me pareció completamente insignificante–, que su Weidlich, pues, apoderado o pequeño director en Wachs y Flössner, una fábrica de productos alimenticios (mermeladas, etc.), en sí completamente apolítico, cuenta lo que dicen sus jefes que van de vez en cuando a los despachos oficiales de Berlín: que allí piensan que falta poco para el final, no por la situación militar, sino por la extraordinaria escasez de víveres y de carburante. – Por lo demás, por mucho que disimulen, que recompongan, que crean «fanáticamente» en la victoria, en

los partes oficiales se nota, entre líneas, la desesperación. Pero la espera se vuelve cada vez más angustiosa; las fuerzas decaen cada vez más.

Ayer mañana, en la oficina de trabajo, en la Maternistrasse. Querían mi libreta de servicio para hacer una enmienda. Fue bueno que me presentara personalmente en lugar de enviarla por correo, porque allí no estaban enterados –por lo demás: trato correcto– de que estoy exento. El trayecto (con algunos rodeos) me llevó a través del barrio bombardeado (Queckbrunnen, Freiberger Platz). No vi un cuadro diferente al del otro día en la Wettiner Strasse. Por todas partes la misma devastación que el primer día. ¿Cómo será en las ciudades seriamente afectadas?

LTI. En el parte militar del 24 de octubre se lee: «En Serbia violentos combates con cuadrillas, búlgaros y bolcheviques». Recordé que un libro de Roda Roda[135] tenía un título parecido. Eva lo sabía: *Bummler, Schummler und Rossetummler* [‘Juerguistas, timadores y vagabundos’]; pero había más de esos títulos con la triple consonancia.

[…]

29 de octubre, domingo después de las trece horas

Hoy seguramente ya no vendrán. El sábado, el domingo o el lunes suelen, realmente suelen, aparecer por aquí los norteamericanos, como si fuesen viajantes de comercio que recorren en determinados días determinadas zonas. No puedo dejar de pensar en ellos. Hasta que no son más o menos las dos no me digo: hoy seguramente ya no vendrán. Por la noche, antes de acostarme, miro por la ventana: si en el cielo hay claridad por la zona de la estación de Neustadt, y por tanto están encendidas las luces allí, entonces se puede contar, provisionalmente, probablemente, con una noche tranquila.

Ayer tarde estuvo en casa, como ya es habitual, Steinitz; le trae a Eva hojas de tabaco no fermentadas, de plantas que cultiva sobre la tumba de un comerciante judío de tabacos […]

30 de octubre, lunes tarde

[…]

Al mediodía estuvo aquí un ratito Katz. Muy abatido: Así como son las

cosas, ¡si los ingleses no hubieran sido derrotados en Arnheim! Tendrían ahora el Ruhr, y la guerra se habría terminado. Pero así… Separarán a los matrimonios mixtos. Mutschmann ha vuelto a atizar otra vez brutalmente el odio a los judíos, y las atrocidades de los rusos en Prusia oriental[136] que probablemente se cree el pueblo, pueden volverse contra nosotros.

NOVIEMBRE

2 de noviembre, jueves tarde

El estancamiento de la guerra es un gran peso. Da horror pensar en otro invierno más.

Hoy a las doce y cuarto hubo alarma, poco después la grande, estuvimos en el sótano hasta la una, se oían disparos muy lejos, fuera de eso no ocurrió nada. En mi ánimo, en el ánimo de todos, el bombardeo del otro día ya va cayendo en el olvido, se empieza otra vez a tener la esperanza de que Dresde sea más o menos tabú. Pero un poquitín de pánico aún queda.

[…]

6 de noviembre, lunes hacia el anochecer

Ayer por la mañana Steinitz me irritó profundamente. Viene muchas veces a casa los domingos después del corte de pelo (ahora, desde que Frischmann está en el campo de trabajo, lo hace en el primer piso el jardinero del cementerio, Bär). Steinitz dijo: «Es usted un optimista histérico. En realidad, el 80% de los alemanes sigue creyendo en Hitler, seguro, y la idea nacionalsocialista les infunde tan inmensa capacidad de resistencia que no se ve un final en el horizonte». – Yo soy optimista sólo frente a los demás, en mi fuero interno no lo soy en absoluto. Le repliqué furioso: «Por su boca habla el miedo judío: ¿cómo sabe usted lo del 80%?».

[…]

12 de noviembre, domingo noche

Por la mañana se juntaron aquí los dos antiguos comerciantes de carbones de Aussig: Steinitz y Eisenmann. Ambos veían la situación muy negra, en lo tocante a duración de la guerra, a la extrema necesidad durante el invierno y al peligro para los judíos. Eisenmann trabaja desde ayer en Thiemig & Möbius y de momento ayuda en la máquina para sobres grandes de documentos, exactamente como lo hacía yo […]

Eva habló ayer también sobre la señora Kreisler: en su casa vive ahora una intérprete, originaria de Crimea, que ha prestado servicio, o todavía lo presta, en el misterioso grupo de trabajo mahometano que ahora está en el Lothringer Weg 2. La chica cuenta sus propias experiencias: cuando los alemanes entraron en Crimea, los aldeanos más jóvenes huyeron. Los mayores dijeron: «Conocemos a los alemanes de cuando la primera guerra mundial, son buena gente, nos quedamos». Los jóvenes les advirtieron que ya no eran los mismos. Llegaron los alemanes y entraron a saco, brutalmente. Ella, la intérprete, tenía sus cosas en la cama y se había sentado encima. Eso sirvió. Pero la vieja en cuya casa vivía tuvo que abrir su armario y entregar llorando lo que pedían los soldados. Eso coincide exactamente con lo que nos han contado hace poco sobre la evacuación de Riga. – […]

14 de noviembre, martes mañana

[…]

Ayer tuve toda clase de tropiezos. Por la mañana el martirio de ir tres veces a Hesse, en la Salzgasse, a por 1 quintal de briquetas. El suministro de carbón se vuelve más precario cada día y sólo tenemos una tercera parte de lo que nos corresponde. Pero no puedo recurrir otra vez a la ayuda de Waldmann, sobre todo porque tiene una herida en los ojos. Con ese trabajo siento como si el corazón me estallara, y tengo que hacerlo. Una vez que terminé con el quintal de carbón, me fui con Eva a buscar patatas. Cuando quería aprovechar el resto de la mañana para escribir, la mano me falló por exceso de cansancio. – Por la tarde tuve que ir a ver a Simón (que quiere terminar con las sesiones el sábado), y ya de vuelta la mano seguía negándose a escribir. – Empecé *1809*, *1813*, *1815* de Lamprecht[137], pero no llegué muy lejos, porque al mediodía, por la tarde a primera hora y ya anochecido, tres veces, tuvimos aquí a Katz que nos hizo

participar intensamente en el último acto del asunto Cohn. Ese pobre hombre, tan alto y delgado, gravemente enfermo del corazón desde que lo conocemos, llevaba varios días enfermo, con un absceso en las amígdalas.

Katz le practicó una incisión al mediodía y me dijo a última hora de la tarde, cuando le abrí la cancela, que casi no había esperanzas. Hoy nos contó la señora Cohn anegada en llanto que el marido murió ayer a las doce menos cuarto, en su sexagésimo año de vida. Comprobé una vez más, en cuanto a mi persona, esta terrible y despiadada frialdad. Sólo la vinculación conmigo mismo –«¡Hurra, sigo vivo!» y «¿Cuándo me toca a mí?»– y coleccionar material para mi libro. Esa colección se ha visto enriquecida en algunos detalles: cuando la señora Cohn nos trajo la noticia de la muerte, estaba aquí, justo a las ocho de la mañana, la señora Jährig, enviada por Neumark, al que Katz había llamado por teléfono. La señora Jährig (secretaria de Neumark) empezó a llorar y le pidió un pañuelo a Eva. Después me dijo Eva: «Estos tiempos de miseria. Mis pañuelos ya no los plancho. Me quedaba uno bueno y planchado; forma parte de las cosas que me dio Kätchen Voss para que se las guardara cuando se fue a los barracones. Seguro que la habrán asesinado en Polonia hace mucho tiempo». – La señora Stühler –los Stühler han depuesto su odio mortal y se han portado amablemente, ayer prestaron una almohada eléctrica, regalaron una hojitas de té auténtico–, la señora Stühler dijo: «¿Quién sabe de lo que puede haberse librado *él*, lo que nos espera a nosotros? A él por lo menos no lo han separado de ella». La señora Cohn también lo había subrayado: «¡Por lo menos ha muerto aquí y a mi lado!». Justo después tuve un terrible ejemplo de lo contrario. Había ido a buscar carbón al sótano. A mi lado trabajaba una señora de este mismo inmueble, con la que ya había cambiado algunas palabras, sin saber su nombre. Le dije que Cohn había muerto. Ella entonces, muy emocionada: «¡Esa mujer sabe al menos cómo ha sido el final, ha estado presente! Mientras que yo… ¡Yo eso no lo sé de mi marido ni de mi hijo!». Esa es, pues, la señora Bein, a la que le han matado al marido y al hijo «durante una tentativa de evasión», es decir, los han asesinado en el campo de concentración, y que va todos los días al cementerio, a las urnas. – Después me tropecé en la escalera con la pequeña señora Spanier, que se parece a la madre de Eva; su marido lleva años en un campo de concentración, a su hija la «vinieron a buscar» hace poco en relación con el asunto Frischmann. Su inmediata reacción: «Cohn no se ha perdido nada; nosotros de todos modos

no viviremos el final».

En la cocina la señora Cohn a la señora Stühler: «Me hubiera gustado tanto rezar con él. Pero el Padrenuestro no puedo rezarlo; ellos tienen otras oraciones. Le crucé las manos». A eso la señora Stühler, con convicción: «Debería haberlo rezado. Todos somos hijos de Dios». Yo, porque era lo correcto, pero sin convicción: «El Padrenuestro lo puede usted rezar por él con toda tranquilidad. Todas las frases están tomadas del Antiguo Testamento». Una vez más me dejó impresionado hasta qué punto está extendida, a pesar de los pesares, la fe en Dios, y qué imposible es para mí esa fe. Para Eva también, pero ella es mucho más estoica, más indiferente. – Por último, *factum tragicomicum et caracterissimum* (*sic):* Cohn deliró ayer repetidas veces (frecuente en la septicemia, dice Katz). Estaba sentado en su butaca mirando fijamente la alfombra. La señora Cohn le preguntó qué se veía allí. «Ahí había hace un momento unos trozos de carne de pollo y de ganso; ¿dónde los has puesto?» ¡Fantasías de moribundo cuando no se tiene tarjeta de carne! Yo, por mi parte, tendría delirios de bizcochos dulces y de café auténtico con azúcar.

15 de noviembre, miércoles noche

[…]

En la casa había un ambiente opresivo porque ahora la señora Cohn está enferma, tiene mucha fiebre y parece que la ha contagiado su marido. Un peligro para las tres familias que compartimos este piso. Un médico ario es mucho más difícil de encontrar que Katz, que a su vez no puede tratar a la señora Cohn. Entretanto, después de muchas idas y venidas, ha estado aquí Fetscher; ha comprobado, para alivio de todos (¿será sincero?), que no se trata de una infección, sino de una simple inflamación de garganta.

16 de noviembre, jueves hacia el anochecer

Contenido de una jornada: lavarme, ir a buscar caldo de carne. Transportar a pie de la Salzgasse hasta el sótano, en seis pesados viajes, 2 quintales de lignito, el material combustible no racionado. Lavarme y hacer café. Dormirme de cansancio. Dar una clase mala a Bernhard Stühler. Entremedias ni siquiera cinco páginas de Lamprecht. En todo ese tiempo Eva en la calle, sin parar, sin parar,

más mendigando que comprando. –Por doquier los rumores sobre Hitler y Himmler, sin certeza ninguna. Pero unidos a la gran ofensiva, infunden esperanza.

Desde ayer, Stephan Müller está detenido. Puede haberse sentido demasiado seguro de sus buenas relaciones con la Gestapo, de su prestigio como antiguo alférez del cuerpo de voluntarios, puede haber tapado la estrella demasiado a menudo. Puede que también haya sido imprudente en cuanto a la radio. En el primer caso, campo de concentración, en el segundo la muerte.

[…]

21 de noviembre, martes mañana

Otra vez aire caliente, de *foehn*[138]; yo lo veo únicamente desde el punto de vista de que pueda retrasar las operaciones. En el oeste parece haber pequeños progresos, pero muy pequeños, de la ofensiva angloamericana.

[…]

He heredado de Cohn: tres pares de calcetines, un par de guantes, tirantes para los pantalones y ligas para calcetines. Acepté esas maravillas encantado y con el alma en paz, porque cuando muere el marido judío, hay que entregar todos sus bienes personales. Me extrañó que la señora Cohn no supiera que el testamento de su marido no es válido: el Estado se lo lleva *todo.* A ella no le queda otra posibilidad que pedir después que la indemnicen. Después: puede ser mañana o dentro de un año.

[…]

23 de noviembre, jueves mañana

Ayer por la mañana, desde las diez hasta después de la una, he transportado, en nueve viajes con dos cubos cada vez, 1 quintal de briquetas y 2 quintales de lignito, desde la tienda de la Salzgasse, pasando por la Zeughausplatz, hasta nuestro sótano, y después estaba amargado y *down.* Así acorto lo que me queda de vida y nada quedará concluido […] He pasado en la carbonería varios ratos relativamente largos, mientras llenaba los cubos. Y así he tenido ocasión de oír las conversaciones de las clientas –los hombres están en el frente o en el servicio del trabajo, las mujeres van a buscar lo que necesitan en carretillas de mano o en

cubos– con la amable señora Hesse, que no tiene nada de nazi (cuyo marido, a su vez, tenía algo que hacer en la estación; su figura es la más característica, cuando se acerca como un cíclope, de pie en su cochecillo eléctrico). «Ya tengo un cupón para comprarle a mi marido un guardapolvos, pero no encuentro uno por ninguna parte.» – «Escríbale a Hess, que se lo procure él, ése está mejor que nosotros.» Yo nunca habría creído que aún sigue vivo entre la gente el nombre de Hess. ¡Hace ya tanto tiempo! […]– «Mi marido está en Italia, junto a Verona. Me permiten mandarle 75 marcos mensuales. El encuentra un montón de cosas. Un kilo de chocolate, 27 marcos.» – «A mí me mandarán por Navidad un conejo.» – «¿No olerá?» –«Lo lavaré bien con vinagre.» – «Con los que están en el extranjero es cada vez diferente. Algunos pueden enviar cosas. A algunos hay que enviarles algo para que coman.» Ninguna pensaba en la paz. La guerra sigue así, día tras día. «Al mío le darán permiso por Navidad.» – «El mío está haciendo ahora un cursillo que dura ocho semanas, luego lo enviarán de nuevo a la primera línea.» […]

Ha ocurrido una muerte estremecedora-grotesca. En esta casa vive un judío viejísimo, Grünbaum, ochenta y ocho años, cabellos blancos, barba blanca, de movimientos lentos y aspecto frágil. Le vi en una ocasión abajo, cuando Frischmann todavía hacía de peluquero, otra vez con su mujer, una docena de años más joven, que lo sacaba a la calle. Hace unas semanas parecía que estaba muriéndose. Katz venía muchas veces y me describía drásticamente qué hinchado estaba de la hidropesía. («No se le ve el pene.») El hombre sanó, y en la noche del 21 al 22 de noviembre murió su mujer de un derrame cerebral. Ahora, el viejo está solo y desvalido y se lo llevarán seguramente a Theresienstadt, en la medida en que no quieran evitar el rodeo y no lo liquiden ya en la Jefatura de Policía […]

26 de noviembre, domingo tarde

Ayer al mediodía, de las doce menos cuarto a las doce y media, alarma, a los pocos minutos, al sótano. A gran distancia, pero con mucha claridad y por tanto no tan fuera de tiro, se oían disparos violentos e ininterrumpidos. De modo que tiene que haber sido un bombardeo muy serio, y otra vez debe de haber habido en nuestras inmediaciones destrucción y muerte; pero nadie se entera de dónde, todo se silencia. (Muy característico: en los anuncios de defunciones después del

bombardeo de Dresde nunca se nombró Dresde, siempre decían «arrebatado por un trágico destino». En cambio se lee aquí a menudo que alguien ha perdido un familiar por el ataque terrorista a Darmstadt y a Múnich, etc. Por tanto nos dejan en la ignorancia en cuanto a la propia zona.) – En las otras cosas también estamos a oscuras. La radio inglesa afirma que los norteamericanos han atravesado el Rin junto a Mulhouse; la radio alemana: que están incomunicados y cercados junto a Basilea.

Cohn murió de un absceso en las amígdalas y de una septicemia, y con un absceso en las amígdalas y con gripe está ahora en la cama Stühler. Katz, que le ha practicado hoy una incisión, viene dos veces al día y casi siempre se queda mucho tiempo con nosotros. Dice que la gripe y el absceso en las amígdalas parecen estar muy extendidos, ve muy sombrío el futuro: epidemias, desnutrición, escasez de médicos y de medicinas y la guerra que no se acaba. – Hitler parece eliminado, Himmler peor que él. «¡Es capaz de prender fuego él mismo a Dresde si es la única ciudad que los aliados dejan intacta!» También prevé la muerte para los que llevamos estrella y una sangrienta guerra civil para todos. – En casa de los Winde hablaron otra vez de lo que había contado un soldado que estaba de permiso: espantosas matanzas de judíos en el este. La tropa tenía que beber aguardiente. «Cuando nos daban aguardiente siempre sabíamos lo que venía.» Algunos se habían suicidado «para no tener que participar en eso otra vez y llevarlo en la conciencia». Esto ya lo han contado de modo análogo demasiadas fuentes arias y demasiadas veces para que sea leyenda. Y va muy bien con lo que estamos viviendo aquí.

Me he enterado de la suerte que ha corrido la familia Frischmann: la muchacha, junto con su amiga Ruth Spanier, probablemente en Auschwitz, o sea, entregada a una muerte segura, el padre en el campo de trabajo de Radeberg, la madre, aria, condenada a dos años y medio de presidio.

En los periódicos una escena propagandística de una estupidez macabra: cuatro niños de ocho a catorce años (¡indican la edad!) han defendido una posición de Aquisgrán con un fusil alemán y otro capturado a los norteamericanos y ahora están prisioneros de los americanos. Como es natural, la foto, el pie de la foto y el artículo correspondiente tienen la misión de demostrar el heroísmo alemán, de hacer que cunda el ejemplo y de infundir miedo ante él. ¿Qué consiguen en realidad? 1) Los aliados tienen un documento

que demuestra la forma irregular de combatir de los alemanes, a base de cuadrillas y de francotiradores; 2) tienen un documento de la debilidad alemana: el *DAZ* dice que Eisenhower ataca con siete ejércitos, con dos millones de soldados (hombres, no niños); 3) a todos los padres, a todos los padres alemanes, tiene que ponérseles el estómago del revés; 4) los aliados tienen que ver confirmado su propósito de encargarse ellos de educar a la juventud alemana, con esto tienen una buena justificación. Así la propaganda del heroísmo se convierte en su contrario, esto también es como la *maldición del superlativo.*

[…]

30 de noviembre, jueves tarde

Hasta ahora, las seis pasadas, no he terminado –dejando a Dostoievski[139]– las problemáticas anotaciones sobre Ernst[140]. Ayer por la mañana acarreé otra vez 2 quintales de carbón; eso no sólo fatiga mucho sino que paraliza, y por mucho tiempo, la mano con la que escribo. Después me he limitado más o menos a leer (monografía sobre Dostoievski, procedencia Lewinsky, y Stefan Zweig[141], procedencia Steinitz), también he hecho la habitual visita semanal a Steinitz.

Pero es sobre todo el caso Stühler lo que más me agobia y distrae mi atención de manera creciente. Aunque su mujer y el médico no pierdan del todo la esperanza, el hombre está muriéndose, y está muriéndose de un modo misterioso. Katz, superando ayer la resistencia de la Gestapo, ha consultado a un otorrino: la angina ha desaparecido, la enigmática sepsis continúa. Segundo caso en este inmueble. El tercero, si se contabiliza también la enfermedad de la cuñada de la señora Cohn; el cuarto está en manos de Katz, en otra casa. Por tanto, sospecha de epidemia. Pero la oficina de sanidad no lo hace público. Quien expresara esa sospecha sería un derrotista. Además, ahora que la muerte causa estragos en el frente y en las ciudades, poco importa que un jinete del Apocalipsis venga a unirse a los otros[142]. Faltan también médicos, camas en los hospitales y medicinas […] – Hemos encontrado a la señora Stühler, por lo general tan enérgica, bañada en lágrimas, angustiada por Bernhard, le hemos prometido que alojaremos al chico en nuestro dormitorio y que nosotros dormiremos en esta pieza de delante. Eso vamos a organizarlo hoy […]

En medio de todo esto, apenas había salido Katz de la casa, sonó la alarma,

de doce y media a una y media, ya de entrada la grande y peligrosa, con la noticia de que se acercaban escuadrillas de bombarderos, posible ataque a Dresde. Se oía el zumbido, se oían muchas detonaciones a gran distancia, pero fuera de eso no ocurrió nada. Entretanto he hablado con Neumark sobre el siniestro asunto de Stühler. Por su parte, quería considerar con Katz si no nos podrían sacar de aquí a la señora Cohn y a nosotros durante los días críticos y darnos un alojamiento provisional. Ahora estamos esperando la visita vespertina del médico. Así que en este momento, a las dos fuentes de peligro habituales, Gestapo y aviones, se ha sumado una tercera, que tal vez, o incluso probablemente, sea más horrible que las otras. En verdad: todo va adquiriendo un tinte histórico-cultural y espeluznante; detrás del caso individual Stühler aparece un nuevo jinete del Apocalipsis.

DICIEMBRE

1 de diciembre, viernes mañana

Stühler ha muerto esta noche: aterradora experiencia. Pero una vez más quiero informar con toda frialdad hasta el final, venga lo que venga. – Ayer tarde llegó Katz, yo esperaba que hablara después con nosotros detalladamente sobre el asunto de la esterilización. Pero cuando terminó allí a las ocho menos cuarto, hubo alarma, la segunda ese día. (A las ocho y media cesó, sin que tuviéramos que bajar al sótano.) Katz se marchó corriendo y me dijo –¡cambio brusco de opinión!-que no tuviéramos demasiado miedo en cuanto a nosotros. Añadió, eso sí, que Stühler, a quien había inyectado alcanfor, «aún estaba muy lejos de poder cantar victoria». Hacia las diez de la noche, la señora Stühler tuvo que ir a la farmacia, en su ausencia era yo el encargado de vigilarle. Oí en la habitación del enfermo el chasquido del conmutador y unos pasos; cuando llegué a la puerta, Stühler estaba de nuevo en la cama, pero muy inquieto y respirando con dificultad. Le pregunté si quería beber. – Sí. – Se incorporó, sostuve primero el almohadón, luego su cabeza empapada de sudor, le di un poco de agua mineral. Había enflaquecido horriblemente, tenía la mirada fija, la voz ronca, hablaba dificultosamente pero con perfecta claridad. Que dónde estaba su mujer, que

cuándo volvía, me dio las gracias repetidas veces. Me lavé la mano y la manga en la esencia de Lysol que Eva había conseguido por fin, y me acosté a las diez y media. A la una y media nos despertó la señora Stühler: que no oía la respiración ni sentía el pulso. Stühler yacía de espaldas con los ojos abiertos pero no vidriosos, el rostro afilado e inmóvil: no apacible realmente, pero tampoco sufriente, sólo frío y distanciado. Muerto, manifiestamente, pero yo no estaba seguro. Llamamos a la puerta de la señora Cohn […] Tenía horror de dormirme, a las seis fui al cuarto de delante, encontré a la señora Stühler en nuestro sofá y seguí con el miedo en el cuerpo, sentí la inutilidad de los intentos de desinfección y nos puse a merced del destino […] Antes del desayuno fui a ver a Neumark y llamé por teléfono a Katz […] La actitud de Katz había dado de pronto un giro completo. Dijo que no tuviera tanto miedo, que hoy por hoy, en plena guerra, era imposible pedir oficialmente una desinfección; que la «comunidad de vecinos» se protegiera a sí misma fregando los suelos con Lysol. El, Katz, no tenía «oficialmente» ningún motivo, ni tan siquiera derecho a dar parte; y si lo hiciera, continuó, las consecuencias serían imprevisibles para nosotros: oficialmente, Cohn y Stühler habían muerto de unas anginas sépticas; él, Katz, me había dicho sólo de modo extraoficial, sólo «amistosamente» y sólo a mí, que había sospecha de epidemia (quizá por el pan), y me pedía mi palabra de que guardaría silencio […]

2 de diciembre, sábado mañana

La cuestión central, de la mañana a la noche, es la siniestra amenaza de infección. Sobre la mesa de la cocina hay una palangana con esencia de Lysol, que huele a perros; ¿pero de qué sirve el agua bendita en esta promiscuidad? […] Quizá tengamos ya dentro la peste, quizá nos caiga encima una bomba antes de que se declare.

3 de diciembre, domingo noche

La moral no mejora aunque uno vaya sintiendo un cierto embotamiento frente al puro y simple miedo a la muerte. Hoy ya he comido un trozo de pan que nos ha regalado la señora Stühler, ayer todavía eliminábamos el pan y los bizcochos que provenían de los Stühler. Antes, como es natural, hemos hecho todo tipo de

desinfecciones, incluida la vajilla […]

5 de diciembre, martes hacia el anochecer

[…] Eva acaba de traer de casa de Gertrud Schmidt la noticia, confirmada también más o menos por el parte militar alemán, de que los rusos han abierto brecha en el lago Balatón[143]. Si esto es verdad, Viena corre peligro, y entonces Dresde será bombardeada. En el frente occidental, todo se retrasa por las inundaciones en Holanda.

La Gestapo vino a buscar ayer a Grünbaum, el anciano de ochenta y ocho años cuya mujer murió hace poco. ¿Lo llevarán aún a Theresienstadt o lo liquidarán aquí enseguida?

Me ha emocionado mucho lo que me ha contado hoy la señora Cohn, que el último domingo antes de caer enfermo, su marido tenía muchas ganas de dar un paseo con ella, pues hacía muy buen tiempo. Pero ella se negó: «Los domingos la gente mira aún más que durante la semana. – Sólo te ibas a disgustar. ¡Espera!». El se había quejado amargamente, «estoy prisionero», y ahora ella se hacía reproches. Cuántas veces no he tenido yo también esa sensación, «¡prisionero!», y probablemente también lo he anotado en el diario.

7 de diciembre, jueves mañana

Ayer, un día que nos ha destrozado a los dos físicamente, y que ha estado bajo el signo de dos alarmas. Por la mañana recogí una vez más en la tienda de Hesse, en dos viajes, 2 quintales de carbón; desde el principio el corazón se resintió mucho. Hacia el final de la procesión se oyeron disparos lejanos […] «Ya están tiroteando, enseguida tendremos alarma», dijo la señora Hesse. De modo que terminé a toda prisa el negocio del carbón, toda vez que después tenía que lavarme y cambiarme un poco y también meter el manuscrito en la mochila. Mientras estaba en ello, poco después de las doce, sonó la sirena. Seguían disparando con fuerza en la lejanía, pero todo quedó en la alarma pequeña, que cesó enseguida, después de las doce y media. Mi corazón ya no soporta tanta tensión, aunque interiormente me quede muy tranquilo: tuve dolores terribles de infarto. La segunda alarma fue peor […] Del *Dresdner Zeitung* de los últimos días: 1) el trocito de jabón que en los cinco años y tres meses de guerra que

llevamos debía bastar para cuatro semanas –pero siempre bastaba sólo para unos días– tiene que bastar ahora para ocho semanas. Análoga prolongación del plazo para los detergentes. 2) Llamamiento de la supervisora para el Reich de la BDM y de la «jefa de las mujeres del Reich» a las «mujeres y muchachas alemanas» para que entren voluntariamente en el «cuerpo de auxiliares femeninas de la Wehrmacht», ampliación de los «ya existentes servicios femeninos» (sobre todo el «cuerpo de auxiliares de la defensa activa antiaérea»). La «mujer alemana con voluntad de defensa» pertenece al «séquito de la Wehrmacht» y lleva uniforme. Cada auxiliar hace posible la liberación del servicio (¿nuevo?) de un soldado». –Es cierto que las auxiliares no prestan servicio con las armas, pero sí en el fuego, como los médicos. ¿Dónde está la gran diferencia con la «escopetera»? La diferencia se rellena con los llamamientos al *Volkssturm* y con la glorificación de los niños que lucharon en Aquisgrán. 3) Nota alemana contra el terror de De Gaulle. El gobierno de De Gaulle actúa «brutalmente» contra los súbditos del Reich y contra los franceses «que han cumplido su deber obedeciendo las órdenes del gobierno legal francés del mariscal Pétain». Amenaza (oficial a través de la Cruz Roja de Ginebra) de represalias. 4) De vez en cuando, un tal teniente coronel Ellenbeck escribe artículos moralizantes de máxima divulgación con la finalidad de fortalecer la resistencia. Hace tres o cuatro días incitaba a callarle la boca (de hecho eso equivale naturalmente a inducir a la denuncia) a todo aquel que dijera más o menos que los rusos quizá no fuesen tan malvados y tan asesinos y que tal vez podría pensarse en pactar con ellos. Eso, decía el articulista, era una «solemne estupidez», eso era delinquir por estupidez.

El *Reich* del 26 de noviembre, en lugar de la habitual poesía moderna, trae una oda alcaica[144] de Platen[145], *Kassandra*. Yo estaba muy orgulloso de poder explicarle inmediatamente a Steinitz esa composición fuertemente alegórica. «¡Lamentos acompañen tu suerte, Europa!» Fuiste primero violada por Felipe de España y su Inquisición, ahora te amenaza Rusia, inútil es la rebelión polaca, inútilmente canta el gallo y se esfuerza el aguijón del unicornio –el gallo gálico, el unicornio del escudo de Inglaterra, que conocí hace pocas semanas por el *Animal fabuloso* de Chamier–; *ergo*: «¡Doble águila alemana, planea con prudencia, afila tus garras!». Evidente moraleja: ¡el Tercer Reich proteja a Europa de los bolcheviques! Interesante que en esa oda no se mencione a Napoleón. En tiempos de la Santa Alianza ya no era un opresor sino un héroe

popular, revolucionario, liberal.

[…]

8 de diciembre, viernes hacia el anochecer

Tras dificultosa lectura del *Reich* –la mañana, por supuesto, ha estado íntegramente dedicada a fregar y a otros trabajos domésticos–, escasa cosecha.

Reich del 12 de noviembre: el editorial de Goebbels, «La guerra, medida de valores», afirma que *precisamente* en la guerra y, en realidad, *sólo* en la guerra el pueblo y el individuo demuestran su capacidad. Esto, naturalmente, es por lo menos tan equivocado como cierto. Por consiguiente, dice Goebbels, la gente debería mostrar ahora de lo que es capaz. Después de la victoria, el caudillaje les corresponderá a los que ahora demuestren ser más capaces. – Artículo «Los extranjeros entre nosotros», de Hans Schwarz von Berk. Los hay en cantidades ingentes, en algunas fábricas sólo es alemana la décima parte del personal; en algunas aldeas «sólo prisioneros de guerra cavando la tierra». ¿Cómo no se produce el levantamiento, el sabotaje con que contaba Eisenhower?

Algunos puede que piensen en eso: ¡pero piensan también en la aniquilación de la Varsovia rebelde[146]! (Ayer, en Huttig, Eva conversó con un policía del género de los de Nickern[147]. El hombre contó que tenía doce horas de servicio en un campamento cercano de polacos, donde decenas de miles de prisioneros del este eran vigilados por pocos centenares de policías. Ultimamente se habían «amotinado» –habían tomado como armas toda clase de garrotes, de trozos de hierro–, y «casi nos habrían "despachado"». Y añadió: «Pero qué bien que por lo menos llevemos uniforme. ¿Aceptarán a los del *Volkssturm* vestidos de paisano?». ¿Así que hasta qué punto es válido el artículo del *Reich*? En cualquier caso, lo es en el punto esencial, en que hasta ahora no ha habido grandes sabotajes o cosas parecidas. Y también en el hecho de que sólo una pequeña parte de los extranjeros, de muy diversa procedencia, tiene verdadera hostilidad y verdadera voluntad de lucha contra Alemania.)

[…]

Reich, 26 de noviembre: una cierta Christa Rotzoll, que ya me ha llamado varias veces la atención por su *vomitivement* nauseabunda glorificación lírico-periodística del modo de vida y de las instituciones nacionalsocialistas, escribe

en la sección cultural: «Las reservistas. Antiguas jóvenes del servicio del trabajo manejando el reflector». Eso es complemento o preludio al nuevo llamamiento para el cuerpo de auxiliares femeninas del ejército. Repugnante edulcoramiento, intento de feminización de la escopetera. Ejemplo de estilo: «El amor propio femenino, el deseo de no quedar mal, mantiene el interés de las chicas por la técnica; y, también un poquito, la común admiración que rodea de suave aura al teniente, una admiración que por lo general sólo recibe el profesor de literatura… Una jefa de campamento, de un encanto claro y sobrio, dirige a las jóvenes como antes (en el servicio del trabajo), pero ya no como máxima instancia. Ella ayuda en el aspecto humano-pedagógico al jefe de batería, le asesora cuando tiene que dar determinadas órdenes…». Los barracones son ahora más reducidos y más escuetos que en el servicio del trabajo. «Pero aunque las chicas se tomen la sopa del rancho junto a sus camas, unas últimas ramas de otoño van oscureciendo en un florero impecable.» (Tensión del estilo. ¡Serás femenina *y* militar, delicada *y* heroica, patética *y* divertida!)

Fuerte coincidencia con este artículo militar ofrece otro titulado «Retrato de un instituto: cambios en la enseñanza media» *(Reich*, 3 de diciembre) de Albert Buesche (cf. *supra animisme*). Era «el mayor instituto del oeste de Berlín» –¿cuál?–, con más de 700 alumnas, tuvo que abandonar las «tristes ruinas» de Berlín y es ahora un campamento *KLV*[148] *(Kinder-Land-Verschickung*) en o cerca de una pequeña localidad de Bohemia (escala en Sajonia), con 120 chicas acogidas, entre ellas un puñadito restante de alumnas de Berlín bajo una directora muy competente. La prioridad le corresponde al deporte –«la denominación oficial "educación física" se desliza en la pluma más a regañadientes de lo normal»–, viene en segundo lugar la música. «"De nuestro centro ha salido la campeona regional de salto de altura, pero en las otras asignaturas no alcanzamos el nivel de los tiempos de paz", dice la directora con maternal y conmovedora solicitud.» En natación «el instituto posee el certificado de nivel básico y avanzado de la Sociedad alemana de socorrismo». En las prácticas obligatorias, la directora, pataleando violentamente, hace que la salven a ella. La música, lo mismo que las clases de lengua y literatura y de arte, tienen una tonalidad romántica, predominan Schubert y Schumann. «Lo musical y lo deportivo son *lo característico del bachillerato alemán femenino. Pero no es lo más importante*.» Un día se habla inglés durante toda la clase. Otro día «la clase

se debate animosamente con los elementos básicos del francés». Esa constante vida en común, y con tan poco espacio, tiene también, qué duda cabe, sus inconvenientes, pero las ventajas son grandes. Tenemos «situación educativa total». Ayudamos al individuo real. «Hemos superado eso de fomentar lo seudoindividual: la ley de la comunidad es demasiado vinculante. Pero cuando vemos un verdadero talento, lo fomentamos, aunque para ello tengan que pasar otras cosas a segundo plano.» (Por eso se tienen «asignaturas facultativas».) (Aquí se pone claramente de manifiesto la hipocresía de la individualidad nacionalsocialista.) – Evidentemente, «debido a las trabas que obstaculizan el funcionamiento de las clases», el nivel general ha bajado en comparación con épocas anteriores. – Pero con todo y con eso, como somos un modelo para Checoslovaquia y también admitimos niños semichecos y les damos clase de alemán, «estamos realizando nuestra parte de *«trabajo étnico-nacional*». – […]

Reich, 3 de diciembre: «El cónyuge adecuado. Problemas de elección de pareja durante la guerra», de Herbert Hahn. El Partido ha creado institutos matrimoniales a los que se recurre cada vez con más frecuencia. «Evidentemente» se tiene en cuenta el deseo individual (pero no el seudoindividual). Hay «veladas familiares», hay institutos para intercambiar cartas, se procura reunir a quienes tienen una ascendencia, una posición social, un grado de cultura semejantes. Las cartas de los soldados ponen de relieve «qué gran influencia ejercen los principios político-racistas y eugénicos de nuestra época incluso en la elección completamente arbitraria e individual de la pareja». Continuamente piden «salud hereditaria» y «adhesión a los principios del nacionalsocialismo». (A las fiestas deportivas y de otro género del instituto se suele invitar a jóvenes oficiales. «La directora conoce la vida y sabe lo que hace.»)

[…]

10 de diciembre, domingo hacia el anochecer

[…] Por la tarde ha estado Steinitz en casa. Humor sombrío, como casi todos los judíos, como también en el círculo Winde-Kreisler, por el estancamiento de la guerra; además corren rumores sobre nuevas tecnologías alemanas: al parecer van a construir turbinas que atraen a tierra a los aviones. Yo también me voy dejando influir poco a poco por la frase que se oye en todas partes: «¡La guerra

aún no está decidida!» […]

Ayer por la tarde di clase a Bernhard Stühler. Me ha pedido que le enseñe «historia», que es su asignatura preferida. He observado muchas veces que no conoce, o en todo caso no distingue con claridad, los cultismos más frecuentes; así que le he explicado, una cosa intermedia entre francés y clase de historia, los conceptos de dictador, república, monarquía, oligarquía, constitución, etc. Esta clase y, en general, el caso Bernhard Stühler –quince años el 1 de enero de 1945, casi sin formación escolar, pero alimentado con algunas migajas de inglés y de español (unas cuantas clases particulares, el profesor acabó en un campo de concentración, antes un poquitín de escuela primaria de emergencia, en una clase para judíos, y desde hace muchísimo tiempo obrero de fábrica)–, ese caso es, pues, para lo que yo escriba, ya sea la *LTI*, ya sea el *Curriculum*, extraordinariamente importante.

[…]

11 de diciembre, lunes mañana

Cumpleaños de Berthold. Tendría ahora setenta y tres años, murió hace catorce, a los cincuenta y nueve. Cuántos años han estado ocupados por nuestro mutuo afecto, por nuestra mutua lucha. ¿Qué ha quedado de eso? ¿Qué vislumbran ni remotamente sus hijos de todo eso y de la vida y el pensamiento de su padre? ¿Hasta qué punto habrá penetrado ni siquiera su mujer en su ser verdadero? Porque ante ella, ante sí mismo, él quiso toda su vida, por encima de todo, ser otra persona distinta de la que era en realidad. Quizá queramos los judíos ser siempre lo que no somos: unos, sionistas; otros, alemanes. Pero ¿quiénes somos realmente? No lo sé. Y eso también es una pregunta a la que nunca recibiré respuesta. Y ése es mi mayor temor, mi temor profesional a la muerte: que muy probablemente la muerte dejará todas mis preguntas sin respuesta.

[…]

14 de diciembre, jueves hacia el anochecer

Ayer al mediodía, en dos intervalos muy breves, otra vez dos alarmas, ambas sin sótano, ambas una prueba de nervios y muy inquietantes, de una y media a dos y de 2:25 a 2:40.

La señora Stühler tiene una proveedora de hortalizas, muy eficiente y muy desconfiada, que últimamente me acepta a mí como amigo de la señora. Llegó ayer cuando la señora Stühler estaba ausente. «Dígale por favor, *Herr Professor*, que ha estado aquí la señora Lorenz.» En la puerta dio media vuelta, se acercó y susurró: «O diga más bien que ha estado aquí "tía Lo", ella ya sabe». Eso es lo mismo que cuando nosotros decimos «Gertrud Schmidt». Elemento de la *LTI*, pero un poco más que el mero estilo enciclopédico. Este esconde un contrabando de informaciones. *Aquí* se trata de la vida y de la seguridad cotidianas.

Corre por ahí una nueva adivinanza jocosa que nos ha contado la señora Jährig, la secretaria de Neumark: ¿qué es lo que tiene plata en el pelo, oro en la boca y plomo en las extremidades? Respuesta: el *Volkssturm.*

18 de diciembre, lunes mañana (y después: probablemente tendré que escribir más durante el día)

El sábado por la mañana Hesse sólo pudo darme 1 quintal de briquetas. Dijo que hasta enero ya no recibía nada, dijo que habrá una catástrofe con el carbón. Entretanto, han empezado seriamente las heladas. Yo casi lo prefiero, no: realmente lo prefiero, porque eso pondrá en movimiento a los rusos.

[…]

La señora Stühler contó esta mañana, mientras yo fregaba los platos, que había recibido una carta de Heidelberg; que allí, aunque aquello aún no está declarado zona de operaciones, vivían como en el infierno. Varios días a la semana sin gas, constantemente en el sótano: que nosotros no teníamos aquí ni idea de la guerra. Después: que ayer, durante su turno de guardia en la defensa antiaérea (en el salón de modas Böhme, en la Waisenhausstrasse) le había llamado la atención una vez más la limitación de horizontes que tiene el pueblo (pueblo: éste es el punto con el signo de interrogación insoluble): algunas personas, no del todo incultas, siguen firmemente convencidas de la victoria de Alemania; dicen que después de haber superado los difíciles meses del verano, ahora avanzará de nuevo. – ¿Hace efecto, pues, la propaganda de la prensa, etc.? ¿Pero en qué tanto por ciento de la población? ¿Y hasta qué punto es Sajonia, hasta qué punto es aquel grupito de tres o cuatro personas sintomático de la totalidad? Siempre la misma imposibilidad de saber.

Mediodía, 12:30

Ajetreado día de guerra. Tuvimos que ir a por el caldo de carne antes del desayuno, porque el proveedor de los lunes, en la Pillnitzer Strasse, abre a las nueve, y a las diez ya se ha acabado. Yo estaba en pie desde las cinco y media y tenía en el estómago tres patatas frías. Eva se puso a las nueve en punto en la cola, que ya estaba formada; yo esperé a una casa de distancia y acarreé después los litros con los que pudo hacerse Eva. Regresamos y nos encontramos delante de la puerta del inmueble a Neumark; éste dijo que ya había estado en nuestra casa, que quería pedirnos consejo, que volvía a subir con nosotros. Contó lo siguiente: el sábado por la tarde, a última hora, se llevó un susto al presentarse en su casa la Gestapo. Se lo llevaron a la Jefatura de Policía y allí le entregaron a un niño rubio, por lo visto de cinco años pero mayor en apariencia y discernimiento, diciéndole que le diera alojamiento por unos días, que lo del «rancho» ya lo solucionarían de algún modo (pero de hecho no le dieron nada) y que ya seguirían disponiendo después. Más no supo Neumark por la Gestapo. El pequeño, muy rubio, completamente ajudío, que se santiguaba por la noche y rezaba oraciones católicas, contó que había venido de Praga, que su madre se había tirado por la ventana pero no se había muerto, sino que estaba en el hospital: no quedó claro si aquí o en Praga, ni tampoco las otras circunstancias. Él, Neumark, presume que se trata de un caso trágico de profanación de la raza, descubierto tardíamente. El niñito, que habla alemán y checo, fue entregado provisionalmente a los Eisenmann, donde enseguida se encontró muy a gusto y jugó con los niños. Él y Schorschi eran aviones y bombardeaban la casa de muñecas de Lisl en la que se rompió un espejo, lo que originó una pelea. La noche la pasó el chiquillo en casa de Neumark, que duerme separado de su mujer en su oficina, debajo del piso de Eisenmann. Pero a la larga, la señora Eisenmann, sobrecargada de trabajo, no podrá tener al pequeño con ella. ¿Adonde llevar al niño innominado? Nosotros, dije yo, no teníamos ninguna experiencia en tratar a niños, y Eva lo confirmó, y Neumark explicó enseguida que ya había pensado él eso y que sólo quería nuestro consejo. Propusimos –idea de Eva– a la señora Kreisler y a los Stern, *tertio loco* a la señora Konrad. – Al marcharse dijo Neumark que tenía que hablar conmigo en algún momento en su casa, y al punto sospeché algo malo –a Kornblum, que estaba ya exento, lo

volvieron a llevar a la fábrica hace unos meses porque lo habían visto acarreando carbón. A mí podía haberme ocurrido algo semejante. – Cuando se despidió Neumark eran aproximadamente las 9:55 horas, y Eva fue a la cocina a calentar la sopa. Dos minutos después hubo alarma. No obstante nos sentamos a la mesa sin hacer caso, sólo preparé antes el equipaje de emergencia. Después del primer plato dijo Eva: «Bueno: el plato de sopa no nos lo quita nadie». Siguió otro más y un medianamente completo segundo desayuno, después, a las 10:15 vino la alarma grande: un cuarto de hora de sótano sin disparos. «Doctor Neumark, ¿de qué se me acusa?» – «¡Al contrario!» Contó que en Leipzig había un joven danés extraordinariamente afecto a los judíos, había enviado ya tantos paquetes a Theresienstadt que la Gestapo le había dado un aviso, y ahora le había entregado dinero a Neumark para que dispusiera de él a voluntad. Él, Neumark, sabía de mis dificultades y me preguntaba si quería una parte. Respondí que hasta el 1 de abril me bastaba con lo que tenía. Cualquier préstamo tendría que ir a través de mi cuenta bloqueada, lo que implicaba decir el nombre del librador y por eso no era aconsejable. Por otra parte: ¿tomar el dinero «negro» y «estirarlo»? Pero yo no podía sacar menos de 150 marcos al mes sin despertar sospechas. Así que lo rechacé de momento y dejé el asunto pendiente. – En el sótano vi también a la pequeña profanación de la raza, perfectamente rubia.

A las diez y media estábamos de nuevo arriba, tomamos otra taza de té, después saqué el diario del equipaje de emergencia. Entonces vino la segunda alarma, y otra vez tuve que hacer el equipaje. Esta vez no pasó de la alarma pequeña, pero duró más de media hora. – Quiero ver ahora si esta tarde consigo escribir unas notas sobre la abundante lectura, poco fecunda para mí, casi infecunda para la *LTI*, de estos últimos días.

[…]

19 de diciembre, martes mañana

[…]

Anoche trajo la señora Stühler el periódico con el parte militar, que ya había salido al mediodía en edición especial, la primera desde hace años: en la mañana del 16 de diciembre, gran ofensiva desde la muralla atlántica[149], desbordada la primera posición norteamericana «tras una breve pero intensa preparación por la artillería», la ofensiva continúa… Fue para mí realmente y sin exageración el

rayo que cae del cielo sereno, en cualquier caso me parece que el cielo estaba casi sereno *antes* de esa noticia. Porque contenía la esperanza en el final. Ahora sin embargo… una victoria alemana trae un aplazamiento de muchos meses. Por la noche se me ocurrió que la sorpresa podría consistir en el gas. Eva se ha marchado ahora a ver a los Winde. Por si saben algo.

Hacia el anochecer

De 12:45 a 13:40 hemos tenido otra alarma, pero esta vez sin sótano […]

Hoy he pasado revista a varios ejemplares del *Reich* y del *DAZ*; eso ahora me aburre y me fatiga extraordinariamente. La cosecha ha sido, y casi me alegra, escasísima: todo me resulta ya muy conocido […]

21 de diciembre, jueves mañana

[…]

Nueva cuestión talmúdica, pero mortalmente peligrosa. Los judíos tienen orden de utilizar *sólo* la plataforma delantera del tranvía y de no pisar el interior del vehículo. Desde anteayer los tranvías llevan un gran letrero con la nueva regla de tráfico: entrada sólo por delante. Salida sólo por detrás. ¿A qué orden ha de atenerse el judío para bajar? Cualquier transgresión de una orden le cuesta la vida, vía prisión y campo. Esta cuestión se debate apasionadamente; anotaré la resolución.

Los matrimonios mixtos, cuando *él* es judío y *ella* aria, al revés no es tan gravísimo, tienen ahora más motivos que nunca para estar preocupados el uno por el otro; si muere *ella*, él va a Theresienstadt, si muere *él*, sus bienes pasan a poder del Estado. El difunto Cohn cometió el error de dejar un testamento nulo y sin efecto. Dice en él que al principio del Tercer Reich, cuando quería emigrar, vendió sus muebles y tomó los muebles de sus hermanos que ya habían emigrado; y que dejaba esos muebles a su mujer, en lugar de los que ella había aportado al matrimonio. Eso no se reconoce ahora, y están expoliando a la viuda. Ayer estuvo aquí el funcionario de hacienda. La señora Cohn, normalmente una persona tranquila, dice echando chispas por los ojos y pálida como un muerto, que era «un cerdo» y que cada vez que ella quería salvar algún objeto, la amenazaba con la Gestapo y el Partido. (El Partido está representado aquí por el

papa de los judíos, Köhler, que hace poco calificó otra vez de «putas» a las esposas y viudas de matrimonios mixtos. *Sus pinguis, già* secretario judicial.) La disposición es la siguiente: toda propiedad, cualquier pantalón, cualquier calcetín del esposo judío pertenece al Estado. La esposa sólo puede quedarse con lo que aportó al matrimonio y con lo que es de su propiedad personal. Por eso las viudas transportan, esconden, transfieren todo lo que pueden. De esa manera heredé yo de Cohn calcetines y guantes. De Stühler recibí un par de zapatos; me estaban bien, los tuve un día entero en nuestra habitación; después los devolví: me resultaba muy desagradable moverme por aquí, delante de la viuda, metido en los zapatos del marido. Los zapatos son más visibles, más ostensibles que los guantes y los calcetines.

22 de diciembre, viernes tarde

[…]

Hoy se ha llevado Waldmann –ésa es su función– para la oficina de hacienda dos maletas de mimbre que contenían la ropa personal de Cohn y de Stühler, sombrero y bastón incluidos. Pura rapiña, repugnante en su miserable mezquindad y en su brutalidad con la viuda. – ¡Qué poca costumbre hay de reflexionar! La señora Cohn ha perdido a su marido por una enfermedad de la garganta. Y dice sobre el funcionario de hacienda: «Me ha contado que su hijo ha muerto hace unos meses de difteria; yo lo considero un castigo de Dios».

23 de diciembre, sábado noche

La ofensiva de los alemanes en el frente occidental progresa y me tiene muy deprimido; pero ya he oído decir a varias personas (los Winde, Stern, Katz) que no hay que tomarlo por lo trágico, que es un acto de desesperación, que tal vez no suponga siquiera una demora sino incluso una aceleración del inevitable final. Comoquiera que sea, tengo una losa en el pecho. Toda vez que se ha echado encima el frío y nuestra alimentación es cada día peor y Eva ha perdido muchas fuerzas. Ha estado en casa Stern y nos ha invitado para mañana por la tarde, ha venido Steinitz y ha traído una invitación para el martes. Esa será nuestra celebración de la Navidad: dos veces un poquito de bizcochos hechos en casa. *Nosotros* no podemos regalar nada, ni a nosotros ni a los demás. Este año sólo

hay árbol a través del Partido y para familias numerosas. La asignación extraordinaria consiste –sólo para arios, evidentemente– en 250 gramos de carne y dos huevos, los primeros desde hace varios meses. Toda esta miseria se verá equilibrada pronto por la victoria en el frente occidental. Goebbels escribe que lucharemos hasta el último regimiento y que no dejaremos de hacerlo «por unas raciones de mantequilla».

[…]

Por Stern y por la señora Stühler me he enterado de los últimos chistes de actualidad. La diferencia entre Japón y el *Volkssturm*: Japón es el país de la sonrisa; el *Volkssturm* la sonrisa del país. – «Que se marchara Hess fue feo; que se marchara Ley, no estaría mal; que se marchara Himmler, sería divino.»[150] – No deja de tener su sentido anotar estos chistes para la *LTI*; porque ¿quién se atreve a escribir algo así? Puede costar el cuello. – […]

31 de diciembre, domingo, siete y media

Hace un momento, yo estaba leyendo en voz alta, ha habido alarma. Muy breve, de 18:50 a 19:10, pero tuvimos que bajar enseguida al sótano, en la nieve helada y en la oscuridad. He de decir que cada una de estas alarmas me enerva un poco: al fin y al cabo Dresde, la ciudad respetada por los bombardeos, ha tenido dos veces este año varios centenares de muertos. Hoy, y lo noté ya esta mañana al subir carbón, me ha resultado muy fatigosa la marcha por la escalera cargado con el equipaje; mi corazón también pone algo de su parte en el resumen del último día del año. La única fecha importante del año ha sido para mí el 2 de junio. El día de mi exención. Desde entonces estoy libre de la esclavitud de la fábrica, desde entonces he podido trabajar para mí –al principio me resultaba difícil, ahora ya me he habituado otra vez– con más desahogo, es decir: leer lo que me cae en las manos *sub specie LTI*. Pero desde el 24 de junio soy también muy consciente de que vivo bajo una doble pena de muerte: si no estuviera gravemente enfermo del corazón, Katz no habría solicitado ni habría conseguido que me declarasen exento. (Aunque también contribuiría hasta cierto punto la parálisis del ojo, que entretanto no cabe duda que ha mejorado un poco.) Y luego: si un día hay que evacuar Dresde, yo tendría que cavar trincheras si estuviera capacitado para el trabajo, mientras que siendo un judío viejo e inútil es completamente seguro que me liquidarán.

El futuro me lo planteo con indiferencia y con escasas esperanzas. No está nada claro cuándo acabará la guerra (aunque en este momento las posibilidades alemanas otra vez han disminuido, al caer Budapest y estancarse la ofensiva en el oeste). Y menos claro aún, que me sea posible sacar algo en limpio de la paz, ya que he llegado sin duda alguna al final de mi vida.

Soy incapaz de resignarme a la idea de la muerte; los consuelos religiosos o filosóficos me están totalmente vedados. Sólo se trata de conservar la serenidad hasta el final.

El mejor método es hundirse en el estudio, hacer como si recopilar material tuviera realmente un sentido.

Tenebrosa y opresiva es también mi situación económica: la cuenta del banco me alcanza hasta abril, ni un día más. Pero este problema del dinero me agobia poco. Me parece pequeño cuando me veo siempre, por partida doble, triple, en inmediata vecindad de la muerte.

El año se acaba de modo decepcionante. Hasta metido el otoño estaba convencido, lo estaba probablemente todo el mundo, de que la guerra se habría terminado antes de fin de año. Ahora, la sensación general y también la mía es: quizá dentro de unos meses, quizá dentro de dos años.

Segunda alarma del día de San Silvestre, sin sótano, de 22:15 a 22:30. Justo cuando queríamos acostarnos.

1945

ENERO

1 de enero, lunes, diecinueve horas

En el *Reich* del 31 de diciembre, artículo de Goebbels, «El Führer», una tan desmesurada glorificación que el título podría rezar también «El Salvador». «Si el mundo supiera realmente todo lo que él puede decirle y darle, y qué hondo es su amor no sólo a su pueblo sino a toda la humanidad, inmediatamente abandonaría a sus falsos dioses y le rendiría homenaje.» Pero más importante que esa divinización es otra cosa: dos veces se lee en ese artículo que Hitler camina ligeramente inclinado, debido al estudio del mapa; otra vez, que ha encanecido; en otro momento, que en su vejez, a «Federico el Unico» ya lo llamaban «el viejo Fritz». Pero sin embargo, y es en esto en lo que insiste, mienten sus enemigos cuando propagan el rumor de que está enfermo: está sano, los ojos tienen un brillo juvenil, y romperá su silencio cuando le convenga a él y no a sus enemigos. – Fue después de leer este artículo cuando realmente pensé que Hitler estaba enfermo. Pero acabo de saber por los Witkowsky que ayer noche, en efecto, habló por la radio.

4 de enero, jueves, diecinueve horas

Eva ha estado hoy en casa de los Winde, que han ido a Flensburg por Año Nuevo a ver a su hijo; está allí en la academia de Marina y acaba de ser nombrado aspirante a oficial. Hablan de las enormes dificultades del viaje. Motivo: la escasez de locomotoras, los constantes ataques aéreos que éstas sufren; pero cuentan también que ahora están construyendo cantidad de «microsubmarinos», ponderados el otro día como lo último en armamento moderno. Una cosa está fuera de duda: la extraordinaria tenacidad y la inagotable capacidad inventiva con que el gobierno continúa la guerra. Tienen razón realmente cuando hablan del «milagro alemán», y, a decir verdad, ya no estoy tan seguro de su derrota; en cualquier caso, aún seguirán defendiéndose muchísimo tiempo. Que la masa de la gente siga al pie del cañón, lo consiguen

no sólo con su tiranía, sino sobre todo con lo que siempre repiten (y que se lo creen incluso personas como la señora Stühler): los enemigos, y en especial los bolcheviques, quieren aniquilaros, quieren mataros, así, literalmente. Se lo deben todo al fantasma del bolchevismo, aunque ellos mismos sean «bolchewikissimi».

[…]

5 de enero, viernes tarde

Cada vez me repugna más dar un repaso a los periódicos (*Dresdner*, *Reich*, *DAZ)* que me proporcionan Steinitz y Lewinsky, que comparten piso. Se caracterizan por una perfecta esterilidad; se repiten incesantemente en el estilo y el contenido. Para la *LTI* ya no me aportan nada.

El discurso de Año Nuevo de Hitler, transmitido por radio el día 31 a las doce de la noche, sólo tiene como novedad la invocación al Todopoderoso, que llevará la causa justa a la victoria. «Karl se vuelve devoto.» Ese volverse devoto tiene dos etapas, estilísticamente. Primero apareció la «Providencia», ahora viene en pos de ésta el Dios personal […] El discurso no dejó de impresionarme, a pesar de lo trillado de su contenido. Me dije que tal vez, que probablemente esa obstinación sea aceptada por millones de personas y les eleve la moral. Máxime cuando Hitler puede decir con razón que todas las fechas anticipadas por la Entente como final de la guerra han sido profecías falsas y que Alemania se recuperó después de las catástrofes del verano. (En esto triunfa una vez más el superlativo nacionalsocialista: «Se han formado y siguen formándose miles de batallones del *Volkssturm.* Ha ido surgiendo una división tras otra; como por arte de encantamiento han aparecido cuerpos de artillería del pueblo, brigadas de lanzacohetes y de cañones de asalto, unidades blindadas…».)

Katz me levantó un poco los ánimos. Dijo: Si la nueva ofensiva en el frente occidental hubiera tenido el mínimo éxito real, ¡qué papel relevante habría tenido en el discurso de Hitler! Porque esa ofensiva ha sido emprendida sólo con vistas a ese discurso, sólo para levantar los ánimos del pueblo. Y Hitler no la menciona *con una sola palabra.*

[…]

6 de enero, sábado mañana

[…]

Eva, que había hablado con la señora Richter en casa de la señora Kreisler, trajo noticias favorables de «Közschenbroda»: Hungría ha declarado la guerra a Alemania –en el discurso de Hitler, Hungría estaba entre los «pueblos que han abandonado la causa»–, en la ciudadela de Budapest hay encerrados 50.000 soldados, la ciudad ha sido destrozada por la artillería después de que las tropas de ocupación abatieran a tiros a parlamentarios rusos. En el frente occidental, está claro que la ofensiva alemana ha sido frenada. – Con todo esto ¿cuánto tiempo aún?

[…]

10 de enero, miércoles mañana

Desde hace días, tras un pequeño intervalo de deshielo, otra vez heladas. Pero sin ofensiva rusa. *Anzi*. Ataque alemán en Hungría y en Alsacia. Ayer por la mañana la pesadilla del carbón, con el habitual *memento mori*[1]. Primero, subir una remesa del sótano. Después, la señora Cohn, a la que el acarreo le produce por la misma razón la misma fatiga que a mí, me dijo que en la tienda de Hesse había briquetas. Allí habían vaciado un montón en plena calle, delante estaba la balanza, la señora Hesse pesaba, el señor Hesse atendía a la cola de mujeres (apuntar en la tarjeta y pagar). A cada persona, medio quintal. Las briquetas ya estaban cargadas en una lancha de remolque –para la zona del Ruhr–, pero los hielos flotantes impidieron la navegación, de forma que volvieron a sacarlas y *ecco!* Una mujer que iba delante de mí compró 1 quintal entero. Detrás de mí, una mujer, más triste que enfadada: «A *ésa* le dan 1 quintal entero». Al momento la del quintal entero, afectadísima y casi llorando: «Me cambio encantada por usted, he sufrido daños en el bombardeo… desde hace cinco semanas… perdidas todas mis fuerzas… pero esto ya quiere decir enseguida que me estoy quejando». La otra: «Yo no sabía eso, por favor, no lo he dicho con mala intención…». La señora Hesse: «¿Lo ve usted? ¡Más le habría valido callarse!». El señor Hesse, desde su pupitre, amonestando y mandando: «¡Silencio! ¡Basta de alboroto ahí fuera!». Es lo característico de tales situaciones: todo el mundo tiene miedo. Alguien podría denunciar algo, la queja de la perjudicada por las bombas, la queja de la envidiosa, la agitación en la cola delante de la tienda de Hesse;

cualquiera de esas denuncias comportaría una sanción. Mientras ese miedo sea el sentimiento que impera en el pueblo, continuará la guerra. – […]

14 de enero, domingo mañana

Cada día que pasa me confirma que para el Tercer Reich esta guerra es realmente la *guerra judía*, que nadie puede vivirla de un modo más intenso y trágico que el judío con estrella que ha quedado retenido en Alemania y que, por su educación, cultura y sentimiento, es realmente alemán; cada día, pues, me confirma en mi trabajo. Ese trabajo lo veo últimamente como un doble volumen con el título común *LTI.* El primer volumen o libro, el diario 1933-?, el volumen II, los estudios filológicos, apuntes, problemas. De esa manera, la obra se podría convertir en precursora de la totalidad del *Curriculum.* «Sólo nos falta el tiempo»[2], se lee, creo en Dehmel.

Sobre la guerra judía. El *Dresdner Zeitung* del 12 de enero trae un breve artículo, desde Estocolmo, sobre la proyectada «reeducación» de la juventud alemana (que, evidentemente, jamás se pondrá en práctica puesto que Alemania quedará vencedora). El artículo continúa diciendo que ya en abril aparecerá una historia universal en cinco tomos, que hay en preparación una serie de seis antologías alemanas que se publicarán en una gran tirada, y que sus autores son «exclusivamente judíos», casi todos emigrados de Alemania. Título del artículo: «La historia, falsificada por los judíos». (¡¡Pero la antología de Bouhler[3] no falsifica!!) *Dresdner Zeitung* del 11 de enero, artículo: «La lengua adecuada. Churchill en hebreo». Churchill, dice el artículo, «se alimentó de la pluma» durante los no pocos años sin cartera de ministro, y ahora se traducen al hebreo sus «obras» (*guillemets moqueurs)*[4]. «Desde luego, así están donde mejor las entienden. Allí las pondrán al lado del Talmud y de *Schulchan aruch*[5].» – *Dresdner Zeitung* del 13-14 de enero (edición dominical), gran titular: «Lord judío soborna con inmensas cantidades de dinero. Monstruoso escándalo de corrupción en torno a Henry Melchett-Mond». Jefe de la mayor agrupación química industrial inglesa, *lord*, miembro de la Cámara Alta. Ese hombre estaba predestinado para ello: «Porque su señoría no es otra cosa que la máscara que recubre la siniestra cara judía del hijo de Alfred Mond, que fue *sir* y *lord* debido a su dinero y que era el tipo del arribista judío». Sigue a continuación lo de

siempre sobre el «objetivo internacional de los judíos», «ganancia mediante corrupción y prolongación de la guerra» […]

15 de enero, lunes mañana

[…]

En el sótano me contó anoche Schwarz, un portador de estrella enfermo del corazón y exento del servicio con el que cambio a veces unas palabras sin saber nada especial sobre él, que el parte de ayer había anunciado el comienzo de una ofensiva en Prusia oriental y también «duros combates» en la ofensiva del Vístula, y que el boletín militar inglés, por su parte, contenía datos muy precisos sobre la ofensiva del Vístula: los rusos habían partido de Baranov y Sendomir, habían abierto una brecha de 60 kilómetros de anchura y 40 kilómetros de profundidad en tres posiciones alemanas, habían pasado junto a Kielce y estaban a 60 kilómetros de Cracovia con el eje de empuje en dirección a la Alta Silesia. Dijo que también Thomas Mann, tras un intervalo bastante largo, había hablado por radio[6] desde Estados Unidos («maravilloso: ¡me ha edificado de tal manera!»). Thomas Mann había querido esperar hasta estar completamente seguro, pero ahora que la ofensiva alemana en el frente occidental había fracasado por completo, ahora que el nacionalsocialismo tenía definitivamente los días contados, quería otra vez… Sí, ¿qué quería? Eso no he conseguido que me lo dijera Schwarz, sólo repetía siempre fervorosamente que le había «edificado» tanto… No quería creerme que Thomas Mann era ario y de una antigua y distinguida familia, él siempre lo había tenido por judío. Yo le puse al corriente: que sólo su mujer era una *née* Pringsheim[7]. Cuando esta mañana le transmití mis noticias a la señora Stühler como consuelo matinal, resultó que ya estaba enterada. También sabía que Mann habla con frecuencia y que tiene fama de excelente orador (¡para mí completamente nuevo!). En esas cosas, ella es mucho más reservada que yo. También resultó que la noticia no le causó ninguna alegría. Siempre repetía lo mismo: Hemos sufrido demasiados desengaños, ¡*ésos* no cejan! Ambiente parecido abajo, en el sótano.

Ayer por la tarde vino Lewinsky, también pasó por aquí un rato bastante largo Witkowsky, el indestructible *moriturus*. Lewinsky había sabido otra vez de fuente aria lo que ya hemos oído decir en los mismos términos a tan distintas

personas y por tanto no puede ser un infundio: que los alemanes han cometido en Polonia los crímenes más atroces con los judíos. Un soldado había contado cómo cogían a los niños pequeños por una pierna y les estrellaban la cabeza contra la pared de la casa. Inmediatamente después, Lewinsky leyó del *DAZ*, con el teatral patetismo de quien siente hondísima indignación, qué vergüenza para la civilización eran los destrozos causados en Nuremberg por el último bombardeo inglés, cuántos palacios, cuántas iglesias, etc., habían quedado destruidas. Le pregunté si él sabía quién había destruido la sinagoga de Nuremberg y la Torre de Londres, si sabía cuántas fábricas trabajaban en Nuremberg para la guerra. Le dije que nada más oír la palabra «civilización alemana», se me sube la sangre a la cabeza. – […]

16 de enero, martes

[…]

Han llegado a la dirección de Eva 2 kilos de pan en cupones «con cariñosos saludos y apresuradamente, suya, Käthe». Le dije a la señora Cohn: «No podemos averiguar quién es la remitente; nuestros amigos sólo firman con el nombre de pila, y ése tampoco es el auténtico». A lo que dijo la señora Cohn (que, por cierto, cosa curiosa, desde que ha enviudado, rejuvenece y está más animada y alegre): «A nosotros nos ha pasado exactamente lo mismo».

[…]

Tarde, después de las veinte horas

¡Hurra, estamos vivos! Dresde ha tenido por tercera vez un serio bombardeo. La alarma vino a las 11:30. Yo seguí leyendo tranquilamente al desagradable Pleyer[8]. A las doce, de nuevo la sirena, lo tomé por cese de alarma, pero era alarma completa. Despacio, al sótano poco concurrido. Luego fueron llegando otros diciendo que la radio anunciaba vuelo en escuadra a 50 kilómetros, a 30 kilómetros de distancia. Yo estaba delante del sótano con Werner Lang y Neumark. Imaginaba a Eva en Maxe, la cocina colectiva berlinesa de la Walpurgisstrasse, o en casa de Gertrud Schmidt, en la Winckelmannstrasse. Oímos llegar los aviones, una serie de detonaciones, impactos aislados, no el doble estampido de la artillería. Entramos en el sótano. Violentísimo zumbar de

los aviones justo encima de nosotros, la presión del aire sacudía la puerta del sótano, varios apagones de unos segundos, tensa y angustiosa espera. Luego salimos hasta delante de la puerta del sótano. Humo en el cielo. Werner Lang salió a la plaza a través de la casa y nos informó: densas nubes de humo en Friedrichstadt. Se oían más zumbidos, más estampidos. Siguió así una hora larga hasta el primer cese de la alarma. A la una y cuarto estaba yo otra vez arriba, hasta la una y media no hubo cese definitivo de la alarma. Mi excitación no había sido excesiva, en cualquier caso mucha más indiferencia que la vez anterior. No estaba preocupado por Eva. No circularon tranvías durante mucho tiempo, y llegó hacia las cuatro y media. Había estado más cerca de la catástrofe de lo que yo había pensado, porque los norteamericanos no sólo bombardearon la estación de Friedrichstadt sino también la vía férrea a la altura de la estación central, del Hohe Brücke y del Nossoner Brücke, y durante el auténtico ataque aéreo Eva estuvo en casa de la señora Winde, Würzburger Strasse esquina Chemnitzer Strasse, oyendo silbar y caer muy cerca las bombas. – […]

Segunda alarma a las 21:45 hasta casi las 23 horas, de ese tiempo casi una hora completa de sótano. Habíamos cenado tarde y por suerte aún no estábamos en la cama. Brillo de estrellas en el cielo, pero gran oscuridad. Atroces dolores cardíacos. Disparos lejanos, pero ininterrumpidos y violentos, probablemente otra vez en Riesa y en Grossenhain como el domingo. En el sótano mucha depresión, indiferencia frente a los éxitos rusos, pesimismo, miedo. Eisenmann padre horrorizado y previniéndome cuando hablé del boletín inglés. Por cierto, al parecer, los ingleses han dicho que si Alemania sigue emperrada en no ceder, ahora iban a empezar «en serio» con los bombardeos […] Un rato estuve completamente a oscuras ante la puerta del sótano. Oí que Berger, un poco delante de mí, contaba a otros lo que ponía en un periódico alemán para caracterizar la neutralidad suiza. Una escuadrilla norteamericana. La artillería antiaérea transmite por radio: «Estáis en territorio suizo». Respuesta de los norteamericanos: «Ya lo sabemos». – «Si no os marcháis, tenemos que disparar.» – «Ya lo sabemos.» La batería dispara. La escuadrilla transmite: «Disparáis demasiado bajo». Los suizos: «Ya lo sabemos» (17 de enero de 1945).

18 de enero, jueves mañana

Todo se silencia, en todo depende uno de rumores, de lo que cuenta la gente, de

noticias no comprobables. Pero lo que hoy por hoy está claro es que en este bombardeo Dresde ha sido alcanzado en muchos más puntos que en los anteriores. En Thiemig & Möbius, en el Jagdweg, pegado a la línea de ferrocarril, han caído cascos de granada en la tercera planta (donde yo cortaba cartón), la casa de enfrente ha quedado destruida: 28 muertos, han llevado a varios heridos a Thilde, enfrente. Eisenmann *père* habla de unas 1.000 víctimas, no sé de dónde ha sacado esa cifra. – Ayer, Eva fue a recoger a la aduana un paquete de Estocolmo que le habían anunciado. Maravillas: cuatro latas de sardinas, un kilo de *cakes*, bombones, medio kilo de guisantes secos amarillos, cubitos de caldo, legumbres secas. Invitamos a *cakes* –¡necesaria revancha!– a los Eisenmann, que también se quedaron con las legumbres, a cambio de cigarrillos. Los caramelos están destinados a la señora Winde, como pequeñísima muestra de gratitud y como estímulo, los bombones están ya en la mochila de emergencia, a las sardinas les metimos mano enseguida. Porque quién sabe qué pasará mañana, qué pasará esta noche… Nuestra divisa es ahora, en todo: por lo menos habré comido otra vez bizcochos de pasta flora[9].

En casa de Steinitz, ayer por la tarde, sentimientos entremezclados: proximidad de la muerte y proximidad de la liberación: los rusos delante de Cracovia, los bombarderos angloamericanos sobre nosotros, la Gestapo detrás de nosotros.

[…]

20 de enero, sábado mañana

Ayer viento de deshielo y 7ºC, hoy otra vez heladas y nieve, con lo que estoy de acuerdo porque favorece la ofensiva rusa, que está causando estragos en Alemania: han sido tomadas Varsovia, Cracovia, Lodz, Czenstochau, se ha alcanzado la frontera de la Alta Silesia. «Más de 150 divisiones» están luchando contra nosotros, dice el parte; tal vez exagere el número, para glorificar la derrota. Aleccionado por los sucesos de agosto, aún reprimo toda esperanza. Hay que ver antes si el rapidísimo repliegue de los alemanes supone verdadero derrumbamiento. Sigo considerándolo un cálculo estratégico: atajarán a los rusos en las posiciones de frontera preparadas, como hicieron con ellos en agosto en Prusia oriental y con los angloamericanos en el frente occidental. Y el cuándo y el cómo del final de la guerra sigue siendo imprevisible.

No pongo en duda lo que cuenta Steinitz: que Jacobi tuvo que meterse el otro día en un refugio antiaéreo público y que se quedó indeciso en el umbral. Pero lo acogieron muy cordialmente, y un trabajador lo llamó: «¡Entra, camarada!». Jacobi: «Pero usted no debe decir eso». El trabajador (en voz alta): «Aquí somos todos camaradas y pronto podremos volver a decirlo en voz alta». Pero yo también llevo diez años oyendo y viviendo escenas parecidas, y siempre decíamos «pronto», y siempre hemos sufrido el mismo desengaño.

Acaba de llegar la señora Cohn: que hay carbón en la tienda de Hesse, probablemente medio quintal.

Tarde

Acabo de pasar por una experiencia contraria a la de Jacobi; ¿qué es entonces *vox populi*? En Hesse se podía comprar hasta 1 quintal entero de briquetas; eso significaba tres viajes cargado con dos cubos, y todo agravado por unas placas de hielo terribles. Bajé al sótano los dos primeros cubos, llenos a rebosar, la segunda remesa la subí a nuestra casa. Entonces, hacia las 11:50, hubo una alarma. Como después todo quedó en calma, me atreví a ir otra vez a la Salzgasse, sin esperar el cese de la alarma. Me dio tiempo a llegar a nuestro inmueble con los últimos dos cubos, entonces vino la alarma completa. Mientras me dirigía a nuestro sótano, los prisioneros rusos estaban fuera, en el patio, miraban hacia arriba y se agolpaban queriendo entrar en el pasillo que lleva a nuestro sótano-carbonera. «Mucho, mucho», me dijo uno. (Eran 46 aviones, Eva contó desde la casa de los Winde sus estelas. Sólo sobrevolaban la ciudad, no oíamos los disparos de la artillería antiaérea.) Yo estaba nervioso y cansadísimo, así que, pasando por el descansillo, me fui con los cubos vacíos al piso de los Waldmann que está allí abajo. No sabía que su gran vestíbulo constituye el refugio «ario» de la casa. Había allí mucha gente y me puse silenciosamente en un rincón. Al punto se me acercó una mujer bajita y morena: «¡Usted no puede quedarse aquí!» […] Inmediatamente después se dirigió a mí el viejo Leuschner: «¿Qué hace usted aquí?». Yo señalé con un gesto mis dos cubos vacíos, dije que había bajado a buscar carbón y que tuve que cobrar aliento un instante, y enseguida me escabullí hacia arriba sintiendo un dolor violentísimo en el pecho. Me quedé entonces aquí, hecho polvo física y psíquicamente. No sucedió nada y justo una hora después de la primera señal cesó la alarma. Estoy muy deprimido:

el ataque de dolor ha sido la consecuencia del esfuerzo y la excitación, la más pequeña excitación la siento en el corazón antes de que la haya notado mentalmente, por tanto antes de que pueda rechazarla mínimamente con la voluntad, y con su violencia ha sido una vez más un amarguísimo *memento*.

Eva volvió a toda prisa de casa de los Winde, tenía que ir a Pirna en el tren de las cuatro y media, la primera vez desde hacía tres meses. Al preparar el paquete de manuscritos otra vez me atormentaba la pregunta de si algún día podré aprovechar algo de todo lo que he almacenado. Pero en eso no debo pensar, evidentemente, si no quiero hundirme en un perfecto no ser.

[…]

21 de enero, domingo noche

Eva volvió bastante deprimida de casa de Annemarie: «una persona muerta». Era ya mi impresión cuando yo aún iba a Pirna en los primeros días de guerra. No tiene interés por nada. Por lo demás, con nosotros cordial, nos ayuda con dinero, guarda los manuscritos. Sigo opinando que ha quedado rota con el *affaire* Dressel[10].

[…]

25 de enero, jueves tarde, 19:30 horas

La señora Stühler se queja muchas veces del empecinamiento de los nacionalsocialistas y de la confianza y seguridad en la victoria de sus compañeras de la casa de modas Böhme, en la Georgsplatz. Hoy ha contado que las mujeres están atemorizadas, que cuentan con la inminente llegada de los rusos, que discutían sobre si era mejor quedarse o huir. La mayoría prefiere la huida, piensan que los rusos son más crueles y más criminales que nadie. – Acabo de estar abajo en casa de los Waldmann, a preguntar por el parte militar y para sondear el estado de ánimo de los judíos. Estaban allí Berger y Werner Lang; sorprendente, la elegancia de las mullidas butacas en esa habitación subterránea, detrás de un vestíbulo tan poco hospitalario. Los rusos están junto a Brieg, más acá del Oder, están (boletín alemán) cerca de Breslau, en Bromberg se combate en las calles, parece que han llegado a Elbing, Oppeln está tomada. Nuestra gente cuenta con que los rusos avancen hacia Dresde. Según dicen, ya

hay aquí masas de refugiados que han huido de Silesia. Parece realmente que el final está cerca y que es imparable.

[…]

Sorprendente y casi angustioso que estemos tantos días sin alarma aérea. ¡Ahora que los rusos están junto a Breslau! ¿Qué se está fraguando?

27 de enero, sábado mañana

Aumenta el ambiente de catástrofe: para los que llevamos estrella, alegre en nueve décimas partes y angustioso en una, pero aun en este caso, uno se dice: «Más vale un final con espanto que un espanto sin fin». He aquí mi cosecha, en cuanto a síntomas del estado de ánimo general: ayer Hesse me vendió 1 quintal de lignito (hoy habrá, por lo visto, medio quintal de briquetas), por la tarde di clase a Bernhard Stühler, al final de la tarde fui a casa de Witkowsky, que está en cama y desahuciado –la señora Witkowsky me había pedido llorando que fuera a verlo, Katz la había puesto al corriente de la falta de esperanzas y de la probable proximidad de la muerte–, pero yo lo encontré sorprendentemente despejado, animado y desde luego ignorante de todo; Eva estaba en casa de la Kreisler, se encontró allí con las señoras Winde y Richter; la señora Stühler cuenta cosas de Böhme; y también «Leni», la hermana de la señora Cohn, una mujer de cabellos grises con una grave luxación de cadera, bajita y poquita cosa, que trabaja en un gran taller de lencería de Neustadt, cuenta esto y aquello.

La situación de hecho: combates *en* Breslau, el Oder atravesado por los rusos, inminente ofensiva inglesa en Holanda. (Fuente inglesa, el parte alemán de ayer aún no lo conozco.)

Leni: en la sala donde trabajan las costureras, grupo de doce mujeres, corre la voz de que no bombardean Dresde porque los rusos quieren llegar a Berlín por el camino más corto «dentro de once días». Ella no ha podido averiguar de dónde sacan eso de los once días y desde qué fecha cuentan. La señora Richter sabía más detalles: el 19 de enero los rusos declararon por la radio que este año estarían en Berlín para el aniversario de la «toma del poder», para el 10 de enero. Que no harían pausa de reabastecimiento porque en el Warthegau, tomado al asalto, se habían apoderado de inmensas reservas alemanas con las que podrían alimentar a la tropa. – En la tienda de Hesse he oído renegar a una mujer en voz más alta y de un modo mucho más directo que de costumbre: una querría darles

de cabezazos contra la pared, a una le entra «la vomitera» ante esa falta de carbón, ante los cortes del gas… ¿quieren que «guisemos con nieve»? […]

Hecho curioso de los vientos que ahora soplan, contado en los mismos términos por Bernhard Stühler y en casa de los Witkowsky: Jacobi y otros judíos tenían que preparar una fosa común en el cementerio de la Bremer Strasse. (A diario largas listas en el periódico de víctimas de las bombas.) Un obrero ario tenía que cavar la tierra con ellos, pero se negó diciendo que él era «obrero especializado». El inspector del cementerio se lo ordenó. «No: yo no trabajo junto con judíos.» El inspector entonces: «¡En ese caso hágalo solo!», y envió a los judíos a su casa […]

En el *Dresdner Zeitung* del 25 de enero, otra vez Walter Lippmann[11] citado «como uno de los inspiradores de la política exterior de Roosevelt» y denostado («la cínica declaración del judío Lippmann»… «a favor de la entrega de Europa a los bolcheviques»). Es probablemente el editorialista del *New York Herald Tribune* […] El mismo número presenta detalladamente y en términos laudatorios –patriotismo local :/: falta de espacio vital– un libro del profesor Fritz Martini[12]: *El campesinado en la literatura alemana desde los comienzos hasta el siglo XVI:* es un estudio puramente histórico-literario y quiere, como subraya el autor, «partiendo de la esencia de la literatura, encontrar la relación espiritual interior con el miembro más amplio y más importante del cuerpo (¡!) social, con el campesinado». Es un asunto divertido y valioso para la *LTI*. Porque Martini, si no me equivoco, ha sido presidente de la Asociación de filólogos de aquí, un hombre honrado que en 1933 –debo de haberlo anotado en el diario– me despidió abatido y con muestras de simpatía. Sin la menor duda, no tenía nada de nazi. ¿Cómo puede uno entonces salvar hasta cierto punto su alma y al mismo tiempo mostrar su adhesión a la ideología actual? Solución: investigando con rigor científico sobre «el miembro más importante…, etc».

[…]

29 de enero, lunes mañana

Ayer aumentaron durante todo el día la tensión y la esperanza. Por la mañana estuvo Waldmann en casa; boletín inglés: los rusos en Liegnitz, en toda la Alta Silesia, en Dantzig (ciudad a la que llegaron desde Elbing atravesando la laguna

helada). Waldmann estaba convencido de que el derrumbe absoluto vendría dentro de pocos días, la ocupación de Berlín y de Dresde dentro de poquísimos días. Habló –enredándose de vez en cuando con los cultismos– de un discurso de Thomas Mann[13], en el que éste afirma que los alemanes han gaseado en Auschwitz a un millón y medio (y algunos cientos de miles más, precisada la cifra hasta la unidad) de judíos, que han molido sus huesos y los han utilizado como abono. El número exacto se debe a la minuciosidad alemana; han llevado la contabilidad de cada judío asesinado, y los rusos, que entraron por sorpresa, encontraron los libros. Siguió contando Waldmann que también hacen estragos entre los no judíos. El trabaja para la oficina de hacienda transportando muebles. En estos días tuvo que sacar los muebles de una casa aria. Le dijeron en hacienda que los propietarios del piso, un joven magistrado y su mujer, habían sido ejecutados. – Por la tarde, durante la alarma, se presentó en casa con la mayor naturalidad Schwarz o Schwarze, el hombre que justo quince días antes me había informado en el sótano del victorioso comienzo de la ofensiva rusa y de la alocución de Mann. Nunca había estado en nuestra casa, sentía la necesidad de comentar la situación […]

Inmediatamente antes de la visita de Schwarz y ya durante la alarma tuvimos un control de judíos perfectamente asombroso. Acompañado de Waldmann apareció en nuestra habitación, mientras cenábamos, un medieval «maestro policía» (sería una especie de subinspector de más categoría, dos estrellas). Amabilísimo «¡Buenas tardes! – Bueno, vamos a hacer un poquito de control. – ¡Siga comiendo tranquilamente, buena señora!». Waldmann, por lo visto ya íntimo del policía, al que llevaba a hacer la ronda –normalmente, los controladores ponían su tribunal en el vestíbulo del primer piso, y yo tenía que bajar allí–, Waldmann dijo: «El *Herr Professor*, ahí donde usted lo ve, es una eminencia, viene en todas las enciclopedias». El policía me preguntó compasivamente si cobraba pensión. «Desde noviembre de 1943, ni un pfennig.» Silencio consternado. Luego, dándome la mano. «Así que buenas noches, *Herr Professor.* ¡Las cosas van a cambiar, volverá usted a su cátedra, ya verá!» ¡Eso en uniforme, en acto de servicio, en presencia de testigos! Por menos ejecutan a la gente.

Sobre el tema «refugiados». Eva ha oído decir (a la señora Richter) que la gente de Prusia oriental huye en barcas. El pescador vende las plazas a cambio

de joyas (no dinero), tres y cuatro veces la misma; al que llega primero se lo lleva, los otros han sido estafados. – La señora Cohn me ha dicho que la estación de aquí se viene abajo de refugiados y que tiene un aspecto horrible. Pregunté que en qué se nota esa miseria. Ella: desde la ventanilla de información hasta la Bismarckplatz hay un pasillo que utiliza todo el mundo. Allí estaba agachado en pleno día un hombre junto al muro y «hacía sus necesidades». Todo el camino, a lo largo de esa pared, parecía una pocilga. Allí se acuclillan todos, hombres y mujeres juntos. Adonde van a ir: todos los retretes están ocupados y quién sabe cuánto tiempo llevan ellos viajando. Eva ha oído contar, en la comida, que un tren de refugiados, abarrotado de gente y sin calefacción, había estado parado horas y horas en la vía y que llegó aquí con cuarenta niños muertos por congelación. – En el periódico de ayer, domingo: en una aldea húngara reconquistada han encontrado una fosa común mal cegada con 274 personas asesinadas. Un trabajador levemente herido explicó que el tendero judío del pueblo había denunciado a los habitantes, por antibolcheviques, ante el comandante del regimiento soviético que atravesaba el pueblo, tras lo cual tuvieron que cavar su propia tumba y todos, a excepción del testigo con heridas leves, fueron muertos a tiros. – En todo eso, como es natural, lo que más me interesa es el denunciante judío. No hace falta que sea una historia inventada. Porque aquí, si nos preguntaran, tampoco íbamos a dejar de mencionar a las personas de quienes sabíamos que son unos nazis desalmados. Por tanto: ¿qué va a ser de nosotros?

Caos en las ordenanzas: hace pocos días prolongaron la hora de oscurecer; hoy la han reducido otra vez. – Hace pocos días prohibieron las cartas, de una manera general. Hoy vuelven a permitirlas. – Nuevas disposiciones: los periódicos, reducidos hace poco a cuatro páginas y a formato más pequeño, ahora quedarán reducidos a sólo dos páginas cuatro veces por semana.

Eva ha dicho que no debo consignar *ningún nombre*, que no debo poner en peligro a nadie. Cierto: pero ¿cómo voy a tomar notas exactas sin nombres? Supongo que no registrarán el equipaje de emergencia, espero que para registrar la casa les faltará tiempo y gente.

[…]

FEBRERO

2 de febrero, viernes tarde

Entre ayer y hoy dos alarmas, sin sótano; la primera cuando estábamos tomándonos la sopa de la cena, de 20:10 a 20:35 horas, la segunda esta madrugada, de 3:40 a 4:05.

Optimismo y enorme tensión: los rusos, según el parte alemán de ayer, al noroeste de Küstrin, según el parte inglés, en Landsberg an der Warthe y en Küstrin. Pero nos destroza los nervios este acoso de la falta de comida, con sus dos aspectos: por un lado, se han agotado las reservas, hay escasez de patatas, y además en los restaurantes abarrotados de gente Eva no encuentra nada para comer y menos aún para llevarse; y por otra parte, ahora falla casi completamente el gas en las horas en que está permitido usarlo. El agua, apenas se consigue que alcance el punto de ebullición, las patatas, en absoluto. Desde ayer estamos en las últimas en cuanto a comida. Yo devoro pan seco, remordiéndome la conciencia y con atroces dolores de vientre, y Eva practica el ayuno. Tengo alucinaciones de comida abundante.

Hace tres años había en la Comunidad, como encargado de asuntos de emigración, un abogado, Katz, hombre muy agradable y más bien joven, con quien Eva hizo amistad en varias entrevistas que tuvo con él. Después fue destinado a Riga, como jefe del grupo y director de transportes. (Fue el convoy en el que deportaron al joven Kreidl y del que se libró Kätchen Voss.) He oído estos últimos días que Katz había muerto y que a su hijo lo habían llevado a Alemania. Pregunté que cómo había muerto. Dijeron que algunos judíos de Riga pudieron escapar a Suecia y que por eso fusilaron a Katz como responsable del grupo. – Al ver a los refugiados, la señora Stühler dijo con pleno convencimiento que era el justo castigo del cielo por la deportación de los judíos, que ella no tenía la menor compasión. – Yo tampoco tengo compasión, al contrario: pero el castigo de Dios suele alcanzar a quien no lo merece, en cualquier caso ese castigo no se ocupa en absoluto del individuo.

3 de febrero, sábado mañana

No conocemos el parte de ayer. La señora Stühler trajo de su tienda la noticia de que «cabezas de acorazados» rusos habían penetrado en Berlín; Eva y Kreisler (+ Winde y Richter) dicen que Berlín es un caos, la ciudad entera está congestionada por masas de refugiados y por convoyes militares que marchan en direcciones opuestas, y que sobre ese caos había sido lanzado un doble ataque aéreo. Tanto Stühler como Kreisler sabían de gente que esperaba el derrumbe definitivo en los próximos días.

Entretanto, la escasez de comida y de gas nos está llevando a la desesperación; la mañana de hoy ha sido una atroz prueba de nervios. Ha habido momentos en que con los dos aparatos encendidos, el de Cohn y el de Klemperer, sólo salía una llamita, y además con estallidos intermitentes.

Tarde, diecinueve horas

La moral otra vez muy baja. Ha llegado la noticia de que los rusos *no* están en Berlín y de que su avance ha sido detenido. Ha llegado la noticia de que la tarjeta de racionamiento para cuatro semanas ha sido prolongada a cuatro semanas y media: y eso que el pan ya no nos basta ni de lejos para esas cuatro semanas y que en estos últimos días, alimentándonos de pan seco y de patatas con piel sin ningún aliño, hemos conocido lo que es el hambre.

[…]

5 de febrero, lunes mañana

[…]

En los tiempos de Schlüter escribí sobre Kornblum. Está en cama, bastante desahuciado, paralizado y gravemente enfermo del corazón. Su mujer, temible arpía, conmigo relativamente amable, me pidió en la escalera que fuera a verle. Cuando bajé a su casa, abrió la hija, menos maquillada y más soportable que de costumbre. La madre estaba en la iglesia: rezando por su marido. Eso contó Kornblum seriamente y con fe. Aparte de eso, la conversación fue inofensiva, sobre sus buenos tiempos, cuando tenía una tienda en Dresde. Llegó Eva a buscarme. Le dijeron cuánto admiraban su valentía. – Valentía ¿por qué? – Porque dicen que a las esposas arias no les está permitido visitar a judíos, ni siquiera si se trata de matrimonios mixtos. – Nosotros no sabíamos nada de eso.

En cambio sí que nos habían advertido –orden secreta, transmitida por Neumark– que los judíos no charlásemos *in strada* en grupos, ni siquiera en parejas, sobre todo que no fuésemos con una cara alegre o incluso «triunfante». – […]

Por la tarde se fue Eva a la Pirnaer Platz a oír la radio: los rusos estaban junto a Arnswalde, es decir, a unos 6o kilómetros de Stettin; la ofensiva inglesa sobre Colonia (artillería), inminente. Más desazonante –también les había llamado la atención a otras personas–: patrullas militares por las calles. Por la noche contó Schwarz: un máximo de quince días. Caos en Berlín, que está abarrotado de refugiados y de tropas y que ha tenido durante nuestra última alarma el bombardeo más cruel (centro y Wilhelmstrasse destruidos, muchos muertos); los rusos formados junto al Oder para el ataque frontal a Berlín, su infantería ya ha sido transportada a millares por camiones norteamericanos de fuerzas blindadas. Añadió Schwarz que en la Alta Baviera, dentro de quince días habrá todo lo más guerras de grupos aislados con los últimos nazis. Eisenmann, Schwarz, la señora Stühler sabían también el porqué de las patrullas. Todo el ejército está confinado en los cuarteles, desde hoy también la policía, ningún policía puede dormir ya fuera del cuartel. Hay demasiadas deserciones, en el *Volkssturm* y en el frente oriental. Están buscando fugitivos, haciendo controles […]

6 de febrero, martes tarde

[…] Desde ayer están cerrados todos los cines. Oficialmente, y es lo probable, por falta de carbón. La señora Stühler piensa que para evitar que se reúna gente. Yo no sé. El cine distrae, la amargura y las cavilaciones aumentan cuando falta distracción y contacto social […]

8 de febrero, jueves noche, diecinueve horas

Eva tuvo esta mañana un desfallecimiento –cola para el caldo de morcilla, otra vez cola en Maxe (gran cantina de origen berlinés)– y volvió a casa en muy mal estado. Tiene demasiado ajetreo, está demasiado mal alimentada, no puede, como yo, sustituir la falta de calidad por la cantidad. No puedo ayudarla, estoy muy deprimido y sacio mi propia hambre remordiéndome la conciencia.

De la guerra, sin noticias desde hace cuarenta y ocho horas. Va demasiado despacio para nosotros. – Miedo tienen todos. Los judíos, de la Gestapo, que podría asesinarlos antes de la entrada de los rusos; los arios, de los rusos; judíos y arios de la evacuación, del hambre. Nadie cree que el final esté muy próximo, y judíos y cristianos temen también en común los bombardeos. Esta mañana Eva añadió un plato extra para nosotros: cuando vengan los rusos, dijo, los alemanes volarán todos los puentes; entonces, es seguro que tendremos que salir de la casa; o por la propia carga de dinamita o porque la necesitarán para la defensa. – Tuvimos que reírnos los dos, por estar hablando con toda naturalidad de lo que antes nos habría parecido cosa de novela. En el fondo ya no tememos nada porque continuamente, a cada hora, lo hemos de temer todo. Se llega a un estado de insensibilidad […]

Cuando estaba esperando hoy a Eva junto a la cola del caldo, una mujer sencilla quiso regalarme un cupón de pan. «Me gustaría darle algo.» Decliné, dando amablemente las gracias. También Eva recibió una muestra de simpatía. En la carnicería de Nacke, en la Pillnitzerstrasse, adonde vamos a por caldo los jueves y donde Eva suele comprar embutido, preguntó la carnicera, cuando estaba la tienda vacía, por el titular de la tarjeta judía, subrayó su amistad de muchos años con judíos, en especial con Konrad, y quiso darle a Eva el último *Dresdner Zeitung.* «Está mirando alguien por el escaparate: le envuelvo el tocino en el periódico.» El tocino estaba pesado generosísimamente.

9 de febrero, viernes mañana

¡La conversación «novelesca» de ayer sobre la posible voladura de puentes! Por la noche subió Schwarz: que los ingleses y los norteamericanos habían hecho pública la intención de los rusos de tomar Dresde; Waldmann había visto a gente de paisano que marchaba hacia Ullersdorf para excavar y construir parapetos, y él, Schwarz, conocía bien a un amigo del chófer del jefe de las SS de aquí, Von Alvensleben, que le había contado que Mutschmann estaba preparando la huida; además él, Schwarz, había oído casualmente cómo en una casa aria iban transmitiendo la orden de entregar la pala y el pico, que forman parte del macuto de emergencia […]

Sigo anotando hasta el final: extraña psicología de la señora Cohn. Con los ojos llenos de lágrimas: que ella siempre estuvo fielmente al lado de su marido,

que seguía estando de parte de los judíos, que le importaba poco la vida: pero que no quería morir en *este* colectivo y quería salir de *aquí*. (Le produce especial amargura que no le permitan usar el refugio antiaéreo de los arios y que tenga que ir a recoger sus cupones a donde van los mestizos.) Extraña psicología de las señoras Cohn y Stühler: siempre saben ya todo lo que les contamos nosotros de fuentes prohibidas; sin embargo, lo que saben *ellas* siempre se lo guardan recelosamente para ellas. Todos tienen miedo de todos.

Pero la señora Stühler sí reveló ayer algo curioso: orden general a las casas arias de no dar ni pan ni mucho menos alojamiento a soldados que pasen mendigando, y de echar por la fuerza a los que insistan. (Schwarz ha contado que por lo visto, solamente en Dresde, las patrullas han detenido a unos 700 desertores.)

[…]

10 de febrero, sábado mediodía

[…] Hoy ha venido a verme un rato Jacobi, a quien Katz ha dado de baja por insuficiencia cardíaca. Contó que embuten al *Volkssturm* en uniformes viejos de las SS, ante el miedo y la indignación de la gente. También, que los rusos han adelantado y tratado bien a muchos *Trecks* [‘convoyes de refugiados’] (última palabra de la *LTI*). Para seguir exagerando la «propaganda de atrocidades» antisoviética, divulgan ahora (ya ha llegado a nuestros oídos) que los rusos dicen: «*Nosotros* no os hacemos nada, pero caminad deprisa, porque detrás de nosotros viene el comisario». El comisario es el «comisario judío y bolchevique», es el perro sanguinario κατ΄ ἐςοχήυ […]

11 de febrero, domingo mañana

[…]

Como por las calles hay continuamente rigurosísimos controles militares a cargo de soldados y de miembros de las SA, se rumorea últimamente que han aterrizado paracaidistas rusos en uniforme alemán y que están escondidos. Yo le doy a eso *casi* tan poco crédito como en 1914 a las fuentes envenenadas; pero dada la enorme cantidad de rusos que prestan servicio aquí en el bando alemán, vestidos con el uniforme alemán, desde luego no está completamente descartado

que existan posibilidades de esconderse. Por otra parte: ¿qué van a poder hacer aquí unos simples paracaidistas? Y, esto lo dice Eva, ¿por qué hay controles? Esos paracaidistas seguro que tienen buenos pasaportes. Pero también dice Eva que por qué están cavando y levantando barreras que no van a detener a nadie.

Tarde, después de las siete

Por la mañana estuvieron aquí Eisenmann *sénior* y Steinitz. Steinitz: junto al buzón de correos, un individuo «entre hombre de la calle y señor» le había dicho, chapurreando el alemán con acento eslavo y clavando los ojos en la estrella, «que más le valía quedarse en casa durante los próximos días». Dándole vueltas a la frase llegamos los cuatro a la conclusión de que no era tanto alusión a un pogromo como advertencia de que habría un levantamiento de los numerosos trabajadores del este y de que tal vez habría que dar crédito al rumor de los paracaidistas rusos. Pero todo es confuso y está en manos del destino. – Acabo de pasar un rato en casa de Witkowsky, el vital *moriturus.* Y he aquí que llega la señora Spanier con la noticia de que había hablado en la estación con refugiados que decían que las cabezas de acorazados rusos *(LTI.* ¡Nuevo!) estaban ya junto a Görlitz. Y la señora Stühler viene de la ciudad contando que están tomadas Liegnitz en el este y Cleve en el oeste. – Eisenmann *senior* me ha enseñado la expresión *«Ja Gewree»*: soy judío. Habló de tres fuentes de peligros; primera: los trabajadores orientales entregados al saqueo; segunda: masas de soldados alemanes en retirada; tercera: los soldados rusos adentrándose en el país. Olvidó mencionar la que yo más temo: la Gestapo.

12 de febrero, lunes mañana

Apunto aquí rumores, que en cuanto tales son ya característicos y que están en la zona de lo probable más que de lo posible. La señora Stühler estuvo por la tarde con amigos arios muy bien relacionados, entre otras personas con «un gran cerdo nazi de las SS», cuya mujer por lo visto había estado quejándose: «Mi marido dice que tenemos que pegarnos un tiro, ¡pero no podemos matar a tiros a los hijos!». – Todo está preparado para proceder a la evacuación de Dresde. –En Breslau han sido evacuados los arios, pero a los judíos los han dejado en la ciudad. – La radio extranjera pasa el aviso de que se reúnan provisiones para tres

semanas *(tu parles!)*[14] y de que, en la medida de lo posible, se las esconda bajo tierra o por lo menos no queden en las casas. – Ya han traído a Dresde 17.000 desertores (*sic*, cuando hace dos días eran 700), que van llegando en batallones de asalto (¡!), seguidos de tropas de vigilantes dispuestos a hacer fuego. – Freisler[15], el presidente del Tribunal Popular de Justicia, el que trató de un modo tan infame a los implicados en el atentado del 20 de julio y que según los periódicos ha sido víctima de los últimos «bombardeos terroristas» de Berlín, en realidad había sido ahorcado por altos militares y además exactamente como él había ordenado que ejecutaran a los condenados de entonces: despacio, aflojando varias veces la soga. – En Berlín ha habido disturbios, pero abatieron a los rebeldes.

A todos estos rumores Waldmann añadió en el sótano, en la carbonera, un relato verídico: había visto soldados trabajando junto a los pilares del puente de Carola, de lo que dedujo que estaban minando el puente. Cree que los próximos días serán decisivos para nuestro destino personal. Piensa también que es imposible tomar medidas de precaución. En manos del destino […]

En casa de la señora Cohn había ayer de visita una señora mayor. Contó que le habían aconsejado que quitara de su casa la foto de Hitler, que lo mejor era sacarla del marco y poner en su lugar cualquier otra cosa. «Lo he incinerado.» […]

tu parles! (francés): (literalmente,‘tú hablas’),‘¡qué fácil es decirlo!’. *Freisler:* Roland Freisler (1893-1945), el tristemente célebre (por su brutal tratamiento de los acusados, sobre todo de los implicados en el atentado del 20 de julio) presidente del Tribunal Popular murió en un bombardeo de Berlín el 3 de febrero de 1945.

13 de febrero, martes tarde, con un tiempo primaveral

Ulises en el antro de Polifemo. – Ayer tarde, Neumark me mandó recado de que fuera a verle; que hoy por la mañana tenía que ayudarle a repartir cartas. Lo acepté sin sospechar nada. Por la noche, Berger estuvo un rato en casa, se lo conté y él dijo fastidiado que serían trabajos de excavar y levantar barreras. Yo aún no me daba cuenta de lo que se me venía encima. Esta mañana, a las ocho, fui a ver a Neumark. La señora Jährig salía llorando de su habitación. Entonces,

él me dijo: Evacuación para todos los que sean aptos para el trabajo, eso se llama «movilización laboral exterior», yo me quedaba aquí por estar ya exento. Yo: Es decir, que para mí el final es más seguro que para los que se marchan. El: que no era así, al contrario, quedarse equivalía a trato de favor; se quedaba un hombre cuyos dos hijos habían caído en el frente en la primera guerra mundial, y además él, Neumark, Katz (probablemente por ser portador de la Cruz de Hierro de primera clase, no por ser médico, ya que Simon tiene que marcharse), Waldmann y algunos enfermos graves y algunos exentos del servicio del trabajo. El corazón se me rebeló por completo durante el primer cuarto de hora, después caí en una perfecta apatía, es decir, sólo era un observador con vistas al diario. La circular que había que repartir decía que el viernes a primera hora había que presentarse en la Zeughausstrasse 3, en traje de faena, con equipaje de mano que habría que llevar durante un trayecto bastante largo, y con provisiones para dos o tres días de viaje. Esta vez no había confiscación de bienes, de muebles, etc., se trataba explícitamente de una movilización laboral exterior: pero todos la entienden como una marcha a la muerte[16]. Que comporta, además, separaciones de una terrible crueldad: la señora Eisenmann y Schorschi se quedan aquí, Lisl, la hija de once años portadora de estrella, tiene que marcharse con el padre y con Herbert. No tienen en cuenta la edad, ni hacia arriba ni hacia abajo, ni siete años ni setenta; no se puede comprender qué es lo que entienden por «aptos para el trabajo». – A la primera que tuve que dar la noticia fue a la señora Stühler, la impresión fue aún más violenta que cuando murió su marido, y con ojos atónitos salió corriendo a alarmar a su Bernhard. Luego fui en tranvía, tenía permiso para ello, con una lista de nueve apellidos al barrio de la estación y de Strehlen. Simon, todavía a medio vestir, conservó la serenidad, mientras que su mujer, normalmente robusta, casi se derrumbó. A la señora Gaehde, en la Sedanstrasse, muy envejecida, se le desorbitaron los ojos, abrió una y otra vez tan desmesuradamente la boca que el pañuelo que se puso delante casi desaparecía dentro de ella, y protestó con frenesí, gesticulando convulsivamente e insistiendo apasionadamente en que ella lucharía hasta el final contra esa orden, que ella no podía alejarse de su nieto de diez años, de su esposo septuagenario, que su yerno estaba en cautividad en el extranjero «por la causa alemana, *alemana*», que ella lucharía, etc. La señora Kreisler-Weidlich, de cuya histeria tenía yo miedo ya antes, no estaba en casa, y eché aliviado la carta en el buzón. En esa misma

Franklinstrasse tenía que ir a la casa de una tal señora Pürckhauer. La encontré con su marido ario y sordo. Gente modesta. Fueron los más serenos de toda mi lista. Horrible fue, a pesar de su autodominio, una cierta señora Grosse, en la Renkstrasse; hermosa villa junto a la Lukaskirche. Una señora de mediana edad, más bien distinguida; quería llamar a su marido y estaba al lado del teléfono sin saber qué hacer: «He olvidado todo, trabaja en una fábrica de mermeladas… mi pobre marido, está enfermo, mi pobre marido…, y yo tan mal del corazón…». Traté de consolarla: que quizá no era para tanto, ya faltaba poco para el final, los rusos estaban junto a Görlitz, aquí estaban minados los puentes, que no pensara en la muerte y no hablara de suicidio… Recibí por fin la necesaria firma de acuse de recibo y me fui. Apenas hube cerrado la puerta del pasillo, oí cómo lloraba. Mucho más terrible aún el caso Bitterwolf[17], en la Struvestrasse. Una casa modestísima también; estaba yo tratando en vano de descifrar la lista de nombres que había en el pasillo de la entrada cuando llegó una joven rubia, de nariz respingona, con una niña monísima, bien cuidada, de unos cuatro años. Pregunté si vivía allí la señora Bitterwolf. Era ella misma. Dije que tenía que darle una mala noticia. Leyó la carta, dijo varias veces completamente desconcertada: «¿Qué va a ser de la niña?», después firmó con lápiz sin decir nada. Entretanto, la niña se arrimó a mí, me entregó su osito de felpa y me explicó radiante y feliz: «¡Mi osito, mi osito, mira!». La mujer, muda, subió después la escalera con la niña. Inmediatamente después oí sus sollozos. Los sollozos no cesaban. – El 29 de la Werderstrasse era también un edificio muy modesto. Unas mujeres que había en la escalera dijeron que la señora Tenor no estaba pero que en el último piso podría hablar con su amiga. Una mujer enfermiza, joven, con la apariencia de una persona verdaderamente fina, en una buhardilla miserable. Dijo preocupadísima que su amiga había temido eso todo el tiempo y que se suicidaría. Yo insistí en que había que tener valor y en que tratara de animar a su amiga. – En la Strehlener Strasse 52, donde habíamos estado tantas veces a ver a Reichenbach y a Seliksohn, tenía que transmitirle la orden a una cierta doctora Wiese. En lugar de ella, me abrió la puerta una matrona de imponente aspecto en pantalones, la señora Schwarzbaum. Contó, y yo me acordaba del caso, que su propio marido, para evitar caer en manos de la Gestapo, se había suicidado el año pasado junto con Imbach (cf. diario del Lothringer Weg). – Por último busqué en vano a la señora Weiss por toda la casa

de la Bürgerwiese 7, un inmueble minúsculo, blanco, pobre y viejo, rodeado de elegantes vecinos. La Bürgerwiese sólo puede ser cruzada por judíos de estrella en el tramo de la Lüttichaustrasse, fuera de eso no se puede caminar por ella; de modo que no he pasado por allí desde hace años. – La señora Jährig acababa de estar allí con su hijita, de la que tiene que separarse. Trae un recado de Neumark: la señora Weiss vive con su madre, que se apellida Kästner; tengo que ir enseguida allí.

Hacia las siete de la tarde

La señora Kästner vivía en el sótano del ala que da al patio, se ve al fondo del patio una antigua iglesita, de aspecto curioso. Me abrió la puerta una jovencita morena, que leyó la carta con gran resignación. Sí, a ella le daba ya todo igual, pero no quería firmar antes de que lo hubiera leído su madre. Que si no quería volver. Dije que me era imposible, y tuve que insistir mucho tiempo hasta que consintió en firmar.

La oficina de Neumark estaba abarrotada de gente que iba a ser deportada, les di la mano a Paul Lang, a Rieger, a Lewinsky. – «¿Usted viene con nosotros? ¿No?», y ya había un abismo entre nosotros. Subí un momento a ver a los Eisenmann, estaba reunida la familia completa: todos totalmente desquiciados. Fui a ver a Waldmann, que se queda. Éste desarrolló con perfecta claridad la hipótesis más tenebrosa. ¿Por qué se llevan a los niños judíos? Lisl Eisenmann no es «apta para el trabajo». ¿Por qué tiene que irse *sola* Ulla Jacobi? A su padre, administrador del cementerio judío, todavía lo consideran indispensable. La explicación de todo eso es que quieren asesinarlos. Y a nosotros, los que aún seguimos aquí, «sólo nos queda un plazo último y definitivo de unos ocho días. Entonces nos sacarán de la cama a las seis de la mañana. Y harán con nosotros lo mismo que con ellos». Yo le dije que entonces no entendía por qué dejaban aquí un resto tan pequeño de judíos, y ahora, que el tiempo apremiaba. Él: «Ya verá usted como tengo razón».

La destrucción de Dresde el 13 y el 14 (martes, miércoles) de febrero de 1945. (Piskowitz, 22-24 de febrero)

El martes hacia las nueve y media de la noche nos sentamos a tomar café, muy

agotados y abatidos, porque durante el día yo había sido el mensajero de la desgracia, y por la noche Waldmann me había asegurado firmísimamente (por experiencia y por frases que había pescado al vuelo poco antes) que los que iban a ser deportados el viernes iban camino de la muerte («a un apartadero»), y los que quedábamos seríamos eliminados también ocho días después: y entonces vino alarma completa. «¡Ojalá se lo carguen todo!», dijo con amargura la señora Stühler, que había pasado todo el día corriendo de un sitio a otro, por lo visto en vano, para que hicieran una excepción con su hijo. – Si sólo hubiera habido ese primer bombardeo, se me hubiera quedado grabado como el más horrible vivido hasta entonces, mientras que ahora, dada la catástrofe que vino después, se va difuminando y pierde contornos. Muy pronto se oyó el zumbido cada vez más sordo y más fuerte de las unidades que se acercaban[18], se apagó la luz, una explosión en las proximidades… Intervalo para respirar, estábamos arrodillados, acurrucados entre las sillas, de algunos grupos salían lloros y gemidos; más aviones que se aproximan, otra vez la angustia del peligro mortal, nueva explosión. No sé cuántas veces se repitió eso. De pronto, la ventana posterior, enfrente de la entrada del sótano, se abrió de golpe y fuera había luz como en pleno día. Alguien gritó: «¡Bomba incendiaria, hay que apagar el fuego!». Dos hombres acercaron la bomba antiincendios y se oía cómo trabajaban. Hubo más explosiones, pero en el patio no pasó nada. Y luego vino poco a poco la calma, y luego cesó la alarma. Yo había perdido la noción del tiempo. Fuera, la luz era como en pleno día. En la Pirnaischer Platz, en la Marschallstrasse y en la zona del Elba, en las orillas o por encima, las llamas lo envolvían todo. El suelo estaba cubierto de trozos de vidrio. Soplaba un terrible viento huracanado. ¿Natural o producido por el fuego? Probablemente ambas cosas. En la escalera de la Zeughaus 1, los marcos de las ventanas habían saltado y parte de ellos estaban por el suelo, impidiendo el paso. En nuestro piso, vidrios rotos. La ventana del recibidor que da al Elba también había saltado; en el dormitorio, sólo una; ventanas rotas también en la cocina, el dispositivo para obturarla por la noche, partido por la mitad. No había luz ni agua. Se veían grandes incendios más allá del Elba y en la Marschallstrasse. La señora Cohn nos dijo que en su habitación los muebles estaban cambiados de sitio por la presión del aire. Pusimos una vela en la mesa, bebimos un poco de té frío, comimos dos bocados, saltamos con cuidado por las masas de vidrios rotos y nos metimos en la cama.

Era pasada la medianoche –habíamos subido a casa a las once–, pensé: ahora, a dormir, la vida está salvada, lo que queda de noche nos dejarán en paz, ahora ante todo hay que calmar los nervios. Eva dijo cuando se acostaba: «Hay vidrios en mi cama». Oí cómo se levantaba y limpiaba la cama, después me dormí. Al cabo de un rato, tuvo que ser después de la una, dijo Eva: «Alarma». – «No he oído nada.» – «Seguro. Ha sido poco fuerte, van con sirenas de mano, no hay corriente.» – Nos levantamos, la señora Stühler llamó a nuestra puerta: «Alarma», Eva dio unos golpes en la puerta de la señora Cohn –no hemos vuelto a saber nada de ninguna de las dos–[19] y corrimos escaleras abajo. En la calle, con tanta luz como en pleno día y completamente desierta, había fuego, el viento soplaba como antes. Delante del muro que hay entre ambas casas de la Zeughausstrasse (el muro del antiguo patio de la sinagoga, con los barracones detrás) estaba, como de costumbre, un soldado del *Stahlhelm*. Pregunté al pasar si había alarma. – «Sí.» – Eva iba dos pasos delante de mí. Llegamos al pasillo de entrada del nº 3. Entonces, una fuerte explosión. Me arrodillé y me pegué a la pared, cerca de la puerta del patio. Cuando levanté la vista, Eva había desaparecido, pensé que se había metido en nuestro sótano. Todo estaba en calma, me lancé, cruzando el patio, a nuestro sótano de judíos. La puerta estaba entreabierta. A la derecha de la puerta, un grupo de gente gemía hecha un ovillo en el suelo, yo me arrodillé a la izquierda, junto a la ventana. Llamé varias veces a Eva. No hubo respuesta. Fuertes explosiones. Otra vez se abrió la ventana de la pared de enfrente, otra vez claridad diurna, otra vez la bomba de incendios. De pronto, un golpazo en la ventana que había a mi lado, algo abrasador me dio con fuerza en la parte derecha del rostro. Lo toqué, la mano estaba llena de sangre, me palpé el ojo, seguía allí. Un grupo de rusos –¿de dónde habían salido?– se abría camino hacia fuera. De un salto me uní a ellos. Llevaba el macuto a la espalda, en la mano la bolsa gris con nuestros manuscritos y las joyas de Eva, el viejo sombrero se me había caído. Tropecé y me caí. Un ruso me levantó. A un lado había una bóveda, Dios sabe de qué sótano ya medio destruido. Allí nos metimos. Hacía muchísimo calor. Los rusos siguieron corriendo en otra dirección, yo con ellos. Ahora estábamos en un pasillo abierto, con la cabeza encogida, apelotonados. Delante de mí había una gran plaza, desconocida, sin edificios, en medio un monstruoso cráter. Explosiones, luminosidad diurna, golpes sordos. Yo no pensaba en nada, ni siquiera tenía miedo, sólo había en mí

una inmensa tensión, creo que esperaba el final. Al cabo de un instante, escalando una bóveda, o una baranda o un escalón salí al aire libre, me metí en el cráter, estuve allí un rato tumbado pegado al suelo, remonté otra vez el cráter, y por uno de los bordes me puse a buscar una cabina telefónica. Alguien llamó: «¡Aquí, señor Klemperer!». En un retrete público derruido estaba Eisenmann padre, llevando en brazos a Schorschi. «No sé dónde está mi mujer.» – «Yo no sé dónde están ni mi mujer ni mis otros hijos.» – «Hace demasiado calor aquí, el revestimiento de madera está ardiendo…, ¡allí, el vestíbulo del Reichsbank!» Corrimos hacia una sala que estaba rodeada de llamas pero parecía sólida. Los bombardeos parecían haber cesado en aquella zona, pero todo el entorno era un mar de llamas. Yo no podía distinguir detalles, sólo veía llamas por todas partes, oía el ruido del fuego y del viento, sentía una terrible tensión interior. Al cabo de un rato dijo Eisenmann: «Tenemos que bajar hacia el Elba, ya nos abriremos camino». Corría hacia abajo con el niño a hombros; a los cinco pasos me faltó el aliento, no pude seguirle. Un grupo de gente subía por los jardines a la Brühlterrasse; había que pasar muy cerca de las llamas, pero arriba se podría respirar mejor y el aire sería más fresco. Por fin llegué yo también arriba, en medio del huracán y de la lluvia de partículas incandescentes. A la derecha y a la izquierda, edificios ardiendo: el Belvedere y –probablemente– la Academia de Bellas Artes. Siempre que la lluvia de chispas aumentaba por un lado, yo me iba hacia el otro. En un amplio circuito, alrededor de mí, sólo incendios. Más acá del Elba, el elevado edificio de la Pirnaischer Platz, especialmente apropiado como antorcha; más allá del Elba, el tejado incandescente, blanco y luminoso, del Ministerio de Hacienda. Poco a poco empecé a pensar. ¿Se habría salvado Eva? ¿Estaría muerta? ¿Había pensado yo demasiado poco en ella? Me había puesto en torno a la cabeza y los hombros la manta de lana –una, la otra tenía que haberla perdido junto con el sombrero–, cubría así también la estrella, llevaba en las manos la preciosa bolsa y…, sí, en efecto, también el maletín de piel con las cosas de lana de Eva: imposible comprender cómo seguía agarrándolo después de tanto trepar. El huracán tiraba siempre de la manta, que me hacía daño en la cabeza. Había empezado a llover, el suelo estaba húmedo y blando, allí no quería poner yo nada, de modo que el esfuerzo físico era grande y eso me insensibilizaba y me distraía. Pero de vez en cuando, a intervalos, esa presión sorda y ese remordimiento de conciencia: ¿qué había sido de Eva? ¿Por qué no

pensaba tanto en ella? A veces pensaba: ella es más hábil y más valiente, estará a salvo; a veces: ¡ojalá que al menos no haya sufrido! Luego, de nuevo, sólo esto: ¡cuándo se acabará por fin la noche! Una vez pedí a alguien que me dejara poner mis cosas un momento encima de su cajón, para colocarme mejor la manta. Otra vez un hombre se dirigió a mí: «Usted también es judío, ¿verdad? Desde ayer vivo también en su casa». Löwenstamm. Su mujer me dio una servilleta para que me vendara con ella la cara. La venda se deshizo, y entonces utilicé la servilleta como pañuelo. Otra vez se acercó a mí un joven que se sujetaba los pantalones. En muy mal alemán: holandés, prisionero (por eso no tenía tirantes) en la PPD. «Me he escapado: los otros están muriendo abrasados en la prisión.» Llovía, soplaba el huracán, subí un poco más hasta la baranda, derrumbada en parte, de la terraza, volví a bajar para protegerme del viento, llovía incesantemente, el suelo estaba resbaladizo, había grupos de gente sentada y de pie, el Belvedere ardía, la Academia de Bellas Artes ardía, todo alrededor, hasta muy lejos, era fuego: yo estaba totalmente apático. No pensaba nada, sólo emergían retazos. Eva, ¿por qué no estoy constantemente preocupado por ella? ¿Por qué no puedo observar los detalles, sino que sólo veo siempre este escenario de fuego a la derecha y a la izquierda, todas estas vigas y viguetas y trozos de tejado ardiendo, en los muros y sobre los muros de piedra? A veces, el hombre del monumento de la terraza[20] –¿quién era?– me causaba una extraña impresión. Pero la mayor parte del tiempo la pasé semidormido esperando que amaneciera. Muy tarde se me ocurrió que podía colgar mi equipaje entre las ramas de un matorral: así pude mantenerme de pie con más libertad y sujetar un poco mejor la manta protectora. (La maleta de cuero, por cierto, la llevaba Eva; pero la bolsa y el macuto eran ya peso más que suficiente.) La sensación de tener una costra dolorosa en torno al ojo, el roce de la manta, la humedad, todo ello era un poco narcotizante. Había perdido la noción del tiempo, fue una espera, a la vez infinita y no tan larga: de pronto estaba amaneciendo. El fuego continuaba. Por la derecha y por la izquierda, el camino seguía cerrado; pensaba siempre: sería el colmo de la desgracia tener ahora un accidente. Una torre brillaba al rojo vivo, el edificio alto de la Pirnaischer Platz, con la torrecilla, parecía a punto de derrumbarse –pero yo no vi el derrumbamiento–, el ministerio de enfrente ardía con el brillo deslumbrador de la plata. Se iba haciendo de día y vi masas de gente por la calle paralela al Elba. Pero no me atrevía aún a bajar. Por fin, a eso de las siete, la

terraza –la terraza vedada a los judíos– ya estaba bastante vacía, me puse en camino pasando junto al edificio del Belvedere, que seguía ardiendo, y llegué al muro de la terraza. Allí había bastantes personas sentadas. Al cabo de un minuto me llamaron por mi nombre: Eva, sana y salva y envuelta en su abrigo de piel, estaba sentada sobre la maleta. Nos saludamos cariñosísimamente, y la pérdida de nuestras cosas no nos importó nada y sigue sin importarnos hoy. Eva, en el momento crítico, fue literalmente arrancada del pasillo de la Zeughausstrasse 3 por alguna persona que la metió en el sótano ario, por la ventana del sótano salió a la calle, vio ambos edificios, los números 1 y 3, envueltos en llamas, estuvo un rato en el sótano del Albertinum[21], luego llegó hasta el Elba a través de la humareda, pasó el resto de la noche en parte buscándome río arriba, lo que le dio ocasión de comprobar que el edificio de Thamm había quedado completamente destruido (y por tanto nuestro mobiliario completo), en parte metida en un sótano del Belvedere. Una vez, en su recorrido de búsqueda, quiso encender un cigarrillo y no tenía cerillas; en el suelo había algo al rojo vivo, quiso utilizarlo: era un cadáver ardiendo. En conjunto, Eva se había comportado mucho mejor que yo, había observado las cosas con mucha más calma y se había orientado bien, a pesar de que al salir del sótano le cayeron las maderas del batiente de una ventana en la cabeza. (Por suerte, ésta era muy dura y quedó ilesa.) La diferencia: ella actuaba y observaba, yo me guié por el instinto, por lo que hacían otros, y no vi nada. Era, pues, el miércoles por la mañana, 14 de febrero, y habíamos salvado la vida y estábamos juntos.

Estábamos todavía allí juntos, después del primer saludo, y he aquí que aparece Eisenmann con Schorschi. No había encontrado al resto de su familia. Estaba tan hundido que empezó a llorar: «El niño empezará a pedir el desayuno enseguida: ¿qué voy a darle?». Luego se serenó. Teníamos que tratar de encontrar a nuestra gente, yo tenía que quitarme la estrella, como él había soltado la suya. Al momento, Eva arrancó con una navaja la estrella de mi abrigo. Luego Eisenmann propuso ir al cementerio judío, que estaría intacto y sería el punto de encuentro. Se adelantó, lo perdimos enseguida de vista, y desde entonces no hemos vuelto a saber nada de él[22].

Caminamos despacio, porque yo llevaba ambas bolsas y me dolían las extremidades, a lo largo de la orilla hasta más allá de la Vogelwiese. Arriba, todas las casas habían sido pasto de las llamas. Aquí abajo, junto al río, por

donde iban y venían o habían acampado muchas personas, se veían en grandes cantidades, incrustadas en la tierra removida, las angulosas cápsulas vacías de las bombas incendiarias. De muchas casas de la calle de arriba seguían saliendo llamas. De vez en cuando había cadáveres, pequeños, como un hatillo de ropa, diseminados por el camino. Uno tenía arrancada la tapa del cráneo, la cabeza era por arriba un cáliz rojo oscuro. Una vez había un brazo con una mano pálida, no exenta de belleza, como las piezas de cera que se ven en los escaparates de las peluquerías. Esqueletos metálicos de coches destruidos, cabañas consumidas por el fuego. De los que vivían más lejos, algunos parece que habían podido salvar algo, y llevaban colchones y cosas así en carros de mano, o estaban sentados sobre cajones y bultos. A través de esos islotes, entre los cadáveres y los escombros de coches, pasaban siempre masas de gente, Elba abajo o Elba arriba, un desfile excitado y silencioso. Volvimos a torcer a la derecha –yo me dejaba guiar por Eva y no sé por dónde íbamos– en dirección al centro. Cada casa, una ruina producida por el fuego, pero a menudo gente delante, con enseres que habían podido salvar. De vez en cuando, incendios aún no extinguidos. No había el menor indicio de que alguien estuviera apagando fuego. Eva iba diciendo: «el Lämmchen», «la Fürstenplatz». No me orienté hasta que llegamos a la zona de los hospitales. El Bürgerspital [‘hospital público’][23] parecía pura bambalina, el hospital sólo parecía tener daños parciales. Entramos en el cementerio judío. De la casa que había albergado el depósito de cadáveres y la pequeña vivienda de Jacobi, sólo quedaba el muro exterior, sin tejado, en medio se veía un hoyo profundo en la pura tierra, fuera de eso absolutamente nada, todo había quedado extinguido. Aquel espacio parecía curiosamente pequeño; increíble que hubiera contenido el depósito, el piso y algunas dependencias más. Bajé por la avenida hasta el cobertizo en que había visto tantas veces a Steinitz, a Schein y a Magnus jugando al *skat.* Muchas lápidas y piedras labradas estaban levantadas o cambiadas de sitio, muchos árboles caídos, muchas tumbas como si hubieran escarbado en ellas. (Después, en una calle bastante alejada, encontramos un trozo de lápida, se podía descifrar en ella «Sara…».) El cobertizo estaba casi intacto: pero en ninguna parte se veía un ser humano. En el cementerio no había sótano: ¿qué habrá sido de Jacobi y de su familia?[24]

Queríamos ir a la Borsbergerstrasse, a casa de Katz, en parte para contactar con alguien, en parte por mi ojo, pero todas las calles estaban llenas de

escombros y de polvo humeante, por todas partes seguían ardiendo casas. Cuando una de ellas se derrumbó a pocos pasos delante de nosotros, produciendo obviamente una inmensa nube de polvo, desistimos de nuestro propósito. Despacio, haciendo muchas pausas, muy agotados, retrocedimos por el mismo camino. Continuaba el mismo desfile. Nos dirigimos entonces a la plaza que hay delante de la Zeughausstrasse, por si encontrábamos a alguno de los nuestros. La Zeughausstrasse 3 no era sino un montón de escombros, de la Zeughausstrasse 1 quedaba, de la parte que da a la ciudad, un pilar delantero con un trocito de muro colgando de él como de una horca. Aquello destacaba de un modo fantasmagórico y amenazador y sólo servía para subrayar la destrucción absoluta. Una vez más, ningún ser humano. Nos arrimamos entonces al muro exterior de la Brühlterrasse, a la parte estrecha. Allí encontramos a los Waldmann y a los Witkowsky y a un matrimonio de edad, Fleischner. Waldmann se preciaba de haber salvado a unas cincuenta personas, judíos y arios, sacándolos de la Zeughausstrasse 1, allí no había muerto nadie. Sabía también por algún conducto que los matrimonios Steinitz y Magnus se habían salvado[25]: de todos los demás no sabía nada. Me causó una extraña impresión que Witkowsky, el que estaba a punto de morirse, se encontrara, lleno de agilidad y de energía, entre los vivos.

Justo delante de nosotros se detuvo una ambulancia; la gente la rodeó; allí cerca, en el suelo, había camillas con heridos. Sobre una banqueta a la entrada del vehículo, un enfermero echaba gotas en los ojos; era muy frecuente que los ojos estuvieran más o menos afectados. Pronto me llegó el turno. «Venga, abuelo, no le voy a hacer daño.» Con el borde de un trocito de papel me sacó alguna suciedad del ojo herido, y echó después unas gotas en ambos ojos. Un poco aliviado, retrocedí lentamente; a los pocos pasos oí encima de mí el zumbido, cada vez más fuerte y más angustioso, de un avión que se acercaba en picado y casi tocaba tierra. Corrí deprisa al muro, ya había varias personas tumbadas allí, me tiré al suelo, la cabeza contra el muro, el rostro entre los brazos. Se oyó la explosión, y sobre mí cayó una lluvia de guijarros. Seguí tumbado un rato, pensé: «¡Que no vaya a reventar ahora que todo ha pasado!». Cayeron algunas otras bombas más lejos, luego silencio otra vez.

Me levanté, pero entretanto Eva había desaparecido. Los Fleischner la habían visto hacía un momento, y allí no había habido desgracias: de modo que mi

preocupación no era muy grande. Sin embargo pasaron unas dos horas hasta que volvimos a encontrarnos. A la primera bomba, Eva se puso a cubierto como yo tumbándose junto al muro, después se metió en un sótano junto al Elba. Yo la busqué a lo largo del muro, luego junto con Waldmann en el Albertinum, hasta le dejé mi dirección, por así decir, a un hombre de cabellos grises que apareció por allí y al que vi hablando tranquilamente con Waldmann. «El cuñado de Leuschner.» – «Pero él tiene que saber que usted y yo hemos llevado estrella.» – «¡Eso no tiene ahora la menor importancia! Todas las listas han quedado destruidas, la Gestapo tiene otras cosas que hacer, y, además, dentro de quince días todo se habrá terminado.» Ese era el íntimo convencimiento de Waldmann, y lo repitió sin cesar durante los días siguientes; Löwenstamm y Witkowsky eran de la misma opinión. El cuñado de Leuschner resultó en efecto inofensivo, yo charlé con él repetidas veces durante la noche, y a la mañana siguiente nos despedimos con un apretón de manos.

Así pues, al cabo de algún tiempo, Eva estaba otra vez en el sótano del Albertinum, que conocía de antes y desde el comienzo de la noche del terror. El enorme edificio había ardido en sus pisos superiores; pero eso lo sé sólo por lo que me ha dicho Eva. Ya que arriba seguía la *Queen* de hierro fundido[26], triunfante e ilesa, y en la serie de sótanos, compactos y sólidos, verdaderas catacumbas, a los que se llegaba por una escalera que salía de la puerta cochera, no se notaba nada. Las numerosas habitaciones de elevado techo, iluminadas con luz eléctrica, estaban abarrotadas. Era difícil encontrar sitio en los bancos. En el suelo yacían, en camillas o en mantas o en camas, heridos graves; algunas habitaciones, ocupadas sólo por gente acostada, estaban convertidas en hospitales de urgencia. Entraban y salían soldados y enfermeros, llegaban más camillas. Donde yo encontré sitio, más o menos en la pieza central, yacía en el suelo un soldado que respiraba con unos estertores terribles, un hombre robusto con fuertes piernas y pies. Todos los que pasaban a su lado tropezaban con sus botas, el hombre, en su estado de inconsciencia profunda, no se daba cuenta de nada. Muy pegadas a él, cubiertas por edredones, yacían dos mujeres, que yo consideré muertas durante mucho tiempo. Pero entonces una empezó a lanzar quejidos y me pidió que le remetiera más la manta por debajo de la espalda. En un rincón del cuarto, sobre una tarima baja, había una dínamo, un gran volante con una manivela. Cuando llegó Eva, se tumbó sobre esa tarima y durmió

mucho. Por mi parte, paseé mucho, charlé, me acurruqué de vez en cuando sobre una banqueta y dormí. Después de la noche de la catástrofe y después de la larga marcha de la mañana con el equipaje, estaba tan cansado que había perdido por completo la noción del tiempo. Eran poco más de las cuatro de la tarde, y yo ya creía que estábamos en plena segunda noche. El cansancio era aún más intenso debido al hambre. Desde lo que comimos a la hora del café el martes por la noche no habíamos tomado nada. Siempre decían que la NSV traería algo de comer. Pero no llegaba nada. Los soldados del servicio sanitario tenían pan y embutidos como provisiones propias. De eso regalaban un poco. Yo mendigué un bocadillo y se lo llevé a Eva. Después llegó una mujer, partió con la mano, claramente sucia, un trozo de su rebanada y me la entregó. Me comí aquel trocito. Mucho después, seguramente ya muy avanzada la tarde, llegó un sanitario de más categoría, dio no sé qué órdenes y anunció que todos recibirían enseguida algo de comer. Apareció entonces una fuente con blancos paquetes de pan, en cada paquete dos bocadillos. Pero pasado el primer minuto dijo que cada paquete tenía que bastar para dos personas. Compartí el mío con Eva. Pero lo que la mayoría de la gente echaba de menos –nosotros, cosa extraña, no– más que la comida era beber. Al principio había por alguna parte un poco de té y repartieron unos sorbitos. Pero pronto ya no hubo nada, ni una gota de agua, ni siquiera para los heridos y los moribundos. Los enfermeros se lamentaban de que no podían ayudar a nadie. Waldmann, un hombre robusto, se sentía tan atormentado por la sed que, literalmente, se desmoronaba. Se durmió, se despertó de golpe angustiado diciendo que había soñado con bebidas. Llegaron más enfermeros. Uno puso a Waldmann la botella en la boca. Otro, por lo visto ya médico, estuvo un rato delante del que estaba con el estertor. «¿El pulmón?», pregunté. – Indiferente respuesta: edema. Un poco después cesó el estertor, y de la boca salió un poco de espuma. Pero el hombre aún siguió moviendo el rostro largo tiempo antes de quedarse completamente quieto. Más tarde se llevaron el cadáver. Al parecer, en el patio había muchos muertos. Yo no los vi, sólo hice allí (como muchísimos otros) mis necesidades. En algún momento se fue la luz, estábamos sentados en la oscuridad, y enseguida alguien se lamentó: Ya están ahí otra vez. Y efectivamente, se oía el zumbido en el aire, y otra vez venían aviones. Se encendieron velas, sólo había que generar con la máquina manual más corriente para el ventilador y para la iluminación. Empezaron a dar vueltas a

la rueda, y aquellas grandes sombras que subían y bajaban por la pared, las sombras de los que trabajaban, tenían algo de fantasmagórico. A los pocos minutos, las lámparas fueron encendiéndose, y la máquina de ventilar empezó a ronronear. Unos segundos más tarde, se repitió la escena…

Eva dormía profundamente, yo paseaba, dormía un poco, me ponía a andar otra vez, ni pensaba ni tenía noción del tiempo, pero estaba algo más aliviado que la noche anterior. Continuamente metían más heridos o los trasladaban de una habitación a otra, continuamente llegaban más socorristas, también más civiles. Una chica me contó que ella estaba de servicio en el hotel Trompeterschlösschen, que tenía unos sótanos magníficos. En el primer ataque aéreo, cayeron bombas en el Zentraltheater y en un hotel cercano, los que estaban allí se metieron en los sótanos del Trompeter y allí estuvieron tomando vino. Pero después también empezó a arder el Schlösschen, y en el sótano hacía un calor espantoso. Ella, la camarera, un cocinero y otros dos empleados pusieron en marcha manualmente la máquina ventiladora, se apretaron unos paños húmedos delante de la boca y salieron al aire libre; pero todos los demás perdieron el conocimiento y se desplomaron, ellos, los que se salvaron, habían trepado por encima de montones de cadáveres. Ya muy avanzada la noche o quizá ya de madrugada vino a mí Witkowsky, muy excitado: «Nos sacan a todos de aquí y nos llevan a Meissen, a Klotzsche». Desperté a Eva, estaba de acuerdo, pero pasó un buen rato hasta que estuvo lista para marcharse. Entonces dijeron que el vehículo estaba lleno pero que a breves intervalos irían llegando otros. Nos quedamos fuera, en el banco delante del sótano: dentro, el aire era calentísimo e irrespirable. Oímos la historia de un joven cuya oficina había sido trasladada de Czenstochau a Dresde, y ahora toda su oficina y el resto de sus bienes habían quedado destruidos. Estuvimos mucho tiempo allí sentados, amanecía. Entonces vino otro coche, metieron en él a varios enfermos en camillas, a los sanos nos embutieron en los espacios libres y nos empujaron hacia el fondo. Un viaje dando tumbos entre ruinas e incendios. Desde mi sitio no podía ver nada preciso, pero más allá de la Albertplatz cesaba la destrucción total. El jueves muy de madrugada estábamos en el campo de aviación.

Klotzsche 15 de febrero, jueves mañana 17 de febrero, sábado noche

La primera maravilla fue la inmensa caldera con sopa de fideos en el dormitorio.

Cogí tranquilamente la cuchara de un viejo que había estado comiendo antes que yo. Me tomé tres platos soperos. Luego fuimos a buscar a nuestra gente y la encontramos enseguida en una sala muy parecida de una casa muy parecida. Siempre me perdía en esos laberintos todos iguales. Encontramos a los matrimonios Waldmann y Witkowsky y a la señora Bein, a quien le habían matado al hijo y al marido en el campo de concentración. Buena gente, pero a la larga –hasta el sábado ya fue suficiente– un poco demasiado *populusque*. Asimismo la parte aria del grupo.

¿Adonde había ido a parar la gente de cultura? Nos lo preguntábamos los dos. Probablemente son tan pocos que en una catástrofe así desaparecen. Un hombre de cabellos grises parecía uno de esos vagabundos de teatro que salen en las piezas de Hauptmann. Durante la noche escamoteó y metió debajo de su almohada el jersey de lana y la falda de Eva. Cuando Eva investigó enérgicamente y dio con lo que buscaba, él explicó que se había confundido en la oscuridad. En esa ocasión se puso de manifiesto la versatilidad de la opinión pública. Primero estaban indignados por el conato de robo. Pero luego, una mujer se puso furiosa: «¿Por qué duerme desnuda? ¿Por qué no se preocupa de sus cosas?». Y la opinión dio un giro en redondo. El *populusque* –incluido el judío– era más exigente que nosotros: unas veces la sopa era demasiado aburrida, y con eso uno no podía llenarse el estómago, otra veces se ocupaban muy poco de nosotros, otras veces anhelaban una habitación propia y «poder hacerse uno la comida». La señora Bein era el elemento más popular de nuestro grupo; por la mañana se despertaba llorando: «¡Todos los muebles, todo perdido!», acto seguido estaba de buen humor. A nosotros quizá nos tomaron un poco a mal que durante el día viviéramos a nuestro aire. Y que no pusiéramos pegas a la comida. No cabe duda de que era realmente monótona, siempre la misma sopa (que ya no era la estupenda mezcla de fideos de la primera mañana) y unas fuentes con restos de pan desmigajado –¡desmigajado por qué dedos sucios!–, pero estábamos agradecidos por poder llenar el estómago.

El jueves, ya antes del almuerzo, tuvimos alarma, y el refugio antiaéreo era una construcción muy ligera que sin duda alguna no aguantaría el menor impacto. Pero curiosamente, en Klotzsche no había caído una sola bomba hasta ese momento y esa vez tampoco: los aviones iban, una vez más, a Dresde.

Por la tarde me marché al hospital de urgencia. Ya en Dresde me llamó la

atención la enorme cantidad de ojos lastimados. En Klotzsche habían instalado un servicio oftalmológico. Me llegó pronto la vez, el joven médico, muy amable, preguntó por mi profesión y entonces fue aún más amable y más atento. Diagnóstico: después de un examen superficial (y para más, faltaba allí de todo), la hemorragia se hallaba debajo de la conjuntiva y era leve; pero no estaba descartado que hubiera alguna fisura en la retina, por lo que me aconsejaba que fuera a un especialista. Con qué rapidez hubiera hecho eso en tiempos normales. Ahora no me quedaba más remedio que sumar ese peligro a los otros. Entretanto, el ojo casi se ha recuperado, y probablemente no quedarán secuelas. – […]

Durante la noche del viernes al sábado oí pasar continuamente aviones. Esa noche fue cuando me vino la idea: Piskowitz […] Por la mañana paseamos como siempre los dos solos. En el almuerzo (o sea, el sábado al mediodía) nos enteramos de que el domingo iban a evacuar de la base aérea a todos los civiles, y de que transportarían a los que se habían quedado sin hogar a lugares de la periferia como Coswig y Meissen. Entonces pensamos que Piskowitz nos permitiría desaparecer de un modo más radical e hicimos los preparativos para el viaje.

[…]

En Klotzsche pensé por primera vez en lo que habíamos perdido. Todos mis libros, las enciclopedias y diccionarios, las propias obras, *un* ejemplar mecanografiado del *Dix-huitiéme* y del *Curriculum.* Si en Pirna sucede también una desgracia, quedará destruido todo lo que he escrito desde 1933. – En los cajones del escritorio estaban reunidos los artículos que iban a formar el tercer volumen de la colección de ensayos sueltos. ¿Cómo voy a encontrar todo eso otra vez? En el guardamuebles de Thamm han quedado destruidas todas mis separatas…

Todo eso no me angustió demasiado. El *Curriculum* lo reconstruiría de memoria, en versión más sucinta y tal vez mejor. (Leyendo a Buck[27] me impactó una frase: «Ella, entonces, rompió todos los borradores para poder crear con libertad».) Sólo me daría una pena horrible por la colección de material para la *LTI.* – Siempre que pensaba y que pienso en la montaña de escombros de la Zeughausstrasse 1 y 3, tenía y tengo una sensación atávica: ¡Yahvé! Fue allí donde redujeron a cenizas la sinagoga de Dresde.

Piskowitz, 19 de febrero, lunes tarde

Tengo una lista de palabras clave que voy siguiendo; voy a desarrollar algunas, según mi tiempo y mi estado de ánimo.

Me muevo entre dos peligros. El peligro de las bombas y de los rusos lo comparto con todos los demás; el de la *stella* es el mío propio y, con mucho, el mayor. Empezó en la noche del terror; primero me puse encima la manta. Por la mañana me dijo Eisenmann: «Tiene que quitársela, *yo* ya lo he hecho». Liberé de ella el abrigo. Waldmann me tranquilizó: en este caos y habiendo quedado destruidas todas la oficinas y todas las listas… Por lo demás, no me quedaba alternativa; con la estrella, al momento me fichaban y me mataban. Al primer paso siguieron por fuerza los otros. En Klotzsche, la lista de acogida con «Victor Klemperer», *senz'altro.* Primero, con prudencia, sólo dictado por mí. Luego, firmado por mí al recoger los cupones de la comida. Después, necesitaba una tarjeta de racionamiento. Ahora, en dos oficinas de la ciudad de Klotzsche, datos exactos y firmas. Eva cogió también una tarjeta de tabaco para mí. Firmé dos veces. He comido en restaurantes, he viajado en tren y en tranvía: en el Tercer Reich, todo ello se castiga con la pena de muerte. Me decía siempre que quién iba a conocerme, toda vez que nos habíamos alejado del distrito de Dresde. Kamenz es un distrito administrativo propio. Allí, primero preguntamos a Agnes si alguna vez había contado en esa ciudad que… Respuesta: a nadie. El joven alcalde[28] quería saber cómo se nos había ocurrido la idea de ir a Piskowitz. Yo: que Agnes había estado colocada en nuestra casa mucho tiempo. «Ah, entonces usted es el señor…» – «Klemperer.» – «¿No ha vivido usted antes en otro sitio?» – «Sí, en la Hohe Strasse.» – «Entonces, Anna Dürrlich estuvo en casa de ustedes.» Nosotros respondíamos a todo con la mayor naturalidad, preguntamos por Anna: estaba casada en Viena. Luego, al tomar mis datos personales, la pregunta que no me habían hecho en Klotzsche: «¿Religión?» – «Protestante.» «¿No es usted de origen judío o mestizo?» – «No.» Un amable apretón de manos de despedida; tenemos que volver allí por las tarjetas de racionamiento y el bono de compra, más exactamente, el pasaporte de abastecimiento con el sello de «damnificado por bombardeo». Estoy tan cerca de la muerte como en la noche de las bombas.

Voces populi. En Klotzsche. Una joven de Lübeck: «Quieren obligarnos a

capitular por el terror. (Con furia sincera:) ¡Pues se han equivocado!». Unas cuantas mujeres charlatanas, *popolarissime*, que eran de Dresde y habían podido salvar algo del sótano. «Allí estaba Mutschmann.» – «¿Por qué no le lanzó usted una pedrada en esa jeta que tiene?» En la comida, una mujer de cabellos grises se quejaba de que no se entendía el parte, porque esa joven de enfrente hablaba a gritos. La joven: «A mí nadie me manda callar la boca. ¡He oído demasiados discursos del Führer!». Otra vez, una matrona: «¡Nuestro buen Führer, que amaba taaanto la paz! Pero los enemigos, y ahora esos traidores que hay entre nosotros y que tienen la culpa de todo. ¡Sólo los traidores tienen la culpa!».

Tan poco clara y tan poco uniforme como la *vox populi* es la situación. La base aérea de Klotzsche me dio una impresión de enorme solidez en todos los aspectos. Pensé repetidas veces que eran invencibles. Primero la pujanza militar. Una ciudad militar concebida como un conjunto artístico, sólido, sobrio y elegante […] ¿Dónde hay aquí falta de hombres o falta de material o derrotismo o descuido o renitencia? ¿Dónde se notan cinco años y medio de guerra y el inminente derrumbe? Pero mucho más impactante que el elemento militar era el otro. Los damnificados de Dresde entraban allí en masa, parece que han dado alojamiento a millares de personas y que han superado sin el menor problema esa súbita dificultad […] Aquello «funcionaba», a tan pocos kilómetros del caos, la organización que se derrumbaba se enderezaba de nuevo. Entonces, Alemania tiene que ser destruida realmente palmo a palmo antes del hundimiento total. Entonces, Alemania todavía puede resistir mucho tiempo. – Pero luego fuimos a la ciudad de Klotzsche. Triple vida de la carretera en oleadas ininterrumpidas. Primero convoy militar, todo género de bagajes. Caballos rusos y soldados rusos, a menudo con rostros asiáticos: ejército alemán para salvar Europa. Luego, procedentes de Dresde, gentes con carros de mano cargados de equipaje, de enseres encontrados en sótanos, bajo los escombros. En sentido contrario, convoyes de refugiados procedentes del este. Camiones, en parte transformados en «roulottes» mediante artísticos techos de paja, de cuando en cuando un coche pequeño o algún otro tipo de carruaje enganchado al primer vehículo. Al ver aquello pensé que esto, efectivamente, ya no podía durar mucho más tiempo.

20 de febrero, martes mañana

En nuestro grupo, todas las elucubraciones sobre lo que opinaba el pueblo y

sobre la situación abocaban siempre, lógicamente, en la cuestión de la seguridad personal. Yo era el único que tenía miedo. Después, el sábado supimos: 1) que el domingo expiraba un nuevo ultimátum de capitulación, 2) que el domingo evacuarían de la base aérea a todos los civiles. Entonces Eva, muy inquieta y con enorme energía, tomó a su cargo el plan de Piskowitz. A las siete menos cuarto estábamos de vuelta, con todos los papeles, en la base aérea, a las 19:10 tenía que salir nuestro tren de la estación de Klotzsche, a las 19:20 estábamos allí con nuestro equipaje y unas rebanadas de pan seco. «Anunciarán el tren; no se sabe cuándo.» Aglomeración de soldados y de civiles. Nos comimos nuestro pan. Hacia las 20:30 llegó el tren. Viaje en la oscuridad con paradas interminables e increíble chisporroteo de la máquina. Exactamente a las doce de la noche en Kamenz. El edificio de la estación, abarrotado. Tropas y refugiados. La habitación de la NSV. Dos tablas-literas superpuestas, como en las trincheras, sobre cada una de ellas entre seis y ocho niños pequeños, en parte durmiendo, en parte llorando. Junto a la estufa de cerámica había puestos pañales a secar. Entremedias largas mesas y sillas. Unas colaboradoras repartían una horrenda infusión y rebanadas de pan con mermelada. Cochecitos infantiles. A un niño le estaban quitando la ropa, y aireando el pequeño trasero inflamado. Ir y venir, aire cargado y caliente, abarrotamiento. Eva tomó un trago, yo me comí una rebanada de pan, entonces nos fuimos a la sala de las taquillas donde se podía respirar. Soldados rusos alemanes –uno igual de mongólico que su compañero del convoy de la carretera de Klotzsche– yacían tumbados en el suelo sobre sus abrigos y macutos, dos monjas con grandes tocas blancas estaban sentadas en un banco. Eva durmió durante horas sobre la larga superficie, tachonada de hojalata, de la taquilla del equipaje, yo paseaba mucho de un lado a otro y observaba el anuncio de unos grandes almacenes, Lahmann am Markt, que prometía suministrar vajilla, de la misma buena calidad de antes, «después de la victoria». Al amanecer fuimos a las habitaciones interiores, algo más vacías y más ventiladas. Un hombre joven, bajo y achaparrado, un poco el tipo de negro bondadoso, un poco Dumas *pére*[29], nos pidió fuego, se sentó junto a nosotros y empezó a contar. El padre, copropietario de un gran circo, él domador, veterano del cuerpo de paracaidistas, licenciado por enfermedad, ahora convocado al *Volkssturm*. Habló en tono muy crítico sobre la situación: todo *podía* acabar dentro de pocos días, y *tenía que* acabar antes de la primavera. Dijo que los soldados estaban

hartos y que los rusos iban dirigidos por Brauchitsch. Todo en dialecto de Colonia, no siempre inteligible para mí. A veces tenía la impresión de que el hombre era un soplón, pero probablemente me equivocaba. Hablaba de la corrupción interior, y afirmaba que seguía habiendo de todo lo que se quisiera, sólo había que saber dónde y tener solvencia. Le ofreció a Eva cigarrillos de una cajetilla llena y a mí me dio un puro. Después lo perdimos de vista.

Pregunté en la habitación de la NSV si había una posibilidad de viajar a Piskowitz. El domingo, seguramente no; pero que preguntara en el cuartel de las unidades blindadas y también era posible que nos recogiese en la carretera algún vehículo militar.

Después de las siete empezamos la marcha con el equipaje. Por nuestros viajes recordaba yo mucho de lo que había en el camino. En el cuartel fueron amabilísimos, pero no tenían transporte para Piskowitz, y tampoco dio resultado lo de parar un coche. (Siempre que tenía contacto con la NSV o con la Wehrmacht o con alguna otra institución estatal o del Partido, notaba un pequeño tirón en el pecho, el *memento.* Desde la pregunta del alcalde de aquí, el tirón ya no es pequeño, y en el fondo, estoy viendo constantemente la muerte delante de mí, aunque el sondeo de Eva esta mañana induce a pensar que ese hombre es inofensivo.) Tuvimos que recorrer a pie, despacio, despacio, los 8 kilómetros. Campos de cultivo alternan con parcelas de bosque que parecen trazadas con regla y escuadra y que constan de pinos uniformes, delgados y nada románticos, plantados a muy poca distancia unos de otros. En Grossbaselitz estaba abierta la fonda pero ocupada por una cuadrilla de trabajadores. Fuimos a la cocina, les contamos nuestra desgracia, nos acogieron bien al momento, nos sirvieron en la mesa de la cocina café y panecillos con mantequilla, sin querer recibir a cambio ni dinero ni cupones, y tuvimos que contar. Un viejo, muy fuerte aún, de facciones bien dibujadas y rostro afeitado, el dueño o el padre del dueño, se sentó a la mesa para desayunar y habló en voz alta y sin disimulos de la indecible desgracia, de la que *él*, sólo *él* tenía la culpa, y que él, el dueño de la fonda, hacía tiempo que había visto venir. Y ahora había llegado el final. Tomamos esa hospitalidad como un buen presagio.

Hasta entonces habíamos tenido a la derecha el hermoso horizonte de colinas; y al principio, sobre los montes y en los espacios que mediaban entre ellos, veíamos también la ciudad de Kamenz. Ahora sólo era llanura, al poco

tiempo, bosque, y después, detrás del bosque, con pocas casas, Piskowitz. Una gran aldea, un conjunto irregular de casas de entramado de madera, una gran casa señorial, edificio, en realidad *edificios* de piedra entre amarilla y marrón unidos entre sí en caprichosos ángulos, una gran alquería delante, con muros altos y fuertes de color amarillo. Un ala del edificio pertenece ahora a la Wehrmacht como hospital de sangre. Contigua a la finca, una amplia serie de barracones de un verde chillón, campamento de chicas en servicio de trabajo que mañana será evacuado y ocupado por tropas. Característica principal de este pueblo: el gran número de imágenes de la Virgen o del Redentor, en las fachadas, en las piedras, por todas partes. Un Cristo con columna de piedra junto al pequeño puente. Encontramos sin dificultad «nuestra casa» al otro lado del riachuelo.

Tarde

Destrozado, pero en realidad más por un súbito resfriado y por el cansancio que por el miedo a la muerte, que sólo pesa sobre mí como una presión difusa y sorda, ora más fuerte ora más débil. Un poco también me mantiene en pie lo romántico y novelesco de la situación. Eva estuvo esta mañana con Krahl, le enseñó su pasaporte, que por fin había aparecido, y su tarjeta de ropa y le preguntó si servía de algo, charló con él, lo encontró inofensivo, no cree que sospeche de nosotros.

Llegamos el domingo al atardecer. Una niña, Marka (Maria), de ocho años delante de la puerta: que su madre estaba enferma. En la sala que ya conocíamos bien, estaba Agnes, acostada en el sofá, muy poco cambiada, con el mismo rostro de piel rubicunda de antes. Espanto y alegría y otra vez espanto: desde hace años, desde que Michel encontró la casa de Dölzschen abandonada por nosotros y «con gran bandera», nos había dado por muertos. Luego con la voz quejumbrosa que, a decir verdad, había tenido siempre: aquí estoy, inmovilizada –pero era sólo una gripe que ya estaba remitiendo, y al día siguiente ya se había recuperado– después de tanta desgracia: su hijo menor había muerto a los tres años, en diciembre de 1943, su marido, a los cuarenta y seis años, en septiembre de 1944, de gripe y de pulmonía –sin médicos, sin medicinas, con una estancia insuficiente en el hospital–, su hijo acogido (el hijo natural del marido), un chico muy trabajador, de dieciocho años, estaba prisionero de los norteamericanos,

Jurij, el de trece años, era un niño inquieto y poco dado al trabajo, Marka, pobrecita, muy pequeña aún. Sólo la ayudaba la cuñada. Y luego los refugiados, y luego los soldados, y luego la perspectiva amenazadora del hambre, de la evacuación. Pero no dudó un instante en acogernos. Dijo que le habían profetizado mucho sufrimiento y *una* alegría, y que el sufrimiento ya lo había tenido, y nosotros éramos ahora la alegría. Comprendió al momento nuestra situación o consternación. Con esa misma naturalidad y cordialidad nos saludó su familia, que al momento estaba al corriente de nuestra situación (no sé si también sabían lo de la estrella, porque entre ellos hablan su lengua). El padre de Agnes, el viejo Zschornack, que nos la trajo a Dresde hace veinte años largos, vino de la aldea vecina para echar una mano y nos saludó como a antiguos conocidos, un hombre de setenta y seis años, enorme y apenas encorvado por la edad, que gana abundante dinero y comida con trabajos ocasionales. Rothe, la cuñada, está empleada en el restaurante; su marido, obrero en la serrería y en otro sitio, viene aquí por las noches y habla de política. Antinazi radical, católico, checófilo y eslavófilo. Oye con la mayor naturalidad Beromunster (¡era una emisora «neutral», podía hacerlo! – «¡le cuesta la cabeza, señor Rothe!»), afirma que este territorio, hasta Rügen, pertenece a los sorabos, y que él no huirá de los rusos, él y Agnes no hacen caso de campañas difamatorias y de todos esas historias de horror, la guerra tiene que terminar enseguida, Hitler no ha tenido en cuenta al «general Hambre»… El domingo por la noche, en medio de sus peroratas políticas, entraron dos soldados, dos hombres altos y, en dialecto bávaro, pidieron hospedaje para ellos y para cuatro caballos. Desde entonces siguen alojados aquí, pero son gente muy agradable y afectuosa; a nosotros dos nos han regalado puros y papel de cigarrillos. No se puede saber con exactitud si pertenecen a las tropas de avituallamiento, a la artillería o a la infantería: parece que de todo eso hay en el pueblo. – Refugiados, soldados, construcción de barreras antitanques, trincheras, coches de impedimenta tirados por caballos y cargados con sacos de cemento y con otros materiales: esto es lo que imprime su sello a toda esta región.

[…]

21 de febrero, miércoles mañana

La propiedad de los Scholze es tal vez la más pequeña del pueblo. En la casita de

entramado de madera, dos piezas. Al nivel de la calle, la sala de techo bajo, que conocemos bien, con mucha ornamentación católica; arriba, un dormitorio con dos camas para el matrimonio y una cama de niño. Tanto arriba como abajo una cocina diminuta que dispone de cocina económica, caldera, agua corriente (sin desagüe). Detrás de la casa, el establo y el terrible retrete, detrás del establo, el pajar. En la cocina se lavan todos –nosotros también– en *una* jofaina (pero la cocina tiene siempre agua caliente); utilizar el retrete, dada su pequeñez, es una tortura y requiere habilidad; falta papel, ya que de Dresde no llegan periódicos. Agnes duerme en la sala de estar, en el sofá, el niño en el suelo. Arriba dormimos la primera noche Eva y yo en una cama, Marka en la otra. Después iban a darnos la pequeña pieza contigua en la que de momento hay cereales. Pero como consideran inminente la evacuación, Agnes no hace cambios: ahora Marka duerme arriba en la cama de niño y nosotros nos repartimos las camas del matrimonio. Como no se pueden oscurecer las ventanas de la habitación y no se puede encender la luz, y es difícil vestirse en plena oscuridad, duermo en pantalones. Abajo, la habitación pequeña está ocupada por los soldados: bávaros, buena gente, muy cordiales en el trato, le han regalado a Eva papel de cigarrillos y a mí cigarros. Todo sucede en la sala de estar, en la que escribo mis apuntes horas y horas (una pesadilla la tinta, el papel, la pluma de la tienda de ultramarinos): Jurij se pone las polainas, visten a Marka, Agnes se peina, yo también me afeité ayer, liberándome de la espesa barba de una semana, con los utensilios de afeitar del difunto Michel (también he heredado de él un bonito sombrero). Sobre la mesa de madera, en la que nunca se pone mantel pero que se limpia muchas veces con un trapo húmedo, se llevan a cabo *todas* las actividades: juegos y tareas escolares, zurcir, comer. La gente se lava poco y no se baña nunca. Falta todo lo civilizatorio o urbano; todo lo que es elemental en la ciudad falta aquí probablemente en tiempos normales, cuanto más ahora. (Aunque hay agua corriente y luz eléctrica.)

Pero, contrastando con todo esto, la alimentación es paradisíaca. No es que Agnes nos trate como a invitados y nos prepare cosas especiales, sino que nos da lo mismo que comen sus hijos. Claro que nosotros estábamos en Dresde especialmente mal, la comida de Klotzsche ya nos pareció un régimen de sobrealimentación. Pero aquí uno se alimenta verdaderamente de nata y mantequilla, y se ingieren en un día más calorías que en Dresde en toda la

semana. Por la mañana y por la tarde tenemos el estupendo pan de pueblo, sin límite de cantidad, con mantequilla y requesón o miel. Al mediodía hay una sustanciosa sopa y casi siempre carne, en la cena también. Tienen conejos y los sacrifican, tienen leche en cantidad (de dos vacas), no entregan todo lo que hay que entregar, y hacen algo de mantequilla clandestina. Ayer por la tarde hubo tortitas de huevo con el café, Eva tomó dos y media y después una rebanada de pan con carne, yo tres y media. (Para comparar: en Maxe hubo en tiempos mejores una tortita de huevo pagando con cupones de 100 gramos de pan y 10 gramos de grasas; desde hacía meses no había huevos, de modo que por esos cupones daban una tortillita de patatas sin huevo. Una así y medio «plato fijo» sin grasas era la comida preferida de Eva.)

El vecino mató ayer un cerdo, y hemos tenido al mediodía carne grasa cocida y por la noche caldo graso de morcilla. Durante muchos años no he podido comer al mediodía; ahora tengo tal hambre atrasada que tomo todas las comidas en grandes cantidades y con enorme apetito: a las ocho el desayuno, a las doce el almuerzo, a las cinco el café y a las ocho la cena. En situaciones monstruosamente precarias, el campesino –antes me resistía a creerlo– es, indudablemente, el hombre más importante y más feliz. Calmar el hambre es lo primero de todo, incluso la vivienda viene después.

Además de un poco de tierra de cultivo y un poco de bosque, Agnes posee dos vacas, una cabra, un cerdo, conejos, palomas, algunos gansos y gallinas, unas 30 colmenas. El control de las entregas parece que es de lo más estricto, y sin embargo logra escamotear bastante. El cubo de leche de por la mañana bastaría para una de nuestras lecherías habituales de la ciudad. Y aquí no conocen la leche descremada. Esta mañana vimos a Agnes con una gran jarra marrón de piedra, en la que hacía mantequilla clandestina, con silenciosos movimientos oscilatorios.

El fumista embadurnó ayer la caldera en la miniatura de cocina, porque también van a matar a «nuestro» cerdo (2 o 3 quintales).

El colegio de los niños. Ayer fue Marka a Grossbaselitz para una hora de clase que tiene lugar cada dos días en la fonda. Hoy, para lo mismo, Jurij a Kleinbaselitz; pero él rechaza esa denominación; se llaman Deutschbaselitz y Wendischbaselitz. Lo sorabo o vendo tiene que estar siempre presente. Jurij volvió sin haber tenido clase. En la fonda se alojaba un convoy de refugiados; el

maestro dijo que olía demasiado mal. Anoche Eva ayudó a Marka a hacer cuentas en su pizarra. 5+2, 3+4… Increíble qué difícil le resultaba a la niña contar con los dedos. Tienen una nueva edición del *Atlas escolar alemán de Philipp Bouhler* (firma en facsímil), del 1 de septiembre de 1942. Terrible *hybris*. Extractos del contenido: «La Gran Alemania en el área centroeuropea», «La Gran Alemania como espacio vital», «Las unidades territoriales del NSDAP», «Colonias alemanas», «Nuremberg, ciudad de las asambleas del Partido», «Múnich, capital del Movimiento»… Los problemas de aritmética de la *Aritmética alemana* están tomados de la Ayuda Invernal 1938-1939, del Dictado de Versalles, de la eliminación del desempleo por Adolf Hitler, etc.

De vez en cuando entra un soldado en la habitación: «Buena mujer, ¿me puede dar un poco de harina?». Entonces se charla un poco. Esa gente se ha resignado a lo irremediable –esto ya no es una guerra, es sólo una masacre, no se puede con la inmensa superioridad de los rusos, etc., etc.–, pero es *solamente* eso, resignación y fatiga –uno de ellos es soldado desde hace siete años y medio–, nada de derrotismo ni, menos aún, rebelión. No hay duda de que seguirán dejándose masacrar, de que seguirán resistiendo.

De su inútil caminata a la escuela, Jurij trajo cartuchos que había encontrado en el trayecto y también un cargador entero. Nosotros dijimos que los rusos pasarían por las armas a todos los habitantes de la casa si encontraran aquí cartuchos. Acto seguido, la madre se los quitó, cosa que le ofendió enormemente.

Al anochecer

Ha llovido la mayor parte del día. Debido a ello, el constante desfile de caravanas de refugiados causaba una impresión aún más mísera. Delante de las carretas, yuntas de caballos o de bueyes, también de caballo y buey juntos, detrás caballos y potros atados. Como en siglos pasados. Y eso unido a la atrocidad de los ataques aéreos. Por la tarde fuimos un rato a pasear. La carretera y la linde del bosque, reblandecidas. Más convoyes. En el pueblo están construyendo otra barrera: estrechamientos (no obstrucción) de la carretera a base de parapetos de piedras y troncos de árboles colocados delante. En las alquerías, soldados con caballos de montar bien cuidados: ¡extraña infantería! En la linde del bosque y también en la carretera, tiras de papel de estaño, como las que arroja la aviación

para despistar a los aparatos de detección. (*NB:* Jurij me ha enseñado octavillas arrojadas por los aviones.)

En casa nos encontramos con una mujer de Dresde, comerciante, que había vivido la noche del terror, sin que le pasara nada a su casa, en el barrio de Wilder Mann, y que se había marchado de Dresde el lunes. Sus parientes, los Kuske (nuestros proveedores de la Holbeinstrasse), madre e hija, habían muerto. Contó que había un repugnante olor a cadáver –la cifra oficial era de 200.000 muertos–, que sólo había chorritos de agua, nada de gas, ningún periódico, en su lugar una hoja de instrucciones del *Freiheitskampf* en la que se amenazaba con fusilar a «todo el mundo», que habían abierto unos estrechos corredores entre los escombros, que se veían papeles: Estoy a salvo… Busco a éste y a éste… – «¿Sabe usted algo de un tal doctor Lang, un médico judío? Hasta poco antes de la guerra tenía puesta consulta, después lo vi una vez en Zeiss-Ikon…» – «No lo conozco, pero si era judío se lo llevaron seguro hace tiempo a Polonia, se los han llevado a todos…» La mujer tenía ataques de indignación, lanzaba venablos contra ese gobierno de asesinos, pero siempre, a intervalos, con accesos de miedo y suplicando que no la traicionáramos. Me regaló una hoja de afeitar –maquinilla ya tenía, estaba entre las cosas dejadas aquí por un soldado– y un pequeño peine. Había recogido, y esto le hizo ganar nuestras simpatías, un gato en Dresde y se lo había llevado con ella a Piskowitz. Los soldados llaman a los niños para que coman con ellos, hay carne. En todos los ejércitos hay buenas personas y asesinos. – […]

23 de febrero, jueves mañana

El joven Rothe, un muchacho agradable de unos diecisiete años, trajo ayer unos números del *Kamenzer Tageblatt.* Deprimentes para nosotros los partes militares: ni en el este ni en el oeste avanza el enemigo, y lo que está claro de todos modos es que en el bando alemán no hay la menor ola de pánico. *Así* podemos continuar meses aún. Por otra parte: el *16* de febrero han creado consejos de guerra. Toda debilitación de la resistencia se castiga con la muerte. Yo combino eso con las deserciones de los últimos días de Dresde. ¿Cuánto tiempo se puede hacer resistir por la pura fuerza a un pueblo desesperado?

Escandalosas las breves noticias sobre Dresde: sólo los irrecuperables monumentos artísticos, ni una palabra sobre los 200.000 muertos […]

26 de febrero, lunes después de comer

Toda la noche y el día entero fuertísima tormenta, casi siempre con lluvia. Por la mañana temprano he estado mucho tiempo despierto en la cama, con pensamientos opresivos. Con cada día que pasa aumenta el peligro para mí, mañana hará dos semanas de la catástrofe, por doquier trabaja la organización, y ni en el este ni en el oeste ni en el interior se ve el final de la guerra. Parece que Hitler ha hablado otra vez anunciando que este año la guerra dará un giro. ¿Cuánto tiempo puedo quedarme aquí sin peligro? – En la casa ha habido movimiento desde muy temprano porque se marchaban los soldados. Restos de una división aniquilada que va a ser reorganizada en no sé dónde. Le pregunté a nuestro soldado si había oído el último parte militar. Respuesta: Sí, Breslau sigue resistiendo el cerco total que sufre desde hace diez días, pero de nuestra sección (Görlitz) el parte no dice nada […]

27 de febrero, martes mañana

Siguen la lluvia y el viento huracanado, aunque hay una ligera mejoría, pero con las calles reblandecidas el tiempo no es apropiado para una ofensiva. – Eva está haciendo toda clase de planes de huida, para una eventualidad, también hemos escrito unas líneas a Annemarie. Agnes echará la carta en el buzón de correos de Grossbaselitz: pero cada minuto, el riesgo atroz de que entre alguien: «¿Es usted…? Venga conmigo». ¿Sé yo a quién está buscando la policía de Dresde? Puede que nadie piense en mí, puede que a mí me sea posible seguir viviendo aquí en paz muchas semanas, puede que *avant que l’hémistiche*[30]. Eso me atormenta, literalmente, día y noche […]

Tarde

Mañana es o debería ser la matanza del cerdo; gran operación, Agnes ha ido a Kamenz a por los ingredientes, los niños la están gozando por anticipado, Jurij quiere matarlo él, Marka: «¡Le he dicho al cerdo: mañana te matan!». Luego volvió Agnes desesperada diciendo que el matarife conseguido para el día siguiente con tanto esfuerzo de pronto había sido llamado a filas. Ahora va de la Ceca a la Meca para encontrar un suplente. Yo me encuentro en la misma

situación que el cerdo. Con la sentencia en suspenso, eso es todo, y la salvación del día 13 habrá sido en vano. Parece que los rusos han retrocedido por todas partes, y que, según el periódico, Sajonia oriental está fuera de peligro. Los periódicos conminan a todos los habitantes de Dresde cuyas casas no hayan quedado destruidas a que regresen, por tanto allí también está volviendo el orden. Me veo perdido. Hasta ahora no se nos ha ocurrido ninguna solución.

Corto paseo por la carretera. Junto al mojón encontramos una familia numerosa, gente modesta y respetable, con una carretilla de mano cargada hasta los topes. Nos preguntaron si había donde alojarse en Piskowitz; llevaban ocho días viajando. Eran de Colonia y, cuando perdieron todo en los bombardeos, pasaron a Muskau[31], que acababan de dejar por ser refugiados. Dijeron que los rusos habían sido obligados a retroceder unos 60 kilómetros (?!) cerca de Guben, pero se preguntaban cuánto tiempo iba a durar esa situación. «Es para desesperarse», dijo el de más edad, probablemente el abuelo, sesenta y seis años. Le consolé mientras pensaba que *él* no tenía que desesperar. Pero *yo* sí. Yo veía en carne y hueso delante de mí a los perros de la Gestapo, al retorcido Müller, al brutal Petri, al presuntuoso gordinflón de Köhler y deseaba tener a mano Veronal. ¡Todo menos caer en sus garras!

Al mediodía, por el lado de Kamenz, alarma.

28 de febrero, miércoles mañana

[…]

Eva fue esta mañana a ver al alcalde. Inofensivo y cargado de trabajo como hasta ahora, y en Dresde parece que el caos sigue siendo bastante grande. Pero le leyó a Eva nuevas disposiciones, publicadas en el *Kamenzer Zeitung*, y ahora Agnes trae el periódico con las ordenanzas de Mutschmann: la soga se va cerrando en torno a mi cuello, no se ve ninguna salida. Y la guerra continúa, casi con éxito para Alemania: sigue resistiendo por todas partes e incluso ha reconquistado terreno. Después del desayuno estuve en la tienda de ultramarinos, encontré tinta –pero no es mucho mejor que la que estoy usando– y algo de papel higiénico. Una mujer, con fuerte acento prusiano-oriental, se lamentaba: era de Tilsit, había encontrado descanso aquí por algún tiempo, y ahora, este mediodía se llevaban de aquí a los refugiados, todos los evacuados *tenían que* marcharse, probablemente a Baviera. Una joven decía que ella era de Görlitz,

que vivía aquí en casa de su tía y que esperaba poder regresar a Görlitz, porque seguro que los rusos se verían obligados a retroceder. –Todo esto agrava *nuestra* situación aquí, porque así, aislados, seguro que llamamos más la atención, y muy pronto nos harán regresar a Dresde […]

Después del almuerzo, dos de la tarde

La imperturbabilidad de Eva me hace recobrar siempre los ánimos. Su plan de pedir ayuda a Scherner me parece entre fantástico e imposible; pero el trayecto hasta allí nos haría pasar por Pirna de todos modos, y con Pirna vinculo yo una última esperanza […]

MARZO

1 de marzo, jueves mañana

Suavísimo tiempo de comienzo de primavera. Por la mañana, despierto en la cama, con un pequeño rayo de esperanza vislumbrado ayer. Benko Rothe, el joven de diecisiete años, vino a preguntarnos si queríamos oír la radio en su casa a las diecinueve horas. Estaba programado un discurso de Goebbels y dijimos que eso no nos atraía. El, entonces: «No, habla *el otro*». Fuimos, pues, a las siete, es decir, Eva me llevó, en parte literalmente de la mano, a través de una oscuridad total. Yo tenía, como casi siempre los últimos días –¿el constipado, la sorda excitación?–, fuertes molestias cardíacas. Esta vez encontramos a los Rothe solos, aparte de Maria Scholze; después llegó otra chica sola. A través de los zumbidos y los pitidos de las interferencias, separado por retazos sueltos de palabras y de melodías de diversos países, llegó con claridad el discurso de una emisora para soldados que comparaba el programa del Partido con la situación y los logros reales, luego el discurso incriminatorio de un alemán, prisionero en Inglaterra, pidiendo que se pusiera fin a esta guerra absurda y al régimen criminal que había asesinado a «millones de judíos, de polacos, etc.»… Esos discursos, lo mismo que los que oí el otro día (y lo mismo que todo lo que yo ya sabía antes al respecto, vía Winde) me causaron una impresión de completa inutilidad. Lo oyen millones de personas desde hace muchos meses y nadie mueve un dedo… «¡Sois demasiado cobardes para dejar de luchar!», decían en una de esas alocuciones. Luego, perdiéndose enseguida entre los ruidos de interferencia, noticias del frente. «El mariscal Stalin» anunciaba la toma de Nueva-Stettin y de Prenzlau, en Pomerania; los ingleses afirmaban haber «avanzado 16 kilómetros en las últimas veinticuatro horas» por la «llanura de Colonia», Berlín había vuelto a sufrir fuertes bombardeos. Y luego, allí estaba de pronto el discurso de Goebbels, en radical contraste con las acusaciones anteriores, y justamente ese discurso es el que me infundió esperanza. Goebbels habló de modo distinto a lo que acostumbra. Prescindió casi todo el tiempo de la modulación retórica de la voz y, en cambio, acentuando con fuerza y con

uniformidad, dejó caer muy despacio las palabras, una a una, como un goteo, como martillazos con pausas entre golpe y golpe. Y el contenido era completa desesperación. Seguía siendo el lenguaje del deporte: somos como el corredor del Maratón. Tras él quedan 35 kilómetros, ante él hay 7. Está completamente empapado en sudor, siente punzadas en el pecho, quema el sol, decaen las fuerzas, una y otra vez surge la tentación de abandonar. Sólo la voluntad extrema lo mantiene en pie, lo impele hacia delante, tal vez pierda el conocimiento, se derrumbe al llegar a la meta, ¡pero tiene que alcanzarla!… ¡Cuántos moribundos han vencido a la muerte por su sola voluntad de vivir!… Estamos agobiados al máximo, el terror aéreo apenas se puede ya soportar: pero no cejaremos. Sólo muy pocos individuos, gente inferior, piensan de otra manera. A todo aquel que nos sabotee, «le pondremos con fría calma la soga en torno al cuello». Y después, la vieja letanía: que la historia pierde su sentido si no conseguimos la victoria sobre las hordas «del interior de Asia». Luego, como consuelo objetivo: los enemigos están «exactamente igual de cansados que nosotros». Y como perspectiva: tenemos que «limitarnos y que improvisar» y «reconquistar» lo antes posible los territorios alemanes. – En resumen: ese discurso del corredor maratoniano era el de un desesperado, y vinculándolo a la noticia de que los ingleses habían acelerado la marcha sobre Colonia, se podía vislumbrar un rayito de esperanza y pensar que tal vez los próximos días pudieran traer un cambio.

Ese discurso, por cierto, estaba en fuerte contraste con un *pronunciamiento*[32] que Hitler mandó leer hace pocos días –yo lo vi ayer en el *Kamenzer Zeitung*–, y en el que asegura que «este año» él va a cambiar el rumbo de la guerra acabando con la «peste judeo-bolchevique» y sus «rufianes» angloamericanos. «Fanático» y «fanatismo» no faltan ni en Hitler ni en Goebbels, y en Goebbels, conforme al viejo mito de la batalla contra los hunos[33], los muertos siguen luchando en los aires, y él prefiere morir a vivir la derrota. – «¡Pues que se muera!», gritó Maria Scholze, que interrumpía una y otra vez el discurso con vehementes exclamaciones […]

Falkenstein en Vogtland, en la farmacia de Schemer

7 de marzo, miércoles mañana

Resumen

Domingo, 4 de marzo: Salida de Piskowitz a las 14 h.

Llegada a Pirna a las 23 h.

Con Annemarie y con Dressel: noche.

Lunes, 5 *de marzo:* 10-12 h. en el refugio antiaéreo de la clínica.

14 h: comienzo del viaje a Falkenstein.

Ataque nocturno al tren.

Martes, 6 de marzo: Por la mañana desayuno en Zwotental.

11-13 h tren de mercancías a Falkenstein.

En la farmacia de Scherner.

Desde que llegamos aquí, mis probabilidades de sobrevivir deben de haber aumentado como en un 50%. Pero a mis manuscritos de Pirna, que ya no tienen copia y que abarcan todo el trabajo y todos los diarios, les doy como máximo un 10% de probabilidades.

Ahora, por orden:

El domingo, en Piskowitz, acababa yo de escribir mis apuntes cuando el alcalde se presentó de pronto en la habitación y dijo sin más rodeos que bueno, que a las dos teníamos que marcharnos; a nuestra objeción de que estábamos alojados «en casa particular» y a nuestros requerimientos: que eran órdenes estrictas, que lo sentía, pero… Si teníamos amigos en otro sitio, añadió, no estábamos obligados a sumarnos al transporte colectivo a la región de Bayreuth. Eva dijo que esos transportes colectivos eran un asesinato con otro nombre, que los bombarderos los aniquilaban en estaciones y en alojamientos colectivos (como en Berlín, como en Dresde en la TH y en la estación central). Krahl le dio la razón. Eva le pidió tarjetas de alimentación, él se comportó muy correctamente, quería enviarnos un vale para comprar un pantalón tan pronto le diésemos una nueva dirección. Agnes estaba literalmente anegada en lágrimas. Primero y sobre todo por verdadero cariño y preocupación por nosotros, luego por miedo a tener que dar alojamiento a otras personas (soldados) […] A las dos, cayendo una nevada horrible, Agnes nos llevó con Marka –Jurij estaba ausente– a la casa de unos vecinos. Allí esperaba ya una refugiada. Luego llegó un carro descubierto, pequeño, ya medio lleno, otro completamente lleno iba ya por delante. En el nuestro, entre maletas, bultos y, sobre todo, tres cochecitos de niño

que formaban el eje central, demasiado ancho, nos amontonábamos ocho adultos (incluido el cochero) y cuatro niños; en los coches de niño iban además acostados, muy bien tapados, tres bebés. Las mujeres –hombres no había– estaban excitadas, eran bruscas y groseras. No habría sido agradable quedarnos en su compañía. Con el carro que iba delante formábamos exactamente uno de esos convoyes que habíamos visto tantas veces. Así pues, ahora éramos también refugiados que se habían quedado sin casa y a los que evacuaban. Íbamos a paso lento, el viaje duró más tiempo que nuestra marcha a pie de Kamenz a Piskowitz [...] En la estación, la muchedumbre que ya nos era familiar. Serían como las dieciséis horas. Eva sacó billetes para Pirna, y poco después el tren se puso en marcha, a paso de tortuga y con paradas continuas [...] Por fin, hacia las once de la noche, Pirna. Caminamos por la calle oscura y húmeda. Eva conocía el camino. Tuvimos que llamar mucho rato con los nudillos en la casa cerrada a cal y canto y buscar el timbre. Entonces bajaron al mismo tiempo el doctor Dressel y Annemarie, ambos apenas cambiados, ambos no excesivamente sorprendidos –yo le había enviado poco antes desde Piskowitz unas líneas a lápiz a Annemarie [...] Conté mi historia y el peligro que corría (para simplificar les dije que yo debía formar parte del grupo que transportarían a la cámara de gas el 16 de febrero), dije que estaba fuera de la ley y que tenía que encontrar donde esconderme [...] Dressel nos dio para esa noche la cama matrimonial de su casa y él se instaló en la habitación contigua, en el sofá, me regaló un par de zapatos (de mi número) y un pantalón («¡Yo no puedo poner a salvo todas estas cosas!»), a Eva le dio tabaco. Annemarie nos hizo el desayuno a la mañana siguiente –allí empezó el pasar hambre–, se hizo cargo de mis papeles («sin garantía, como es natural») y me dio 250 marcos. Después llegó corriendo a la estación porque creía que habíamos olvidado en su casa unas llaves; pero las habíamos dejado allí con intención, porque la casa a la que pertenecen ya no existe [...] Mientras me afeitaba, Eva fue a la estación. Sin certificado de la dirección del distrito se puede viajar 75 kilómetros. De momento *no* queríamos recurrir al Partido, sino ver cuánto nos acercábamos a Scherner sin la ayuda del Partido. Eva regresó: que al parecer habían simplificado todo, con nuestro papel extendido en Klotzsche le habían dado *senz'altro* billetes para Falkenstein, región de Vogtland [...] El éxito de la compra de billetes me confortó un poco; si lo de Scherner no funcionaba –quizá había muerto hace tiempo, en los años treinta ya era

apoplético en grado sumo, y durante todo este tiempo Annemarie no había tenido noticias suyas–, entonces nos iríamos a Baviera. La meta sería Schweitenkirchen, junto a Múnich, donde viven los Burkhardt, padres de la señora Stühler. No nos conocen, nosotros no sabemos nada de ellos, es menos que la tabla del náufrago, pero es una prolongación de la línea de huida […] El tren viajó casi sin retraso a las 13:45 […] Viajamos sin demasiado miedo a los aviones, los norteamericanos habían despachado su ración diaria, los ingleses llegaron primero de noche, y su meta habitual, Dux y Brüx, la teníamos que haber atravesado ya hace tiempo. Pero el tren viajaba más despacio, con paradas cada vez más largas, y cuando llegamos a Dux, era ya completamente de noche. Entre Dux y Brüx se encontraba la fábrica de hidrogenación, toda la zona, hasta Komotau, era una cuenca carbonífera y estaba expuesta a ataques aéreos. Apenas habíamos pasado Brüx, hubo alarma. El tren se detuvo, retrocedió un poco –hasta una franja de bosque, dijo Eva después–, volvió a detenerse. Se oía ruido de aviones, se oían detonaciones relativamente cercanas, tal vez artillería antiaérea, tal vez bombas. De pronto, todo en derredor, intensa claridad: proyectiles luminosos, que ya conocía yo de Flandes. «Maldita sea», dijo Eva, «¡proyectiles luminosos sobre nosotros!», y se agachó entre los bancos, yo también me agazapé y abrí la boca. Tenía fuertes palpitaciones, sentía la muerte sobre nosotros. Dos, tres impactos cercanos. Alguien dijo: eran como tres franjas de aceite ardiendo, y ahora arde algo en el suelo, a unos 30 metros de nosotros. En toda la zona alrededor de nosotros seguía la gran luminosidad. Pero los zumbidos habían pasado, tampoco se oían más impactos de bombas. Entonces volvió la oscuridad, y al poco rato el tren se puso en movimiento […] A las ocho de la mañana estábamos en Zwotental, un pueblecito perdido de montaña, en un bosque cubierto de nieve. Nuestro calzado era ligero y teníamos frío y hambre. (Y así seguimos desde entonces.) Un malhumorado jefe de estación dijo que a las siete de la tarde había un tren para Falkenstein […] Nada más apearnos habíamos oído decir que a las diez y media pasaba un tren de mercancías; pero, a nuestras preguntas, el jefe de estación había declarado categóricamente que no nos dejaría viajar en modo alguno en ese tren […] Cuando llegó el tren, corrimos detrás de él a través de las masas de nieve, hasta el furgón de cola. El jefe de estación gritaba todo el tiempo que no nos dejaba viajar, que éramos viejos, que apearse sin andén era peligroso…, yo ya quería desistir pero Eva seguía

intentándolo. Cuando llegamos junto al tren, el maquinista nos soltó la misma letanía […] Pero cuando yo ya lo veía como imposible –habíamos protestado mucho, diciendo que hacíamos gimnasia, que no estábamos anquilosados, que en la noche terrible habíamos trepado por todas partes…–, el maquinista dijo de pronto (y el jefe de estación no le contradijo) que como ya estábamos allí y no lo dejábamos en paz, que nos metiéramos en el tren […] Este avanzaba despacio, pero más rápidamente que el tren correo, a través de monte alto cubierto de nieve y de cimas desprovistas de árboles: Kipsdorf, una variación de nuestro Schellerhau. En diversas estaciones, cargaban y cambiaban de vía. Una vez sacaron del depósito de mercancías y metieron en el vagón, formando cadena, tal y como yo había hecho en mi época de fábrica, muchísimas cajas de cartón con la estrella de Knorr. Quise colaborar, igual que los soldados, pero: «La *Wehrmacht* puede hacerlo, los civiles no: ¡si le sale a usted una hernia!…». Durante los cambios de vía tuvimos que bajar dos veces y meternos en las masas de nieve (con nuestro calzado ligero). Una vez oímos muy lejos una alarma pequeña. Pero a la una llegábamos apaciblemente, tras la ruidosa locomotora, a Falkenstein, nos paramos bastante a la intemperie, un empleado nos acompañó hasta la estación y terminamos en la sala de espera tomando una sopa de arroz. Una mujer sencilla que estaba a la mesa nos dio enseguida información sobre el domicilio particular de Scherner. Dijo que era buenísima persona, que unos años atrás había sufrido un terrible derrame cerebral y tuvo que ir a un sanatorio pero que ahora estaba ya bastante bien. Cuando nos dirigíamos después lentamente a la ciudad con nuestro equipaje –cuadro invernal, nieve y placas de hielo–, nos llamó una mujer diciendo que su trineo de mano estaba vacío, que podíamos poner en él nuestras cosas. Así lo hice y la ayudé a arrastrarlo. También ella cantó enseguida las alabanzas de Scherner: «¡Allí estarán ustedes estupendamente!».

8 de marzo, jueves mañana

Ayer todo el día y esta mañana he estado escribiendo las notas precedentes. Superando mi propia resistencia interior y concentrándome en los detalles, porque la esperanza de sobrevivir es escasa y más escasa aún la esperanza de que sobrevivan mis manuscritos de Pirna. La destrucción continúa, día y noche.

En casa de Scherner abrió la puerta una señora mayor, muy amable y

enseguida al corriente de todo, una hermana de Trude Scherner. Dejamos nuestro equipaje en el pasillo y fuimos a la farmacia. Acogida, amablemente cautelosa, a cargo de una empleada: el jefe tenía que dormir hasta las tres; eran las dos y media. Esperamos sentados en la habitación que une la tienda con el despacho particular. Al cabo de un rato, Muttchen[34] sacó la cabeza, me reconoció: saludo cargado de sorpresa. Hans Scherner se levantó muy trabajosamente del sofá. Una ruina, gordísimo, de movimientos lentísimos, siempre con un grueso bastón en la mano y por lo general –en la calle, siempre– acompañado. Pero en muchas cosas, el de antes. Cariñosísimo, solícito, vital, en su interior evidentemente satisfecho. Al mismo tiempo, sin embargo, no sólo ecuánime sino indiferente, apático, sin conceder demasiada importancia a las cosas. Sobre su propia persona: sí, en 1940 había tenido un derrame, pero luego Tölz[35] y convalecencia en un sanatorio, y ahora todo marchaba otra vez, el brazo también, y de mucho tenían la culpa por lo visto la gota y el reuma… ¿Büblein? – Murió hace tiempo, cinco años ya, anemia perniciosa, llegó a los cincuenta y cinco. ¿Harms?[36]> Sigue con vida, octogenario, editorialista, muy, muy nazi. Qué quieres, tiene que ganarse el pan, y quizá crea en ello también. Scherner lleva también la insignia del Partido y en el despacho particular hay en la pared un retrato de Hitler, «y tenéis que ser prudentes, mi joven dependienta, una buena chica, encantadora, pero la han educado así…». Etc., etc. Nuestra propia historia la escucha emocionado y horrorizado, pero también, a la vez, con cierta apatía. Pero quizá sea esa apatía solamente el no-saber, el no-poder-imaginarse. Porque muestra la misma indiferencia frente al peligro de las bombas. «¿Al sótano? Jamás. Abajo hay bidones de gasolina, además la salida al exterior es mala. Nosotros siempre seguimos durmiendo.» Sin embargo, a la indiferencia se sumaba siempre la cordialidad, la alegría. Y en medio de todo eso, continuamente, el intenso tráfico comercial. «Estoy completamente exento de deudas desde hace cinco años, facturo 250.000 marcos al año, tengo nueve empleados, entre ellos dos farmacéuticas diplomadas, pago 50.000 marcos de impuestos y al mes 2.000 marcos en sueldos.» – «Por supuesto que os damos alojamiento, ya encontraremos el modo. En casa hemos tenido que alquilar una habitación a un ingeniero de Berlín, luego está allí la hermana de Muttchen, luego esperamos a Norma Schingnitz con tres hijos. ¿Schingnitz?[37] – Bueno, se ha divorciado del nazi, es la mujer de un médico de Leipzig, completamente

antinazi…» Al cabo de un rato –Muttchen nos había hecho un poco de té– volvió a meter la cabeza: «Dormiréis aquí en el despacho, en los dos sofás. Tenéis que dejarlo libre a las ocho de la mañana; durante el día disponéis arriba de la habitación del servicio de guardia nocturna». Y así ha sido y así estamos instalados y ya casi nos hemos acostumbrado […] La comida es el punto más negro y el mayor desengaño aquí. De la antigua glotonería de Scherner y de su hospitalidad en cuanto a la comida no ha quedado nada de nada […]

Una y otra vez hago un recuento de mis posibilidades de supervivencia: la huella que he podido dejar como fugitivo ha quedado borrada, reina un caos demasiado grande y en constante aumento como para que empiecen a hacer averiguaciones sobre mi paradero. Por otra parte: cualquier movimiento puede acarrearme en todo instante la muerte. ¿Y cuánto durará esto? Nos enteramos de poco, los Scherner no se interesan por nada, el periódico de Leipzig parece que llega de modo irregular, con la radio de la Rathausplatz no hemos tenido suerte. Pero en cualquier caso: los aliados están, seguro, a las puertas de Colonia. *Forse che si, forse che no…*

9 de marzo, viernes mañana después de las siete

El afeitado y el arreglo personal, en la cocina del laboratorio. Eva hace su gimnasia matinal en la habitación que hay entre la tienda y el despacho. Luego recoge todo aquí abajo, desayunamos aquí, y a las ocho, cuando aparece Scherner, nos vamos para arriba. Ya estamos habituados.

Pero nueva angustiosa preocupación. Cuando bajamos hacia el atardecer; hay aquí un montón de gente. Scherner es íntimo de todos, nos presenta a todos enseguida. «*Herr* y *Frau Professor* Klemperer» aquí y allá, todos lo saben. Son amigos, indudablemente, gente inofensiva. Ayer, una señora gorda me ofreció un par de medias de lana; yo no acepté, y entonces, cuando se marchaba, le metió a Eva en el bolso de mano dos «barritas» de queso, «para que no pasen tanta hambre». Pero toda esa gente inofensiva tiene familia, amigos, vinculación con Dresde. Después, y mil veces peor: ayer entregamos en la policía, firmada por Scherner y por el dueño de la casa (del ADCA), nuestra declaración de residencia. Victor Klemperer, profesor emérito de Dresde. Aquí también hay Gestapo, evidentemente. Y evidentemente controlará las llegadas. ¿Qué sabe? ¿A quién controla? Klemperer es un apellido raro y conocido como apellido judío.

(Los Klemperer de la banca.) Es una sensación atroz.

Mañana, a las nueve

La declaración aún no ha sido entregada, aún no la ha firmado el dueño. El dueño (director de filial del ADCA) le produce inquietud a Eva, además, como sólo somos *visita*, y no *inquilinos*, no le parece que sea necesario. Quiere tratar de prescindir de él. ¿Pero entonces qué? ¿No la entregamos? ¿Disfrazamos, encubrimos? Todo es infinitamente más difícil por la doble no-comprensión de Scherner. Por un lado su despiste es total y no capta la dificultad de nuestra situación (y tampoco podemos meterle miedo y hacer que pierda naturalidad); por otro lado es sordísimo, hay que decirle todo a gritos. Estamos pensando en continuar la huida: pero ¿adonde? Los Burkhardt de Schweitenkirchen no nos conocen, el viaje hasta allí, aunque llegaran a permitírnoslo, sería una paliza mortal de varias noches: y luego encontraríamos todo rebosando de gentes de Múnich y de Nuremberg que han perdido su casa en los bombardeos. – ¿Quedarnos aquí ocultos, sin entregar la hoja? Para eso habría que saber cuánto tiempo falta aún. En el *Leipziger NN* del 7 de marzo, un informe sobre la situación, «En torno a la línea del Rin», podría ser esperanzador por su sombrío contenido […]

Con Scherner, que, con gorro de piel y bastón y abrigo blanco, sube muchas veces en el transcurso de la jornada, despacio, vacilante, un personaje de teatro, he charlado lo mejor que he podido. Entiende mejor a Eva que a mí, pues mi constipado, que sigue en plena vigencia, hace que no me entiendan ni siquiera los que oyen normal. Dice que, tal y como yo preveía, se ha reconciliado con la Iglesia católica. Los protestantes: idiotas, sólo filosofía kantiana, y la Ilustración: «Antes quería comprender, explicar todo con el entendimiento. Ahora me digo a mí mismo: lo que puedo entender y explicar, no necesito saberlo». Así se hace uno católico o nacionalsocialista, y así es uno envidiablemente feliz. Y así se acepta con facilidad la propia insuficiencia y el infierno de muerte y de crimen que hay alrededor. – […]

Tarde, 19:30 horas

Continúa la mortal inseguridad de la situación. El dueño nos devolvió los impresos firmados. Pero después de consultarlo con Scherner, no los hemos

entregado. Eva buscó nuevos ejemplares, en los que, como lugar de residencia anterior a Piskowitz, daríamos Landsberg en lugar de Dresde; un pequeño encubrimiento. Queda por ver si aceptan esa declaración de residencia sin firma del dueño. Además: se necesita un permiso especial para venir a vivir aquí, aunque sólo se esté de visita. Yo dije que nos lo extenderían puesto que Scherner nos da parte de su propia superficie habitable. En cambio es posible que la oficina de trabajo me venga con exigencias. No sabemos si el límite de edad son los sesenta o los sesenta y cinco años. Y cualquier contacto con una oficina estatal constituye para mí un peligro mortal. – […]

10 de marzo, sábado mañana, nueve horas

Sigo viéndonos en el tren, cerca de Brüx, envueltos en la claridad de los proyectiles luminosos, agachados y esperando la bomba. Exactamente así me siento constantemente desde ayer. El asunto de la declaración sigue pendiente. Muy a pesar mío puse en la hoja Landsberg en lugar de Dresde. (Pero no es para tanto, todo lo demás, ya sólo ir a cortarme el pelo a la peluquería, podría acarrearme la muerte.) Todo dependerá de si podemos entregar el impreso sin que firme otra vez el dueño, y también de si la oficina de trabajo reclama mi servicio. Eva quiere ir ahora enseguida al ayuntamiento. – […]

Scherner contó ayer que la Gestapo propiamente dicha reside en Plauen; que aquí había, venidas de Silesia, sesenta personas encargadas de «luchar contra los elementos nocivos para el pueblo», probablemente un grupo de observadores, espías, soplones, con perros policías que buscan rebeldes, fugitivos y desertores. – […]

Tarde, hacia las cuatro, despacho particular

Las declaraciones están entregadas, una es para nosotros, una quedó en el ayuntamiento, una va a la jefatura del distrito, a Auerbach. No se habló de permiso de traslado, tampoco de oficina de trabajo. Es posible, pues, que las hojas desaparezcan entre otras mil, que me dejen en paz una temporada […]

14 de marzo, miércoles, tres de la tarde

[…] Hoy, 14 de marzo, estoy deprimidísimo. No veo el final; Scherner dice

estereotípicamente «dentro de tres meses», yo no veo cómo voy a permanecer escondido tres meses. ¿Para qué el tormento del miedo constante y del hambre constante, si al final acaban liquidándome?

En la planta baja del domicilio particular de Scherner está instalado el ADCA, que es la entidad dueña de su casa. Hasta ahora estaba cerrada la filial de aquí; su director, o sea el dueño de la casa, trabajaba en la filial de Auerbach. Hoy ha contado Scherner que el ADCA de Dresde se traslada aquí, a Falkenstein, y que empezará a funcionar ya mañana o pasado. Yo pagaba el alquiler de la Zeughausstrasse al ADCA de Dresde. Eso no significa que esa gente tenga que conocerme, no se enterarán de mi presencia en este lugar, pero lo mismo puede venir aquí cualquier otro instituto de Dresde, puede salirme al encuentro en cualquier momento alguien de Dresde que me conozca. Le dije a Scherner el peligro que corro; primero no me creía, preguntaba asombrado si los nazis eran «semejantes bestias». Ahora será prudente, creo, pero también estará un poco amedrentado.

16 de marzo, viernes, siete de la tarde, arriba

Llegamos cansadísimos y hambrientos de nuestra excursión a pie y encontramos aquí arriba a Scherner: «Voy a poner un anuncio para vosotros, tenéis que alojaros en alguna aldea vecina, a partir del lunes tengo que tomar una aprendiza, es una orden». – Todavía no veo esto claro, es un mazazo en la cabeza, es probablemente una condena a muerte, con seguridad un horrible empeoramiento de la situación –más estrechez, más hambre, aunque no pueda ni imaginarlo, peligro aún más inminente–, probablemente es impracticable de todos modos, porque los pueblos de alrededor están abarrotados. Tengo que esperar las noticias que nos trae Scherner; de momento sólo dijo unas palabras en presencia de la Uhlmann, que estaba buscando algo aquí, en el armario. Entretanto leo en voz alta, tomaré en algún momento unas notas sobre la tarde de hoy, sobre el tiempo que precede al nuevo mazazo en la cabeza.

Nueve de la noche

De 11:30 a 12:30 tuvimos la primera alarma pequeña, después de comer, dando un paseo, de 13:30 a 15, la segunda, y ahora a las 21 horas la tercera,

hasta ahora sólo pequeñas.

Scherner dijo al marcharse que la aprendiza que le llegará el lunes es de una familia muy nazi de Dresde, sus padres, que también han perdido su hogar, están en Rodewisch, ella trabajará aquí durante el día y por la noche dormirá donde los padres: el autobús a Auerbach continúa hasta Rodewisch. Añadió que, dadas las circunstancias, sería muy peligroso dejarnos aquí en la casa, y que de lo demás hablaríamos mañana por la mañana. Veo una potenciación del peligro, pero estamos demasiado agotados para analizar a fondo la nueva situación. Tan pronto haya pasado la alarma queremos acostarnos. (La noche de ayer fue corta, la excursión de hoy, larga, y el hambre, nuestra constante compañía.) […]

17 de marzo, sábado, dieciséis horas

[…]

Cuando fuimos por la mañana a la habitación del servicio de noche, Scherner estaba recibiendo a su nueva aprendiza. Una chica jovencísima, tenía que ser una niña cuando estalló la guerra. ¿Qué puede saber ella del apellido Klemperer? Los de la banca ya estaban fuera del país, a mí me pusieron en la calle en 1935. Se llama señorita Otto, su padre, dijo Scherner, es director de producción hortícola; así que no tiene por qué saber nada del apellido Klemperer. En cualquier caso tenemos que esperar a ver lo que piensa y lo que decide Scherner –el peligro que corre él es apenas inferior al nuestro–; dado el movimiento que hay abajo en la tienda (hoy y el domingo está abierta la farmacia) casi no lo hemos visto.

[…]

18 de marzo, domingo, hacia las siete, abajo

Breve meditación matinal, nacida de un gran amor. Se trata en esencia de que nos hemos querido y seguimos queriéndonos durante cuarenta años, en realidad no estoy completamente convencido de que esto pueda acabarse. La nada -*en tant que* conciencia personal, y por lo tanto la nada real– es, indudablemente, probabilísima, y todo lo demás improbabilísimo. Pero ¿no vivimos constantemente, desde 1914 y más aún desde 1933 y en los últimos tiempos de un modo masivo, lo absolutamente improbable, lo monstruosamente fantástico? Lo que antes era absolutamente inimaginable ¿no se nos ha convertido en algo

normal y cotidiano? Si he vivido las persecuciones de Dresde, si he vivido el 13 de febrero, si he vivido estas semanas de huida, ¿por qué no voy a vivir (o, mejor, «morir») también que Eva y yo volvamos a encontrarnos en algún sitio, con alas de ángeles o dotados de alguna otra curiosa forma? No sólo está retirada de la circulación la palabra «imposible», sino que también «inimaginable» ha perdido toda validez.

[…]

19 de marzo, lunes, nueve y media, arriba

He escrito aquí arriba la mayor parte de estos apuntes sobre Gerlach y Molo[38], y ésta es la modalidad de mi estoicismo; porque entretanto Eva, en cuyas manos lo he dejado todo, ya le ha propuesto a Scherner un plan completo de equilibristas de cuerda floja: ni siquiera puedo decir que la cuerda esté tendida sobre el abismo, porque, a la manera de Münchhausen[39], es lanzada al aire, cortada por debajo de nosotros, lanzada aún más arriba. Baviera, dirección Schweitenkirchen, apellido cambiado, documentación perdida: mezcla de Karl May y Sherlock Holmes. Nuestros verdaderos papeles, nuestros manuscritos (las composiciones de Eva, mi trozo de diario) serán depuestos en casa de Scherner, lo mismo que la estrella judía. Yo tendré cinco años más y seré profesor de instituto, de Landsberg an der Warthe. Dinero nos dará Scherner. Todo esto es demencial y horriblemente atrevido. Pero a Eva, esa aprendiza de boticaria de Dresde que trabaja aquí desde esta mañana le parece *aún más* peligrosa. Eva está preparando el viaje para mañana por la mañana. Oficialmente a Aussig […]

Once y media

El profesor de instituto Wilhelm Klare y su esposa Ellen Veronika, ambos de Landsberg an der Warthe, llegados desde allí a Strausberg, desde allí a Dresde justo en plena catástrofe, que al final buscaron alojamiento en casa de Scherner, cuya casa está abarrotada, y a quienes ahora, al hacer transbordo durante el viaje a Schweitenkirchen, a casa de los Burkhardt-Stühler, se les ha extraviado la cartera con todos los papeles, «pero tenemos todavía tarjetas de alimentación, aquí están como documento de identidad (o sea, lo primero que normalmente se quiere conseguir a base de embustes, lo más codiciado, eso no lo pedimos: ¡algo

así inspira confianza!, y hasta ahora las tarjetas no llevan nombre, por pura casualidad), y por lo demás, el doctor Scherner, de Falkenstein, confirmará nuestra declaración, puede usted describirnos, un señor de sesenta y nueve años, una señora de la misma edad, de cabello corto y gafas muy gruesas…»: ese matrimonio, hasta en los menores detalles idea de Eva, no saldrá de viaje aún, de momento. Scherner ha venido arriba a decirnos que la temida señorita Otto empezará el 1 de abril y no hoy; el sábado, la chica vino sólo a presentarse. De modo que, por ahora, más vale *quieta non movere*[40] «y hasta entonces puede que la guerra se haya terminado». Así las cosas, Eva también está a favor de que nos quedemos. Por mi parte, me siento sin voluntad.

[…]

21 de marzo, miércoles mañana

Esta noche, entre las tres y las cinco, coincidiendo con el comienzo de la primavera, hemos tenido alarma completa. Dos horas fuera de la cama; durante ese tiempo, repetidas veces, ni cercano ni a poca altura pero amenazador, el zumbido de los aviones. «Escuadrillas procedentes de Turingia sobrevuelan Sajonia», eso había dicho la radio, según me indicó una de las jóvenes de la casa. Tienen que haber sido otra vez intensos bombardeos. Nosotros estuvimos casi todo el tiempo cerca de la puerta del pasillo, en la cocina del laboratorio, junto con la señorita Dumpier, del servicio nocturno. Con mucha prudencia empezó a sincerarse. Esta interminable miseria… ¿tiene un sentido que continúe la guerra? Si no lo tiene, ¿por qué engañan al pueblo? Dije que los derrotistas eran pasados por las armas, y que así era la ley marcial. Poco a poco expresó sus fuertes dudas sobre la doctrina nacionalsocialista. Contó que sus abuelos no sabían alemán, que sólo hablaban lituano, habló de la opresión que ejercían los alemanes sobre los lituanos. Entonces fue muy fácil hablarle de la prepotencia de los germanos, del núcleo de la propaganda, que consiste en «llevar todo a un común denominador». Ella dio un giro hacia la cuestión judía. Yo la eludí prudentemente. Quien dice *el* alemán, *el* polaco, *el* judío, nunca tiene razón. Le dije lo que significaba «católico»: para *todos*. Pero yo siempre insistía en que el que lucha en una guerra *no puede ser objetivo y tiene que* reprimir la crítica a su régimen.

Fue bailar en la cuerda floja. Divertidas las últimas palabras de la chica: ella

veía todo eso, creía en el derecho de los pueblos, la soberbia y la brutalidad de Alemania le repugnaba, «pero a los judíos los odio, en eso estoy seguramente un poco influenciada». Me hubiera gustado preguntarle a cuántos judíos conocía, pero me contuve y sólo sonreí. Y anoté para mí cuánta justificación demagógica tenía el nacionalsocialismo cuando hizo del antisemitismo la cuestión central.

En el *Leipziger NN* del domingo, 18 de marzo –cuatro páginas en honor al domingo–, hay un editorial firmado por Hs., escrito pues por Harms, en Dahlem[41]: «Los traficantes de hombres de Yalta»[42]. Los norteamericanos liberaron a los esclavos negros con Lincoln y ahora quieren vender a los alemanes como esclavos de los bolcheviques (para trabajos de reconstrucción). Quieren esclavizar a Alemania y a Japón, pero Alemania tiene que defender y defenderá a Europa… Éste es el estribillo habitual, aquí y hoy, y se le podría perdonar a un viejo periodista, a lo sumo como una exigencia de la guerra, aunque Harms tiene que saber desde luego que «la libertad del espacio vital europeo» desde la perspectiva nacionalsocialista no es otra cosa que libertad de acción alemana, cosa que llama a la resistencia a Francia, Inglaterra, etc., etc. Pero a continuación: «Moscú será la sede de la "comisión del tributo", un judío ha sido designado como su presidente. Así quedan puestos de relieve como es debido los poderes que han llevado en Yalta la voz cantante: el Kremlin y el judaísmo internacional». Y después, una vez más, Estados Unidos ha sido llevado a engaño «por su presidente y por el judaísmo emparentado con él y aliado suyo». Harms tiene que saber, tiene que saberlo, hasta qué punto está dando «saltos mortales», está «llevando a un común denominador», hasta qué punto *está mintiendo.* Para eso no hay disculpa. Cuando pienso cómo se puso de mi parte en 1919-1920, en cuánta estima me tenía como colaborador y correligionario suyo, qué bien hablaba de mí… Se ha convertido, literalmente, en un representante de la corrupción y de la traición a la inteligencia alemana, a la ética alemana.

[…]

22 de marzo, jueves, siete horas, despacho privado

Noche tranquila, sin alarma, opresiva desesperanza al despertar. Esto dura demasiado […]

Ayer, avanzada la tarde, dimos un paseo hasta la estación y allí tomamos

café, en la abarrotada sala de espera, con un trozo de pan llevado por nosotros […] En la estación charló confiadamente con nosotros, amargada y perfectamente derrotista, una mujer mayor, de Tilsit, propietaria de una pequeña finca situada en las afueras de la ciudad y que ella nos describió con toda su fauna y toda su producción; estaba preocupada por su familia dispersa entre Königsberg, Stettin y el frente. «Si ustedes tienen aunque sólo sea un poquitín de inteligencia, tienen que saber cómo va a terminar esto. Pero antes nos van a dejar morir a todos.» – Aquí se oye hablar mucho prusiano-oriental. La mayoría de los refugiados que hay aquí son de Prusia oriental y de Silesia. Siguen pasando convoyes de Silesia: carros entoldados, a menudo camuflados con ramas de abeto.

Por la noche salimos otra vez a tomar sopa y ensalada de patata en Meyer. Escuchamos el parte militar. Paso a paso van alcanzando los angloamericanos el Rin –han sido tomadas Coblenza y Bingen–, paso a paso también avanzan los rusos, pero todo con una lentitud descorazonadora, y aún queda la auténtica ofensiva final, la ofensiva sobre el Ruhr, sobre Berlín […]

Nueve horas

Acabo de leer en el *Leipziger NN* del 21 de marzo: Börries von Münchhausen † 16 de marzo de 1945 (n. 1874). El artículo necrológico, en su admiración, es *moderato.* No se habla de «Judea». – Mi correspondencia con Münchhausen se quemó en el bombardeo […]

23 de marzo, viernes hacia las nueve, arriba

[…]

No se me va de la cabeza la muerte de Münchhausen, egoístamente, como es natural: alguna vez, a través de alguien (creo que en Rochlitz), unos años después de nuestra correspondencia, me envió saludos y me pidió que fuera a verlo a Windischleuba. Nunca podré saberlo con exactitud, esos diarios se quemaron en la Zeughausstrasse. Asimismo (en el guardamuebles) las cartas que me escribió. – Le he cogido el gusto a la lectura de *Maurizius*[43] y leo mucho en voz alta. Hoy quiero tomar unas notas sobre algunos puntos. «Si vivo y tengo salud», decía papá. Si lo permiten los bombarderos y la Gestapo, dije yo hoy. El

hambre, las bombas: aceptaría las dos cosas a la vez si desapareciera esta sensación cada vez más fuerte de que me persiguen. Cada día *tengo* que ir varias veces a un restaurante, y cada minuto que paso allí es una tortura (en la calle, de paseo por el campo y aquí en la casa me siento –en general, pero no siempre– un poco más resguardado). Observo a cada persona tratando de saber hasta qué punto podría ser un funcionario o algo parecido.

Por la noche, hacia las veintidós horas, abajo

Mucho tiempo fuera de casa, aunque por la mañana y al final de la tarde he leído mucho en voz alta el *Maurizius.* A las once y media fuimos a Lochstein […] Apenas estábamos arriba, hubo alarma completa que duró dos horas, de doce menos cuarto a dos menos cuarto. Anduvimos un poco, en dirección oeste, entre el bosque y el prado, y nos sentamos en un banco inmediatamente a la entrada del bosque. Ha sido el primer día templado de primavera –en la habitación, por supuesto, todavía hace frío–, el sol daba un calor muy agradable. Al poco rato se sentó a nuestro lado un matrimonio mayor y empezaron a charlar como si nada, con una confianza asombrosa.

24 de marzo, sábado mañana, después de las seis y media, abajo

Anoche muy cansado. La noche tranquila, sin aviones. – El matrimonio –hablaba él, ella confirmaba los pasajes importantes– buscaba descanso unas semanas en el campo, huyendo de Plauen, terriblemente devastada; en Falkestein sólo estaban esperando el próximo tren. La guerra ya no podía durar mucho, dijeron, dentro de pocas semanas seguro que se había terminado, en el este y en el oeste. Se tenía que haber visto venir. Y esa cantidad de muertos en Plauen. Búnkeres sólo había, como es natural, para los peces gordos. ¡Y cómo trataban a los muertos! Llegaban en bolsas de papel que se rompían, y al reventar salían los pies y la cabeza. Pero cuando el otro día le tocó al edificio de la Gestapo, y la Gestapo tuvo siete muertos (¡cf. informe de Honigmann!), al punto habían requisado siete ataúdes, como es natural; *ésos,* sí, de ésos se cuidan, *ésos* lo tienen todo… Pobre Plauen, 120.000 habitantes, antes teníamos 130.000. Con tantos extranjeros, tanta industria… La persecución de los judíos acabó con todo, había muchas y muy importantes empresas judías, y cómo han asesinado a los

judíos… ¿Tienen ustedes el mismo amor que nosotros a Mutschmann? Los de Plauen lo conocemos, de todos los grandes fabricantes era el peor empresario… ¿Y quién puede decir hoy algo contra él? Los dos judíos, los Brandi, estaban perfectamente enterados, dieron al redactor Fritsch, del periódico socialdemocrático, todos los documentos que probaban que hacía desaparecer los envíos que llegaban de Francia y se quedaba con ellos; él no dio respuesta, no podía. Pero después de la toma de poder, primero se llevaron a uno de los judíos, lo encontraron muerto, luego desapareció el otro judío y por último detuvieron al redactor y lo abatieron a tiros «cuando intentaba huir»… Pero ahora ya no puede durar esto mucho más, unas semanas a lo sumo… ¡Pero lo que llevamos sufrido todo este tiempo!… ¡Qué personajes tan nobles eran Hindenburg[44] y Ludendorff[45]! Cuando vieron que no tenía remedio, también pusieron ellos punto final y no permitieron que siguieran matándonos. ¡Pero *ésos*! Sólo para seguir gobernando unas semanas más… Plauen era en los años noventa una ciudad conservadora, luego liberal, después socialdemocrática… ¡El desempleo y las mujeres, y los nacionalsocialistas hicieron tantas promesas, a la pequeña industria, a los obreros, a todos! ¡Y cómo violentaban a la gente en las elecciones! ¡Les entregaban la papeleta a los empleados y éstos no tenían más remedio que votar! Sí, Plauen se convirtió en el «bastión» de los nacionalsocialistas, en Plauen se fundaron las primeras HJ… ¿Leen ustedes el informe del Reichsbank? Siempre lo imprimen en letra muy pequeña. ¡52.000 millones de deudas! Pero dentro de unas semanas esto se ha acabado. Con tal que uno siga con vida…

Aquel hombre seguramente había sido inspector o cuadro intermedio de una gran empresa textil judía, además de socialdemócrata y muy posiblemente funcionario de su Partido, porque estaba enterado de la historia del Partido (hablaba de Bebel[46], del asesinato de Liebknecht[47]) y empleaba clichés políticos, como «bastión». Su optimismo me elevó muchísimo la moral.

[…]

27 de marzo, martes mañana

[…]

Durante la tardía y escasa cena –no podemos marcharnos hasta que se va

Scherner y nos da la llave– escuchamos el parte: cabezas de fuerzas blindadas en Hanau, es decir, a las puertas de Francfort del Meno. Es un paso enorme para la destrucción de Alemania; pero eso no nos procura alivio: con este pueblo, este régimen de desesperados seguirá defendiéndose, realmente, hasta la última aldea. ¿Y adonde nos vamos el próximo martes? Al vacío, y ese vacío es angosto y está erizado de bombas. Hora tras hora tengo que hacer un esfuerzo para reprimir esto y aprovechar el momento.

[…]

El año pasado compré en la farmacia de la Amalienstrasse, en Dresde, un frasco de tintura de yodo, según una receta de Katz. En él estaba mi apellido: *Kleinpeter.* Cambio de dos letras, se puede leer muy fácilmente (o hacer uno mismo el cambio) la *m* como *in* y la r como *t.* Ahora nos ha venido esa idea.

Veinte horas

Hemos caminado toda la tarde; ahora me quedan fuerzas para leer un poco en voz alta, pero no para escribir.

28 de marzo, miércoles mañana

LTI. 1) *Auerbacher Zeitung*, un periodiquillo que en este momento ha absorbido otros cinco periódicos aún más pequeños (Falkenstein, Rodewisch, etc.). Segunda parte de un editorial del 27 de marzo, «Inglaterra y judío», firmado por M. Jordan (escrito sin duda alguna para más periódicos que sólo ése). El autor pregunta cómo es posible que Inglaterra pueda hacer política, actuar con ese desenfreno en contra de sus propios intereses y a favor de unos cuantos judíos. Respuesta: pero *nosotros* también lo hemos hecho, «nuestro propio pueblo estuvo una vez igual de desorientado». Rathenau, que dijo que la historia universal había perdido su sentido si… *(¿dónde* está eso?, pregunto yo una y otra vez), que en la guerra «impidió la movilización completa de nuestra economía» y que «proclamaba orgulloso que en todas las medidas que tomaba obraba *primero como judío*»… «A ese elemento nocivo para el pueblo lo alcanzó la bala de un idealista alemán. ¡Y acto seguido, innumerables alemanes salieron en manifestación para protestar contra su muerte! Alemanes lucharon entonces contra alemanes, porque por fin, demasiado tarde para nuestro malparado

pueblo, el judío Rathenau había sido abatido. Pero decían que eso era porque ellos estaban contra "todo" crimen político. Y luego empezaron a vociferar: "¡Matad a los fascistas dondequiera que los encontréis!".» – ¡Organización, instrucción pública! Hasta ese punto han recibido las últimas ramificaciones de la prensa en los pueblos las inyecciones venenosas […] 2) Editorial de Harms en el *Leipziger NN* del domingo, 22 de marzo, sobre la juventud ejemplar: un error funesto del Estado anterior había sido mantener recelosamente alejada de la política a la juventud (es decir, darle antes una formación *humana*). Ahora en cambio, y ahí está la salvación, el niño de *diez años* ya está integrado en la comunidad, ya recibe una educación política. El éxito se pone de manifiesto en los actos heroicos de las HJ, en las Cruces de Hierro otorgadas a niños. La juventud es garante de la victoria, garante de la «Alemania eterna». 3) En el *Reich*, mediados de marzo (Goebbels *semper idem*), un artículo titulado «Berlín, el gran (¿o gigantesco?) erizo»: la ciudad se va transformando cada día más en fortaleza, cada casa será defendida una por una; si llegaran a caer las fortificaciones exteriores, las destrucciones de los bombarderos facilitarían realmente la lucha callejera […]

Once horas

Scherner nos trajo a las ocho noticias escuchadas en la radio inglesa; según dijeron, los angloamericanos estaban ya junto a Würzburg y Fulda. Pero no lo sabía con exactitud, en esas cosas es como un niño de seis años. Hace un rato ha estado aquí arriba, un visitante le había escrito en un papel datos esenciales del parte alemán de ayer: Aschaffenburg y Limburg ocupadas por el enemigo. – Lo que más me ha impactado han sido dos citas de Scherner, tomadas de la radio inglesa: que estaban aislando a Baviera y, sobre todo: «¡Esta es su Semana Santa, *mister* Hitler!» […]

Diecisiete horas

En el escaparate del *Falkensteiner Anzeiger*, junto al mapa de Alemania, está la foto de una bonita casa rural, con fachada de entramado; debajo, esta frase de Alfred Rosenberg (cito de memoria pero casi literalmente): «Una vieja casa rural alemana contiene más libertad espiritual y más fuerza creadora que todas las ciudades de rascacielos y todas las barracas de chapa ondulada». ¿Y por qué?

¿Con qué derecho? La casa rural es un comienzo, el rascacielos es un desarrollo ulterior. ¿Por qué precisamente la casa rural *alemana*? – Ahí está resumida toda la soberbia del nacionalsocialismo… La Semana Santa de *mister* Hitler es absolutamente necesaria […]

30 de marzo, Viernes Santo, doce y media de la noche

A las 23:40 nos despertó la alarma pequeña; acaba de cesar, al cabo de cincuenta minutos; el ataque habrá sido a Berlín.

Ya a las cinco, cuando estábamos tomando café en Pohlandt, escuchamos el parte del ejército. Es tan catastrófico, por mucho que traten de disimularlo, que continuamente nos decimos que esto no puede durar mucho más tiempo. Por otra parte, fomentan con los métodos más repugnantes la voluntad de resistencia, insisten más aún en el miedo que en el fanatismo. Una emisión radiofónica tras otra, siempre lo mismo. Al mediodía, en Meyer, llegó un informe general. El hombre lo formuló de la manera siguiente: «Si resistimos, tenemos la posibilidad de seguir viviendo; si capitulamos, moriremos con toda seguridad. Porque no sólo nos quieren exterminar los bolcheviques, sino también los angloamericanos, detrás de todos ellos está la voluntad destructora judía». Por la noche, en Pohlandt –¿o fue por la tarde? Creo que en ambos casos fue así–, espantosos *exempla* de la tiranía y la sed de sangre de los norteamericanos; frases como «tienen que morir de hambre diariamente 5.000 alemanes», etc., *in infinitum.*

31 de marzo, sábado noche después de las nueve

[…]

Así pues, Eva ha anunciado oficialmente nuestra partida para el 3 de abril. El boletín militar también presenta hoy grandes progresos de los aliados en el este y en el oeste, pero aún no ofrece la perspectiva de un pronto final, y, con torrentes de injurias a los enemigos, se sigue fomentando la voluntad de resistencia. De modo que nuestro viaje al vacío, con todos sus peligros, durará semanas, tal vez meses […]

ABRIL

1 de abril, domingo de Pascua, después de las seis de la mañana

[…]

Ayer leí una serie de cuadernos de Velhagen & Klasing, año 1944. (Editor y director, el doctor Paul Weiglin. *Nota bene!!)* En artículos especiales, en medio de temas neutros y artísticos, el más repugnante, más vil, más estúpido antisemitismo. El profesor Johann von Leers, que ha publicado en los periódicos de Dresde los artículos más venenosos, escribe aquí sobre «El Moisés del siglo XX». *Id est*, Roosevelt. Es de origen judío, su mujer también, y en grado sumo. Desde el principio él fue compinche de bandidos judíos, desde el principio ha hechos negocios corruptos, no tiene el menor talento, etc., etc. Es el responsable de la guerra. Su mujer, Eleanor[48], «recibió al sanguinario Toller[49], de Múnich, al asesino de rehenes». – Un tal doctor Curt Elwenspoek escribe el ensayo *Jud Süss*[50]. De los puntos de la acusación, «alta traición, lesa majestad, estafa, usurpación de cargos, simonía y fornicación», concluye que sólo pudo probarse el último punto. Pero, añade, lo colgaron con razón, justamente por ese «pecado contra la sangre». Y además por haber sido el instrumento perfecto de su duque. Carlos Alejandro, explica, se sirvió con un «desprecio sin escrúpulos»… «de su cortesano judío como de un instrumento político, pareciéndole sin duda que para un suabo o para cualquier otra persona de sangre alemana esa función era demasiado indigna» […]

Seis de la tarde

[…]

Hoy Scherner me ha infundido ánimos: «Tú colaborarás en la reconstrucción, serás rector de la TH». Le dije que yo mismo estoy convencido de que tendré parte activa si supero las semanas próximas. *Si las supero*, éste es el gran signo de interrogación.

Veintitrés horas

Junto con la ensalada de patata de Meyer, noticia patética de los *Werwölfe*[51], hombres y muchachas jóvenes que se incorporan a la guerra en los territorios occidentales ocupados. En las manos tienen un emisor, la radio de la

Gran Alemania transmitirá sus noticias. De esa manera, pues, no sólo se glorifica a tales grupos de francotiradores, de partisanos, de milicianas (grupos que indudablemente han surgido de un modo tan «espontáneo» como los de quienes incendiaron las sinagogas) sino que se los reconoce oficialmente. Poco después vino un llamamiento del Partido en ese sentido a todos los hombres y mujeres. «La hora del supremo esfuerzo», luchar hasta la muerte. ¿Cuál será la respuesta angloamericana? Destrucción de todas las casas desde las que se dispara, bombardeos aún más intensos. Y en Alemania, nadie acaba con este gobierno criminal.

2 de abril, lunes de Pascua por la mañana

Viento huracanado, ayer y hoy. Anoche, cuando salimos de Meyer y nos metimos en la oscuridad de la noche, el viento me arrancó el sombrero regalado por Agnes y se lo llevó. No había manera de encontrarlo, retrocedimos un poco a tientas, Eva más desesperada que yo. De pronto vi en la oscuridad algo aún más oscuro, tropecé con el pie: era, efectivamente, el sombrero. Quiero considerar ese sombrero, salvado contra toda esperanza, como un buen presagio para la cabeza a la que pertenece. Pero soy escéptico. No cabe duda de que los *pronunciamientos*[52] de ayer de los *Werwölfe* y del Partido son expresión de la desesperación, pero eso muestra, de modo igualmente indudable, lo que *nos* espera a los dos si no salimos adelante… Pero como estamos perdidos de todos modos si nos descubren, ya no importa nada que se falsifiquen más o menos unos documentos (piensa Eva, y le doy la razón, y ella ha estado ensayando los trazos de pluma necesarios). Así pues, nuestro plan es el siguiente: el matrimonio Kleinpeter, de Landsberg an der Warthe, domiciliados después en Dresde (donde perdieron su casa en el bombardeo), en Piskowitz, en Falkenstein, salen camino de Aussig, porque allí conocen gente, y por otro lado los Scherner esperan más visitas (dos aprendices para la farmacia y un hermano refugiado). Pero viajaremos en dirección suroeste sólo hasta Falkenau y entonces nos dirigiremos a Schweitenkirchen pasando por Ratisbona. Para Ratisbona daremos el nombre del profesor Ritter[53], pero no lo encontraremos al llegar allí, tendremos que continuar viaje y para Schweitenkirchen daremos los nombres de los padres de la señora Stühler, a los que probablemente encontraremos al llegar

y que con toda seguridad nos ayudarán a encontrar alojamiento. Para pernoctar por el camino, nos dirigiremos a la NSV o al jefe local del campesinado. Documentos de identidad: el aviso de partida de Falkenstein y las tarjetas de racionamiento, que están en regla y que no necesitamos solicitar (eso causa buena impresión). Este diario comprometedor, las hojas sobre exactamente cuatro semanas en Falkenstein, las depondré esta tarde en sobre cerrado, como si fuera un manuscrito científico, en casa de Scherner, hasta que yo –tal vez– vuelva a pedírselas. Soy muy consciente de que la realización del plan concebido por Eva depende de Eva; ella tiene que ser por todas partes la que actúe y la que hable, mi presencia de espíritu o mi tranquilidad o valentía no bastan: solo, estaría indudablemente perdido. Soy muy consciente de hasta qué punto ella está poniendo en juego su vida para salvar la mía. Mientras que el diario lo deponemos, nos quedamos –decisión de Eva otra vez–, pese al peligro de que nos registren el equipaje, con nuestros pasaportes y con una estrella judía, porque para salvarnos no sólo necesitaremos al Kleinpeter ario sino estos testimonios que serán nuestra coartada. – Quiero continuar anotando pormenores *comme si de rien n'était* […]

Quince horas

Antes de comer hemos sacado billetes para Falkenau. El único tren sale mañana a las 4:52 de la mañana y debe estar (¡debe!) tres horas después en Falkenau. Allí se verá si podremos seguir viajando *senz'altro* a Ratisbona […]

Ahora Eva va a llevar a cabo la falsificación de documento, con esta tinta y esta pluma. Y yo cierro el diario de Falkenstein, para entregar estas hojas a Scherner. Antes tomaremos café en algún sitio, previsoramente.

El recuerdo más sobresaliente de Falkenstein será seguramente la constante tortura del hambre.

Noche

Despedida afectuosa, incluso muy afectuosa, un poquito *in extremis*, de los dos Scherner. No ha habido ningún elemento nuevo. Un ratito tomando el té (¡azúcar auténtico y *cakes*!) con Norma Dettke. Hemos escuchado el parte militar. Kilo y medio de pan en cupones como regalo de despedida.

Ahora, después de las ocho, queremos cenar en casa; después sólo leeré en

voz alta del libro de Bergengruen[54] hasta que haya pasado la hora habitual de los ingleses. Es decir, más o menos hasta las nueve y media. Esperemos que no vengan durante la noche y esperemos que nos despertemos a tiempo por nosotros mismos, o sea a las tres. Ambos estamos muy agotados y cansados (en todos los sentidos). Scherner llevaba su insignia del Partido y una vez más se desfogó, con más vehemencia que nunca, cuando Norma Dettke se retiró con sus hijos tan guapos.

Unterbernbach, junto a Aichbach

13 de abril, viernes mañana, casa del jefe local del campesinado

Parece que aquí, después de diez durísimos días de huida, tal vez podamos encontrar descanso provisional. También parece que la guerra se acerca por fin definitivamente a su fin. De momento me limito a apuntar en un papelito palabras claves (por lo general ilegibles) hasta que pueda poner en limpio (a partir justamente de estos papeles que se van borrando) los pasados días de huida. Estaciones 2-12 de abril:

Ma. 3 de abril: Salida de Falkenstein, 4:52 h.

Muldenberg, Zwotental, Graslitz, Falkenau 8:30-15:30 h, Eger, Marktredwitz.

Primera noche en la sala de espera.

Mi. 4 de abril: Salida de Marktredwitz, 7:30 h.

Regensburg 13:30-17:45 h.

Tren hasta Landshut.

Cuatro kilómetros de marcha a pie hasta Altdorf.

Aquí, hacia las 22:30 h, tren a Múnich; llegada hacia la madrugada.

Ju. 5 de abril: Múnich. Dachau 16 h; 17 h: Pfaffenhofen.

Noche en la sala de espera.

Vi. 6 de abril: Pfaffenhofen.

Coche de la leche al mediodía a Schweitenkirchen.

Noche en Schweitenkirchen.

Sa. 7 de abril: Marcha a pie Schweitenkirchen-Pfaffenhofen.

Desde allí a Múnich; noche en el búnker.

Do. 8 de abril: Múnich (Vossler); noche en el búnker.
Lu. 9 de abril: Múnich. Dachau. Noche: estación de Dachau.
Ma. 10 de abril: Dachau-Ingolstadt.
11:30 h. Ataque a Ingolstadt.
Marcha a pie a Zuchering.
Viaje en tren a Aichach. Llegada 1:30 h. Noche en la sala de espera.
Mi. 11 de abril: Aichach. Marcha a pie a Inchenhofen. Noche.
Ju. 12 de abril: Inchenhofen. 14:15 h.
Coche militar a Aichach. Por la tarde Unternbernbach. Noche en casa del jefe local del campesinado.

Por tanto, siete de diez noches en salas de espera, búnkeres, trenes, sin cambiarnos de ropa, sin lavarnos, con una alimentación más que deficiente.

Hoy, viernes, el primer día relativamente tranquilo, y también para mañana tenemos asegurado el alojamiento nocturno. Pero aún no está decidido si podremos tener una habitación permanente propia.

15 de abril, domingo, trece horas, en casa de Gruber. Anotaciones adicionales

La noche del 2 al 3 de abril estábamos sin despertador. Nos despertamos a la una, a las dos, a las tres. Entonces nos levantamos, tomamos café, nos pusimos en marcha camino de la estación. Noche cerrada, que aún seguía cuando salió el tren. Muldenberg, Zwotental, Falkenau: el mismo recorrido que a la venida. A las ocho y media en *Falkenau* […] Entonces Eva resultó ser una excelente «mariscal de viaje»: consiguió, sin dificultad y sin gestiones burocráticas, billetes para Múnich, encontró en la ciudad un bonito hotel, grande (Hahm), en el que pudimos desayunar […]

A primera hora de la tarde, ya cansados, seguimos viaje a *Eger*, muy próximo. Allí llegamos a las cuatro de la tarde; por primera vez vi una estación parcialmente destruida: una parte del edificio, una parte de la techumbre en ruinas. En los días que siguieron, esa imagen pasó a ser algo completamente familiar; la primera vez, me quedé horrorizado. Iba a salir un tren para Wiesau, yo quería utilizarlo. Lo alcanzamos cuando ya se ponía en marcha. Aún habríamos podido subir; Eva se resistía, yo me desesperé un momento. Eva

señaló la artillería antiaérea del furgón: «Allí habríamos corrido aún más peligro que aquí». (Habíamos salido de Falkenau con alarma pequeña, había por todas partes cazas que volaban muy bajo.) Nos quedamos un rato en la sala de espera y después, como entre las dieciocho y las diecinueve horas, viajamos a *Marktredwitz.* Como sardinas en lata. Una mujer gorda con un niño bien informado se extasiaba ante las hazañas de los *Werwölfe.* Habían abatido a tiros treinta caballos en no sé dónde, «y matado a tres oficiales», añadió el hijo. La vecina preguntó dubitativa si eso no iba a perjudicar a los demás civiles. La *Nazicke* no respondió.

A todo lo largo de esa localidad –el edificio del ayuntamiento, una voluminosa construcción– buscamos alojamiento en vano. Todos los hoteles se negaron. De vuelta al oscurecer. Frente a la estación, en el pabellón de entrada de un edificio público, la NSV. Mucha gente dentro, implorando alojamiento, como nosotros. Como auxiliares, unas chicas muy majas y muy seriamente empeñadas en ayudar. (Por todas partes, la NSV hacía lo que podía, pero, también por todas partes, podía muy poco.) Nos dieron una sopa. Después, a través de la noche cerrada, nos llevaron por la calle, después por un parque, hasta la residencia Josefastift. La sala, un infierno. Literas de muchos pisos. Niños berreando, pañales colgados a secar, aire caliente y totalmente enrarecido, mujeres sucias, renegando furiosamente. Una se quejaba de que su bebé se moría de hambre, porque sólo daban leche hasta los seis meses. La otra: que no era verdad que ella tuviera sarna, que sólo era una erupción cutánea. Decidimos entonces que preferíamos pasar la noche en la sala de espera. Así que allí volvimos. Con mucha gente en el hall del despacho de billetes y de la consigna. En la Josefastift habían contado que el tren de refugiados de la víspera había sufrido un ataque aéreo: cinco muertos, varios heridos. De pronto se fue la luz, sin alarma previa. Pero ya se oían los zumbidos en el aire. «¿Dónde hay un búnker?» Nadie daba respuesta, nadie sabía nada. Nos acurrucamos cerca de las columnas y esperamos: sin el menor recurso. Una escuadrilla bastante grande parecía sobrevolar el pueblo. Al cabo de un rato, volvió el silencio. Eso fue hacia medianoche […]

Por la mañana del día 4 nos «reconfortaron» con café en la NSV, y a las siete y media salió un tren con retraso y con muchas interrupciones rumbo a Ratisbona. Yo estaba muy preocupado; siempre que se detenía pensaba que venía

un bombardeo. Pasé todo el tiempo en el pasillo del tren directo (el tren directo funcionaba sin embargo como un miserable tren correo). Había dos personas interesantes: un camarero jovencísimo, adolescente, que tenía que incorporarse al ejército y que no mostraba el menor entusiasmo; un eslovaco, súbdito alemán, con orden de incorporarse al ejército alemán, que hablaba de forma alusiva, pero con mucha amargura, de la campaña de odio del NSDAP, que había causado las disensiones y las tensiones en Checoslovaquia y entre alemanes y checos. Ahora los eslovacos eran completamente antialemanes, y los súbditos alemanes –él, personalmente, había tenido que jurar tres veces seguidas la bandera y prestar servicio militar sucesivamente en tres ejércitos diferentes, como checo, como eslovaco y como alemán–, los súbditos alemanes carecían completamente de norte y no tenían porvenir.

Hacia la una y media llegamos a *Ratisbona*. El constante empeoramiento de la situación no me permite juzgar con mucha imparcialidad las primeras etapas. La primera noche en la sala de espera de Marktredwitz me impresiono mucho por el hacinamiento y el revoltijo de los grupos en el suelo. Soldados, civiles, hombres, mujeres, niños, mantas, maletas, mochilas y macutos, piernas y cabezas entrelazadas; centro pintoresco una muchacha y un joven soldado, reclinados mutuamente en los hombros y tiernamente dormidos. Ahora eso se ha vuelto tan completamente cotidiano que he olvidado aquella primera escena de la primera noche. Sólo la recuerdo ahora porque la estación de Eger era un edificio intacto comparado con la estación de Ratisbona, y ésta, a su vez, un inocente espectáculo en comparación con Múnich. Cráteres, edificios destruidos, vagones destruidos, barcos destruidos llevados a tierra, una proa *senz'altro*, la estación propiamente dicha, una ruina por muchos sitios. En ella, mientras tomábamos la sopa de la NSV, alarma pequeña. La continuación del viaje a las 17:45, posible. A un hotel vecino. A la primera taza de café, alarma completa. Sótano amplio, bien preparado. Una docena de personas. El dueño trae noticias cada minuto. Al cabo de un rato, anuncio de que pronto cesará la alarma. Tomamos arriba nuestra segunda taza de café. Radio (sin nueva sirena), triple repetición: gravísimo peligro de vuelo rasante. *In strada* nadie se preocupa por ello. Nosotros tampoco, finalmente. Paseo por la ciudad […] Regreso a la estación –comida miserable durante esos días, raras veces otra cosa que pan seco o una sopa de la NSV– y viaje, que empezó con mucho retraso; esperábamos que

fuera hasta Múnich. Pero en *Landshut*, hacia las nueve de la noche, en cualquier caso ya en plena oscuridad: apearse, destruidas las vías, marcha a pie hasta Altdorf, la siguiente estación a 4 kilómetros. Esa fue seguramente la paliza más grande de esos días (aunque posteriormente hemos tenido que hacer marchas a pie más largas y llevando el equipaje). Mochila y en cada mano una pesada bolsa de viaje. No debíamos en modo alguno desvincularnos del grupo de viajeros que marchaba a paso ligero. Camino pésimo, más bien un sendero alto y escarpado a través de un terreno húmedo en el que brillaban, uno tras otro y a ambos lados, cráteres gigantescos llenos de agua. Tropezones, torceduras de tobillos, resbalones, continuo peligro de caer en un cráter. Sudor, dolor de hombros y brazos, avanzar jadeando. A intervalos, edificios destruidos, pero en general sólo cráteres en el campo raso. ¿A qué se habrá debido tal bombardeo allí? Al cabo de algún tiempo, estaba claro que el grupo había perdido el camino, avanzábamos por prados cada vez más húmedos, y luego había un riachuelo, bastante ancho, y del puente que lo cruzaba sólo quedaban unas vigas hundidas en el agua. Tuvimos que atravesarlo, el agua llegaba por encima de los tobillos, calaba los zapatos. Luego vino terreno más seco, y de pronto vimos en la oscuridad un tren parado ante nosotros. Nos metimos en él. En algún sitio brillaba una linterna, una cerilla, un cigarrillo, eran siempre breves instantes. Estábamos en un gran compartimiento de segunda clase con mucho espacio entre los bancos. Apenas se distinguían las cosas. Encontramos sitio en los asientos tapizados, pudimos colocar el equipaje delante de nosotros. Las conversaciones iban y venían en la oscuridad. Un joven a mi lado: Mi padre siempre ha creído en la victoria, nunca me ha dado la razón. Pero ahora él tampoco cree en ella… Vencen el bolchevismo y el judaísmo internacional… Una joven, en los asientos tapizados de bastante más allá: ella seguía creyendo en la victoria, confiaba en el Führer, su marido estaba luchando en Breslau, y ella creía… Hacia las once se puso en marcha el tren, yo me adormecí un poco, no nos quitamos los zapatos húmedos, un fuerte constipado, que aún me dura, fue la consecuencia. Eva toleró bien los zapatos húmedos pero se contagió después de mi resfriado y lo transformó en tos… Hacia las cuatro de la madrugada anunciaron que había que transbordar otra vez, en la oscuridad, entre vías, sin andén; en algún sitio había una farola eléctrica que, más que iluminar, deslumbraba y desorientaba. Era *Moosach.* De pie en la abarrotada plataforma de un vagón, entramos por fin en Múnich.

Llegamos temprano, a las 4:45 horas.

Así que el jueves, 5 de abril, estuvimos por primera vez en *Múnich*. El edificio de la estación, las grandes techumbres, todo destruido, un espectáculo medio fantástico, medio escalofriante. Debajo, a mucha profundidad, dando sensación de seguridad, un inmenso búnker, verdaderas catacumbas divididas en un formidable corredor longitudinal y grandes piezas laterales, salas de espera subterráneas, el puesto de la NSV, el puesto de socorro, retretes, lavabos. Todo abarrotado de gente echada, sentada; el personal, la policía de la estación, a menudo con muy malos modos: «¡Despiértense! ¡Pies al suelo! Los otros también quieren sentarse… Llévese de aquí la camilla, póngala en su sitio… Son ya cuatro días los que lleva usted aquí; ¡si vuelvo a verlo, me acompañará al puesto de guardia!…». La escena de Marktredwitz, multiplicada por cincuenta y en diversas variantes. Tres veces hemos estado y participado en ella; Eva acostada en el suelo de piedra del pasillo exterior más frío, sobre su sucio abrigo de piel, entre italianos y eslavos (a quienes estaban destinadas las habitaciones exteriores), yo sentado, apretadísimo, en las salas, donde el aire era sofocante y apestoso, pero hacía calor. El sueño se redujo para mí, evidentemente, a muy pocas horas. En una habitación muy al fondo, la NSV repartía por la mañana café y pan, al mediodía y por la noche, sopa, una sopa ligerísima, y pan. Lo daban todo con mucha amabilidad, pero llevando la contabilidad exacta sobre cada ración, y al presentarnos por tercera vez, dijeron desagradablemente sorprendidos: «¿Pero todavía seguís por aquí?». Una situación bastante vejatoria, y sin embargo sólo un preludio de lo que pasaríamos en Aichach y en Inchenhofen. Pero he adelantado y resumido los hechos.

Así que el jueves, 5 de abril, esperamos en el búnker hasta que amaneció. Nos enteramos de que por la tarde (a las 16 horas) podríamos continuar hacia Pfaffenhofen (Ilm) pasando por Dachau. Desde allí –el autobús había dejado de circular–, el «lechero» nos llevaría a Schweitenkirchen. – La plaza de la estación estaba horriblemente destruida. Messina[55]. Después, tanto esta vez como la siguiente, según nos acercábamos a *Múnich* iban haciéndose más evidentes los terribles destrozos. Campos enteros de escombros, ruinas, totales o parciales, de formidables edificios y palacios, hileras de casas a punto de derrumbarse, ya desplomadas en parte, obturadas, tapiadas; casas en las que se puede entrar, pero que en su interior, piso tras piso, han sufrido daños y son inhabitables. La

iglesia-símbolo[56] sigue en pie, pero una torre ha quedado al descubierto y la catedral como tal está destrozada, la universidad derribada en parte, las puertas muy dañadas. Justamente esos daños y esos estragos me han hecho ver (sobre todo en la calle que lleva al Maximilianeum) qué grande es la riqueza de Múnich en edificios italianizantes y de imitación clásica. Ya no hablo de la Ludwigstrasse, añadida artificialmente: la ciudad entera está impregnada de Antigüedad clásica y de Renacimiento, la ciudad entera tiene algo grandioso, majestuosamente romano: Dresde en cambio es sólo un joyerito rococó, de gran valor sin duda alguna, pero sólo eso, un estuche de juguete; para ser más exacto, «era» eso, porque mientras que Múnich tal vez pueda reconstruirse, Dresde no cabe duda que ha quedado totalmente destruido.

Increíble, por otra parte, cómo en Múnich, en esa ciudad de ruinas, la vida empieza otra vez a abrirse poderosamente camino. De la somnolencia provinciana de esa ciudad *antes* de 1914 no ha quedado nada. Enorme gentío. Tiendas en casas semidestruidas, en –¡Messina!– nuevos barracones de madera. Vías *en* las calles, pequeñas y humeantes locomotoras arrastran una hilera de vagonetas, cada vagoneta transformada, con tablas de cajones, en una especie de vagones primitivos, todos los asientos ocupados al máximo, racimos de gente entre los vagones y colgados de ellos (Marsella en potencia). Por el centro de la ciudad hay alguna que otra línea auténtica de tranvía. Llama la atención la casi total ausencia de cráteres en las calles, los pocos vestigios de incendios; tienen que haber afinado mucho la puntería y que haber lanzado sólo bombas explosivas, no de fósforo. Nosotros comentamos: una ciudad que ha sufrido crueles bombardeos, pero que, contrariamente a Dresde, aún está viva; pero también nos dijimos que aquello todavía daba para mucho, y entretanto, Múnich ha sufrido, efectivamente, varios bombardeos más.

He resumido las impresiones de mis dos estancias en Múnich. El jueves no nos metimos demasiado en el centro, desayunamos en un hotel próximo a la estación, nos encontramos después en plena alarma grande y nos asignaron el «búnker del Partido». Son hondas catacumbas, parecidas a las del búnker de la estación en la explanada que hay junto a, entre o detrás de los museos (me refiero a las pinacotecas y a la gliptoteca); no pude hacerme una idea de lo que aún sigue en pie de esos museos, hasta qué punto esa explanada es originariamente alguna superficie ajardinada, hasta qué punto es campo de

ruinas liberado de escombros, y hasta qué punto se trabaja allí en la ampliación del gran búnker o en cualquier otra cosa. Entraban centenares de personas, se atropellaban. Con intervalos de pocos minutos daban las noticias de la radio. Después de media hora escasa, anunciaron que iba a cesar la alarma. Apenas llegados arriba, oímos el zumbido de los vuelos rasantes, también disparos de ametralladora, y volvimos corriendo, con muchísima más gente, al búnker. Algo más tarde dijeron: cese completo de alarma, lo que por otra parte tampoco quería decir nada. Cuando empezó la alarma completa, acababan de prometernos una sopa en un pequeño restaurante; ahora nos habíamos alejado mucho de ese establecimiento, pero a cambio encontramos un auténtico restaurante grande. No había muchos abiertos, y las horas de comida están muy limitadas por todas partes. Pero comparado con Falkenstein había una cierta abundancia. Sobre todo –por doquier en la feliz Baviera– se consiguen patatas *sin* cupones. También se entregan menos cupones de grasa, y la grasa que se recibe por ellos es más abundante. Eso, evidentemente, vale para Pfaffenhofen y para Aichach en mayor medida que para Múnich; en Múnich también son los precios bastante elevados, en las ciudades pequeñas muy bajos. Y en las aldeas, los extremos se tocan. Es decir, por lo visto hay abundancia de todo por todas partes, pero de eso, algunos reparten bondadosamente insospechadas maravillas: leche, pan, bolas dulces de levadura, embutidos, macarrones, puré de sémola (sin cupones de racionamiento y preparado con huevos), otros se guardan todo para ellos sin la menor compasión, cuentan con que vendrá una ola de hambre y ven en los innumerables refugiados que han inundado el país (como pulgas en la cabeza de un perro recién bañado), una plaga de la langosta carente de derechos.

En la cena estuvimos sentados a la mesa con un matrimonio de Berlín. El dijo: Cuentan que Hitler se ha pegado un tiro. Ella: Han dicho que dentro de cuatro días vendrá «el cambio», la nueva arma, la nueva ofensiva. Eso era, llevado al extremo, la doble *vox populi*, que uno encuentra por doquier. O mejor dicho: que uno encontraba. Porque en los últimos días, el optimismo-de-victoria-final (al menos en nuestro entorno) prácticamente ha desaparecido, y los comentarios derrotistas ya son tan incontables y tan difíciles de detallar como las alarmas: por doquier se oyen las sirenas, el vuelo rasante de los aviones, el lejano y ya no tan lejano retumbar del frente, el hondo suspiro: «¡Cuándo vendrán por fin los norteamericanos!». – Así pues, a primera hora de la tarde del

5 de abril viajamos a *Dachau* y desde allí, con otro tren, a *Pfaffenhofen* […]

El viernes, 6 de abril, bajamos temprano de la estación hasta Pfaffenweiler, desayunamos en la cervecería Müller, almorzamos allí también y luego paseamos un poco por el pueblo. A la una tenía que pasar el coche de la leche. Desde entonces hemos constatado que esa institución es común a toda la Alta Baviera. En algún sitio del distrito hay una lechería central, a la que los campesinos deben entregar diariamente una gran parte de su leche (pero, evidentemente, en parte para la propia «subsistencia», en parte clandestinamente, se quedan con una buena cantidad: para el que vive en ciudad y más aún en una ciudad de Sajonia, una especie de Caná[57], y de la que reciben a su vez mantequilla, leche «descremada», etc. Los coches de la central transportan viajeros gratuitamente de pueblo en pueblo, la gente se sienta sobre los potentes bidones de leche, se sube trabajosamente a lo alto del vehículo y se baja cuando cargan y descargan la leche en las plataformas de cada pueblo; esas plataformas o tarimas, colocadas delante de una gran alquería, se han convertido ahora en una especie de estación; el horario, indudablemente, es sólo aproximado, pero esperar al tren supone varias horas. De estos pormenores no me he enterado hasta llegar aquí, a Unterbernbach. En Pfaffenhofen esperamos mucho tiempo delante de correos. Hacia las catorce horas llegó el coche; no se dirigió directamente a Schweitenkirchen, que está a 9 kilómetros al este de Pfaffenhofen, sino hacia el norte, haciendo un gran desvío y pasando por el pueblo de Geisenhaus, un trayecto de unos 20 kilómetros […]

En Schweitenkirchen, preguntamos y encontramos enseguida a los Burkhardt. Una casa pequeña, alquilada hace seis años (y, seguramente, sólo un alquiler parcial). Gente modesta; el marido ha sido cuarenta años tipógrafo y corrector en Bruckmann, en Múnich, luego, a los sesenta y cinco, se jubiló, ansioso de la vida apacible del campo. La mujer, no mucho más joven y muy enferma del corazón. Está con ellos una hija casada, que vive en Múnich y cuya casa ha quedado destruida en los bombardeos; más joven que su hermana Lisl Stühler, un poco desfigurada por faltarle los dos incisivos, ahora imposibles de sustituir, pero de apariencia simpática. Encantadores los tres, agradabilísimos, de una cordialidad extraordinaria desde el momento en que nos presentamos como los vecinos de Lisl Stühler: habían oído hablar de nosotros.

Nos enteramos enseguida de que Lisl Stühler había estado allí varias

semanas con Bernhard, pero que tuvo que marcharse porque no podía subsistir sin cupones de alimentación. Sus intenciones no eran muy claras, los padres no lo sabían a ciencia cierta y estaban muy preocupados. Quería regresar a Dresde o tal vez a la zona de Wurtemberg, quería conseguir en alguna parte cupones para ella y para el chico, regresar a casa de los padres, que reservaban para ella una habitación que normalmente estaría requisada. También supimos enseguida que los Burkhardt *no* podían alojarnos; tenían miedo de un nazi, vecino de la casa, tenían miedo de que alguien supiera que Bernhard Stühler era mestizo, tenían miedo de nosotros por ser vecinos de Lisl Stühler, habían prometido reservar la habitación para la propia Lisl Stühler.

Pero fue un descanso buenísimo, pudimos cobrar aliento y recuperar fuerzas. Pude secar los zapatos y los calcetines y relajarme con unos calcetines bien abrigados y unas zapatillas; nos dieron café, nos dieron una abundante cena caliente, nos dieron albergue nocturno, los dos en un amplio sofá, pude afeitarme al día siguiente, también desayunamos: y además de todo eso, un trato cordial, sí, y por la noche escuchamos juntos la radio inglesa, y el avance de los angloamericanos nos hizo concebir esperanzas.

Decidimos regresar a Múnich y presentarnos allí a Vossler; en la universidad nos habíamos enterado previamente de que seguía viviendo en el Maximilianeum. El bedel dijo que había visto hacía poco por la calle al *Herr Professor* y a su esposa. Si Vossler no podía ayudarnos, pediríamos ayuda a alguna organización, ya que nuestros papeles estaban en regla. (Pero con la organización habría que operar con los apellidos auténticos, ya que había que presentar el certificado de damnificados por los bombardeos. Un peligro mínimo, con esta distancia y este caos. – Nuestra declaración de residencia de Falkenstein lleva el apellido verdadero. Después se podía explicar que debido a los días de Pascua y a una alarma completa no nos fue posible solicitar el certificado de salida de Falkenstein.)

Habíamos dormido mucho, habíamos saciado el hambre, nos habíamos lavado: estábamos llenos de ánimos. El sábado 7 de abril, después de desayunar y de conversar largo y tendido, el señor Burkhardt nos llevó por el pueblo hasta la carretera de acceso (2 kilómetros de distancia) a la autopista Múnich (41 kilómetros) – Nuremberg (111 kilómetros). Por allí pasaban siempre camiones y vehículos militares que seguro que nos recogerían […] Soplaba un fuerte viento,

cortante y frío, el señor Burkhardt se quejaba de que llevaba un abrigo muy ligero y le dolía el «vientre», así que nos despedimos de él y esperamos solos. Pasaron coches, tres, cuatro, pero no se preocupaban de las señales que hacíamos. Entonces, como también estábamos helados, desistimos y empezamos una marcha a pie, con el equipaje, en dirección a Pfaffenhofen, a 7 kilómetros de distancia. Durante algún tiempo tuvimos que avanzar penosamente por la carretera, luego el camino continuaba a través de un oquedal. Justo en la linde de ese bosque se había parado un coche del ejército, el chófer estaba haciendo alguna reparación, un soldado lo miraba. Preguntamos si podían llevarnos. – La reparación duraría horas, dijeron, a pie llegaríamos antes a Pfaffenhofen. Apenas habíamos avanzado un rato, nos dio alcance el soldado, me cogió con toda naturalidad una de las bolsas, se unió a nosotros y charló familiarmente todo el camino. Sólo tenía una mano. La otra la había perdido en Normandía: allí fue hecho prisionero, enviado a Estados Unidos, y canjeado después. Tenía dieciocho años, era alto y fuerte, de Waterkant, pero le gustaba esta zona, aquí se había echado novia. Pero, no sabía si tenía un futuro por delante. Era miembro de las Waffen-SS y todo el mundo sabía lo que iba a pasar con las Waffen-SS si… Pero el Führer no había merecido ser derrotado, sus intenciones habían sido tan buenas y lo había organizado todo tan bien… Y no lo vencerían. Las derrotas sufridas hasta ahora habían sido por traición, ya mucho tiempo antes del 20 de julio había habido traición de por medio, y ahora, el día del cumpleaños del Führer, el 20 de abril, empezaría nuestra nueva ofensiva que liberaría el este. Pero no parecía muy convencido de todo aquello y se dejó consolar de buen grado por mí: como albañil siempre encontraría empleo, y con una mano y una prótesis seguro que podría trabajar. Le pregunté cómo lo había pasado en Norteamérica. «Bien», no podía negarlo, buena comida, trato decoroso a las órdenes de oficiales alemanes… Pero eso, añadió, los norteamericanos lo habían hecho sólo con fines propagandísticos, para que los que iban a ser canjeados contaran después en la patria cosas buenas sobre Estados Unidos. De esa manera, en aquel muchacho se mezclaba lo razonable y lo que le habían metido en la cabeza.

[…]

Llegamos pronto a *Pfaffenhofen*; en las afueras del pueblo, él tomó otro camino para dirigirse a su alojamiento. Su última palabra: si las cosas se ponían

muy mal, se apuntaría otra vez para el frente. Creo que fue la última vez que oí hablar positivamente de los nazis y de la guerra. Desde aquel día, las opiniones derrotistas, ora veladas, ora con toda franqueza, fueron cada vez más frecuentes, acabando por ser tan incontables como las alarmas aéreas. Con rarísimas excepciones de carácter puramente oficial, tampoco he vuelto a oír un «Heil Hitler». Todo el mundo dice, decía ya en Múnich, «Grüss Gott» y «Auf Wiedersehen».

A las 12:30 horas, apenas llegados a Pfaffenhofen, hubo alarma pequeña; apenas nos habíamos sentado a almorzar en el Bräuhaus Müller, en la gran plaza, hubo alarma completa y tuvimos que bajar al espacioso sótano. Conversación con uno de los que había allí: «¿Cómo terminará la guerra?». Irónica respuesta: «Eso no puedo decírselo. El silencio es oro. Y nunca se sabe con quién se está hablando». Como he dicho: ya no puedo tomar nota aquí de todos esos comentarios. Refugiados con quienes se está unos minutos, en el coche de la leche camino de Schweitenkirchen, en un andén… hablan con rencor, en tono incriminatorio, esperan que llegue el final… ¡Y sobre todo los campesinos! Cuándo llegarán los americanos…, ojalá estén pronto aquí… ¿Hacer un hoyo para los bazucas? Nos llevamos también con nosotros la toalla, para entregarnos… ¡Qué locura, que luchemos *nosotros*! Pero *él* manda fusilar a todo general y a todo alcalde que no oponga resistencia… Dentro de ocho o todo lo más quince días estarán aquí… Mi teniente dice que el día 20 empieza la nueva ofensiva y que entonces liberarán el este en el espacio de cuatro semanas, pero yo ya no me lo creo… ¿La nueva arma? Eso lo estamos oyendo desde hace dos años… Por qué no estarán ya aquí los americanos… Etc., etc., tan incesantemente como las alarmas y los aviones.

Almorzamos en Müller, en una pastelería contigua nos dieron una taza de café (sólo *una)*, y luego viajamos hasta Dachau. Allí debíamos continuar el viaje a las seis de la tarde, pero el tren fue tomado al asalto y quedó tan abarrotado que preferimos esperar al siguiente, una hora más tarde. Llegamos ya oscurecido a *Múnich* y buscamos por segunda vez el búnker que ya nos era familiar. Ya he descrito el abarrotamiento, la sopa aguada de la NSV, la rudeza de los guardias de la estación. Me dirigí a un enfermero y conquisté para Eva una camilla en la que pudo dormir esa segunda noche muniquesa.

[…]

El domingo, 8 de abril, en Múnich, nos despertaron después de las cinco la gente de la limpieza y los guardias, nos presentamos de nuevo en el puesto de la NSV para tomar café, nos buscamos después un hotel que abría pronto (Excelsior), junto a la estación, en un edificio muy deteriorado, nos quedamos allí un buen rato desayunando tranquilamente. Luego caminata hasta la casa de Vossler […] Salvo un cortísimo trayecto en tranvía recorrimos la ciudad a pie, casi todo el tiempo con alarma pequeña. Llegamos al Maximilianeum por detrás, por donde está rodeado de jardines. En la pared, en grandes caracteres: A la Academia. A casa de Vossler. A la biblioteca. Un refugio antiaéreo público. Quedamos en que Eva me esperaría en los jardines y que si hubiera una alarma grande se metería en el refugio. En ese mismo instante, teatral puesta en escena, sonó la alarma grande. Así que nos metimos allí con muchísima gente que llegó corriendo. Varias habitaciones. Busqué a Vossler, pero en vano. Entre el gentío, a través del cual llegaban continuamente noticias radiofónicas sobre la situación de las unidades aéreas, aparecía de vez en cuando un hombre con un brazalete oficial. A él me dirigí al cabo de un rato preguntando si había allí un sótano especial para los vecinos de la casa, porque yo había venido precisamente a ver a Vossler. – «Justo viene por ahí la esposa del profesor Vossler.» Una rubia de buena presencia, cincuenta y pocos años, apariencia al mismo tiempo digna y afable. Me presenté a ella como el alumno más antiguo de Vossler; después me di cuenta de que no había entendido mi nombre, sin embargo me llevó enseguida para arriba. Una pieza inmensa y elegante, pero que, por lo visto, servía para todo: despacho, comedor, salón. No era vivienda oficial, a pesar de la Academia y de la biblioteca, sino que Vossler disponía de ella como persona particular. El estaba en medio de la habitación, poco cambiado a primera vista: después sí noté las huellas de la edad. Rostro bastante demacrado, pequeño bigote gris, a menudo la actitud de quien es duro de oído y quiere disimular su mal; pese a su vivacidad, al cabo de un rato claramente cansado. Me recibió con mucha cordialidad: «¡Hemos hablado tantas veces de usted, lo hacíamos en América hace tiempo!». Apenas hubo entendido mi nombre la señora Vossler, no hubo quien la parara: Eva tenía que subir también, ella diría simplemente abajo su nombre en voz alta. Yo describí a Eva: abrigo de piel con algunos trozos quemados, gruesas gafas, y al poco rato estaban las dos arriba. Nos retuvieron para una comida principesca.

Los Vossler siguen teniendo criada, siguen teniendo «fuentes»; nos pusieron una sopa, un gran filete, como en tiempos de paz, con espinacas frescas y patatas fritas, un puding, a Eva le dieron dos cigarrillos, a mí un puro, que guardé «para la noche» reservándolo así para Eva. Al mismo tiempo no cesamos de preguntar y de contar. Charlar de asuntos profesionales es agradable, más aún cotillear sobre el mismo tema. Pfandl[58] ha muerto, a Hämel[59] las bombas lo han dejado sin casa, Geizer[60] murió en Jena en un ataque aéreo, Curtius[61] se ha dedicado totalmente al latín medieval, Lerch[62], cuyo hijo mayor ha caído en el frente, está «por alguna parte del Riesengebirge[63]. La señora Vossler dijo que no le había perdonado su comportamiento con Sonja[64], y Vossler y yo también censuramos el carácter de Lerch. Rohlfs[65], que nos atacó tan violenta y suciamente a Vossler y a Lerch y a mí, es desde 1938 el sucesor de Vossler en Múnich y sigue siendo su enemigo […] «En las clases comenta sus obras contra mí y no mis respuestas», dijo Vossler. Y ella: «Mi marido está muy solo». Observé en él una cierta orgullosa vanidad por sus (pasados) éxitos. «Este es el hombre que me hizo doctor *honoris causa*», dijo a su mujer sobre mí. Yo: «No habrá sido el único *honoris causa*». – «Han venido después Coimbra y Madrid.»

Habló de fricciones con el gobierno nacionalsocialista y de su integridad. Él había dado conferencias en Italia y España. Un día vino a verle el cónsul italiano: le daba vergüenza, dijo, pero las conferencias de Vossler de ese año tenían que ser canceladas, porque no las querían. Y añadió en tono confidencial: por presiones del gobierno *alemán*, que oficialmente había permitido a Vossler que diera esas conferencias en el extranjero. Acto seguido, él, Vossler, declinó, en una carta muy clara al gobierno, toda otra actividad en el extranjero. Algún tiempo después le habían pedido insistentemente que aceptara un alto cargo en España. Le aseguraron que no tenía que hacer la menor propaganda nacionalsocialista, que podía seguir siendo como era. Pero él lo rechazó diciendo que sólo podía ser transportado a España en vuelo estratosférico, a 7.000 metros de altura, y eso fatigaría en exceso su corazón de setenta y dos años.

Yo le conté a él y a su mujer mis penalidades de judío y el peligro de mi huida. «Para mí usted es ario, yo no sé nada más.» Los dos hablaron de Cossmann[66], el editor de los *Suddeutsche Monatshefte*, el nacionalista de la primera guerra mundial. La señora Vossler, creo que de soltera Thiersch, era su secretaria, y en ese puesto conoció a Vossler, viudo. Cossmann, católico

ferviente –¡rezaba por Hitler, porque también Hitler tenía un alma inmortal!–, era judío completo y portador de estrella, estuvo un año en prisión, murió a los setenta años en Theresienstadt. (De lo que también me enteré ayer, 16 de abril, por la maestra de aquí. ¡¡Oír hablar de Theresienstadt en Unterbernbach!!)

Varias veces la conversación fue más allá del terreno personal […] Los Vossler, sin embargo, no pudieron encontrar una solución al problema del alojamiento. La señora Vossler sólo nos ofreció albergue para la noche si no había ninguna otra cosa, teníamos que prometerle, dijo, que regresaríamos si no encontrábamos ni pensión ni hotel. Pero Vossler estaba cansadísimo, casi un poco apático, y se despidió al momento definitivamente de nosotros. La señora Vossler nos acompañó, antes nos enseñó la vista de la ciudad (creo que la Maximilianstrasse) desde un gran balcón. El pasillo que conducía a él había sufrido daños, el último piso del Maximilianeum fue alcanzado por una bomba y destruido por el fuego. Luego la señora Vossler nos llevó hasta la cercana Thierschstrasse, donde se encuentra la «oficina para desplazados» pero que estaba cerrada el domingo […]

Regresamos a la ciudad. ¿A qué hora? Esos desconcertantes relojes de Múnich. La mayoría de ellos (y casi todos los de la estación) se han quedado parados en horas diferentes y no funcionan. Algunos marchan y marchan como es debido. ¿Pero cuáles?

Buscamos alojamiento, primero en hoteles –en vano–, luego en pensiones que nos habían indicado o que habíamos encontrado nosotros. Todas estaban en casas que habían sufrido tan terribles daños, en parte derruidas, con huellas de incendio por todas partes, que nos daban miedo. A menudo no abrían cuando llamábamos al timbre. O nos decían que los cuartos eran inhabitables […] Al cabo de algún tiempo nuestro miedo a esas casas tan destrozadas era demasiado grande, y después de tomar algo de cena en el Roter Hahn, que ocupa una miserable habitación de emergencia en el Stachus, fuimos de nuevo, por tercera vez, al búnker de la estación. En la NSV dijeron: «¿Pero otra vez estáis aquí?», y Eva sólo pudo dormir en el puro suelo. Sin embargo nos alegramos de estar allí, porque a la una hubo alarma completa, entró muchísima gente, y fuera cayeron bombas por algún sitio. No habría sido un placer en alguna de aquellas pensiones.

El lunes, 9 de abril, nos habíamos habituado hasta tal punto a esa situación

que la vida en búnkeres y ruinas ya no nos parecía nada fuera de lo corriente. Desayunamos otra vez en el Excelsior; un joven matrimonio, pareja interesante, se había unido a nosotros, en nuestra calidad de conocedores de la ciudad y *habitués* y, por así decirlo, de avecindados allí. La pareja venía de Graz, el marido, funcionario subalterno, viajaba a Berlín a reclamar su sueldo atrasado; no sabían dónde podrían encontrar descanso (momentáneo) o dónde los «instalarían» de nuevo. Era divertido observar cómo, desordenadamente, disgregándose, deshaciéndose, seguían flotando aisladamente en la desilusionada y amargada cabeza de aquel hombre algunos fragmentos sueltos de la obligatoria *LTI* que le habían inculcado. Los peces gordos habían huido de Graz en coche, y los pequeños, que vieran cómo se las arreglaban. Y por supuesto, el ciudadano de a pie es el que, una vez más, iba a pagar los vidrios rotos, todo: la miseria, la guerra… Pero indudablemente, las cosas se arreglarían al final. Porque el Führer había dicho que no había nada imposible, y además: nosotros éramos «la muralla de Europa contra el bolchevismo». Nosotros los dejamos hablar todo lo que quisieron y nos despedimos amablemente de ellos; sin duda alguna, ésos se incorporarán rápidamente y de muy buen grado al Cuarto Reich. Tuvimos que hacer después un montón de gestiones (continuamente con alarma pequeña) por todo Múnich. Primero a la oficina de desplazados, en la Thierschstrasse. Mientras Eva estaba arriba, yo contemplé el Isar. Eva regresó pronto con una asignación para Aichach. Ninguno de los dos habíamos oído ese nombre antes y no sabíamos dónde estaba aquel pueblo. Luego, vuelta a la estación; allí, molestias y pérdida de tiempo haciendo cola en diversas ventanillas […] Una vez concluida la preparación del viaje hubo que ir a buscar las tarjetas de racionamiento a la oficina de abastecimientos que estaba muy en el interior de la ciudad, en la Sparkassenstrasse. Encontramos laboriosamente el camino preguntando a la gente, y en la ventanilla de las tarjetas perdimos un tiempo enorme.

[…]

A las tres de la tarde, completamente rendidos, viaje a *Dachau*. Allí, a las cuatro, nos dijeron que seguramente podríamos estar en Ingolstadt a última hora de la tarde, pero que allí había quedado destruida la sala de espera en el último bombardeo; que más valía no salir de Dachau, tal vez incluso encontráramos alojamiento allí. La ciudad, bastante lejos de la estación, estaba repartida sin

ningún orden en torno a un monte no muy alto pero que sobresalía como una maciza plataforma coronada por el castillo amurallado […] Unos metros por debajo del castillo, pero a la altura del monte, en la Marktplatz de lo que se podría llamar «Dachau alto» hay una construcción maciza, probablemente una fábrica de cerveza autónoma, el restaurante de Aloys Zwicknagl. Allí cenamos bien durante otra alarma, pero sólo pequeña; albergue no había, evidentemente, y después del cese de la alarma regresamos resignados con nuestro equipaje a la estación y pernoctamos una vez más en la sala de espera, sin cama y sin defensa ante cualquier bombardeo. Por supuesto, sin habernos lavado tampoco.

El martes, 10 de abril, iba a salir a las cinco de la mañana el tren para Ingolstadt, allí había empalme para Aichach, y por la tarde habríamos llegado a nuestro destino. Hacia las cinco nos subimos a un tren que estaba esperando y encontramos buenos asientos, pero pasaron casi cuatro horas completas hasta que el tren se puso en marcha. Durante la espera y el viaje hubo alternativamente alarma pequeña y cese de alarma […]

A las once y media llegamos a *Ingolstadt*, a las trece habíamos de continuar viaje a Aichach. Contrariamente a lo que nos habían dicho en Dachau, la estación no había sufrido daños, y hasta nos dieron en el restaurante de la estación un buen almuerzo. Y algo bueno también: se me había formado en el pulgar derecho un doloroso absceso, muy pegado a la uña; en una pequeña estación de la Cruz Roja una amable enfermera me ayudó con pomada de ictiol y un vendaje. Muy satisfecho regresé por el andén de la estación al restaurante y de pronto oí un fuerte zumbido encima de mí, me metí de un salto en el comedor y permanecí arrodillado junto a un pilar, mientras oía las explosiones y el temblor de los cristales de las ventanas; medio debajo de mí estaba acurrucada una chica muy joven que gemía «¡Dios mío, Dios mío!»; a mi alrededor, gente arrodillada, sillas tiradas por el suelo; mucha gente corría hacia la puerta, otros gritaban: «¡Quédense aquí, quédense aquí!». Todo ello una confusión que duró segundos. Yo me dije al instante: un solo avión. Y en efecto, la bomba había caído sobre un retrete cerca del comedor. Volvió un poco la calma, yo corrí hacia nuestra mesa, en el centro de la sala; allí estaba sentada Eva, indemne (como todos los demás); se había puesto a cubierto debajo de la mesa, «bajo la mesa vecina estaba tendido un capitán, los dos nos incorporamos al mismo tiempo». Pedimos café, después del susto, yo tomé unas notas; entonces dijeron que se

acercaba una escuadrilla, que fuéramos al sótano. La estación estaba sobre una colina, y el sótano era bastante profundo e inspiraba confianza, pero pequeñísimo y abarrotado de gente. Tuve que dejar el equipaje en el vestíbulo, junto a la escalera, y me puse cerca de él, mientras que Eva llegó más abajo y más adentro. Estábamos todos apiñados. Una fuerte explosión, polvo de cal que saltó a los ojos, se apagó la luz, mi sombrero había desaparecido. Gritos de «¡Silencio!», muchos gritos de «¡Mi sombrero!», «¡Mi gorro!», «¿Pero es que nadie tiene una linterna?», «¡En el vestíbulo hay un herido!»… Entretanto, habían surgido aquí y allá algunas linternas, iban apareciendo sombreros que se entregaban a los dueños, Eva gritó desde lejos: «¡Victor, tengo tu sombrero!». Todo eso me distraía, tiene que haber habido varias explosiones más, aunque no tan cercanas: no lo sé. La gente subía en tropel la escalera diciendo que había pasado todo; al punto todos volvieron a bajar: que la cosa seguía. Un poco después, Eva y yo nos encontramos y nos atrevimos a subir al exterior […] Los daños no parecían excesivos –con posterioridad, ya de camino, parados en una casa para protegernos de otros aviones, nos enteramos de que sólo había habido algunos heridos y ningún muerto–, pero la vía férrea estaba destruida, y tuvimos que recorrer 9 kilómetros, a pie y con el equipaje, hasta la estación siguiente, Zuchering. Durante esa caminata, como ya he dicho, buscamos protección por primera vez contra los cazas de vuelo rasante, y desde entonces eso se ha convertido en costumbre diaria. Durante algún tiempo caminamos en compañía de un soldado; ese hombre, excepción absolutísima, seguía con la esperanza puesta en el 20 de abril. (Hoy es 19, rusos y angloamericanos se acercan al mismo tiempo a Berlín; estoy esperando con un interés casi supersticioso lo que este viernes, 20 de abril, traerá por el lado de los alemanes y del enemigo.)

La caminata fue fatigosa y monótona. No era la típica llanura de la Alta Baviera que, desde hace una semana, estamos conociendo diariamente y a fondo, y que nos gusta tanto a excepción de sus polvorientas *grand’routes* sin árboles y sin sombra. Lo típico de esa altiplanicie es su verde terreno ondulado en el que se incrustan una y otra vez franjas de bosque, a menudo como un decorado teatral, de forma que a través de ellas se ven nuevas praderas y nuevos decorados o trozos aislados de bosque. Muy a lo lejos hay auténticas cadenas montañosas, oscuras por los bosques o lejanamente azuladas en el horizonte. Y por todas partes, a menudo muy cerca unos de otros, hay pueblecitos, cada uno con su

iglesia, en el centro o delante, como en vanguardia, y cada iglesia tiene su torre, la torre sencilla bulbiforme, o con otro remate suplementario, o la torre puntiaguda, o la de hastial escalonado, y a veces, detrás, plantado en el canto del tejado, hay un nido de cigüeñas, y una vez vi erguida en él una cigüeña; y con bastante frecuencia aparece también la torre más representativa de una gran iglesia abacial de la época barroca, pintada de amarillo y por lo general en bloques superpuestos y con torre de cúpula. Pero en el trayecto Ingolstadt-Zuchering falta todo eso. Unicamente praderas y sembrados lisos como una bandeja, sin ondulaciones ni bosques. Lo mismo podría ser cualquier trozo de terreno de la provincia de Posen. «Terreno y nada más.»

Llegamos avanzada la tarde, muertos de hambre, muy cansados, al pueblo de *Zuchering*. Poco antes habíamos pasado por un riachuelo con un prado en la orilla, allí descansamos un poco y nos metimos en la maleza para escondernos de un avión que volaba bajo. Junto a nosotros, como guardián de un puentecillo, había un soldado vestido de marrón que a nuestra pregunta sacudió, amable y sonriente, la cabeza. Después vimos otros de esos extranjeros de uniforme pardo y nos enteramos de que se trataba de una compañía húngara. Pero también había soldados alemanes en el pueblo. Yo estaba delante de una tiendecilla en la que Eva no había encontrado nada que comprar, y le conté a uno de ellos nuestras tribulaciones y que estábamos muertos de hambre y que Eva estaba haciendo en la carnicería de enfrente un último intento de comprar algo. Entonces la dueña de la tienda asomó la cabeza por la ventana de su cuarto y dijo: «Si no encuentran nada, les haré una sopa. Pueden descansar en el "pabellón de verano", su tren no sale hasta las diez». Eva regresó sin haber conseguido nada, nos llevaron al cenador que había detrás de la casa y nos pusieron delante una sustanciosa sopa. (Después, la mujer se negó a cobrarnos nada.) El soldado de antes, acantonado allí, de Wurtemberg por el acento, ya no joven y de capa social alta, habló muy abiertamente de la guerra perdida sin remedio, del crimen absurdo que era seguir luchando, de la «megalomanía» de Hitler. Luego se marchó y nos trajo un gran trozo de pan de contrata y mitad de cuarto de mantequilla como regalo. Dijo que lo aceptáramos sin más, que donde hay que alimentar a cien hombres –debía de ser lo que en la lengua de 1914 llamábamos cabo furriel– siempre sobra alguna cosilla. Entonces recorrimos lentamente, cuesta arriba, el último trozo de trayecto hasta la estación. Alrededor de ella había sentados en la hierba, aquí y

allá, grupos de soldados y de civiles. Hicimos lo mismo hasta que el frío y la humedad fueron demasiado intensos. El tren llegó en plena oscuridad y estaba abarrotado. Apreturas, acaloramiento, auténtico combate nocturno. Nos abrimos paso hasta un compartimiento, al principio fuimos acogidos con muy malos modos por los soldados que lo ocupaban, nos defendimos furiosísimos cuando comentaron que los civiles seguían haciendo viajes de recreo, estuvimos muy incómodos, de pie o acurrucados. Poco a poco, la situación se calmó. A la una y media de la madrugada llegamos a *Aichach.* Esa fue la séptima y última noche de sala de espera *vel* de tren de nuestros días de huida, pero aún no había llegado el final de la odisea.

A la mañana siguiente, miércoles 11 de abril, nos recibió Aichach con tres tazas de café para cada uno en el restaurante de la estación. Fue una agradable sorpresa. Entramos después en el pueblo y Eva se puso en contacto con la jefatura del distrito. Desde entonces hemos estado unas tres veces más en Aichach; la impresión es siempre la misma: puedo distinguirlo de Falkenau y de Pfaffenhofen casi únicamente por el tamaño: el pueblo relativamente grande, el pueblo bastante pequeño, el pueblo pequeñísimo. Siempre hay una serie de calles y de casas como de aldea en torno a una plaza central histórica, alargada y con casas señoriales. Ayer (18 de abril) hice un esfuerzo especial para captar el estilo peculiar de Aichach. Mediante una gran casa de estilo barroco que deja libre una calle a derecha e izquierda, la larga plaza principal está dividida en dos plazas que forman ángulo obtuso; falta la iglesia que todo lo domina, sólo en la parte longitudinal hay una modesta iglesia; una voluminosa puerta con una voluminosa torre piramidal lleva una leyenda, grande y con caracteres polícromos, que habla de Johann von Werth[67] y de combates durante la guerra de los Treinta Años. Contigua a la plaza principal hay una plaza triangular, más pequeña, y limitando con ella por detrás y por la gran torre amarilla está la iglesia principal. (Tiene un nido de cigüeñas.) Junto a la iglesia, la jefatura del distrito, con la que tenemos más contacto, mucho más contacto del que quisiéramos. En la plaza principal hay tres grandes restaurantes, dos de los cuales son al mismo tiempo fábricas de cerveza, y un café Mayer (como en Falkenstein, pero escrito a la manera bávara, Mayr, junto a él vive el abogado Stanglmayr). En el restaurante Ziegler ya hemos comido bien un par de veces, pero a veces un comedor está transformado en escuela, entonces tenemos que

meternos en Stiegler. Cerveza se sirve sólo en días determinados, café hay casi siempre, a menudo también refrescos, pero sólo allí, en el pueblo grande: los restaurantes de los pueblecitos se niegan a servirlos.

Eva regresó con la siguiente información: Múnich nos había asignado por equivocación Aichach, a ese distrito ya no tenían acceso los refugiados; pero como ya estábamos allí, se ocuparían de nosotros, sólo que tendríamos que continuar a pie hasta Inchenhofen llevando una recomendación especial escrita. Inchenhofen es un pueblo a 7 kilómetros al norte de Aichach. Allí el campo no es tan aburrido como en Zuchering, sino precisamente ese típico paisaje de la Alta Baviera. Lo mismo vale para Unterbernbach, donde ahora hemos encontrado sosiego, sosiego para quienes tenemos modestas aspiraciones.

Hacia las siete de la tarde llegamos muy cansados y acalorados a Inchenhofen, que pone de manifiesto de un modo muy peculiar su posición especial de gran villa, entre pueblo y ciudad. Sólo casas de pueblo (muy, muy distintas de los pueblecitos industriales en la periferia de Falkenstein), sólo calles de pueblo sin pavimentar, pero varias calles verdaderas, largas, con las casas muy juntas, con los frontones a muy poca distancia (por el lado estrecho) unos de otros. Todo el pueblo está en alto; en el punto más elevado, la plaza principal con la iglesia amarilla, cuya torre estrecha y con cúpula (feo «cuello de ganso», dice Eva) domina toda la zona y, por tanto, se la ve también desde aquí. En mis hojas de apuntes encuentro que durante la caminata a Inchenhofen hubo constantemente alarma, que se oía el impacto de las bombas, que alguien expresó el deseo de que «ojalá lleguen por fin los norteamericanos». Todo eso, la alarma constante, el vuelo de unidades enteras y de cazas sueltos, el ardiente deseo, expresado ya sin ambages, de que llegaran los americanos, todo eso se convirtió en algo tan cotidiano y familiar en la última semana (hoy es 19 de abril), domina tan absolutamente, sin ninguna excepción, el ambiente de aquí –y «aquí» significa ahora para nosotros Aichach y media docena larga de pueblecitos vecinos, que hemos recorrido a pie y en coche– que ya casi no recuerdo nada de la caminata del 11 de abril. Sólo sé que llegamos a la fonda en un estado desolador y que la dueña, una mujer joven, sin decir palabra y sólo sacudiendo casi burlonamente la cabeza se negó a darnos nada de comer ni de beber, aunque un gran grupo de soldados acantonados allí estaban tomando una abundante comida. Mientras yo esperaba amargado y furioso, Eva fue a ver al

alcalde y regresó con una orden de alojamiento en casa del labrador Joseph Pulver. El tal Pulver es el individuo más maligno con que nos hemos tropezado hasta ahora en nuestra huida […] Así pues, Pulver: un viejecillo apergaminado, sordo o que se hace el sordo, acompañado de su mujer y de un joven que después se quitó de en medio. Pulver leyó el papel con rostro malhumorado, dijo después que nos daba la alcoba con una sola cama, pero que todo lo demás no le concernía, y que él no movería un dedo. Le pedí agua. – «¿Agua?» – «Sí, para lavarnos, para beber.» No, no tenía agua, la bomba estaba estropeada. Y el joven confirmó que la bomba se había roto, que no tenían agua. Entonces la furia y la desesperación me animaron a la acción. Eva me dio la dirección del alcalde, en la plaza principal. Un hombre grueso, moreno, que cojeaba apoyado en un bastón. Le dije que nos habían acogido «con verdadera hostilidad», que el hombre hasta se negaba a darnos agua. Hablé seguramente con voz ronca, cansada, desesperada, causó impresión. El alcalde –primero había dicho que era sólo para esa noche, que al día siguiente encontraría otra cosa– asintió como con melancolía y repitió «hostilidad, sí: hostilidad». Después: «Vaya a la gendarmería, la casa al otro extremo de la plaza, dígale de mi parte al jefe de la policía lo que pasa». Encontré la casa, llamé a la puerta, abrió un señor amable de unos cincuenta años, en camisa de lana, escuchó lo que le conté. «Voy a ayudarle, espéreme abajo.» Al cabo de un rato se presentó con su uniforme y el revólver colgado del cinturón marrón claro. Joseph Pulver parece que era conocido por su malignidad. «Por fin tengo que hacer valer mi autoridad, poner las cosas en orden; la gente no sabe lo que están pasando otros, no han sufrido ninguna desgracia, pero ahora hay que poner por fin las cosas en orden.» Cuando llegamos a casa de Pulver, éste por lo visto había cogido miedo y subido un cubo de agua, al que se añadió después una jarra vacía de cerveza y un orinal. El policía habló con el viejo en tono persuasivo. Entonces se presentó un hombre relativamente joven, vestido de paisano, un tipo como un castillo, debía de tener algún cargo en el Partido, alguna potestad superior a la del suave jefe de policía con su «y ésos se tienen por cristianos». Agitaba los puños, le gritaba de un modo terrible al viejo. Yo sólo entendía, de lo que gritaba en dialecto bávaro, que la medida estaba colmada y: «Os meto en chirona, ¡en chirona!». Después, los dos se fueron con nosotros, el del vocerío se marchó, el paternal jefe de policía vino con nosotros al Klosterwirtin, un restaurante bastante modesto, ya

cerrado, frente a la alcaldía, habló en la cocina mientras nosotros esperábamos en la sala vacía del restaurante, volvió preguntando si queríamos la salchicha fría o caliente –«Como menos trabajo dé»–, nos dio esperanzas para el día siguiente y se marchó después de muchas buenas palabras. En aquella casa por lo visto habían hecho matanza; nos acordamos de Piskowitz. La bondadosa dueña nos trajo tal cantidad de morcilla de sangre y de hígado que todavía seguíamos alimentados al día siguiente, nos dio pan, nos prometió desayuno y almuerzo para el otro día, y cumplió su promesa, nos pidió muy poco dinero por todo ello y no aceptó ni un solo cupón […] Regresamos a nuestro malhadado alojamiento, Eva sacó del armazón de la cama el jergón de paja, lo puso para mí en el suelo, se acostó en la dura madera de la cama –mantas había suficientes para los dos–, dormimos bien […]

A la mañana siguiente, jueves, 12 de abril, abandonamos el polvorín[68] sin ver a nadie de la casa, fuimos al Klosterwirtin y desde allí a la alcaldía. Allí llegó también el jefe de policía y poco después el *«Herr Kommissar* de la oficina del Reich para desplazados de Kühbach», un hombre joven y bien parecido, muy educado, que tenía una prótesis en la mano derecha, hablaba correcto alemán y no carecía de una cierta autoridad. Resultado después de deliberar largo tiempo: Inchenhofen no ofrecía la menor perspectiva, carta del comisario Klein a la jefatura del distrito de Aichach, a mediodía volvería a llevarnos allí un vehículo militar. El mediodía se convirtió en las tres de la tarde, pero entonces el coche recorrió en quince minutos lo que nosotros habíamos tardado en recorrer a pie dos horas. Por cierto, un placer peligroso, porque siempre hay aviones que vuelan bajo, y no sé hasta qué punto sirve de algo el poquito de camuflaje de abetos.

[…]

En Aichach, Eva se puso otra vez en contacto con la oficina y volvió con tres direcciones de habitaciones requisadas, una de las cuales «quizá» nos convendría. (El comisario ya había hablado antes por teléfono desde Inchenhofen con el inspector de Aichach.) Nos tonificamos con un café y nos pusimos en marcha. La primera habitación era una pieza minúscula sin cama ni colchones, con una miniatura de sofá en el que sólo se podía estar sentado, con mucho equipaje de otros refugiados y todo género de provisiones; la dueña de la casa decía que ella utilizaba, tenía que utilizar, esa pieza como «fábrica de

refrescos». (El letrero «Fábrica de refrescos» creo que no es raro en Aichach, y tampoco en Pfaffenhofen.) La segunda habitación, en una casa buena, la defendían –estuvimos allí dos veces– primero una señora mayor, después su gigantesco hijo, capitán, muy educadamente pero con «fanática obstinación». El, el capitán, se iba el lunes otra vez al frente, pero en lo relativo a la habitación la oficina no había dicho la verdad: no estaba requisada sin más, sino requisada para la familia del capitán, damnificada por los bombardeos y a la que estaban esperando. La tercera habitación era en un piso cerrado con llave; dijeron que no podían dejarnos entrar porque la propietaria, enferma del pulmón, estaba en el hospital; se habían llevado de allí a sus hijos, el piso aún no estaba «desinfectado». Otra vez a la oficina del distrito: esa tercera casa estaba, efectivamente, precintada por la policía –tuberculosis galopante– y con el capitán no querían luchar. Nos dieron una carta para Unterbernbach, situada a «sólo diez minutos» de la estación siguiente, Radersdorf; allí encontraríamos seguro alojamiento.

Yo estaba amargado y desesperado; Unterbernbach no iba a ser distinto de Aichach y de Pfaffenhofen; además se había hecho tarde, la perspectiva era una noche en sala de espera o algo peor. Pero no teníamos opción. Así que a la estación con el equipaje. Allí, discusiones y súplicas hasta que, asegurando que sólo viajábamos a la estación siguiente, pudimos meternos en la plataforma de un vagón, llena de militares. Desde Aichach, *Radersdorf* es la primera estación (a unos 7 kilómetros), en dirección noreste, hacia Ingolstadt. Desde allí sale en dirección noroeste una despiadada carretera a *Unterbernbach*, llena de curvas, pero no diez, sino treinta minutos largos. Llegamos muertos de fatiga, preguntamos y encontramos la casa del jefe local del campesinado; una joven nos dijo que llegaría pronto, que dejáramos el equipaje en el pasillo y que entretanto nos metiéramos en el restaurante de enfrente. Desde aquel momento nos fue muy bien. En el restaurante la amable dueña nos dio de cenar. Después, era ya casi de noche, encontramos en la casa al jefe local del campesinado, Flammensbeck, un hombre delgado, de cabellos grises, que al punto se volcó con nosotros de la manera más conmovedora (un cuáquero, dijo Eva). Con la mayor naturalidad pusieron en el suelo de la sala de estar jergones de paja, almohadas y mantas, diciendo que allí podíamos quedarnos hasta que encontraran otro alojamiento en el pueblo. Nos acostamos aliviados y felices

(toda vez que la dueña del restaurante nos había dado una cena opípara a base de sopa, patatas con piel, pan, queso, cerveza). Y, realmente, ahora se había terminado la odisea propiamente dicha y la necesidad extrema (aunque no, desde luego, todas las tribulaciones).

20 de abril, viernes

Desde hace una semana completa somos realmente vecinos de este pueblo y hemos sosegado un poco, yo he podido trabajar varias horas diarias redactando las notas precedentes, hemos estado repetidas veces en este maravilloso bosque, dando tranquilos paseos, sin equipaje, recogiendo piñas para hacer fuego, incluso leyendo en voz alta; dormir en una cama ha vuelto a ser algo normal. Indudablemente sigue habiendo graves deficiencias: lavarse es complicadísimo y una porquería, con la comida nos van mandando de acá para allá, tenemos que mendigarla, por así decir, las bebidas son escasas, estamos siempre sedientos. Pero tenemos albergue, y parece que el final, realmente, esta vez realmente, está próximo. Hoy es el esperado aniversario del Führer. A juzgar por el parte de ayer, el territorio del Ruhr, junto con el ejército de allí y con su mariscal Model[69], está perdido: «Final de los combates», nada más, ni una sílaba más sobre ello. Los rusos están en plena gran ofensiva, los otros han tomado Leipzig, Chemnitz, Plauen, y luchan para tomar Magdeburg. ¿Dónde va a haber una contraofensiva alemana de importancia decisiva? Y aquí, en Baviera, ha caído Nuremberg.

Pero ayer habló «Goebbel» (*sic*), y visiblemente ha causado impresión. «¡Maravilloso!», nos piden que escuchemos la repetición; ha dicho que resistiremos, que en la nueva Europa nuestras ciudades cobrarán nuevo auge. Lo que no ha explicado es cómo vamos a ganar la guerra; pero, indudablemente, aquí la gente está más esperanzada que antes: ¡Ingolstadt es un fuerte bastión, y Berlín puede resistir durante meses!

La familia Flammensbeck, en cuya casa hemos dormido dos noches (la del jueves y la del viernes; del 12 al 13 y del 13 al 14 de abril), es, sin excepción, de una cordialidad ejemplar. El marido, teniente de alcalde y jefe local del campesinado (rótulo en la puerta: «Corporación alimentaria del Reich. Sangre y tierra». Debajo: «Jefe local del campesinado»), siempre está dispuesto a ayudar, siendo a la vez una persona bondadosa y noble. Su mujer, muy servicial. Rostro

arrugado, muy viva en palabras y gestos. Una hija regordeta, ya mayor y con un niño de unos ocho años, el marido, caído en el frente. Una hija más joven con un bebé de cuatro semanas, en torno al cual, feliz y derrochando ternura, gira toda la familia. El padre del niño, un joven soldado herido, el brazo en cabestrillo. (El que me dijo que el teniente hablaba de una nueva ofensiva, pero que él no se lo creía.) En la pared, la fotografía de un hijo desaparecido en Rusia. El padre dice que es nacionalsocialista, pero que *así* ya no se puede seguir, que hay que hacer la paz, si no, se seguirá derramando inútilmente sangre inocente. Y añade que no teme a los enemigos *aunque* es nazi, porque él no ha hecho daño a nadie. La maestra, por otra parte, cuenta que él fue el primero y más entusiasta nacionalsocialista del pueblo […]

21 de abril, sábado

Ya el primer día tomamos nota a fondo del pueblo y de sus alrededores. Unterbernbach apenas es más grande que Schweitenkirchen, pero un prado lo divide en dos mitades muy separadas una de otra. En un extremo de la mitad más alejada de nosotros está la iglesia con su gran torre, escalonada desde el suelo, y con un frontón formado por dos volutas barrocas. En torno a la iglesia, el pequeño cementerio. El pueblo no tiene panadero, zapatero, nada, sólo una tiendecilla en la que apenas se puede comprar nada. Pero parece que el pueblo es rico y está muy limpio. Todos los patios están muy bien barridos, casi todos son alargados, las casas muy bien blanqueadas, los arcos de las ventanas en color, y la clave en color complementario, amarillo con clave roja y azul con clave amarilla. Por doquier abundancia de vacas y de cerdos, en grandes y sólidos establos, algunas ovejas, un sinnúmero de aves de corral: gallinas, patos, gansos; nunca he visto hasta ahora tal cantidad de gansos pequeñitos reunidos. Junto al restaurante hay un antiquísimo y gigantesco tilo, destrozado y sujeto ya muchas veces con anillas, e incrustada en él hay una gran cruz oscura con un Cristo de bronce dorado y una Virgen dorada debajo (por doquier, crucifijos en los caminos y en los cuartos de estar de las casas. Pero *catholicisme superficiel, ils n’ont pas de charité*[70], dice el *prisonnier*[71], el *tailleur*[72] *de Valenciennes*). Por todas partes ese amplio panorama ya descrito de la Alta Baviera. Por el oeste, entre los montes cubiertos de árboles, el «cuello de ganso» de Inchenhofen, a unos kilómetros de distancia. Un maravilloso trozo de bosque,

nuestro sitio preferido, muy cerca de nuestro alojamiento actual, en la parte sin iglesia y sin restaurante. Habría que retener el ambiente de las horas pasadas en ese bosque. Primavera, pinos espaciados, altos y rectos, nuevas plantaciones de diferente antigüedad, calveros con prados y sembrados, arándanos, brezos, dientes de león; sobre todo ello, el cielo azul…, y de vez en cuando, papel de estaño, y siempre el zumbido de aviones aislados, el sordo fragor de formaciones de combate, de vez en cuando el brillo plateado de escuadrillas o de pequeños grupos que aparecen en el campo visual, luego la vibrante explosión de bombas no muy lejanas, y continuamente el sordo retumbar de los disparos del frente, distintas explosiones cuya naturaleza y cuya distancia no es posible determinar. Estamos a cubierto bajo los árboles, oímos las diferentes sirenas de la alarma, recogemos piñas para la lumbre, yo leo en voz alta… Por ese trozo de bosque, el camino, que por desgracia pronto se transforma en polvorienta carretera sin árboles, va en dirección noroeste a los pueblos de Halsbach y Hörzhausen. Recorrimos ese camino ya el primer día, entonces todavía voluntariamente, después otra vez obligados por la necesidad, pues Hörzhausen tiene zapatero. La más pequeña aldea tiene iglesia y fonda, pero en la fonda, caso de que esté abierta, se niegan a dar nada, no tienen encendida la cocina: falta carbón, pero hay leña de sobra, está apilada en los patios, la recoge por el bosque *todo el mundo*, vecinos del pueblo y refugiados; no tienen café, ni un sorbo de leche: claro que tienen, pero no quieren, quedan muy pocas cosas para la plaga de la langosta venida de fuera. Y las carreteras no tienen árboles, son polvorientas y están a merced de los cazas de vuelo rasante. No es un placer recorrerlas. – El zapatero tampoco tiene buena voluntad. Trabaja con dos empleados, en el taller y en el vestíbulo hay montones de botas para remendar. Por pura conmiseración me hace por unos céntimos una costura en los zapatos que me regaló Dressel en Pirna y que me aprietan horriblemente; rechaza arreglar los zapatos de piel de becerro: para eso hay que ir a Paar.

Vivimos en casa de la señora Gruber, en la mitad norte (la más pequeña) de Unterbernbach, y nuestro bosquecillo preferido y, más allá, los pueblos de Halsbach y de Hörzhausen están al norte de esa casa. Por la parte sur conocemos pueblos y carreteras hasta Aichach, a unos 10 kilómetros de distancia. Hay un camino directo que lleva allí, bastante paralelo a la vía férrea y que pasa por Radersdorf y Oberbernbach, y otro que da un rodeo en dirección este y pasa por

Paar y por Kühbach, una localidad más grande, con su amplio palacio, antiguo monasterio de benedictinas, detrás de una hermosa y alta reja de hierro forjado, con su gran iglesia y con un cementerio de formas regulares, como si estuviera construido con tacos de madera sobre una bandeja, con la capillita como una maqueta. Hay algunos pueblecitos más por esos caminos: Unterwittelsbach llama la atención por su nombre y por una casa señorial, casi un palacio; del bosque que hay detrás sobresale el entramado de una torre de madera, que al principio pensamos que pertenecía a Schweitenkirchen. (Allí, sólo a unos 15 kilómetros al este de nosotros, van deshaciendo poco a poco esa torre para alimentar con ella el fuego.) Pero esa torre de observación está en Oberwittelsbach, donde por lo visto se halla el castillo originario de los Wittelsbach[73]. El paisaje, variaciones por doquier del mismo tema, está animado por un pequeño río, el Paar, y aquí, en Unterbernbach, además por un arroyo, que cruzamos por un puentecillo de piedra situado entre las dos mitades del pueblo. Los numerosos prados son en gran parte pantanosos. Ese terreno lo hemos recorrido varias veces, a pie y en coche, a todas las horas del día. Pero sólo nos encontramos a gusto en «nuestro» trozo de bosque, donde alternan continuamente monte alto y plantaciones recientes, donde hay claros con praderas, sembrados y terreno pantanoso, y donde la vista alcanza muy lejos. Algunos trozos recuerdan los prados de la Marca de Brandeburgo, otros a Piskowitz: a Falkenstein, nada. Allí hay rocas, allí hay pueblecitos industrializados; aquí todo es suave y puramente rural.

El segundo día de Unterbernbachtag viajamos por la mañana a Aichach con el coche de la leche, pasando por Paar y Kühbach […] En Aichach, en la sala de apósitos del hospital de urgencia, una enfermera mayor, que estaba cambiando el vendaje a varios soldados, me hizo una cura en el pulgar (aún no está bien). Compramos pan, embutido, pastillas de tinta (tinta ya no hay), una pluma de acero; la bondadosa dueña de la pastelería Mayr le regaló a Eva un poco de hilo de coser, almorzamos en Ziegler, y ya era la hora de ir a la lechería, de donde partía después de la una un vehículo que hacía nuestro trayecto hasta Kühbach. Desde allí, muy cansados, recorrimos a pie el resto del camino de vuelta. Ese día, sábado, 14 de abril, a última hora de la tarde, nos trasladamos a nuestro verdadero alojamiento, a casa de la señora Gruber.

Sobre Flammensbeck, con quien seguimos todo el tiempo, como ya he dicho,

en estrecho contacto –¡la estupenda pasta al vapor de este mediodía!– quiero añadir que siempre tienen a alguien a quien atienden y ayudan. Durante la segunda noche que pasamos allí, se hospedaban y comían en su casa dos trabajadores ucranianos, que procedían de Nuremberg y habían sido «movilizados» para no sé qué y a no sé dónde. Después, continuamente cantidad de soldados… El campesino me preguntó una vez si los rusos eran «realmente» tan crueles, si «el judaísmo norteamericano» realmente, etc., o si era propaganda difamatoria. Le expliqué, con mucha prudencia, que la industria del acero no está en manos judías, y que por lo demás, en tiempos de paz se hacen negocios mejores y más duraderos que en tiempos de guerra. El joven yerno, Asam, herido cinco veces, veinticuatro años, absolutamente derrotista, vive en casa de su madre, «que todavía no ha tirado la toalla», y ayer nos llevó a la «casa de Assam» a escuchar el parte. Las salas de estar de los campesinos se parecen todas mucho, también a las de Lusacia: nunca falta el rincón del crucifijo, nunca faltan las fotos de la época del servicio militar.

En casa de la Gruber tenemos una buhardilla, muy parecida a la de Agnes […] La persona más interesante de la casa es el prisionero francés, el sastre de Valenciennes, que vive con un grupo de prisioneros junto a la fonda y que –desde hace dos años– toma aquí las comidas y trabaja.

Una amistad más interesante (y con más sustancia) que el prisionero es la maestra, la señorita Haberl, y su hermana casada, la señora Steiner. En Aichach no hay biblioteca circulante, y la biblioteca pública sólo está abierta a última hora de la tarde, no siendo por tanto accesible para nosotros. Por eso fuimos a la casa de la maestra del pueblo y me presenté sin más como el que soy. Primero nos recibió la joven señora Steiner. Me enseñó sus libros, enseguida me fijé en algunas obras de Vossler, que fueron el punto inmediato de contacto. El señor Steiner, actualmente de servicio en Ingolstadt, tiene una editorial reciente de arte, antes trabajaba en la edición de periódicos, pero no pudo hacerlo compatible con sus convicciones, ellos eran católicos fervientes. Encontré traducciones alemanas de Georges Bernanos[74] y de Ernest Helio[75]. – Dijo la señora Steiner que Vossler había prometido una cosa a la editorial…, pero ¿era yo miembro del Partido? Yo sentí un enorme alivio y respondí diplomáticamente que ya había dicho que era alumno de Vossler y que sentía veneración por él, de modo que se podía adivinar fácilmente mi postura frente al régimen. En ese momento

apareció la hermana, la maestra, y ésta constituyó la mayor sorpresa. La señora Steiner es dulce, de ojos oscuros, de apariencia, por decirlo así, inofensiva; a la hermana, con sus ojos azules de penetrante mirada, con sus impactantes cabellos rubios, su vestido corto y liso, y su actitud casi marcial, yo la hubiera clasificado con toda seguridad como supernazi, como una fanática jefa de la BDM, como una «escopetera» nazi. Su voz ronca y cascada encajaba con todo eso. *Les extremes se touchent*: la chica es, llevado hasta la extrema imprudencia, una –aquí tengo que emplear la palabra– fanática adversaria del Tercer Reich. «Si usted escribe sobre la lengua del Tercer Reich, no se olvide de Dachau. En los tres meses últimos han muerto allí 13.000 personas, la mayoría de hambre, y ahora sueltan al resto porque no tienen comida para darles. La puesta en libertad ha llegado ya hasta la letra H.» Ambas mujeres hablaron de Cossmann, el «cien por cien», muerto en Theresienstadt. Nosotros hicimos como si no supiéramos nada de Theresienstadt, y sentimos un estremecimiento al oír ese nombre en plena Alta Baviera, en un pueblecito. Nos dieron lectura –leo ahora en voz alta el grandioso *Grosstyrann* [‘El gran tirano’] de Bergengruen–, nos dieron dos huevos como regalo y nos invitaron a volver. El 19, a las ocho de la tarde, fuimos otra vez y escuchamos allí el parte. Yo dije que ese día hablaría Goebbels. «¡Habría que aplastarlo con el pie!», replicó la maestra. Estaba ella sola, la hermana había salido a la compra. Queremos volver esta noche; diversos ataques aéreos a Ingolstadt constituyen un buen pretexto para informarse de cómo sigue el señor Steiner. Las dos hermanas también opinan que ya no puede faltar mucho; yo, por mi parte, tengo otra vez mis dudas.

En casa de Flammensbeck conocí el otro día a un alemán del sur, un hombre ya mayor, de la reserva territorial. Explicó que eso era una especie de servicio donde estaban quienes de momento no eran aptos para el frente, que venían del frente y volverían a él. Ese hombre, un animal por fuera y por dentro, evidentemente sincero, estaba totalmente convencido de la causa de Hitler y de su victoria definitiva. El no sabía *cómo* vendría el cambio, pero sabía que vendría. «Adolf Hitler» siempre había logrado lo que quería, había que «creer ciegamente» en él, la gente cree ciegamente en tantas cosas que han resultado ser menos eficaces que el Führer. Hacía poco, una damnificada por los bombardeos le había dicho: «¡Esto se lo debemos al Führer!». El se había desatado en improperios: «¡Sin *él*, no sólo habría perdido su casa en el bombardeo, sino que

hace tiempo que a usted misma la habrían hecho picadillo!». Eso no se podía abarcar con la «regla de cálculo» y con el «sentido común», esas cosas no servían para nada: ¡sólo había que «creer en el Führer y en la victoria»! Me quedé muy deprimido ante tal forma de hablar. Si esa fe está generalizada, y casi parece ser así… La señorita Haberl, por otra parte, dice que el ejército alemán está en descomposición y que esto se acaba. (Lo cierto es que hoy, 21 de abril, Alemania sólo consta, en el fondo, de un Gran Berlín muy amplio y de un trozo de Baviera.) Pero la señorita Haberl dice también: «Yo sólo temo ya al soldado *alemán*».

[…]

A diario, las penas y también las alegrías (nutritivas alegrías «con queso y huevos») de la comida; a diario, día y noche, las alarmas, que desde aquí se oyen con relativa calma, el sordo zumbido de los aviones, que vemos pasar muchas veces en todas direcciones en grupos de seis, de diez, de más unidades, una escuadrilla tras otra, casi siempre a varios miles de metros de altura, como pececitos plateados, esta mañana descaradamente bajos, grandes y grises bajo una capa de nubes grises; día y noche la lejana explosión de las bombas, el lejanísimo retumbar del frente, el extraño tintineo y las vibraciones de las ventanas, el fuego graneado de una ametralladora o de la artillería antiaérea, la explosión aislada e indefinible.

Y mientras sucede todo eso, nosotros estamos sentados en el bosque, con una sensación de seguridad, y yo leo en voz alta el *Grosstyrann*. Hoy, incesante paso de aviones toda la mañana; después nos hemos enterado de que un caza de vuelo rasante había abatido a tiros en Aichach a dos muchachas jóvenes y una yunta de bueyes. (El miedo a los cazas ha cundido entre los campesinos de aquí, con serias consecuencias para el cultivo de los campos.) – En la noche del 16 de abril vimos por encima del camino un «árbol de Navidad» (los proyectiles luminosos tienen realmente esa forma).

Eva dice: Tenemos mala suerte; según el último parte, Falkenstein tiene que estar ya en poder de los norteamericanos.

Y *nosotros* estamos en la Alta Baviera […]

22 de abril, domingo mañana

Ayer, al atardecer, cayó un chubasco, pero en un intervalo de la lluvia llegamos a

casa de Flammensbeck *(sic:* probablemente significa «cocedor de ladrillos», dice la maestra), y tomando patatas rehogadas y una taza de leche caliente vi en el *Aichacher Zeitung* un extracto del discurso de aniversario de Goebbels. Frase definitiva: no cederemos, ahora que la «perversa coalición» de los enemigos está deshaciéndose. De modo que *con eso* (e informando continuamente sobre las tensiones de la conferencia de San Francisco[76] y de la cuestión de Polonia) quieren que la gente siga resistiendo y creyendo en la victoria. Se comprende que el joven Asam se indignara. Pero también Flammensbeck habló más abiertamente. La nueva arma, la ofensiva, el cambio: él siempre lo había creído, pero «ahora ya no creo en nada». Dijo que había que hacer la paz, que el gobierno actual tenía que marcharse y me preguntó si creía que nos iban a deportar a todos. Yo se lo quité de la cabeza, le dije que con esa propaganda sólo querían lograr que el pueblo siguiera resistiendo. El se adhirió por completo a mi opinión […]

La señora Steiner y su hermana ya dijeron el otro día: *Sólo* tememos a los soldados *alemanes.* Ahora han contado amedrentadas que estaban esperando allí a ochocientos SS. (Pero aún no es seguro: las órdenes de acantonamiento cambian casi de hora en hora.) Dijeron que en el pueblo se sabía cómo pensaban las Steiner-Haberl y que los SS también iban a tener en el pueblo una función política. Por otra parte, para su consuelo y el nuestro, añadieron que la actitud de los soldados alojados hasta ahora en el pueblo y en la escuela era completamente derrotista: «¡Tenían ustedes que oírlos echar pestes!».

Después de comer

Ayer dijo la maestra, cuando yo le hablaba de *Flammensbeck –sic* y realmente *sic*, le he preguntado, la familia es originaria de Holanda, o sea, Flamenbach–: «¡Pero con otros habla de otro modo!». Así que también ese santo varón tiene miedo. Pero este mediodía –domingo, almuerzo: sopa de tortitas, ensalada de patatas *ad libitum* y pollo auténtico–, yo, suave y persuasivamente, le puse muchas cosas en claro. Y encontré el terreno preparado. El joven Assam hace tiempo que llama a las cosas por su nombre, y Flammensbeck padre lo sabe hace tiempo y deja de buen grado que yo se lo confirme.

Ese «lo» es todo, las persecuciones y los crímenes, toda la lista de pecados de este gobierno, que tiene que marcharse. Soy muy suave, evito culpar a nadie,

evito palabras de humanidad, de piedad. Sólo digo siempre: los enemigos hacen en la paz mejores negocios que en la guerra, no quieren aniquilarnos, la guerra se les ha venido encima, quieren eliminar este gobierno nuestro belicista, etc., etc. Y también: «Pero usted sabe que esta conversación nos cuesta la cabeza si…».

[…] Mientras duerme Eva y yo quería escribir aquí, el de Berlín estuvo a mi lado charlando mucho tiempo. Totalmente deprimido, enemigo declarado del gobierno. ¿Que cuántos días podía durar aún? El vive en Basdorf, a 17 kilómetros de la Alexanderplatz, es maestro carpintero, tiene mujer e hijo; lleva un gran taller junto con su padre. ¿Quién sigue vivo? ¿Qué sigue en pie de todo aquello? Hace tiempo que no sabe nada. ¡Este gobierno estafador, estafador en todo! Y tan cruel. «No sé si sabe usted cómo han tratado a los judíos en Berlín. Esa pobre gente estaba verdaderamente excluida de la comunidad del pueblo. ¡Bueno, por mí, si sólo los hubieran apartado de los cargos públicos! ¡Pero de todo lo demás! No pueden ir a ningún teatro, sólo pueden comprar a horas precisas, yo he visto a niños, niños de diez años, que no trataban absolutamente con nadie…» Yo dije: «Seguramente ha sido así en todas las ciudades, eso me impresiona mucho». El me preguntó si yo me creía lo de la crueldad de los rusos. De un modo general, no, bestias sueltas siempre las habrá por todas partes…, esa hostilidad contra las SS, etc. Él: que todo el mundo sabía lo que las SS tenían sobre la conciencia. Habló también de la disolución del ejército. Había muchos que desertaban. En Heidelberg, él había visto a dos soldados rasos colgados… Y siempre volvía a las inmensas provisiones que se repartían, que se dilapidaban en Ratisbona. Para Eva me cayó en suerte un cigarrillo e incluso un cigarro; será un alegre despertar… Lo que más me conmovió de todo aquello fue su espontánea toma de posición a favor de los judíos. Parecía saber más atrocidades de las que decía. Por lo demás: que él era totalmente apolítico, que sólo quería vivir y trabajar con su gente. El hombre lleva la guerrera negra con la calavera de los soldados de unidades blindadas; ahora es conductor y habla del grave peligro de los cazas y de las pérdidas que causan; él ya había perdido dos vehículos.

23 de abril, lunes mañana

[…]

Ayer, a última hora de la tarde, en casa de Flammensbeck (donde cenamos),

en la fonda de enfrente y en la plaza de en medio: campamento de Wallenstein[77] y cruzada infantil[78]. Junto con refugiados de Ansbach había llegado de esa ciudad un grupo de una división de HJ, otros soldados iban y venían. Horrible, esas bandadas de HJ. Adolescentes de dieciséis, de quince años, algunos aún más jóvenes y completamente infantiles, con uniforme, sobre el macuto una capa del color pardo de los sacos o de varios colores, como camuflaje antiaéreo; van a luchar con el bazuca. Entre ellos, de paisano, los jóvenes, mejor, los niños que han traído de Ansbach. Algunos adultos como jefes. En la sala de comidas, camas infantiles instaladas en bancos.

[…]

Catorce horas

Por primera vez he visto hoy a la familia Flammensbeck completa sentada a la mesa; todos, marido, mujer, ambas hijas, el niño pequeño, comían, cada uno con su propia cuchara, una espesa sopa de sémola que sacaban de una enorme fuente honda, especie de palangana, colocada en el centro de la mesa. Por lo demás, la habitación ofrecía el mismo aspecto que la víspera, por todas partes, en bancos, sillas y sofá, soldados y refugiados, idas y venidas, dos ruidosos cochecitos infantiles. Nosotros también nos sentamos en el banco y esperamos a que nos llegara el turno de ingerir la nutritiva comida. En el intervalo, y después, charlar y escuchar. Junto a mí un joven bien parecido, aviador con la Cruz de Hierro de primera clase. Su mujer en Magdeburgo, ciudad tomada por los norteamericanos, desde hace semanas sin noticias de ella. «Ya han cruzado el Danubio a la altura de Dillingen, no podemos hacer nada. Aviones tenemos suficientes, mejores que los suyos, más rápidos, mejor equipados, podríamos derribarlos: pero ya no podemos hacer nada, nos falta carburante, munición, de todo.» Sobre los HJ se encogió compasivamente de hombros. Alguno de los chicos tal vez fuese capaz de hacer algo: ¿pero como tropa completa? Imposible. La mujer de Ansbach, con un bebé: su marido, herido gravemente dos veces, ahora instructor de los HJ. ¡Infanticidio! Hay que esperar que todo se acabe antes de que envíen a luchar a esos niños […]

24 de abril, martes tarde

Ayer tarde llegó excitado el viejo Tyroller diciendo que «ellos» estaban ya junto a Gablingen, el aeropuerto a la entrada de Augsburgo, y que habían atravesado el Danubio junto a Dillingen, por un puente no destruido […]

Vimos en el periódico la «Orden del día del Führer al frente oriental». Hasta el final, los mismos rasgos de lengua y pensamiento. Desmedidos improperios y calumnias contra el enemigo. «El enemigo mortal judeo-bolchevique» ha atacado «por última vez.» (Ambigüedad de «última vez».) Quiere «exterminarnos». «Mientras asesinan a viejos y a niños, convierten a las mujeres y a las niñas en miserables rameras de cuartel. El resto marcha a Siberia.» Pero nosotros hemos previsto eso y «completado nuestro ejército con un *sinnúmero* de nuevas unidades». (Falacia del superlativo.) Pero: «El bolchevismo correrá esta vez la suerte que siempre ha corrido Asia, es decir, tiene que desangrarse, se desangrará a las puertas de la capital del Reich alemán». Después, una vez más: el pueblo alemán espera que «con vuestro fanatismo… la embestida de los bolcheviques quede ahogada en un baño de sangre». Otra vez la ilusión de que es posible la victoria: «En el mismo momento en que el destino se ha llevado de este mundo *al mayor criminal de guerra de todos los tiempos*[79], se producirá *el cambio* decisivo en esta guerra». – Formulado retóricamente: «Berlín sigue siendo alemán, Viena vuelve a ser alemana, y *Europa* no será jamás rusa». *LT1*.

En la casa de la maestra no creen que Hitler esté en Berlín: que es «demasiado cobarde» […]

25 de abril, miércoles mañana

[…] Del discurso de Hitler lo más estremecedor era la orden de no obedecer a ningún oficial desconocido que intime a la retirada, sino, muy al contrario, detenerlo y «liquidarlo». ¿Miedo a la gente de Seydlitz y Paulus o a la *imitatio Pauli* en las propias filas?

El instructor de los niños, cuando hablaron de que había que proseguir la marcha, dijo: «¡Qué más da el lugar donde nos cojan los norteamericanos!» […]

Regresé poco antes del mediodía, y después del almuerzo nos marchamos al bosque. Pero tuvimos poca ocasión de leer. Se oían por todas partes disparos del frente, detonaciones de bombas, unidades en marcha y *avions de chasse* a gran altura, cazas que bajaban en picado, el tableteo de una batería de

ametralladoras… De pronto los silbidos de dos disparos muy cerca de nosotros. «¡Son los norteamericanos!», dijo Eva, y nos pusimos apresuradamente en marcha, mirando continuamente hacia atrás, por si llegaban los tanques norteamericanos. Pero no vinieron, probablemente fue una broma de algún grupo de HJ.

Esos HJ y sus aún más jóvenes refuerzos están acuartelados en alojamientos colectivos, salen en bandada sobre todo de una casa y de un granero de la plaza de la fonda y de la casa del jefe local del campesinado. Son muy diferentes. Como andan mendigando comida por todas partes –por lo visto la alimentación es malísima o nula, hoy oímos que alguien decía en un grupo: «Cuando vengan los americanos, entonces por lo menos nos darán una comida decente»–, hemos cambiado unas palabras con algunos. Dos (sobre todo uno) me parecieron de buena familia y unos chicos formales, inofensivos. A uno, a quien regalaron aquí unas patatas, le pregunté su edad: «Quince años». – «¿Van enseguida al frente?» – «Sólo los voluntarios.» – «¿Es usted voluntario?» –Un «no» perfectamente falto de heroicidad […]

26 de abril, jueves mañana

Dos palabras de la señora Steiner: el dueño de la fonda, Wagner, uno de los más ricos del lugar, con ochenta fanegas, le resultaba muy antipático. Yo: Pero ése no es nazi. Ella: *«¡Pronto veremos que, aun sin ser nazi, se puede ser muy poco simpático!»*. Profunda sabiduría. Hoy, la humanidad está dividida para mí en dos partidos: pronazi y antinazi, y todos los antinazis me parece que son amigos y aliados. Mañana lo veré de otra manera.

En otra ocasión dijo la señora Steiner, aunque acababa de afirmar su adhesión al «democratismo»: «¿No cree usted que el liberalismo tiene la culpa de todos los males?». Yo le hablé de mi teoría de los *mopse*[80]. (Hay que criarlos, volverán a ponerse de moda.) Tengo que dejarla que exprese detalladamente su opinión. Tengo que explicarle que *liberal es quien acepta plenamente esta frase: En la casa de mi padre hay muchas habitaciones*[81]. Un científico que no esté conforme con ella, no es un científico.

Diecisiete horas

[…] Un momento en casa de la señora Steiner, que por desgracia *no* tenía que hacer nada en Kühbach, de manera que me tocó a mí la caminata. Conocimos a su marido, el editor, que ahora es oficial en un puesto administrativo (después de varios años en el frente). Alto, fuerte, bien alimentado, rubio, unos cuarenta años. Su opinión: la guerra se habrá terminado dentro de quince días. La señorita Haberl se quejó amargamente de la grosería, de la furia destructiva de los HJ alojados en su casa. En efecto, cuando se juntan muchos, causan una impresión horrenda. Golfos y golfillos callejeros, niños plebeyos en uniforme jugando con el fusil de cañón corto. Así los veo, tumbados en grupos en los jardines, así los oigo pegar tiros en el bosque –el *tailleur* se queja de que le ha pasado una bala silbando por delante de la nariz–, así acabo de verlos en masa delante del granero, junto a la fonda. Durante la nutritiva cena en casa de Flammensbeck, la bella refugiada de Ansbach cuyo marido, el domador de HJ después de cinco años de servicio en el frente, estudió en tiempos de paz varios semestres de ciencias económicas, después se casó, tuvo un hijo, llegó al grado de suboficial, y ahora se enfrenta con un tenebroso porvenir –repetición potenciada de la situación de 1918–, esa refugiada de Augsburgo contó, pues, *sub sigillo:* en el Partido dan la guerra por perdida; la mayor parte de esos chicos tiene que procurarse ropa de paisano y marcharse a su casa por sus propios medios; sólo un batallón de voluntarios que ya está sirviendo en el frente permanecerá agrupado. En una alocución les habían dicho a estos últimos que en ellos tenían puestas las esperanzas para el futuro; porque Rusia y Estados Unidos pronto se enemistarían, ¡y entonces resurgiría el NSDAP! – […]

27 de abril, viernes, catorce horas

Ayer, a última hora de la tarde, en el bosque, procedentes de no sé dónde, disparos de los asilvestrados HJ, la bala fue a estrellarse contra un árbol del camino. Un soldado rugió: «¡Dejar eso, caterva de imbéciles!», pero los disparos continuaron. Así habríamos podido morir heroicamente por el Führer y por el pueblo. Indignación general en el pueblo por esa soldadesca infantil […]

El viejo Tyroller ya me ha preguntado dos veces qué va a pasar cuando los rusos y los norteamericanos se encuentren en Berlín. Ambas veces, su voz

denotaba la esperanza de que rusos y estadounidenses arremetiesen al punto unos contra otros y lucharan hasta la muerte. A tal grado de confusión los ha llevado Goebbels.

Esta mañana en «nuestro» bosque, junto a nuestro tronco caído, mucha vida militar, al mismo tiempo moderna y de la época de los lansquenetes. Tropas motorizadas habían pasado la noche al aire libre, ya que nuestra aldea revienta por los cuatro costados. Primero empujaron hasta debajo de los árboles un grupo de vehículos, pesados camiones, unos quince o veinte, cubrieron las lonas del techo con ramas tiernas de abeto, y también pusieron ramas alrededor de los vehículos. Los soldados, sentados, echados, guisando, comiendo, aseándose; macutos, mochilas, botas de caña alta apoyadas en los árboles. Después, coches de caballos: los caballos, negros, pardos, blancos, de diferentes tamaños, sujetos a barras improvisadas, casi todos comiendo. ¡Esa acumulación de caballos entre los altos troncos de pinos, tan insólita que apenas se creería que aún existe! ¡La tropa acampada entre ellos! Verdaderamente, un cuadro de la guerra de los Treinta Años. Pero a veinte pasos de distancia, los *camions*, y por encima de todo eso, el perpetuo zumbido de los cazas en busca de objetivos. Y, además, los disparos de las baterías, el tableteo de las ametralladoras. Hablamos con algunos soldados, nadie sabía nada preciso, sólo rumores, todos creían y esperaban que la guerra acabara pronto […]

28 de abril, sábado tarde

[…]

Ayer por la tarde, cuando estábamos sentados en la linde del bosque, una tormenta que se cernía sobre nosotros –no se sabía nunca si era ruido de truenos o de artillería, ambos se alternaban– y los dolores de estómago de Eva no nos dejaron continuar el paseo; las primeras gotas y otra vez el irresponsable tiroteo de los HJ nos hicieron regresar pronto a casa. Antes, tomando el café de por la tarde, conocí a un jefe de las HJ muy simpático, paracaidista herido, hace tres años incorporado como voluntario, ahora sargento mayor, hamburgués con estudios casi completos de bachillerato, muy harto de la guerra y muy sensato. Estábamos charlando con él, me había regalado un cigarro, cuando de pronto entraron, junto con la atemorizada Gruber, dos SS con chaquetas de cuero, probablemente oficiales, lansquenetes de una impertinencia y una arrogancia

fuera de lo común; pidieron con malos modos alojamiento, amenazaron con echar a quien pusiera objeciones. Después, en la cocina, la campesina y el joven sargento se quejaron con la misma amargura de la insolencia, de la prepotencia de las SS. Cuando volvimos del bosque, vimos aparcado en el cobertizo un coche con la odiosa insignia de las SS […]

Cenamos en la cocina con una vela encajada en una botella de cerveza. Dos SS, tan inofensivos y presentables como habían sido impresentables sus camaradas de por la tarde, radiotelegrafistas, trajeron un aparato receptor y así pudimos escuchar exactamente el parte. Ingolstad había caído (y Siemensstadt, junto a Berlín), por tanto teníamos que hacernos a la idea de que los norteamericanos iban a presentarse aquí dentro de poquísimo tiempo. Las HJ y alguna otra formación debían abandonar esa misma noche el lugar. (Además, el alcalde –¡increíble en grado sumo pero literalmente cierto!– ha mandado quitar la cruz gamada que estaba puesta en el frontón del ayuntamiento, por encima del escudo de armas.) – […]

29 de abril, domingo por la mañana

Ambiente general de *Te Deum laudamus*[82]. He dormido vestido, pero no era necesario. Sólo muy lejos, más cerca de Múnich que de Aichach, seguían oyéndose cañonazos. Aquí, no cabe duda que la guerra ha terminado.

La Gruber dijo: «A nosotros nos han engañado, ¿cree usted que será mejor lo que venga?». Y: «El francés, ¡ése sí que se va a alegrar!» […]

Catorce horas

[…] El viejo Tyroller, que ayer todavía desmentía atemorizado lo que había dicho sobre Epp[83], y que advertía: «¡Aquí hay gente de las SS!», hoy suelta por la boca todo su odio al Partido y a las SS. «En un pueblo del Danubio, un campesino ha sacado de su casa y arrojado al Danubio un bazuca. El alcalde y el jefe local del campesinado lo han defendido. Los SS han ahorcado a los tres, por haber traicionado los intereses de la patria… ¡Y cómo han atacado la religión! Y esos HJ… Iban contra los bolcheviques y ellos mismos son bolcheviques…» La dueña de la fonda, la señora Wagner, radiante… En casa de los Steiner, el mismo ambiente. El viejo Flammensbeck, con vehemencia: habían sido «demasiado

radicales», se habían desviado del programa, no habían respetado ni la religión… […]

Diecinueve horas, cocina

Entre ráfagas de viento y aguaceros, cielo despejado, con el azul de la tormenta; la entrada en el trozo de bosque de Halsbach, camino vecinal bajo altos troncos que acaba en el luminoso prado, más escenario teatral que nunca. Al atardecer, nos sale allí al encuentro un grupo de tres jóvenes soldados alemanes, prudentes, inseguros, desconfiados, todos con capas de camuflaje antiaéreo, sin fusiles. Uno lleva un mapa, los tres tienen rostros agradables, visiblemente de buena familia, tal vez estudiantes. Les había dado justo tiempo de salir de Ingolstadt, querían seguir en dirección a Landsberg, no querrían que los cogieran presos. Que si «el americano» estaba en el pueblo. No, pero sí en Kühbach, probablemente también en Aichach… Que se procurasen trajes de paisano, porque la guerra casi había terminado. «Lo hemos intentado por todas partes, pero por todas partes ha sido en vano.» –«Nosotros», dijo Eva, «sólo tenemos lo que llevamos puesto, no podemos ayudarles.» Les indicamos que vayan al jefe local del campesinado, pero añadiendo que éste tendrá miedo.

Esos soldados, encogidos y desamparados, eran como una alegoría de la guerra perdida. Y por muy vehementemente que hayamos deseado que se perdiera la guerra, y por muy necesaria que haya sido esa pérdida para Alemania (y, en verdad, para la humanidad), esos chicos nos dieron lástima.

En los sitios de acampada del bosque habíamos visto por la mañana pilas de leña cortada; ahora queríamos recogerla, pero se nos habían adelantado otros, y sólo encontramos residuos […] Allí me acabo de encontrar al *tailleur*; él y su gente serán transportados fuera de aquí mañana. Nos consuela: *Aussi pour vous la guerre sera bientôt finie*[84]. Dice que en el pueblo hay algunos soldados norteamericanos y un *lieutenant français*[85].

30 de abril, lunes, diez horas

El francés se despidió anoche muy afectuosamente de nosotros. Se había ido la luz, hacía (y hace) un frío intenso, nos metimos pronto en la cama. Noche absolutamente silenciosa, silencio absoluto hoy también; es como si Múnich ya

hubiera caído, porque de lo contrario tendríamos que oír la artillería. Pero no sabemos nada; desde la tormenta del otro día falta la corriente eléctrica y con ella no sólo la luz sino también la radio. Aún no hemos visto ningún norteamericano, ni tanques, ni personas, ni ordenanzas; sólo nos dijo ayer el *tailleur* que después de las nueve de la noche no se puede salir a la calle. Pienso que este mediodía, en casa de Flammensbeck o después con el párroco –espero que me ayude la lectura y un poco de papel de escribir–, nos enteraremos de algo.

En nosotros hay siempre una gran sensación de alivio y de gratitud (¿gratitud a quién?) por haber sobrevivido, ahora sí que es cierto, a esa monstruosidad, a todos esos peligros más que románticos. Esto nos viene siempre como por oleadas, que sin embargo, inevitablemente, quedan cubiertas, cada vez más con cada hora que pasa, por todo el *guaio* –para gente menos baqueteada ya sería una auténtica desgracia, y nosotros mismos, los endurecidos, en definitiva no estamos sólo endurecidos sino rendidos y, en el sentido propio de la palabra, hechos un asco–, por toda la miseria de nuestra situación: la estrechez, el primitivismo, la suciedad, la ropa hecha jirones y los zapatos destrozados, la falta de todo, absolutamente de todo (como cordones para los zapatos, navajas, vendas, desinfectantes, bebidas…).

MAYO

1 de mayo, martes

Somos beneficiarios de las matanzas de cerdos que tienen lugar por miedo al enemigo. Primero en casa de Agnes, después (desde hace días) en casa de Flammensbeck y ayer en la fonda. Es trivial que mencione cada comida con detalle, pero mi cuadro de costumbres sería engañoso si no lo hiciera. Y en cuanto a Eva, para mí tiene importancia cada caloría que ingiere. Así pues, en la fonda de los Wagner ahora hay sitio y un día pudimos cenar allí; fue una velada amistosa, en su salita particular, caldeada, junto a la gran sala de huéspedes. El dueño habló mucho, contó que había sido conserje quince años en Aichach, en Stiegelbräu, contó con orgullo que nunca estuvo en el Partido, que había pertenecido a asociaciones católicas y que había discutido con las SA y se había hecho respetar. ¿Hasta qué punto no hay aquí adaptación a los vientos que soplan? ¿Hasta qué punto hay que creerlo? Ahora, aquí todo el mundo ha sido *siempre* hostil al Partido. Pero si lo hubieran sido *siempre*… El odio acumulado contra las SS sí parece auténtico, y seguramente también es auténtico que desde hace tiempo están hartos de tiranía y de guerra […]

2 de mayo, miércoles mañana

Frío espantoso, nieve en los campos y en los tejados, sigue nevando. Con eso y con los continuos cortes de luz, la vida es más que desagradable. Predomina sin embargo la sensación de habernos salvado.

[…]

Después de comer, mientras Eva dormía, me fui a pie a Kühbach, a comprar […] En la plaza de la iglesia estaba apostada una brigada de reparación provisional de los norteamericanos: un *camión* con grúa, uno con neumáticos, etc., coches más pequeños; en uno de ellos, puesta en alto, con la larga tira del cargador colgando, una ametralladora de cuello largo y estrecho. Junto a la pared de una casa había una máquina de afilar o un torno; soldados negros, más

exactamente, marrones, trabajaban moviéndose de acá para allá, con chaquetas y pantalones de un indefinible color gris-verde-terroso, todos con el casco colocado en la cabeza. – Muy pegados a ellos, al lado, o por en medio, niños del pueblo. Más tarde vi también algunos soldados rubios, con chaquetas de piel oscura, revólver en el cinto, fusil (cuyo cañón no tiene, como el alemán, revestimiento de madera) en bandolera. Todas las tiendas estaban cerradas, claro que aún no eran las tres. Me fui a una calle lateral; una joven rubia, que indudablemente no era campesina, seguramente muniquesa, me explicó que tenía que esperar hasta las tres, pero que probablemente no abrirían. Las tropas de ocupación habían vaciado las tiendas ya el primer día, pero en lo demás eran muy correctos. «¿Los negros también?» Su cara casi irradió felicidad: «Esos aún más amables que los otros», por ese lado no había nada que temer… A mi pregunta de si sabía algo de la situación: que Múnich había caído ayer (o sea, el 30 de abril).

Regresé a la plaza principal, pedí información a dos señoras (más señoras que mujeres) viejas. De nuevo, sólo de un modo aún más decidido, la misma información sobre las tropas de ocupación, exactamente la misma cara radiante al hablar de los negros como de unos enemigos especialmente benignos. (Me vinieron a la memoria todos los negros de nuestra vida: niñeras, policías y chóferes.) Y lo que habían dicho sobre la crueldad de esos enemigos –añadió– sólo era «cuento», sólo «propaganda». ¡Qué clarificación de las ideas del pueblo! Las dos sabían también pormenores de Múnich, con tal exactitud que hoy me sigue pareciendo increíble. En Kühbach no había luz y por tanto tampoco radio, pero los norteamericanos lo habían contado y mostrado en el mapa: habían entrado en Múnich por seis lados, y los rusos («procedentes de Viena») llegaron antes que los americanos. Pero aún se sigue allí oyendo fuego de artillería, objeté. «Que eso iba a seguir algún tiempo, porque las SS se defendían por todas las esquinas.» – Que si era verdad que había luchas entre el ejército y las SS. La respuesta no fue clara. Una de las dos señoras dijo que «Ritter von Epp» había dado orden de luchar (¿luchar contra quién?), la otra la corrigió al momento decididamente: ¡Que no! Que, al contrario, había exhortado a mantener la calma y la paz (paz civil), que lo antes posible se formaría un nuevo gobierno por elección popular. (Que yo sepa, Epp es gobernador, el Mutschmann bávaro, o puede que no sea un Mutschmann.)

Las tiendas del pueblo, dijeron, quedarían cerradas cosa de una semana, pero que probara suerte entrando por detrás, «a través del patio, junto al estercolero, entra usted en Lechner». Allí encontré a una amable persona que enseguida me trajo un pan redondo de 3 kilos. Costaba 90 pfennigs. Le entregué el dinero y cupones, ella rechazó los cupones diciendo que carecían de valor […]

3 de mayo, jueves mañana

Ayer, después del café, al zapatero. Hasta Haslangkreit como anteayer, después un camino vecinal que llevaba a Paar dando un rodeo. Todo ese tiempo tuvimos nubarrones de tormenta detrás de nosotros, pero entonces nos metimos en remolinos de lluvia y de nieve, que no cesaron, de manera que hoy todas nuestras cosas están empapadas […]

En el último tramo del camino nos adelantó en bicicleta, las medias marrones oscurecidas hasta la rodilla por la humedad, la señora Steiner. Estaba muy deprimida: su marido se había presentado la víspera a los norteamericanos en su calidad de oficial y no había vuelto; en la comandancia de Aichach se había enterado de que ya se lo habían llevado junto con otros prisioneros, probablemente a Francia. La consolé diciendo que eso duraría poco tiempo. Ella: que *sí*, que tal vez todo empezaba otra vez, y que aún sería peor, que en Aichach había dicho un americano que ahora iban a luchar contra Rusia. Le insistí a la señora Steiner en que no se dejara atontar también ella por la propaganda y los embustes de Goebbels. Eva dijo que si nosotros seguíamos oyendo eso, acabaríamos creyéndolo también. Esta mañana, lo primero que dijo la Gruber: «¡Parece que los rusos han declarado la guerra a Norteamérica!». Yo solté una vez más mi prédica: que los enemigos no eran tan idiotas; que *primero* pondrían a salvo el botín y que después no iban a poner fin a sus desavenencias con otra costosa guerra, sino pactando entre ellos. Pero lo de que «acabaríamos creyéndolo también», tuvo su poquito de validez […]

Catorce horas

Eva ha leído mi diario y critica que no haya destacado lo suficiente el verdadero momento culminante, el día 28 de abril. Se refiere al momento en que estábamos por la mañana en nuestra buhardilla, leyendo. De pronto, el habitual

fuego de artillería se transformó en estampidos cercanísimos y en detonaciones sueltas; Eva oyó también el silbido de una bala: por lo visto había combates también en la linde de nuestro bosque, junto a nuestro pueblo, nuestro rincón. Bajamos corriendo la escalera, la casa estaba desierta, todos se habían marchado al búnker, se habían olvidado de nosotros. Durante un rato estuvimos de pie y sentados en el rincón de la cocina que nos pareció más seguro. Poco a poco cesaron los disparos y aumentó el valor. Quisimos ir al búnker de Asam: nuevos disparos nos obligaron a buscar protección en la parte exterior del búnker de Asam; hasta pasado un buen rato no nos atrevimos a dar los pasos que aún nos separaban del búnker. Esos pocos pasos entre los edificios de la granja conducían también directamente al enemigo, porque se veía el prado y más allá, la linde del bosque por la que tenían que llegar los norteamericanos. Después estuvimos en el búnker, a veces yo sacaba la cabeza sin descubrir nada, la campesina fue a por comida para su gente, *nosotros* pasamos hambre, y a eso de las dos nos atrevimos a volver a casa y nos hicimos un café. El pueblo había sido arrollado, o mejor, envuelto por todas partes, sólo en la linde de «nuestra» franja de bosque había opuesto resistencia un último grupo de soldados durante unos minutos, antes de emprender también la huida. Habíamos dejado atrás la guerra cuando pensábamos que aún la teníamos delante.

Asam nos dijo en el almuerzo, y después lo repitió con gran seguridad el sombrío Staringer, nuestro *vis-à-vis* de aquí que claveteó el zapato de Eva –pero ahora es el mío el que tiene un boquete–, que Hitler había muerto[86], que lo habían dicho, sin más pormenores, por la radio (¿por cuál?). Pero Asam añadió que no se lo creía, que unos oficiales le habían asegurado firmísimamente convencidos que el «cambio» vendría dentro de dos semanas, que empezaría por Obersalzberg y que eso sería posible gracias a la «nueva arma». No hay forma de eliminar eso, y siempre hay gente que se lo cree. La propaganda ha sido demasiado grande y, realmente, una sugestión de masas […]

4 de mayo, viernes mañana, casa 11, Tyroller-Gruber

Ayer tuvimos una discusión con la Gruber, discusión que ha continuado hoy con más violencia y que probablemente nos hará cambiar hoy mismo de alojamiento […] Hemos tenido que recurrir una vez más a Flammensbeck, que ha estado buscando otro albergue para nosotros y nos ha dado una abundante cena […]

En casa de los Flammensbeck, que por desgracia, por desgracia, no tienen una habitación donde podamos vivir, no sólo nos dan de comer como en el país de Jauja, y en una habitación caldeada –hoy el suelo está otra vez cubierto de escarcha–, sino que uno encuentra un ambiente de lo más interesante. Ha desaparecido el letrero «Jefe local del campesinado», sin embargo siempre llega gente a la que Flammensbeck da de comer y aloja por la noche en su establo. Todos reciben una sopa o un trozo de carne o de embutido, todos se cortan las rebanadas que quieran del pan redondo que, junto con el cuchillo, está sobre la mesa. «Es», dice Eva, «como si la gente olfateara su bondad.» […]

Así que anoche Flammensbeck acogió una vez más a dos soldados, desarmados pero en uniforme, con quienes conversamos largo tiempo. Ambos de veinte y pocos años, en el ejército desde hace varios años, uno con un cargo mercantil, el otro –de más edad, con gafas, más locuaz, el que llevaba la voz cantante, me pareció un maestro de primaria–, estudiante de derecho en el primer semestre, pero después, desde hace cinco años, soldado. Ambos alemanes de los Sudetes, desde Dillingen separados de su tropa disuelta, y con la intención de llegar a su tierra a través de Ingolstadt y Ratisbona. Habían pasado varias veces junto a los norteamericanos, la última junto a unos que viajaban por las vías del tren en una vagoneta, hasta ahora no les había pasado nada. Ayer habían oído en la radio que *todos*, inclusive Berlín, habían capitulado y que Hitler había muerto. El estudiante explicó: «A quien me hubiera dicho algo así todavía hace cuatro semanas, lo hubiera matado a tiros, pero ahora ya no creo nada…». Dijo que habían querido conseguir demasiado, habían exagerado, habían cometido crueldades, que era inhumano el trato que habían dado a la gente en Polonia y en Rusia. «Pero el Führer seguro que no sabía nada de eso», el Führer no tenía ninguna culpa, se dice que Himmler era el que gobernaba.

(Siempre esa fe en Hitler, no cabe duda que ejercía una influencia de carácter religioso.) En el «cambio» y en la guerra inminente entre Rusia y Estados Unidos no creía ya mucho ninguno de los dos, pero sí un poquito todavía. Eran hostiles a las SS, que aún seguían luchando. «Al final, se largarán vestidos de paisano y se pondrán a salvo.» [.„1

5 de mayo, sábado mañana, ayuntamiento

El ayuntamiento está en el extremo opuesto de nuestro albergue actual,

completamente en la punta sur del pueblo, por la ventana superior de la puerta sur del edificio se ve la cinta blanca de la carretera de Radersdorf, metida entre prados y remontando la loma hasta perderse en el vacío, en lo ilimitadamente impreciso; a lo lejos, a los lados de las llanuras de prados y sembrados, está el bosque […]

Fuera, exactamente encima de nuestra ventana, estaba la cruz gamada –*estaba*–, yo he dormido, *yo,* sobre el travesaño de las Waffen-SS, y en nuestra estufa ardía la fotografía de Hitler; pese a las dificultades y a los *guai* del momento (a los que contribuyen mucho el frío, la lluvia y las calles reblandecidas), es bella la vida.

[…]

Nuestra mudanza ha causado sensación en el pueblo y nos ha hecho ver cuánta gente nos conocía ya aquí y simpatizaba con nosotros: nos han llamado y hecho preguntas repetidas veces. Además de otras personas, una joven nos preguntó, muy cerca de la residencia, en puro berlinés si ya nos marchábamos. Dije que ya nos gustaría pero que todavía no había llegado el momento. Con eso nos pusimos a charlar.

La mujer, de Berlín norte, que recaló aquí a través de Silesia una semana antes que nosotros, contó que «había oído decir a un sargento que Fritzsche, prisionero de los rusos, había informado por la radio» de que Hitler y Goebbels[87] se habían disparado un tiro, que los rusos habían ayudado a los berlineses a apagar los incendios, que la guerra había terminado definitivamente. (El párroco, Moll, piensa incluso que los ferrocarriles funcionarán ya dentro de quince días, lo que nos permitiría volver a casa.) Pero no había noticias auténticas; desde el sábado 28 de abril, es decir desde hace una semana, estamos sin electricidad y por tanto aislados. Lo más actual, que trajo para la cena el joven Asam, es un periódico del 28 de abril, de hace ya por tanto una semana, titulado *Nachrichten*, editado en alemán por un ejército estadounidense para la franja de territorio ocupado por él y que ha venido a parar aquí desde Aichach. El periódico informa sobre el «encuentro histórico» de las tropas rusas y norteamericanas en Torgau[88] –ahora, pues, el Reich está dividido en dos partes–, del apretón de manos de los comandantes rusos y norteamericanos. Esos *shakehands* contrastaban rotundamente con las esperanzas bélicas heredadas de Goebbels, aunque por otra parte hacían recordar también el apretón de manos de

oficiales alemanes y rusos en 1939, en Polonia […]

La mujer de Berlín tuvo para mí relevancia, no tanto por los rumores que me transmitió como por lo siguiente: contó que su hermano había estado preso diez años en un campo de concentración, y ella ocho semanas, lo contó *orgullosa.* Con el mismo orgullo y al mismo tiempo con amargura dijo la señora Steiner, con la que nos hemos encontrado –quería ir en bicicleta, tres horas de camino y con este tiempo horrible, a Neuburg, para que le dieran información sobre su marido, dado que su viaje a Aichach había sido infructuoso–, ponderaba, pues, cuántas veces su marido, que había sido redactor del *Gerader Weg*, «bajo Gerlich[89], el más radical adversario de los nacionalsocialistas, que lo asesinaron en Dachau» (¡averiguar quién es Gerlich!), cuántas veces habían él y ella ayudado a judíos, acogido, escondido, ayudado a gente que no tenía papeles, «¡y ahora *él* tiene que sufrir, y en Aichach siguen sueltos por ahí los peores nazis! ¡Está bien claro que a los americanos los han informado muy mal en muchos casos!». Quiero poner en esta misma rúbrica que el otro día el dueño de la fonda, Wagner, se preciaba de sus *prouesses* de mozo subalterno frente a las SA, y también los furiosos improperios de una mujer sencilla alojada en su casa, y algunos comentarios bien claros del joven Asam, y algunos otros, encubiertos, del viejo Flammensbeck. Y en cuanto a mí: le he dicho a la señora Steiner que tal vez pueda ayudarla en algún momento, que tengo buen nombre y que los nazis me habían expulsado de mi cátedra. Y algo parecido le he dicho incluso a Flammensbeck, y él entonces ha anotado cuidadosamente mi apellido.

Así ahora se exhibe aquí *triumphaliter* lo que hasta el 28 de abril se ocultaba medrosamente (a notar cómo se desdijo el campesino Tyroller de lo que había contado y de que había soldados de las SS en el pueblo), pero así tampoco ninguno de los que han sido nazis declarados quiere haberlo sido. – ¿Dónde está la verdad? ¿Cómo se la puede encontrar, aunque sea de modo aproximado?

Y para mí es un misterio cada vez mayor, a pesar de Versalles, del desempleo y del arraigo del antisemitismo, un misterio cada vez mayor cómo pudo triunfar el hitlerismo. Aquí, por ejemplo en casa de Flammensbeck, hacen a veces como si el hitlerismo hubiera sido en esencia algo prusiano-militarista, ajeno al catolicismo y a las tradiciones bávaras. Pero Múnich ha sido su «provincia tradicional». ¿Y cómo tal movimiento ha podido ganarse al Berlín escéptico y socialista y conservar su adhesión? (En punto a religión, Flammensbeck dice que

el programa respetaba la religión, *en la medida* en que no intervenía en política, y que él no había captado al principio la alevosía de ese alevoso «en la medida», pero la señorita Haberl dice claramente que Flammensbeck fue durante mucho tiempo un «fanático» nacionalsocialista.)

Para alimentar nuestra estufa, hago estragos placenteramente en el desván: valiosos marcos desaparecen en las llamas. Ojalá tuviéramos un hacha o una sierra. Descubro un pesado tablero donde se exponía el *Stürmer.* ¡Qué maravilla sería quemarlo!

[…]

Por el momento nadamos en abundancia de carne y de grasas y de cantidad de alimentos; sólo falta leche, y eso es un *memento* muy malo. Como las tarjetas han sido retiradas de la circulación y aún no se ha constituido un orden o poder nuevo, es posible que haya escasez dentro de muy poco tiempo. Pero ahorrar no llevaría a nada; tenemos que aprovechar todas las posibilidades de recobrar fuerzas y considerar cada día como algo autónomo. Indudablemente hablamos muchas veces de si nos marchamos de aquí, y cuándo y cómo y adonde. Pero todo sigue perfectamente oscuro. A excepción de dos cosas: que ya no hemos de temer a la Gestapo y a las bombas, y ese «a excepción de» es ya tanto que en realidad tendríamos que hacernos católicos.

6 de mayo, domingo después de comer, trece horas

Hasta ahora nos dejan en paz aquí. Ni alcaldes, ni americanos: hasta ahora. Los Flammensbeck nos han prestado durante el almuerzo un hacha: así puedo convertir en astillas para la estufa los marcos de los cuadros. Eva ha construido una repisa a base de dos sillas –en el desván hay muchas sillas rústicas muy bien trabajadas, con un hueco, en forma de pequeño corazón, en la madera del respaldo y una suave concavidad en el asiento– y de dos capachos para bebés. Ahora, con una temperatura agradable, se está bien aquí arriba. Sólo los zapatos destrozados y los calcetines no hay manera de que se sequen. Fuera, el suelo sigue reblandecido, y los nubarrones de lluvia que hay desde esta mañana, junto con el fuerte viento del sur, no inspiran mucha confianza.

Los últimos rumores –algo así «parece» que siempre lo ha oído alguien en alguna radio–: Alemania ha capitulado con Eisenhower pero sigue luchando contra Rusia; Goebbels se ha matado con toda su familia, Hitler ha desaparecido.

[…]

8 de mayo, martes

[…]

Estamos sin luz desde hace once días (se cortó el 24 de abril, seguramente no por la tormenta sino por los combates, las hermanas Steiner-Haberl dicen que cuando fueron en bicicleta a Neuburg, por todas partes colgaban cables rotos), y con la luz falta la radio y todas las noticias.

De ahí vienen nuestras más graves preocupaciones y *guai* actuales: ¿cómo y cuándo saldremos de aquí camino de Dresde? ¿Cómo podremos llegar aunque sólo sea a Aichach, y qué nos espera allí? Para recibir verdadera ayuda, tendría que darme a conocer como judío. Pero eso no quisiera hacerlo hasta que sepa seguro que abandono acto seguido estos aledaños. Lo que indico aquí someramente, lo consideramos una y otra vez en todos sus aspectos, es un tema difícil con muchos pros y muchos contras. Y no se puede solucionar mientras carezcamos por completo de noticias… Muy lejos se sigue oyendo de cuando en cuando fuego de artillería, unidades y aviones de reconocimiento vuelan sobre nosotros casi cada hora, dicen –«dicen», rumores y sólo rumores– que en las montañas aún combaten grupos aislados. En el bosque nos encontramos a menudo con soldados que vuelven a casa, casi siempre de paisano, reconocibles siempre por el equipaje. «El americano» no les hace nada. El ejército se disuelve. Me pregunto si puedo sacar conclusiones sobre el ejército de millones de soldados partiendo sólo de esos soldados aislados que vuelven a casa. Pero cuántos barcos navegaban en tiempos de paz por el océano, y qué pocos encontramos de forma esporádica en nuestros grandes viajes. Alemania es como el océano… Hemos hablado con esos soldados; ellos tampoco saben más que esos rumores que circulan. Sigue teniendo una función importante en esos rumores la guerra entre Estados Unidos y Rusia. Ayer hablé con dos que dijeron: «El norteamericano, bueno: ¿pero cómo será con el ruso? Nosotros vivimos en Breslau». Yo: Al hombre de la calle, el ruso no le hace nada. Sólo a los oficiales y a las SS. Pausa, después con risa (¿nerviosa?): «Nosotros no somos de las SS».

[…]

La salud de Eva sigue siendo poco satisfactoria, su delgadez, alarmante. Su tortura personal: la falta de tabaco. Ahora que se han marchado los soldados, ni

siquiera se encuentran colillas por las calles.

Mi *guaio* personal: el pulgar que no se cura, los zapatos totalmente destrozados, húmedos, estrechos, el acarreo de pesados cubos de agua.

Ahora que nuestra vida ya no corre peligro, estamos más que hartos de las penalidades, pequeñas pero sumadas, de nuestra situación y no vemos ninguna compensación en su romanticismo. Pero sí continúa todo el tiempo la sensación de gratitud, y a menudo, muchas horas del día son placenteras. Horas bucólicas, por así decir. Y otras de «acercamiento al pueblo» y por tanto instructivas.

[…]

9 de mayo, miércoles mañana

[…]

Esperamos de un momento a otro la luz y con ella la radio. Hasta ahora, inútilmente. Heckenstaller, el molinero de aquí, tiene su propia corriente. Y él transmitió ayer, como noticia cierta de la radio, lo siguiente: ayer, 8 de mayo, a las tres de la mañana, fue firmada la capitulación absoluta[90], por el almirante Dönitz[91] del lado alemán, con la entrega de todos los submarinos y «minisubmarinos». «Pero eso de los rusos no era verdad, de eso no han dicho nada», añadió Asam. Así que él también se había creído un poco lo de la guerra entre norteamericanos y soviets.

Los numerosos aviones de ayer, que pasaban en grupos de tres volando bajo y despacio, parece que son de transporte. Subjetivamente, desde nuestra perspectiva, lo característico de ellos es que ya no buscamos cobijo, que ya no tenemos miedo y que sin embargo, con cada avión recordamos el miedo pasado.

[…]

10 de mayo, jueves mañana

[…]

Hoy he empezado el día partiendo mucha leña. Flamensbeck nos ha prestado el hacha, y en el desván había muchas traviesas. También hay allí un enorme y pesado tablón de anuncios, más exactamente, una vitrina del *Stürmer:* «¡Los judíos son nuestra desgracia!». Me gustaría mucho hacerlo astillas (¡Polyeucte!)[92], pero me temo que no me alcanzan las fuerzas.

11 de mayo, viernes mañana

Ayer, hasta eso de las cuatro, básicamente en casa […] Después la más infructuosa de todas las marchas a pie a Kühbach […] Pero la velada trajo un cierto consuelo, es decir, un cierto esclarecimiento o despeje de la situación, 1) El «lechero» circula otra vez desde hoy, de forma que el camino de ida a Aichach puede hacerse en coche. (Pero de momento sólo hay leche para los niños, y nosotros tenemos que seguir viviendo de nuestros botes de conserva.) 2) De pronto volvió la luz, mientras tomábamos nuestro último café en la fonda de Wagner. Luz: significa a la vez radio. (¿Por qué, en el fondo? Siempre me avergüenzo de mi ignorancia en física, cualquier niño es mejor que yo. ¿Qué significa «cultura»?) Así que hoy podremos escuchar las noticias en casa de la maestra. Ahora queremos un poco de orientación y más esclarecimiento, esperar además que Eva se encuentre algo mejor y viajar a Aichach el lunes, más o menos.

Los dos *guai* más urgentes, fuera del tabaco de Eva, son ahora mi calzado y el café, que se está acabando.

El pueblo carece por completo de historia, en todos los sentidos. A última hora de la tarde llegó una mujer a casa de Flammensbeck a presentar su tarjeta de leche para niños; joven, no carente de inteligencia. Parecía muniquesa, un día había ido en bicicleta a Múnich. Por lo visto se han insubordinado allí los prisioneros eslavos, que también aquí son vagos, molestos y mandones, y parece ser que la comandancia norteamericana ha impuesto el orden. La mujer contaba con convencimiento, y Flammensbeck lo creía sin la menor duda, que Norteamérica había dado un ultimátum a Rusia para abandonar inmediatamente Alemania oriental. Pregunté a la mujer si había oído decir algo sobre Hitler y sobre los jefes destacados del NSDAP; «o, no había tenido tiempo de preguntar por ellos, dicho de otra manera: eso ya no le interesaba. El Tercer Reich está ya prácticamente olvidado, todos han sido hostiles a él, «siempre» lo fueron; y sobre el porvenir, tienen las ideas más absurdas. ¿Y patriotismo? Delante del Petershof, unas mujeres, refugiadas de la Alta Baviera, se quejaban de que a *ellas* les habían dado menos carne que a los campesinos. La dueña: «No se me metan con los campesinos», los campesinos habían trabajado, eran los más importantes, etc. Las mujeres: «*Nosotras* sí que hemos trabajado, en las fábricas

de armamento…». Yo, hipócritamente, le hice un gesto de asentimiento a la dueña, pero las mujeres de la ciudad tenían razón. Los campesinos estaban y están incomparablemente mejor que los demás. Yo no creo en el patriotismo, sino en el egoísmo de los campesinos […]

13 de mayo, domingo, quince horas

Cuando volvió ayer la luz, dijeron que había que seguir oscureciendo. Eso lo revocaron ayer, y ayer, 12 de mayo de 1945, vimos por primera vez desde el 1 de septiembre de 1939, desde hace casi seis años, ventanas iluminadas. Pocas ventanas, y sin embargo el pueblo enseguida parecía otro. Me causó gran impresión.

¿Pero de qué sirve la conciencia de haber superado los malos tiempos –puedes encender las luces, puedes mirar con toda tranquilidad el incesante movimiento de aviones, no tienes que temer a la Gestapo, tienes de nuevo los mismos…, no, probablemente más derechos que tu entorno–, de qué sirve todo eso? Los *guai* son más molestos que la cercanía de la muerte, y ahora hay un cúmulo de *guai*, y nuestra resistencia y nuestra paciencia están muy resentidas. Un calor terrible, y además, plaga de mosquitos. Falta de bebidas; en la fonda, ahora se ha acabado también el café. La falta de ropa interior, el indecible primitivismo de todo lo que tiene relación con la comida; platos, fuentes, tazas, cucharas, cuchillos: en parte (o por lo general) faltan *por completo,* en parte totalmente insuficientes. A la larga (y con este calor) es una tortura la falta de elementos al comer, en casa de Flammensbeck –cuando sirve ella, ni siquiera tenemos cada uno un plato–, lo elemental de la preparación: hoy, por primera vez, me repugnó el tocino caliente, viscoso, casi crudo; la insípida sopa de pan me tortura desde hace días. Eva, por su parte, sufre horriblemente por la falta de tabaco, y también es incapaz de beber agua, como hago yo. Sé que todo esto suena raro, también se podría decir que suena a falta de modestia después de lo que hemos pasado antes; es sólo calamidad de la vida diaria. Pero, en cuanto tal, hace sufrir muchísimo. Esperamos anhelosamente poder marcharnos de Unterbernbach.

[…]

15 de mayo, jueves, hacia las dos de la tarde

[…]

Esta mañana, descansado y con ánimos, le dije a Eva que tenía más de «dos cabalgaduras» en el establo, que todas me gustaban, pero que me gustaría montarme tranquilamente en alguna de ellas. Podría trabajar: 1) en una cátedra de universidad, 2) en un Ministerio de Educación, 3) en una redacción, 4) en el *Curriculum*, 5) en la *LTI*, 6) en el *Dix-huitième*, 7) en la continuación de mi historia de la literatura y la prosa moderna francesa hasta 1940. Pero me gustaría realmente dedicarme a una de esas tareas mientras me lo permita el corazón. Y además, jardín y música para Eva, y tabaco y alcohol para los dos, ¡y otra vez el placer del coche! ¿Cuándo se cumplirá eso? Cuando se llega a casa, acalorado y cargado con la mochila y la bolsa llena de pasta, y Eva suspira por los cigarrillos y yo por las bebidas: los siete proyectos me parecen ilusorios y utópicos. Aún no circula ningún tren, aún no se puede ni pensar en marcharse de aquí, aún falta café, tabaco, ropa, movilidad, periódicos y no se puede ni recibir ni enviar noticias.

Mañana es nuestro 16 de mayo. Lo celebraremos mucho más aliviados que el año pasado, pero «festejarlo» de modo materialista con vino y asado y café auténtico y tabaco, eso no será todavía posible.

La impresión más fuerte del viaje de ayer a Aichach: en la plaza principal, junto a la antigua puerta de la ciudad, colgando del asta que es tan alta como lo eran las de los nazis, tan grande y con tanta tela como la enseña de la cruz gamada, con barras blancas y rojas y estrellas doradas sobre fondo azul, la bandera de Estados Unidos […]

Delante de la tienda de Strasser había un grupo bastante grande de gente, casi todos trabajadores extranjeros, que son los primeros que se llevan de aquí, de momento a algún campamento colectivo; en medio de ellos, gente alemana. Ante el umbral, un hombre de paisano, como un mozo de caballería bávaro, con un brazalete blanco: *Police*. Pero era un auténtico muchachote bávaro, y a mi pregunta de si había allí algún intérprete y si yo podía entrar, respondió, con el dedo sobre los labios: «¡No, cállese!» […] Había más *policemen* bávaros, pregunté a otro, y dijo que cualquiera podía entrar sin más y ponerse en la fila. Dentro, detrás de la cola y del mostrador, primero vi sólo una nube de humo […]

Una joven de grandes ojos gris azulado, nada judía, con los labios muy pintados (tanto que no pretendía disimularlo), fumando un cigarrillo tras otro, hablando animadamente en dialecto austriaco con los extranjeros, con los bávaros, con un compañero, con una compañera, gesticulando impulsivamente, despachando escuetamente, con seguridad, pero, en el fondo, siempre correcta. Sólo repitiendo incesantemente que no había permisos de viaje a Múnich, ni a ningún otro sitio, e insistiendo muchísimas veces en que esto y aquello lo resolvería la administración civil, pero de momento lo que estaba allí era la administración militar […] Poco a poco se fue vaciando aquello y la vienesa tuvo un cierto respiro. Entonces le dije a media voz con pocas palabras quién era yo, y le presenté mi pasaporte. Al punto una cortesía radiante, deseos de ayudar, muestras de respeto. Un *Herr Professor* tras otro. Que si necesitaba ayuda económica, que si tenía un alojamiento decente, de la ropa ya se encargarían ellos, al día siguiente iba a ir allí el alcalde de Unterbernbach, y ella iba a tomar nota de mi apellido: «K-l-e-m-p-e-r-e-r», sonriendo: «Me suena»: probablemente habrá oído nombrar a Georg o a Otto Klemperer, en cualquier caso, a mí me vino muy bien. – «Voy a hablar con el alcalde, *Herr Professor.*» – «En realidad yo no quisiera, señorita, que se supiera en el pueblo…»

Furiosa: «¿Pero es que usted cree que aún tiene algo que temer? Al contrario: ¡Tendrá un trato *de preferencia*!». Sólo debía tener paciencia, añadió, con lo del viaje a casa. Pero yo no tenía ya nada que temer. «¿Su casa? Recibirá indemnización… Bueno, *Herr Professor*, le deseo que se reintegre muy pronto a su puesto!»

Después, me encontré de nuevo en la calle, bastante estupefacto. ¿Exito o fracaso? Lo de marcharnos, de momento estaba descartado y […] cualquiera sabe lo que iba a decirle al alcalde y qué iban a pensar de mí los del pueblo. Por otra parte, indudablemente, yo había entablado relaciones amistosas con el *Military Government* […]

Por la tarde, en casa de la maestra, dije que quería poner las cartas sobre la mesa, las puse al corriente y les enseñé el pasaporte judío. «Ya habíamos imaginado algo así.» «Y suponemos que usted también estará un poco al corriente en cuanto a nosotras.» Las dos mujeres (la señora Steiner también era maestra antes de casarse) hablaron entonces de su íntima vinculación con judíos –amistad, «emparentadas», compasión, orientación de partido– del gueto de

Múnich, de varios casos en que «murieron» judíos, resucitaron con otros papeles y otros apellidos y así sobrevivieron al Tercer Reich. Fue una larga e íntima velada […]

16 de mayo, miércoles, quince horas

[…]

Entre las personas con las que hablé esta mañana estaba la berlinesa inteligente y de nariz aplastada que mencioné el otro día. (Inteligente no significa «culta»: la mujer habla en cerrado dialecto berlinés y dice sin inmutarse *Gorillakrieg* [en lugar de *Guerillakrieg*[93]]: magnífica etimología popular.) Ha estado en prisión «por algunas cosas que dijo», junto con otros quince; poco a poco, conforme crece su confianza en mí, se va viendo claramente y cada vez con más detalles qué grande era la vinculación de toda su familia, padre, hermano, marido, con el PCA y cuánto han sufrido por el PCA. Todo ello a la simpática manera berlinesa, con esa mezcla tan bien dosificada de ordinariez y sensibilidad. La cualidad del berlinés es que entiende inmediatamente los chistes; a la mujer le encantó al momento lo que le conté, para consolarla, sobre el cuestionario del Cuarto Reich: «…caso de que no, ¿por qué?».

Con mucha frecuencia, oímos decir con añoranza a refugiadas de todas las ideologías y todas las proveniencias: ¡Cuándo podremos volver a casa! ¡Cuándo podremos contactar de algún modo con nuestra familia! Y, continuamente: el marido lleva ya cinco, seis años en el ejército: ¿lo enviarán enseguida a Rusia? ¡Él no estaba en las SS, *sólo* en la *Wehrmacht* La berlinesa dijo hoy cáusticamente: hoy han pasado dos que afirmaban no tener papeles; ¡yo conozco esas caras, ésos eran seguro de las SS!

17 de mayo, jueves

Me tiembla la mano de la marcha forzada de ida y vuelta, con este calor, a Aichach. El camino de ida, de siete y media a diez y media; complicaciones burocráticas, síncope de Eva. Éxito completo, camino de vuelta hasta ahora. Fin del episodio de la aldea, comienzo del viaje de vuelta: mañana por la mañana, a Múnich.

Ayer por la tarde, un coche con soldados norteamericanos. Entre ellos, dos

chinos. El alcalde introdujo a los soldados en la casa, abrió un poco nuestra puerta, les dijo unas palabras, y eso fue todo. El coche se marchó, dos soldados se sentaron en la hierba esperando que volviera, regalaron caramelos o chocolate a los niños que se acercaban.

Entonces apareció la señorita Haberl, trajo pan y requesón de Aichach. Luego la comunicativa berlinesa con un paquete de café Kathreiner y dos cigarrillos. Nosotros le dimos un poco de azúcar y charlamos mucho tiempo con ella. Había sido miembro de un club deportivo comunista, había conocido personalmente a Horst Wessel. «Un chulo de putas… lo mataron en un asunto de mujeres, y no por motivos políticos.» Su marido trabajaba como obrero en la «nueva arma», habían volado la fábrica, probablemente por sabotaje.

Por la noche estuvimos mucho tiempo en casa de la maestra; tuvimos que dar el visto bueno (y suavizar) una solicitud de puesta en libertad del doctor Steiner; nosotros hablamos de nuestro pasado, de nuestros planes: hicimos amistad. En la radio suiza me impresionó y me impactó la siguiente frase de una declaración de los aliados: Alemania había «dejado de existir como Estado soberano», pero los aliados no podían hacerse cargo de su administración, en eso tenían que trabajar alemanes bajo control aliado. Vinculé con eso lo que contaron las hermanas, que lo habían oído también por radio: que en Aquisgrán funcionaban otra vez los colegios, con libros de texto anteriores al período nazi «encontrados en una biblioteca norteamericana»; que habían llegado a Francfort 140 judíos, que al momento fueron empleados en los servicios de reconstrucción. Al momento sabíamos los dos que yo tenía que tratar de tomar cartas en el asunto lo antes posible, haciendo valer mis derechos y mis conocimientos. Éste fue el origen de la marcha forzada de hoy.

Múnich, asilo de San Martín (Catholic Home for old men and women)

21 de mayo, lunes de Pentecostés

ὕβρις![94] Eso me persigue desde el viernes por la mañana, cuando pasamos de un feliz optimismo a nuevas tribulaciones, por un momento casi caímos en la desesperación. Yo había creído que era otra vez, más o menos, un gran personaje, y volví a verme en un desamparo apenas inferior al de la época

hitleriana. Hubo minutos en los que ya no veía gran diferencia entre la Gestapo y la *Military Pólice*, que impedía por la fuerza bruta entrar en el ayuntamiento. Entretanto he aprendido a comprender lo tragicómico y pasajero de esa recaída, observo las cosas más pacientemente y desde la perspectiva de otro capítulo del *Curriculum*, apoyado en todo ello por el estoicismo de Eva; pero esas palabras cargadas de afectividad, que emergen continuamente a la superficie y allí quedan como enganchadas, ὕβρις! y «en la sensación taladrante de su nada»[95], hoy siguen predominando.

[…]

El jueves (17 de mayo) fuimos a Aichach por la tarde, ya muy cansados y acalorados. La *Office* estaba llena: el mismo escenario que en mi primera visita. Miss Lazar[96], por cierto esta vez con una alianza en el dedo y más fatigada, mayor, más seria que la última vez, me saludó al momento como a una persona de respeto que ya conoce: Buenos días, *Herr Professor*, ¿marchan ahora las cosas? Y luego, después de mis primeras palabras: «Lo mejor para usted es que se vaya a Múnich enseguida, con su mujer, con todo el equipaje; yo le conseguiré el pasaporte». Objeté que allí no teníamos ni alojamiento ni comida y que no estaba claro cómo iba a continuar el viaje. – No, no, estaba clarísimo, ella me garantizaba, etc., etc., en Múnich sólo tenía que presentarme en el *Military Government*, y todo lo demás relacionado conmigo –¡conmigo! Porque yo era el gran personaje– corría de cuenta de ellos. En la *Office* había un soldado norteamericano que enseguida, por su aspecto y sus movimientos, me pareció que era judío. Ella le susurró unas palabras, y al punto me dio la mano, y me entregó dos cigarrillos. (Do *you speak Germán or French?* Negó con la cabeza. No puedo decir cómo lamento no saber inglés.) Apareció una joven muy maquillada, compañera de Miss Lazar, de la Suiza francesa, como supe después, y hablé francés con ella. Le enseñaron mi pasaporte con la J, entendí algo como *many books…:* también la francesa era todo amabilidad. Entretanto, Eva tuvo una lipotimia y tuvo que tumbarse un rato en el suelo. Querían llevarla al hospital militar, nosotros dijimos que no, que era sólo «exceso de fatiga, falta de riego sanguíneo en la cabeza». Eso nos granjeó aún más simpatías. Llegó el pasaporte para los dos. Pero ¿cómo entrar en Múnich? Un señor mayor, al parecer ya con buenas relaciones de negocios con el *Government*: que podíamos viajar con él. Era el director de la fábrica de harinas de Aichach, que hace

suministros diarios en Múnich. Salida, a las siete menos cuarto; pero ¿cómo vamos a llegar a Aichach a las 6:45, viviendo en Unterbernbach? – «Usted transmite al alcalde nuestra *ordre* de traerlos aquí en coche, con el equipaje, mañana o pasado, como les venga mejor.» Bendición y despedida; entonces la francesa me dijo en voz baja que esperásemos fuera, que tenían algo para nosotros, pero que no lo podía ver el *lieutenant.* Apenas estuvimos fuera, llegó el *jewish soldier* y me metió silenciosamente en el bolso de mano varias conservas: *cheese with bacon* y –sin duda de las existencias de ejército alemán– un tubo con queso de Tilsit. – ¿Cómo podía imaginar yo, después de tantas muestras de simpatía, que aquí en Múnich iba a recibir un trato tan diferente? ¿Cómo no me iba a llenar de humos y no iba a pensar que formo parte de los elegidos, en mi calidad de víctima judía de los nazis y de importante personaje de los *many books*?

Nos dijimos ambos que era un gran éxito y queríamos continuar el viaje al día siguiente para no meternos en el descanso laboral de los días de Pentecostés. Tal vez podríamos estar ya el jueves a mediodía en un coche, *voire*[97] en un avión, y el jueves por la noche en Berlín o Dresde. Berlín fue ocurrencia de Eva, allí estaría la administración central de los aliados. Y a mí también me atraía poderosamente Berlín. Tomamos un precario almuerzo en el Bauerntanz, el café Mayr estaba cerrado, pero la amable dueña dijo que nos sentáramos en el patio y nos preparó un refresco, que después ni siquiera quiso cobrar. Más no pudo ofrecernos, porque había sido desvalijada por trabajadores polacos y rusos y había tenido que entregar su vajilla al casino militar de los norteamericanos. Entonces regresamos a pie con mucho calor. Eva aguantó valientemente; la sensación del «gran éxito», la esperanza del porvenir inmediato eran un poderoso estímulo. Después, en Unterbernbach, a partir de las seis de la tarde, fuimos realmente los grandes personajes. Flammensbeck encargó un coche de caballos para las cinco de la mañana. Las ordenanzas americanas prohibían salir a la calle antes de las seis de la mañana. ¡Pero para mí había disposiciones especiales y correo especial! […] Después de la cena, los Flammensbeck nos regalaron para el viaje un gran pedazo de tocino y diez huevos. Realmente, nos marchábamos de las ollas de carne de Egipto[98]. Estuvimos después en la escuela. Las hermanas no pudieron ser más amables. Nos dieron (¡por si acaso! Tal vez teníamos que hacer parada en Múnich) una carta de presentación para su

casa de Laim, nos regalaron jabón y un par de medias para Eva, y la criada de Steiner recogería el viernes las cosas que nos habían prestado el párroco y los Steiner. No cabe duda que las hermanas nos envidiaban, no cabe duda tampoco que tenían interés en que pudiéramos ayudarlas en un futuro.

[…]

El viernes, 18 de mayo, nos despertamos a las tres, nos levantamos a las cuatro, esperamos en vano el coche a las cinco, a las 5:20 fuimos a casa de Flammensbeck, que echando pestes fue a ver qué pasaba. Hacia las seis menos cuarto estaba el coche delante del ayuntamiento. Un coche del campo sin ninguna suspensión, se viajaba como sobre un armón de artillería, pero delante iban dos bonitos caballos y como compañeras de viaje dos mujeres que ya conocíamos y que querían hacer compras en Aichach; agradable frescor matinal, viaje feliz en medio de las sacudidas, miradas de despedida al paisaje familiar […] A las siete menos cuarto en punto, primer lugar de destino. La fábrica de harina, muy a la entrada del pueblo, es un importante complejo de edificios en torno a una imponente explanada que contiene un patio y un jardín, y que está construida como un cuadrado abierto […] Enormes camiones salían de los garajes y tomaban posición. El nuestro tenía que cargar cien sacos, nos quedaba mucho tiempo. El director se puso a contar. Había impedido la voladura del puente, haciendo retirar las cápsulas explosivas; el comandante de las SS quiso ahorcarlo por ello, él ya daba su vida por perdida, pero insistió en que no sabía nada. (La tarde anterior, las hermanas contaron un caso terrible de ahorcamiento: un «soldado de permiso» que vivía en Unterbernbach, o sea, un desertor, padre de familia, quiso ir a Aichach a comprar y no regresó. Más tarde llegó una carta, escrita por él antes de que lo ahorcaran; última víctima de las SS en el último instante.) El camión funcionaba con gasógeno, nosotros íbamos en la atestada cabina, junto al conductor y a su acompañante, hacía un calor espantoso en aquel sitio tan pequeño pese a las ventanas abiertas, y el viaje, que no empezó hasta eso de las ocho, no fue mucho más rápido que el que habíamos hecho en el coche de caballos. Para unos 50 kilómetros necesitamos dos horas y media largas. Ninguno de los dos podemos indicar con detalle cuál fue el trayecto. A veces estábamos en la autopista, que avanzaba monótona, en línea recta en plena naturaleza, por lo general a través de prados, raras veces por algún trozo de bosque. Hacia las diez y media entramos en Múnich por la zona de

Nymphenburg; pero había varias paradas para entregar la leche. Sólo ahora pude formarme una idea de la importancia de las fuerzas de ocupación norteamericanas. Vehículos de toda índole iban en todas direcciones, prácticamente sin interrupción. Gigantescos vehículos de transporte, que parecen barcos del Oder sobre ruedas, otros gigantes de forma normal, ocupados en parte con mercancías, en parte con masas de soldados, otros gigantes con barriles de gasolina, de estos había largos convoyes, más y más convoyes –¡y nosotros, sin petróleo, queríamos luchar contra ellos!–, tractores que llevan pesadas piezas de artillería. Entre ellos van y vienen continuamente pequeños coches abiertos, de fea apariencia pero muy ligeros, a menudo con asientos únicamente en el chasis, pero muy a menudo con largas cañas metálicas de pescar, que son antenas de radio. En esos gusanos grises y feos van sentados entre cuatro y seis soldados, a veces sólo dos. «Sentados» no es la palabra; van, indolentes y de buen humor, repantigados; por alguna parte cuelga siempre negligentemente una pierna, y con la misma negligencia está la mano izquierda sobre el parabrisas para indicar que se sigue recto (no hay indicador de dirección, al torcer sacan el brazo a la derecha o a la izquierda). Los coches, grandes y pequeños, suelen tener nombres propios; en los pequeños leí nombres femeninos como *Mary Ann,* también *Baby-Boy*; en un camión: *Chicago Gangster.* Debajo de un puente de ferrocarril había mucha agua (probablemente por rotura de tuberías). Nuestro camión tuvo que esperar allí, porque en ambos sentidos había convoyes militares que trataban de abrirse paso, con las ruedas hundidas en el agua. De pronto, un camión grandísimo y muy alto se quedó parado, una parte de su carga sobrepasaba la altura del puente. El vehículo –parece que era cosa de centímetros– intentaba pasar, girando un poco. Al final tuvo, literalmente, que soltar su carga: así se vio que llevaba encima un tanque, al que ahora hizo rodar hacia atrás. Por el embotellamiento tuvimos tiempo de sobra para observar la intensidad y la fuerza numérica de ese tráfico militar. Fuimos después a la ciudad y a una panadería, en la esquina de la Erzgiessereistrasse la Dachauer Strasse. Habíamos acordado que allí, «a sólo ocho minutos de la estación», dejáramos el equipaje, también dijeron que pasaba por allí un tranvía. Y allí empezó la pesadilla de aquel día y el terrible desengaño. No había un tranvía en todo Múnich. Y no estábamos a ocho minutos de la estación sino a más de veinte. Polvo, casas derrumbadas y coches de los norteamericanos que, levantando nubes de polvo, pasan como una

flecha por las calles, más estrechas por los escombros. Esa es desde entonces la impresión infernal que me produce Múnich; pienso que llevo una infinidad de tiempo en ese infierno y sin embargo éste es el cuarto día.

En la estación, el segundo desengaño: los restaurantes que todavía funcionaban en abril ahora estaban todos cerrados. Por ninguna parte una posibilidad de comer ni de beber. Continuamente: «Cerrado por pillaje». (En una tiendecita pequeña: «por piyage».) Hemos oído hablar mucho de esos saqueos, en Unterbernbach, en Aichach y aquí. Por lo visto, los trabajadores civiles extranjeros y los prisioneros de guerra han campado por sus respetos, los norteamericanos han intervenido tarde y con mano blanda, les parecería natural que quienes habían sido tratados tan mal durante tanto tiempo ahora se cobraran la revancha… Preguntamos por la comandancia: en el ayuntamiento. Justo detrás estaba la Imbisshalle, en la que en abril nos dieron algo. Ahora sólo tenían una taza de caldo y una taza de una indefinible «jalea de frutas», por más dinero de lo que costaría un buen almuerzo en casa de Flammensbeck; eso era todo. Sin haber recobrado fuerzas, regresamos al ayuntamiento, y allí tuve el más deprimente y definitivo desengaño. Había numerosos centinelas de la MP (*Military Pólice*). Por delante de ellos había unas cuerdas extendidas, y a este lado de la cuerda, un montón de gente esperando, en gran parte extranjeros. El sol quemaba. Yo intenté varias veces acercarme a uno de los guardias, explicarle, en mi inglés chapurreado, que *tenía que* entrar en el ayuntamiento, que me enviaban los propios americanos, etc. Siempre en vano. Un tipo más alto que un castillo, provisto de una porra, y otro soldado menos cinematográfico, con fusil en bandolera, me agarraron por el brazo y me empujaron hacia atrás.

22 de mayo, martes, siete horas, refectorio

Llamaron a un grupo de extranjeros, les permitieron bajar a otra red de separación –toda aquella plaza me recordaba una feria de ganado– y entrar en el ayuntamiento. La turba alemana siguió esperando. Junto al *Policeman* de cine y de porra apareció una joven intérprete: «¡Todos los que vienen a solicitar bicicletas que pasen a la red lateral!». Una gran parte de la gente pasó al otro lado del cordón lateral. «Deben dirigirse a la policía alemana.» – Gritos: «Ya hemos estado y nos han mandado aquí». – «Aquí tenemos otras cosas que hacer; tienen que ir a la policía alemana.» La gente se marchó resignada. La intérprete

siguió gritando: «¡No se entregan permisos de viaje, no se entregan permisos de viaje!». El grupo se convirtió en grupito. Entonces el soldado de Hollywood llamó con un gesto a las distintas personas, una tras otra se metieron a través de la cuerda en el terreno-tabú del otro lado y cambiaron unas palabras con la intérprete. El asunto quedaba zanjado, con toda evidencia negativamente, a la velocidad del rayo. Me llegó el turno. Le enseñé a la joven mis papeles, le expliqué con la mayor concisión posible mi asunto. «Tiene que ir a la Kaulbachstrasse 65, allí le darán alojamiento.» –«Pero yo no quiero alojamiento, ya lo ve, mi caso es distinto, tengo que continuar viaje, por orden del propio gobierno militar…» «Tiene que ir a la Kaulbachstrasse 65, también hay una oficina de la vivienda en la Reisinger Strasse…» – «¡Pero si yo no quiero vivienda…!» La chica no entendía, estaba asombrada, desconcertada, el hollywoodense perdía la paciencia. *He is a university's professor, he says…* Con aire de superioridad: tres, cuatro, cinco veces, sin malos modos pero con impasibilidad de película: No *pass!* (pess!) *Kaulbachstreet sixty-five, Kaulbachstreet sixty-five.* Imposible conseguir nada, unos segundos más y me hubiese agarrado otra vez por el brazo y empujado para atrás. *Ès chambres des dames* nos reiremos de ello, pero el viernes al mediodía, quemando el sol, fue horrible.

Eva estaba esperando en un rincón umbrío. Así que nos arrastramos cansinamente hasta la Kaulbachstrasse 65, lejísimos, en la zona del Englischer Garten (paralela a la Ludwigstrasse). Un edificio imponente, con pocos desperfectos […] El interior de la casa no acabé de entenderlo. Más tarde me enteré de que allí hubo una sección de la Gestapo […] En una mesita del pasillo se instaló una joven con una lista; después, dijo, nos iría recibiendo por orden de lista. Pero no fue así. Esperamos allí de dos a cuatro viendo todo aquel movimiento […] Acabamos hartándonos y entramos sin más en la sala. Allí, en diversas mesas, en diversos rincones, en parte se tramitaban asuntos, en parte la gente se saludaba y charlaba […] Me tocó hablar con un señor, segundo de a bordo, que, cuando oyó mi historia, fue todo amabilidad y me puso inmediatamente en contacto con el doctor Neuburger; nos trajeron unas sillas junto a la mesa escritorio y entonces tuvimos una larga conversación (con muchas interrupciones porque a aquel hombre le gustaba divagar) en la que nos asesoró con mucho interés. Pero el resultado fue deprimente. En proseguir el

viaje no había ni que pensar hasta que no se reanudara el tráfico ferroviario. ¡Y además a Dresde, en territorio soviético! En el ayuntamiento no entraba nadie. Él escribiría una carta al doctor Maron, me pidió que intentara enviarle esa carta por medio de un centinela, entonces tal vez bajara el doctor Maron a hablar conmigo y quizá él sabía algo. Pero sobre todo debíamos tener donde alojarnos; la escuela de no sé qué estaba más cerca, el asilo de San Martín lejos, pero era menos estilo cuartel, prefería extendernos un pase para el asilo, ahora teníamos que darnos bastante prisa para llegar al ayuntamiento antes de que cerrasen, puesto que ya eran más de las cuatro… «¡Así pues, *Herr Professor,* que le vaya muy bien!» Regresamos con paso cansino al ayuntamiento, había menos gente esperando que antes. En un inglés deleznable le pedí a un centinela que entregara arriba mi carta. Después oí hablar francés a otro centinela. Le pregunté si habían enviado mi carta. – Sí, y ese señor aún estaba arriba. Pero no apareció ningún emisario que viniera a buscarme ni un doctor Maron que bajara hasta donde yo estaba. En lugar de eso vi cómo salían del ayuntamiento pequeños grupos de empleados. Una vez, Eva se acercó a un señor y le preguntó si era el doctor Maron o si sabía darnos información sobre él. En vano, naturalmente… ὕβρις… «en la sensación taladrante de su nada»… estábamos en la ratonera. Nos arrastramos, «arrastrarse» no es realmente exageración, por un camino interminable, a través de la puerta del Isar hasta el cementerio del este, junto al que está el asilo de San Martín. En todo este tiempo no hemos tenido peor día, debido a las caminatas, al hambre, al calor y a los desengaños, que ese viernes 20 de mayo. Realmente habíamos sido expulsados del paraíso terrenal: Unterbernbach, y del paraíso celestial de nuestras esperanzas y de nuestra sensación de ser gente importante, para ser arrojados a un nuevo infierno. Porque en su estado actual, Múnich –y no es exageración–, Múnich es un infierno más que dantesco… Cuando llegamos aquí pasadas las siete de la tarde, Eva había agotado todas sus fuerzas. Continuamente sufría tales mareos que tenía que tenderse, en el sofá de la entrada, en el suelo del refectorio. Las hermanas de la caridad –¿qué orden?–, con enormes tocas blancas y cuellos blancos, nos acogieron muy cariñosamente, nos dieron un vaso de vino, a Eva le pusieron algo de perfume de lavanda en el agua de lavarse, después nos dieron una cena soportable. Pero enseguida nos dijeron que el asilo estaba de bote en bote y que sólo nos acogían provisionalmente. En un largo pasillo había una hilera de media

docena de camas con mujeres viejas, enfermos, etc., luego un biombo, y luego, separadas y cerca de una ventana abierta, también en posición longitudinal, otras dos camas; eran para nosotros. Ahí vivimos ahora, quién sabe hasta cuándo.

La estructura de los próximos tres días está determinada por el reglamento de esta casa y por nuestras largas idas y venidas a pie […]

El sábado hicimos un vano intento de ir a Laim –está demasiado lejos–, en el camino de vuelta quisimos llegar al menos a la Erzgiessereistrasse, no habría sido ya un rodeo muy grande, pero tampoco nos dio tiempo. Así que el sábado [*sic*] fuimos directamente a la Erzgiessereistrasse y recogimos la mochila con los comestibles y otras cosas necesarias, pero olvidamos la brocha de afeitar, y dejamos allí los abrigos y la ropa abrigada de Eva, porque hacía un calor terrible, y entretanto ha cambiado completamente el tiempo, y hoy, martes, estamos aquí pasando frío y sin salir por los chubascos, y sabemos por experiencia que en Múnich la lluvia después de una tormenta dura tres, cuatro días […]

¿Es realmente el infierno de Múnich más infernal desde abril o ha aumentado mi sensibilidad? Los bombardeos del último mes seguramente han vuelto a causar estragos, y los trabajos de desescombro que ha habido desde entonces –la excavadora de la estación sigue trabajando sin que aún se note que haya disminuido la masa de escombros– sólo hacen aún más visible la destrucción. En todos los kilómetros y kilómetros de recorrido por los distritos del centro y del exterior, del sureste al suroeste y noroeste: por doquier la misma escena con nuevas variaciones cada vez, con nuevos efectos cinematográficos: nada más que montones de piedras, casas que parecen intactas y que son pura bambalina, casas con la pared exterior arrancada y sin tejado, pero los distintos pisos, las distintas habitaciones con sus empapelados de colores diferentes siguen allí, en algún sitio se ha conservado un lavabo, vacila una silla, sigue en pie una estufa, casas que están totalmente quemadas por dentro […] Pero la impresión más horrible la tuvimos el sábado por la tarde, cuando más allá (por el oeste) de la vía del tren, viniendo de Laim, nos dirigíamos a la Erzgiessereistrasse. A lo largo de la línea ferroviaria hay (o había) grandes edificios de la aduana, del tráfico ferroviario, etc. Allí está todo destruido, las inmensas masas de escombros cortan el camino, y los frágiles trozos que quedan en pie, y las vigas, trozos de hormigón armado, tejados metálicos, todo suspendido en el aire, colgando fantasmagóricamente, amenazan con derrumbarse al primer golpe de viento.

Delante y enfrente de nosotros, al norte y al este, había un cielo azul grisáceo de tormenta contra el que destacaba el escenario gris blanquecino de las ruinas de la ciudad. De pronto se desencadenó un vendaval, una nube de polvo lo envolvió todo, todo tomó un color terroso, todo tenía un aspecto amenazador. Realmente, aquello hacía pensar hasta cierto punto en que se aproximaba el Juicio Final. Y a través del polvo, de los escombros, del fragor del viento, iban y venían incesantemente los *cars* de los americanos. Su furiosa velocidad llevaba la imagen del infierno a su punto culminante; son los ángeles del Juicio o los centauros en la corriente de sangre o algo semejante; y son los exultantes y alegres vencedores, los señores. Van en sus coches, indolentes y a toda velocidad, y los alemanes van humildemente a pie, ellos escupen por todas partes la masa de colillas, y los alemanes las recogen. ¿Los alemanes? *Nosotros*, los liberados, marchamos cansinamente a pie, *nosotros* nos agachamos a recoger colillas, *nosotros*, que ayer todavía éramos los oprimidos y que hoy nos consideramos liberados, no somos en definitiva sino otros prisioneros y otros humillados. Extraño conflicto en mí: me alegro por la venganza divina contra los verdugos del Tercer Reich –«hoy es el aniversario de la muerte de Muschel», dijo Eva el día 20, y yo: «Cada pelo de su mullida piel se ha pagado con una vida alemana»–, y sin embargo me parece una crueldad cómo circulan los vencedores y vengadores por la ciudad que ellos han convertido en un infierno.

Por lo demás, los norteamericanos no parecen ni malvados ni prepotentes. No son soldados en el sentido prusiano. No llevan uniforme sino trajes de mecánicos, un mono o una combinación semejante a base de un pantalón de talle alto y una camisa de color gris verdoso, no llevan fusil al hombro sino una carabina corta o un largo revólver al alcance de la mano, el casco de acero está colocado cómodamente en la cabeza, como un sombrero de paisano, echado para atrás o para delante, como les parezca mejor. Abajo, en el Isar, había uno con casco de acero y un paraguas abierto, una cámara en la mano; el paraguas parecía que estaba allí para ser fotografiado. Aún no he visto marchar a pie ni siquiera a un grupo pequeño: todos están motorizados; ya he descrito cómo. El guardia de tráfico tampoco tiene la actitud marcial y los movimientos rígidos de los alemanes. Fuma durante el servicio, mueve todo el cuerpo cuando dirige el coche con amplios movimientos de brazos, me recuerda los reportajes filmados de boxeadores, o mejor, de los árbitros que dan vueltas en torno a los

boxeadores, que se separan, que cuentan […]

Un coche pequeño llevaba un letrero: *Alles kaputt.* Era probablemente el mismo modo de pensar de quien había escrito con tiza en la pared de una casa: «Muerte a los (*sic)* Hitler », significando seguramente ese plural «los hitlerianos». En la *Feldherrnhalle* está escrito cuidadosamente y en letras gigantescas: «Buchenwald, Velden, Dachau: me avergüenzo de ser alemán». Sigue el nombre del autor, que no pude descifrar. Muy cerca de allí, en el portal de una casa, en caracteres más pequeños y sólo con tiza, no tan monumental y tan indeleble como la frase anterior, se lee lo siguiente: *Au pays des crématoires.* Aquí hay también tropas francesas, a menudo veo coches con la bandera francesa y con el gran letrero amarillo *French*, y en algunas casas, evidentemente acuartelamientos militares, he visto también la tricolor […]

La segunda novedad de esta estancia en Múnich es el asilo de San Martín. Un enorme grupo de edificios rojos junto al «cementerio del este», un cuadrilátero abierto, con alas laterales de diferente tamaño y construcción, con un bloque detrás, en el centro de la línea frontal, con capilla en el interior, con establos y lavaderos independientes, con un gran jardín y un enorme huerto. En realidad, es curioso que aquí fuera el aire parezca menos polvoriento, más campestre, que todo parezca más apacible que en la propia ciudad, que aquí yo pueda respirar con más alivio y no sienta todo el horror de la destrucción […]

El asilo de San Martín es un asilo católico de ancianos, al parecer viven en él 500 hombres y mujeres. Actualmente está abarrotado, con refugiados de todo tipo metidos por todos los rincones: les han mandado soldados que regresan a sus casas, refugiados arios, judíos, gente del campo de concentración de Dachau. Una parte de esos refugiados –van y vienen, raras veces sé de dónde vienen, más raras veces aún adonde van, puesto que nadie sale de Múnich– acampa en el refugio antiaéreo y come en «nuestro» refectorio […] Nosotros, como ya he dicho, tenemos las camas en un largo pasillo de la sección de hombres y de matrimonios. En el pasillo, hay varias mujeres en cama día y noche. Las habitaciones que dan al pasillo están ocupadas hasta el límite. Por la noche y por la mañana, hombres viejos y ancianos provectos caminan silenciosamente con el orinal en la mano en dirección al retrete. Blancanieves es aquí algo perfectamente de buen tono. Un hombre, aún relativamente ágil, conversa por la mañana y por la noche amablemente con nosotros mientras tiene en la mano el

orinal como si fuera un vaso de agua. Ese orinal es aquí, por cierto, siempre de porcelana. Ya sabemos que el vecino comerciaba con animales de laboratorio para clínicas, y que su mujer era señora de compañía o doncella en Dresde. Gente sencilla, sencillísima, esos *old men and women.* Y la mayor parte de ellos, provectos física y psíquicamente […]

23 de mayo, miércoles mañana, seis y media, refectorio

[…] La alimentación se ha vuelto aquí cada vez más deficiente y va siempre acompañada de los lamentos y quejas de las hermanas de la poca caridad: que falta de todo y que cuánto tiempo se queda uno aquí. El punto culminante fue ayer: a partir de hoy, 23 de mayo, no hay manutención, sólo «café a secas»; teníamos que tratar de comer en la ciudad, dijeron, los viejos se quejaban por lo visto de que los refugiados estaban mejor que ellos. (Pero yo veo que unos empleados del asilo comen mucho mejor que los ominosos refugiados.)

En la entrada principal hay un bonito cuadro al óleo de gran tamaño: San Martín se inclina desde el caballo hacia una familia de mendigos: ya sólo tiene puesto medio manto, la otra mitad la lleva el anciano mendigo.

[…]

24 de mayo, jueves mañana, siete horas, refectorio

Ayer de nuevo un *dies ater*, peor aún que el viernes negro de nuestra llegada. El miércoles por la tarde, en la Kaulbachstrasse la situación fue parecida a la primera vez, aunque tuve que esperar menos. Neuburger volvió a darme unas líneas para Maron, que el viernes me había buscado en la plaza del ayuntamiento y o no me encontró o yo ya me había marchado. De modo que el miércoles yo tenía que acceder hasta él sin más complicaciones. Y así fue, me dejaron pasar, arriba, en los interminables corredores góticos, un centinela me indicó la habitación, 95. El doctor Maron, abogado sin duda alguna, cincuenta y tantos años, me acogió casi afectuosamente. Su despacho estaba abarrotado de gente y mandó decirme que esperase fuera, como «visita particular»; a los pocos minutos estaba conmigo y al corriente de la situación […] Maron dejó abandonado su despacho –«hay que ayudarles a ustedes»–, nos fuimos a un edificio que estaba enfrente del ayuntamiento: «Policía de transportes para deportados y

extranjeros» […] Un oficial, joven pero completamente calvo, que hablaba con soltura alemán, inglés, francés. A éste lo encontré pronto, me llevó a una sala aparte, se puso enseguida al corriente de la situación y fue extraordinariamente amable, cordial, llevando incluso la conversación al terreno personal. Parecía claro, evidente, que era judío, del sur de Alemania, y que miembros de su familia habían muerto en Alemania. Lo dio a entender y dijo también: «A nuestras autoridades les gusta hablar con indignación de las atrocidades cometidas por los nazis con los judíos, pero lamentablemente hacen muy poco por los supervivientes». Y sin embargo, no sabía cómo atacar mi caso. El era subalterno y debía atenerse rígidamente a determinadas instrucciones. Yo era judío, pero súbdito alemán. Y mi mujer era cristiana y alemana. Y una persona civil no podía ser transportada en un vehículo motorizado […]

Me marché casi hundido y me reuní con Eva, que entretanto había intentado en la Sparkassenstrasse, también en vano, conseguir más tarjetas de racionamiento. Nos enteramos de que la Reisingerstrasse estaba cerca del Sendlinger Tor, y de que justo al lado del Sendlinger Tor estaba la Blumenschule, donde, según nos dijeron al principio, había posibilidad de alojarse y de comer. Hasta ese momento, igual que aquel primer viernes, sólo teníamos en el estómago una taza de sopa de un bar cercano. Nos fuimos al Sendlinger Tor. En medio de terribles destrozos, pegada a la puerta llena de desperfectos, aquella escuela estaba en sorprendente buen estado. Pero es una casa sombría, maloliente, más bien prisión desatendida que cuartel abandonado. El comedor, un antro sombrío con dudosas mesas y bancos. Allí nos dijeron que necesitábamos tarjetas de racionamiento de la Reisingerstrasse. Dejé a Eva en aquel antro y me fui a la oficina de previsión social. Dos secretarias, y en una mesa, invisible la parte inferior del cuerpo, como un horrible muñeco con las manos de un niño de dos años, un enano, pero sin las arrugas que suelen tener esos rostros de enanos, la piel lisa, unos ojos diminutos y oscuros de mirada inteligente, vestido con gran elegancia, muy digno y hablando muy esmeradamente correcto alemán. Que en realidad a nosotros nos correspondía la Kaulbachstrasse, y sin una asignación de allí, no podían…, pero se podía hacer una excepción, de modo que me dieron 2×2 tickets de almuerzo. Acto seguido nos dieron un plato hondo de una sopa espesa en la que incluso flotaban trocitos de carne… Fuimos después a la Erzgiessereistrasse. Nada más meternos en la

Dachauer Strasse empezaron a caer unas gotas; Eva llevaba ropa ligera, yo la dejé en la entrada de una casa e hice el largo trayecto hasta nuestra panadería. Recogí allí nuestros abrigos, una caja y un pan […] El camino de vuelta se me hizo penosísimo; a los dos minutos me di cuenta de que no podría llevar la pesada caja hasta el asilo: me fallaba el corazón, a cada pocos pasos tenía que pararme. Llegué por fin a la entrada de la casa: Eva abrió la caja, le quitó peso, metió algunas cosas en su bolso de mano, con otras cosas hizo un artístico bulto. Así, con el peso repartido, superé el camino de retorno, pero muy trabajosamente […]

En el asilo solicité hablar con la superiora y le pedí que aclarasen el asunto de la comida. En esa conversación, mi postura se fue perfilando como la de protector, por un lado de los refugiados y por otro del propio asilo. Sugerí a la superiora que enviara una carta a «la oficina correspondiente» exigiendo que le asignaran víveres para los refugiados y que sólo le enviaran un número limitado de refugiados. Con esa carta, le prometí, yo trataría de encontrar al destinatario adecuado.

Veinte horas

Esta mañana, jueves 24 de mayo, reanudamos nuestras malhadadas gestiones; en la oficina de la policía, en la esquina de las carreteras a Deisendorf y a Tegernsee, en una zona atrozmente devastada –en la casa semidestruida, el despacho estaba indicado con un letrero en tiza que sólo podían encontrar los iniciados– hice la declaración domiciliaria: «alojamiento nocturno» asilo de San Martín. (Allí vi pasar el convoy de los polacos que regresaban a casa, una caravana de 60 o 70 camiones adornados con flores, guirnaldas, banderas rojiblancas –un camión incluso llevaba en la parte frontal el escudo polaco–, conducían soldados negros, los viajeros eran mujeres con pañuelos de cabeza multicolores, hombres vestidos de múltiples formas, debajo, los pantalones y chaquetas blanquiazules de lino de los presos de Dachau, uno de ellos llevaba un sombrero de copa con el traje de presidiario.) Después, otra vez al ayuntamiento y después me reuní con Eva en la oficina donde entregaban los tickets. En el ayuntamiento vino el gran cambio: me di de manos a boca con Maron delante de su despacho; no se extrañó de mi fracaso, dijo que en lo tocante a alojamiento y comida, la Kaulbachstrasse ya había recibido órdenes de encontrarnos otro sitio,

la «Simonschule». (La carta de la superiora le pareció sin importancia, pero quería cursarla.) Yo dije que entonces queríamos continuar el camino a pie, si era posible. Él, al momento: ¡Si ustedes se atreven! Yo pregunté si era posible. Él: que por qué no, que no arriesgaba nada, él podía darme un pase para 50 kilómetros, pero seguramente nadie me preguntaría nada, y además se podía dar un rodeo en torno a puestos sospechosos de vigilancia. Habló como si la cosa fuera fácil y sin inconvenientes, me deseó cordialmente suerte y, aliviado, me dio la mano. Tras de lo cual, Eva y yo estábamos decididos «a atrevernos a ello». (Pero acaba de decirme aquí un joven que nos darán el alto irremisiblemente en algún sitio y que, si no tenemos salvoconducto, nos harán volver. Así que ahora tengo otra vez fuertes dudas.) Almorzamos de nuevo en la «Blumenschule». En la plaza de delante había un grupo muy numeroso de soldados alemanes desmovilizados, de los cuales 145 entrarían enseguida en el edificio a comer. Pero también vimos tranvías: ya funcionaba la línea que unía el cementerio del este y el Sendlinger Tor, para nosotros un alivio inmenso. Ahora otra vez a tomar un vaso de un aguachirle de café en el Stachus y una vez más a nuestro honrado panadero de la Erzgiesserreistrasse. Allí, Eva metió lo más importante en el bolso de mano, las otras cosas se las dejamos en depósito a aquella buena gente hasta que se lo pidiéramos, les compramos pan en abundancia (que en muchos sitios no está a la venta y que con nuestros cupones caducados de Aichach no conseguíamos en ninguna parte), volvimos a pie al Sendlinger Tor y viajamos *triumphaliter* a casa en tranvía. A la superiora le hablé como si le hubiera procurado alivio con la «Simonschule» y hubiera pasado la carta a una oficina importante. Le dije también que al día siguiente o al otro nos pondríamos en camino, que se encargara ella por favor de que el zapatero de la casa me recosiera los zapatos y de guardarnos un paquete hasta nueva orden. Con ambas cosas estuvo de acuerdo, y en agradecimiento por mi «ayuda» nos regaló una bolsa de panecillos y pastas […]

25 de mayo, viernes mañana, antes de las siete

Esta es la agradable diferencia con nuestra situación del 3 de abril (salida de Falkenstein): ya no estamos jugándonos el cuello. Y ésta es la desagradable: entonces no había alternativa, *teníamos que* marcharnos, mientras que esta vez hemos de elegir. Y no está en juego la vida, pero sí enormes penalidades si nos

equivocamos en la elección: si nos «echan mano» por el camino, pueden transportarnos aquí otra vez, tal vez encerrarnos en un *camp* durante semanas. Entonces estaremos en peor situación que ahora. Si no nos renuevan los cupones, tendremos que capitular por hambre. Por otra parte: si nos quedamos, también habrá dificultades con los cupones, como vimos ayer. Debemos «probar», y no podemos hacerlo, que nos hemos marchado oficialmente de Aichach con destino a Múnich para una larga estancia; en el pasaporte americano sólo pone: «Para tres días, para ir al médico». Por tanto puede ocurrir que estemos *sin* cupones y dependiendo de las bazofias de una Blumenschule cualquiera. Eso sería igual de malo que cualquier *camp*, y tal vez peor aún…

¿Buscar más información? O es negativa o es equivocada, probablemente será confusa, porque nadie sabe lo que dispondrán en la próxima oficina, lo que traerá la próxima hora. Maron dijo: «La autoridad superior competente es el gobierno del *Land*, en la Holbeinstrasse. No se sabe si lo recibirán a usted, no se sabe lo que podrá conseguir». Por lo demás: Kaulbachstrasse 65 o «si ustedes se atreven…».

Nos despertamos a las dos de la mañana, Eva vino a mi cama, reflexionamos detenidamente las opciones que teníamos. Sin resultado. *Mariez-vous! Ne vous mariez-pas!*[99]

[…]

Lo que hubiera debido anotar más detalladamente –pero siempre me falta tiempo para ello– y lo que ahora voy a exponer de un modo resumido, es el La Bruyère de estos días. Aquí, en el refectorio, en la Kaulbachstrasse 65, en el antro de la «Blumenschule» (abajo en el comedor y arriba en el ropero) he visto toda la mezcolanza de gente llegada de todas partes. Los que más llaman la atención son los de Dachau, con su ropa de lino a rayas verticales azules y blancas. Comentarios terriblemente amargos. Los más radicales, en el comedor de la Blumenschule. Allí un desmovilizado, que me recordaba muchísimo al joven Lerch –cabello claro, pegado, con mucha gomina, cara lamida, gafas, expresión entre idiota e insolente–, preguntó cómo era lo de Dachau y qué planes tenían los liberados. Hacía hasta cierto punto de abogado del Tercer Reich. Dijo que éste también había sido «social». Les preguntó a los dos liberados sus planes para el porvenir. Respuesta: querían ir a casa, ellos sabían lo que tenían que hacer, el campo seguía existiendo, allí meterían ahora a quienes se habían

ensañado de tal manera con el PCA. – Pero en Alemania ya no había PCA, dijo el idiota. – Risotadas sarcásticas. – En nuestra mesa, con sus ropas de presidiario, el muchacho que había pasado cuatro años, de los dieciséis a los veinte, en prisión. Fragmento: «… había que abrirlo, el SS te tenía puesto el revólver contra la mano. Uno no lo consiguió, por mucho que tiraba. El otro le quitó el dedo de un tiro. A otros les arrancaban los dientes…». (Ahora hay anuncios en las calles, para que los «presos de Dachau» vayan a hacerse un examen médico, caso de que hayan sufrido daños.) El que había sido compañero de aquel chico, con el que juega constantemente a las cartas, es un hombre silencioso, minúsculo, casi enano, con un rostro de idiota pero al mismo tiempo amargado y astuto. También parece judío. Ahora se han añadido un muchacho de a lo sumo quince años, rasgos muy delicados, ojos enormes, mejillas abotargadas y de una palidez enfermiza, silencioso y risueño, envuelto en las telas de Dachau. Después dos hombres de civil, veintitantos años largos. Uno de Hamburgo, bajo, ojos chispeantes, rostro fanático. Una vez, cuando los refugiados se quejaban de que pasaban hambre, le salió de golpe, sin gritos, en tono perfectamente objetivo y en voz baja: La Entente ha sido demasiado humana. Había que exterminar al 40% del pueblo alemán […] – Luego, la gente de paisano. Una mujer de Breslau con dos niñas pequeñas, muy proletaria. Pone a las niñas (y lo dice ella misma) literalmente a pedir limosna. Las niñas mendigan comida en casas burguesas, comen algo sobre el terreno, llevan algo a casa. La mujer dijo: «Qué es *Gestapo*, nunca he oído ese nombre. Nunca me ha interesado la política, no sé nada de persecuciones de judíos…», etc. Ese no-saber ¿es auténtico o ha aparecido ahora? A los de Dachau los llama siempre «los presidiarios», habla con ellos, pero mantiene una recelosa distancia. Su padre, dice, había sido socialdemócrata, pero no comunista; su marido –no sabe dónde está–, mecánico «apolítico». ¿Qué hay de verdad en ese no-saber? – La familia Apostel, de Oppeln, me resulta igual de enigmática. El marido, bajito y gris, ya está bastante alelado, sigue hablando del «gobierno del Reich», no parece estar completamente en sus cabales. La mujer, en cambio, más joven, es muy ágil. Su admirado jefe, el magistrado Steinitz, era una persona estupenda, aunque tuvo que ser «severo» en muchos casos… Pero después ella estuvo trabajando en la policía, «con 190 marcos limpios de sueldo», empleada, «pero con trabajo de funcionaria»… pero ella era completamente apolítica, y de todo

eso «no sabía absolutamente nada», y los de Dachau también son para ella «presidiarios», y de los rusos tiene miedo, y a Hitler lo sigue llamando «el Führer». Como sabe mi forma de pensar y mi posición, es por supuesto muy filosemita y muy prudente. – Por último la figura del simpático chico de diecinueve años, en la Kaulbachstrasse. Mestizo de Mannheim, trabajó en la muralla atlántica, deportado por las SS, el padre en Buchenwald, no sabe si vive o ha muerto. La madre en Mannheim, ¿o dónde? Él ha terminado el bachillerato y le gustaría estudiar medicina […]

26 de mayo, sábado mañana, seis y media, comedor

Ayer tarde otra vez *in città*; en un bar, después de hacer cola mucho tiempo, conquistamos queso. – La validez, la aceptación de nuestros cupones es tan insegura y tan movediza como todo lo demás; el uno los acepta, el otro los rechaza; los desmovilizados, *después* de los *indigènes;* o los de Aichach, no; o aceptan a ambos grupos sin poner una pega, etc., etc. – El café de por la tarde, en una barraca del Stachus que está haciendo un negocio extraordinario con su café aguado a 20 pfennigs el vaso. El camino de vuelta, cansadísimos, aunque ahora tengamos tranvía; para nosotros, sin embargo, el cansancio y el agotamiento físico empezaron en Múnich. Esa pesadilla a base de destrucción, polvo, *cars* velocísimos de los norteamericanos, falta de todo y, sobre todo, absoluta incertidumbre, inseguridad, viscosidad: esa terrible gelatina –en sentido propio y figurado– de escombros, guijarros y polvo.

Hemos hecho en la policía nuestra declaración de salida: del alojamiento nocturno en la residencia de ancianos de Giesing a Falkenstein, en Vogtland, Hauptstrasse 5b. *Tenemos* que marcharnos de aquí, le he dicho a la superiora que nos vamos hoy, me he hecho pasar por el benefactor del asilo, por persona de influencia, a cambio, ella nos ha hecho llegar clandestinamente suplementos alimentarios (anoche, también, pan y mantequilla después de la sopa, *clandestinamente*, en el pasillo); a cambio, ha mandado arreglar maravillosa y radicalmente mis zapatos de Pirna; a cambio, nos guardará hasta nueva orden un cajón lleno de cosas; *disjecta membra*: una parte aquí, una parte en casa del buen panadero […]

Nuestro intento de huida no cabe duda que tiene menos perspectiva de éxito que el anterior. Sólo que, si fracasa, no acarreará la muerte, como entonces. En

cambio, un ridículo y una humillación terribles. Si no lo conseguimos, tendré que dirigirme a la Kaulbachstrasse, y eso será bien amargo. Pero le hemos dado muchas vueltas al asunto, y el resultado ha sido siempre el mismo: la huida nos traerá con toda seguridad fatigas y frustraciones, pero la estancia en Múnich también. Ambos llegamos a la misma conclusión: si tenemos que dar media vuelta por falta de comestibles, o si los americanos nos hacen regresar, por lo menos habremos estado algún tiempo fuera de Múnich.

Por lo demás, la empresa es desde luego casi demencial: queremos recorrer trescientos o cuatrocientos kilómetros sin estar bien equipados para caminar, sin saber si tendremos tarjetas de racionamiento y sitio donde hospedarnos […]

Viaje de regreso Múnich-Dresde
26 de mayo-10 de junio

El sábado 26 de mayo después del desayuno nos despedimos de la superiora del asilo de San Martín; para vergüenza mía me dio las gracias, diciendo que ya notaba el beneficioso efecto de mi intervención, porque ahora llegaban menos refugiados. Yo hice como si fuera realmente el promotor de ese stop.

Empezamos nuestra marcha por Múnich hacia las diez; los jardines del Isar y el Englische Garten –algunos cráteres, pero un verde apacible y libre de polvo– me gustaron mucho, y también esta vez, pese a su deprimente estado, puse a Múnich, poderosa y suntuosa ciudad, muy por encima del delicado estuche rococó de Dresde […]

Llegó un tranvía, pero sólo nos hizo avanzar unos cientos de metros. Continuamos en dirección a *Freimann*, siguiendo el trayecto que tenía antes el autobús. Ya no había caseríos dispersos, sino casas e industria, a menudo evidentemente en ruinas o deterioradas. Luego se terminó el pueblo, la carretera hizo una curva hacia el campo abierto. Justo en ese punto había, muy pegado a la calle, un gran fresno en una pradera. Empezó a llover un poco, nos acomodamos bajo las ramas del árbol y empezamos a desempaquetar el pan y los huevos. A unos pasos de nosotros se instaló un pequeño grupo de excursionistas. En esto un tractor con un remolque vacío llegó entre detonaciones del motor y ruidos de hojalata; la gente que estaba junto a nosotros, soldados desmovilizados, algunas chicas también, corrieron hacia él, lo detuvieron y empezaron a subirse. Eva

entonces recogió nuestras cosas y enseguida estábamos también sentados en el vehículo. Seguimos así un rato el viaje hasta que un puesto de control cerró la salida del Gran Múnich. Primera situación crítica. «*Have you pass?» – «Yes, sir, a jewish pass*.» El guardia se dio por satisfecho con la tarjeta de identidad, y mi esperanza en el éxito aumentó. El tractor nos llevó otros 5 kilómetros, hasta *Garching.* Allí, sentados en plena calle, hicimos con el grupo de soldados y de chicas un canje que inundó de felicidad a Eva: nos dieron 20 cigarrillos a cambio de un canto de pan. (Eso no quiere decir que hayamos dejado de recoger colillas.) No habíamos dado diez pasos cuando llegó un carro, el caballo trotaba despacio pero más deprisa que nosotros. Nos llevó 4 kilómetros, hasta *Dietersheim.* A partir de entonces, aquel primer día caminamos realmente sólo a pie, salvo un trocito muy pequeño que hicimos en un rastrillo, y los días siguientes tuvimos menos posibilidades de ir motorizados. El terreno era completamente llano, sólo prados y sembrados, únicamente había a lo lejos, por el oeste, una cadena de colinas, ya cerca de Freising algunas franjas de praderas con arbolado. A menudo se veían despojos de los combates, y esto vale en mayor o menor medida para todo el trayecto Múnich-Dresde: automóviles deformados, quemados, inutilizados de una manera u otra, carros de combate, ametralladoras, cenizas de fuego de campamento, municiones dispersas, árboles astillados, granjas total o parcialmente destruidas, profundos surcos o rotura de una parte del firme de la carretera; por todas partes, y esto también tiene hasta cierto punto validez general, hay mucha vida en la carretera. Pasan continuamente americanos, siempre motorizados, y con qué lujo, con qué derroche de vehículos: esto sólo lo vería claramente, por contraste, al llegar después a la zona rusa; a sus convoyes militares y de material se suman los *camions* en que transportan trabajadores extranjeros y soldados alemanes. Estos últimos seguramente irán primero a un campo o quedarán concentrados en otro sitio, hay que registrar su pasaporte antes de que puedan realmente marcharse a casa (y los SS siguen prisioneros). Además, siempre, incesantemente, la masa de caminantes. La mayoría, soldados que vuelven a casa, ya en posesión de un salvoconducto norteamericano. Soldados vestidos ya, a medias o casi totalmente, de paisano, con macutos y mochilas, con paquetes, con carros de mano en los que un grupo transporta en común sus cosas; con ellos, a menudo, auxiliares femeninas de la *Wehrmacht.* Además de los soldados, no siempre fáciles de

distinguir de éstos, los liberados de los campos de concentración y de las cárceles. A veces con el traje completo, a rayas azules y blancas, a veces con pantalones o chaquetas de presidiarios, a menudo vestidos ya, deleznablemente, de paisano, con prendas distintas reunidas aquí y allá. (En un coche de refugiados vi a uno de Dachau, vestido aún con el uniforme blanquiazul, pero con una chistera en la cabeza.) En el rastrillo fui junto a un probo artesano bávaro, con ropa casi normal de paisano. Venía de Stadelheim, en su calidad de «político» lo habían liberado antes que a los «delincuentes». «¡¡Por escuchar la radio extranjera, esos cerdos, pero ellos van a ver ahora!!»

A diario, contaba, «cabezas cortadas», después, muertes por inanición, «su intención era liquidarnos a todos… si los norteamericanos tardan un poco más en llegar, habríamos reventado todos». He oído tales relatos, sobre diversos campos de concentración, con muchas variantes.

Cuando nos bajamos del rastrillo, justo delante de la fonda del pueblo de *Achering*, empezó a caer un fuerte chubasco, y el establecimiento se llenó enseguida. No había otra cosa que una pésima infusión de menta, que todo el mundo tomaba con comentarios divertidos o resignados. Hasta las seis y media no pudimos reanudar el camino. Ahora el tiempo era estupendo, también el paisaje y la luz, sólo se cernía amenazador el toque de queda, a las nueve de la noche. Pero llegamos con tiempo al indicador con el letrero «Ciudad de Freising» […]

Eran ya las ocho y media cuando di con la oficina de la policía alemana, en la céntrica Marienplatz, y les pedí alojamiento. Dos apacibles funcionarios vestidos de paisano, con brazalete, deliberaron y nos enviaron, con una recomendación, a dos hoteles, pero ninguno nos admitió: requisados por los americanos. A las nueve estábamos otra vez en la policía: ¡Déjenos quedarnos aquí, si no, nos detienen los norteamericanos! Entonces uno de los funcionarios nos acompañó. Nos llevó a una casa, muy cerca de la Marktplatz, subimos la escalera, se veían muchísimos daños causados por las bombas, llegamos a una gran sala, por todas las apariencias un alojamiento colectivo para soldados, literas en las paredes, lavabo, mesa. Parecía que todo estaba en uso: en la jofaina había agua usada, en la mesa, restos de comida, dos cigarros rotos, varias navajas, una cuchara, un tenedor, brocha de afeitar con restos de jabón, en el perchero había colgada una máscara de gas y una bolsa de pan. El policía dijo

que se habían marchado, que nos acomodáramos allí, que abajo había un sitio donde comer, en el pasillo agua corriente y retrete, y diciendo eso se marchó. El restaurante de abajo estaba cerrado, no se veía un alma. Estábamos, desorientados y sedientos, en medio del patio desde el que se veían los estragos que había sufrido el edificio por aquella parte. Un joven abrió una puerta del piso bajo, lo tomé por el dueño del restaurante. Dijo compasivamente que antes de las ocho de la mañana seguro que no se podría tomar nada allí, pero que, si nos sacaba de apuros, él nos daba con mucho gusto una botella de cerveza y una jarra. Lo aceptamos agradecidos, nos pasó las cosas por la ventana, cenamos después encantados con nuestras provisiones en aquel habitáculo, nos envolvimos totalmente en nuestros abrigos y dormimos magníficamente en las sábanas usadas del piso de arriba. Ese fue el primer día de vagabundaje, sábado 26 de mayo, trayecto Múnich-Freising, 36 kilómetros.

El domingo, con un tiempo espléndido, despiertos antes de las seis, descansados y optimistas. Los primeros días siempre existió el peligro de que nos parasen y nos hicieran regresar; no sé quién fue el que nos había metido la intranquilidad en el cuerpo: ¡Hasta que hayáis pasado el Danubio y llegado a Ratisbona, tenéis que contar con que os devuelvan al lugar de partida! Y ya habíamos superado felizmente uno de los días peligrosos y las proximidades inmediatas de Múnich; además, en lugar de los 20 kilómetros de marcha diaria que habíamos calculado, habíamos recorrido 36. Pronto estuvimos listos, sin lavarnos; de la herencia de los soldados nos llevamos todo lo que podíamos necesitar: un vaso, los cubiertos, una navaja (todo ello nos ha sido extraordinariamente útil), una bolsa de pan […] El plan de Eva era rodear por el oeste Landshut y llegar a Ratisbona más directamente por el norte: en primer lugar para ahorrar unos kilómetros, y después para evitar mejor posibles controles y barreras […]

El resto del día fue muy fatigoso debido al mucho calor; además de la mochila y la bolsa de mano teníamos que llevar ahora el abrigo al brazo, y las vetustas botas militares, pesadísimas y llenas de arrugas, eran una tortura cada vez mayor. Unos 5 kilómetros de implacable carretera, desprovista de sombra y de todo estímulo –la falta de árboles es una desagradable y muy generalizada característica de las carreteras de la Alta Baviera, afín, hasta cierto punto, a la falta de balcones en Múnich–, nos hicieron un efecto bastante deprimente. En

cuanto al abrigo, recuerdo otra cosa: el día anterior, cuando todavía lo llevaba puesto, estaba provisto del botón brillante del invierno anterior. Dos ciclistas se cruzaron con nosotros, y uno gritó riendo: «¡Ese todavía lleva la insignia del Partido!».

En el pueblo de *Langenbach*, aunque tuvimos que mendigarlo, nos dieron un auténtico almuerzo caliente y abundante, y con eso cobramos fuerzas no sólo en el cuerpo sino también en el alma, porque de ello dedujimos que el cinturón de hambre de la capital estaba superado. Pero el alivio no duró mucho tiempo. Hacía demasiado calor […] Los pueblos que atravesamos fueron *Inkofen*, *Kirchamper*, *Ambach.* A este lugar llegamos a las siete, con mucha sed, y en la fonda nos sirvieron a cada uno medio litro de cerveza: obsequio rarísimo y casi amistoso, mucho más difícil de conseguir que la leche.

En alguna parte, Eva había visto un mapa exacto del que resultaba que en el pueblo de Thalbach, muy cerca de Moosburg, teníamos que decidirnos entre Landshut y el rodeo por el norte. Nos propusimos ir a ver al maestro y pedirle consejo y que nos dejara mirar un mapa. El paso de excursión se fue transformando en paso de marcha, en actividad silenciosa y cargada de energía, poco a poco caminábamos más apretando los dientes que moviendo los pies.

El pueblo de *Feldkirchen*, después un pequeño caserío; a la derecha, blanca y extensa, como una ciudad, la localidad de Moosburg, por donde seguramente se continuaba en dirección a Landshut; Thalbach no se veía por ninguna parte, y algunos transeúntes no sabían nada de Thalbach. (Resultó después que ya habíamos pasado por ese rincón perdido.) En su lugar apareció un indicador según el cual Gammelsdorf estaba 8 kilómetros al norte. Si llegábamos a Gammelsdorf, no cabía duda que estábamos más cerca de Ratisbona, nuestro destino, que si cambiábamos de dirección para ir a Landshut […]

Seguimos caminando afanosamente […] Por fin, un coche de un caballo; en él dos jóvenes, casi dos niños, hermano y hermana. Pese a la enorme estrechez, nos cogen en el diminuto vehículo, sólo teníamos 1.500 metros de trayecto en común, pero después ya no faltaba mucho, dijeron, y nosotros nos tomaríamos un descanso. Pero ese descanso no tuvo mucho efecto, y se hace tarde y el camino es interminable, y hay muchas cuestas, y detrás de cada cuesta ya tiene que «verse» la torre de la iglesia de Gammelsdorf, y no se ve. Fue cansadísimo e irritante. Por fin, a las nueve menos cuarto, estamos en *Gammelsdorf*,

preguntando llegamos a la casa del párroco y, después de llamar inútilmente, la puerta sigue cerrada. Desesperados vamos a la cercana fonda, pero la amable dueña no tiene sitio. Nos da cerveza para beber, nos promete, para el caso de emergencia, que podemos dormir en el granero, pero me aconseja que pregunte antes en casa de Schmid, el constructor de carros. Voy allí, creo estar en otra fonda del lugar, en lugar de eso estoy (la gente se ríe de mi error) en casa de un labrador que es también constructor de carros. Cuando le cuento brevemente que he querido ir a ver al párroco, que soy profesor y tengo que volver a casa…, probablemente también al ver mi agotamiento, nos acogen maravillosamente […] Nos dan huevos fritos para cenar, café con leche, la radio informa sobre la captura de Streicher y sobre otras cosas, el dueño de la casa y su familia, cuya estructura aún no acabo de distinguir, hablan con interés y simpatía de política, católicos y antinazis naturalmente. En tales ocasiones yo soy siempre el importante pedagogo, probablemente también católico, en cualquier caso muy religioso, que opera sistemáticamente, ganándose así las simpatías, con la frase: «Sobre todo, la juventud tiene que volver a aprender los diez mandamientos». Con lo que, por otra parte, digo efectivamente lo fundamental y expreso también mi propia convicción (jugando al mismo tiempo al escondite) […]

Ése fue, pues, el segundo día de marcha, 27 de mayo, trayecto Freising-Gammelsdorf.

Después de tantas fatigas, habíamos programado para el lunes medio día de descanso, que transcurrió en parte bien, en parte mal. La decepción fue que ni encontramos al párroco ni pudimos hacer ninguna compra –eso no lo conseguimos casi nunca, porque o bien exigían otros sellos, o que cambiáramos nuestros cupones de desplazados, o esos cupones no eran válidos de ninguna manera, o justo acababan de anunciar por la radio una nueva disposición o invalidación, o las tiendas estaban cerradas, o simplemente se reían de nosotros cuando les presentábamos cupones: siempre había algo que estaba mal, y, o nos daban sin más los alimentos o no nos los daban. Al principio eso me irritaba mucho, después me daba igual: me acostumbré a pasar hambre de vez en cuando y a mendigar, y entre las muchas posibilidades de morir de los últimos meses, morir de hambre era una más, y además muy pequeña, porque hoy por hoy uno acaba encontrando algún sitio donde dan de comer a soldados desmovilizados y a refugiados… La contrapartida de la decepción fue que pude lavarme bien y

afeitarme, que otro restaurante nos prometió el almuerzo y un poco de pan y sobre todo que la familia Schmid nos trató con extraordinaria amabilidad. Nos dieron un abundante desayuno (café con leche y pan: hubo abundancia de leche hasta pasada Ratisbona, hasta que surgieron las chimeneas de fábrica, es decir, hasta Weiden más o menos). El campesino, aún joven, viudo de una viuda, vive con hijastras ya adultas; nos enseñó orgulloso su granja, el establo repleto, el cultivo del lúpulo tradicionalmente necesitado de autorización (una característica de toda la región; esa autorización oficial era necesaria ya antes del hitlerismo), el taller con varias lanzas de carro y yugos ya terminados, con algunas maderas naturales arqueadas, buscadas expresamente con esa forma para construir carros. Quisimos pagar a la joven que llevaba la casa, ella no quería aceptar nada, al final dijo que le diera por todo 2 marcos, «para que no insista usted más». Así lo hice, y cuando íbamos a despedirnos, se sintió obligada a servirnos varias tortitas de huevo y a darnos algo de pan para el camino. Después tuvimos que tomar el almuerzo de la fonda, tal como habíamos acordado, y allí también nos dieron pan. Así, durante algún tiempo tuvimos la comida asegurada…

A las dos, con el estómago llenísimo y mucho calor, seguimos caminando, despacio hasta la primera franja de bosque, donde descansamos casi una hora. No sirvió de mucho, seguíamos soñolientos y cansados, a mí me atormentaban los pies; el calor y las terribles botas impedían disfrutar del hermoso paisaje […] una taza de suero de mantequilla en *Obermünchen*, incluso el descanso –descanso muy tenso, por otra parte– en un carro repleto de heno, conducido impetuosamente por húngaros, no nos ayudaron a superar la depresión. Pese a todo, recorrimos 15 kilómetros, de los que 12 o más fueron a pie. Por el camino, con mi constante preguntar la hora, me topé por primera vez (pero no por última) con un trabajador polaco que, como no sabía alemán, me puso delante un reloj de oro de señora, producto del pillaje. Fatigosamente, pero no tan tarde esta vez, llegamos a *Pfeffenhausen*, un pueblo al estilo de Inchenhofen.

De nuevo busqué al párroco y lo encontré. Un hombre de edad, fumador de pipa, por las apariencias poco intelectual, más tosco que Moll, el de Unterbernbach. Su primera reacción, preguntar por qué no había buscado yo una aldea, allí, en un pueblo grande, todo estaba muy lleno. Pero añadió enseguida que trataría de encontrar una solución, nos dejó solos y, tal como estaba, cruzó la calle y se metió en una granja. Al cabo de un ratito regresó diciendo que estaba

arreglado, que nos llevaba enseguida a casa de buenas gentes. Por el camino le conté que nuestra idea era ir a Ratisbona, a casa del doctor Ritter. Al punto: «¿El doctor Ritter del hospital? Ese ya me ha intervenido a mí…». Supe entonces *at once* que Ritter vivía, que seguía en su antiguo puesto y que estaba en casa… El párroco se despidió apresuradamente, no volvimos a verlo. La familia y la casa de los campesinos en cuyas manos nos dejaron eran de una suciedad inimaginable, de escenificación teatral, a lo Nestroy[100]; la mujer inconcebiblemente harapienta, el marido recordaba a los pobres del asilo que barrían las calles en Landsberg an der Warthe; la hija, que charlaba sin parar, vestida casi tan mal como su madre, todos hacinados en una cocina pequeña y repugnantemente sucia. Pero nos acogieron cordialmente y nos dieron pasablemente de comer, y la conversación fue interesante porque, aunque renegaban contra el Tercer Reich (¡vaya desengaño, ese Hitler!) tampoco hablaban bien de los norteamericanos: que robaban demasiado, repetían. Cuando nos sacaron de aquella cocina sofocante y maloliente para llevarnos a dormir, nos dimos cuenta de que el matrimonio nos había dejado su propio dormitorio, y que ese dormitorio estaba mucho mejor amueblado de lo que nos había hecho suponer la cocina y la vestimenta de aquella gente. Sobre el gran lecho había un cuadro en relieve de la Sagrada Familia, había pilas de juguetes de niños, un arca con un cuadro de una playa, bibelots. También había un auténtico sillón para evacuar, un mueble fastuoso. Pero lo que esperaban es que uno fuera a la cuadra aneja a la casa.

Desde aquel día llevo conmigo la sensación, que se repitió con frecuencia después, de esperar que llegue un vehículo. Uno distingue los sonidos. Los rápidos y ruidosos coches y convoyes de los norteamericanos no se tienen en cuenta, ni tampoco los coches proporcionados por los americanos para transportar soldados desmovilizados. Un tractor ofrece mejores perspectivas, pero a veces lleva estiércol. Los más seguros son los carruajes tirados por caballos: pero a veces, diez pasos antes de llegar a donde estamos apostados junto a la carretera, tuercen y se meten por en medio del campo. También hay el desengaño de caballos sin carruaje. Y luego también existe la carreta de bueyes, no son mucho más lentas que los coches de caballos, pero suelen hacer trayectos muy cortos. No sé por qué después no conseguimos pescar un vehículo tan a menudo como el primer día: tal vez porque caminábamos menos por las

carreteras importantes. Pero los coches de caballos también suelen ir por caminos secundarios y no por las carreteras para coches. (Sólo echamos de menos las carreteras porque en ellas se podían recoger más colillas; los opulentos norteamericanos fuman como chimeneas y muchas veces tiran la mitad del cigarrillo. Los rusos son menos pudientes, fuman cigarrillos con filtro y sólo tiran el filtro.)

Éste fue el tercer día con su pobre resultado: Gammelsdorf-Pfeffenhausen, lunes 28 de mayo.

Nos habían dado esperanzas de que al día siguiente tendríamos un coche de la leche, la esperanza se cumplió pero de modo muy imperfecto. La campesina […] nos llevó a la lechería, donde todo funcionaba de modo muy similar a Aichach, pero con la diferencia de que los conductores se hacían mucho de rogar hasta que dejaban viajar a alguien. Y luego, tuvimos que esperar en la rampa, de ocho a ocho y cuarto y con el sol quemando cada vez más, hasta que terminaron de cargar y descargar, y ya 6 kilómetros después de ponernos en marcha tuvimos que bajarnos; no valió casi la pena. El lugar se llamaba –creo– Gisselsdorf[101]. Allí empezamos a caminar. Con un calor brutal, necesitamos siete horas completas para los aproximadamente 15 kilómetros hasta Langquaid. Aparte del calor, esta vez nos hacía sufrir el hambre, fracasaron todos los intentos de conseguir una comida normal en una fonda o en casa de algún campesino, el dinero parece que carecía de valor. En una fonda nos dieron rezongando un plato de sopa, uno para los dos, y luego rechazaron rezongando el dinero que les dábamos; en otra fonda arrebañaron de algún sitio un platito minúsculo de ensalada de patata para cada uno; en las casas rurales conseguíamos por 10 pfennigs o gratis una taza de leche: fue horrible y deprimente (y con todo, sólo un preludio de los días de hambre en el Vogtland). El paisaje, siempre variaciones sobre el mismo tema, ofrecía esta vez muchísimas flores silvestres rojas, azules y amarillas, además de diversas y pintorescas estampas fluviales. En una ocasión, lo veo delante de mí, un grupo de polacos con mujeres está dejando que los caballos se bañen y beban en el río, mientras el carruaje espera dispuesto para la marcha. En otra ocasión nos tropezamos con un circo ambulante, muy gitanesco, con la roulotte parada. Llevo al brazo el abrigo de piel de Eva, corroído por las llamas, una mujer joven de rostro insolente y aspecto agitanado agarra la piel: ¡Para qué lo queréis, dejádmelo a mí!

Involuntariamente, me echo para atrás. La mujer, ofendida, dice con desprecio: ¡Si no lo quiero! ¡Ni regalado! Un minuto antes yo había preguntado a aquella gente si podían llevarnos un rato en su coche, pero iban en otra dirección, hacia Nuremberg. Otra escena de aquel tramo del, viaje: por debajo de nosotros, cerca de la aldea de Laaberberg an der Laber, pero muy aislado sobre el verde césped, hay como un gran montón gris, hormigueante, una especie de cámara de aire hinchada, lisa, al principio indefinible. Luego se empieza a distinguir: un campamento de tropas norteamericanas, con coches entre las tiendas de campaña, es decir, una mezcla de campamento de tiendas y de coches. Las voces que salen de aquel hormigueo se oyen largo tiempo arriba, en nuestro camino… Una vez charlamos mucho tiempo con un viejo de Silesia. Cuenta cómo en su tierra leyeron los párrocos en el púlpito una carta pastoral prohibida: los gendarmes se destrozaron los pies recorriendo un pueblo tras otro, para prevenir a todos los sacerdotes: «Mañana, por orden del gobierno, estaremos en la iglesia a tal hora; leed la carta antes o suprimid los pasajes peligrosos: ¡nosotros no podemos oír nada!».

En *Langquaid*, un pueblo grande […] hacemos a las cinco un descanso bastante largo. En la fonda, como por toda esa zona, reniegan mucho contra los americanos: que saquean, que roban joyas y relojes, que uno tenía el brazo entero lleno de relojes de pulsera…; y que cuando se quejaron los alemanes, el comandante había replicado: «Aquí vivís en el paraíso, comparado con el trato que nuestros aliados han recibido de vuestros soldados en Rusia y en Francia» […]

Nos hemos recuperado un poco, el sol está más bajo, así que devoramos los kilómetros que nos quedan hasta el pueblo siguiente, *Schirling*; desde allí hay por lo visto coche de la leche hasta Ratisbona (32 kilómetros)… […]

De nuevo encontramos un bondadoso párroco, ya no sé qué aspecto tenía, sólo sé […] que también él, con gran gentileza, se puso en marcha y, mientras tomábamos una cerveza, arregló lo nuestro […] Sé que el alojamiento y la comida fueron muy buenos, nos colocaron colchones, sábanas y mantas en el suelo del vestíbulo del piso de arriba, nos dieron también de desayunar a la mañana siguiente, y no pudimos convencerlos para que aceptaran dinero […]

Así pues, cuarto día: martes 29 de mayo, tramo Pfeffenhausen-Markt Schierling, unos 20 kilómetros.

El quinto día, miércoles, empezó con un fuerte desengaño y tuvo tres dramáticos puntos culminantes. El hombre del coche de la leche era un bruto y un cabezón y se negó a cogernos. Empezamos la marcha caminando cansinamente a Eggmühl, a 4 kilómetros de distancia […] En *Eggmühl*, sobre un pedestal de piedra, había tumbado un león bastante lóbrego. Entonces me vino la idea de que aquello era seguramente el campo de batalla de Eckmühl[102], nombre que lleva también un duque y general napoleónico desde 1805. Después vino… ¿qué vino? Las palabras sueltas que he apuntado pierden su orden y los recuerdos también: hubo descanso en el bosque e inútil espera, como he descrito, a algún coche de caballos; hubo campamento de repatriados, con cochecitos de niño y ropa colgada; Eva con las piernas desnudas, en zapatillas; paisaje al estilo del Englischer Garten y muy a lo lejos una línea de colinas, probablemente la ribera norte del Danubio. Hubo dos platos de sopa que tomamos en la escalera de los caritativos campesinos, lo que me recordó la época en que vivía con mis padres: se le daba un plato de sopa al mendigo que esperaba en la escalera, delante de la puerta de la cocina, y un montón de veces encontrábamos después la sopa intacta: lo que el hombre quería era dinero para aguardiente; hambre no tenía, ¿quién tenía hambre en Alemania antes de la guerra mundial? Otro descanso, a primera hora de la tarde, y entonces aparece la carreta de bueyes que nos lleva un trozo de trayecto excepcionalmente largo a una velocidad digna y que ya llevaba dos viajeras, dos señoras mayores. Las mujeres, gente modesta de Ratisbona que volvía de hacer un largo recorrido para abastecerse de comida, toman confianza con nosotros, una de ellas, muy viva en su modo de hablar, en la expresión del rostro y en los amplios ademanes, nos cuenta lo sucedido en Ratisbona. Los norteamericanos habían puesto un ultimátum para que se entregara, de lo contrario exterminarían la ciudad, indefensa y ya muy destruida, con un bombardeo masivo. Las SS se negaban a capitular, las mujeres de la ciudad se manifestaron tumultuosamente en la Marktplatz. Entonces, el párroco de la catedral, el doctor Maier, se levantó y habló –amplia inclinación, brazos abiertos de par en par, voz tenue, patética, suplicante («¡Así habló, así exactamente!»)–: ¡No exigimos nada, sólo queremos pedir que nos salvemos de lo peor! Entonces llegaron los SS, nos hicieron retroceder, nos echaron de allí… yo grité y lloré y me defendí… y al doctor Maier le ataron las muñecas, y todavía tuvo tiempo de decir «Rezad por mí»… Y a la mañana siguiente colgaba

su cadáver en la Marktplatz, ¡y era maravillosamente blanco, no parecía un ahorcado!

Después de habernos apeado de la yunta de bueyes, caminamos un buen rato con las dos mujeres, y charlando se notaba menos el cansancio, pero poco a poco fui quedándome atrás, el fuerte dolor me hacía cojear, además la mochila y el resto del equipaje pesaban mucho. De pronto, en un pueblecito, creo que en *Köfering,* las mujeres se acercaron a nosotros con una tercera persona. No acabé de comprender cuál era la amistad o el parentesco, en cualquier caso allí vivía la tía Völkel, y en casa de ésta habíamos de tomar un estimulante café, y las dos de la carreta de bueyes, como regalo de despedida, nos metieron en la boca un trozo de tortita de huevo y nos pusieron en la mano un grasiento (¡grasiento!, ¡qué maravilla!) cucurucho de esas tortitas, y nos sentamos en un limpio y apacible jardín de casa rural, y tía Völkel, viuda de un maestro y madre de una niñita riquísima, nos ofreció en efecto café, y recuperamos fuerzas… Teníamos la intención de acercarnos lo más posible a Ratisbona, pernoctar en el último pueblo y luego, a la mañana siguiente, entrar en la ciudad e ir a ver a Ritter. Nos resultaba claro que tenía que ser un hombre muy prestigioso e influyente… Nos habían prevenido: que no nos acercáramos demasiado a Ratisbona, porque allí estaba todo destruido. Pero como habíamos recuperado fuerzas y como enseguida un coche de caballos nos llevó 2 kilómetros, y la línea montañosa más allá del Danubio –¡más allá!, lo sabíamos muy bien, y eso era un incentivo porque allí me parecía que coronaríamos victoriosamente nuestra empresa–, repito: como la línea de montes estaba cada vez más cerca, seguimos avanzando aunque amenazaba tormenta, de pronto nos encontramos en el último pueblo antes de Ratisbona, en *Buxgweinting*, y así, de pronto, en medio de una total destrucción (mientras que hasta entonces habíamos notado pocos daños, creo incluso que no había ninguno). Preguntamos por el cura: estaba en la iglesia. Salió de la sacristía, un hombre joven, coadjutor. Enseguida dijo de un modo tajante que era imposible: no había casa sin desperfectos, ningún rincón vacío, no se encontraba un trozo de pan por ningún sitio; dijo que teníamos, que teníamos por fuerza que superar el cansancio y resistir los 5 kilómetros que faltaban para Ratisbona, nos aconsejaba que fuéramos a la Escuela de Santa Cecilia, una escuela de música sacra, que allí encontraríamos seguro alojamiento. Le repliqué que eran más de las nueve y que no podía dar un paso.

¡Claro que puede! Que ya lo conseguiríamos, la Escuela de Santa Cecilia no estaba lejos del sitio por donde entraríamos, además en Ratisbona el toque de queda no era hasta las nueve y media. Ambas indicaciones resultaron equivocadas; una suerte que no me enterase hasta después: llegamos a la casa dos minutos escasos antes de la queda. El esprint final del día fue verdaderamente sólo esprint final, sólo máximo esfuerzo. Zona periférica destruida, cráteres, ruinas, cinturón exterior de una gran ciudad, como hemos visto tantas veces. Poco a poco, calles urbanas, y por fin encontramos la Escuela de Santa Cecilia […] Llamé al timbre, primero una monja, luego la superiora […] Finalmente nos asignaron una habitación agradable y limpia, pero para comer no había nada, aunque uno de los que vivían allí nos trajo café a la escalera […]

Así pues, aquel quinto día de camino, miércoles 30 de mayo, hicimos el tramo Schierling-Ratisbona, alcanzando así nuestro primer objetivo.

El sexto día estuvo totalmente consagrado a Ratisbona. Empezó trabajosamente. En plena lluvia hicimos un recorrido larguísimo y monótono atravesando toda la ciudad hasta la zona de las clínicas, Prüfeningstrasse. Encontramos la casa particular de Ritter, todos la conocían, y llamamos en vano al timbre. Nos dirigimos a uno de los grandes hospitales, al suyo, según nos habían dicho. Las monjas y la superiora fueron muy amables, pero el *Herr Doktor* acababa de marcharse a no sé qué reunión. Llamaron por teléfono a su casa, pero no pudieron comunicar. Muy rendidos y cansados volvimos a su villa. Esta vez hubo suerte: abrió un señor, visiblemente un hermano de Ritter. Más joven, pensé, porque su apariencia era muy semejante a la de Ritter en 1919. Pero era un hermano mayor, pediatra de Colonia, que había perdido la casa en los bombardeos. Enseguida nos entendimos con él. Al rato llegó una joven, la hija mayor, y nos trajo té. Una hora después estaba allí el propio Ritter, un gigante, de rostro más lleno y más viejo, pero la misma cordialidad y la misma afectuosa familiaridad de tiempos pasados. Su mujer y su hijo, nos contó, estaban viviendo en un pueblecito cercano. Hubo un momento de frialdad cuando, sin esperarlo, apareció la mujer (bastante joven aún), que al principio nos miró con algo de recelo, pero también ella encontró enseguida el tono de la amistad. También estaba presente un ingeniero y comerciante extranjero, amigo de la casa y hospedado allí.

Ritter se encargó al momento de que nos dieran para esa noche una habitación de su clínica, fuimos todo el día sus invitados, nos obsequiaron con una comida y una cena magníficas (el mero estar-sentados-a-una-mesa-bien-puesta fue ya un disfrute para nosotros), me regalaron zapatos (si bien, del 46 en lugar del 42) y calcetines y un trozo de jabón, en fin: alivio y solaz del alma y del cuerpo. Ritter se había convertido en un hombre de gran prestigio, todo un personaje, a todas luces una de las fuerzas vivas de Ratisbona. Es jefe de servicio de dos casas, «la casa masculina y la femenina», con 700 camas en total […] No estaba muy entusiasmado con los norteamericanos, habían entrado a saco en la ciudad y no se recataban mucho en portarse con la brutalidad del vencedor. Se regían también por el criterio de la venganza. Su juicio acerca de los nazis era durísimo. Me sorprendió que aquel hombre piadoso explicara, refiriéndose al suicidio de Himmler[103], que el cianuro hacía efecto en pocos segundos y que eso era «demasiado poco» para aquel perro sanguinario. He mencionado también al ingeniero extranjero (de AEG o de Siemens) allí presente. Me interesó porque explicó el antisemitismo que hubo a partir de 1919 con razones comerciales: cuando él regresó de la India, «ellos» dominaban en Alemania todos los resortes de la economía; anoto esto, no porque me lo crea sin más, sino porque me sugiere una de las muchas vías por las que pudo marchar el hitlerismo […]

Nos aseguraron con toda firmeza que desde Ratisbona, más exactamente, desde la estación de Walhalla, salían trenes de mercancías para el norte. Con esa esperanza y muy aliviados nos acostamos en nuestra cama de hospital, después de despedirnos de la familia. Ritter nos llevó personalmente hasta allí y a la mañana siguiente también se ocupó de nosotros, aunque ya en bata blanca y solicitado por todas partes en su calidad de jefe, por lo que la despedida fue algo abrupta. Eso fue el día sexto, el día de descanso en Ratisbona, jueves 31 de mayo.

Con Ratisbona concluye muy claramente la primera parte, la parte que se puede llamar heroica de nuestro viaje, en la que dependimos casi exclusivamente de nuestros pies […] Con ello, sin embargo, no disminuyeron nuestras fatigas, solamente hubo otra distribución. Podría también formularlo así: caminé menos, pero pasé más hambre. O bien: caminé menos, pero estaba ya mucho más cansado que antes.

[…]

La mañana del viernes, 1 de junio, caminamos por el angosto centro histórico de la ciudad, no excesivamente destruido, y después, a través de un puente de barcas por el que también pasaban cantidad de carros tirados por caballos, atravesamos el río […] Después de unos 5 kilómetros llegamos a la estación de Walhalla, sin haber visto el Walhalla. Decepción: el tren salía de Regenstauf, 10 kilómetros más lejos. Así que ese día también caminamos en total unos 20 kilómetros […]

Regenstauf, adonde llegamos después de las cinco de la tarde, es un pueblo importante: prácticamente en cada inmueble había una fonda, y en todas las fondas, ni un sorbo de café. Tuvimos que atravesar la localidad hasta el «puesto ferroviario nº 7», un edificio aislado. Allí, junto al terraplén vecino a la vía y junto al borde del camino y en la hierba, había una instalación de campamento como la hubo en su día en Zuchering. Pude llenar nuestro vaso de agua con la bomba de la caseta, así comimos en la hierba *y* esperamos el tren, para nosotros el primero desde que acabó la guerra. Llegó después de las seis: un furgón y dos vagones de mercancías abiertos. Encontramos sitio en uno de los vagones de mercancías, era una gloria viajar taaan deprisa hacia el norte, en menos de hora y media habíamos hecho los 30 kilómetros que nos separaban de *Schwandorf* estábamos en el Alto Palatinado, donde empezaba la zona industrial. En la Marktplatz me informaron los norteamericanos –yo, evidentemente, operaba con mi misión– de que al día siguiente nos llevaría un vehículo americano, y la policía alemana nos envió al pabellón municipal, convertido en dormitorio colectivo para refugiados y militares desmovilizados. Era un inmueble feo y dañado por las bombas, su pieza principal, un salón de actos con escenario –recuerdos de Prenden[104], 1905 o 1906–; muchos soldados, pocos civiles, gente modesta con niños, todos estaban tumbados en colchones; los colchones ya estaban todos dados, pero quedaba heno, y nos preparamos encantados un lecho de paja entre soldados. Servían también, en unas mesas grasientas, una abundante sopa, y nuestro placer fue doble. Examinamos el espacioso edificio, que había sufrido impactos de bombas. En una pieza contigua, el suelo estaba completamente cubierto de miles de plantillas de cartón para los zapatos (nos llevamos varias de ellas). En el patio, en lo hondo de un cráter, se consumían sin llama, despidiendo un olor repugnante, trozos de uniformes rusos y trapos de todo género. Entonces, concluyó Eva, allí había habido un taller de zapatería o

cualquier otro establecimiento de trabajo de prisioneros rusos. Fuera de la sala había también agua corriente y lavabos, algunos soldados estaban afeitándose. Las ventanas de la sala estaban rotas, así que no había escasez de aire fresco, y dormimos bien, en ese ambiente romántico –durante algún tiempo, eso es romántico, después, al repetirse, sólo sucio y primitivo– envueltos en nuestros abrigos de casi treinta años de antigüedad.

Así pues, día siete: trayecto Ratisbona-Schwandorf, 50 kilómetros, viernes, 1 de junio.

El sábado, 2 de junio, despiertos antes de las cinco y muy temprano en la Marktplatz, donde en diversos grupos, según el punto de destino, se iban reuniendo soldados. Nos pusimos junto a quienes iban a Weiden. La víspera nos habían asegurado los norteamericanos que nos llevarían a nosotros. Encontramos también una de las numerosas fondas abierta y dispuesta a darnos un café para acompañar nuestro pan. A eso de las ocho empezaron a llegar camiones norteamericanos. Tuvimos sitio en el que iba a Weiden, pero yo iba muy apretado y casi sin ver nada del exterior […] Apenas habíamos recorrido 20 kilómetros, el camión se detuvo junto a un monte, muy cerca de un pueblo de montaña: *Nabburg an der Naab.* Todos se bajan, el camión regresa. Tal vez (¡!) venga otro. Todos estábamos junto a la carretera, rezongando: así hacían «ellos» siempre. Muchos soldados se echaron enseguida a andar. Yo me encaramé en el pueblo, que ya habíamos atravesado parcialmente antes, le enseñé al civil que hacía de policía un antiguo papel (sin validez) escrito en inglés y que el hombre no sabía leer y de ese modo conseguí acceder hasta un intérprete, que era de Colonia y que conocía al músico Otto Klemperer: al punto rebosaba entusiasmo. Me dio una recomendación para el jefe de un campo vecino de refugiados y, como acompañante, a un hombre que nos llevó a Eva y a mí hasta allí. En el campo, la situación no era agradable, se trataba de población civil, con mujeres y niños, que, mal alimentados, desde hacía tiempo esperaban con impaciencia a que los siguieran transportando –¿de dónde eran? No lo sé, por lo general, en Baviera retenían a los refugiados civiles, para dejar libres la carretera y los medios de transporte a los trabajadores extranjeros y a los soldados que regresaban a su tierra–, y que nos veían a nosotros como intrusos que se habían colado allí de modo ilegal. El jefe del campo también estaba al principio bastante irritado y era poco accesible. Sólo cuando me puse enérgico, me buscó sitio en

un camión que llegó y fue tomado al asalto, y hasta me entregó un trozo de pan. Una vez más, Eva encontró sitio junto al conductor (como persona «frágil»), una vez más estuve yo estrechísimo y, esta vez, rodeado de vecinos de pésima voluntad. Era todavía bastante temprano. El trayecto tampoco fue largo esta vez: 6 kilómetros hasta antes de *Weiden*, de nuevo nos hicieron bajar en plena carretera entre muchas protestas. Caminamos hasta el pueblo, yo fui de nuevo a la comandancia, pero ni siquiera con ayuda de la policía, que me ofreció un trago de cerveza, encontré donde comer o beber algo; al cabo de una hora la comandancia me asignó un policía, que nos acompañó a un camión, rodeado ya por masas vociferantes, y nos ayudó a subir a él. A primera hora de la tarde continuamos el viaje, a través de una bonita zona de montaña, pero cansados y escépticos, y alcanzamos el pueblecito de *Windisch-Eschenbach* […] Nueva lucha y nuevas súplicas en la comandancia […] Pero al final, la cosa funcionó otra vez. En la cercana fonda nos dieron una sopa de cena, nos embutieron de nuevo en un vehículo atestado de gente, viajamos por el hermoso paisaje de montaña, y por una avenida cuyos imponentes árboles formaban una bóveda, llegamos al pueblo de Reuth […]

En *Reuth*, por la noche, agotados y abatidos, voy a ver al alcalde, éste me da un papel de la alcaldía en el que nos asigna alojamiento y comida para que vaya con él a la fonda, propiedad de un carnicero. El dueño y carnicero, malhumorado y grosero: «¿Piensa usted que voy a ponerles un salón a su disposición? En la sala pueden dormir en paja, si quieren, de comer y de beber no les doy nada, no tenemos nada». – Le dije que eran órdenes del alcalde. – «¡A la mierda, el alcalde! El es panadero, que él les dé pan.» Dejé a Eva en la fonda, volví a donde el alcalde, sólo encontré allí a su mujer, rodeada de otros refugiados y sin saber qué hacer. Dijo que el pueblo estaba abarrotado y no había nada que llevarse a la boca, su marido había salido para, al menos, sacar de la vía pública a la gente antes del toque de queda (creo que allí era ya a las diez de la noche). Yo di vueltas como león enjaulado hasta que volvió el alcalde. Dijo que no podía ayudarnos, que al dueño de la fonda realmente ya no le quedaba nada. Regresé a las diez, comimos pan seco que nos dio el alcalde y bebimos agua.

Eva, entretanto, había descubierto un quiosco de jardín donde había mucho equipaje pero muy pocas personas; allí dormimos, improvisadamente, como en las salas de espera.

Eso fue el día octavo, sábado, 2 de junio, uno de los más desagradables y agotadores pese a haber caminado poco; trayecto Schwandorf-Reuth, dividido en múltiples pequeñas etapas y no sé cuántos kilómetros en total.

El domingo, día noveno del viaje, magnífica marcha de 11 kilómetros, pero también muy fatigosa por tener el estómago vacío, a la estación de Wiesau. Nos pusimos en camino muy de madrugada, mucho antes de las seis, para evitar el calor. Fuimos por auténticos caminos de altura, que los clubs de montaña proveen de señales para los excursionistas (en sitios donde no sirven para nada, nunca donde hacen falta), con bosque y prados y vistas […]

En *Wiesau* creo que nos restauramos a fondo. Los apuntes y los recuerdos nítidos empiezan de nuevo en el tren de mercancías que nos llevó al mediodía a *Marktredwitz.* Allí transbordamos y, de entrada, esperamos hasta las cuatro, en el nuevo vagón abierto, a poder continuar el viaje. Durante la espera hubo un curioso entreacto. En todo el trayecto Wiesau-Hof sólo el ejército podía utilizar el tren de mercancías (aún no había trenes correo). Yo llevaba conmigo un salvoconducto y una recomendación, si bien de carácter dudoso. En cualquier caso, si hubiera habido control, habría tenido que explicar, discutir, luchar tal vez. Y en la estación de Marktredwitz controlaba en efecto un superdiligente jefe de estación. Había a bordo varios civiles, entre ellos mujeres. Los solícitos soldados las habían repartido y escondido debajo de maletas y bultos de ropa, de tal manera que el jefe de estación no las descubrió. Entonces, también nosotros dos nos agachamos y nos camuflamos un poco y así tampoco nos vieron. Por la tarde, a las seis ya pasadas, estaba el tren en *Oberkotzau*, a 6 kilómetros de Hof, y sólo a partir de Feilitzsch, a 6 kilómetros después de Hof, volvía a haber enlace ferroviario. Así pues, caminamos a *Hof en* medio del bochorno […]

En la policía no pudieron decirnos dónde había comida, y dónde había alojamiento, en el fondo tampoco: muy lejos, lejísimos, parece que había un campo de refugiados en una fábrica de hilaturas, cerrada por haber sufrido daños […]

Así, no tuvimos otro remedio que marchar cansinamente a la fábrica de la Leopoldstrasse, situada muy arriba y muy lejos, lejísimos, aunque ya casi era la hora de la queda (aquí a las nueve y media) y mis fuerzas estaban realmente agotadas. (Los pies, el equipaje.) Un momento estuve tentado de pasar la noche en el campo, junto a la carretera periférica o en un vagón de mercancías. Luego,

por fin estábamos en la fábrica. Pero en el dormitorio había tal cantidad de gente y un aire tan repugnante –siempre gente pobrísima con niños de pecho y pañales, ese olor espantoso lo hemos tenido cien veces en estos meses–, que emprendimos la huida. La sala estaba un poco en alto, subiendo unos peldaños; abajo, junto a la puerta de entrada después de un gran patio donde se podía uno lavar, había un pasillo con algunas colchonetas. Allí nos acostamos ante el asombro de un viejo guarda de la fábrica y de algunas refugiadas, que nos tomaron en parte por orgullosos, en parte por locos. Por lo demás, aquella gente nos había regalado, de sus propias provisiones, un vaso de café frío preparado por ellos.

Eso fue el día noveno, domingo 3 de junio, trayecto Reuth-Hof, con largas marchas al principio y al final de la jornada.

El décimo día, lunes 4 de junio, que empezó otra vez a las cinco, hermoso amanecer, hermoso panorama serrano; todo habría sido estupendo sin el cansancio y sin lo demás que se había ido sumando y que pesaba sobre nosotros. Así, la placentera excursión veraniega muy pronto se convirtió en un penoso caminar, cargados, con calor y en ayunas, en una paliza de subidas y bajadas por una carretera sin árboles y sin piedad. A las ocho estábamos en *Feilitzsch*, la primera aldea con nombre sajón […] Desde Feilitzsch nos habían dicho que saldría un tren para Plauen […] En la estación me enteré de que por allí no pasaba ningún tren. Sólo llegaría una locomotora a las 13:30, pero como yo era correo del zar (mis extraños papeles y mi salvoconducto obraban milagros), podría llevarme […] Tomamos un desayuno completo en la fonda del pueblo (completo significa en este caso que nos dieron café sin leche y que lo acompañamos con lo que nos quedaba de pan), y recorrimos después un kilómetro y medio hasta el pueblecito de *Trogen*, donde había un campo de acogida. Había sido un campo de trabajo juvenil del Tercer Reich, muy bien instalado: grandes y limpios barracones en torno a una gran explanada cuadrangular, alrededor césped y verdor de todo género, en las paredes toda clase de consignas morales del nazismo. Ahora, en los barracones desamueblados había gavillas de paja, sólo quedaban unas mesas sin sillas, todo estaba como abandonado sin haber perdido del todo su antiguo encanto. Y, curiosamente, en ese campamento daban también comidas auténticas: pan, sopa, café […] Descansamos aliviados, nos instalamos algún tiempo al borde de la

carretera, por encima del campamento del RAD[105], y después regresamos, despacio y seguros de la victoria, a la estación de Feilitzsch. Entretanto, allí se habían reunido no pocos soldados, me pregunté cómo iba a llevarnos a todos una sola locomotora. El telégrafo anunció la llegada de ésta, todos se prepararon para subir. Apareció una locomotora que remolcaba un ténder para el carbón, alto y sólidamente cerrado. Había muchos soldados (que venían de Hof) sentados sobre los carbones o de pie en la locomotora; varios jóvenes se encaramaron como monos en un abrir y cerrar de ojos (ayudados por sus compañeros) sobre el ténder: revuelo, vocerío, yo protesté furioso ante mi jefe de estación, que estaba allí como un pasmarote, la locomotora se puso de nuevo en movimiento, y los que se habían quedado en tierra se marcharon resignados. Yo echaba pestes contra el jefe de estación, pero eso no cambió nada, así que a las dos nos echamos de nuevo a andar […]

Recorrimos 7 kilómetros por esa carretera, y cerca de una aldea, *Pirk*, situada ya en el distrito de Plauen, a 17 kilómetros, llegamos a un gigantesco puente de autopista a medio hacer, que parecía un viaducto antiguo, igual de grandioso y en el mismo estado de ruina: me pareció un símbolo de la soberbia nacionalsocialista […]

En la aldea de *Magwitz*, completamente rodeada de bosque, encontramos buen alojamiento en una granja de gente acomodada y de buena voluntad: nos dieron magníficamente de comer, dormimos en un gran pajar, pudimos desvestirnos bastante y lavarnos al día siguiente […]

Así pues, ese día décimo, lunes 4 de junio, avanzamos de Feilitzsch a Magwitz.

El día undécimo, martes 5 de junio, nos pusimos en marcha tarde, a las ocho, Eva con la cabeza lavada, yo, afeitado […] Nos acercábamos a Plauen más de lo que pretendíamos, encontramos entonces una carretera que iba a *Oelsnitz* y también, en aquel pueblo largo y aburrido, una escuela habilitada para refugiados que nos ofreció un rancho a base de pan y sopa. Desde primera hora de la tarde caminamos por hermosas zonas del *Erzgebirge* que ya pertenecen al distrito inmediato de Falkenstein y que nosotros ya conocíamos, en parte de oídas, en parte directamente.

En una ocasión, al cabo de mucho tiempo, nos volvió a coger un coche de caballos; otra vez, en la fonda de *Tirpersdorf*, encontramos no sólo una gran

cafetera, sino también un periódico del sur de Alemania, el *Hessische Post* del 26 de mayo. Realmente, el acto final propiamente dicho de la guerra sigue siendo oscuro para nosotros hasta el día de hoy […]

A las ocho y media, estábamos en *Falkenstein*. La farmacia de Scherner había sufrido daños ligeros, su domicilio privado, más graves. Fuego de artillería de los norteamericanos, según supimos más tarde. Llamamos a gritos y a palmadas delante de la casa cerrada a cal y canto. Abrió Trude Scherner, él había ido de compras a Leipzig con su «pequeña Uhlmann», volvió triunfante a las diez, cuando justo queríamos marcharnos: había comprado, en lugar de por valor de los 200 marcos permitidos, por 10.000 marcos; ahora, después de la completa destrucción de la otra farmacia, él era, por así decirlo, dueño de un monopolio. Calurosa acogida, gran cena, contarnos mucho y atropelladamente, y a las once, la hora de queda que rige aquí, estábamos acostados en nuestro despacho privado de la farmacia. Allí había desaparecido la fotografía de Hitler, sustituida por un paisaje. Scherner contó que inmediatamente antes de la entrada de los americanos (la ciudad había recibido fuego enemigo durante quince días) los del Partido habían estado en su casa y le habían obligado a quemar en su presencia todos los libros nazis que antes tuvo que comprar por la fuerza y que él me había prometido guardar para mí… Así pues, teníamos la firme intención de descansar aquí algún tiempo […] Este fue el día undécimo, el último de la segunda fase (Ratisbona-Falkenstein), el trayecto Magwitz-Falkenstein, martes 5 de junio.

El miércoles todo había cambiado. Fue hambre pura, en su sentido más literal, lo que nos impulsó a huir lo antes posible de Falkenstein. La noche de nuestra llegada, los Scherner nos habían llenado el estómago con una comida a base de patatas, ya preparada. Pero ahora no les quedaba nada que llevarse a la boca. En el ayuntamiento nos dieron cupones, pero con ellos no se podía comprar nada: el pan, agotado, la mantequilla, inexistente desde hacía tiempo, etc., etc. En los restaurantes, a cambio de los cupones de patatas daban un plato de nabos rallados y empanados, sin sustancia y sin sabor (comida, que después hemos visto muchas veces, típica de la miseria y del Vogtland), y nada más. Scherner cogió su muleta, se apoyó pesadamente en mí con la otra mano y salió a la calle principal a pedir limosna. Conocía a todos los transeúntes y hablaba con todos, llamó con los nudillos en las puertas y en los escaparates de tiendas cerradas y entró en ellas, contó por todas partes nuestra historia, y así compró

algo de carne y nos regalaron un trozo de pan. Fue muy conmovedor y nos ayudó un poco a superar la penuria inmediata, pero también muy desagradable y era imposible seguir así. Al punto organicé la continuación del viaje. Me fui a la comandancia norteamericana: un subteniente impasible y muy joven y, como intérprete, un amable mulato, guapísimo, esbelto y casi adolescente. Me ofreció una butaca junto al escritorio de su superior, se inclinó hacia mí con sonrisa infantil y me preguntó con voz suave: «¿Qué quieres?». Me expliqué, él se lo expuso a su subteniente, y éste escribió en letras de imprenta, pero sin sello oficial, tal y como lo había entendido: *«This Professor Victor-Israel Klemperer is a half Jew and he would like to go to Dresden. He is one of Germany's famous professors in philosophy and languages. He is a good man and we would recommend everything possible to help him*»[106]. Con ese papel, con el que me he dado importancia muchas veces, me fui a la oficina de transportes. En vano; en dirección Schönheide, donde «debía» haber tren para Aue y después para Chemnitz, y desde Chemnitz «debía» salir ya un tren ordinario para Dresde, en esa dirección, pues, no había nada desde Falkenstein, pero tal vez desde Auerbach. Por consejo de Scherner me fui a ver a un abogado, Reichenbach, *a half Jew* o judío completo, en cualquier caso, primo –como luego resultó– de nuestro desgraciado abogado Reichenbach y desde el vuelco político convertido en un alto cargo administrativo. Me acogió muy bien y prometió llevarnos a la mañana siguiente a Auerbach y ayudarme también allí. Por lo demás, el día transcurrió conversando con unos y otros. Scherner nos contó cuánto había sufrido la señorita Uhlmann, intacta por dentro pero educada totalmente en el nazismo y en la fe en el Führer, cuando vino el cambio y se enteró de la verdad. Sin darme a conocer como judío le di sin embargo a la joven todo tipo de información. – Eva opinó que había sido demasiado duro con ella. Más fácil fue hablar con la Dumpier, que era antinazi. Con Norma Dettke sólo cambié unas palabras inocuas, su marido, el alemán báltico, nazi lleno de fe en Hitler y en la victoria, un hombre al que la guerra le sentaba estupendamente y aún le parecía demasiado corta, estaba por lo visto, con honda alegría por mi parte, prisionero de los americanos.

Esto fue el día duodécimo, 6 de junio, pasado todo él en Falkenstein.

El jueves, 7 de junio, salimos de Falkenstein bastante abatidos, en el fondo otra vez viajábamos al azar. El abogado llegó con un acompañante en un

precioso automóvil, nos llevó en pocos minutos a Auerbach, pero allí nos dejó esperando una hora larga delante de no sé qué oficina. En un intervalo salió una vez diciendo que allí dentro había un oficial ruso que tal vez pudiera ayudarnos. Pero después, al cabo de una hora, dijo que desgraciadamente todo había sido en vano, que la comandancia no dejaba pasar a nadie a la fronteriza tierra de nadie y a la zona rusa, y ¡que lo más razonable era volver con él, con Reichenbach, a Falkenstein. Ante mi obstinada negativa, dijo que desde luego él sabía de muchas personas que habían entrado por su cuenta, clandestinamente; y después de una pausa añadió que podía tratar otra vez de conseguirme un salvoconducto en la comandancia. Así que allí nos fuimos en el coche. Había mucho lío de gente por todas las oficinas, pero Reichenbach supo enseguida dónde teníamos que meternos y cuál era la intérprete adecuada […] La intérprete me confundió hasta cierto punto con Otto Klemperer y me convirtió en «profesor de música» y en dueño de una granja cerca de Dresde. Después de esperar un poco recibí mi salvoconducto, que no he necesitado ni una sola vez. No sé dónde empezaba esa ominosa tierra de nadie[107], no sé dónde empezaba la zona rusa propiamente dicha, a mí no me han importunado en ningún momento ni soldados ni merodeadores… Estábamos en posesión de nuestro salvoconducto, y una empresa de transportes debía llevarnos a Schönheide. *Debía.* Pero esa empresa, que viajaba allí segurísimo y que cogía encantada a gente provista de salvoconducto, no iba en esa dirección, y los coches particulares, decían, seguían teniendo miedo de la tierra de nadie, de modo que una vez más tuvimos que recorrer a pie los 18 kilómetros a la estación donde «debía» haber un tren. En Auerbach conseguimos otra vez, y a duras penas, tortitas de nabos, las tiendas estaban cerradas, y nos pusimos en marcha en el calor abrasador del mediodía. Un coche de caballos nos ayudó a superar las horas más difíciles de después de comer, y así llegamos a *Rodewisch* […] En Rodewisch logramos comprar pan, en *Rützengrün* unos amables tenderos nos regalaron un pote de café, que nos bebimos en la escalera, allí Eva cambió con una mujer azúcar por tabaco, en *Schnarrtanne* vi al último centinela americano: dejaba que los niños se encaramaran sobre él, como si fuera un pacífico San Bernardo.

Ese trayecto a Schnarrtanne y después a *Schönheide* era tan de Baedecker, tan bellísimo, tan a medida del turista como el otro día el camino entre lupinos. Pero subía, subía, subía, y yo, con aquel calor constante, estaba al cabo de mis

fuerzas. Y finalmente, el largo trayecto de Schönheide a *Schönheiderhammer.* Pero allí habíamos alcanzado por fin el empalme ferroviario. Pasamos la noche en el Carlshof, sin comida, sin posibilidad de quitarnos la ropa […]

Así pues, el día decimotercero: jueves 7 de junio, trayecto Falkenstein-Schönheiderhammer.

El decimocuarto y penúltimo día de viaje está bajo el signo del pan seco y el agua. Y marcado por el fanatismo y la irritabilidad de los refugiados del Carlshof, todos gente modesta. Una mujer de Breslau despotricaba fanáticamente contra Hitler, otra, que había huido de los rusos, despotricaba con el mismo fanatismo contra los rusos, explicando que todas las atrocidades cometidas por los alemanes en Rusia eran embustes y propaganda difamatoria: ningún soldado alemán había hecho saqueos ni nada malo… Nosotros nos mantuvimos aparte, en el jardín del establecimiento o junto a las vías, hasta que por fin llegó el tren, un auténtico tren correo, para el que habíamos tenido que sacar billetes de segunda clase. A los tres cuartos de hora estábamos en *Aue*, que me pareció desde el tren una ciudad relativamente grande; en la sala de espera tomé al asalto las famosas tortas de nabos –desgraciadamente esta vez se le atravesaron en el estómago a Eva–, a las tres y media estábamos en *Chemnitz* […]

Así pues, decimocuarto día de viaje, viernes 8 de junio, trayecto Schönheiderhammer-Chemnitz.

El centro de Chemnitz parecía totalmente destruido; había muchas casas en pie, pero estaban deshabitadas y eran inhabitables, entre ellas, ruinas, montañas de escombros; en no sé dónde, una enorme plaza con sólo montones de piedras y un inmenso candelabro que sobresalía indemne… En conjunto el cuadro habitual. Luego, delante de una casa semidestruida, vimos un grupito de gente; parecía ser un albergue, preguntamos si se podía tomar allí una taza de café y nos envían al primer piso. Allí, una escena como de un mundo desaparecido: en un salón alargado, *el* elegante café-concierto de antes de la guerra. Mesas con manteles blancos, todas ocupadas al completo (¡se entregan las cosas en el guardarropa!), cantidad de vajilla (aunque ninguna cuchara), camareros de frac, café en pequeñas cafeteras, agua mineral de Brambach, cerveza, las tazas de moka parecían incluso indicar que había café auténtico, una banda de jazz lo más negroide posible, incipiente elegancia de *cocottes* pintarrajeadas, precios de

incipiente inflación: era el comienzo de la animación de 1919, el ambiente de hurra-estamos-vivos y de mercado negro, pero todo incomparablemente más atroz y más estremecedor y más deprimente que entonces, porque aquella casa estaba destruida y la sala tan remendada que la gente tropezaba, y la ciudad en torno a ella era un montón de escombros, y lo que se ofrece a precios para imbéciles es sucedáneo y miseria y no aplaca el hambre, sólo la engaña. Eva ya creía vislumbrar entre las chicas y las putas el peinado típico ruso (Cléo de Mérode)[108], en cuanto a mí, tenía repetidas veces la impresión de que entre los clientes había mucha administración civil rusa y quizá también policías: pero puede que fuera autosugestión. Lo que observé claramente en mí fue que ese estilo de cafés que hacía las delicias de mi juventud me aburría mucho, que me avergonzaba un poco de estar allí con mis canas entre todos esos jóvenes y percibir con nostalgia, como horrenda visión o repetición exacerbada, lo que los jóvenes aceptaban encantados como algo totalmente nuevo (aplaudiendo y pagando con gesto señorial y haciendo alarde de riqueza: vi un billete de 20 marcos, desconocido para mí, del Staatsbank de Sajonia, de abril de 1945, esto también comienzo y repetición). – Y con todo: de momento tuve la impresión de haber emergido de esa vida de vagabundaje en que estaba inmerso y haber vuelto a los goces (aunque por lo pronto sumamente falaces) de la civilización. – Sufrí una gran decepción y fue otra vez una doble decepción. Cargué con el equipaje y caminamos un rato en el calor y el bochorno, encontramos muy lejos un tranvía que llevaba a la estación de Hilbersdorf y allí (donde otra vez acampaba en los peldaños de la escalera, etc., un enjambre de refugiados) supimos que el tren siguiente para Dresde no saldría hasta las tres de la tarde, «aproximadamente»; pero que «ayer» no había salido hasta las siete de la tarde, y siempre iba abarrotado y circulaba con irregularidad. ¡Qué múltiple calamidad para nosotros! Aquí sin cupones y sin *soutien*, y después, llegar a Dresde el sábado por la noche, igual de desamparados.

Pero ésta es sólo una cara, sólo la cara *guaio*, de mi decepción. Caminamos indecisos y cansadísimos por las calles y fuimos a dar con una fonda sencilla. En la sala, al mismo tiempo cuarto de estar, había mucha animación, soldados alemanes, soldados rusos, civiles, todos revueltos. Vi por primera vez a los rusos, con uniformes de color gris verdoso, ligeros y deportivos como los americanos, pero con blusones. La dueña incluso nos recibió amablemente, cosa

extraña; nos dijo que durmiéramos en la sala, que había poca gente, también nos haría café y patatas hervidas (le di nuestros cupones de patatas y los de desplazados). Y en efecto, después nos trajo una fuente de patatas hervidas con piel y una cafetera, después incluso cerveza, estábamos como liberados. Un joven, cargador de muebles de Duisburg, separado de su familia, se sentó con nosotros. (Dölzschen, 13 de junio.)[109] Me describió a los rusos como me los han descrito antes y después tantas veces: cuando no han bebido son casi siempre buena gente; borrachos, unas malas bestias. Saqueos, robos de relojes y de joyas, violaciones, cosa frecuente. Poco después vino uno de los de la fonda: que los rusos querían saber de qué era yo profesor, que uno había preguntado muy excitado qué clase de «tío» era. Si yo llamaba la atención en aquella mísera fonda de arrabal, entre soldados rasos y gente humilde, eso no se debía apenas a mi interesante rostro, sino más bien al cuello blanco, alto y tieso, que compré en Klotzsche el 15 de febrero y que siempre había evitado ponerme, pero que ahora tenía que llevar, puesto que *la* camisa de cuello blando había pasado a mejor vida; ese burgués cuello duro y además la ropa gastada de vagabundo y la barba de varios días: según Eva, era como el mal disfraz de un burgués antibolchevique que se ha dado a la fuga. Un tipo como un castillo, capitán según supe después, se acercó a mí y me habló en ruso. Se me echó encima, se sentó en el canto de la mesa y del sofá de forma que yo no podía moverme, y no habló con malos modos pero de forma muy enérgica y penetrante. Yo dije: «*Je ne comprends pas*» y «*Ja Gewree*»[110] (como me había enseñado Eisenmann), le di mi pasaporte, le mostré la «J»… El seguía hablando con impaciencia. Al cabo, llegó una señora mayor apoyada en una muleta, alemana báltica que entendía el ruso e hizo de intérprete. El oficial quería saber ante todo cuándo «había llegado yo a Alemania». Tardé mucho en hacer comprender a ambos que mi familia vivía en Alemania desde hacía doscientos años, que Landsberg an der Warthe perteneció a la provincia de Brandeburgo hasta 1918. Después di exacta información sobre mi posición antes y después de 1933, dije también con cierto retintín que nuestra familia ha dado tres nombres al *Brockhaus* y que Georg trató a Lenin. Esta historia, unida a todo lo que ya sabía sobre saqueos y violaciones como cosa normal, fue muy desagradable para mí; no estuvo tan lejos, al fin y al cabo, de la detención en el tranvía por la Gestapo («¡quiero espulgarle!»).

Contigua a la sala de huéspedes había otra gran sala con escenario y sitio

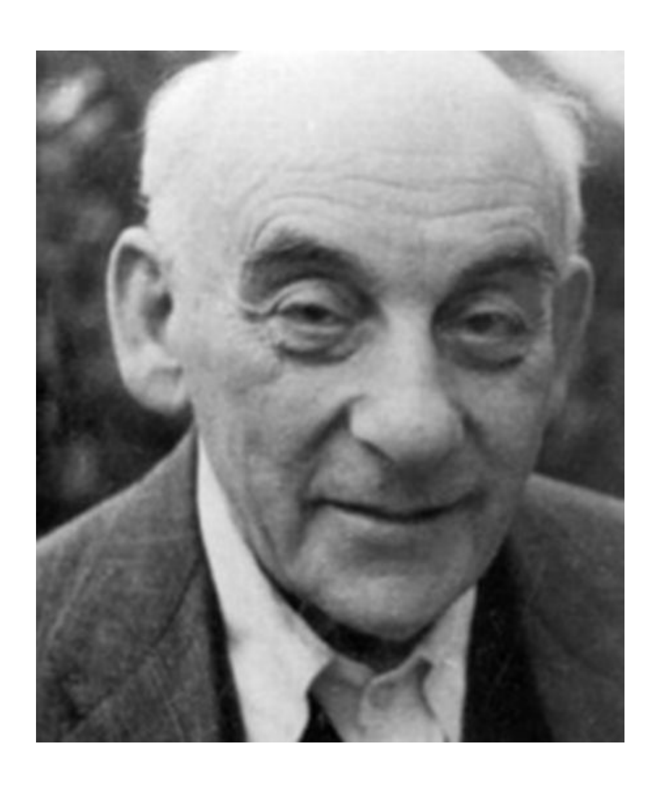
para orquesta, como habíamos visto tantas veces. Esta había sido preparada por lo visto ya hacía tiempo como una especie de cuartel auxiliar: además de unas veinte literas dobles, en las que sin embargo sólo había colchones de paja sin más aditamentos, tenía armarios de ropa para soldados y una larga mesa. En aquellos días dormían muy pocos soldados allí; nos acostamos sin quitarnos la ropa y envueltos en los abrigos y así pasamos la noche. En lavarse no había ni que pensar; no había ninguna bomba en las proximidades, y el agua podía transmitir el tifus.

El sábado, 9 de junio, yo estaba despierto muy temprano, seguramente antes de las cinco, y me senté para escribir todo esto ante una mesa de la sala de huéspedes, junto a la ventana. Al cabo de un rato, llamaron imperiosamente a la ventana, fuera había un soldado ruso exigiendo con gestos sumamente enérgicos y a voz en grito que le dejaran entrar. La puerta del inmueble estaba cerrada con llave, nadie despierto, yo no podía abrir, nadie aparecía. Acabé volviendo a la invisibilidad del dormitorio, un soldado que se había despertado rezongó diciendo que cómo había podido tener la imprudencia de dejarme ver por la ventana; que eso podía causarnos contrariedades a todos. Cuando el Iván aquel dejó de hacer ruido al cabo de un rato, me agaché y metí los abrigos y el equipaje en la protectora oscuridad de una litera baja, y seguí escribiendo un poco en la mesa de la sala. Yo no me sentía nada a gusto. Las experiencias que hasta ahora había tenido con los rusos se compaginaban mal con la libertad personal y la seguridad.

El sábado, 9 de junio, estuve por la mañana en el peluquero y me corté el pelo, luego esperamos –con el estómago vacío, una vez fracasados todos los intentos de conseguir almuerzo– muy escépticos en la estación, en medio de una inmensa muchedumbre. Si no hubiéramos encontrado sitio en el tren, habríamos continuado a pie […] Y así, por la mañana del decimoquinto día de viaje, el domingo 10 de junio, estábamos en Dresde.

Pero en realidad ese domingo todavía pertenece al viaje de regreso, porque fue el que nos trajo el súbito cambio, un cambio de cuento de hadas. El día empezó triste y gris. Caminamos cansados y hambrientos a la estación de Neustadt: *¡nada!*[111] Nos dirigimos a la comisaría que estaba enfrente. Una información verdadera y otra falsa, con un recibimiento muy amable. ¡Vayan enseguida a Dölzschen! Objeté que tardaría mucho en llegar a mi casa. El

funcionario bromeó: ¡No sabe usted qué deprisa se llega a veces! Y tuvo razón. Para ello me vino muy bien que Berger se hubiera quitado de en medio aprisa y corriendo… Pero, en lo relativo a nuestra hambre, dijeron que en el campo de refugiados de la Glacisstrasse nos darían de comer: y allí sólo había, durmiendo en salas abandonadas del primer piso, centinelas rusos. Así pues, el viaje había sido en vano. Entonces alguien nos dijo por la calle que había un albergue, creo que en la Markgrafenstrasse. Allí sólo encontramos un hospital militar, pero ningún sitio donde comer. Caminamos entonces, todavía con el estómago vacío y después de la horrible noche, por toda la destrucción del barrio antiguo. En la Theaterstrasse dijeron que había un puesto de información sobre habitantes y casas destruidas. Estaba cerrado. Luego nos arrastramos (¡el verbo no es exagerado!) hasta el barrio suizo: la casa de la señora Ahrens, la casa de los Winde, destruidas, nadie que diera información. Sólo un viejo, que había perdido a su mujer y a quien la víspera un soldado ruso le había robado el perro, dijo con gran seguridad que la familia Ahrens se había salvado (pero no sabía dónde estaban). Finalmente encontramos, un poco dañada por dentro, pero en su conjunto conservada casi milagrosamente en medio de tanta ruina, la casa de los Glaser. Ese fue el cambio del cuento de hadas. La señora Glaser nos recibió con lágrimas y besos, nos había dado por muertos. Él, Glaser, estaba algo achacoso y apático. Nos dieron de comer, pudimos descansar. Antes del atardecer, subíamos a Dölzschen.

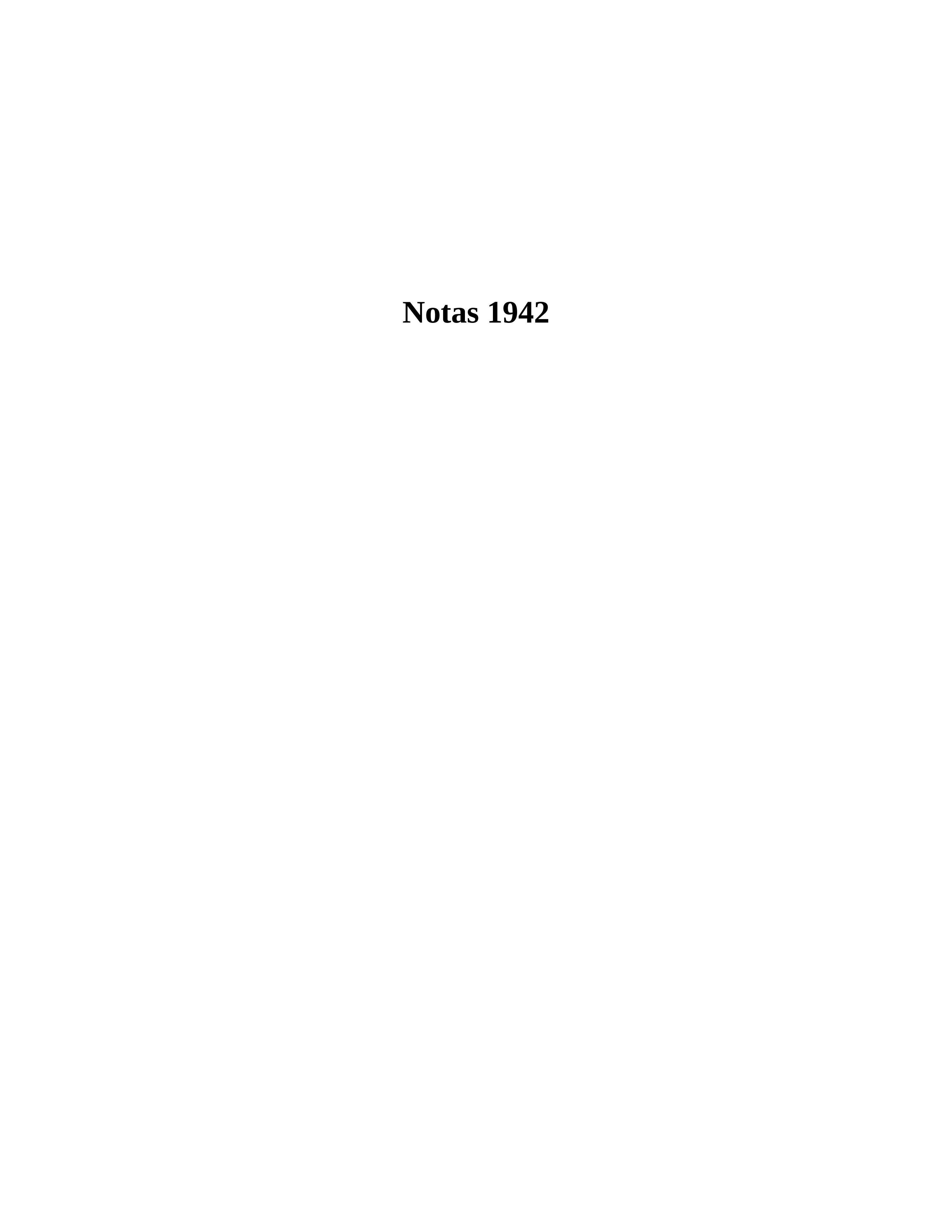


VICTOR KLEMPERER (9 de octubre 1881 – 11 de febrero 1960) nació en Landsberg an der Warthe, Imperio Alemán (hoy parte de Polonia) y falleció en Dresde, Alemania del Este. Fue el noveno hijo del rabino Wilhelm Klemperer y primo del famoso director de orquesta Otto Klemperer. Victor Klemperer fue hombre de negocios, periodista y finalmente profesor de universidad.

Victor Klemperer era un filólogo alemán, felizmente dedicado a la investigación de la literatura francesa del XVIII en la universidad de Dresde. Todo esto, hasta enero de 1933. A partir de entonces, tras el ascenso del partido nazi al poder, Victor Klemperer pasó a ser una única cosa: un judío. Afortunadamente para él, su esposa no era de origen judío, lo que no les ahorró miserias y humillaciones a ninguno de los dos, pero a él, al menos, lo salvó de la cámara de gas. Pronto le privaron de su ciudadanía y sus labores académicas, y poco después de sus bienes y su casa, pero lo que no pudieron arrebatarle fue su inquietud de espíritu y su sentido crítico. Sólo seguir siendo, ante sí mismo, el filólogo que era, le ayudó a no abandonarse a la fatalidad.

Desde el mismo año 1933, Klemperer empezó a tomar notas sobre las transformaciones que el idioma alemán padecía bajo influencia nazi. Les atribuyó un rótulo secreto que sólo él entendía: LTI, *Lingua Tertii Imperii*, la

lengua del Tercer Reich. Después de la guerra pudo reunir todos estos apuntes en un libro que no sólo es un diario de la tiranía, sino un minucioso diagnóstico cotidiano de la degeneración del idioma. Durante la RDA volvió a su labor como profesor universitario. Sus diarios, describiendo su vida en la Alemania Nazi y en la RDA (República Democrática Alemana), fueron publicados en 1995.



Notas 1942

[1] *LTI: Lingua tertii imperii* (latín): Lengua del Tercer Reich. Klemperer anotaba bajo estas siglas todo lo que le parecía útil para el análisis de la lengua del régimen nazi. El trabajo apareció en 1947. La traducción castellana se publicó en 2000 con el título: *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo. (N. de la T.)* <<

[2] *gegreuelt:* participio pasado de *greueln*, neologismo popular, formado del sustantivo *Greuel* (‘atrocidad’). En el vocabulario nazi, la expresión fija (casi imposible de traducir) *Greuelpropaganda* tilda de propaganda difamatoria toda noticia sobre las atrocidades cometidas por el régimen hitleriano. El término *Greuel* era empleado irónicamente por los enemigos del régimen. *(N. de la T.)* <<

[3] *la señora Neumann:* desde la primavera de 1941, Johann Neumann y su mujer pertenecían al círculo de amistades de los Klemperer; se habían conocido a través de la hermana mayor de Klemperer, Grete. <<

[4] *en el «Reich»: Das Reich*, semanario fundado por Goebbels en 1940. A pesar de los editoriales incendiarios de Goebbels, tenía artículos ideológicamente asépticos y de gran calidad, y gozaba de gran prestigio. <<

[5] *Neumann-Kötzschenbroda:* equivale a los Neumann han escuchado «radio enemiga». <<

[6] *Brauchitsch:* Walther von Brauchitsch (1881-1948), mariscal de campo; desde 1938, comandante en jefe del ejército. Tras el fracaso de la ofensiva alemana sobre Moscú y el éxito de la ofensiva de invierno soviética a principios de diciembre de 1941, fue destituido por Hitler el 19 de diciembre de 1941. En el grupo de los generales destituidos estaban también el mariscal Gerd von Rundstedt, jefe del grupo de ejércitos sur, y Fedor von Bock, jefe del grupo de ejércitos centro, así como el teniente general Heinz Guderian, comandante en jefe del segundo ejército acorazado. <<

[7] *Heinz Machol* (1893-1943): hijo de Hedwig Machol, la hermana de Victor Klemperer que murió de parto (1870-1893).<<

[8] *hijos de un primer matrimonio:* se refiere a Doris Machol, de casada Kahane (1920-1976), escultora y pintora, y a su hermano Ernst; vivían con el padre, pero después de 1933 emigraron con su madre, Mathilde Machol, de soltera Grabowski, primero a España, después a Francia. Mathilde Machol era de Berlín; en su juventud conoció al socialista austriaco Friedrich Adler (1879-1960). <<

[9] *Yo, Claudio:* se trata de la popular novela histórica de Robert Graves (1895-1985) *I, Claudius* (1934). <<

[10] *«apartado de correos»:* desde finales de 1941, Klemperer escondía las últimas hojas del diario en diferentes carpetas de apuntes sobre historia de la literatura, antes de que su mujer las pusiera a salvo en casa de Annemarie Köhler, en Pirna. <<

[11] *Curriculum:* cuando a fines de 1938 Klemperer ya no pudo utilizar las bibliotecas públicas, tuvo que interrumpir su trabajo sobre la *Historia de la literatura francesa del siglo XVIII.* A principios de 1939 empezó a escribir su autobiografía, que apareció, editada por Walter Nowojski, con el título *Curriculum vitae. Erinnerungen eines Philologen 1881-1918* (‘Curriculum vitae. Recuerdos de un filólogo, 1881-1918’), 2 vols., editorial Rütten & Loening, Berlín, 1989. <<

[12] *fábrica Goehle:* filial de Zeiss-Ikon en Dresde; producía espoletas graduadas para torpedos y obuses; allí trabajaban 300 judíos puestos a disposición de la fábrica por la Gestapo. <<

[13] *guerra judía:* alusión a la obra de Flavio Josefo (37-100 d.C.) *La historia de la guerra judía,* sobre el levantamiento de los judíos contra Roma (66-70). En *LTI,* en el capítulo «La guerra judía», escribe Klemperer: «¡La guerra judía! El Führer no ha inventado tal cosa, tampoco sabía nada, indudablemente, de Flavio Josefo, sólo se habrá enterado casualmente, por algún periódico o por el escaparate de alguna librería, de que el judío Feuchtwanger ha escrito una novela titulada *Der jüdische Krieg (La guerra de los judíos,* Madrid, 1993)». <<

[14] *Ernst Kreidl:* el propietario de la *Judenhaus* de la Caspar-David-Friedrich-Strasse 15 b, en Dresde-Strehlen, donde Eva y Victor Klemperer tenían alquiladas dos habitaciones desde que fueron expulsados de su casa de Dölzschen el 24 de mayo de 1940. Su esposa no judía, Elsa Kreidl, nunca pudo saber por qué su marido fue detenido y encarcelado en noviembre de 1941. <<

[15] *los Kreidl:* Ida Kreidl, cuñada de Ernst Kreidl, viuda de Arthur Kreidl, propietario de una conocida tienda de deportes de Dresde que había sido «arianizada» en 1938, y su hijo Paul Kreidl; ambos vivían también en el inmueble de la Caspar-David-Friedrich-Strasse 15 b. <<

[16] *Kätchen-Sara:* Käthe Voss (1882-1943), viuda del director (no judío y católico) de una empresa de seguros de Renania; vivía asimismo en la *Judenhaus* de la Caspar-David-Friedrich-Strasse 15 b y compartía piso con los Klemperer. El apéndice «Sara» que añade Klemperer al nombre propio ironiza lo absurdo de la orden del 18 de septiembre de 1939, por la que los judíos estaban obligados a añadir a su nombre propio el de Sara o Israel. <<

[17] *en Riga, judíos evacuados*: a finales de noviembre de 1941, unos 50.000 judíos de diversas ciudades alemanas fueron deportados a Riga (capital de Letonia, en el Báltico). <<

[18] *la ofensiva rusa… por el centro*: el 9 de enero de 1942, el frente noroccidental soviético inició una ofensiva contra el punto de unión de los grupos de ejércitos norte y centro alemanes. La Wehrmacht se vio obligada a hacer retroceder el frente. <<

[19] *Maximilian Müller-Jabusch:* redactor, durante algún tiempo, de la sección cultural del *Vossische Zeitung*; Klemperer lo conoció durante la primera guerra mundial, cuando era redactor del *Wilnaer Zeitung*. <<

[20] *«saludo götziano»* (llamado también «saludo suabo»): alusión a la célebre y «viril» respuesta de Götz von Berlichingen, caballero de la nobleza suaba, en la pieza de Goethe del mismo nombre. En el acto III, escena IV, Götz, caudillo de la guerra del Campesinado, dice a un mensajero imperial que su capitán «puede lamerle el culo» *(er kann mich im Arsch lecken):* «Dile a tu capitán que yo, como siempre, tengo el debido respeto a su majestad imperial. Pero que él, díselo, él puede lamerme el culo». La última parte de la frase fue expurgada en ediciones posteriores a la de 1773 y sustituida por puntos suspensivos *(er kann mich…)*. La expresión «saludo suabo» ha pasado al lenguaje actual como expresión eufemística de su contenido. *(N. de la T.)* <<

[21] *cras tibi* (latín):‘mañana (te toca) a ti’. <<

[22] *Ernemann:* Alexander Ernemann era el director de las fábricas Gehle de Dresde. <<

[23] *Arbeitseinsatz* (‘misión de trabajo’): el sustantivo *Einsatz*, así como el verbo correspondiente *einsetzen*, han sido ya objeto del interés filológico de Klemperer en varias ocasiones. *(N. de la T.)* <<

[24] *forse che si, forse che no* (italiano):‘tal vez sí, tal vez no’. <<

[25] *Landtag:* parlamento de un Land. *Lippe:* antiguo principado, al noroeste de Alemania, al oeste del Weser; en 1870 pasó a formar parte del Imperio alemán, en 1919 se convirtió en un Land republicano y en 1933 fue absorbido por el Estado central nacionalsocialista como distrito de Westfalia-Norte. En las elecciones del 15 de enero de 1933, el Landtag de Lippe tuvo gran mayoría nacionalsocialista. *(N. de la T.)* <<

[26] *al frente:* desde el otoño de 1915 hasta la primavera de 1916, Victor Klemperer luchó en el frente de Flandes como artillero. <<

[27] *Paulig*, dueña de una biblioteca circulante. <<

[28] *Ben Hur:* novela del norteamericano Lewis Wallace (1827-1905), publicada en 1880. <<

[29] *Richard Katz*: antiguo comerciante, vivía en la *Judenhaus* de la Caspar-David-Friedrich-Strasse 15 b. Había luchado en el cuerpo de caballería, era de ideología radicalmente nacional-alemana y tenía debilidad por todo lo militar. <<

[30] *Martin:* Martin Sussmann, médico; marido de la hermana menor de Victor Klemperer, Valeska (Wally, 1877-1936); a principios de 1939 emigró a Estocolmo, donde vivía una hija casada, Hilde. <<

[31] *Robert Bruck* (1863-1942): especialista en historia del arte; de 1912 a 1931, profesor de la TH de Dresde (rector en 1927-1928). <<

[32] *Feder:* Hans Feder, magistrado del Tribunal Regional, y su mujer conocían a los Klemperer desde 1939; Hans Feder era miembro activo de la Iglesia confesante. <<

[33] *Caroli Stern*: Caroline Hirschberg, de soltera Stern, prima de Hans Meyerhof, amigo de Victor Klemperer de la época en que ambos eran aprendices (1897-1899) en la empresa de exportación Löwenstein & Hecht. <<

[34] *Lissy Meyerhof:* hermana de Hans Meyerhof; vivía en Berlín. <<

[35] *una tarjeta de Grete:* Margarete (Grete), viuda de Riesenfeld (1867-1942), la hermana mayor de Victor Klemperer. <<

[36] *D'outre-tombe* (francés):'de ultratumba'. Tal vez sea una alusión de Klemperer a las *Mémoires d'outre-tombe*, de Chateaubriand. <<

[37] *Rommel:* Erwin Rommel (1891-1944), mariscal de campo, comandante de las tropas alemanas enviadas a Libia. Luchó contra los ingleses (Montgomery) hasta octubre de 1943, fecha en que regresó a Europa. Simpatizó con los conjurados del 20 de julio de 1944 y fue obligado a suicidarse. Hitler le organizó un gran entierro oficial. <<

[38] *República de los Consejos (Räterepublik*): breve intento revolucionario (abril de 1919), aplastado por las fuerzas del ejército, de proclamar en Baviera una república socialista según el modelo soviético. *(N. de la T.)* <<

[39] *Eisner:* Kurt Eisner (1867-1919), político socialdemócrata de Baviera. Fue asesinado por un estudiante nacionalista. <<

[40] *Darlan:* François Darlan (1881-1942), almirante y jefe del ejército francés del gobierno de Vichy; se rindió después del desembarco de las tropas aliadas en el norte de África y poco después fue asesinado por un partidario de De Gaulle. <<

[41] *a Pirna:* en este pueblecito, cerca de Dresde, dirigía una clínica (junto con Friedrich Dressel) una vieja amiga de los Klemperer, Annemarie Köhler (1892-1948). Debido a los numerosos registros que sufrían las casas de los judíos, desde finales de 1941 Eva Klemperer llevaba allí, a intervalos, los manuscritos y los apuntes del diario de su marido, para ponerlos a salvo de la Gestapo. <<

[42] *que murió papá:* Wilhelm Klemperer (1839-1912), rabino en Landsberg an der Warthe, después en Bromber, y desde 1890, segundo predicador de la Comunidad Reformada Judía de Berlín. <<

[43] *mis artículos para el «Leipziger NN»:* de febrero a mayo de 1919 aparecieron bajo seudónimo en el *Leipziger Neuesten Nachrichten* seis artículos de Victor Klemperer. Los escribió en Múnich y en ellos comentaba desde la perspectiva de un *Privatdozent* universitario los disturbios de la «República de los consejos» y la represión subsiguiente. <<

[44] *nuevos éxitos en el frente oriental:* una contraofensiva alemana en Vjasma, en el sector central del frente oriental, llevó al cerco del 33 ejército soviético y del 4º cuerpo de paracaidistas, que tuvieron que capitular el 15 de abril de 1942. <<

[45] *el doctor Friedheim:* Sally Friedheim, antiguo banquero, convecino en la *Judenhaus* de la Caspar-David-Friedrich-Strasse 15 b. <<

[46] *Rostoski:* Otto Rostoski (1872-1962), internista, director del departamento de medicina interna del Hospital de Dresde-Friedrichstadt. <<

[47] *el doctor Magnus:* Fritz Magnus-Alsleben. <<

[48] *el doctor Katz*: Willy Katz (1878-1947), internista, cirujano y ginecólogo, fue el único médico judío de Dresde que pudo ejercer durante la guerra. <<

[49] *il faut s'abêtir* (francés):'hay que embrutecerse'. <<

[50] *Matthias:* Ernst Matthias, director de la cervecería Dresdner Brauerei am Feldschlösschen. <<

[51] *cuando yo aprendía el oficio de artillero:* en julio de 1915, Klemperer ingresó como voluntario de guerra en el 7º regimiento bávaro de artillería. La instrucción duró hasta el otoño de 1915. <<

[52] *torre del agua:* se refiere a la Torre de Bismarck. <<

[53] *Moreau:* Jean Victor Moreau (1763-1813), general francés. Desterrado por Napoleón, combatió contra él y murió en la batalla de Dresde. <<

[54] *bibliografía de Lanson: Manuel bibliographique de la littérature française moderne* (5 vols., 1910-1912) de Gustave Lanson (1857-1934), historiador de la literatura. <<

[55] *«matrimonio privilegiado»:* el matrimonio mixto con hijos educados como alemanes (bautizados) y residentes en Alemania. No tenían que vivir en casas de judíos ni llevaban la estrella. Los Klemperer no eran «privilegiados» porque no tenían hijos. <<

[56] *Lowenstein & Heck:* empresa exportadora de Berlín, Alexandrinenstrasse. Klemperer fue allí aprendiz de comercio entre 1897 y 1899. <<

[57] *nombres de antiguos colegas:* Gustav Anton Zeuner (1828-1907), ingeniero; entre 1873 y 1890, profesor de la TH de Dresde; especialista en mecánica técnica, termodinámica e hidráulica. Walter Hempel (1851-1916), químico; entre 1879 y 1912, profesor de química inorgánica en la TH de Dresde. <<

[58] *mano que lleva pala en la semana:* paráfrasis del *Fausto* de Goethe (1, escena «Ante la puerta»: «La mano que lleva el sábado su escoba / te acariciará mejor el domingo». <<

[59] *Pippa: Und Pippa tanzt!* (‘¡Y Pippa baila!’), drama (estrenado en 1906) de Gerhart Hauptmann (1862-1946). Se desarrolla en Silesia, en un ambiente de obreros del vidrio. <<

[60] *JMA = Jüdische Märchen-Agentur:*‘Agencia de cuentos judíos’. <<

[61] *Jettchen:* se trata de la saga familiar en dos volúmenes *La historia de Jettchen Gebert* (Jettchen Gebert, 1906, y Henriette Jacoby, 1909), de Georg Hermann (1871-1943), novelista y crítico de arte que emigró en 1933 a Holanda; después de la ocupación fue deportado a Auschwitz y asesinado. <<

[62] *Estreicher:* Willy Estreicher, empleado de la Comunidad Judía de Dresde, había sido detenido a finales de 1941. <<

[63] *II faut que l’Allemagne perde la guerre. – Faut pas parlerl* (francés):‘Es necesario que Alemania pierda la guerra. – ¡No se puede hablar!’. <<

[64] *Westmark:* designación, no oficial, de las zonas francesas de habla alemana (Alsacia-Lorena). Término creado analógicamente a *Ostmark,* designación oficial de Austria después de la anexión. *(N. de la T.)* <<

[65] *non si sa mai* (italiano):‘nunca se sabe’. <<

[66] *Regnavi: sum sine regno* (latín):'He reinado: estoy sin reino'. <<

[67] *Isakowitz*: Erich Isakowitz, dentista. Emigró a Inglaterra con su familia en 1936. <<

[68] *aquel segundo en que tembló la tierra en Nápoles:* en el curso académico 1914-1915, Klemperer fue lector en la Universidad de Nápoles; el 14 de enero de 1915 hubo en esa ciudad un fuerte terremoto. <<

[69] *nuestro coche rodó sobre el sembrado:* en octubre de 1938, los Klemperer tuvieron un accidente de coche; el automóvil se salió de la carretera y quedó averiado. <<

[70] *Fetscher:* Rainer Fetscher (1895-1945), médico y desde 1928 profesor de la TH de Dresde. Destituido en 1933. Enemigo del régimen, fue abatido por un SS en mayo de 1945, cuando se dirigía al encuentro de los soldados soviéticos. <<

[71] *Que sais-je?* (francés):‘¿Qué sé yo?’. Frase de Miguel de Montaigne (1552-1592), citada con frecuencia por Klemperer. <<

[72] *Ziegler:* Theobald Ziegler, *Die geistigen und sozialen Strömungen des neunzehnten Jahrhunderts* ('Las tendencias espirituales y sociales del siglo XIX'), Berlín, 1901. <<

[73] *que heredé de la biblioteca de Gerstle:* Hans Gerstle, director de una fábrica de sucedáneo de café, emigró con su mujer a Inglaterra en el verano de 1936. <<

[74] *Ricordati* (italiano):‘acuérdate’. <<

[75] *el guardamuebles:* cuando fueron expulsados de su casa, los Klemperer tuvieron que dejar casi todo el mobiliario en un guardamuebles. <<

[76] *vel femina* (latín):‘o mujer’. <<

[77] *doctor Glaser:* Fritz Salo Glaser (1876-1956), abogado; conocido coleccionista de objetos de arte de Dresde. <<

[78] *Breit:* James Breit (1872-1936), abogado y notario; desde 1926, profesor honorario de la TH de Dresde. <<

[79] *Gimpel:* Bruno Gimpel (1886-1943), pintor y grabador; se suicidó el 28 de abril de 1943. <<

[80] *Cohn:* empleado de la Comunidad Judía de Dresde. <<

[81] *la señorita Ludwig:* empleada doméstica de Sally Friedheim. <<

[82] *he oído hablar de Auschwitz:* Klemperer oyó hablar de Auschwitz por primera vez en marzo de 1942. El campo (de concentración y de exterminio) fue construido en mayo de 1940. El primer empleo masivo de prisioneros de Auschwitz en la industria alemana tuvo lugar en marzo de 1941, el 3 de septiembre de 1941 se hicieron las primeras «pruebas de gaseamientos» humanos con el gas Zyklon B. <<

[83] *Karl May* (1842-1912): popularísimo novelista alemán, autor de novelas del Oeste, creador del héroe apache Winnetou. Su obra comprende 73 volúmenes, en lengua alemana se han publicado más de 50 millones de ejemplares de sus obras. *(N. de la T.)* <<

[84] *los Reichenbach:* Martin Reichenbach, antiguo abogado, que asesoraba a los miembros de la Comunidad Judía en asuntos relativos a la emigración, y su mujer. Klemperer los conocía desde 1941. <<

[85] *a piú non posso* (italiano):‘a más no poder’. <<

[86] *Arthur Rosenberg* (1889-1943): historiador y político alemán. Miembro del Partido Comunista Alemán, emigró a Estados Unidos en 1933. Escribió, entre otras obras, *Die Entstehung der deutschen Republik 1871-1918* (‘Los orígenes de la república alemana, 1871-1918’), Berlín, 1928. *(N. de la T.)* <<

[87] *Basil Zaharoff* (1849-1936): industrial del sector bélico, traficante de armas, agente del servicio secreto británico. Influyó notablemente en la carrera de armamento que contribuyó al estallido de la primera guerra mundial. <<

[88] *250 gramos de pan:* es la ración diaria. <<

[89] *ankurbeln:* literalmente,‘poner en movimiento con una manivela’; procede de la época en que el motor se ponía en marcha haciendo girar una manivela *(Kurbel)*. *(N. de la T.)* <<

[90] *Cebión:* vitamina C. *(N. de la T.)* <<

[91] *Ismar Elbogen* (1874-1943): historiador; emigró en 1938 a Estados Unidos. Casado con una hermana del director de orquesta Otto Klemperer, primo de Victor Klemperer. La obra *Geschichte der Juden in Deutschland* se publicó en Berlín en 1935. <<

[92] *Disraeli:* Benjamin Disraeli (1804-1881), estadista y escritor inglés, descendiente de una familia de judíos venecianos que se trasladó a Inglaterra en el siglo XVIII. Miembro del partido Tory, fue tres veces ministro de Hacienda y primer ministro durante siete años. Durante su mandato hizo coronar a la reina Victoria como emperatriz de la India y consiguió la anexión de Chipre. Su obra *Tancred or the New Crusade* ('Tancredo o la nueva cruzada') apareció en 1847. <<

[93] *Neumark*: Ernst Neumark, abogado; delegado en Dresde, bajo la supervisión de la Gestapo, de la Unión de los judíos de Alemania. En julio de 1946, detenido por las autoridades soviéticas por su colaboración con la Gestapo. Murió en una prisión soviética. <<

[94] *Berger:* dueño de una tienda de comestibles de Dölzschen. En abril de 1940, alquiló la casa de los Klemperer e instaló allí su tienda. Klemperer tuvo que concederle el derecho de tanteo a un precio mínimo. <<

[95] *el Dix-huitième:* se refiere a la *Historia de la literatura francesa del siglo XVIII*, obra en la que Klemperer había trabajado desde 1933, hasta que la prohibición de utilizar la Landesbibliothek le obligó a interrumpirla. El primer volumen apareció en 1954, el segundo, como obra póstuma, en 1966. <<

[96] *Beneficium dare socialis res est* (latín):‘la beneficencia es cosa social’. <<

[97] *mendelssohniano:* se refiere a Moses Mendelssohn (1729-1786), filósofo alemán, autodidacta, amigo de Lessing; gran representante de la Ilustración, se esforzó por llevar al judaísmo alemán a la modernidad. Tradujo varios libros del Antiguo Testamento al alemán y luchó por la tolerancia religiosa (fue el modelo real de *Natán el sabio,* de Lessing). *(N. de la T.)* <<

[98] *Abraham Geiger* (1810-1874): rabino y estudioso del judaísmo, máximo representante de la Iglesia reformada judía en Alemania. <<

[99] *Richard Benz* (1884-1966): historiador y escritor, musicólogo e historiador de la literatura. <<

[100] *Steinthal*: Chajim Heymann Steinthal (1823-1899), *Über Juden und Judentum. Vortrag und Aufsätze* (‘Sobre los judíos y el judaísmo. Conferencia y artículos’), ed. de Gustav Karpeles, Berlín, 1925. <<

[101] *Houston Stewart Chamberlain* (1855-1927): escritor de origen inglés, filósofo de la historia. Se casó con la hija de Richard Wagner, Eva, y tomó la nacionalidad alemana en 1916. En *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts* (‘Los fundamentos del siglo XIX’) propugna una ideología místico-nacionalista, de gran importancia para el desarrollo de la teoría de la raza del nacionalsocialismo. <<

[102] *Friedemann Bach:* novela de Albert Emil Brachvogel (1824-1888). <<

[103] *Köhler:* era el encargado de asuntos judíos, representante del jefe de distrito del NSDAP de Dresde. Tenía un despacho en la oficina de la Comunidad Religiosa Judía, en la Zeughausstrasse. <<

[104] *en mi «Historia de la literatura francesa»:* se refiere a su obra *Die französische Literatur von Napoleon bis zur Gegenwart*, vols. 1-3, Leipzig, Berlín, 1925-1931. <<

[105] *un candelabro de la Januká*: candelabro de ocho lámparas para la «fiesta de la dedicación» o de las luces, que se celebra en diciembre, en recuerdo de la nueva dedicación del templo de Jerusalén, después de su profanación por Antíoco IV Epifano, rey de Siria. <<

[106] *Aussig:* en checo, Usti nad Labem, capital del distrito Bohemia septentrional, en la orilla izquierda del Elba. Centro industrial y carbonero. *(N. de la T.)* <<

[107] *H.G. Wells* (1866-1946): escritor inglés. Escribió novelas de ciencia ficción *(La isla del doctor Moreau, El hombre invisible)* comparables a las de Julio Verne, muchas de ellas adaptadas al cine, obras de utopía sociológica de influencia socialista y libros de divulgación, como *A Short History of the World* ('Corta historia del mundo'), publicada en 1922. *(N. de la T.)* <<

[108] *declaración gubernamental:* el 25 de abril de 1942, Hitler fue proclamado por el Reichstag *Oberster Gerichtsherr* (‘magistrado supremo’). <<

[109] *casación (Kassation):* sanción militar por la que «un cabo o suboficial es destituido pasando a la condición de soldado raso». *(N. de la T.)* <<

[110] *Arthur Eloesser* (1870-1938): historiador de la literatura, escritor y publicista. Crítico literario del *Vossische Zeitung*. Su obra *Vom Ghetto nach Europa*. *Das Judentum im geistigen Leben Europas* (‘Del gueto a Europa. El judaísmo en la vida espiritual de Europa’) apareció en 1936. <<

[111] *estilo enciclopédico:* la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (1751-1772), la obra estándar de la Ilustración francesa, a menudo tenía que estar escrita en un lenguaje oscuro o cifrado, debido a la censura del estado absolutista francés. Para este modo de escribir Klemperer acuñó el término «estilo enciclopédico». <<

[112] *Holitscher:* Arthur Holitscher (1869-1941), escritor austriaco, autor de novelas, obras de teatro y libros de viaje. Emigró en 1933. El reportaje *Reise durch das jüdische Palästina* (‘Viaje por la Palestina judía’) apareció en 1922. <<

[113] *Heinrich Spiero* (1876-1947): lírico, novelista y crítico literario. Pese a su origen judío se quedó en Alemania; fundó el Paulusbund (‘Sociedad de San Pablo’), para los judíos perseguidos de religión cristiana, sociedad que dirigió hasta que fue prohibida en 1936. En 1935 fue nombrado por Hinkel, director de la *Reichskulturkammer* (‘Cámara cultural del Reich’), director de la Unión cultural de los cristianos no arios. *Schicksal und Anteil* (‘Destino y participación’) fue publicado en 1929. <<

[114] *Heyse:* Paul Heyse (1830-1914), narrador, dramaturgo y poeta lírico. Fue el primer escritor alemán que recibió el Premio Nobel (1910). <<

[115] *clasicismo weimariano:* de Goethe y Schiller. *(N. de la T.)* <<

[116] *Eduard Simson* (1810-1899): 1867-1874, presidente del Reichstag, 1879-1891, presidente del *Reichsgericht* (‘Tribunal Supremo del Reich’) de Leipzig. <<

[117] *Reuter:* Fritz Reuter (1810-1874), novelista alemán, autor sobre todo de novelas autobiográficas, escritas en dialecto bajo alemán *(Plattdeutsch*). <<

[118] *Kutzbach:* Karl Kutzbach (1875-1942), ingeniero mecánico, profesor de la TH de Dresde.<<

[119] *Tohuwabohu:* novela satírica de Sammy Gronemann (1875-1952), escritor alemán, uno de los principales representantes del movimiento sionista; emigró a Palestina en 1936. El término *Tohuwabohu* procede del yiddish y en alemán coloquial actual significa‘caos, lío, confusión’. <<

[120] *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister:* esta novela de Goethe, que, junto con *Anton Reiser* de K.P. Moritz (1756-1793), constituye el modelo de la llamada «novela de formación», fue publicada entre 1821 y 1929. <<

[121] *Kertsch:* el 13 de mayo de 1942, los alemanes hicieron retroceder el frente ruso de Crimea, donde está situada la península de Kertsch. Tres días después, fue también conquistada la ciudad de Kertsch, en el este de la península. <<

[122] *Häckerle*: especie de pasta, que se untaba en el pan, a base de arenques picados y mezclados con tocino o carne y cebollas picadas. *(N. de la T.)* <<

[123] *Herzl:* Theodor Herzl (1860-1904), escritor y político austriaco, fundador del sionismo político, cuyos objetivos están expuestos en su libro *Der Judenstaat* (‘El Estado judío’) (1896). Fue el primer presidente del Movimiento Mundial Sionista y el promotor del Estado de Israel. <<

[124] *Walzel:* Oskar Walzel (1864-1944), profesor de historia de la literatura, editor desde 1923 del *Handbuch der Literaturwissenschaft* (‘Manual de literatura’). <<

[125] *Ludwig Herz:* antiguo magistrado de Berlín, primo de Fritz Marckwald. <<

[126] *Marckwald:* la esposa de Max Liebermann, el gran pintor impresionista alemán muerto en 1935, se llamaba de soltera Marckwald. Se suicidó en 1943 el mismo día que iba a ser deportada. <<

[127] *Emil Rathenau* (1838-1915): gran industrial, padre de Walther Rathenau. Este último fue ministro de Asuntos Exteriores durante la República de Weimar y cayó víctima de un atentado, por parte de la derecha nacionalista y antisemita, en junio de 1922. <<

[128] *Torgau:* ciudad a orillas del Elba, cerca de Leipzig. *(N. de la T.)* <<

[129] *la señora Schaps:* Jenny Schaps (1867-1950) tenía gran amistad con los Klemperer desde 1921. Era la madre de Toni Gerstle, esposa de Hans Gerstle, director de una fábrica de higos torrefactados (como sucedáneo de café), y de Liesel Sebba, esposa del abogado Julius Sebba. Emigró a Inglaterra en 1938. <<

[130] *Kraft durch Freude* (‘Fuerza a través de la alegría’) o *KDF*: organización nacionalsocialista encargada de estructurar el tiempo libre: excursiones, viajes, conciertos, deportes, a precios módicos. El capital provenía en gran parte del dinero confiscado a los sindicatos obreros en 1933. <<

[131] *Kunst der Fingerfertigkeit* (‘Arte de la agilidad de los dedos’ o‘Arte del virtuoso’): el título exacto (que Klemperer cita correctamente el 16 de octubre de 1943) es *Schule der Fingerfertigkeit*, obra principal de Karl Czerny (1791-1857), compositor y pianista austriaco, discípulo de Beethoven. *(N. de la T.)* <<

[132] *«libro de la estirpe»:* especie de «pasaporte genealógico» para demostrar la pureza de sangre aria del interesado. *(N. de la T.)*<<

[133] *Je n'en ai qu'un très faible espoir* (francés):'sólo tengo una debilísima esperanza'. <<

[134] *Eva Chamberlain-Wagner:* la hija de Richard Wagner, Eva Wagner, estaba casada con el filósofo británico H.S. Chamberlain. <<

[135] *«Paseos» berlineses de su primo*: *Spaziergänge im Damals. Aus dem alten Berlín* (‘Paseos en aquel entonces. Sobre el viejo Berlín’), apuntes (1933) de Ludwig Herz. <<

[136] *El mito del siglo XX*: obra de Alfred Rosenberg (1893-1946), ideólogo nacionalsocialista, director del periódico del Partido *Völkischer Beobachter.* De 1941 a 1945, ministro de los territorios ocupados del este. Condenado a muerte en Nuremberg. <<

[137] *Karl Vossler* (1872-1949): romanista e hispanista, cátedras en Heidelberg y Múnich; en 1937 jubilación forzosa. Después de 1945, rector de la Universidad de Munich. Klemperer fue alumno suyo en Munich y su influencia fue decisiva para la orientación de sus estudios. <<

[138] *La legislación de Licurgo y de Solón*: Licurgo, el mítico legislador de Esparta, vivió en el siglo IX a.C. Solón, legislador de Atenas y poeta, uno de los «siete sabios» de Grecia, vivió en los siglos VII-VI a.C. <<

[139] *coincide en alto grado con Rousseau:* Klemperer alude al *Contrato social* (1762). <<

[140] *«Paraíso soviético»:* el 18 de mayo de 1942, miembros del grupo de resistencia judío «Herbert Baum», cometieron un atentado contra la exposición de propaganda nazi «El paraíso soviético», en el Lustgarten de Berlín. Como represalia, entre el 27 y el 29 de mayo fueron detenidos y ejecutados 154 judíos de Berlín, junto con otros 96 prisioneros del campo de concentración de Sachsenhausen. Las familias de esos 154 judíos fueron deportadas a Theresienstadt, otros 250 judíos a Sachsenhausen y a Auschwitz. 28 miembros del grupo Baum fueron ejecutados en la cárcel de Plötzensee. <<

[141] *Heydrich:* Reinhard Heydrich (1904-1942), jefe de la policía alemana desde 1934, *SS-Obergruppenführer* y jefe del *Reichssicherheitshauptamt* (‘Servicio central de la seguridad del Reich’), «protector del Reich» en Bohemia y Moravia a partir de septiembre de 1941. Murió en Praga, a consecuencia de un atentado cometido por patriotas checos, en 1942. <<

[142] *NSV:* Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (‘Beneficencia pública nacionalsocialista’). <<

[143] *Grätz:* Heinrich Grätz (1817-1891), historiador. Su *Historia de los judíos* apareció, ampliada después sistemáticamente, desde 1853. *(N. de la T.)* <<

[144] *Geflügelte Worte* (‘Palabras aladas/célebres’): de Georg Büchmann (1822-1884) constituye hasta el día de hoy una obra de consulta, reeditada incesantemente, que no falta en ningún hogar de la burguesía culta alemana. Es un repertorio de citas histórico-literarias, en varios idiomas, desde la Antigüedad grecolatina hasta la actualidad. *(N. de la T.)* <<

[145] *Dubnow:* Semion Dubnow (1860-1941), historiador judeo-ruso, profesor en Petrogrado, emigró en 1922 a Berlín, en 1933 a Riga, donde fue asesinado cuando los alemanes ocuparon esa ciudad. Klemperer leía *Mi vida*, la autobiografía aparecida en 1937. <<

[146] *Änny Klemperer*: Anna Klemperer (1885-1963), de soltera Schott, viuda de Berthold Klemperer (1871-1931), abogado, hermano de Victor Klemperer. <<

[147] *sus hijos:* Georg Klemperer (n. en 1918), más tarde ingeniero, y Peter Klemperer (n. en 1928), más tarde psiquiatra y psicoterapeuta.<<

[148] *Monna Vanna:* heroína de un drama del mismo nombre de Maurice Maeterlink (1862-1949). En una escena capital de la obra, Monna Vanna está desnuda debajo del abrigo. <<

[149] *el bombardeo de Colonia:* en la noche del 30 al 31 de mayo de 1942, Colonia fue el objetivo del primer ataque aéreo británico a una ciudad alemana. Hubo 475 muertos, y 45.000 habitantes quedaron sin hogar. <<

[150] *dos tipos que ya conocía:* se trata de los dos miembros de las SS, Arno Weser, «el escupidor» y Johannes Clemens, «el boxeador». Weser se suicidó en 1945, Clemens sobrevivió y nunca pagó sus crímenes como oficial de las SS. Sobre la «carrera» de Clemens (en 1944 fue uno de los responsables del asesinato en la Fosas Ardeatinas de 335 rehenes italianos y después de la guerra trabajó para el servicio secreto soviético), véase: Wolfgang Kraushaar, *Karriere eines Boxers* (‘Carrera de un boxeador’), en *Im Herzen der Finsternis. Victor Klemperer als Chronist der NS-Zeit* (‘En el corazón de las tinieblas. Victor Klemperer como cronista de la época nacionalsocialista’), ed. de Hannes Heer, Berlín, Aufbau-Verlag, 1997. <<

[151] *descastada:* el término alemán es *artvergessen:*‘olvidada de su raza’, es decir, persona que ha tenido relaciones sexuales con personas de otra raza (delito castigado por las leyes de Nuremberg). *(N. de la T.)* <<

[152] *Quiero dar testimonio hasta el final (Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten):* es la frase que dio título a la edición alemana de estos diarios y también a la nuestra. *(N. de la T.)* <<

[153] *Sieper:* Ernst Sieper, *Shakespeare und seine Zeit* (‘Shakespeare y su época’) (1907). <<

[154] *Bachofen:* Johann Jakob Bachofen (1815-1887), filólogo e historiador suizo, representante de la tendencia romántica en sus obras de filosofía de la historia. <<

[155] *Baeumler:* Alfred Baeumler (1887-1968), catedrático de filosofía y pedagogía en Dresde, desde 1933 en Berlín. Director de la sección «ciencias» que dependía de Alfred Rosenberg, «delegado del Führer para la supervisión de la instrucción y educación ideológica del partido nacionalsocialista». <<

[156] *:/:* signo de Klemperer que quiere decir‘contra’. <<

[157] *Spengler:* Oswald Spengler (1880-1936), filósofo de la historia; en su obra *La decadencia de Occidente* (1918-1922, ed. alemana) describe la evolución de las grandes civilizaciones, que, según él, están sometidas a las mismas leyes biológicas –crecimiento, madurez, muerte– de los seres vivos. <<

[158] *maestro Eckhart (c.* 1260-1327): filósofo, teólogo y místico alemán. Fue el primer gran filósofo en lengua alemana. Por su teoría del acceso a la deidad a través de la experiencia mística de la nada, puede ser considerado como una anticipación de san Juan de la Cruz (noche oscura). *(N. de la T.)* <<

[159] *Odín:* nombre nórdico del dios germánico Wotan. <<

[160] *Directores de orquesta del siglo XX:* se trata probablemente de *Der Dirigent im 20. Jahrhundert* (‘El director de orquesta en el siglo XX’) (1925) de Adolf Weissmann. <<

[161] *Theresienstadt:* en Theresienstadt (en checo, Terezin), pequeña ciudad de Bohemia, había desde noviembre de 1941 un campo de concentración que, tras la evacuación de los habitantes, abarcó la ciudad entera. Primero sirvió de campo de concentración para los judíos del «Protectorado de Bohemia y Moravia», desde comienzos de 1942, de gueto para judíos mayores de sesenta y cinco años y para judíos «privilegiados» de Alemania, Austria y del «Protectorado». Pero también fue el lugar en que se concentraban y por el que pasaban judíos destinados a los campos de exterminio. Hasta 1945 habían pasado por Theresienstadt unos 141.000 judíos, unos 35.000 murieron en la propia ciudad y sólo 14.000 sobrevivieron. <<

[162] *comandante Schindhelm:* el *SS-Obersturmbannführer* Hans-Gerhard Schindhelm fue hasta octubre de 1942 jefe adjunto de la Gestapo de Dresde y jefe de la sección IV, de triste memoria. <<

[163] *Gertrud Rüdiger*: ayudante en el seminario de filología germánica de la TH de Dresde y colaboradora de Oskar Walzel, historiador de la literatura, se convirtió pronto en rendida admiradora de Hitler y en entusiasta del nacionalsocialismo. <<

[164] *Edith Aulhorn* (1889-1947): ayudante en el seminario de filología germánica de Dresde; varios años ayudante en la Universidad de Edimburgo. A partir de 1933 y gracias a sus contactos en Inglaterra, ayudó a emigrar a judíos alemanes. <<

[165] *el barrio de Gusti Wieghardt*: Auguste Wieghardt-Lazar (1887-1970), escritora de origen judío, autora de cuentos infantiles. En 1920 se trasladó de Viena a Dresde, donde hizo gran amistad con los Klemperer. En 1939 se exilió a Inglaterra, desde 1949 de nuevo en Dresde. <<

[166] *Povera e nuda vai…* (italiano): *Povera e nuda vai, o filosofía* (‘Pobre y desnuda vas, oh filosofía’), según el *Cancionero* de Petrarca (7, 10). <<

[167] *Tobruk:* la conquista de Tobruk, en la costa oriental de la Cirenaica, el 26 de junio de 1942, permitía a los alemanes avanzar hasta Egipto. Tobruk fue definitivamente ocupada por Montgomery en diciembre de 1942. <<

[168] *«Camino con botas, con botas sin suelas»:* estribillo de una canción popular yiddish, véase 7 de mayo. *(N. de la T.)* <<

[169] *Beneš:* Edvard Beneš (1884-1948) dimitió como presidente de la República después de los Tratados de Múnich (1938) y se marchó a Estados Unidos. En 1940, tras la ocupación de Checoslovaquia por los alemanes, se trasladó a Londres donde se convirtió en presidente del gobierno checoslovaco en el exilio.
<<

[170] *la aldea… ya no existe:* como represalia por el atentado contra Heydrich, el 10 de junio de 1942, la aldea de Lidice fue totalmente arrasada por un comando de las SS. 201 habitantes fueron fusilados inmediatamente, 203 mujeres fueron deportadas al campo de Ravensbrück, 93 niños, deportados, para su «germanización», a campos de las SS. <<

[171] *de Georg:* Georg Klemperer (1865-1947), hermano mayor de Victor Klemperer y médico eminente. Desde 1905, profesor en la Facultad de Medicina de Berlín y desde 1906, director del Hospital de Berlín-Moabit. Especialista en metabolismo y alimentación, autor de obras fundamentales de la especialidad. El 4 de mayo de 1933 fue destituido de todas sus funciones. En 1936 emigró a Estados Unidos. <<

[172] *Hühnlein:* Adolf Hühnlein (1881-1942), general de división. Jefe del *NS-Kraftfahrerkorps* (‘servicio de transportes’), en 1940 responsable del transporte motorizado de todo el material de guerra. <<

[173] *Tejedores:* en *Los tejedores*, drama de Gerhart Hauptmann (1892), los Baumert, familia de tejedores, matan por hambre a su propio perro. <<

[174] *Lydia Rabinowitsch:* economista, cuñada de Eugen Lerch, colega de Victor Klemperer de la época de Múnich (1919-1920). Lydia Rabinowitsch era sionista convencida. <<

[175] *Eva Brandström:* alusión a Elsa Brandström (1888-1948). Hija del ministro plenipotenciario sueco en San Petersburgo, conocida como «el ángel de Siberia»; cuidó en los campos de concentración rusos a soldados enfermos de tifus y se consagró desinteresadamente a obras de caridad. Cuando Hitler quiso utilizarla para sus propios fines, su telegrama de respuesta decía: «No. Elsa Brandström-Ulich». Poco después, emigró con su marido, el filósofo y pedagogo Robert Ulich, hasta 1933 profesor universitario y consejero ministerial de Dresde, a Estados Unidos. <<

[176] *Delteil:* Joseph Delteil (1894-1978), poeta y ensayista francés. Su ensayo *Jeanne d’Arc* apareció en 1925. <<

[177] *Buber:* Martin Buber (1878-1965), escritor y filósofo judío, de origen austriaco, emigró en 1938 a Jerusalén. Buber propugnaba la renovación humana y política del judaísmo a partir del espíritu del hassidismo. Punto central de sus posiciones pedagógicas, religiosas y políticas era la relación inmediata con el prójimo y con lo Absoluto. En España encontró gran difusión su obra *¿Qué es el hombre*?, traducida al castellano. El resto de sus títulos existen en inglés (*Tales of the Hasidim*, 1991; *The Origin and Meaning of Hasidism,* 1988; *Hasidism and Modern Man*, 1988). <<

[178] *la frase de Jules Sebba:* Julius Sebba (1882-1959), abogado, docente de derecho marítimo internacional en la Escuela Superior de Comercio de Königsberg, tenía gran amistad con Victor y Eva Klemperer desde 1906; emigró con su familia a Palestina en 1933. <<

[179] *nuestro aniversario:* Eva y Victor Klemperer celebraban como aniversario de boda el 29 de febrero, día en que iniciaron su relación amorosa en 1904; se casaron el 16 de mayo de 1906. <<

[180] *Glückel von Hameln* (1646-1724): escritora de lengua yiddish, compuso un libro de *Memorias (c*. 1690-1719), de gran importancia para la historia familiar, cultural y económica de la clase media judía de Alemania en torno a 1700. <<

[181] *Chénier:* André-Marie Chénier (1762-1994) el más importante poeta lírico francés del siglo XVIII. Se adhirió al movimiento revolucionario, protestó contra los excesos del Terror y murió en la guillotina por orden de Robespierre. En su obra combinó la herencia grecolatina con la filosofía moderna. <<

[182] *ha caído Sebastopol:* después de intensos bombardeos, Sebastopol fue tomada por las tropas alemanas el 4 de julio de 1942; 97.000 soldados soviéticos fueron hechos prisioneros. <<

[183] *en el este ha empezado la gran ofensiva:* el objetivo de la ofensiva alemana de verano iniciada el 28 de junio de 1942 eran los campos de petróleo del Cáucaso y Stalingrado. Las tropas llegaron hasta Stalingrado y hasta el Elbrus, pero no llegaron a los campos de petróleo de Grosny ni a la frontera sur de la Unión Soviética. <<

[184] *parece que los ingleses han perdido Alejandría:* el *Afrika-korps* de Rommel se detuvo, por falta de refuerzos, ante la línea defensiva británica de El-Alamein. No llegó a Alejandría. <<

[185] *Cras mihi* (latín):‘mañana (me toca) a mí’. <<

[186] *Oldenbourg-Januschau:* Klemperer leía las *Memorias* del político Elard von Oldenbourg-Januschau (1855-1937), miembro del Reichstag. <<

[187] *Alfred Fabre-Luce* (1899-1983): escritor político francés, autor de un *Journal de la France. Mars 1939-juillet 1940*. <<

[188] *parece que Rommel ha sido frenado en Alejandría:* el 3 de julio de 1942, Rommel detuvo provisionalmente la ofensiva contra la posición de El-Alamein. Los frentes lucharon entonces en guerra de posiciones. <<

[189] *Krieck:* Ernst Krieck (1882-1947), pedagogo y fundador de la doctrina pedagógica nacionalsocialista. Klemperer había apoyado, aunque sin éxito, su candidatura a una cátedra de la TH de Dresde. <<

[190] *La historia de los diez pequeños maldicientes:* el título alemán de esta poesía satírica, muy difundida en la época nacionalsocialista, reza *Zehn kleine Meckerlein*, y es un calco de la canción infantil *Zehn kleine Negerlein* (‘Diez pequeños negritos’). Con el término *Mecker,* derivado del verbo *meckern* (‘refunfuñar, renegar’), designaba el régimen a todos los que disentían de él. *(N. de la T.)*<<

[191] *Ley:* Robert Ley (1890-1945), responsable de la «organización política» del NSDAP después de la caída de Strasser. Tras el desmantelamiento de los sindicatos obreros, fundó en su lugar un sindicato vertical, *Deutsche Arbeitsfront.* Se ahorcó en su celda antes de que empezara el juicio de Nuremberg. La «v» es una alusión al posible origen judío de Ley («Levy»). <<

[192] *Oranienburg:* pequeña ciudad cerca de Berlín, en cuyo campo de concentración, establecido ya en 1933, fueron internados y asesinados muchos enemigos del régimen. <<

[193] *la Wengler:* Ellen Wengler; hermana del profesor de instituto y lector de italiano en la TH de Dresde, Heinrich Wengler, había hecho posible que los Klemperer construyeran su casa en 1934, dándoles un préstamo hipotecario de 12.000 marcos, pagaderos en ocho años. <<

[194] *Werner von Siemens* (1816-1892): técnico, inventor e industrial. Sus *Memorias* aparecieron en 1892. <<

[195] *Spielhagen:* Friedrich Spielhagen (1829-1911), novelista y autor de relatos, dramaturgo y teórico de la novela y del drama. <<

[196] *Tante Voss* ('tía Voss'): el *Vossische Zeitung*, diario berlinés. *(Nota tomada de la edición francesa.)* <<

[197] *Oskar Blumenthal* (1852-1917): comediógrafo y director de teatro; de 1875 a 1887, director de la sección cultural del *Berliner Tageblatt;* en 1887 fundó el Lessingtheater de Berlín, que dirigió durante diez años. <<

[198] *Hindemith:* Paul Hindemith (1895-1963), compositor alemán, profesor de composición en Berlín. A raíz del estreno de algunas obras consideradas escandalosas por el gobierno del Tercer Reich (sobre todo, *Matías el pintor*), emigró en 1937 a Turquía y después a Estados Unidos (Yale). <<

[199] *Egmont:* tragedia en prosa de Goethe (1787). De la ópera de Beethoven del mismo título, es célebre sobre todo la obertura. <<

[200] *Paul Hartmann* (1889-1977): actor; de 1942 a 1945, presidente de la *Reichstheaterkammer* (‘Cámara de los teatros del Reich’). <<

[201] *Lehmann:* Lotte Lehmann (1885-1976), soprano norteamericana de origen alemán. De amplio repertorio lírico, sobre todo Strauss, Wagner y Puccini. Fue también notable cantante de *lieder.* <<

[202] *Historia de Estados Unidos: «Geschichte der Vereinigten Staaten» von Firmin Roz, übertragen und bearbeitet von Camille Recht* (‘Historia de Estados Unidos, traducida y revisada por Camille Recht’), París, 1930. <<

[203] *Muere una época: Eine Zeit stirbt*, último volumen de una serie de novelas sobre la burguesía judía de Berlín durante la época guillermínica. <<

[204] *el ministro Neurath:* se trata en realidad del ministro de la Guerra sajón Gustav Neuring (1879-1919), que el 12 de abril de 1919, durante una manifestación de inválidos de guerra, fue arrojado desde un puente al Elba.<<

[205] *Schoeps:* Hans-Joachim Schoeps (1909-1980), historiador de la filosofía y de las religiones; antisionista, era contrario a la entrada en Alemania de los judíos orientales y en su escrito *Wir deutsche Juden* defendió posturas claramente antisionistas. En 1938 emigró a Suecia; desde 1947, cátedra en Erlangen (Alemania occidental). <<

[206] *Seegurke:* literalmente,‘cohombro de mar, holoturia’. Palabra que a Klemperer le gustaba emplear también más tarde; él suponía que esos equinodermos vivían en el ano del organismo huésped. <<

[207] *BDM:* la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas, a la que pertenecían las jóvenes de catorce a dieciocho años. *(N de la T.)* <<

[208] *Sombart:* Werner Sombart (1863-1941), economista, historiador, sociólogo. Representante de la escuela histórica, autor de importantes obras sobre el proletariado. Simpatizó con el nacionalsocialismo, pero posteriormente se distanció de él. <<

[209] *Ricarda Huch* (1864-1947): novelista e historiadora alemana. En 1933 dejó de pertenecer voluntariamente a la Academia Prusiana de las Artes, en señal de protesta contra el régimen nacionalsocialista. La obra *Michael Bakunin y la anarquía* apareció en 1923. <<

[210] *lord Lansdowne:* Henry Petty-Fitzmaurice, Marquess of Lansdowne (1845-1927), político conservador británico; ministro de la Guerra de 1895 a 1900» de Exteriores de 1900 a 1905. Después de la Revolución de Octubre de 1917 exigió la paz inmediata con Alemania para luchar en común contra la Rusia soviética.
<<

[211] *diskrimieren,* en lugar de *diskriminieren* (‘discriminar’). *(N de la T.)*<<

[212] *Schönerer:* Georg Ritter von Schönerer (1842-1921), político austriaco; uno de los líderes del movimiento nacionalista alemán. Propugnó un antisemitismo radical; más tarde uno de los pioneros del movimiento de separación de Roma *(Los-von-Rom-Bewegung*). <<

[213] *Lueger:* Karl Lueger (1844-1910), político austriaco cristiano-social, radicalmente antisemita; desde 1897, alcalde de Viena. <<

[214] *Eiselberg:* Anton Freiherr (barón) von Eiselberg (1860-1939), cirujano; director de la clínica quirúrgica de la Universidad de Viena, maestro de muchos médicos eminentes. <<

[215] *Arthur Schnitzler* (1862-1931): dramaturgo y novelista austriaco que describió en sus dramas la sociedad vienesa de fin de siglo. <<

[216] *Vorwärts* ('¡Adelante!'): así sigue llamándose hoy el órgano central del SPD (Sozialistische Partei Deutschlands). *(N. de la T.)* <<

[217] *el segundo hijo de Berthold:* Peter Klemperer, entonces todavía estudiante de bachillerato. <<

[218] *nisi* (latín):‘a no ser que, si no’. <<

[219] *Dopo lavoro* (italiano):‘después del trabajo’; abreviatura de *Opera Nazionale Dopolavoro*, organización del tiempo libre en la Italia fascista que sirvió de modelo a la organización alemana *Kraft durch Freude* (‘Fuerza a través de la alegría’). <<

[220] *Hauptschule:* literalmente,‘escuela principal’. Escuela que abarca los años escolares posteriores a los cuatro años de la *Grundschule o* escuela primaria. Creada en la época nazi según el modelo austriaco, subsiste hasta hoy (con seis años escolares) en casi todos los Länder alemanes, paralelamente a la *Realschule* (seis años) y al *Gymnasium* (nueve años, o bien ocho años en la antigua República Democrática Alemana). *(N. de la T.)* <<

[221] *Altreich* (‘Antiguo Reich’): la Alemania anterior al *Grossreich* hitleriano, que incluía la antigua Austria (que después de la anexión recibió el nombre de *Ostmark*). *(N. de la T.)* <<

[222] *Bürgerschule:* tipo de escuela que existió en Alemania hasta 1918; comprendía entre ocho y diez años de estudios (hasta los catorce o dieciséis años) y, como su nombre indica (‘escuela para la burguesía’), su programa de estudios era superior al de la *Volksschule* (‘escuela para el pueblo’) pero inferior al del *Gymnasium* o instituto de bachillerato. *(N. de la T.)* <<

[223] *y en a tant* (francés):‘hay muchos como ése. <<

[224] *J’en doute* (francés):‘lo dudo’. <<

[225] *Asociación de cristianos no arios:* el nombre exacto era *Reichsverband nichtarischer Christen* (‘Unión de cristianos no arios’), fundada en 1933. <<

[226] *Grüber:* Heinrich Grüber (1891-1975), teólogo protestante. Miembro de la Iglesia confesante desde 1933, fundó en su parroquia de Berlín, en 1937, un «Puesto de socorro para judíos cristianos» que, entre otras cosas, ayudaba a emigrar a Holanda. De 1940 a 1943, prisionero en los campos de Sachsenhausen y Dachau. Después de la guerra fue mandatario de la Iglesia protestante ante el gobierno de la República Democrática Alemana. <<

[227] *Duesterberg:* Theodor Duesterberg (1875-1950), segundo «jefe federal» del *Stahlhelm* y candidato del *Deutschnationale Volkspartei* ('Partido popular nacional alemán') a las elecciones presidenciales del Reich en 1932. El NSDAP impidió su elección declarando que Duesterberg era en parte de origen judío; después del «golpe» de Rohm, fue internado provisionalmente en el campo de Dachau. <<

[228] *Sedan:* la batalla de Sedan, 2 de septiembre de 1870, en la guerra franco-prusiana, llevó a la capitulación del ejército francés. <<

[229] *Harz:* macizo montañoso de Alemania central. *(N. de la T.)* <<

[230] *Richard Kroner* (1884-1974): filósofo, jefe de los neohegelianos alemanes. Desde 1929, cátedra en Kiel, después en Berlín. Emigró en 1938 a Inglaterra. Desde 1941, cátedra en Nueva York. <<

[231] *Paul Rohrbach* (1869-1956): escritor livonio. Su libro *Weltwandern in der Weltenwende* (‘Recorrer el mundo cuando cambia el mundo’) apareció en 1934 en la editorial Oldenbourg de Múnich. <<

[232] *bailarina Bonheim:* en 1938-1939 los Klemperer emplearon durante algún tiempo como asistenta a la antigua profesora de gimnasia Jetty Bohnheim. <<

[233] *Sefardíes y askenazíes:* así se denominan los dos grandes grupos de judíos europeos. Los sefardíes, que tomaron su nombre de *Sefarad* (‘España’, en hebreo), son los descendientes de los judíos que, expulsados de España y Portugal en 1492, se establecieron en los siglos XV y XVI en diversos países europeos, en el norte de África, en Oriente Próximo y en América y hablan hasta hoy el ladino o judeo-español. Askenazi es el nombre de un pueblo del Antiguo Testamento; desde el siglo XI se denomina así, en la literatura hebrea, a los alemanes; finalmente, fue el nombre que recibieron los judíos de Alemania y de Europa central y oriental. Este grupo creó una lengua propia, el yiddish. <<

[234] *nasci* (latín):‘nacer’. <<

[235] *Hohnstein:* la fortaleza de Hohnstein, cerca de Dresde, fue convertida en 1933-1934 en campo de concentración. <<

[236] *Dressel:* Friedrich Dressel (1892-1991), cirujano; desde 1937 dirigía, junto con Annemarie Köhler, una clínica privada. <<

[237] *more Dresdensi* (latín):‘a la manera de Dresde’. <<

[238] *Meyer:* Fritz Joachim y Heinz (Henry) Meyer estaban entre los 293 judíos de Dresde deportados a Auschwitz el 3 de marzo de 1943. Fritz Joachim Meyer, nacido el 26 de junio de 1926, murió de tifus a fines de marzo de 1943. Su hermano Heinz, nacido el 28 de mayo de 1925, sobrevivió y emigró a Estados Unidos donde hizo carrera como violinista (véase Norbert Haase, Stefi Jersch-Wenzel, Hermann Simon y Marcus Gryglewski, *Die Erinnerung bat ein Gesicbt* ('El recuerdo tiene un rostro'), Leipzig, Gustav Kiepenheuer Verlag, 1998, p. 200). *(Nota tomada de la edición francesa.)* <<

[239] *j’accuse* (francés): alusión a la célebre carta abierta (13 de enero de 1898) en la que Émile Zola tomó claro partido a favor del acusado en el «affaire Dreyfus». <<

[240] *comme une vieille édentée* (francés):‘como una vieja desdentada’. <<

[241] *Marta:* Marta Jelski (1873-1954), hermana de Victor Klemperer; a principios de 1939 emigró con su marido, Julius Jelski, antiguo predicador de la Comunidad Reformada Judía de Berlín, a Uruguay. <<

[242] *Walter Jelski* (1904-1958): sobrino de Victor Klemperer, hijo mayor de Marta y Julius Jelski; emigró a Palestina en 1933. <<

[243] *Kreutzberg:* Harald Kreutzberg (1902-1968), bailarín, coreógrafo y pedagogo alemán. Figura importante de la danza moderna alemana, fundó una escuela en Berna. Sus composiciones, en las que combinaba el drama y el humor, destacaban por sus invenciones escénicas. <<

[244] *Eppure* (italiano):‘y sin embargo’. <<

[245] *Weissensee:* gran cementerio judío de Berlín. *(N. de la T.)* <<

[246] *«vieja pesadilla» (alte Plag):* alusión a la vieja canción popular *Der Tod von Basel* (‘La muerte de Basilea’). <<

[247] *seu* (latín):‘ o bien’. <<

[248] *Erich Meyerhof:* hermano del amigo de juventud de Klemperer, Hans Meyerhof. Comerciante, en China hasta 1914. Emigró a Inglaterra después de 1933; al estallar la guerra, fue internado en Australia por los ingleses. Sus dos hijos, aunque eran «mestizos», fueron enrolados en la Wehrmacht. <<

[249] *Les faits nouveaux* (francés):‘las novedades’. <<

[250] *Natcheff:* Jordán Natcheff (1889-1983), ingeniero búlgaro. Después de haber estudiado en la TH de Dresde, abrió una biblioteca circulante. <<

[251] *Görlitz:* Walter Görlitz (1913-1991), historiador. Su libro *Sendung und Macht. Mussolini* (‘Misión y poder. Mussolini’) apareció en 1939. <<

[252] *Fontenelle:* Bernhard le Bovier de Fontenelle (1657-1757), escritor y filósofo francés.<<

[253] *Strehlen:* barrio en la zona sureste de Dresde. *(N. de la T.*) <<

[254] *Blasewitz:* barrio de Dresde, en la zona este. *(N. de la T.)* <<

[255] *prouesses* (francés):‘proezas’. <<

[256] *intento de desembarco de los ingleses en Dieppe:* en este intento, que duró nueve horas, cayeron 1.179 soldados de los aliados y 2.190 fueron hechos prisioneros. Fue el ensayo general del desembarco en Francia, que tendría lugar en Normandía en 1944. <<

[257] *nuevo Dunkerque:* en junio de 1940 el ejército expedicionario inglés tuvo que retroceder a Inglaterra embarcándose en el puerto de Dunkerque. <<

[258] *Bruch:* Max Bruch (1858-1920), compositor alemán. De su obra sobresalen las piezas corales y los conciertos para violín y violoncelo. <<

[259] *la maison juive morte* (francés):‘la casa judía muerta’. <<

[260] *Ícaro:* personaje mitológico griego; voló con alas de cera construidas por su padre Dédalo, se acercó demasiado al sol y cayó al mar. (Ovidio, *Metamorfosis*, 8, 195 ss.). *(N. de la T.)* <<

[261] *Thierack:* Otto Georg Thierack (1859-1946), jurista. Ministro de Justicia de Sajonia, fue encargado de la *Gleichschaltung* ('nivelación'); en 1935, vicepresidente del Tribunal del Reich, en 1936-1942, presidente del tristemente célebre *Volksgerichtshof* ('Tribunal Popular'), en 1942-1945 ministro de Justicia del Reich. En 1946, se suicidó en el campo de internamiento de Eselheide. <<

[262] *source aryenne* (francés):‘fuente aria’. <<

[263] *largesse* (francés):‘generosidad’. <<

[264] *la señora Breit:* viuda del abogado James Breit; emigró en septiembre de 1940 (a través de Moscú y Tokio) a Denver; Estados Unidos, donde ya estaban sus hijos. <<

[265] *día de Polifemo:* alusión al cíclope Polifemo, que dijo a Ulises, después de devorar a sus compañeros, que a él lo devoraría el último. <<

[266] *Les enfants gâtés* (‘Los niños mimados’): novela (1939) de Philippe Hériat (1898-1971), novelista y dramaturgo francés. <<

[267] *Baugesinnung:* concepción arquitectónica. *(N. de la T.)* <<

[268] *castillos del príncipe Alberto (Albrechtschlösser):* palacios edificados entre 1850 y 1854 para el príncipe Alberto de Prusia, en los viñedos de Löschwitz. <<

[269] *Ravensburg:* se refiere al campo de concentración de Ravensbrück, donde había sobre todo mujeres. <<

[270] *Así habré visto seguramente por última vez seguramente a Marckwald:* esta frase descontrolada muestra una profunda emoción que Klemperer deja traslucir raras veces. De los 50 judíos que salieron de Dresde el 8 de septiembre de 1942 y llegaron a Theresienstadt el 11 del mismo mes, murieron 39 en Theresienstadt, entre ellos, ya el 14 de septiembre, Fritz Marckwald. Varios componentes de ese mismo grupo fueron transportados a Auschwitz donde fueron asesinados. <<

[271] *Paul Ernst* (1866-1933): dramaturgo y novelista. <<

[272] *tout nu* (francés):‘completamente desnudo’. <<

[273] *Ralph von Klemperer* (1884-1956): entre 1919 y 1936 director de la sociedad de cartonaje industrial de Dresde. Emigró después a Sudáfrica. <<

[274] *souvenirs lointains* (francés):‘lejanos recuerdos’. <<

[275] *Reka:* Residenzkaufhaus (‘Almacenes Residencia’), en la Pragerstrasse de Dresde. <<

[276] *Javanais:* Klemperer leía la novela *Les Javanais* (París, Denoël, 1939), del novelista francés Jean Malaquais. <<

[277] *línea Maginot:* sistema fortificado de defensa, en la frontera francesa oriental y nororiental, construido entre 1929 y 1936. Lleva el nombre del político francés André Maginot (1877-1932). <<

[278] *Unión de los judíos del Reich:* asociación judía impuesta por los nacionalsocialistas, para mejor control de los judíos. El delegado en Dresde era el abogado Ernst Neumark. <<

[279] *Stalingrado está a punto de caer:* en septiembre de 1942, el 6º ejército al mando del mariscal de campo Friedrich Paulus penetró en los barrios periféricos de Stalingrado y conquistó la mayor parte de la ciudad, pero no consiguió tomarla del todo. <<

[280] *Yom Kippur:* Día de la Expiación (o de la Reconciliación), la mayor fiesta judía; cierra el ciclo de los grandes días de penitencia que comienzan el día de Año Nuevo. <<

[281] *Sicherstellung:* significa propiamente‘puesta en seguridad, puesta a salvo’ y es evidentemente un eufemismo porque se trataba en realidad de confiscaciones. *(N. de la T.)* <<

[282] *Arnold Zweig* (1887-1968): novelista, dramaturgo, ensayista. Cobró fama con su novela antimilitarista *La disputa acerca del sargento Grischa* (1927). Convencido sionista, emigró en 1933 a Palestina pero regresó en 1948 a Berlín oriental. Klemperer lo había conocido en 1918, en Kovno, cuando ambos participaban como voluntarios en la primera guerra mundial. <<

[283] *la gimnasia matinal:* los Klemperer solían empezar el día dándose pequeños golpes con la palma de la mano para activar la circulación. *(Nota de la edición francesa.)* <<

[284] *spropositi* (italiano):‘despropósitos’. <<

[285] *sinagoga quemada:* la sinagoga de Dresde, construida en 1839-1840 por Gottfried Semper, fue incendiada durante el pogromo de la «noche de los cristales rotos», el 9 de noviembre de 1938. Posteriormente, fue derribado lo que quedaba del edificio. <<

[286] *Pourrat:* Eva Klemperer había sacado de la biblioteca de Natcheff *Vent de Mars* de Henri Pourrat (1887-1959). Klemperer estuvo pensando algún tiempo en completar su libro *Die moderne französische Prosa* 1870-1920 (‘La prosa moderna francesa, 1870-1920’), aparecido en 1923, con otro volumen titulado *Vom ersten zum zweiten Weltkrieg* (‘De la primera a la segunda guerra mundial’). Klemperer no llegó a escribir esa obra. <<

[287] *Arne Egebring:* seudónimo de Martin Sussmann. *(N. de la T.)* <<

[288] *Thomas Mann… en la radio* norteamericana: a partir del otoño de 1940, Thomas Mann, exiliado en California, hizo una alocución mensual en la BBC para radioyentes alemanes. En total, pronunció 55 alocuciones. La del 27 de septiembre de 1942 estaba dedicada en especial al exterminio sistemático de los judíos europeos. <<

[289] *Dos mellizas de dieciséis años:* Gisela y Ursula Geliert, nacidas el 9 de abril de 1925, fueron deportadas a Auschwitz el 9 de marzo de 1943 y asesinadas. <<

[290] *Zur Kritik der Zeit* (‘Crítica del tiempo’): este ensayo de Walther Rathenau apareció en 1912. <<

[291] *Mecklenburg:* se refiere al campo de Ravensbrück. <<

[292] *Bock:* el mariscal de campo Fedor von Bock (1880-1945) tuvo el mando supremo en campañas contra Polonia, Francia y la Unión Soviética. Fue destituido por Hitler en julio de 1942. Murió el 3 de mayo de 1945 durante un bombardeo. <<

[293] *chaseirim* (yiddish):‘cerdos’. <<

[294] *Blumenfeld:* Walter Blumenfeld (1882-1967), psicólogo; de 1924 a 1935, profesor del Instituto Pedagógico de la TH de Dresde; emigró en 1935 a Perú y enseñó en la Universidad de Lima psicología experimental y pedagógica. <<

[295] *proyecto del «Dictionnaire philosophique»:* Klemperer consideró muchas veces la posibilidad de escribir su *LTI* en forma de artículos por orden alfabético, según el modelo del *Dictionnaire philosophique* de Voltaire. <<

[296] *desengaño con Dressel:* Friedrich Dressel, que había vivido muchos años con Annemarie Köhler, se casó en 1937 con Katharina Noth, hija de un profesor de teología de Dresde. <<

[297] *Sonnenstein:* hospital psiquiátrico cerca de Dresde. <<

[298] *skat:* juego de cartas alemán, semejante al tresillo. *(N. de la T.)*. <<

[299] *Schorschl:* Georg. *(N. de la T.).* <<

[300] *Pionkowski:* Siegfried Pionkowski, antiguo representante de comercio, y después empleado de la Comunidad Judía. *(N. de la T.)* <<

[301] *comme si de rien n’était* (francés):‘como si no pasara nada’. <<

[302] *rachmone* (yiddish):‘piedad, caridad’. <<

[303] *Rothenberger*: Curt Ferdinand Rothenberger (1896-1959), abogado; de 1942 a 1943, secretario de Estado en el Ministerio de Justicia. En 1947, condenado en el juicio de Nuremberg a siete años de prisión. Puesto en libertad en 1950. <<

[304] *force* (francés):‘muchos’. <<

[305] *Maximilian Harden* (1861-1927): periodista político, sostuvo duras polémicas a favor de Bismarck (ya depuesto) y contra Guillermo II y sus consejeros, lo que dio lugar a tres memorables procesos. En 1922 la derecha radical organizó un atentado contra él, a raíz del cual Harden se refugió en Suiza.
<<

[306] *Tobruk evacuado*: el 23 de octubre de 1942, el general británico Montgomery inició una contraofensiva en el norte de África a la que no pudieron hacer frente las tropas alemanas e italianas. El 3 de noviembre, Rommel inició la retirada. El 13 de noviembre cayó Tobruk en manos de los ingleses. <<

[307] *doctor Félix Zimmermann* (1874-1946): periodista y escritor. Redactor de la sección cultural, crítico de teatro y de arte en el *Dresdner Neueste Nacbrichten.* <<

[308] *Adolf Bartels* (1862-1945): historiador de la literatura, poeta lírico, narrador. En 1901-1902, publicó una *Geschichte der deutschen Literatur* (‘Historia de la literatura alemana’) en dos volúmenes, sumamente racista y antisemita. Con ocasión de su octogésimo aniversario, Hitler, que ya había ido a verlo a Weimar en 1926, lo nombró miembro honorario del NSDAP y le otorgó la Insignia de Oro del Partido. <<

[309] *wendisch:*‘vendo’ o (en español más frecuente)‘sorabo’, dialecto eslavo hablado por unas 100.000 personas en Lusacia, zona alemana al este de Dresde. De esa región eran las fieles muchachas de servicio que tuvieron los Klemperer. *(N. de la T.)* <<

[310] *Si no lo ve el pez, lo verá el Señor:* la sentencia completa del Talmud dice así: «Arroja al mar un trozo de pan: si no lo ve el pez, lo verá el Señor». <<

[311] *habían aterrizado en Túnez tropas transportadas por vía aérea:* en noviembre de 1942, tropas angloamericanas al mando del general Eisenhower aterrizaron en Marruecos. Las tropas francesas del gobierno de Vichy se pasaron a los aliados. Tropas alemanas e italianas formaron un frente defensivo en Túnez pero sufrieron fuertes pérdidas. <<

[312] *compris* (francés):‘incluidos’. <<

[313] *El mono blanco:* Klemperer leía la novela *The White Monkey* (1924), primer volumen de la trilogía *Una comedia moderna*, continuadora de *La saga de los Forsyte*, de John Galsworthy (1867-1933), novelista y dramaturgo inglés. <<

[314] *Ségur:* Philippe Paul conde de Ségur, *Un drame historique: 1812*, ed. de Max Pflänzel, Berlín, 1911.<<

[315] *Campo judío de Hellerberg:* a este campo de trabajos forzados, en la periferia norte de Dresde, fueron deportados el 23 y 24 de noviembre de 1942 unos 300 judíos; las escenas fueron filmadas (obviamente, con fines de propaganda antisemita) por el fotógrafo Erich Höhne, empleado en aquel entonces en Zeiss-Ikon. Tres meses después, todos los ocupantes del campo fueron deportados a Auschwitz. Hasta 1995 no se supo que existían esos 120 metros de película. Numerosas escenas están documentadas en el libro *Die Erinnerung hat ein Gesicht* ('El recuerdo tiene un rostro'), de Norbert Haase, Stefi Jersch-Wenzel y Hermann Simon, Leipzig, 1998. <<

[316] *Appelius:* Mario Appelius, *Die Tragödie Frankreichs* (‘La tragedia de Francia’), 1941. <<

[317] *à la Coué*: Emile Coué (1857-1926), farmacéutico francés, creador de una psicoterapia autosugestiva (en la que el paciente se repite a sí mismo frases como: «Cada día estoy mejor»). A Coué se le cita casi siempre en tono irónico. <<

[318] *Darlan:* François Darlan, comandante de las tropas de Vichy en el norte de África. <<

[319] *los rusos han «abierto brecha» en Rusia, al sur de Stalingrado:* la contraofensiva soviética empezó el 19 y el 20 de noviembre, al norte y al sur de Stalingrado. El ejército del general Paulus, con 284.000 soldados, quedó encerrado. Hitler había dado orden terminante de no salir del cerco. <<

[320] *en est hantée* (francés):‘está obsesionada por ello’.<<

[321] *Frenssen:* Gustav Frenssen (1863-1945), novelista, pastor protestante. Escribió novelas folclóricas y de carácter germánico-nacionalista. <<

[322] *Die Waldjuden*: Klemperer había recibido prestado de Rosa Ziegler la novela *Der letzte Waldjude* (traducción alemana del original yiddish *In pojlische welder*, 1921), de Josef Opatoschu (1886-1954). <<

[323] *menu peuple* (francés): aquí,‘gente modesta’. <<

[324] *Solamen miserum, miserrimum* (latín):‘mísero, misérrimo consuelo’. <<

[325] *Schmidt:* Henry Schmidt (1912-1992), en aquel entonces *SS-Untersturmführer*, en su calidad de jefe del servicio II B (más tarde IV 4) de la Gestapo de Dresde, encargado de la «solución final del problema judío», organizó de abril de 1942 a febrero de 1945 la deportación de los 985 ciudadanos de origen judío que vivían en Dresde y sus alrededores. Schmidt, que vivió después de la guerra con nombre falso en Altenburg, fue detenido en 1986 y condenado a cadena perpetua el 28 de septiembre de 1987 por el Tribunal del Distrito de Dresde. Fue puesto en libertad después de 1989 por razones de salud. <<

[326] *prise de pouvoir* (francés):‘toma de poder’.<<

[327] *Müller:* Rudolf Müller, secretario de la policía judicial, director adjunto del departamento de asuntos judíos de la Gestapo de Dresde. <<

[328] *Segundo día de Navidad*: en Alemania hay dos días festivos de Navidad: el 25 y el 26 de diciembre (primero y segundo día de Navidad). (*N. de la T.)* <<

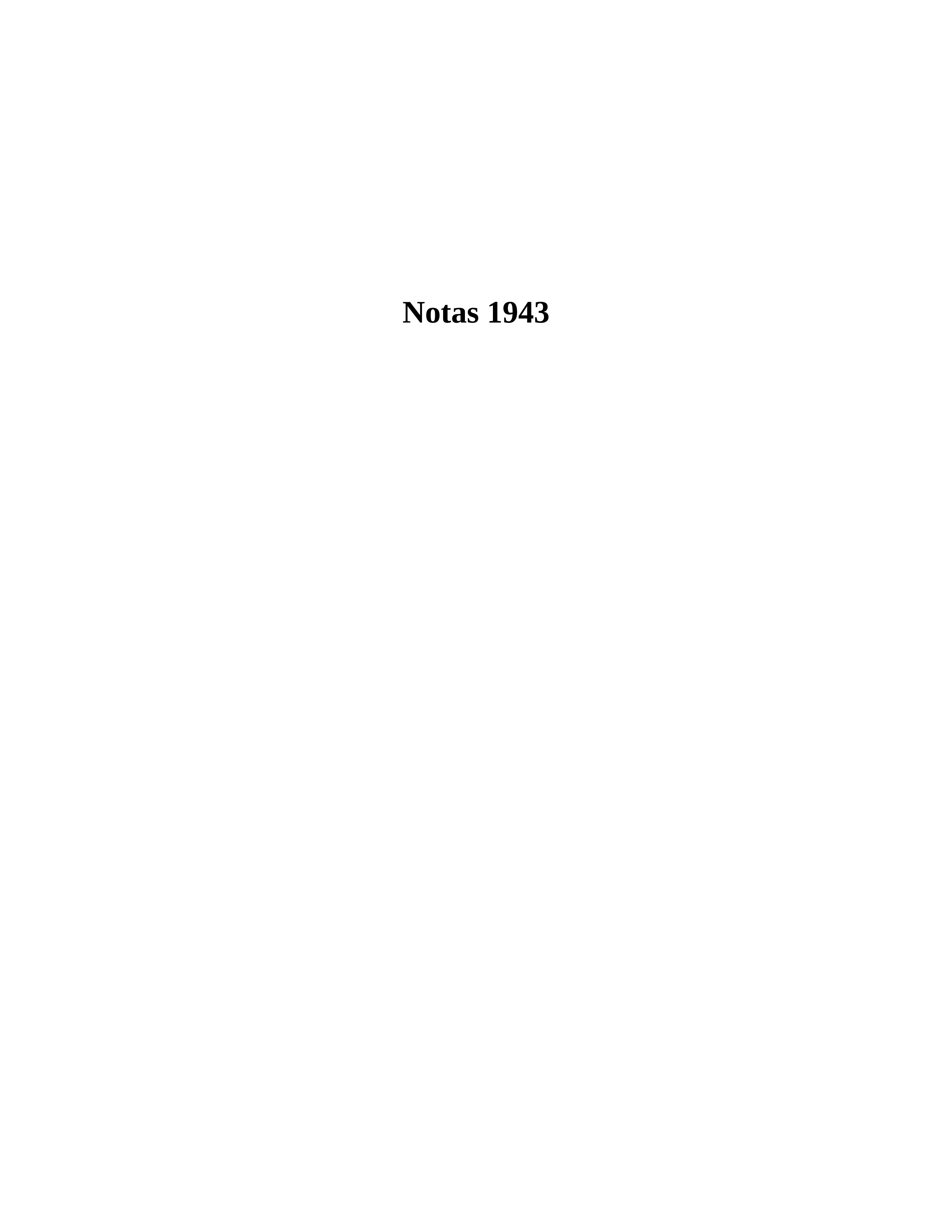
[329] *Lewinsky:* Siegfried Lewinsky, actor y recitador, era un judío «privilegiado». <<

[330] *a Quedlinburg a ver a nuestra amiga Brigitte*: se refiere a Annemarie Köhler, de Pirna. <<

[331] *Schirach:* Baldur von Schirach (1907-1974), *Reichsjugendführer* ('Jefe de la juventud del Reich'), después gobernador de Viena, participó activamente en la deportación de los judíos. Condenado en Nuremberg a veinte años de prisión. <<

[332] *Humberto* (1904-1983): hijo de Víctor Manuel III, gobernó en nombre de su padre tras la entrada en Roma de los aliados el 5 de junio de 1944. Más tarde, después de la abdicación de su padre, heredó el trono en mayo de 1946, pero después del referéndum de junio del mismo año, en el que el pueblo italiano votó por la república, abandonó el país. <<

[333] *Charité*: gran hospital de Berlín oriental. Hoy pertenece a la Humboldt-Universität. *(N. de la T.)* <<



Notas 1943

[1] *kaddish:* la oración judía por los difuntos, pronunciada en hebreo y rezada durante el año de duelo. <<

[2] *Paschky:* la pescadería E. Paschky contaba en Dresde con dieciséis filiales. <<

[3] *«A quien aman los dioses…»: Quem di diligunt, adulescens moritur* (‘Aquel a quien aman los dioses muere joven’), cita de Plauto, *Báquides,* 816 ss. *(N. de la T.)* <<

[4] *«No es dulce, pero sí glorioso, morir por la patria»:* variación del célebre verso de Horacio *Dulce et decorum est pro patria mori* (‘Es dulce y honroso morir por la patria’) (*Carmina*, III, 2, 13). *(N. de la T.)* <<

[5] *Das Verschleierte Bild zu Sais* (‘La imagen velada de Sais’): balada (1795) de Friedrich Schiller. <<

[6] *Des Sängers Fluch* (‘La maldición del cantor’): balada de Ludwig Uhland (1787-1862). <<

[7] *«Der Totentanz»* ('La danza macabra') *de Goethe:* escrita en 1813, publicada en 1815. <<

[8] *Unverhofftes Wiedersehen* (‘Inesperado reencuentro’): novela corta de Johann Peter Hebel (1760-1826), narrador y poeta lírico. En 1811 publicó *Schatzkästlein des rheinischen Hausfreundes* (‘Tesoro del amigo del hogar renano’). <<

[9] *Herbert Norkus:* miembro de las Juventudes Hitlerianas que el 24 de enero de 1932 murió en el curso de un enfrentamiento político siendo elevado entonces por los nazis a la categoría de mártir. <<

[10] *Standartenführer:* en la terminología militar de las SA y SS, jefe de una unidad militar *(Standarte)* correspondiente más o menos a un regimiento. *(N. de la T.)* <<

[11] *En Stalingrado… se ha perdido un ejército completo:* el 31 de enero de 1943 capituló, contra las órdenes expresas de Hitler, la bolsa sur de Stalingrado a las órdenes del mariscal de campo Paulus; el 2 de febrero, la bolsa norte. La batalla costó la vida a 146.000 alemanes y rumanos. De los 90.000 prisioneros, sólo 6.000 regresaron a casa después de la guerra. <<

[12] *en África ya no queda una sola colonia italiana:* el 23 de enero de 1943, tropas italo-germanas abandonaron Trípoli y siguieron retrocediendo hasta la frontera tunecina, con lo que renunciaron también a Libia. <<

[13] *Back to Methuselah* (‘Vuelta a Matusalén’) (1921): este drama en cinco partes, «Pentateuco metabiológico», puede ser considerado como la principal obra filosófica de Georg Bernhard Shaw (1856-1950); ofrece una interpretación metafísica de la historia de la humanidad, desde el pecado original hasta la actualidad, y la visión de un desarrollo futuro. *(N. de la T.)* <<

[14] *mi profesora de inglés:* para prepararse a la emigración (por la que Klemperer nunca sintió mucho entusiasmo) a Estados Unidos, Klemperer dio clases de inglés con Anna Meyer, que emigró a Inglaterra poco antes de estallar la guerra. <<

[15] *Wegner:* Klemperer leía el libro de viajes *Am Kreuzweg der Welten* (‘En la encrucijada de los mundos’) (1930) de Armin T. Wegner (1886-1978), poeta lírico, novelista y periodista. En 1933, después del llamamiento al boicot de las tiendas judías, Wegner escribió una carta a Hitler conminándole a no continuar esos excesos antisemitas y expresando su repulsa; fue detenido e internado en siete prisiones y campos de concentración. Una vez puesto en libertad, abandonó Alemania en 1936. <<

[16] *Taine:* Hippolyte Taine (1828-1893), filósofo e historiador francés, fundador del positivismo histórico-literario. <<

[17] *Gobineau:* Joseph Arthur conde de Gobineau (1816-1882), historiador francés, también novelista y dramaturgo; en su *Essai sur l'inégalité des rasses humaines* ('Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas') (1853-1855) estableció la tesis de la superioridad, con base supuestamente histórica, de la raza germánica. *Taine:* Hippolyte Taine (1828-1893), filósofo e historiador francés, fundador del positivismo histórico-literario. <<

[18] *Boileau:* Nicolas Boileau-Despréaux (1636-1711), escritor y crítico francés; en su poema didáctico *L'Art poétique* (1674) resumió las reglas del arte poética clásica, tal y como se habían ido formando, basadas en Aristóteles y sus comentaristas, en la práctica literaria del siglo XVII. <<

[19] *faculté maitresse* (francés):‘facultad sobresaliente, principal’. <<

[20] *Ahasver:* uno de los nombres del «judío errante» o «judío eterno» *(ewiger Jude)*, el judío condenado a errar eternamente por el mundo, como castigo por haber maltratado a Cristo cuando iba camino del Calvario. <<

[21] *«De quien canto el cantar, de ése como el pan»:* el viejo refrán alemán, de significado claro, que Klemperer invierte en este pasaje, dice: *Wes Brot ich ess, des Lied ich sing:*‘Yo canto el cantar de aquel cuyo pan como’. *(N. de la T.)* <<

[22] *«la espada de Bannockburn»:* cita de la balada *Das Herz von Douglas* (‘El corazón de Douglas’) del conde Moritz von Strachwitz (1822-1847). <<

[23] *El cenit de Hitler… fue Múnich:* se refiere al Tratado de Múnich de septiembre de 1938, en que Francia, Gran Bretaña e Italia dieron su consentimiento para la anexión al Reich de los territorios checos de habla alemana. <<

[24] *¿Múnich es a Erfurt como Stalingrado es a Aspern o a Leipzig o a Waterloo?:* en Erfurt, donde Napoleón celebró un encuentro y firmó una alianza con el zar Alejandro I (27 de septiembre a 4 de octubre de 1808), Napoleón se encontraba en el cenit de su poder. En Aspern, Napoleón fue vencido por primera vez (21-22 de mayo de 1809), en Leipzig (16-19 de octubre de 1815) y en Waterloo (18 de junio de 1815) fue vencido definitivamente. <<

[25] *la bazofia de libro… «Mi lucha», de Hitler:* la primera parte del libro programático de Hitler, *Mi lucha*, fue escrita en 1924 en la fortaleza de Landsberg am Lech, donde estuvo preso, en condiciones escandalosamente confortables, después de su fracasado golpe, en Múnich, en noviembre de 1923. <<

[26] *Brüning*: Heinrich Brüning (1885-1970), político del partido *Zentrum* (el partido católico), canciller del Reich entre 1930 y 1932. Emigró en 1934 a Estados Unidos, fue profesor de derecho administrativo en Harvard y, a partir de 1954, de ciencias políticas en Colonia. <<

[27] *el conde Ciano*: el 5 de mayo de 1943, Mussolini, debilitado políticamente, hizo un cambio de gobierno, destituyendo incluso a su yerno, el conde Ciano, que había sido ministro del Exterior. <<

[28] *captatio benevolentiae* (latín):‘captación de la benevolencia’ (la expresión procede de la retórica latina: el discurso debía empezar con alguna frase dirigida a captar las simpatías del público). *(N. de la T.)* <<

[29] *Tiergarten:* gran parque público en el centro de Berlín. *(N. de la T.)* <<

[30] *Wippchen:* se trata de Ludwig Stettenheim, célebre periodista, hijo del escritor Julius Stettenheim, considerado el maestro de la sátira. Su creación más conocida era la figura cómica del reportero Wippchen, cuyos «reportajes completos» ocupaban dieciséis volúmenes. <<

[31] *Esser*: Hermann Esser (1900-1981), uno de los compañeros de primera hora de Hitler. Después de 1933 fue ministro de Economía de Baviera. En el vigesimotercer aniversario de la fundación del Partido (24 de febrero de 1943), Esser pronunció el discurso solemne en la cervecería Bürgerbräukeller de Múnich. <<

[32] *distributori laborum* (latín):‘al distribuidor de los trabajos’. <<

[33] *era inminente la evacuación:* el comisario Henry Schmidt había recibido directamente de Adolf Eichmann la orden de hacer desaparecer el campo de Hellerberg. En la noche del 2 al 3 de marzo, los ocupantes de los barracones fueron trasladados, bajo fuerte vigilancia, a la estación de mercancías de Dresde-Neustadt, metidos en vagones de ganado y deportados al campo de Auschwitz. El día 3 de marzo de 1943, a última hora de la tarde, el convoy, que al final constaba de unos treinta vagones con varios miles de personas, llegó a Auschwitz-Birkenau. Casi todos fueron seleccionados nada más llegar y marcharon directamente de la rampa a la cámara de gas. <<

[34] *Kötzschenbroda:* nombre ficticio que alude a emisoras extranjeras o clandestinas. <<

[35] *Némirovsky:* Klemperer había leído la novela *David Golder* de la autora francesa Irene Némirovsky (1903-1942). <<

[36] *Johannes Schlaf:* Klemperer se había esforzado inútilmente por conseguir la novela *Das Dritte Reich* (‘El Tercer Reino’) de Johannes Schlaf (1862-1941), y ahora leía la novela *Der Kleine* (‘El pequeño’) (1904). <<

[37] *Friedrichstadt:* barrio en la zona oeste de Dresde. *(N. de la T.)* <<

[38] *Oppenheimer:* Franz Oppenheimer (1864-1943), economista y sociólogo; emigró a Estados Unidos. En febrero de 1943, Klemperer había tomado notas sobre el estudio *Der Staat* (‘El Estado’) *(Neue Rundschau*, julio de 1907). <<

[39] *Gumplowicz:* Ludwig Gumplowicz (1838-1909), economista y sociólogo austriaco de origen polaco; de orientación darwinista, afirmaba que la evolución cultural y social era producto de las luchas raciales y de clase, y de los conflictos entre Estados. <<

[40] *Los Buddenbrook:* la primera gran novela de Thomas Mann apareció en 1901. <<

[41] *Wildenbruch:* Ernst von Wildenbruch (1845-1909), dramaturgo, prosista y poeta lírico. <<

[42] *Johst:* Hans Johst (1890-1978), poeta lírico, prosista y dramaturgo; de 1933 a 1945, presidente de la Cámara de Escritores del Reich y de la Academia Alemana de Literatura. Condenado en 1949 a diez años de restricción profesional, a tres años de campo de trabajo y a la confiscación de la mitad de sus bienes. <<

[43] *«señora consejera secreta*»: es decir, esposa de un «consejero secreto» *(Geheimrat),* título de algunos altos funcionarios del Estado. *(N. de la T.)* <<

[44] *Dwinger*: Edwin Erich Dwinger (1898-1981), novelista; de ideología militarista y anticomunista; luchó en 1936 en España, en el bando de Franco. En la segunda guerra mundial fue reportero de guerra. Klemperer leía *Der Tod in Polen* (‘La muerte en Polonia’). <<

[45] *Caro:* es la marca de un conocido sucedáneo de café y al mismo tiempo las dos primeras sílabas de Caroli, la amiga deportada de los Klemperer. (*N. de la T.)* <<

[46] *Pöppelmann:* Matthäus Daniel Pöppelmann (1662-1736), arquitecto alemán, al servicio del elector de Sajonia Augusto el Fuerte. Su obra maestra fue el palacio barroco del Zwinger, en Dresde (1709-1719), destruido en gran parte en el bombardeo de febrero de 1945 y reconstruido después de la guerra. Hoy es la mayor atracción turística de Dresde. *(N. de la T.)* <<

[47] *NSV:* Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (‘Beneficencia nacionalsocialista’). *(N. de la T.)* <<

[48] *le leurre éternel du printemps* (francés):‘el eterno engaño de la primavera’.
<<

[49] *Oberchochem* (yiddish):‘supersabio’. <<

[50] *vigilante:* Klemperer emplea el término *Obmann*, que en realidad es una especie de árbitro para mediar entre los intereses del empresario y el trabajador. Pero en la época nacionalsocialista, el *Obmann* es un funcionario político, representante directo del empresario. *(N. de la T.)* <<

[51] *El murciélago:* opereta de Johann Strauss. *(N. de la T.)* <<

[52] *Cavalleria rusticana:* ópera de Pietro Mascagni (1863-1945). <<

[53] *jefe de la organización sanitaria del Reich:* Leonardo Conti (1900-1945) *Reichsgesundheitsführer,* secretario de Estado del Ministerio de Sanidad. Se suicidó el 6 de octubre de 1945 en la prisión para criminales de guerra de Nuremberg. <<

[54] *Kuhn:* Philalethes Kuhn (1870-1937), higienista. De 1920 a 1925, profesor de la TH de Dresde, director del Instituto de Higiene. <<

[55] *Kowalewski:* Gerhard Kowalewski (1876-1950), profesor de matemáticas, rector de la TH de Dresde. <<

[56] *Kalisch:* ciudad de Polonia, capital del voivodato homónimo, a orillas del Prosna, afluente del Warta. *(N. de la T.)* <<

[57] *Eva Büttner*: esposa del compositor Paul Büttner (1870-1943), director del conservatorio de Dresde; tras la muerte de su marido ario, Eva Büttner fingió suicidarse y sobrevivió gracias a la valentía de quienes la escondieron. <<

[58] *tout est possible, même Dieu* (francés):‘todo es posible, incluso Dios’. Frase de Ernest Renan (1823-1892) que Klemperer cita con frecuencia. <<

[59] *femme savante* (francés):‘mujer sabia’. Alusión a la comedia de Molière *Les femmes savantes* (1672). <<

[60] *Zwischen Weiss und Rot:* segundo volumen de la trilogía *Die deutsche Passion* (‘La pasión alemana’) (1929-1932), novela de Edwin Erich Dwinger sobre sus experiencias en Rusia después de 1917. <<

[61] *Mogen David* (yiddish):‘estrella de David’. <<

[62] *el joven Aris:* Helmut Aris (1908-1987) fue uno de los cien judíos de Dresde que en la mañana del 13 de febrero de 1945, el día del bombardeo de la ciudad, recibieron la orden de deportación. Sobrevivió, fue a partir de 1953 presidente de la Comunidad Judía de Dresde, en 1952 cofundador, de 1958 a 1962 vicepresidente y desde 1962 presidente de la Unión de las Comunidades Judías de la República Democrática Alemana. <<

[63] *Kreisler*: Charlotte Kreisler-Weidlich, cantante y profesora de canto. Los Klemperer la conocían a través del abogado Fritz Glaser. <<

[64] *general Arnim*: teniente general Hans-Jürgen von Arnim; el grupo de ejércitos «África», que estaba bajo su mando desde marzo de 1943, capituló el 13 de mayo de 1943. <<

[65] *proceso por conspiración’*, se trataba seguramente de la ola de detenciones en torno al grupo de resistencia *Rote Kapelle* (‘Orquesta roja’), entre agosto de 1942 y marzo de 1943. Detuvieron a 126 personas, la mayoría de las cuales fueron condenadas a muerte y ejecutadas. <<

[66] *el hombre de Wehlen*: la dirección facilitada por Richter, en la Suiza sajona, donde Klemperer podría esconderse. <<

[67] *Perez*: Jizchak Lejb Perez (1851-1915), novelista y dramaturgo yiddish. Klemperer leía el volumen *Noveletten und Legenden* ('Novelas cortas y leyendas'). <<

[68] *Rastelli:* Enrico Rastelli (1896-1931), célebre malabarista italiano. <<

[69] *Schmidt o Schmitz*: Henry Schmidt, *SS-Obersturmführer* <<

[70] *Katyn:* en el bosque de Katyn, a 20 kilómetros al oeste de Smolensko, soldados alemanes descubrieron a finales de febrero de 1943 las fosas comunes de 4.443 oficiales del ejército polaco, que fueron hechos prisioneros por los rusos en septiembre de 1939 e internados en el campo de Koselsk. Los fusilamientos, en marzo y abril de 1940, tuvieron lugar por orden directa de Stalin. <<

[71] *goyim* (yiddish): así llaman los judíos a los no judíos.<<

[72] *hemos perdido África:* el 13 de mayo de 1943 capituló en Túnez el cuerpo del ejército «África»; fueron hechos prisioneros 252.000 soldados alemanes e italianos.<<

[73] *han bombardeado «criminalmente» dos diques:* en la noche del 17 de mayo de 1943, dieciocho bombarderos Lancaster británicos atacaron diques alemanes, muriendo a consecuencia de la inundación 1.217 personas. <<

[74] *predecesor de Scherner:* Hans Scherner, farmacéutico que vivía en Falkenstein (Vogtland). El y su mujer eran amigos de los Klemperer desde la época de Leipzig, 1916-1918. <<

[75] *Grüber-Loeben:* Heinrich Grüber (1891-1975), teólogo protestante. Miembro de la Iglesia confesante desde 1933, fundó en su parroquia de Berlín, en 1937, un «Puesto de socorro para judíos cristianos» que, entre otras cosas, ayudaba a emigrar a Holanda. De 1940 a 1943, prisionero en Sachsenhausen y Dachau. Después de la guerra fue mandatario de la Iglesia protestante ante el gobierno de la República Democrática Alemana. Max Georg von Loeben era miembro de la Iglesia confesante. En 1945 funcionario del Ministerio de Hacienda de Sajonia y concejal del Partido Cristianodemócrata (CDU) de Dresde. <<

[76] *Johann von Leers* (1902-1965): periodista y publicista; redactor jefe de la revista nazi *Wille und Weg* (‘Voluntad y camino’); de 1939 a 1945, catedrático en Jena. Publicó numerosas obras racistas y antisemitas, una de las cuales, *Juden sehen dich an* (‘Los judíos te contemplan’), conoció amplia difusión. Después de la guerra huyó a Italia, a Argentina y por último a Egipto. <<

[77] *Matthias Erzberger* (1875-1921): político del *Zentrum* (el partido católico), secretario de Estado en octubre de 1918, firmó el armisticio (11 de noviembre de 1918). Contra la opinión del ministro de Asuntos Exteriores, puso todo su empeño en aceptar el Tratado de paz de Versalles. Fue asesinado, el 26 de agosto de 1921, por la extrema derecha. <<

[78] *en Varsovia ha habido un baño de sangre:* desde julio de 1942, unos 12.000 judíos del gueto de Varsovia, el más grande de los guetos judíos, eran enviados diariamente a la muerte en el campo de Treblinka. El 19 de abril de 1943, unos 1.100 judíos mal armados con armas que habían ido recibiendo clandestinamente, opusieron una desesperada resistencia al intento de las SS de deportar al resto de los habitantes. La sublevación, preparada en secreto, duró un mes, hasta el 16 de mayo de 1943, y terminó con la completa destrucción (los alemanes tuvieron que emplear tanques y artillería pesada) del gueto y el fusilamiento de casi la totalidad de los sublevados. Los pocos supervivientes fueron deportados y gaseados en los campos de Treblinka y Majdanek. <<

[79] *«¡Prohibido criticar!»… No veo ninguna:* juego de palabras intraducible; el verbo *meckern* significa‘renegar, criticar’ y‘dar balidos’. *(N. de la T.)* <<

[80] *cabra vieja:* continúa el juego de palabras: «cabra vieja» es un insulto frecuente: mujer vieja y tonta. *(N. de la T.)* <<

[81] *la disolución del Komintern:* como concesión a los aliados occidentales, el 15 de mayo de 1943 Stalin disolvió la Tercera Internacional Comunista (*Komintern*), fundada por Lenin en 1919. <<

[82] *la «frase» de Göring:* la frase «si un solo bombardero inglés sobrevuela Alemania, yo me llamo Meyer» se hizo célebre en el Tercer Reich. Desde que empezaron los bombardeos ingleses, la *vox populi* lo llamó «mariscal de campo Meyer». *(N. de la T.)* <<

[83] *Schlieffen:* Alfred, conde de Schlieffen (1833-1913), mariscal de campo prusiano; para el caso de una guerra de dos frentes, elaboró un plan consistente en conseguir, violando la neutralidad de Bélgica, una rápida victoria sobre Francia y después atacar Rusia. <<

[84] *Kahlenberg y los Hirschel iban a ser evacuados «mañana»:* la llegada de los Kahlenberg y de la familia Hirschel el 21 de junio de 1943 con el convoy V/9 fue confirmada por el *Ältestenrat* (‘Consejo de ancianos’) judío de Theresienstadt. El 28 de octubre de 1944, la familia Hirschel con los dos hijos Alfred y Wolfgang, así como Adolf Kahlenberg con su madre, fueron transportados a Auschwitz en el llamado «convoy familiar» FV 1779 y allí –sus nombres no están ni en las listas de llegadas ni en ningún otro registro– sin duda alguna asesinados inmediatamente en la cámara de gas. <<

[85] *su nombre ocuparía un lugar en mi obra:* Klemperer cumplió su palabra. En el capítulo «La lengua de los vencedores» de su libro *LTI* esbozó una semblanza de Elsa Hirschel. <<

[86] *la Unión de los judíos de Alemania ha sido disuelta:* como en los otros países europeos ocupados, los nazis fundaron también en Alemania organizaciones judías controladas por ellos, como la *Reichsvereinigung der Juden in Deutschland* ('Asociación de los judíos del Reich en Alemania'), cuyo hombre de confianza para el distrito de Dresde era Ernst Neumark, y con secciones locales como la *Israelitische Religionsgemeinschaft zu Dresden e. V.* (presidente: Dr. Kurt Hirschel). Una vez cumplidas sus funciones relativas a la «solución final», esas organizaciones fueron disueltas y sus bienes confiscados. Pero podían renacer a voluntad, según lo necesitaran los nazis. <<

[87] *encargado del bloque:* el *Blockwart* o encargado del control de un *Block* (entre cuarenta y sesenta familias), era hombre de confianza del Partido, y por eso tenía fama de espía y delator. *(N. de la T.)* <<

[88] *ataque de la Entente a Sicilia:* el 10 de julio de 1943, tropas británicas y norteamericanas aterrizaron en la costa meridional de Sicilia y a mediados de agosto habían ocupado la totalidad de la isla. <<

[89] *se convertirá en otro Dieppe:* el 19 de agosto de 1942, fracasó al cabo de nueve horas un intento de desembarco de unidades canadienses en Dieppe, puerto del norte de Francia. <<

[90] *La mujer del profesor Winde:* Elisabeth Winde; casada con el escultor en madera Arthur Winde (1886-1965), entre 1918 y 1934 profesor de la Escuela Superior de Artes Industriales de Dresde; entre 1945 y 1949, profesor en la Academia de Artes Aplicadas de Dresde, y más tarde profesor en Münster. <<

[91] *dimisión de Mussolini:* a instancias del Gran Consejo fascista, el rey Víctor Manuel III (1869-1947) asumió el mando supremo de las fuerzas armadas. El 25 de julio de 1943, fue depuesto y detenido Mussolini, el 28 de julio, disuelto el partido fascista. <<

[92] *Badoglio:* Pietro Badoglio (1871-1956), jefe de estado mayor, dimitió en 1940. Tras la detención de Mussolini, fue nombrado primer ministro; el 3 de septiembre de 1943 firmó el armisticio con los aliados y declaró la guerra a Alemania. En 1945, excluido del Senado por actitud pro fascista. Rehabilitado en 1947. <<

[93] *Quirinal:* una de las siete colinas de Roma, con el Palacio del Quirinal, residencia de los reyes desde 1870 y actualmente residencia del presidente de la República. <<

[94] *Dinter*: Eva Klemperer había tomado de la biblioteca de la señorita Paulig la trilogía de Arthur Dinter (1876-1948) *Die Sünden der Zeit* (‘Los pecados del tiempo’). Dinter fue profesor de instituto y director del Schillertheater; en la primera época del nazismo fue *Gauleiter* (‘gobernador’) de Turingia; en 1927 fundó la *Deutsche Volkskirche* (‘Iglesia popular alemana’) y fue expulsado del Partido. <<

[95] *Hermann:* se refiere a Hermann Göring. <<

[96] *Emmy:* se trata de la segunda mujer de Göring, la actriz Emma Sonnemann (1893-1973). <<

[97] *Die Sünde wider den Geist* (1921): título del segundo volumen de la trilogía de Dinter. <<

[98] *Julius Bab* (1880-1955): historiador de la cultura, dramaturgo; fue miembro del consejo directivo del teatro de Berlín Freie Volksbühne, asesor de Siegfried Jacobsohn en la fundación de la revista *Die Schaubühne* (1905), dramaturgo en el Spielhaus de Max Reinhardt, personalidad destacada del *Jüdischer Kulturbund* ('Unión cultural judía'); emigró a Francia en 1933 y a Estados Unidos en 1939. <<

[99] *George:* Stefan George (1868-1933), poeta lírico alemán, influenciado por el simbolismo francés, más tarde con fuerte tendencia al misticismo; fundador, con Hoffmannsthal, de la revista *Blätter für die Kunst.* Obras: *Algabal*, *Teppich des Lebens* (‘Tapiz de la vida’), *Der siebente Ring* (‘El séptimo círculo’). <<

[100] *Hofmannsthal:* Hugo von Hofmannsthal (1874-1929), poeta y dramaturgo austriaco *(Jedermann*, *El gran teatro del mundo*, inspirado en Calderón), adaptó piezas de Sófocles y Eurípides, y su versión de *Electra* marcó el inicio de su colaboración con Richard Strauss (libreto de *El caballero de la rosa*). <<

[101] *Mörike:* Eduard Mörike (1804-1875), escritor alemán, poeta lírico y novelista. En su obra lírica busca una síntesis entre la Antigüedad clásica y el romanticismo de su tiempo. Su mejor obra en prosa: *Mozart camino de Praga*. Muchos de sus poemas fueron puestos en música, entre otros, por Schumann. <<

[102] *aldea de Potemkin:* Potemkin, favorito de Catalina de Rusia, hizo construir fachadas de bonitas aldeas inexistentes, para hacer patente a la zarina durante el viaje de ésta a Crimea (1787) el bienestar de aquella zona. *(N. de la T.)* <<

[103] *Stahlhelm* (‘Casco de acero’): asociación, fundada en 1918, de ex combatientes de la primera guerra mundial. A partir de 1924, el *Stahlhelm* admite en sus filas a personas que no habían participado en la guerra y se transforma en un grupo paramilitar derechista y antidemocrático. Desde junio de 1933 fue absorbido en gran parte por las SA y en 1935 definitivamente suprimido. <<

[104] *Himmler… el Ministerio del Interior:* Heinrich Himmler había sido nombrado el 24 de agosto de 1943 ministro del Interior y comisario del Reich. <<

[105] κατ´ ἐςοήν (griego):‘por excelencia’. <<

[106] *su per giù* (italiano):‘más o menos’. <<

[107] *levantamiento en Dinamarca:* los alemanes exigieron del gobierno danés la creación de tribunales de urgencia para juzgar a los saboteadores; el gobierno de Erie Scavenius se negó a ello, hubo disturbios, y el 29 de agosto de 1943 comandante alemán ordenó el estado de excepción. <<

[108] *el italiano ha capitulado:* pese a su insistencia en la lealtad frente a Alemania, el gobierno de Badoglio, decidido desde el principio a sacar a Italia de la guerra, negociaba secretamente con los aliados en Lisboa. El 8 de septiembre de 1943, el general Eisenhower hizo público el armisticio firmado ya el 3 de septiembre. Las tropas alemanas comenzaron entonces a desarmar y en parte a tomar prisionero al ejército italiano en Italia, sur de Francia y sureste de Europa. <<

[109] *Pacelli*: el cardenal Eugenio Pacelli (1876-1958), desde 1929 nuncio en Alemania, había sido elegido papa el 2 de marzo de 1939 con el nombre de Pío XII. <<

[110] *Lamprecht*: Karl Lamprecht (1856-1915), historiador; en 1909 fundó en la Universidad de Leipzig el Instituto de Historia Universal y de la Cultura. Su obra principal fue *Deutsche Geschichte* (‘Historia de Alemania’) (1891-1909). <<

[111] *la liberación del Duce:* el 12 de septiembre de 1943, una unidad especial de paracaidistas de las SS, en un ataque por sorpresa, liberó y se llevó a Alemania a Mussolini, que estaba internado en el macizo del Gran Sasso, en los Abruzos. El Duce regresó a Italia y formó un antigobierno, durante el que condenó a muerte y ejecutó a quienes votaron contra él en el Gran Consejo (entre otros a su yerno, el conde Ciano). <<

[112] *Lugubre:* en francés en el original. <<

[113] *luna calante* (latín):‘luna menguante’. <<

[114] *Las buenas en la olla, las malas en el buche:* eso le dice la Cenicienta a las palomas y a los pájaros que van a recoger para ella las lentejas que la madrastra ha echado en las cenizas. *(N. de la T.)*<<

[115] *DAZ:* el *Deutsche Allgemeine Zeitung* se siguió publicando en Berlín hasta 1945. <<

[116] *Frankfurter:* el prestigioso *Frankfurter Zeitung*, fundado en 1856, el único periódico alemán que no había sido totalmente «nivelado», fue prohibido por orden expresa de Hitler el 31 de agosto de 1943.<<

[117] *Tägliche Rundschau:* diario de Berlín, fundado en 1881. Fue prohibido ya en 1938. <<

[118] *Geusen* (holandés *Geuzen,*‘mendigos’): nombre que tomaron en el siglo XVI los hugonotes de Flandes cuando, habiendo presentado a Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos, un memorial en el que se negaban a aceptar la Inquisición y los decretos del Concilio de Trento, ella los calificó de «mendigos que no le daban miedo». *(N. de la T.)* <<

[119] *Stahl:* Julius Stahl (1802-1861), filósofo y político conservador alemán de origen judío, tuvo gran influencia en la política de Federico Guillermo IV. <<

[120] *Alegres comadres:* Las alegres comadres de Windsor (1599), de Shakespeare. *(N. de la T.)* <<

[121] *Hace cosa de cinco horas he dejado a Eva:* a Eva Klemperer le habían diagnosticado una pulmonía; fue ingresada en el Hospital Municipal de Johannstadt (barrio de Dresde). <<

[122] *regalo de Dánaos:* expresión frecuente en alemán: regalo funesto (alusión al caballo de Troya dejado como regalo por los dánaos o griegos: Virgilio, *Eneida*, 11, 49). *(N. de la T.)* <<

[123] *dies ater* (latín):‘día negro, funesto’. <<

[124] *«sala del séquito»:* se refiere simplemente a la sala del personal de la fábrica. El término *Gefolgschaft* (‘séquito’), frecuente en el vocabulario nazi, se forma a partir del verbo *folgen* (‘obedecer, seguir’) y designa más o menos una comunidad que sigue a un Führer, a un caudillo. <<

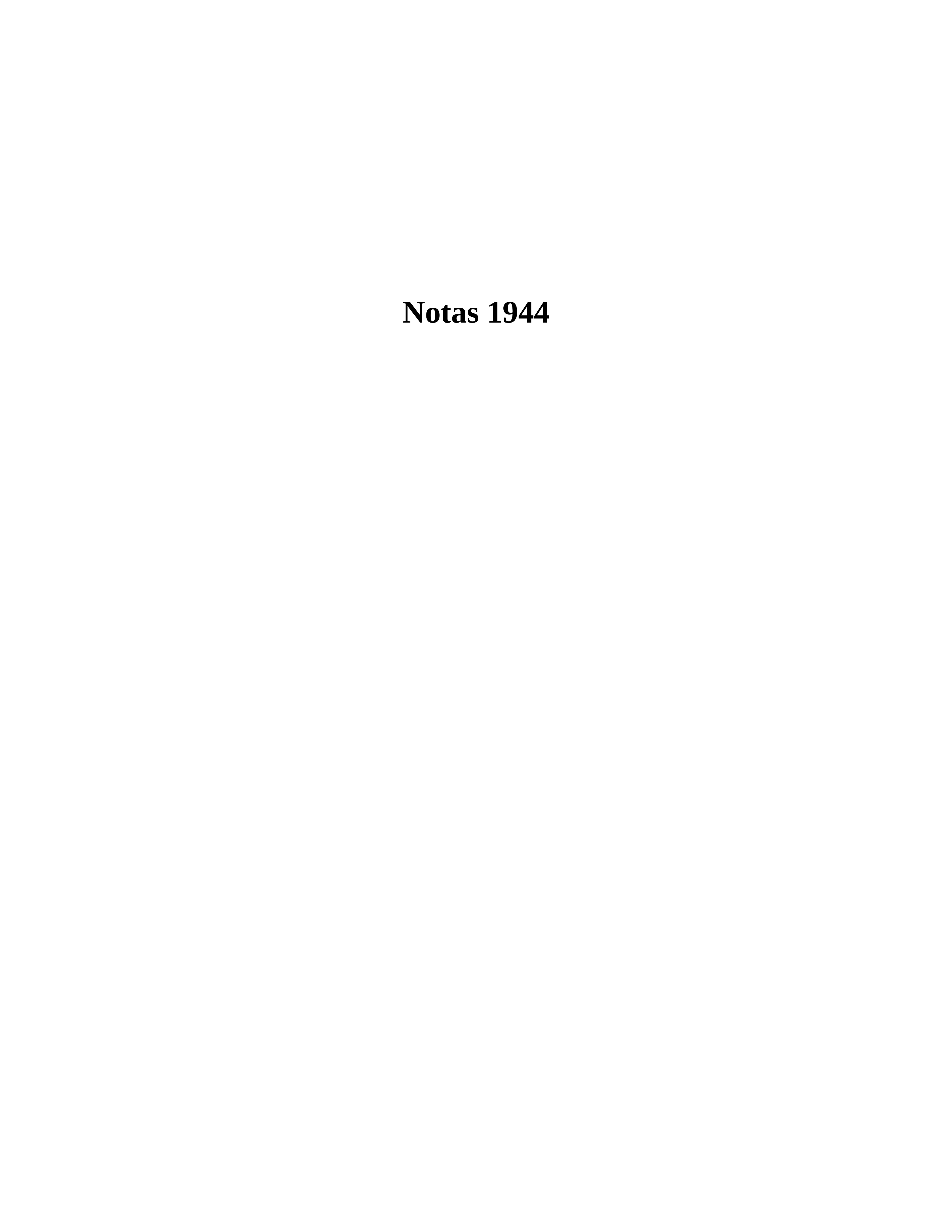
[125] *Arthur Sussmann:* el hermano mayor de Martin Sussmann, cuñado de Klemperer. Se suicidó en 1934. <<

[126] *Fleischmann:* error de Klemperer. Se trata del abogado Ernst Fleischhauer, a quien conocieron los Klemperer en julio de 1925 durante un viaje por Sudamérica. <<

[127] *Félix:* Félix Klemperer, hermano de Victor Klemperer, que murió de infarto a los sesenta y seis años. <<

[128] *Geisha:* opereta de Richard Genée (1823-1895), compositor alemán, conocido como libretista de Richard Strauss. <<

[129] *La Bruyère:* Jean de la Bruyère (1645-1696), escritor francés; su obra principal, *Los caracteres o las costumbres en la época de Luis XIV* (1688), con unos cuatrocientos estudios de caracteres, es considerada como una de las cimas del arte del retrato literario. <<



Notas 1944

[1] *Schlüter:* desde abril de 1943, Klemperer tuvo que prestar «servicio de trabajo». Durante siete meses trabajó como «obrero auxiliar» en la empresa de Dresde, Willy Schlüter (baños medicinales e infusiones); en noviembre de 1943 pasó a la empresa Adolf Bauer (cartonajes), que lo «prestó», junto con otros obreros judíos, a la empresa Thiemig & Möbius (transformación del papel). Los jefes de esas tres empresas, aunque eran miembros de las SS, tuvieron un comportamiento muy humano con los obreros judíos. <<

[2] *DAF:* siglas del Deutsche Arbeitsfront (‘Frente Alemán del Trabajo’), organización nazi, especie de sindicato vertical, fundado en 1933 después de la desarticulación de los sindicatos; pertenecían a él obreros, empleados y empresarios. *(N. de la T.)* <<

[3] *Karl se vuelve devoto:* cita de *Napoleon oder die hundert Tage* (‘Napoleón o los cien días’) (IV, 6), de Christian Dietrich Grabbe (1801-1836); como Grabbe, Klemperer lo emplea irónicamente. <<

[4] *Tribunal de sangre:* el 8 y el 9 de enero de 1944 se celebró en Verona un proceso contra los miembros del Gran Consejo fascista que el 25 de julio de 1943 habían depuesto a Mussolini. <<

[5] *De Bono:* Emilio De Bono (1866-1944), mariscal italiano, ministro del gabinete de Mussolini, en 1935 jefe de las fuerzas armadas en la guerra contra Etiopía. Condenado a muerte el 11 de enero y ejecutado. <<

[6] *Grandi:* Dino Grandi, conde de Mordano (1895-1988), uno de los fundadores del movimiento fascista, ministro de Justicia y presidente de la Cámara fascista. Vivió en el exilio, en Portugal, de 1943 a 1947. <<

[7] *Federzoni:* Luigi Federzoni (1878-1967), cofundador del movimiento nacionalista italiano, fusionado después con el partido fascista. Huyó a Portugal. <<

[8] *Paulus:* Friedrich Paulus (1890-1957), mariscal de campo; comandante en jefe del sexto ejército que quedó cercado en la batalla de Stalingrado. Condujo el resto de sus tropas a la cautividad rusa. En Rusia formó parte del comité nacional «Alemania libre». <<

[9] *Seydlitz:* Walther von Seydlitz-Kurzbach (1888-1976), mariscal de campo; comandante del LI cuerpo del ejército en la batalla de Stalingrado; en noviembre de 1942 exigió la ruptura del cerco, más tarde la capitulación de las tropas alemanas. En la cautividad rusa participó en la fundación del comité «Alemania libre». <<

[10] *Heroica Köpenickiada:* alusión a la historia del zapatero que el 16 de octubre de 1906, vestido con uniforme de capitán, se hizo pasar por un militar prusiano, detuvo al alcalde de Köpenick (en aquella época todavía una pequeña localidad en las afueras de Berlín) y se llevó los fondos del ayuntamiento. La historia fue llevada al teatro por Karl Zuckmeyer (1896-1977) *(El capitán de Köpenick*, 1931). En el cine, la historia fue protagonizada por Heinz Rühmann. *(N. de la T.)* <<

[11] *Los cautivos: Les captifs* (1926), novela del escritor y periodista francés Joseph Kessel (1898-1979), autor de numerosas novelas de aventuras, entre otras *L'équipage* ('La escuadrilla') (1923), la primera novela de tema de aviadores, basada en sus experiencias de guerra, y de *Belle de jour* ('Bella de día'), en la que se basó la célebre película de Buñuel del mismo nombre. *(N. de la T.)* <<

[12] *Acaba, Señor, acaba, con toda nuestra miseria:* el verso pertenece al cántico religioso protestante *Befiehl Du Deine Wege* ('Muéstranos tus caminos') (1653), de Paul Gerhardt (1607-1676). <<

[13] *Simplicissimus:* semanario político-satírico, fundado en Múnich en 1896, de gran influencia en la opinión pública durante la República de Weimar. En el Tercer Reich logró mantenerse hasta 1944. <<

[14] *Fulda:* Ludwig Fulda (1862-1939), autor teatral; proscrito por los nazis por su origen judío, se suicidó en 1939. *El Talismán*, obra satírica contra el emperador Guillermo II, fue escrita en 1893. <<

[15] *Rilke*: Rainer Maria Rilke (1875-1926), escritor austriaco, uno de los grandes poetas líricos de habla alemana del siglo XX. Entre sus muchas colecciones de poemas sobresalen, como obras maestras, las *Elegías de Duino* y *Sonetos a Orfeo*. <<

[16] *Ludwig Finckh* (1876-1964): escribió novelas y poesía lírica, de corte nacionalista. Klemperer había tomado prestado de los Stühler la novela *Herzog und Vogt* (‘Duque y corregidor’). <<

[17] *milicias celestiales de Himmler*: el original dice *Himmlersche Heerscharen* (‘milicias de Himmler’) en lugar de *himmlische Heerscharen* (‘milicias celestiales’). *(N. de la T.)* <<

[18] *Emanuel Quint: Der Narr in Christo Emanuel Quint* (‘Manuel Quint, el loco en Cristo’), novela (1910) de Gerhart Hauptmann. <<

[19] *Ma come*? (italiano):‘¿pero cómo?’. <<

[20] *Ernst Moritz Arndt* (1769-1860): poeta y autor de escritos políticos; partidario de la unidad nacional alemana y enemigo de Napoleón, luchó en las guerras de liberación. La frase que adornaba la sala de espera de Katz podría ser la que adornaba el monumento a Arndt, en Bonn: «El Rin es el río de Alemania, pero no la frontera de Alemania» o «Mi patria ha de ser más grande». *(N. de la T.)* <<

[21] *Tumler*: Franz Tumler (1912-1998), escritor austriaco, durante la segunda guerra mundial oficial de la Wehrmacht. En su prosa posterior a la guerra, Tumler se liberó de las ideas étnico-nacionalistas de sus novelas escritas durante el Tercer Reich. <<

[22] *Jean Giraudoux:* el novelista, dramaturgo y diplomático francés murió en París el 31 de enero de 1944. <<

[23] *Sigfrid et le Limousin*: novela publicada por Giraudoux en 1922, trata de las relaciones entre Francia y Alemania antes de 1914 y durante la primera guerra mundial. <<

[24] *Bella:* novela de Jean Giraudoux publicada en 1926. <<

[25] *«Vendée» rusa:* Klemperer alude a las guerras contrarrevolucionarias de la Vendée (departamento del oeste de Francia) en 1793, desencadenadas por sectores de la nobleza, el clero y las clases populares, que constituyeron un gobierno en nombre del rey Luis XVII. <<

[26] *Rischeskopp* (yiddish):‘maldad, hostilidad hacia los judíos’. <<

[27] *Giono*: Jean Giono (1895-1970), novelista y dramaturgo francés. Su obra, inspirada en la Provenza, es una exaltación de la vida rústica (Trilogía *Pan*, 1929-1930; *Le grand troupeau* ('El gran rebaño'), 1934). Posteriormente evolucionó hacia una filosofía y un arte más clásicos, como en *Ulris de Suse* ('El iris de Suse') (1970). *(N. de la T.)* <<

[28] *ut aiunt* (latín):‘como dicen’. <<

[29] *sub specie tertii imperii* (latín):‘desde el punto de vista del Tercer Reich’. <<

[30] *viajó a pie:* desde la tardía Edad Media los oficiales artesanos centroeuropeos estaban obligados por los reglamentos del gremio a recorrer a pie durante mucho tiempo regiones y ciudades muy alejadas de su lugar de origen ejerciendo su oficio, antes de establecerse definitivamente en un lugar. Esta norma, convertida después en costumbre, duró hasta entrado el siglo XX y ha dejado su huella en el folklore, la música («canciones de caminantes»), la literatura y el arte alemán. *(N. de la T.)* <<

[31] *Cronin:* Archibald Joseph Cronin (1896-1981), escritor escocés. Abandonó la carrera de médico para dedicarse a la literatura. Es autor de novelas de mucho éxito, como *Las estrellas miran hacia abajo* (1935), *La ciudadela* (1937) y *Las llaves del reino* (1931). <<

[32] *Hinc sympathia* (latín):‘De ahí la simpatía’. <<

[33] *en Hungría habían sido expropiados e internados* 300.000 *judíos:* con la ocupación de Hungría por las tropas alemanas el 9 de marzo de 1943 empezó la deportación masiva de judíos. El 28 de abril de 1944 llegó el primer convoy a Auschwitz; en los meses siguientes fueron asesinados 500.000 judíos húngaros.
<<

[34] *Spitzer:* Leo Spitzer (1887-1960), célebre romanista austriaco, emigró en 1933 a Estambul y en 1936 a Baltimore. <<

[35] *Reichsbanner:*‘Estandarte del Reich negro-rojo-oro’, unión de combatientes y republicanos alemanes, fundada en 1924 por socialdemócratas para proteger la República de Weimar y su constitución (3,5 millones de afiliados en 1932); en 1931 se unió con los sindicatos libres en el «Frente de Hierro» (disuelto en 1933). <<

[36] *ma vue baisse* (francés):‘mi vista empeora’. <<

[37] *Moritz Jahn* (1884-1979): narrador; su novela corta *Die Geschichte von den Leuten an der Aussenfóhrde* (‘La historia de la gente de la Rada Exterior’) apareció en 1936. <<

[38] *nescio* (latín):‘no sé’. <<

[39] *Sic crescit fama* (latín):‘así surgen los rumores’. <<

[40] *ofensiva inglesa en Italia:* en enero de 1944 desembarcaron tropas de los aliados cerca de Nettuno, en la retaguardia del frente alemán. A pesar de la encarnizada resistencia alemana, el 19 de mayo de 1944 los aliados ocuparon Monte Casino, rompiendo la línea defensiva alemana. Desde entonces, la marcha sobre Roma fue ya imparable. <<

[41] *uno tenore* (latín):‘todo seguido, de carrerilla’. <<

[42] *MOI:* las siglas significan en realidad *Main-d'Oeuvre Immigrée* ('Mano de obra inmigrada'), grupo de resistencia de guerrilla urbana, al que pertenecieron también antiguos miembros de las Brigadas Internacionales. <<

[43] *détachements* (francés):‘destacamentos’. <<

[44] *De Gaulle:* Charles de Gaulle (1890-1970) formó, como jefe de la Francia libre, un gobierno en el exilio, con organización política y militar (desde 1940 en Londres, desde 1942 en Argelia). En junio de 1944 entró en París y fue nombrado presidente del gobierno provisional. Dimitió en 1946. En 1958 ganó las elecciones a la presidencia de la V República. Reelegido en 1965. Dimitió en 1969. <<

[45] *Marcel Déat* (1894-1955): político francés; después de abandonar el partido socialista (1933), fundó en 1940 el partido colaboracionista RNP; ministro del Trabajo y secretario de Estado del gobierno de Vichy. En 1945 fue condenado a muerte en rebeldía por colaboración con los alemanes, pero vivió de incógnito en el norte de Italia hasta su muerte. <<

[46] *Normalien:* antiguo alumno de la École Normale Supérieure, universidad de élite francesa. *(N. de la T.)* <<

[47] *Munichois*: es decir, partidario del Tratado de Múnich, por el que Alemania se apropió de parte de Checoslovaquia. <<

[48] *Laval:* Pierre Laval (1883-1945), político francés. En el gobierno de Vichy, ministro de Estado de Pétain y vicepresidente del Consejo. Abogó por una estrecha colaboración con la Alemania nazi y fue fusilado por De Gaulle después de la liberación. <<

[49] *Léon Blum* (1872-1950): fundó en 1902 con Jean Jaurès el Partido Socialista. Presidente del primer gobierno del Frente Popular. En 1942 fue hecho prisionero por el gobierno de Vichy y entregado a los alemanes, que lo internaron en el campo de concentración de Buchenwald. Liberado, fue otra vez presidente del gobierno entre 1946 y 1947. <<

[50] *Darnand*: Joseph Darnand (1897-1945), jefe de la milicia del gobierno de Vichy, organizó la persecución de los miembros de la Resistencia; ejecutado en 1945. <<

[51] *Action française:* movimiento político fundado en 1898, de carácter nacionalista y fuertemente antisemita. <<

[52] *Maurras:* Charles Maurras (1868-1952), escritor y político francés, cofundador de la *Action française*. En 1945, condenado a cadena perpetua; indultado en 1952. <<

[53] *Henriot:* Philippe Henriot (1889-1944), político francés de extrema derecha. Ejecutado por la Resistencia en 1944. <<

[54] *leído un Johst, dos Johst:* Klemperer leía las novelas *Der Anfang* (‘El comienzo’) (1917) y *So gehen sie hin* (‘Así se van’) (1930), de Hans Johst (1890-1978), lírico, novelista y dramaturgo alemán. Por su estrecha colaboración con el régimen nacionalsocialista, fue condenado en 1949 a tres años de campo de trabajo. <<

[55] *el Stresemann:* Klemperer leía la biografía del político de la República de Weimar Gustav Stresemann, escrita por Rudof Olden (1885-1940), abogado, periodista y escritor. <<

[56] *Jannings:* Emil Jannings (1884-1950), actor cinematográfico (protagonista de *El ángel azul*, con Marlene Dietrich), desempeña el papel del portero en la película muda *El último* (1924), de F.W. Murnau. <<

[57] *tant bien que mal* (francés):‘mal que bien’. <<

[58] *Los Fischmann (Die Fischmanns):* novela de Henry William Katz (1906-1992), publicada en Amsterdam en 1938. <<

[59] *¿Realmente se lo prometieron a Beneš?:* corría el rumor de que Beneš (véase año 1942, nota al 24 de junio) iba a anexionar Dresde a la república de Checoslovaquia después de la guerra. <<

[60] *había empezado la invasión junto a Cherburgo:* el 6 de junio de 1944 empezó en Normandía, entre Cherburgo y Caen, el desembarco de las tropas aliadas a las órdenes del general Eisenhower. El 18 de junio, tras duros combates, estaba ocupada la península de Cotentin. <<

[61] *moire* (yiddish):‘miedo, temor’. <<

[62] *Bab:* Klemperer leía *Fortinbras oder der Kampf des* 19. *Jahrhunderts mit dem Geist der Romantik. Sechs Reden* (‘Fortinbras o la lucha del siglo XIX con el espíritu del Romanticismo. Seis discursos’), de Julius Bab (1880-1955), crítico de teatro y escritor. <<

[63] *Philipp Bouhler* (1899-1945): jefe de la cancillería del Führer y director del programa de eutanasia; además, presidente de la comisión de control oficial del Partido para la protección de la literatura nacionalsocialista. En 1942 publicó *Napoleon-Kometenpfad eines Genies* (‘Napoleón: carrera meteòrica de un genio’). Se suicidó el 19 de mayo de 1945. <<

[64] *Index*: se refiere al *Index librorum prohibitorum*, el catálogo de libros prohibidos a los católicos por el magisterio eclesiástico; tuvo validez a partir del Concilio de Trento y fue suprimido después del Vaticano II (1559-1967). *(N. de la T.)* <<

[65] *Ina Seidel* (1885-1974): su obra *Das Wunschkind* (‘El niño deseado’) apareció en 1930. <<

[66] *a Ilse Frischmann y a su madre «vinieron a buscarlas»:* Ilse Frischmann había pasado informaciones a prisioneros de guerra soviéticos, fue detenida y deportada a Auschwitz, pero sobrevivió. La madre fue condenada a dos años y medio de presidio, el padre fue deportado al campo de Radeberg y murió allí. <<

[67] *Pojaz*: *Der Pojaz*, novela (1905) de Karl Emil Franzos (1848-1904), novelista, periodista y editor austriaco. <<

[68] *Propter pecuniam nigram* (latín):‘por el dinero negro’. <<

[69] *Gneisenau:* Neidhardt von Gneisenau (1760-1831), general prusiano que reorganizó el ejército de Federico el Grande. <<

[70] *Germantik:* neologismo formado con las palabras *Romantik* (‘romanticismo’) y *germanisch* (‘germánico’). *(N. de la T.)* <<

[71] *Dietl:* Eduard Dietl (1890-1944), uno de los nacionalsocialistas de primera hora. En abril de 1940, comandante en jefe en el ataque a Noruega. Murió en marzo de 1944 en accidente de avión. <<

[72] *Rundstedt:* Gerd von Rundstedt (1875-1953), comandante en jefe de los ejércitos del oeste. Destituido en julio de 1944, después de la invasión; en septiembre reintegrado a su cargo, en marzo de 1945 definitivamente destituido. <<

[73] *Fritzsche:* Hans Fritzsche (1900-1953), director del departamento radiofónico del Ministerio de Propaganda. Destacado comentarista nazi. Absuelto en el proceso de Nuremberg, contra la protesta soviética. <<

[74] *Börries von Münchhausen* (1874-1945): novelista y ensayista, simpatizante de los nazis, se suicidó el 16 de marzo de 1945. <<

[75] *Rosenzweig:* Klemperer leía *Briefe* (‘Cartas’), de Franz Rosenzweig (1886-1929), filósofo, teólogo y pedagogo, fundó en Francfort del Meno, en 1920, un Instituto de Estudios Judíos, en el que enseñaron, entre otros, Buber, Scholem y Fromm. Su obra principal, *Der Stern der Erlösung* (‘La estrella de la redención de Franz Rosenzweig’) fue publicada en 1920. <<

[76] *Beumelburg:* Werner Beumelburg (1899-1963), narrador y publicista; escribió, desde una perspectiva prusiano-nacionalista, sobre la primera y la segunda guerra mundial; en esta última participó como comandante. <<

[77] *Eisenhower:* Dwight D. Eisenhower (1890-1969); entre 1942 y 1945, general en jefe de las tropas norteamericanas que luchaban en Europa occidental y en el norte de África; entre 1953 y 1961, presidente de Estados Unidos. <<

[78] *el atentado contra Hitler*: el 20 de julio de 1944, el conde Claus von Stauffenberg (1907-1944), coronel del ejército, hizo explotar una bomba en el cuartel general del Führer en Rastenburg, Prusia oriental. Hitler sólo resultó levemente herido. El plan de eliminar a Hitler, acabar con el régimen nazi y hacer así terminar rápidamente la guerra fracasó. Stauffenberg fue fusilado el mismo día en Berlín. Hubo una oleada de detenciones relacionadas con el atentado. Fueron ejecutadas 190 personas. <<

[79] *el asunto de la Bürgerbräu de 1939*: el 8 de noviembre de 1939, el carpintero Georg Johann Elser (1903-1945) hizo explotar en la cervecería muniquesa Bürgerbräuhaus una bomba de relojería, confeccionada por él, para matar a Hitler, que pronunciaba allí un discurso con ocasión de los actos conmemorativos del «golpe» de 1923. La bomba explotó pocos minutos después de que Hitler abandonara la sala, pues tuvo que regresar urgentemente a Berlín. Hubo siete muertos y sesenta y tres heridos. Elser fue detenido cuando trataba de cruzar la frontera suiza. Internado en el campo de concentración de Sachsenhausen, trasladado en 1945 al de Dachau, fue asesinado en este último campo por orden de Hitler, pocos días antes de la llegada de los aliados. <<

[80] *vestigia terrent* (latín):‘las huellas aterran’. La cita es de Horacio (*Epístolas*, 1, 1, 74), pero se remonta a una fábula de Esopo: el zorro no entra en la cueva del león enfermo, porque hay muchas huellas que llevan a ella, pero ninguna que salga. <<

[81] *mots savants* (francés):‘neologismos, cultismos’. <<

[82] *expendens apud collum:* la forma correcta latina sería *pendens ex collo,*‘me cuelga del cuello’, alemán *zum Hals heraushängend*, expresión que viene a significar‘estar hasta la coronilla’. *(N. de la T.)* <<

[83] *pronunciamientos:* en español en el original. <<

[84] *¡treinta años!:* el 1 de agosto de 1914 el Reich alemán declaró la guerra a Rusia y ordenó la movilización general en Alemania. <<

[85] *Tannenberg:* en la batalla de Tannenberg (Prusia oriental), el 28 de agosto de 1914, el octavo ejército alemán a las órdenes de Paul von Hindenburg venció al ejército ruso de Narew, superior en número. <<

[86] *Turquía ha roto las relaciones con Alemania:* el tratado de amistad entre Turquía y Alemania de 1941 había sido firmado sin perjuicio de las obligaciones contraídas por Turquía frente a los aliados. Ante la inminente derrota alemana, Turquía rompió el 2 de agosto de 1944 sus relaciones con Alemania y finalmente, el 23 de febrero de 1945, declaró la guerra a las potencias del Eje. <<

[87] *Goerdeler:* Carl Friedrich Goerdeler (1884-1945), alcalde de Leipzig desde 1930, dimitió en 1937 por su violenta oposición al NSDAP. Fue el centro de la resistencia conservadora contra Hitler; pasó a la clandestinidad después del 20 de julio de 1944; en agosto del mismo año, detenido a consecuencia de una delación; condenado a muerte por el Tribunal Popular y ejecutado el 2 de febrero de 1945. <<

[88] *HIB-Aktion:* «Cuando Goebbels encontró la abreviatura *Hib-Aktion* para la campaña *Hinein in die Betriebe!* (‘¡A las fábricas!’), esa fórmula sólo fue eficaz en el lenguaje hablado; para que fuera perfecta en la expresión escrita le faltaba la corrección ortográfica» (Victor Klemperer en la *LTI*.) <<

[89] Knut Hamsun: escritor noruego (1859-1952). Premio Nobel de Literatura en 1920. Hamsun se declaró públicamente afecto al nacionalsocialismo y colaboró con los alemanes cuando éstos invadieron Noruega. En 1948 fue condenado por un tribunal noruego a una elevada multa (obra: Pan, Hambre, Frutos de la tierra.) <<

[90] *Stammler:* Wolfgang Stammler (1886-1965), germanista, editor de la enciclopedia en cuatro volúmenes *Reallexikon der deutschen Literaturgeschichte* (‘Enciclopedia de la historia de la literatura alemana’) (junto con Paul Merker) y de la *Zeitschrift für deutsche Philologie.* <<

[91] *Contó que entre los fusilados del complot se encontraban Schacht y Neurath:* se trataba de un infundio; Hjalmar Schacht (1877-1970), de 1933 a 1939 presidente del Reichsbank y de 1934 a 1937 ministro de Economía del Reich, y el barón Konstantin von Neurath, entre 1938 y 1941 «protector del Reich en Bohemia y Moravia», tuvieron a partir de 1937 una actitud crítica frente a Hitler pero no formaron parte de los conjurados del 20 de julio. <<

[92] *Nebe:* Arthur Nebe, SS-*Gruppenführer*, general de la policía, *Reichskriminaldirektor;* el 24 de julio de 1944 pasó a la clandestinidad, el 16 de enero de 1945 fue detenido, condenado a muerte y en marzo de 1945, ejecutado. <<

[93] *Ehrgeizlinge:* el vocablo normal para «ambicioso» es *ehrgeizig;* Goebbels ha hecho un sustantivo nuevo, *Ehrgeizling*, con el sufijo -*ling*, que siempre es despectivo. *(N. de la T.)* <<

[94] *Stresemann:* Klemperer había leído dos volúmenes de *Reden und Schriften 1897-1926* (‘Discursos y escritos 1897-1926’) de Gustav Stresemann (1878-1929). Stresemann fue canciller del Reich por un breve período y después ministro de Asuntos Exteriores, en cuyo cargo intentó la revisión por vía pacífica del Tratado de Versalles. En 1926 recibió, junto con Aristide Briand, el Premio Nobel de la Paz. <<

[95] *trifolium* (latín):‘trébol’. <<

[96] *ADCA: Allgemeine Deutsche Credit Anstalt* (‘Instituto General Alemán de Crédito’). <<

[97] *Hakenkreuzotter*: de *Hakenkreuz* (‘cruz gamada’) y *Kreuzotter* (‘víbora común’ o‘víbora de la cruz’), o sea‘víbora de la cruz gamada’. *(N. de la T.)* <<

[98] *Polgar:* Alfred Polgar (1873-1955), escritor y humorista vienés; emigró en 1938 a Francia y en 1940 a Estados Unidos. <<

[99] *defección de Rumania:* el 23 de agosto de 1944, un levantamiento armado trajo la caída del régimen de Antonescu y puso a Rumania en el bando de la coalición antihitleriana. <<

[100] *Broche* (yiddish):‘bendición’. <<

[101] *Mitzwa* (yiddish):‘mandamiento, obligación de hacer el bien por caridad’. <<

[102] *Ideas:* se refiere a la obra principal de Herder, *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* (‘Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad’), 1784-1791. <<

[103] *Joseph Nadler* (1884-1953): historiador de la literatura. <<

[104] *mesusa* (hebreo):‘jamba de la puerta’. Así se denomina a una cápsula con un rollo de pergamino en el que hay escritos pasajes del Deuteronomio; está colocada en la jamba derecha de la puerta de las casas judías, y se la considera una protección contra el pecado. <<

[105] *filacterias* (de raíz griega, Φυλάττω:‘vigilar, proteger’): tira de pergamino con pasajes de la Biblia que llevan los judíos en torno al brazo izquierdo o a la frente durante la oración matutina. <<

[106] *Y conté lo que sabía de Sauerbruch, de Arco, de Ritter*: en 1919, los Klemperer vivían en la pensión Berg, de Múnich; su vecino era el médico Leo Ritter (1890-1979), en aquel entonces ayudante del cirujano Ferdinand Sauerbruch (1875-1951). Ritter contó que Sauerbruch estuvo tratando al conde Anton von Arco (1897-1945), herido en el atentado, y que se negó a entregarlo al tribunal militar. El 21 de febrero de 1919, Arco mató al primer ministro bávaro Kurt Eisner, lo que fue el detonante para la proclamación de la República de los Consejos de Baviera. Desde 1929, Leo Ritter era jefe de servicio del departamento quirúrgico-ginecológico del Hospital Nuevo de Ratisbona. La noticia de que Sauerbruch se encontraba entre los que fueron ejecutados era un infundio. Durante la guerra fue el médico de mayor rango del ejército alemán, adepto algún tiempo al nacionalsocialismo; había tratado en su clínica de Múnich al coronel conde Claus von Stauffenberg, gravemente herido en la campaña de África, y era amigo del teniente general Beck, además gozaba de confianza en los círculos de la resistencia, pero no estaba en el secreto de la conjura. <<

[107] *Finlandia había capitulado*: después de haber infligido los rusos una derrota decisiva a las unidades finlandesas, Finlandia firmó la paz con Moscú el 19 de septiembre de 1944 y desarmó a las unidades alemanas que estaban en el país. <<

[108] *en Bulgaria se había formado un «ministerio suicida»:* el 4 de septiembre de 1944, inmediatamente después de haber alcanzado el ejército rojo la frontera búlgara, Bulgaria abandonó el Pacto Tripartito y el 9 de septiembre declaró la guerra a Alemania. <<

[109] *Mölders:* Werner Mölders (1913-1941), piloto de caza; en 1939, después de su participación en la Legión Cóndor, fue nombrado comandante y en 1941 inspector de pilotos de caza. Murió en accidente de avión. <<

[110] *plus qu’un crime, une sottise* (francés):‘más que un crimen, una estupidez’, frase que, según la tradición, pronunció Talleyrand después de la ejecución del duque de Enghien por el cónsul Napoleón Bonaparte en marzo de 1804. <<

[111] *Kluge:* Hans Günther von Kluge (1882-1944), mariscal de campo; después del desembarco de los aliados en Normandía, tomó el mando del frente occidental; Kluge estaba al corriente del complot del 20 de julio; fue destituido por Hitler el 16 de agosto de 1944 y dos días después se suicidó en Metz. <<

[112] *Beromünster:* pequeño municipio al norte de Lucerna, sede de la emisora nacional de la Suiza alemana. *(N. de la T.)* <<

[113] *Lindemann:* Fritz Lindemann (1894-1944), general de artillería; era el que debía leer por radio la noticia de la muerte de Hitler. Condenado a muerte y ejecutado. <<

[114] *los detenidos Thälmann y Breitscheid:* Rudolf Breitscheid, líder socialdemócrata entregado a la Gestapo en 1940 por el gobierno de Vichy, murió el 28 de agosto de 1944 en el campo de Buchenwald durante un bombardeo de Weimar. Ernst Thälmann, presidente del PCA, fue trasladado, tras once años de prisión celular, a Buchenwald y asesinado allí el 18 de agosto de 1944. <<

[115] *Clemenceau:* Georges Benjamin Clemenceau (1841-1929), político francés. Fue una figura importante de la III República; como presidente del Consejo, rehabilitó a Dreyfus y reforzó la laicidad del Estado. Jefe de gobierno de 1917 a 1919; impuso las condiciones del Tratado de Versalles. Miembro de la Académie Française. <<

[116] *Lebensborn:* esta institución, que fundó Himmler en 1935 Por razones racistas y de política demográfica, tenía la finalidad de «fomentar la natalidad en las SS, proteger y prestar ayuda a todas las madres de buena sangre y velar por las madres y los hijos de buena sangre que necesiten ayuda». En los hogares de *Lebensborn* nacieron unos 11.000 niños (casi siempre ilegítimos), desde 1941 también se practicaba en ellos la «germanización» de niños huérfanos o «valiosos desde el punto de vista de la raza», procedentes de los territorios ocupados. <<

[117] *Minna von Barnhelm:* comedia con la que su autor, Gotthold Ephraim Lessing (1729-1789), creó un nuevo tipo de pieza teatral, situada entre la comedia clásica y el drama. La obra se considera expresión ejemplar de la utopía política de la burguesía ilustrada alemana. *(N. de la T.)* <<

[118] *Mehring:* Walter Mehring (1896-1981), poeta lírico y dramaturgo; su drama sobre la inflación, *Der Kaufmann von Berlin,* puesto en escena en 1929 por Erwin Piscator, provocó disturbios organizados por las SA. Antifascista de primera hora, emigró en 1933 a Francia y a Estados Unidos. <<

[119] *Tucholsky:* Kurt Tucholsky (1890-1935), escritor, poeta lírico y ensayista. Representante de un humanismo pacifista de izquierdas, escribió bajo diversos seudónimos artículos de extraordinaria mordacidad e ironía sobre el acontecer político-social, así como exquisitas comedias *(El palacio de Gripsholm*, traducción castellana, Madrid, 1994). Exiliado en Suecia y perdida la esperanza tras la estabilización del nacionalsocialismo, se suicidó. *(N. de la T.)* <<

[120] *Weltbühne* ('El escenario del mundo'): revista semanal fundada en 1905 con el nombre de *Schaubühne* ('La escena teatral'); cambió su nombre en 1918. De gran influencia en el ámbito político y cultural, fue la revista de los intelectuales alemanes durante la República de Weimar. Prohibida por los nacionalsocialistas, su último director, Carl von Ossietzsky (Premio Nobel de la Paz en 1936), fue internado en un campo de concentración y murió a consecuencia de los malos tratos en 1938. *(N. de la T.)* <<

[121] *Deutsche Friedensgesellschaft Berlin* (‘Sociedad alemana de Berlín por la paz’): organización pacifista fundada en 1892 bajo la influencia de Bertha von Suttner. En la primera guerra mundial, punto de reunión de los intelectuales opuestos a la guerra; en la República de Weimar abogó por el desarme total. Prohibida en 1933, muchos de sus líderes y de sus miembros fueron perseguidos por los nazis. <<

[122] *Bne Briss* o *B’nai B’rith* (hebreo):‘hijos de la alianza’; orden independiente, con fines éticos y caritativos, para personas de religión judía. Fundada en Nueva York en 1843, alcanzó enorme relevancia en Alemania (15.000 miembros). Disuelta en 1937. <<

[123] *Scheidemann:* Philipp Scheidemann (1865-1939), político socialdemócrata. Primer presidente de la República de Weimar, proclamada por él. Emigró en 1933. <<

[124] *«fremder Dante»:* Victor Klemperer, *Der fremde Dante,* ensayo escrito en 1921, publicado en *Hauptfragen der Romanistik. Festschrift für Philipp August Becker* ('Cuestiones fundamentales de la romanística. Homenaje a Philipp August Becker'), Heidelberg, 1921. <<

[125]*Hic et ubique* (latín):‘aquí y en todas partes’. <<

[126] *notas sobre Göring:* Klemperer había leído la monografía *Hermann Göring. Werk und Mensch* (‘Hermann Göring. La obra y el hombre’), de Erich Gritzbach, relator general de Göring y jefe de su servicio de estado mayor. <<

[127] *Tonio Kröger:* novela corta (1903) de Thomas Mann. <<

[128] *Drema: Dresdner Maschinen Aktiengesellschaft*, sociedad anónima de maquinaria de Dresde, para la obtención, la fabricación y la venta de productos alimenticios, en la Würzburger Strasse 9. <<

[129] *fama* (latín):‘noticia o rumor que corre de boca en boca’. <<

[130] *on s’y fera* (francés):‘uno se acostumbrará a ello’. <<

[131] *OT:* Organisation Todt. Fritz Todt (1891-1942); desde 1940 ministro de Armamento y Munición, puso en marcha una organización que era movilizada, como unidad semimilitar, para construcciones militares (muralla occidental, muralla atlántica). Murió el 8 de febrero de 1942 en un accidente de avión. <<

[132] *Guillermo:* Eva Klemperer había sacado de la biblioteca la traducción alemana de la monografía inglesa sobre Guillermo II *Fabulous Monster* (‘Animal fabuloso’) (1934), del historiador inglés J. Daniel Chamier. <<

[133] *Volkssturm:* literalmente,‘asalto popular’. El 18 de octubre de 1944 fue publicado el decreto de Hitler del 25 de septiembre de 1944 sobre la formación de «grupos populares de asalto con todos los hombres de dieciséis a sesenta años capaces de llevar armas». <<

[134] *Landsturm:* reclutamiento de todos los hombres de edad avanzada (solía ser hasta los cincuenta años). *(N. de la T.)* <<

[135] *Roda Roda:* Alexander Roda Roda (1872-1945), autor satírico austriaco; el libro citado por Klemperer se publicó en 1909; en 1908 había aparecido un volumen de sus sátiras con el título *Von Bienen*, *Drohnen und Baronen* (‘Abejas, zánganos y barones’). <<

[136] *las atrocidades de los rusos en Prusia oriental:* el 16 de octubre de 1944 los rusos penetraron en Prusia oriental, tomando cruel venganza en la población civil; en muchos lugares reconquistados hasta principios de noviembre hubo violaciones, torturas, incendios y asesinatos. Goebbels utilizó todo esto para su propaganda de resistencia. <<

[137] *Lamprecht…: 1809, 1813, 1815. Anfang, Höhepunkt und Ausgang der Freiheitskriege* (‘1809, 1913, 1815. Comienzo, apogeo y final de las guerras de liberación’) (1913) de Karl Lamprecht (1856-1915), historiador, catedrático de la Universidad de Leipzig. <<

[138] *foehn:* viento seco y cálido, frecuente en los valles alpinos. *(N. de la T.)* <<

[139] *Dostoievski:* se trata de la monografía de Max Holzmann *Dostojewski. Sein Leben und werden* (‘Dostoievski. Su vida y su devenir’), de 1923. <<

[140] *anotaciones sobre Ernst:* se refiere a unas anotaciones sobre *Tagebuch eines Dichters* (‘Diario de un escritor’) (1934), de Paul Ernst (1866-1933), dramaturgo, novelista y ensayista, uno de los precursores literarios del fascismo. <<

[141] *Stefan Zweig:* Klemperer leía la novela corta *Amok* (1922) de Stefan Zweig.
<<

[142] *poco importa que un jinete del Apocalipsis venga a unirse a los otros:* los cuatro jinetes del Apocalipsis (Apocalipsis 6): Muerte, Hambre, Guerra, Peste. Su más célebre representación gráfica es el grabado de Durero. *(N. de la T.)* <<

[143] *lago Balatón:* en alemán, *Plattensee*, lago al sureste de Viena, en Hungría. *(N. de la T.)* <<

[144] *oda alcaica:* compuesta en estrofas alcaicas (a la manera de Alceo, poeta lírico griego del siglo VII a.C.). <<

[145] *Platen:* Karl August von Platen-Hallermunde (1796-1835), poeta lírico alemán, amante del mundo greco-latino, vivió casi siempre en Italia (Siracusa). Sus poemas, de lírica personal o política, se orientan formalmente en la poesía greco-latina. <<

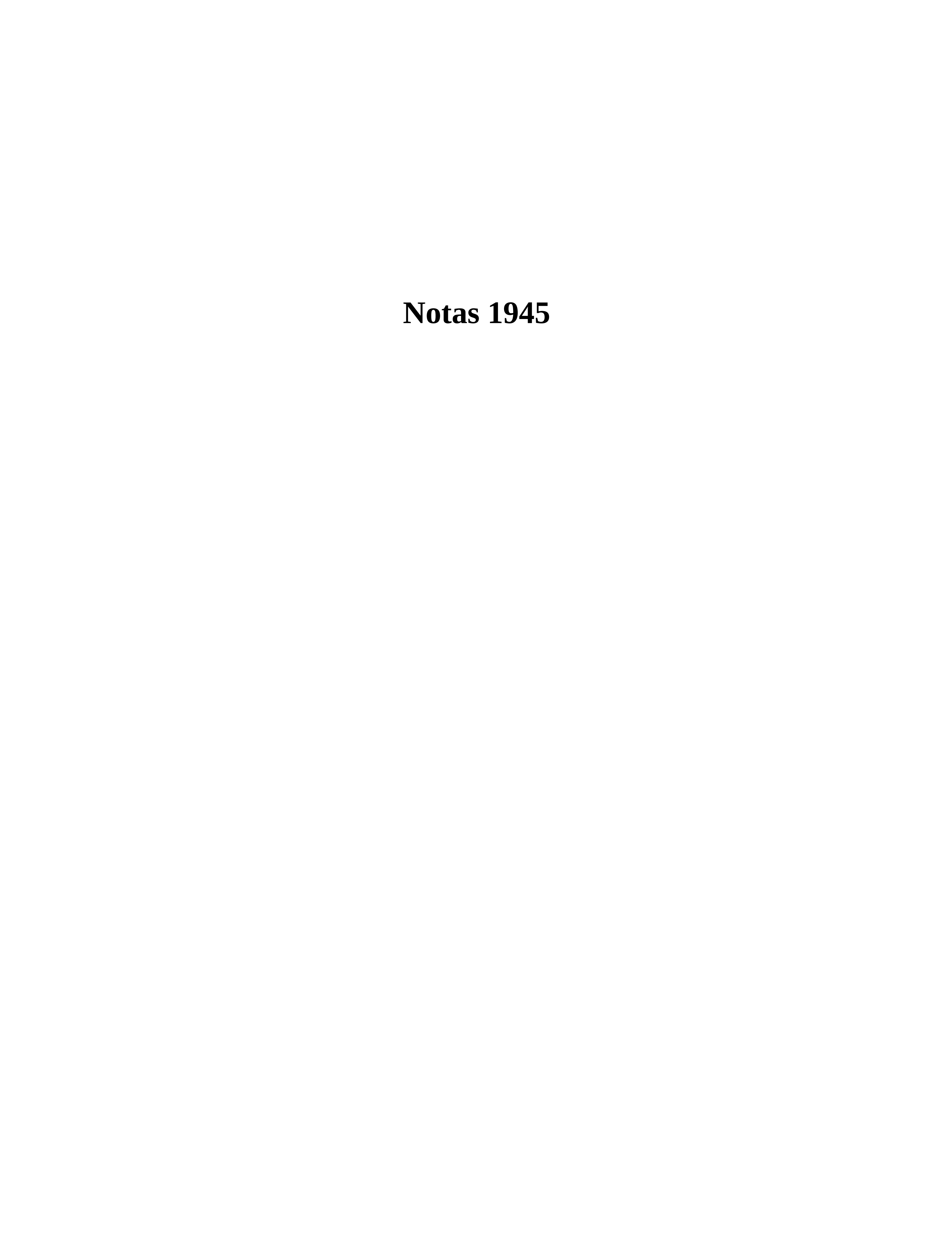
[146] *aniquilación de la Varsovia rebelde:* el 1 de agosto de 1944 hubo en Varsovia un levantamiento de la *Armija krajowa*, ejército polaco a las órdenes del gobierno polaco en el exilio de Londres. La insurrección no contó con el apoyo del ejército ruso que ya estaba al este del Vístula y fue aplastada, tras sesenta y cuatro días de combates, por las tropas alemanas. <<

[147] *Nickern:* se trata en realidad del campo de prisioneros de guerra de Oberlockwitz, para soldados ingleses y franceses, en las afueras de Dresde. *(Nota tomada de la edición francesa.)* <<

[148] *KLV (Kinder-Land-Verschickung):*‘traslado de los niños al campo’. A partir de 1943, evacuación sistemática de las escuelas a lugares alejados de las ciudades para salvar a los niños de las bombas. En el libro póstumo de Michael Ende, *Carpeta de apuntes* (Madrid, 1996, pp. 301-325), hay una interesante y divertidísima descripción, desde una perspectiva autobiográfica, de esa operación oficial. *(N. de la T.)* <<

[149] *gran ofensiva desde la muralla atlántica:* se trata de la última ofensiva alemana (Ardenas); empezó entre Aquisgrán y Luxemburgo en un ancho de 100 kilómetros. Tenía como objetivo reconquistar Bruselas y Amberes. Tras los éxitos iniciales, pronto quedó claro el fracaso de la empresa. A mediados de enero de 1945, las unidades alemanas se encontraban de nuevo en el punto de partida. <<

[150] *«Que se marchara Hess fue feo; que se marchara Ley, no estaría mal; que se marchara Himmler, sería divino»:* juego de palabras basado en la correspondencia de sonidos entre *Hess* y *hässlich* (‘feo’), *Ley* y *leidlich* (‘soportable’), *Himmler* y *himmlisch* (‘divino’). *(N. de la T.)* <<



Notas 1945

[1] *memento mori* (latín):‘recuerda que has de morir’. <<

[2] *«Sólo nos falta el tiempo»:* tomado del poema *Der Arbeitsmann* (‘El obrero’), de Richard Dehmel (1863-1920), poeta lírico, dramaturgo y novelista. <<

[3] *Bouhler: Kampf um Deutschland. Ein Lesebuch für die deutsche Jugend* (‘Combate por Alemania. Una antología para la juventud alemana’), Berlín, 1941, de Philipp Bouhler (1899-1945). Sobre Bouhler, véase año 1944, nota al 18 de junio. <<

[4] *guillemets moqueurs* (francés):‘entrecomillado burlón’. <<

[5] *Schulchan aruch* (hebreo):‘mesa puesta’. Título de una recopilación de leyes de Josef Karo (1488-1575), impresa por primera vez en 1564-1565. Esa colección sigue siendo hoy normativa para los judíos fieles a la ley. <<

[6] *Thomas Mann… había hablado por radio:* en su discurso del 1 de enero de 1945, Thomas Mann declaró que «reanudaba sus breves alocuciones ahora que Hitler o Himmler parecían de nuevo victoriosos», e insistió en que no habría una victoria nazi. <<

[7] *sólo su mujer era una «née» Pringsheim:* Katia Mann (1883-1980), la esposa de Thomas Mann, había nacido en el seno de una acaudalada familia judía, de larga tradición intelectual. El profesor Klaus Pringsheim, hermano de Katia, director de la Academia de Música, emigró a Tokio. Era amigo de Georg Klemperer, el hermano mayor de Victor Klemperer. *(N. de la T.)* <<

[8] *leyendo tranquilamente al desagradable Pleyer:* se refiere a la novela *Till Scheerauer* (1933) de Wilhelm Pleyer (1901-1974), autor alemán de los Sudetes.
<<

[9] *por lo menos habré comido otra vez bizcochos de pasta flora:* fórmula de la novela *Jettchen Gebert*. <<

[10] *el affaire Dressel:* Annemarie Köhler vivió muchos años con el cirujano Friedrich Dressel; éste se casó en 1937 con una enfermera de la clínica, Catharina Noth, lo que fue para Annemarie un golpe terrible del que nunca se repuso. <<

[11] *Walter Lippmann* (1889-1974): comentarista político norteamericano; sus artículos se publicaban en más de 250 periódicos. <<

[12] *Fritz Martini:* el ensayo *Das Bauerntum im deutschen Schrifttum von den Anfängen bis zum 16. Jahrhundert* de Fritz Martini (1909-1991), historiador de la literatura con cátedra en Stuttgart, apareció en la *Deutsche Vierteljahrschrift für Literatur und Geisteswissenschaften*, Buchreihe, vol. 27, Halle, 1944. *(Nota tomada de la edición italiana*.) <<

[13] *un discurso de Thomas Mann:* en su alocución radiofónica del 14 de enero de 1945, dijo Thomas Mann: «Entre el 15 de abril de 1942 y el 15 de abril de 1944 han sido asesinados, sólo en estos dos centros [los campos de concentración de Auschwitz y Birkenau], 1.715.000 judíos». <<

[14] *tu parles!* (francés): (literalmente,‘tú hablas’),‘¡qué fácil es decirlo!’. <<

[15] *Freisler:* Roland Freisler (1893-1945), el tristemente célebre (por su brutal tratamiento de los acusados, sobre todo de los implicados en el atentado del 20 de julio) presidente del Tribunal Popular murió en un bombardeo de Berlín el 3 de febrero de 1945. <<

[16] *marcha a la muerte:* para el 18 de febrero de 1945 estaba prevista la deportación a Theresienstadt –camuflada como «servicio de trabajo fuera de Dresde»– de una gran parte de los judíos y judías que hasta entonces estaban protegidos por su «matrimonio mixto». Mientras que el 15 de febrero fueron transportados a Theresienstadt 56 judíos de Chemnitz, que también vivían en parte en matrimonio mixto, el bombardeo de Dresde en la noche del 13 al 14 de febrero impidió la deportación de los judíos de Dresde. <<

[17] *el caso Bitterwolf:* la madre y la hija sobrevivieron, el padre murió en el bombardeo de Dresde. Véase el documental televisivo *Victor Klemperer, ein Chronist des Jahrhunderts* (‘Victor Klemperer, un cronista del siglo’), de U. Kasten y W. Kohlhaase (SFB y ORB en colaboración con ARTE). *(N. de la T.)* <<

[18] *se oyó el zumbido… de las unidades que se acercaban:* en los dos ataques aéreos del 13 y del 14 de febrero de 1945, hacia las diez de la noche y a la una de la mañana respectivamente, 243 bombarderos británicos el primer día y 529 el segundo arrojaron sobre Dresde 1.477 toneladas de bombas explosivas y de minas y 1.181 toneladas de bombas incendiarias. <<

[19] *no hemos vuelto a saber nada de ninguna de las dos:* tanto la señora Cohn como Lisl Stühler y su hijo Bernhard sobrevivieron al bombardeo y al final de la guerra; los Stühler huyeron a Baviera y en 1947 emigraron a Estados Unidos. <<

[20] *el hombre del monumento de la terraza:* la estatua del arquitecto Gottfried Semper, situada entre el Albertinum y la Academia de Bellas Artes. <<

[21] *Albertinum:* edificio que alberga varios museos de artes plásticas. *(N. de la T.)* <<

[22] *Eisenmann… no hemos vuelto a saber nada de él:* en los diarios posteriores de Klemperer tampoco se lee nada sobre la familia Eisenmann. Es de suponer que ningún miembro de la familia sobrevivió a los tres ataques aéreos del 13 y el 14 de febrero de 1945. <<

[23] *el hospital:* la palabra es genérica, pero para los habitantes de Dresde tendría una significación precisa, seguramente el gran Hospital de Johannstadt, el barrio de las clínicas (así reza la traducción francesa: «l'hôpital de Johannstadt»). *(N. de la T.)* <<

[24] *¿qué habrá sido de Jacobi y de su familia*?: La familia Jacobi se salvó. Después de 1945, Carl Jacobi fue algún tiempo concejal del barrio de Neustadt.
<<

[25] *los matrimonios Steinitz y Magnus se habían salvado:* mientras que Magnus y su mujer sobrevivieron al bombardeo y a la guerra, el matrimonio Steinitz murió muy probablemente en los bombardeos de la noche del 13 al 14 de febrero. <<

[26] *la «Queen» de hierro fundido:* se refiere a la figura alegórica, en piedra arenisca, del frontón del Albertinum. <<

[27] *Buck:* Pearl S. Buck (1892-1973), novelista estadounidense. Hija y esposa de misioneros en China, escenario de gran parte de sus obras. Sus novelas más destacadas son *La buena tierra (The good Earth*), primer volumen de una trilogía: *Hijos (Sons*, 1932) y *Un hogar dividido (The Divided House*, 1935). Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1938. <<

[28] *El joven alcalde:* Jurij Krahl, alcalde de Piskowitz. Terminada la guerra, Agnes Scholze le dijo a Klemperer que Krahl estuvo siempre al corriente de quién era Klemperer, pero que había guardado silencio. <<

[29] *Dumas «père»:* Alejandro Dumas padre (1802-1880), novelista y dramaturgo francés, autor de obras tan célebres como *Los tres mosqueteros* y *El conde de Montecristo.* <<

[30] *avant que l'hémistiche* (francés):'antes que el hemistiquio' (medio verso). Klemperer alude al verso alejandrino, escrito en prisión por André Chénier (muerto en la guillotina por orden de Robespierre): «Avant que de ses deux moitiés / ce vers que je commence ait atteint la dernière…» ('Antes que de sus dos mitades / este verso que comienzo haya alcanzado la última…'). <<

[31] *Muskau:* Bad Muskau, ciudad a orillas del Neisse, a 50 kilómetros al noreste de Piskowitz. *(N. de la T.)* <<

[32] *pronunciamiento:* en español en el original. <<

[33] *la batalla contra los hunos:* la batalla de los Campos Cataláunicos (451), en la que romanos y visigodos vencieron a Atila, rey de los hunos. <<

[34] *Muttchen:* literalmente,‘madrecita’; así llamaban en familia a Trude Scherner. <<

[35] *Tölz:* Bad Tölz, pequeña ciudad de la Alta Baviera, a orillas del Isar. Estación termal (aguas yodadas) desde 1849. *(N. de la T.)* <<

[36] *Harms:* Paul Harms (1866-1945), editorialista del diario *Leipziger Neueste Nachrichten*; después de 1933 se hizo adepto del nacionalsocialismo. Klemperer lo conoció cuando prestaba servicio en la oficina de revisión de libros de Leipzig y a partir de entonces publicó de vez en cuando en ese periódico. <<

[37] *Schingnitz:* Werner Schingnitz (1899-?), historiador de la filosofía, desde 1926 *Privatdozent* en la Universidad de Leipzig; en 1933 «hombre de confianza» del NSDAP en la Universidad de Leipzig. <<

[38] *apuntes sobre Gerlach y Molo:* los apuntes sobre la novela *Die Strasse nach Prag* (‘La carretera de Praga’) (1943) de Kurt Gerlach (1889-1976) y sobre la novela en cuatro volúmenes (1912-1916), *Der Schillerroman* (‘La novela sobre Schiller’) de Walter von Molo (1880-1958). <<

[39] *a la manera de Münchhausen:* Karl Hieronymus, barón de Münchhausen (1720-1797), oficial alemán, es célebre por el relato de sus aventuras en lejanos países, aventuras cargadas de exageraciones que lo convirtieron en personaje de leyenda, en el «embustero» por excelencia. *(N. de la T.)* <<

[40] *quieta non movere* (latín):‘no mover lo que está quieto (dejar las cosas como están)’. <<

[41] *Dahlem:* barrio residencial de Berlín. *(N. de la T.)* <<

[42] *«Los traficantes de hombres de Yalta»:* el artículo se refiere a la conferencia de Yalta (Crimea) del 4 al 11 de febrero de 1945, en la que Churchill, Stalin y Roosevelt llegaron a un acuerdo sobre la fase final de la guerra y sobre cuestiones básicas de la inmediata postguerra. <<

[43] *Maurizius:* Klemperer leía *El caso Maurizius*, de Jakob Wassermann (1873-1934), autor de novelas de gran éxito, entre las que destacan *Caspar Hauser* y *El hombrecillo de los gansos.* <<

[44] *Hindenburg:* Paul von Hindenburg (1847-1934), mariscal de campo, gran héroe de la primera guerra mundial. Elegido presidente del Reich en 1925 y reelegido en 1932, permitió, tras largas vacilaciones, la formación de una coalición de derechas dirigida por Adolf Hitler. El 30 de enero de 1933, nombró a éste canciller del Reich. <<

[45] *Ludendorff:* Erich Ludendorff (1865-1937), general, jefe de estado mayor de Hindenburg en la primera guerra mundial; huyó a Suecia en 1918; en 1920 participó en el golpe de Kapp, en 1923 en el de Hitler y entre 1924 y 1928 fue diputado (NSDAP) del Reichstag. Posteriormente se distanció de Hitler. <<

[46] *Bebel*: August Bebel (1840-1913), junto con Wilhelm Liebknecht fundador (1869) y presidente del Partido Socialdemócrata Obrero. Mantuvo una posición intermedia entre los revisionistas y los izquierdistas radicales como Rosa Luxemburg. Su obra *Die Frau und der Sozialismus* (‘La mujer y el socialismo’) fue un importante medio de propaganda del socialismo. <<

[47] *Liebknecht*: Karl Liebknecht (1871-1919), hijo de Wilhelm Liebknecht; fundador y líder de la Liga Espartaquista, cofundador del PCA, asesinado, junto con Rosa Luxemburg, el 15 de enero de 1919 por oficiales del *Freikorps* (‘cuerpo de voluntarios’). <<

[48] *Eleanor*: Anna Eleanor Roosevelt (1884-1962), esposa de Franklin Delano Roosevelt. Muy comprometida en el terreno político-social, protegió también ciertos movimientos minoritarios. <<

[49] *Toller*: Ernst Toller (1893-1939), dramaturgo; en 1919 fue miembro activo de la República de los Consejos (gobierno revolucionario de Baviera, según el modelo de los soviets); condenado a cinco años de fortaleza. El 22 de mayo de 1938 se suicidó en el exilio norteamericano. <<

[50] *Jud Süss:* Joseph Süss-Oppenheimer (1689-1738), financiero alemán al servicio del duque Carlos Alejandro de Wurtemberg, que lo nombró director de la Moneda y después consejero de hacienda del ducado. Sus reformas (introdujo monopolios estatales, fundó bancos y manufacturas) y la inmensa riqueza que acumuló personalmente le atrajeron el odio de la oposición al régimen absolutista del duque. El mismo día de la súbita muerte de éste fue apresado, ahorcado y colgado de una jaula. El personaje del *Jüd Süss* fue tratado en novelas y dramas, pero sobre todo fue explotado por la propaganda antisemita nacionalsocialista con la película *Jüd Süss* (1940), de Veit Harlan, basada en las obras de L. Feuchtwanger y W. Hauff. <<

[51] *Werwölfe:* literalmente,‘hombres-lobos’; movimiento clandestino, al estilo de los partisanos, creado por los nacionalsocialistas en la primavera de 1945, con el fin de hacer actos de sabotaje en los territorios ocupados por los aliados. Por falta de eco en la población, no llegó a tener importancia militar. *(N. de la T.)* <<

[52] *pronunciamientos*: en español en el original. <<

[53] *Ritter*: Leo Ritter (1890-1979), cirujano y ginecólogo, jefe de servicio en el Hospital Nuevo de Ratisbona. Los Klemperer hicieron cierta amistad con él en Múnich, en 1919, cuando vivían en la misma pensión. <<

[54] *Bergengruen:* se trata de la novela *Am Himmel wie auf Erden* (‘Así en el cielo como en la tierra’) (1940) de Werner Bergengruen (1892-1964), autor de novelas históricas y poeta lírico. <<

[55] *Messina*: en un viaje a Messina, en la primavera de 1915, los Klemperer pudieron comprobar los terribles estragos que había causado en la ciudad el terremoto de 1908. <<

[56] *iglesia-símbolo:* Klemperer se refiere sin duda a la Frauenkirche, la catedral y el edificio más característico de Múnich, situado junto al ayuntamiento. *(N. de la T.)* <<

[57] *una especie de Caná:* véase Éxodo 2,17: «Y he decidido sacaros de la tribulación de Egipto al país de los cananeos…, a una tierra que mana leche y miel». *(N. de la T.)* <<

[58] *Pfandl:* Ludwig Pfandl (1881-1947), hispanista, autor de la obra *Spanische Kultur und Sitte im 16. und 17. Jahrhundert* (‘Civilización y costumbres españolas en los siglos XVI y XVII’), murió más tarde, en 1947. <<

[59] *Hämel:* Adalbert Hämel (1885-1952), hispanista; 1921-1945, cátedra en Würzburg, después en Erlangen. <<

[60] *Geizer:* Heinrich Geizer (1883-1945), romanista; desde 1919, cátedra en Jena <<

[61] *Curtius*: Ernst Robert Curtius (1886-1956), célebre historiador de la literatura, catedrático de filología románica en Marburgo, Heidelberg y Bonn. <<

[62] *Lerch*: Eugen Lerch (1888-1952), romanista. A partir de 1920, profesor en Múnich; de 1930 a 1946, en Münster; desde 1946 en Maguncia. Klemperer lo conocía desde su época de Múnich. En los años veinte editaron juntos la revista *Idealistische Philologie*. <<

[63] *Riesengebirge* (‘Montes de los Gigantes’): nombre alemán del macizo montañoso más elevado de Bohemia que forma la frontera entre Polonia y Checoslovaquia. *(N. de la T.)* <<

[64] *Sonja:* Sonja Lerch, social-revolucionaria de origen ruso, se adhirió a la Revolución de Múnich de 1919 (*Räterepublik:*'República de los Consejos'). Detenida y encarcelada, se ahorcó en la celda. <<

[65] *Rohlfs:* Gerhard Rohlfs (1892-1986): romanista, especialista en dialectología italiana, catedrático en Tubinga y en Múnich. <<

[66] *Cossmann:* Paul Nikolaus Cossmann (1869-1942), cofundador de los *Süddeutsche Monatshefte* y redactor de su sección científica; detenido en 1938 y deportado posteriormente a Theresienstadt. <<

[67] *Johann von Werth (c.* 1600-1652): general bávaro del ejército imperial durante la guerra de los Treinta Años, vencedor de la batalla de Nördlingen (1634). <<

[68] *polvorín:* en alemán, *Pulverkammer*, juego de palabras formado con el apellido del viejo, *Pulver* (‘pólvora’) y *Kammer* (‘habitación’). *(N. de la T.)* <<

[69] *Model:* Walter Model (1891-1945), mariscal de campo, jefe del ejército encerrado en la llamada «bolsa del Ruhr», que se rindió, con 325.000 hombres, el 17 de abril de 1945. Model se suicidó el 21 de abril, para no caer prisionero de los norteamericanos. <<

[70] *catholicisme… charité* (francés):‘catolicismo superficial, no tienen caridad’.
<<

[71] *prisonnier* (francés):‘el prisionero’. <<

[72] *tailleur* (francés):‘sastre’. <<

[73] *Wittelsbach:* la dinastía real bávara, que reinó ocho siglos, hasta 1918. Tomó su nombre de un castillo situado cerca de Aichach. *(N. de la T.)* <<

[74] *Georges Bernanos* (1888-1948): escritor francés *(Diario de un cura de aldea*, 1936; *Diálogos de carmelitas*, 1948), representante del *renouveau catholique*. Vivió en Mallorca el comienzo de la guerra civil española, y de esa experiencia nació su libro *Los grandes cementerios bajo la luna* (1938), ardorosa polémica contra el catolicismo fascista español. En 1938, tras el Tratado de Múnich, emigró a Paraguay y a Brasil, desde donde en 1940 llamó a los franceses a la resistencia contra Hitler. *(N. de la T.)* <<

[75] *Ernest Helio* (1828-1885): filósofo y escritor francés. Su obra principal, *L'homme* ('El hombre'), fue publicada en 1872. <<

[76] *conferencia de San Francisco… cuestión de Polonia:* en la conferencia de San Francisco (25 de abril-26 de junio de 1945) fue elaborada y aprobada por cincuenta Estados la Carta de las Naciones Unidas. Polonia se unió posteriormente a la Organización de las Naciones Unidas, el 24 de octubre de 1945, día en que la Carta entró en vigor. <<

[77] *Wallenstein:* Albrecht von Wallenstein (1583-1634), jefe militar al servicio del emperador durante la guerra de los Treinta Años, inspiró el drama de Schiller *El campamento de Wallenstein* (1798). La expresión «campamento de Wallenstein» indica siempre una situación desordenada, ruidosa y confusa. *(N. de la T.)* <<

[78] *cruzada infantil:* en la cruzada infantil, organizada popularmente bajo el papado de Inocencio III en 1212, marcharon miles de niños de diez a quince años, provenientes de Francia y del Alto Rin, a Tierra Santa; la mayoría murió de hambre y de agotamiento por el camino. *(N. de la T.)* <<

[79] *el destino se ha llevado de este mundo «al mayor criminal de guerra de todos los tiempos»:* el 12 de abril de 1945 había muerto el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt. <<

[80] *mopse:* según Klemperer, animales pasados de moda que se conservan con fines de reproducción. En su diario del 13 de noviembre de 1932 Klemperer compara esos animales con el partido democrático (DDP) al que él votaba durante la República de Weimar. *(Nota tomada de la edición francesa.)* <<

[81] *En la casa de mi padre hay muchas habitaciones:* Evangelio de San Juan 14, 2. <<

[82] *Te Deum laudamus* (latín):‘A ti, Dios, te alabamos’. Comienzo del *Tedeum*, himno de acción de gracias de la liturgia cristiana, cuyo origen se remonta al siglo V. Es el himno preferido en las ocasiones solemnes de acción de gracias de la liturgia católica. Con la traducción alemana de Lutero pasó también a formar parte de la liturgia protestante. Aparte de su melodía gregoriana, ha sido puesto en música, entre otros, por O. di Lasso, Haydn, Händel, Bruckner. *(N. de la T.)* <<

[83] *Epp:* Franz Ritter von Epp (1868-1946), general conservador; desde 1933, *Gauleiter* de Baviera, muerto en diciembre de 1946 en un campo de prisioneros americano. Según Tyroller, habían dicho por radio que Epp negociaba con los norteamericanos. Epp estaba implicado, en efecto, en la fracasada revuelta antinazi, en abril de 1945, de la *Freiheitsaktion Bayern* (‘Acción de Baviera por la libertad’). <<

[84] *Aussi pour vous la guerre sera bientôt finie* (francés):‘también para ustedes la guerra habrá terminado pronto’. <<

[85] *lieutenant français* (francés):‘teniente francés’. <<

[86] *Hitler había muerto:* Hitler dictó su testamento político el 29 de abril; en él designaba al almirante Dönitz como su sucesor en la presidencia del Reich y a Goebbels como canciller. Al día siguiente, después de casarse con Eva Braun, se suicidó junto con ella en el búnker de la cancillería del Reich, en Berlín. <<

[87] *Hitler y Goebbels se habían disparado un tiro:* tras la muerte de Hitler, Goebbels y su mujer envenenaron a sus seis hijos y se suicidaron de un tiro de pistola el 1 de mayo de 1945 en la cancillería del Reich. <<

[88] *Torgau:* ciudad del distrito de Leipzig, a orillas del Elba: allí, el 25 de abril de 1945, se encontraron por primera vez unidades soviéticas y estadounidenses. <<

[89] *Gerlich:* Fritz Gerlich (1883-1934), periodista y editor; adquirió en 1930 la *Illustrierter Sonntag* de Múnich, de la que salió en 1932 *Der gerade Weg* ('El camino recto'); propugnaba una doctrina social católica sin concesiones al nacionalsocialismo. El 9 de marzo de 1933 la redacción fue asaltada por las SS y Gerlich transportado al campo de Dachau, donde fue asesinado. <<

[90] *fue firmada la capitulación absoluta*: Karl Dönitz (1891-1980), gran almirante; desde 1943, comandante en jefe de la Marina de guerra; apresado el 23 de mayo de 1945, condenado por el Tribunal de Nuremberg a diez años de prisión. La capitulación alemana fue firmada el 7 de mayo de 1945 en Reims por el teniente general Alfred Jodl y en la noche del 8 al 9 de mayo en Berlín por el mariscal Wilhelm Keitel. <<

[91] *Dönitz*: Karl Dönitz (1891-1980), gran almirante; dirigió la guerra submarina de 1939 a 1942 y en 1943 fue nombrado jefe supremo de la Marina de guerra; en su calidad de sucesor de Hitler, aceptó la capitulación del Reich. Condenado a diez años de prisión en el juicio de Nuremberg. <<

[92] *Polyeucte: Polyeucte martyr*, tragedia (1641-1642) de Pierre Corneille (1606-1684), dramaturgo francés. Polyeucte, convertido al cristianismo, destruye los ídolos de su ciudad. <<

[93] *Guerillakrieg*:‘guerra de guerrillas’. <<

[94] ὕβρις (griego) *hybris:*‘desmesura, soberbia’. <<

[95] *la sensación taladrante de su nada:* pasaje extraído de Schiller, *Don Carlos,* II, 1 («In seines Nichts durchbohrendem Gefühle»,‘De su nada en la sensación taladrante’). <<

[96] *Miss Lazar:* Klemperer había visto un parecido entre Maria Strindberg-Lazar, la hermana de Auguste Wieghardt-Lazar («Gusti», amiga de los Klemperer, emigrada a Inglaterra en 1939), y la vienesa, y por eso le dio a ésta el nombre de «Miss Lazar». <<

[97] *voire* (francés):‘incluso’. <<

[98] *nos marchábamos de las ollas de carne de Egipto:* véase Éxodo 16, 3: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Yahvé en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan en abundancia!». *(N. de la T.)* <<

[99] *Mariez-vous! Ne vous mariez pas!:*‘¡Cásate! ¡No te cases!’. Cita de François Rabelais, *Gargantua y Pantagruel*, libro 3, capítulo 9. <<

[100] *Nestroy:* Johann Nepomuk Nestroy (1801-1862), actor y comediógrafo austriaco. Último representante del teatro popular vienés, interpretaba con gran éxito sus propias comedias, farsas y vodeviles. <<

[101] *Gisselsdorf:* se trata del pueblo de Gisseltshausen. <<

[102] *el campo de batalla de Eckmühl, nombre que lleva también un duque y general napoleónico desde 1805*: Louis Nicolas Davout, duque de Auerstädt, principe de Eckmühl (1770-1823), mariscal francés; venció en 1806 a los prusianos y tuvo un papel decisivo en las victorias de Eckmühl y Wagram sobre los austriacos. <<

[103] *suicidio de Himmler:* Heinrich Himmler cayó prisionero de los ingleses y se suicidó el 23 de mayo de 1945. <<

[104] *recuerdos de Prenden:* en 1906, después de una excursión a pie por la zona de Bernau, Victor y Eva Klemperer se alojaron precariamente por la noche en el escenario del albergue de Prenden. (Véase *Curriculum vitae*, vol. I, p. 504.).<<

[105] *RAD: Reichsarbeitsdienst* (‘Servicio del trabajo del Reich’). <<

[106] *This Professor Victor-Israel Klemperer… to help him* (inglés):‘Este profesor, Victor-Israel Klemperer, es semijudío y quiere ir a Dresde. Es un célebre profesor alemán de filosofía y de lenguas. Es un hombre honrado y recomendamos que se le ayude en todo lo posible’. <<

[107] *No sé dónde empezaba esa ominosa tierra de nadie:* en el territorio en torno ai Schwarzenberg, no ocupado por los rusos ni por los americanos, los antifascistas constituyeron en mayo-junio de 1945 una «República independiente de Schwarzenberg». <<

[108] *Cléo de Mérode:* Diane-Cléopatre de Mérode, llamada Cléo de Mérode (1881-1966), bailarina francesa que triunfó en el Folies-Bergére de París. Famosa por su belleza y por su relación con personajes ilustres, se retiró en 1925 y publicó su autobiografía en 1955 *(El ballet de mi vida). (N. de la T.)* <<

[109] *Dölzschen*, 13 *de junio:* Klemperer había interrumpido el diario y terminó de redactar el 13 de junio, en Dölzschen, los apuntes sobre el viaje de vuelta a Dresde. <<

[110] *Ja Gewree* (ruso):‘soy judío’. <<

[111] *¡nada!*: en español en el original. <<

[*] Las anotaciones de Victor Klemperer del 11 de junio de 1942 que componen esta edición de sus *Diarios*, de las que pueden verse aquí un ejemplo, son una muestra de su críptica grafía <<

Document Outline